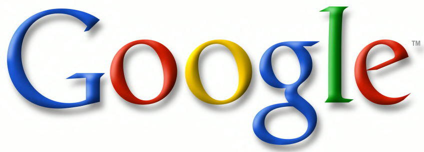
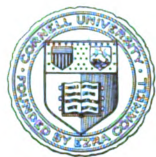



CORNELL UNIVERSITY
FOUNDED BY EZRA CORNELL

2000 pts
2 tomes
L° 17
Catal. 1/


CORNELL UNIVERSITY
FOUNDED BY EZRA CORNELL



2000 pts
2 tomes

El Periódico ilustrado.



N.º 1.º—DEL 1.º AL 16 DE MARZO DE 1865.

ADMINISTRACION: CUATRO CALLES.

SUMARIO.—TESTO: Á nuestros lectores.—Revista de la semana.—Crónica judicial.—Modas.—Puerto Rico.—París.—La Mal-Aria.—Las Rifleras.—Novela.

LÁMINAS: Puerto Rico.—La Mal-Aria.—París.—Las rifleras.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Un año	24 rs.	4 cuartos el número.
Medio	12 »	

NOTA. En el próximo número publicaremos una hermosa vista de Madrid y en los siguientes seguiremos dando una ó dos láminas de actualidad, de los mas acreditados artistas. **NOTA.**

LA MAL-ARIA

A NUESTROS LECTORES.

Hace tiempo se viene notando en el periodismo un vacío, que ingenios reconocidos no se han ocupado de llenar, absortas sus facultades por las duras y diarias controversias que la política, esa moderna ciencia absorbente de otras más útiles y recreativas, en todas ocasiones, y sin fruto las más veces, tiene que sostener.

Nosotros hemos decidido llevar á cabo lo que el talento, la erudicion y la práctica de aquellos, ó no pudieron ó no quisieron realizar. Y téngase en cuenta que no son un injustificado orgullo ni una presuncion ridícula los que nos hacen intentar esta árdua y desconocida empresa; no. La ponemos en práctica, guiados solo por el laudable deseo de ser útiles á nuestros conciudadanos: alentados por la esperanza de que nuestros sacrificios sean compensados; é impulsados por el noble afan de que España tenga un representante más en el periodismo literario de una manera digna, tal y como conviene á una nacion que cuenta tan brillante historia en su pasado, tan laudables esfuerzos, tan elevadas conquistas en el presente, y que, por tanto, debe esperar ópimos frutos y merecidos laureles para su porvenir.

Estas son las causas, repetimos, que hoy nos impulsan á ofrecer al público *El Periódico ilustrado*.

Cada siete dias haremos un viaje alrededor del mundo y exhibiremos á nuestros lectores los acontecimientos más notables que en él se realicen. Y como si nuestra mision no fuera otra que ir y venir, ver y escribir, estudiar y ofrecer al público el resultado de nuestras investigaciones, pondremos ante su vista el globo entero, esto es, los edificios mas notables, todas las floras, todas las flores, todos los trages de los habitantes de la tierra, desde el parisiense al esquimal, y finalmente los retratos de todos los hombres célebres en la guerra, en las artes, en las ciencias, alternados con los de las mujeres más lindas y más virtuosas que se conozcan.

Sobre los grandes crímenes y los criminales célebres (¡triste y desastrosa celebridad!), fijarémos muy especialmente nuestra atencion, y al seguir el curso de los procesos lo haremos siempre con la circunspeccion debida á tan delicada y respetable materia, sin descorrer el velo del sumario ni estraviar la opinion, pues ambas cosas perjudicarian á los desgraciados que se hallan sometidos á la accion de los tribunales, y seria ajeno á la índole de nuestro periódico.

Este aparecerá ilustrado, además, con magníficos grabados y dibujos, debidos al buril y lápiz de los artistas más eminentes de España y del estranjero, y el anciano valetudinario, el jóven que ansía saber, la mujer de cualquier condicion social, el niño adolescente, el artesano ó industrial honrado, desde su gabinete ó su taller hallarán en las columnas del *Periódico ilustrado* artículos científicos, curiosas antigüedades, viajes arriesgados y prodigiosos, útiles inventos, sistemas económicos, mecánicos y productivos, y sentencias morales y religiosas, que, fortificando su alma, hagan germinar en ella el verdadero amor á la virtud, y sirvan de base fundamental para formar al hijo humilde, á la esposa fiel, al buen padre de familia; en una palabra, al honrado ciudadano.

Pues todo esto cabe y nos hemos propuesto hacerlo perfectamente compatible en un periódico de la índole del que hoy nos atrevemos á exponer á la severa, pero galante censura del pueblo español.

Sin apartarse del hogar doméstico en las frias noches del invierno, podrán los lectores de la Revista viajar con nosotros por el mundo antiguo y por el moderno; admirar los adelantos de las épocas, ó desenterrar las ciudades muertas, ahogadas por el *Vesubio*, ese gigante que descansa sobre un negro y humeante pedestal desafiando á los siglos y atemorizando á las generaciones con una nueva y destructora lluvia de fuego, y al levantar la lava que las cubre sorprender tantos y tan tristes secretos como encierran aquellas *vivientes necrópolis*, donde el hombre se afana inútilmente las más veces por sorprender secretos en el cadáver, en la tumba, en el instrumento, en el *papirus*, en el trozo de columna, en el bajo relieve, en el esculpido pedestal de un templo ó de un arco de triunfo.

Por nuestra parte, haremos comparaciones con los pasados tiempos y los presentes, y tal vez del silencio salga la inspiracion, de las ruinas el sentimiento religioso, y olvidemos con gusto, aunque no sea más que por un instante, el bullicioso recinto de nuestras ciudades modernas.

Al levantar nuestro espíritu á Pompeya, Herculano, Tebas, Tiro, Babilonia, Jerusalen, Atenas y Roma, pasarán por ante nuestros ojos, como un vasto panorama, sin dejar recuerdos, Paris, Lóndres, Madrid y otros tantos pueblos modernos, que incesantemente luchan por colocárse á la altura de aquellos que solo á la historia deben la conservacion de sus nombres venerandos...

No desatenderemos ni por un solo instante esa necesidad de nuestra época, ese género de literatura tan mimado hoy, que se llama *novela*. En prueba de ello, contamos ya con escogido número de obras estranjeras, y nos proponemos conseguir que escritores españoles de alto renombre, novelistas afamados, escriban con destino á nuestra publicacion lo suficiente para formar con ello *Biblioteca*.

Además daremos todas las semanas una sucinta Revista de los acontecimientos que hayan tenido lugar en el mundo oficial, en el gran mundo, en los paseos, en los salones, en los teatros; prefiriendo todo lo que tenga relacion con nuestras bellas y elegantes suscritoras. Pues justo es que aquí hallen un variado y provocativo ramillete de flores de todos matices, géneros y aromas, útil acaso para dar mayor brillo alguna vez á su hermosura, proverbial en el mundo civilizado.

Con este objeto insertaremos en *El Periódico ilustrado* el misterio del salon, el billete de amor, el proyecto de matrimonio ó viajes, y la última novedad en trages, cintas, encajes, gasas y terciopelos que nuestro corresponsal en Paris nos comunique haber obtenido mas fortuna en el sarao, en el baile, en la recepcion aristocrática, ó en la de confianza.

Las obras teatrales que se hallen en estudio en tal ó cual coliseo serán tambien anunciadas por nosotros, procurando que en dar este género de noticias no se nos anticipen otras publicaciones.

Lo bueno ó malo de la ejecucion por parte de los actores llamados á interpretarlas, usando de la crítica prudentemente, y sin lastimar reputaciones bien adquiridas, indicando solo el buen camino que á nuestro entender deba seguirse, tendrá tambien derecho á ser apuntado y demostrado por nosotros.

En una palabra, procuraremos dar á nuestra Revista todo el interes, toda la novedad que en periódicos de esta especie y en el estado de cultura de Europa, hoy se hacen necesarios; contando para ello con la colaboracion de muy distinguidos literatos españoles, cuyos interesantes artículos y firmas respetables irán apareciendo sucesivamente desde el número próximo.

Ahora bien; tantas y tan curiosas noticias, tan amena y variada lectura, tantas viñetas, tantos grabados los recibirás, lector querido, á un precio á que ninguna otra empresa pudo ofrecértelos nunca; al ínfimo precio de ¡CUATRO CUARTOS! por ocho páginas de gran tamaño, en papel selecto y con impresion esmerada. Lo cual no te decimos porque nos agradezcas el favor; no, de manera alguna; sino porque te aproveches de la ocasion magnífica que aquí te se presenta, pues aprovechándote tu, nosotros nos utilizarémos, y en interesarte á tí por lo *barato* y *lujoso* de esta publicacion estan interesados principalmente los propietarios del *Periódico ilustrado*.

Este es un secreto que te comunico, caro lector, para que hecho cargo de lo conveniente que nos seria á todos que tú comprases puntualmente todas las semanas esta importante Revista, contribuyas á que tengamos una suscricion y una venta de nuestro periódico, tan considerable como se necesita para sostenerle, dadas sus condiciones costosas y especiales.

Si así lo hicieses colocarias á España en el mismo caso que están Paris, Londres, Turin, San Petersburgo, Milan y otros pueblos donde tambien aparece semanalmente esta Revista, y numerosos suscritores la aseguran el porvenir mas lisonjero;

nes. Lo que pretende EL PERIÓDICO ILUSTRADO es satisfacer, por caminos legítimos y honestos, una de las necesidades más apremiantes de nuestra época, propensa como nunca al conocimiento y al estudio sério y concienzudo del drama judicial. Hoy, merced á la publicidad del procedimiento, reforma que anhelamos de todo corazon ver llevada á cabo por entero en nuestra hermosa España, las salas de audiencia de los tribunales son el teatro donde el espectador reflexivo puede acudir á observar el desenvolvimiento y el desenlace de las escenas, ora dramáticas, ora cómicas, de la comedia humana: aquel es el campo en que muchas veces riñen su última batalla los intereses encontrados y las encontradas ideas de la sociedad actual; el honor y el dinero, la literatura y la industria, el espíritu aventurero y errante, ó los gustos y afectos domésticos.

Ser el narrador fiel, sereno y desapasionado de estas contiendas sin arrogarse el derecho de dirimirlas, y sin olvidar nunca que quien toca de cerca á las miserias de los hombres, si no las compadece, no es cristiano; si las insulta, es un malvado: tal es, en mi humilde entender, la regla general de conducta á que sin escusa debe ajustarse el cronista judicial, bien haya vestido sobre sus hombros la honrosa toga, bien sea ajeno á la carrera del foro. Yo, por mi parte, no saldré nunca de este círculo que ahora me trazo.

Empezamos nuestra tarea por las causas pendientes, diciendo haber pasado al fiscal del inferior la de la calle de la Puebla, que sigue envuelta en profundo misterio, no obstante haberse asegurado há muy pocos dias, «que la mano homicida estaba ya en poder de los tribunales.» Luego hemos sabido que no se ha hecho ninguna prision nueva, y que la única mano punible era la del escritor, bastante abandonado de la de Dios para espresarse de una manera tan alevosa contra la noble lengua de Cervantes.

No puede negarse que el asesinato de la calle de la Puebla es un crímen á todas luces horroroso, que ha producido en los ánimos una sensacion muy honda; pero en cierto modo, el recuerdo del conde de Via-Manuel, del sastre Lafuente, de la Bernaola y de Vicenta Sobrino, parece como que nos tiene ya tristemente acostumbrados al espectáculo de colisiones violentas y frecuentes, por desdicha, entre amos y criados. A lo que el corazon del hombre más empedernido en el crímen no podrá acostumbrarse jamás, será á presenciar el acto de una madre desgarrando con sus propias manos el fruto de sus entrañas; porque *madre*, en todos los idiomas del mundo, significa ternura dulcísima, sacrificio sublime, abnegacion perenne por el hijo: *madre mala* son dos palabras que no se comprenden juntas; es una irregularidad en el órden de la naturaleza: la *madre, asesino de su hijo*, eso es un hecho fenomenal, monstruoso, absurdo, que toca en lo imposible, rechazado á la par por el corazon y por el entendimiento. Hay, sin embargo, mónstruos de esta especie.

Uno de estos últimos dias aparecieron en la calle de San Nicolás, envueltos en unos trapajos, los mutilados restos de una criatura. La autoridad procedió con toda reserva, y á resultas de sus pesquisas ha sido presa una criada, como presunta autora del parricidio, y aun añaden que se encuentra convicta y confesa. Se hiela la sangre y se levantan los cabellos solo de oir los detalles que se cuentan del suceso.

Dícese de público que la criada en cuestion, despues de tener oculto por espacio de cuatro dias el cuerpo del delito bajo los colchones de su cama, fué luego cortando en pequeños pedazos al hijo de sus entrañas, y arrojándolos á un tejado contiguo: algunos de estos pedazos no han parecido, no obstante el prolijo reconocimiento que se ha verificado en las tarjeas y alcantarillas pertenecientes á las casas donde se sospecha haberse cometido el crímen.

El medio verdaderamente providencial por donde se ha descubierto el delito, ha sido la circunstancia de caer rodando por el tejado á la calle uno de los pedazos del recien nacido á tiempo que lo vieron un vecino y una trapera. A fuerza de reiteradas diligencias se dió con el presunto reo, cuyos amos nada sabian; hay presa tambien otra sirvienta en calidad de encubridora, segun se dice, de tan bárbaro crímen. Se asegura como ciertísimo que al declarar su delito, la delincuente ha presentado el cuchillo de que se sirvió para descuartizar la criaturita.

Tambien parece que en las afueras del Portillo de Embajadores, dos soldados cometieron la semana última brutales violencias contra una niña de trece años, poniéndola de resultas en trance de muerte, y ayudados en tan *heróica* empresa por una mujer de malos antecedentes. Tentado está uno á veces á tomar por verdad lo que decia J. J. Rousseau, de que el hombre es la peor de las fieras conocidas.

Hasta aquí cuanto puede suministrarnos asunto dentro de España.

En el extranjero dura todavía la huella del proceso Muller, de Lóndres; los doctores de Gotta y de Heidelberga, y los jurisconsultos de Berlin sostienen la tésis de que fué inicuamente ajusticiado el asesino de Mr. Brigg. Se nos figura que por muchas vueltas que den los alemanes al sombrero de su compatriota, y por mucho que aguzen el ingenio en favor de su memoria, el nombre de Muller no ingresará nunca en el catálogo de los Calas, Lesurques y otros que han perecido víctimas inocentes de los errores de la justicia humana.

Finalizamos nuestra Crónica con un detalle precioso, que hemos leido en un periódico extranjero.

Comparecia ante el juez un raterillo, acusado como *tomador* de pañuelos y bolsillos.

—¿Cual es tu oficio? le pregunta el juez.

—Señor, responde el chicuelo, trabajo principalmente en porta-monedas.

T. RODRIGUEZ Y MUÑOZ.

FÁBULAS AMABLES.

Sin cerrar un caballo todavía,
Se murió de pensar que cerraria.
Son nuestros caractéres
Causa de los disgustos ó placeres.

A un santo le cayó la lotería,
Y á Dios le daba gracias noche y dia;
Pero un ladron, que halló la puerta franca,
Le robó con auxilio de una tranca.
Dios premia al bueno; pero viene el malo,
Le quita el premio y le administra un palo.

N. SERRA.

TEATROS.

Tenia cierto sugeto un frac, que á fuerza de haber hecho numerosas campañas, comenzaba ya á decaer de un modo tan visible, que el propietario de la prenda dió en pensar que era de urgente necesidad atender á remediar aquel grave mal. A cuentas consigo mismo, y á cuentas sobre todo con sus escasos fondos, el asendereado petimetre juzgó que el frac quedaria aceptable sustituyendo á las que tenia, raidas y lustrosas, otras mangas anchitas y de moda. Buscó el paño, encargó la obra, y á los pocos dias sufrió el frac la meditada metamorfosis. Ya tenia las mangas nuevas: ya mi amigo estaba contento y orgulloso de su idea; miraba y remiraba la elegante prenda; pero fué el caso que aquel brillante remiendo le hizo reparar en que la espalda, nueva al lado de las mangas anteriores, estaba algun tanto deslucida comparada con las flamantes que el sastre le habia unido, y resolvió sustituirla con otra del propio paño que las mangas. Lo hizo así; cambió la espalda en efecto, y lo que no habia calculado sucedió, y fué que los faldones ofrecian, con la nueva reforma, un nuevo motivo de cuidado, pues la mocedad del resto del paño les hacian revelar su fecha más de lo admisible. Resolvióse á cambiarlos, y entonces vió que los botones, único resto del primitivo frac, eran viejos y saltaban de la nueva prenda como el granizo sobre albarda. Comprólos nuevos y de moda despues de sérias reflexiones, y por fin se puso el frac.

El Teatro español es el frac de nuestro amigo: sin saber por qué, al tomar la pluma para decir algo de aquel, se nos ha venido á la mente la historia de las vicisitudes de este, y aun cuando solo fuera por ese lógico encadenamiento de coincidencias, al cual se llama asociacion de ideas, necesario es convenir en que ambas cosas se parecen bastante.

Y para que no se abrigue duda, lo probaremos. No es del todo preciso; pero algo habrá que hacer, sin embargo, para que ni por un instante se crea que hablamos, como suele decirse, de memoria.

Muchas y sérias reformas ha sufrido en España el teatro desde que, juzgándole demasiado para que solo sirviera de recreo á los ocios de un monarca, se creyó que seria motivo de útil enseñanza para el pueblo, cuyas costumbres habia de modificar por medio del ejemplo.

No es este el momento oportuno para que nos ocupemos en detallar cuáles han sido las causas que han dado orígen al mal, cuyas consecuencias hoy se deploran.

El mal está hecho, y lo que se necesita ya, no es la queja, és el remedio.

Así lo ha comprendido el ayuntamiento sin duda, y aquí entra el frac de mi amigo, al decidir nada ménos que en pleno, la conducta que aquella corporacion haya de observar en la cuestion del arriendo del teatro del Principe para la próxima temporada.

No diré yo si el móvil que á nuestra municipalidad guia en el asunto es este ó aquel: si su objeto al ceder gratis aquella finca á la mejor compañía que á su juicio se presente en la arena para optar á la posesion del mencionado teatro es el de favorecer á determinados actores; si su plan es cerrar las puertas *ipso facto* á esos hinchados reyezuelos lilliputienses del arte, que á fuerza de soberbia y de ignorancia asaltan los tronos, al pié de cuyas gradas se arrastraron un dia. Todo esto puede ser muy bien que haya influido más ó ménos directamente en el propósito que el ayuntamiento ha formado al intentar la nueva, aunque parcialísima reforma, que amenaza al teatro; pero aun siendo así, no es ménos cierto que el mal no se remedia, ni aun se alivia, con semejante procedimiento.

Arregladas que sean todas las diferencias que hoy pueden surgir de los distintos acuerdos que para el fin indicado se propongan por los dignos individuos que forman la Junta encargada de dar solucion al asunto; adoptado, como es lógico, el mejor espediente para salir del paso; resuelto y decretado, en fin, lo que más convenga, es el caso que á lo sumo, y con esto vuelvo á mi asunto, habremos puesto mangas nuevas al frac.

Ya sé que se me dirá: ¿y qué quiere Vd. que haga el ayuntamiento? ¿Quiere Vd. quizás que sin estar el negocio dentro de sus atribuciones, arregle el Teatro español, garantice el porvenir de actores y autores, y lleve á cabo la reforma que reclama el estado actual del arte dramático? Nada de eso; nada de eso; entendámonos: no quiero señores mios, que haga tanto el ayuntamiento; pero es la verdad que no me gusta que haya hecho tan poco.

Repito que los individuos que constituyen la Junta son dignísimos todos y por todos los conceptos posibles; pero es el caso que se puede ser



Le bach-agha Si-Bou-Ber, muerto el 8 de abril de 1864. Abdallah-ben-Hamza. Seti Inzza. Esclavas. Mohammed.

TIENDA DE BACH-AGHA, DE LOS OULED-SIDI-CHEIKH, U



Koutchouk-Hamen, primera mujer de Si-Bou-Bekr. Otras esclavas Mabrouk, farach de Si-Bou-Bekr.

... UNO DE LOS GRANDES JEFES DE SAHARA.—(Véase la pág. 14.)

un gran patricio, celoso é incansable repúblico, y hasta ilustre prócer, y no obstante, ¡caso infeliz! incompetente en absoluto para tratar y discernir sobre cuestiones teatrales.

Cierto es, ciertísimo, que para resolver lo más conveniente respecto á una casa, nadie está más autorizado que el dueño; pero no es ménos evidente tambien que las atribuciones de éste tienen un límite, y que traspasarlo es..... á qué cansarnos, es *traspasar los límites*.

Ahora bien; esto es lo que á mi juicio hace el ayuntamiento en la cuestion del arriendo del teatro del Príncipe. Discutido y resuelto todo lo que se refiera á las materiales condiciones de aquel, la municipalidad, es decir, el casero ya no debe inmiscuirse en lo demás.

En cuanto á la manera de vivir y á los medios que han de emplearse para mejor cumplir los creados compromisos, juzgo que corresponde arbitrarlos al inquilino. Hacer otra cosa, es salirse de la cuestion.

Por eso es por lo que ni siquiera comprendo que sea necesario calificar el dictámen que respecto á la cuestion del arriendo del teatro del Príncipe prevalece en el ayuntamiento. Opino que el asunto no sigue la senda regular, y esta es la razon de que censure la forma, sin recordar apenas que pueda tener fondo, aun cuando precisamente en él estén abocadas á dar *idem* las más legítimas esperanzas de los verdaderos amantes del arte escénico.

Siempre, y de ello pudiera aglomerar ejemplos, que por cualquiera se trata de introducir reforma alguna en el método que sigue otro en sus condiciones de vida, ó en su modo de sér, como ahora se dice, tengo para mí que lo conducente, lo que prescribe la lógica, y sin tanto, lo que aconseja la prudencia para el mejor acierto y menor responsabilidad en aquellos que sobre sí acepten la que por la variacion indicada pueda exigírseles, es ni más ni ménos que apoyarse en los informes, datos y antecedentes que acerca del asunto sobre que va á decidirse nuevo acuerdo, sea preciso tener en cuenta, para obrar con cordura, y sobre todo con conocimiento de causa, que no es mucho por cierto.

Si el ayuntamiento lo hubiere creido así, y la cuestion del teatro del Príncipe les hubiese merecido la misma atencion que otro cualquier asunto de los que á su buena administracion están encomendados, no hubiera tenido que estudiar procedimientos nuevos; habria fijado, despues del más maduro exámen, las báses materiales del arriendo en la más cordial armonía con sus intereses, si así lo juzgaban oportuno, que no hay por qué estrañarlo, y habria despues convocado una junta, ya que este es, como decia el inolvidable Fígaro, el país más dado á ellas, compuesta de actores y autores, y á ellos les hubiera consultado acerca de las mejores condiciones artísticas que debiera tener la compañía de actores que en el citado teatro hubiese de funcionar durante la próxima temporada cómica.

De este modo, despues de tocar el mejor resultado, habria la corporacion municipal rendido un tributo de justo aprecio á aquellas entidades tan importantes en la cuestion, sin autorizar en la práctica de su derecho novedad alguna, pues todo ello se reducia á continuar en asunto de tamaña trascendencia la costumbre admitida al intentar cualquier reforma, y que consiste en el informe prévio de peritos y exámen detenido de ventajas é inconvenientes que de aquella pueden sobrevenir.

Con esta conducta, la corporacion municipal habria prestado un importantísimo servicio al arte, pues si bien es cierto que es axiomática la conveniencia de aplicar constantemente el refran de *Hacienda, tu amo te vea*, ya que en el asunto la suya no quedase desatendida, bueno habria sido que los interesados en la otra dieran su opinion siquiera, ya que otra cosa no pudiera exigirse.

No se ha hecho así, y por ello presentimos que el éxito no coronará, con laureles al ménos, los laudables aunque estraviados esfuerzos de la Junta municipal.

Lo ocurrido con el frac de nuestro amigo nos viene de nuevo á la memoria, y nos hace comprender que mientras, merced al acuerdo del ayuntamiento, las empresas se apresurarán á reunir dentro de una lista lo más florido y selecto de los artistas españoles, para con tan privilegiado memorial alcanzar el usufructo del teatro del Príncipe, obteniendo á la par el favor del público y las más rebuscadas primicias del genio de nuestros primeros dramáticos, los demás teatros de la córte primero y de España entera despues, agonizarán más tarde, ó se revolverán sin rumbo fijo, con loca agitacion y efímera pujanza, como otras tantas moscas sin cabeza.

El apetito desordenado, la gula de centralizarlo todo nos conduce hasta el deplorable estremo de querer encerrar ¡que es querer! de prescribir se encierren en un solo teatro las notabilidades todas que puedan reunirse á costa de trabajos titánicos.

¿Y los demás teatros? Los demás teatros serán los faldones del consabido frac. Para estos no llegará la reforma nunca hasta tanto que el contraste nos inspire la triste conviccion de su deplorable estado. Entonces ya quizás sea tarde; pero no importa. Á fé que si esto es doloroso, en cambio, nadie puede presumir siquiera que sea nuevo.

La reforma del teatro es inminente, precisa, eso es indudable, si ha de hallársele la salud que su crítico estado reclama. El sistema que el ayuntamiento emplea podrá encerrar toda la bondad que en la intencion, al seguirle, ha tenido aquella corporacion; pero es lo cierto que el resultado no será otro que llamar el calor á la cabeza del enfermo que, en último caso, sacará del plan curativo lo que el negro del sermon: *la cabeza caliente y... los piés frios*.

E. DE INZA.

LOS OULED-SIDI-CHEIKH

Los *Ouled-Sidi-Cheikh* son una tribu establecida en la parte meridional de la Argelia, que pertenece á la nobleza sacerdotal, y cuyos *Maraboust* disfrutan de una influencia que se estiende hasta Túnez y el imperio de Marruecos.

Las tribus de los *Hamian*, de los *Lar-Outs* y de *Ksal* conceden una especie de supramacía á los *Ouled-Sidi-Cheikh*, que pretenden descender en línea directa del profeta, y cuyo patriarca *Sidi-Cheikh* reposa en *El-Aniob*, encerrado en un mausoleo visitado por numerosos peregrinos.

El viajero, despues de haber abandonado á *Tiharet*, la antigua Zingarana romana, cuyo nombre berberisco quiere decir *estacion*, atraviesa las Stepas de Goor, salva los arenosos montecillos, y si no vacila en avanzar un poco más en el grande y siniestro Desierto de Sahara, no tardará en llegar á esos *oasis* sembrados de palmeras y datileros, enbellecidos por preciosos jardines y por campos cultivados, cuya tierra fecundiza el agua fresca y cristalina de hermosas fuentes y bullidores manantiales.

Allí precisamente se encuentran las tiendas de los *Ouled-Sidi-Cheikh*.

La reunion de algunas de estas tiendas, agrupadas en círculo, constituyen un *aduar*, que administra el jefe de la familia.

Varios *aduares* forman una *Ferka*, gobernada por un *Cheikh*, cuyo título honorífico significa *anciano*.

De muchos *Ferkas* se compone una tribu, que obedece á la autoridad de un *caid*.

De varias tribus se compone un *Aghlik*, cuyo magistrado supremo se llama *agha*.

Finalmente los *aghaliks* se reunen algunas veces bajo el mando superior de un *agha* ó califa.

Este jefe superior es un gran señor: su *kaik*, ó tienda, es de una rica tela. Túnez y Fez le proveen de preciosas alfombras; su esposa se adorna con las mas ricas joyas que puede crear la orfebrería argelina.

El oro resplandece sobre las sillas y arneses de sus briosos corceles, y rodeado de su familia y de sus numerosos servidores el *Bach-agha* vive suntuosamente en medio del desierto; pero hay que advertir que si permanece en su tienda es puramente por gusto, por costumbre, por placer; pues ademas de su tienda, posee una casa en cada uno de los *ksous*, sitio donde los árabes guardan en depósito sus provisiones y sus tesoros.

CAMINO DE LA SIBERIA.

Diariamente vemos en los periódicos extranjeros, que gran número de prisioneros polacos emprenden el camino del yermo y árido país con cuyo nombre encabezamos este artículo.

A los condenados á sufrir tan horrible castigo se les arroja en un carro y su escolta se compone de dos cosacos. Parten, y siguiendo por caminos trazados, atraviesan rápidamente los campos y las ciudades; pero al poco tiempo los caminos se borran, las ciudades, las aldeas y hasta las cabañas desaparecen, y el viajero se ve entonces rodeado de una soledad sin fin, comparable únicamente con la que el desgraciado Mazzepa recorrió atado sobre los lomos de su indómito corcel. Tan solo de vez en cuando algunos bosquecillos de pinos interrumpen la monotonía de aquellas estensas llanuras sin cultivo ni vegetacion.

El carro sigue, sin embargo, su camino, llevando á sus costados á sus dos impasibles guardianes y el frio y el viento norte forman remolinos de polvo alrededor de tan triste carabana.

El término de la espedicion es Tobolsk; la ciudad de los bosques, la Siberia en fin. Una cordillera de montañas que se estienden desde el mar Caspio hasta el Océano, aprisionan en su centro los vientos del Norte, é impiden penetrar á los del Sur; así que, el invierno y la noche son allí permanentes. La nieve no se derrite jamás, y desde el mes de setiembre al mes de junio, las faenas agrícolas quedan casi totalmente suspendidas. El trabajo rudo y subterráneo de las minas es el único recurso de sus habitantes.

¡Y es necesario vivir allí! allí, á quinientas leguas de la patria querida! Sin que ni siquiera una golondrina mensagera lleve un vago recuerdo al infeliz desterrado!

ISLAS JÓNICAS.

Segun la marcha que nos hemos propuesto, y con el objeto de ser agradables á nuestros lectores, cambiaremos en todos los números el grabado que aparece en la cabeza de estos. Hoy damos la vista de las islas Jónicas, pertenecientes al reino de Grecia. El gobierno inglés renunció al protectorado que ejercia sobre ellas desde 1815: el lord, alto comisario, ha regresado á Lóndres.

Son unas de esas islas montuosas, estériles, abrasadas por el Sicoro, las borrascas y por los temblores de tierra. Como estacion militar y comercial, están perfectamente situadas. Los estrechos límites de nuestro periódico no nos permiten estendernos más sobre este punto. Así

confederada, aceptó desdeñosa y fria al capitan que representaba tan contrarias doctrinas; pero este, si bien siempre se manifestaba respetuoso, andando el tiempo, llegó á convertir el respeto en amores, y la bella y altiva Rebeca, insensiblemente y sin voluntad, aceptó los obsequios del federal, galante y enamorado como un andaluz.

Pasados algunos dias, hablóse ya de casamiento, y aquellas dos almas que se detestaban en política se unieron por el amor; pero con la condicion impuesta por Mis, de que el que habia de llevar el título de su esposo abandonaria el ejército federal y tomaria partido en el confederado, donde derramaba su sangre su ausente padre.

Cumplido este requisito, la ceremonia matrimonal tuvo lugar; pero en agosto del mismo año el pobre capitan fué hecho prisionero en una emboscada, al pié de los montes de Cumberland, y fusilado por sus antiguos compañeros de armas.

Llena de dolor, despechada en su patriotismo y en su amor, mis Rebeca medita profundamente su plan, y aceptado, se decide sin vacilar, cualquiera que sea el resultado que obtuviera.

Lo comunica á sus dos jóvenes y entusiastas hermanas, y en pocos dias consiguen formar, instruir y regimentar una compañía de señoritas, las más bellas y escogidas de su país, bajo la denominacion de *Riflewomen* (cazadores ó carabineros), y les exige el juramento de odiar hasta la muerte á la union americana; sangre y venganza. Ella se nombra por capitan de tan alegre y encantadora tropa, y la señorita Lia, teniente, y Judit, subteniente.

Estas jóvenes de tanta abnegacion, y que tan sublime leccion han sabido dar á los hombres, han recibido su bautismo de fuego y sangre bajo el mando del general Braxton-Bragg, en la batalla de Chattenooga.

Su número asciende á 200; todas jóvenes, bellas, poéticas y ricas; y con estas condiciones, fácil es presumir las intrigas que se pondrán en juego para llegar á ser comandante de las encantadoras *rifleras*; pero ellas no aceptan otro que á la denonada mis Rebeca Stevenson. Ninguna ha pedido aun el retiro; pero desean vencer á corazones tan frios como los de los anglo-americanos.

LOS MISTERIOS DE UDOLFO.

I.

A la caida de la tarde de un dia del mes de octubre de 1584, tres pesados carruajes subian con trabajo la pendiente de los Apeninos, cuyo camino serpenteaba por medio de un profundo valle, encerrado casi por todos lados entre montañas, que parecian inaccesibles, y cuyas imponentes cumbres se divisaban hácia el Oriente. La continuada perspectiva de aquellas masas amontonadas, sus laderas pobladas de negruzcos abetos, presentaban una imágen de horrible grandeza. Poniase entonces el sol detrás de las montañas, cuyas prolongadas sombras proyectaba en el valle; pero sus rayos horizontales, pasando entre algunas rocas apartadas, doraban la cumbre del bosque opuesto, y brillaban en las altas torres y aleros de un castillo, cuyas grandes murallas se estendian á lo largo de un horrible precipicio.

—Hé allí Udolfo, dijo Montoni á su mujer y á su sobrina Amelia, levantando la cortina de cuero del carruaje.

Amelia miró hácia el castillo con cierta especie de terror cuando supo que era el de Montoni, esposo de su tia, y aunque se hallaba entonces iluminado por el sol poniente, la grandeza gótica de su arquitectura y sus antiguas murallas de oscura piedra le hacian aparecer imponente y siniestro. La claridad se fué debilitando insensiblemente sobre los muros, no percibiéndose en ellos más que una ligera tinta de púrpura, que desapareciendo á su vez, dejó las montañas, el castillo y todos los objetos que le rodeaban en la más profunda oscuridad. Aislado, grande y macizo, parecia hecho allí para dominar el país, y cuanto más oscura se hacia la noche, tanto más imponentes parecian sus elevadas torres. No cesó de mirarle Amelia hasta que la espesura del bosque por donde comenzaban á subir los carruajes le hubo ocultado enteramente á su vista. La estension y oscuridad que reinaba en aquellos estensos bosques presentaban imágenes espantosas al espíritu de Amelia, que no los encontrába propios sino para servir de guarida á los bandidos. Por último, llegaron los carruajes á la esplanada del atrio del castillo. El prolongado sonido de las campanas, que tocaron en la puerta principal, aumentó el pavor de Amelia, la que mientras llegaba el criado que debia abrirla no hacia más que examinar el edificio. Las tinieblas que le rodeaban apenas la permitian distinguir su recinto, sus sólidos muros y las murallas almenadas, ni conocer que era grande, antiguo y espantoso, juzgando por lo que veia de la suntuosidad del resto. La puerta por donde entraron conducia á los patios, y era de proporciones gigantescas. Dos fuertes torres, sobre las cuales se habian construido otras torrecillas muy bien fortificadas, defendian el paso, y se veia, en lugar de banderas, flotar sobre sus piedras desunidas altas yerbas y otras plantas silvestres que habian echado raíz entre aquellas ruinas, y que parecian crecer, á pesar suyo, en medio de la desolacion que las rodeaba. Las torres se hallaban unidas por medio de una cortina con almenas y casamatas, y de lo alto de la bóveda pendia una pesada barrera. Desde esta puerta, las murallas comunicaban con otras torres, y rodeaban el precipicio; pero aquellas murallas casi arruinadas, vistas á la última claridad del sol poniente, señalaban los estragos de la guerra. La oscuridad envolvia todo el resto.

Mientras que Amelia observaba con tanta atencion, se dejaron oir pasos detrás de las puertas, y en seguida el estridente crugir de los cerrojos. Un antiguo servidor del Castillo se dejó ver, y empujó los batientes para que pudiese entrar su señor. Mientras que las ruedas volteaban estrepitosamente sobre aquellas impenetrables barreras, el corazon de Amelia desfallecia, creyendo que iba á entrar en una prision. El sombrío patio que atravesó la confirmaba en aquella lúgubre idea, y su imaginacion, siempre activa, le infundia aun más terror del que podia justificar su razon. Otra puerta se abrió, que franqueaba el segundo patio, cubierto por todas partes de altas yerbas, y aun más imponente que el primero. Amelia lo juzgaba así á la débil claridad del crepúsculo, viendo sus elevados muros cubiertos de musgo y hiedra, y las almenadas torres que se levantaban por encima. Una idea de largos padecimientos y asesinato asaltó su triste imaginacion, y una de esas súbitas é inesplicables convicciones que se apoderan á veces hasta de las almas más fuertes, hirió la suya con un horror repentino. Este sentimiento no se aminoró al entrar en una sala gótica, inmensa, en donde reinaban las tinieblas de la noche. Una antorcha que brillaba á lo lejos, al través de una larga hilera de arcos, solo servia para hacer más sensible la oscuridad. Un criado trajo una segunda lámpara, y su débil resplandor, cayendo alternativamente sobre los pilares y las bóvedas, dibujaba fuertemente sus prolongadas sombras en el suelo, lo mismo que en las paredes.

La inesperada llegada del señor de Montoni, no habia dado lugar á hacer preparativos algunos para recibir. El criado, despachado al tiempo de partir de Venecia, le habia precedido algunos momentos solamente, y esta circunstancia disculpaba en cierto modo la desnudez y desórden en que parecia hallarse aquel gran castillo. El criado que vino á alumbrar al señor de Montoni le saludó en silencio, y su fisonomía no se animó con ninguna apariencia de placer. Montoni respondió al saludo con un ligero movimiento de mano, y pasó adelante: su mujer le seguia echando alrededor una mirada de sorpresa y de descontento, que parecia temer espresar. Despues de haber dado vuelta al pié de una escalera y atravesado una antesala, entraron en un aposento muy espacioso. Su enmaderamiento de negro alerzo, cortado en las montañas vecinas, añadia un lúgubre matiz á la oscuridad.

—Traed más luces, dijo Montoni al entrar. El criado dejó su lámpara, y se retiró para obedecer.

La señora de Montoni dijo que el aire de la noche era húmedo en aquellas habitaciones, y que se alegraria de tener un poco de fuego.

—Que traigan leña, añadió el señor de Montoni.

Mientras que él se paseaba á grandes pasos en el aposento, la señora de Montoni descansaba en silencio en un gran sillon, esperando la vuelta del criado. Amelia observaba el singular aspecto y el imponente abandono de aquel aposento. Una sola lámpara lo iluminaba, la que colocada cerca de un grande espejo de Venecia, reflejaba pálidamente la escena, y entre otras, la figura de Montoni, que pasaba y volvia á pasar con los brazos cruzados, y su rostro casi encubierto por el penacho que flotaba sobre su gran sombrero. Del exámen de este espectáculo, el espíritu de Amelia se trasportó á los temores que tendria que sufrir en aquellos siniestros lugares. Un dulce recuerdo, muy lejano de ella por cierto, vino en seguida á pesar sobre su alma y á cambiar su temor en dolor. Un profundo suspiro se le escapó, y algunas lágrimas que hizo por detener, acercándose á una ventana que daba sobre las murallas, debajo de las cuales se veia el bosque que habian atravesado para venir al castillo. Pero las sombras de la noche envolvian las montañas, y apenas se podian distinguir sus contornos en el horizonte, dejando apenas percibir una banda rojiza hácia el occidente. Todo el valle se hallaba sumergido en las tinieblas, no siendo menos tristes para Amelia los objetos que hirieron su vista cuando se abrió la puerta. El anciano criado que primeramente los habia recibido entraba entonces encorvado bajo el peso de un haz de espinos, y otros dos le seguian con luces.

—Que sea bien venido V. E., dijo el anciano incorporándose, despues de haber colocado en tierra su pesada carga. Este castillo ha estado largo tiempo desierto; tenga V. E. la bondad de escusarnos, señor, pues sabeis que hemos tenido muy poco tiempo. Por San Márcos hará dos años que V. E. no ha vuelto por aquí.

—Teneis buena memoria, viejo Carlo, dijo Montoni. Ese mismo tiempo hace. Y ¿cómo te has valido para vivir tan largo tiempo?

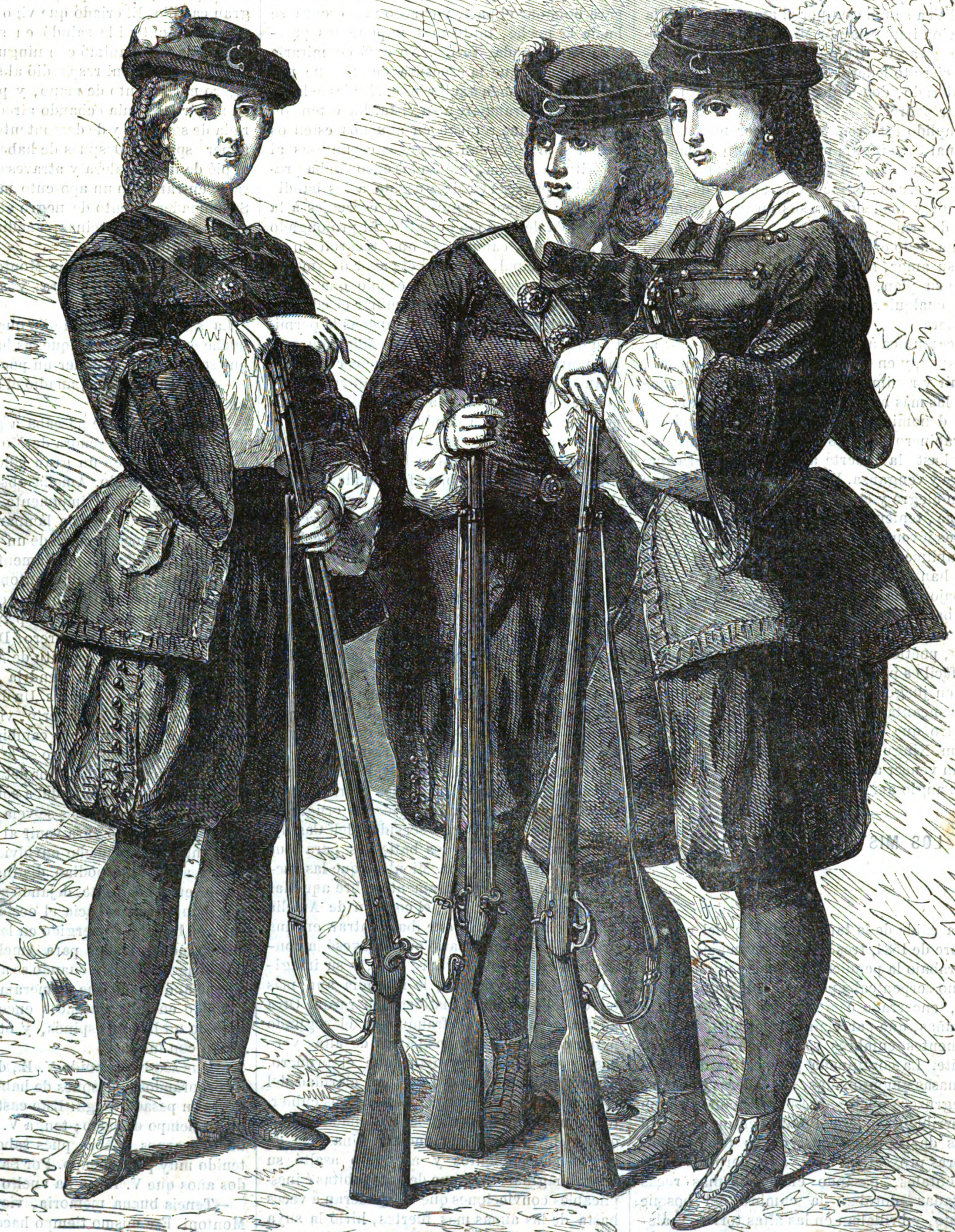
ANNA RADCLIFFE.

(Se continuará.)

Editor responsable, RAMON VICENTE.

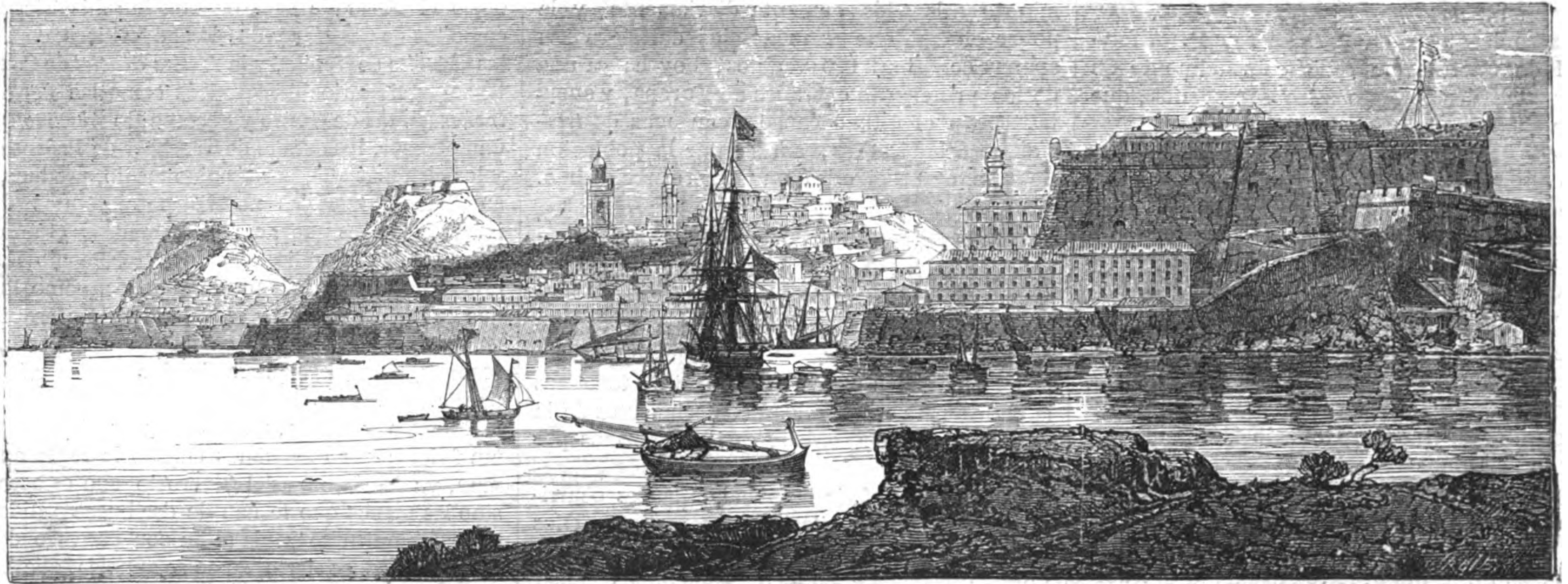
MADRID.—1865.

Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, núm. 12, principal.



LAS RIFLERAS.

El Periódico ilustrado.



ISLAS JÓNICAS.

Número 2.°
DEL 16 AL 23 DE MARZO DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.

SUMARIO.—TESTO: *Madrid*, por J. Belza.—*Revista de la semana*, por M. del Palacio.—*Crónica judicial*, por T. Rodriguez y Muñoz.—*Fábulas amables*, por N. Serra.—*Teatros*, por E. de Inza.—*Los Ouled-sidi-cheikh.*—*Camino de la Siberia.*—*Islas Jónicas.*—*Los misterios de Udolfo*, novela, por Ana Radcliffe.
LÁMINAS: Islas Jónicas.—Madrid.—Los Ouled.—Camino de la Siberia.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. . . Un año 24 rs.—Medio año 12 rs.
Provincias. Un año 28 » —Medio año 14 »

4 cuartos el número.

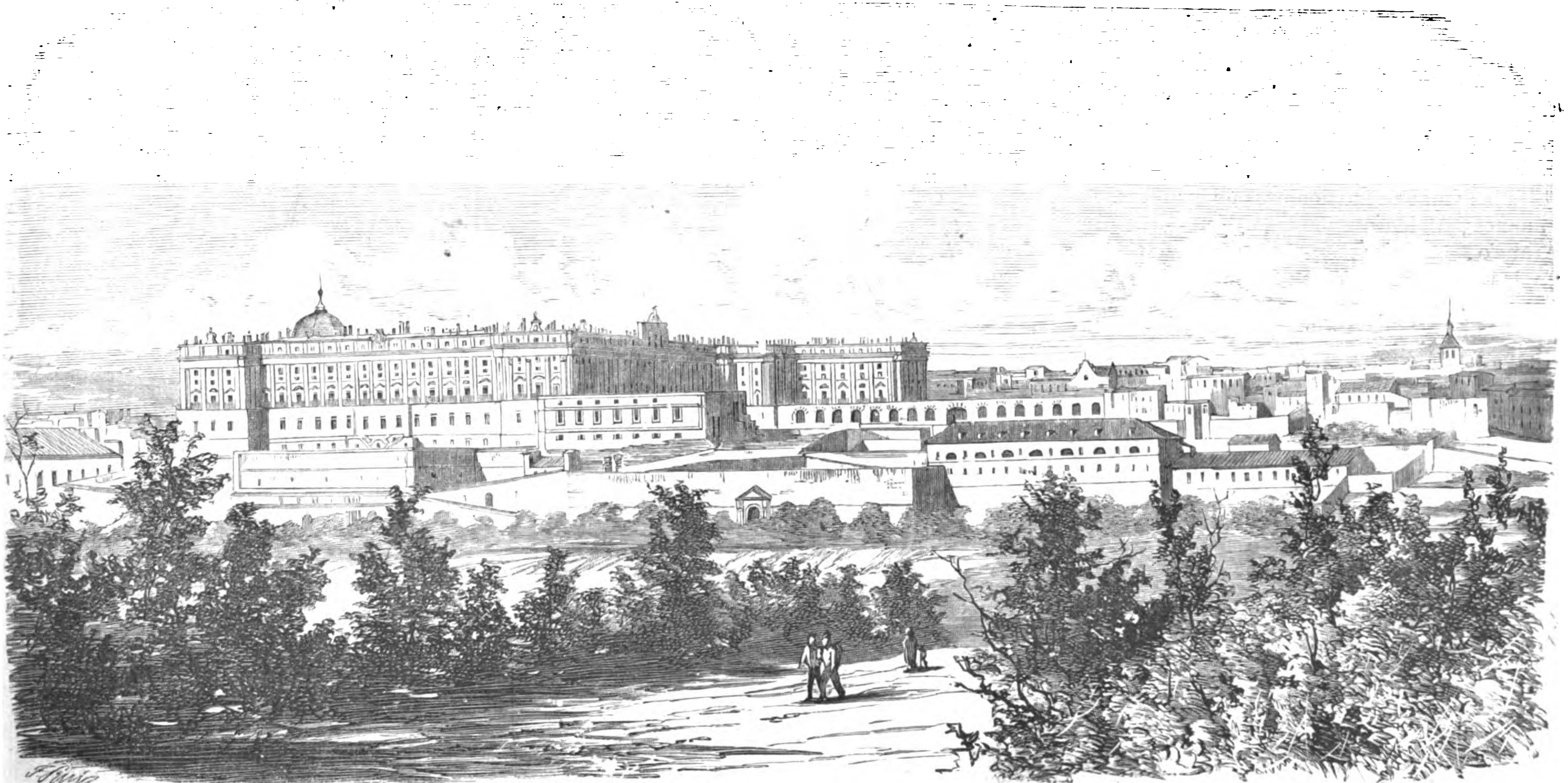
MADRID.

Intentar nosotros escribir la historia de Madrid, despues de haberlo hecho tan admirable y concienzudamente escritores tan reputados como D. Gerónimo Quintana, Gonzalez Fernandez de Oviedo, Dávila, y posteriormente y en nuestros dias D. Manuel Mesonero Romanos y el Sr. D. Pascual Madoz en su *Diccionario Geográfico*, seria en nosotros una pretension tan inmodesta como ridícula.

Llevar á cabo este trabajo, aunque fuera estractándolo de lo que han dicho aquellos célebres historiadores y cronistas, no es tampoco posible, porque, aun en estracto, habriamos de ocupar muchas páginas, y la índole de nuestra publicacion no nos permite más que un limitado espacio. Además, como la historia de Madrid es conocida hasta la saciedad por todas las personas ilustradas, nada nuevo les diriamos, robando en nuestras columnas un sitio preferente, que podemos ocupar con asuntos de mayor interes.

Sin embargo, como quiera que hoy aparece en la primera de nuestras páginas el grabado que representa la vista de la coronada villa, no podemos dispensarnos de dar algunas ligeras noticias, que pueden ser tal vez interesantes para aquellos que no conozcan aun el orígen é historia de la córte de España.

En marcar la época exacta de su fundacion disienten varios historiadores; unos afirman que su fundacion se remonta á muy pocos años despues del diluvio; otros, buscando tradiciones, y desfigurando textos y lápidas, fijan el orígen en una época fabulosa, y segun ellos, su orígen se remonta nada ménos que á los tiempos de *Ocno* Bianor, hijo de Tiber, rey de Toscana, y de la Divina Manta, cuyo nombre quiso dejar consignado en esta villa, apellidándola Mantua; pero lo cierto es que todo esto no son más que conjeturas, y que la ver-



VISTA DE MADRID.

dadera historia de Madrid empieza en la época de Ramiro II, que fué el primero que *asaltó una ciudad, llamada Margerit, rompió sus muros, é hizo muchos estragos en los moros*, segun afirma Sampiro en su *Manual histórico*.

Mucho despues, en 1083, el rey D. Alfonso VI de Castilla emprendió formalmente su conquista, desalojando á los sarracenos, que hasta entonces la habian ocupado.

Desde entonces la capital de España ha pasado por mil vicisitudes, segun las épocas y los reinados que se han ido sucediendo, y en su recinto han tenido lugar tantos y tantos hechos notables y curiosos, que si hubiéramos de dar cuenta detallada de todos ellos, tendriamos que emplear muchas páginas.

De la época de los Reyes Católicos data la fecha de haber sido Madrid convertido en córte, y tenemos para afirmarlo así el testimonio del historiador de Indias, Gonzalo Fernandez de Oviedo. Algunos años despues de la época en que este autor escribia, encerraba la capital de 25 á 30,000 habitantes, cuando á principios del siglo XVI no pasaba de 3,000 vecinos, y poco más tarde fué preciso ensanchar extraordinariamente su recinto y mudar sus puertas, situando la del Sol en el camino de Alcalá, la de Anton Martin en el de Atocha, la de Santo Domingo en el de Fuencarral, y la de la Latina en el de Toledo.

En el reinado de Fernando VI, ó sea á mediados del siglo pasado, empezó ya á manifestarse el buen gusto por las artes, y de su tiempo son la puerta de Recoletos, que ya no existe, la plaza de Toros y el monasterio de las Salesas. Del tiempo de Carlos III data la fundacion del magnífico Museo del Prado; de la Aduana, hoy Ministerio de Hacienda; de las puertas de Alcalá y San Vicente; de la casa-Correo, hoy ministerio de la Gobernacion; de la imprenta Nacional, del Hospital general, convento de San Francisco, Observatorio, Caballerizas Reales, Platería de Martinez, y otra porcion de edificios que seria prolijo enumerar; se abrió el anchuroso paseo del Prado, con sus hermosas fuentes; se dio más belleza, con obras costosísimas, al Sitio del buen Retiro, se creó el jardin Botánico, las Escuelas Pias y el gabinete de Historia natural.

El real Alcázar es uno de los monumentos de mayor mérito que se conocen, y que los extranjeros no pueden menos de admirar. Nuestra augusta soberana se ha propuesto llevar á cabo la obra verdaderamente colosal de terminar la parte que aun estaba por concluir, terminando sus galerías, y embellecer los paseos y jardines que lo rodean.

En los palacios particulares de los Sres. Salamanca, Calderon (hoy de Campo), Remisa, Arango, Miranda, en el paseo de Recoletos; en las magníficas casas de los señores Cordero, calle Mayor; Santa Marca, Barrio y Casariego, en la de Alcalá; Rivas, Perez y duque de Sotomayor, en la Carrera de San Gerónimo; Sevillano, en la calle de Jacometrezo; Murga, calle de las Infantas; Matheu, en la de Espoz y Mina; Carvajal y marqués de O'Gavan, en la del Turco; Bayo, en la de la Greda; conde de Vegamar y marqués de Camarasa, en la del Barquillo, y otras muchísimas que en este momento no recordamos: se ha desplegado tambien un lujo tan inusitado, que todas ellas, á la par que algunos monumentos, contribuyen asimismo al engrandecimiento y belleza de Madrid.

La traida de las aguas del Lozoya por medio del Canal de Isabel II, obra emprendida en 1851, surte á Madrid de aguas abundantes, que fomentará en lo posible la industria. Las estaciones de los ferro-carriles del Norte y Mediodia, centros de una complicada y estensa red de líneas férreas aportan ya con profusion y pasmosa celeridad los productos de la industria y del comercio, no solo de las provincias, sino tambien del extranjero. El movimiento y la vida aumenta diariamente, y la pobre ciudad que á principios del siglo XVI apenas contaba 3,000 vecinos, hoy es ya una de las principales capitales de Europa, y cuenta, segun el último censo, con mas de *trescientos mil* habitantes, sin contar la poblacion flotante, que asciende á un numero crecidísimo.

J. BELZA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Calientes todavía las cenizas del Carnaval, y cuando han desaparecido de todos los estómagos hasta los últimos restos de la sardina, tomamos la pluma para reseñar los acontecimientos de la semana; y á decir verdad, casi no sabemos por donde empezar.

Pudiéramos referir infinidad de lances ocurridos en los últimos bailes de máscaras, entre ellos uno muy célebre en que ha hecho la víctima un notable personaje político; pudiéramos hablar tambien de las agradables diversiones que se nos preparan en los Campos Elíseos, cuyo director, Gaztambide, viaja en la actualidad por Francia y Alemania, espedicion que no será sin duda perdida para el arte; pudiéramos, por último, denunciar más de un escándalo de los que ocurren diariamente, y que son dignos de nuestra censura. Pero al hablar de censura, nos acordamos involuntariamente de que pesa sobre nosotros, y no queremos incurrir en ese pecado, que nos ha costado casi tantos disgustos como el original. En cuanto á denunciar, dejamos esa tarea á los arquitectos, convencidos de que se lo agradecerán algunas casas de la villa.

Parece mentira que el Madrid bullicioso, alegre, de hace algunos años, haya llegado á convertirse en el Madrid tranquilo y sentimental de nuestros dias. Y sin embargo, es cierto. Semejante á esos niños juguetones y traviesos á quienes ponen la peluca de su padre, y que lloran al mirarse al espejo, la córte de Castilla, al verse con la peluca del pasado delante del espejo del porvenir, se ha entristecido, y si no ha derramado lágrimas, es porque tal vez de este modo hubiera bajado el precio del pan.

En vano la aristocracia abre sus salones y ofrece en ellos el espectáculo de brillantes fiestas; en vano el té y el chocolate hacen revivir en los pollos la aficion á los encantos del bello sexo; la juventud baila, pero no se divierte; esto es lo que oimos decir á las mismas interesadas, lo cual las presenta á nuestros ojos más interesantes. Años atrás, en cada esquina de Madrid soliamos encontrar un grupo que nos obligaba á preguntar: ¿qué es eso? A lo que nos respondian que un volatinero, un guitarrista ó un quita-manchas. Ahora tropezamos con los mismos grupos; pero ¿qué contestan? Que en tal casa se han oido voces de *ladrones;* que en la otra se acaba de cometer un asesinato; que se ha descubierto una fábrica de moneda falsa, y ¡qué sé yo qué más!

Afortunadamente, si este es Madrid, socialmente considerado, tiene otros varios aspectos, bajo los cuales le encontraremos más agradable.

Las artes y las letras, esos dos grandes elementos de vida, se van desarrollando entre nosotros hasta tomar proporciones gigantescas. Dentro de poco, España no tendrá que avergonzarse de ningun país en punto á trabajos artísticos. Ya se pleitea por un cuadro de un pintor español; se publican albums de caricaturas como en Paris; se imprimen é ilustran periódicos tan elegantes como *Gil Blas* y tan económicos como el presente; se encuentra en Barcelona un editor que pague cinco mil duros por los grabados del *Quijote*, de Gustavo Doré, y adorne con ellos una edicion, rival por su correccion y su lujo de las más notables que brotan de las prensas de Leipsik y Bruselas; y lo que es más todavía, se reciben con aplauso y se leen con avidez libros científicos como el *Ponos* de Meliton Martin; históricos, como los de Castelar y de Olózaga; críticos, como los *Estudios* de Valera, y la *Música celestial* de Costanzo; y literarios ó filosóficos como las *Cartas trascendentales* de Castro y Serrano; lo *Absoluto* de Campoamor, los *Cuentos* de Trueba y de Pedrosa, y los cien más que, por término medio, producen anualmente nuestros novelistas; portentos de imaginacion los unos, como Fernandez y Gonzalez; tiernos y moralizadores los otros, como Escrich; frívolos muchos y desatinados, como los que se dan á conocer á cada paso en las esquinas, y se nos introducen en nuestra casa por las rendijas, sin tener siquiera el valor de llamar á la puerta.

Respecto á teatros, no podemos considerarnos tan felices; pero seguimos en esto la regla comun, y además, no es el género lo que escasea, sino las manos que le han de dar buena salida. Veremos quién se queda al fin con el teatro del Príncipe, y si es cierto, como se anuncia, que ha sonado para él la hora de la restauracion.

La primavera de este año prometia ser deliciosa; pero á semejanza de los grandes personajes, le ha dado por viajar de incógnito, y todavía no nos ha enseñado su cédula de vecindad. Algunos han creido reconocerla paseándose entre los almendros del Retiro; pero Guadarrama se ha encargado de desengañarles. A pesar de eso, pronto vendrán las agradables noches del Prado, la animacion de los Circos ecuestres, los paseos misteriosos á la luz de la luna, la ropa de verano y otras muchas cosas que, no por ser viejas, dejan siempre de producirnos alegría. ¡Ojalá no venga con ellas esa epidemia que hoy hace tantos estragos en Rusia, y que parece amenaza correrse hácia Europa!

Porque si hemos de hablar con franqueza, el presente será todo lo sombrío que Vds. quieran; pero eso mismo embellece con dobles atractivos el porvenir. Confesamos ingénuamente que nos doleria mucho creer que el mundo se acercaba al *consumatum est* de su destino. ¡España sobre todo! ¡Morir un país en que se prepara tan buena cosecha! ¡Morir una juventud con tantas ilusiones, una vejez con tanta esperiencia, una sociedad que casi empezaba á regenerarse! Necesito apoyarme en una duda para no caer en este pensamiento.

Afortunadamente, todas las señales son en contrario; una sola existe que me haga temer por nuestra suerte: que se están haciendo muchas economías en el presupuesto, y esto era tan indispensable, que debe por fuerza acabar mal.

M. DEL PALACIO.

CRÓNICA JUDICIAL.

El director del PERIÓDICO ILUSTRADO ha tenido á bien confiarme la redaccion, y juntamente con ella la responsabilidad de esta parte importante de nuestra publicacion. La tarea de seguro ha de ser enojosa é ingrata de sobra para mí, tanto más, cuando quizás, y sin quizás, no alcanzaré á desempeñarla de una manera agradable para el público; pero yo; que tengo á ley el dicho de *A tout directeur, tout honneur*, cumpliré desde hoy puntualmente el encargo que, por acto de galantería, se me ha hecho, y no por mi especial competencia ni aptitud para el asunto.

Al crear EL PERIÓDICO ILUSTRADO la Crónica judicial, no obedece á un capricho de estéril curiosidad, ni ménos pretende tender un cebo á los apetitos estragados de cierta clase de lectores: nosotros no iremos á caza de anécdotas por plazas y callejas; nosotros no abrimos mercado de robos, muertes y violaciones á gusto del consumidor; nosotros, en fin, no inventaremos críme-

respetando en todo esto tu decision quien tanto ha confiado en la indulgencia y hasta galantería españolas, y está dispuesto á corresponder dignamente á estos favores.

A. L.

REVISTA DE LA SEMANA.

Como fieles historiadores que hemos prometido ser en nuestro artículo antecedente, empezamos á reseñar, siquiera sea de paso, los principales acontecimientos que han sobrevenido en la semana que acaba de trascurrir, no obstante que nuestro primer número deja ver su juvenil cara en miércoles. ¡Mal dia! Griegos y romanos, paganos y gentiles, no se hubieran atrevido á tanto; pero nosotros, que somos cristianos viejos, aunque no viejos cristianos, pronunciamos la sacramental palabra del siglo, *adelante*, y sigue su curso la procesion. Y en prueba de esta verdad, diremos:

Que los salones de la aristocrática villa han estado abiertos durante todo el mes que acaba de pasar.

Bailes de sociedad, de trages y máscaras, de personas provectas y de niños, se han sucedido con muy ligera interrupcion.

Pero de los primeros, los que con mayor razon han dejado satisfecho al mundo elegante han sido los dados por la amable y simpática duquesa de Fernan-Nuñez y opulento banquero Sr. Campos.

En los salones del Palacio de Recoletos vióse todo lo más escogido de la nobleza, del talento, de la fortuna, de la belleza, de las armas y de las letras. Parecia, más que un baile, una reunion de cuanto más notable encierra la buena villa del oso y del madroño.

Entre los bailes de niños que hubo hace dos semanas, el ofrecido á sus amigos por la respetable y noble dama, señora condesa de Montijo merece ser mencionado especialmente. Algunos más podriamos añadir á estos; pero no contando con espacio bastante para enumerarlos, los dejamos para mejor ocasion.

¡Cuán dulce es la hospitalidad que por tan breves horas nos brinda la amistad! ¡Cuán breves para nuestro mal!

Pero prosigamos, pues no es este el lugar más adecuado para la filosofía.

El viejo pertinaz, loco y descompuesto que todos los años nos visita, y se detiene tres dias, para luego desaparecer y dejarnos en la tristeza y la contemplacion, que llaman Carnaval, Carnestolendas, y otros cuantos nombres, y que se ignora si nació en Grecia ó Roma, si es hijo de Baco ó Saturno, ha hecho de las suyas este año.

Por todas partes hemos visto gallegos y gallegas, con su indispensable *gallego*, *Cupidos* y *amores*, sin venda que los ojos les cubrieran; *turcos* y *turcas*, pero de padre y señor mio; monos que llevaban *monas*, que ni las de *Tetuan*; *beatas* que murmuraban palabras de amor; *diablos* con sus correspondientes *rabos*, y otras mil alimañas que no podemos enumerar; pero todas con su gráfico *Adios, ¿me conoces? te conozco*, y otras antigüedades por el estilo.

Pero, en cambio, todos los disfrazados pueden clasificarse en una especie, como lo hacen los naturalistas en gentes del pueblo, clase que verdaderamente desea esta temporada para gozar; pues las damas y galanes de la alta clase se han *retraido* por completo de acudir á la cita del salon del Prado.

Esto nos indica que tal vez *esta familia* no esté por el *anticipo forzoso* en que ponen á sus bolsillos las comparsas mendicantes y vergonzantes que pululan por las calles de la coronada villa.

No nos cansemos más: las máscaras, tanto en los salones públicos como en las calles, tocan á su término; todo se gasta, desvirtúa y muere, y esta diversion, así como otras *instituciones*, por el abuso de ellas hecho, se hallan en sus últimos y más cruentos instantes.

Dia llegará que el hablar de las máscaras públicas nos estrañe tanto, como hoy dia sucede cuando un anciano habla de los conventos y de los frailes. Esto acontecerá seguramente.

Pero antes de dejar la pluma, queremos decir algunas palabras de ese templo elevado á Talía y demás compañeras, que fué un dia llamado *cuadra*, *corral*, *salon*, y últimamente *teatro*, y que los griegos y los romanos, Atenas y Roma, tuvieron la singular manía de decir que era el espejo donde se reflejaba la civilizacion y se aprendian las buenas costumbres. ¡Cuán inocentes eran aquellos señores de manto y coturno! Tal vez así lo creerian, porque no habian hecho un viaje por la península ibérica.

Si se hubieran tomado este trabajo, ciertamente variaran de opinion. Y á fe que esto último nada tendria de estraño, pues vemos hoy *cristianos* á los que ayer fueran *moros; proteccionistas*, los que en próximos dias predicaran el *libre-cambio;* defensores acérrimos del tribunado los que hoy se declaran por el Pan..... funcionarismo.

Pero como no es justo entrar en campo vedado, ni cortar el racimo de viña ajena, nosotros hacemos punto final, y seguimos.

El teatro. Hé aquí de lo que nos propusimos escribir, y del que sin intencion nos hemos olvidado. Pero como para ello sea preciso que lo permitan los autores y actores, y las empresas (tercero en discordia), y por ahora, ni unos querrian hacerlo, porque sus obras carecen de las condiciones exigidas por la dramática; los otros no saben ejecutarlo (permítasenos la *propiedad* de la palabra), y la última no quiere pagar el fruto del talento y del trabajo, consideramos altamente difícil la mision de verdaderos historiadores de esta parte á nuestra pequeñez encomendada; y por lo tanto, lo haremos, como quien dice, por *encima*.

El *Real* ha presentado pocas novedades. Todos las conocemos, y han sido repetidamente juzgadas por bien cortadas plumas.

Los *dilettanti de pur sang* reprimen su enojo, con la esperanza de ver realizada la promesa hecha por Mr. Bagier, de que para los primeros dias de este mes, la encantadora, la bella, la célebre Patti dejará oir su melodiosa voz en el régio coliseo.

El *Circo*, con su revista *1864 y 1865*, y su autor con la empresa, y la empresa con la de *Jovellanos*.

El *Príncipe*, que creyérasele muerto, ha resucitado con su *Mañana*, produccion en tres actos y que agrada verdaderamente al público, demostrándolo este así con su concurrencia diaria.

Es digna de verse esta comedia, donde no sabemos qué admirar más, si las bellezas de la composicion, ó el talento de su autor, cuando, no obstante que su accion basta y sobra para un acto, sabe sostener el interés en tres, y el ánimo desfallece al ver que ha de tener término tanta poesía, tanta belleza como encierran sus escenas.

La Díez, inimitable. El triunfo obtenido en *Mañana* es para el autor y para la actriz.

Segun nuestra pobre opinion, *Mañana* tendrá mañana; no así otras obras que no tienen más dia que aquel en que se estrenan.

Terminaremos diciendo: Que el adusto miércoles de ceniza se ha llevado las llaves de las puertas del Carnaval, de la locura, de la algazara, de la libertad, del abuso, de lo profano y de lo obsceno. Que desde hoy los conciertos sacros, las oraciones sagradas, la contemplacion y la abstinencia reemplazarán á aquellos poco edificantes espectáculos. La oracion llama al católico, y la conciencia y la religion responde á su sonora voz.

De todo ello no nos queda otra cosa que una ilusion perdida y un desengaño más.

CRÓNICA JUDICIAL.

Pocas palabras diremos al tratar del importante asunto con cuyo epígrafe encabezamos este artículo, hoy de mucho interés para todas las clases sociales, y muy detenidamente descrito por toda la prensa de Europa.

La crónica judicial es el detalle minucioso de los delitos y de sus autores; donde se escriben, no solo los hechos, sino hasta apreciaciones que dan lugar á sérios, detenidos y provechosos debates.

Es la estadística fiel é imparcial que el curioso, el estudioso ó investigador consulta para ver los tipos de los criminales, sus temperamentos, sus formas, sus más pequeños detalles.

La estacion más propia para la perpetracion de este ó aquel delito.

El sexo, el estado, la edad y la nacion del criminal.

Las causas esternas ó morales bajo cuyo influencia se cometieran.

Los anales fidedignos donde se escriben por órden cronológico los delitos y penas que se les aplicaran.

El espíritu de las épocas que dictaran las leyes penales.

La filosofía que hubiera entre el delito cometido y la pena impuesta.

Y últimamente, un manantial inagotable de doctrina para el legislador y para los llamados un dia á ejercer el espinoso deber de garantizar á la sociedad, lastimada en la persona ó bienes de todos y cada uno de la gran colectividad que llamamos humanidad, y de cuyas observaciones el hombre ilustrado saca ópimos frutos, y el ignorante ó indiferente provechosa enseñanza.

Pues bien; si esto es así, ¡cuán difícil no nos parecerá esta mision, y con cuánto temor no tendremos que encargarnos de ella! Pero si preciso es cumplir con el cometido, tratemos de reseñar el tristísimo lance que, desgraciadamente, ha sucedido en el mes pasado, y que si bien no nos es obligatorio el describirlo, toda vez que esta fuera de la semana en que nos presentamos al público, la gravedad del suceso, el misterio de que se halla revestido, las circunstancias estrañas en que va envuelto, la belleza y edad de la víctima y el interés que el público ha demostrado por saber la verdad, nos hace que, aunque brevemente, digamos algo sobre él.

Todos nuestros lectores habrán adivinado fácilmente, al leer las líneas que preceden, que aludimos al horrible asesinato cometido en una jóven de doce años, y que servia á un oficial de peluquero que habita en la calle de la Puebla, y cuya causa se conoce con el nombre harto triste de la *calle de la Puebla*.

Pues bien; lo único que podemos adelantar á lo que tienen dicho todos los diarios que se publican en esta córte es, que parece que el autor de este horroroso homicidio, hecho sin causa impulsiva que ostensiblemente apareciese, sin razon de sér (si la hubiera para actos de esta índole), ha sido el ama de aquella desgraciada niña que solo contaba doce años.

Que la madre infortunada de la inocente víctima, obedeciendo las órdenes del juzgado,



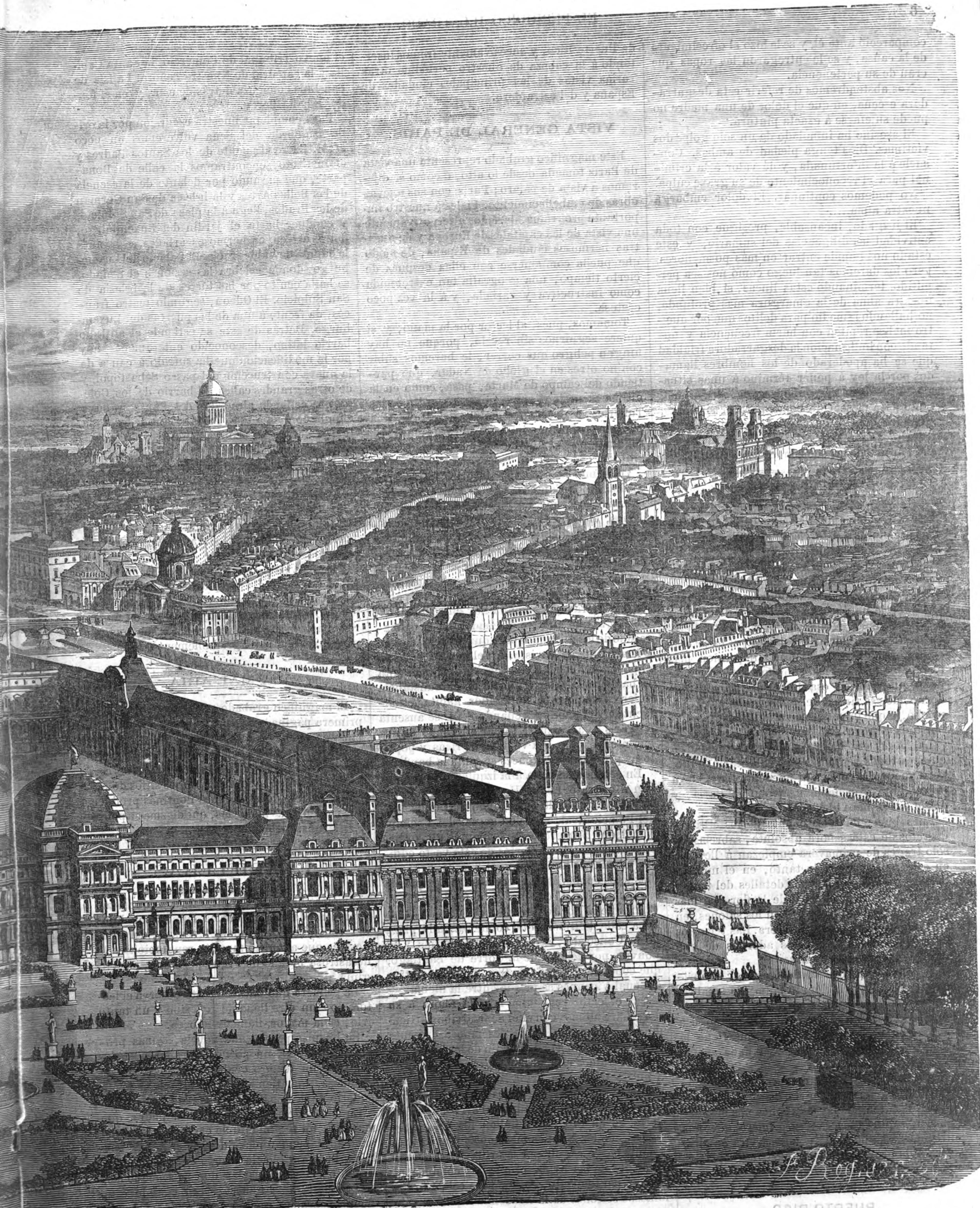
Calle de San Honorato. Palacio Real. Calle de Rivoli. Torre de Santiago. Pabellon Marsan. Louvre. Puente del Cambio. Puente Nuevo. Nuestra Señora. Santa Capilla. San Severino.

VISTA GENERA

Palacio y

Puente de las Artes.

San Esteban



EERAL DE PARIS.

alacio y jardin de las Tullerías. Instituto. Puente de los Santos Padres. Pabellon de Flora. El Sena.

San German de los Prados. San Sulpicio.

Odeon. Val-de-Grace. Jardin de Luxemburgo.

n Esteban del Monte. Santa Genoveva (antiguo panteon). Sorbona.

compareció ante él, y se le hizo el ofrecimiento de la causa, y se le entregaron las ropas que eran de su pertenencia.

Nos abstendremos de referir esta desgarradora escena, en que el dolor de una madre no puede sujetarse á exacta pintura.

El asesino ha inmolado de un solo golpe dos víctimas. Dios tenga piedad de ambas. Consuele á la infortunada, y dé valor á la criminal para el reconocimiento de su grave culpa.

No podemos continuar. El dolor embarga nuestra alma.....

El juzgado, incansable, prosigue con toda actividad las diligencias del sumario, y este estado nos impide entrar en más pormenores, pero los daremos tan luego como nos sea permitido; terminando estas líneas, si bien llena nuestra alma de la amargura más profunda, no hallando remedio para delitos que por nuestro mal se repiten con harta frecuencia y notando con indignacion la desgarradora frialdad que se ha apoderado de los hombres llamados por la ley á poner término á unas situaciones llenas de desconfianza y de inseguridad, tanto para el servido como para el sirviente; situacion que se ha de prolongar interin los principios morales y religiosos no se inculquen en el ánimo de las sociedades modernas.

MODAS.

Nosotros debiamos dar á las bellas y elegantes suscritoras del *Diario* un artículo de modas, segun las tenemos prometido.

Pero si así no lo hacemos, no se nos culpe; reconvengan, sí, á nuestro corresponsal de Paris, que creyendo sin duda que nuestra aparicion seria un poco más tarde, ha dado lugar á este pequeño, pero sensible incidente. Pero, en cambio, recibirán las bellas y *faxionables* suscritoras de la Revista una impresion más agradable cuando las pongamos al corriente de lo que pasa en esa Babel del mundo moderno, de esa tirana del buen gusto y del capricho, y que impone sus variadas invenciones por toda Europa.

La *Moda*, esa bella é indefinible deidad á quienes todos rendimos un voluntario culto, pero que nadie conoce ni puede dibujar, eleva su radiante y esplendente trono en Paris, y desde allí se hace obedecer.

Pues bien; dándoos cuenta de los últimos decretos de esta señora absoluta, sabreis que solo trages de primavera empiezan á llevarse en este mes, y por lo tanto, en el número próximo vereis minuciosos detalles del trage, de la capota, de la cinta y de la flor que más fortuna hayan obtenido, ya en los salones, en los Campos Elíseos ó en la ópera. Las telas, los colores, las hechuras y los adornos de que aquellos hallan de revestirse.

El peinado, la corbata, los cuellos, el abrigo y el guante, y la flor, la bota y la sombrilla, que complemente su trage; en fin, todo aquello que la mitad del género humano usa para enloquecer á la otra mitad, que tiene la desgracia de ser conocida por el nada apetecible título de *feo*.

Y en cumpliendo este compromiso, no tendrán derecho á reconvenirnos.

En esta inteligencia, las suplicamos nos dispensen, siquiera sea la vez primera que nos dirigimos á su bondad, y nos servirá su distincion de provechoso estímulo.

Hasta la semana próxima.

PUERTO RICO.

La lámina con que encabezamos nuestro número de hoy representa la importante ciudad de Puerto Rico, y sucesivamente iremos insertando á la cabeza de nuestro periódico otras varias vistas de las principales ciudades de España y del estranjero.

VISTA GENERAL DE PARIS.

Este magnífico grabado representa una vista de Paris tomada desde lo alto, ó como si dijeramos á vista de pájaro; Paris, con sus nuevas obras de embellecimiento. Fieles á nuestro importante programa, daremos alternativamente una vista de las capitales de Europa y de nuestras hermosas ciudades de España, de modo que pueda componerse con ellas despues de cierto tiempo, una geografía tan entretenida como instructiva y variada, y á la vez poco costosa.

Tomamos, pues, al lector por la mano, y si quiere seguirnos sin recelo, porque no hay ningun peligro que correr, le haremos subir con nosotros en el globo de Nadar, que partiendo del campo de Marte, pasa, como en la última escursion, por encima del jardin de las Tullerías, á doscientos metros de altura. Una vez la imaginacion del lector en este punto le rogamos que nos escuche por algunos instantes.

Volviendo la espalda á la plaza de la Concordia, á los Campos Elíseos y al bosque de Bolonia, se tiene á los piés el jardin de las Tullerías, el terrado de la orilla del agua á su derecha, y la de los Juldenses á su izquierda. Se presenta desde luego á su vista el vasto Palacio de las Tullerias, incorporado al Louvre por medio de trabajos recientes y gigantescos. La fachada concluye por un lado en el pabellon de Flora, que se halla hoy en reconstruccion, y al que nuestro diseñador ha desembarazado de los andamios para que no perjudiquen á la armonía de la vista. En el centro se halla el pabellon del reloj, por encima del cual flota la bandera tricolor. Esta última circunstancia quiere decir que el emperador habita actualmente el Palacio, pues cuando S. M. se ausenta de Paris, ya sea para tomar el mando de sus ejércitos, ó para ir á visitar sus ricas y populosas provincias, entonces se quita la bandera.

En seguida se halla á la izquierda la calle de San Honorato (Saint-Honoré), una de las grandes arterias de Paris, que pasa por delante del Palacio Real, mansion actual del Príncipe Napoleon. Numerosos y brillantes almacenes ó lonjas llenan las galerías de este vasto edificio, al cual se halla unido el Teatro Francés. Más lejos comienzan los barrios del Temple, de los Lombardos, el de Mare en el fondo, y luego Charonne al horizonte.

La calle de Riboli, que comienza en la plaza de la Concordia, atraviesa las Tullerias y el Louvre, por delante de la Torre de Santiago, que conduce al barrio de San Antonio, detrás del cual Vicennes se pierde entre la niebla.

Que el lector eche una mirada ahora á su derecha. Subimos con él el Sena arriba partiendo del puente Real, que desemboca enfrente de la primera puerta del jardin de las Tullerías, y encontramos el puente de los Santos Padres. A fin de pasar á la orilla izquierda, atravesamos este puente, y seguimos la calle del mismo nombre, que nos conduce al arrabal de San German, en el cual se hallan los solariegos palacios de las familias más nobles y antiguas.

Volvamos á seguir por la orilla del rio hasta el puente de las Artes, el que nos conduce al Palacio del Instituto, en donde se celebran las famosas sesiones de la Academia francesa y de otras. Prosigamos hasta el puente Nuevo, en cuyo terraplen central se halla la estatua de Enrique IV, y allí termina la isla de la Cité. En esta isla se encuentran el Palacio de Justicia, el nuevo Tribunal de Comercio, la Santa Capilla y la catedral de Nuestra Señora. La isla de San Luis comienza detrás de esta, y en el fondo se halla Bercy.

Para completar nuestra escursion por la orilla izquierda del Sena volveremos un poco atrás. Entre el puente de los Santos Padres y el Instituto, encontramos la calle de Bonaparte, que pasando por delante de la escuela de las Bellas Artes y la iglesia de San German de los Prados, llega á la plaza de San Sulpicio, y conduce hasta el jardin del Luxemburgo, detrás de cuyos hermosos árboles se levanta la cúpula de Valdegracia. El Palacio del Luxemburgo, donde celebra las sesiones el Senado, se halla oculto por las torres de la iglesia de San Sulpicio. El Odeon, segundo teatro francés, da frente á una de las puertas del Luxemburgo. Detrás de este se estiende el antiguo barrio latino, desconocido enteramente hoy por la modificacion que ha sufrido á causa de la nueva construccion del paseo Sebastopol y de otras grandes calles. El barrio de los Colegios se estiende alrededor del Panteon, cuya cúpula domina á todo Paris, y alrededor de la iglesia de San Estéban del Monte y de la Sorbona, cerca de los cuales se hallan la escuela de Derecho, el colegio de Francia y el de Medicina. Marchando á la izquierda, encontramos la iglesia de San Severino, detrás de la cual, y á lo lejos, solamente podemos distinguir el lugar en donde se halla el Jardin de las Plantas, cerca del cual está situada la Escuela politécnica.

Basta ya para una primera escursion por el globo. Dejemos al intrépido Nadar continuar su viaje, y por temor de fatigar al lector, bajémoslo sano y salvo á este Paris, cuyos numerosos teatros le abrirán pronto sus puertas para que concluya agradablemente el dia.

LA MAL-ARIA.

El magnífico grabado que insertamos en la primera página corresponde al cuadro que se halla en el Museo del Louvre, del cual es autor el inimitable *Hebert*, el que con su inspirado pincel nos describe á los habitantes de las cercanías de Roma, abandonando los sitios donde el aire infecto de las lagunas Pontinas produce unas calenturas malignas, que diezma su pobre y enfermiza poblacion.

LAS RIFLERAS.

Las tres bellas y elegantes figuras que están representadas en la última lámina son hijas del renombrado coronel Steveuson, del Tennessee, que adquirió tan alta reputacion en la desastrosa batalla de Fredericksburg, en Virginia.

La primera que naturalmente observa el lector, con un aire lleno de reflexion y un tanto frio, es la mayor, llamada Rebeca.

Su historia parece una novela, ó más propiamente dicho, un poema. Oigámosla, referida por un testigo ocular de esa guerra de gigantes, que tiende á destruir el naciente poderío de la República norte-americana.

En el mes de mayo de 1862, su padre, que mandaba un regimiento de caballería acantonado en Rappahannock, dejó solas á sus tres hijas, huérfanas hacia tiempo de madre, y por lo tanto, encargadas las dos más pequeñas, Lia y Judit, á la Rebeca; pero cuando esta menos pensaba, recibió la forzada visita de una compañía de su regimiento del ejército federal, mandada por el capitan John Atkinson, del Illinois.

Mis Rebeca, ardiente partidaria de la causa

sucesivamente iremos publicando vistas de las principales poblaciones de Europa.

LOS MISTERIOS DE UDOLFO.

(Continuacion.)

—¡Ah, señor, con trabajo! Los vientos frios que soplan al través del castillo en el invierno, no me hacen ningun favor; más de una vez he pensado suplicará S. E. me permitiera dejar las montañas para retirarme al llano, pero no sé lo que es que no me resuelvo á abandonar estas viejas murallas, en donde he vivido tantos años.

—Bueno, dijo Montoni; y ¿qué habeis hecho en este castillo desde mi partida?

—Lo mismo que siempre, señor, con corta diferencia. El castillo tiene necesidad de grandes reparos. En la torre del Norte, muchas de sus fortificaciones han venido á tierra, y poco faltó un dia para que no cayesen sobre la cabeza de mi pobre mujer. ¡Dios tenga piedad de su alma! V. E. debe verla...

—Basta. ¿Y las reparaciones? interrumpió Montoni.

—¿Las reparaciones? dijo Carlo; una parte del techo del salon se ha hundido por dentro: todos los vientos de la montaña vecina se sepultaban allí en el último invierno, y silbaban de tal modo en el castillo, que no era posible que uno se calentase. Mi mujer y yo nos atrincherábamos, tiritando, cerca de un enorme fuego, en el rincon de una pequeña sala y con todo eso nos moriamos de frio.

—¿No hay que hacer otros reparos? preguntó Montoni con impaciencia.

—¡Oh, señor! La pared de la muralla ha venido al suelo en tres partes: las escaleras que conducen á la galería por el Poniente hace ya largo tiempo que se hallan en tan mal estado, que es muy peligroso pasar por ellas, y lo mismo el corredor que va al aposento de roble sobre la muralla del Norte. Una noche en el último invierno quise pasar por allí, y S. E...

—Marchad, marchad, dijo con viveza Montoni. Mañana por la mañana hablaremos despacio acerca de eso.

Como el fuego se hallase ya encendido, Carlo barrió la chimenea, trajo algunas sillas, despues de sacudir el polvo de una mesa de mármol que allí estaba, y se retiró, en fin, del aposento. Montoni y su familia se aproximaron al fuego, y la señora hizo varias tentativas para anudar la conversacion; pero las bruscas respuestas de su esposo la obligaron á contenerse. Amelia tambien se esforzó para reunir todas sus fuerzas, y con voz temblorosa dijo:

—¿Puedo preguntaros, señor, qué motivos os han obligado á partir tan pronto?

Despues de una larga pausa, tuvo bastante valor para repetir la pregunta.

—No me conviene responder, dijo Montoni, ni tampoco á vosotras hacerme esas preguntas. Todo lo esplicará el tiempo. Por ahora, lo que únicamente deseo es que no me importuneis por más tiempo. Os aconsejo que adopteis una conducta razonable: todas esas ideas de pretendida sensibilidad, si he de calificarlas como merecen, no son otra cosa sino debilidad.

Amelia se levantó para retirarse.

—Buenas noches, señora, dijo á su tia con un aire afectado, y que encubria mal su emocion.

—Buenas noches, querida, contestó la señora de Montoni con un acento de bondad que jamás habia demostrado.

Esta inesperada ternura hizo derramar lágrimas á Amelia, y saludando á su tia, se retiraba.

—Pero vos no sabeis cuál es vuestro cuarto, la dijo.

Llamó entonces Montoni al criado, que esperaba en la antesala, y le ordenó fuese á llamar á la camarista de la señora de Montoni, que no tardó en presentarse y acompañar á Amelia.

—¿Sabe Vd. cuál es mi cuarto? dijo á Anita al atravesar el salon.

—Sí, creo saberlo, señorita. Pero es un aposento singular, y no falta allí espacio para pasearse. Yo me he perdido en él: le llaman la cámara doble, y está situada sobre la muralla del Mediodia; se va á ella por la grande escalera. La cámara de la señora está en la otra estremidad del castillo.

Subió Amelia la escalera, y entró en el corredor. Mientras lo atravesaba, Anita volvió á continuar su charla.

—Este es un lugar muy lóbrego y triste, señorita. Yo estoy asustada de vivir aquí. ¡Oh, cuántas veces he deseado volver á Francia! No pensaba ciertamente, cuando entré al servicio de la señora para viajar, que yo seria un dia emparedada en un castillo como este. Para esto yo no hubiera dejado mi país. Por allá, señorita, es necesario dar la vuelta. En verdad que estoy tentada de creer en los gigantes, pues este castillo parece hecho espresamente para ellos; cualquiera noche veremos algun duende que vendrá á este viejo salon, que con sus enormes pilares se parece más á una iglesia que á otra cosa.

—Sí, dijo Amelia sonriéndose y alegrándose de poder librarse con esto de otros pensamientos más sérios. Si á media noche viniésemos al corredor, y mirásemos al vestíbulo, lo veriamos indudablemente iluminado con más de mil lámparas: todos los duendes bailarian en corro al son de una música deliciosa, porque en estos lugares es donde se reunen siempre para celebrar sus sábados. Temo, Anita, que no tendreis bastante valor para presenciar un espectáculo tan bonito. Cuidado con hablar, pues entonces todo se desvanece instantáneamente.

—Creo firmemente que si yo permaneciera aquí mucho tiempo me volveria duende tambien, dijo Anita.

—Espero que no confiareis estos temores á vuestro señor, replicó Amelia, porque le disgustariais en estremo.

—¡Qué! ¿sabeis ahora todo, señorita? dijo Anita. ¡Oh! no, no, yo sé mejor lo que tengo que hacer, y si el señor puede dormir en paz, todos podemos hacer otro tanto en el castillo.

Amelia fingió no haber entendido esta observacion.

—Por esta travesía, señorita, que es la que conduce á una pequeña escalera. ¡Oh! si veo algo, perderé el conocimiento; esto es cierto.

—No es posible eso, dijo Amelia sonriendo, y dando al mismo tiempo la vuelta de la travesía, que daba á la otra galería. Conoció entónces Anita que habia perdido el camino, y se estravió aun más atravesando otros corredores. Asustada, en fin, de tantas vueltas y de aquella soledad, gritó pidiendo socorro: los criados se hallaban en la estremidad opuesta del castillo, y no podian oirla. Amelia abrió la puerta de un aposento que se hallaba á la izquierda.

—No entre Vd. ahí, señorita, dijo Anita, porque se estraviará Vd. aun más.

—Trae la luz, dijo Amelia, y encontraremos al fin nuestro camino, al través de todos estos salones.

Anita permanecia en la puerta indecisa, y alargaba la luz para poder reconocer el cuarto; pero sus débiles rayos no penetraban siquiera hasta en medio de él.

—¿Por que titubeais? dijo Amelia; dejadme ver á dónde conduce este aposento.

Anita se adelantó con repugnancia; la cámara daba entrada á una larga fila de aposentos antiguos y muy espaciosos. Los unos se hallaban cubiertos de tapicerías, y otros adornados de maderas de cedro y de negro alerzo. Los muebles que se veian allí parecian tan antiguos como las paredes, y conservaban una apariencia de grandeza, aunque carcomidos por el polvo y la vejez.

—¡Qué frio hace aquí, señorita! dijo Anita. Nadie ha habitado estos aposentos hacia ya siglos, segun dicen. Vámonos pronto.

—Tal vez llegaremos á la grande escalera, dijo Amelia andando.

Se hallaban entonces en un salon adornado de cuadros, y tomó la luz para examinar uno que representaba un soldado á caballo en el campo de batalla, el que apoyaba su espada en un hombre caido debajo del alazan, y que parecia demandar perdon. El soldado, con la visera levantada, le miraba con un aire vengativo.

ANNA RADCLIFFE.

(Se continuará.)

Á NUESTROS COLEGAS.

Damos las más espresivas gracias á la prensa en general por las lisonjeras frases con que han anunciado nuestra aparicion, en la seguridad de que corresponderemos todo lo más dignamente que nos sea posible, atendidos los elementos de que podemos disponer, á la favorable opinion y á las esperanzas que nuestro Semanario ha hecho concebir al público en general.

AVISO IMPORTANTE.

Las personas que en provincias deseen suscribirse, lo harán directamente á esta Administracion, bien en letra, bien en sellos de Correos, por valor igual al importe de la suscricion.

Correspondencia del PERIÓDICO ILUSTRADO.

A D. J. M., de Reus.—Recibida su letra, y será servido.

A M. S. de O., de Gándara.—Se han recibido los sellos de franqueo.

A D. A. G., de Valencia.—Quedará Vd. complacido.

A D. F. A., de Barcelona.—Damos á Vd. gracias por sus lisonjeras frases y se le remite el primer número.

A D. J. A. B., de Barcelona.—Queda admitida su proposicion.

A D. L. de las H., Gerona.—Se le servirá la suscricion.

A D. P. G., de Valladolid.—Se han recibido los sellos y se servirá la suscricion.

A D. J. del V., de Valladolid.—Se remitirá desde el primer número.

A D. A. B., de Búrgos.—No es posible lo que usted desea.

A D. S. P., de Villarobledo.—Se servirá la suscricion.

A Mr. Crenuey, de Bilbao.—Recibida la letra y será satisfecho.

A D. R. C., de Búrgos.—Queda cumplido su encargo.

A D. S. de C., de Sevilla.—Admitida su proposicion.

A D. J. B., de Gerona.—No es fácil por ahora lo que usted desea.

A D. A. R. G., de Alicante.—Se han recibido los sellos.

A D. J. S. P., de Tarragona.—Quedará Vd. complacido.

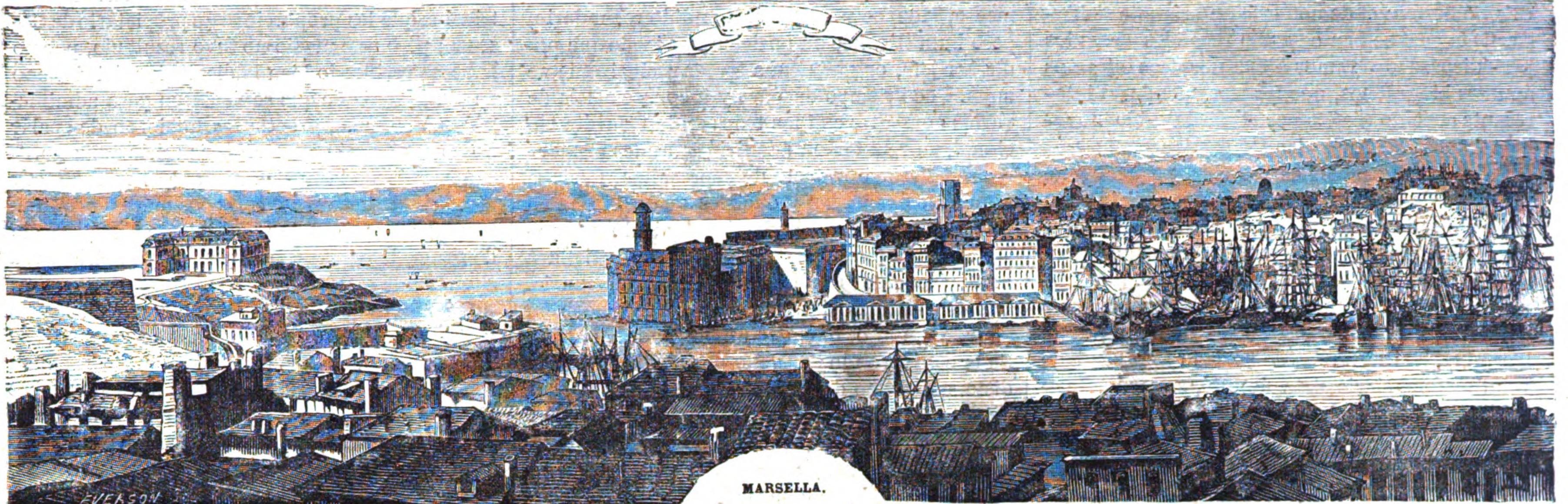
Editor responsable, RAMON VICENTE.

MADRID.—1865.
Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, núm. 12. principal.



CAMINO DE LA SIBERIA.

El Periódico ilustrado.



MARSELLA.

Número 3.°
DEL 23 AL 30 DE MARZO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL: . . . . CUATRO CALLES.



SUMARIO.—TESTO: *Maria Ol verio Monaco*, por J. Belza.—*Revista de la semana*, por M. del Palacio.—*Crónica judicial*, por T. Rodriguez y Muñoz.—*Poesías*, por M. del Palacio.—*Teatros*, por E. de Inza.—*Marsella.—Roma.—Bateria de los nuevos cañones americanos de la marina federal.*
LÁMINAS: Marsella.—Maria Oliverio.—Roma.—Cañones americanos.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.	4 cuartos el número.
Provincias.	Un año 28 »—	Seis meses 14 »	
Ultramar. .	Un año 80 »—	Seis meses 40 »	

MARIA OLIVERIO MONACO, ESPOSA DEL BANDIDO DE LA CALABRIA.

MARIA OLIVERIO MONACO.

El retrato que aparece en la primera página de este número es el de una célebre brigante siciliana, de la cual se han ocupado repetidas veces los periódicos. Hoy vamos á dar nosotros algunos apuntes biográficos, que los tomamos de un interesante artículo escrito por el distinguido novelista francés M. Alejandro Dumas.

Pedro Monaco nació en Macchia, pequeño pueblo cerca de Cosenza, hácia 1828; era por lo tanto un hombre de treinta y cinco á treinta y seis años cuando fué muerto por su teniente llamado Marco.

Su juventud no ofrece nada notable. Sus parientes, demasiado pobres, no pudieron ocuparse en darle educacion, y por consiguiente, no sabia leer ni escribir. Marchó de soldado á la edad de veintiun año; sirvió siete, desertó, se pasó á Garibaldi, y volvió al cabo de algun tiempo á su país, donde se casó.

Trascurridas algunas semanas, volvió á formar parte de una de las compañías de voluntarios garibaldinos, marchando sobre Capua, donde se batió con tanto valor, que le concedieron el grado de subteniente sobre el campo de batalla.

Al licenciamiento de los voluntarios, volvió de nuevo á su país, á principios de 1861; tuvo una disputa con un propietario de Serra Pedace, á quien creia su enemigo, y como los odios calabreses son mortales, Monaco se emboscó en un sitio que tenia que atravesar el propietario, hizo fuego sobre él, y lo mató.

Entonces no tuvo más remedio que huir á la montaña, donde permaneció por algun tiempo cometiendo robos de más ó ménos importancia.

Monaco, como ya hemos dicho, se habia casado, y habia elegido por esposa á una jóven muy hermosa, llamada María Oliverio, pero por desgracia, la hermana mayor de esta habia sido, antes de su casamiento, amante de Monaco, y María Oliverio, celosa de su hermana, decidió deshacerse de ella, y esperó la primer ausencia de su marido para consumar su venganza.

Partió por fin Monaco para una de sus espediciones, y María invitó á su hermana para que viniese á hacerla compañía. Esta, por su parte, aceptó la invitacion, sin concebir la más mínima sospecha.

Las dos hermanas cenaron juntas, y la mayor se acostó la primera, instando á María á que la imitase.

Bajo pretesto de que no tenia sueño, María Oliverio se puso á coser, esperando que su hermana se durmiese para poder más fácilmente deshacerse de ella; pero esta, por el contrario, se obstinaba en velar. La terrible comedia debia tener un fin. La mujer de Monaco continuaba vestida, y despues de algunos momentos de fluctuacion, se decidió por fin, y empuñando una podadera, se lanzó sobre su hermana. La lucha fué terrible; á los treinta y un golpes la pobre jóven dejó de existir, y sin embargo, María no cejó hasta los cincuenta y cuatro: la mutilacion fué completa.

Cada golpe era acompañado de una injuria ó de una blasfemia; María Oliverio ha referido ella misma el hecho, hasta con horrible complacencia, y á esto se debe el conocer los más minuciosos detalles de tan espantoso crímen. Cumplida su venganza, María Oliverio marchó al lado de su madre, que vivia con una hermana suya, tia de María, llamada Magdalena Scarcella, y por apodo *Terremoto*.

Las tres mujeres tuvieron consejo, y se decidieron á partir para la Lila, lo cual ejecutaron, reuniéndose allí María con su marido, que la perdonó el asesinato cometido; pero María previno á Monaco, que lo mismo que habia hecho con su hermana, lo ejecutaria con cualquiera otra mujer que se permitiese amar á Monaco ó fuese amada de él. María era de un carácter indomable y terrible, y hasta su mismo marido la tenia miedo.

Durante dos ó tres meses, á partir de este momento, Monaco permaneció bandido secundario; pero humillándole su posicion, y viendo que podia ser jefe, organizó una banda esclusivamente suya. Poco tiempo despues y á consecuencia de varios combates con las tropas y la Guardia nacional, su reputacion adquirió grandes proporciones. Bajo el pretesto de represalias, fusilaba á todos los soldados y oficiales que caian en su poder, y su mujer, que habia adquirido una reputacion de crueldad igual á la suya, asistia á estas ejecuciones con estremada complacencia. Las dos últimas víctimas de Monaco fueron un padre y un hijo, oficiales ambos de la Guardia. Se encontraron los dos cuerpos tendidos á poca distancia el uno del otro, y sobre el cadáver del hijo los dos fusiles colocados en forma de cruz, y un papel encima en que se leia en gruesos caracteres: *Venganza de Monaco*.

Una de las espediciones que dieron á Monaco más fama, fué el robo del obispo de Tropea, monseñor de Simone, precisamente en el momento en que este se paseaba por los alrededores del convento de los Capuchinos de Acri.

El 27 de agosto de 1863, Monaco, su mujer, que asistia á todas las espediciones, y sus cuarenta brigantes se emboscaron cerca del convento de los Capuchinos, dispuestos á sorprender á todos los paseantes, los cuales llenos de seguridad no podian presumir el peligro que les rodeaba, ni sospechar tal golpe de audacia á medio kilómetro de una villa de 12,000 habitantes. Un grupo de ocho personas salió de la villa, y se dirigió hácia el convento, cayendo de esta suerte en la emboscada. Este grupo estaba compuesto de M. de Simone; de uno de los canónigos; de M. Falcone, padre é hijo; de Mr. Rafli (hijo) y de otras tres personas. Los brigantes les envolvieron y dueños de su presa, se internaron en la montaña; pero por fortuna, dos carabineros se encontraban allí próximos, ya que no pudieran hacer otra cosa, siguieron á los brigantes; advirtiendo no obstante á los otros paseantes, que se volviesen á Acri y avisaran á la propia autoridad, mientras que ellos seguian la pista á los ladrones, teniendo la precaucion de cortar algunas ramas de los árboles para que sirviese de señal y para que los bersaglieri pudiesen reconocer el camino que los bandidos llevaban. Uno de los carabineros fué herido por una bala en un brazo, no pudiendo por lo tanto continuar persiguiéndolos con igual tenacidad que su compañero. Su esperanza no era ciertamente librar á los prisioneros, pero sí la de llamar la atencion á los bersaglieri con el fuego que contra los brigantes hacia. Los brigantes, en su huida, apaleaban brutalmente á los prisioneros, tanto, que á M. Falcone, padre, le rompieron una costilla de un culatazo, habiéndose visto obligados á colocarle sobre un asno.

El hijo mayor de M. de Falcone, hombre de resolucion, y conocido por su firmeza y valor como mayor de la Guardia nacional y comandante de algunos destacamentos indígenas, se encontraba en Camigliola, centro de la Sila grande, en compañía del bravo mayor Pinelli, cuyo nombre solo es el terror de los brigantes. Ambos se pusieron inmediatamente en campaña, con sus respectivas fuerzas, en persecucion de los brigantes los alcanzaron en su guarida, los batieron, y rescataron al fin los prisioneros.

A partir de este momento, la persecucion fué cada vez más activa; pero la tropa no podia dar caza al jefe principal, es decir, á Monaco, ni á su terrible esposa, cuyas cabezas estaban puestas á precio. Felizmente para los habitantes de aquellos contornos, en la banda de Monaco habia tambien traidores, y uno de ellos era su teniente, llamado Marco, el cual, en union con otros dos apellidados Celestine y Morrozo, ofrecieron entregar á Monaco muerto ó vivo, si se les perdonaba á ellos la vida, cuya proposicion fué aceptada.

Trataron primeramente de envenenarlo con estricnina que les proporcionó un propietario de Cosenza; pero este medio no tuvo resultado, por no haberse verificado bien la disolucion del veneno en el agua fria de que se sirvieron para administrarlo á Monaco, y entonces hubieron de apelar á otro medio más seguro, si bien más espuesto.

Aguardaron la noche: Monaco con su esposa y diez más de los suyos, entre los que se encontraban Marco y Celestino, dormian en una especie de gruta, bastante capaz, pero cuya entrada era sumamente estrecha.

Cuando todos dormian profundamente, Marco y Celestino se levantaron sin hacer ruido, se apoderaron de las escopetas de Monaco y de su esposa, y colocando las bocas de las suyas sobre el pecho del primero, hicieron fuego á un tiempo para asegurar mejor el golpe. Efectivamente, Monaco dió un salto, con la agonía de la muerte, y cayó sin vida con los puños crispados y los ojos abiertos. Al ruido de esta doble detonacion los bandidos despertaron; pero ya Marco y Celestino, en union de Marrozo, estaban en la parte esterior de la gruta y hacian un fuego terrible al interior, sin que ninguno de los bandidos pudieran salir á campo raso. Varios de ellos fueron muertos, otros heridos, y entre estos últimos se encontraba María cuyo brazo izquierdo fué atravesado de un balazo.

Marco y Celestino, temerosos de que el resto de la banda acampada en los alrededores no viniera en auxilio de su jefe y de sus compañeros, huyeron en direccion á Cosenza á dar parte á las autoridades de todo lo ocurrido, y estas, acompañadas de fuerzas respetables, se trasladaron al teatro de la refriega, donde efectivamente hallaron el cadáver de Monaco y los de algunos otros bandidos, los cuales fueron trasportados al pueblo. El resto de la banda habia huido ya en diferentes direcciones.

Un propietario muy rico del pueblo, que habia sido tratado cruelmente por Moniaco una vez que cayó en su poder, cortó la cabeza del bandido, la hizo secar, y tuvo el capricho de colocarla en su mesa de despacho, como un pesa-papeles.

Hemos dicho que el resto de la banda habia huido antes de la aproximacion de las tropas y de las autoridades, y habia huido casi en completa dispersion, porque no se esplicaban la causa de aquel ataque, ni por quién era dirigido.

María Oliverio huyó tambien, acompañada de su cuñado Antonio Monaco; pero antes tuvo la fuerza de espíritu y el valor suficiente para coger el cinto lleno de oro que su esposo llevaba en la cintura. Por espacio de algunos meses, no se volvió á oir hablar de ella ni de Antonio.

En fin, el 9 de febrero de 1863, el capitan del 57 de línea, Angelo Baglioni, descubrió en el bosque de Cacurí una gruta, presumiendo que los brigantes se hallaban ocultos en ella, sin darles tiempo á que se apercibiesen, la rodeó con sus tropas y rompió el fuego. El combate fué encarnizado. La gruta era impenetrable, pues no se podia entrar en ella sino á gatas, y los dos primeros soldados que lo intentaron fueron muertos. Igual suerte cupo á un criado del baron Baroco, que quiso seguir á aquellos. El capitan, entonces, estableció el bloqueo en regla, y los bandidos esperimentaron las mismas dificultades para salir que los soldados habian tenido para entrar. Al fin no tuvieron más remedio que rendirse. Eran cuatro, y entre ellos se hallaban Antonio Monaco, hermano de Pedro, y María Oliverio, viuda de este.

Los presos fueron conducidos á Catanzaro, y entregados á la comision militar, la cual pronunció su sentencia, condenando á María á veinte años de trabajos forzados, cuya pena está estinguiendo en el dia.

J. BELZA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Dos acontecimientos se dividen el imperio de esta semana, en el esterior é interior. El primero es la muerte del conde de Morny, acaecida últimamente en París; el segundo, la llegada á Madrid de la Patti, que hará muy pronto su *debut* en el mas afortunado de nuestros coliseos.

El conde de Morny, con el cual he viajado hace algunos años de Bayona á Paris, si bien él iba en un wagon imperial, y yo en uno de primera clase, y eso porque no los habia de segunda, era una de las pocas eminencias políticas que han crecido al lado del imperio, al cual debió á su vez posicion y fortuna. Pobre antes de la elevacion de Luis Napoleon, del que habia sido en Lóndres compañero y amigo, todavia se señala cerca del arco de la Estrella, y á la izquierda de los Campos Elíseos, un modesto pabellon que le sirvió mucho tiempo de albergue, y que por formar parte de un elegante palacio, habitado entonces por una opulenta rusa, fue bautizado por los murmuradores parisienses con el título de la *Casa del perro*.

A pesar de no ser conocido mas que como político, el conde de Morny vivió algun tiempo de la literatura, escribiendo, con el seudónimo de Saint Remy, varias comedias y *vaudevilles*, entre las que merecen citarse *Le mari saus le savoir*, *La succession Bonnet* y *M. Choufleury*, del cual escribió la letra y la música. El entierro de este personaje ha sido, segun noticias, una verdadera solemnidad, y como en casos semejantes acontece, á pesar de la fortuna del muerto, los gastos han corrido por cuenta del Estado.

El segundo acontecimiento, ó sea la llegada de la Patti, no nos pertenece por completo, y le dejamos al revistero de teatros, que de él ha de ocuparse largamente: nuestra mision está reducida á dar cuenta de él, mas que bajo el punto de vista artístico, como un suceso que preocupa la atencion pública, y que durante algunos dias ha sido objeto de acaloradas controversias, y de juicios mas ó menos absurdos. Que viene, que no viene, este era el rumor que corria de boca en boca; y mientras esto pasaba en Madrid, la deliciosa Patti cobraba en Lille cinco mil francos por cantar una noche *el Barbero de Sevilla*, precio á que no ha llegado jamás ningun barbero. Pero ello es que al fin se encuentra entre nosotros, y que nos esperan algunas noches felices como la que habrán disfrutado los de Lille.

Sin embargo, para que no deje de ser cierto aquello de que no hay felicidad completa, al mismo tiempo que la venida de la Patti, tenemos que anunciar la marcha de Mario. El fruto palidece ante la flor; el cisne cede el campo á la tórtola; la estrella se eclipsa ante el *meteoro*. Esto de *meteoro* es lo que hace mas gracia al empresario. Nosotros saludamos con efusion al que se va y á la que se viene, porque el arte ha dicho ya á entrambos su última palabra: *ad utraque luz*.

Por fortuna, nos hallamos en plena estacion de cantantes. Donde quiera que un árbol ó una mancha de verde anuncian la proximidad del campo, se escuchan ya los gorgeos de las aves, coristas perpétuas de esa zarzuela inmortal que se llama la primavera. El Retiro comienza á llenarse de niñas y de flores; se habla de becerros y comidas campestres en los Campos Elíseos, y la capa va pareciendo un anácronismo ó un alarde pueril de abundancia de prendas. Este año el Retiro estará, á pesar de todo, muy triste. La mano asoladora del ensanche ha arrancado de raiz sus arbustos mas frondosos, y sus mas sombrias alamedas. Un Adan en forma de arquitecto ha penetrado en aquel paraiso, y aquellos troncos robustos que antes nos daban con igual abundancia castañas y frescura, no darán ya mas que una *manzana*, que sin ser la del pecado, costará de seguro muy caro á los que pretendan hincarle el diente. ¡Cómo ha de ser! Así como así, sin destruir es imposible edificar. La esperiencia de la vida se adquiere á costa de las ilusiones; la tranquilidad de la vejez á costa de la alegria de la juventud; la fama de valiente ó de honrado á costa del pellejo y del bolsillo. ¡Caigan pues en buen hora esos árboles miserables, que no han sabido producir mas que hojas!

La caida de las hojas me ha hecho involuntariamente cerrar los ojos. Ya los he abierto, pero no sé á donde volverlos que puedan fijarse en algo digno de llamar la atencion. Afortunadamente me encuentro cerca de la calle de Alcalá, y me han dicho que en el local de la Esposicion de pinturas se ha abierto una rifa de beneficencia. En efecto; es considerable el número de los objetos que han amontonado allí los ricos en favor de los pobres. Los hay que revelan esquisito gusto; muchos tienen gran vaor material. No dudamos que esta rifa producirá buenos resultados. En cuanto á mí, no puedo detenerme mucho, porque estoy aquí bajo el peso de un remordimiento. ¿Lo dudais? Prestadme algunos minutos de atencion.

Hace diez años vivia yo en Madrid sin familia, pobre, muy pobre, en compañía de varios amigos, tan pobres como yo. Un dia de los más amargos de una larga semana de amargura, uno de esos amigos, muy elevado hoy, aunque no tanto como por su talento merece, me comunicó un plan que, segun él, debia proporcionarnos algunos recursos, en cambio de un trabajo no muy grande. Convinimos en ello, y ¡caso estraño! el éxito mas completo coronó nuestras esperanzas. Al cuarto de hora de haber salido de casa, tropezamos con el hombre que debia realizar nuestro plan. Parte del trabajo estaba hecho; el hombre en cuestion nos animó á seguirlo, y en muestra de su aprobacion nos dió cuarenta duros á cada uno, es decir, ochenta duros para todos, pues todos éramos uno en nuestra casa. La más loca alegría se apoderó de nuestras almas. Ochenta duros representaban muchas pequeñas deudas satisfechas, algunos dias de calma, y lo que era mas que todo estó, esperanza de mejores dias.

Sonando el dinero en los bolsillos volvimos á tomar el camino de casa. ¡Qué sorpresa íbamos á dar á nuestros compañeros! ¡Qué comida nos esperaba! ¡Qué noche!

Llegamos enfrente de la Trinidad. En una bandera colocada sobre la puerta se leia en grandes caracteres. «Rifa de la Inclusa» ¿Por qué no habiamos de entrar? Habiamos oido decir qne aquello era cosa de la aristocracia, pero ¿por qué no habiamos de alternar con la aristocracia dos caballeros que llevaban cuarenta duros en el bolsillo? Recuerdo todavía que en uno de los frentes del salon habia una figura vestida con un magnífico traje chino. No se por qué aquel maniquí se hizo en seguida dueño de mi voluntad. Determiné llevarme el chino á mi casa. Jugué diez papeletas, despues otras diez, despues veinte..... despues yo no sé cuántas. Mi amigo, poseido del mismo furor, jugaba por otro lado. Sin duda algun otro objeto le cautivaba. Cuando los dos, reunidos ya por esa atraccion misteriosa del peligro, abriamos con mano convulsa las últimas papeletas, mi compañero, ó mejor dicho, mi cómplice, sonrió y dijo como quien se quita un gran peso de encima:—¡al fin!

Efectivamente, una de sus papeletas tenia un número.

—Tome Vd., caballero, dijo una señora cuando le hubimos entregado el número; ese es el premio que le corresponde.

El premio era lo que se llama una licorera, es decir, una bandeja de cristal con una botella y varias copas.

Aquella dama, que ha sido mas tarde amiga nuestra, tenia una voz encantadora, pero han sido menester seis ú ocho años para que hayamos caido en ello: entonces nos pareció desagradable y áspera, como lo es siempre la voz del desengaño.

—Señora, respondió mi amigo con ira mal reprimida; yo regalo otra vez ese objeto á los pobres; así como así, para nada nos sirve, pues ya nos hemos quitado del vicio.

Y así era la verdad; habiamos dejado de beber, y estábamos á punto de dejar de comer.

Cuando salimos á la calle necesitamos recordar toda la historia para comprender lo de los ochenta duros; nos parecia un sueño el haberlos tocado.

Largo rato estuvimos contemplando desde fuera el edificio; los dos murmuramos algunas palabras; yo no sé cuáles fueron, pero creo que de sus resultas está resentida la torre.

Ahora comprenderán ustedas porqué esta rifa es para mí un remordimiento.

M. DEL PALACIO.

CRÓNICA JUDICIAL.

La Academia de medicina y cirujia de Madrid tardará aún, á lo que parece, en evacuar la consulta que se le ha hecho, relativa al más ó ménos fundamento con que puede ser admitida la hipótesis de la enagenacion mental, en el crímen de la Vicenta Sobrino. Comprendemos y aplaudimos de todo corazon el detenimiento con que procede la Academia: cuando la ciencia se cruza con sus fallos entre el juez y el delincuente, debe pesarlos y repesarlos con el mayor escrúpulo. El dictámen que ahora se pide, entraña en sí los problemas de la demencia parcial, y la demencia periódica, una de las cuestiones debatidas con más calor en el campo de la medicina legal contemporánea. El foro francés ofrece acerca del particular modelos dignos de estudio en los célebres procesos de Leger, Papavoine y la jóven Enriqueta Cornier.

Un solo pormenor, que hubiéramos querido no saber, tenemos que añadir á los del infanticidio de la calle de San Nicolás, que ya conocen nuestros lectores: la procesada cuenta apenas veinte años y su figura es bastante agradable. ¡Qué bella y rica diadema forman en la frente de la mujer la virtud, la juventud y la gracia! ¡Qué horrible papel el de la maldad, en tan hermosa compañía!

La *vendetta* del corso es proverbial en Europa; lo es, además, en España *la justicia á la catalana*: tenemos á la vista un suceso, que puede dar cierta idea de *una riña á la manchega*. El juzgado de Ocaña ha instruido causa contra Ruperto Martinez Revuelta y Esteban Martin Tembleque por lesiones mútuas, á consecuencia de disputa sobre si estaba bien ó mal cerrada la puerta de un corral: el último de los dos llegó hasta el estremo de arrancar de un bocado á su contrario, no obstante los lamentos que profería, un dedo de la mano. Yo apuesto desde luego cualquiera de los mios, escepto aquellos de la diestra, necesarios para manejar la pluma, contra quien sostenga y pruebe que no son de este género los argumentos de que, por punto ordinario, se sirven en sus discusiones los paisanos de D. Quijote. En mi infancia he oido contar, al amor de la lumbre, mil lances semejantes de orejas manchegas desgarradas, narices comidas, etc., etc. Mi modo de pensar en la materia es tanto más respetable é imparcial, cuanto que, aunque quisiera negarlo, hay muchos que saben que yo soy manchego. Al hacer esta confesion, claro es que cuento de antemano con la indulgencia de mis lectores.

Prueba patente de la supersticion que todavía reina en las pequeñas poblaciones y pintura vivísima de la originalidad que á veces presentan los



ROMA Á VISTA DE PÁ

Villa de Médicis.

Plaza del pueblo.

Vaticano

Castillo y puente de San Angelo.

Basílica de San Pedro.

Teatro de Apolo.



JARO.

Ionte Pindo. San Juan de Letran.
Columna Antonina. Coliseo. Convento de San Gregorio.
pitolio. Panteon. Foro. Paseo.
Palacio Farnesio. Iglesia de Jesus. Puente de Toto. Torre de Pedro.

delitos, es tambien el siguiente suceso, verdadero drama de aldea. Felipa Alonso y Gabriel, vecina del Molar, se prevale de la noche para penetrar en el cementerio, desentierra una calavera, y la coloca sigilosamente en el corral de una convecina suya, de quien por leves resentimientos habia jurado vengarse: su enemiga, en efecto, al entrar en el corral, lleva un susto terrible creyendo que la aparicion de aquel cráneo descarnado significa la visita estraordinaria con que la presagia desdichas alguno de sus parientes difuntos. Chilla la asustada, viene la justicia, se averigua el caso y la Felipa es sentenciada por el juzgado de primera instancia de Colmenar á veintiocho meses de presidio correccional por profanacion de sitio sagrado y exhumacion de huesos humanos. Hay pues, todavia, quien cree en brujas, fantasmas y aparecidos: la misma procesada que, segun la llaneza y desahogo con que trata á las gentes del otro mundo, no da á entender que las tenga mucho miedo, se habrá á estas horas convencido por esperiencia, demasiado costosa, de que es siempre espuesto, como el refran dice, andarse en bromas con los muertos.

Si mis lectores quieren pasar conmigo la frontera, tropezaremos aun en suelo estranjero con la huella de crímenes cometidos por manos españolas, y allí es donde yo más siento que se cometan.

En Sare, poblacion cercana á Bayona, vivia una señora, con fama de tener algunos ahorros, de su profesion de tenedora de libros; en medio de la alegría de un baile concibieron dos compatriotas nuestros el proyecto de ir á su casa y robarla, poniéndolo de seguida por obra. Llamaron á la puerta de la víctima, y al salir á abrir esta, uno de ellos la retorció el pescuezo, dejándola muerta en el acto. Empezaron á registrar la casa, pero hé aquí que en lo mejor de sus pesquisas, llama gente á la puerta. Los asesinos apagan entonces la luz, se ocultan al acecho y desde el instante en que se aleja el recienllegado, prosiguen su registro. De tal manera conservaron su sangre fria, que para volver á encender la luz, hacen uso de los fósforos que hay en el bolsillo del vestido de la infeliz señora. Cerraron luego la puerta de la casa, y en el cementerio se repartieron los despojos del robo. Se ha descubierto el crímen por haber llamado la atencion que uno de los asesinos perdiera en un partido de pelota dos mil reales, siendo así que se le juzgaba exhausto de todo género de recursos.

La figura sobresaliente en los fastos judiciales del año pasado de 1864 fué la de Santiago Latour, protagonista en el drama terrible del castillo de la Bastide-Besplas. El año actual ha presentado ya en liza su mantenedor adornado con títulos bastantes para disputar al más criminal los honores del triunfo. El nuevo campeon de la maldad humana ha comparecido el 14 de marzo en audiencia pública ante el tribunal de Puy-de-Dome, acusado de ser el asesino de su padre y de su madre, con la circunstancia de haber sabido ocultar durante dos años el crímen á su familia y á la justicia, empleando para ello una larguísima série de artificios, con los que hacia creer á todo el mundo que los autores de sus dias vivian lejos del pueblo de su residencia, pero tranquilos y dichosos con una colocacion que él les habia proporcionado. Se llama este personaje Pelissier, su oficio es el de panadero, estatura alta, el color moreno, las facciones enérgicamente pronunciadas. Seguiremos atentamente el curso de tan célebre proceso.

En Lóndres ha estado á punto de cometerse un verdadero asesinato legal en la persona de un italiano, de nombre Pelizzioni, reo presunto de homicidio, y como tal, condenado á la última pena. Por dicha, otro italiano se ha presentado á declarar espontáneamente haber sido el causante de la muerte, riñendo en defensa propia y en la de un hermano suyo, á quien habian mal herido y estaban á punto de matar.

Este asunto comparte en Inglaterra el interés y la curiosidad con la causa que se está formando á los *ladrones domingueros*, cuadrilla de bandidos que procuraban la noche de los sábados quedarse ocultos en casa de los cambiantes, joyistas y demás gente de alto tráfico, teniendo así ancho espacio durante la misma noche y todo el dia siguiente de forzar puertas, baciar almacenes y descerrajar y saquear las repletas cajas. ¿Qué dirán ahora los que á cada paso nos ponen delante de los ojos el espectáculo pio, edificante y santo del pueblo inglés, entregado, segun ellos, los domingos, sin escepcion de clases ni de personas, al fervoroso ejercicio de sus prácticas religiosas? ¿Qué dirán ahora los señores anglómanos?

T. RODRIGUEZ Y MUÑOZ.

POESIAS.

A..

Yo no trocara el vaso donde bebes
aunque estuviera roto su cristal,
por la copa tallada en la esmeralda
de un príncipe oriental.

—

No trocara tu lecho de madera,
que al recibirte tiembla de placer,
por el dorado tálamo que ocupan
los reyes al nacer.

—

Vale una flor prendida en tu cabello
más que diademas y brillantes mil,
y vales tú lo que las flores todas
de que se viste abril.

—

Ay! si trocar pudiera, como anhelo,
mi fortuna, mi sér, mi corazon,
por los de aquel que á tu inocencia inspire
la primera pasion!

M. DEL PALACIO.

TEATROS.

Sin que por ello hayamos de reñir, conviene sin embargo, queridos compañeros, que se sepa de un modo inconcuso que vuestra intemperancia para el trabajo, cualidad que por otra parte os enaltece en mi concepto, me ha dejado sumido en la mayor miseria, por lo que se refiere á espacio material donde pueda yo consignar mis impresiones. Os habeis adelantado, con laudable celo, á dar vuestro contingente de original y héme aquí precisado á pasar como sobre ascuas, y vaya si lo son, por encima de las producciones dramáticas que en los últimos dias ha podido juzgar el público que asiste á los teatros, y que no es mucho que digamos.

Repito que no es mi intencion, al consignar esta verdad, reconveniros porque me hayais obligado á sincopar mis juicios, pues ni en ello perderán mucho los lectores, ni yo he de apesararme, despues de todo.

«A confesion de tambor, absolucion de pífano»—decia un capellan de regimiento, que recogia los pecados de una *rata* de cuartel, y así digo yo al recordar que lo que he de examinar ni merece más detencion que la que yo puedo prestarle, ni requiere la futilidad de la cosa más espacio que el de que puedo disponer, merced á vuestra voracidad estraña.

Emprendo pues mi revista, despues de santiguarme, para que me libre Dios de malas comedias, y comienzo por la última de las producciones que han nacido en la presente semana, siquiera en ello no me guie otra idea que la muy filantrópica de no dejar para lo último lo que ni para serlo sirve.

Cuando el poeta se olvida de la sagrada mision que como tal, tiene de educar al pueblo, moralizando sus costumbres por medio de ejemplos prácticos, comete una falta: cuando el escritor renuncia á su santa independencia para adular servilmente al poderoso halagando su vanidad y disculpando sus vicios, comete un delito: pero cuando el autor dramático reniega de sí mismo y hollando su propia dignidad, adula al ignorante estafándole su admiracion, y á costa de lisonjear sus pasiones ciega su entendimiento, entonces comete el más grave de los crímenes.

Es evidente que los de esta especie no están penados por artículo alguno del Código, pero no es ménos indiscutible que el escritor que de serlo tiene conciencia, en ella encuentra el más severo juez para tamañas felonías.

El inmoderado afan de lucro, no debe ser causa á disculpar jamás semejante conducta, y si no hubieran desconocido algunos autores este deber sagrado, no registrara la historia de nuestro teatro contemporáneo ejemplos repetidos, ni tendriamos hoy ocasion de admirarnos con el que nos ha suministrado la representacion en el teatro de Jovellanos, de la mal llamada *fábula* que lleva por nombre *La dote de Patricia.*

Sin condicion alguna literaria que disculpe el estravio de haber dado vida á este engendro, la obra en cuestion no es otra cosa que un pretesto para ridiculizar, con supuestos poco dignos, la reputacion de hombres á los cuales, sin ofender al país que los ha encumbrado á los primeros puestos sociales, no es posible pretender siquiera rebajar su importancia. En tal concepto la obra empieza por ser antipatriotica. No seria este grave pecado sin embargo, por el que mayor penitencia habiamos de imponer al autor dramático, pues no siendo el teatro donde tienen su propio asiento esas pujas de patriotismo, es de razon que en ello ni siquiera paremos un instante la atencion.

El pecado que no tiene disculpa, y por el que merece la más agria censura el escritor, es el que ha cometido á sabiendas, procurando con estraña premeditacion entontecer y desmoralizar al público, presentando en la escena, mal encubiertas con la caricatura, personas cuyos hechos ha comentado de un modo que tienden á destruir el principio de autoridad.

Patricia, en la obra que nos ocupa, representa la España: la dote de esta jóven huérfana manejada por tutores, que en número de cuatro pretenden retratar cuatro jefes de otros tantos gabinetes, se encuentra tan empeñada, que es fuerza hacer inventario de los bienes de la asendereada jóven para realizar el pago de los acreedores que la abruman. El encargado de hacerle, cree de necesidad consultar á los tutores de la niña, y así lo hace, recabando de uno de ellos la promesa de salvar la situacion con un su amigo que presenta y el cual exige con tal fin que los inquilinos de la casa de doña Patricia satisfagan por via de adelanto el importe de un año de alquiler. Los vecinos se niegan á pagar cantando el *himno de Espartero*, y arrojan á la escena unos papeles que el escribano dice que son esposiciones contra el anticipo. Llegan luego, acompañados por los magestuosos y solemnes acordes de la marcha real española, dos pagecitos que por su traje más bien parece que van al entierro de la sardina que á otro asunto: y un caballero dice que la madrina de Patricia ha cedido en su obsequio la mayor parte de sus bienes, de cuyas resultas tutores escribanos, vecinos y representantes reinciden en el *himno de Espartero*, y caten Vds. que se acabó la *fábula*.

Si esta es la mision del escritor, ya lo hemos dicho: si esto es disculpable una vez, dispensado fue ya el autor de esta insustancial y poco estudiada obra, cuando se representó su *Revista de 1864 y 1865*. Pero si á la premeditacion que dió orígen á aquella primera falta, se agrega que en

esta segunda hay ya hasta ensañamiento, el castigo debe ser inmediato y ejemplar.

Consuélanos la idea de que habiéndose abusado en la *Revista* del *himno de Riego* y del de *Africa* y en *La dote de Patricia*, del de *Espartero*, ya no le queda al autor de tales engendros himno patriótico de que echar mano. Quizas la *Pitita* y *el Trágala* pudiera proporcionarle algun resultado. Le regalamos la idea.

Y nada más diremos sobre tan triste particular. El autor de *La dote de Patricia*, tal vez pueda volver al buen camino. En él dió en otro tiempo algunos pasos. Si se resiste á ello; si es contumaz será condenado en rebeldía, y nosotros, aunque odiando el delito, compadeceremos al delincuente.

Dejando pues á un lado el asunto, voy á terminar diciendo dos palabras acerca de las demás obras que han sido estrenadas en el plazo que ha mediado desde nuestro anterior artículo hasta la fecha.

Loco de atar se llama un juguete que se ha representado en la escena del teatro de la Zarzuela. No estamos muy conformes con que sea cosa que se parezca á juguete un loco y mucho ménos si es de atar. Por fortuna tal es la enagenacion mental del protagonista de aquella obra, que no inspira lástima ni risa.

En *Novedades* hemos visto tambien una comedia que los carteles calumnian suponiéndola original y que no es otra cosa que un arreglo del francés á nuestro teatro que se titula el *Telégrafo eléctrico*. En esta inteligencia el trabajo del señor Santa María, que es el autor de la traduccion, es apreciable. De la compañía que en aquel coliseo funciona, así como de otros varios asuntos que al mismo se refieren, hemos de ocuparnos en nuestro próximo artículo. El caso lo requiere, pues la eminencia de alguno de aquellos artistas lo exije del modo mas elocuente.

Anunciada para el mártes en Variedades una nueva comedia titulada *La Antigua Española*, con gusto nos ocupariamos de ella sino tuvieramos el sentimiento de noticiar á nuestros lectores que hubo de suspenderse su estreno por enfermedad de una de las actrices que en la obra tomaban parte.

He sabido y no quiero callármelo en obsequio de mis lectores, que el Sr. Catalina va á dirigir la orquesta en una fiesta que, á puerta cerrada, piensan dar algunos autores dramáticos en el teatro del Príncipe. Celebro el suceso que revelará en aquel actor un talento que hasta ahora no le conocíamos.

Concluyo pues con esta noticia, que sobre todo á falta de otra, no deja de inspirar verdadero y preferente interés.

E. DE IÑZA.

MARSELLA.

Como verán nuestros lectores, publicamos hoy una magnífica vista de la ciudad y puerto de Marsella, puerto que ha ido ganando en importancia dia por dia, y que hoy es uno de los principales de Europa.

El grandioso pensamiento que ha llevado á cabo Mr. de Lesseps, ha abierto nuevo campo á la creciente prosperidad de esta rica é industriosa poblacion. La abertura del Canal del Istmo de Suez, obra portentosa que los venideros admirarán con asombro, ha abierto un nuevo filon al engrandecimiento del comercio de Marsella, que ha de aumentar en importancia y en riqueza más y más cada dia, á medida que adelanten las obras del Canal y se facilite de un modo tan inesperado el comercio directo con la India.

El desenvolvimiento é importancia del puerto de Marsella es de un interés palpitante para la prosperidad de todos los puertos españoles del Mediteráneo, porque su situacion y prosperidad liga los intereses de ese puerto francés con todos los nuestros, y necesariamente ha de influir el aumento de aquel en la prosperidad de estos; pudiéndose realizar una combinacion conveniente para que la circunnavegacion peninsular que de ella resulte, sea una inagotable fuente de riquezas y de ilustracion para nuestra agricultura y nuestro comercio.

Hace pocos años que el puerto de Marsella era mezquino y mal acondicionado: hoy se ha mejorado el que existía y se ha añadido otro que es uno de los primeros y mejores; se ha concluido bajo el patrocinio directo del emperador Napoleon, y puede asegurarse que ya los puertos de la Joliette y de Napoleon, que son los que se ven en el grabado que publicamos, son una obra maestra por su magnitud y solidez. En él pueden abrigarse cómodamente de 1,500 á 2,000 barcos de vapor de gran porte.

ROMA.

El magnífico grabado que en el centro de nuestro semanario damos hoy á nuestros suscritores necesitaria estensas esplicaciones, para las cuales no tenemos espacio.

Dispénsennos si por esta causa somos muy sucintos, recomendándoles, si desean más estensos detalles, la lectura de tantas y tan magníficas obras como se han escrito sobre la historia de la ciudad eterna.

Roma se halla situada sobre el Tiver, y van trascurridos 2,617 años desde que fué trazado su recinto por Rómulo, su primer fundador.

Sería escribir la historia del mundo si intentásemos recorrer todas las fases de su fantástica y poética existencia.

Un ilustre escritor, para el cual la ciudad de los Césares fué una segunda patria (Cretineau-Joly), dice, hablando de sus vicisitudes:—*«Como Horacio, saludando la inmortalidad de Roma por boca de Anibal, la cristiandad dirá*: «Esa ciudad es el viejo cedro de los fértiles bosques del Algidor es en vano que su espeso follaje caiga bajo el filo del hacha del leñador, porque inmediatamente se repone de sus pérdidas, renace de sus cenizas, y el hierro que la hiere contribuye á su mayor gloria y espléndida grandeza.»

Y es tan cierto que la perpetuidad de Roma tiene en su esencia algo de maravilloso, que hasta el concilio de Nicea hizo traducir en griego la cuarta égloga en que Virgilio reasume las profecías sobre la ciudad eterna. Segun el canto de la *Eneida*, Dios no ha fijado tiempo ni límite á su poder, concediéndola un imperio sin fin.

Viuda de un pueblo rey, reina es del mundo.

Es en fin la más preciosa herencia de la humanidad entera, y al pasar por las mil vicisitudes de su borrascosa existencia ha desafiado las catástrofes más horribles, sobreviviendo, sin embargo, al derrumbamiento de muchos imperios.

Nuestros lectores encontrarán al pié de nuestro grabado algunas indicaciones de los principales monumentos de esta ciudad, la primera del mundo por sus recuerdos, sus glorias y sus catástrofes.

BATERIA

de los nuevos cañones americanos en los buques acorazados de la marina federal.

Uno de nuestros corresponsales, que acaba de recorrer los Estados Unidos, nos escribe que no ha podido ménos de causarle gran sorpresa los cambios que la guerra actual ha producido en el espíritu y manera de sér de aquellas poblaciones. New-York, que no ha dejado de ser el gran depósito ó factoria comercial, no ha modificado su especial fisonomía; pero á medida que nos aproximamos al teatro de las hostilidades, se ve claramente el predominio, siempre creciente de las ideas belicosas sobre la preocupacion de los negocios, que anteriormente absorbian todos los instantes y toda la atencion.

En los Estados confederados, que combaten por separarse de la union, todos los hombres útiles han tomado las armas, y no puede ménos de admirarse el aire marcial de estos militares improvisados. El plantador de las orillas del James, lo mismo que el negociante de Mobile, hacen el ejercicio con la misma precision y firmeza que los veteranos más aguerridos.

La caballería se distingue en el manejo del sable á la Montmorency; la artillería es inmejorable, y la marina recluta continuamente hombres enérgicos é inteligentes que se hallan al corriente de las innovaciones introducidas por la guerra actual, en la construccion y armamento de los buques.

La lámina que hoy ofrecemos á nuestros lectores, fiel reproduccion de uno de los ejercicios á bordo de un buque acorazado, prueba los adelantos á que nos referimos y la marcialidad de aquellos marineros.

El genio de que los americanos habian dado tantas pruebas para servir á las necesidades de la industria, lo aplican hoy, y con brillantes resultados, al arte militar. El sábio sueco John Ericsson, que construyó la torre blindada del *Monitor*, tiene ya en el dia numerosos émulos. Federales y confederados poseen magníficos buques acorazados, cuyas planchas resisten hasta las balas de los cañones de sir William Armstrong.

AVISO.

Por la abundancia de materiales no podemos hoy insertar la continuacion de la novela, lo que haremos en el siguiente número.

OTRO.

Suplicamos á nuestros suscritores de Madrid nos dispensen el no haber recibido el número á su debido tiempo, habiendo sido la causa de este retraso la numerosa tirada que hemos tenido que hacer, asegurándoles que ya tenemos tomadas todas las medidas para que esto no se repita.

Correspondencia del PERIÓDICO ILUSTRADO.

A D. M. P., de Granada.—Se le remiten los cuarenta ejemplares que pide.

A D. L. S., de Oviedo.—Servida la suscricion.

A D. M. R., de Jaen.—Se remite lo que pide por el próximo correo.

A D. A. G., de Toro.—Se le remiten los dos ejemplares.

A D. S. G., de Málaga.—Las condiciones las tiene usted en la circular que se le ha remitido.

A D. P. de la C., de Toledo.—Será Vd. servido.

A D. L. P., de Valladolid.—Se han recibido los sellos.

A D. J. P., de Mondoñedo.—Se irán remitiendo 25 ejemplares de cada número.

A D. A. A., de Navalmoral.—No se ha recibido la carta á que Vd. se refiere.

A D. S. del P., Guadalajara.—Procuraremos complacerle.

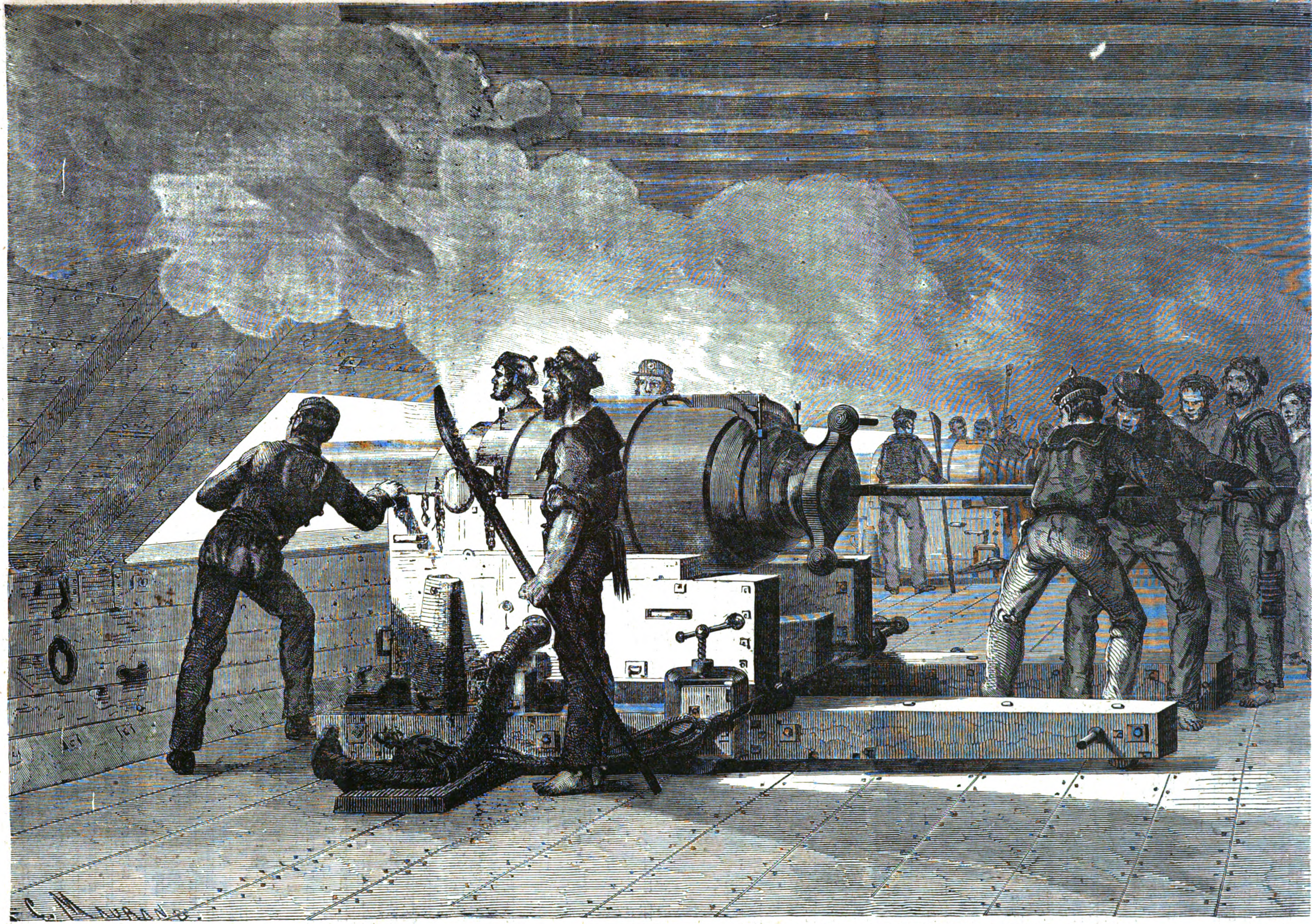
A D. J. de la R., Taracena.—Se remitirá.

A D. A. J. de R., Búrgos.—Se han recibido los sellos.

A D. A. B., de Guadalajara.—Le damos las gracias por sus elogios, y en los próximos números empezaremos á publicar los geroglíficos que Vd. y otros suscritores desean.

Editor responsable, RAMON VICENTE.

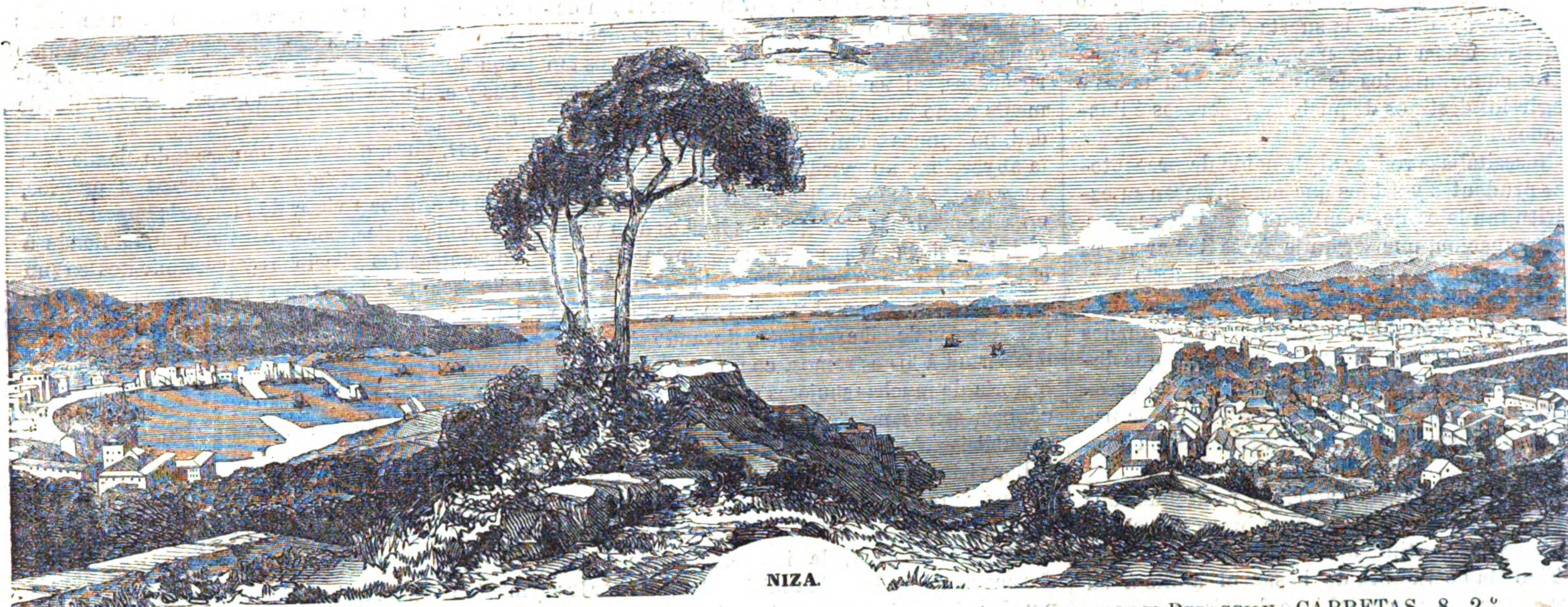
MADRID.—1865.
Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, núm. 12, principal.



BATERIA DE LOS NUEVOS CAÑONES AMERICANOS EN EL ENTRE-PUENTE DE UN BUQUE ACORAZADO DE LA MARINA FEDERAL.

(Midshipman guardia marina.) 1.os artilleros de izquierda y derecha. Oficial. 2.os artilleros de izquierda y derecha. Escobilloneros.

El Periódico ilustrado.



NIZA.

Número 4.°
DEL 30 DE MARZO AL 6 DE ABRIL DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



SUMARIO.—TESTO: *S. A. R. el Príncipe D. Alfonso*, por L. G. de Luna.—*La emancipacion de la mujer*, por D. F. Arrea.—*Revista de la semana*, por M. del Palacio.—*Poesías*, por J. E. Hartzenbusch.—*Teatros*, por E. de Inza.—*Niza.*—*Messina.*—*Tipos napolitanos.*—*Revista pasada por el emperador de Rusia.*—LÁMINAS: Niza.—El príncipe D. Alfonso.—Messina.—Tipos napolitanos.—Revista en Rusia.—Geroglífico.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.
Provincias.	Un año 28 » —	Seis meses 14 »
Ultramar. .	Un año 80 » —	Seis meses 40 »

4 cuartos el número.

S. A. R.

EL PRINCIPE D. ALFONSO.

Copiándolo de una escelente fotografía, publicamos el retrato del augusto heredero de la corona de España. La corta edad de este Príncipe no nos permite escribir lo que propiamente se llama una biografía. Nos limitaremos, pues, á dar á conocer varios de los rasgos que ya revelan su caracter, y á hacer algunas breves consideraciones respecto al importante papel que algun dia ha de desempeñar en la política europea, si como todo induce á creer, España continúa avanzando tan rápidamente como hasta ahora en el camino de su prosperidad y de su grandeza.

D. Alfonso de Borbon, Príncipe de Asturias, nació en Madrid el 28 de noviembre de 1856. Su nacimiento fué saludado con inmenso júbilo en toda la nacion, que anhelaba este suceso como el afianzamiento de una dinastía, cuyo triunfo tanta sangre y tan heroicos sacrificios ha costado á los españoles, primero en la guerra de la independencia y despues en la civil.

El pueblo tomó una parte activa en las fiestas con que se solemnizó el nacimiento del Príncipe, porque al mismo tiempo que la dinastía, veia en él aseguradas sus libertades públicas, sus venerandas instituciones, que por efecto de la deplorable division de nuestros partidos políticos,



S. A. R. EL PRÍNCIPE D. ALFONSO.

aun no han producido todas las ventajas que de ellas se debia esperar, y que tanto nos admiran en otras naciones más afortunadas que se rijen por el mismo sistema.

El nacimiento del Príncipe D. Alfonso detuvo en sus progresos al partido que atentó á la prosperidad de España y al esplendor del trono, proponia como medio más eficaz de que se realizase en un breve plazo y casi por sí misma, la union ibérica, una alianza entre la infanta doña Isabel, entonces princesa de Asturias, y el heredero de la casa reinante de Portugal. Las desgracias que afligieron á aquella familia, privándola en pocos dias de varios príncipes, hubiera alejado tanto como otros problemas políticos, que todavía no han sido resueltos, la suspirada union de estos pueblos hermanos, con lazos mucho más fuertes que los del interés y la conquista.

Los demás partidos, que no habian vuelto sus ojos á Portugal, vieron en el nacimiento del Príncipe D. Alfonso una esperanza de que estando el cetro en sus manos, con la indisputable autoridad que le darian su rango, su sexo, su ilustracion y hasta quizás su carácter, la política española perderia este funesto sello de lucha constante y siempre estéril que le imprimen nuestros más distinguidos hombres de Estado.

El probable advenimiento de un varon al trono de España, despojaba tambien de sus locas esperanzas al partido absolutista, que desde entonces quedó en la postracion más completa, como lo prueban la frustrada intentona de San Cárlos de la Rápita, y las ideas demagógicas con que ha sorprendido al mundo el ex-infante D. Juan, que debia ser por el contrario el único representante legal del partido carlista.

¿Justificará el Príncipe D. Alfonso las lisonjeras esperanzas que en él han depositado todos los partidos que creen más que imposible, necesaria, la existencia del trono y de las libertades públicas? Difícil es contestar á esta pregunta: la tierna edad de su alteza no puede dar todavía, ni aun á sus mismos profesores, una idea exacta de las facultades morales que le adornarán cuando su inteligencia se desarrolle con el tiempo y el estudio.

Pocos meses hace que S. M. la Reina se dignó aprobar el sistema de educacion á que ha de ajustarse la de su excelso hijo. En él se ha dado la preferencia sobre otras á la instruccion

militar, en lo cual creemos que no se ha andado con todo el acierto que fuera de apetecer. No negaremos que los conocimientos militares son muy necesarios en un príncipe; pero no son hoy los campos de batalla donde por lo general se decide la suerte de las naciones; nuestra época tiene necesidades y reclama otros conocimientos de los hombres llamados á regir los destinos de pueblos generosos é ilustrados.

Necesitábase rodear al Príncipe de preceptores prudentes y sábios que mantuviesen su espíritu tan lejos del fanatismo como de esa despreocupacion, que segun la frase de Larra, es la primera de las preocupaciones del siglo XIX. Nada más fácil que esterilizar con exagerado celo ó abandono punible los gérmenes de las virtudes públicas y privadas que deben adornar á los reyes. Por ventura no creemos que el príncipe D. Alfonso corra ese peligro entre las personas encargadas de su educacion.

Terminaremos este artículo refiriendo dos anécdotas que arrojan alguna luz sobre el carácter y los sentimientos de este Príncipe.

Tiene la costumbre de besar el anillo á su preceptor el señor arzobispo de Búrgos, cuando entra á visitarle. Un dia S. A. se olvidó de esta costumbre y deseando el arzobispo recordársela de un modo indirecto, llamó la atencion del Príncipe hácia una lámina que representaba la espulsion de Adan y Eva del Paraiso y preguntó á su discípulo:

—¿Podrá V. A. decirme que fué lo que dió causa al pecado original?

—La desobediencia, conquistó sin vacilar el Príncipe.

—Pues yo conozco á una alta persona, continuó el arzobispo, que hoy ha pecado de desobediente...

—Ese soy yo, interrumpió S. A.: hoy no le he besado á Vd. el anillo.

Otro dia, al entrar en la Cámara un alto empleado de palacio, le dijo:

—¿Sabes lo que ha hecho mamá? Ha cedido los bienes de su patrimonio en beneficio del pueblo.

—¿Y qué hubiera hecho V. A. si fuera rey?

—Hubiera hecho lo mismo.

L. G. DE LUNA.

EMANCIPACION DE LA MUJER.

Pretende el bello sexo equipararse al hombre, y participar con él por igual del gobierno del Estado y del ejercicio de las profesiones liberales.

Semejante pretension ya fué agitada en diversas épocas, y sólo tiene de especial actualmente el hallarse en perfecto acuerdo con la tendencia general de la sociedad moderna, donde cada uno quiere ser lo que no debe ni puede ser. Cualquiera que fuere la resolucion de este grave problema, que más especialmente se ha discutido en la América inglesa, la fisiología humana ha de protestar siempre contra el sistema de emancipacion femenina.

En ningun tiempo podrá la mujer desempeñar la mision intelectual que pertenece al hombre: á la diversidad de organizacion, corresponde tambien diversidad de vida social. Del desprecio de esta ley resultarán consecuencias funestas para la mujer y para la sociedad. La esperiencia enseña, segun dice Davy en su *Tratado especial de higiene de las familias*, que los frutos cogidos del árbol de la ciencia por la mujer casi siempre los altera su peculiar constitucion: las mujeres que se hacen célebres por sus estudios científicos, principalmente de los que exigen fuerza y continuada reflexion, pierden del todo ó en gran parte la facultad de reproduccion, semejantes á la flor que por industria del jardinero multiplica sus pétalos, y se ostenta más bella y vistosa para tornarse estéril.

Tambien la esperiencia de todos los tiempos ha demostrado que este sér, por naturaleza tan delicado y flaco, cuando gobierna lo hace siempre con pasion. Jamás el hombre impuso castigos tan rigurosos, ni se hizo obedecer tan imperiosamente como la mujer. Arrogante en la prosperidad, no conoce término medio entre el orgullo y la abyeccion; no puede resistir al placer de la venganza, si fué ofendida en su amor, así como no sabe perdonar los agravios hechos á su vanidad. Mas si ella es sanguinaria é implacable en el resentimiento, llegando hasta la rabia, es porque su debilidad moral y escesiva sensibilidad le hacen capaz de tal exaltacion, llevando el crímen ó la virtud á los estremos, como nos muestra la historia de muchas mujeres célebres que dió á conocer estensamente en su *Repertorio universal* el publicista francés L. Prudhomme.

Los vicios de la mujer, que obligaron á decir á los antiguos filósofos *Mulier deterior homine*, y sus muchas virtudes, que la han conquistado el hermoso título de *ángel*, la imposibilitan de poder desempeñar bien la árdua mision de gobernar los pueblos. La mujer que se hace hombre no sale ménos de su estado natural que el hombre que se afemina; cada uno en su propia esfera tiene proporcionalmente su esclusivo y peculiar valor.

Con una organizacion delicada y formas elegantes, une la mujer á la belleza ideal el sentimiento de agradar: dotes con que el Hacedor Supremo quiso enriquecerla, compensando así su flaqueza. Escesiva en sus afecciones, la mujer está dotada de un ingenio finísimo para conocer las más delicadas relaciones entre dos objetos de buen gusto, en todo cuanto afecta á los sentidos; de delicado tacto para hallar las conveniencias en sus variadas relaciones, y de gran penetracion para descubrir los secretos del corazon del hombre que le ofrece su cariño. En todo fué organizada la mujer para afirmar y estrechar los lazos de familia, uniendo en torno suyo á todos sus miembros para educarlos en las buenas costumbres, y sembrar de flores el camino de la vida doméstica: hé aquí sus más notables atributos.

Por su viva imaginacion y esquisita sensibilidad, la mujer va más en pos de las espansiones del sentimiento que de las luces de la razon; su juicio es pronto y fino, pero superficial y precipitado; sin abrazar los objetos en todas sus variadas relaciones, déjase arrastrar por las sensaciones esternas, y cae fácilmente bajo el imperio de las ilusiones; ménos meditativa, tenaz y consecuente que el hombre, sus pensamientos, pesares y placeres son intensos, aunque duran poco; de aquí su ardiente curiosidad, hija más del capricho que de la fuerza de voluntad; finalmente, sin perseverancia, y variando siempre de gustos, es impropia para llevar á la perfeccion las grandes obras. No son, pues, las leyes y los usos establecidos por los hombres; es la naturaleza misma que destinó cada uno de los dos sexos para diversa vida social.

La volubilidad y estrema delicadeza de la mujer la hacen, por decirlo así, flotar en la superficie de los objetos, cuyas multiplicadas impresiones la deslumbran, impidiéndola profundizar su estudio; de aquí procede la frivolidad de sus gustos y la eterna versatilidad de sus ideas, cualidades que se oponen á las dotes que se requieren para el estudio provechoso de las ciencias y para el ejercicio de las profesiones liberales. Falta á la mujer ese vigor del pensamiento necesario para formar, por medio de saturada meditacion, y apartada de las impresiones esteriores, largas séries de raciocinios, con los cuales solo puede el ingenio penetrar los arcanos de la ciencia. El ingenio profundo que se necesita para los grandes descubrimientos solo al hombre fué concedido, y no á todos los hombres, sino á algunos talentos privilegiados.

De todas las leyes de la naturaleza, una de las más imperiosas es la tendencia irresistible que reune á los dos sexos en esta comunion de bienes y males, llamada sociedad conyugal, estrechando con florido lazo ambos séres para calmar sus penas y endulzar con su amor recíproco los dias de su existencia.

Vése, pues, que en el hombre todo tiende á la espansion, dirigiendo sus esfuerzos al esterior, porque el calor y vigor de su sexo le imponen esta ley; en la mujer, por el contrario, todo tiende á concentrar las afecciones y pensamientos en un solo foco: la reproduccion y educacion de la familia. El bello sexo, que domina siempre por sus encantos y ternura, será oprimido cuando quiera emplear la fuerza ó el capricho; es necesario, pues, que sus hábitos sean opuestos á los del sexo masculino; solo así vencerá ella, siempre *cediendo*.

Esclavizada entre algunos pueblos salvajes, oprimida y encarcelada por el ciego absolutismo oriental, la mujer es para el hombre en esas naciones un miserable instrumento de placeres momentáneos: su influencia, saludable en la sociedad, solo se manifiesta entre los pueblos donde, igual al hombre, y señora de sí misma, aprende por sí sola á hacerse estimar, y se entrega libremente al objeto de su cariño, haciendo su felicidad, la del que la posee y la de la familia.

La relacion de la igualdad civil entre los dos sexos no es incompatible con la diversidad del modo de la vida social de ambos; antes es de esa diversidad consecuencia necesaria: para la mujer, la vida doméstica; para el hombre, la del esterior. Esta separacion robustece los dos sexos en su actividad propia: la mujer se perfecciona concentrándose en la vida íntima de la familia; el hombre se fortalece conviviendo con los demás hombres, y arrostrando sus fatigas.

El diverso modo de vivir de los dos sexos, conforme sus naturales disposiciones, establece una especie de antagonismo entre ambos: el sexo débil busca lo agradable, y se deja guiar por el sentimiento; el fuerte procura lo útil, predominando en él la inteligencia; este quiere instruir ó dominar, aquel encantar ó seducir; uno aspira á la fama y á la celebridad, el otro al placer y á las afecciones. El hombre considera las cosas en sus relaciones más generales; la mujer en las más particulares; aquel aspira á vivir con independencia; esta prefiere una dulce proteccion; la mujer revela naturalmente finura y galanteo; el hombre simplicidad y franqueza. Cada uno de ellos tiene su diverso modo de sentir y de considerar los objetos; requieren por eso unirse para formar la nocion exacta del mundo esterior, y completar su mútua felicidad. Todo cuanto es fuerte, grande, vasto y sublime es mejor comprendido y ejecutado por el hombre; y lo que hay de más sensible y delicado, es mejor sentido por la mujer.

Despues de la gran reforma social operada por el cristianismo, la mujer logró su emancipacion; ya en las sociedades modernas entra ella por igual con el hombre, y hasta se le dispensa más proteccion que á este, en órden á su natural flaqueza y debilidad. Hoy tampoco ninguno niega la poderosa influencia de la mujer en las bellas artes, y en algunos ramos de literatura y ciencias, cuyo estudio requiere ménos reflexion. Los cargos del Estado y el ejercicio de las profesiones liberales no conviene confiárselos, porque requieren fuerza de razon que la mujer no tiene. Mas no por eso se dé por ofendido el bello sexo: si no puede entregársele el gobierno de los pueblos confíasele una mision más grande y más elevada todavía: la formacion del corazon del hombre que debe gobernar y de los que han de ser gobernados, y así viene ella á ejercer mayor influencia

que el hombre, porque gobierna antes que él; y, estraña á las agitaciones del mundo, escondida bajo el techo tranquilo del hogar doméstico, como fiel consejera del hombre, tiene inmensa y poderosa participacion en la direccion de los pueblos; y sus advertencias deben ser escuchadas con tanta veneracion y respeto, como lo eran en las deliberaciones de algunos pueblos antiguos los dulces y misteriosos consejos de sus matronas.

D. FERNANDEZ ARREA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Madrid entero se ha estremecido estos dias pasados al recibir la visita de un extranjero ilustre, y tan respetable por su ancianidad como por sus proezas.

Este extranjero, cuya presentacion oficial se ha verificado en la plaza de toros, es un magnífico elefante que tendrá sus noventa años y que lucha, ó mejor dicho, se defiende de cuantos toros se le presentan, con una sangre fria y un candor que son pruebas claras de su incuestionable superioridad.

El elefante ha sido durante mucho tiempo para los cuerpos una especie de mito, divinizado unas veces por las fábulas estravagantes de los viajeros, falsificado otras por los relatos absurdos de los naturalistas. Hasta hace pocos años, todo el mundo creia que el elefante era un animal pesado, invulnerable, sin movimiento en sus articulaciones; que dormia reclinado en los árboles, que se dejaba cazar por la seduccion, y á quien engañaban los chinos como á otro tal, sin más que dirijirle una sonrisa cariñosa, ó darle suavemente unas palmaditas en el lomo.

Hoy sabemos ya que es un animal que reune en sí la inteligencia del castor, la destreza del mono y el sentimiento del perro, teniendo sobre todos estos la ventaja de su fuerza colosal, y la ayuda de sus armas ofensivas, ó más bien defensivas, con las que puede herir y vencer al leon. Sabemos que su organizacion es, despues de la del hombre, la más delicada; que le deleita el sonido de los instrumentos; que es aficionado á la música y aprende fácilmente á llevar el compás, moverse en cadencia, y acompañar oportunamente con algunos acentos el redoble de los tambores; que gusta mucho de toda especie de perfumes, en especial de las flores olorosas, que las escoje formando con ellas ramilletes, y por último, que valiéndose de su trompa, miembro acaso el más completo y prodigioso de los que la naturaleza ha concedido á los séres animados, coje del suelo las monedas más pequeñas; corta las yerbas y flores, eligiéndolas una á una; desata los nudos de las cuerdas; abre y cierra las puertas dando vuelta á las llaves y corriendo los cerrojos; y llega á trazar caracteres regulares con un instrumento tan pequeño como una pluma.

Dotado de todas estas cualidades, el elefante, aparte de la riqueza que tiene en sus colmillos, es un poderoso auxiliar de la industria y el comercio, empleándosele en toda clase de trabajos, sobre todo en los de fuerza y actividad.

El elefante, que no ataca jamás á los viajeros ni á los leñadores de los bosques, se defiende heróicamente de las fieras y los hombres que le persiguen. Pocos meses hace que uno de los más hábiles cazadores de Ceilan fué víctima de uno de esos encuentros, por un accidente de que no está libre ningun cazador. Armado de su carabina de dos cañones, colocóse en frente del gigantesco animal; le apuntó entre ojo y ojo, golpe de muerte tan certero como instantáneo, avanzó, y á la distancia de cincuenta ó sesenta pasos movió el gatillo. El elefante esperó el tiro inmóvil y con la trompa recogida, pero el tiro no salió. El elefante adelantó en línea recta y con paso rápido y seguro sobre su adversario. Este, al tenerle casi encima, disparó su carabina de nuevo. Pero el tiro no salió tampoco. El elefante lo asió entonces con la trompa, lo suspendió un momento en él aire, y lo estrelló contra el primer árbol que vió cerca.

El público de Madrid no ha dado con todo gran importancia á las cualidades del elefante, que á decir verdad, tampoco se han manifestado en todo su esplendor. Sea por la poca bravura de los toros, sea porque el redondel es demasiado anchuroso para que las dos fieras se encuentren, sea porque la mucha concurrencia haya impresionado al *Leviatan* de los bosques, el caso es que la lucha no ha ofrecido ningun atractivo, fuera de la curiosidad que inspira la contemplacion de cualquier fenómeno. Ha habido, sin embargo, un detalle en la segunda funcion que prueba el mal instinto de algunas personas, al mismo tiempo que el buen instinto del elefante. Entre las muchas naranjas que se arrojaban á la plaza, y que el bicho se engullia enteras como si fueran glóbulos homeopáticos, cayó una rellena de cabezas de fósforos y perfectamente dispuesta para ser comida. El elefante la cogió, pero la soltó poco despues, lo cual hizo á sus dueños fijarse en ella, y descubrir su contenido. Por supuesto, que todo aquello no hubiera producido al elefante más que una ligera irritacion, mucho menor que la que me produjo á mí saberlo, y la que me produce hoy mismo referirlo.

Este es el acontecimiento más notable de la semana, y el único que merece los honores de la publicidad. Por lo demás, no tenemos nada digno de llamar la atencion como no sea el plano en relieve de la Coruña que se halla espuesto en uno de los salones de la Exposicion de pinturas; el ballenato que se enseña en otro salon próximo, y el nuevo periódico político titulado *Los Tiempos*, cuyo prospecto ha circulado ya, y cuyo primer número debe aparecer con el mes entrante. Las tres cosas merecen ser vistas, y de las tres nos ocuparemos, si Dios quiere.

M. DEL PALACIO.

POESIAS.

EN EL ALBUM DE ELADIA.

Cada vez, Eladia hermosa,
que esos tus luceros dan
una mirada á las rejas
de la casa donde estás,
que de esposas del Señor
cláustro fué treinta años há,
y escuela es hoy de mancebos
que á niños han de enseñar,
¿no ves un jardin, que ahora,
en este mes de San Juan,
de bellas flores te ofrece
riquísima variedad?
Pues bien, si las flores amas,
como las debeis amar
las que sois, cual eres tú,
la flor de la humanidad,
¿cuándo á entretejer guirnaldas
al verjel descenderás?
Irás en el verde mayo,
no en la yerta Navidad.
Vendrá el adusto diciembre,
y el triste enero vendrá,
y arrebatará esas galas
el soplo del vendabal.
Cubierto el rosal de nieves,
sepultado el arrayan,
no irás á pedir entonces
flor al mirto ni al rosal.
«No es tiempo de flores éste
(cuerda para tí dirás:)
no exijamos de natura
lo que ella no ha de prestar.»
—No exijas, Eladia bella,
de mí flores de otra edad:
mi ingenio, jardin helado,
no produce flores ya.
Ricos ramos te daria
mi rendida voluntad,
en la florida estacion
que ya miro muy atrás.
Tarde vienes: mústias hojas
quedan solo por acá,
y aunque pocas y marchitas
cuesta el cojerlas afan.
Mas no hacen falta á la frente
que ostenta con magestad
guirnalda cuyo verdor
inmarcesible será.
La puso en tu frente bella
Quintana, el vate inmortal,
y flores por él cogidas
no se marchitan jamás.

J. E. HARTZENBUSCH.

TEATROS.

No es la presente, ocasion de perder tiempo en formular el *introito* de este artículo. La semana ha sido fecunda en novedades, y asunto nos ha de sobrar sin recurrir á estériles préambulos y razonamientos. Comienzo, pues, y Dios sea con todos.

Con sorpresa casi general entre las gentes que de los acontecimientos teatrales se ocupan, el miércoles último púsose en escena en la del teatro del Príncipe un proverbio en tres actos y en verso, titulado *La oveja descarriada*, que los carteles con una sinceridad rara en ellos, anunciaban era original de uno de nuestros primeros escritores.

Verdad era el aviso, pues se trataba nada menos que de una produccion dramática del inspirado poeta cómico D. Narciso Serra. Una comedia basada en un pensamiento altamente moralizador, y escrita con la misma inimitable gracia que tienen todas las producciones de aquel privilegiado ingenio. Tal es la última obra del discreto autor de *El Loco de la Guardilla*, hoy agoviado bajo el peso de una tenaz enfermedad que postra sus facultades físicas. Gracias al cielo, la cruel dolencia que le impone la triste necesidad de contemplar inmóvil la agitacion incesante de cuanto le rodea, ha respetado su claro talento deteniéndose en su carrera de estrago ante aquella poderosa inteligencia que vive, como siempre, para gloria de nuestra literatura.

El público que asistió al teatro la noche á que nos referimos, comprendió la gran importancia relativa de la comedia de su predilecto autor, y despues de colmarle de aplausos, llamóle á la escena en donde, con dolor lo decimos, y la razon se sabe, no pudo presentarse. Los actores que en la ejecucion tomaron parte, nada hicieron que exija particular mencion. El Sr. Catalina, cuyo método de declamacion es tan conocido, lució en dicha obra los mismos defectos de siempre, precipitando la conclusion de las frases con esa incontinencia que distingue á su palabra, y que en todas ocasiones le hemos observado. El Sr. Pizarroso, fiel á su costumbre, ó mejor dicho, á su vicio, retorció los vocablos, y gritó sin ton, pero con demasiado son. Este actor es uno de los que cumpliendo el precepto divino ganan el sustento con el sudor de su frente. La señora Hijosa, aunque más intencionada de lo que á su condicion de niña cumplia, distinguióse sin embargo de los demás actores. El carácter del personaje confiado á la primera



VISTA GENERAL DE LA VILLA Y PUERTO DE MESSINA.



TIPOS NAPOLITANOS.

Señoras de la aristocracia. Jóven del pueblo. Vendedora de pastas. Condotieris. Fraile. Celador del puerto.

actriz doña Matilde Diez, es insignificante; por lo tanto, nada más tenemos que decir.

Al siguiente dia del citado, esto es, el jueves, se realizó un suceso esperado con impaciente afan por los aficionados al divino arte. En dicha noche *La Patti* volvió á presentarse á sus admiradores mal avenidos con su ausencia, en la escena del régio Coliseo. Cantaba *Sonnámbula*, y si bien la ópera no era en aquella ocasion otra cosa que el pretesto para que aquella artista recibiera la bienvenida con que la saludaban sus adoradores, en ella lució una vez más su voz siempre tersa y afinada. En el momento de su aparicion, la privilegiada cantante fué saludada con un aplauso unánime, que se repitió mil veces durante la representacion de la ópera, al final de la cual fué llamada á la escena que sembró de flores la concurrencia á la salida de la artista, á quien rendia aquella espresiva ovacion. Madame Lagranje que ocupaba un palco arrojó á los piés de la *Patti* dos preciosas coronas, dando en ello una prueba de que el talento siempre fraterniza.

Anteayer alcanzó un nuevo triunfo interpretando la *Rossina* de el *Barbero*. ¡Triste es pensar en lo breve que ha de ser su permanenencia entre nosotros!

En Variedades, en donde no há muchos dias habia agregado á los innumerables que señalan su brillante carrera artística, un triunfo más el actor español D. Julian Romea, con la representacion de la comedia titulada *Sullivan*, hecha á su beneficio, se puso en escena el sábado el drama nominado *La Huérfana de Bruselas*. *Walter*, el cruel y ambicioso abogado, cuyo odioso carácter es generalmente conocido, fué interpretado por Romea con tal verdad, que durante el monólogo del tercer acto, apenas por cortos intérvalos se interrumpió el general aplauso, que comenzó antes de que aquel actor articulara su primera frase.

Hasta aquí llega lo agradable de la tarea que nos hemos impuesto: desde este instante comienza nuestro calvario. En el teatro de Novedades se ha representado una comedia, por decirlo así, que se denomina *Zapatero, á tus zapatos*, y fuerza es que de ella nos ocupemos. En primer lugar, y antes de juzgar la obra en el teatro, no dejaremos de consignar aquí cuán estraordinario fué nuestro asombro al leer en el anuncio oficial de la empresa, que la comedia en cuestion era *lindísima*. Así seria verdad, quizás á juicio del padre de la criatura y demás personas de la casa; pero es el caso que á nosotros despues nos ha parecido que merecia todos los calificativos, ménos el que con tanta inmodestia como impertinencia la regalaron cuando aun era *nonnata*. Por trivial omitiriamos este cargo, si la tal obra no se hubiera hecho acreedora á otros, en número infinito. *Zapatero, á tus zapatos*, no ya por lo que es como comedia, que apenas si es nada, sino por la intencion que á su autor ha guiado al escribirla, exije que la dediquemos nuestra atencion, siquiera no sea más que por espacio de cinco minutos. ¡Cuán distante de la mente del inmortal *Moratin* estaria la idea de que hoy, casi en el último tercio de este siglo habia de retoñar en el teatro un nuevo D. Eleuterio Crispin de Andorra! Y sin embargo, nada más cierto; y lo que es peor, el que ahora aparece no hace del Sitio de una ciudad una comedia, como aquel malaventurado escribiente cesante, sino que armado con la férula de maestro, se erige *motu propio* en crítico sin poderes agenos ni autoridad suya, y acomete la risible empresa de corregir defectos, que no sabemos tenga nadie sino él. Y vamos á probarlo.

La comedia se reduce (no tanto como fuera de desear, pues tiene tres actos), á demostrar, en vista de que el hijo de un sastre se dedica á hacer comedias, que el público rechaza, que nadie debe escribir para el teatro si no sabe hacerlo. Esto no valia en verdad la pena que se sufre al escuchar aquella comedia; pero es el caso, que al propio tiempo se ha propuesto su autor probar que existen en el mundo *muchos hijos de sastre*, y con tal motivo se entretiene en filosofar con deplorable insistencia sobre la materia, y se obstina en convencer al público que él es de opinion que aquel que no sepa escribir no escriba. Esto, como se ve desde luego, es contraproducente: el autor de *Zapatero, á tus zapatos* no ha debido dar su comedia al teatro; ha debido leérsela para sí una y otra vez, cuantas hubiera podido resistir, y de este modo curado él, que es el único atacado de la enfermedad que oficiosamente pretende encontrar en los demás, todos habriamos gozado de salud perfecta.

La obra en cuestion, sin otro pensamiento que el indicado, escrita en prosa casera y ramplona, sin accion principal que encierre en sí el interés necesario para mantener ni aun la curiosidad del público, y sin estar sostenida por personajes de carácter definido, es una comedia que tiene las mismas condiciones que las que escribia el *hijo del sastre*. En este supuesto, decimos que su autor ha debido leerla, ya que la habia escrito, cosa que por otra parte no le perdonaremos nunca, y atento á lo que para los demás propone, hubiera continuado dedicándose á sus habituales ocupaciones, que no deben consistir, como no consisten, segun tenemos entendido, en escribir comedias. Esto, y no lo que ha hecho, sí que hubiera sido realizar el proverbio de *Zapatero, á tus zapatos*.

No lo ha hecho así por desgracia, y despues de haberse tomado un trabajo inútil, para con el cual él ha sido el primer ingrato, nos ha proporcionado la triste ocasion de cumplir con un deber tan imprescindible como desagradable. Créanos el autor de la comedia que nos ocupa, y déjese de regalar lo que tanto há menester para sí; pues las lecciones que pretende dar á los autores dramáticos en aquella peregrina produccion de su ingenio, nos hacen recordar las que de ortografía daba á un párvulo aquel maestro de una aldea de Andalucía, cuando repetia reprendiéndole: *Chiquiyo, ya me duele el arma de icilte que sordao se escribe con* l.

La Antigua española, comedia cuya primera representacion hubo de suspenderse el mártes de la última semana á causa, segun dijimos, de una repentina indisposicion de la actriz doña Cármen Genovés, se puso en escena el lunes en el teatro de Variedades, sin que á pesar de estar correctamente dialogada y pensada con suma intencion, lograse obtener más que un éxito ménos que mediano. La inesperiencia que en este género de obras tiene su autor, el discreto publicista D. Eusebio Blasco, así como el abuso de alusiones políticas de que se halla sembrada la comedia con sensible inoportunidad, fueron sin duda las principales causas que contribuyeron á que su primera produccion no diese el resultado que habria sido de desear. Esto no obstante, á nuestro juicio el autor de *La Antigua española*, en medio de todos los defectos de que adolece su obra, descubre cualidades de autor dramático.

Hemos terminado: el beneficio del primer actor cómico Mario, que anoche se verificó en el teatro de la Zarzuela, así como las demás novedades, si alguna ocurre en la presente semana, serán motivo de nuestro próximo artículo.

E. DE INZA.

NIZA.

El grabado con que encabezamos hoy el número representa la vista de la ciudad y puerto de Niza, la cual fué fundada por los massilianos, que la cedieron á los romanos antes de César, y era á principios del siglo XII la capital del condado de Niza. En 1388 se entregó al duque de Saboya, Amadeo VII. Reunida á la Francia en 1792, despues restituida á la Cerdeña, ha vuelto á formar parte del imperio francés, despues de la guerra de Italia. Hoy Niza, que cuenta con una poblacion de mas de 46.000 habitantes, es la verdadera llave del departamento de los Alpes-Marítimos. Su deliciosa situacion sobre el Mediterráneo, á la embocadura del Var y bajo un clima tan benigno que los rigores del invierno son allí desconocidos, atrae gran número de extranjeros, entre los cuales se cuentan todos los años muchísimas de las principales familias de Europa.

Niza tiene deliciosos paseos, magníficas iglesias, dos teatros, dos casinos, varias salas de conciertos, etc. Su territorio produce olivas, limones, naranjas, frutas y legumbres en abundancia, y sobre todo es un precioso vergel de flores, las cuales se trasportan por miles de canastos á Paris, donde son muy estimadas.

MESSINA.

Messina, cuya vista representa uno de los grabados de este número, se llamó primitivamente *Zanela*, despues *Mesana*, y es una de las más bellas ciudades de Europa.

Su poblacion es de 72.000 habitantes, y por sus vastas fortificaciones, su ciudadela, su arsenal, sus bibliotecas y su magnífico puerto, alimentado por las aguas del Mediterráneo, ha llegado á figurar, sin contradiccion, como una de las primeras ciudades de la bella y poética Italia.

Los monumentos que se dibujan en relieve en el panorama que presenta nuestro grabado, son el *Senatorio*, ó sean Casas consistoriales, el palacio arzobispal, la catedral y el hospital.

Al estremo de sus muelles, bañados por el sol, se encuentra el magnífico paseo del *Corso*, que es la admiracion de los extranjeros.

Las montañas que dominan en el fondo del grabado, rodean igualmente por sus flancos el volcan *Etna*, cuyos reflejos, en los momentos de erupcion, envuelven las arboladuras de los numerosos barcos que pueblan el célebre estrecho conocido por el *Faro de Messina*.

Creemos inútil decir á nuestros lectores que este es el mismo sitio donde los antiguos colocaron el de *Escylla y Caribdis*.

El muelle, obra hecha de piedra y mampostería, y que avanza en medio del puerto, sirve para la descarga de numerosos buques que vienen á depositar en los almacenes de la ciudad una cantidad considerable, no solo de balas de seda cruda, sino tambien el trigo, el aceite, los vinos y el coral del Oriente en abundancia.

Messina ha ocupado un principal lugar en la historia antigua y moderna. En 1.282, Messina sostuvo un largo sitio contra Carlos de Anjou, despues de la horrorosa carniceria de las *Vísperas Sicilianas*. En 1674 fué sitiada por los españoles: el duque de Saboya la libertó; pero en 1743 la peste invadió la ciudad haciendo en ella terribles estragos. Cuarenta años más tarde sufrió un temblor de tierra tal, que la mayor parte de las casas vinieron al suelo, y finalmente en 1848 fué bombardeada por la escuadra del rey de Nápoles.

Cuando Garibaldi, despues de haber sitiado á Palermo, se apoderó de casi toda la Sicilia, Messina, mandada por el general Bosco, resistió por algun tiempo; pero en un sangriento combate que tuvo lugar en Melazzo, triunfó de la energía de este general, y el 27 de mayo de 1860 Messina cayó en poder del vencedor de *Calatafini*.

Desde esta época Messina se halla anexionada al reino de Italia.— B.

TIPOS NAPOLITANOS.

Nápoles ocupa la parte meridional de la Península Itálica; se divide en 15 provincias que representan la cifra de 5.677,500 habitantes. Cada una de estas provincias tiene una fisonomía particular. El golfo de Nápoles se halla situado en el mar Tirreneo, en la costa del reino del mismo nombre. La capital cuenta con 350,000 habitantes..

Despues de Roma, Nápoles ha sido considerada por muchos años como la segunda capital de Italia, y aun hoy lo es despues de haberse unido este reino y el de las Dos Sicilias al de Cerdeña, y de haber dejado de ser residencia del monarca. La campiña de Nápoles es deliciosa, el clima muy apacible y sus habitantes son de costumbres y de trato muy dulces y cariñosos, pero en general son muy indolentes. Las mujeres son muy hermosas y de un tipo parecido al de nuestras graciosas andaluzas.

En la lámina que publicamos están marcados los tipos de las diversas clases de la sociedad napolitana, con la propiedad posible, á fin de que pueda formarse un cálculo aproximado del caracter de aquellos habitantes.

REVISTA

PASADA POR S. M. EL EMPERADOR DE RUSIA.

Delante de la grandiosa basílica de San Isaac, en San Petersburgo, se estiende una espaciosa y regular plaza en medio de la cual se eleva la gigantesca estátua de Pedro el Grande, modelada ó vaciada en bronce, y á la cual sirve de base una roca de granito puro. Esta estátua es debida á un francés, Mr. Falconnet, que fué llamado á Rusia por la gran Catalina; y la citada roca, que puede muy bien llamarse artificial y que pesa próximamente tres millones de kilógramos, ha sido arrastrada hasta aquel sitio desde una distancia de seis leguas. La estátua pesa cerca de veinte y cuatro mil kilógramos. Por lo demás todo en esta plaza revela esa grandiosidad que es peculiar de la córte de Rusia y la escena que reproducimos en nuestro grabado aumenta su importancia.

Sabido es por todos la guerra sin tregua que el autócrata hace á la desdichada Polonia; á esa tierra clásica de héroes y de mártires; de esos nobles hijos que luchan con tanto denuedo y derraman á torrentes su sangre generosa por la independencia de su madre patria, con la abnegacion más santa, con el entusiasmo más sublime, sin que los reveses de la fortuna ni la lucha desigual que van sosteniendo hace tantos años, consigan quebrantar su santa fé, ni su indomable valor.

Ahora bien; nuestra lámina representa la *Revista* pasada por el Czar no hace mucho tiempo á uno de los cuerpos de ejército que parte en aquel momento para Polonia á aumentar el número de sus verdugos.

El emperador á caballo y rodeado de su estado mayor se halla colocado en medio de las tropas, á donde acaba de llegar al galope. Con voz vibrante y sonora saluda á los soldados diciendo, como lo tiene de costumbre:—«*Buenos dias, hijos mios*»; y el ejército entero responde como una sola voz: «*Radi staratza*» que quiere decir: «*Nosotros procuraremos cumplir bien*» y gracias al prestigio que el autócrata ejerce sobre sus soldados, puede enviarlos á la guerra, seguro de que se batirán y morirán sin murmurar y sin retroceder.

J. BELZA.

LOS MISTERIOS DE UDOLFO.

(Continuacion.)

Lo espresivo del asunto y todo el lleno de la composicion infundió el asombro y el terror en Amelia, por la semejanza que tenia con el caballero Montoni: se estremeció y apartó los ojos de allí. Al pasar ligeramente la luz sobre los demás cuadros, vió uno que se hallaba cubierto con un velo de seda negro. Esta singularidad le causó admiracion, y se detuvo con intencion de levantar el velo, á fin de examinar lo que se ocultaba con tanto cuidado; sin embargo, indecisa titubea y teme.

—¡Vírgen María! esclamó Anita; ¿qué quiere decir eso? Este es ciertamente el cuadro de que tanto se hablaba en Venecia.

—¿Qué cuadro? dijo Amelia; ¿qué cuadro?

—¡Un cuadro! respondió la doncella temblando. Jamás he podido saber bien lo que fuera.

—Levantad la tela, Anita.

—¿Quién, yo? Señorita, ¿yo? No, por cuanto más ameis en el mundo.

Amelia, volviéndose hácia Anita, que palidecia;

—Decid, os lo ruego, ¿qué habeis sabido de este cuadro, que tanto miedo os causa?

—Nada, señorita, nada me han dicho de él. Tratemos de hallar nuestro camino.

—Vamos, dijo Amelia, pero antes quiero ver ese cuadro; tomad la luz, Anita, y yo levantaré el velo. Anita tomó la luz con mano temblorosa, y Amelia se disponia ya á poner su proyecto en ejecucion cuando una bocanada de viento penetró en la sala, causando un estrépito espantoso.

Las inmensas tapicerías con que se adornaban las paredes se agitaron; las telas de los cuadros y retratos se estremecieron; la llama de la bugía, mal protegida por las manos palpitantes de Anita, se apagó, y las dos mujeres, mudas de terror, creyeron oir en la sombra prolongados gemidos y agudos sollozos.

II.

Amelia, sin embargo, procuró tranquilizar á su compañera, y aunque atemorizadas ambas, avanzando á tientas por la oscuridad, consiguieron llegar á la grande escalinata, en la que oscilaba, impelida por el viento, una lámpara en cuya llama azul y temblorosa volvió á encender Amelia su luz, volviendo entonces á emprender su escursion al través de aquel laberinto de corredores; Amelia, para distraer á su compañera, trató de entablar conversacion, y al efecto le preguntó qué era lo que le habian contado de aquel misterioso retrato.

—Nada me han dicho, respondió Anita; lo único que tengo entendido es que algo muy horroroso ocurrió y que se relaciona con él; que desde entonces ha permanecido siempre cubierto con un velo negro que hace mucho tiempo no lo ha descubierto nadie. Todo esto, segun dicen, tiene relacion tambien con la persona que poseia el castillo anteriormente.

—Muy bien, Anita, dijo Amelia; veo que efectivamente nada sabeis respecto de este cuadro.

—Nada en verdad, señorita, pues me han exigido palabra de no hablar nunca de eso...

—En tal caso, replicó Amelia, que la veia luchar entre el deseo de revelarle el secreto y el temor de las consecuencias que pudiera tener su indiscrecion, en este caso, nada mas os pregunto.

—No, señorita; no me pregunteis.

—Sin embargo, estoy convencida de que me lo direis todo, replicó Amelia.

Sonrojóse Anita, Amelia se sonrió, y juntas acabaron de recorrer aquella interminable série de habitaciones, llegando al fin, no sin alguna dificultad, á lo alto de la gran escalinata, en donde Anita dejó á su señorita para ir en busca de una criada del castillo que la guiase á la sala que en balde habian buscado.

Durante su ausencia, Amelia continuó pensando en el cuadro. El temor de abusar de la discrecion de aquella muchacha habia hecho que cesase en sus preguntas sobre el particular; pero su curiosidad era mucha, y creia que no habia de serle difícil satisfacerla. Tentaciones le daban de volver á la misteriosa habitacion para examinar más detenidamente el cuadro; pero la hora, el lugar, el lúgubre silencio que la rodeaba, todo contribuia á aumentar su circunspeccion y á hacerla abandonar la prueba. Para cuando la luz del dia reanimase su valor, decidió, sin embargo, volver á la sala y descorrer el velo.

Presentóse por fin una criada, y llevó á Amelia á su cuarto, el cual estaba situado á un estremo del castillo y de un corredor, al que daban las puertas de toda la série de habitaciones que habian antes recorrido. Al aspecto de aquella habitacion desierta, sintió Amelia vivos deseos de que no la abandonase Anita todavía, y como el frio húmedo que allí se esperimentaba la hacia tiritar casi tanto como el miedo, rogó á Catalina, que así se llamaba la criada del castillo, que le trajese un poco de leña para encender lumbre.

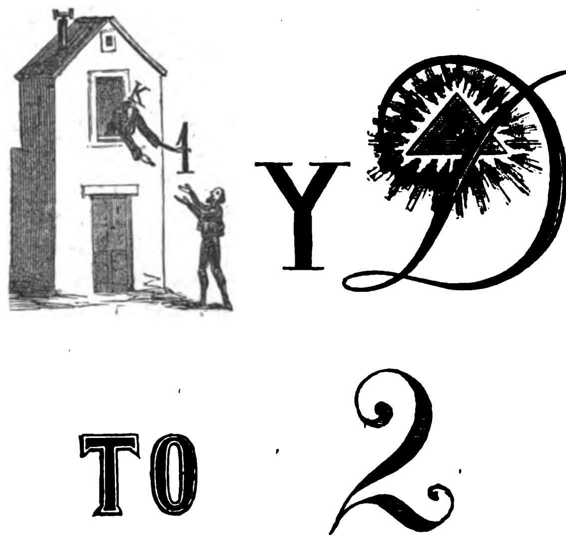
—¡Ay! señorita, dijo Catalina; hace muchos años que no se ha encendido fuego en este cuarto.

—Me estraña, añadió Anita, que llamen á este cuarto la doble habitacion. Amelia entre tanto examinaba en silencio el sitio en que se hallaba. La habitacion le pareció alta y espaciosa, como las que habia visto ya. Las paredes estaban cubiertas de madera; la cama y los demás muebles eran muy antiguos, y ofrecian el aspecto de sombría grandeza que se notaba en todo el castillo. Una de las ventanas, alta y espaciosa, que abrió, daba sobre una murralla; pero la oscuridad no le permitió distinguir nada.

(Se continuará.)

ANNA RADCLIFFE.

GEROGLÍFICO.



Correspondencia del PERIÓDICO ILUSTRADO.

A M. C., de Leon.—Ya verá Vd. en este número que hemos procurado complacerle, y continuaremos insertando geroglíficos, siempre que nos sea posible.—*A. D. M. O., de Córdoba.*—Se han recibido las once suscriciones que remites. Ten por no recibida la carta que te se dirigió por la administracion, hace unos dias.—*A L. de C., de Sevilla.*—Se ha recibido el dibujo y se le dan á Vd. las gracias.—*A D. O. J. R., de Pamplona.*—El bellísimo artículo que Vd. nos remite no puede tener cabida, en razon á que ya tenemos otro, precisamente sobre el mismo asunto. Esto no obsta para que si Vd. gusta continúe favoreciéndonos.—*A D. A. B., de Barcelona.*—Aceptamos con gusto su consejo. Ténganos Vd. al corriente para utilizarlo en la Revista de la semana.—*A. D. B. C., de Cádiz.*—Precisamente una de las vistas que Vd. nos indica, la tenemos preparada para uno de los próximos números.—*A don J. M., de Sevilla.*—Mil gracias; pero el espacio de que podemos disponer en nuestro periódico es tan reducido, que es imposible dar cabida á tantas cosas á la vez; no por eso nos hallamos ménos dispuestos á complacer á Vd.—*A D. M. B., de Figueras.*—Por el correo de hoy se remiten las veinte colecciones que Vd. pide.—*A. D. S. G., de Mérida.*—Habiéndosenos agotado la edicion de los números 1.° y 2.°, tendrá Vd. la amabilidad de esperar algunos dias á que hagamos una segunda edicion.—*A. J. R., de Huelva.*—Queda Vd. servido y se le remiten los números.—*A D. R. C. de I., de Málaga.*—Esperamos con impaciencia la remision de las maderas, porque tenemos parados á los dibujantes.

Editor responsable, RAMON VICENTE.

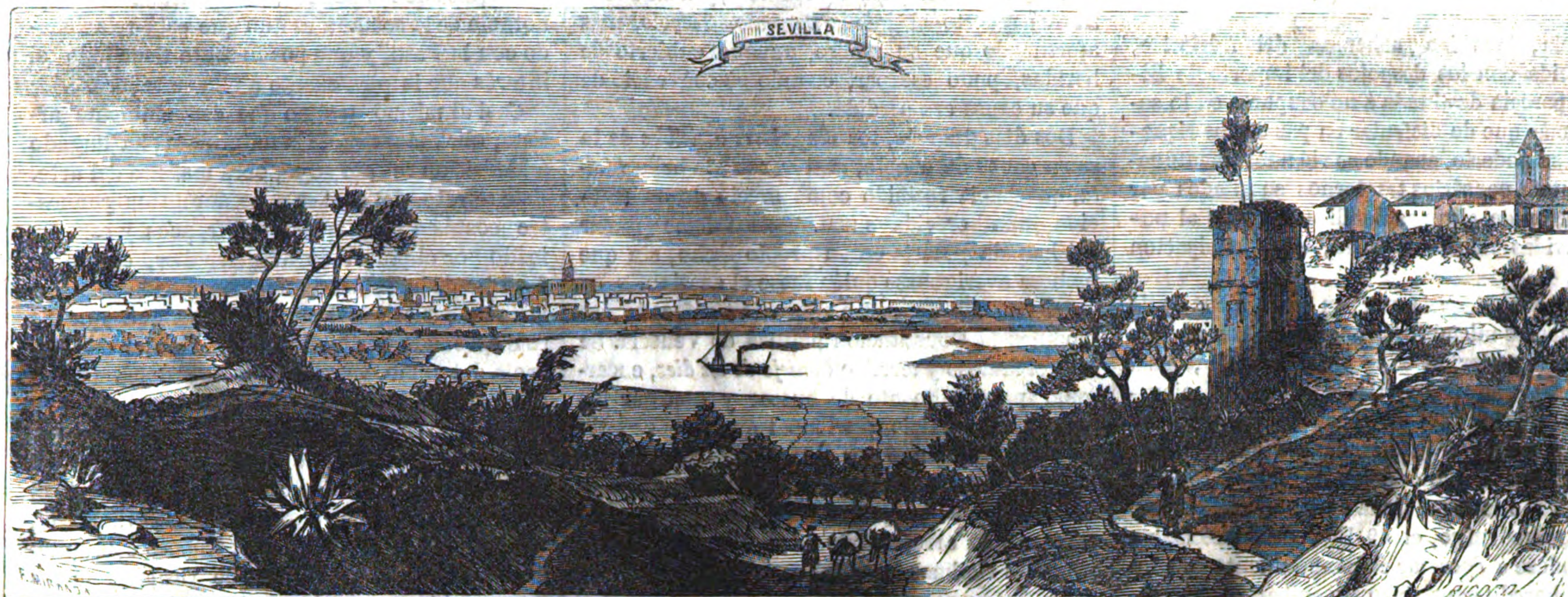
MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



REVISTA PASADA POR S. M. EL EMPERADOR DE RUSIA Á UNO DE LOS CUERPOS DEL EJÉRCITO AL PARTIR PARA LA POLONIA.

Pueblo. Iglesia de San Isaac. Estátua de Pedro el Grande. Estado mayor del Emperador. El Emperador de Rusia. Palacio del Senado. Caballería de la Guardia.

El Periódico ilustrado.



Número 5.°
DEL 6 AL 13 DE ABRIL DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. . . Un año 24 rs.— Seis meses 12 rs.
Provincias. Un año 28 » — Seis meses 14 »
Ultramar. . Un año 80 » — Seis meses 40 »

4 cuartos el número.

UNA CONSPIRACION EN VENECIA EN 1310.

LOS CONSPIRADORES.

LOS ESPIAS.

En tanto que Rialta embriagaba á *Tiépolo* con sus mentidas caricias, recibía de los dos misteriosos espias del Consejo, el precio de su traicion.

UNA CONSPIRACION EN VENECIA en 1310.

Venecia, la reina soberana del Adriático, enriquecida con los despojos del imperio de Bizancio, parecia destinada á no ocuparse en lo sucesivo más que de disfrutar en paz de sus riquezas y de su poderío, cuando se vió nuevamente ensangrentada por sérios trastornos suscitados por la ambicion de algunas familias elevadas al poder y ávidas de conservarle, sin participacion alguna.

Gobernada Venecia por un gran Consejo de cuatrocientos miembros, que dividia con el Dux el supremo poder, la clase plebeya habia, hasta entonces, tomado parte en la eleccion de los miembros de este Consejo; pero la aristocracia, no pudiendo por esta circunstancia ser enteramente dueña en la direccion de los negocios, resolvió llevar á cabo la más inícua de las usurpaciones.

Pedro Gradenigo, el 49 Dux de Venecia, no atreviéndose á decretar el nombramiento de consejeros hereditarios, hizo sin embargo promulgar una ley, segun la cual no se podria renovar el Consejo sinó en caso de traicion.

Al año siguiente prohibió por otro decreto, que los electores de la clase media y plebeya pudiesen dar su voto en las elecciones á otras personas que aquellas que anteriormente hubieran pertenecido al Consejo ó fuesen deudos ó parientes de algunos de ellos.

La idea no era otra que constituir para siempre el poder soberano en mano de los patricios, rebajando de esta suerte la importancia y la consideracion que hasta entonces habia disfrutado el pueblo y la clase media.

Viéndose estos tan inícuamente despojados de sus derechos, empezaron naturalmente á conspirar y se formaron varios complots que, por desgracia, no produjeron otro resultado para sus autores, que el derramamiento inútil de mucha sangre preciosa, y la ruina de no pocas familias respetables.

La conspiracion de mayor importancia que se fraguó en aquella época, fué la que dirigieron *Boemundo Tiépolo* y *Marino Bacconio*, la cual tenia por objeto matar al Dux Gradenigo, disolver el Consejo existente y reformarlo por una nueva eleccion popular.

Todo habia sido preparado con el mayor misterio, y la conjuracion debia estallar al dia siguiente del en que tuvieron su última reunion los conjurados, cuando fueron estos denunciados por la bella *Rialta*, queriba de *Tiépolo*, la cual, celosa porque creia que su amante le era infiel, resolvió vengarse de una manera cruel y villana.

A este efecto, ocultó en su gabinete á dos miembros del Consejo, para que por sí mismos oyeran á los principales conjurados, que debian reunirse en su casa, donde les tenia preparada una espléndida cena.

En esta deliciosa orgía, en medio de hermosísimas mujeres, y de los bríndis mas entusiastas, en tanto que *Rialta* embriagaba á *Tiépolo* de vino y de caricias, los conjurados renovaron su juramento de vencer ó morir en la empresa y el compromiso formal y solemne fué redactado por *Bacconio*.

Los dos miembros del Consejo que habian asistido invisibles á esta última reunion, corrieron inmediatamente á avisar del peligro que amenazaba al Dux y al Supremo tribunal. Instruida la aristocracia, tuvo tiempo para ponerse en guardia y para organizar la contrarevolucion, y á este efecto se tomaron con el mayor sigilo cuantas medidas creyeron oportunas para anonadar á los conspiradores, en el momento que diesen el primer grito.

Era el 13 de junio de 1310: los dos partidos se encontraron á la hora marcada en la plaza de San Márcos: la batalla fué encarnizada y terrible, pero al fin el pueblo sucumbió, y á su cabeza fué muerto el infeliz *Bacconio*. *Tiépolo*, más afortunado que su amigo, aunque cubierto de heridas, pudo escapar, cuando se convenció de que su causa era perdida.

Dos dias despues, los *vengadores invisibles* de la santa causa del pueblo, castigaron á la bella *Rialta*, que habia recibido como precio de su traicion una crecida suma. Esta infame mujer fué hallada muerta en su propio lecho, sin que pudiera averiguarse quién fuese el asesino.

De resultas de esta conjuracion sofocada, se modificó la Constitucion política de Venecia. Se creó el famoso y terrible *Consejo de los diez*, encargado principalmente de buscar y castigar los crímenes de traicion; tribunal que por espacio de 500 años dominó por el terror.

Los patricios instituyeron este odioso tribunal con objeto de oprimir más al pueblo, pero no tardaron en arrepentirse de su obra, porque las primeras víctimas fueron ellos mismos. *El Consejo de los diez* no respetó á nadie en sus venganzas.

J. DELZA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Si á cada semana de las que trascurren pudiera aplicársele un nombre que la distinguiera de las otras, la que vamos á revistar podria ser llamada con razon la semana de los *bandos*. Bando sobre la limpieza de las vias públicas; bando sobre el órden interior de los teatros; bando sobre el esterminio de los perros que no lleven ciertos requisitos. De modo, que mejor que decir como antiguamente: vamos viviendo, pudiera decirse hoy por hoy: vamos bandeando.

No trato en manera alguna de censurar esas medidas, alguna de las cuales hace honor al celo y la actividad del señor conde de Belascoain, pero sí temo que esa misma insistencia en recordar lo que está prescrito, sea un nuevo aliciente para los muchos que en este país solo sienten amor por lo prohibido. Será desgracia nuestra, pero todas las buenas leyes se estrellan aquí en las malas costumbres.

El bando de los perros, aunque conocido ya por ser el mismo de todos los años, no se lee nunca por los apasionados del compañero y amigo del hombre, como dicen los *perrófilos*, sin esperimentar cierto sentimiento de disgusto y conmiseracion. Verdad es que, segun los inteligentes, son los perros juiciosos y bien educados sobre los que cae principalmente el rigor de la ley. Los perros calaveras, los *cimarrones*, por decirlo así, de esa raza de esclavos, conocen la trama, saben la época, el dia y la hora de la matanza, reciben con anticipacion, por medio de algun compañero bien colocado, noticia del procedimiento que se va á emplear contra ellos, y despues de pasar el dia entre nosotros, vivaquean por la noche en los alrededores de Madrid, que áridos y sucios para los mortales, tienen para los perros muchos y poderosos atractivos. Yo los he visto á la caida de la tarde salir en tumultuoso tropel por la ronda de Atocha, pocas horas despues de la publicacion del bando, y los he visto tambien contemplar con gesto que casi parecia una sonrisa, la morcilla municipal, sin acercar á ella más que la parte posterior, y eso con ciertas precauciones, y para fines que otro bando ha condenado recientemente.

En cambio, he sido testigo de escenas dolorosas en calles y paseos, hijas alguna vez de resentimientos mezquinos, de inveterados odios á la especie, ó de ese deseo que muchos sienten de hacer daño, sobre todo cuando cuentan con la garantía de la impunidad. Mi filantropía no llega, sin embargo, á creer que los perros deben ser mantenidos por el Estado, como sucede en China, sobre todo cuando ese Estado mantiene con dificultad á los hombres.

Despues de los bandos, el acontecimiento más notable de la semana es uno que está relacionado con la Patti, y que por lo tanto tiene todo el interés que inspira cuanto á ella se refiere.

Casi al mismo tiempo que esta eminente artista, obra maestra de la naturaleza, ha llegado á Madrid un retrato suyo, obra maestra del arte. Este retrato, del cual es posecdor un amigo nuestro, costó en Paris nueve mil francos, y está firmado por el pincel de Winterhalter, el pintor favorito de la nobleza, que apenas tiene en la galería de sus originales una sola cabeza que no esté coronada por la diadema del poder ó la aureola del genio. Creemos que el público tendrá ocasion de admirar esta bella pintura, y anticipamos á los poderosos y á los inteligentes la noticia de que acaso se pondrá á la venta.

No fuera así por cierto, si hubiera yo sido el afortunado que hace algunos dias, cavando en unas tierras de Estremadura, tropezó con un tesoro que contenia multitud de vasijas repletas de magníficas monedas antiguas de oro, y un gran frasco conteniendo polvos del mismo metal, por valor de más de seis mil duros. Pero está visto que para obtener este resultado es preciso cavar, lo cual me quita la esperanza de conseguirlo nunca.

Deciamos dias atrás, que el plano de la Coruña, espuesto en uno de los salones de la Esposicion, valia la pena de ser visto; hoy debemos añadir que si es cierto que la vale, tambien lo es que el público no se la ha tomado. Mientras la multitud ha acudido ansiosa á contemplar el ballenato, visible en el mismo local, hasta el punto de haber tenido este entradas de 3000 rs., el magnífico, aunque desdichado plano, va á volver á casa de sus autores porque los gastos no corresponden á los ingresos. ¡Cualquiera puede aquí formar planes sobre planos!

Por último, y para que haya un poco de todo, han aparecido tambien en esta semana dos libros nuevos; titúlase el uno *Meditaciones de color claro por un autor oscuro*, y el otro *Vida política del marqués de Miraflores, escrita por él mismo*. Del primero insertaremos un trozo en el número próximo, por el cual podrán juzgar los lectores de su mérito, muy digno á nuestro juicio de ser apreciado; del segundo no decimos ni insertamos nada, porque trata de cosas que es posible no les importen á Vds. nada, puesto que lo mismo sucede á la inmensa mayoría de la humanidad.

Lo que sí haremos, porque el asunto lo merece, es recordar, á propósito de este libro, aquel epigrama de cierto autor muy estimado:

Su vida escribió Benito
á los siglos por venir,
bien hizo el autor *bendito*,
que si él no la hubiera escrito
¿quién la habia de escribir?

Es cuanto por hoy se me ocurre decir á Vds.

M. DEL PALACIO.

CRONICA JUDICIAL.

La Academia de medicina de esta córte ha evacuado últimamente el informe que le habia pedido el juzgado de primera instancia del Congreso, acerca de si Vicenta Sobrino estaba ó no en la plenitud de su razon, al cometer el crímen que la ha llevado ante los tribunales. La Academia ha discutido grave y detenidamente la importante cuestion sujeta á su juicio, y de su informe resulta que la acusada no estaba loca en la forma de idiota, imbécil ni demente, aunque en ella existen algunos datos, poco decisivos desde luego, propios de los locos transitorios; que por quedar esto probado, no se sigue lógicamente que estuviese en la plenitud de su razon, y que, atendidos los antecedentes y cos-

tumbres de la procesada, puede sospecharse que la reflexion no dirigia todos sus actos, no siendo del todo regular presumir que estuviese en la plena posesion de sus facultades mentales. La discusion ha sido tan reñida en el seno de la Academia, que de veinticinco individuos que componian la comision, trece han opinado de un modo y doce de otro respecto á los últimos puntos que abraza el dictámen.

Efectivamente, la cuestion sujeta al informe de la Academia es de las más difíciles é importantes que pueden presentarse en el campo de la medicina legal: las lesiones intelectuales, que suelen destruir unas veces y menoscabar otras el libre albedrio, imponiendo á las acciones del individuo cierto sello de fatalidad, ofrecen frecuentemente tal carácter de oscuridad, que varios distinguidos jurisconsultos, y entre ellos el célebre Elías Reignault, abogado que fué del tribunal real de Paris, niegan á la medicina la seguridad é infabilidad en los juicios que emite acerca de la demencia.

No debemos insistir sobre este punto: por una parte nuestra reconocida incompetencia para tratar *cálamo currente* tan árduas cuestiones, y por otra el carácter principalmente narrativo de estas crónicas, nos vedan continuar: además, en los procesos sujetos todavía al fallo de los tribunales, hay que ser muy circunspectos, por razones que comprenderán muy bien nuestros lectores. No concluiremos de hablar, sin embargo, de la Vicenta Sobrino, sin anunciarles que la vista de esta célebre causa está señalada para el dia de hoy.

El crímen cometido en la calle de la Puebla sigue preocupando la atencion del público: la accion legal contínúa su curso ordinario, sin que durante la última quincena haya ocurrido en este proceso circunstancia alguna digna de especial mencion, si se esceptúa la de haberse hecho á la acusada la notificacion correspondiente para que nombre abogado defensor. Se dice que ha renunciado á este derecho, y que en su consecuencia será nombrado de oficio.

Los antiguos caballeros solian andar á tajos y reveses con descomunales gigantes, por sostener que su dama tenia los ojos negros, y muy negros, y no pardos ó melados como afirmaba su infame competidor: era muy comun tambien, que el caballero quedase en el campo para no levantarse más, ó que el gigante fuese dividido en dos por el valiente caballero; sin que en ninguno de ambos casos variase en lo más mínimo el color de los ojos de la bella por quien combatian. Una cosa parecida ha sucedido hace pocos dias en Cehegin, oscura villa de la provincia de Murcia. Dos amigos, dos parientes, si no estamos mal informados, se han acometido á estocadas, ¡pásmense nuestros lectores! con objeto de poner en claro si la novia de uno de ellos tenia 21 ó 22 años. Y no es esto lo triste, sino que, segun afirman los periódicos, uno de los jóvenes quedó muerto en el acto á consecuencia de una estocada que le dirigió su adversario, y este falleció tambien á las pocas horas, de resultas de las heridas que habia recibido. Parece imposible que esto suceda en el siglo XIX. Por mi parte, siempre he tenido por un enigma la edad de muchísimas hijas de Eva, y como no me siento con las fuerzas de Edipo, lo he respetado por no morir entre las garras de la Esfinge: es más, creo firmemente que si habia de averiguarse á tiros la edad de los séres encantadores que constituyen la hermosa mitad del género humano, España entera ¡que digo, España! el mundo civilizado gemiria bajo el estampido de un incesante fuego graneado.

En una modesta casa de la coronada villa se ha representado, en uno de estos últimos dias, una tragi-comedia, cuyo protagonista ha sido una agraviada esposa, mal ferida de punta de celos. Esta valiente ciudadana, recelosa en un principio y persuadida más tarde, de que su dueño y señor se permitia ciertas infidelidades, se armó de un cuchillo y decidió demostrarle todo lo odioso de su conducta por medio de la irresistible lógica de Albacete, país clásico de los cuchillos, navajas y otros escesos. Desgraciadamente llevó á cabo su plan, y en un momento de arrebato, convertida en una tigre hircana, asestó dos ó tres puñaladas á su esposo, dejándole tan mal parado, que fué preciso conducirle á una casa de socorro. Sin dudar un momento de la eficacia del espediente, creemos, sin embargo, que no es el más á propósito para atraerse las simpatías del herido. Esta denodada esposa, que así sostiene sus derechos á mano armada, ha probado prácticamente, con un antiguo poeta,

Que no hay frias cicutas ni anapelos
como solo un escrúpulo de celos.

Por desgracia, aun podriamos llenar muchas cuartillas refiriendo á nuestros lectores algunos crímenes y delitos cometidos últimamente en esta córte; pero el espacio de que podemos disponer es bastante limitado, y no queremos dar por terminada nuestra tarea, sin anunciarles el desenlace del ruidoso proceso seguido en Francia, ante el tribunal de Puy-de-Dome, contra el parricida Pelissier.

Los padres del acusado poseian una fortuna de cinco á seis mil duros, parte en metálico y parte en fincas. El marido tenia 70 años y la mujer 60, pero su salud era tan buena, que ambos prometian vivir muchos más. Pelissier, de alma tan negra y de corazon tan cruel, que gozaba arrojando perros vivos en el horno, á cuyo lado trabajaba,—porque el reo, segun recordarán nuestros lectores, desempeñaba el oficio de panadero,—se cansó de esperar la herencia de sus padres y concibió el atroz proyecto de deshacerse de ellos. El 29 de enero de 1860, con fútiles pretestos, se dirigió en compañía de los ancianos á Lion, y el 2 de febrero volvió solo á la casa paterna, diciendo que un amigo de la familia habia puesto á sus padres al frente de un establecimiento de vinos de un pueblo próximo á Marsella, en donde se hallaban tan contentos que pensaban pasar allí el resto de su vida. Una hermana del acusado y otros individuos de la familia estrañaron la determinacion de los ancianos; pero no sospecharon nada, porque Pelissier, padre, era de un carácter bastante raro. Durante cuatro años, el protagonista de este horrible drama fingió varias cartas de sus padres, en las que se suponia le participaban su buena salud y prosperidades, pero la hermana llegó por fin á concebir sospechas, y averiguó que aquellas cartas eran falsas. Inmediatamente hizo saber á Pelissier que estaba decidida á partir á Marsella en busca de sus padres: el asesino se vió descubierto y quiso huir, pero instado vivamente por la familia para que dijese la verdad, manifestó que solo á su hermana confesaria lo que habia pasado. ¿Cuál fué la confesion de Pelissier? Se ignora; lo que se sabe es que la hermana sufrió un terrible accidente, despues de la conferencia; que pasó aquella noche presa de un violento delirio esclamando: *¡Ah infame! ¡Ah asesino!* y que al otro dia salió de su casa para arrojarse en un estanque, en donde murió ahogada. Pelissier fué conducido ante los tribunales, y señalado como el asesino de sus padres por toda la poblacion. Pelissier ha negado constantemente durante el curso del proceso: sin embargo, se ha probado que este mónstruo estuvo en una posada de Riom con sus padres en la noche del 31 de enero, y que en la madrugada del 1.° de febrero hizo cargar en un carromato del país un gran cajon, de los que usan los curtidores de aquella comarca para encerrar pieles, cuyo peso, segun declaracion del carretero, era de *diez á doce arrobas.* En aquel cajon iban los cadáveres mutilados de sus padres. El tribunal de Puy-de-Dome, convencido de estos hechos, pero sin prueba plena á qué atenerse, por no existir el *cuerpo del delito*, que el asesino ha podido hacer desaparecer en el largo tiempo que ha mediado desde la perpetracion del crímen hasta su descubrimiento, ha condenado á Pelissier á cadena perpétua. El parricida ha escuchado con visible satisfaccion esta sentencia. Tal es, trazado á grandes rasgos, el terrible drama que en adelante se conocerá en los anales jurídicos con el nombre de *Causa del parricida Pelissier.*

I. VIRTO.

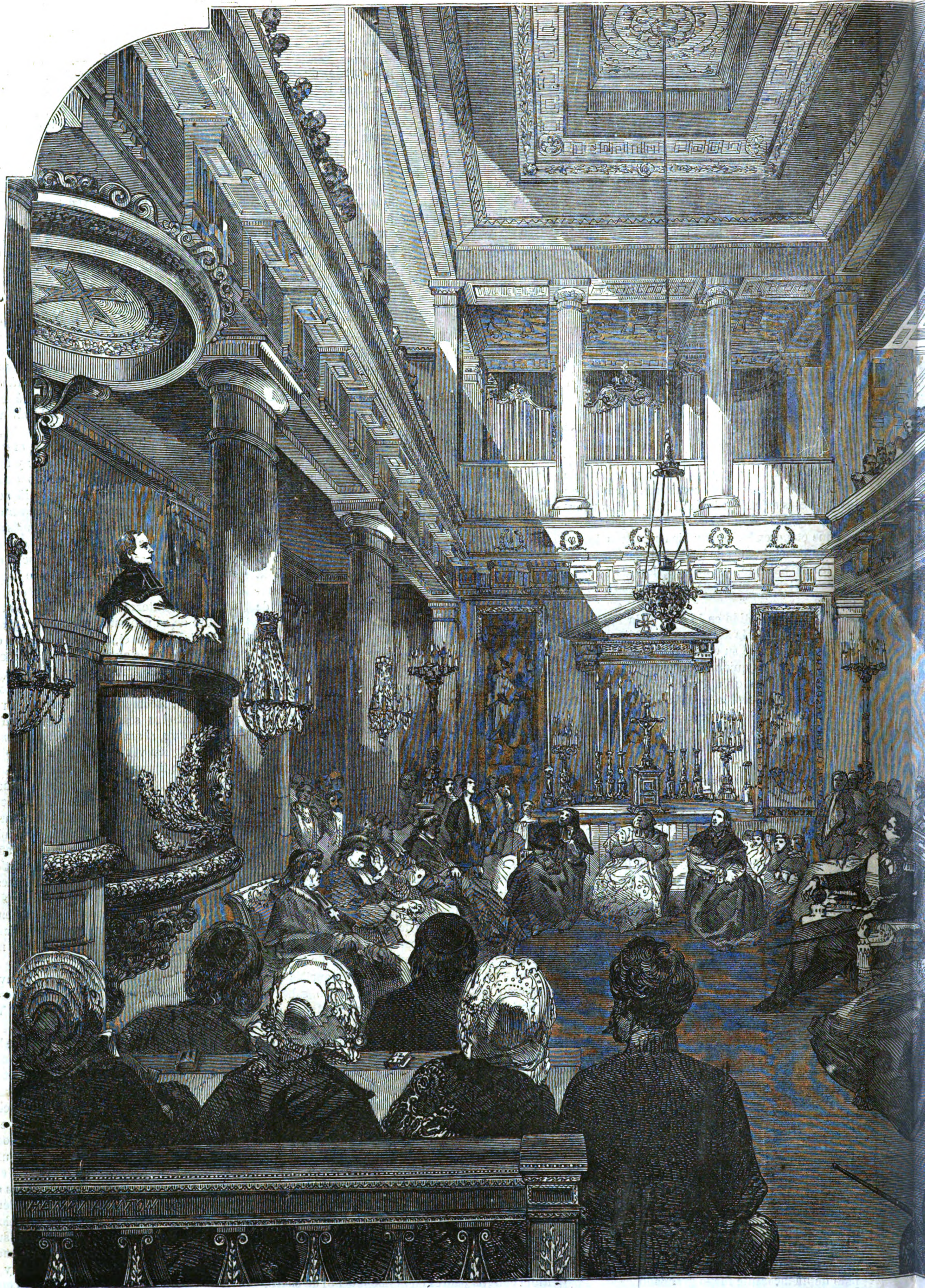
EL SACRISTAN DE MI PUEBLO.

¿Vds. no recordarán al sacristan de mi pueblo? Bien es verdad que quizás ninguno de ustedes lo haya conocido, y así no será muy fácil que lo recuerden: se lo presentaré hoy, para que otra vez no puedan alegar la misma ignorancia.

El sacristan de mi pueblo no era precisamente *un sacristan*, sino *el sacristan;* y aun cuando á primera vista se crea que no existe gran diferencia entre una y otra calificacion, sin embargo, la hay y es muy interesante para el conocimiento exacto de los personajes de esta especie. En mi pueblo, y en muchos otros que hay por el mismo estilo en mi país, solo existe un cura, un sacristan, un monaguillo, un médico, un albeitar, un boticario, un zapatero, un panadero y un enterrador; y todos ellos tienen el nombre de su profesion por nombre propio, y se les designa con él, de modo que se escluyen á todos los demás que tienen los mismos ejercicios. Los habitantes respectivos de cada uno de esos pueblos no conciben que haya otros curas, sacristanes, médicos, etc., que los de su aldea, y por lo tanto los señalan y designan con el nombre de *el cura, el sacristan, el médico ó el enterrador.* Cuando alguna vez salen de su lugar aquellos vecinos que tienen dicha costumbre, se convencen muy pronto de que hay otros muchos que merecen los nombres que ellos han monopolizado para los de su pueblo, pero á fin de transigir con la costumbre que han adquirido, continúan llamándolos como siempre, con la sola añadidura que yo he puesto á la cabeza de este artículo; el sacristan ó el cura ó el médico ó el boticario adquieren la coleta *de mi pueblo*, y al emplearla se distinguen en sus conversaciones tambien los que son *leios é instruios*, y los que han viajado, aun cuando solo hayan llegado al pueblo más vecino.

Esta aclaracion la he hecho para convencer á Vds. de que *el sacristan de mi pueblo* no era *un sacristan*, sino *el sacristan;* y ya que están Vds. enterados continuemos la presentacion.

El sacristan de mi pueblo no siempre habia sido sacristan. Allá en los primeros tiempos en que floreció, llegó á ser *arriero*, conductor ó *corsario* desde el pueblo á la ciudad, que distaba seis leguas; y se le habia considerado entonces como capitalista y contribuyente. Su capital, en aquellos primeros tiempos felices y dichosos, habia sido representado por un mulo cojo, un burro sarnoso, un caballo ciego, que habia sido del médico despues de haber servido en las diligencias generales y en un coche de alquiler de la ciudad, y un perro de casta indefinible que le acompañaba constantemente en todos sus viajes. Entonces no se llamaba todavía el sacristan; su nombre era el de *el tio Camándulas*, y no sé, porque ya era cosa que no pertenecia á mis tiempos, si ese nombre lo conquistó por alguna hazaña, ó si lo heredó de sus ascendientes. Se conoce que este nombre era un apodo, que en mi pueblo, como en todos los de su clase, los únicos y verdaderos nombres son los apodos. Los nom-



CAPILLA DE LAS TULLERIAS, EN PARIS.

Monseñor Dupanloup. Monseñor el gran limosnero y los limosneros del Emperador. El Emperador.



— Sermon en uno de los viernes de la Cuaresma.

La Emperatriz. El general Vaillant. El duque de Bassano. El general Goyon. El conde Castelbajac. El general conde Roguet. El conde de Espeuielle.

bres de pila son secretos que jamás salen del archivo de la parroquia. Muchos adquieren esos apodos por un hecho especial; otros, y son los más, los heredan y tienen siempre particular cuidado en no desmentirlos.

Yo traté de averiguar cuál era el origen del que tuvo el sacristan, cuando era arriero, y no pude conseguirlo. Me contaron algunas anécdotas que justifican el apodo, pero no sé si ellas sirvieron de fundamento para el nombre ó si el nombre obligó á su poseedor. Entre todas las ocurrencias relativas á mi sacristan, recuerdo una que hubiera bastado por sí sola para justificar el pseudónimo de *Camándulas*. Era el tiempo en que pudo reunir su capital para dedicarse al ejercicio de arriero, y llegó el dia en que habia de hacer su primer viaje. La víspera se le llenó la casa de gente para encargarle compras de todas clases que habia de hacer en la ciudad. El tio Camándulas quiso acreditarse para lo porvenir, y se esmeró en dichas compras á fin de dejar contentos á los parroquianos. Sucedió que la mayor parte de estos no le habian entregado el importe *adelantado* ni lo tenian *atrasado*, y cuando el tio Camándulas volvió con los encargos, se vió y se deseó para reintegrarse, perdiendo por último algunas sumas. El pobre hombre ajustó cuentas consigo mismo y previó que si habia de seguir así, maldito lo que le convenia el oficio, y por lo tanto trató de arreglarse de modo que no le volviera á suceder otra igual. Era necesario al mismo tiempo tener en cuenta que no podia herir la susceptibilidad de los habitantes del pueblo, á quienes le convenia tener contentos. Llegó el dia del segundo viaje, y la casa sele llenótambien de gente con encarguitos para la ciudad. El tio Camándulas les dijo que trajera cada uno una tirita de papel con el encargo apuntado á fin de que él no olvidara ninguno. Así lo hicieron y les mandó quelos dejaran sobre la mesa: solamente dos mujeres, la tia Pelona y la tia Zancajos, trajeron el dinero, la primera para un pito, y la segunda para un par de babuchas, y á ambas les dijo que tuviesen cuidado de colocar el dinero encima de sus respectivas notas. Despues que se desocupó la casa y antes de acostarse, agarró el sombrero, que era de alas anchas, de esos que lo mismo sirven contra el sol que contra el agua, y aventó con fuerza sobre la mesa, resultando que todos los papeles salieron volando, escepto los que tenian el dinero encima. Recogió estos, los plegó, y guardándoselos, dijo: tu, tia Pelona, tendrás pito: y tu, tia Zancajos, tendrás babuchas. Así siguió haciendo todos los viajes y ya se fueron acostumbrando en el pueblo á no hacerle encargo alguno sin acompañar á la nota el dinero: y hasta llegó á traslucirse el paso que llevaban las notas sin dinero impulsadas por el viento del sombrero del tio Camándulas, y cuando alguna vecina anunciaba que iba á estrenar tal ó cual gala y tardaba en lucirla, le preguntaban las otras con sorna, si se la habia aventado el sombrero del tio Camándulas....

A pesar de todas las suyas, el tio Camándulas se quedó sin capital. El mulo cojo murió de un cólico de hambre, el burro sarnoso se lo embargaron una vez para conducir los bagajes de unos soldados y lo trataron de tal manera en el tránsito, que no concluyó la jornada; el caballo ciego lo perdió en una requisicion que hicieron en aquellos dias para habilitar un escuadron que habia de perseguir á la entonces célebre faccion de Palillos. Le quedó solo el perro, pero parece que no pudo conseguir que supliera la falta de los otros tres animalitos, y en tal estado pensó en dejar *las cosas de este mundo* y en retirarse á la iglesia. La plaza de sacristan se hallaba vacante á la sazon, porque el que la servia habia ascendido á alguacil del ayuntamiento, y el tio Camándulas la solicitó y la obtuvo mediante el sacrificio de su nombre.

He querido relatar estos antecedentes históricos del sacristan de mi pueblo, porque á pesar de haber perdido el nombre con el nuevo empleo, tenia algunas reminicencias de Camándulas. Yo, como todos los chicos de mi edad, no me separaba de la iglesia en los ratos en que no estaba en la escuela, y me daba tan buenas trazas para ayudar á misa, y para repicar y para otras cosas por el estilo, que me capté la voluntad del sacristan de mi pueblo, el cual siempre me guardaba las recortaduras de las hostias y las escurriduras de las vinajeras. Despues, andando el tiempo, llegué ya á hacerme un hombrecito y entonces ya me manifestaba su afecto el sacristan, dándome consejos y avisos que se resentian en el fondo del apodo que llevaba cuando era arriero. Algunas veces se entretenia hablándome de sus esperanzas, porque á pesar de ser bastante viejo, aun pensaba en el porvenir; y en estos momentos de espansion fué cuando me confió que tenia barruntos de que un año ú otro le elegirian alcalde del pueblo. De este modo, decia: si alguna vez llego á reunir otro capitalito como el que perdí, no me lo destruirán en el servicio de bagajes ni en las requisiciones...

Por supuesto que el desdichado dejó de vivir sin ver realizadas sus esperanzas. Murió siendo sacristan, y en los últimos dias de su vida no hablaba de otra cosa que del chasco que se habia llevado en las elecciones del ayuntamiento. No creas nunca en la verdad de los votos populares, me decia; los pueblos jamás pueden espresar su voluntad de una manera espontánea y justa: unas veces son obligados por la tiranía del que manda; otras son arrastrados por el engaño de los aduladores; y otras obran dirigidos por el miedo que les causan los escesos y las amenazas de los farsantes y audaces.—No te fies, pues, te repito, de la espresion popular; jamás revela los verdaderos deseos ni los sentimientos del pueblo.

Murió al fin á vueltas con su manía: yo lo recordé con sentimiento durante algunos dias, y últimamente me olvidé de él. Pasados muchos años he vuelto á recordarlo, por aquello que decia de la espresion de los votos populares. Ciertamente he visto que tenia razon en lo de la farsa, pero al comprender esta razon, no me atrevo sin embargo á condenar el sistema que los establece. El que no sea una verdad la espresion de los votos populares no quiere decir que no deba serlo: lo que, en mi concepto, quiere decir es, que hemos trastornado la marcha; que hemos comenzado por donde deberiamos haber concluido. Antes de haber puesto al pueblo en el ejercicio de esos derechos que se le han recordado, hubiera sido muy conveniente educarlo al efecto, á fin de evitar lo que está sucediendo, y es que se encuentra con el remedio mucho más malo que antes lo estaba con la enfermedad.......

¡Qué lástima que ya no pueda consultar estas dudas con *el sacristan de mi pueblo*.

M. HIRALDEZ.

TEATROS.

Las novedades teatrales se suceden con estraña precipitacion, y esto, unido al deseo que me anima de dar de todas noticia á mis lectores, me pone en el caso de hacer el resúmen de ellas todo lo más tarde posible, pretendiendo lograr aquel objeto. Esta es la razon de que á veces acontezca lo que hoy, que apenas si cuento con espacio para revolverme. Adelante, sin embargo, puesto que no hay otro remedio.

Beneficiosa ha sido la semana última á juzgar por los carteles de aviso de nuestros teatros. Los actores han comprendido la verdad del adagio que enseña, que *los duelos con pan son menos*, y este año, como todos, se disponen á pasar la luctuosa semana próxima, provistos de recursos que hagan más llevaderos sus forzados ocios. El próposito ha sido logrado sin duda, merced á la buena disposicion del público, que ha acudido presuroso á dar esta muestra de afecto á los artistas que se la han exigido. El primer actor cómico de la *patrulla* dramática que turna en el teatro de la Zarzuela con la numerosa compañía lírica que en el mismo actúa, el simpático Mario, anunció el miércoles de la semana última que la funcion de aquella noche se ponia en escena para su beneficio. Inútil es decir que la concurrencia que asistió al teatro fué numerosa. Las apreciables cualidades de aquel artista son estimadas del público en todo su valor, y en tan crítica ocasion no habia de omitir el dar una prueba de ello. Vendiéronse, pues, todas las localidades del coliseo y los concurrentes se prepararon á reir. Si lo hicieron con motivo ó lo hicieron en cumplimiento de un deber está por averiguar, aunque para nosotros no ofrece siquiera duda que obedecieron á la segunda exijencia. La única novedad que su estimado actor les ofreció en la citada noche, no correspondió en modo alguno al buen concepto que le merece aquel artista, ni mucho ménos al respeto que este debia guardarle. El juguete, y por cierto que el abuso que de juguetes observamos en el teatro nos hace temer que este ha de convertirse en *covachuela*, el *juguete*, repetimos, que en dicho dia eligió el Sr. Mario para dar al público el resúmen, por decirlo así, de su gratitud por las distinciones que le ha prodigado durante el año cómico que toca á su fin, preciso es convenir que no brilló por su oportunidad. *Las plagas de Egipto* se titula, y por cierto que con razon. Nada más molesto, incluso su nombre, que el tal *juguetito*, que no exigia en verdad ser importado por segunda vez á nuestra escena desde la francesa, donde tienen su natural asiento semejantes estravagancias. Traducido hace algunos años, y representado en el teatro de la plaza de la Cebada bajo el título de *En paños menores*, el vaudeville nominado *Les deux sans-culottes*, y que es el mismo que hoy ha sido vendido como *original* á la empresa de la Zarzuela por el Sr. Pina, que es uno de los *autores de la casa*, no era digno por concepto alguno de que un actor estudioso y de porvenir como lo es Mario hubiera fijado en él su eleccion. Deploramos, por lo tanto, profundamente esta equivocacion, que nunca quisiéramos ver repetida.

En cambio, una apreciable actriz, en semejante circunstancia, ha hecho todo lo contrario, y por eso la aplaudimos sinceramente. Doña Adelaida Alvarez, llegada la ocasion de ofrecer al público una funcion, ha elegido, guiada del mejor deseo, una obra cuya importancia de ejecucion es tal, que á pesar de ser reconocidas por todos las potentes facultades de aquella actriz, la dificultad de aquella es por estas insuperable. El drama que, titulado *Ana*, se ha puesto en escena el último sábado á beneficio de aquella, basado en un motivo falso, que dejaria de existir lo mismo que ha sido creado, por el capricho de su autor, puesto que no es racional ni verosímil, sino simplemente convencional, está pensado sin embargo, y hecho de tal manera, que sin ofrecer ni por un momento ocasion al espectador para reflexionar sobre el engaño de que es víctima, consigue apoderarse de sus sentimientos, obligándole á seguir el angustioso curso de los sucesos que nacen de aquella superchería, con vivo y anhelante interés. En este concepto, el drama que nos ocupa tiene condiciones teatrales que hacen honor al talento del escritor dramático que lo ha concebido. Por lo demás, y juzgado desde los diversos puntos de vista desde los cuales debe examinarse una produccion escénica, carece de la más esencial de las cualidades que aquellas deben poseer; esto es,

que los acontecimientos estén de tal modo y con tal lógica encadenados, que no pueda hacerse en lo humano que sean distintos de lo que son. Por lo demás, *Ana*, melodrama italiano, ha sido juzgado ya cuando la eminente *Ristori* nos le hizo conocer bajo el título de *La madre siciliana*, y ocioso seria que nos hiciéramos, ocupándonos ahora de él, pródigos de un tiempo que para más útil empleo deseariamos tener.

Las exigencias que esta fábula dramática impone á los actores son muchas, y esto no obstante, nos complacemos en consignar, aunque de pasada, que su desempeño en la noche á que nos referimos merece nuestros elogios. La Sra. Alvarez hizo laudables esfuerzos por interpretar el dificilísimo personaje que la estaba confiado, logrando hacer de él una pintura, si no exacta, muy parecida sin embargo; los demás actores secundaron dignamente á esta colosal figura de la obra. La niña Franco estuvo inimitable. Si los besos se pudieran arrojar como las flores, el público todo, cuando aquella hablaba, hubiera llenado la escena de caricias.

En Novedades se ha puesto en escena un drama que se titula *Los piratas napolitanos*. Si son ó no de Nápoles está en cuestion: en cuanto á que son piratas no cabe duda.

No nos engolfemos pues, ya que hay moros en la costa, y hasta otro rato.

E. DE INZA.

SEVILLA

La vista de Sevilla con que encabezamos hoy nuestro número, obra de los Sres. D. Fernando Miranda y D. Manuel Ripoll, ha sido tomada desde la orilla opuesta del rio, y desde uno de los sitios más pintorescos de San Juan de Alfarache, pueblo vecino á la capital. Como quiera que todas las vistas que se han dado á luz hasta el dia han sido dibujadas tomando por punto de mira la famosa Giralda y la Torre del Oro, nosotros hemos querido variar, huyendo de la monotonía.

Sevilla, la reina de las provincias de Andalucía tiene su asiento sobre las frescas y perfumadas orillas del Guadalquivir. Es tal vez la más rica de las ciudades meridionales en anécdotas, recuerdos, consejas y tradiciones, que se remontan á los tiempos más antiguos. El gracejo de sus naturales es proverbial, así como la belleza de sus mujeres, entre las cuales se encuentran aun esos tipos árabes, de nariz aguileña, de tez morena, y de ojos de fuego. Generalmente son de pasiones vivas y de exaltada imaginacion, pero fáciles de persuadir y dulces en su trato íntimo.

El campo de Sevilla es una dilatada llanura, profusamente enriquecida de quintas, huertas, jardines y naranjales. Su clima es benigno y su vejetacion robusta. Entre sus edificios descuellan la Catedral, de estilo gótico, construida en el sitio que ocupó la antigua Mezquita, cuando la dominacion árabe; en la capilla Real se venera el cuerpo de San Fernando, y existen en ella los sepulcros de D. Alonso el Sábio y de otras varias personas reales.

Merece además una particular mencion el Alcázar, ó sea palacio de San Telmo, construido en 1181. Es de basta estension, con magníficas habitaciones, espaciosos miradores, soberbias galerías y diez jardines adornados de grotescos, pinturas, bellos cenadores, estanques, juegos de aguas, etc. Hoy lo habitan SS. AA. RR. los Sermos. Sres. infantes duques de Montpensier, á los cuales aman con ternura las gentes de aquel país.

La poblacion asciende á unos 40.000 vecinos, ó lo que es lo mismo, á 250.000 almas próximamente.

LA CAPILLA
EN EL PALACIO DE LAS TULLERÍAS.

Desde que la cuaresma ha empezado, todos los viernes de la semana tiene lugar en la imperial capilla de las Tullerías la plática ó sermon que pronuncia este año, con inspirado acento y verdadera uncion evangélica, Mr. Dupanloup, en presencia del emperador, la emperatriz y de los principales personajes de la córte de Francia.

En nuestro grabado se hallan designados, hasta con sus menores detalles, los principales asistentes á este acto religioso, y la colocacion que ocupan generalmente, segun la dignidad que representan ó la posicion oficial de que disfrutan.

La capilla, cuya decoracion es sencilla, de un carácter severo y como conviene á un edificio religioso, se halla circundada por dos órdenes de columnas dóricas, como nuestros lectores pueden observar en la lámina que hoy les ofrecemos. La tribuna imperial se halla colocada frente al altar, y encima se ve el órgano, que es una obra de gran mérito. A derecha é izqnierda se estienden dos galerías, destinadas para los convidados y las personas más notables de la córte. El techo se halla dividido por dos arcos dorados.

Conduce á la capilla imperial una escalera construida por el arquitecto Fontaine, la cual se encuentra á la derecha del vestíbulo de entrada del pabellon del Reloj. Esta capilla se halla construida precisamente en una parte del palacio, cuya historia es bastante curiosa.

El edificio en que se eleva hoy la referida capilla, así como el que se halla destinado á teatro de la córte, fué construido en tiempo de Luis XIV para representarse en él *La Psyché*, ópera-baile de Molière.

Es precisamente la sala que se llamaba entonces, y aun se conoce por el nombre de *Sala de las Máquinas.*

Servandoni, pintor, arquitecto y decorador en tiempo de Luis XV, ocupó esta sala durante muchos años, y obtuvo permiso para ejecutar en ella bailes y pantomimas.

Despues del incendio del teatro de la Opera en 1763, la Academia de música fué trasladada allí provisionalmente.

Desde 1770 á 1733 la ocupó el teatro Francés, y á este sucedió la compañía de verso italiana que dirigia el conde de Provenza.

Despues de la revolucion, la sala de las Máquinas sirvió para las sesiones de la Convencion y el Consejo de los ancianos.

Napoleon I, en la época del Consulado, estableció en aquel sitio el teatro de la córte, la capilla actual y el Consejo de Estado, cuya sala de deliberaciones fué unida más tarde á la tribuna imperial.

Así, pues, donde antes resonaba la estrepitosa algazara de las brillantes fiestas, donde solo se escuchaban los fogosos discursos de la Convencion nacional, hoy no se oyen más que los suaves acentos de la palabra divina y las armonías patéticas, sublimes y conmovedoras de la música sagrada.

INDIOS CHOCTAWS
DESCENDIENDO UNA *RÁPIDA* DEL MISSISSIPÍ.

En medio de las manifestaciones palpables de la actividad humana que la guerra de los Estados-Unidos nos presenta con su ejemplo, hay una cosa que no puede ménos de llamar la atencion del viajero, y es la inmovilidad, el indiferentismo, la existencia digna de estudio de la raza indígena.

Los *Semínoles* de la Florida, los *Chotaws* del *Mississipí*, los *Creeks* del Alhama, los *Cherokees* de la Carolina del Norte, los *Pawnies*, *Potawatamies*, *Winchageos*, en fin, conservan sus costumbres antiguas y viven y pasan generaciones enteras sin que aquellas varien para ellos en lo más mínimo. La caza y la pesca son sus únicas ocupaciones.

La mayor parte de las corrientes de agua en América se hallan cortadas por cataratas que se llaman caidas (*falls*) cuando desciende verticalmente, y rápidas (*rapids*) cuando describen una curva prolongada. Los indios afrontan casi siempre este peligro, asidos fuertemente á una especie de balsas, formadas de troncos, que son las únicas embarcaciones que saben y pueden construir, y se deslizan y ruedan con ellas al fondo de los abismos, guardando el equilibrio, para volver á aparecer más lejos, sanos y salvos, gracias á su habilidad y á su práctica en esta clase de ejercicio. El temor del peligro no los intimida, ni dudan en lanzarse á las *rápidas* con la mayor serenidad, ayudados únicamente de unos largos palos, especie de balancines con los cuales se deslizan alegremente sobre la superficie tumultosa de las aguas.

El grabado que aparece hoy en una de nuestras páginas representa una de estas interesantes escenas, en una de las *rápidas* del Mississipí.

Los indios de América tienen la tez cobriza, los cabellos negros y lácios, la barba escasa. En todos sus movimientos afectan la mayor gravedad y sangre fria, lo cual no les impide ser de pasiones violentas, y tan crueles en sus venganzas, que se gozan en desollar vivos á sus enemigos, siempre que caen en su poder. Usan nombres muy raros tales como *Nube blanca*, *Cabeza de huevo*, *Lluvia que cae*, *Lobezno*, *Marcha aprisa*, *etc. etc.* Sus casas (*Wigwams*) son miserables cabañas construidas con ramas y tierra; su riqueza consiste únicamente en sus armas y en algunos collares de *Wampua*. Su existencia es precaria y borrascosa, pero en medio de todo y al escuchar el estampido del cañon sobre las riberas del Potomac, al ver á los blancos degollarse con tal encarnizamiento, pueden muy bien preguntarse si la civilizacion vale mucho más que el estado salvaje en que ellos se encuentran.

Solucion del geroglífico del número anterior.

Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

GEROGLÍFICO.



Correspondencia del PERIÓDICO ILUSTRADO.

A. D. I. V., de Santander.—No sabemos que sea cierto lo que Vd. pregunta; en su consecuencia debe ser una broma.—*A D. J. S., de Reus.*—Es imposible dar cabida á su artículo porque la índole de nuestro periódico no nos lo permite. La ley está bien clara.—*A D. J. D., de Leon.*—Se han recibido los sellos y se servirá la suscricion.—*A D. F, R., de Murcia.*—No se ha recido la letra que usted indicaba.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

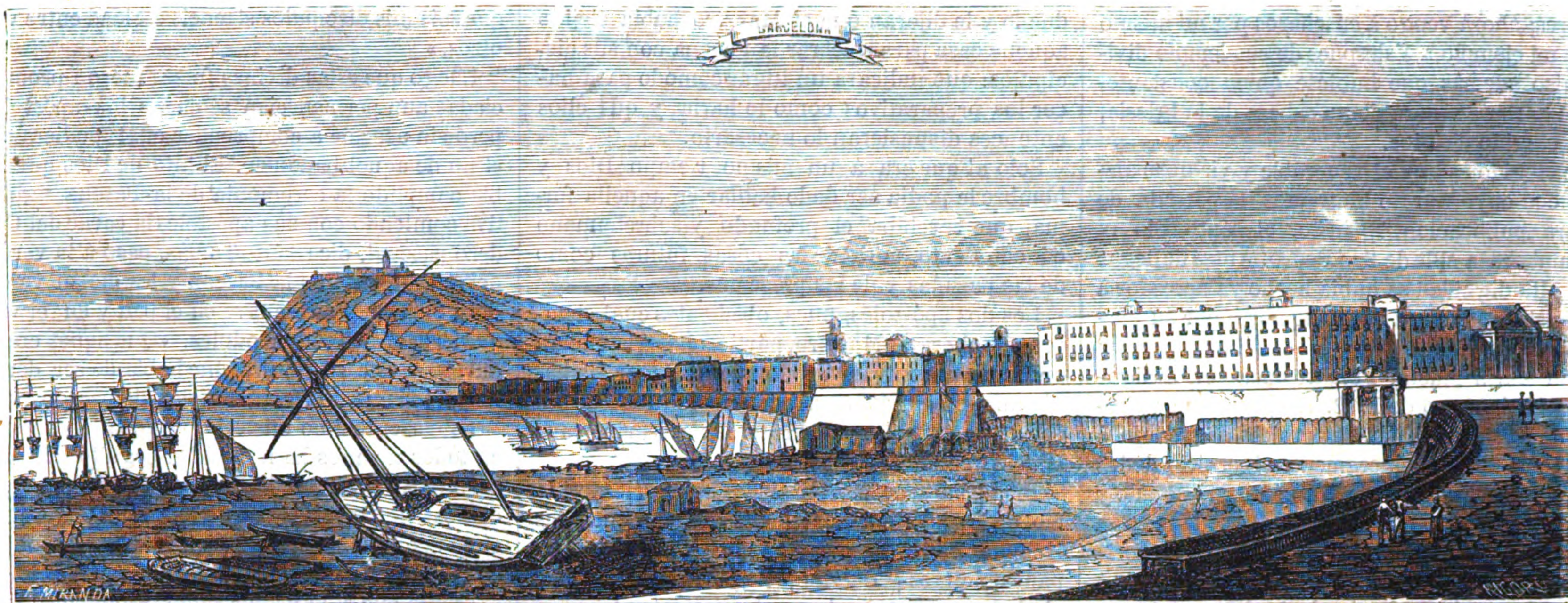
MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



INDIOS CHOCTAWS DESCENDIENDO POR UNA DE LAS *RÁPIDAS* DEL MISSISSIPI.

Descenso de la *rápida*. Cabeza de huevo. La nube borrascosa. Chacal de noche. Paloma gallarda. El pescado de las aguas profundas.

El Periódico ilustrado.



Número 6.°
DEL 13 AL 20 DE ABRIL DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.
Provincias.	Un año 28 »—	Seis meses 14 »
Ultramar. .	Un año 80 »—	Seis meses 40 »

4 cuartos el número.

SEMANA DE PASION.

Segun habian anunciado los patriarcas y profetas, llegó el triste momento en que la malicia y el orgullo desterraron del mundo las ideas de la moral, olvidando los sanos preceptos de la santa ley de Moisés. Y en este punto la humanidad hubiera caminado á la disolucion y á la muerte, si la poderosa mano de la Bondad Divina no la hubiera detenido en el borde del precipicio. Para dispensar al mundo este inmenso favor, necesitaba el Criador enseñar al hombre, con el ejemplo, la sublimidad de la abnegacion y del sacrificio, cumpliendo lo anunciado por los Santos Padres, y enviando á redimir del pecado á la humanidad, al Hijo de Dios.

El Mesias prometido vino al mundo á enseñar la doctrina de la sana moral, á combatir el vicio y el pecado, y á cimentar con su sangre y con sus sufrimientos el trono de la virtud, alumbrado por los resplandores de la Santa Sabiduría y de la verdadera ilustracion.

Para que se cumplieran los vaticinios y se realizaran los deseos del Dios Padre, era preciso que el hombre llegase antes al estremo de su soberbia y de su ingratitud, é hiciera pasar por la ignominia y la muerte al mismo que se habia dignado descender á la tierra para enseñarle con su ejemplo divino la práctica de la moral y el



SU SANTIDAD PIO IX.

camino de la felicidad eterna. El recuerdo de la triste Pasion del Divino Jesus es la demostracion más clara de las miserias de la humanidad; por eso el aniversario de aquellos terribles dias debe celebrarse con lágrimas en los ojos, con dolor en el alma, con luto en el corazon. No son los sufrimientos físicos del Divino Redentor los que debemos recordar en estos dias; son las penas y dolores que le debieron causar la perfidia y la ingratitud de los hombres á quienes vino á redimir del pecado.

Por esa razon, esta semana es la semana de la oracion y del recogimiento, de la adoracion de los misterios, del recuerdo, en fin, de los martirios, que con nuestros pecados hicimos sufrir al Divino Maestro. Y nosotros, á fuer de cristianos, deseamos tambien pagar un humilde tributo á tan santos recuerdos, consagrando nuestro número de hoy á la referencia de los principales misterios de la religion del Crucificado.

Y al hacerlo queremos comenzar recordando que en la tierra hay una representacion viva de aquel Supremo Sér bondadoso y clemente, que se dignó descender hasta nosotros para establecer los principios eternos é inmutables de la sana moral y de la recta doctrina. *Ego ipse qui loquebar, ecce adsum;* dijo el profeta Isaías en nombre del Hijo de Dios; y este vino despues á realizar esta

promesa repitiendo las mismas palabras del profeta: «Antes os hablaba por medio de mis anunciadores; ahora vengo á enseñaros por mí mismo y con mi ejemplo.» Y despues de su ejemplo divino quiso además que hubiese quien constantemente lo representara como cabeza de la Iglesia, como elegido de Dios.

Ese elegido es hoy el venerable y virtuoso anciano con cuyo retrato honramos la portada de nuestra publicacion. El justo, el santo Pio IX ocupa ahora la silla de San Pedro. Antes de llegar á esa alta dignidad se habia hecho ya acreedor á las consideraciones de los hombres por su piedad y por su virtud.

Juan María Mastai-Ferrati nació en Sinigaglia el 13 de mayo de 1792. Despues que se ordenó de sacerdote, toda su ambicion se redujo á poderse consagrar enteramente al servicio de los pobres y desvalidos, y ya entonces fué notado y señalado como modelo de caridad cristiana. Con la edad fué aumentándose su celo por la gloria de Dios, y en su constante anhelo se asoció á una piadosa mision destinada á tierras lejanas: atravesó el Mediterráneo y el Océano y predicó por los paises salvajes de América la doctrina del Crucificado.

Restituido á Roma y estimado cual merecia por Leon XII, fué promovido al obispado de Spoleto, despues al de Imola, y elevado finalmente á la dignidad de cardenal por Gregorio XVI en 14 de diciembre de 1840.

Despues de la muerte del pontífice Gregorio XVI fué elegido jefe visible de la Iglesia el cardenal Mastai, que subió á la silla de San Pedro con el nombre de Pio IX. La historia de su glorioso pontificado es de todos conocida. No hay quien ignore cuánta sensibilidad, cuánta abnegacion, cuánta fuerza de ánimo y de voluntad, cuánta caridad, cuánta fé y cuánto valor cristiano ha necesitado y necesita para las luchas que ha tenido y tiene que sostener y sostiene en defensa del esplendor de la religion á cuya cabeza se halla. Ni una sola vez ha olvidado su valor y su piedad en las terribles pruebas porque Dios le ha hecho pasar para hacer resaltar sin duda más y más las cualidades que le adornan.

M. HIRALDEZ.

LA CENA PASCUAL.

Despues que Judas hubo terminado el inícuo contrato con los príncipes de los sacerdotes y los magistrados, concertando la entrega de Jesus, su Divino Maestro, por el precio que los esclavos tenian, y que era el de treinta monedas de plata: despues, decimos, que hubo consumado este horrible y espantoso crímen, reunióse con Jesus y los demás apóstoles. En aquel mismo dia, que era un jueves, á las tres de la tarde comenzaba en Jerusalen para los galileos la Pascua, que los judios habian de celebrarla á la misma hora del viernes.

Jesucristo, si bien por el lugar de su nacimiento pertenecia á la tribu de Judá, por su larga permanencia en Nazareth, era considerado como galileo. Libre era, pues, para elegir el dia de la Pascua, ó bien cuando empezaban los galileos ó el siguiente: mas el Señor, que sabia que en el mismo dia en que los judios habian de comer el Cordero pascual debia morir sobre la Cruz para sustituir como cordero de Dios al cordero de Moisés, elijió el dia de los galileos.

Cuando segun nos esplican los evangelistas el primer dia de los ácimos se llegaron á su Maestro los apóstoles, preguntándole en qué sitio habia pensado que se dispusiera para que pudiese comer la Pascua. Jesucristo, dirigiéndose á sus privilegiados discípulos, les contestó que fueran á Jerusalen, y luego que entraran les anunció que habian de hallar á un hombre que llevaria un cántaro de agua, y al cual habian asimismo de seguirle hasta que llegando á la casa donde aquel hombre entrara, llamasen al dueño y le dijeran que el Maestro habia elejido aquella casa para celebrar la Pascua con sus discípulos: que indicara un lugar cómodo para hacer los preparativos como lo haria, y que ellos entonces dispusieran lo necesario.

Solo al que era á un mismo tiempo Dios y hombre le podia ser dado hablar en aquella forma, que revelaba el profundo y sobrehumano conocimiento, tanto de las cosas futuras como de las pasadas y de las presentes.

Los dos apóstoles, pues, obedientes cual siempre al Soberano Maestro, partiéronse á la ciudad en donde encontraron todo cual el Señor les habia anunciado, comenzando desde luego á hacer en su vista los preparativos necesarios para la celebracion de la Pascua.

Dispuesto y preparado todo, hecho el sacrificio de las víctimas ordinarias, compradas las lechugas agrestes, y concluida la provision de panes ácimos y de vino, llegó Jesucristo á la ciudad acompañado de los demás apóstoles.

Luego que sonó la hora señalada por la ley, que era la caida de la tarde, púsose Jesus á la mesa y con él los doce apóstoles sentados en el órden que tenian costumbre de hacerlo, y no de pié como hemos visto que aparecen en alguna pintura que representa aquella sacrosanta cena, pues el rito de comer el Cordero pascual en pié, con báculos en las manos y ceñidos con los cíngulos, parece que solo debió practicarse en la primera Pascua celebrada en Egipto, cuando los israelitas iban á emprender su marcha para la tierra prometida.

Sentados, pues, empezada la cena y cuando todos conversaban con afabilidad y alegría, Jesucristo les dirigió la palabra diciendo: «En gran manera he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca; porque os digo que no comeré más de ella hasta que sea cumplida en el reino de Dios.» —Y luego tomando el cáliz, dió gracias y dijo:—«Tomad y distribuidlo entre vosotros.»

Proseguia el acto de la cena, cuando de nuevo el que habia de ser el Salvador del mundo, interrumpió la general alegría pronunciando aquellas inesperadas espresiones: «En verdad, os digo que uno de vosotros me ha de entregar.» Consternados quedaron los apóstoles al escucharle, y todos, á escepcion del infame Judas, en cuyo innoble corazon habia podido albergarse aquel negro sentimiento, procuraron corresponder á la voz de su conciencia preguntando á Jesus si alguno de ellos era. «Sentado está conmigo á la mesa, replicó el Salvador, y el que mete conmigo la mano en el plato, ese es.»

Confusos y atónitos se miraban los apóstoles sin acertar á comprender cuál fuera entre ellos capaz de cometer tamaña felonía, cuando hipócrita á la vez que pérfido, levantóse Judas, y como si lo ignorara, tuvo la inesplicable osadia de acercarse al Señor y decirle: «¿Señor, seré yo de quien hablais?»—«Sí, tú eres,» contestó el Salvador, sin que ninguno de los apóstoles pudieran siquiera apercibirse de aquella respuesta.

Terminada la cena, acto contínuo se realizó el grandioso y humildísimo acto del lavatorio de los piés, en el que se vió á todo un Dios arrodillado á los piés de unos míseros mortales, de un discípulo traidor que le habia de vender, de otro cobarde que le habia de negar, y de otros que tímidos le habian de abandonar en los momentos del peligro y de la persecucion.

Concluido que fué el lavatorio, el Soberano Maestro volvió á tomar su manto, y sentándose en medio de sus discípulos dió principio al último sermon que habia de predicarlos, y que con acierto puede decirse que fué el compendio de su Divina enseñanza, y que terminó con estas notables y sublimes espresiones: «Un mandamiento nuevo os doy: *que os ameis los unos á los otros así como yo os he amado*. En esto conocerán todos que sois mis discípulos si teneis caridad entre vosotros.»

Luego que estas divinas frases fueron pronunciadas aun permanecian sentados los apóstoles, pero sin acertar á comprender cuál pudiera ser el fin de aquel banquete. El hijo de Dios que habia cumplido la ceremonia de la Pascua figurativa comiendo con sus apóstoles la carne del Cordero pascual, dice Santo Tomás, pasó á la verdad del Sacramento de la Pascua y les dió su verdadero cuerpo y su sangre en el pan y en el vino que les ofreció, diciéndoles: «Que aquel era su cuerpo y esta su sangre que habia de ser derramada por muchos para remision de pecados.»

Este sacratísimo misterio, el de la Eucaristía, en todos tiempos ha irritado el orgullo humano; pero ¡cuán estériles han sido sus esfuerzos por combatirlo! Jesucristo, que reside en el augustísimo Sacramento de nuestros altares, es objeto de la adoracion de los pueblos y de las naciones.

Luego que el Salvador hubo pronunciado las misteriosas palabras que convirtieron el pan en su Divino cuerpo y el vino en su propia sangre, y despues de haber dado á sus discípulos consejos para fortalecerlos, se apartó de ellos, y se fué, como solia, al monte de las Olivas.

Así terminó esta cena, en la que el Salvador dió la muestra de su amor á los hombres y de su inmensa humildad y la cual fué seguida de la más villana de las traiciones y del más sublime de los sacrificios.

E. DE INZA.

SENTENCIA DEL SALVADOR.

ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS.—NEGOCIADO DE ESTADO. LEGAJO 847, Y DE ROMA NÚMERO 1.º

Copia de la sentencia que dió Pilatos contra Cristo, Nuestro Señor, la cual se halló en la ciudad de Aquila (Abruzo) por los años 1580, entre las ruinas marmóreas de un templo, donde se hallaron dos tubos de hierro, y en uno de ellos escrito en pergamino, con caractéres hebreos, la siguiente carta, que se interpretó de la manera siguiente:

«En el año *diez y siete* de Tiberio César, emperador romano y de todo el mundo monarca invictísimo, en la olimpiada CXXI, edad *veinticuatro*, y de la creacion del mundo, segun el número y cuenta de los hebreos cuatro veces 1147; de la propagacion del imperio romano el año 73; del rescate de la servidumbre de Babilonia el 430, y de la restitucion del imperio sagrado el año 497; siendo cónsules del pontífice romano Lucio Puano y Marcio Saurico, procónsules del invicto Valerio Palestino, gobernador público y de Judea y Regente y gobernador de la ciudad de Jerusalen Flavio IV, su presidente gratísimo Poncio Pilatos, Regente de la Baja Galilea heriodada; antipatriarca y pontífice del Sumo Sacerdocio Anás y Caifás; Ales Maelo, maestre del templo; Rabaham Ambel, centurion de los cónsules romanos y de la ciudad de Jerusalen. Quinto Cornelio Sublimio y Sexto Pompilio Rufo, á los 25 de marzo:

«Yo, Poncio Pilatos, representante del impe»rio romano en el palacio de Larchi, nuestra re»sidencia; «juzgo, condeno y sentencio á muerte »á Jesus, llamado Cristo Nazareno de la turba »de Galilea, hombre sedicioso de la Ley mo»sáica contra el gran emperador Tiberio César: »determino y pronuncio, en razon á lo espuesto, »que sufra la muerte clavado en la cruz, á usanza »de los reos, porque habiendo congregado mu»chos hombres ricos y pobres, no ha cesado de »mover tumultos por toda Galilea, fingiéndose »hijo de Dios y rey de Israel, amenazando la »ruina de Jerusalen y del sagrado imperio, y »negando el tributo al César; habiendo tenido »el atrevimiento de entrar con palmas y en »triunfo acompañado de la turba, como rey,

»dentro de la ciudad de Jerusalen, en el templo »sagrado. Por tanto, mando á mi centurion »Quinto Cornelio, que conduzca públicamente »por la ciudad de Jerusalen á ese Jesus Cristo, »amarrado y azotado, vestido de púrpura y co»ronado de espinas punzantes, con la propia »cruz acuestas, para que sirva de ejemplo á to»dos los malhechores, y que lleve con él á dos »ladrones homicidas: todos los cuales saldrán »por la Puerta Giancarola, llamada hoy Anto»niana, é irán hasta el monte de los malvados »que se dice Calvario, donde crucificado y »muerto, quede el cuerpo en la cruz para que »sirva de espectáculo y ejemplo á todos los cri»minales; y en la dicha cruz se le pondrá el si»guiente letrero en tres lenguas, hebrea, griega »y latina: en hebreo, *Jesu aloi olisidin;* en grie»go, *Jesus Nazarenos Basileus ton Judaion;* en la»tin, *Jesus Nazarenus Rex judeorum.*

»Mandamos asimismo que ninguno, de cual»quier clase que sea, no se atreva temeraria»mente á impedir esta justicia por nos mandada, »administrada y seguida con todo rigor, segun »los decretos y leyes de los romanos y hebreos, »bajo la pena en que incurren los que se rebe»lan contra el imperio.—Confirmaron esta sen»tencia por las doce tribus de Israel, Raban, »Daniel, Raban II, Joan Beciar, Berbas, Isabec, »Presidad. Por el Sumo Sacerdocio Raban, Judas »Concasalon. Por los fariseos Rolian Simon, Da»niel, Braban, Mordagin, Boncertasslis. Por el »imperio y presidente de Roma Lucio Sirtilio, »Amostro Silio, notario público del crímen. Por »los libres, Nastau Reotenan.»

La preinserta sentencia es copia, literalmente traducida, de la que se halla escrita en italiano custodiada en el mencionado real y general Archivo de Simancas.

LAS SIETE PALABRAS.

«Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.»
(SAN LÚCAS, 23, 34.)

I.

Aquel, de quien habia dicho Isaias: «El espíritu del Señor reposa sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el Evangelio á los pobres; me ha enviado para curar á los que tienen el corazon quebrantado, para dar la libertad á los cautivos, la vista á los ciegos y la libertad á los oprimidos,» iba á terminar su divina mision en la tierra, sellando con su muerte el último y más glorioso título de su preciosa existencia.

Un gentío inmenso poblaba las calles de la ingrata Jerusalen. La muchedumbre, agrupada en confuso desórden, se apresuraba á presenciar, con impía curiosidad, el mayor crímen que los siglos han conocido. Algunas piadosas mujeres, tristemente conmovidas, seguian á Jesus, gimiendo y dándose golpes de pecho.

—¡Hijas de Jerusalen! las dice el Salvador; no lloreis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos, porque llega el dia en que se dirá: ¡Dichosas las estériles, las entrañas que no concibieron y los pechos que no criaron! ¡Montes, caed sobre nosotros; sepultadnos, colinas: ¿qué será de la madera muerta, si la verde es tratada así?

Y el hijo de María, que habia venido al mundo á predicar una doctrina llena de celestial pureza, de paz y de concordia; que habia roto las ominosas cadenas que aprisionaban al hombre; que tantos prodigios y milagros habia obrado; él, inocente y manso cordero, iba á ser sacrificado bárbaramente por sus implacables enemigos. Y para que el suplicio fuera más afrentoso, como si la saña de sus martirizadores no se cebara bastante con derramar gota á gota su preciosa sangre, al lado de la inocente víctima colocaron dos grandes malhechores, cuya vida era una cadena continuada de vergonzosos crímenes. La naturaleza parecia estremecerse de dolor, pues el sol quiso ocultar sus rayos y cubrirse el cielo con un manto de tristeza, por no presenciar tan horrible espectáculo. Pero el Señor, en medio de tantos sufrimientos, no tiene para este pueblo deicida más que dulces palabras de perdon, ni siente en su sagrado pecho más que los generosos impulsos de su inagotable caridad.

—¡Padre mio! esclama poseido del más profundo amor; perdónalos porque no saben lo que se hacen.

II.

«Hoy estarás conmigo en el paraíso.»
(SAN LÚCAS, 23, 43.)

El Redentor del mundo, pendiente de la cruz, no cesa de pedir el perdon de sus enemigos. Se acerca el supremo instante del cumplimiento de todas las profecías. El hijo de Dios ha sido condenado á morir como un criminal, como un malhechor, como el príncipe de los malvados. Jestas y Dimas, dos famosos ladrones, van á morir con él para dar al cruento sacrificio más grande sublimidad.

Los soldados reparten entre sí la vestidura del Salvador, y echan á la suerte la túnica sin costura y de un solo tegido. Así tienen cumplimiento las palabras de la Escritura:—Han sorteado mi vestidura y repartido mis vestidos.—(1)

El pueblo no se halla todavía satisfecho, y dirige nuevos insultos á Jesus.

—Él ha salvado á los otros, prorumpia con insensata burla; que se salve á sí mismo, si es Cristo elegido de Dios.

Y hasta uno de los ladrones, el criminal Jestas, enclavado en la cruz de la izquierda, se atreve tambien á lanzar, en su horrible desesperacion, impías blasfemias contra el Señor.

—Si tú eres Cristo, le dice, sálvate á tí mismo y á nosotros contigo.

Pero Dimas, que sufrió con resignacion y arrepentimiento el merecido castigo de sus crímenes, replicó severamente á su compañero:

—¿No temes á Dios? Nosotros hemos sido condenados con justicia; sufrimos la suerte debida á nuestros crímenes, pero este no ha hecho ningun mal.

Y dirigiéndose á Jesus, esclama con acento conmovido y suplicante:

—Señor, acuérdate de mí cuando llegue á tu reino.

Y Jesus, á quien no se le ocultaba el arrepentimiento sincero del malhechor, quiso dar en estos últimos instantes de su vida una leccion elocuente de su inagotable caridad, acogiendo con benignidad la tierna súplica de Dimas, y concediéndole aun más de lo que pedia.

—En verdad te digo, responde el Salvador con amoroso acento, que hoy estarás conmigo en el paraíso.

III.

«Mujer, hé ahí á tu hijo.»
(SAN JUAN, 19, 26.)

Jesus habia dicho en Gethsemaní:

—Padre mio, que este cáliz se aleje de mí, si es posible: no obstante, que se haga, no mi voluntad, sino la tuya.

Los inescrutables designios del Altísimo iban á cumplirse; el nuevo Isaac debia ser sacrificado. Pero era preciso que Jesus apurase, antes de morir, las últimas gotas del amargo cáliz.

Su misma Madre, anegada en llanto y oprimida por el dolor, se halla al pié de la cruz, acompañada de muchas santas mujeres, entre las que se encuentran María y Magdalena. No es posible describir el horrible martirio que sufre en aquellos instantes la tiernísima Madre del Salvador. Ella, que no le habia abandonado un solo momento, queria recoger el último suspiro de su existencia, como precioso legado de su augusto Testamento. María, la mujer fuerte del Evangelio, acompañada de Juan, el discípulo predilecto de Jesus, está abrazada al santo madero, resistiendo con admirable heroismo los rudos golpes que asestan á su corazon. El Señor la contempla con profunda amargura, y la dice:

—Mujer, hé ahí tu hijo.

Y dirigiéndose á Juan, su discípulo más querido, aquel que reclinó su frente sobre su corazon, esclama:

—Ahí está tu madre.

IV.

«Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?»
(SAN MÁRCOS, 15, 34.)

La noche tendia sus negras alas sobre el horizonte las tinieblas y las sombras, testigos mudos de la agonía del Salvador, cubrian con un velo inmenso la pedregosa cima del Gólgota. El hijo de María, enclavado de piés y manos, yerto y cadavérico, eclipsados sus ojos, sus lábios cárdenos, descoyuntado su cuerpo, apenas dejaba sentir señal alguna de su existencia. En este angustioso y tristísimo estado, Jesus acaso recordó todos sus sufrimientos, los golpes de sus verdugos, los insultos y desprecios de una turba loca y desenfrenada, y moviendo suavemente sus divinos lábios y entreabriendo sus ojos, dirigió al cielo una dulce y suplicante mirada, y pronunció aquellas primeras palabras del célebre salmo en que David habia predicho todos los tormentos del Mesías:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me has desamparado?

V.

«Sed tengo.»
(SAN JUAN, 19, 28.)

Pocos momentos restan ya de vida al Salvador del mundo. Hémosle visto, en el dolor de su agonía, pedir perdon para sus martirizadores; cubrir con su manto de misericordia á un criminal que le ruega se acuerde de él cuando llegue á su reino; hémosle visto tambien desprenderse de su propia madre para dársela á los hombres que, desnaturalizados é ingratos, procuran redoblar los agudos tormentos de su agonía; pero aun tiene que sufrir un nuevo y terrible dolor. Desea hablar y no puede; su lengua está seca y pegada al paladar; le falta ya la sangre, que ha derramado en abundancia, y necesita refrescar sus lábios. Al fin, haciendo un supremo esfuerzo, esclama en un profundo gemido:

—¡Tengo sed!

Entonces uno de los soldados tomó una esponja empapada en vinagre, y se la ofreció en la punta de una caña.

VI.

«Concluido está todo.»
(SAN JUAN, 19, 30.)

En el seno profundo de los mares y en las entrañas de la tierra se siente un rumor sordo, precursor de un terrible estremecimiento. Los restos mortales, frias cenizas de los muertos, se conmueven en el fondo de sus sepulcros: no parece sino que esperan el instante supremo de su resurreccion. La naturaleza entera está sobrecogida de terror por la muerte del Justo. La noche se ha velado con un inmenso crespon funeral: ni la luna despide sus tibios y macilentos rayos, ni envian las estrellas su fulgente luz. El silencio y la soledad, la tristeza y el dolor reinan por todas partes.

Jesus recorre en aquellos instantes, con sublime tranquilidad, la historia de cuarenta siglos, resumida por Él en una brillante página. Nada faltaba ya; todo se habia cumplido. Entonces el Señor, replegando sus fuerzas, esclama con voz que hiende los aires y estremece al universo:

(1) Salmo XXI, 19.



EL SANTO

La Santísima Virgen. María Magdalena. San Juan. José de Ari



ENTIERRO.

-matea. Jesus. Nicodemus.

—¡Concluido está todo! ¡Todo se ha consumado!...

VII.

«Padre, en tus manos encomiendo mi alma.» (SAN LÚCAS, 23, 46.)

Ved al Hombre-Dios en el último y supremo instante de su amarga agonía. El espectáculo que ofrece la inocente víctima es en estremo doloroso y desgarrador. Su cabeza inclinada sobre la diestra está ya desfigurada totalmente por el polvo, el sudor y la sangre, que de sus delicadas sienes ha vertido: turbios sus ojos, lívido el semblante, desordenado el cabello, acardenaladas sus estremidades, descoyuntado su cuerpo, yerto y pálido su divino rostro, la imágen del Salvador es el cuadro dolorosísimo que ofrece el espirante moribundo.

Jesucristo es ya cadáver, pues el escaso soplo de vida que le queda va á escaparse muy pronto de sus amoratados lábios al exhalar un profundo suspiro, un ¡ay! agudo y penetrante, con el que intenta recoger todas las fuerzas perdidas en su dolorosa Pasion. Y el Hijo de María, irguiendo repentinamente su cabeza, como si recobrara por un momento su celestial hermosura, fijó sus dulcísimos ojos en el cielo, y esclamó con voz fuerte, que se hizo sentir en todos los ámbitos del mundo:

—¡Padre! en tus manos encomiendo mi alma.

. . . .

Cumpliéronse, pues, los decretos del Eterno. Cielos y tierra lloraron la muerte de Jesus. La Justicia de Dios está satisfecha.

D. F. ARREA.

EL SALVADOR EN LA CRUZ.

Quien dió la vista al ciego,
Quien dió la voz al mundo,
Quien vida nueva pudo
A Lázaro infundir,
Hoy pende de un madero,
Y espira escarnecido
Del pueblo fementido
Que viene á redimir.
Quebrántase la roca;
Sin luz se queda el cielo;
retiembla, roto el velo,
El arca del Señor;
Y al ver los querubines
La Cruz que los aterra,
Dirigen á la tierra
Miradas de furor.
—«La sangre que han vertido
Los clavos y la lanza,
Pidiendo está venganza,
Dejádnosla tomar.
Descienda nuestro rayo,
Y que haga furibundo
Cenizas ese mundo
Rebelde sin cesar.»—
En tanto que al Eterno,
Inmóvil en su trono,
Acusa de abandono
La suerte de Miguel,
Bendicen el arcano
De amor ardiente lleno
Los justos en el seno
Del padre de Israel.
Que ya de su ventura
Llegó por fin el dia,
Y al hijo de María
Unidos volarán;
Dejando el Paraiso
La víctima inocente
Abierto al descendiente
Del ya feliz Adan.

—

Pero si hoy en patíbulo espira,
Juez vendrá severísimo luego,
Más terrible entre nubes de fuego
Que en su cima le vió Sinaí.
¡Ay entónces del que haya perdido
De la gracia el divino Tesoro!—
Yo, Señor, tus piedades imploro;
Yo pequé; ¡Desgraciado de mí!

J. E. HARTZENBUSCH.

LA TUMBA DEL SALVADOR.

Siendo un deber sagrado dedicar en esta semana todas las secciones de nuestro periódico á la conmemoracion de la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo he procurado, en la parte que á mí me corresponde, buscar entre las infinitas y horribles peripecias de este impío cuanto sangriento drama, la que mejor pudiera representar á mis lectores el acto supremo, doloroso y desgarrador de la Pasion.

Con este objeto he elegido la colocacion en la tumba del divino Redentor.

No sé si habré acertado.

Ticiano Vecelli, pintor veneciano del siglo XV, ha dejado á la posteridad un admirable cuadro, cuya reproduccion tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores en el grabado de grandes dimensiones que hoy aparece en las páginas 44 y 45 de nuestro Semanario.

Deseando que á él vaya unida una descripcion concienzuda de la fúnebre escena, utilizamos los datos que nos suministra un magnífico artículo de Henri de Montaut, y la erudita carta del sábio Abad Roussel, de la cual estractamos un párrafo, en que describe la situacion y los nombres de los personajes que en la lámina aparecen.

Dice así:

«Los seis personajes de tan magnífico grabado son:

1.° La Santa Vírgen.
2.° María Magdalena.
3.° San Juan, el discípulo querido.
4.° San José de Arimatea, que segun San Mateo era un hombre honrado, rico, y discípulo del Salvador, aunque se ocultaba por temor á los judios. Sin embargo, segun afirma San Marcos, cap. XV, v. 43, dice que este noble *decurion*, (se llamaban *decuriones* á los consejeros ó senadores de las ciudades) reparó su falta el dia mismo de la muerte de Jesus, dirigiéndose á Pilatos con estraordinario valor para exijir le fuera entregado el cuerpo de la preciosa víctima. «*Andacter introivit ad Pilatum et petit corpus Jesu.*»

El 5.° personaje no puede ser otro que Nicodemus, del cual habla San Juan en el cap. XIX, v. 39. *Venit autem et Nicodemus*, y la madre Catalina en la dolorosa Pasion, dice tambien que Nicodemus era un hombre justo y bueno, y que era viudo y con dos hijos.»

Nadie ignora que esa Santa Elena, emperatriz de Oriente, á la que se debe haber encontrado en el año 325 el sepulcro donde José depositó el cuerpo del Salvador, en cuyo sitio hizo construir una modesta basílica.

Creemos que será agradable á nuestros suscritores, que insertemos á continuacion el testo, apenas conocido, de un proceso verbal de restauracion del Santo Sepulcro, hallado hace muy poco tiempo en Jerusalen.

Dice así:

«El hermano Bonifacio, obispo de Stagno por »la misericordia de Dios y la gracia de la Santa »Sede, etc., etc.

»En el año de nuestra salud 1.555: como quie»ra que el modesto monumento que cubre el »Santo Sepulcro y que fué elevado por la pia»dosa Santa Elena, amenazaba ruina, y prévia »la órden de N. S. P. el papa Julio III; ardien»temente solicitada por Cárlos V, emperador de »los romanos; reconocida nuestra cualidad de »gobernador apostólico y guardian de los San»tos Lugares, hemos pedido á Soliman Otoman, »emperador de los turcos, la autorizacion para »proceder á las restauraciones necesarias.

»Concedida esta, hemos hecho demoler toda »la obra de albañilería que ocultaba el Santo »Sepulcro, el cual apareció entonces á nuestros »ojos tal como habia sido tallado en la roca. En »su centro se veian pintados dos ángeles, de los »cuales uno tenia en su mano derecha una especie »de cinta en la que se leia la inscripcion siguiente: «*Ha resucitado, ya no está aquí.*»—Y el otro, indi»cando con el dedo el Sepulcro, decia: «*Ese es el* »*sitio donde fué colocado.*»—Los dos cuadros en »que estaban representados estos dos ángeles, «se convirtieron en polvo tan luego como se ha»llaron en contacto con el aire. Habiéndonos »obligado la necesidad á levantar la magnífica »lápida de alabastro, que Santa Elena habia he»cho colocar sobre el Santo Sepulcro, tuvimos »la dicha de contemplar el sitio donde Nuestro »Señor reposó durante tres dias, y en el cual se »distinguia perfectamente con todos sus con»tornos la huella del cuerpo del Señor, marcada »por su sangre preciosa, mezclada con el un»güento de que se habian servido para embal»samarlo. En medio de este sitio, hallamos igual»mente un pedazo de madero cubierto con un »precioso paño, el cual, habiéndole cojido res»petuosamente se convirtió en polvo entre nues»tras manos, no quedando otra cosa de él sino »algunos hilos de oro que habian servido sin »duda para la trama del tegido. En cuanto al »pedazo de leña, se conocia que en otro tiempo »habian grabado en él algunas inscripciones, »pero no pudimos descifrar ninguna: sin embar»go, en un pergamino arrugado y carcomido por »el tiempo, que tambien encontramos, pudimos »leer: «*Helena magna;*» y presumimos que esta »preciosa reliquia seria un pedazo de la verda»dera Cruz, hallada en la cima del Calvario por »la piadosa Emperatriz, etc., etc.»

Hasta aquí la relacion del hermano Bonifacio, la cual completaremos nosotros con algunos apuntes y observaciones.

Todo el mundo sabe que despues de la muerte de Jesus, el Gólgota fué constantemente visitado por una multitud de peregrinos que acudian de todas partes, ansiosos de rendir el tributo de su consideracion y altísimo respeto á tan sagrado lugar, pero el emperador Adriano, queriendo evitar el proselitismo que inspiraban estas peregrinaciones hizo construir á sus espensas sobre la cima del Calvario un templo dedicado á Vénus. Esta circunstancia providencial guió á la emperatriz Elena para encontrar el sitio del Santo Sacrificio de Nuestro Señor.

Conducida en sus investigaciones por entre las ruinas del templo pagano, tal vez por inspiracion divina, llegó á encontrar, por fin, el Sepulcro y las tres cruces.

La Emperatriz consiguió distinguir entre ellas cuál era la verdadera; es decir, la que á Jesucristo habia pertenecido, colocándolas sucesivamente sobre el cuerpo de algunos enfermos que fueron curados al solo contacto de la de Nuestro Señor.

En cuanto al Sepulcro no cabia duda, y Santa Elena hizo elevar el templo sobre cuyas ruinas se edificó despues la iglesia actual.

Hoy el Santo Sepulcro se halla completamente rodeado de un precioso edificio de mármol. Sobre aquel se eleva una pequeña cúpula que forma una capilla aislada, y esta, á su vez, se encierra bajo la inmensa bóveda de un magnífico templo.

J. BELZA.

LA SOLEDAD.

Stabat Mater.

La religion cristiana, que es la religion del consuelo, porque es tambien la fuente eterna de la verdad, está fundada en un amor inmenso y en un sacrificio sin límites. Ningun sacrificio

más grande que el de Jesucristo; ningun amor tan inmenso como el de Dios, dignándose tomar la forma humana para redimir en el Calvario los séres á quienes habia creado para su gloria.

El cristiano que tiene fé en las consoladoras promesas de su Redentor, y sin embargo, se siente esclavo de las pasiones, y se juzga indigno de merecer lo que un alma pura debe esperar confiada, vuelve los ojos á la Vírgen María para que le sirva de manto con que cubrir sus culpas y de medianera con su Juez justo, bondadoso, pero inexorable.

Jesucristo nos llamó sus hermanos y todos vemos en María una madre amorosa. La juzgamos indulgente para nuestras debilidades, solícita para consolar nuestras aflicciones, incansable en fortalecernos en la desgracia. Cuando la madre natural abre nuestros lábios á la oracion, su nombre es el primero que pronunciamos, su amor el primero de que se nos habla; su tierna solicitud la primera que se nos asegura.

Los niños que deben á la fortuna una madre cariñosa, se acostumbran á amar tiernamente á María, y á considerarse huérfanos de una madre mucho más paciente, mucho más dulce, mucho más amorosa que la que vela su sueño y los despierta con sus besos apasionados.

La madre que nos da la naturaleza, abre nuestro corazon á todas las virtudes; la madre que nos ha dado Dios nos abre las puertas del cielo.

Por eso los hombres que para cada sentimiento, para cada afliccion, para cada angustia, han encontrado un consuelo en su amor á la Vírgen, los han simbolizado en otras tantas advocaciones, como queriendo identificar á María con todos los sentimientos de su corazon.

Pero ninguna espresa tanto, ninguna envuelve un dolor tan inmenso como *La Soledad*.

María, triste y llorosa estaba al pié de la Cruz; la noche empezaba á tender su manto de sombras; oíase á lo lejos el bullicioso rumor de la ciudad deicida; en la cima del Calvario se alzaba el Santo madero casi perdido entre las sombras, como si la oscuridad amorosa le quisiera proteger contra el ingrato abandono de los hombres.

María, sola, triste y desamparada, bañaba con su llanto la Cruz en que habia espirado su hijo. Todo se consumó: las lágrimas de la madre eran el Jordan en que se lavaban las culpas de los hombres.

De los hombres por quienes su Hijo se habia sacrificado, y que la abandonaban en aquellos instantes de dolor supremo.

De los hombres que habian esperado la venida del Mesias, y le desconocieron y le negaron.

Que le negaron predicar la virtud y le tuvieron por loco.

Que le llamaron rey de los judios y le dieron por escarnio un manto de púrpura y un cetro de caña.

Que recompensaron su amor y su mansedumbre con la traicion y el ultraje.

Que atormentaron su cuerpo y lastimaron su alma en recompensa de haber venido á curar todas las heridas, á consolar todos los dolores.

Que le dieron muerte en un afrentoso patíbulo, por haber predicado la paz, por habernos mostrado el camino que conduce á una vida eterna.

María lloraba en su soledad la muerte de su Hijo y la ingratitud de los hombres.

Pero la obra se habia consumado y el pensamiento de Dios es infalible.

María sobrevivió á su Hijo porque aun tenia otros hijos por quienes velar. Hijos que la desconocieron; que cuando estaba triste y sola, no volaron á consolarla con tierna solicitud, á enjugar sus lágrimas con mano amorosa; pero la ingratitud de los hijos lastima, mas no hace estéril para el amor el corazon de una madre, que siempre olvida y perdona.

María, al pié de la Cruz, teniendo sobre sus rodillas el sacrosanto cadáver de Jesucristo, envolviéndolo en el piadoso sudario, restañando sus heridas, estrechándolo contra su seno, besándole con ese frenesí del dolor que solo cabe en el corazon de una madre, no tuvo una palabra de maldicion para los verdugos de aquella víctima inocente; frases de paz y de consuelo, de perdon, ya que no de olvido, salian de sus lábios cuando el dolor interrumpia sus naturales esclamaciones.

Cuanto amor puede caber en nuestra alma no es bastante para recompensar el dolor de María al verse sola en el Calvario despues de consumada la redencion del hombre.

Muchos siglos han pasado desde que Jesucristo dió su sangre por nosotros, y hoy que la Iglesia conmemora este gran suceso, el cristianismo se viste de luto; llevémosle tambien en el corazon y acompañaremos en su amarga Soledad á la que tantas veces ha consolado la nuestra.

L. G. DE LUNA.

AL BORDE DE LA TUMBA.

Soneto.

(*Imitacion del portugués.*)

Pequé, Señor, más no porque he pecado
De vuestra alta clemencia me despido,
Que cuanto más hubiese delinquido
Os tengo á perdonar más empeñado.
Si verme pecador os ha indignado
Cedereis al mirarme arrepentido,
La misma culpa con que os he ofendido
Os tiene á la indulgencia preparado.
Cuando vuelve al redil de sus amores
Una oveja perdida y recobrada
En júbilo se inundan los pastores:
Yo soy, Señor, oveja descarriada,
Mirad, Pastor divino, mis dolores
Y recobradme al fin de la jornada.

M. DEL PALACIO.

CLAUDIA PRÓCULA.

NOVELA RELIGIOSA.

I.

¡Salud, auras embalsamadas de los crepúsculos primaverales; salud á vosotras, que no parece sino que bajais del cielo para adornar la tierra! ¡Cuántas veces al murmurio de vuestros benéficos hálitos, he creido ver los ángeles de la Providencia estendiendo alfombras de verdura sobre los callados sotos del Henares ó del Jarama; colocando el entreabierto boton en los árboles de sus bosques; llenando de florecillas el suelo, y de perfumes el espacio, y de no imitadas armonías la soledad de los valles y las cascadas del rio; abriendo las puertas del cielo para los dias de abril, que son los dias de las esperanzas inocentes, y preparando los caminos á las auroras de julio, que serán las auroras de bendicion y de riqueza! ¡Salud otra vez, vivificantes espíritus de la primavera! ¿Será verdad que, al paso que rejuveneceis los campos, venís tambien á engalanar las almas con nuevas flores de consuelo, de amor, y de purísimas alegrías? ¿Si no, por qué está unido á vuestro anual tránsito por el mundo, el recuerdo del gran misterio, el recuerdo de la redencion humana, primavera feliz sin la cual no podria llegarse á la recoleccion de bienaventuranzas eternas? Revolad, pues, sobre mi frente, vientecillos de las mañanas de marzo; revolad, auras melancólicas de sus tardes. Volved fecunda y viva una imaginacion perezosa y acaso moribunda. Con inocentes y no vedadas ficciones, intento pintar escenas que se enlacen con la escena inefable, digna de ser repetida solamente por el labio de los sacerdotes del Altísimo, que son los depositarios de la pluma que dió vuelo al águila de Patmos; mas si esa pluma no cabe entre profanos dedos, cabrá entre los mios la inofensiva y humilde lira que debí al cielo para cantar á veces la grandeza de sus misericordias. ¡Dios mio, que mientras yo pueda agitar sus cuerdas no produzca reprobadas modulaciones! ¡Inspiradme, Dios mio!

II.

¿Quién es esa mujer muellemente recostada sobre ostentoso lecho de púrpura? Duerme su cuerpo, pero está en vela su espíritu. Hermosa como la luna, no cual se muestra á nuestros ojos plateando las colinas, sino cual apareció en el firmamento al recibir su existencia en el *dia cuarto*, esa dormida matrona pareceria la imágen de la felicidad sobre la tierra, si algun convulsivo é involuntario movimiento no revelara que la dicha perfecta no es de este mundo. Su cabello, rubio como un campo de sazonadas espigas, rueda en ungidos bucles sobre los perfumados almohadones, y una cinta de múrice, cual un rastro de amapolas, circuye su frente. Caidos sus párpados sobre la rosa y alabastro de sus megillas, entreabiertos sus labios cuyo color pudieran envidiar las flores del granado, solamente la mano y el antebrazo derecho, que semejaban robados de los talleres de Fidias, habian podido escapar á los pomposos repliegues de su túnica, verde como los mirtos de Pafos, ceñida al talle con cinturon de oro y recamada en su fimbria con dibujos de perlas orientales. Blanca sandalia servíale de calzado. Diríase que habian pasado sobre su frente unos seis lustros desde que su labio dejó de encontrar alimento en el pecho de su madre.

Si tan brillante atavío no revelara la calidad de esa hermosura y la época en que nuestra imaginacion debe contemplar su existencia, pudiera confirmarlas el aspecto del aposento en que yace. Adornan sus paredes láminas de bronce bruñido, que reflejan á maravilla la imágen que se les presenta. Liso varal de plata, retenido en el centro del cubículo por una tallada trípode, sostiene en su parte superior, y como á tres ó cuatro codos del marmóreo pavimento, una lámpara que convierte en resplandores tranquilos el suave licor de la espaciosa oliva de los campos, semejante á líquidos topacios. Cuatro pequeñas estátuas de oro, representando semblanzas como de personas venerables, ocupan los ángulos de la estancia; y sobre tabla de mármol pario, la clepsidra (1) de la linfa trasparente, iba marcando el curso de las perezosas horas de la noche. Es, pues, sin duda alguna, una matrona romana del tiempo de los primeros Césares la que intranquilamente dormia. Pero no está sola. ¿Habian de faltar, en los diferentes destinos de la esclavitud, ungüantarias ó cubicularias que le guardasen el sueño, siendo tan principal señora?

Por eso, á un lado de la estancia, vestida con túnica de lana cenicienta, entrelazadas sus negras trenzas con las vendas de una toca al modo de las que usaron las hijas de Betulia en el dia de su afliccion, otra mujer, que frisaria apenas con los veinte años, ha desdeñado la piel de pintado tigre destinada para su regalo, y está sentada sobre la dura losa. Rueda por su mejilla, y va á caer en su seno, alguna lágrima solitaria: así durante la primavera resbala una gota de rocío desde los pétalos del lirio de los valles, hasta el amoroso nido de los ruiseñores: y no de otro modo se hubiera dibujado la estátua del arrepentimiento y de la penitencia, si en el pueblo judío, al que por su trage parecia corresponder la desolada vigilante, hubiera sido lícito representar figuras ó imágenes humanas. Pero ambas personas y el aposento descrito, se encontraban en el palacio de un presidente de Judea, mandado á Jerusalen por Roma la dominadora.

De improviso, incorporándose en el lecho la que en el lecho yacia, despidió uno de esos gritos inarticulados con que se anuncia un susto.

—¡Protina! añadió.

—¡Prócula! contestó la otra volando en su auxilio. Y por algunos instantes volvió á quedar en silencio la suntuosa estancia.

—¡Hija de las montañas de Samaria! No tornes á repetirme que tu ley te prohibe interpretar mis ensueños. Yo aqui no tengo arúspices ni augures etruscos que me indiquen la voluntad de los dioses. Mira sus estátuas, guardadoras de mi aposento: están mudas. Toca mi frente: arde. Repara en mis insomnios: son penosos. Pon la mano sobre mi corazon: palpita como si tuviera miedo.

—¡Miedo la esposa de Poncio! ¡Miedo tú. Claudia Prócula!

—Sí: he visto á un hombre semejante á un Dios: héle visto que venia sentado sobre las nubes del cielo. El mundo entero, los que son y los que serán, esperaban su juicio. Una eternidad de premio para los buenos, mas no en los Campos Elíseos de que me hablaban en mis jardines del Tiber. Una eternidad de castigo para los malos; pero no en el Tártaro del Aqueronte, no con el tormento corporal de Sísifo, sino con un tormento de espíritu, cuy idea aun tiene erizados mis cabelllos. ¡Ay Protina! Yo no sé esplicarte lo que he visto y lo que he sentido. ¡Ay de los de empernido corazon! ¡Ay de los soberbios! ¡Ay de los opulentos injustos! ¡Ay de los que rien sin tregua! ¡Ay de los que vieron al hambriento y no le alargaron del pan que les sobraba!

—Sí, si, (interrumpió Protina en el momento sin poderse contener). ¡Bien aventurados los de limpio corazon! ¡Bien aventurados los pacíficos! ¡Bien aventurados los que lloran y los que padecen persecucion por la justicia! Suyo es el reino de los cielos.

—¡Protina, Protina! ¡Tú has tenido el mismo ensueño! ¡Interpreta, esplícalo!.... ¡Qué maravilla!

—Nada he soñado; y aunque así no fuera, solo podria acudir al sumo sacerdote Caifás, para que, revestido con el *efod* sagrado, esplicara mis nocturnales visiones: moriria de muerte si otra cosa hiciera: Pero serénate, Claudia Prócula: ni esa clepsidra, indicadora de tu opulencia, ni el canto matinal de los gallos, que es el horario de los pobres, anuncian todavía los momentos de la tercera vigilia. Recuéstate y duerme.

(Se concluirá en el número próximo).

(1) *Clepsidra* llamaron los romanos á sus relojes de agua.



LA VIRGEN DEL NIÑO.

Desgraciadamente y no habiendo podido concluir su trabajo el artista que se hallaba encargado de una gran lámina, representando uno de los actos más sublimes de la Pasion, cuyo grabado debia ocupar esta página, y habiéndonos propuesto que nuestro Semanario aparezca hoy consagrado enteramente á recordar el sublime sacrificio que el mundo cristiano admira, lo mismo en su parte ilustrada que en su parte escrita, nos vemos obligados á llenar el vacío que aquella falta nos deja, con una preciosa copia de un retrato de la Santísima Vírgen llevando en sus brazos al divino Jesus.

El original de esta copia es obra del famoso pintor italiano Rafael de Urbino, y el grabado del reputado artista Dumont.

Abrigamos la esperanza de que nuestros lectores admitirán con benignidad nuestra legítima escusa, con tanto más motivo, cuanto que creemos muy digna de atencion la obra que en cambio de la de actualidad les ofrecemos.

Barcelona. Dedicado completamente el número de hoy á los asuntos religiosos que en esta semana conmemora la Iglesia, no nos ha sido posible dar cabida á una descripcion detallada y minuciosa de la lámina conque encabezamos este, la cual, como nuestros lectores verán, es el puerto de Barcelona. La capital del Principado es tal vez la primera de las ciudades de España, tanto por su numeroso vecindario, como por su riqueza, su importancia fabril y su magnífico puerto, así que, merece un estenso artículo, que ofrecemos dedicarle en uno de nuestros próximos números, ya que hoy nos lo impiden las circunstancias que anteriormente hemos indicado. Por hoy nos limitaremos á decir que el peñon que aparece en el fondo del grabado es la famosa montaña de Monjuí, célebre por el inespugnable castillo de aquel mismo nombre que en su cima se eleva, y que el edificio que se destaca en el primer término de la derecha es la Aduana, la cual es obra tambien de gran mérito.

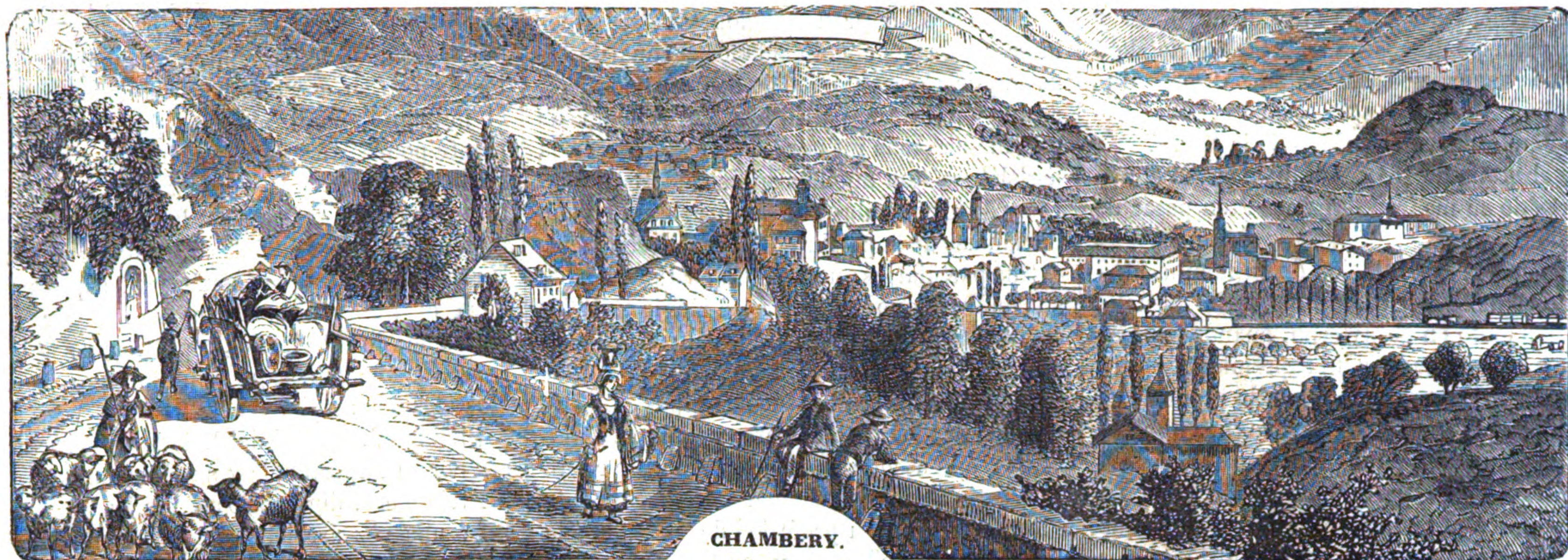
Solucion del geroglífico del número anterior.

Dios premia al bueno; pero viene el malo,
Le quita el premio, y le administra un palo.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

El Periódico ilustrado.



Número 7.°
DEL 20 AL 27 DE ABRIL DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



SUMARIO.—TESTO: *Abraham Lincoln*, por M. Hiraldez.—*Revista de la semana*, por M. del Palacio.—*Mujeres*, por N. S. Serra.—*Crónica judicial*, por I. Virto.—*Teatros*, por E. de Inza.—*Meditaciones claras*, por un autor oscuro.—*Chambery*, *Los Tsiganes* y *Ginetes árabes*, por Belza.
LÁMINAS: Chambery.—Abraham Lincoln.—Los Tsiganes.—Ginetes árabes.—Geroglífico.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.	— Seis meses 12 rs.	4 cuartos el número.
Provincias.	Un año 28 »	— Seis meses 14 »	
Ultramar. .	Un año 80 »	— Seis meses 40 »	

ABRAHAM LINCOLN

presidente de los Estados-Unidos del Norte de América.

Nuestros lectores saben muy bien que nosotros somos estraños á todas las cuestiones políticas, pero hay hechos que convierten dichas cuestiones en cuestiones sociales, y entonces se colocan á nuestro alcance. La toma de Richmond y la derrota del general confederado Lee, son hechos de tanta importancia que han conmovido á la sociedad política hasta el punto de hacer fijar la atencion general sobre los hombres que dirigen los destinos de esa gran parte del mundo.

Por esta razon, repetimos, que esta cuestion política se ha convertido en cuestion social, y nosotros, sin entrar en los detalles que entraña, la traemos al terreno de nuestra publicacion de un modo indirecto, dando á nuestros lectores el retrato y la biografía de Abraham Lincoln, del alma de esos acontecimientos trascendentales, de la representacion viva de esa idea en cuya defensa se está derramando tanta sangre en el Continente americano.

Abraham Lincoln nació en Harden County, Kentucky, el 12 de febrero de 1808, de padres pobres, y de clase ménos que mediana. A los siete



ABRAHAM LINCOLN.

años lo enviaron á una escuela de aquellas cercanías, que como todas las de los Estados del Oeste, en la época de hace cincuenta ó sesenta años eran las destinadas á las clases pobres, y estaba desempeñada por profesores ignorantes, sin principios, de rústicos modales, y apenas capaces de enseñar los rudimentos de leer, escribir, y algunas veces un poco de aritmética. Durante los cortos intérvalos que Lincoln asistió á esta escuela, pudo aprender á escribir, para lo cual manifestó desde luego una aficion decidida. Era su costumbre escribir palabras y sentencias donde quiera que hallaba medio de hacerlo: trazaba letras con carbon, en el polvo, en la arena, en la nieve y en todas partes donde era posible trazarse una línea. Entre tanto, la posicion social de su padre no mejoraba en nada, y como quiera que su esperiencia diaria y la observacion le hiciese ver lo que la esclavitud significaba, resolvió abandonar su residencia, y en el otoño de 1816 emigró á Spencer Counti, Indiana, llevándose á su hijo que contaba entonces ocho años de edad. Allí se estableció con su familia en un campo despoblado, y el primer trabajo que tuvieron que hacer fué la construccion

de una casa y el corte de los bosques que habian de cultivar.

Abraham era muy jóven para emplearse en tales faenas, pero estaba muy desarrollado y tenia grandes deseos de trabajar. Se apoderó de una hacha, y desde entonces hasta que cumplió los veintitres años, casi siempre estuvo empleado en el cultivo de la tierra.

En el otoño de 1818, Abraham sufrió con la muerte de su madre, el primer gran pesar de su vida.

Despues de la traslacion de su familia á Indiana, asistió por corto tiempo á la escuela, especialmente en el invierno, cuando los trabajos del campo no eran tan apremiantes; pero el total del tiempo que pasó en la escuela, en Kentuky y en Indiana es bien seguro que no escedió de un año: de manera que solo debe á los colegios una parte bien pequeña de su educacion, y en cuanto á las cualidades que le caracterizan, tampoco las adquirió en los establecimientos de enseñanza, puesto que nunca estuvo en colegio ni academia alguna como estudiante hasta mucho despues que comenzó la práctica del derecho. Despues de cumplidos los veintitres años estudió gramática inglesa, y á los veinticinco sabia bastante de geometria, trigonometria y medicion para aspirar á la plaza de agrimensor.

Se asoció algun tiempo despues con Johnson y Hank, y reuniéndose en seguida á Mr. Offut, en Springfield, Illinois, fueron á Beardstown, puerto de partida para Nueva-Orleans. Esto era á principios de marzo, en cuya época estaban intransitables los caminos por principiar á derretirse la nieve; y por esta razon acordaron comprar una canoa con la que descendieron por el rio Sangamon hasta un punto pocas millas distante de Springfield. En este tiempo y de este modo hizo Lincoln su primera entrada en Sangamon, departamento en que habia de recoger sus futuros triunfos, y que habia de llegar á enorgullecerse con él, como el más distinguido de sus ciudadanos.

Al llegar á Springfield supieron por Offut que no habiéndole sido posible comprar la embarcacion en Beardstown, era preciso construir una en el rio Sangamon. Lincoln, Hanks y Johnson fueron contratados con tal objeto por doce pesos mensuales, é internándose en los bosques consiguieron la madera necesaria y construyeron un bote en la ciudad de Sangamon, en el que fueron á Nueva-Orleans, segun habian estipulado. Durante este viaje, Lincoln supo conducirse tan bien, fué tan fiel en todos los cargos que le confió su principal, tan activo, pronto y eficaz en todo trabajo necesario, tan sereno, determinado y valiente en presencia del peligro, que antes de llegar á Nueva-Orleans, Offut le tomó mucho cariño, y á la vuelta le puso al frente de un almacen y de un molino en la aldea de New-Salem, sita entonces en Sagamon, ahora en el departamento de Memard.

En julio de 1831 Lincoln fué instalado en su nueva posicion. En aquellos tiempos el comerciante del campo era considerado como personaje de importancia.

En el verano de 1834, Mr. Lincoln fué propuesto candidato para la legislatura. Ya entonces era conocido en todo el departamento, y fué elegido por una gran mayoria. Hasta aquel momento, y aun dos años despues, Mr. Lincoln no creyó nunca poseer dotes oratorias, por lo que en la sesion de 1834 á 1835 no intentó nunca pronunciar un discurso, contentándose solo con prestar gran atencion, y velar por los intereses de sus conciudadanos, lo cual le hizo adquirir la reputacion de hombre de juicio, recto, y de ideas patrióticas, ejerciendo de esta manera más influencia en los actos de la legislatura que muchos de los ruidosos oradores y de los miembros de la corporacion que hacian uso de la palabra con más frecuencia.

Sus partidarios quedaron tan satisfechos de su conducta que le volvieron á elegir en 1836, en 1838, en 1840, y lo hubieran continuado eligiendo si él lo hubiera deseado: pero por este tiempo sus circunstancias y posicion habian cambiado notablemente, y tenia otros deberes á que atender; por cuya razon se retiró de la legislatura para dedicarse esclusivamente á los trabajos de su profesion de abogado, á la que se habia dedicado, y en la que gozaba una merecida reputacion.

En noviembre de 1842 contrajo matrimonio con Miss Mary Todd, hija del honorable Sir Roberto Todd de Lexington, y tuvo cuatro hijos, de los cuales viven tres. En 1843 fué nombrado por unanimidad para el Congreso, por la Convencion republicana del distrito de Springfield, y el 7 de diciembre de 1847 tomó asiento en la Asamblea representativa.

Despues de la eleccion de presidente en 1849, Lincoln se retiró de la politica, dedicándose solo á su profesion hasta 1856 en que en Filadelfia tomó parte en la Convencion reunida, para ver de conciliar los partidos contrarios del Ilinois, y consiguió su objeto. En esta reunion pronunció un discurso que le dió fama de orador.

En la Convencion nacional republicana del mismo año fué presentado por los delegados del Oeste para la vicepresidencia, dándole con esto un testimonio de la reputacion que ya habia sabido adquirirse.

En 1861 fué el candidato que presentaron los partidarios de la abolicion de la esclavitud, y desde entonces se halla al frente de los destinos de un gran Estado, merced á su última reeleccion, y ha adquirido una fama de teson y de valor cívico, como quizás no la haya tenido jamás ninguno de los hombres públicos conocidos hasta el dia.

Tiene tal entusiasmo por las ideas politicas que representa, que ya casi raya en fanatismo, y los partidarios de esa idea han llegado á depositar en él toda su fé y todas sus esperanzas. Se le conoce vulgarmente con el nombre de *Papa Abraham.*

M. HIRALDEZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

Dos gravísimos acontecimientos, interior el uno y el otro esterior, se dividen el imperio de esta última semana, consagrada á la meditacion y á la tristeza que inspira el recuerdo del gran drama del Cristianismo, desenlazado en la cumbre del Gólgotha con la muerte del Hombre Dios.

Las condiciones especiales de este periódico no nos permiten ocuparnos con detencion del primero, que trivial en su origen, ha concluido dejando detrás de sí un largo reguero de sangre y de lágrimas; nuestros lectores conocen, de seguro, por los diarios políticos y las conversaciones particulares, todos sus dolorosos detalles, y de seguro los lamentan como nosotros los lamentamos aquí, sin perjuicio de juzgarlos en otra parte.

El segundo acontecimiento, aunque triste tambien en su esencia, ha producido en todo el mundo general alegría, pues probablemente pondrá término á una lucha que afligia á muchos corazones y afectaba á no pocos intereses. Nos referimos á la toma de Richmond por el ejército federal, despues de haber derrotado al de los confederados que mandaba el general Lee. En otro lugar nos ocupamos de este hecho, y publicamos la biografía de Lincoln. Aquí, sin embargo, haremos algunas ampliaciones:

Richmond, capital del Estado de Virginia, era por su importancia y su situacion la última trinchera, digámoslo así, de las tropas del Sur; una vez arrojadas de ella, necesitarán mucho tiempo para reponerse, dado caso que se decidan á seguir peleando.

Nosotros nos felicitamos altamente por esta victoria. Partidarios ardientes de la causa del Norte, que es en definitiva la causa de la humanidad, queremos que en adelante sea una misma la aspiracion de esas dos razas, tan opuestas hasta hoy, segun la elocuente opinion de un distinguido escritor amigo nuestro, que decia al final de un interesante libro sobre los Estados-Unidos:

«La libertad americana está como dividida por un abismo en el istmo de Panamá. La del Sur es una lucha incesante entre la civilizacion y la barbarie, la independencia y el despotismo. La del Norte es la sucesiva conquista del saber sin oposicion y el libre ejercicio de la inteligencia en los límites trazados por la misma libertad.»

El dia que estas dos tendencias se aunen; el dia que tan inmensas fuerzas materiales no constituyan más que una gran palanca de progreso y de perfeccion, será seguramente el más hermoso dia de la edad moderna, y las cenizas de Washington se estremecerán de alegría dentro de su sepulcro.

Despues de acontecimientos tan ruidosos, uno solo recordamos que pueda alcanzar como ellos los honores de la atencion pública. Nos referimos á la muerte del Sr. Alcalá Galiano, acaecida el 11 del actual, y á su entierro, verificado el 15 con toda la pompa oficial que se acostumbra en tales casos.

El Sr. Alcalá Galiano habia nacido en Cádiz en 1789, y si su padre no hubiera conquistado la inmortalidad para su apellido, al morir en el funesto combate de Trafalgar, hubiérala conquistado él por sus eminentes dotes de orador y poeta, y por la parte que tomó en favor de nuestra restauracion política del año 12, y en contra de los principios simbolizados entonces por el monarca.

Escritor elegante y castizo; de palabra siempre tersa y pronta á recorrer todos los tonos, desde la pasion más violenta al epígrama más intencionado; historiador y libelista á la vez, el Sr. Galiano hubiera alcanzado la admiracion y el aplauso universal, si el viento vario de la política, al quemar sus alas de poeta, no hubiese dividido su existencia en dos periodos, resultando de esta division lo que resulta al partirse la ola: el agua que pesa, y la espuma que se desvanece.

Deseariamos, sin embargo, que las obras del Sr. Galiano se publicasen en coleccion, y

que en ella se incluyeran sus versos políticos, que hace pocos meses nos hizo oir en una reunion privada, y que pintan con vivos colores la época de su juventud y la corrupcion cortesana de aquel tiempo.

Los sucesos de que Madrid ha sido teatro últimamente, y la lluvia que apenas ha dejado de obsequiarnos un solo dia, han hecho que la Semana Santa no se haya celebrado este año con la pompa y solemnidad que otros anteriores. Los monumentos han estado poco concurridos, las limosnas han sido por tanto escasas, no ha salido la procesion del Viernes Santo, y hasta en Palacio ha dejado de verificarse el acostumbrado lavatorio de los piés á los pobres.

No lo han pasado mucho mejor los que han querido disfrutar estas emociones fuera de Madrid. Toledo ha presentado el aspecto más triste con sus calles cubiertas de lodo, su escasez de habitaciones, y su famosa cuesta del Miradero, que más de cuatro han tenido que subir á pié desde la estacion; y en cuanto al Escorial, ni se ha puesto el monumento, ni los jardines ni el camino están muy apetecibles que digamos.

Antes de concluir, me creo en el deber, de conciencia como revistero, y de conveniencia como autor, de recomendar á ustedes un libro que habrán visto anunciado por esas calles en un cartel, donde en letras como estacas se lee:

DE TETUAN A VALENCIA,

HACIENDO NOCHE EN MIRAFLORES.

Este libro, que viene á ser la historia cómica de cuantos hombres y sucesos políticos habeis visto pasar en España de ocho ó diez años á esta parte, está muy bien impreso, y creo por lo mismo que ha de haceros buena impresion, casi tan buena como le haria al editor el que se vendieran todos los ejemplares.

Sobre todo, el libro, tal cual es, lleva una ventaja á la *Vida de Julio César*, á las novelas de Dumas, y á algunos bandos de buen gobierno: todo en él, desde la primera línea hasta la última, está escrito por la misma mano; de todo lo que allí se dice responde á los contemporáneos, y siente no responder á la posteridad,

M. DEL PALACIO.

MUJERES.

El nombre no recuerdo á punto fijo
De un apóstol que dijo:
—De Dios el hombre es gloria.—
—Del hombre la mujer es otro tanto.—
Yo repasando mi amorosa historia
No puedo estar conforme con el Santo,
Porque me acuerdo con pesar eterno
De mujeres, ya dulces ó ya esquivas,
Que en vez de ser mi gloria ¡voto á Crivas!
Solo han sido mi infierno.
Una con calculado desden frio
Dejó en mi corazon yerto un vacío;
Otra, ceder fingiendo á mi deseo,
Me enseñó del amor el lado feo;
Otra en el alma mia
Haciendo presa, en su impudencia loca
Envenenó el aliento de su boca
Las ilusiones ¡ay! que yo tenia;
Y otra... y otras despues á cual más bellas
fueron á cual peores todas ellas;
Y con tantos vaivenes
Hermosos males y mezquinos bienes,
Celos, incertidumbres,
Y mudanza continua de costumbres
Saqué solo en la liza
El triste corazon hecho ceniza,
Desencantado y pobre el pensamiento,
Y lo que yo más siento,
Mi juventud de puro mal parada
Parece una vejez bien conservada.
¡Ay! ¿para qué me sirve la existencia
Muerta la luz de mi esperanza hermosa?
¡Nada tengo! Sí tengo, la esperiencia
Que segun dicen es una gran cosa.
Por ella vemos que el amor nos daña,
Que el que se dice amigo nos engaña,
Y que cuanto en la tierra se sustenta
Es por operacion de compra y venta,
Y acabamos un dia
Cargados de esperiencia
Por bendecir la dulce pulmonía
Que nos lleva de Dios á la presencia.
Todos estos placeres
A vosotras debemos ¡oh, mujeres!
Yo por más que os esté reconocido
A la esperiencia que me habeis legado,
Lloro por el perdido
Hermoso tiempo que viví engañado,
Que es el único tiempo que he vivido.
Estas razones tengo
Para amaros, por eso no convengo
Con... no recuerdo el nombre á punto fijo
Del apóstol que dijo:
—De Dios el hombre es gloria.—
—Del hombre la mujer es otro tanto.—
Yo, repasando mi amorosa historia,
No puedo estar conforme con el Santo.

N. S. SERRA.

CRONICA JUDICIAL.

Como los tribunales han permanecido cerrados, segun costumbre, durante la anterior quincena, consagrada por toda la cristiandad á venerar los sacrosantos misterios de nuestra divina religion, muy poco ó nada nuevo podemos comunicar á los lectores del Periódico Ilustrado acerca de la marcha de los procesos que más han despertado el interes del vecindario de Madrid y del público en general. El dia 6 del corriente fué el designado en un principio para la vista de la causa seguida contra Vicenta Sobrino, pero despues se aplazó para el 19, y en este dia ya se encuentra impreso, ó poco ménos, nuestro periódico; de modo que tenemos que esperar al número inmediato para participar á nuestros lectores el resultado de dicha vista.

Segun anunciamos oportunamente, Andrea Maroto, complicada en el homicidio perpetrado el 1.° de febrero en la calle de la Puebla, no quiso nombrar defensor: la eleccion, pues, se hizo de oficio, recayendo en el Sr. D. Joaquin García Olózaga.

S. M., ejerciendo la más preciosa de las régias prerogativas, indultó el Viernes Santo, al tiempo de adorar la Santa Cruz, á cuatro reos condenados á muerte: estos son, Juan Cano Navarro, procedente de la audiencia de Albacete; Santiago Robledo Perea, de la de Madrid; Santiago Echeparre, de la de Pamplona, y Francisco Aranda, de la de Valencia. Los cuatro habian sido condenados por homicidio, y alguno de ellos tenia á su favor circunstancias atenuantes. La clemencia es la joya más rica de la corona, y las familias de los reos bendecirán, con lágrimas de agradecimiento, á la bondadosa soberana que ha conservado la vida á esos desgraciados que quizás delinquieron en un momento de estravio.

Si ha permanecido cerrado el templo de la justicia durante la anterior semana, no lo ha estado al crímen el corazon de los hombres: varios son los delitos que en dicho período se han cometido dentro y fuera de la córte, la mayor parte de ellos en circunstancias vulgares, y que no merecen llamar la atencion. Respecto á crímenes políticos, nada podemos decir por ser ajenos á la índole de esta publicacion: aun siéndome permitido hablar de ellos, tampoco lo haria, por el temor de dejarme arrastrar por el huracan de encontradas pasiones, que amenaza secar toda fuente de prosperidad en este desventurado país. Séame lícito decir, sin embargo, que al ver un dia y otro sentado y admitido por muchos lo que en mi pobre juicio no es más que la perversion más completa del sentido moral, me siento tentado á creer que la civilizacion moderna, que tanto alabamos todos, los adelantos de las ciencias y las conquistas de la filosofía, no son más que desvaríos de nuestros cerebros enfermos.

Dejemos esto como cosa muerta, y vamos á referir dos sucesos, que merecen llamar la atencion por sus especiales circunstancias.

El primero ha tenido efecto en Barcelona, y el héroe ha sido un niño que solo cuenta siete años de edad. Este angelito, que por lo visto debe gastar un genio de dos mil diablos, tuvo un altercado con otro personaje de su calibre, número más ó ménos, y sin andarse con paños calientes ni contemplaciones, sacó su cuchillo (¿que les parece á Vds.?) y dirigió tan soberbio tajo á su adversario, que le cortó la nariz, segun afirman los periódicos de la capital del Principado. Es de suponer que la víctima no vuelva á estornudar delante de este fóragido en miniatura, que se manifestará muy poco dispuesto á consentir que le tosa ningun chato. ¿Qué tal educacion habrá recibido este niño? Ya pueden Vds. hacerse cargo. Su padre está estinguiendo una condena en el presidio de aquella plaza, y como dicen nuestros vecinos, *Noblesse oblige*.

El segundo acontecimiento tiene algo de providencial, y ha ocurrido en los alrededores de un pueblecillo de Navarra. Un malhechor sale á robar á un camino: nada le arredra y se halla dispuesto hasta para el asesinato. A lo lejos ve venir á un pobre arriero: el camino está desierto, la ocasion no puede ser más propicia. El infeliz arriero es cosido á puñaladas y despojado del dinero que llevaba en el cinto. El asesino tiende una mirada alrededor, se asegura de que no hay nadie que pueda delatarle, y huye persuadido de la impunidad. ¿Qué habia sucedido? Detrás del arriero venia un jóven, mudo de nacimiento, que al observar la detencion del arriero, se escondió entre unas peñas, y desde allí presenció el horrendo crímen que hemos descrito. El asesino pasó en su huida junto al escondite del mudo, el cual, en cuanto estuvo seguro de que aquel habia desaparecido, corrió al vecino pueblo, y declaró por señas ante el alcalde todo lo que habia ocurrido. El criminal fué conducido á la cárcel, y reconocido por





GUSTAVE JANET. VERDEIL_SC.

LOS TSIGANES.

el mudo en rueda de presos. La causa se prosigue con la mayor actividad.

Pasemos al extranjero. En la última crónica dimos cuenta á nuestros lectores del proceso seguido en Francia contra un hijo que habia asesinado á sus padres: hoy nos toca referir la causa terminada en el tribunal de Pas-de-Calais contra un padre que ha asesinado á sus hijos.

Este mónstruo de la naturaleza se llama Leduc. Al comparecer ante sus jueces tiene cuarenta y cuatro años: su estatura es corta, sus facciones vulgares. A la edad de veintidos años se casó con una criada que servia en la misma casa que el procesado, y que contaba algunos años más que él. Pasado algun tiempo se disgustó de su mujer, á quien llamaba *la abuela*, y se dirigió á Inglaterra, en donde contrajo matrimonio ante un sacerdote puseista (la secta que más se aproxima á la iglesia romana) con Ana Campbell, de la cual tuvo dos niños. Al principio vivió tranquilo; pero poco á poco, á causa de apuros pecuniarios, fué haciéndose misántropo é irritable, hasta el estremo de que varias veces habló de suicidarse.

En Folkestone tuvo una tienda de ultramarinos, pero se presentó en quiebra, y de sus resultas quedó tan pobre, que escribió á su familia rogándole que se encargase de la manutencion de sus hijos. La familia, que conocia el doble matrimonio del procesado, y que ya habia sido engañada por él diferentes veces, se negó á recibir los niños: entonces Leduc concibió el más horrendo de los crímenes, una maldad que no tiene nombre, y que hiela el alma de espanto; matar á sus hijos. Dijo á su mujer que su familia consentia en hacerse cargo de los niños, y que en su consecuencia iba á llevarlos á Francia; la madre lo creyó, y arregló un baul con la ropita de aquellos desventurados, el mayor de seis años y el segundo de cuatro. El 7 de noviembre último llegó Leduc á Boulogne-sur-Mer con las dos criaturitas: envió el equipaje al pueblo donde vivia su primitiva esposa, distante pocas millas, y esperó en las oficinas de la aduana á que fuera de noche: llegada esta, cogió á los dos niños y se dirigió al campo: á cosa de media milla corria hácia el mar el rio Liane: el infame cogió á aquellos dos ángeles, se entró en el rio hasta llegarle el agua á la cintura, y los tuvo sumergidos hasta que perdieron completamente la vida. Despues dejó que se los llevara la corriente, en la creencia de que serian arrastrados al mar y su crímen quedaria impune. La Providencia no lo permitió así; al otro dia fué arrestado, y el miserable solo pensaba en suplicar á los gendarmes que lo defendiesen del pueblo, que queria destrozarle. Leduc hizo una confesion completa, y fué sentenciado á muerte. Ha apelado, pero el tribunal superior ha confirmado la sentencia, que debe tener lugar dentro de breves dias en la plaza pública de Boulogne-sur-Mer, teatro de su horrible crímen.

I. VIRTO.

TEATROS.

Aun á riesgo de que se me tache por invertir el órden para tales casos establecido, quiero comenzar este mi artículo con una despedida.

El eminente artista, el primer actor español, Julian Romea, rico de gloria tanto como de achaques y reveses de fortuna, ha abandonado la córte el miércoles de la semana última, dirigiéndose á Pamplona, en cuyo teatro se propone presentar en escena alguna de las producciones de su inagotable y esclusivo repertorio. Desde dicha ciudad pasará con igual fin á Vitoria y á Bilbao, entreteniendo con esta triple escursion el plazo que ha de trascurrir hasta que de nuevo y para ocupar puesto más digno vuelva á Madrid. ¡Quiera la suerte otorgarle en esta peregrinacion artística los favores que se merece!

Esperemos, pues, hasta que esta termine, y demos principio á trabajo más del momento, como lo es sin duda el que nos ha de proporcionar el exámen de las obras cuyo estreno se ha verificado en la pasada Pascua.

Terminada la Semana Santa, en cuyos tristes y solemnes dias, sin olvidar por un solo instante los de la Divinidad, hemos llorado tambien no escasos duelos terrenos, han vuelto á abrir al público sus puertas los teatros, ofreciéndonos el de la Zarzuela una en tres actos de carácter melodramático y cuyo título es *Los Filibusteros*.

Esta produccion debida á la pluma del Sr. Moreno Gil, es el primer ensayo que en el género lírico-dramático ha hecho su autor, conocido ya, sin embargo, por obras teatrales de otra índole. En fuerza de esta consideracion, que es para nosotros muy atendible, pues la especialidad de esta clase de trabajos ofrece sérias dificultades aun para escritores reputadísimos, no juzgaremos la zarzuela mencionada sino desde el punto de vista de relacion que dejamos indicado, como el más conveniente para el caso.

Comenzando por examinar el asunto que ha servido de base al Sr. Moreno Gil para sobre él desarrollar la fábula de su obra, tomada del último capítulo de la novela titulada *Los Forbantes*, hallamos que adolece de la confusion que siempre se observa en toda produccion teatral que reconoce aquel orígen. La abundancia de episodios, siempre necesarios en aquella clase de trabajos literarios, embarazan llevados al teatro la accion del drama, que debe ser principal siempre y única y esclusiva en cuanto sea posible. *Los Filibusteros* adolece en primer término de este defecto, el cual, contribuyendo á distraer la atencion del público, consigue fatigarle sin inspirarle interés. Los personajes por aquella misma causa no tienen tampoco carácter definido, y todos toman parte en la accion de la obra sin cautivar por un solo momento el ánimo del espectador, que no llega á sentir ni simpatías ni odios por ninguno. La zarzuela es, pues, como sin esfuerzo se deduce de lo dicho, algun tanto lánguida.

Esto no obstante, la obra que nos ocupa, merced al singular esmero que se observa ha tenido su autor en preparar las situaciones musicales, ofrece ocasion de grato entretenimiento, que se hubiera fácilmente trocado en interés, sin hacer otra cosa más que descartar de ella cuanto, ajeno á la accion principal de la misma, solo sirve como hemos dicho para distraer la atencion del punto en que debiera estar fija constantemente.

Estos defectos, de los que á pesar de su gravedad no formamos un tanto de culpa para el autor del libro por las razones que en un principio hemos manifestado, no han impedido al distinguido maestro señor Moderatti lucir en esta ocasion las relevantes dotes que como músico le reconocemos y ha escrito para *Los Filibusteros* una partitura notabilísima en la que si algun lunar hallamos es el que resulta juzgándola con relacion á la homogeneidad de pensamiento que debe existir en esta clase de obras entre sus autores. La música del Sr. Moderatti es en absoluto superior al libro que le ha servido como de pretesto para componerla, y á ella se debe una gran parte del lisonjero éxito que en la noche de su primera representacion alcanzó esta obra, que para compensar los defectos que hemos señalado, cuenta no pocas bellezas.

A que resalten estas ha contribuido poderosamente el hábil pintor escenógrafo señor Bragaldi, pintando tres decoraciones á cual más dignas de elogio, y entre las que descuellan las de segundo y último acto, que producen un efecto mágico. No pretendemos siquiera revelar nada de cuanto encierra de mérito este trabajo de aquel artista, toda vez que por su rara perfeccion se resiste á ser descrito. El silencio es uno de los síntomas de la admiracion.

Alabanzas tenemos tambien que prodigar á la empresa del teatro en que se ha representado la citada obra, para cuyo mejor éxito no ha perdonado hacer cuantiosos gastos, como se revela en el lujo de los trages de los numerosos comparsas que en la misma toman parte, y en todo lo que de ella ha dependido. En lo que á los artistas encargados de interpretarla correspondia, no todos hicieron otro tanto. Las Sras. Isturiz y Checa estuvieron á la altura de su difícil mision. El Sr. Landa dijo y cantó su papel perfectamente, y solo le rogaríamos, en bien suyo, que consintiera alguna más flexibilidad á su cuerpo, cuya rígida actitud no es, á lo que parece, natural. En cuanto al tenor Prats nada diremos. A este artista no le falta más que hablar. Durante la representacion hemos sufrido indudablemente más que él, y juramos por la fé de caballeros, que ningun sentimiento mezquino nos inspira.

En el régio coliseo se ha cantado por primera vez en Madrid *El Profeta*, cuya importancia artística reclama que para esta ópera dediquemos un artículo especial. Asi lo haremos, anticipando á nuestros lectores la nueva de que el éxito que alcanzó aquella obra fué completo.

Pasando ahora, como quien nada dice, al teatro de *Novedades*, nos hallamos con que en la misma noche del domingo se ha estrenado un drama titulado *Los Aventureros*. Esta obra que tiene *nueve* cuadros, y de la que por esta causa, si fuera nuestra, hubiéramos hecho un pantalon mejor que un drama, está pensada y escrita sin otro fin, al parecer, que halagar las pasiones de cierta parte del público Todos los personajes que en el drama toman parte se presentan con un *puñal*, cuando menos, y sin que esto sea desear que otra cosa ocurra, el caso es que son muchos los pinchazos y pocos los muertos. Solo un fraile deja de existir, y para que se vea á lo que conduciria el juzgar por apariencias, á pesar de tantos *puñales*, el susodi-

cho fraile muere estrellado. Al autor se le ha olvidado consignar en qué ciudad pasa la accion del drama. Creemos que la escena podria, en vista de lo dicho, colocarse muy bien en Albacete.

Al final de cada uno de los *nueve* cuadros, á los cuales se ha procurado redondearles con una descomunal batalla, fue llamado á la escena el autor. ¡Dios nos coja confesados! En la ejecucion, sin embargo, se distinguió y fué justamente aplaudido el primer actor D. Pedro Montaño. ¡Teatro infeliz!

En el mismo parece que han comenzado los ensayos de una comedia de mágia, titulada *Amor fino y amor basto*. Allá veremos. Ahora nada más tenemos que decir, y vamos á terminar, ya que hemos empezado despidiéndonos, dando la bienvenida á la distinguida actriz italiana señorita doña Carolina Civili, quien segun anuncia, vuelve á recoger en el teatro de *Variedades* la recompensa que como digno tributo á su talento artístico mereció del público de la córte, há dos años, en el teatro del *Príncipe*.

E. DE INZA.

MEDITACIONES DE COLOR CLARO,

POR UN AUTOR OSCURO.

Hace pocos dias ha venido á visitarnos á la redaccion un ameno libro que lleva por título el mismo con que encabezamos estas cuatro líneas, sintiendo no poder dedicarle más espacio, porque las condiciones especiales de nuestro Semanario no nos lo permiten; pero no podemos dispensarnos de hacer una confesion y consignar una idea. Con la prevencion natural que en estos casos es harto disculpable, hasta con una indiferencia glacial fijamos los ojos en la primer página de la obra, y empezamos á leer, convencidos de que no llegaria el caso de molestarnos en volver la hoja.

La mayor satisfaccion que podemos dar á su autor, en justo desagravio de nuestro mal pensamiento, es dejar consignado que no abandonamos el libro hasta que hubimos terminado de leer el epílogo.

La opinion que hemos formado de su mérito es tan lisonjera, que sentimos no conocer personalmente á su autor, el cual, con una modestia que le honra, oculta su nombre precisamente en una época en que la vanidad más estúpida é injustificada es el vicio culminante de la sociedad moderna.

Forma este delicioso libro una série de artículos, filosóficos unos, críticos otros, algunos de costumbres, reflejándose en todos ellos el buen talento, el sano juicio, la esmerada instruccion de su inspirado autor, y viene á terminar su agradable tarea con una docena de bellísimas poesías, á las que bautiza de *Preludios poéticos de una lira destemplada*.

Sin licencia que nos autorice, y más que pese á la modestia del *autor oscuro*, que no por esó deja de tener muy *claro ingenio*, nos permitimos insertar á continuacion una de aquellas poesías, sin eleccion, la primera que nos viene á la mano:

Á MI CARIÑOSO AMIGO D. JUAN R. RUBÍ.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!
¡Mentira soberana!
Preguntad á Jacinta, á Inés ó Rosa,
Si el resplandor purísimo que emana
De sus divinos ojos,
Causa será jamás de sus enojos.

¡Ay infeliz de la que nace fea!
¡Soberana mentira!
Si feliz quiere ser, que rica sea,
Que en el mundo no más esto se mira;
Porque segun yo creo
Nunca á una fea le faltó algun feo.

—Entonces, dí, ¿qué epígrafe hallaria
Exacto é intachable?
—Escribe, Juan, y en mi esperiencia fia,
Esta amarga verdad, pero innegable:
En el mundo de cobre,
¡Ay infeliz de la que nace pobre!

UN AUTOR OSCURO.

CHAMBERY.

Rodeado de altas montañas, Chambery, partido de los más principales del departamento de la Saboya, es uno de los pueblos más pintorescamente situados. Con sus preciosas iglesias, algunas de las cuales datan de la época de la Edad media; sus conventos, sus hospitales, su teatro; su rica biblioteca ocupa un lugar distinguido entre los principales de aquel pais. Posee además escuelas de medicina, de derecho, teologia, cirugia, y una Sociedad respetabilísima de agricultura y de comercio. Magníficas fábricas de terciopelo, de seda y de coton ocupan una gran parte de la ciudad, cuyo número de habitantes asciende á más de 20.000.

Antiguamente, Chambery era un condado independiente, hasta que en 1416, el emperador Segismundo, habiendo erigido la Saboya en ducado, eligió esta villa como estancia privilegiada del nuevo duque.

Desde mediados del siglo XVI cayó varias veces en poder de la Francia, hasta la época del tratado de Utrechet, por el cual Luis XIV restituyó Chambery á la casa de Saboya, de cuya posesion fué al poco tiempo destituida por los españoles.

En la época de la revolucion francesa, y habiéndose apoderado esta nacion de aquel pais, Chambery fué desde 1792 á 1815 la capital de provincia del nuevo departamento del *Mont-Blanc*.

Los tratados de Viena restituyeron Chambery á los duques de Saboya, hasta la reciente época de la guerra de Italia, en que la Saboya, habiendo optado voluntariamente por la nacionalidad francesa, pertenece desde entonces á esta nacion.

A muy pocos kilómetros de Chambery se encuentra la célebre posesion llamada *Charmettes*, que perteneció en el último siglo á madame de *Warens*, de cuya interesante vida descorrió indiscretamente el velo en sus célebres *Confesiones* J. J. Rousseau.—B.

LOS TSIGANES.

Tsiganes se llaman en Hungria las personas que constituyen una raza especial, nómada y vagabunda que se parece mucho á la que en la Península forma la de los gitanos.

Los *Tsiganes*, ó bohemios húngaros, son graciosos de rostro, de color atezado y con el cabello lacio, largo y negro: viven generalmente en los bosques, formando familias ó tribus, de las que es siempre el jefe el mas anciano. Cuando alguno falta á lo que prescriben las costumbres tradicionales que todos tienen muy presentes, y por las cuales se rigen en sus relaciones mútuas, es juzgado y castigado por un consejo de familia que preside el jefe.

Son generalmente aficionados á la música, y cuando recorren las ciudades lo hacen siempre cantando y tocando y recogiendo las limosnas que piden con sus cántigas, que tienen un aire melancólico y una melodía especial.

Suelen decir la buena ventura tanto los hombres como las mujeres, y á pesar de que en general no son tachados de criminales, hay entre ellos mucha propension al robo, y se ejercitan en industrias en cuyo uso siempre demuestran tendencias á la estafa ó al engaño.

Puede decirse, repetimos, que se parecen mucho á nuestros gitanos, pero no á nuestros gitanos de hoy, que ya forman parte de la nacion y han modificado sus costumbres especiales, sino á nuestros gitanos antiguos de hace cuatro ó cinco siglos.—B.

GINETES ARABES.

¿Quereis ver al árabe en su verdadero elemento y con toda la exactitud de su carácter? Miradle á caballo, tal como lo representa el célebre artista Fouquier en el grabado que aparece hoy en la octava página de nuestro Semanario.

Caballero y corcel no forman más que uno: ambos delgados, nerviosos, sóbrios, ardientes, acostumbrados á las fatigas y á las privaciones, parecen formados para la vida del desierto, como el desierto ha sido formado para ellos.

El árabe que hoy ofrecemos á nuestros suscritores es el verdadero tipo de su raza. Sólidamente colocado sobre su alta silla, los piés apoyados en sus anchos estribos, su larga escopeta atravesada sobre la espalda, aparece inclinado sobre su perro. El fiel animal viene á depositar en sus manos la liebre que su amo acaba de matar.

El caballo, inmóvil sobre sus finas y sólidas piernas, parece interrogar el espacio con la mirada, en tanto que sus orejas espian el más ligero movimiento del aire.

Hoy, el hijo altivo de las soledades de la Arabia ha perseguido á la tímida é inofensiva liebre; pero mañana, si es preciso, no vacilará en atacar y robar la caravana que pasa lenta y silenciosamente por su camino.

En el segundo término de nuestra lámina, y por un terreno árido y pedregoso, se mira avanzar al galope un segundo ginete, refrenando el galope de su negro corcel.

Una cadena de montañas, de las cuales forman parte las cimas bíblicas del *Sinaí* y del *Horet*, cierran el paisaje y completan su carácter de grandeza salvaje.

La Arabia que pertenece al Asia occidental tiene pocas montañas: si se esceptúa el *Yemen*, el resto no ofrece otra cosa que estensas llanuras arenosas y desiertas donde reina continuamente el ardiente *simoun* ó el viento del desierto. Los árabes pertenecen á la familia semítica; son de un carácter grave, espiritual, hospitalario, pero siempre dispuestos á atacar y robar las caravanas que se presentan á su paso. Su existencia, y particularmente la de los árabes beduinos, es la existencia nómada. Reunidos en tribus, obedecen únicamente al gobierno patriarcal de sus *Cheiks* ó ancianos. Los árabes fundaron en otro tiempo un grande imperio, y en la época de su esplendor cultivaron con el mejor éxito la filosofía, la poesía, las artes y las ciencias, pero despues volvieron á caer en la ignorancia, en cuyo estado continúan. Sin embargo, aunque su esplendor ha desaparecido hace mucho tiempo, su lengua se habla todavía en una gran parte del Asia y del Africa y ellos mismos forman en estos paises una parte muy numerosa de la poblacion.—B.

GEROGLÍFICO.



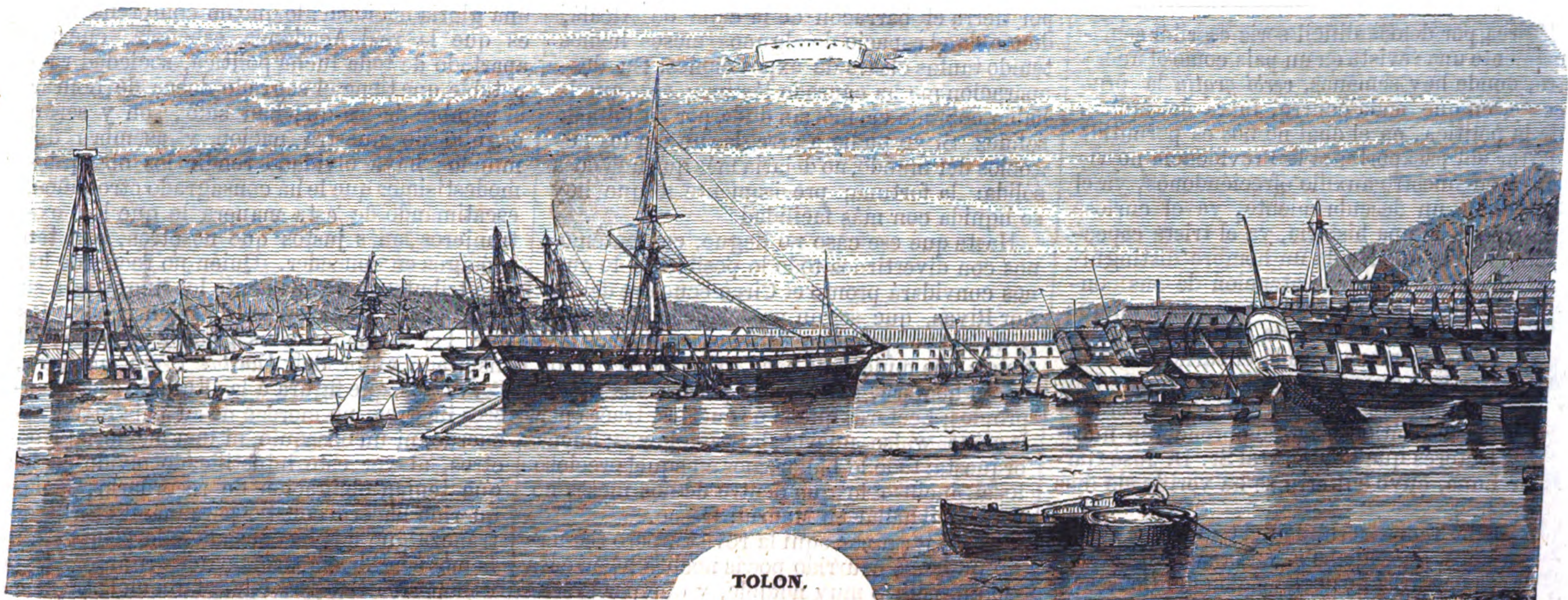
Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



GINETES ÁRABES.

El Periódico ilustrado.



Número 8.°

DEL 27 DE ABRIL AL 3 DE MAYO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.		
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	4	cuartos el número.
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 40 »		

TIPOS MOLDO-VALACOS.

REVISTA DE LA SEMANA.

Tarea por demás difícil seria escribir semanalmente una revista en un país como el nuestro, donde hay semanas, *verbi gratia* la presente, en que nada ocurre, fuera del mundo de la política, en el cual no nos es permitido entrar sin pasaporte; si la Providencia no viniera en nuestro auxilio ofreciéndonos, ya el placer de un descubrimiento, ya el curioso desenlace de una historia, ya el triste espectáculo de la muerte de un hombre distinguido, digno de ocupar la atencion de sus contemporáneos, en ese instante supremo en que va á caer sobre él la pesada losa de la tumba.

Tocóle la semana pasada el turno á uno de nuestros más eminentes oradores; tócale hoy á uno de nuestros más antiguos y celebrados artistas dramáticos. Ya comprenderán nuestros lectores que aludimos al Sr. D. José García Luna, cuyo entierro se ha verificado dias atrás.

El Sr. Luna, retirado del teatro hace algunos años, desempeñaba en la actualidad una de las cátedras de declamacion del Conservatorio, y era el último eslabon de aquella cadena de artistas, que principiando en Maiquez y Rafael Perez, vino á concluir en Concepcion Rodriguez y Cárlos Latorre. Sobrino de la célebre actriz Rita Luna, de la cual quiso perpetuar el apellido, pasó sus primeros años sin pensar siquiera en dedicarse á su arte. Nacional del 20 al 23, desempeñaba un modesto destino en Loterías, y el haberse visto privado de él á causa de sus ideas, y la voz interior de un genio que le impulsaba á la escena, le decidieron por fin á pisarla, haciendo su primera salida en *García del Castañar*. Cultivó desde entonces con gran éxito el teatro antiguo, sobresaliendo en *Otelo* y en *El mejor alcalde el rey*, al mismo tiempo que resucitaba caractéres como los de *Pelayo*, *Don Juan de Espina en Madrid*, el padre Froilan en *Cárlos II el Hechizado*, y creaba tipos como los que tanto aumentaron su reputacion en la primera parte de *El Zapatero y el Rey*, *El Campanero de San Pablo*, y sobre todo en *El Arte de Conspirar*, que era, á juicio de los inteligentes, su obra maestra. Imitador de la escuela de Maiquez, con todas las exageraciones de la escuela francesa, que este copió del gran Talma, el Sr. Luna, que hoy acaso nos pareceria amanerado y violento en las transiciones, hizo en su tiempo las delicias del público, y llegó á lograr por esta circunstancia, y por la modestia, quizá exagerada, con que vivió siempre, lo que es difícil lograr en la esfera del arte, crearse una fortuna independiente y legar á sus hijos, al par que la memoria de su nombre, la seguridad de un porvenir tranquilo y bonancible. Su entierro ha sido una verdadera solemnidad artística, y sus antiguos discípulos y compañeros le han dado en este postrer adios verdaderas muestras de respeto y de simpatía.

Triste es sin duda el destino del hombre que así le arrebata de la noche á la mañana del seno de su familia y le despoja de sus más queridas afecciones; pero yo, francamente, prefiero ese destino al del infeliz sapo hallado en Inglaterra al serrar una piedra estraida de veinticinco piés de profundidad, y el cual, al verse libre de su prision, comenzó á respirar con fuerza y á desentumecer sus patas, con la gracia y soltura proporcionadas á su edad, que segun un sábio geólogo, no bajará de 6.000 años.

No ya en la cavidad de una peña; en el interior del más suntuoso Palacio, una existencia tan larga seria para mí el más horrible de los martirios. Por eso yo solo amo lo que en la tierra existe más mudable y efímero: la hermosura de la mujer, el aroma de la flor, el canto del ave, la gloria, la esperanza, y alguna que otra vez los ministros. Por eso me han hecho siempre poca gracia las instituciones seculares, con las cuales me voy ya reconciliando.

Una prueba de esto es para mí la sensacion que esperimenté hace dos dias al ver ya casi por tierra el barracon de la calle de Alcalá, donde en el espacio de algunos meses hemos tenido tantas clases de exposiciones. Su desaparacion me ha causado lástima; creo que le habia cobrado cariño, sin duda por su falta de solidez. Si yo pudiera arreglar un dia los negocios del mundo, no dejaria más que una cosa sólida: la fortuna; precisamente lo que hoy se liquida con más facilidad.

Hasta que ese caso no llegue, contentémonos con divertirnos todo lo posible, á lo cual nos convidará pronto el Circo ecuestre del señor Rivas, que segun parece debe abrirse el 3 de mayo próximo. Muchos y buenos artistas; una mujer que hace todos los ejercicios de un hombre, sin olvidar por eso los suyos propios; Leotard, que si no suertes, traerá por lo ménos walses nuevos; buenos clowns; buena orquesta; todo lo hallaremos en aquel precioso local, incluso lo que dentro de dos meses no será fácil hallar en Madrid: fresco.

Iba á terminar aquí la revista, pero recuerdo un lance ocurrido pocas noches há en casa de un médico muy notable, y que por lo sencillo, vale la pena de referirse.

Se disputaba sobre la pena de muerte, á propósito de varias ejecuciones cuya relacion se habia leido en la *Correspondencia*. Dos de los interlocutores eran médicos; el otro era un capitalista muy conocido.

—Yo sostengo, decia uno de los doctores, que la pena de muerte es conveniente; pero no así la manera de aplicarla.

—Pues ¿qué género de muerte le parece á Vd. el mejor? preguntó el otro.

—Yo creo que física y moralmente no hay sistema mejor que el nudo corredizo y la suspension. ¿No opina Vd. lo mismo, D. Juan?

—Hombre, respondió el capitalista; yo, si me dieran á escoger, prefereria la indigestion.

—Nada, nada, señores, todo eso es absurdo; el genero de muerte que ménos hace sufrir es el antiguo; es decir, el tajo y el hacha.

—¡Horror! ¡barbaridad! esclamó el médico furioso.

—Bien, pues deme Vd. siquiera una razon ó una prueba de que el sistema de Vd. es preferible.

El interpelado vaciló un momento; despues, dándose una palmada en la frente, gritó:

—La tengo, la tengo.

—Veamos, dijeron á un tiempo el capitalista y el doctor.

—La prueba de que mi sistema es el más conveniente, es que puedo citar multitud de suicidas que se han colgado de un árbol ó una escarpia; cíteme Vd. uno siquiera que para suicidarse haya puesto la cabeza en un tajo, y se la haya cortado con un hacha.

—Tiene razon, murmuró por lo bajo el capitalista.

El médico no dijo nada, pero al dia siguiente remitió á sus dos amigos una tarjeta que decia:

«F. de N., médico cirujano, ofrece á Vds. sus servicios.»

Ignoro si se habrán puesto en cura.

M. DEL PALACIO.

RECUERDOS Á CERVANTES.

Tristísimo, sensible, deplorable es que haya pasado el dia 23 de este mes, aniversario de la muerte del inmortal autor del *Quijote*, el príncipe de las letras españolas, sin que la real Academia, la prensa, el teatro, le hayan dedicado un recuerdo.

Comprendemos que la prensa, arrastrada por la impetuosa corriente de los acontecimientos, haya pasado por alto un hecho que no se presta para tener en continua escitacion la pasion política; comprendemos que las empresas teatrales, atendiendo más á sus intereses que á la honra que les pudiese caber por celebrar como debian los aniversarios de los hombres que han honrado con su talento nuestra patria, hayan desatendido tributar un homenaje de respeto al que por tantos conceptos es una gloria nacional: lo que no comprendemos es que la real Academia española, cuerpo apartado de toda lucha política, sociedad respetable que tiene el sagrado deber de honrar el nombre de los que han sido, son y serán orgullo de nuestra nacion y asombro del mundo; haya olvidado rendir los obsequios modestísimos que le ha consagrado otros años, escatimando de esta manera lo que los extranjeros, más justos que nosotros, son tan pródigos en conceder. ¿Quién no recuerda los que tributaron últimamente los ingleses á su gran poeta Shakespeare? ¿Quién ignora los que los alemanes consagran á Goethe, el inspirado autor del *Fausto*? Y sin embargo, Cervantes, que figura á la altura de esos hombres ilustres, no merece de su país ni un recuerdo, ni un obsequio, ni una memoria. Nosotros, al ver este injustificado olvido en los que tenian obligacion de recordarlo, hemos querido hacerlo constar para manifestar la estrañeza que nos ha causado y la pena de que hemos sentido embargado nuestro ánimo. Para cohonestar tan gravísima falta en la pequeña parte que á nosotros corresponde, insertamos á continuacion una bellísima poesía del señor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, y una escena, irrepresentable, de una loa *representada*, debida tambien á la pluma del mismo reputado y concienzudo autor.—BELZA.

A MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

En el libro que esta edad
Aun á comprender no alcanza,
Don Quijote y Sancho Panza
Comprenden la humanidad.
El primero, imágen es
Del ánsia de una pasion;
El segundo es la razon
Vencida del interés.
Loco Don Quijote, va
Lejos de villa y aldea
Pensando en la Dulcinea
Que no ha visto ni verá.
Se rie de su señor
Sancho, en su ruda malicia;
Mas le sigue por codicia
De verse gobernador.
En Sancho sus faltas note
Cada cual y en el hidalgo:
Quien no es Sancho Panza en algo,
Tiene algo de Don Quijote.
Él, en su alucinamiento,
Traba con gigantes guerra,
Y échanle de un golpe á tierra
Las aspas que agita el viento.
En Argel, sublime accion
Cervantes emprende así;
Y abatió su intento allí
El soplo de la traicion.
Por eso, pues, al talento,
Juntando esperiencia suma,
Trazó el *Quijote*, con pluma
Que le prestó el escarmiento.
Y en su designio profundo
Puso, al retratar su loco,
De sí, Cervantes un poco;
Lo demás de todo el mundo.
Aquí el cimiento mirad
En que esta fábula estriba;
Ficcion, en parte, festiva,
Y en parte amarga verdad.
Si por las lenguas ingratas,
Que miedo vil desató,
Cervantes no conquistó
El reino de los piratas;
Ganó con su mano misma
Para su patria un laurel,
Que ha durado más que Argel
En poder de la morisma:
Y por cuanto alumbra el sol
Las naciones más distantes,
Proclaman hoy á Cervantes
Rey del ingenio español.

J. E. HARTZENBUSCH.

ESCENA (INEDITA) IRREPRESENTABLE

DE LA LOA TITULADA

LA HIJA DE CERVANTES.

ESCENA NOVENA.

Los perros CIPION y BERGANZA, saliendo de su escondite.

BERG. Cipion amigo!
CIP. Hermano Berganza!
BERG. Volvemos á hablar por segunda vez, ni más ni ménos que en el Hospital de la Resurreccion.
CIP. Qué dicha que nos haya traido á Madrid el hermoso Mahudes!
BERG. Y que haya asistido al entierro de hoy!
CIP. De qué platicaremos?
BERG. ¿De qué hemos de platicar á vista de esa sepultura?
CIP. Del que nos dió voz humana la vez primera, de Miguel de Cervantes.
BERG. Ladremos contra los que le han mordido.
CIP. Mejor fuera morder á los que le tuvieron con hambre.
BERG. El Duque de Béjar le desvió de sí poco noblemente.
CIP. El de Lerma le negó el premio de sus hazañas.
BERG. No le adularia Cervantes como Villegas...
CIP. Como Figueroa...
BERG. Como Góngora y Espinel...
CIP. Como el bellaco de Avellaneda.
BERG. ¡Manco le llamó ese zascandil por insulto!
CIP. Como si su manquedad hubiera nacido en alguna taberna!
BERG. En la batalla de Lepanto fué.
CIP. En la más alta ocasion que vieron los siglos.
BERG. Envidioso!
CIP. Deslenguado!
BERG. Usurpador!
CIP. Ladron sin vergüenza, porque le cogió á Cervantes el pensamiento de su libro, y se alabó del hurto.
BERG. ¿Cuándo podria él compararse con un Cervantes!
CIP. ¡Con un hombre que estuvo para sujetar á Argel al dominio de España!
BERG. Traidores malograron su empresa.
CIP. Infames á quien él habia defendido á costa de su vida.
BERG. Atado le tuvieron ya los moros para ahorcarle por ellos.
CIP. ¡Mira cómo le ha pagado su patria!
BERG. Di, el ministro ingrato de un Rey para poco.
CIP. Ya trata el Rey de gratificar á quien le descubra quién es D. Quijote.
BERG. Podia habérselo preguntado á Cervantes en vida; que él lo sabria mejor que nadie.
CIP. En vida se le tiene al ingenio sin pan; difunto, se le harta de incienso.
BERG. Nosotros no hubiéramos hecho eso con él, áun siendo unos perros.
CIP. Ay! de lo que me acuerdo, Berganza!
BERG. Qué recuerdas, Cipion?
CIP. Que miéntras nosotros ladramos aquí sin provecho, se habrá adelantado, el galopin D. Blas al pobrete de Alfonso, y habrá cogido ya los dos mil ducados que pudieran servir de dote á doña Isabel.
BERG. Es casi seguro.
CIP. Pues nosotros tenemos la culpa.
BERG. Por qué?
CIP. Porque así que oimos á D. García eso de los ducados, deberiamos haber corrido tras de D. Blas para apartarle á mordiscos de la casa del Conde.
BERG. Tienes razon. Como perros nos hemos portado.
CIP. Como hombres, que es mil veces peor.
BERG. Merecemos cualquier castigo.
CIP. Por eso quizá voy sintiendo que la voz se me dificulta.
BERG. Y á mí se me acaba.
CIP. Por tí ha sido esto.
BERG. Por tí sí que ha sido.
CIP. Ganas me dan de deshacerte el pescuezo.
BERG. Ganas me dan de descuartizarte.
CIP. Guau, guau, guaú, guau!
BERG. Guau, guau, guau, guau! (Vanse ladrando y mordiéndose.)

J. E. HARTZENBUSCH.

FÁBULAS AMABLES.

Estándose abrazando un matrimonio,
Entre los dos se apareció el demonio.
Este caso se evita
Tomando al empezar agua bendita.

N. SERRA.

Jugaba Margarita con la cola
De su gato de Angola,
Y al quererlo besar ¡quién lo pensara!
De un arañazo la cruzó la cara:
Lo mismo que los gatos
Se portan en el mundo los ingratos.

F. PEREZ ECHEVARRÍA.

TOLON.

La lámina que sirve de encabezamiento á nuestro número de hoy representa la vista de Tolon, el segundo puerto militar de Francia, el cual se haya situado sobre el Mediterráneo, al pié del monte Faron y en el departamento de Var. Construido en el fondo de una bahía, en la cual una especie de isla forma su circunferencia, posee una rada magnífica, que es sin duda una de las más bellas del universo.

Tolon es á la vez capital de provincia y departamento marítimo de primer órden. Es notable por sus magníficos establecimientos y almacenes marítimos: posee un dique para el carenaje de los buques, talleres de cordelería y velámen, arsenal, fundicion, herrerías, etc. La poblacion cuenta más de 51.000 habitantes. En la antigüedad fué colonia romana, y en la Edad media fué saqueada varias veces por los árabes. En 1524 fué tomada por el condestable de Borbon, y despues, en 1536 por Cárlos V. Luis XVI hizo construir las inexpugnables fortificaciones que la defienden, y el príncipe Eugenio y el duque de Saboya la sitiaron en 1707. La traicion del partido realista en 1793 la entregó á los ingleses, pero el 19 de diciembre del mismo año fué recobrada por los republicanos. En este famoso sitio fué donde tanto se distinguió, dando por primera vez una revelante muestra de su genio militar, el jóven teniente de artillería Napoleon Bonaparte.

En Tolon hay magníficas plazas, un gran número de preciosas fuentes, la columna de Argel, el hospital militar, el lazareto, y un triste, pero desgraciadamente necesario establecimiento, el presidio.

Posee además un colegio, escuelas imperiales, un Museo, sociedades de ciencias y artes, etc. La industria y el comercio son los únicos que no tienen una gran importancia en aquella localidad.—B.

TIPOS MOLDO-VALACOS.

Desconfiad de ese patriarca, á pesar de su barba blanca y respetable fisonomía, de su actitud reposada y tranquila, de la afeccion que demuestra á su hija, porque ese patriarca es un bandido de la romania.

En las ramificaciones de los montes Carpetos que cruzan las provincias danuvianas existian hace ya mucho tiempo un gran número de estos bandidos que en vano perseguia la gendarmeria romania.

Sin embargo de que se pudo al fin batirlos y desalojarlos, casi en su totalidad, de sus guaridas, han dejado aun no pocos sucesores, cuya importancia toma por intérvalos proporciones bastante graves. Generalmente se contentan con detener al pastor que tiene la mala fortuna de tropezar con ellos, con despojarle de sus vestidos y robarle algunos carneros. Otras veces se apoderan de los comerciantes ambulantes que van de pueblo en pueblo vendiendo los objetos de su comercio, como son telas, quincallería, bisutería, etc., etc. En las soledades que ellos frecuentan, es raro que tropiecen con una rica presa; pero desgraciado del hombre bien acomodado que cayese en su poder, porque le retendrian prisionero hasta que pagase un crecido rescate.

Pistolas, yataganes, carabinas y hasta unas espadas de dos filos que se llaman *paloches*, son las armas que usan generalmente, y sin embargo, no son aficionados á verter sangre, y es muy raro el moldo-valaco que hace uso de ellas como no sea para defenderse. Las baladas y leyendas citan muchos nombres de bandidos que fueron, segun dicen, modelos de dulzura, de nobleza y de generosidad.

Uno de los más antiguos de estos bandidos, el famoso Codreau, fué hecho prisionero por Leonti de Arnaldo y conducido ante el tribunal de Ilicch Vodá, que gobernaba entonces en Yassy.

—¿Has muerto á muchos cristianos, le preguntó el príncipe, desde que eres bandido?

—Alteza, contestó Codreau; juro por el nombre de la Santa Vírgen que no he asesinado á ninguno Siempre que me he encontrado con un cristiano, me he portado con él como un verdadero hermano. Si era dueño de dos caballos, tomaba uno para mí y le dejaba en tranquila posesion del otro; si poseia diez piastras, me guardaba cinco y le dejaba las otras cinco; y finalmente, si me encontraba con un pobre, le daba cuanto llevaba en el bolsillo para que socorriera su miseria. En cuanto á los turcos, es otra cosa; no he podido encontrar uno solo, sin que inmediatamente no me haya asaltado el deseo irresistible de cortarle la cabeza y arrojarla como delicioso pasto á los grajos, en lo cual creo que hice bien.

El grabado que hoy ofrecemos en la primera página representa uno de estos bandidos, descansando de sus fatigas al lado de su hija, y es el retrato de *Yanok el Húngaro*, uno de los más célebres de su época.—B.

NAUFRAGIO DE LA MEDUSA.

Pocos de nuestros lectores serán los que no conozcan la funesta historia de este desgraciado buque, que poetas y pintores nos han presentado muchas veces en todas sus fases, ya en el teatro, ya en históricas narraciones llenas de palpitante interés, ya en preciosos lienzos, donde los artistas más afamados de la época reprodujeron los episodios más terribles de aquel sangriento drama que se verificó en alta mar, y que tan honda sensacion produjo en todos los ánimos.

Hace tambien algunos años que se presentó en Madrid y en el teatro de la Cruz, que ya no existe, un interesante drama de espectáculo, cuyo argumento se hallaba basado en aquellos mismos episodios, y por cierto que fué puesto en escena con extraordinaria exactitud, siendo pintadas las decoraciones y dirigida la maquinaria, en noble y honrosa competencia, por los reputados artistas escenófragos señores Aranda y Lucini, que dieron en aquella ocasion una relevante prueba de su talento é indisputable mérito. El éxito más completo recompensó los esfuerzos de la empresa y de los artistas, y el teatro estuvo concurridísimo por espacio de mucho tiempo. Algunos años más tarde la desgracia del hundimiento de los almacenes del Pósito vino á destruir todas aquellas magníficas decoraciones que en ellos se conservaban.

El grabado de grandes dimensiones que hoy ofrecemos á nuestros lectores está copiado de un magnífico cuadro de *Gericault*, célebre pintor que falleció en Paris en 1824. Su amigo Dreux-Dorcy pidió un sitio en el Louvre para colocarlo en sus salones. Es una obra maestra, en la que, movimiento, espresion, correcto dibujo, vigoroso colorido, perfecta distribucion de la luz, profundo conocimiento de anatomía, todo en fin se encuentra reunido en ella. Forbin-Fauson, director de los reales Museos, ofreció por él 5.000 francos.

LA BALSA DE



AL DÉCIMOTERCIO DIA, LOS NÁUFRAGOS DE LA «MEDUSA» DESCUBREN EN

Francisco Passet, soldado (*muerto*). Dupout, padre. Dupon, hijo (*muerto*). Grisson de Bellay. Lheure. El cirujano Savigny. Cluazet (*muerto*). Juan Cárlos. Courtade. Francisco, guardia Corre



EL HORIZONTE EL «ARGOS,» QUE LOS SALVA DE UNA MUERTE CIERTA.

Clairet.
Coudin, Tomás. Domingo, negro (*muerto*). Duval (*muerto*).
arina de primera clase y comandante de la balsa. Lavillete.
ard. Lozach. Conte.
egro. Charlot, negro. El brik francés el *Argos*.

En este tiempo, los liquidadores ó albaceas de la sucesion del pintor habian enviado el cuadro al hotel *Bullier* para ser puesto en venta, y Dreux-Dorcy adquirió su posesion por 6.500 francos, cediéndolo despues á Mr. de Forbin, no sabemos en qué precio, y desde entonces *La balsa de la Medusa* es propiedad del Museo francés.

Ahora solo diremos dos palabras sobre el asunto que lo motiva, para aquellos que no se hallen enterados.

El 5 de julio de 1816, cincuenta y dos náufragos abandonaron la fragata *Medusa*, que se estrelló en el Banco de Arguin, refugiándose sobre una balsa que pudieron construir con las maderas del buque destrozado, y en la que apiñados y sin víveres, se entregaron á la merced de Dios sobre las turbulentas ondas del Océano.

El 17 de julio, despues de doce dias de horribles privaciones, de espantosas torturas, de luchas fratricidas, de haberse sorteado y comido los unos á los otros, no quedaban más que quince, á los cuales tampoco les restaban sino muy pocas horas de vida. Una vela apareció en el horizonte; la esperanza renació en sus corazones, y los más abatidos levantaron la cabeza implorando la misericordia de Dios. El buque que se veia en lontananza era el brik francés el *Argos*, el cual tuvo la suerte de salvar á aquellos infelices.

El momento mismo en que la vela aparece en el horizonte es el que representa nuestro grabado; escena exacta, referida por uno de aquellos infelices al célebre artista que ha pintado el cuadro; así que, podemos dar á nuestros lectores una idea exacta de aquella sombría epopeya naval.

Los quince moribundos fueron recogidos por el *Argos*, y tratados con tanta humanidad como prudencia, y así pudieron arribar á San Luis de Senegal; pero á la mañana siguiente seis de ellos sucumbieron, por manera que solo nueve volvieron á ver el sol de la patria.

Uno de ellos, Alejandro Correart, ingeniero de la marina, fué el que proporcionó detalles para su cuadro á Gericault, y aun él mismo escribió y publicó una relacion exacta del naufragio de la *Medusa*, con todas sus desgarradoras escenas, con los más minuciosos detalles y episodios, y la cual ha servido de base para que más tarde, novelistas, poetas y autores dramáticos, escriban cuanto sobre este desgraciado asunto se ha publicado hasta el dia.

J. BELZA.

VÍCTOR MANUEL.

Víctor Manuel (María Alberto Eugenio Fernando Tomás), rey de Italia, nació el 14 de marzo de 1820; es hijo del rey Cárlos Alberto y de la reina Teresa, hija del difunto gran duque Fernando de Toscana.

Víctor Manuel recibió una educacion científica al par que guerrera; siendo un duque de Saboya, contrajo matrimonio en 1842 con la archiduquesa Adelaida de Austria.

Al estallar la revolucion de 1848, acompañó á su padre en las diversas campañas contra el Austria, en clase de comandante de la brigada de Saboya, segun era costumbre inmemorial en su familia.

En la batalla de Gito dió grandes pruebas de su valor y bizarría, recibiendo un balazo en un muslo: además se distinguió de un modo notable en la desastrosa jornada de Novara, que tuvo efecto en 23 de marzo de 1849.

Cárlos Alberto, que en vano buscó la muerte en el ardor de la pelea, abdicó en la noche misma de su derrota en favor de su hijo.

Cuando sobrevino la guerra de Oriente en 1855, Víctor Manuel, aliado de Francia é Inglaterra, envió á Crimea 17,000 hombres, que se distinguieron por su marcial aspecto y por su intrepidez en la accion de Tchernai.

Al empezar la guerra de Italia, Víctor Manuel estrechó una alianza con el imperio francés por medio del matrimonio de su hija Clotilde con el príncipe Napoleon; tomó en persona el mando del ejército piamontés, y corrió al campo de batalla al dia siguiente de pasar los austriacos el Tessino.

Distinguióse por su valor en el combate de Palestu, que dió por resultado el paso del rio Sezia; habiendo conseguido que el batallon tercero de zuavos le nombrase cabo, por su bizarro comportamiento en aquella jornada.

Despues de la batalla de Magenta, entró en Milan con el emperador Napoleon III.

Bien conocidos son los acontecimientos que siguieron á aquel memorable combate, á consecuencia de los cuales, Víctor Manuel, que solo era rey del Piamonte, llegó á ser rey de Italia.

Es sumamente querido de sus súbditos, los cuales le llaman *il re galantuomo* por su bizarría y carácter caballeresco. Además es estremadamente diestro en toda clase de ejercicios corporales.

Víctor Manuel es tambien el cazador más intrépido de su reino: hoy le representa EL PERIÓDICO ILUSTRADO en trage de caza, que es su diversion favorita, cuyo trage realza notablemente su gallarda persona.—B.

TEATROS.

Urge sobremanera antes de dar comienzo á ocuparnos del principal objeto de este artículo, que debe ser brevísimo, dejar espedito el camino desbrozando la senda que, para llegar al punto á que nos dirigimos, hemos de atravesar. Para conseguirlo, en cuatro palabras daremos cuenta de las escasas y poco importantes novedades teatrales que en los últimos ocho dias han ocurrido. Una de ellas, aunque no del todo de nuestra incumbencia, es la reaparicion en la escena del teatro del Circo del célebre prestidigitador Mr. Velle, artista húngaro que ya en la del coliseo de la Zarzuela lució el año último su rara habilidad, entreteniendo al público de Madrid con sus bien escogidos juegos de manos. Ahora como entonces ha obtenido la aprobacion de cuantas personas han acudido á admirar su extraordinario mérito, tanto en los ensayos de física recreativa, cuanto en el espectáculo que, bajo el nombre de *Resurreccion de los muertos*, ha exhibido, y que si no es del todo nuevo, pues ya le conocíamos desde que, con el título de *Espectros luminosos*, tuvimos ocasion de examinar esta clase de efectos de óptica en los dramas *El sueño de un malvado* y *El Secreto de la vida*, que en el citado teatro del Circo se representaron durante la última temporada cómica, está dispuesto con tal perfeccion, que sorprende desde luego por la ilusion que produce, y que casi toca á la realidad.

Otra de las novedades que han tenido lugar en el indicado plazo, y en el mismo teatro por cierto, ha sido la representacion de la zarzuela calificada de *ilusoria* por su traductor el Sr. Pastorfido, y que lleva por titulo *Los guardias del rey de Siam*. Esta obrilla, con la que no se ha propuesto aquel escritor otra cosa sin duda que entretener al auditorio, no llena su pobre objeto sin embargo, á causa de que el supuesto en que estriba su argumento es desvergonzado y á mayor abundamiento trivial. Los llamados chistes que en esta payasada campean no son para escuchados por personas cultas. No podemos, pues, dispensar esta falta al Sr. Pastorfido, quien en otras ocasiones nos ha dado pruebas de que no necesita acudir á tan feo medio para cautivar la atencion del público.

Ahora bien; añadiendo á lo dicho que el sábado la célebre cantante Adelina Patti ofreció á sus constantes admiradores la funcion de su beneficio, en la que les dió nuevo y justo motivo para aplaudir sus envidiables dotes artísticas, habremos dado término á la tarea que nos abrumaba, y que consistia en andar el camino que nos separaba del punto á donde ansiábamos llegar desde que cogimos la pluma para comenzar este mal perjeñado artículo.

Henos ya tocando el límite de nuestra carrera, detenidos ante el drama en tres actos y en verso, original del Sr. D. Antonio Hurtado, que se titula *El Toison roto*, y que en el teatro del Príncipe se ha puesto en escena á beneficio del primer actor D. Manuel Catalina.

Halagüeño por demás seria para nosotros poder detallar aquí las bellezas en que abunda esta obra de aquel inspirado poeta y discreto autor dramático; pero son tantas y de tal valor, que ni el espacio de que disponemos habria de ser suficiente á contenerlas, ni juzgamos tampoco que la precipitada cuenta que de ellas hemos hecho durante su primera representacion habia de servir para darnos aquella suma con la exactitud y fidelidad necesarias.

Quizás en ocasion más propicia nos sea dado examinar esta joya literaria, que ha llegado sola, y por camino que parecia abandonado, á enriquecer la empobrecida escena española. En tanto que este grato momento se hace esperar, séanos permitido, como amantes de la gloria de nuestro teatro, rendir el sincero tributo de nuestra profunda admiracion á la obra del Sr. Hurtado, quien si no se hubiera conquistado ya un primer puesto en el palenque literario, tal es el temple del arma con que hoy entra en liza, que puede afirmarse sin temor que con ella se abriera ancha y desahogada plaza.

Por suerte del teatro español, hija del mismo esclarecido ingenio, y tan rica de dones de estilo como esta, cuenta ya con una obra hermana de *El Toison roto*, cuyo nombre es *El Anillo del Rey*, y á la que el público no olvida nunca. La última obra del Sr. Hurtado es digna del autor de la primera. Sabido es, y por lo tanto ocioso repetirlo, á cuánto obligaba aquella.

La numerosa y distinguida concurrencia que en la citada noche llenaba el teatro, colmó de aplausos al afortunado escritor, á quien repetidas veces llamó á la escena con tal objeto. Los actores encargados del desempeño, con escasas escepciones, triste es decirlo, no acertaron á interpretar dignamente las bellezas del drama. El Sr. Catalina, con el desentono que le es habitual, y con su especialísima manera de decir, que consiste, como si dijéramos, en tomar carrera, apoyarse en el primer verso de las redondillas, y echarse á rodar por los tres versos restantes, guardó para sí muchos de los brillantes muchas veces y siempre profundos pensamientos de que está sembrada la obra, y que merced á aquel deplorable sistema de declamacion, pasaron desapercibidos para el público. El Sr. Pizarroso, narrando una historia, que no negaremos sea triste, lloró á lágrima viva, dando á su accion y á su palabra igual carácter que el que podria imprimirle el protagonista del hecho que se relataba. Semejante manera de decir es absurda, por lo ménos, y no acertamos cómo puede haberla adoptado como buena un actor á quien nos complacemos en reconocer verdadero talento. Igual razon tenia para llorar cuando cuenta la historia á que nos referimos, que la que tendria en otra ocasion para bailar una habanera al reseñar un baile, ó para dar una puñalada á su interlocutor al referirle pormenores de un asesinato. Créanos el Sr. Pizarroso, y enjugue sus lágrimas, pues la verdad es que no hay razon para tamaño desconsuelo. La Sra. Diez pronunció con acierto una sentida invocacion que embellece el segundo acto. Perfectamente ajustado á su difícil, aunque corto papel, encontramos al Sr. Pastrana; no así por cierto al Sr. Ibañez, á quien el temor embargaba las facultades, hasta el punto de dominarle por completo en muchas situaciones de la

obra. La Sra. Zapatero vistió bien y no habló mal.

De propósito hemos dejado para el último al Sr. Muñoz, que fué el héroe de la fiesta, retratando con la debida mesura, dignidad y severa circunspeccion al rey Felipe II. Así lo entendió el público, que recompensó dignamente su acierto, llamándole á la escena despues que hubo terminado la en que figura durante el acto tercero del drama. Esté fué puesto en escena con el esmero y con la discrecion con que generalmente se presentan todas las obras en el teatro de que nos ocupamos.

Terminada ya nuestra mision, que lo es más de cronistas que de críticos, concluiremos á la vez este artículo anunciando que en breve reaparecerá en la escena la Sra. Civili, quien ya no ha dado su primera funcion á causa de que, por motivos ajenos completamente á su voluntad, no le ha sidó posible disponer de la compañía que tenia ajustada para la temporada que se propone pasar en esta córte. Con el fin de contratar nuevos actores, ha partido á Italia un representante de dicha actriz, y nos lisonjea la idea de que, á no ocurrir nuevos contratiempos, en la próxima semana tendremos ocasion de aplaudir á aquella distinguida artista.

E. DE INZA.

CLAUDIA PRÓCULA (1)

NOVELA RELIGIOSA.

—Entonces, ¿cómo has adivinado? Entonces?....

—No he adivinado: he visto la realidad: he oido al Profeta de Nazaret: suyas son mis palabras: suyas las que revelan tu sueño: suyas las que van derramando consuelos inefables en los corazones atribulados de Israel y de Samaria.

—¡Tú! ¿Y será verdad? ¿Tú conoces á ese de quien la fama con cien lenguas, con voladoras alas, con clarin de bronce anda anunciando por la Judea portentos indecibles? ¡Oh! ¿crees tú que él pudiera leer en mi corazon como si le tuviese en su mano, aclarar los misterios que encierra, decirme por qué no sóy dichosa, esplicar la contínua ansiedad que me devora, las aspiraciones nunca ni con nada satisfechas, los ensueños que me agitan, la perpétua sed del alma que me tiene siempre intranquila, ¡á mí, cuya voluntad pudiera ser ley de Jerusalen en este momento!

—Prócula, el Hijo del Hombre viene de mas allá de las regiones de la vida. Él sabe donde reposa ahora el trueno que habrá de rugir al cumplirse veinte semanas de años. Él sabe por qué la sonrisa de la inocencia encierra el mismo gérmen de ventura que el llanto del arrepentimiento. Él no dice al mortal: *domina para ser feliz*, sino *ama y convertirás la tierra en paraiso*. Yo estaba como tú, y hoy, aunque mis lágrimas suelen servirme de pan en el dia y en la noche, mi espíritu calma su afan con ellas, como las marchitas flores con las impensadas borrascas del estío.

—Habla, Protina; prosigue; los ecos de tu voz me parecen los ecos del arpa eólia.

—Escucha. ¡No tengo padre; no tengo madre; no tengo hijo! Vivia en Sicar, y como á samaritana me desdeñaban los fuertes de Israel. Un dia, á la hora de sesta, cuando el sol lanzaba sus mas punzantes rayos desde la mayor altura del cielo, llegué al manantial de Jacob para llenar el hidria. ¡Allí estaba: la majestad de su semblante anunciaba la interior divinidad de su esencia! ¡No nacerá de mujer otro que le semeje!....

—Pero, ¿á quién aludes?

—A él, á Jesus: yo le proclamé el Mesías. Pidióme de beber, ¡él betlemita, á mí samaritana!.... ¡Y el agua de mi vaso volvia á producir sed, y el agua de vida que él concede no la produce jamás! Despues los ancianos de Solima me entregaron á tu esposo para que te sirviera de esclava. ¿Qué me importa ahora no tener padre, ni madre, ni hijo, ni libertad? Ya sé adorar á Dios en espíritu. Cumplidos están los dias de la esperanza. Con nosotros es Cristo. Yo soy feliz, y mis culpas están borradas del libro de los castigos.

—No te entiendo, Protina.

—¿No me entiendes? Ven: tú verás de repente multiplicarse los cinco panes para alimento del pueblo; tú verás andar al tullido de antiguos dias; tú verás la misericordia cayendo de lo alto sobre la mujer adúltera que se arrepiente; verás al huerfanillo con amparo, al ciego con vista, resucitado á Lázaro, abrazados el pobre y el opulento, hermanos los hombres, patentes las puertas del Cielo. Ven. No tendrás sed en el alma.

—Vamos, vamos.

Y Claudia Prócula se levantó, ligera como la corza de Bethel, recibió sobre sus hombros la toga de púrpura que le vistió Protina, y ambas salieron de la estancia, á tiempo que la luz del dia, esforzándose por vencer la *piedra especular* (2) de una ventana, amortiguaba los resplandores de la lámpara compañera de las vigilias.

III.

Y ved aquí llegados los dias de bendicion y de redencion. El Divino Reparador ha descendido á la tierra desde el seno del padre: la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, difunde sus resplandores, y el mundo no la conoció. Hace mas de diez y ocho siglos que Jerusalen tuvo como un instante de claridad; pero cerró los ojos al momento. ¿Seria que quedó deslumbrada? ¿Seria que la justicia eterna la condenó á ceguedad en castigo de sus culpas, y para dignificacion de los humanos habitadores del orbe? Sin la ceguera judáica ¿quién se hubiera atrevido á la gran ofrenda, quién hubiera osado inmolar la inmensa víctima expiatoria? ¡Oh! Entonces ¡bendita la Providencia! Entonces ¡feliz la culpa deicidida que produjo la redencion de todas las culpas! Entonces ¡dichosa la locura del pueblo que, sin conciència de su poder, labró la cadena de diamente con que dejó poderosamente unida la tierra con el cielo! ¡Oh pueblo desventurado! Pero ¡oh pueblos venturosos!

Mas prosigue tú, musa cristiana, musa de Sion, y dí como llega en triunfo á la ciudad de David el Deseado de las naciones.

El astro del dia iba subiendo por la serena esfera, pródigo de inofensivos resplandores, en una de las mas tranquilas mañanas de Nisan (que así llamaban á marzo los hebreos). Toda Judea habia acudido á Jerusalen para la celebracion del dia festivo de los ácimos. Desde el torrente Cedron hasta la fuente de Siloe, desde la puerta de Benjamin hasta el monte Mória en que descollaba el templo, la inmensa multitud de los hijos de Israel estaba esperando ansiosa alguna solemnidad. Todo es bulliciosa confusion, todo es incesante movimiento, todo es rumor continuado y sordo, como el rumor de muchas aguas despeñadas. Aquí el cinór, el sambaca, el ódre henchido de armonioso viento, el hugag de flautas acordadas, los címbalos y panderos mezclan sus armonías á las impacientes voces de las mujeres que llaman á sus hijuelos, de los jóvenes que cantan la belleza de sus futuras consortes, como cantaba Salomon las de la esposa, morena pero agraciada entre las moradoras de Solima. Allí los ancianos y los levitas se lamentan del desórden, y acrecen la confusion intentando disiparla. Más allá sostienen las seculares palmeras, en vez del dorado fruto, racimos de hombres que las despojan de sus ramas. Quien manda al suelo desde lo alto deshojadas flores y destrozados mirtos, quien grita, quien rie, quien llama, quien vocea, quien disputa. De repente otra apiñada multitud que se va empujando sin compasion hácia adelante, llega mandando al viento las repetidas voces de triunfo: *¡Hosana, hosana!* Los espectadores alfombran con sus mantos el camino. Un prolongado grito de aclamacion sube vibrante hácia la esfera, y millares de manos blanden sin tregua recien cortadas ramas de palma y oliva.

—¿Quien es el digno de tantas honras y de tal entusiasmo? ¿Dónde están los poderosos caballos del color de la nieve, dónde el carro de marfil con sus laureles, dónde los despojos de las vencidas comarcas, dónde el héroe que llevais á vuestro Capitolio?

Estas preguntas dirigia una matrona romana á su sierva en quien se apoyaba fuertemente para que las oleadas de la muchedumbre no la arrastrasen. Con el inmenso clamoreo que las rodeaba, la esclava apenas pudo escuchar; pero estendiendo el brazo y el índice: —¡Mira!—dijo; y esclamó tambien: *¡Hosana!* Y *¡Hosana!* repitio su señora sin poderse contener. Y ambas, como todos, gritaron: *¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!*

Venia en efecto; no sobre dorada carroza, tirada por tigres y leones, sino sobre humilde jumentilla. ¡Quién podrá pintar la majestad de su semblante! ¡Quién el tinte de divina melancolía que lo adornaba! ¡Quién el inmenso amor con que, levantados sus brazos, parecia atraer sobre la tierra las bendiciones del cielo! Diriase que innumerables legiones de ángeles se miraban en sus ojos como en un claro remanso de los rios del paraiso que les sirviera de espejo. Flotaban al cariñoso impulso del aura su túnica y su manto de lana pura, sin mezcla alguna de hilo, que casi cubriendo el manso animal en que cabalgaba, hubiera llegado al suelo, á no impedirlo el labio de la desgracia que los retenia con el beso de la gratitud. El antiguo paralítico caminaba á su lado; el antiguo ciego no se hartaba de mirarlo; el antiguo cojo saltaba ante él como David ante el Arca; el antiguo demente le dirigia concertados cánticos de alabanza; la antigua viuda de Naim le presentaba lleno de vida el hijo que llevaron á enterrar; Lázaro le mostraba el sudario con que aprendió por tres dias el secreto de los sepulcros. El fastuoso cortejo de las miserias humanas, proclamando su alivio ú esperando encontrarlo, le acompañaba ó seguia al entrar por Jerusalen. ¿Cuándo la vanidad, la adulacion ni la soberbia terrenal presentarán ovacion semejante á los dominadores de las naciones?

Entonces, y mientras acababa de pasar la muchedumbre de los hijos de Israel, dos mujeres se hablaron á un tiempo.

Dijo la una:—¡Oh portento! Mis ensueños no me engañaron. El es: el dispensador de la felicidad en esta vida, el Juez de inefables premios ó de inefables castigos para la eterna. ¡Oh tú, Sócrates ó Minos, Dios, ó hijo de Dios velado en figura humana! enséñame la manera de adorarte, y seré feliz.

Dijo la otra:—¡Jesus! ¡verdadero Mesías hijo de Dios vivo! Tú me enseñaste en el manantial de Jacob á adorar al Padre en espíritu y verdad. Yo te bendigo, y soy dichosa.

Y entrambas se retiraron, al parecer abismadas en profundas meditaciones. Eran Claudia Prócula, noble matrona romana, y su sierva Protina, natural de Sicar en Samaria.

IV.

No han trascurrido tres dias: el tiempo acerca las horas del poder de las tinieblas. Los herodianos, los saduceos, los fariseos y los sacerdotes han visto el entusiasmo del pueblo; el demonio de la ambicion y del orgullo los agita; sin convocarse, reúnense en conciliábulo de iniquidad; siembran la calumnia, derraman la seduccion, compran la lealtad (¡hallado un Judas que se la vende!) y deciden la muerte del Justo. Ya está en su poder: ya la escena ha cambiado: ya las aclamaciones de triunfo se han convertido en imprecacion y grito de muerte. De Getsemaní han partido los crepúsculos de una agonía que empieza produciendo sudores de sangre. El Inmaculado está escupido; el Bienhechor preso y arrastrado; examinado el Maestro; el Rey de gloria hecho varon de dolores; el Inocente reputado cual malhechor; el santo esperando sentencia capital infamatoria. ¡Jerusalen, Jerusalen! ¿Quién te ha embriagado? ¿A dónde corres como furiosa blandiendo antorchas funerales? ¿Qué logras con presentar ese Cordero en la morada del príncipe de tus sacerdotes? Ya no eres la ciudad reina: ya ha caido el cetro de las manos de Judá: tu Caifás no tiene jurisdiccion de muerte: puede martirizar la víctima, pero mo decretar su inmolacion: eres esclava de Roma.

—¡Oh rabia! ¡oh furia! ¡oh desesperacion!.. ¡Al pretorio! ¡Al Gábbatha! ¡Al presidente Poncio Pilato! ¡Al delegado del César!...

Así vociferaba la seducida muchedumbre que se empujaba en los átrios de la casa de Caifás pontífice, ó se arremolinaba en la plaza por penetrar en ellos. Solo una mujer pugnaba contra la corriente de aquellos centros de iniquidad. Era Protina. Logró vencerlos, y corriendo solitaria por las calles de Jerusalen hácia la mansion de Prócula, se parecia á las sombras de la noche huyendo de la aurora de la Parésceve que venia. Era el instante en que el tercer canto del gallo que la predecia, despertaba remordimientos en el corazon de un galileo, principal discípulo de Jesus, que acababa de negarle cobardemente.

Protina corrió, voló, llegó al Pretorio. Conocida sin duda por los vigilantes legionarios, tuvo franca la entrada, y apareció anhelante en el aposento de su señora.

—Claudia, tu sierva ha cumplido tus órdenes. Quieren que muera: son como tigres que se disputan una ovejilla. Van á venir aquí en demanda de la sentencia fatal... No hay tiempo que perder.

—Sentencia aquí! No será. Se abismarian los cielos sobre este palacio! Y si luego, como hijo de un Dios, vencia las cadenas del sepulcro!... ¡Ay del inícuo sentenciador!... ¡Ay!.. Ven conmigo.

(La conclusion en el número próximo.)

J. J. CERVINO.

(1) Véase el número 6.º

(2) *Lapis specularis*: piedra trasparente con que los antiguos cerraban sus ventanas.

Solucion del geroglifico del número anterior.

Quien se casa por dinero,
Ese se cansa primero.

GEROGLÍFICO.



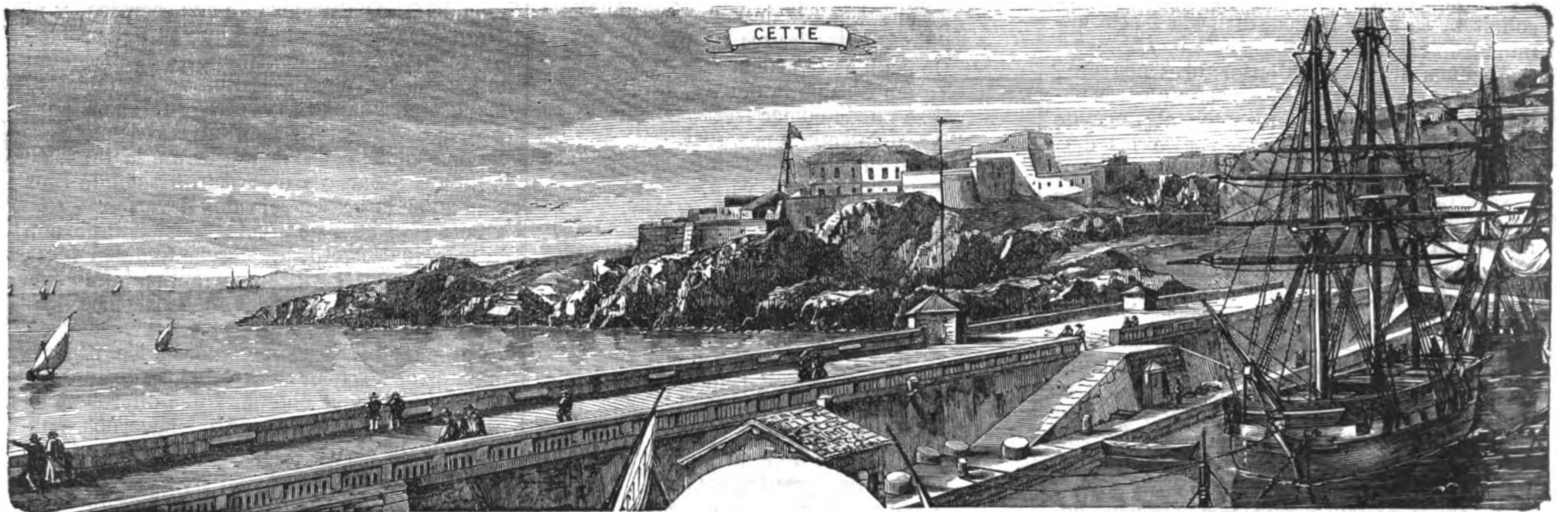
Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



VICTOR MANUEL EN TRAGE DE CAZA.

El Periódico ilustrado.



Número 9.°
DEL 3 AL 11 DE MAYO DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.		
Provincias.	Un año 28 » —Seis meses 14 »		
Ultramar. .	Un año 80 » —Seis meses 40 »		

4 cuartos el número.

AVISO.

El Periódico ilustrado, representante desde hoy de *Le Petit journal* francés, de Paris, recibe las suscriciones á este último periódico en su Administracion, calle de Carretas, número 8, cuarto segundo, y en el despacho central de las Cuatro Calles, donde tambien se espenden los números sueltos.

De la misma manera se reciben suscriciones al *Journal ilustré* francés.

CORRESPONDENCIA

á nuestros lectores, á nuestros suscritores, á nuestros amigos.

La estensa correspondencia que nos vemos obligados á mantener, tanto con nuestros corresponsales de provincias como con nuestros numerosos suscritores, nos obliga hoy á contestarles en general, haciéndolo en la primera página de nuestro número, en vez de verificarlo á la conclusion, como lo tenemos de costumbre.

Gracias á vuestra amable cooperacion, á vuestros consejos y á vuestra bondad, El Periódico ilustrado, que empezó á publicarse hace dos meses, ha alcanzado en este corto espacio de tiempo un éxito tan fabuloso, que no pudimos presumir jamás fuera tan grande ni tan inmediato.

Una y mil veces gracias por tan lisonjera como productiva cooperacion. Igualmente las debemos á los señores presidentes de los Casinos de provincias, porque á su influencia se debe indudablemente las numerosas suscriciones que recibimos diariamente de aquellos círculos.

No es menor nuestra gratitud para con los señores prelados y sacerdotes, que tomándose un interés extraordinario por nuestra publicacion, no pasa dia sin que recibamos muestras indudables de sus buenos oficios en nuestro favor.

Gracias, en fin, á todos, volvemos á repetir, y para corresponder dignamente á tantas muestras de cariñoso aprecio, preparamos nuevos trabajos y magníficas viñetas, que en vez de desmerecer de las que hasta aquí llevamos publicadas, son de un extraordinario mérito y de un gran coste.

La parte de redaccion se halla confiada á reputados escritores, cuyo solo nombre es ya una garantía.

Muchas personas nos suplican les enviemos la última produccion de nuestro querido amigo y festivo redactor D. Manuel del Palacio, titulada ***De Tetuan á Valencia, haciendo noche en Miraflores.***



COCHINCHINOS Y JAPONESES.

Tendremos un placer en enviar directamente la citada obra á todos aquellos que la soliciten, en carta franca, dirigida á esta administracion.

Algunos de nuestros suscritores nos preguntan por qué no ofrecemos en nuestras páginas grabados que representen algunas de las deplorables y tristes escenas de los dias 8 y 10 del mes próximo pasado.

Desgraciadamente esto es imposible, porque nuestra publicacion es completamente ajena á la política y podriamos esperimentar algun tropiezo. Sin embargo, nuestra profesion de fé es harto conocida, y en trasladar á nuestro semanario ciertas escenas de actualidad tendriamos una verdadera satisfaccion; pero por hoy no enarbolamos ninguna bandera política: somos únicamente el órgano de las ciencias, las artes y la literatura, y permaneceremos siendo únicamente los soldados del progreso y del porvenir de la España en este sentido.

A todos aquellos que nos ofrecen enviar geroglíficos, charadas, vistas fotográficas, etc., un millon de gracias, y desde ahora aceptamos con placer su generoso ofrecimiento.

PEDRO A. LAMARTINIERE.

REVISTA DE LA SEMANA.

Poco y malo esta semana
Me ofrece que revistar,
Pues á un vértigo sujeta
Se encuentra la humanidad.
Ejecuciones aquí,
Asesinatos allá,
Presentimientos de guerra
Donde reinaba la paz,
Y en todo el mundo recelo,
Y sobresalto y afan;
Este es el vivo retrato
De nuestra presente edad:
Gozoso con sus victorias,
No anhelaba el Norte más,
Cuando una mano homicida,
Tan aleve como audaz,
Ha abierto á Lincoln la tumba,
Que á más de tumba es altar.
Un cómico cuya raza
Reside en el Maryland,
Un Booth, que haciendo tragedias
Ganó renombre y caudal,
Esta infame ha ejecutado
No se sabe con que plan,
Y que de fijo, la última
De sus tragedias será.
Por fortuna aquella tierra
Es tierra de libertad,
Y para seguir la obra
Del demócrata inmortal
Hombres tiene en abundancia
Como Jhonson y Seward.

—

Muerte tambien, pero á impulso
De una dolencia tenaz,
Ha hallado en tierra extranjera
El gran duque Nicolas.
Jóven, de un trono en las gradas,
Y amado de una beldad,
Que sus últimos momentos
Ha querido consolar,
Nada ha bastado á su alivio,
Todo ha cedido ante el mal,
Ciencia, fortuna, esperanza,
Cuanto el hombre tiene y dá.
Con sus restos un navío
Partió de Niza á Cronstad,
Mientras su padre, que á tiempo
Llegó de verle espirar,
Ha andado cuatro mil millas
En setenta horas no más,
Y hoy llora su desventura
En su palacio imperial.
Todo ante la muerte cede
Y es su ley, ley de igualdad,
Pero unos mueren ahitos
Y otros por falta de pan.

—

Ya empieza la primavera
Nuestros campos á esmaltar;
Ya el sol, padre de los pobres,
Pide á gritos *levisac*.
De las lilas el aroma
Ya embalsama la ciudad,
Y se puede comer fresa
Pagando cada una á real.
Pronto el teatro Rossini
Sus puertas nos abrirá,
Y de la hermosa Boschetti
Y de Tamberlik sin par,
Oiremos los dulces trinos
En *Fausto* y *Don Sebastian*,
Y en *El Profeta* y *La Mutta*
Que pinta mi amigo Plá.
La Bonfanti con sus brincos
Tambien nos hará brincar,
Y pasaremos las noches
En agradable solaz,
Libres acaso de todo
Lo que hoy juzgamos fatal.
Y entre esto y las maravillas
De Simon Rivas y Prais,
Entre los bailes campestres
Y los saltos de Leotard,
Y las corridas de toros
Y los conciertos de Arban,
Tal va á pasarse el verano
Que un majadero será
El que emigre de la córte
Buscando la sociedad,
Ya en las orillas del Sena,
Ya en los bosques de Hyde-Park.

—

Un libro, tan solo un libro,
Se acaba de publicar,
Por su forma, muy pequeño,
Muy grande, por su bondad.
Armonias y cantares
A su frente escrito vá,
Y en él Ventura Aguilera
Nos deja á todos atrás.
Poeta de sentimiento,
Profundo siempre y moral,
Un suspiro de su alma
Se encuentra en cada cantar.
Desgraciado, como bueno,
No vuelve al dolor la faz,
Que él en su dolor se anega
Y halla dulce su raudal.
Por eso entre sus cantares
Como este los hallarás:
«Para ir de este mundo al otro
Atravesamos un mar,
Tal vez por eso á la cuna
Forma de barco la dan.»
Ya ves tú, lector amigo,
Si esto es bello y es verdad.

M. DEL PALACIO.

TRES PROBLEMAS SOCIALES.

I.

La clase media.

Más de una vez, como á otros muchos, se me ha ofrecido la duda de si la civilizacion, tal como la poseemos, es una fortuna ó una desgracia para la humanidad. Considerado el hombre con relacion al objeto para que fué creado, parece indudable que su destino es un progreso constante, que le lleva al grado superior posible de perfectibilidad. Basta abrir la historia para convencerse de que aun á pesar de los períodos de oscurantismo porque la humanidad ha pasado de tiempo en tiempo, siempre ha aparecido la civilizacion con nueva fuerza, irradiando una luz más brillante, adhiriéndose más y más á nosotros, si puedo valerme de esta frase. Así, por ejemplo, la descastada civilizacion de los pueblos griego y romano era muy inferior á la nuestra, por mucho que en su abono digan los fanáticos admiradores de tiempos, cuya mayor grandeza consiste en la distancia que los separa de nosotros. El siglo marcha, como ha dicho Eugenio Pelletan, y Dios sabe dónde parará; de conquista en conquista vamos despojando á la naturaleza de sus secretos, y ni tengo por imposible la resolucion del problema del movimiento contínuo, ni la direccion de los globos, ni que con el auxilio de estos dos descubrimientos y otro que sirva para crear atmósfera, lleguen nuestros nietos á viajar cómodamente de la tierra á la luna, de la luna á Saturno y de Saturno á donde Dios y su audacia fuesen servidos llevarles.

Pero si el hombre civilizándose cumple con su principal objeto, me parece tambien fuera de duda que la civilizacion, aumentando sus necesidades y sus deseos, debe hacerle desgraciado.

En cualquier edad, súmense los padecimientos de dos hombres, el uno civilizado y el otro salvaje, y se obtendrá una diferencia en contra del primero, capáz de hacernos maldecir de la civilizacion y de nuestro eterno afan de civilizarnos.

En todas las naciones la clase mas infeliz es la clase media. ¿Por qué? Indudablemente porque es la mas civilizada.

Dos sistemas de gobierno se disputan el mundo, casi casi desde que salió de la nada; el uno, el que atribuye á la soberania un orígen divino; el otro, el que la hace emanar directamente del pueblo.

Las sociedades modernas han querido hermanar estos dos principios, creando un sistema ecléctico; aquellas sirven respectivamente á la aristocracia y al pueblo; el eclecticismo se ha inventado indudablemente para la clase media.

Yo creo que la aristocracia y el pueblo tienen resuelto su problema social en sus propias condiciones. Todos los sistemas del mundo no pueden impedir que haya opresores y oprimidos, ricos y pobres, gente que huelgue y gente que trabaje.

El gran problema social que está por resolver, cuya solucion es sin embargo de urgencia inmediata, es el problema de la clase media

La civilizacion la coloca en aptitud muy adecuada para elevarse hasta las nubes ó para hundirse en el abismo mas espantoso; suspendido eternamente entre la prosperidad y la ruina, con la ambicion abierta á todos los deseos y condenada á la realidad, no hay suplicio como el suyo; es la parte de la sociedad que verdaderamente está fuera de su asiento. ¿Cuál es el asiento legítimo de la clase media?

Vive á igual distancia de la choza que del palacio; conoce tan á fondo la miseria como la opulencia; tiene conciencia de todos los placeres, los toca incesantemente con la mano y nunca consigue embriagarse con ellas para moderar el deseo con el hastio.

Dueña por derecho de conquista de sus dos poderosos ejes sobre que rueda la sociedad, del pueblo porque acepta su yugo, de las clases elevadas porque la necesitan, paréceme un rey sin cetro y sin corona, un verdadero monarca representativo; reina pero no gobierna.

Alguna vez consigue ver realizado su afan constante, y amparada de un título de nobleza, de un tratamiento de excelentísimo señor ó de algunos millones de capital, rompe la ominosa cadena y salva el escalon que le separa de la otra clase, que aun viviendo con ella es su rival y su enemiga; pero en cambio muchas más veces el salto que dá es de retroceso; desde las alturas del Capitolio se precipita por la roca Tarpeya, y rueda en un abismo de que la plebe no puede tener nunca ni la idea mas remota.

Como las escepciones no perjudican á la regla general, como en la clase media por cada uno que sube descienden ciento, como la inmensa mayoría se sostiene en un nivel espantoso, fuerza es reconocer que en la sociedad como en la religion, muchos son los llamados y pocos los escogidos.

Yo quiero que se me señale un solo hombre perteneciente á este nivel de que he ha-

blado, que sea feliz hasta el punto en que la felicidad es compatible con nuestra manera de sér. De fijo no lo hay: se comprende la felicidad en las clases que no traspasan nunca un círculo mezquino, que viven en un mundo infinitamente mas pequeño; se comprende tambien en las que tienen deseos y no obstáculos para realizarlos, pero es de todo punto inconcebible en las que para cada deseo ardiente tienen un obstáculo poco ménos que insuperable.

La civilizacion que ha proclamado el gran principio de la igualdad, sigue adelante tan satisfecha, sin cuidarse de armonizar la teoría con la práctica: nos ha dicho que somos iguales, pero no nos ha dicho todavía los medios de serlo.

Teniamos ya la aristocracia de la sangre que nos parecia insoportable y le pusimos el correctivo de la del dinero; pronto esta se nos hizo tambien insufrible y creamos la del talento, que no pasa de ser una sangrienta ironia. Si con una sola aristocracia nos iba mal, nada me parece tan lógico como que con tres nos vaya infinitamente peor.

El horror instintivo á la aristocracia de los pergaminos nos hizo buscar algo con que ponerla en caricatura, y un instinto fatal nos dió á conocer la aristocracia del talento.

Véase un sábio habitando entre las cuatro paredes súcias y lóbregas de una boardilla, consumiendo su inteligencia en el estudio á la luz de una bela de sebo, ó véasele en la calle sombrío y meditabundo con su levita raida, y dígasenos: «ese es un aristócrata.» ¡Qué sonora será la carcajada de burla con que contestemos á este anuncio!

¿Es quizás el talento la escala mágica que ha de elevar á la clase media hasta las regiones de sus sueños? En algunos casos puede ser; pero la escepcion no destruye la regla general.

La única solucion que conozco para este problema es la osadía; pero la osadía es un don del cual solo disfrutan algunos pocos.

Existe siempre el mismo desnivel, desnivel espantoso entre las necesidades y los recursos de la clase media. Yo no conozco leyes ni costumbres que lo puedan destruir: yo no veo que la civilizacion se dirija tampoco á destruirlo.

Cuando oigo hablar de reaccion me rio, y cuando oigo hablar de revolucion no me espanto; una y otra han equivocado su camino: inútiles son todos los esfuerzos de un poder cuya cabeza está ya abatida para siempre: el pueblo no conseguirá nunca llevar á cabo una revolucion duradera, porque no tiene problema que resolver; será cuando más un instrumento.

La verdadera revolucion social, cuyo carácter se desconoce, que no se pueda decir si será violenta ó pacífica, si tomará esta ó la otra forma, es la revolucion que ha de hacer la clase media, que ya viene iniciada y que Dios sabe dónde y cuándo se detendrá.

¿Bastará á resolver el problema de la vida, ó creará otro aun mas difícil? En el primer caso, la civilizacion será un bien positivo; en el segundo, una de las grandes locuras de la humanidad.

L. G. DE LUNA.

CRONICA JUDICIAL.

Tampoco podemos hoy comunicar nada nuevo á nuestros lectores acerca de la causa seguida contra Vicenta Sobrino. Las dilaciones sin cuento que hace tiempo viene esperimentando esta causa, destinada, en nuestro humilde juicio, á figurar por muchos conceptos entre las más célebres de España, han empezado á llamar la atencion del público y de la prensa, que no aciertan á darse cuenta de los obstáculos que puedan oponerse á los procedimientos legales. Algunos periódicos llegan hasta indicar, y esto es verdad, que en nuestros Códigos existen medios sobrados de evitar tantas dilaciones; y que es muy sensible que cuando todos los esfuerzos de los jurisconsultos encargados de promover la reforma de la tramitacion criminal se encaminan á acelerarla, sin perjuicio de los medios y de la libertad de la defensa, en la causa de Vicenta Sobrino, que el público sigue un particular interés, se esté dando un ejemplo que parece destinado á contrariar aquellos propósitos.

Efectivamente, sin que sea nuestro ánimo hacer una censura del procedimiento, es lo cierto que en el corto espacio que ha mediado desde la publicacion de nuestra última crónica, se han señalado tres diferentes dias para la vista de la causa de que nos ocupamos, y otros tantos se han suspendido, haciéndose nuevo señalamiento para que siga nueva suspension. Tan continuas dilaciones reconocen por orígen los repetidos recursos presentados por el defensor de la Sobrino, recusando los distintos jueces elegidos para la prosecucion de los procedimientos; y aunque dichos escritos, cuando ménos por sus resultados, hacen indudablemente honor al talento y habilidad del jurisconsulto encargado de la defensa, en quien reconocemos el deber de apelar á todos los medios que la ley le ofrezca para conservar la existencia de los procesados, es lo cierto que la atencion del público está sobreescitada en este asunto, y que es opinion general que existe una tendencia marcada á dilatar indefinidamente los procedimientos. Ignoramos, pues, cuándo tendrá efecto la vista de esta ruidosa causa: de su resultado enteraremos oportunamente á nuestros lectores; pero desde luego podemos anunciarles que probablemente no asistirá la acusada á dicho acto.

Nuestros lectores recordarán el crimen cometido el 13 de setiembre último en la plazuela del Progreso, esquina á la calle del Meson de Paredes, del que fué victima Juan Vazquez Bujan, soldado del depósito de Ultramar, y autor una jóven llamada María Castro Moratinos. Este homicidio, como es fácil de suponer, tuvo su orígen en una cuestion de celos, pasion terrible, que lo mismo arma el riguroso brazo del soberbio moro de Venecia, que la delicada mano de una mujer; que da fuerzas y ferocidad al tímido y enfermizo pastor de Ivry para hundir repetidas veces un puñal en el seno de su voluble amada, y convierte á una tierna jóven en una pantera javanesa ó en un tigre real de Bengala.

En uno de estos últimos dias se ha verificado la vista de la causa seguida contra la Castro, ante la sala primera de la Audiencia de esta córte, con asistencia de la acusada. En primera instancia habia sido sentenciada á diez y seis años de reclusion temporal: el abogado fiscal pedia doce años de la misma pena, y el defensor la absolucion, en virtud de las circunstancias especiales que concurrieron en la perpetracion del crimen. Al presentarse la acusada ante el tribunal, se retrataba en su semblante la angustia que oprimia su corazon, llegando á tal estremo su desconsuelo, que cuando terminado el acto le preguntó el presidente si tenia algo que esponer al tribunal, la infeliz no pudo pronunciar una palabra: la emocion habia paralizado su lengua. Del fallo de los tribunales acerca de este proceso daremos cuenta á nuestros lectores: sin embargo, al referir los anteriores detalles, no hemos podido ménos de recordar un caso parecido que ha tenido efecto últimamente en Paris, y cuyo resultado ha sido el siguiente: Una jóven, de reconocida virtud y laboriosidad, contrajo matrimonio con un obrero de corazon noble y de buenos sentimientos, pero de costumbres algo licenciosas. A los pocos meses de vida conyugal, la jóven conoció que su esposo tenia amores ilícitos, y que mantenia á su manceba con parte del jornal que ganaba. Al principio sufrió en silencio, y trabajó en su oficio de costurera para atender á las obligaciones de su casa; pero una noche, despues de una acalorada disputa con su esposo, le atravesó el corazon de una puñalada cuando se hallaba dormido. Loca de desesperacion salió á la calle, y corrió á la ventura, refiriendo su crimen al centinela de un cuartel, que no quiso darla crédito, y arrojándose más tarde al Sena, de donde fué sacada por un barquero. El tribunal, tomando en consideracion sus antecedentes, la declaró absuelta.

No tener dinero es una cosa muy corriente y muy natural, y sobre esto tener apetito, es una cosa más natural todavía. Así debieron creerlo tres caballeros particulares que en la tarde del sábado último se presentaron en la fonda de Cataluña, y despues de haber dado cuenta de varios y no escasos manjares, se declararon en quiebra cuando el fondista les presentó la suya. Este, que no entendia de bromas ni daba de comer tan barato, llamó á los agentes de la autoridad, y los tres caballeros fueron á hacer la digestion á la última casa de la calle de Hortaleza, en la acera de los números nones, se entiende. Esto me hace recordar á cierto *lipendi* que entró en una fonda, y pidió sopa, chuletas, asado, ensalada y postres; reclamando despues, por via de mondadientes, á un señor de las mangas verdes que lo llevase á la cárcel, cuya peticion, inútil es decirlo, fué exacta y fielmente cumplida.

Pasemos al extranjero. Leduc, el asesino de sus hijos, ha expiado el miércoles último su horrible crimen en la plaza pública de Boulegne-sur-Mer. El condenado, durante sus últimos momentos, ha permanecido tranquilo, sin que en su fisonomía se retratase la menor emocion: continuamente se le ha visto resignado y esperando sin temor el suplicio que le aguardaba. Al despedirse de su carcelero le dijo: «Muero contento: ¿qué hubiera hecho yo en el mundo?» A las seis de la mañana subió al coche fatal, acompañado del capellan de la cárcel y del cura de Saint-Omer, los cuales, para evitar la muchedumbre, hicieron que el coche saliese por la puerta de Balais, de modo que el reo tuvo que atravesar el puente Napoleon, á cien pasos del sitio donde cometió el crímen. ¡Quizás en aquel momento pensó en los dos ángeles, inhumanamente ahogados por su mano! Media hora despues el coche entraba en Boulogne-sur-Mer, y algunos minutos más tarde Leduc pagaba su tributo á la justicia de los hombres.

El parricida Pelissier, de cuyo crímen tambien dimos cuenta á nuestros lectores, ha sido trasladado de la cárcel de Riom, donde todavía se hallaba, al presidio de Tolon, en cuyo punto se embarcará para la Nueva-Caledonia á estinguir su condena. Segun escriben de aquella ciudad, Pelissier permanece tranquilo, como lo estuvo ante sus jueces: el comisario de policía de Riom, que le acompañó hasta la estacion del ferro-carril, hizo todos los esfuerzos imaginables para obtener algunas revelaciones del reo: tarea inútil; Pelissier solo dijo: «Puedo asegurar que mis padres se suicidaron en Lyon, en el puente de Saint-Clair ó en otro que hay más abajo: escribid á Lyon, si quereis.» Al ponerse el tren en marcha, le volvió á decir el emisario: «Pelissier, ¿persistís en vuestra declaracion? —Sí, sí, contestó el reo; con el tiempo lo vereis.»

Cuatro líneas antes de terminar. A un tribunal de Paris es presentado un prójimo, que carece de documentos y de medios conocidos de vivir:

—¿Cómo os llamais? le pregunta el presidente.

—Claudio Baudot.

—¿Cuál es vuestra profesion?

—Señor, vendo cristales ahumados para los eclipses de sol.

I. VIRTO.

ALEGO



La ramilletera.
El nido.
El campo.
Los enamorados.
El bosque.
Las flores.
Regreso de las golondrinas.

EL MES D

El May



DE MAYO.

Mayo de la aldea. La estufa. Los niños El último rayo. El jardinero. La taza de leche. Los corderos. El altar de la Vírgen.

TEATROS.

Pródiga hasta el despilfarro ha sido la última semana en novedades teatrales. Dos obras se han estrenado en el teatro de la Zarzuela, una en el del Circo y una comedia de mágia en el de la plaza de la Cebada. La actriz italiana señorita Civili ha inaugurado tambien sus funciones en el teatro de Variedades, y por fin, en el régio coliseo ha tenido efecto el beneficio de la siempre distinguida cantante Mme. Ana de la Grange.

Si hubiéramos de llenar cumplidamente nuestro cometido, basta la enunciacion del anterior programa para comprender que habiamos de ocupar mas espacio que el que destinamos á esta clase de trabajos. Además, y en obsequio á la verdad, aunque muchas son las obras nuevas, pocas ó ninguna sufriria un exámen detenido. Nos concretaremos, pues, á decir de ellas lo bastante para que pueda ser conocido su respectivo mérito, y con débil esfuerzo habremos salido del paso.

La funcion que á beneficio de Mme. Lagrange se puso en escena el jueves último en el Teatro Real obtuvo la más favorable sancion del público, que llenaba las localidades de aquel vasto y elegante recinto, y que recibió á su estimada artista con inequívocas muestras de cariño, obsequiándola con ramos, coronas, palomas y versos, y por cierto que con justicia. Mme. Lagrange es siempre la consumada actriz, que con su envidiable talento sabe cautivar al auditorio. Tambien el Sr. Nicolini, que en dicha noche cantó con la beneficiada el cuarto acto de *La Favorita*, mereció los aplausos de la distinguida concurrencia que asistió á aquella solemnidad artística.

Un rasgo que enaltece á la dama, despues de tantas y tantas dotes artísticas que adornan á la cantante, y que dejará un profundo recuerdo entre sus admiradores, debemos consignar aquí, puesto que con él ha conquistado el agradecimiento de una familia necesitada, prestando generosamente su distinguida cooperacion en beneficio de un actor enfermo que carece de recursos, con el fin de salir de España para recobrar su salud. Este laudable motivo detendrá algunos dias en Madrid á Mme. Lagrange, y nos proporcionará el inmenso placer de oirla en el teatro de la Zarzuela, que es en el que se pondrá en escena la funcion que se proyecta con tan humanitario pensamiento, segun nos han asegurado.

En el teatro de Variedades se realizó por fin el domingo la esperada reaparicion de la eminente actriz italiana señorita doña Carolina Civili con el drama del género llamado *realista*, y que lleva por título *La Dama de las Camelias*. Conocido hasta la saciedad el pensamiento de esta obra, no habremos de juzgar ahora hasta qué punto es tolerable la exaltacion del vicio que en ella pretenden redimir, y nos limitaremos á rendir un tributo de admiracion á la artista que con tal verdad interpreta el difícil papel de protagonista, que el público todo sufre con ella durante su prolongada y terrible agonía. La señorita Civili en este drama, que en otra ocasion desempeñó en Madrid, y por cuya razon nos creemos disculpados de entrar en detalles, es la actriz inimitable, es la sublimidad del arte.

Recordados ya estos dos faustos sucesos, pasemos á ocuparnos de las obras que por primera vez han sido presentadas en la escena.

Buena boda, juguete en un acto, en verso, original y primera produccion de un jóven escritor, estrenóse en el teatro de la Zarzuela, y merece por cierto la buena acogida que se le dispensó. Basado en un pensamiento que desarrollado en obra de más pretensiones tendria suma importancia social, y escrita con fácil y oportuno gracejo, es una obra de entretenimiento que llena cumplidamente su objeto.

En la misma noche que la anterior, y en el citado teatro, representóse tambien por vez primera *Despierta y dormida*, zarzuela traducida del francés, y que á no haber sido llamados sus autores á la escena, no exigiria especial mencion. El trabajo del escritor español que la ha importado á nuestro teatro no es censurable, ni tampoco la música que se la ha intercalado para darle mayor atractivo. Por lo demás, la obra carece de plan, y por consiguiente, de interés.

El teatro del Circo ha cerrado sus puertas con una zarzuela que hubiera quizás logrado por sí sola que se hubieran cerrado antes, si antes se hubiera puesto en escena. Afortunadamente para la celosa é inteligente empresa de aquel coliseo, su mala influencia ha sido ineficaz en este caso, gracias á que la misma tenia el pié en el estribo cuando se acordó de aquella malhadada zarzuelita. Tres actos tiene sin embargo, y se titula *De Salamanca á Madrid*. Si su autor nos quiere creer, antes de dar á luz otra produccion, debe invertir el viaje, y hacerle de Madrid á Salamanca. Todos habremos de ganar en ello.

Amor fino y amor basto ó el pico y el rabo (vaya si lo tiene el titulejo) es el nombre de una comedia de mágia que en el teatro de Novedades tambien se ha estrenado la semana última. Imposible es ocuparse con formalidad de esta obra, en la que domina, por otra parte un pensamiento laudable; pero que no es comedia ni mucho ménos de mágia. Escrita toda ella en un tono con esceso libre, sonroja y no divierte. Grosera en sus episodios, pues entre otros recordamos el que presenta á un bisabuelo de la novia del gracioso *revenant* en forma de toro, y al cual lidia, en toda regla, su futuro pariente, y en el que se exhiben al público varios escarabajos, que se ocupan en su asquerosa industria, no es digna la obra en cuestion de otra cosa que del olvido, ya que hemos tenido la triste suerte de conocerla y de traerla en estos instantes á la memoria.

Del 8 al 12 se inaugurará el teatro de Rossini, en los Campos Elíseos, con la ópera *El Fausto*. En breve tambien el Circo del Príncipe Alfonso abrirá sus puertas. Mientras tanto, yo cierro este artículo, y todos estamos en nuestro derecho.

E. DE INZA.

CETTE.

Cette, que es la vista con que hoy encabezamos nuestro número, es una ciudad muy importante del departamento de Herault, en Francia.

Al mismo tiempo es un puerto de mar de los principales en el vecino imperio, y la actividad de su comercio justifica la importancia que se le concede.

Como Rochefort y muchas otras ciudades marítimas de Francia, Cette no adquirió la importancia de que hoy disfruta hasta el reinado de Luis XIV. Hoy cuenta con 25.000 habitantes en su recinto.

Se calculan tres ó cuatro mil personas las que favorecen con su presencia todos los años este delicioso puerto de mar, á donde van á tomar baños y á admirar su magnífica montaña, situada en medio de las aguas, cuya elevacion es de 160 metros.

La pesca local y la de las aves acuáticas forman uno de los ramos mas importantes de su industria y de su comercio.

El puente que dá entrada por tierra á la ciudad, es una obra magnífica, como lo son igualmente muchos de los edificios de la misma y que datan de la época del Renacimiento.

Su muelle está perfectamente construido, así como son dignos de visitarse los almacenes del puerto, cuidados y pertrechados de cuanto pueda necesitarse con el mayor esmero y buen gusto.

La estacion de los baños es una de las mas deliciosas en aquel país; así que, de los puntos mas lejanos de Francia y hasta del estranjero acuden á disfrutar en él, no solo de la bondad de sus aguas y de lo sano de sus alimentos, sino tambien del fresco ambiente y de la agradable temperatura que allí se disfruta.

Tales son, ligeramente reseñadas, las buenas condiciones de la ciudad y puerto de Cette.—B.

COCHINCHINOS Y JAPONESES.

El grabado que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, representa los retratos de los embajadores del Japon que visitaron á Madrid hace dos años, despues de haber permanecido en Francia algun tiempo, cumpliendo como en España su mision diplomática.

Antes que ellos nos visitaron los del emperador de Conchinchina Tu-Duc, y cuya historia de regreso es de las más dramáticas. A fin del mes de noviembre de 1863, dejaron á Valencia á bordo del vapor *Lepanto*, y desde esta época fueron casi constantemente víctimas de las más aterradoras tempestades. Los vientos les llevaron de las costas de Francia á las de Italia, y de las de Sicilia á las islas Jónicas. Hasta primeros de febrero no cesaron de esperimentar crueles contratiempos; pero al fin pudieron echar el ancla en el puerto de Alejandría.

Despues de descansar algunos dias en el Cayro, donde Said-Pachá les concedió la más generosa hospitalidad, se embarcaron en Suez á bordo del steamer *Japon*, que les condujo á Leylau

Sin estas peripecias, hace ya largo tiempo que los embajadores annamitas estarian olvidados. Tuvieron la desgracia de venir antes que los japoneses y de ser ménos interesantes. Nada valen los nombres de Phan-Thang-Giau, ó del intérprete conchinchino Trüong-Vuh-Ky, al lado de los sonoros nombres de los enviados de Taikoun, emperador del Japon; Takeno-Outchi-Somod-Zonki-No-Kami, primer ministro plenipotenciario; Matsdaira-Iwimino-Kami y Kiogock-Notono-Kami, segundos embajadores, y Chibata-Sadataro, primer secretario.

Los embajadores japoneses visten perfectamente: los mandarines del imperio se reservan el privilegio de las túnicas de seda y de zapatos chinos con sus gruesas suelas: las gentes de la clase inferior llevan sobre el vestido una bata corta de lana y van descalzos.

Los japoneses poseen algunas joyas artísticamente trabajadas, y tienen alguna instruccion: los conchinchinos parecen no conocer rudimento alguno de industria, propia de una civilizacion adelantada.

Los embajadores de Taikoun están lejos de ser tan escuálidos ni tan pobres como los de el emperador Tu-Duc.

La tez de estos es de un calor amarillo súcio, y nada más repugnante que sus dientes, negros completamente por el uso inmoderado de la nuez de *arec* y del *betel*, planta que en la India sustituye al tabaco, y que mascan como un esquisito manjar.—B.

EL MES DE MAYO.

Mayo es el mes de las flores, de las aves, de los poetas y de los enamorados. La naturaleza, sacudido ya el helado manto del invierno, se viste el ligero traje de primavera

y se corona de flores; las aves, escondidas entre el ramaje y alegres porque su compañera, la Patti, ha tentido su vuelo hácia otros paises, cediéndolas el campo, saludan gozosas al sol naciente; los alumnos de las musas dejan á un lado la pereza, y se preparan, lira en mano, á entonar sentidas endechas en honor de la fresca rosa, de la rubia espiga y del ameno valle; los enamorados, en fin, ébrios de entusiasmo con el espectáculo que les ofrece la naturaleza, doblan la dósis de sus suspiros, buscan al dulce objeto de sus ánsias ó contemplan estáticamente á la luna, que es la muda adorada de todos los enamorados cesantes.

El grabado que hoy ofrece El Periódico Ilustrado á sus favorecedores con el título de *El mes de Mayo*, puede decirse que es un verdadero y acabado poema de la primavera: entre el riquísimo tegido de rosas, lilas, claveles y margaritas, que forman una graciosa guirnalda, se destacan animados cuadros que representan varias escenas propias del mes que atravesamos.

En la parte superior del cuadro se ve huir al decrépito invierno, con un séquito de bailarinas y de bulliciosas máscaras: en su lugar se presenta la alegre primavera, coronada de rosas, y seguida de otras divinidades que ostentan doradas espigas y ricos frutos; al rededor de su cabeza vagan las pintadas golondrinas, aves aristocráticas que se permiten hacer todos los años sus escursiones veraniegas, y que vienen á anunciarnos que ha llegado la época de las tardes serenas y de las noches perfumadas; á sus plantas, en fin, se agrupan los amorcillos, preparándose á traspasar de un certero flechazo los corazones inespertos y sensibles.

Bajad un poco la vista y la decoracion cambia en la plaza de una aldea; varios robustos mancebos clavan en el suelo un elevado mástil, en cuya parte superior hay una guirnalda de flores, operacion que las aldeanas saludan con gritos de alegria. Esta parte del grabado representa una costumbre de la poblacion rural francesa, llamada por nuestros vecinos *planter le mai*, alrededor del cual bailan sin descanso los domingos por la tarde. Un poco hácia la izquierda se ve una pareja de enamorados, que abandonando las orillas del rio, que atraviesa un manto de verdura, caminan embebidos en dulces coloquios, recogiendo las pintadas flores que les ofrece la naturaleza.

Al otro lado nos representa una escena de familia, que rebosa ternura y sentimiento. La hija cariñosa ayuda á andar al impedido anciano que le dió el sér, obligado por los años á cruzar en un sillon de ruedas las alamedas de su jardin, mientras los bulliciosos nietos se atropellan por llevar flores á su abuelito, que los acoge con una sonrisa, en que se pinta todo su cariño. Más lejos, el padre de los niños se entretiene en podar las ramas inútiles, en tanto que el menorcito viene del establo con una taza de leche, que piensa ofrecer á su abuelito.

Mayo es tambien el mes de la Vírgen María; por eso representa el grabado, en su parte estrema derecha, un venerable sacerdote, que deposita un canastillo de flores á los piés de la madre del Redentor.—Belza.

CLAUDIA PRÓCULA.

NOVELA RELIGIOSA.

(Conclusion.)

Y se lanzaron hácia un pórtico sostenido por columnas de jaspe. Dos esclavos atrienses abrieron de par en par la puerta de madera de Sethim que allí estaba, en cuanto conocieron que una de las dos personas que se acercaban era Claudia Prócula. Ambas entraron en un magnífico aposento: el cubículo de Poncio Pilato, presidente de Judea á nombre de Tiberio Claudio Neron, césar augusto. Poncio se hallaba inquieto: estrujaba en su puño algunos repliegues de la toca de púrpura, mal sujeta en su hombro izquierdo: media una y otra vez la estancia con desatentados pasos: contaba, sin saber para qué, las luces de un candelabro de bronce, y paraba de vez en cuando atentísimo oido, como quien teme escuchar sonidos desagradables y frunce el entrecejo antes de que le hieran el tímpano. Al ver á sus huéspedas, paróse. Claudia se adelantó, hablando con precipitacion desde antes de acercársele.

—Se por experiencia que no eres malo: se por experiencia que eres débil: no consientan los dioses que sepa por experiencia que tu debilidad te ha hecho inicuo.

—¿Qué sucede? ¿Qué quieres decir?...—Y estendiendo la mano como para suspender por un momento la palabra de su interlocutora, abrió de golpe una ventana y añadió con voz resuelta:—Centuriones, que se tripliquen las guardias que mandé duplicar no ha mucho.

—¡No es eso, no es eso! Jerusalen ha enloquecido. Pretende manchar con cieno la sagrada estátua de Témis...

Poncio Pilato cubrió en el instante con una cortina de escarlata la estátua de la justicia que decoraba el aposento, se colocó delante como para resguardarla y añadió:

—Nada temas.

—¡Que nada tema! Escucha.

Escuchábase ya en efecto un rumor lejano, pero confunso, inmenso, indiscriptible, tremendo, como el del huracan cuando se acerca empujado por el trueno en horas de tempestad.

—¿Y á dónde va Jerusalen?

—Aquí viene, aquí se dirige, á tí te busca.

—¡Aquí!... No entrará aquí: quedaria impura para celebrar mañana su festividad pascual...

—Por eso quiere hoy mismo la muerte...

—¿Para quién?—dijo asustado Poncio.

—Para Jesus.

—¡Bah! ¿Y qué te importa?

—No sabes lo que he padecido, lo que padezco, mis sustos, mis visiones, mis ensueños... Prométeme la vida del Justo. ¿Qué te va en ello? (1). Es tu deber.

—Bien; pero...

—Me llamo tambien Claudia.

—(¡Como Tiberio. Pudiera ser su afin! A ella debí mi cargo...)

—Soy tu esposa...

—(Ellos vendrán diciendo que ha querido hacerse rey, que es enemigo del César, que lo soy yo, si le salvo...)

—¡Poncio Pilato!

—¡Claudia Prócula!

Estos dos vocativos pronunciados á la vez y en son de pasmo, se unieron á la súbita aclamacion de muerte que acababa de partir de la plaza del Pretorio, haciendo retemblar el edificio, y llegando hasta las nubes en desacordes ecos.

Poncio Pilato quedó pálido en un momento de indecision. Parecia que no encontrando á la dignidad á quien pedir consejo, llamaba á la astucia para que se lo diese.

La frente de Prócula tiñóse de carmin: no se sabe si á impulsos de impaciencia, de lástima ó de rubor. Era de nobles sentimientos la suntuosa romana.

Por fin, el pretor se dirigió precipitado á la estancia de su tribunal, diciendo á Claudia Prócula:

—Espérame aquí;—á unos soldados que se acercaban presurosos,

—Traedme bien asegurado al facineroso Barrabás; —y añadiendo para sí:

—Encontré al cabo medio para agradar á todos. No ha sido poca fortuna, ni despreciable inspiracion de los dioses, á instancias de mi sagacidad.

Y desapareció.

Y Claudia Prócula arrojóse en los brazos de Protina. Y el diabólico motin de fuera subia de punto. Y ambos lloraban.

Las angustias del Santo de los Santos ascendian al cielo, en holocausto propiciatorio. Las horas de la redencion del mundo viajaban sobre la tierra, de paso hácia la eternidad de los tiempos. Los ángeles las contaban atónitos. ¡Como los hombres pueden olvidarlas!

Cuando el astro del dia iba acercándose al cenit, volvió Poncio Pilato (enjugándose las manos que acababa de lavarse delante del pueblo deicida) al sitio en que impaciente le aguardaba su esposa: al verla bajó los ojos como corrido. Fijó en él Claudia una severa mirada sin desplegar los lábios.

—Lo he mandado azotar como á un esclavo, lo he dejado coronar de espinas como á rey de farsa, lo he convertido en varon de dolores, lo han visto y han preferido la vida de Barrabás: allá se las hayan: mi prudencia ha dado de sí cuanto podia: ellos lo llevan á muerte de cruz: lavé mis manos...

Dijo así Poncio Pilato.

—¡Indigno! ¡Infame! No te llamarás ya el esposo de Claudia Prócula. Te detesto. Te repudio.

Así dijo Claudia.

Tomó de la mano á Protina, y la arrastró temblando hácia una escalera de mármol que conducia á la terraza descubierta y enlosada que servia de techo y de mirador á cada una de las casas de Jerusalen. Al presentarse en ella nada vieron más que una apiñada y estensa muchedumbre, que, interceptando el verdor de las praderas por aquella parte, se adelantaba rumorosa hácia el Gólgota, colina oscura que cerraba el horizonte. Así se adelanta hácia el Mediodia hórrido y rebramante nubarron interceptando el puro azul de los cielos. Mas de repente oyen distintas dos palabras, salidas de aquel cáos y pronunciadas á un tiempo como por lábio de un hombre, y como por lábio de mujer:

—¡Hijo!...—¡Madre!... Un solo grito.

Pero hizo temblar la esfera.

Ambas espectadoras se abrazaron, y sin hablar, mostrábanse con el índice la cumbre del Calvario. Una especie de estupor inconcebible las dominaba. La atmósfera no sostenia una nube, el sol marcaba la hora de sexta, y sin embargo, el cielo se ponia negro como el manto de una noche sin estrellas. Rugen truenos subterráneos. Chocan sin ageno impulso unas con otras las piedras. Claudia se imagina otra vez presa de sus terríficos ensueños, pero está despierta. Ha visto levantarse tres cruces en la eminencia de la colina.

¿Qué harán ya esos dos séres abismados? No lo saben: no tienen fuerzas para nada, y caen de rodillas. Era el instante en que todas las misericordias del cielo descendian sobre la tierra: era el instante en que Jesus moria crucificado en medio de dos ladrones!

V.

Las dos primeras adoradoras de la cruz de redencion (que habia de ser tambien adorada en la prosecucion de los siglos por todos los hombres regenerados) se levantaron. Ignoraban el tiempo que habian estado en la humilde y resignada postura. Pero ya no temian: ya no soñaba pavorosamente la una, ni era esclava la otra: se llamaban hermanas, y como tales huyeron juntas del palacio de la iniquidad, del palacio del Pretorio. Al salir de él acudia Josef de Arimatea en demanda de permiso para enterrar á Jesus ungiéndole con cien libras de mirra y de aloe.

Dos auroras más han brillado desde los cielos, y, sentados sobre sus luces, cantan ya millares de ángeles el triunfo de la resurreccion. Cundió por el mundo la Buena nueva. Claudia Prócula y Protina iban con los que la predicaban. Creyeron; y acaso repetirán ahora, despues de mas de diez y nueve siglos, en la Iglesia triunfante, el *¡aleluya!* entusiasmador en que va á prorrumpir la militante!

Solamente sus cantares son los dignos de la Divinidad: cesen los mios. Pero que repitiendo aquellos, podamos todos unirnos al *aleluya* interminable que se entona sin fin en las eternidades de tu gloria. Dios bueno, Dios redentor, Dios vencedor del pecado y de la muerte!

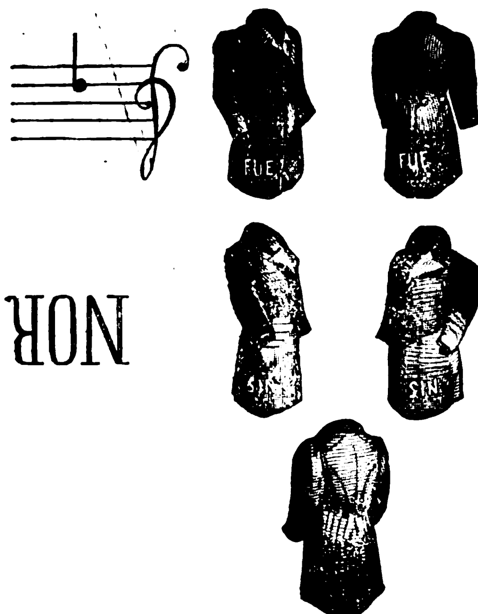
J. J. Cervino.

(1) *Nihil tibi et justo illi: multa enim passa sum hodie per visum propter cum.*—Evangelio de San. Mat. cap. XXVII. v. 19.

Solucion del geroglífico del número anterior.

Oveja que bala
Bocado pierde.

GEROGLÍFICO.



Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 11, principal.

DE TELON AFUERA.



En Novedades.—Calle! Pues no se ha desmayado mi vecina? Esta clase de dramas deberian suprimirse, en obsequio de la salud pública.



En el Príncipe.—¿Quién es aquella señora que tanto te echa los gemelos?

—Una parroquiana de mi amo, que me conoce por las muchas veces que le he llevado la cuenta. Trata de seducirme, pero no tengas cuidado.



Un marido que se olvida de su papel.

En la Zarzuela.—Qué tonto es Alfredo! No me mira por temor sin duda á mi marido, sin reflexionar que el pobre está tan cansado!...

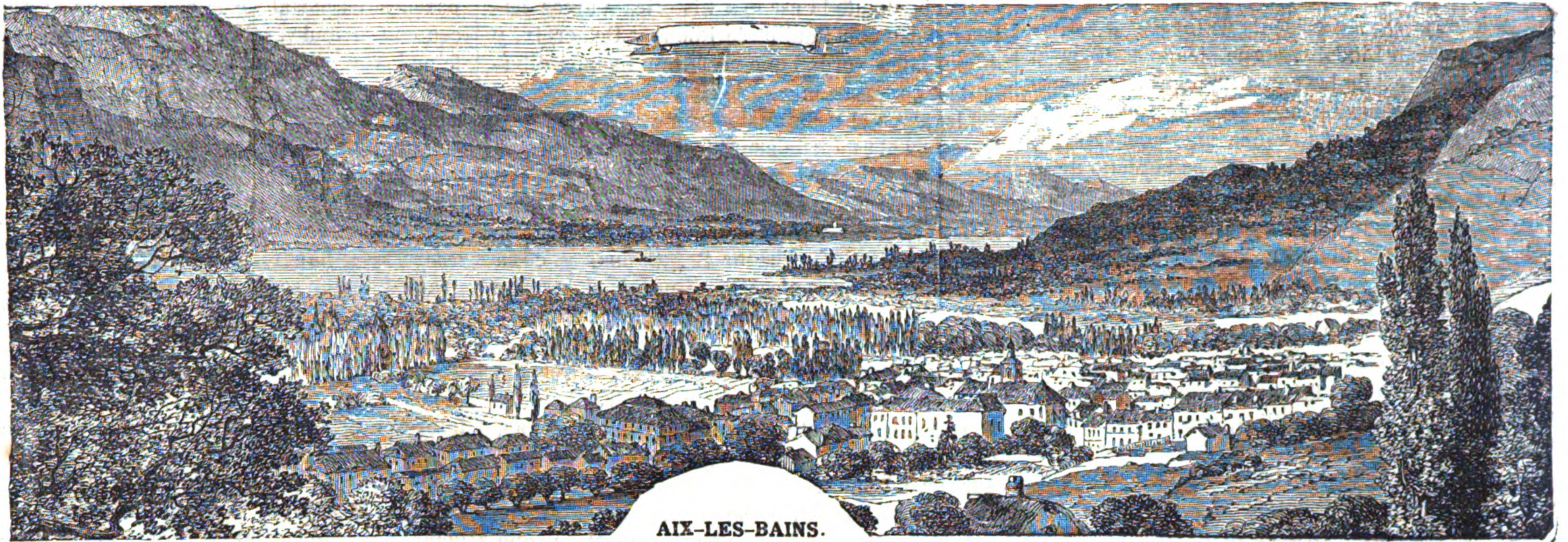


En el Real.—Penúltima escena de *La Traviatta:*

¡Gran Dio, morir si giovane!

Lo que entristece á la hija hace sonreir al padre.

El Periódico ilustrado.



AIX-LES-BAINS.

Número 10.
DEL 11 AL 18 DE MAYO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



SUMARIO.—TEXTO: *Aix-les-bains.*—*Revista de la semana*, por M. del Palacio.—*Los porteros*, por F. de Zengotita y Bengoa.—*Teatros*, por E. de Inza.—*Gozo y Martirio*, por J. R. G.—*El bien y la mujer*, por L. Ricardo de Fors.—*El niño enfermo, Huida de Polonia* y *El juego de Cricker*, por Belza.—*San Isidro del Campo*—LÁMINAS: Aix-les-bainx.—El niño enfermo.—Huida de Polonia.—El cricker.—San Isidro.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4 cuartos el número.
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 40 »	

AIX-LES-BAINS.

Aix-les-bains, departamento de la Saboya, es un pueblecito de unos cinco mil habitantes, rodeado de altas montañas, y célebre, tanto por sus recuerdos históricos, cuanto por sus aguas termales. Aun se conservan en sus alrededores las ruinas de monumentos romanos construidos hace catorce ó quince siglos, entre otros un arco de Triunfo elevado por *Lucio Pompeyo* y un templo de *Diana*.

Pero lo que es más digno de llamar la atencion en *Aix-les-bains*, y efectivamente multitud de extranjeros lo visitan, son sus aguas calientes y sulfurosas, muy recomendadas para cierta clase de enfermedades, y un clima tan benigno y tan dulce, que las plantas y los arbustos brotan hasta en la arena.

Importantes trabajos de construccion se han verificado al principio del año anterior en su establecimiento termal y se calcula en siete ú ocho mil el número de forasteros y bañistas que visitan todos los años tan delicioso pueblo, el cual casi puede decirse se mantiene de lo que aquellos dejan todos los años, como retribucion de su estancia y pupilaje.



EL NIÑO ENFERMO.

REVISTA DE LA SEMANA.

El asesinato del presidente de los Estados-Unidos, Abraham Lincoln, sigue siendo todavía el objeto principal de las conversaciones. Recíbense de dia en dia mas pormenores sobre el suceso, descúbrense nuevas ramificaciones del crímen, y es casi seguro que á estas horas la mano de la justicia habrá caido ya sobre los culpables. Entre tanto, gobiernos y soberanos demuestran oficialmente su sentimiento, y hasta los hay que hacen votos por la prosperidad de aquel país.

En lo que todo el mundo está conforme es en que la trama ha sido puesta en ejecucion con una astucia verdaderamente infernal, y que hace creer que los que figuran como autores, contaban con poderosos auxilios, cuando ménos.

Despues de catástrofe tan ruidosa, la ocurrida el lunes en la calle de Alcalá, parece como que pierde algo de su importancia. Y sin embargo, es tambien gravísima y digna de que la autoridad castigue severamente á los que han dado ocasion á ella con su torpeza ó su imprevision.

Todos sabiamos que el barracon de las Bellas artes, como se le llamaba, era provisional y carecía de condiciones de solidez, pero nunca se nos ocurrió que al derribarle habria quien creyera de buena fé, que un muro sin ningun grueso y depojado de sus apeos, pudiera tenerse en pié mucho tiempo sin un verdadero milagro de equilibrio.

El milagro no se ha hecho, pero en cambio tres ó cuatro trabajadores y algun transeunte, como nuestro buen amigo Guillermo Forteza, son testigos de que la falta ha existido, y de que más de uno la ha pagado con su existencia: de modo que es hoy más que nunca cuando está la exposicion en aquel local.

Supongo sabrán ustedes, que aquella corrida de toros tantas veces anunciada y suspendida despues otras tantas, se celebró por fin el domingo con todos los requisitos de ordenanza, escepto el público. Por supuesto, ni pasó nada de lo que se anunciaba, ni hubo inconveniencia grave, fuera de la del caballo, que inundó el tendido núm. 6 de una materia nada agradable, si bien se obtiene con facilidad. A pesar de esto, la corrida fué muy mediana, echando de ménos en la plaza una presidencia inteligente y un maestro que animára con el ejemplo á su cuadrilla. Hoy por hoy, todos ellos necesitan animarse á sí mismos.

El temporal, que durante muchos dias nos ha privado de este espectáculo, continúa aun, y lleva trazas de hacerse crónico. Ahora más que nunca se puede decir con un poeta antiguo, que

poniéndose el campo en-aguas
pasó á ser Mayo de flores.

Y á propósito de Mayo: celebróse la fiesta del 2 con el mayor órden, si bien con muy escasa concurrencia, siendo notables las coronas dedicadas por la tertulia progresista y los dependientes del comercio. Otra corona, notable tambien, ha aparecido el dia 7 sobre la tapia próxima á la plaza de toros, mudo testigo de los fusilamientos de 1848.

A pesar de cuanto se habia dicho, el emperador de los franceses no ha tocado en Cartagena, á su paso para Argel. Ahora se anuncia que lo hará á la vuelta, y aun que lo veremos en esta córte: esto último nos parece muy dudoso.

Segun las noticias que recibimos, la Exposicion de Paris no presenta gran novedad este año. Aparte de algunos cuadros de género y una docena de lienzos de autores conocidos, todo lo demás no pasa el límite de lo mediano. Entre las obras de primer órden figura justamente el *desembarque de los Puritanos*, de nuestro querido amigo Gisbert, que allí como aquí ha obtenido uno de los principales premios. Indudablemente, nuestros pintores están llamados á hacer fortuna en Paris, donde la escuela histórica parece haber muerto con Paul de la Roche y Delacroix, y donde, si es verdad que no faltan buenos dibujantes, escasean mucho los coloristas.

Llegamos al término de nuestra revista, sintiendo que la falta de asunto nos haga ser tan triviales y concisos; pero no concluiremos sin llamar la atencion sobre una nueva galería literaria, publicada bajo la inteligente direccion de nuestro amigo el grabador Sr. Capuz, y cuya primera obra es una escelente novela del señor Tárrago, titulada *Los Celos de una Reina.* Lo elegante y esmerado de la edicion; el número y belleza de los grabados que la ilustran, debidos á artistas como el ya citado, Perea y Urrabieta, y sobre todo, la fabulosa baratura de las entregas, nos hacen esperar que esta galería ha de lograr el favor del público, si tiene siempre, como creemos, acierto en la eleccion de sus obras.

Dénosle Dios á nosotros en las nuestras, que bien lo necesitamos, á juzgar por lo desabrido, lánguido y monótono de esta revista.

M. DEL PALACIO.

LOS PORTEROS.

La voz genérica *portero* segun el diccionario de la Real Academia Española, es la persona encargada de guardar, abrir y cerrar las puertas. Conforme el mismo diccionario, la voz *portero*, seguido del genitivo de damas, es el oficio de Palacio, cuya ocupacion es guardar la entrada de las habitaciones, que en otro tiempo ocupaban las damas y hoy las azafatas. Portero de estrados, segun la autoridad mencionada, es el de cualquiera de los concejos ó tribunales, que tiene á su cuidado el de los estrados de ellos; y finalmente, portero de vara es el ministro de justicia, ó sea el que conocemos con el nombre de alguacil de juzgado.

Todas estas acepciones reconoce la Academia á la voz *portero*, y de todas podiamos ocuparnos detenidamente conforme el epígrafe con que se encabeza este artículo; pero hoy debemos concretarnos tan solo á hacer una ligerísima reseña de los porteros de las casas de Madrid, sin detenernos, porque tal vez nos estenderiamos demasiado, á considerar ciertos interesantes pormenores, ya acerca de la diversidad de tipos que se ofrecen al observador; ya sobre sus condiciones, sus costumbres, su vida, en fin, y sobre la necesidad de una radical reforma en la clase de porteros de las casas.

Sin duda alguna, los progresos de la civilizacion ha hecho nacer esta nueva clase social que no há muchos años apenas conociamos en España; es decir, habia los porteros de algunas cásas particulares; pero en la generalidad no existian con el cargo de tales, y á lo sumo llenaban algunas de sus funciones, tal cual zapatero remendon, tal cual sastre zurcidor, ora un barbero, que establecia su tienda en un portal; ora un escribiente memorialista, que fijaba sus reales en un desvencijado biombo; ya una frutera, que durante la estacion del estío establecia su puesto é interceptaba el paso del portal con sus banastas, y esponia al infeliz que tenia que atravesarlo á que saliera acribillado por las abejas que zumbaban alrededor de él; ya una castañera que llenaba de humo las escaleras y que molestaba con sus desaforados gritos; ya un escarolero, que permanecia en él solo las primeras horas de la noche; ya una prendera, que fijaba perchas para colgar sus abigarradas prendas y estrechaba el paso con sus desvencijadas sillas, desencuadernadas mesas y empolvados chirimbolos; ya en fin, cualquier vendedor ambulante, que se establecia por temporadas en donde mejor le parecia A propósito, no haremos mencion de los *estereros* que cubren las paredes del portal de la casa en que se establecen con grandes rollos de esteras, con ruedos felpudos y escobas, y que á manera de una choza apenas permiten la entrada. Tampoco queremos decir nada acerca de los libreros, que llenan con sus toscos estantes enclavados en la pared, pareciendo la entrada mas bien una prendería de libros viejos, que no el paso á las habitaciones de una casa decente. Estos dos últimos *semiporteros* han resistido á la reforma, y desgraciadamente se conservan á pesar del ornato y de las justas reclamaciones de muchos vecinos; pero los que hemos nombrado anteriormente van desapareciendo, por fortuna, con gran satisfaccion y contentamiento de cuantas personas se interesan por la cultura y esmero en el servicio y comodidades públicas.

Ahora bien: reconocida la necesidad de que haya *guardadores* en las casas y ejerzan una saludable vigilancia, al par que cuiden del aseo del portal y del servicio para los inquilinos, ¿quienes mejor que los porteros modernos pueden desempeñar su mision? Conocidas ventajas están llamados á proporcionar los que son esclusivamente porteros, tanto á los propietarios como á los vecinos todos; pero por desgracia no las proporcionan aun. En nuestro país y principalmente en la córte, por causas que no trataré de averiguar, los porteros están muy lejos de ser lo que en la capital de Francia, donde son verdaderos porteros, esto es, que son las personas encargadas de *guardar, abrir y cerrar las puertas* de calle de las casas que habitan; son las personas de confianza de los propietarios y de los inquilinos, y á pesar de la crítica de que han sido y son constantemente objeto, se distinguen por sus buenas maneras, por su deseo de complacer á cuantas personas les demandan sus servicios y por su esmero en el buen órden y aseo del portal y de las aceras; pero no sucede asi en Madrid; gran número de los porteros que tienen habitacion en la casa, y además un *zaquizamí*, mas ó menos espacioso, mejor ó peor amueblado, son por lo general descorteses, mal hablados, *fisgones*, murmuradores en sumo grado, poco cuidadosos en el buen desempeño de su cometido, importunos con sus preguntas, pues á veces molestan al individuo que tiene precision de recurrir á ellos para ver á un inquilino, al paso que no detienen, ni inquieren nada respecto á otros muchos que debieran infundirles sospechas, á parte del perjuicio que causan contribuyendo á desmoralizar la clase de sirvientes, abusando de *varios favores* que suelen dispensarles. Nada diremos de los porteros que son á la vez administradores; algunos de estos son insoportables con sus humos de autoridad, que no tiene límites, validos de la proteccion que les dispensa el dueño de la casa ó el administrador, no hay obstáculo que se oponga á sus disposiciones, y despliegan todo el lujo de sus facultades, ejerciendo un pleno dominio sobre los infelices vecinos que están bajo un mismo techo, y desgraciado del que falte á alguna de las prescripciones impuestas por el dueño ó administrador en propiedad! ¡pobre del inquilino que se retrase, por un evento, en el pago del alquiler mensual ó no satisfaga puntualmente la cuota que al portero le esté asignada!

Escusado es decir, porque sabido es de todo el mundo, que esos porteros son el reflejo fiel de ciertos caseros ó administradores; irritantes, exigentes, sin consideraciones de ningun género para con los inquilinos que ocupan sus casas, árbitros, sin limitacion alguna; en fin, pequeños tiranuelos que ejercen su dominio absoluto porque desgraciadamente carecemos de una ley que ponga coto á sus exigencias, de las cuales hacen alarde y gala en sus pliegos de condicio-

nes, amenaza perenne y constante con que intentan imponer pavor á los que no tienen otro recurso que aceptar sus condiciones leoninas. No ha mucho vimos un contrato de un casero de esta córte, por el cual entre otras muchas exigencias ridículas y absurdas habia una por la que se prevenia «que sus inquilinos *no habian de tener niños ni animales de ninguna clase.*» Lo mas curioso de este caso es que la persona aludida pertenece al bello sexo y ocupa una posicion distinguida.

Por furtuna no todas las reglas son generales y hay honrosas escepciones; pero preciso es convenir que respecto á los porteros les falta mucho aun para desempeñar bien su cometido. Por eso no quisiéramos concluir este artículo sin indicar una de las reformas que se proyectan respecto á esta clase. Tiempo ha que se intenta, segun nuestras noticias, establecer un registro general de porteros, á la manera que lo tienen ya los encargados del servicio doméstico, y fundando sobre bases sólidas una garantia del fiel y exacto cumplimiento de sus deberes en el desempeño de su servicio de porteros, tengan una responsabilidad hasta cierto límite; pero á la vez que se hallen protejidos por las leyes y disfruten de los justos privilegios que estas les concedan no esquiven en el desempeño de su cargo los servicios que los dueños de las casas y los vecinos tienen derecho á exigir de ellos siempre que estén dentro de los términos razonables.

Considerando, pues, las condiciones especiales de los porteros de las casas, que deben ser los guardianes fieles y en quienes se pueda depositar la confianza de la seguridad de las habitaciones, es conveniente que desde su principio se les dé una educacion adecuada á las obligaciones que tienen que cumplir, desechando la idea de toda especie de espionaje, que si siempre es odioso y execrable, lo es mucho más cuando se ejerce dentro del hogar, haciéndoles comprender bien lo sagrado de la morada de los inquilinos, y la necesidad en que se hallan de respetar las costumbres privadas de cada uno de ellos y no mezclarse jamás, bajo ningun concepto, en aquellas determinaciones particulares que puede adoptar por sí un vecino con relacion á la casa que ocupa; haciéndoles sobre todo que sean atentos, corteses y no groseros é importunos, pues de todos los defectos que adolecen este es el principal que suele tener hondas raices en nuestro pais.

Tal proyecto bien merece que sea estudiado por las personas dignas é ilustradas, que atendida su posicion oficial, son las encargadas de llevarle á cabo, y creemos que teniendo en cuenta las ventajas que reportará deberia realizarse pronto, interesados como se hallan todos los vecinos de la córte en dicho proyecto, que se intentó tiempo há, segun nuestros informes.

F. DE ZENGOTITA VENGOA.

TEATROS.

Cerradas ya las puertas del teatro de la Plaza del Rey en fin del último mes, segun lo anunciamos oportunamente, han vuelto á abrirse durante la última semana, y por cierto que con el más plausible motivo. El dia 2, aniversario del sacrificio hecho por el pueblo de Madrid en aras de su independencia, representóse en aquel coliseo, por una compañía de jóvenes aficionados, la conocida comedia de los Sres. Santana, Montemar y Suarez Bravo, titulada *El Dos de mayo de* 1808. Es evidente que no siendo otro el pensamiento que guió á los noveles actores, al poner en escena la citada obra, que el de solemnizar aquel dia de gloria y de martirio, no hemos de juzgar el hecho, y sí solo aplaudirlo, como lo hacemos con toda sinceridad.

No ménos laudable ha sido la causa que por segunda vez ha dado ocasion al público para concurrir á dicho teatro. Una familia perteneciente al teatro español se hallaba en desgracia, y apeló, para aliviarla en parte, á los nobles sentimientos de los artistas sus compañeros. Esta vez, como todas, no ha sido en vano. Aquellos que viven de su talento solo son avaros de la gloria, y tan noble aspiracion siempre nace de grandeza de alma. Mme. Lagrange primero, la Sra. Hijosa, la Sra. Zapatero, el Sr. Fernandez, el Sr. Catalina, y algunos otros actores, prestáronse solícitos á tan filantrópico propósito, y el domingo tuvo lugar la funcion en aquel teatro.

Las comedias que se representaron, *Pepita* y *El Portero es el culpable*, conocidas y justamente apreciadas son ya del público, y de ellas no hemos de ocuparnos por lo tanto. Baste consignar de pasada que su éxito en esa noche en nada desmereció del que han obtenido cuantas veces han sido puestas en escena. Nuestro objeto, al recordar aquí aquella funcion, no es otro que dar las gracias á nombre del infortunio que han contribuido á aliviar, á todos los actores que en ella tomaron parte, y muy especialmente á la eminente artista Mme. Lagrange, que en dicha noche cantó, como solo á ella le es dado hacerlo, el aria de *Il Rigoletto* y la balada francesa *Mere et enfant*. El público, no en tributo de admiracion á su indisputable talento, sino en signo de respeto y de gratitud á la noble señora, arrojó á sus piés versos, flores y palomas. En una palabra, Mme. Lagrange estuvo como siempre, y el público, que no cesa de admirarla, fué más allá en aquella noche, y estuvo como nunca. ¡Por desgracia, así la daba su despedida!

En los demás teatros, de escasa importancia han sido las obras que en los últimos ocho dias se han estrenado.

En el de la Zarzuela púsose en escena el viernes una comedia en un acto titulada *La Escapatoria*, que revela en su argumento y desarrollo todo el candor y toda la inocencia que pueden embellecer el carácter de una señorita. No son aquellas dotes, sin embargo, las que se exigen como distintivas en una obra dramática, y por ello el público presenció *La Escapatoria* en cuestion con la mayor imperturbabilidad.

En el teatro del Príncipe, en el que continúan las representaciones del *Toison Roto*, se estrenó en dicho dia una pieza en un acto nominada *La Gallina ciega*. Esta obrilla es un agradable fin de fiesta, que no tiene sin embargo nada de particular.

La Srta. Civili, la distinguida artista italiana, prosigue en Variedades alcanzando repetidos triunfos con la representacion de las obras de su difícil y escogido repertorio. *La dama de las Camelias*, *Los dos Sargentos franceses* y *Adriana Lecouvreur*, obras de género completamente distinto, la han proporcionado, esto no obstante, idénticos aplausos; cada noche es una nueva ovacion. En breve se presentará en escena con una obra que no conoce Madrid, y que se titula *Culpa viudicca culpa*. Cuando esta ocasion llegue, procuraremos hacer espacio para juzgar la obra y á la artista con la atencion de que su indisputable mérito la hace digna.

Tambien durante la última semana el teatro de Novedades ha purificado su título con dos obras cuyos títulos respectivos son *El Leon del 2 de Mayo* y *La Pátria y el pueblo en cueros*. La primera se reduce ni más ni ménos que á lo consabido en esta clase de apropósitos, que consiste en probar que los españoles son buenos porque sí, y los franceses malos porque nó.

La bondad, y sobre todo la justicia de semejante procedimiento, no hay para qué ponerlas á discusion. La comedia, pues, á que nos referimos y que obedece ciegamente á aquel rutinario y abusivo sistema, no sugiere al escucharla otra idea más que la del recuerdo de la fábula, y obliga á decir al espectador sensato parafraseándola. «No fué francés el autor.»

La segunda, que es una alegoría política, aparte de que rechazamos con toda nuestra enerjia el que sea oportuno jamás en el teatro presentar obras de aquella índole, no podemos prescindir, á fuer de justos, de consignar que esta vez el Sr. Alba, autor de *La Pátria y el pueblo en cueros*, ha evitado cuidadosamente tropezar siquiera en el escollo en que tantos otros han dado al escribir comedias políticas. En la que nos ocupa, se censura todo lo que juzga censurable el autor sin caer en la adulacion á las masas, que es á nuestro modo de ver, la mas perjudicial de las adulaciones. En este sentido y dado el género, la obra del Sr. Alba merece nuestros elogios. El público tambien la ha juzgado así, y diariamente lo demuestra llamando á la escena repetidas veces á aquel laborioso escritor.

Como anunciábamos en nuestro anterior artículo, el Circo del Príncipe Alfonso ha inaugurado sus funciones ecuestres, siendo este año el único sitio en que se hayan de presentar espectáculos de aquella clase, con sentimiento por nuestra parte, toda vez que la lucha constante que el año último sostenia aquel Circo con el de Price, redundaba en beneficio del público.

Ahora, á juzgar por lo que hemos visto, no ha de suceder ya otro tanto, puesto que la falta de competencia ha servido para que el empresario del único circo á que aludimos no haya contratado para la compañía ningun artista de *primo cartello*. Hoy, si se esceptúa á Julio Perez, que es siempre estimado en su valor por nuestro público, todos los demás son los mismos que el año pasado figuraban en segundo término. Esto, como se comprende desde luego, ni es justo ni equitativo. Por lo que respecta á la disposicion de las funciones, es tambien la misma que se daba á las primeras que en este género de espectáculo se presentaron en Madrid. Saltos de cintas, idem por aros de distintas dimensiones y hasta categorías, pero siempre aros y siempre cintas. Creemos que los artistas debian ya dejar ese ejercicio, y adoptarle el empresario, que es realmente quien necesita *entrar por el aro* y reformar su *troupe*.

Como interesante tambien, se nos han ofrecido los consabidos leones, que son los mismos del año próximo pasado, y aun cuando dirigidos por otro célebre domador, Mr. Patty, no han adelantado en nada más que en edad. En cuanto á saber y gobierno, están como el primer dia.

Y por último, como otra novedad, el susodicho empresario ha tenido la *precaucion* de contratar á Mr. Leotard, que ha empezado á saltar anteayer, que estará saltando ya un mes seguido, y que obligará á que el público á su vez *salte* de aquel Circo en cuanto comiencen las funciones en los Campos Elíseos, que no se han de hacer esperar por cierto.

El Circo del Príncipe Alfonso no ofrece, pues, para la próxima estacion, atractivo alguno. Aguardemos la inauguracion de los Campos Elíseos, en donde se dice que hay el proyecto de establecer un hipódromo; y en tanto, y no habiendo asunto de que tratar, doy punto hasta la próxima semana.

E. DE INZA.

GOZO Y MARTIRIO.

SERENATA.

No brotarán las flores
si no lloviera;
regadas del rocio
son aun mas bellas.
La flor es linda



HUIDA DE LOS HABITANTES DE UNA CIUDAD DE POLONIA, SAQUEADA É INCENDIADA POR LOS RUSOS.



EL JUEGO DE CRICKET.

Jugadores escalonados para coger la pelota. Blanco. Jugador preparado á rechazar la pelota. Jugador con la pala. Blanco. Jugador lanzando la pelota.

porque Dios con su aliento
la da la vida.

—

Si flores no existiesen
sobre la tierra,
al campo no prestaran
su rica esencia!
mas... nacen flores
para esmaltar el suelo
dó llora el hombre.

—

El hombre sin espigas
pronto acabara;
el grano que desprecia
al ave basta:
pródiga á todos,
la Providencia brinda
con sus tesoros.

—

Sin sol el limpio cielo
poco valdria,
con él, todos los mundos
tranquilos giran..
¡Pobre universo!
sino despierta un dia
el astro bello!

—

El alma sin amores
vivir no puede,
desdichado quien vive
y amor no siente.
El, para el alma
es el sol y la espiga,
la flor y el agua.

—

Ni calor, ni alimento,
ni la hermosura,
ni la dicha soñada
sin él disfruta.
Pero... se enciende
y una chispa tan solo
feliz nos vuelve.

—

Dichosos pues los séres
que amor sintiendo
viven en este mundo
como en el cielo.
Solo esas horas
son vidas verdaderas
vida dichosa.

—

Mas ¡ah! con su destino
el hombre pena,
y el mismo amor le causa
mayor tristeza.
El alma ensancha
y en un cuerpo tan pobre
se siente ahogada.

—

Trata entonces de alzarse
á sitio digno,
y el cuerpo la retiene
mientras vivimos:
así egoistas
el amor apagamos
por tener vida.

—

En todo hay bueno y malo
segun se viere,
las cosas al estremo
su esencia pierden.
Y hasta el cariño
es fuente de ventura
ó de martirio.

—

El sol que resplandece
y nos alumbra,
que de tantas bellezas
hoy nos circunda,
quizá mañana
si no évitas sus rayos
cruel te abrasa.

—

No cojas avarienta
cualquier espiga,
amargo encuentra el grano
quien siega aprisa.
y... si lo dejas
halla en vez de alimento
arista seca.

—

Las flores tambien mueren
que Dios lo quiso,
y tambien su perfume
nos es nocivo.
La pobre tierra,
de contener no es digna,
tanta belleza.

—

Por fin, aun del rocio
la pura perla
y el agua de la nube
que la flor riega
pueden ahogarla...
¡como el amor ahoga
ó abrasa el alma!

J. R. G.

EL BIEN Y LA MUJER.

FANTASÍA.

«En nombre de la mujer, soberana de la tierra, se manda y ordena al hombre que trasforme al mundo; lo convierta en una morada de paz y tranquilidad, y haga el cielo en la tierra.

—¿Y qué me dará ella?

—Te dará todo su ser, y ensanchará su corazon á medida de tu heroismo. Haz el paraiso para los demás, que ella sabrá darte el tuyo.»

MICHELET.

El astro del dia desciende á su ocaso, ocultándose tras las azules cortinas que se distinguen en lontananza.

Las auras del crepúsculo suspiran por entre el follaje besando amorosas los cálices de las flores, y los pintados pajarillos buscan un sitio donde pasar la noche, que avanza con precipitados pasos.

Sí; ella comienza á cubrir la tierra con su manto de tinieblas, y todo lo confunde en vagas y fantásticas sombras...

Ya ha cerrado la noche con su córte de estrellas plateadas, con el aterrador silencio que sobresalta al alma y con su oscuridad que todo lo entristece.

El mar azota con sus verdosas olas las arenas de su orilla.

No lejos, los elevados tilos, los plátanos y las decrépitas encinas, unen sus ramas formando umbrías y solitarias calles de verdura. Cada tronco asemeja una negra columna sosteniendo la bóveda moviente, y por entre las hojas confundidas vése en el firmamento las estrellas con su trémulo brillar y con sus aureolas de plateada luz.

Mas, atended..... ¿No reparais?

Por el estremo de esta calle de árboles avanzan dos sombras en el claro-oscuro de los altos matorrales, que se elevan cual fantasmas por entre los caprichosos troncos.

Poco á poco van distinguiéndose dos formas humanas. Se acercan... Son un hombre y una mujer, y ambos en la primavera de la vida.

¿Que dicen estos dos séres, que en medio de la naturaleza parece que solo existen el uno para el otro? Hasta aquí llega el rumor de su conversacion; pero confuso, muy confuso y... ¿ois?

Se ha perdido una palabra que ha traido el viento: *¡Amor!*

Ambos se quieren. Sus ademanes lo espresan claramente. Él inclínase sobre la jóven, y fija en ella sus miradas; la espresion de su rostro revela que sus palabras son ardientes y precipitadas; el fuego con que le mira indica que le salen del corazon.

¡Serán protestas de amor!...

Ella, apoyado su brazo en el de su compañero, escucha arrobada las palabras que le dice. Sus miradas dulces y amantes lo revelan.

A veces sus facciones toman un tinte de la más completa felicidad, y entonces aquel sér no es una mujer, es un ángel, una ilusion arrebatadora. Entonces se acerca convulsivamente al jóven, y alzando su rostro hácia la brillante luna, vaga por sus lábios una sonrisa de dicha y de envidiable tranquilidad.

¡Ah! ¡Cuán bello debe ser entre la naturaleza oir las protestas de un alma que nos adora!....

De pronto sale de la espesura una mujer sola, andrajosa y anhelante, que, con las lágrimas en los ojos y suelta su larga cabellera, acaba de pasar rápida por este sitio.

Se dirige adonde están los dos amantes, les observa, les sigue, y se para de repente.

En este momento el jóven está hablando á su compañera, y su conversacion se distingue perfectamente.

Escuchemos.

—¿No te parece, bien mio, le dice, que hoy estos árboles, la luna que nos alumbra, todo, todo cuanto nos rodea es más hermoso que ayer? Yo lo encuentro más bello, incomparablemente bello.

—¡Ah! Nunca he sido tan feliz como hoy; jamás he apreciado tanto la vida. Toda soy tuya, y hasta mi postrer latido, hasta mi más insignificante pensamiento, son y serán para tí, Gustavo mio.

—¡Cuán dichosos trascurrirán los dias de nuestra existencia! Viviremos el uno para el otro, y tu menor deseo será para mí un mandato.....

Mas ¿por qué le interrumpe aquella mujer? ¿Qué le dice con tanta afliccion alargándole su descarnada mano?

—¡Compasion! Tengo una madre anciana y un hijo infante, y no tengo pan; debo abrigarles, y carezco de vestidos; necesitan reposo y no tenemos donde dormir.

Es una mendiga ¡Pobre hija! ¡Pobre madre!

Y nadie ha vuelto el rostro hácia la infeliz; nadie ha escuchado sus palabras.....

¡Ah! Sí.

La jóven anda triste, con la cabeza inclinada sobre el pecho: la sonrisa ha desaparecido de sus lábios nacarados.

¿Y Gustavo?

Embebido en su felicidad, en su completa dicha, no ha prestado oido al desgraciado. Tan solo vive para su amor, tan solo piensa en su adorada.

—Sara, esclama en la embriaguez de su pasion; Sara, nuestra vida trascurrirá apacible y tranquila entre el bullicio del mundo, y lejos del tumulto de las ciudades, admiraremos y bendeciremos á Dios en el gran cuadro de la naturaleza.

Ni una palabra por parte de la jóven, ni una mirada tan solo, ni siquiera un signo de asentimiento.

—Hermosa mia, repite, solo ayer, y unido á tí por un lazo indisoluble, me parece que todo lo creado participa de nuestra dicha. ¿Ves estos árboles corpulentos que jamás hirió el hacha del leñador? Pues ellos te saludan con el rumor de tus frondosas ramas.

Y la mendiga entre tanto,

—¡Felices de la tierra, esclama, una limosna por aquel que da la dicha!

—..... El céfiro blando de la noche se acerca á tí, y al besarte murmura: «Yo trasporto el per»fume de las flores y el frescor que da la dicha; »acepta mi beso, y él mantenga la blancura de tu »tez, el carmin de tus lábios y el fuego de tus »miradas, jóven esposa.»

—¡Pan para mi hijo!... ¡Una limosna por amor de Dios!

—La luna y las estrellas te alumbran con su luz pálida, cuyos blancos rayos te dicen: «Lucero »del amor y de la pureza, jamás el negro pesar »aqueje tu espíritu! Que ningun malestar empa»ñe tu existencia tranquila y apacible.»

Y la mujer,

—¡Compasion! esclama. ¡Compasion para el hijo de mis entrañas, y para la madre que me dió el sér!....

Sara permanece pensativa: una brillante lágrima acaba de rodar por sus mejillas.

Y Gustavo, sin repararlo, continúa:

—Querida mia ¿por qué este silencio que me mata? ¡Sara, una palabra de amor! Tan solo una mirada.

Y las auras contestan susurrando y las olas del mar con su mugir.

Y la mendiga,

—¡Hermano, dice, una limosna por amor de Dios!

—¡Sara, Sara! ¡Ten compasion de mí! ¿En qué te he ofendido? ¿Acaso en amarte tanto?

Y la mujer mientras tanto persiste en su lastimera súplica.

—¡Pan! le dice con febril acento; ¡pan para mi madre!... ¡pan para mi hijo!

Y esta vez los lamentos de la desgracia han abierto en el pecho de Gustavo la fuente de la compasion.

—Sí, prorumpe al oir á la mendiga: ¿dónde estais, buena mujer? Venid, venid conmigo; nunca espereis para hacer una buena accion. Vamos, buena mujer, vamos! vuestra madre y vuestro hijo tendrán pan y serán dichosos.....

Al pronunciar las primeras palabras, despertó Sara de su abatimiento, y cual si saliera de una terrible pesadilla, con sonrisa en los lábios y con palabras amorosas detiene á su esposo y rodea su cuello con sus torneados brazos.

—Dueño mio, esclama, así te queria noble y generoso. Perdóname si te juzgué, más que piadoso, amante. Haz bien á tus semejantes y olvídame, si es preciso, para ello.

—¡Ah! gracias, prorumpe el jóven, gracias, ángel de amor y de bondad. Tu hermosura induce á que te ame, pero tu bondad hace que yo te adore. Mi pasion hizo que no oyera los lamentos del desgraciado; pero esta mujer, que ha servido para que comprenda todas las excelencias de tu alma, será hoy feliz como yo lo soy con tu cariño.

—¡Bendito seais, Señor de bondad, y de misericordia! esclamó la mendiga ¡Bendito seais!..... ¡Mi madre y mi hijo serán felices!

Y los tres emprenden el camino de la cercana quinta por debajo de las frondosas copas de los árboles, hundiendo sus plantas entre la menuda yerbecilla y el seco follaje desprendido de las ramas. . . . .

Han pasado muchos años.

Desde entonces, Sara y Gustavo son los dos séres más dichosos de la tierra; sus hijos les acarician, los desgraciados les bendicen y todos les respetan.

Marta, la mendiga; su madre, ya decrépita, y su hijo, que cuenta doce años, viven muy felices en una espaciosa y linda alqueria que deben á la munificencia de los dos esposos.

—

La mujer es el medio más seguro para guiar al hombre por la senda de la virtud.

Ella posee un corazon privilegiado que le trasforma de ser humano en ángel de felicidad, y ella inspira á aquel los sentimientos más puros y nobles que enaltecen sus acciones.

Siempre, al hojear las páginas de la historia, vereis tras la figura de los grandes hombres la imágen de una mujer amada.

LUIS RICARDO DE FORS.

EL NIÑO ENFERMO.

El pobre niño se halla enfermo y desde su lecho, á traves de los cristales de la entreabierta ventana, contempla el cielo tachonado de estrellas.

Las estrellas se aparecen á sus ojos como gigantescos granos de polvo de oro, y el niño las sigue con ávida mirada.

Unas atraviesan rápidamente el limpio azul del firmamento: son las que llamamos *estrellas corridas* y parece que van á caer junto al niño y á incendiar las rosas de su jardin.

Otras juegan al escondite, ocultándose detras de las nubes y apareciéndose de repente para sorprender al niño.

Ya despiden trémulos rayos de vívidos fulgores, ya quedan veladas por los pasajeros vapores del firmamento.

¡El niño las contempla enagenado de alegria! Son mil, diez mil, cien mil, mil millones.... es imposible contarlas! Parece que se han posesionado del cielo, y que no lo abandonarán jamás; pero los primeros albores de la mañana aparecen por Oriente, y los planetas se eclipsan y los ástros pierden su fulgor.

Aquellas estrellas tan brillantes se esconden avergonzadas ante el hermoso color de púrpura con que se engalana el horizonte.

La púrpura es el color de los reyes; y efectivamente anuncia la venida del astro rey, del sol. El niño abre las hojas de su ventana y contempla extasiado el sorprendente espectáculo que ofrece la alborada.

—¿Qué diferencia existe entre las estrellas y el sol? pregunta

Y su hermana, que vela á la cabecera de su cama, le contesta:

—El sol es como Dios, uno y poderoso. Las estrellas son como los hombres; muchas y humildes, y viven postradas á sus plantas.

El niño cruzó sus manecitas, y su ferviente oracion subió al trono de Dios en alas de los primeros rayos de luz del naciente dia.—BELZA.

HUIDA DE LOS HABITANTES

de una ciudad de Polonia, saqueada é incendiada por los rusos.

El grabado que en nuestra cuarta pagina aparece, representa una de esas escenas desgarradorasque han sido tan comunes en aquel noble, valiente y desdichado país.

Un cuerpo de ejército moscovita penetra en un pueblo, el cual saquea é incendia, y sus habitantes huyen despavoridos abandonando sus hogares y llevándose sus ganados y lo que pudieron salvar del pillaje. El hecho ha sido repetido bastantes veces, particularmente mientras ha durado la guerra, y nuestro grabado tiene la particularidad de haber sido dibujado por uno de los mejores artistas franceses, Mr. Gustavo Dorée, testigo ocular, y de espresar por lo tanto con una esactitud y una propiedad asombrosa, una de esas escenas cuyo solo relato ha conmovido al mundo entero.

EL JUEGO DE CRICKET.

El dia 15 del mes próximo pasado se jugó en el campo de Tablada, en Sevilla, la tercera y decisiva partida de *Cricket* entre jerezanos y utrereños. Los jerezanos hicieron en la primera entrada cuarenta y seis puntos, y los de Utrera cuarenta y siete. Despues de una magnífica comida ofrecida por estos últimos, entró Jerez por la segunda vez haciendo cincuenta y seis puntos y los utrereños no pudieron alcanzarlos, haciendo solo cuarenta y cuatro, de modo que sacó ventaja Jerez por once puntos, ganando de las tres partidas, dos.

Con el objeto de que comprendan mejor este juego los que no le conocen, no solo damos una lámina en que se representan las principales escenas de esta diversion, hoy en moda, sobre todo en Andalucia, sino que vamos á hacer una breve reseña de su historia, y de las principales reglas para jugarlo.

Este juego de orígen británico, no es otra cosa que el del *mallo* español y francés, y se halla muy en boga, no solo en Inglaterra, sino que tambien en Francia.

El club del *Criket*, que se halla establecido en Paris bajo la presidencia (hasta su fallecimiento) del duque de Morny, lo forman los jóvenes más elegantes de la alta sociedad parisiense.

Cuantas veces debe verificarse una de estas partidas, la llanura denominada *Madrid*, situada en el bosque de Bologne, es el centro de reunion de lo más escogido de aquella sociedad. Las peripecias del juego son seguidas con gran interés, se aplauden con frenesí y se cruzan crecidas apuestas: puede decirse con seguridad que despues de las carreras de caballos, el *Cricket* es el juego que mas llama la atencion.

Los jugadores son generalmente en número de veintidos, divididos en dos bandos iguales.

Uno de cada parte, armado de una pala de madera, que en inglés se llama *bat*, defiende el punto de mira á donde se dirigen las pelotas de corcho forradas de badana, y esta especie de blanco, que no es otra cosa que un tridente ó sean tres barras de hierro unidas entre sí y fijas en el suelo.

Este punto de mira es la ciudadela, de la cual el jugador es el principal defensor, y que su adversario procura derribar, lanzando los proyectiles contra él, ó sean las pelotas de corcho. De tiempo en tiempo cambien estos dos bandos sus respectivos papeles, es decir, que en tanto que los unos son agresores, los otros se limitan á la defensiva, y vice versa, segun en turno les corresponde.

Estas partidas empiezan generalmente á las once de la mañana y no terminan hasta las seis de la tarde. Durante este largo tiempo, el bando que ha hecho mayor número de puntos es declarado vencedor.

Tal es el famoso juego de *Cricket*, que tiene mucha analogia tambien con el juego de pelota *al largo*, que se juega con tanta aficion en nuestras provincias vascongadas.

La colocacion respectiva de los jugadores la hallarán nuestros lectores minuciosamente detallada en la lámina que hoy les ofrecemos.—B.

Solucion del geroglífico del número anterior.

Los levitass fueron levita sin levita.

GEROGLÍFICO.



Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

SAN ISIDRO DEL CAMPO

PATRON DE MADRID.

La humilde condicion del Santo á quien el pueblo de Madrid venera, como patron suyo, ha ocasionado indudablemente la falta de datos acerca del nacimiento y de los primeros años de este virtuosísimo varon, á quien Dios, ante cuya grandeza son iguales todas las gerarquías de la tierra, distinguió con su divina gracia y con su Santa predileccion.

San Isidro nació en la villa de Madrid á principios del siglo x. Otros aseguran que no vino al mundo hasta mediados del siglo xi, pero el escritor Juliano, que en nuestro concepto merece más fé, afirma que fué á principios del año 900. Era hijo de unos pobres labradores, y él siguió la misma profesion de sus padres, distinguiéndose desde pequeñito en la práctica de todas las virtudes cristianas. No se han conservado recuerdos de hechos detallados de su conducta durante su niñez y los primeros años de su juventud, pero algunos muy marcados debieron basar la fama de virtud y de piedad que desde un principio adquirió entre los vecinos de la villa.

Cuando más se fijó la atencion en él, estaba ya casado con una virtuosísima mujer de su misma clase y condicion, llamada Maria de la Cabeza y servia en una heredad ó hacienda propia de un caballero madrileño llamado don Ivan de Vargas. La envidia y otras malas pasiones se sublevaron contra su piedad y su virtud, y llevaron ante su amo la acusacion de descuidado y de dilapidador de los frutos y bienes que se le tenian encomendados. Su amo le reprendió severamente, y el Santo admitió la reprension de su señor con humildad y paciencia, manifestándole, sin embargo, que las horas que quitaba al trabajo era para dedicarlas á la oracion y al servicio y devocion del Señor de todos los señores. Dios permitió entonces que el señor de Vargas presenciase cómo los ángeles ayudaban á Isidro en sus trabajos de labranza, para que adelantase y ganase con esceso el tiempo que dedicaba á sus piadosos ejercicios. Este hecho se estendió por la comarca y aumentó la consideracion del Santo.

Por aquellos mismos dias permitió tambien Dios, milagrosamente, que unos lobos que atacaron al jumento de que el Santo se servia, muriesen de repente sin poder causar daño alguno al pacífico animal.

La caridad de Isidro era tan grande, como su devocion estremada, tanto, que habia hecho fijar sobre él la atencion de las gentes, y Dios quiso tambien manifestar palpablemente cuán agradable era á sus ojos tan rara virtud, y al efecto permitió que varias veces y de un modo milagroso, el trigo y la harina que el Santo repartia á los pobres apareciera otra vez y hasta aumentada en los depósitos de donde se estraia. A pesar de su pobreza dedicaba una gran parte de su soldada á limosnas cuotidianas, que á pesar de ser agradecidas eran alguna vez murmuradas.

La fuente que hoy se conserva en la hermita y que lleva el nombre del Santo, fué descubierta por él de una manera milagrosa; un dia que su amo le pidió de beber, y no tenia agua á mano, hirió con su hijada, que aun se conserva como una reliquia, y saltó un manantial que es el que aun subsiste y cuya agua ha sanado muchas enfermedades. Otros varios manantiales descubrió en Madrid y en sus cercanías y todos ellos se recuerdan ó se conservan hoy todavia.

Entre varios de los milagros que por este tiempo hicieron fijar la atencion en San Isidro, fué el



más renombrado el de la resurreccion de la hija de su amo, que volvió á la vida por intercesion del Santo, cuando ya iban á dar sepultura á su cadáver.

Pasó despues á servir á otro señor á un pueblecito llamado Caraquir, y la maledicencia entonces se cebó en su virtuosa esposa, sin duda porque Dios quiso que habiendo acusacion hubiese motivo de defensa y prueba, con lo que se patentizaron, no solo la inocencia de su mujer, sino la virtud, caridad, castidad y devocion de ambos esposos.

Llegó á alcanzar una larguísima vida, y murió en olor de Santidad, en Madrid, el 28 de noviembre del año de 973, siendo sepultado en el cementerio de San Andrés.

El pueblo olvidó pronto al Santo que durante su vida habia sido un ejemplo vivo de virtudes cristianas; pero Dios, que indudablemente queria que se honrase despues de muerto al que tanto habia distinguido en vida, permitió que el Santo se apareciera á los cuarenta años despues de estar enterrado, primero á un labrador y despues á una noble señora de Madrid, pidiendo que trasladasen su cuerpo del cementerio á la iglesia. Así se hizo, y se encontró el cuerpo en perfecto estado de conservacion. Fué grande el entusiasmo que produjo este suceso, y no menor el caso extraordinario de repicar las campanas de todas las iglesias en el momento de la traslacion, sin que se pudiera averiguar quiénes las habian repicado.

Con estas maravillas se despertó la devocion del pueblo de Madrid por su Santo Patron, y desde entonces se le empezó á tributar culto, á pesar de no estar aun declarada su canonizacion.

Entre sus milagros más patentes, despues de su muerte, recordamos el de la resurreccion de otro niño, cuyos virtuosos padres, llenos de desconsuelo, ofrecieron en el sepulcro del Santo consagrar á su servicio al hijo de sus entrañas si lo volvia á la vida, lo cual se verificó ante una numerosa concurrencia que salió de la iglesia proclamando el milagro.

Como milagro constante se cita ademas, y con razon sobrada, la incorrupcion de su cuerpo y el olor agradable que aquel exhala, el cual se conserva intacto, como igualmente la mortaja con que fué enterrado.

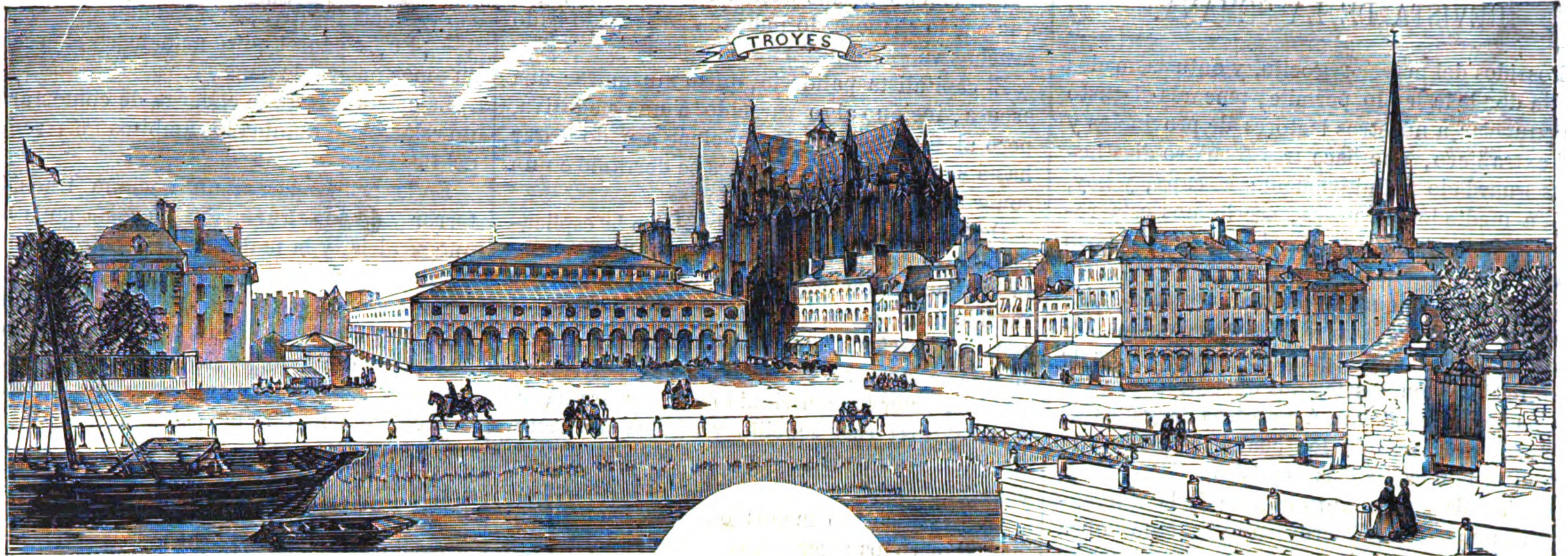
La devocion por San Isidro se hizo tan general en todas las clases de la sociedad, que empezando por las personas reales y concluyendo por las más plebeyas y pobres todos han significado desde el siglo xii su entusiasmo por el Santo que desde la más humilde esfera social supo hacerse notable por sus virtudes y su piadoso ejemplo.

Ya hemos dicho al principio de esta breve reseña que los autores que se han ocupado de relatar la vida del Santo no están conformes en la época en que el Santo vivió. Muchos dicen que nació á mediados del siglo xi y murió á principios del xii; pero Juliano, que en nuestro concepto es el que más á fondo ha estudiado este asunto, dice que murió en 973, y á este autor nos referimos al citar varios hechos de la vida del Santo.

A instancias del rey Felipe II fué canonizado oficialmente en 1.° de mayo de 1622 por el Sumo Pontífice Gregorio XV, y declarado patrono de la córte de las Españas.

Un escultor estudioso y de privilegiado talento, M. H. Giraud, que hace algun tiempo vino á España á hacer estudios artísticos, hizo una magnífica estátua de San Isidro de grandes dimensiones, y de la cual se ha sacado el dibujo del grabado que publicamos hoy. Esta estátua, que es una obra de gran mérito, fué regalada por su autor á S. M. la reina y fué colocada en una de las capillas de la iglesia de San Isidro el Real, calle de Toledo, donde se venera desde entonces.—H.

El Periódico ilustrado.



Número 11.

DEL 18 AL 25 DE MAYO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 40 »	

LOS DOS HERMANOS.

REVISTA DE LA SEMANA.

Poseidos del mayor regocijo, y entusiasmados hasta donde la ley lo permite, tenemos el gusto de anunciar á nuestros lectores de provincias y del extranjero, que hace tres ó cuatro dias hemos guardado definitivamente la capa, y hoy, casi á mediados de mayo, escribimos esta revista, amenizando cada uno de sus párrafos con un sorbo de horchata de chufas.

Desde el balcon entreabierto de nuestro gabinete contemplamos las verdes copas de los árboles del Botánico y el Retiro; oimos el piar de los gorriones en los tejados de enfrente, y las brisas del Prado llegan á nosotros cargadas de aromas, cada uno de los cuales bastaria para acreditar el tocador más esquisito.

Es llegada por lo tanto la hora de la renovacion; campos, atmósfera, sangre, todo cobra nuevo vigor y lozanía; todo palpita con intensidad nueva; lo único que no se reproduce, que no florece en el desierto valle de los hechos, es lo que nosotros cultivamos precisamente; las noticias.

Hay que acudir á los oscuros antros de la murmuracion para sorprender en ellos la esplicacion de los rumores que consignan uno y otro dia los periódicos; hay que frecuentar esos círculos, que suelen llamarse de última hora, para poder referir de vez en cuando anécdotas como la siguiente, que tiene relacion con una visita misteriosa de que se ha hablado mucho en Madrid estos dias.

Desgracias imprevistas, accidentes que no son raros en las personas que se dedican á negocios, llevaron no hace mucho tiempo al Saladero á un individuo, que despues de haber tomado parte en algunas campañas, vive tranquilamente en compañía de su esposa, cuya hermosura es comparable tan solo con su virtud. Afligida se hallaba la infeliz con el desagradable suceso de que su marido era víctima, cuando recibió una tierna y consoladora epístola de cierto banquero, en la cual, despues de aconsejar que no tuviera cuidado, pues todo se arreglaria muy en breve, se le hacia una declaracion á quema ropa, pero tan apremiante y apasionada, que más parecia una jugada de bolsa que entretenimiento del alma.

Leyó la mujer el documento, que en cualquier otra situacion la habria hecho reir, pero que en la que se hallaba no pudo ménos de ofenderla y en la primera entrevista que con su esposo tuvo, le refirió con todos sus pormenores el hecho, y puso en sus manos el correspondiente cuerpo del delito.

Algunos dias despues, gracias á la poca importancia del asunto, y gracias tambien á la intervencion generosa de algunos amigos, el preso recobró su libertad, y la mujer recibió en casa á su marido.

La tarde estaba hermosa: ellos, alegres, comieron bien y hasta se propinaron un buen paseo. Era ya de noche, cuando el banquero que se hallaba en casa, oyó llamar muy discretamente á la puerta de su despacho.

—Señor, dijo presentándose un criado, un caballero y una señora que desean ver á Vd.

—Que pasen, murmuró el hombre feliz arrellanándose en su butaca, y creyendo iba á habérselas con algun tenedor de ciertas obligaciones.

Pero su sorpresa fué grande al ver penetrar en la habitacion la mujer de sus sueños, si bien acompañada de un hombre, con quien no habia soñado.

—¿Es usted D. Fulano de Tal? preguntó el recien llegado con gran certeza.

—Para servirle, respondio este, no sin desconfianza.

—En ese caso, ruego á Vd. me diga si es tambien el autor de esta carta.

Y al mismo tiempo sacó del bolsillo un papel que por lo manoseado indicaba haber sido leido muchas veces.

El capitalista palideció, quiso murmurar una escusa, insinuó algo parecido á una negativa, pero al fin la voz de la conciencia pudo llegar hasta sus labios, de los cuales se derramó en un sonoro y significativo: si señor.

Dejamos al buen juicio del público la esplicacion de lo que pasó entonces; solo diremos que el banquero llamó en su auxilio á los criados, el marido á su mujer, la mujer á todo el mundo, y por fin el escándalo llegó hasta la calle haciendo necesaria la intervencion de algunos individuos, cuyo carácter ha contribuido á hacer dramática y misteriosa esta sencilla y cómica aventura. Creemos habernos esplicado lo suficiente para ser comprendidos.

Otros lances no menos curiosos pudiéramos narrar, pero los reservamos para cuando no haya de que ocuparse.

Despues de este suceso, el más notable ocurrido en la capital, ha sido la colocacion en el ministerio de Fomento del reloj que regaló el señor Losada, de Lóndres, y que segun dice un periódico, tiene entusiasmada á la vecindad. No lo estrañamos, porque, aun dejando aparte la cuestion de conveniencia, el reloj en cuestion es un reloj que..... da la hora.

Tres libros nuevos han llegado á nuestras manos, que bien merecen un análisis detenido; pero de los cuales solo podemos hablar muy sucintamente. El primero, que se titula *Sentimientos*, es un tomito de poesías con el que se ha dado ventajosamente á conocer el jóven escritor Sr. Alarcon y Melendez. Son dignos de aplauso la ternura y la espontaneidad que en él resaltan, y que hacen olvidar hasta alguna que otra incorreccion en el estilo, sin las cuales no pareceria la obra de un poeta novel.

El segundo, que lleva el nombre de *Un ramo de violetas*, es original del Sr. Vila y Goiri, y contiene cuatro ó cinco interesantes novelitas y cuadros de costumbres, notables por la exactitud de su colorido, y por su intencion moral y filosófica.

El otro volúmen, del que es editor el conocido librero Sr. Durán, es la famosa obra de Laboulaye, titulada *Paris en América*, en la cual, al mismo tiempo que se traza de mano maestra el retrato de la civilizacion americana, se critican los vicios y las costumbres de la vieja Europa, nacidos, más que de otra cosa, de la esencia misma de su organizacion. Es, en fin, un libro de propaganda, en que sin pasion política, dejando á un lado la cuestion de ideas y de razas, se examinan á la luz de la lógica los más grandes problemas, planteados hace muchos siglos por el mundo antiguo, y que el mundo nuevo parece destinado á resolver.

M. DEL PALACIO.

LA CRUZ DE LA MALDICION.

En el medroso silencio de la noche, solo la voz de Dios resuena en los espacios infinitos.

Las estrellas palpitan con fúlgido brillo, la luna se eleva magestuosa, y la mar reposa.

La tierra duerme el sueño de la tumba; algunas concienzas velan el remordimiento del crímen.

Allá, en la distante orilla, deslízase una barca presurosa; solo se oye el ruido acelerado del remo que abre surcos de plata en la inmensidad de los mares.

La naturaleza calla; el eco del hombre se escucha.

—Huyamos: nuevos confines nos aguardan: allí donde anide el placer encuentra el hombre la felicidad.

Un acento melodioso, postrer pensamiento de la inocencia fugitiva, le responde:

—¡Pobre padre! quizá mañana en el esceso de su amor muera de pena.

La cólera celeste se encarga de contestarla, y un relámpago ilumina los ámbitos más remotos del Océano.

En la orilla aparece un anciano transido de terror y de amargura. Fija su vista en la barca que se aleja, y la maldicion del padre domina la terrible voz del trueno.

Las estrellas palidecen, la luna se esconde entre densas nubes, la mar hierve y se balancea en su cóncavo seno; el viento se desencadena, el huracan ruge más y más aterrador, y aun se escucha aquella terrible palabra.

Nunca se muestra el cielo tan sereno, ni la tierra tan alegre, como despues del huracan.

Y en vez del negro manto de la noche, el débil crepúsculo del dia, puro reflejo del esplendor divino, empieza á colorar con rosadas perlas entrambos horizontes.

El armonioso gorgeo del pajarillo se mezcla con los festivos cánticos de los pescadores y con el tañido de la campana del lugar, que llama á los fieles á los piés del Altísimo.

Todo sonreia al alma al despertar la creacion.

Solo en la lejana orilla, un anciano lleno de dolor, estrecha convulsamente entre sus brazos el inanimado cuerpo de una jóven; era su hija: besa sus labios y escucha con ansiosa avidez si un débil suspiro responde á sus caricias........ el fúnebre silencio de la muerte no produce ni un triste eco de gratitud á tanta desesperacion. Por fin se levanta presuroso y el nombre de su hija sale de sus lábios con apagado acento, mientras la busca con estraviados ojos en la superficie de los mares.

¡Estaba loco!

Poco tiempo despues los campesinos de aquellas cercanias colocaron en el lugar en que se hallaba el cadáver de la jóven una cruz de juncos para conmemorar aquel triste suceso y la llamaron *La cruz de la maldicion*.

Cuando las estrellas palidecen, la luna se esconde entre densas nubes y la mar hierve y se balancea en su cóncavo seno; los pescadores de aquellas orillas, á quienes la tormenta no ha permitido volver á sus hogares, creen ver á la luz de los relámpagos una jóven que sonriéndose los mira y se mece en la superficie de las ondas.

FRANCISCO MUÑOZ Y RUIZ.

CRÓNICA JUDICIAL.

Fecunda ha sido en debates judiciales la última quincena, y á sernos lícito disponer de más espacio del que buenamente nos permite el ilustrado Director de este periódico idem, tendriamos tarea de sobra para ocupar algunas columnas; pero de hacerlo así, nos introduciriamos, como quien dice, en el cercado ageno, y esto es contrario á todas las leyes del derecho de propiedad. Yo en este punto no estoy conforme con Proudhon, aunque en otros muchos admiro su profundo talento: en mi humilde opinion cada cual debe encerrarse dentro de los límites que la equidad y el compañerismo le trazan, y no estenderse ni medrar á espensas del prógimo. Si todos los españoles pensáramos de este modo, España seria más feliz, créanme Vds.

Entremos, pues, en materia. La sala segunda de la Audiencia de esta córte ha fallado últimamente en la causa seguida contra un vecino de Sigüenza, que en un momento de arrebato asesinó á su esposa, pretendiendo dejar así vengado su ofendido honor. Los pormenores de este

drama, trazados á la ligera, son los siguientes: En un pueblecillo del partido de Sigüenza vivia Isidro Yubero con su esposa, sin que al parecer turbase la mas ligera nube la paz de aquel matrimonio: el marido, sin embargo, llegó á concebir sospechas de que la mujer á quien habia dado su nombre en los altares le era infiel, y como el protagonista de una comedia de Calderon, decidió poner remedio á su herida honra. En la mañana del 23 de agosto de 1863, advirtieron los convecinos de Yubero que la puerta de la casa de este no se abria, á pesar de que el sol tenia ya andada gran parte de su carrera; se pasó aviso á las autoridades, y al penetrar en la habitacion donde dormia el matrimonio, se vió á la desventurada esposa tan horrorosamente mutilada, que tenia la cabeza casi separada del tronco, y en el cuerpo veintidos heridas hechas con instrumento cortante. Del exámen facultativo resultó, que la mayor parte de estas lesiones habian sido inferidas despues de la muerte de aquella desgraciada, prueba patente del ciego furor de que se hallaba poseido el criminal. Este huyó por una ventana situada en la parte posterior de la casa, y tan desatentado iba, que al dirigirse á un pueblo cercano, donde vivia una hermana suya, con objeto de buscar refugio, estuvo á punto de ser atropellado por una locomotora, junto á una estacion de la via férrea. Preso en el mismo dia, confesó su crímen y fué sentenciado en primera instancia á la último pena, pero habiendo recurrido en grado de súplica á la Audiencia de esta córte, esta anuló el primer fallo, y en su virtud el Yubero ha sido condenado á cadena perpétua con las demás accesorias.—A profundas consideraciones se presta el anterior relato: háganlas nuestros lectores, si á ello se sienten inclinados, y así tendremos espacio para dar cuenta de otros procesos.

El terrible drama que tuvo efecto en el vecino pueblo de Hortaleza, en la noche del 28 de marzo del año próximo pasado, toca á su fatal desenlace. Reseñaremos ligeramente este crímen con arreglo á los datos que arroja la causa. En el citado pueblo vivian los hermanos Pedro y Eusebio Robador, y habiendo esperimentado el primero una vehemente pasion por su convecina Ramona Perdiguero, segun se ha alegado en la defensa, determinaron ambos entrar una noche violentamente en la casa de la Ramona. El crímen fué concertado en una taberna, en la noche que hemos mencionado, y á eso de las ocho y media se dirigieron los dos hermanos á casa de la víctima, saltaron las tapias del corral y se introdujeron en las habitaciones, descolgándose por la chimenea. Pedro se fué al cuarto donda dormia la infeliz Ramona, y Eusebio se encaminó al corral, donde parece, que para no estar ocioso, se entretuvo en matar unas gallinas. Cuando terminada esta operacion volvió en busca de su hermano, este se hallaba junto al lecho de su víctima oprimiéndola poderosamente la garganta. Viendo que aquella desgraciada no daba ya señales de vida, ambos hermanos huyeron de la casa. Acusados de este crímen y reducidos á prision, Pedro y Eusebio Robador fueron sentenciados á sufrir la pena de muerte por la sala tercera de esta Audiencia, pero han apelado en grado de súplica á la sala primera, y en uno de ostos últimos dias se ha verificado la vista, dando ocasion á que los defensores de los reos, D. Cristino Martos y D. Miguel Mathet, desplieguen todos los recursos de su claro talento y luzcan sus brillantes dotes oratorias. Ambos letrados solicitan que á sus defendidos se les imponga solamente la pena de cadena perpétua, teniendo en cuenta la espontánea confesion que han hecho, y la insensata pasion que les arrastró al crímen: el fiscal de S. M. pide que se confirme la sentencia dictada por la sala tercera, por la cual se condenaba á Pedro y á Eusebio Robador á la pena de muerte, y si la sala primera falla con arreglo á la peticion fiscal, la sentencia debe tener efecto, dentro de breve término, en el punto más elevado del vecino pueblo de Hortaleza.

Otro crímen horrible se ha cometido en Barcelona en la noche del miércoles 10 del corriente, crímen del que han sido víctimas dos niños, cruelmente asesinados en una fonda, llamada por sarcasmo de la Fortuna, pues bien escasa fué por cierto la de esos infelices que así hallaron en aquel establecimiento un fin prematuro y desastroso: otro drama, más sensible si cabe que el de Barcelona, hallamos en los periódicos extranjeros, drama en donde una mujer, ayudada de su amante, asesina á su marido, y le arroja muerto á un horno, hasta reducirle á cenizas; pero dispénsennos nuestros lectores, si el relato de uno y otro crímen lo dejamos para otro dia. Si así no lo hiciéramos, esta mal perjeñada crónica seria un cuadro de horrores digno de figurar en la galería de espectros y sombras ensangrentadas. Salgamos de esta atmósfera de crímen que nos rodea, y vamos á terminar estas líneas menos trágicamente.

Y sin embargo, venimos á parar á un caballero que ha tenido un fin trágico, como el capitan Febo: que se ha casado, pero no así como se quiera, sino por quinta vez, y viviendo las cuatro mujeres primitivas. Vamos por partes. Yo siempre he tenido al que se casa en los tiempos que alcanzamos por un hombre de valor y de intrepidez: el matrimonio, segun dice un amigo mio, es una especie de salto mortal, en donde puede uno caer de pié, y entonces merece los aplausos del vulgo y es feliz; ó puede caer de cabeza y desnucarse, y entonces, además de su desgracia, es silbado despiadadamente.

Admitiendo el simil de mi amigo, yo encuentro que D. J. G. M. de treinta años de edad (ya ven Vds. que no es viejo y que ha aprovechado el tiempo), acusado ante los tribunales de Santander, por haberse casado por quinta vez en vida de sus cuatro mujeres, es todo un héroe. ¿No hemos visto todos aplaudir en circos é hipódromos á un volatinero porque daba con seguridad y limpieza un salto mortal? ¿no nos hemos atropellado los vecinos de Madrid por ir al circo de Price ó del Principe Alfonso á ver á Amoroso ó á Emilio el mallorquin, que llevaban su agilidad hasta el estremo de dar dos saltos mortales de una vez? ¿Pues qué haremos entonces con D. J. G. M. que ha dado en este mundo, y á los treinta años de edad nada más, al principio de su carrera como quien dice, cinco saltos mortales de una vez y sin tocar... en los tribunales hasta el último? Convengo desde luego en que las cinco respetables señoras que así han sido engañadas, pondrán el grito en el cielo con justísima razon, pero no puedo menos de admirar á D. J. G. M. y de ver en él un hombre de reconocido valor, y de intrepidez á toda prueba. Si ese caballero, dada su valentia, se dedica á la carrera de las armas eclipsa indudablemente las glorias de César y de Napoleon I. Sin embargo, lo probable es que los tribunales opinen de muy distinto modo, y que D. J. G. M. tenga motivos de arepentirse y de esclamar:

Si buenos prodigios hice
buenos afanes me cuesta.

I. VIRTO.

LA ALHAMBRA Y EL RUISEÑOR.

Subiendo á la Alhambra por la calle de los *Gomeles*, y al otro lado de la puerta de las *Granadas*, empieza un bosque de árboles erguidos y poderosos, que suben á colosal altura.

De su fondo sale un ambiente perfumado y suave, que mantiene en aquel lugar una eterna primavera.

Por ambos lados de la cuesta, corren bullendo y murmurando frescos y cristalinos arroyos.

A través del ramaje se descubre en la loma de la izquierda, la puerta *Judiciaria*, la *Torre de las Cabezas*, y más allá la de los *Siete-suelos*.

A la derecha, y sobre la otra cumbre que forma el valle, hay dos torres unidas aunque de altura desigual; son las *torres Bermejas*.

Un viajero, (Juan García) ha dicho:

«El rojo de los muros, el verde de los árboles, »y el azul del cielo, son los tres colores del paisa»je granadino, colores intensos, crudos, desapa»cibles, pero templados tan admirablemente por »las veladuras de aquella luz sublime, que la »vista del paisaje, entrando por los ojos, llega al »alma, y se graba amorosamente en ella.»

Entre las ramas se escuchan sonidos de pájaros y brisas.

Armonias de la naturaleza, en el valle; armonias del cielo, en la bóveda que forman los álamos.

Los bosques descritos en el Ramayana, no ofrecen tan dulces tesoros de paz.

En la Alhambra encuentra recuerdos el poeta, el músico y el pintor.

No solo ha consagrado la poesía sus inspiraciones á esta obra de la grandeza. Las armonías del canto resuenan aun bajo las frondosas enramadas, y el músico piensa en las amantes trovas de la despedida que empieza.

Queda adios, Alhambra bella, grata mansion del placer; raudal de ternura y sentimiento, que trae á la memoria las fantasías de las edades caballerescas.

Y si el pintor derrama su vista al profundo y móvil abismo de ramaje ¡cuánto puede estudiar! ¡cuánta inspiracion puede recoger su alma! ¡Qué de combinaciones en el dibujo, en los efectos de luz, de colores y de perspectiva!

El ruiseñor no es en Andalucía un ave de gran mérito. Es el hijo de sus bosques, y por eso no ofrece novedad alguna.

La aurora recibe su primer canto, y la noche lo sorprende, repitiendo sus melodías.

Byron, Shakespeare y Chateaubriand se equivocaron al suponer que su canto es esclusivo de la noche.

El ruiseñor es un artista; el poeta de las aves.

Su canto es un sacerdocio, un culto, y su mejor santuario la Alhambra.

La Alhambra debe considerarse como el primer monumento de la arquitectura. Las ciclopeas construcciones de Asia y Egipto, y los templos de Grecia le escederán en magnificiencia, pero no en sentimiento.

Las pagodas de la India, los palacios de Balbek y de Heliópolis son una idea; la Alhambra, un suspiro. Aquellos revelan el espíritu; esta es á la vez revelacion y objeto revelado.

El ruiseñor lo comprende así; por eso busca sus bosques y eleva su nido en las almenas de las torres árabes.

El sol, al brillar sobre los rojos muros de la fortaleza, alumbra los bosques con luces de topacio. En la noche silenciosa turba de tiempo en tiempo las serenatas del músico un acento misterioso que vibra entre las hojas. Es la campana de la *Vela*, inmortalizada por un canto popular.

No hay duda que las aves y las flores tienen semejanza con el hombre. El ruiseñor, poeta alado, vive como el poeta de la tierra; cantando y llorando. Llorando las desgracias agenas. Cantando lo bueno y lo hermoso.

Su vida se traduce en dos palabras. Luz y amor; compendio de la vida de todo poeta.

En el ruiseñor, el canto y el amor son la luz de su vida.

La existencia del hombre es la luz. Amor, luz del alma. Canto, llama encendida por el amor.

El canto del ruiseñor, varía sobre el tema siguiente:



LA PESCA DEL PEZ-ESPADA.

Timonero. El vigía. Remeros. Harponero.



CATANA.

«..... ¡Lascía cheio pianche!»
¡Déjame que llore!

La melancolía es la fuente de la verdadera inspiracion; el infinito de la ternura.

El gran artista llora.

La noche es el sentimiento. Hé aquí por qué el ruiseñor la prefiere á las horas del dia, si bien repite sus trinos en pleno sol. Pero de noche se concentra el alma en sí misma. El corazon del pájaro vé entonces su amor, y sus anhelos más claros, más distintos, surgiendo del fondo de tinieblas indecisas, y prestándole su inspiracion apasionada y espiritual, que nada turba, que impurifica; ni voz de ave, ni aliento de reptil.

Sin embargo, el ruiseñor que adora la luz, tambien la abandona, aunque temporalmente, al llegar la primavera.

Aquí vemos al verdadero artista. Huye las selvas de Asia, iluminacion fantástica de sol y pájaros, corona de pedrería que brilla bajo el cielo Indico. Pero aquella luz mágica y lujuriosa, ciega y enloquece. Es el desenfreno, la embriaguez de una vida de placeres infinitos y bullizosos; vida de movimiento y ruido, y el poeta huye del ruido.

Asia es el país de los gigantes. Gigante es su sol; sus rios y sus mónstruos, sus valles y sus montañas; y las combinaciones de colores de sus pájaros y sus arboledas.

El artista prefiere un medio dulce y blando; tintas delicadas que no ofusquen la vista ni el espíritu, sino que dejen sumergirse el alma en horizontes infinitos de pureza y suavidad.

Mas cuando el cielo se empieza á cubrir de nieblas, corre á buscar en el cielo de Oriente un sol más claro.

—«¡Luz! ¡Más luz todavía!»

Esta frase de Goethe moribundo, es el postrer canto del ave que al aproximarse el otoño prepara su peregrinacion.

Mientras que todos los pájaros caminan en numerosas tribus, el ruiseñor, como los peregrinos de otro tiempo, abandona su nido, y aislado y temeroso emprende su viaje.

En vano le preguntareis:—¿Por qué marchas, pobre solitario? ¿Por qué no te quedas?

«Necesito partir (responderá); mi cuna me »llama; necesito volver á ver el cielo resplande»ciente; las ruinas luminosas y seguras donde »cantaron mis abuelos: necesito posarme so»bre mi primer amor, sobre la rosa de Asia; ne»cesito bañarme en sol........ Allí está el miste»rio de la vida, allí la llama fecunda de donde »renacerá mi canto: mi voz, mi musa es la »luz.» (1).

Adios, amable músico. Quiera el cielo que un dia saludes con magnífico acento la rosa de tus amores.

.... Su marcha es silenciosa. Evita la luz del dia que le ofrece crueles enemigos.

El crepúsculo de la mañana lo libra de tantas angustias y reposa al fin bajo un pabellon de flores en las regiones encantadas.

¡Cuántas escenas de amor encierran los bosques de la Alhambra!

En la primavera tiene lugar la lucha de los ruiseñores que aguardan la venida de las hembras.—El vencedor solicita el cariño de su amada.

La prueba que ha de sufrir es el canto.

Llegad á la Alhambra, admiradores de la poesía; llegad entonces, y oireis ese canto sin igual que engrandece á su trovador. Canto sencillo y siempre nuevo; plegaria de amor y gratitud, que elevándose al cielo parece confundir en un suspiro, en un pensamiento al hombre y al ave, y hace esclamar al corazon tierno y apasionado, estas palabras de Michelet:

—«¡Dulce alianza de las almas!

«¿Cómo no existe por doquiera entre nosotros »y nuestros hermanos mayores, entre el hom»bre y la universalidad de la naturaleza viva?»—

AUGUSTO JERÉZ PERCHET.

(1) Michelet-L'oiseau.

CANTARES.

Para olvidar lo pasado
Y pensar en lo presente,
O me sobra ya la vida,
O ya me falta la muerte.

—

Más y más siento de noche
Estas penas que me matan,
Porque en medio del silencio
Digo todo lo que hablan.

—

Pon una cruz en el sitio
Donde me engañaste un dia,
Para que todo el que pase,
Al pasar, vuelva la vista.

—

Ya pasó el fin del principio,
Y no te quiero decir,
Cuán pobre y triste me veo
En el principio del fin.

—

Por tan poco tiempo
Yo no sé que hacer;
Si deje á un lado la puerta del mundo,
O llame otra vez.

—

¡Ay! como me acuerdo
De la madre mia;
A Dios solo pido que nunca le cuente
Lo que es de mi vida!

—

Cuando estás dormida
Si beso tus ojos,
No sé lo que siento por que me parece
Que hablas y no te oigo.

—

Tienes ojos de ángel,
Ojos que me encantan,
Porque si me miran, de penas sin nombre,
De penas me hablan.

AUGUSTO FERRAN.

TEATROS.

Segun lo teniamos anunciado desde nuestro primer artículo, el miércoles se realizó en las Casas Consistoriales la subasta para el arrendamiento del teatro del Príncipe, durante el año cómico venidero. Sin detenernos ahora en repetir las consideraciones que acerca del porvenir para el arte dramático nos sugiere el pliego bajo cuyas condiciones se ha llevado á efecto aquella licitacion, y que le son todas á cual más contrarias, como intentamos demostrar en aquel citado artículo, daremos cuenta del resultado de aquel acto, que si no para bien del teatro español, para inmejorable ventaja del teatro del Príncipe, ha tenido por fin lugar.

Una sola fué la proposicion presentada y una sola debia ser sin duda, si se tiene en cuenta la lista de actores que el activo é inteligente empresario Sr. D. Miguel Vicente Roca ha logrado formar, á costa, Dios lo sabe, de cuántos afanes.

Artistas todos estimados del público, los que en aquella figuran, volaban há mucho tiempo con alas de genio unos, y de Icaro los más, con rumbo incierto y caprichoso haciendo estériles sus propios esfuerzos.

El empresario de hoy, si otro no fuese el fin que se hubiera propuesto más que el de reunir todas aquellas que por lo aisladas eran improductivas fuerzas, mereceria ya los más sinceros elogios de cuantos se interesan en el cuadro de la literatura nacional.

Sabido es que esta, en el estudio dramático, arrastraba una vida lánguida, monotona y hasta agonizante, por el retraimiento forzoso en que nuestros primeros poetas, desengañados de lo vano de sus intentos, se habian colocado. Hoy, disipadas aquellas nieblas que, más densas cada vez, nublaban el horizonte del arte, sin dejar apenas vislumbrar un solo rayo del sol que anunciara la nueva aurora, el arte dramático recobra su casi muerta esperanza, y la fiel promesa de mejores dias le presta arrogancia y brios para la lucha.

El teatro del Príncipe, palenque abierto á esta justa del talento, cuenta por fin otra vez con dignos mantenedores del campo. ¡Quiera la suerte que las miserias humanas no triunfen ni por un solo instante!

Romea, hijo pródigo del arte, torna de nuevo á sus abandonados lares, despues de haber derrochado el caudal de su genio, por fortuna inagotable, y pónese al frente de la compañía que en el antiguo teatro, que de sus glorias, más que del Príncipe, pudiera llamarse. Valero tambien figura en primer término: Teodora Lamadrid está con ellos: las Sras. Palma, Cairon, Hijosa, Berrobianco, Dardalla y Valverde siguen á aquella artista; Florencio Romea, Pizarroso, Morales, Zamora, Dardalla y Fernandez vienen despues á terminar este cuadro de vida y de animacion artísticas. La suma de los triunfos escénicos que estos nombres recuerdan, constituye la historia entera del teatro español. No es mucho, pues, que tengamos confianza, más aun, seguridad de que el porvenir de la literatura patria esté garantido por completo, hoy, que aquel teatro torna á ser maravilla, despues de haber sido sombra suya.

Despues de nueva tan fausta para el arte, otra nos resta dar á nuestros lectores, y que tiene con aquella la misma exacta analogía que la que, segun un cierto instructor de quintos, guarda media vuelta á la derecha con media vuelta á la izquierda, las cuales decia que eran exactamente iguales, solo que eran todo lo contrario.

Asimismo y respecto al particular citado sucede con la noticia á que nos referimos, y que es la de que el teatro de Novedades ha cesado de existir. Con tal ocasion el arte está, como con la resurreccion del teatro español, de enhorabuena, aunque esta muerte, que para el caso es igual, sea en la esencia todo lo contrario.

La primera actriz del teatro de la plazuela de la Cebada, primera actriz que ha llegado como si dijéramos á formar parte integrante de aquella finca, constituyendo una especie de censo enfitéutico que se impone á todo empresario que se divorcia de sus intereses, hasta el estremo de serlo de aquel coliseo, parece que á pesar del entusiasmo con que ensayaba el drama titulado *La corona de mirtos*, entusiasmo que ha hecho decir á algunos diarios que aquella actriz habia esperimentado tal cataclismo nervioso en una de las situaciones de la obra, que se privó del sentido, perdió la color del rostro, llegando así á conmover al susodicho empresario, que es cuanto puede decirse; parece, repetimos, que por instinto de propia conservacion sin duda, se ha negado á representar el citado drama, ocasionando así una escision en la compañía que se ha desperdigado por esos mundos de Dios.

De todo corazon damos gracias á aquella actriz, pues, sin saberlo quizás, nos ha dispensado un favor que jamás olvidaremos evitándonos el tormento que presentiamos haber de sufrir escuchando la obra titulada *La corona de mirtos*, original nada menos que del mismo *escritor* que no ha mucho nos regaló aquella inolvidable comedia que se llamaba *Zapatero, á tus zapatos*, y cuyo *escritor* creemos que nos ha oido y despues de leerla ha obedecido retirando lo que para los demas, en mal hora, tuvo la ligereza de escribir.

Cualquiera que sea la causa, el efecto es bueno. El arte nace en el teatro del Príncipe porque allí se congregan los que le pueden dar vida, y esta será ademas tranquila y feliz porque en la plaza de la Cebada espira el teatro encargado de darle muerte. Demos gracias á la Providencia.

E. DE INZA.

CASTIDAD.

Soy la zagala
más hechicera
que luce el talle
en la ribera.
Los arroyos retratan
mi dulce paz,
y me llaman las aves
la castidad.

Alzan su frente
las tiernas flores,
y me dan cuenta
de sus amores;
si sonrio, me miran...
¿Qué me dirán?
¿Envidiarán acaso
mi castidad?

Todos admiran
mi faz serena;
dicen que es blanca
cual la azucena:
es de nieve mi manto;
¡sin mancha está!
¿No es la blancura emblema
de castidad?

Del tinte rojo
con que colora
las ténues nubes
la blanca aurora,
mis mejillas se tiñen...
¿Por qué será?
Del pudor diz que es madre
la castidad!...

Dentro de mi alma
nace el contento;
mis suaves cantos
repite el viento;
la impureza me dice:
«¡Qué alegre estás!»
¿Cuándo no ha sido alegre
la castidad?

Del mal el genio
surgió iracundo,
y en lucha eterna
se agita el mundo;
y el mundo no comprende
mi dulce paz:
¿No sabe que me llamo
la castidad?

UN AUTOR OSCURO.

TROYES.

Troyes es cabeza de partido, capital de provincia del departamento del Aude, y cuenta próximamente 34.000 habitantes. Se halla situada en una basta y fértil llanura en la orilla izquierda del Sena, y el rio, que en parte la rodea, forma muchos canales que alimentan un número considerable de manufacturas, como son fábricas y telares de lana y algodon, tenerias, etc., etc.

Los embutidos de Troyes son muy nombrados y estos le proporcionan un comercio tan importante como lucrativo.

La fundacion de Troyes data de la época de los Romanos. En 451 su obispo San Loup la salvó milagrosamente del furor de Atila, terrible jefe de los Hunnos; pero en 889 fué saqueada por los Normandos. Mas tarde llegó á ser la capital de la Champaña, residencia de sus condes, y es á Thibaut IV al que debe el nacimiento de su industria y de su importancia comercial desde principios del siglo XII.

El Parlamento de París fué trasladado á Troyes en 1420 por Isabel de Baviera.

Mas tarde, en 1787, el Parlamento fué desterrado por Luis XVI y en 1814 los alrededores de esta hermosa ciudad fueron teatro de sangrientos combates.

Troyes posee hoy dia una magnífica catedral, San Pedro, cuyo campanario no cuenta menos de cincuenta y seis metros de elevacion; un palacio episcopal, una casa de Ayuntamiento, el palacio de la Prefectura, un magnífico paseo, fuertes murallas, etc., etc.

LOS DOS HERMANOS.

Cuando Tomás Lawrence, célebre retratista inglés, el cual no vendió jamás ninguno de los cuadros menos de dos mil duros, hizo el retrato de los dos preciosos niños que aparecen en el grabado que hoy ofrecemos en la primera página, fué inspirado por una deliciosa escena que presenció en uno de sus viajes, y en medio del camino real.

Dos encantadoras criaturas, que jugaban al pié de un árbol, fijaron la atencion del pintor, y bajo su sonrisa infantil Lawrence descubrió las lágrimas del huérfano, así como en la fisonomía de la niña, que es de mayor edad, adivinó ya la prematura reflexion de la persona que comprende cierta clase de deberes, y sobre todo el de velar por su hermano más pequeño, del cual es ella y será en lo sucesivo el único apoyo. El cuadro es de los más bellos que han dado renombre á su autor, y el grabado que lo reproduce es igualmente de un gran mérito artístico.

LA PESCA DEL PEZ-ESPADA.

Nos hallamos sobre la costa septentrional de Sicilia, al pié de esa cadena de montañas que se divide en montes Belores al Este y montes Nebrodes al Oeste.

Los pescadores han salido del cabo Rasocolmo y entrado con su barca en el golfo Melazzo.

El timonero conduce la barca con prudencia, segun el consejo de Massaniello, y se lisongea de que el rey de los mares no se le escapará.

Cuatro marineros manejan enérgicamente los remos. A la cabeza de la barca, un hombre armado de un fuerte y acerado arpon, espera el momento oportuno de atravesar con él á su enemigo. Un camarada esperimentado, colocado de vijía sobre lo alto de un palo, es el encargado de dar la señal, anunciando la aproximacion del enemigo.

El personaje principal de este drama es invisible.

Es el pez-espada, llamado en latin *xifias gladius*, y en italiano *pesce spada*. Pertenece á la familia de los pescados *acanthptergios*, caracterizados por las espinas que aparecen en una larga espada que parte de su mandíbula superior. Generalmente tiene una longitud de cinco ó seis metros, y es una verdadera espada estrecha, chata y acerada, de la cual se sirve para matar las ballenas, de las que es el enemigo mas encarnizado, sin poder adivinar el por qué, porque el pez-espada no solo no come de su carne, sino que generalmente se alimenta de las algas del mar y demás plantas marinas.

La carne de este pescado no es desagradable al paladar; pero, ¿cómo pescarle? Con su terrible arma cortaria todas las redes aunque fueran tejidas de hierro. Los sicilianos, sin embargo, le persiguen, le sorprenden en sus aguas más profundas y le matan á golpes de arpon.

La gran dificultad de esta pesca, ó mejor dicho de esta caza, es el poder abordar á la fiera: así es que se dió hace muchos años á las barcas una forma particular, chata, estrecha y que se pareciese al pez-espada para inspirarle mas confianza y podérsele aproximar; son, en fin, las citadas barcas una cosa muy parecida á las piraguas americanas.

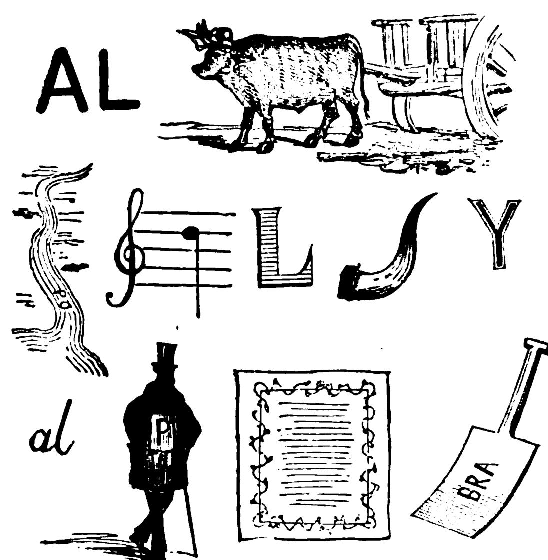
CATANA.

Catana se encuentra á la falda del Etna, sobre esa costa clásica de la Sicilia, inmortalizada por las églogas de Teócrito y de Virgilio.

Es un precioso pueblo al cual la lava del volcan sirve, no solo para las construcciones de sus edificios, sino para recordar sin cesar á sus habitantes cuantas veces se han visto arruinados por los contínuos temblores de tierra y las erupciones del Etna. En 1669 perecieron nada menos que 18.000 personas.

Catana fué fundada 746 años antes de J. C. por una colonia de Griegos. Hoy dia cuenta en su recinto 80.000 habitantes próximamente.

GEROGLÍFICO.



AVISO.

Volvemos á repetir á nuestros lectores que es en nuestra administracion, exclusivamente, tanto para Madrid como para toda España, donde se reciben las suscriciones al *Petit Journal* y al *Journal illustre* de París.

OTRO.

Damos un millon de gracias á nuestros amables colegas, tanto de Madrid como de provincias, que nos distinguen reproduciendo artículos de nuestro Semanario, tales como la *biografia de Lincoln* del Sr. Hiraldez, los *Tres problemas sociales* del Sr. Luna, y últimamente la *Vida de San Isidro* por el Sr. Hiraldez; pero como quiera que por un olvido involuntario sin duda, han omitido hasta aquí la referencia de los citados artículos, les suplicamos que en lo sucesivo y siempre que nos favorezcan tomando de nuestro periódico lo que bien les pareciere, tengan la bondad de añadir que su procedencia es de *El Periódico ilustrado*. De este modo ellos quedarán servidos y nosotros contentos y agradecidos, y el público sabrá lo que no creemos que deba ocultársele.



EL PASO DEL RIO.—UNA DEUDA DE JUEGO.

El famoso pintor Karel se encontraba un dia en Amsterdan en una de esas situaciones desesperadas que solo los jugadores comprenden.

Habia jugado, segun su costumbre, y la suerte se obstinó en serle contraria por muchas horas; tanto, que despues de haber perdido cuanto dinero poseia, perdió, bajo su palabra, con un estranjero, diez mil florines, ó lo que es lo mismo, unos ochenta y seis mil reales de nuestra moneda, suma bastante considerable para todo el mundo, pero inmensa, terrible para un artista que solo contaba con su pincel, como único capital.

Las veinticuatro horas, que son el plazo fatal concedido en las deudas de juego para todo hombre de honor, iba á espirar y el artista no poseia ni un céntimo con que responder á su compromiso.

Triste, sombrío, abatido, empezaba á pensar en el suicidio, cuando de pronto llamaron á su puerta; la abrió, y retrocedió con espanto, al encontrarse frente á frente con su adversario, ó mejor dicho, con su terrible acreedor.

Era este un caballero italiano, noble, aun más por el corazon que por sus pergaminos, y por añadidura, gran aficionado á la pintura.

Comprendiendo la cruel situacion, en la cual debia hallarse Karel, siendo como lo era un hombre de honor, en la imposibilidad de satisfacer su deuda, se aproximó á él cariñosamente, para tranquilizarle, y le dijo:

«Caballero, no es vuestro dinero el que vengo á reclamar, ni lo que me hace falta; lo que yo necesito es utilizar vuestro talento. Hacedme un cuadro que pueda yo enviar á Italia, y quiere decir, que trocaremos nuestros papeles; vos sereis mi acreedor y yo vuestro deudor.

Karel respiró con fuerza, la alegria brilló en sus ojos, y su corazon se ensanchó. Tenia la imaginacion viva y la mano ligera, y escitado además por tan generoso proceder, se puso á la obra; y treinta dias despues, envió á su noble adversario un magnífico cuadro, que hoy dia tiene un valor considerable, y que es el mismo cuya copia damos en esta página. Desde aquel dia, el deudor y acreedor fueron íntimos amigos, y tal es la historia de la bellísima obra que se conoce hoy con el nombre de *El paso del rio*.—B.

Solucion del geroglífico del número anterior (1).

Do mi llanto lucirá
El amor no vivirá:
Ni me consumo ni abraso;
No dejo huellas do paso:
El hado fuego la suerte
Me dió la vida en la muerte.
Hallarás habitacion
En mi tétrica mansion.

(1) La solucion de este geroglífico nos presenta un logogrifo que ofrecemos á la penetracion de nuestros lectores.

Propietario y editor responsable. PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJ... Cabeza, 12, principal.

El Periódico ilustrado.



Número 12.

DEL 25 DE MAYO AL 1.° DE JUNIO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	4	cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »—Seis meses 14 »	5	cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »—Seis meses 40 »		

MEYERBEER.

Nunca ocasion más oportuna que la presente, cuando las inspiradas melodías del *Prophète* acaban de escucharse en el régio coliseo, al terminar la temporada, y en que el teatro Rossini de los Campos Elíseos abre sus puertas, inaugurando la del presente estío con la misma obra del inmortal maestro, puede proporcionarnos para ofrecer su retrato á nuestros lectores y dedicar á la memoria de aquel, el tributo de admiracion y de respeto que le es debido y que de justicia le corresponde.

Meyerbeer ya no existe: el dia 2 de este mes cumplió el año que el célebre maestro huyó de nosotros, y el mundo musical llorará siempre una pérdida tan irreparable. Meyerbeer pensaba, sin duda, como un emperador romano, que un grande artista debe morir de pié, porque ha sido precisamente en medio de los fragmentos de *La Africana*, y cuando estaba ensayando la última obra de su genio inmortal, cuando este grande hombre inclinó la cabeza para no levantarla jamás.

Tiempo hacia que sufria una enfermedad penosa; pero procuraba ocultar á todo el mundo las alteraciones que esperimentaba en su salud, temeroso de que al divulgar sus sufrimientos llegase á noticia de su esposa y de sus hijas, que en aquella ocasion se hallaban en Berlin; y efectivamente, al ver la frescura de sus inspiraciones de artista, la vivacidad de su inteligencia, el fuego de su mirada, el vigor escrito en su fisonomía, y aquella actividad sinigual que desplegaba en los ensayos de su obra, un mes antes de su fallecimiento, nadie hubiera creido que aquel hombre de fibra tan privilegiado iba á desaparecer tan pronto de este mundo.

Sin embargo, Meyerbeer pensaba en la muerte; porque en una confianza que algunos meses antes hacia á una señora que se contaba en el número de sus mejores amigas, la confesó ingénuamente que tenia el temor de que el dia menos pensado, bajo la impresion de un accidente epiléptico, seria considerado muerto y enterrado vivo.



GIACOMO MEYERBEER.

Esta idea esplica las minuciosas precauciones consignadas en un pliego cerrado y lacrado que se encontró en su bata, cuyo sobrescrito decia: *«A la persona que abra este pliego, en el cual dejo escritas mis últimas voluntades.»*

Las principales eran: 1.°, que despues de su muerte se le tuviera depositado cuatro dias sobre su cama, y con la cara descubierta, sin dar á su cuerpo sepultura; 2.°, que se le sangrase de los cuatro miembros; y 3.°, que sus despojos mortales fuesen trasladados á Berlin, sin hacer en Paris los funerales que son de costumbre.

Meyerbeer ha muerto, como el valeroso gladiador, en medio del incesante combate que ha mantenido toda su vida por ese gran arte de la música, á la que debe su inmortalidad. *Roberto el Diablo*, *Los Hugonotes*, *El Profeta*, y últimamente *La Africana*, son los más bellos florones de su corona de artista.

Giacomo Meyerbeer, ó más bien *Meyer-Liebman-Beer*, nació en Berlin el 5 de setiembre de 1794, de Jaques Beer, rico banquero israelita.

La gran fortuna de su familia le permitió desenvolver, bajo la direccion de los más ilustres maestros, sus extraordinarias disposiciones y esperar la gloria, sin tener que inclinarse ante esas tristes necesidades de la vida, que hacen generalmente abortar, en las tribulaciones de

cada dia, las naturalezas y las imaginaciones mejor dotadas.

Empezó su carrera artística en Italia, escribiendo hasta una docena de óperas, entre las cuales la más importante fué *Il Crociato en Egipto*, que lo dió ya á conocer como un verdadero maestro; pero su verdadero éxito, el principio de su gloria artística, solo data de la época en que escribió *Roberto el Diablo*, obra que hizo una verdadera revolucion musical.

Despues del *Roberto*, Meyerbeer escribió *Los Hugonotes*, cuyos tres últimos actos, y sobre todo el cuarto y quinto, bastarian por sí solos para dar reputacion colosal á cualquier artista.

El Profeta vino á añadir nuevos y legítimos triunfos en su gloriosa carrrera, enriqueciendo además la escena francesa con las bellisimas obras *La estrella del Norte* y *El perdon de Ploermel*.

Los caracteres principales de la música de Meyerbeer son la elevacion y la grandeza, la espresion exacta de los sentimientos, una verdad absoluta en el color local y una precision estraordinaria en la traduccion de los sentimientos que dominan en los personajes colocados en escena.

Sentimos que el corto espacio de que podemos disponer no nos permita estendernos sobre este asunto tanto como deseamos, pero no terminaremos sin consignar el brillante éxito de *La Africana*, su obra predilecta, y que desgraciadamente no pudo tener la inefable dicha de ver puesta en escena, porque, como ya hemos dicho, la muerte vino á cortar sus preciosos dias en los momentos en que la estaba ensayando.

Despues de un año de contínuas peripecias, inconvenientes y aplazamientos, *La Africana* se ha puesto al fin en escena, con inusitado lujo, en el Teatro Imperial de París y ha sido su lisonjero éxito un nuevo floron ofrecido á la corona del artista; el cual desgraciadamente ha bajado á la tumba sin haber podido escuchar en la escena las sublimes melodías de su gigantesca obra.

J. BELZA.

REVISTA DE LA SEMANA.

El verano, cuya aproximacion anunciábamos la semana anterior, ha hecho en esta su entrada triunfal por la puerta del teatro Rossini. El frio no tiene ya pretesto ninguno para atormentarnos; los Campos Elíseos le han espedido su pasaporte, y cualquiera que por ellos pasee oirá á los árboles quejarse del escesivo sol, que hasta les quita la gana de dar sombra.

Comprenderán por lo dicho nuestros lectores, que el gran acontecimiento de estos dias ha sido el *debut* de la compañía de ópera, que durante esta temporada debe actuar en aquel ameno sitio, á cuyos atractivos consagramos gran parte de las páginas de nuestro número de hoy.

Dejamos á la pluma del revistero de teatros la narracion detallada y precisa de esta solemnidad, y uniendo nuestro aplauso al que de seguro tributará con tal motivo, tanto á los artistas encargados de la ejecucion de *El Profeta*, como á la empresa que no ha omitido gasto ni diligencia para alcanzarle el éxito que merece, y que no habia logrado en el Real, vamos á cumplir nuestra penosa obligacion de cronistas, no sin hacer otro descanso en el coliseo de la Zarzuela, para añadir un entusiasta *bravo* á los que de aquel público ha recibido el incomparable pianista Arturo Napoleon.

Tocar el piano y tocarlo medianamente, cosa es que ya no constituye un mérito, ni aun entre los niños de la escuela; lo hemos tocado todos, antes de que la aficion á las musas nos indujera á tocar la lira, ó el culto de la política nos llevara á tocar el violon. Así como en cierta batalla que perdieron *in illo tempore* los portugueses, quedó el campo sembrado de guitarras, el dia que los españoles perdieran el juicio, que bien podria ser, y les diera por arrojar los trastos, quedarian sembradas de pianos las calles de la capital.

Pero tocar el piano como Napoleon lo toca; sacar de una caja de madera y unos hilos de cobre la más difícil de las armonías, la armonía del sentimiento y de la belleza, hiriendo con ella las fibras más ocultas del corazon, y cautivando las inteligencias menos impresionables, tarea es que desempeñan en el mundo muy pocos, y que no debe ser muy fácil, cuando los demás hemos convenido en que esos pocos merecen el título de genios. Arturo Napoleon es de los que pueden sin escrúpulo alguno, apropiarse ese nombre; ha nacido para el piano, como uno de sus tocayos nació para la guerra; otro de sus tocayos para la diplomacia, y todos sus tocayos para algo, que podrá haber sido bueno ó malo, pero que no ha sido vulgar. Felicitamos de corazon al jóven artista por sus triunfos, y de hoy en adelante añadiremos á las glorias de Portugal la de contar entre sus hijos á este, que tanto le enaltece.

Si algun pesar hemos esperimentado despues de oirle, ha sido el que no haya podido volver á la vida para hacer lo mismo, cierto individuo que en unas escavaciones practicadas en Inglaterra ha aparecido á muchos piés de profundidád, en muy buen estado de conservacion, y con todas las señales de ser un verdadero hombre primitivo, uno de aquellos séres antidiluvianos á quienes cupo la suerte de existir cinco mil años antes que la homeopatia y los retratos *wothlytypicos* ó sea fotografías sin cloruro de plata, de los cuales, entre paréntesis, pueden verse escelentes muestras en el gabinete de Martinez Sanchez. ¿Qué hubiera dicho el sugeto en cuestion al escuchar los deliciosos acordes del piano, él, que cuando más tendria una ligera idea de la zampoña ó un conocimiento vago de la trompeta?

Por supuesto, que este género de exhumaciones podrá ser útil bajo el punto de vista científico, pero en último caso viene á probar que la dejeneracion que se advierte en los animales no existe respecto del hombre, lo cual, bien mirado, es un nuevo indicio de su pequeñez.

Yo en cuestion de exhumaciones prefiero la que recientemente se ha hecho en Italia, desenterrando del polvo del olvido á *María Stuard*, ópera de Donizetti, que se estrenó en Nápoles hace algunos años, y que por haber sido prohibida al dia siguiente, no se volvió á representar. Esta obra, que algunos recuerdan, pues fué, si no estamos mal enterados, cantada en Madrid en el teatro de la Cruz, ha alcanzado á su resurreccion un éxito brillante, que tal vez contribuya á ponerla de moda.

Supongo á ustedes enterados de la partida de la córte á Aranjuez, donde ya nadie tose, es decir, de donde desaparecieron ciertas toses malignas, que coincidian con algunos casos de viruela en San Sebastian y en algun otro pueblo. Afortunadamente todo ello ha sido nada, y la salud seria inalterable, si no existieran cocheros como los de Madrid, ferro-carriles como el del Norte y romerias como la de San Isidro.

A bien que, sin esto, quizá llegariamos á ser inmortales, y yo por mi no busco la inmortalidad por ningun camino, razon por la cual ni aun se me ha ocurrido escribir para el último certámen poético de la Academia, en el que ha alcanzado el premio una poesia de Fernandez y Gonzalez, que se titula *La voz de lo pasado*.

Y á propósito de pasado, hemos leido con gusto un folleto que sobre la historia y antigüedad de Ciudad-Rodrigo ha dado á la estampa el conocido arqueólogo Sr. Lopez y Ramajo. Es un curioso estudio lleno de observaciones muy atinadas, y noticias muy importantes, para apreciar la situacion de la célebre Miróbriga de los Romanos, de cuyo esplendor apenas quedan ya algunos vestigios.

Más notable que este por su asunto y por la belleza de su parte artística, es el lujoso album publicado por el concienzudo grabador Sr. Pi y Margall, con el título de *Triunfo de la Religion de Jesucristo*. Compónese de once láminas inventadas por el famoso dibujante aleman Fuehrich, en las cuales no se sabe que admirar más, si la correccion y pureza de la forma, ó el sentimiento y la espresion de todas y cada una de las figuras. Acompaña á cada lámina una gran hoja con la esplicacion de los personajes, y la parte material de impresion y tirada no desmerecen del conjunto. El Sr Pi y Margall ha hecho un verdadero servicio á las artes dándonos á conocer este trabajo, y ejecutándolo con la maestria de que ya nos habia dado pruebas en la reproduccion de las obras de Flaxman.

Y ya que de artes hablamos, no cerraremos esta revista sin felicitarnos y felicitar á nuestro pais, que gracias á la esplendidez y buen gusto del Sr. Salamanca, ha recobrado una de las grandes joyas de la pintura; el cuadro de la muerte de Santa Clara, obra maestra del pincel de Murillo. Nada más bello que esta tierna y dramática composicion del inmortal sevillano, muy superior, segun nuestro pobre juicio, á las que del mismo se conservan en el Museo.

¡Loor á los que de tal suerte saben emplear sus tesoros, y sostienen en el extranjero con rasgos semejantes el lustre del nombre español, que una generacion egoista lucha en vano por empañar!

M. DEL PALACIO.

TRES PROBLEMAS SOCIALES.

II.

El Pueblo.

Decia Enrique IV de Francia: «El dia más feliz de mi vida será aquel en que el más pobre de mis súbditos pueda echar una gallina en el puchero.»

Uno de nuestros hombres políticos contemporáneos ha preguntado en el Parlamento: ¿Qué pedazo de pan le dais al pueblo cada vez que le concedeis un derecho?

El piadoso deseo de Enrique IV le grangeó la veneracion de sus súbditos: las palabras del hombre de Estado español han sido amargamente censuradas por los filántropos del dia, que demasiado cuidadosos de los derechos del pueblo, se olvidan con demasiada frecuencia de que tambien es necesario darle pan.

Y sin embargo, bien examinadas ambas proposiciones, fácil es comprender que son perfectamente iguales; lo que el pueblo necesita antes que todo es pan; reconocialo así el cariño paternal de un rey en la Edad media; la misma observacion le ocurre á un hombre de Estado de nuestros dias: la ciencia política no ha adelantado gran cosa, puesto que incesantemente se trabaja en resolver el problema del pueblo, y el problema sigue siendo insoluble.

¿Conviene al pueblo la civilizacion ó le conviene la ignorancia? ¿Es más feliz cuanto más ilustrado? ¿Son indispensables en la sociedad los trabajos mecánicos á que de ordinario se dedica el pueblo? ¿Habrá quien los acepte el dia en que sus deseos se estiendan por horizontes dilatados y se despierten las ambiciones de su sosegado sueño?

Hé aquí la cuestion. Es cosa fácil y amena hablar á las masas de igualdad y de ambiciosos que la destruyen, de libertad y de inícuos opresores; mucho de derechos y muy poco de deberes; es empresa sencilla la de estraviar una imaginacion ignorante, llevar por mal camino una

ambicion naciente, y despertar odios que siempre hubieran permanecido dormidos; pero no es tan fácil proporcionar los medios que pueden contener esas tempestades del alma, y los filántropos que tanto han escrito y tanto se han interesado por la suerte del pueblo, se han cuidado muy poco de enseñarle el camino para encontrarla más dulce y más llevadero.

Su ilustracion seria sin duda una de las sendas más cortas y más llanas; pero entiéndase que yo no llamo ilustracion á ese caudal de ideas falsas que con mano pródiga se viene repartiendo al pueblo desde que empezó la moderna era revolucionaria.

La ilustracion que hasta ahora se ha dado en Europa al pueblo, solo ha servido para levantar tiranos. Y es lo peor que los encargados de civilizar á las masas no se manifiestan dispuestos á mudar de sistema. El pueblo que no puede comprar libros, que aunque los compre no sabe distinguir el bueno del malo, tiene un consejero en estremo peligroso, la prensa periódica, de donde por regla general huye la ciencia para dejar franco el paso á la charlatanería.

El sofisma sale á la plaza pública robando sus atributos á la verdad, y por la módica cantidad de dos cuartos se pone al alcance de las más vulgares inteligencias.

La principal desdicha de los reyes es que siempre les ocultan la verdad cortesanos aduladores. El pueblo, que es otro rey, porque de él emana la soberanía, tiene tambien sus cortesanos, que le lisonjean con la mentira.

La adulacion siempre es infame; pero tengo por infinitamente peor la que desciende á las cabañas que la que se sube á los palacios.

El efecto primero de la adulacion es el estravio del adulado. ¿Qué mucho que el pueblo se estravie cuando tanto y tanto se le adula?

¿Quereis dar al pueblo la instruccion que le conviene? Pues habladle el lenguaje de la verdad, y conseguireis verle ilustrado.

A hombres que para vivir en sociedad necesitan estar en buena armonía con sus semejantes no les desperteis el odio insensato contra las clases que el destino ha colocado más arriba; enseñadles que no por estar más altas son más felices, y despojad su espíritu de esa envidia insensata que no tiene ninguna razon de ser.

Infundidles el amor al trabajo y cuidad de que cada cual en el suyo llegue al más alto grado posible de perfeccion; á quien no está llamado á gobernar los pueblos, no hay para qué enseñarle la ciencia política. Perdeis un tiempo precioso en esplicar derechos que siempre serán mal comprendidos; haced que el pueblo adquiera la costumbre de ejercitarlos; llamadle más á la práctica y apartadle de las teorías.

¿Quereis darle libertad? Pues cuidad de que no la confunda con la licencia; hacedle comprender que la verdadera libertad consiste en el recíproco cumplimiento de los deberes; acostumbradle á amar á un tiempo el trabajo y la familia: el trabajo, por los bienes que proporciona; la familia, por los placeres con que deleita.

Yo quiero la igualdad para todos los ciudadanos, pero no la veo en el sistema de odios que predicais: convenced al pueblo de que es igualmente útil á su patria y á sus semejantes quien se dedica á oficios mecánicos, que quien propaga la ilustracion, sustenta el comercio ó da leyes á las naciones. Esta es la única manera de que se acostumbre á comprender y respetar la igualdad.

Todo ese tiempo que perdeis en esplicar derechos, aprovechadlo en dar pan y sosiego al pueblo, por quien tanto os interesais. Ensanchad las esferas del trabajo; dad al pueblo una ilustracion adecuada al papel que le corresponde representar: de hombres ignorantes que se pierden en un confuso y estéril laberinto de ideas, haced operarios entendidos y laboriosos; mejorad las condiciones materiales de la existencia de tantos desdichados; haced más sanas las fétidas habitaciones en que se hacinan; dignáos descender desde las altas regiones de la poesía hasta la triste realidad en que vivimos; hablad algo al corazon, ya que tanto hablais á la cabeza; alejad de los desvalidos ese horrible abandono en que la sociedad los deja; cread Bancos en que la honradez y el trabajo personal sean suficientes garantías del crédito para que puedan dominarse las épocas calamitosas, para que de una vez se estinga la más horrible y más infame de las especulaciones, la especulacion sobre la miseria; y si esto haceis con fé y con perseverancia, si un dia os levantais bastante cuerdos para decir la verdad desnuda á ese pueblo tan estraviado por la adulacion, tendreis resuelto uno de los más interesantes problemas de la sociedad.

L. G. DE LUNA.

EL DANTE.

En estos momentos se hacen en Florencia grandes preparativos para celebrar la fiesta del Dante: el Ayuntamiento ha votado con este objeto 350.000 francos, y dicen que este año escederá en magnificencia á la del anterior. Todo les parece poco para honrar dignamente la memoria del ilustre poeta. Para eso en España ha pasado desapercibido el aniversario de nuestro inmortal Cervantes, incluso por la Real Academia Española, que debió ser la primera en dar el ejemplo. Verdad es que nuestro país no se parece á ningun otro. Todo se halla supeditado á la miserable pasion política, que absorve la atencion general. ¡Desdichado país!

Pero volviendo á Florencia, puesto que de ella y de su privilegiado poeta nos ocupamos, por ser asunto de palpitante actualidad, insertamos á continuacion la traduccion de una carta, que con motivo de tan solemne fiesta, ha dirigido Victor-Hugo, con fecha 4 de este mes, al Alcalde encargado de los festejos, y además la historia de la vida del Dante, genio inmortal, orgullo de la patria que lo vió nacer y de la cual no ha sido olvidado, á pesar de haber transcurrido 700 años.

He aquí la carta:

«*Hauteville.-Housse* 4 *Mayo de* 1865.

«El Sr. Alcalde de Florencia ha tenido á bien pedirme, á nombre de esa ciudad, le escribiera una carta para leerla públicamente en la gran solemnidad que se prepara. Me he apresurado á acceder á su honroso deseo y en este momento el Sr. Alcalde tiene ya en su poder mi carta, en la que espreso mi admiracion por el Dante y mi amor á la Italia.

«Quisiera hacer más; quisiera ir yo mismo á Florencia aceptando vuestra invitacion, hecha en términos tan elevados y elocuentes; pero desgraciadamente me falta el tiempo en este momento y lo siento en el alma.

«Os suplico, pues, que así lo hagais presente á los dignos miembros de la Comision florentina, dándoles en mi nombre las gracias, y que les comuniqueis la espresion de mis votos que os envio: que la Italia sea inmortal como es inmortal el Dante.

Vuestro afectísimo, VICTOR-HUGO.»

Dante Alighieri nació en Florencia el año 1265. Su familia era una de las mas ilustres de Italia. Habiendo quedado huérfano, muy niño todavía, pasó una parte de su juventud en la escuela de *Brunet Latin*, uno de los hombres más sábios de aquel tiempo, pero su carácter fogoso le obligó á abandonar muy en breve las dulzuras y el sosiego de una vida dedicada al estudio, en cambio de las muchas aventuras que proporcionaba el estado de continua agitacion y lucha que por aquel tiempo dominaba en Italia. El Dante, cuyos abuelos habian pertenecido al partido de los güelfos (defensores de los Papas) se encontró en la batalla de Campaldino, que los florentinos dieron á los gibelinos de Arezzo (defensores de los Emperadores). Tambien contribuyó mucho á la victoria de Campron conseguida por los florentinos sobre los republicanos de Pisa. Sucediendo á estos acontecimientos algunos años de calma, el Dante se dedicó entonces al cultivo de las letras hasta el año 1291 en que se casó, aumentando con esto su infortunio, pues á pesar de haber tenido varios hijos, lazo que naturalmente contribuye á afianzar la union entre los esposos, el Dante, bien sea por su carácter contrario á una vida sedentaria ó bien por cualquier otro motivo, se separó de su consorte. En 1300 se hizo hombre público, datando de entonces la época de sus mayores desgracias. Tenia 35 años cuando fué nombrado prior de la República, dignidad que equivalia á la de los antiguos decenviros. Aquellos magistrados eran en número de ocho, y á pesar de ser su autoridad violenta, y aun tal vez por esta misma razon, no tenia gran seguridad en sus manos las riendas del gobierno. Durante la época en que el Dante ocupó el puesto de prior, Florencia se hallaba dividida en dos partidos conocidos con los nombres de *Blancos* y *Negros*, perteneciendo el Dante y por consiguiente el gobierno de que formaba parte, al primero de aquellos partidos. Nombrado el Dante embajador en Roma, los *Negros* se aprovecharon de su ausencia para derrocar al gobierno constituido, lo cual consiguieron, siendo declarados los *Blancos* enemigos de la patria, y acusado el Dante por pertenecer á aquel partido, en su consecuencia recibió al mismo tiempo que la noticia de su destierro, la de la pérdida de todos sus bienes. Pasó algunos años fuera de su patria, empleando aquellos en procurarse, por medio de la astucia y de la fuerza, la entrada en Florencia, para lo cual se unió á sus compañeros de destierro, pero no consiguiendo su propósito apeló á la súplica, como lo prueba una carta que dirigió á los florentinos, la cual empezaba con las siguientes palabras: *¿Populi mii quid feci tibi?* Convencido de lo inútil de sus tentativas recorrió la Alemania, dirigiéndose luego á Paris en donde como el Tasso, trabajó en escribir sus poemas. Careciendo hasta de lo mas necesario, se vió obligado á implorar la proteccion de los príncipes de Italia, morando sucesivamente en diferentes córtes hasta el año 1351 en que falleció en Rávena, donde se hallaba dirigiendo un áula, merced á la proteccion que le concedió *Guido Polento*. Dante falleció á los 56 años de edad, pobre y abatido por los reveses de la fortuna.

Quisiéramos poder estendernos un poco más en esta ligerísima reseña de la vida del inmortal poeta, pero por desgracia no contamos con el suficiente espacio para hacerlo así, viéndonos por lo tanto obligados, aunque á pesar nuestro, á terminar aquí este artículo.

LUIS DE SANQUIRICO.

TEATROS.

Nunca como hoy hemos deplorado tanto lo limitado del espacio que nos es permitido ocupar con nuestros artículos. La semana última ha sido fecunda en novedades teatrales, y por ello podríase exigir de nosotros, con razon por cierto, que nos detuviéramos más que de ordinario lo hacemos en describirlas, para dar de ellas conocimiento á nuestros complacientes lectores. Esto, á pesar de ser de mucha voluntad, no puede realizarse, y á tal motivo no hay más que resignar toda la fuerza que aquella pueda tener.

Cumplamos, pues, como más bien nos aconseje nuestro buen deseo, dando cuenta fiel y sincera de lo ocurrido.

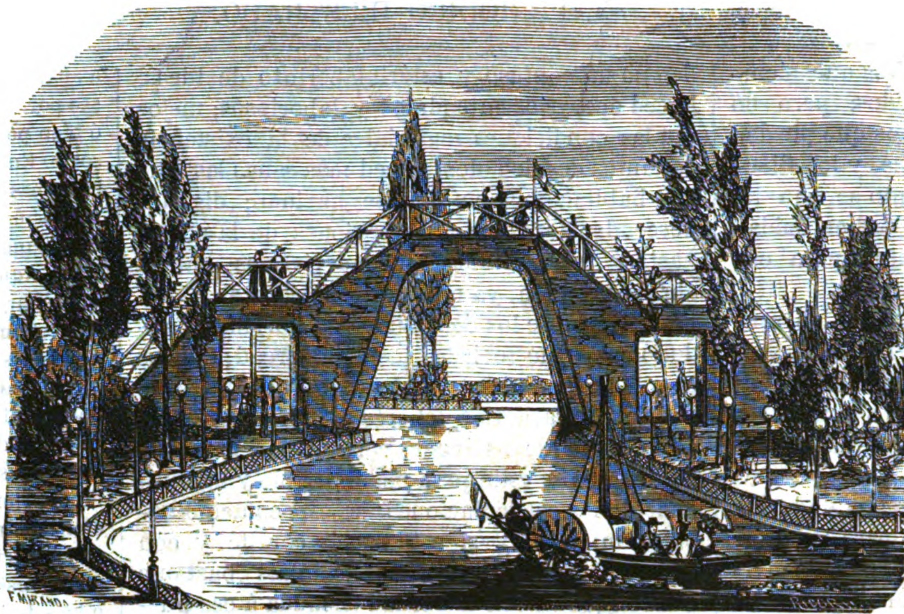
En el teatro de la Zarzuela nos hallamos desde luego y en primer término con una comedia nueva en un acto, titulada *La Puerta y el Postigo*, original de un conocido y bien reputado escritor, y la cual en nada revela las condiciones del padre que la engendró.

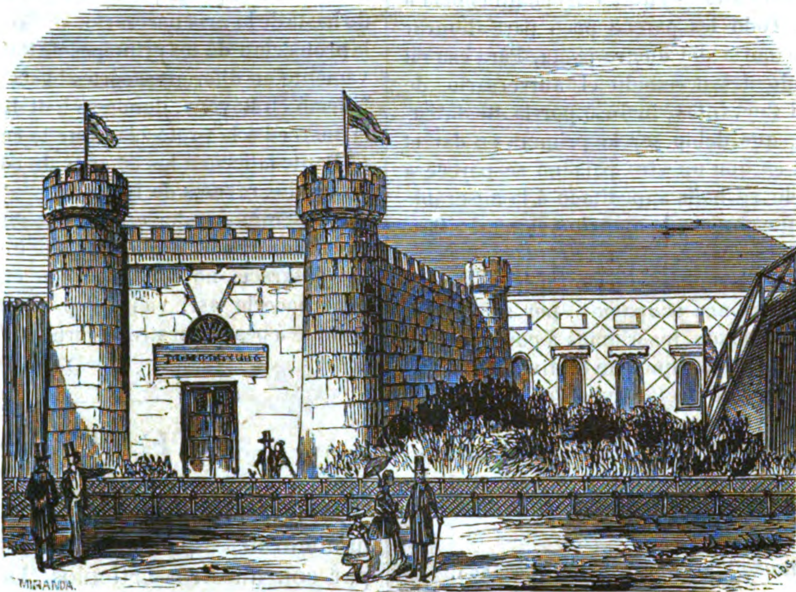
Sencilla hasta la trivialidad, nada ofrece que digno sea de mencion especial, si se esceptúa el breve tiempo que se emplea en su representacion.

En la misma noche que la citada pieza vió la luz y oyó otra cosa, estrenóse en el mencionado teatro una zarzuela en dos actos, arreglo del francés, y que lleva por titulo *Las Amazonas del Tormes*. Esta obra, que bajo la forma de comedia conociamos ya, revela en el giro que á su sencilla fábula se ha dado, así como en su bien escrito diálogo, las recomendables dotes de escritor dramático que distinguen al poeta que de nuevo la ha presentado en la escena española.

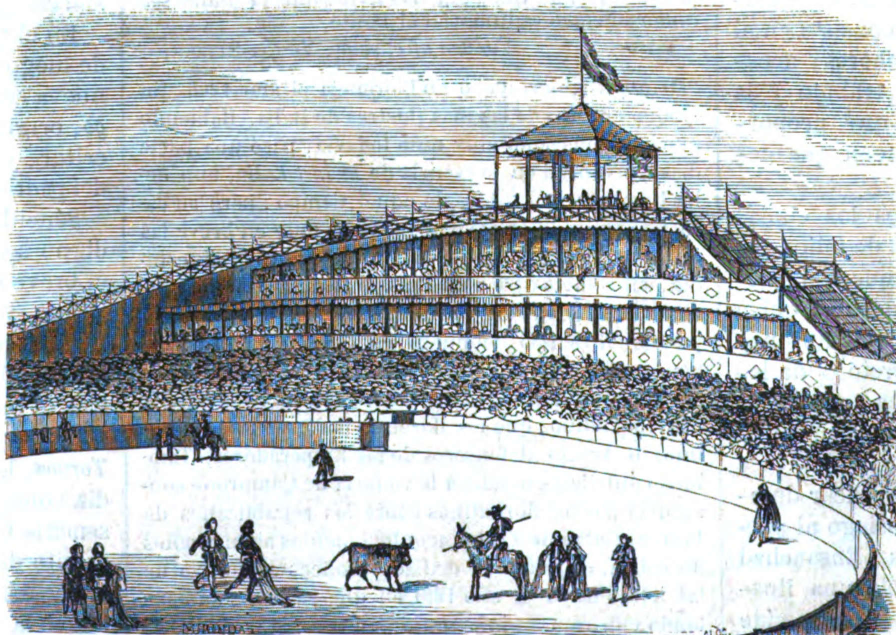
Sin otras pretensiones, que sepamos, que las

LO[...] CAMPOS E[...] DE MADR[...]









VISTA GE[...]

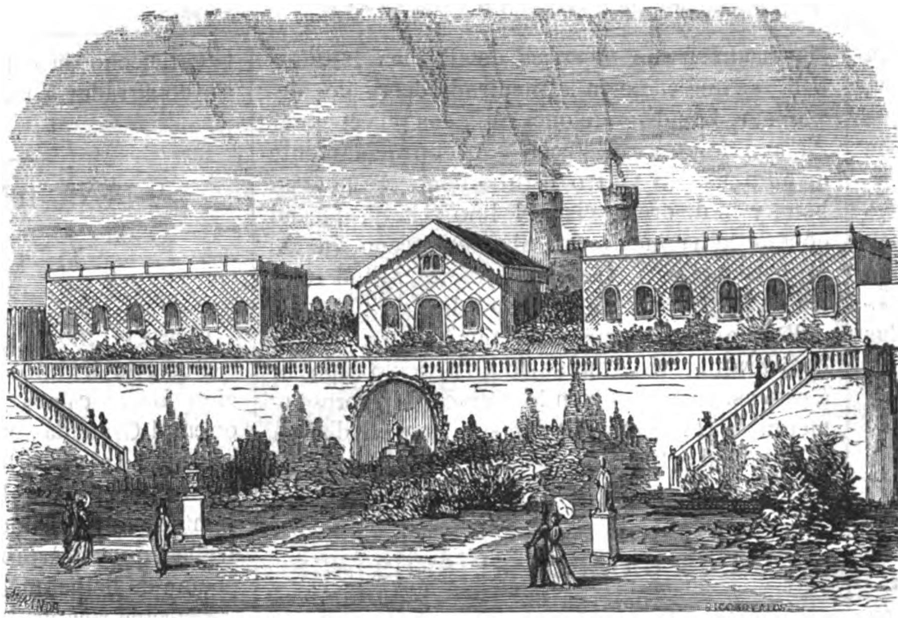
TIRO DE PISTOLA Y GIMN[...]

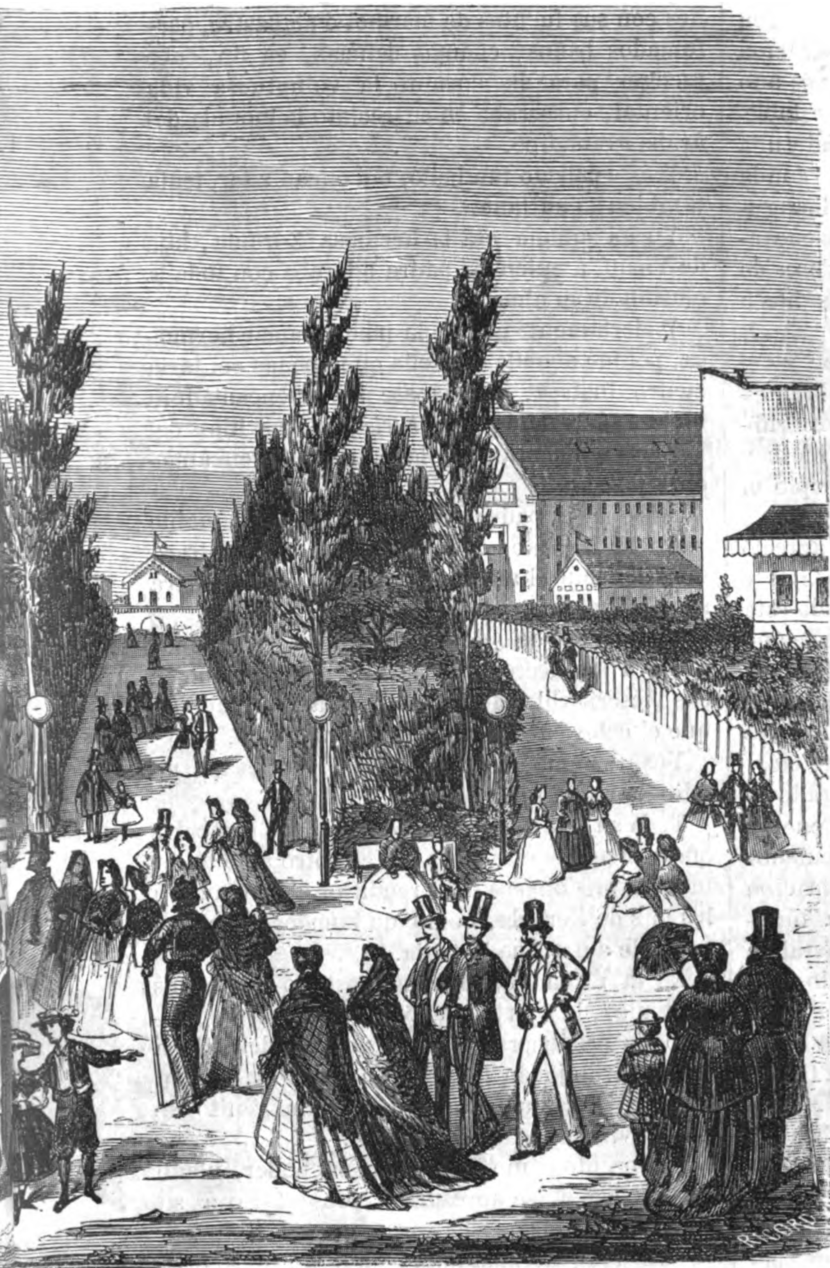
RIA Y PUENTE

MONTAÑA RUSA

1,86[...]

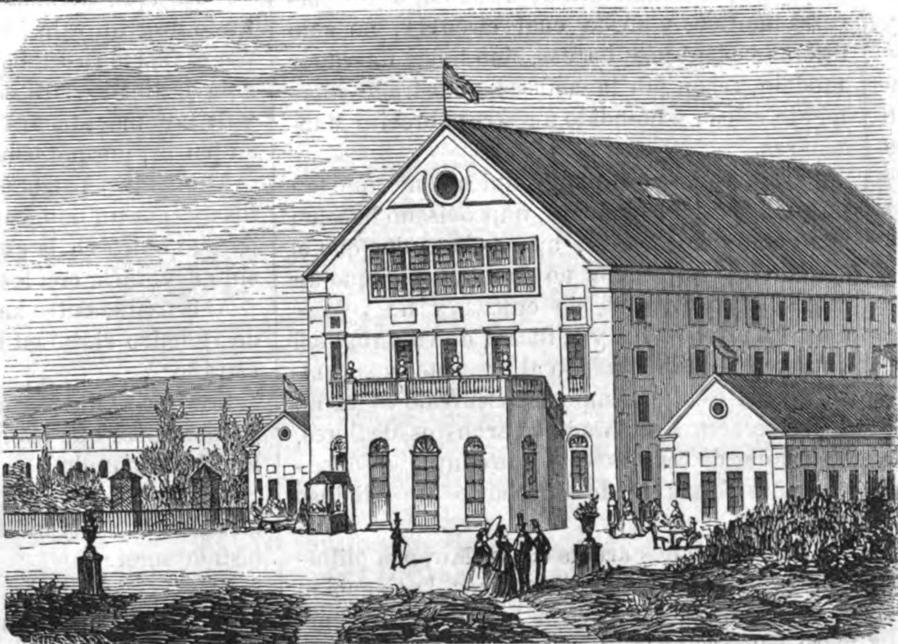
S ELISEO
RID











de entretener agradablemante al público, la zarzuela que nos ocupa llena el propósito de su autor completamente, puesto que el éxito que alcanzó en la noche á que nos referimos y que sigue obteniendo, es en estremo satisfactorio.

La linda y espresiva música que para dicho libro ha escrito el conocido maestro Sr. Rogel, contribuye poderosamente al feliz resultado que *Las Amazonas del Tormes* han conseguido, haciéndose repetir todas las noches dos ó tres de las más interesantes piezas.

La eminente actriz Srta. Civili, prosigue alcanzando marcados triunfos en el teatro de Variedades, y recientemente en la representacion de *La Locandiera* y en *Teresa* ha tenido ocasion propicia demostrarnos que su talento no reconoce obstáculo, y que allí triunfa donde lucha.

Dicho lo dicho, llegamos al teatro del Príncipe en el que tambien se ha puesto en escena una comedia nueva en tres actos, original y en verso, que se distingue de las demás con el nombre de *Cuestion de forma.*

Profundamente deploramos la carencia de tiempo y lugar que nos agovia, segun hemos dicho ya y ahora repetimos, porque es lo cierto que habriamos de examinar esta obra con todo detenimiento.

A falta de este, nuestro juicio como siempre será leal. *El Juguete*, pues á pesar de sus tres actos así se califica la citada comedia, empieza á nuestro entender, por no justificar aquella condicion. Si creyendo que la tenia hubiéramos de ponerla en manos de niños, cometeriamos en ello una indiscrecion imperdonable. Ni el pensamiento que en la obra domina, ni en su diálogo por demás descuidado, permiten hacerlo.

Cuestion de forma es una comedia en la que los personajes que la constituyen no tienen carácter determinado, pues el que se les supone ahora por razon de conveniencia, cambia luego á capricho del autor de la obra sin pretender siquiera justificarlo. Los tipos que en un principio se presentan tienen, pues, la condicion de no ser siquiera verosímiles, y sin conseguir interesar ni producir ejemplo alguno con su conducta, solo sirven para recorrer el caprichoso *zig-zag* que la idea creadora de la obra traza al volar por la mente de su autor.

El juguete que nos ocupa carece ademas de condiciones literarias, puesto que el estilo de que el poeta se ha servido para dar forma á sus pensamientos, ha producido conceptos que es imposible creer imaginaran siquiera personajes que figuren en el centro social donde no ha querido colocar los de su comedia.

A pesar de todo lo espuesto, el primer acto del juguete *Cuestion de forma* entretiene al auditorio fascinado casi por la franca y algun tanto escesiva espontaneidad de su chistoso diálogo. El segundo le fatiga y el tercero le rinde.

La pobre accion que dá vida al primer acto y que para este quizás fuera suficiente, es la misma que se reproduce, por idénticos medios, durante toda la obra. Es fuerza, pues, que llegue un momento en que se agote aquella. Así sucede en efecto desde la escena que promedia la obra, que toca á su conclusion á remolque de la versificacion que no hay para que afirmar, llegada como este que tenga apoyo, si será quimera y perezosa.

Sentimos por lo tanto que esta comedia, hechura de un autor en quien brillan dotes envidiables de ingenio, no haya respondido á nuestras esperanzas.

Para terminar, traeremos á la memoria la solemne inauguracion del teatro de Rossini que ha tenido efecto el domingo con la ópera *Il Profeta*, obra maestra del divino arte, y que ha sido interpretado de una manera admirable por la Nautier, Didiee y la Garulli, y por Tamberlik y Vialetti. La orquesta, dirigida magistralmente por el entendido profesor Sr. Gaztambide, nos hizo apreciar hasta en sus menores detalles las infinitas bellezas que encierra la inspirada ópera de Meyerbeer. Las decoraciones pintadas por el señor Plá son de un gran efecto y fueron justamente aplaudidas. El teatro estubo lleno de bote en bote, y es de creer, visto el lujo y la propiedad conque se ha puesto esta obra en escena, que las reprensetaciones sucesivas atraerán al lindo teatro de Rossini un númeroso público.

Es cuanto podemos decir por hoy; en breve dedicará nuestro semanario un artículo especial á este asunto, pues bien lo merece la representacion de *Il Profeta*, que ha sido una verdadera solemnidad artística.

E. DE INZA.

LOS CAMPOS ELÍSEOS

Como un deber de justicia y de consideracion consagramos hoy la mayor parte de la ilustracion de nuestro periódico á la nueva apertura este año de los Campos Elíseos, de ese magnífico establecimiento, que con una inteligencia especial y una rapidez fabulosa, comparable únicamente con la de los cuentos de las *Mil y una noche*, se inauguró en Madrid el año pasado, siendo tal su encanto que formó las delicias de todas las clases de la sociedad, desde las más aristócraticas hasta las más humildes.

Madrid debe este centro de la espansion y del deleite, segundo *Cremona* de Lóndres, á la inteligencia, á la actividad, á los inmensos sacrificios de una sociedad catalana, á cuyo frente y como director ha figurado desde su principio el activo Sr. D. José de Casadesus.

Ya el año pasado el público madrileño apreció y recompensó como se merecian los esfuerzos y sacrificios de aquella empresa, y alentada esta con tan lisongero estímulo á querido este año mostrar su agradecimiento presentando en su teatro un cuadro de compañía inmejorable, donde resultan en primer térmiuo los nombres de Tamberlik, Vialetti, Nautier, Laborde, etc.

Dejaremos á nuestro compañero encargado de las revistas lirico-teatrales dar minuciosa cuenta de los triunfos sucesivos de aquellos reputados artistas, y nos limitaremos á la esplicacion de los grabados que hoy ofrecemos á nuestros lectores. El del centro es la vista general de los Campos, tomada desde su entrada y los que de menor tamaño le rodean son *La Montaña Rusa*, al pie de la cual se encuentra la magnífica *Plaza de Toros; El Salon de Conciertos*, caprichosa tienda de campaña que puede contener próximamente dos mil personas; *El tiro de pistola*, cuya fachada se asemeja á un castillo fortificado, con sus torres y sus almenas; *La casa de Baños*, que por su arquitectura oriental nada deja que desear, y finalmente, la deliciosa *Ria*, dedicada á los placeres náuticos y por la cual circulan, no solo ligeras y elegantes barcas, sino hasta un vapor modelo, razon por la cual se ha mostrado altamente celoso y ofendido nuestro pobrecito Manzanares.

Para terminar, diremos únicamente que tan magnífico establecimiento, improvisado hace un año como por encanto, apenas hace dos que el terreno que hoy ocupa no era otra cosa que un campo árido y estéril, sin cultivo y sin vejetacion. La inteligencia y la fuerza de voluntad del hombre lo ha trasformado al presente, y sin embargo del escaso tiempo transcurrido es ya un delicioso vergel sembrado de arbustos, de flores, de árboles de toda especie que dentro de algunos años formarán de su recinto un delicioso paraiso.

A los reputados artistas Sres. Miranda (dibujante) y Ricod (grabador) debemos la ejecucion de las viñetas que aparecen hoy en nuestro número. Nuestro buen deseo se verá cumplidamente satisfecho, si con este trabajo hemos conseguido agradar á nuestros suscritores.

J. BELZA.

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

TRADICION.

I.

Corria el año de gracia de 1218.

Por este tiempo, época en que la altiva nacion árabe estaba en todo su apogeo, y en la oriental Granada, en la hermosa ciudad que por espacio de siete siglos fué el paraiso de los hijos del Profeta, habitaba un rico y noble descendiente de Agar en uno de esos magníficos palacios árabes, que encerraban, por decirlo así, todo un poema de bellísima arquitectura.

Retretes ricamente decorados, amenos jardines con sus fuentes de mármol ó alabastro, perfumados baños, cuantas delicias, en fin, cabe escoger para su encanto la voluptuosa vida oriental, encerraba en su recinto la morada del árabe granadino.

Y este palacio tan bello, tan encantador, tenia tambien su sultana.

Y esta sultana era la hermosa Zoraida, hija de Yusuf, á quien su padre adoraba con toda la efusion de su alma.

Y ciertamente que se la podia llamar hermosa, porque aquella doncella que apenas contaria cuatro lustros, semejábase por su encantadora belleza á una de esas *hurís* que los hijos del Profeta nos pintan con la mágia de su encantadora poesía.

Así que, su padre, cual joya de inestimable valor, la recataba de la mirada de los hombres, temeroso que el aliento de aquellos emponzoñara su virginal pureza.

Mas ¡ay! el celo de Yusuf no bastó para oponerse á los decretos de la Providencia, que en sus inescrutables designios, habia decretado lo que el celoso árabe jamás hubiera creido.

Yusuf, como buen musulman, profesaba un ódio mortal á los cristianos.

Toda su gloria, todo su afan en los combates que sostenia contra ellos, no era otro sino hacer muchos prisioneros para rendirlos aherrojados á los piés de Zoraida, como un homenage del entrañable amor que le tenia.

En la última batalla que sostuvo contra los cristianos, la suerte le deparó un número no escaso de prisioneros, entre los cuales descollaba un gallardo jóven de gentil apostura y marcial continente llamado Ramiro, y primogénito de una novilísima casa de Castilla.

Tan pronto como le tuvo en su poder, ufano con su trofeo, se apresuró á presentarlo á su querida Zoraida.

—Hé aquí, Zoraida mia, le dijo, un perro cristiano de gran valía, á juzgar por su gentileza y por el fuerte rescate que por él me han ofrecido. Está destinado para cuidar las flores de tu jardin; y de hoy más, tendrá que renunciar de volver á su patria, porque jamás saldrá de este recinto.

Al oir estas palabras, Zoraida alzó los ojos y los fijó por un momento sobre Ramiro, que desde que entró en la estancia no hacia otra cosa sino devorarla con los suyos.

Al cruzarse entre ambos tan centellante mirada, Ramiro sintió en todo su sér una sensacion estraña.

Era que sentia germinar en su corazon el fuego abrasador que los negrísimos ojos de la mora le habian lanzado.

Tambien Zoraida comprendió que el hermoso cristiano la habia infiltrado en su pecho un tiernísimo amor.

II.

Era una hermosa mañana.

Las áuras primaverales mecian con su fresco

ambiente las elevadas copas de los árboles que poblaban el jardin de Yusuf.

El sol, rodeado de una numerosa córte de caprichosas nubes purpurinas, comenzaba á difundir sus benéficos rayos sobre *la ancha faz de la espaciosa tierra*..... Mil pintados pajarillos con sus *arpadas lenguas* gorgeaban entre las ramas su primer canto de la mañana. Las flores abrian sus hermosos cálices inundando el espacio con el perfumado aliento de sus corolas. Todo, en fin anunciaba una de esas hermosas mañanas de abril que tan solo en nuestra fértil España nos es posible disfrutar.

Ramiro, entregado á su cuotidiana faena, regaba los jazmines y alelíes que al pié del mirador de Zoraida crecian con profusion.

El aroma que de todas aquellas flores se desprendia, se elevaba en vapores hasta las celosías del retrete, infiltrándose por entre sus huecos, impregnaba el aposento con su fragáncia.

El desgraciado Ramiro dejó por un momento su faena, y en sus pensamientos exhaló un profundo suspiro, adivinándose casi al mismo tiempo otro suspiro, tierno como el tallo de una rosa, y amoroso como el primer beso que una madre imprime sobre las rosadas mejillas de su tierno infante, le respondió sobre su cabeza.

Ramiro alzó los ojos, y al través de la celosía distinguió una reducida mano, blanca como el mármol de Phâros, y de sus torneados dedos, se desprendió un oloroso ramo.

Apenas hubo tocado la verde alfombra aquel símbolo de amor oriental, cuando Ramiro, con ese instinto que solo un amante posee, comprendió que aquel ramo á él habia sido arrojado.

Se abalanzó, pues, sobre él, como el tigre sobre su presa, lo acerca á sus labios con amoroso afan; estampó en él un ardiente beso, y ébrio de placer lo ocultó en su pecho, apoyándolo sobre el corazon.

Un segundo suspiro que partió del mirador le anunció que su cariñoso halago no habia pasado desapercibido para la dama que tan hermosa mano poseia.

Alzó otra vez los ojos y..... ¡oh desventura! aquella mano ya no está allí... habia desaparecido.

Pasaron algunos dias.

Inútil será decir que durante este tiempo Ramiro recibia todas las mañanas un nuevo ramo.

Era de noche.

La luna, esa lámpara nocturna que con sus melancólicos destellos asiste á las citas amorosas, rielaba sus pálidos rayos sobre las tranquilas aguas de un estanque, plácido albergue de mil pintados pececillos.

El suave murmurio que la aromática brisa imprimia sobre las hojas; el melodioso canto del ruiseñor que, oculto entre las ramas, lanzaba al espacio sus armoniosos trinos; las sonoras cascadas de las fuentes... todo contribuia á amenizar el jardin en donde Ramiro habia recogido la primera prenda de su amor.

Sobre el borde del estanque veíase un hombre sentado en actitud meditabunda.

Aquel hombre era Ramiro: el más profundo silencio reinaba en torno de él: mas de pronto fue interrumpido por el leve y recatado pisar de una persona que, á no dudar, se dirigia hácia aquel sitio.

Al oir el eco de aquellas pisadas, Ramiro dirigió la vista hácia un sendero que terminaba en el estanque y vió adelantar una sombra aérea y vaporosa como las neblinas matinales.

Aquella sombra, que muy pronto tomó cuerpo, es Zoraida.

—Cristiano, le dijo: ¿me esperabas, no es verdad?

—Sí, bella Zoraida: te esperaba con la impaciencia del primer amor.

—Pues qué ¿no has amado nunca? preguntó con ansiedad la hija de Yusuf.

—Nunca, hermosa Zoraida; un cristiano te lo jura...

Ambos callaron por un momento, porque sus labios no podian espresar lo que sentian sus corazones.

Así pasaron algunos segundos.

Por fin, Zoraida fué la primera que rompió aquel silencio.

—Y... ¿qué has hecho de los ramos que te he arrojado cada dia? preguntó con amoroso celo.

—Los guardo como un talisman, señora: como un precioso recuerdo de nuestro amor, respondió Ramiro con todo el entusiasmo y la fé de un caballero

—¿Y has comprendido?...

—Que me amas, Zoraida mia; que te has dignado fijar tus hermosos ojos en el pobre esclavo á quien el azar de la guerra ha conducido hasta tus piés.

—¿Y podré esperar de tí?...

—Un amor sin límites...¡Una adoracion idólatra!...

Y delirante cayó á sus piés.

—Pues bien, hermoso cristiano, dice Zoraida pasados breves instantes: si tus palabras son el eco fiel de tu corazon, que sea bendito Alá; bendita la luna que nos ilumina, y sea bendita tambien la noche que nos rodea...

Y enagenada de gozo, dejó que Ramiro tomase una de sus manos, para cubrirla de ardientes besos...

Por un momento, los dos amantes, fascinándose con sus miradas, se contemplaron en silencio olvidando cuanto les rodea en su afanoso mirar...

Mas ¡ay! Aquel deliquio es fugaz como un meteoro: porque el eco de algunas voces que el viento lleva hasta ellos, les saca de su éxtasis amoroso.

Entre ellas se distinguia la de Yusuf.

Zoraida la ha conocido, y con acento triste dice despues de exhalar un profundo suspiro.

—Que Alá te guarde, Ramiro mio. Mi padre se acerca y si nos sorprende... funesto será nuestro amor, perdida nuestra felicidad. Toma, y nunca olvides tan hermosa noche.

Y al decir esto, dejó entre sus manos un nuevo ramo.

Ramiro quiso estrechar de nuevo aquella mano que habia dejado entre las suyas otra nueva prenda de su amor: pero antes que pudiera conseguirlo, Zoraida, ligera como una corza, desapareció entre las sombras como un ser fantástico y misterioso.

Ramiro quedó con los ojos fijos en aquel sendero por donde se alejaba Zoraida; luego, cuando hubo desaparecido, cuando el eco de sus pisadas no llegaba ya hasta él, suspiró tristemente y se alejó de aquel sitio con la cabeza inclinada sobre el pecho.

III.

Han transcurrido algunos dias más, y tambien es de noche.

Pero noche de tempestad, porque los elementos rujen, el rayo centellea, y el trueno retumba entre las cuencas de las montañas con horrísono estruendo.

A la fosfórea luz de los relámpagos, veíase sobre el camino de Antequera á un caballero, que á la grupa de un caballo, negro como la noche y ligero como el viento, llevaba una dama que con sus torneados brazos rodeaba el robusto talle del gallardo ginete.

Veloces iban en su carrera, porque los cascos del bruto chispeaban como una fragua.

—¡Qué noche, Ramiro mio! dijo la dama con angustia.

—Nada temas, amor mio, contestó el caballero: ningun peligro nos amaga: porque nuestro amor es más grande que la tempestad que nos rodea, y él nos salvará á entrambos.

Y al terminar estas palabras clavó los acicates sobre los hijares del caballo, que dió un nuevo impulso á su carrera, y corrió con la ligereza del gamo, saltando barrancos, atravesando bosques, y siempre unidos, siempre amorosos, y siempre desafiando á la tempestad.

(Se concluirá.)

NANTES.

Capital de provincia del Loria-inferior, cuenta esta villa ciento catorce mil habitantes y se halla situada en la orilla izquierda del Loria, confluyendo en su corriente con la Leore y á 55 kilómetros de la mar.

Nantes ha representado un papel importante en la historia. En la antigüedad fué una de las principales ciudades armoricanas.

En 834, 853 y 959, fué incendiada por los normandos, y en 1598 Enrrique IV firmó en su recinto el célebre edicto de Nantes, por el cual se concedia á los protestantes la seguridad y tolerancia de su culto, edicto que mas tarde fué revocado por Luis XIV.

En 1793 fué atacada por el ejército de la Vendeé, que no pudo rendirla, y luego sufrió mucho en la época y bajo la administracion de Carrier.

Nantes, sobre todo en los nuevos barrios, posee magníficos edificios y se hace notable entre otras ciudades por el órden de su arquitectura y la regularidad de sus plazas públicas. Posee una Catedral, la Bolsa, un gran teatro, Prefectura, casa de Ayuntamiento, mercados, Palacio episcopal, Seminario, los restos de un palacio de los duques de Bretaña, etc., etc. Su industria y su comercio tiene una gran importancia; sus armadores están en relaciones directas y constantes con la India, el África, China y las colonias de América. Su proximidad con el Océano y la facilidad que tienen los buques de subir por el Loria hasta Pambof y aun hasta el mismo Nantes han conseguido hacer de esta preciosa villa un verdadero puerto de mar. Los nanteses van en gran número, y en las épocas determinadas, á la pesca de la ballena á los mares del Norte. Sus barcos pescadores son construidos por ellos mismos, y nada tiene de estraño, pues construyen tambien buques mercantes de gran porte y hasta fragatas y corbetas.

En Nantes nació Ana de Bretaña en el año de 1476.—B.

Solucion del geroglífico del número anterior.

Al buey por el asta y al hombre por la palabra

Propietario y editor responsable. PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

EL MAESTRO ROSSINI.

Giachino Rossini, el *Cisne de Pesaro*, cuyo retrato damos hoy, es el más célebre de los compositores italianos que aun existen, y nació en aquel pequeño pueblo el 29 de febrero de 1792.

La facilidad, la fecundidad, la frescura, la alegría, la gracia, la elegancia y la grandeza parecen encarnadas en todas las obras de este célebre maestro, que despues de haber desencadenado sobre su cabeza, en la época de la Restauracion, todas las cóleras de la crítica, recibe al presente el homenaje universal y legítimo de los artistas contemporáneos.

El espacio de que disponemos hoy no seria bastante á mencionar ni aun siquiera los títulos de todas las producciones de este privilegiado genio, orgullo y gloria del país que lo vió nacer; así que, nos limitaremos á decir que el gran artista no empezó á ser apreciado en su inmenso valor hasta el dia en que puso en escena su *Guillermo Tell*, ópera en la cual el célebre tenor Nourrit creó el magnífico papel de *Arnolf*. Más tarde, en 1837, Duprez, con su potente voz, hizo admirar bajo otro aspecto, todas las riquezas de aquella brillante partitura. ¿Qué más podemos decir en elogio del inspirado autor de *El Barbero de Sevilla* y del *Guillermo* que no sea pálido, pobre y sin colorido? Es más significativo el silencio de la más profunda admiracion.



EL MAESTRO ROSSINI.

Despues de la tardía reparacion hecha á su genio, Rossini ha enmudecido; se ha empeñado en no salir de su reposo, lo que sin duda alguna es una calamidad musical. Unicamente, en 1841, dió un *Stabat Mater*, y el año pasado una Misa, que obtuvo un éxito asombroso en casa del conde Pillet-Will, donde se ejecutó.

Rossini ha conseguido el glorioso y extraordinario privilegio que no ha tenido nadie, de haber oido las sentencias favorables de la posteridad.

El teatro de los Campos Elíseos de Madrid es el único en Europa que lleva su nombre y que ha rendido este homenage de respeto al ilustre maestro.

Cette plante tardive amante des lon beaux.

BELZA.

PLACERES CAMPESTRES.

LA RUEDA DE AMOR.

La lamina que á continuacion ofrecemos á nuestros lectores, representa una de esas escenas animadas de un dia de campo, tan llenos de vida como de poesía. Sabido es que en la estacion presente una de las delicias que esta proporciona es poder salir al campo á pasar el dia, y que las tertulias de mejor tono improvisan esta clase de diversiones, en las cuales se disfruta con más espansion de una libertad que no permite la severa etiqueta de los salones.

El grabado que aparece hoy en nuestro periódico es un *cuadro-vivo* de esas escenas campestres. Una aristocrática reunion disfruta de las delicias del campo en una posesion particular, y despues de comer empiezan á jugar al juego conocido con el nombre de *Ronda de amor*.

Como para completar la ilusion y la armonia de este cuadro, algunos grupos más pacíficos se ven dispersados en diferentes sitios, recostados sobre la fresca yerba. En esta clase de diversiones el momento fatal es siempre el de la despedida; todo el mundo se lamenta de que las horas de aquel dia han corrido con demasiada precipitacion, y generalmente no se despiden sin dejar aplazada una nueva reunion para la próxima semana. El amor goza de grandes privilegios en estos dias y es el que particularmente hace el gasto. ¡Dichosos aquellos que se hallan en situacion aun de poder rendir culto á tan gentil rapazuelo.—B.

PLACERES CAMPESTRES.—LA RUEDA DE AMOR.

El Periódico ilustrado.



Número 13.
DEL 1.° AL 8 DE JUNIO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



SUMARIO.—TESTO: *Caminos de hierro de Veracruz á Méjico.*—*Revista de la semana*, por Palacio.—*La Páscua de Pentecostés*, por F. V. LL.—*Crónica jud cial*, por Virto.—*La peña de los enamorados*, por Honorio.—*Teatros*, por Inza.—*El Havre* y *Caballos cogidos al lazo*, por Belza.
LÁMINAS: El Havre.—Caminos de hierro de Veracruz á Méjico.—Caballos cogidos al lazo.—El Papa Pio IX oficiando en la Páscua de Pentecostés.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

				UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4	cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	5	cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 40 »		

CAMINO DE HIERRO DE VERACRUZ Á MEJICO.

De todos los paises del mundo, Méjico es donde los caminos de hierro son más imperiosamente indispensables. Sin ellos, ¿cómo establecer un poco de unidad y de cohesion en una poblacion diseminada sobre un territorio inmenso y quebrado, serpenteado de abismos, herizado de rocas y cubierto en su mayor parte de impracticables bosques?

Antes de la espedicion anglo-franco-española, los convoyes no avanzaban sino con una dificultad estrema; eran necesarios cuatro dias, en el mes de agosto de 1862, para trasladarse desde Tejería á la Soledad; además, los hombres destinados á operar en el interior caminaban penosamente á lo largo de las costas, espuestos continuamente á la fiebre amarilla, á la disentería y al tifus; así que, fué de absoluta necesidad poner un remedio pronto para poder arrancarles á la influencia de un clima tan asesino.

Una línea férrea se comenzó de Veracruz á la Soledad, y seiscientos obreros fueron empleados bajo la proteccion de la legion extranjera. En el mes de abril de 1863, 9.100 metros cúbicos de terraplenes estaban terminados y colocadas las vias sobre 4.200 metros de longitud. En el mes de abril de 1864, la prodigiosa actividad desplegada habia producido sus naturales efectos, y ya avanzaban las locomotoras hasta la Pluga. Hoy llegan ya hasta Méjico. Los indios de las *haciendas* y de los ranchos, que se hallan colocados en toda la estension del camino, y que son de una docilidad estremada, han rivalizado en esta obra con los mejores trabajadores europeos.

La lámina que ofrecemos á continuacion representa la estacion de *Tejería*, una de las más importantes en el trayecto desde Veracruz á Méjico.—B.

CAMINOS DE HIERRO DE VERACRUZ Á MÉJICO.

EL MAESTRO ROSSINI.

Giachino Rossini, el *Cisne de Pesaro*, cuyo retrato damos hoy, es el más célebre de los compositores italianos que aun existen, y nació en aquel pequeño pueblo el 29 de febrero de 1792.

La facilidad, la fecundidad, la frescura, la alegría, la gracia, la elegancia y la grandeza parecen encarnadas en todas las obras de este célebre maestro, que despues de haber desencadenado sobre su cabeza, en la época de la Restauracion, todas las cóleras de la crítica, recibe al presente el homenaje universal y legítimo de los artistas contemporáneos.

El espacio de que disponemos hoy no seria bastante á mencionar ni aun siquiera los títulos de todas las producciones de este privilegiado genio, orgullo y gloria del país que lo vió nacer; así que, nos limitaremos á decir que el gran artista no empezó á ser apreciado en su inmenso valor hasta el dia en que puso en escena su *Guillermo Tell*, ópera en la cual el célebre tenor Nourrit creó el magnífico papel de *Arnolf*. Más tarde, en 1837, Duprez, con su potente voz, hizo admirar bajo otro aspecto, todas las riquezas de aquella brillante partitura. ¿Qué más podemos decir en elogio del inspirado autor de *El Barbero de Sevilla* y del *Guillermo* que no sea pálido, pobre y sin colorido? Es más significativo el silencio de la más profunda admiracion.

Despues de la tardía reparacion hecha á su genio, Rossini ha enmudecido; se ha empeñado en no salir de su reposo, lo que sin duda alguna es una calamidad musical. Unicamente, en 1841, dió un *Stabat Mater*, y el año pasado una Misa, que obtuvo un éxito asombroso en casa del conde Pillet-Will, donde se ejecutó.

Rossini ha conseguido el glorioso y extraordinario privilegio que no ha tenido nadie, de haber oido las sentencias favorables de la posteridad.

El teatro de los Campos Elíseos de Madrid es el único en Europa que lleva su nombre y que ha rendido este homenage de respeto al ilustre maestro.

Cette plante tardive amante des tombeaux.
BELZA.



EL MAESTRO ROSSINI.

PLACERES CAMPESTRES.

LA RUEDA DE AMOR.

La lamina que á continuacion ofrecemos á nuestros lectores, representa una de esas escenas animadas de un dia de campo, tan llenos de vida como de poesía. Sabido es que en la estacion presente una de las delicias que esta proporciona es poder salir al campo á pasar el dia, y que las tertulias de mejor tono improvisan esta clase de diversiones, en las cuales se disfruta con más espansion de una libertad que no permite la severa etiqueta de los salones.

El grabado que aparece hoy en nuestro periódico es un *cuadro-vivo* de esas escenas campestres. Una aristocrática reunion disfruta de las delicias del campo en una posesion particular, y despues de comer empiezan á jugar al juego conocido con el nombre de *Ronda de amor*.

Como para completar la ilusion y la armonia de este cuadro, algunos grupos más pacíficos se ven dispersados en diferentes sitios, recostados sobre la fresca yerba. En esta clase de diversiones el momento fatal es siempre el de la despedida; todo el mundo se lamenta de que las horas de aquel dia han corrido con demasiada precipitacion, y generalmente no se despiden sin dejar aplazada una nueva reunion para la próxima semana. El amor goza de grandes privilegios en estos dias y es el que particularmente hace el gasto. ¡Dichosos aquellos que se hallan en situacion aun de poder rendir culto á tan gentil rapazuelo.—B.

PLACERES CAMPESTRES.—LA RUEDA DE AMOR.

El Periódico ilustrado.



Número 13.
DEL 1.° AL 8 DE JUNIO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

				UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.		4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »		5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 40 »		

CAMINO DE HIERRO DE VERACRUZ Á MEJICO.

De todos los paises del mundo, Méjico es donde los caminos de hierro son más imperiosamente indispensables. Sin ellos, ¿cómo establecer un poco de unidad y de cohesion en una poblacion diseminada sobre un territorio inmenso y quebrado, serpenteado de abismos, herizado de rocas y cubierto en su mayor parte de impracticables bosques?

Antes de la espedicion anglo-franco-española, los convoyes no avanzaban sino con una dificultad estrema; eran necesarios cuatro dias, en el mes de agosto de 1862, para trasladarse desde Tejeria á la Soledad; además, los hombres destinados á operar en el interior caminaban penosamente á lo largo de las costas, espuestos continuamente á la fiebre amarilla, á la disenteria y al tífus; así que, fué de absoluta necesidad poner un remedio pronto para poder arrancarles á la influencia de un clima tan asesino.

Una línea férrea se comenzó de Veracruz á la Soledad, y seiscientos obreros fueron empleados bajo la proteccion de la legion extranjera. En el mes de abril de 1863, 9.100 metros cúbicos de terraplenes estaban terminados y colocadas las vias sobre 4.200 metros de longitud. En el mes de abril de 1864, la prodigiosa actividad desplegada habia producido sus naturales efectos, y ya avanzaban las locomotoras hasta la Pluga. Hoy llegan ya hasta Méjico. Los indios de las *haciendas* y de los ranchos, que se hallan colocados en toda la estension del camino, y que son de una docilidad estremada, han rivalizado en esta obra con los mejores trabajadores europeos.

La lámina que ofrecemos á continuacion representa la estacion de *Tejeria*, una de las más importantes en el trayecto desde Veracruz á Méjico.—B.

CAMINOS DE HIERRO DE VERACRUZ Á MÉJICO.

EL MAESTRO ROSSINI.

Giachino Rossini, el *Cisne de Pesaro*, cuyo retrato damos hoy, es el más célebre de los compositores italianos que aun existen, y nació en aquel pequeño pueblo el 29 de febrero de 1792.

La facilidad, la fecundidad, la frescura, la alegría, la gracia, la elegancia y la grandeza parecen encarnadas en todas las obras de este célebre maestro, que despues de haber desencadenado sobre su cabeza, en la época de la Restauracion, todas las cóleras de la crítica, recibe al presente el homenaje universal y legítimo de los artistas contemporáneos.

El espacio de que disponemos hoy no seria bastante á mencionar ni aun siquiera los títulos de todas las producciones de este privilegiado genio, orgullo y gloria del país que lo vió nacer; así que, nos limitaremos á decir que el gran artista no empezó á ser apreciado en su inmenso valor hasta el dia en que puso en escena su *Guillermo Tell*, ópera en la cual el célebre tenor Nourrit creó el magnífico papel de *Arnolf*. Más tarde, en 1837, Duprez, con su potente voz, hizo admirar bajo otro aspecto, todas las riquezas de aquella brillante partitura. ¿Qué más podemos decir en elogio del inspirado autor de *El Barbero de Sevilla* y del *Guillermo* que no sea pálido, pobre y sin colorido? Es más significativo el silencio de la más profunda admiracion.



EL MAESTRO ROSSINI.

Despues de la tardía reparacion hecha á su genio, Rossini ha enmudecido; se ha empeñado en no salir de su reposo, lo que sin duda alguna es una calamidad musical. Unicamente, en 1841, dió un *Stabat Mater*, y el año pasado una Misa, que obtuvo un éxito asombroso en casa del conde Pillet-Will, donde se ejecutó.

Rossini ha conseguido el glorioso y extraordinario privilegio que no ha tenido nadie, de haber oido las sentencias favorables de la posteridad.

El teatro de los Campos Elíseos de Madrid es el único en Europa que lleva su nombre y que ha rendido este homenage de respeto al ilustre maestro.

Cette plante tardive amante des tons beaux.

BELZA.

PLACERES CAMPESTRES.

LA RUEDA DE AMOR.

La lamina que á continuacion ofrecemos á nuestros lectores, representa una de esas escenas animadas de un dia de campo, tan llenos de vida como de poesía. Sabido es que en la estacion presente una de las delicias que esta proporciona es poder salir al campo á pasar el dia, y que las tertulias de mejor tono improvisan esta clase de diversiones, en las cuales se disfruta con más espansion de una libertad que no permite la severa etiqueta de los salones.

El grabado que aparece hoy en nuestro periódico es un *cuadro-vivo* de esas escenas campestres. Una aristocrática reunion disfruta de las delicias del campo en una posesion particular, y despues de comer empiezan á jugar al juego conocido con el nombre de *Ronda de amor*.

Como para completar la ilusion y la armonia de este cuadro, algunos grupos más pacíficos se ven dispersados en diferentes sitios, recostados sobre la fresca yerba. En esta clase de diversiones el momento fatal es siempre el de la despedida; todo el mundo se lamenta de que las horas de aquel dia han corrido con demasiada precipitacion, y generalmente no se despiden sin dejar aplazada una nueva reunion para la próxima semana. El amor goza de grandes privilegios en estos dias y es el que particularmente hace el gasto. ¡Dichosos aquellos que se hallan en situacion aun de poder rendir culto á tan gentil rapazuelo.—B.

PLACERES CAMPESTRES.—LA RUEDA DE AMOR.

El Periódico ilustrado.



Número 13.
DEL 1.° AL 8 DE JUNIO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.	— Seis meses 12 rs.	UN NÚMERO	
Provincias.	Un año 28 »	— Seis meses 14 »	4	cuartos en MADRID.
Ultramar. .	Un año 80 »	— Seis meses 40 »	5	cuartos en PROVINCIAS.

CAMINO DE HIERRO DE VERACRUZ Á MEJICO.

De todos los países del mundo, Méjico es donde los caminos de hierro son más imperiosamente indispensables. Sin ellos, ¿cómo establecer un poco de unidad y de cohesion en una poblacion diseminada sobre un territorio inmenso y quebrado, serpenteado de abismos, herizado de rocas y cubierto en su mayor parte de impracticables bosques?

Antes de la espedicion anglo-fránco-española, los convoyes no avanzaban sino con una dificultad estrema; eran necesarios cuatro dias, en el mes de agosto de 1862, para trasladarse desde Tejería á la Soledad; además, los hombres destinados á operar en el interior caminaban penosamente á lo largo de las costas, espuestos continuamente á la fiebre amarilla, á la disentería y al tifus; así que, fué de absoluta necesidad poner un remedio pronto para poder arrancarles á la influencia de un clima tan asesino.

Una línea férrea se comenzó de Veracruz á la Soledad, y seiscientos obreros fueron empleados bajo la proteccion de la legion extranjera. En el mes de abril de 1863, 9.100 metros cúbicos de terraplenes estaban terminados y colocadas las vias sobre 4.200 metros de longitud. En el mes de abril de 1864, la prodigiosa actividad desplegada habia producido sus naturales efectos, y ya avanzaban las locomotoras hasta la Pluga. Hoy llegan ya hasta Méjico. Los indios de las *haciendas* y de los ranchos, que se hallan colocados en toda la estension del camino, y que son de una docilidad estremada, han rivalizado en esta obra con los mejores trabajadores europeos.

La lámina que ofrecemos á continuacion representa la estacion de *Tejería*, una de las más importantes en el trayecto desde Veracruz á Méjico.—B.

CAMINOS DE HIERRO DE VERACRUZ Á MÉJICO.

EL MAESTRO ROSSINI.

Giachino Rossini, el *Cisne de Pesaro*, cuyo retrato damos hoy, es el más célebre de los compositores italianos que aun existen, y nació en aquel pequeño pueblo el 29 de febrero de 1792.

La facilidad, la fecundidad, la frescura, la alegría, la gracia, la elegancia y la grandeza parecen encarnadas en todas las obras de este célebre maestro, que despues de haber desencadenado sobre su cabeza, en la época de la Restauracion, todas las cóleras de la crítica, recibe al presente el homenaje universal y legítimo de los artistas contemporáneos.

El espacio de que disponemos hoy no seria bastante á mencionar ni aun siquiera los títulos de todas las producciones de este privilegiado genio, orgullo y gloria del país que lo vió nacer; así que, nos limitaremos á decir que el gran artista no empezó á ser apreciado en su inmenso valor hasta el dia en que puso en escena su *Guillermo Tell*, ópera en la cual el célebre tenor Nourrit creó el magnífico papel de



EL MAESTRO ROSSINI.

Arnolf. Más tarde, en 1837, Duprez, con su potente voz, hizo admirar bajo otro aspecto, todas las riquezas de aquella brillante partitura. ¿Qué más podemos decir en elogio del inspirado autor de *El Barbero de Sevilla* y del *Guillermo* que no sea pálido, pobre y sin colorido? Es más significativo el silencio de la más profunda admiracion.

Despues de la tardía reparacion hecha á su genio, Rossini ha enmudecido; se ha empeñado en no salir de su reposo, lo que sin duda alguna es una calamidad musical. Unicamente, en 1841, dió un *Stabat Mater*, y el año pasado una Misa, que obtuvo un éxito asombroso en casa del conde Pillet-Will, donde se ejecutó.

Rossini ha conseguido el glorioso y extraordinario privilegio que no ha tenido nadie, de haber oido las sentencias favorables de la posteridad.

El teatro de los Campos Elíseos de Madrid es el único en Europa que lleva su nombre y que ha rendido este homenage de respeto al ilustre maestro.

Cette plante tardive amante des lon beaux.

BELZA.

PLACERES CAMPESTRES.

LA RUEDA DE AMOR.

La lamina que á continuacion ofrecemos á nuestros lectores, representa una de esas escenas animadas de un dia de campo, tan llenos de vida como de poesía. Sabido es que en la estacion presente una de las delicias que esta proporciona es poder salir al campo á pasar el dia, y que las tertulias de mejor tono improvisan esta clase de diversiones, en las cuales se disfruta con más espansion de una libertad que no permite la severa etiqueta de los salones.

El grabado que aparece hoy en nuestro periódico es un *cuadro-vivo* de esas escenas campestres. Una aristocrática reunion disfruta de las delicias del campo en una posesion particular, y despues de comer empiezan á jugar al juego conocido con el nombre de *Ronda de amor*.

Como para completar la ilusion y la armonia de este cuadro, algunos grupos más pacíficos se ven dispersados en diferentes sitios, recostados sobre la fresca yerba. En esta clase de diversiones el momento fatal es siempre el de la despedida; todo el mundo se lamenta de que las horas de aquel dia han corrido con demasiada precipitacion, y generalmente no se despiden sin dejar aplazada una nueva reunion para la próxima semana. El amor goza de grandes privilegios en estos dias y es el que particularmente hace el gasto. ¡Dichosos aquellos que se hallan en situacion aun de poder rendir culto á tan gentil rapazuelo.—B.

PLACERES CAMPESTRES.—LA RUEDA DE AMOR.

El Periódico ilustrado.



Número 13.
DEL 1.° AL 8 DE JUNIO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.		4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »—Seis meses 14 »		5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »—Seis meses 40 »		

CAMINO DE HIERRO DE VERACRUZ Á MEJICO.

De todos los paises del mundo, Méjico es donde los caminos de hierro son más imperiosamente indispensables. Sin ellos, ¿cómo establecer un poco de unidad y de cohesion en una poblacion diseminada sobre un territorio inmenso y quebrado, serpenteado de abismos, herizado de rocas y cubierto en su mayor parte de impracticables bosques?

Antes de la espedicion anglo-fránco-española, los convoyes no avanzaban sino con una dificultad estrema; eran necesarios cuatro dias, en el mes de agosto de 1862, para trasladarse desde Tejería á la Soledad; además, los hombres destinados á operar en el interior caminaban penosamente á lo largo de las costas, espuestos continuamente á la fiebre amarilla, á la disentería y al tifus; así que, fué de absoluta necesidad poner un remedio pronto para poder arrancarles á la influencia de un clima tan asesino.

Una línea férrea se comenzó de Veracruz á la Soledad, y seiscientos obreros fueron empleados bajo la proteccion de la legion extranjera. En el mes de abril de 1863, 9.400 metros cúbicos de terraplenes estaban terminados y colocadas las vias sobre 4.200 metros de longitud. En el mes de abril de 1864, la prodigiosa actividad desplegada habia producido sus naturales efectos, y ya avanzaban las locomotoras hasta la Pluga. Hoy llegan ya hasta Méjico. Los indios de las *haciendas* y de los ranchos, que se hallan colocados en toda la estension del camino, y que son de una docilidad estremada, han rivalizado en esta obra con los mejores trabajadores europeos.

La lámina que ofrecemos á continuacion representa la estacion de *Tejeria*, una de las más importantes en el trayecto desde Veracruz á Méjico.—B.

CAMINOS DE HIERRO DE VERACRUZ Á MÉJICO.

REVISTA DE LA SEMANA.

La Academia Española se ha reunido últimamente para hacer entrega solemne del premio conferido al eminente poeta y novelista Fernandez y Gonzalez, autor de la mejor composicion de las presentadas en el certámen abierto hace poco, para cantar un acto emanado de la Corona.

El premio ha consistido en una medalla de oro, además de la suma de cuatro mil reales y de quinientos ejemplares de la poesia impresa, entregados anteriormente al autor. Debemos consignar aquí en honor del poeta, que ha depositado los cuatro mil reales en manos del gobernador de la provincia para que formen parte de la suscricion nacional que se inició hace algun tiempo, si bien creemos no se llevará á efecto por ahora. Esto, al mismo tiempo que enaltece al hombre, enaltece tambien á la clase, pues demuestra que el hambre no es ya el esclusivo patrimonio de los que se dedican á las letras.

Regocijémonos, pues, con la esperanza de que los dias del oscurantismo huyeron de nuestros horizontes para no volver nunca, y nos aproximamos al reinado de la inteligencia, que es la luz.

Buena prueba de ello es el espectáculo que ha ofrecido Florencia estos dias, con motivo de la inauguracion de la estátua del Dante, en quien Italia parece haber simbolizado todas sus grandezas. Jamás héroe alguno ha alcanzado ovacion más entusiasta ni magnífica. Y asi debia ser. Dante es el génio de la unidad italiana, y todo, hasta sus infortunios, le identifican con su pais.

Soldado valiente, diplomático insigne, escritor profundo, nada faltó á ese coloso para su gloria, ni amores desgraciados, ni bárbaras sentencias, ni triste muerte en el destierro, ni sublime apóteosis despues de la muerte. Si Miguel Angel no hubiera existido, Dante seria para mi la encarnacion más perfecta de la historia de Italia y la más elocuente revelacion de su gran destino. Los dos combatieron por la misma causa, y de los dos puede muy bien repetirse con un poeta: «Guardémonos de insultar los desórdenes en que algunas veces incurren esos poderosos séres; no imitemos á Caam el maldito; no asome la risa á nuestros lábios si encontramos desnudo y dormido al pié del arca que fué á estrellarse en las montañas de la Armenia, al único y solitario piloto del abismo. Respetemos al navegante diluviano que empezó de nuevo la creacion despues de agotadas las cataratas del cielo.»

Para que todo sea grande en ese aniversario con que Italia entera ha saludado la memoria de su ingenio más querido, hasta la casualidad se ha asociado al entusiasmo, enviando á la conmovida Europa la siguiente noticia, que el telégrafo se ha encargado de trasmitir:

«Rávena 25.—Se ha descubierto el féretro que con«tiene los restos del gran poeta Dante.»

Los hombres pueden estar satisfechos; la mano de Dios ha coronado su obra, y muy pronto las cenizas del autor de la *Divina Comedia* reposarán en el magnífico sepulcro, que hubiera estado vacio hasta hoy, si no le hubiese llenado su nombre.

Uno de estos próximos dias se inaugurarán en el teatro Rossini los conciertos de esta temporada. Estamos seguros que llamarán la atencion, pues cuantos han oido *El Profeta* y *Guillermo Tell* saben bien de lo que es capaz aquella orquesta. Al mismo tiempo se preparan varias óperas nuevas, para las cuales pinta grandes decoraciones el Sr. Plá, al cual, dicho sea de paso, felicitamos cordialmente por los trabajos que ha hecho en *El Profeta*, y que le colocan al nivel de los mejores escenógrafos.

Y ya que de los Campos Elíseos nos ocupamos, no terminaremos este artículo sin subsanar un involuntario olvido que padecimos en nuestro número anterior. Para la reproduccion de varias de las vistas que dimos de aquel establecimiento, nos fueron facilitadas por el Sr. Mon, conocido y bien reputado fotógrafo, preciosas fotografías que nos sirvieron de mucho, y nada tiene de estraño, si se considera que el referido Sr. Mon es una notabilidad en su arte, y pueden competir ya sus trabajos en el dia con los de Disderi, Vernay ó Moyer, como lo prueba la magnífica coleccion de bellísimos retratos de los principales cantantes del teatro Rossini, hechos en su acreditado establecimiento de la calle de Carretas, núm. 37. Debemos, pues, esta aclaracion, y tenemos una satisfaccion en hacerlo así.

La emigracion veraniega no lleva trazas de ser este año muy numerosa. Madrid, con los atractivos que hoy ofrece, deja muy poco que desear, y casi, casi son preferibles los sudores de aquí á los que se pasan cruzando nuestros ferro-carriles y habitando en nuestros pueblos de provincia. Además ¿dónde va uno que encuentre ni siquiera corridas de toros?

Los extranjeros van comprendiendo esto, y ahora mismo se gestiona en Madrid por personas muy competentes para la formacion de una cuadrilla de buenos lidiadores, la cual debe lucir sus habilidades en el anchuroso circo de Milan. Un paso más, y acaso veremos al Gordito dando *quiebros* en el *Coloseum*, y á los lores ingleses corriendo becerros en el *Zoological* y *Garden*.

En tanto que esto no sucede, y sabe Dios si deseamos que suceda nunca, nos contentaremos con nuestras modestas diversiones, de las cuales la única nueva que hoy se nos ofrece es la rica y variada coleccion de figuras de cera espuesta en la calle de Carretas por su propietario el Sr. Malagarriga, y en la que hay algunas de mérito sobresaliente.

Delante de la principal de ellas, que representa una esclava desnuda, se pararon ayer varias personas, entre las que se distinguian una jóven tan presumida como coqueta, y un galan á quien abrumaron sus desdenes.

—¿Qué le parece á V., Enrique? dijo la niña sonriendo; ¿no es verdad que está tan bien hecha que se necesita tocarla para convencerse de que no es de carne?

—Ciertamente, señorita; como se necesita tocar otras mujeres para convencerse de que no son de cera.

Por supuesto, que yo creo que el mancebo no estaba en lo justo; porque las mujeres de cera se ablandan.

M. DEL PALACIO.

PASCUA DE PENTECOSTÉS,

ó venida del Espíritu-Santo sobre el Sacro Colegio apostólico. (1)

Cincuenta dias cumplen hoy que la Iglesia, llena del mayor regocijo, entonó aquel solemne *¡Aleluya!* anunciando á sus hijos, con su voz maternal, el grande y portentoso acontecimiento de la Resurreccion Gloriosa de su Divino Esposo Jesucristo. Sí, caros lectores, el Hijo del Eterno que tomó carne mortal en el seno de una Vírgen para rescatar con su sangre preciosísima á la humanidad doliente, y que finalmente espiró en la cumbre del Gólgota clavado en una cruz, despues que su Cuerpo sacratísimo estuvo encerrado durante tres dias dentro un sepulcro, salió glorioso y triunfante de él, dejando espantados y sin sentido á los soldados romanos que le custodiaban. Jesus, pues, resucitó como lo habia profecitado á sus caros discípulos, y en este acto dió una de las pruebas más evidentes de su Divinidad, confirmando de esta manera la Doctrina Evangélica que predicó y todos los milagros que hizo durante su vida mortal. María fué la primera criatura que se vió honrada con la presencia del Redentor del mundo. ¡Qué gozo no esperimentara esa Divina Señora al ver á su amado Hijo vivo y glorioso, cuando tres dias antes, estando al pié de la cruz, lo habia tenido en sus brazos muerto y casi perdida su figura humana!... En seguida aparecióse á aquellas piadosas mujeres María Magdalena y María Salomé, las cuales, rebosando de una celestial alegria, fueron á dar tan fausta noticia á los apóstoles; mas estos, á pesar de la promesa que les habia hecho su Divino Maestro, creyeron dudosamente su Resurrecion y no la tuvieron por cierta hasta tanto que el mismo Jesus, haciendo ostentacion de su gloria y magestad, se les apareció para desvanecer con su presencia las dudas que habian podido abrigar contra la verdad de su Resurreccion.

Cuarenta dias estuvo Jesucristo con sus discípulos, durante los cuales instruyóles sobre las leyes y Doctrina que habia de regir y sostener el grande y magestuoso edificio de su Iglesia Divina, que diez y ocho siglos hace ya que subsiste. Fortificóles en la fé y animóles en la gloriosa obra que pronto iban á emprender. Concedióles entonces el poder de predicar el Evangelio con aquellas divinas palabras: «Id y predicad el Evangelio á toda criatura, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. El que creyese y fuese bautizado se salvará, pero el que no creyese se condenará» Dióles tambien el poder de remitir ó perdonar los pecados. «Cuánto atáseis, les dijo, sobre la tierra, atado será en el cielo, y todo lo que desatáreis sobre la tierra, desatado será en el cielo.» Con estas palabras confirió Jesucristo el sagrado ministerio sacerdotal á sus apóstoles, y por consiguiente á los ministros del Santuario, sus dignos sucesores, fundando la Iglesia Santa, que ha de durar hasta la consumacion de los siglos y dando á Pedro el honroso título de Vicario de ella, durante su mision acá en la tierra. Mandó que todos aquellos que quisieran entrar en el seno de esta Madre tan tierna, siguieran estos preceptos divinos y escucharan con sumision la voz de sus enviados; de modo que aquel que no hiciese caso de su Doctrina Sagrada, no podrá conseguir el fin apetecido.

Pasados estos cuarenta dias reunió á sus discípulos y se dirigió á la cima del Monte de las Olivas para despedirse de ellos y volver al lado de su Eterno Padre, de donde habia salido para reparar al género humano. Los discípulos del Salvador quedaron muy afligidos al ver que iban á quedar desamparados de aquel que habia sido por espacio de tres años su Padre y su Maestro. Él les consoló diciéndoles que les enviaria el Espíritu Santo, el cual reanimaria su corazon abatido, les fortificaria en todos sus apuros y contratiempos, y que no les abandonaria ni un instante mientras permanecieran fieles á la vocacion divina. Despues de estas dulces exhortaciones dióles la paz junta con su bendicion paternal y empezó á subir por el aire rodeado de una nube que les ocultó para siempre al que fué su vida y consuelo; y al cabo de algun rato oyeron á los ángeles del cielo que les decian: «Varones Galileos, ¿qué es lo que estais esperando aquí mirando en alto? Jesus, á quien habeis visto salir de entre vosotros, está sentado á la diestra del Todo-Poderoso en donde permanecerá hasta el fin del mundo en que vendrá otra vez para juzgar á todas las generaciones.» Y aquellos hombres, salidos del éxtasis en que se hallaban, bajaron á la ciudad de Jerusalen aguardando el dia prometido por su Maestro en que les habia de enviar el Espíritu Divino, que confortaria su corazon y alentaria su espíritu.

. . . .

Para desarrollar con el debido acierto el presente artículo, me he visto precisado, amados lectores, á hacer esta pequeña digresion, que ha servido como de introduccion ó exordio. Al tomar mi débil pluma para dirigirme por vez primera al público, no ha sido solamente mi ánimo describir la magnífica cena que tuvo lugar en el Cenáculo en este dia memorable, en el cual empieza la historia eclesiástica, sino que introduciéndome lógicamente en el terreno de la deduccion, he creido conveniente sentar y probar á la vez la siguiente proposicion:

«El verdadero sacerdote católico, como á sucesor de los apóstoles, debe ejercer su sagrado ministerio por inspiracion del Espíritu Santo, y debe estar preparado, á imitacion de los apóstoles, para sellar con su sangre la doctrina evangélica que predica á los fieles.»

Jesucristo, pues, prometió á sus caros discípulos enviarles el Espíritu Consolador, y como sus promesas son infalibles, porque primero el sol y la luna dejarán de existir, antes que estas dejen de cumplirse, así es que diez dias despues de su Ascension gloriosa á los cielos, tuvo lugar el cumplimiento de esta promesa divina.

Congregados se hallaban los discípulos del Salvador en un humilde aposento, aguardando impacientes el instante supremo en que, abriéndose las puertas del empíreo, descendiera sobre ellos la Tercera Persona de la Trinidad Santísima. De repente vino del cielo un gran ruido, como de trueno, el cual les dejó confusos, y se les aparecieron como unas lenguas de fuego, las cuales se pusieron sobre cada uno de ellos. Esto fué el Espíritu Divino, que disipó las tinieblas de su ignorancia é inflamó su corazon; de suerte, que empezaron á hablar diversas lenguas, lo cual manifestó que se veian dispuestos ya desde aquel momento á predicar el sagrado Evangelio á todas las naciones, y á sufrir todos los contratiempos que les sobrevinieran en adelante; salieron, en efecto, del Cenáculo, desechando aquel temor que se habia apoderado de su corazon antes de la Pasion de su Divino Maestro. El Espíritu Santo iluminó su razon de un modo tal, que al momento entendieran las Escrituras Santas, y comprendieron que todos los hombres son pecadores y han de menester la gracia divina, la cual no se alcanza sino por la fé en Jesucristo, cuyo reino es espiritual. Resolvieron luego pasar á todos los pueblos del universo á ejercer la mision apostólica que habian recibido de su Maestro; mas antes de separarse, determinaron formar el Símbolo ó Credo, á fin de predicar todos una misma doctrina á todo el mundo.

San Pedro, como á cabeza de los apóstoles y como á

(1) Véase la lámina de la última página.

Supremo Pastor que debia regir la Iglesia Santa, que Jesucristo vino á fundar, estableció su Silla en Antioquía, y despues de cinco años la trasladó á Roma. Con un celo verdaderamente apostólico empezaron su santa predicacion, siendo tal la eficacia de su palabra divina, que todos cuantos les escuchaban se convertian á la religion del Crucificado. San Pedro, dirigiéndose á los judíos, les dió cuenta de aquella maravilla, esplicándoles las profecías, y declarándoles que Jesucristo, á quien habian crucificado, habia resucitado ya, y que nadie podia salvarse, sino en su nombre, y haciendo penitencia; de suerte, que, segun nos refiere San Lucas, se convirtieron 3,000 en este primer discurso, pronunciado con tanta elocuencia como sencillez, por el Príncipe de los Apóstoles. Aquellos judíos que esperaban al Redentor prometido, como á un noble guerrero, no pudieron de ningun modo abrazar la doctrina de Jesucristo; mas aquellos judíos sencillos, que se habian manifestado obedientes á las voces de los profetas, siguieron, sin reparo alguno, los preceptos que nos dió el Dios-hombre; así es que hubo desde luego una persecucion sangrienta contra los fieles imitadores de Jesucristo; porque, como dice San Pablo, la cruz del Salvador servia de ignominia para los judíos y de burla y escarnio para los gentiles. Empero los apóstoles permanecian fieles en anunciar la celestial doctrina, derribando de esta manera la idolatría, y aboliendo los actos de fanatismo y supersticion, que se practicaban durante tantos siglos en la mayor parte de los pueblos del orbe; ellos no temian ya las calumnias ni los oprobios de sus ingratos hermanos los judíos, ni tampoco los tormentos con que á cada paso les amenazaban, porque su espíritu se hallaba fortificado con el fuego sagrado que habia descendido sobre ellos, y se presentaban impávidos delante de los príncipes y magnates del pueblo, confundiendo á estos con sus discursos y hechos prodigiosos. Los judíos, al ver á aquellos hombres que disertaban como los mejores filósofos, sin que antes hubieran aprendido las ciencias en ninguna academia ni establecimiento científico, quedaron maravillados de este hecho tan extraordinario, sin que pudieran darse la razon de cómo esto habia sucedido.

Pero, amados lectores, como el verdadero discípulo debe seguir exactamente las huellas que le traza su maestro, así los apóstoles, despues que hubieron evangelizado á un sinnúmero de pueblos, haciendo triunfar en ellos la cruz del Salvador, cedieron gustosos á la rabia y furor de los perseguidores del nombre sacrosanto de Jesus; sufrieron con resignacion el martirio decretado por la crueldad de los emperadores romanos, dando de este modo un testimonio el mas elocuente de la verdad santa que predicaban; de suerte, que muchísimos verdugos, con solo ver la serenidad con que sufrian los tormentos, sin que profirieran la menor palabra, no pudieron menos que pensar que en aquellos hombres habia algo de sobrenatural que les infundia aquel valor que tanto admiraban; y por consiguiente, lavándose al momento en las aguas regeneradoras del Bautismo, entraban en el gremio de la Iglesia Católica. Los apóstoles, pues, luego de haber desempeñado dignamente el ministerio que les confirió su Maestro, perecieron víctimas de la perversidad de sus enemigos, sellando con su sangre el Santo Evangelio que anunciaron á los pueblos, y sus almas volaron gloriosas á la celestial Jerusalen para ceñir eternamente la inmortal diadema de la santidad, y recibir en sus manos la heróica palma del martirio.

Murieron los apóstoles; pero en cambio quedaron sus sucesores, los cuales son todos aquellos que entran al servicio de la Iglesia para ejercer el ministerio sacerdotal. La mision del sacerdote católico, caros lectores, es pues la misma que la que tuvieron los apóstoles, y recibe en las sagradas órdenes el mismo poder y facultades que recibieron los elegidos por boca de su Divino Maestro. Los apóstoles, guiados por el Espíritu Santo, colocaron el estandarte de la Fé en los pueblos que estaban entregados al paganismo; el sacerdote católico, guiado tambien por el Espíritu Santo, debe hacer que este estandarte permanezca firme, sin que jamás la malicia humana pueda derribarlo, y debe al mismo tiempo correr á esos paises lejanos para civilizar con la religion del Mártir del Calvario á esos miserables que gimen aun bajo el peso de la ignorancia y del error; y si los apóstoles, por inspiracion del Espíritu Santo, dieron su vida en defensa de la verdad que anunciaban, el sacerdote católico, con el auxilio de la gracia divina que comunica el Espíritu Santo, debe estar preparado para sacrificar su existencia siempre y cuando esos falsos filósofos, que por desgracia en nuestros dias son bastante numerosos, pretendieran hacerle negar alguno de los misterios sacrosantos de nuestra religion augusta.

Ahora, amados lectores, pudiera ya dar por terminada mi tarea, mas para que el desarroyo de este artículo reuna las condiciones indispensables, es preciso que ponga fin á ella con un pequeño epílogo, que servirá para confirmar más y más la proposicion sentada.

Finalmente, el sacerdote católico, que quiere cumplir exactamente su mision divina en todos los actos de su ministerio, debe tener presente el versículo 8 del capítulo X del Evangelio de San Mateo, que dice así: «Curad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos, lanzad los demonios; de balde habeis recibido estos dones, dadlos de balde.» De suerte que en esas solas palabras se halla reunida toda la perfeccion sacerdotal, y con el auxilio del Espíritu Santo, puede el sacerdote católico fortificar lo que en ellas se prescribe.

La Iglesia, amados lectores, se vé en nuestros dias muy perseguida por tantos enemigos que pretenden destruirla, y el sacerdote católico, que es su representante, debe salir en su defensa destruyendo con la espada de la divina palabra esas doctrinas impías, que el espíritu de las tinieblas inspira á sus sectarios, haciéndola alcanzar la más completa victoria, dejando á un mismo tiempo confundidos á los que esperan verla destruida. Animado, pues, con este celo, el sacerdote católico cumplirá dignamente su mision, y á pesar de todas las persecuciones que vea dirigidas contra la Iglesia, no retroceda jamás en el ejercicio de su sagrado ministerio, pues el Espíritu Santo, que descendió en este dia sobre los apóstoles allá en el Cenáculo, descenderá tambien sobre él, bendiciendo todas sus santas empresas; recuerde, por fin, aquellas palabras que dirigió el Divino Salvador á Pedro cuando de pescador de peces le quiso convertir en pescador hombres: «Tu eres Pedro, que quiere decir piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra tí.»

F. V. Ll.

CRÓNICA JUDICIAL.

Al fin, despues de continuas suspensiones, debidas á haber recusado el abogado defensor á varios jueces por incompetentes, ha empezado á celebrarse en la sala del juzgado de la Audiencia de esta córte la vista de la célebre causa generalmente conocida por la de la calle del Fúcar. El numeroso auditorio que diariamente ha acudido á presenciar estos debates, del cual formaban parte no pocos letrados, entre ellos varios promotores fiscales de los diferentes juzgados de la capital, demuestran el interés que á los hombres de leyes y al público en general inspira el curso de este ruidoso proceso.

Efectivamente, la causa seguida contra Vicenta Sobrino, por asesinato perpetrado en la persona de su señora doña Vicenta Calza, está destinada, por el misterio de que aparece rodeada y por las tinieblas que la encubren, á adquirir un puesto privilegiado entre las que mayores títulos tengan á la celebridad. El tribunal, el ministerio público, los respectivos defensores, en una palabra, todos los que, en cumplimiento de su deber, han tenido que intervenir en este proceso, se lamentan de la oscuridad que en él reina, y luchan en vano por descorrer el misterioso velo que lo cubre. ¿Es Vicenta Sobrino la única culpable? ¿Ha empuñado el arma fatal por satisfacer una venganza propia, ó ha obrado por sugestiones ajenas? ¿Estaba en el pleno uso de sus facultades al cometer el crímen? ¿Pueden haber influido en su funesta determinacion los espíritus malignos, como dice la acusada? ¿Cuál de ambas declaraciones es la verdadera; la primera, en que se reconoce única autora del delito, ó la segunda, en que se presenta á sus jueces como instrumento del esposo de su víctima? Todas estas preguntas ha tenido que hacerse el tribunal, y á muy pocas, acaso á ninguna de ellas ha podido darse satisfactoria respuesta. Veamos lo que resulta de las brillantes oraciones pronunciadas por el Sr. Castells, representante del ministerio público, y por el Sr. Mathet, defensor de la procesada.

El promotor fiscal cree y sostiene que el crímen cometido por Vicenta Sobrino ha sido llevado á efecto con premeditacion, porque la acusada trasladó los colchones de su cama, desde su habitacion á la de su señora, con el marcado intento de asesinarla, y con la misma idea se apoderó y escondió entre los colchones el cuchillo de la cocina, estremos ambos confesados por la procesada: opina igualmente que hubo alevosía en el delito, tanto por la circunstancia de hallarse enferma la víctima, como por haberse entregado al sueño en la confianza de que Vicenta Sobrino quedaba cerca de su lecho para cuidarla; y en fin, demuestra que existió ensañamiento, recordando que la criminal, despues de haber asestado una puñalada á su víctima, trató de estrangularla con el pañuelo que llevaba al cuello, y no satisfecha todavía, la arrojó encima un colchon, contemplando despues con terrible frialdad la lenta y penosa agonía de aquella desventurada señora.

El ministerio público no ha encontrado circunstancia alguna atenuante á favor de la procesada, negándose á considerar como tal el descubrimiento de la complicidad de D. Cárlos Casulá, puesto que este no ha resultado culpable: se ha atenido al dictámen de la mayoría de la Academia de medicina en sus dos primeros puntos, que declaran que Vicenta Sobrino no se hallaba loca, bajo ninguna forma reconocida por la ciencia, en el acto de cometer el crímen, y ha rechazado los estremos apoyados por la minoría de la Academia, en los cuales se asienta que no es regular presumir que la acusada se hallase en el pleno uso de sus facultades mentales; demostrando, por el contrario, que la persona que tiene perdida la razon obra de muy distinto modo de como lo ha hecho Vicenta Sobrino, pues ni huye, ni busca la impunidad, ni abriga ideas de premeditacion. Respecto á la influencia de los espíritus malignos, á que se ha apelado para defender á la procesada, el ministerio público cree que el hombre goza del libre albedrío para combatir el mal, y que contra las sugestiones perversas tiene sus facultades cohibitivas.

No hallando, pues, ninguna circunstancia atenuante y sí muchas agravantes contra la procesada, el promotor fiscal opina que esta es reo de muerte, y por lo tanto, que debe condenarla el tribunal á la última pena.

Por lo que hace á D. Cárlos Casulá, cuyo defensor ha reclamado contra el fallo que lo declaraba absuelto de la instancia, alegando que esta era una pena infamante para su defendido, y que al aplicársela, se hacia una ofensa á todos los españoles; el promotor fiscal trazó á grandes rasgos la vida de Casulá; trajo á la memoria del tribunal los antecedentes matrimoniales de este interesado, y algunas circunstancias, verdaderamente anómalas, que respecto á su persona se observaron en la noche del crímen, y declaró terminantemente, que si ante un tribunal de jueces de derecho D. Cárlos Casulá ha resultado absuelto de la instancia, ante un jurado hubiera sufrido seguramente sentencia condenatoria. Sin embargo, como el tribunal no puede dar asenso á lo que Vicenta Sobrino ha declarado contra D. Cárlos Casulá, por las muchas contradicciones en que ha incurrido la acusada respecto á este particular, queda en pié la duda, que á cada momento se levanta en el dilatado curso de este proceso, llevando á él la confusion y el misterio, y el juez no puede decir: «Este es el móvil del delito. Vicenta Sobrino ha asesinado á su señora, por este ó el otro motivo.»

El promotor fiscal Sr. Castells, que ha dado en su brillante alegato repetidas pruebas del profundo juicio y de vasta erudicion, resumió declarando: 1.° Que hay un homicidio sin prueba de evidencia, y que su autora es Vicenta Sobrino. 2.° Que el homicidio es calificado, por la alevosía, con circunstancias agravantes y sin atenuantes. 3.° Que Vicenta Sobrino obró en el completo uso de su libertad moral, y por lo tanto, que es reo de muerte. Y 4.° Que aun cuando existan fuertes indicios contra D. Cárlos Casulá, no conducen directamente á probar su participacion en el delito.

El distinguido letrado Sr. Mathet, defensor de la procesada, en varios enérgicos discursos, ha recusado el dictámen de la mayoría de la Academia, que opinaba que Vicenta Sobrino no estaba loca, haciendo ver que solo nueve profesores médicos formaban parte de la mencionada mayoría, al paso que el informe de la minoría de dicho cuerpo, en que se establece que la acusada no obró en el pleno uso de sus facultades mentales, aparece firmado por doce facultativos, por cuya razon la defensa se atiene á este último, y lo reconoce mas legítimo y competente.

Asimismo ha alegado la defensa que Vicenta Sobrino fué *cegada* por los espíritus malignos, y que llevó á



CABALLOS CO



GIDOS AL LAZO.

efecto ese crímen hallándose en un estado intermedio entre la razon y la locura. Opinó igualmente que no existian circunstancias agravantes contra su defendida, puesto que el crímen fué cometido sin premeditacion ni alevosía, y que, por el contrario, debe respetarse como circunstancia atenuante la confesion espontánea que hizo al comparecer por segunda vez ante sus jueces, descubriendo la complicidad de don Cárlos Casulá.

El defensor, lo mismo que el representante del ministerio público, y que los jueces que han actuado en este oscuro proceso, se han lamentado del misterio que lo rodea, manifestando que no le ha sido posible descubrir la verdad de lo que ha sucedido, á pesar de que ha pasado muchas noches en vela, estudiando los voluminosos autos que componen esta causa.

Teniendo en cuenta todas las razones anteriormente espuestas, la defensa ha declarado que á la procesada no se la debe imponer la pena de muerte, que contra ella pide el ministerio público, ni la de cadena perpétua tampoco, sino la de cadena temporal, que es solamente la que merece por el crímen que ha cometido.

Tal es el estado en que se halla la célebre causa de Vicenta Sobrino al tiempo de escribir estas líneas. Los debates judiciales prosiguen, y de ellos daremos cuenta á nuestros lectores en la próxima crónica.

I. VIRTO.

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

(Conclusion.)

Pero hé aquí que envuelto entre los pliegues del huracan, llegó hasta ellos el eco de vóces humanas, y el galopar de muchos caballos.

—¡Perdidos somos! esclamó con fervor la hija de Yusuf; en pos de nosotros viene tropa y se escucha su griteria.

—¿Por qué temes, luz de mis ojos?

—Porque adivino que es mi padre el que nos persigue.

—Ahuyenta tus temores, alma mia; porque el alazan que nos lleva es vigoroso, y le sobra aliento para burlar la ira de tu padre.

Y con más vigor que antes, hunde las espuelas en los costados del caballo.

El noble animal, al verse tan rúdamente estimulado, exhala un quejumbroso relincho y parte como un venablo.

Aquello ya no era correr, sino volar sobre el generoso bruto que les conducia, como si fueran impelidos por la tempestad que les rodeaba.

Llegó la alborada.

La tempestad habia desaparecido.

Ya no se oia el gemido de los elementos, ni el rayo rasgaba el horizonte. Solo en lontananza se oyen los últimos suspiros de la tempestad que se va alejando.

Ramiro y Zoraida seguian su carrera con más velocidad que nunca; porque el caballo, agotadas ya sus fuerzas, tan solo le quedaba ya la pureza de su raza, y era el último esfuerzo que hacia.

—¡Nos hemos salvado! esclamó con alegria la hija de Yusuf. Nuestros persiguidores ya no se oyen detrás de nosotros.

El sol se elevaba sobre las montañas.

A sus reflejos se veian brillar las armaduras de un reducido escuadron de árabes.

Los dos amantes huian á pié, porpue el hijo del desierto los habia dejado para no prestarles ya mas auxilio.

Así que, los ginetes, con la ventaja que sobre ellos llevaban, muy pronto les darian caza.

Zoraida, al ver tan próximo el peligro, desfalleció.

Ramiro, que tambien comprendia que muy pronto iba á caer en poder de los árabes, tendió la vista en derredor suyo para ver dónde podria ocultarse.

¡Oh ventura! delante de sí vió un gran peñasco que muy bien podia librarlos de caer en poder de los que tan encarnizadamente los perseguian.

Sin titubear un segundo, tomó entre sus brazos el desfallecido cuerpo de su amada, y con tan preciosa carga trepó sobre aquella eminencia.

Cuando llegó á la cumbre, jadeante y casi sin aliento, colocó á Zoraida sobre una roca, y trató de hacerla volver á la vida.

Pasaron algunos segundos en la mayor ansiedad.

Por fin Zoraida abrió los ojos.

Maquinalmente los dirigió hácia el camino por donde adelantaban los ginetes.

—¡Ah! ¡helos ahí!... ¡ellos son!... esclamó con terror. Mi padre viene á la cabeza, bien lo veo.

—¡Que vengan! dijo Ramiro con entusiasmo: ¡que lleguen! Nos defenderemos con la fiereza del tigre cuando se vé acorralado por los cazadores.

Y al decir esto, su hermoso semblante se animó con la proximidad del peligro.

Pasaron algunos minutos.

Durante este corto intérvalo, los árabes llegaron hasta el pié de la roca donde Ramiro y Zoraida se habian refugiado.

Apeáronse de sus caballos, y á una órden de Yusuf empezaron á escalar aquella eminencia.

Al mismo tiempo el terrible jefe árabe con voz de trueno amonestaba á los dos amantes para que bajasen.

Pero viendo Yusuf que no le obedecian, se enfureció más aun, y ordenó á los suyos que acometieran al cristiano.

Los soldados obedecieron.

En seguida se trabó una lucha terrible, desesperada.

Lucha sostenida por un solo hombre, contra un ciento de enemigos: porque el valeroso Ramiro, al verse ya tan próximo á caer en poder de Yusuf, comenzó á desquiciar fragmentos de roca, que desgajados de su base, rodaban con aterrador estruendo por la pendiente, arrastrando en su descenso á cuantos árabes, hallaban en su camino, los cuales, heridos ó mutilados, rodaban hasta los piés de sus caballos.

Los que no sucumbieron á tan rudo ataque, se horrorizaron y volvieron la espalda, pronunciándose en precipitada fuga.

Al ver Yusuf el horrible destrozo que el cristiano habia causado entre los suyos, su furor no tuvo límites, y como si se tratara de una inespugnable fortaleza, mandó con amenazas á los aterrados moros que emprendieran un segundo ataque.

Los árabes, avergonzados de que un solo hombre les infundiera tanto terror, acometieron con denuedo al heróico Ramiro, que parecia multiplicarse segun el destrozo que causaba por segunda vez en los soldados de Yusuf.

—¡Oh! decia entretanto la angustiada doncella: mi padre va á apoderarse de nosotros, Ramiro mio.

—¡No temas, hermosa mia! dijo el valeroso mancebo: todavia me sobra aliento para esterminarlos á todos.

Y con un heroismo digno de un espartano, prosiguió aquella titánica lucha, que por algunos segundos se habia suspendido.

—Inútil es que quieras defender tu vida y nuestro amor, dijo la hija de Yusuf, porque el cansancio que sientes apenas te deja suspirar. Al fin sucumbirás, y entonces...

—¡Qué!

—Que conozco á mi padre lo bastante, para comprender hasta dónde podrá llevar su terrible venganza.

Tambien Ramiro lo comprendió así, y quedó por un momento pensativo.

Mas de pronto, y como el leon, que al verse acometido por los cazadores levanta la cabeza con arrogancia, y dilata sus anchas fauces, sacudiendo al mismo tiempo su larga melena, así Ramiro alzó la suya inundada de sudor, y una siniestra sonrisa se pintó en su hermoso semblante.

A no dudar, un pensamiento terrible, desesperado, cruzó por su acalorada mente.

En el corto intérvalo que pasó esta corta peripecia de tan sangriento drama, los moros tanto habian avanzado ya, que algunas saetas silbaron en torno del cristiano.

Entonces, Ramiro, impulsado por su pensamiento, dijo á su amada con todo el cariño que sentia en su corazon en tan supremo momento.

—¿Quisieras verme sin vida, Zoraida mia?

—¡Oh! No, no, Ramiro mio: si tu sucumbes tambien yo quiero seguir tu suerte; porque sin tu amor me seria imposible vivir.

—Pues bien, adorada mia; yo te juro por mi Dios que tu padre no logrará su intento. Dame, pues, tus amantes brazos, y que nuestro amor se confunda hasta exhalar el último suspiro.

Zoraida nada respondió; pero abrió sus brazos, y se precipitó en los de Ramiro, estrechándose ambos con frenesí, porque el peligro que los rodeaba, hacia rebosar de sus corazones todo el amor que en ellos se encerraba.

Al mismo tiempo se oyó tambien el estallido de un amoroso beso.

Era el último destello de aquellas dos almas que tanto se amaban.

Era el postrer halago que los dos amantes se prodigaban.

Yusuf, que contemplaba con calma feroz aquella escena tan sublime, al ver que los dos amantes eran felices aun en medio del peligro que les rodeaba, se desesperó, y cual tigre enfurecido, acometió lleno de rabia al héroe castellano...

Mas de pronto quedóse horrorizado...

Su planta ya no se movió...

Sus ojos, cual si quisieran saltar de sus órbitas, se fijaron por un momento en los dos amantes que, estrechamente abrazados, rodaban por la vertiente del abismo confundidos en un solo cuerpo.

Rebotaban las piedras... desgarraban sus carnes entre las puntas de las rocas, y... siempre abrazados, siempre amorosos, llegaron hasta los piés de los caballos, horriblemente destrozados.

En tan terrible descenso, ni un solo grito de dolor exhaló ninguno de los dos amantes.

Tal era el valor que en sus últimos momentos habian desplegado.

Era el valor de la desesperacion.

. . . .

Nada se veia ya: nada se oia.

Yusuf y los suyos habian desaparecido.

Los sangrientos restos de Ramiro y Zoraida tampoco estaban allí.

Unicamente en el peñon se distinguian informes girones, que entre las quiebras ondeaban al viento.

Tambien se veia un sendero enrojecido.

Era la sangrienta huella, que al pasar, habian dejado los dos amantes.

. . . .

Desde entonces un gran peñasco que se levanta entre Archidona y Antequera, se llama *La peña de los enamorados.*

GONZALO HONORIO.

TEATROS.

Terminada la temporada cómica de 1864 á 1865, ayer dió fin la compañía del teatro del Príncipe á sus trabajos para no volver á emprenderlos en mucho tiempo, á Dios gracias, en dicho coliseo, desde el cual pasa al Circo de la Plaza del Rey, donde parece ser que en setiembre inmediato tornará de nuevo á funcionar, si bien falta de los mejores artistas que la han constituido este año. «Al cabo de los años mil vuelven las aguas por donde solian ir,» reza el adagio, y este, como todos, encierra una gran verdad y envuelve una triste enseñanza para los soberbios.

En tanto que los hechos patentizan aquella y den origen á esta, la compañía del teatro del Príncipe marcha á Granada, Santander y Bilbao, en cuyas capitales tiene el propósito de dar varias funciones durante la estacion que comienza; que la suerte no les abandone y hasta la vuelta.

El teatro de la Zarzuela, próximo tambien á cerrar sus puertas, no nos ha presentado por lo tanto en la última semana novedad alguna importante, si se esceptúa la funcion elegida por el inteligente y popular actor D. Francisco Arderius, en la cual se nos ha ofrecido la ocasion de admirar el talento que para la farsa tiene aquel artista, pues acompañado, y muy dignamente por cierto, del Sr. Cubero, no menos á propósito que aquel para esta clase de bromas teatrales, han parodiado la escuela italiana de declamacion, representando una escena de un drama del reportorio de la Sra. Civili, cuya entonacion y ademanes imitaron en dicha noche exagerándolos con singular gracia.

La eminente actriz á quien se parodiaba en la citada escena que se introdujo *ad hoc* en el juguete cómico-lírico nominado *El disparate*, escrito con ocasion análoga por el Sr. Ayllon hace algunos años, presenciaba el caso desde un palco, y ni un solo instante cesó de celebrar con aplausos aquella humorada, que indudablemente tiene un gran mérito con relacion, se entiende, á su objeto.

Los Campos Elíseos, desde el dia que abrieron sus puertas al público, son el centro de la buena sociedad de la córte, que confirmando nuestra profecía, ha huido del circo del Príncipe Alfonso donde prosigue saltan-

do con *ensañamiento* el ya trasnochado Mr. Leotard, y acude todas las noches al teatro de Rossini en el que continúan las representaciones de la ópera del inmortal Meyeerbeer *El profeta*, cuyo libreto lo compuso Scribe, valiéndose para su argumento de la sublevacion de la capital de Westphalia en tiempo de la reforma religiosa llevada á cabo por Lutero en Alemania á principios del siglo XVI. Dicha ciudad, centro de la revolucion producida por el grito de *libertad é igualdad* evangélicas dado por la secta de los *anabaptistas*, contaba en su seno con uno de los más entusiastas partidarios de la reforma, el famoso Juan Leyda, posadero, notable tanto por su valor personal cuanto por su instruccion. Unido este á los tres jefes de aquella secta, Zacarias, Jonás y Matías, penetraron armados en Munster, arrojaron de su silla al obispo católico y proclamaron á Juan Leyda, rey y profeta de la nueva Jerusalen, coronándole en la catedral con pompa oriental. Sorprendido por las tropas del obispo de Munster cayó Juan prisionero en una tempestuosa noche del año 1535, terminando su vida en compañía de dos de sus cómplices y en medio de horrorosos tormentos.

Tal es el plan sobre que se basa esta gran creacion del compositor prusiano, que ha sido, como ya tenemos dicho, puesta en escena por la empresa del teatro Rossini con todo el lujo y toda la propiedad escénicas posibles.

En cuanto á la ejecucion y habiéndonos de ocupar de todos los artistas que en ella tomaron parte, solo podremos revelar cual sea nuestro juicio en breves palabras.

Las figuras que desde luego se destacan del cuadro son la Sra. Nantier-Didier y el Sr. Tamberlik, artistas ambos de talento superior y que diariamente nos hacen conocer nuevas bellezas de las infinitas que atesora aquella admirable partitura.

El Sr. Tamberlik, el tenor mimado, no solo del público de Madrid, sino de todos los de Europa, es siempre el gran artista, el gladiador invencible, con la misma potente voz de siempre, sin que esta haya disminuido en volúmen ni estension, como se permite decir tan injusta como irreflexivamente cierto novel revistero, lo cual debe tener al artista sin cuidado. Dificilmente *El Profeta* habrá tenido ni tendrá mejor intérprete y los nutridos aplausos que diariamente se le prodigan no deja lugar á la duda.

La Sra. Nantier, que retrata una de las figuras de más importancia dramática, hace una *Fides* piadosa, tierna y cada noche adquiere un nuevo triunfo; pues tanto por sus cualidades de actriz, como por su voz fresca y pastosa y de un timbre sonoro y melodioso, es la artista consumada que consigue dominar el gigantesco personaje, cuya difícil interpretacion la está con fiado.

La señorita Garrulli, que como comprimaria posee escelentes dotes, no es ni aun con mucho una prima donna, pues en el duo con la contralto, merced al genio musical de aquella artista, puede evitarse que fracase dicha pieza, como sucederia en fuerza de la desafinacion con que esta artista canta su parte.

El Sr. Vialetti, que es buen cantante, carece sin embargo de voz y es siempre exajerado en la escena. Su mecanismo vocal, cascado ya y de poca estension, no le permite apenas atacar el *mi*, y esto que en otra ocasion hubiera quizás pasado desapercibido, no puede ser indiferente hoy en que el recuerdo del incomparable Selva, en el *Fausto*, en la *Lucrecia*, en *Roberto* y últimamente en *Hernani*, que ha cantado en el teatro Real, se conserva vivo en la mente de todos los dillettanti.

El Sr. Palermi, aun cuando su papel no es de gran desempeño; revela en él condiciones dignas de elogio, pues su voz, ya que no de gran volúmen, es estensa y fresca.

Otro tanto puede decirse del bajo Sr. Ruicci, que se presenta bien en la escena interpretando con la mayor precision al conde de *Oberthal*.

La orquesta, como ya dijimos á su tiempo, está inmejorable, gracias á la hábil é inteligente direccion del distinguido maestro Gaztambide. Los coros resultan de poco cuerpo por falta de personal, defecto que puede sin gran esfuerzo remediar la empresa, á la que hacemos estas advertencias en obsequio de sus intereses, los cuales no se defienden omitiendo introducir las mejoras que aconseje la prensa imparcial, y dejándose arrullar por los alhagos de algun periodiquillo musical, que á ser ciertos los informes que se nos han dado, ha visto recientemente la luz bajo la proteccion de algun artista y con la premeditada mision de entonar en su loor himnos que no serán otra cosa que música celestial, y que su mérito no necesita mendigar.

Esperando la representacion de *Fausto* abandonemos ya los Campos, y pasemos al teatro de Variedades, donde se ha verificado un hecho solemne, del cual guardaremos siempre memoria, y con nosotros todos los que en el porvenir de la patria literatura escénica se interesan.

La inteligente actriz señorita doña Carolina Civili ha logrado, en fuerza de su privilegiado y sin par talento, realizar uno de esos prodigios que no se esplican ni comprenden, pero que se admiran. La artista italiana, que un año há inauguró en España la série interminable de sus triunfos escénicos, revelándonos sus altas cualidades como actriz trágica, y que supo conmovernos, interpretando con singular maestría las mas difíciles obras del repertorio teatral italiano; en la noche del sábado la vimos trocar, merced á la mágia de su genio artístico, su nacionalidad, convirtiéndose en actriz española, y lo que es mas, actriz cómica.

Antes que el tributo de nuestra admiracion, debemos rendir á la artista el de nuestra gratitud. Solo al talento, auxiliado de la voluntad mas potente, es posible dominar los insuperables y hasta temerosos obstáculos que se oponen al logro de aspiracion tamaña. ¡Cuánto, pues, no habrá sido el deseo, cuán inmenso el afan de Carolina Civili al intentar tan gigantesca empresa! Indefinible, y... es verdad, comparable solo al amor que siente su alma de artista por nuestra patria, y á la que, aprendiendo el idioma de Cervantes, ha querido regalar el inagotable tesoro de su genio.

Rica promesa de futuros frutos fué, sin duda, la representacion primera con que el sábado adquirió carta de naturaleza en nuestra escena. *La casa de campo*, juguete cómico arreglado al teatro español por el Sr. Albarrán, con el propósito de ofrecer dificultades de ejecucion á una consumada actriz, fué interpretado por la Sra. Civili, como no puede definirse, puesto que la admiracion, como hemos dicho ya, no cede lugar alguno á la reflexion ni al juicio. Cuatro distintos caracteres han confiado en dicha obra á la actriz italiana, que dió el primer paso al nacer para el teatro español, tocando el sitio donde otras artistas llegan, remontando el vuelo.

Despues de un constante aplauso con que el público la aclamó en dicha noche como una de sus artistas predilectas, seria ofender su ilustracion y su justicia detenernos aquí nosotros ni un punto más en demostrar hasta qué extremo fué aquel triunfo merecido por la artista Sra. Civili, quien ha conseguido demostrar una vez mas que el verdadero genio no tiene patria.

Un deber de justicia tenemos que cumplir antes de terminar estas líneas, y á ello nos apresuramos. Los actores Sres. Capo y Alisedo cumplieron dignamente su cometido, compartiendo el aplauso de la concurrencia con la Sra. Civili. Con esto queda hecho su mayor elogio, y concluido nuestro artículo. Enhorabuena.

E. DE INZA.

EL HAVRE.

El Havre es una ciudad conocida de todo el mundo. Si ella debe una gran parte de su prosperidad á la Inglaterra, tambien puede decirse que debe su origen y su existencia á los ingleses, pues fué para oponer un dique á las locas tentativas de aquellos por lo que Francisco I convirtió el Havre en una plaza fuerte, al mismo tiempo que hizo de esta preciosa ciudad un gran centro de comercio, cuya importancia á ido creciendo dia por dia.

Espacio nos falta para referir en este artículo las diversas fases de la historia del Havre desde su fundacion, pero tampoco lo creemos absolutamente necesario, porque todos los viajeros, que no son pocos los que lo han visitado, la conocen perfectamente y además existen libros de gran mérito en que se hace la descripcion de sus bellezas mejor que nosotros pudieramos hacerlo; además, las novelas de *Alfonso Karr* nos ilustran de una manera admirable sobre este punto.

Esta es la temporada más á proposito para visitar aquella costa normanda, en la que cada puerto es una estacion para los bañistas.

Alfonso Karr, como ya hemos indicado, ha contribuido mucho á la boga y la fortuna de aquel delicioso pais, así que, su nombre es muy popular y respetado en él.—B.

CABALLOS COGIDOS AL LAZO.

(Véase el grabado páginas 100 y 101.)

El caballo, desconocido en América antes de Cristóbal Colon, fué introducido desde entonces por los europeos, y en muchas partes del nuevo continente, el noble animal, abandonado á sí mismo, y en estado de salvaje, vaga en rebaños, fogoso, indomable y en una completa libertad.

Como consecuencia de esto, se ven en aquellos paises esas pintorescas cacerías de caballos, que tienen lugar mas particularmente en el Norte de Méjico, y en el Sud, en las *Pampas*.

Las Pampas son unas llanuras inmensas que se estienden por la parte meridional del gobierno de Buenos-Aires, desde las orillas del rio de la Plata hasta el pié de la poderosa cadena de los Andes.

Estas llanuras, de un aspecto grandioso y salvaje por su estension, se hallan cubiertas de espinos, de maleza y de bosques, donde habitan generalmente los *Guanchos*, tribus ó familias independientes que descienden de los primeros españoles, y cuyo terreno conquistaron despues del descubrimiento del Nuevo Mundo. Son gentes que nacen, viven y mueren, por decirlo así, á caballo; porque este noble animal forma todos sus encantos, sus mayores delicias, y hasta su fortuna.

La caza de los caballos salvajes se verifica por medio del *lazo*. Este lo forma una fuerte correa de cuero, larga, lo menos de quince á veinte varas, y que los *Guanchos* manejan con admirable destreza.

Esta correa termina en una de sus puntas por un anillo ó bola de hierro, mientras la otra va perfectamente asegurada á la silla del caballo que monta el cazador. Al recoger la susodicha correa, el cazador forma con ella una especie de honda, que hace revolotear sobre su cabeza rápidamente, en el momento de lanzarla sobre el caballo que quiere coger, dándola de este modo una fuerza terrible, impulsada por la bola ó anillo de hierro de que ya hemos hablado. El caballo salvaje es cogido por el cuello, y los esfuerzos que naturalmente hace para huir, oprimen más y más el terrible *lazo* en que ha sido preso. Una vez rendido, se le vendan los ojos, y aprovechándose de su postracion, el cazador lo traba y coloca un fortísimo bocado de hierro de una construccion especial y á propósito para este objeto. El caballo se levanta, relincha, lucha, patea; pero todos sus esfuerzos son ya inútiles, y al cabo de algun tiempo, el noble animal llega á convertirse en manso, dócil y obediente.

Esta caza se verifica tambien en las *haciendas*, ó sean las grandes propiedades de las provincias de Méjico, donde dejan vagar á los caballos en completa libertad hasta que necesitan servirse de ellos.

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores representa una de esas cacerías en una *hacienda*, y el dibujo, que es de un indisputable mérito, dará una idea más exacta que nuestras esplicaciones de esta clase de diversiones, tan llenas de emociones violentas, de peripecias terribles, y no exenta por cierto de peligros.

J. BELZA.

AVISO.

El deseo de complacer á nuestros favorecedores nos obliga, aun á costa de grandes sacrificios, á emplear desde hoy una nueva fundicion, de un tipo más pequeño, proporcionándoles de este modo doble lectura que hasta aquí. Otras mejoras iremos introduciendo sucesivamente, pero queremos ser parcos en nuestras promesas y no anticipar ofrecimientos hasta que estos puedan realizarse.

Sin embargo, podemos definitivamente anunciar ya, porque tenemos adelantados los trabajos preparatorios, que nos hemos propuesto publicar una coleccion de magníficos retratos y biografías de todos nuestros hombres célebres contemporáneos, de todos aquellos que se hayan distinguido, ya en el estadio de la prensa, en la política, en las armas, en las letras, en las ciencias, etc., y que de cualquier modo hayan sido útiles á su país, sin que en nosotros influya en lo mas mínimo el partido político en que militen, figuren ó se hayan distinguido; porque como nuestro periódico es completamente ageno á cierta clase de luchas, solo al talento, al valor, al verdadero mérito, y á las grandes acciones rinde el merecido culto.

Si con estas mejoras que hoy empezamos á realizar, conseguimos agradar á nuestros suscritores, nuestros deseos se verán completamente satisfechos.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

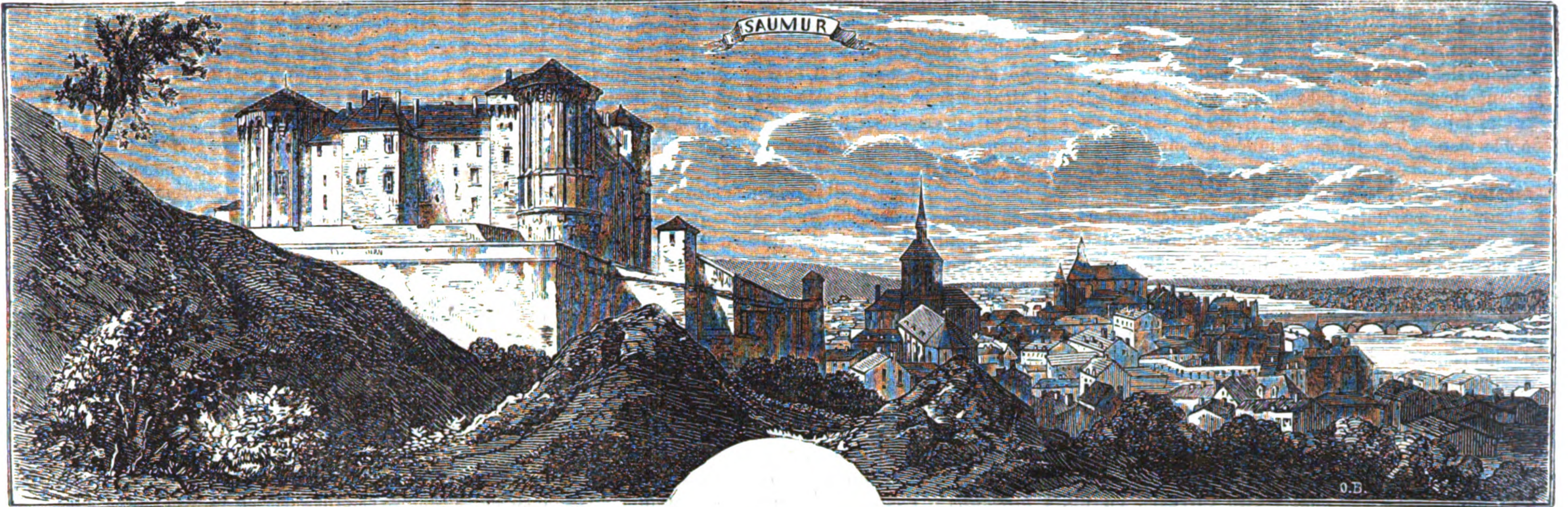
MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



SU SANTIDAD EL PAPA PIO IX

OFICIANDO EL DIA DE LA PÁSCUA DE PENTECOSTÉS EN SAN PEDRO DE ROMA.

El Periódico ilustrado.



Número 14.
DEL 8 AL 15 DE JUNIO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

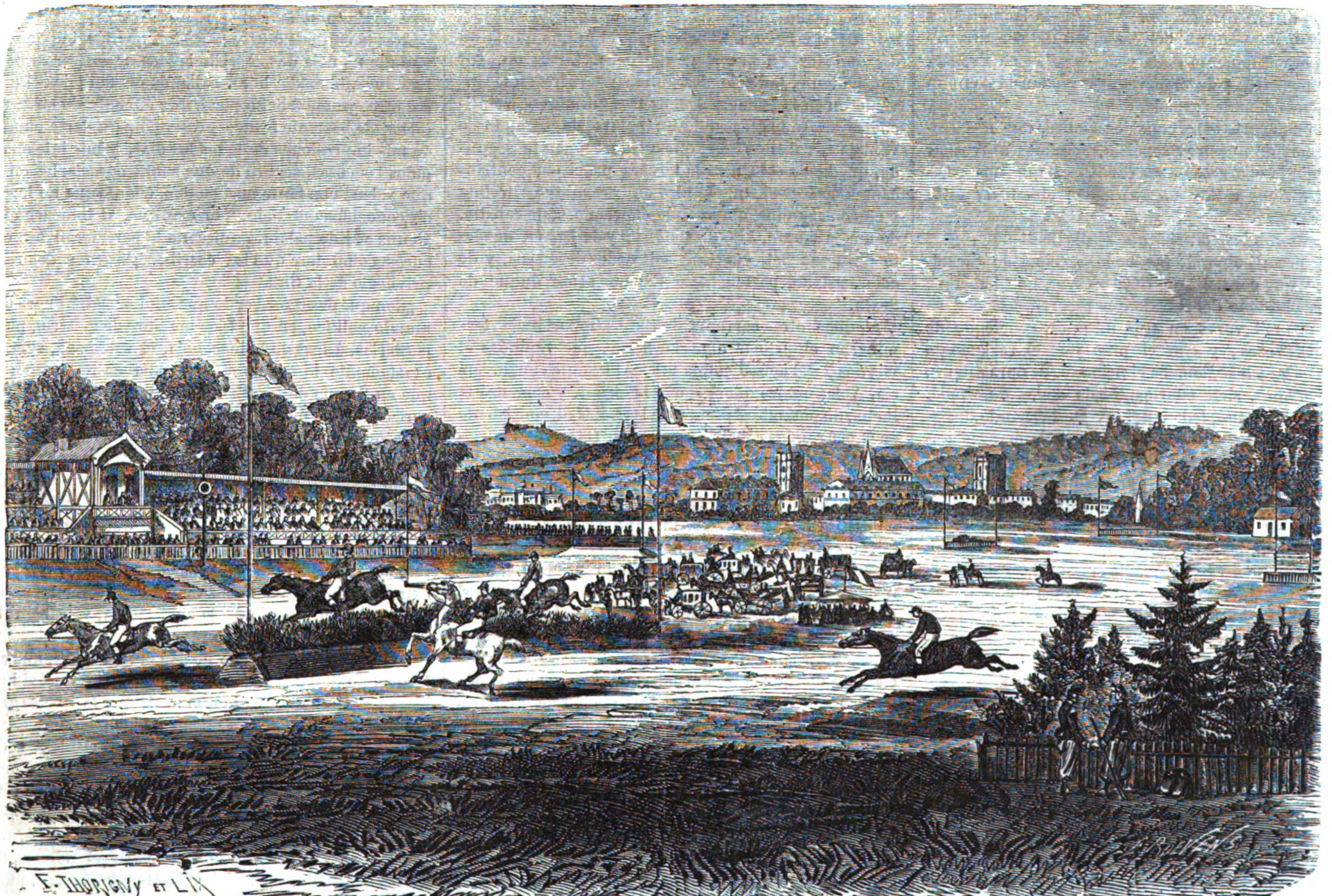
Madrid. . . Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.
Provincias. Un año 28 »—Seis meses 14 »
Ultramar. . Un año 80 »—Seis meses 40 »

UN NÚMERO
4 cuartos en MADRID.
5 cuartos en PROVINCIAS.

CARRERAS DE CABALLOS.

Sin que ahora sea nuestro ánimo remontarnos al orígen de esta clase de ejercicios ecuestres, que tienen el privilegio de reunir lo útil á lo agradable, y cuya antigüedad data de los tiempos mitolójicos, en los que se celebraron quizás por primera vez, y guardando el plazo regular de cuatro años los juegos olímpicos en honor de Júpiter, que tomaron el nombre de la ciudad de Olimpia, en donde se verificaron, dándole el de Olimpiada al espacio de tiempo que de una á otra fiesta transcurria; sin que despues de dicho esto, nos propongamos seguir el curso de aquellos festejos para llegar paso á paso hasta la descripcion de nuestras *Carreras de caballos*, toda vez que ni este es nuestro propósito ni presumirnos que la paciencia de nuestros lectores nos permita tan monotono cuanto estéril entretenimiento, vamos á reseñar lo acontecido en los dos últimos ejercicios de aquella clase que han tenido efecto en Madrid recientemente en los dias de mayo y junio, que segun costumbre, respetuosamente observada por la Sociedad de fomento de la cria caballar, son anualmente los destinados á ese espectáculo tan beneficioso para el objeto de la citada Asociacion, como grato para la aristocracia española, siempre mantenedora de estas justas que acude á presenciar, haciendo ostentacion al propio tiempo del lujo y la elegancia, que á la misma distingue y caracteriza.

Con singular animacion se han celebrado, pues, las



HIPÓDROMO.

carreras este año en el hipódromo de la Real Casa de Campo, convenientemente dispuesto y preparado al efecto.

La amenidad de los sitios en donde aquella fiesta tiene lugar y la bondad de la temperatura, motivos poderosos fueron para que la escogida concurrencia que asistió al espectáculo, cuya reseña vamos á hacer, fuera numerosa, hasta el estremo de ocupar toda la estension del *Turf*, en donde habian de disputarse el premio de agilidad los caballos inscritos para la lucha, trenes lujosos y elegantes, coronados de bellísimas y nobles damas, que habian acudido presurosas á dar carácter y vida á esta fiesta, de carácter verdaderamente aristocrático en nuestro país.

Entre los más notables y mejor montados carruajes que allí se descubrian, llamaban poderosamente la atencion el del Excmo. señor duque de Sexto, que era una ligera carretela tirada por cuatro caballos castaños. En ella lucian sus encantadoras gracias la condesa de Javalquinto y la condesa de Scláfani; un breek desde el cual contemplaba el espectáculo la distinguida señora duquesa de Frias; una carretela amarilla, arrastrada por cuatro gallardos caballos alazanes, que estaba ocupada por la señorita de Heredia y por la de Salamanca; otra carretela, tambien conducida por cuatro yeguas á la gran Dumon, en la que vimos á la señora de Osma y á su hija; y otro carruaje, en fin, igualmente montado, servia de movible palco á los Excmos. duques de Medinaceli.

Otros no menos lujosos trenes que los citados, y como ellos montados todos con cuatro caballos, estaban ocupados por la marquesa de la Torrecilla, condesa de la Cimera, y señorita de Torres. Lo más distinguido de la sociedad de Madrid ha asistido á estas fiestas, en las que recordamos haber hallado á la condesa de Torrejon, á los embajadores de Francia, á los duques de Fernandina, á los marqueses de San Cárlos, á los duques de Fernan-Nuñez, á los marqueses de Molins, á los condes de Xiquena y á otros muchos títulos de Castilla, que con su presencia contribuian á dar realce á la lucha que se preparaba, y la cual, como hemos dicho, agrega á la utilidad que reporta el atractivo que le presta el aristocrático público, que con asídua y constante preferencia le favorece siempre.

Por cierto que, ya que vamos á entrar en materia, no será ocioso hacer patente aquí nuestra estrañeza, despues de lo dicho, al considerar cuán mezquinos son en su importe les premios que en metálico se fijan para los diversos lances de las carreras, y que si bien por esta misma razon hacen el elogio de las personas que las mantienen, no por eso dejan de ser una rémora para el fomento de la cria caballar en España, objeto principal y de importancia reconocida en un país esencialmente agrícola.

Dejando aparte estas consideraciones, que nos alejarian hoy de nuestro propósito, pasemos á reseñar fielmente lo ocurrido en las carreras á que nos referimos, ya que este y no otro es el objeto de estas líneas.

Tres fueron los corceles que el dia 30 disputaron el primer premio ofrecido por la inspeccion de carabineros, y que consistia en 1.000 rs. vn., que habia de obtener el dueño del caballo que recorriese la distancia de dos mil varas en tres minutos, venciendo de tres dos veces, y con el peso que el reglamento marca: *Vad-Rás* se llamaba el primero, de pura sangre, de cinco años, siete cuartas y seis dedos de alzada, castaño, de la propiedad del Sr. D. Fernando de Salamanca: su ginete vestia chaqueta azul, mangas negras y gorra encarnada. *Mes Sarah* era el segundo, de pura sangre, hijo de *Stall* y *Duiet*, de cuatro años, siete cuartas y seis dedos de alzada, castaño, del Excelentísimo señor marqués de Alcañices; el ginete vestia chaqueta azul, mangas y gorra encarnada. El tercero, en fin, se llamaba *Saffo*, media sangre, hijo de *Stamboul*, de tres años, siete cuartas y cinco dedos de alzada, alazan del Excmo. señor duque de Fernan-Nuñez; montábale un *jokey*, que vestia chaqueta verde, mangas y gorra encarnadas.

En la primera prueba tardó *Vad-Rás* dos minutos y once segundos, y en la segunda dos minutos, quince segundos, ganando el premio; *Mees Sarah* empleó dos minutos, doce segundos, en la primera prueba, y dos minutos, quince y medio segundos en la segunda; *Saffo* se quedó *distanciado*.

Para obtener el premio de la Sociedad, importante 2.000 rs. vn., ofrecido al que diera primero una vuelta al hipódromo, ó sea 1.500 varas en dos minutos, lucharon *Querida*, de pura sangre, hijo de Paraghon y Seda, de tres años, siete cuartas con cinco dedos de alzada, castaño, del Sr. D. Fernando de Salamanca: el ginete vestia chaqueta azul, mangas negras y gorra encarnada. *Sing letona*, de pura sangre, hijo de Caton y Daisi, cuatro años, siete cuartas y seis dedos, castaño, del Sr. D. José Heredia: vestia el ginete blanco y rosa por mitad. *Mister Fommy*, de pura sangre, hijo de Stall y Duiet, de tres años, siete cuartas y seis dedos de alzada, castaño, del Excmo. señor marqués de Alcañices: el ginete vestia chaqueta azul, mangas y gorra encarnadas. *Anibal*, de pura sangre, hijo de Clementin y Blanca, dos años, siete cuartas y seis dedos de alzada, castaño, del Excmo. señor marqués de Perales: el ginete vestia chaqueta azul, con mangas encarnadas y gorra de aquel color. *Preciosilla*, media sangre, hijo de Paraghon y Chispa, de tres años, de siete cuartas y seis dedos de alzada, castaño, del Excmo. señor duque de Fernan-Nuñez: su ginete vestia chaqueta verde, con mangas y gorra encarnada; y *Fantine*, pura sangre, hijo de Stamboul y Génita, de tres años, con siete cuartas y nueve dedos, castaño, del Excmo. señor duque de Frias: vestia su ginete de azul y amarillo por mitad. Comenzó la carrera, y *Mister Fommy* se retiró; y *Singletona* quedó distanciado. *Querida* corrió la vuelta en un minuto y treinta segundos. *Anibal*, en un minuto y treinta y ocho, y *Preciosilla* y *Fantine*, en un minuto y treinta y cinco. Ganó, por consiguiente, *Querida*. El premio de la misma Sociedad, de 6.000 rs. vn., que habia de adjudicarse al caballo que diera dos vueltas de hipódromo en cuatro minutos, venciendo en dos de las tres veces que podia disputarle, lo obtuvo *No*, caballo de pura sangre, hijo de Paraghon y de Catalina, de cinco años de edad, siete cuartas y seis dedos de alzada, y de color castaño, perteneciente al Excmo. señor marqués de Alcañices, y que era montado por un *jokey* que vestia chaqueta azul y mangas y gorra encarnadas. *No* invirtió tres minutos y diez y seis segundos y medio en la primera prueba; en la segunda, tres con treinta y nueve, y en la tercera tres con veintisiete. Tomaron parte en esta lucha dos caballos más: el uno llamado *Si*, perteneciente al Excmo. señor duque de Sexto, y *Floreffe*, del Excmo. señor duque de Fernan-Nuñez. Disputóse despues el premio del ministerio de la Guerra, consistente en 8.000 rs., que se habia de adjudicar al caballo que diese dos vueltas al hipódromo en tres minutos cincuenta y tres segundos á lo menos, y venciendo dos de las tres veces en que podia disputarse el premio. Tomaron parte en la contienda cuatro caballos, llamados *Reina Margarita*, *Chockonosoff*, *Oscar* y *Palomo*. El primero y el último quedaron distanciados en la primera prueba. Lucharon, por consiguiente, tan solo el segundo y tercero, que invirtieron en la primera prueba tres minutos y veinticuatro segundos, sacando un octavo de segundo de ventaja el caballo *Oscar*, que quedó cojo en la segunda, quedando solo para la tercera prueba su contrincante *Chocknosoff*, que la hizo en tres minutos treinta y cinco segundos, obteniendo el premio. Este caballo, de media sangre, hijo de *Quik step* y de *Lavila*, de siete años, con siete cuartas y seis dedos de alzada, y de color castaño, pertenece al Excmo. señor duque de Sexto.

Algunas otras carreras de escasa importancia terminaron el primer dia esta fiesta, que repitióse el viernes 2 del actual con la misma brillante concurrencia. A las cuatro dió el clarin la señal, y comenzó la lucha, disputando el premio de la Sociedad, consistente en 3,000 rs., los caballos siguientes: *Querida*, *Singletona*, *Mees Sarah*, *Mister Fommy*, *Anibal*, *Fantine* y *Preciosilla*. Podia optarse al premio en tres pruebas, que eran cada una de ellas dar una vuelta al hipódromo en dos minutos á lo mas. Lo ganó *Querida*, que á los mismos contrincantes habia vencido el dia de las prímeras carreras. Optaron al segundo premio, del ministerio de Fomento, importante 3,000 rs., *Vad-Ras*, *Floreffe* y *Si*, que ganó por haberle cortado la carrera *Floreffe*. El *premio* de *S. M.* la *Reina*, y que importaba 12,000 rs., habia de ganarse por el caballo que venciera en dos de las tres pruebas en que podia disputarse, y que consistia en dar tres vueltas de hipódromo en cinco minutos y cuarenta y cinco segundos, fué pretendido (permitasenos el verbo) por tres caballos de pura raza, llamados: *Samsa*, perteneciente á don Fernando de Salamanca; *No*, del Excmo. señor marqués de Alcañices, y *Moratalla*, del Excmo. señor duque de Frias. *Moratalla*, hermoso animal, de cuatro años, ocho cuartas de alzada y de pelo alazan alcanzó el premio en esta carrera, que fué la mas interesante, Despues corrieron varios caballos españoles el premio extraordinario de 2,000 rs., y lo ganó *Moro*, de la propiedad de D. Manuel Mendoza, terminando así las carreras del segundo dia, que se repetirán en el próximo otoño, hasta cuya época no hemos de tener, sin duda, ocasion de hallar de nuevo reunidas á las lindas y elegantes damas de nuestra aristocracia que, haciendo de la *Casa de Campo* punto de cita en las dos estaciones mas contrarias del año, en la mas risueña y en la mas triste, sírvense de este pretesto de las *carreras*, para darse la despedida en estas que hemos descrito, y para saludarse en las segundas al regreso de sus escursiones veraniegas, que en breve comenzarán á realizar, huyendo de esta villa, que empieza á calcinarse ya á fuego lento.

E. DE INZA.

REVISTA DE LA SEMANA.

A*** *Paris.*

Siempre he creido que el corazon era un gran adivino, y en ello me ha confirmado tu carta, mi buena y cariñosa amiga. Yo presentia esa carta, como presienten las aves la aproximacion de la aurora, y la deseaba como los campos estériles desean el rocío que los fecunda. Mis esperanzas y mi anhelo están satisfechos por esta vez. Ya era tiempo. Creo que, de algunos años acá, este es el primer favor que debo á mi suerte... es decir, no el primero, porque ya le debia antes el de tu amistad.

Tienes razon en suponerte mas feliz que yo, viviendo en medio de los placeres y la agitacion de esa inmensa Babel, imágen viva de tu espíritu inquieto y tu corazon siempre espansivo. Yo recuerdo tambien con delicia las horas que he pasado en su seno, buscando tu sombra en las orillas del lago de Enghien, y dando á los vientos tu nombre entre el ramaje de los bosques de Versalles, mientras cruzabas tú las verdes montañas de la Suiza y las azules ondas del Adriático. Pero no por eso olvidaba nuestros apacibles dias de Madrid, y nuestras alegres noches de Valencia y Andalucía.

Tú no los olvidaste tampoco, y en prueba de ello, exiges de mí te refiera cuanto aquí sucede; á qué altura nos encontramos de progreso y de distraccionesa en qué se ocupan nuestros literatos, y qué porvenir han alcanzado aquellos de nuestros amigos que el soplo de la adversidad ó la fortuna alejó de tu lado, y que no de tu memoria.

Acepto con gusto esa obligacion que me impones, y aunque no deja de ser triste la idea de conversar contigo durante media hora, hallándonos tan lejos el uno del otro, yo me felicito por haber encontrado en tí un *camarada* bastante franco y discreto para darte cuenta de mis impresiones de todos los dias, y mis juicios de todos las cosas, seguro de que sobre apreciarlos en lo que valen, con tanto mas motivo, cuanto que no le son desconocidos del todo, por mas que, al indicármelos alguna vez de palabra, quizá no le parecieran tan oscuros como hoy que los escribo. ¡Negro y doloroso privilegio de la tinta!

¿Con que deseas saber lo que aquí sucede? Fuera del mundo político, en que Dios me libre de meterte, pues perderias, á mas de la inocencia, el estómago, sucede exactamente lo mismo que sucedia en tu tiempo; lo que en tiempo de Jovellanos, del conde-duque de Olivares y de los moros, primeros pobladores de Madrid, á los que estoy muy lejos de alabar el gusto. Muchos misterios y trapisondas dentro de casa; mucha hipocresía y murmuracion por fuera; muchísima gana de divertirse en las mujeres, y muy poca de trabajar en los hombres. Por lo demás no cabe duda que se progresa; tenemos dos veces á la semana corridas de toros, las hemos tenido estos dias de caballos, y no seria extraño que las tuviéramos de personas. Si esto no es correr por el camino de la civilizacion, vale bien la pena de pararse á pensar qué será.

Se ha dado en decir, yo no sé por qué causa, que en Madrid no hay dinero; pero yo te aseguro que si hubiera proporcion entre lo que se tiene y lo que se gasta, Tiro, Cartago y Cádiz, en sus buenos tiempos, tendrian que humillarse ante la pompa y esplendor de este pueblo, que hasta 1808 no pasaba de ser el mas importante de la Mancha. Para convencerte de esta verdad, me seria preciso llevarte conmigo á los paseos, á los teatros, á las tiendas, seguro de que te admirarias. De algunos años á esta parte el número de coches particulares crece fabulosamente, hasta el pun-

to de que ir á pié, va siendo casi una distincion.

Hoy el coche en Madrid se tiene para todo, hasta para huir con más facilidad de los acreedores.

¿En qué se ocupan, me preguntas, nuestros literatos? Los hay que cantan las grandezas de la monarquía desde el lecho de un hospital, como Robello; que censuran la pereza de los demás en folletos de cuatro hojas escritos en cuatro meses, como Vila y Goyri; que languidecen y enferman á fuerza de trabajar para e porvenir de sus hijos, como Perez Escrich; que se vuelven locos de miseria ó desesperacion como Vazquez Taboada; ó que más afortunados, y acaso más prudentes, despues de calentarse algunas tardes del invierno con los pedazos de la lira, y vender sus coronas de flores por un trapo viejo, ocupan un lugar en esa inmensa escala de los cargos públicos, que empieza en el memorialista y concluye en el legislador.

No creas, sin embargo, que todo son tintas sombrías en este cuadro; hay muchos que viven de la literatura, y se elevan y engrandecen en el periodismo; pero nunca libres de una persecucion injusta, de una crítica severa ó de un azar funesto. No necesito citarte testigos, contentándome con decirte que nuestro compañero Balart, del cual me pides noticias con tanto interés, sigue mucho mejor, y esperando restablecerse completamente en los baños de Alhama, donde se encuentra.

Respecto de nuestros antiguos amigos, ¿qué quieres que te diga? De algunos de ellos te ha hablado ya la fama muchas veces; de otros te hablará con el tiempo; de los demás, honrados padres de familia, opulentos, ó en la dulce oscuridad de la medianía, no es necesario ni ellos codician que te hable. Más de uno ha visto marchitarse en flor sus esperanzas; más de uno esconde en el sepulcro el secreto de su genio... ¿te acuerdas de H.? Nadie llegó á saber que era poeta, y eso que todavía guardo yo entre varios de sus manuscritos aquella oda *A un torrente*, en que decia:

«Cuando circula en hondos remolinos
Tu caudal, que entre rocas se desata,
Y tus copos de espuma alabastrinos,
El céfiro arrebata:
Cuando rotos los hilos argentinos,
En lluvia de diamantes se dilata;
Rauda hacia tí navega
Mi ardiente fantasía,
A plácido sopor libre se entrega,
Y arrojada en el piélago profundo
De tu inmensa armonía,
quiere á tu caos arrancar un mundo.»

Pues bien; el pobre H., que despues de muchos meses de prueba habia logrado una humilde colocacion en una empresa particular, murió trágicamente cuando parecia que la felicidad empezaba á sonreirle. He visto su tumba en el cementerio de un lugar cercano; no tiene más señal que una cruz negra con sus iniciales á un lado, y al otro un nombre escrito con yeso por la mano de una mujer.

Perdóname, mi buena amiga, si llevado de un eterno afan de desenterrar memorias, he podido entristecerte por un instante; la verdad es que H. debe estar contento con su suerte, como yo lo estaria en su lugar, sobre todo si fuera tu mano la que viniera á escribir mi nombre. Ya comprenderás que esta galantería no tiene más objeto que hacerte reir.

Lo haria de mejor gana refiriéndote cualquier suceso ó aventura de los que suelen ocurrir por aqui; pero llevamos una semana de lo más prosáico que puede darse. Muchos matrimonios; alguna que otra reunion de confianza; un libro titulado *Vida de Jovellanos*, escrito por D. Cándido Nocedal con más sano lenguaje que intencion, y cuatro ó seis chismecillos de bastidores, eso es todo lo que ha llegado á mis oidos, y que estos darian de buen grado por el placer de verte y escucharte. Solo un acontecimiento de la semana promete resultados para el porvenir: la inauguracion de la Sociedad Antropológica, verificada el lunes en el Paraninfo de la Universidad; sociedad que se ha formado hace poco, y cuenta ya en su seno con los hombres más ilustrados del pais. Veremos si desempeña fielmente su mision, y levanta un poco el punto de vista de la ciencia, bastante bajo todavía entre nosotros.

Y ahora, antes de concluir, permite que, valiéndome de tus mismas armas, te pida algunos detalles sobre tres ó cuatro cosas que deseo saber.

—¿Qué novela es esa que ha publicado en Paris Leonie Leblanc? ¿Qué manía la de ese público que arrebata de las manos de los editores el libro de la famosa *Cocotte*? Te confieso que no me disgustaba viéndola guiando sus caballos tordos en el bosque de Bologne; pero dudo que esté á tanta altura como literata. Si no es así, y si tú crees que su libro debe lerse, envíamelo, aunque sea con las hojas cortadas, lo cual me probará que pueden hojearlo las mujeres discretas. Dime tambien tu opinion sobre *La Africana*, pues hasta ahora ni los panegiristas ni los críticos han logrado convencerme de nada.

Y sobre todo, si quieres proporcionarme una gran satisfaccion, dame la noticia de que nos veremos pronto, como hacen esperar las deliciosas frases que constituyen el final de tu deliciosísima carta. Soy siempre, etc.

M. DEL PALACIO.

PRETÉRITO Y FUTURO.

Como gota de rocío
Que vierte llorando el alba
Y se reclina en las hojas
De la fresca pasionaria,
A las pupilas de Angélica
Temblando asoma una lágrima,
Cual una ilusion perdida
Que evoca en sueños el alma.
Ciérnese inquieta y brillante
Sobre la negra pestaña
Y en deslizarse vacila
Por la mejilla rosada.
La duda que la estremece
Viene á deshacer el áura
Y á su aliento cariñoso
Suéltase y rueda la lágrima.
Recorre el campo de nieve
Que en su torno se dilata
Y llega á los frescos lábios
Que amor y ternura manan.
A punto ya de perderse
Entre la boca de grana
Mas pura que los colores
De una risueña alborada,
Halló á su paso un suspiro
Lleno de suave fragancia
Que el vuelo tendia alegre
Como una dicha soñada.
La triste perla del llanto
Cesó un instante en su marcha
Y al observar su modestia
Dijo el suspiro á la lágrima:
—¿Por qué el inquieto cristal
Recoges sobresaltada
Al blando y gozoso impulso
de mis impalpables alas?
Corre enbuenahora tranquilo
Puro rocío del alma
Que al sol de nueva ventura
Tal vez te seques mañana.
—Ay! clamó la triste perla;
¿Quién mitigará mis ánsias?
Nací de un sol que nublaron
Las sombras de la desgracia.
Oyendo tal el suspiro
Preguntó: —¿cómo te llamas?
—*Recuerdo*, dijo la perla
Desfallecida y amarga.
—Recorre, pues, sin temor
Esas mejillas nevadas,
Que Dios tu pureza mira
Y ya tu amargura acaba.
—Quién eres tú que así endulzas
El dolor que me acobarda?
Y contestóle el suspiro:
—Yo me llamo *La Esperanza.*
El céfiro que la oia
Oculto entre la enramada
Tendió su vuelo, y al punto
Huyeron suspiro y lágrima;
Y diz que esclamó así el céfiro:
—¡Bien haya el cielo, bien haya
Que en pós del *recuerdo* triste
Hizo brotar *La Esperanza!*

VALENTINO.

LAS CREENCIAS

—¡Metafísico estás!—Es que no como.

Dispensen mis lectores el tropezon, y tomen hoy, en vez de un artículo, unas ligeras reflexiones que me han asaltado en unos momentos en que no tenia otras cosas mejores de qué ocuparme...

Y sucedió que me dí á pensar en que los errores son la causa principal de todos los males que pesan sobre la humanidad; y como yo *creo* que esos errores no han de poder desterrarse nunca, *creo* tambien que los males seguirán pesando hasta que resuene en el mundo el último trueno.

Pero como entre dichos males ha de haber tambien algunos bienes, aunque sean pocos, y en efecto los hay, acontece que los males y los bienes van pasando como pasan los pocos que aciertan entre los muchos que yerran y el mundo continúa y continuará como una jaula de grillos, sin caerse mientras que las cañas puedan sujetarse unas á otras; y los hombres seguirán aturdiéndose tambien los unos á los otros con sus majaderías, con sus desaciertos, con sus declamaciones, con sus risas y con sus lamentos.

Y mientras tanto seguiremos teniendo siempre Saturnos que se coman á sus hijos, Titanes que quieran escalar el cielo, Apolos que se hagan pastores, Danaes que no resistan á las lluvias de oro, Cupidos que sean ciegos, Vénus que esploten la deshonestidad y la desvergüenza, y Vulcanos que sean tontos y cojos

Y la infamia y la mala fé, la ignorancia y la ambicion, el orgullo y la audacia, y la desdicha y la fortuna continuarán repartiéndose al azar como reparte los *cachetes* el que tiene los ojos vendados cuando se juega á la gallinita ciega.

Y habrá además, como ha habido siempre, mariposas brillantes de lucidos y vistosos colores, que aumentarán las galas de la primavera, que juguetearán entre las más hermosas flores, que robarán al sol sus más bellos cambiantes de luz, y que al lucir su brillo y sus primores harán porque olvidemos que antes eran unos gusanos asquerosos, unas viles y torpes orugas que se arrastraban por la tierra hasta apegarse al vegetal.

Y al arrullo de la leve brisa que agitarán las alas de esas mariposas, seguirán creciendo todos los dias cándidos *palomos*, que servirán de pasto á fieros gavilanes...

Y mientras tanto se multiplicarán esas *benéficas* sociedades que empiezan con el pretesto de cimentar el crédito, ofreciendo una ganancia de mil por uno, y concluyen comiéndose ese crédito y el uno y el mil, y dejando á los cándidos peces que pican en el anzuelo, como dicen que están las grullas; en un pié.

Pero eso no importa; pasarán las que vengan como han pasado esas, y si alguno se queja ninguno le hará caso, porque, como dicen en Castilla, nunca deja de cocer el puchero por falta de un garbanzo...

Todo esto y mucho más *creo* yo que seguirá aconteciendo como ha acontecido hasta hoy, y esta creencia es la que me bulle en el pensamiento desde el rato en que me ha dado la manía por discurrir. Solo que se me ocurre una duda. Esto que digo y lo demás que me callo, ¿lo creo verdaderamente? ¡Es tan difícil fijar las creencias!

¡Creer! En todos los idiomas conocidos, esta palabra es la menos susceptible de distintas representaciones, es de las más espresivas, de las mas enérgicas, y la que espresa una idea más vigorosa; y sin embargo, nosotros hemos llegado á abusar de ella hasta el punto de emplearla con una impropiedad y una inexactitud admirables. *Yo creo*, lo decimos ya para hablar de una cosa de que aun no estamos ciertos, y que por lo menos nos es completamente indiferente, sin cuidarnos de que profanamos la espresion de una idea que debiamos respetar. Confundimos la creencia con la presuncion ó el parecer sin tener en cuenta que la creencia es el eco más puro del alma, es la espresion de la conviccion más íntima. Nos sucede en este caso con las creencias lo que con las esperanzas, que comunmente las confundimos con las ilusiones ó con los deseos. Así es que con la misma facilidad é inexactitud se dice: *creo* que el mundo se tambalea como un jorobado ébrio, cuando solo se tiene sospechas de esto; como se dice *espero* ser diputado ó general, cuando no se posee cualidad alguna que justifique ó funde esa esperanza, y cuando solo se tiene un *deseo*, hijo de la ambicion ó del orgullo.

Por esta razon confieso francamente que no sé si cuanto he dicho, refiriéndome á creencias, lo son en efecto ó no pasan de presunciones. Por mucho que he discurrido sobre ello no he llegado á averiguarlo, y por lo tanto y para ahorrarme de discurrir más, como creencias las tomo, sin perjuicio de corregirme y enmendarme si otro dia que tenga tan poco *serio* de que

GÉNOVA.

Génova, situada en Suiza, á la extremidad del lago *Leman*, es una de las ciudades mas importantes de Europa, y ha sido por espacio de mucho tiempo el refugio de los sábios y de los filósofos emigrados ó desterrados de sus respectivos paises. Sin embargo, esta alta y lisonjera posicion intelectual, no ha influido para que pueda dejar de ser una de las ciudades mas industriosas de Europa.

Génova posee, en efecto, tantas sociedades, academias, museos y bibliotecas, como fábricas de joyería, relojería, instrumentos de matemáticas y de cirujía, cuyo mérito es reconocido por todo el mundo.

La situacion que ocupa Génova es de las mas bellas, como pueden convencerse nuestros lectores, contemplando el presente grabado.

Asentada en la extremidad del lago *Leman*, ofrece á las miradas del viajero, tanto por la extension de sus muelles, cuanto por sus magníficos monumentos, uno de los espectáculos mas admirables que pueden contemplarse.

El que domina más particularmente las casas que dan sobre el muelle, es la catedral de San Pedro, famosa por su rara arquitectura.

La casa de la ciudad, el colegio, el observatorio, el hospital y cuatro puentes que ponen á la ciudad en contacto con el lago, acaban de embellecer el gra-

GÉN

LOS BAÑOS DE LOUECHE, EN SUIZA.

Loueche es un publecito de unos ciento cincuenta habitantes, situado en el fondo de un valle solitarto en el *Valain* de la Suiza; pero si el pueblo nada ofrece de particular por su escasa importancia la reputacion, de sus aguas es europea, y todos los años un número considerable de enfermos, de todos los paises del mundo, vienen allí en busca de la salud y en lo que es posible de distraccion y de recreo.

Y en efecto, si el pueblo de Loueche con su única y ancha calle formada de casitas pintorescas y de su establecimiento de baños no ofrece nada de particular ni de notable, no sucede así con sus alrededores que son preciosos. El valle donde se cobija Loueche, se halla cercado y dominado por el *Gemmi*, el *Daubenharu*, el *Laemmerharu* y otros picos de rocas y montañas de un aspecto imponente y que son los que forman el fondo del grabado que ofrecemos á nuestros suscritores, con el objeto de que puedan formar una idea exacta de aquellos sitios. Estas montañas ofrecen deliciosos paseos á los bañistas y puntos de vista tan interesantes como pintorescos. La garganta del Gemmí, sobre todo, ofrece una vista admirable, dominando el valle y desde la alta cima de los Alpes y del Piamonte.

Existe en estos sitios una bellísima cascada que corre entre dos rocas y que se llama la *Calva de la Dula*, la cual desciende por ocho escalones que la naturaleza ha colocado perpendicular y simétricamente, sobre un precipicio, por el que es preciso subir para llegar al valle de Albines. Los baños de Loueche se toman en pilas profundas próximamente de un metro y pueden bañarse á la vez en cada una de ellas cuarenta ó cincuenta personas, las cuales lo hacen vestidas de unas largas túnicas de lana de colores varios segun el capricho de aquellas. Dentro del baño se bromea, se canta ó se lee y cada bañista tiene á su disposicion una mesa pequeña flotante donde puede colocar su libro, la esponja y demás objetos que puedan serle necesarios.

Nuestro grabado representa la gran calle de Loueche. Algunos pinos interrumpen de vez en cuando la monotona vista del pueblo. El establecimiento termal se encuentra á la derecha y en el fondo aparecen las montañas de que ya hicimos mencion. Aunque estas montañas se hallan á bastante distancia de Loueche no por eso han dejado, más de una vez, de precipitar sus avalanchas sobre los edificios causando casi siempre siniestros de consideracion. Hoy dia, un poderoso dique colocado detrás de la poblacion y á cierta distancia conveniente, garantiza á esta contra la reproduccion de semejantes desastres y los bañistas pueden dormir tranquilamente sin temor de despertar en una tumba de nieve y de hielo.

El establecimiento termal se halla prepara-



LOS BAÑOS DI

cioso aspecto del conjunto.

El cuadro, plantado de álamos que se halla en medio del lago, y hácia el cual avanza un vapor de paseo, es la isla de J. Jacobo Rousseau. El monumento que se destaca en el centro es la estátua de aquel ilustre filósofo, que era genovés.

Génova abrazó la reforma en 1533, y en ella fijó su residencia el célebre Calvino, por lo cual se la llamó por mucho tiempo la *Roma calvinista*. Tomada por los franceses en 1798, fué despues agregada á la Suiza en 1815.

Además de J. J. Rousseau, Génova ha producido muchos hombres ilustres, entre los cuales citaremos á Casaubón, Saussure, Lefort, Bonnet, Lecrec, Lesage, Pictet, Caudolle, Sismondi y Necker, y sobre todos recordamos á Cristóbal Colon, al atrevido é inteligente marino que supo sondar los misterios, del Océano, y llevar la civilizacion á un nuevo continente, que no solo no habia sido ni aun adivinado por otro antes que él, sino que arrostró con su audaz talento la burla y el desprecio de los que entonces pasaban por sábios. La gloria del atrevido descubrimiento de Cristóbal Colon es indudablemente española, porque España fué la nacion que le proporcionó los medios de adquirirla; pero no por eso debemos escusar un recuerdo de gratitud al país donde por primera vez abrió los ojos ese atrevido navegante, cuyo recuerdo enorgullece á España.—B.

OVA.

do con todas las condiciones de comodidad y recreo que puedan apetecerse. Aparte de las habitaciones que se hallan preparadas con mucho gusto y hasta con espléndido lujo, tiene magníficos salones de baile y de lectura, donde se encuentran periódicos de todos los paises del mundo; preciosos jardines sembrados de olorosas flores que embalsaman el ambiente que allí se respira, y donde en dias marcados se dan conciertos al aire libre, ejecutados por inteligentes y hábiles profesores.

Para recreo tambien de los bañistas hay dos salones con mesas de billar y un café restaurant inmejorable, servido por uno de los más reputados profesores en el arte culinario, lo cual es de un gran interés para los gastrónomos, cuyo apetito se ve diariamente excitado por la bondad de aquellas salutíferas aguas.

Muy cerca del establecimiento termal, se ha construido últimamente un lindísimo, aunque pequeño teatro, de cabida de 500 localidades, vestido lujosamente, y de forma muy parecida á la del Chatelet de Paris. En dicho teatro se han estrenado, en los últimos años, lindas piezas cómicas, algunas de ellas debidas á distinguidos literatos franceses, que acudian á Loueche en busca de sus benéficas aguas; y en su ejecucion han tomado parte varios de los principales artistas de los teatros parisienses.

El carácter de los habitantes de *Loueche* es escesivamente amable y complaciente, y se esmeran en el servicio de los forasteros de una manera tan graciosa, que seduce y cautiva, lo cual nada tiene de estraño si se considera que á estos, y únicamente á estos, deben el mantenimiento de sus casas y de sus familias en el resto del año, porque terminada la temporada de baños, apenas cuentan con otros elementos de subsistencia que la ganancia, legítimamente adquirida, del arrendamiento de sus habitaciones y del servicio prestado á sus inquilinos ó huéspedes.

Los alimentos son muy sanos, las frutas esquisitas, y sobre todo la leche es deliciosa.

En varias temporadas se presentan tambien algunas compañías de verso y de ópera, que contribuyen á amenizar los ratos de ocio de los viajeros.

Casi todas las semanas se reunen las familias de los bañistas para hacer escursiones á los alrededores, eligiendo los sitios más pintorescos para sus giras y comidas, siendo generalmente el preferido el que indicamos al principio de este artículo, y que se conoce con el título de *Calva de la Dula*. Aconsejamos, pues, á aquellos de nuestros lectores, que con sobra de tiempo y de dinero fluctúen en la eleccion de un sitio delicioso donde pasar los calores del estío, den la preferencia á *Loueches*, en Suiza, seguros de que habrán de agradecernos el consejo.

J. BELZA.



OUECHE, EN SUIZA.

ocuparme como hoy, me da tambien la manía de echarme á divagar por los terrenos filosóficos. No lo permita Dios, aunque solo sea porque no les apure á Vds. la paciencia con asuntos que á Vds. no importan ni á mi tampoco.

M. HIRALDEZ.

ÁYER Y HOY.

Hubo un tiempo en esta vida
En que, sin leyes ni fueros,
Iba la virtud vestida
Y las personas en cueros.

Hoy es todo diferente:
Temiendo por la salud,
Anda vestida la gente
Y desnuda la virtud.

EDUARDO DE LUSTONÓ.

ALFONSO EL BATALLADOR.

Dueño Alfonso I de Zaragoza, no tarda en verse acometido de nueva sed de glorias: reune al fin su ejército y sale de su capital, la cual le mira avanzar derribando fortalezas y tomando aldeas hasta la antigua Julia-Celsa (Velilla), derruir el castillo de Maria que, en las orillas del Huerba, se habia convertido en un nido de buitres africanos; asaltar á Cariñena, restaurar á Alagon, Épila y Riela, apoderándose de Borja; subir luego por la cuenca del Jalon asolando á Miedes, Chodes y Morata, hasta hallarse ante los muros de la antigua Bilbilés (Calatayud), sobre los que logra plantar el pendon de San Jorge, subyugar á Aróza y Medinaceli y volar luego á vencer á Aben Gama, rey de Daroca, de cuya poblacion se apodera. Zaragoza le vé tambien siempre victorioso avanzar por los campos leridanos, atravesar como un alúd talando las campiñas de Valencia y Murcia; llevar la muerte y la destruccion hasta los campos de Córdoba y Granada, mientras el moro, amedrentado, le contempla desde sus torres y murallas cruzar por sus cercanías dejando un surco de fuego; mírale, por ultimo, embarcarse con poderoso ejército sobre las aguas del Ebro y volar á someter las riberas del Cinca... y luego... ¡ya nunca mas le vió!

Era el 7 de setiembre de 1134.

El sol mandaba sus últimos rayos sobre los pardos murallones de la morisca Fraga; á no muy larga distancia de la ciudad y por un desfiladero que iba á desembocar en la llanura, caminaba lentamente un pequeño pero lucido escuadron de caballeros cristianos; era Alfonso I de Aragon, el valeroso monarca cuya lanza, siempre vencedora, le habia reconquistado el glorioso renombre de *El Batallador*.

Recorriendo los alrededores del campamento, se habia internado demasiado en la montaña, y seguido de una corta comitiva donde se hallaba la flor de la nobleza aragonesa y catalana, marchaba el real soldado embebido en hermosos pensamientos de gloria; su blanco alazan trotaba orgulloso abandonadas las riendas sobre su cuello; el escogido peloton de guerreros caminaba en silencio tras del monarca, y en esta forma atravesaban desfiladeros y valles y montañas. De repente, y al volver un recodo del camino, desde donde se dominaba la llanura, el caballo del rey, que adelantaba á todos, quedó parado, retembló, erizó sus crines y lanzó un relincho prolongado; la hueste de caballeros se detuvo tambien y un grito de sorpresa salió de todos los labios. El rey, volviendo de su abstraccion miró á los nobles; el bravo aragonés D. Gomez de Luna, alzado sobre los estribos, le señaló con respeto hácia el valle que acababan de descubrir, mientras los demás fijaban la vista en el mismo punto. El silencio era sepulcral; el rey tendió la vista en el llano; una nube de polvo se adelantaba hácia los cristianos; el sol, atravesándola, reflejaba sobre las armaduras; era un ejército de moros, que al divisar al rey con tan corto número de soldados, se lanzaba en su busca.

Los aragoneses, clavados como estátuas, veian avanzar aquel mar de turbantes que pronto amenazaba envolverlos. El peligro era inminente; ya se escuchaban los clarines árabes, el relinchar de los caballos y la griteria de los soldados. El noble conde de Narvona se dirigió entonces al rey, que con ojos centellantes y rostro sereno contemplaba al enemigo que se acercaba por momentos.

—Señor,—le dijo—¿qué hacemos?

—Como siempre,—contestó el monarca—¡vencer! Los guerreros cristianos entonces requirieron sus lanzas y se aseguraron en las sillas.

Acababan de oir la voluntad de su rey.

Sin embargo, Lopez de Casal se acercó á Alfonso y le dijo:

—Señor, las huestes que avanzan son formidables; nuestra derrota es inevitable; tended al escape vuestro caballo y huid; nosotros moriremos disputando el paso al enemigo.

—¡Si! ¡si!—esclamaron todos aquellos héroes rodeando al mas valiente de los reyes.

Dos lagrimas de ternura surcaron las mejillas de Alfonso.

—Caballeros,—contestó;—los laureles de veintinueve batallas ornan mi frente; no quiero verlos secos en un instante. Acordémonos que somos cristianos, y acometamos al infiel como acostumbramos. Juntos nos ha encontrado la victoria siempre, juntos nos encuentre la muerte, si Dios en sus altos juicios así lo quiere.

Y desenvainó su formidable espada.

—Señor,—replicó el anciano D. Guillen Ramon, senescal de Cataluña;—en el último caso, ¡qué hemos de hacer!

—¡Morir!—esclamó con brio el soberano, y se lanzó hácia los enemigos blandiendo el acero y seguido de los suyos.

—¡San Jorge y Aragon!—gritó Alfonso con voz atronadora, y se metió entre las filas de los árabes, que atónitos se vieron acometidos por aquel puñado de valientes.

Una nube de polvo se estendió sobre el campo del combate: los guerreros cristianos, al verse en medio de los árabes, hicieron un círculo en derredor de Alfonso. Los infieles, repuestos de su primer asombro y con horrible algazara, acometen aquella muralla de hierro; como fieras defienden los aragoneses la persona de su rey; ruedan ginetes y caballos árabes por el suelo, pero siempre una nueva fila de combatientes avanza contra aquellos héroes, estrechando el círculo que forman; vana es toda resistencia; solo cadáveres rodean ya al monarca cristiano; rota la armadura, descubierta la cabeza, ensangrentado, pero fiero, veíase á Alfonso describiendo círculos de muerte con su poderoso mandoble; la sangre y el sudor inundan su frente, pero no ceja; los enemigos le rodean, le acosan, le hieren; la noche pone fin á este terrible combate, y con ella todo queda en silencio; cuando apareció la luna alumbró una llanura cubierta de muertos; Alfonso acababa de ser víctima de su arrojo. Dios le concedió cuanto podia desear un guerrero de aquella época; morir en un campo de batalla defendiendo su pátria y la fé de sus mayores.

El cadáver del rey fué estraido del lugar del combate, y enterrado en Montearagon. Sin embargo, el pueblo siempre propenso á lo maravilloso, lo creyó salvo, y mientras unos le creian peleando en los arenales de Palestina, otros contaban su retiro en San Juan de la Peña, donde moria al fin de melancolía y dolor.

La poesía y la tradicion se hermanaron, y los sencillos vasallos, reunidos en derredor del hogar durante las largas veladas del invierno, se referian entre sí con respeto mil sentidas y misteriosas consejas, donde campeaba en primer término la colosal figura del gran Alfonso.

J. T. BENEDICTO.

TEATROS.

Habiéndose cerrado, al terminar el año cómico, los coliseos de declamacion y lírico-dramático de esta capital, han perdido parte de su oportunidad las interesantes revistas teatrales, que desde la fundacion del *Periódico ilustrado* venimos insertando, debidas á la pluma de nuestro querido amigo D. Eduardo de Inza. Por esta sola razon suspendemos desde el presente número la publicacion de dichas revistas hasta el próximo otoño en que volverán á abrir sus puertas los teatros; pero no queriendo privar á nuestros lectores de la colaboracion del Sr. Inza, este apreciable escritor continuará tomando parte en la redaccion de nuestro periódico, hasta que, llegada la nueva temporada teatral, vuelva á reanudar sus acostumbradas tareas. Esto no impide que escribamos algunas revistas musicales, cuando así lo creamos oportuno.

Por hoy nos limitaremos á consignar que en el teatro de los Campos Elíseos han continuado en la pasada semana las representaciones del *Guillermo*, proporcionando muy buenas entradas á la empresa y gran cosecha de aplausos y de merecidas ovaciones al Sr. Tamberlik y á la Sra. Nantier, que desde la segunda noche se ofreció á cantar la parte de Matilde, que desempeñó anteriormente la Sra. Laborde, ausente hoy de Madrid. El entusiasmo con que son aplaudidos diariamente estos dos eminentes artistas, es la mas severa leccion que pueden recibir los que, *por sus razones particulares*, han tratado de amenguar, en periódicos *desautorizados* y *sin importancia*, el indisputable mérito de aquellos. El sábado se pondrá en escena el *Fausto* y se ensaya *Julieta y Romeo* para ejecutarse á la mayor brevedad.

Carolina Civili continúa en Variedades llamando la atencion del numeroso y escogido público que asiste todos los dias, y á pesar del insufrible calor que nos sofoca, á admirar su talento y tributarla el justo homenaje que aquel se merece. *La casa de campo* se presta perfectamente á las inspiraciones de su genio, y ansiamos verla en otras obras de nuestro repertorio, ya sean cómicas, ya dramáticas, seguros de que cada paso que dé en este difícil camino, será un nuevo triunfo, una ovacion tan entusiasta como legítima. Por el pronto sabemos que ya está ensallando *Un bofeton y soy dichosa* y *Amor de Madre*.

Del circo del Príncipe Alfonso, poco ó nada podremos decir que ya no conozca el público. Leotard marchó á Paris, sin dar el número de funciones que habia ofrecido. Indudablemente era demasiado caro y las entradas no correspondian á los sacrificios; así que nada tiene de extraño el alejamiento del público, si se considera que no hay variedad alguna en sus espectáculos. Los aritos, las bandas, las guirnalditas de flores y... vuelta á empezar; de esto no salimos; y francamente, se necesita mucha paciencia para tolerar un dia y otro una misma cosa. El cansancio y el hastío son una consecuencia legítima. Y ya que del circo nos ocupamos, vamos á consignar un hecho, cuya exactitud nos aseguran, y que á ser cierto, no habla muy alto en favor de la direccion de aquel *establecimiento*.

La letra con sangre entra, decian nuestros antiguos *dómines*, y segun parece, es el método elegido para con los débiles, en el Circo del Príncipe Alfonso, por los maestros ó tiranuelos que allí regentean, y decimos esto, á propósito de cierto *vapuleo*, administrado, hasta con ensañamiento, al pobre niño Lopez, hermano de la maravilla africana, por no sabemos qué ligera falta cometida en el ensayo; y lo peor es que, segun parece, estas escenas se repiten con demasiada frecuencia. La terrible lógica del látigo será muy conveniente entre los infelices negros en su país, será muy del gusto tambien de los que la emplean aquí; pero no la creemos la mas humanitaria, ni la mas ajustada á la civilizacion del siglo XIX, Odiemos, pues, el delito y compadezcamos al delincuente.

J. BELZA.

NEMRAK.

CUENTO ORIENTAL.

Alabanzas á Dios. Voy á contar la historia de Nmerak, hija de Alí, hijo de Hassam, y fruto feliz de los amores de Wahki, la sultana de azules ojos.

¿Sabeis que sucedió á Nemrak? Las palmas se inclinan en su alabanza.

Nemrak era hermosa, más que siete hermosuras, todas perfectas; porque su talle era flexible como una rama del bao sobre un collado, y su rostro, lleno de ternura, como una luna llena en un cielo apacible.

Buenas hadas le anunciaron á su padre y fué feliz desde entonces en su reino, pues es cosa sabida que Alí fué uno de los reyes de Sabaá.

Desde su infancia, lenguas de bendicion la ponderaron por todo el mundo, y cobró fama admirable de un polo al otro polo; y muchos sintieron latir su corazon al eco de su alabanza; y grandes príncipes y señores, los príncipes y señores de todo el mundo, enviaron suntuosas embajadas al rey su padre, cuales para pedir su mano, luego que la primavera hubiera hecho nacer doce veces las flores bajo su planta, cuales, menos egoistas, para sus hijos y herederos, porque ella sola diera esplendor á sus Estados.

Mas Alí, que veia en Nemrak su tesoro más querido, guardábale con afan y con avaricia, porque locamente creia que ella, siempre fiel á su paternal cariño, jamás sentiría en su corazon adolescente muda ansiedad que le devoraba, haciéndole desear nuevas y desconocidas caricias.

De esta manera pasaban rápidos los años, y en cada uno de ellos, conforme la princesa en edad avanzaba y crecia en encantos envidiables, las embajadas se multiplicaban, se multiplicaban las peticiones, y guerras sangrientas tuvo que mantener el monarca con los monarcas desairados.

Pero ¿qué le importaba á Alí la sangre derramada? Sus legiones valerosas todo lo avasallaban, y Nemrak coronaba sus glorias con sus dulzuras.

Un dia, rosas pálidas aparecieron en sus mejillas, y languidez en sus ojos, y vaguedad en su alma, que al rostro se reflejaba. Alí tuvo inquietudes y consultó las estrellas.

Era la noche tranquila, y las estrellas del cielo, todas sin escepcion, reverberaban con mas brillo, con chispas del sol del Mediodía.

Isaac consultó la estrella de Nemrak: ninguna le aventajaba en esplendores.

—¿Qué observas en el astro de mi hija? Alí le preguntó.

—¡Ama! le respondió Isaac, y Alí palideció.

—¿Qué mas dice su estrella? Alí le repitió.

—Que su amor hará sus dichas y las tuyas en los tiempos, cuando tu frente se arrugue al peso de los años, y blancos se tornen tus cabellos.

Calló el Califa y despidió al astrólogo. Despues, por medio de sus heraldos, publicó por todo el mundo su designio, y convocó al concurso los amantes que del Sur al Septentrion amaban la doncella. Mas ella impuso la ley.

Tráiganme sus tributos cada uno, y aquel que mejor me exprese su cariño, aquel será el dueño de mi vida. Feliz le haré en el lecho y en la casa, y arrogante estará conmigo en los festines.

Llegó el dia señalado. ¿Quién lo cuenta? Inmensa fué la concurrencia, y nunca visto el lujo y el aparato.

Ya veis! Como que estaban allí las córtes de todo el mundo con alarde de magnificencia!

Vino la hora. ¡Qué ansiedad en los pechos!

La ceremonia empezó.

Nemrak estaba como nunca, deslumbradora, y ¡admirarse! todas sus galas eran sus encantos naturales. Pero ¿qué más pompa que el brillo de sus ojos?

Pasaron mil y mil donceles con ricos, alegóricos tributos, y todos eran desairados. ¡Cuánto se aguzó el ingenio!

Pasaron mil y mil más, é igual suerte les cupo· ¡Cuánto pesar en los pechos! ¡Cuánta ansiedad en las almas!

Luego pasaron los que quedaban; y uno y otro y otro tuvimos igual suerte. Ya no quedaba más que uno, solo uno, y no era hijo de príncipes y señores, y no tenia ofrenda preparada.

Cuando se le preguntó sobre la causa de sus anhelos, callado permaneció, y de los ojos, fijos en el pavimento, las lágrimas se le saltaban.

—Qué dices tú? le dijo la princesa Nemrak, la deseada.

—Que te amo! gritó desfalleciendo.

Era su amor desde la infancia, y aunque vez alguna lo habia demostrado, latente permanecia en su corazon, ansioso de estallar.

—Este será mi esposo! dijo la sultana, y la corte aplaudió.

Los demás pretendientes se retiraron avergonzados, y ya no se habló más de Nemrak en todo el mundo. Su nombre era símbolo de dolor.

Sin embargo, ella hizo la felicidad de Omar, con quien se desposó, y las delicias de Aly, con las caricias de sus nietos esclarecidos.

Aprendan las doncellas á tener constancia en su amor, y no dejarse alucinar de las pompas de la tierra, y den holganza á los afectos del corazon, haciendo la ventura de los que aman.

Así hizo Nemrak. Paz y bendicion á su memoria.

Dios sea loado.

JUAN P. DE GUZMAN.

LAS DOS PATRIAS.

APÓLOGO.

Un arroyo tristemente
Querellas al cielo alzaba,
Y cerca de su corriente
Diz que una flor esclamaba:
«¡Ven á mi seno... detente!...»

—

¡Ven, que calmaré tus penas!...
Mas, ¿por qué delirio tanto,
Si del mar en las arenas
No encontrarás azucenas
Que enjuguen tu fresco llanto?

—

¡Ven á mí feliz y amante,
Y no sigas tu camino
Tan afanoso y constante!...
—¿Quién te conduce?
—El destino
Que está diciendo «¡adelante!»

—

—¡Siempre gimiendo te ví!
¿Qué te aqueja?
—¡Mi pasado;
El dulce bien que perdí!
¡Ay! ¡La patria que he dejado!
¡Las peñas donde nací!!

—

Do la luz del sol, ufano
Por vez primera miré,
Do entre las guijas salté,
Y de las auras hermano
En trenzas me desaté.

—

De las flores en el seno
Qué me importa recostarme,
Si de mi bien tan ajeno,
Así tengo de arrastrarme,
Ocultando inmundo cieno.

—

—Rápida tu linfa pura
Hácia los mares avanza,
Do hallarás tu sepultura!
—¡Ay! allí está mi esperanza
Y otra patria de ventura.

—

Allí tenderé mi vuelo
Al rayo ardiente del sol,
Y alejándome del suelo,
Subiré veloz al cielo,
Siendo nube de arrebol.

. . . .
. . . .

—

En Occidente espiró
El postrer fulgor del dia,
Y la brisa interrumpió
Al arroyo que gemia,
Que á su paso murmuró:

—

«De la patria que ha perdido
¡Ay! de quien llora la ausencia,
Mas allí en eterno olvido
¡Yo soy la santa creencia
Que á otra patria te convido!...»

NILO MARÍA FABRA.

SAUMUR.

Saumur es una de las ciudades de Francia que más han sufrido de resultas de la revocacion del edicto de Nantes, y de las guerras de la Vendeé.

Son visitadas siempre con interés y curiosidad por los artistas y viajeros muchas de sus iglesias, de un mérito especial, particularmente el Hospital de la Providencia, edificado en su mayor parte en la roca, lo que le dá una vista pintoresca y estraña. Se cita además como un edificio notable por su arquitectura el palacio de la Villa, ó sea casa de Ayuntamiento, construida en el siglo XVI, igualmente que los palacios de Justicia, y de la reina Cecilia, edificados en tiempo del rey René. Tiene un magnífico Museo y una Escuela práctica de caballería, que segun la opinion de las personas más entendidas, es la primera escuela de equitacion de toda Europa.

El castillo, al cual rodean inespugnables fortificaciones, data de más de ocho siglos, y domina no solo la ciudad, sino todos los alrededores á muy larga distancia.

Existe igualmente en Saumur una *Escuela especial de viñas*, que posee mil variedades de uva, y fábricas de rosarios que son muy nombradas, y las cuales producen próximamente ocho millones de reales cada año, lo cual no deja de ser una industria bien productiva.—B.

Observaciones sobre la hidrofobia.

Atravesando una estacion peligrosísima para cierta clase de enfermedades, y particularmente para la mas terrible de todas, cual es la hidrofobia, creemos prestar un beneficio á nuestros lectores, dándoles á conocer algunas observaciones que el célebre Dr. Buisson ha publicado en el periódico la *Ferme*, y que son de un interés general:

«El Dr. Buisson, llamado para asistir á una hidrófoba, que tocaba en la crisis final de la enfermedad, la sangró, y se enjugó las manos con un pañuelo impregnado de la saliva de la moribunda. Él tenia una pequeña llaga en el índice de la mano izquierda; reconoció al momento su imprudencia; pero confiando en el procedimiento que acaba de descubrir, se contentó con lavarse con agua.

Creyendo, decia M. Buisson, que la enfermedad no se declararia hasta los cuarenta dias, y teniendo muchos enfermos que visitar, yo dilataba de un dia para otro el tomar mi remedio, es decir, los baños de vapor.

Al noveno dia, estando en mi estudio, sentí de repente un calor en la garganta, y aun mucho mayor en los ojos: mi cuerpo me parecia tan ligero, que creia que, saltando, hubiera podido lanzarme á una altura prodigiosa, ó que, arrojándome desde una torre, hubiera podido sostenerme en el aire; mis cabellos estaban tan sensibles, que me parecia que, sin verles, hubiera podido contarlos; la saliva se venia continuamente á la boca; la impresion del aire me causaba un mal horroroso, y huia de mirar los cuerpos brillantes; yo tenia un deseo contínuo de correr y de morder, no á los hombres, sino á los animales y á todo lo que me rodeaba. Yo bebia con trabajo, y observé que la vista del agua me fatigaba más que el dolor de la garganta; yo creo que cerrando los ojos un hidrófobo puede beber siempre. Los accesos se me reproducian cada cinco minutos, y entonces sentia partir el dolor del dedo índice, y extenderse todo lo largo de los nervios hasta la espalda.

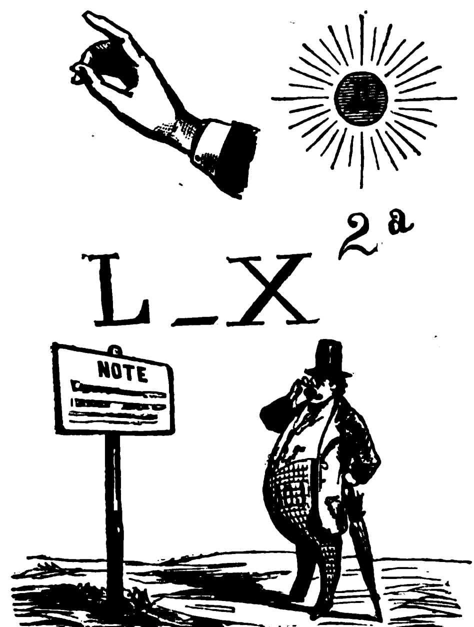
Juzgando que mi método era solamente preservativo y no curativo, tomé un baño de vapor, no con intencion de curar sino para sofocarme. Luego que el baño estuvo á un calor de 52 grados centígrados, desaparecieron como por encanto todos los síntomas: despues nada he vuelto á sentir. He asistido á más de 80 personas mordidas por animales rabiosos, y todas se han salvado por este método.

Cuando una persona ha sido mordida por un perro rabioso, debe hacérsele tomar siete baños de vapor, dichos á la rusa, uno por dia, de 57 á 63 grados. Este el remedio preventivo. Cuando la enfermedad se ha declarado, no es necesario más que un baño de vapor elevado rápidamente á 37 grados centígrados, despues lentamente á 63 grados. Al enfermo debe tenérsele bien cerrado en su cuarto hasta que esté completamente curado.

El doctor M. Buisson cita aún muchos casos curiosos. Un americano habia sido mordido por una serpiente de cascabel á unas ocho leguas de su casa, y queriendo morir en el seno de su familia, corrió á su morada, se acuesta, suda mucho, y la llaga se curó como una llaga simple.

La picadura de la tarántula se cura por medio de la danza; el sudor disipa el virus. Si se vacuna á un niño y se le hace tomar un baño de vapor, la vacuna no agarra.»

GEROGLÍFICO.



Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1863.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

ALEGORIA.



CARRERAS DE CABALLOS.

El Periódico ilustrado.



Número 15.
DEL 15 AL 22 DE JUNIO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . CUATRO CALLES.



SUMARIO.—*D. José de Salamanca*, por Belza.—*Revista de la semana*, por Palacio.—*Investigaciones*, por Hiraldez.—*Crónica Judicial*, por Virto.—*Cuento*, por Palacio.—*Costumbres populares*, por Honorio.—*Le puy*, *Presentacion de una jóven morisca á su novio y Sevilla*, por Belza.
LÁMINAS: Le Puy.—D. José de Salamanca.—Presentacion de una jóven morisca á su novio.—Tipos nacionales.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.
Precios de suscricion.

Madrid. .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	UN NÚMERO	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »		5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 50 »		

DON JOSÉ DE SALAMANCA.

Hemos prometido á nuestros lectores publicar biografías contemporáneas, biografías y retratos de todos aquellos que de cualquier modo hayan prestado á su país eminentes servicios, y alcanzado por esta causa un nombre y una consideracion legítima entre sus conciudadanos.

La pasion política no influye en nuestro ánimo para nada; cualquiera que sea el campo en que militen ó hayan militado aquellos, nos es indiferente. Agenos á cierta clase de luchas, rendiremos el tributo de nuestra admiracion y de nuestro respeto á los que verdaderamente lo merezcan.

Buscaremos estas ilustraciones en el ejército, en el parlamento, en la magistratura, en las ciencias y las artes, sin olvidar á esos beneméritos é incansables soldados de la industria, que con su talento y sus capitales contribuyen poderosamente al desarrollo de la política social y al progreso industrial de la España, que es el que indudablemente constituye la verdadera y la legítima riqueza de las naciones.

Hoy, sin embargo, no vamos á hacer una biografía, ni á escribir un episodio notable, ni á pintar siquiera un retrato.

Vamos tan solo á delinear un boceto.

La figura que intentamos trazar y el carácter que nos proponemos describir son tan grandes, tan importantes, tan estraordinarios, que no caben dentro del estrecho espacio de que podemos disponer.

Don José de Salamanca nació en Málaga en mayo de 1811. Hizo sus primeros estudios en el colegio de San Telmo de aquella capital, los continuó en Granada y pasó despues á Madrid, en donde mostró al poco tiempo el invidiable talento que poseia. Su inclinacion manifiesta al trabajo, su incansable actividad y su genio emprendedor encontraron en la córte de España ancho campo donde poder desplegar las dotes envidiables de su privilegiada inteligencia. Sin embargo, era demasiado jóven aun para desarrollar las ideas que germinaban en su mente, y por esta razon se decidió á aceptar el cargo de juez de primera instancia de Monovar, que le confirió el Gobierno en 1833, y mas tarde el de alcalde mayor de Vera.

Los acontecimientos políticos que tuvieron lugar por aquellos años, le obligaron á tomar parte en ellos; de modoque en 1835 fué nombrado individuo de la Junta central de Andalucía, y como premio á los servicios que prestó en aquellas circunstancias, sus conciudadanos le eligieron diputado en las Córtes que formaron y votaron la Costitucion del 37. Empero como quiera que aun no tenia la edad exigida por la ley como condicion indispensable, no pudo aquel año ocupar su asiento en el Congreso,



D. JOSÉ DE SALAMANCA.

pero lo hizo en 1836, tomando parte en los trabajos legislativos con gran honra para su nombre y gran provecho para su país.

Colocado ya en aquella época en situacion de desarrollar los atrevidos proyectos que su imaginacion creara, se dedicó esclusivamente á darles forma y vida: lo cual consiguió en breve tiempo su perseverancia, su fuerza de voluntad y su poderosa inventiva. Lo que realizó Salamanca en un corto número de años, no admite esplicacion ni tiene nombre. ¿Quién esplica los milagros? ¿quien se da cuenta de los prodigios? Hacer real lo imposible y evidente lo inverosimil parece increible, y sin embargo, eso lo ha efectuado ese obrero laborioso de la inteligencia, ese soldado infatigable de la industria, que con solo su genio ha conseguido hacerse el rey del crédito en toda la Península.

No haremos la lista indefinida é ilimitada de los negocios que abarcó, elaboró y llevó á cabo en el periodo de catorce años; en primer lugar porque seria tarea interminable, y además porque no existe medio ni manera de poderlos enumerar. La carrera del génio es como el vuelo del águila, ciega la vista y confunde el pensamiento.

Dueño ya de una inmensa fortuna, que dedicó á fomentar los verdaderos intereses de su país, fué llamado en 1847 á los consejos de la Corona, formando parte en el gabinete Pacheco, como ministro de Hacienda. En el desempeño de su importantísimo ministerio, el que hasta entonces habia sido considerado como hábil hombre de negocios, se dió á conocer como prudente y entendido hacendista.

Un hecho importante, y que vamos á consignar, mostró en aquella época las relevantes prendas que adornaban su carácter.

Interesado, como simple industrial, en un negocio que radicaba en el ministerio de Hacienda, habia procurado obtener un decreto para que se le reintegrase de una cantidad considerable que legítimamente se le debia abonar; dicho decreto se iba á estender, pero habiendo ocupado la silla ministerial, el consejero de la Corona Salamanca negó al industrial D. José de Salamanca el decreto que exigia, para que nunca se le pudiese echar en cara, que aprovechaba la ocasion de atender á sus negocios particulares cuando estaba administrando los intereses de la nacion.

Este rasgo no necesita comentarios: nosotros cumplimos con hacerlo público.

Al abandonar el ministerio, volvió de nuevo á continuar sus operaciones mercantiles. La importancia de sus colosales empresas hacen pequeños é insignificantes todos los elogios que se le han prodigado y se le puedan prodigar.

La primera línea férrea que cruzó los campos de la Mancha se debe á él; él la prolongó despues hasta Almansa y luego hasta Alicante, en cuyo punto se detuvo la locomotora á orillas del mar. Mas tarde, el mónstruo de hierro con alas de vapor se anunció lanzando un silbido de su rugiente pecho bajo los muros de la imperial Toledo. Despues, el mismo que lo condujo á la corte de los monarcas godos, lo llevó á que salvase en cortas horas el espacio que media entre la capital del reino de Navarra y la heróica ciudad de los Justicias, que se inmortalizó en la guerra de la independencia. Luego..... ¿pero quién va á citar las líneas férreas que ha construido ese hombre estraordinario que tan bella página ocupa en la historia de nuestro pueblo á despecho de sus detractores y de sus miserables enemigos?

Pero su genio no se ha circunscrito á realizar sus proyectos en nuestra patria; Portugal, Italia y hasta América han sido tambien el vasto campo en donde ha desplegado los portentosos recursos de su actividad. Para Salamanca no hay país desconocido, ni negocio difícil: todo es hacedero, todo productivo. ¿Quien puede igualarse á él? Su nombre ha adquirido el derecho de ciudadanía en todas las naciones del mundo civilizado, y su accion como su nombre, se estiende obrando portentos en el imperio ilimitado, cuyo término es un horizonte sin fin, en el cual reina, por razon de su derecho, esa fuerza de todos los tiempos que se llama capital, y esa fuerza de nuestro siglo que se llama crédito.

Por este concepto, pues, Salamanca es uno de los caracteres más prodigiosos, una de las figuras elevadas y más ilustres del siglo XIX, que es, como dice Víctor Hugo, el más grande de todos los siglos.

Hoy el opulento capitalista es marqués de Salamanca y conde de los Llanos, y grande de España y senador del reino; pero estas mercedes con que le ha honrado la munificencia soberana, aunque muy dignas y de mucha estima, no tienen ante la opinion pública, ante la conciencia del país y ante la historia del mundo, la significacion que le dan otros títulos personales y esclusivamente suyos. Su amor constante á las artes y la decidida proteccion que ha dispensado siempre á los artistas, le han creado una reputacion tan envidiable como legítima. Gracias á él, esa noble pléyade de poetas, pintores y periodistas, que con tan buenos auspicios dieron los primeros pasos en sus respectivas carreras, hoy ocupan posiciones importantes y gozan de un nombre respetable. La fortuna de Salamanca sirvió para levantar el pedestal de la gloria de esa juventud naciente, que tan bello porvenir ofrece á nuestra patria. Cuando la posteridad se ocupe de todos esos genios, que en las ciencias y en las artes pasarán con sus obras á la vida futura, la gloria que les circuya, irradiará, con una aureola de luz, el nombre imperecedero de Salamanca.

Con el objeto de que los beneficios que prodiga este hombre ilustre, sean extensivos á todas las clases de la sociedad, tiene en su casa una caja particular, con una asignacion determinada para los pobres, de la cual salen mensualmente crecidas sumas, que se invierten en obras de caridad, en socorrer á los desgraciados, en consolar á los afligidos, y todos estos beneficios, que por su importancia pudieran compararse con los que un monarca se halla en estado de dispensar, se practican en el silencio, con reserva, sin ostentacion, sin ese aparato ó estrépito con que generalmente se hacen las limosnas por cierta clase de gentes, para quienes la caridad es solo un pretesto con que halagan un orgullo tan estúpido como necio.

¿Quién podrá negar que diariamente deben su subsistencia á D. José de Salamanca mas de tres mil familias que, por varios conceptos, dependen de su casa ó cobran de su caja?

Para terminar este mal bosquejado boceto, vamos á copiar un párrafo, que condensa en breves líneas cuanto pudiéramos decir del acaudalado banquero. Este párrafo le ha estampado en uno de sus bellísimos libros un ilustrado escritor, con cuya amistad nos honramos. Hé aquí los valientes rasgos y las atrevidas pinceladas con que bosqueja al personaje célebre de nuestra época:

«Un hombre de facciones espansivas y despejadas; de ademan suelto; de trato festivo, casi epigramático; de palabra fácil, aguda, algunas veces armoniosa; de carácter sencillo en apariencia, doble en el fondo; ingenuo para los demás; trascendental para sus fines; liberal para todos; más liberal para sí mismo; ojo de águila; suspicacia de mercader; galantería de cortesano; pompa de noble; boato de banquero; esplendidez de favorito; magnificencia de monarca; griego en la fantasía; asiático en el gusto; sibarita en sus aficiones, en sus hábitos y en sus placeres; sobre todo negociante en sus cálculos inspirados, vastísimos, fecundos, inagotables, geométricos; negociante en su invencible actividad, en su audacia maravillosa; mago, hechicero, adivino, zahorí y alquimista en materia de sacar oro hasta de los carbones, ese es D. José de Salamanca.»

J. BELZA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Pues señor, una vez que ello ha de ser, y que no hay mal que por bien no venga, como reza el adagio, empezaremos esta revista diciendo lo que podrian decir con nosotros, sin faltar á la verdad, muchos eruditos, academicos y sabios de este país: *no sabemos nada*.

Madrid tiene seguramente dos clases de existencia; la existencia política y la existencia social. La plenitud de la primera produce la atonía de la segunda; el demasiado vigor y los animados incidentes de esta logran, en ocasiones, que aquella se arrastre ignorada y tranquila. Desgraciadamente no nos hallamos hoy en este último caso; el calor de estos dias ha hecho sin duda alguna fermentar las ideas, y lo mismo en periódicos, que en cafés y en reuniones, se advierte una ebullicion qne se va condensando en forma de nube, de la cual lo mismo puede salir el chaparron que el rayo.

Por supuesto que esta variedad de opiniones, unida al estado en que se encuentra nuestra patria, no hace mas que traernos á la memoria el siguiente cuento:

«Hallábanse reunidos en un café de Lóndres muchos caballeros; de repente un pobre hombre que entraba cae á sus pies con síntomas de un ataque de apoplegía.

—Apuesto á que no vive veinte minutos, dijo uno de ellos.

—Cincuenta guineas á que muere antes de un cuarto de hora.

—Cien á que muere antes de diez minutos.

—Cien á que ha muerto.

—Cien á que respira todavja.

Todas las apuestas son tan pronto dichas como aceptadas.

Uno de los caballeros, el único que habia apostado á favor de la vida de aquel infeliz, se levanta, y le aplica á las narices un frasco.

—Milord! milord! grita uno de los que apostaban por la muerte; un instante; los frascos no sirven.»

No hay que preguntar lo que seria del desgraciado.

Pues eso mismo sucede con muchos de los males de que aquí nos quejamos: nos dolemos de su intensidad, nos conmueve el peligro de un fin proximo, pero... los frascos no sirven.

En medio de esa agitacion de que todo el mundo participa, son contados los sucesos cuya magnitud ó carácter especial les hace no pasar desapercibidos.

Uno de ellos, y seguramente el mas notable, ha sido el éxito alcanzado por la señorita Civili, aplaudida actriz italiana, al presentarse á declamar en nuestro idioma algunas piezas de las más populares; empresa de la cual ha salido tan airosa, como lo hemos consignado en nuestros números anteriores: que el público entero y la prensa toda han saludado en ella el nuevo astro que se vislumbra en el cielo de la escena española. Algunos defectos tiene todavía, pero es venciendo obstáculos como se aquilatan las inteligencias, y la de la señorita Civili es tal, que los irá deshaciendo en su camino, como deshace el sol las nieblas que suelen preceder á la aurora. Esperamos verla pronto en obras de más importancia que las que ha ejecutado hasta aquí, y si el resultado es tal como presumimos, quizá se realicen á la vez sus esperanzas y nuestros deseos.

Otro acontecimiento digno tambien de referirse es la inauguracion de los conciertos en el Circo ecuestre del Sr. Rivas, bajo la direccion del señor Arban, que ha llegado con este objeto de París. No es el señor Arban como director de orquesta una notabilidad á la altura de los que se conocen en el extranjero, pero es sí un distinguido instrumentista, y la música de bailes, sobre todo, tiene en él un intérprete tan inteligente como digno. Hermano del aeronauta del mismo apellido, el señor Arban no se remontará nunca tanto en la esfera del arte como aquel en las regiones de la atmósfera, pero no tendrá tampoco caidas tan funestas. No creemos, sin embargo, que el espectáculo haga fortuna en este país, sobre todo dadas las condiciones del Circo, y el genero de música á que este público es aficionado.

Buena prueba de ello son los conciertos que se verifican en los Campos Elíseos, donde una orquesta mas numerosa, mas hábilmente combinada y ejecutando por consiguiente, bajo la direccion de un compositor instruido y entusiasta, piezas de verdadera importancia y efecto musical, ha alcanzado en las últimas noches ruidosos aplausos, que nos hacen pensar que el progreso artístico de nuestro país no está en razon inversa de sus adelantos materiales. Esto unido al resultado de las óperas que hasta hoy se han cantado en el mismo local, al frenesí con que Tamberlik es aclamado en *El Profeta*, y á lo mucho que se trabaja para montar obras como *La Muta di Portici*, *Don Sebastian*, *Julieta y Romeo* y alguna otra, son síntomas infalibles de que la aficion cunde, y de que los Campos Elíseos han venido á llenar el vacío que la córte esperimentaba los veranos.

Dias pasados nos ocupamos del elegante gabinete de figuras de cera, establecido en la calle de Carretas; hoy llamamos tambien la atencion sobre el que se ha abierto en el paseo de Recoletos, cuyas figuras y grupos son de lo mejor que puede verse en su género. Por otra parte, lo agradable y ameno del sitio presta nuevos atractivos á esta exposicion, que todas estas noches visita una númerosa concurrencia.

Los círculos artísticos y filarmónicos andan muy preocupados con el teatro Real, cuyas condiciones de subasta se han publicado recientemente. Sin perjuicio de examinarlas con detencion, si lo creemos oportuno, diremos hoy que nos parecen muy ventajosas para el público, y que, si llegan á cumplirse, los amantes del género lírico pueden darse la enhorabuena. ¡Ya era tiempo! Por de pronto hemos conseguido la abolicion

del privilegio que disfrutaba aquel teatro, con grave daño de los demás.

Esto era justo, y sobre justo conveniente; dos razones contra las cuales no hay argumento posible.

Ha comenzado la publicacion de una *Biblioteca de autores griegos*, formada por el Sr. D. Eduardo Mier, de las producciones escogidas de Sófocles, Eurípides, Aristófanes y otros autores, y protegida por el Sr. Gutierrez de la Vega, con un celo y un desinterés que le honran. Sabemos que se ha repartido el tomo primero, que no hemos podido leer aun, y que es un trabajo notable, como era de suponer tratándose de persona tan competente. Por lo demás, nuestra literatura está casi reducida á los periódicos, convencida tal vez de que ha pasado la hora de entretener, y llegado la de pelear. En medio de todo, no damos los espectáculos que tan á menudo nos dan al otro lado de los Pirineos los Dumas, los Girardin, los Sardou, etc., etc., y esto siempre es un consuelo.

Y á propósito de espectáculos; *El Periódico ilustrado* ha dado últimamente uno que un deber de compañerismo me obliga á esplicar, por lo mismo que he sido de los que han caido en la cuenta los primeros. *Un lapsus calami* hizo á uno de nuestros redactores convertir Ginebra en Génova y trasladar la ciudad del golfo y de los palacios á orillas del lago Leman. Esto, que hubiera podido pasar por error de imprenta, se agravó conque una distinta persona al corregir las pruebas, y ver que faltaba una cuartilla de original para llenar el espacio, no paró mientes en lo anteriormente escrito; sino que al ver el título de Génova quiso tributar á Cristobal Colon el homenage de su recuerdo. Nos lamentamos de este ataque hecho á la geografía, que no ha sido el único que ha recibido recientemente, segun demuestra un mapa que parece circula por ahí bajo cuerda, y esperamos no volver á incurrir en faltas de ese género.

¡Ah! se me olvidaba; otro libro se ha publicado tambien en estos dias; una especie de álbum, con el cual felicitan á la Reina un gran número de escritores. Está bien impreso, no es caro, y aunque algo monotono, pues todas las poesías se dirigen al mismo asunto, hay bastante variedad en la forma, hallándose por lo mismo al alcance de todas las inteligencias.

Yo confieso mi debilidad; pero he creido la mia muy pobre para saborear esa lectura; además me pasa ya con los versos lo que con las flores; las que menos me gustan son las que se crian en los invernaderos.

M. DEL PALACIO.

INVESTIGACIONES.

Cuando yo era niño, vivia en un pueblo muy pequeño, donde, sin embargo, oia hablar con mucha frecuencia del Gobierno, unas veces bien y otras mal, unas con severidad y otras con benevolencia.

—El Gobierno entra en una via fatal, decia un descontento.

—El Gobierno acudirá á la mayor necesidad, decia un optimista.

—El Gobierno no puede hacerlo todo á la vez, decia un tolerante...

Y al escuchar apreciaciones tan diversas, hasta llegó el caso de figurarme yo que el Gobierno era un muchacho travieso, como algunos de la escuela, que unas veces merecia azotes y otras premios...

Pensando en esto oia decir á otros,—*que el Gobierno estaba resuelto á declarar la guerra; que el Gobierno estaba decidido á destruir las facciones; que el gobierno tenia á su disposicion muchos millones*... y entonces comprendia que me habia equivocado al comparar al Gobierno con un colegial travieso, y creia, por el contrario, que se trataba de una alta y soberana potencia... Y crecia mi curiosidad, y me hacia perder el sueño el deseo de conocer de cerca al Gobierno.

—Maria, le dije á la vieja sirviente que me habia criado; ¿sabes tú quién gobierna, quién es la autoridad?

—Vaya si lo sé, me contestó rascándose la frente, vaya si lo sé; como que lo conocí muy bien cuando prendieron á mi Pascual.

—¿Y qué tal facha tiene?

—Está picado de viruelas, y tiene una pata mala, tanto que parece cojo

—¿Y cómo se llama?

—¡Toma! Se llama el alcalde; es aquel que gasta sombrero ancho, que dicen que tiene muy mal genio, y que hasta á su mujer... algunas veces...

Se me olvidaba decir que mi buena madre se habia retirado á vivir á aquel pueblo por un espíritu de necesaria economía, y que esperaba una pension que tenia solicitada como viuda de un oficial valiente, que habia muerto en el campo de batalla. Los meses y los años pasaban, y la pension no venia...

—Y no es estraño, decia mi madre con voz dulce y melancólica; nadie se interesa por mí, ni me recomienda al Gobierno.

Yo pensé entonces que las súplicas de un niño son á veces tan bien acogidas por los hombres como por Dios; y que desde que Benjamin conmovió á José, representacion del gobierno de Egipto, siempre son los mas jóvenes los que proporcionan la felicidad á las familias.

Reflexionando sobre esto, me dirigí á la casa del alcalde. Me encontré á este Gobierno en mangas de camisa, rojo como una guinda, refunfuñando y con los cabellos en desórden, y temí haber elegido un momento fatal, porque quizás el Gobierno estaria entonces en el asunto de aniquilar las facciones...

No era eso; estaba furioso con los albañiles que trabajaban en su casa, porque no habian arreglado el gallinero á su gusto, y al que menos, lo amenazaba con despellejarlo á palos. En medio de sus exclamaciones, me apercibió en un rincon del patio intimidado fuertemente por su grandeza y por su ira.

—¿Qué buscas tú, renacuajo? me dijo entonces.

—Vengo á pedir á Vd. una cosa, señor.

—Pues di qué quieres.

—Quiero... que á mi madre se le conceda su pension.

—Yo no tengo nada que ver con eso, muchacho.

—¿Pues quién es el que tiene que ver?

—Eso es cosa de allá arriba; del ministerio de la Guerra.

—¿Y dónde está eso, señor?

—¿Has leido alguna vez el Evangelio?

—Sí, señor.

—Pues bien, hay allí una frase que responde á tu pregunta.

—¿Cuál es?

—*Busca* y *encontrarás*.

Me marché pensativo, considerando que el Gobierno tenia, como los fenómenos antidiluvianos adivinados por Couvier, muchas cabezas...

Aun cuando estábamos en vacaciones, entré en la escuela por costumbre, y para pedir noticias á mi maestro... Lo encontré en calzoncillos.

—¡Ah! ven, me dijo desde lejos; ven, que tengo que tirarte de las orejas por haber hecho *rabona* el último dia de clase. ¿A dónde vas?

—Voy en busca del Gobierno.

—Tu gobierno soy yo.

—¿De verás?

—Soy el que representa la instruccion pública. Cuéntame tus cuitas, mientras que le coso un boton á estos pantalones.

Yo manifesté asombro.

—Pobreza no es vileza, me dijo usando un proverbio favorito, como usa una vieja coqueta un color que le sienta bien.

—Pues entonces le dije yo: ¿cómo ha de ser Vd. el Gobierno.

—Es que aunque soy gobierno no pertenezco á la Hacienda.

—¿Y quién representa á la Hacienda?

—El administrador-recaudador de contribuciones.

—De modo que, segun eso, hay muchos Gobiernos.

Sucede con el Gobierno como con la divinidad; hay uno solo, pero en diversas personas.

—¿Y cuál es la persona que puede entender en la pension que pide mi madre?

—Todos y ninguno. Mira, añadió señalando desde la ventana, pero sin dejar la aguja; ahí va otra fraccion del Gobierno, que puede enterarte mejor que yo.

Salí á la calle, y me encontré con el jefe de la seccion de Fomento, el que, apenas empecé á hablarle de mi asunto, me hizo un gesto, y me volvió las espaldas.

En aquel momento pasaba un hombre de buena figura, vestido de negro y de aspecto majestuoso.

—¿Por quién preguntas, niño? me dijo.

—Por el Gobierno, señor.

—¿Y para qué le quieres?

—Para pedirle justicia.

—Si se trata de hacer justicia, aquí estoy yo. Levanta la mano, y di la verdad, toda la verdad, nada mas que la verdad.

Sin saberlo, habia tropezado con el juez del distrito, que escuchó mi demanda, y me dijo sin querer detenerse:

—Themis no tiene nada que ver en este asunto. El oro no corre por la mano de un juez... Para que tu madre pueda conseguir su pension, es necesario contar con el departamento de la Guerra donde se acreditan los buenos servicios y con el de la policía donde se acreditan las buenas costumbres.

—¡La guerra! esclamé yo suspirando; ¿y dónde voy yo á buscar la guerra en un pueblo en que apenas hay una pendencia al año?

—El departamento de la Guerra, dijo el magistrado alejándose, está allá, en lo alto...

En una casa alta de aquella calle vivia el jefe de la policía, y en el momento creí que el juez se referia á él. Entré en su casa, y me detuve á escuchar lo que se hablaba. La mujer de aquel Gobierno regañaba á su marido, porque le habia echado demasiado maiz á los pollos; el marido se escusaba, cuando me vió, y me preguntó ¿qué queria?

—Ver al Gobierno de la guerra, le dije yo.

—Aquí nunca hay guerra, dijo la mujer; mi marido no tiene guerra mas que con los que alteran el órden público y con los ladrones. ¿Para qué querias tú eso de la guerra?

—Para ver si podia conseguir la pension de mi madre.

—Pues acá no entendemos de eso, hijo. Mira, yo creo que el que mas puede representar aquí la guerra es el guarda-montes, que es el que anda siempre armado de escopetas y pistolas.

—Pues al guarda me voy... dije, y me lancé por e campo en busca de aquella otra persona que representaba al Gobierno. Estaba celando una propiedad, y al verme entrar en ella, me intimó para que le presentase la licencia ó me retirase, porque de lo contrario iba á hacer fuego. Al ver que me apuntaba con la escopeta, dí un grito de espanto.

—Cálmate, dijo á mi espalda una voz dulce y cariñosa; ese hombre solo quiere asustarte; pero de ningun modo hacerte daño.

El que así me hablaba, era el cura del pueblo, anciano virtuoso, que pasaba una vida pacífica, tranquila y feliz.

—Si tú buscas al Gobierno, me dijo despues, yo soy una modesta fraccion de él, y aquí estoy dispuesto á complacerte.

—Señor cura, yo pido que se conceda la pension que mi madre solicita.

—Niño, me dijo entonces, haciéndome entrar en la iglesia; no es aquí donde podrás encontrar protectores influyentes que te ayuden en tu piedad filial; los subalternos que aquí estamos de nada podemos servir, porque eso lo deciden en la capital de la monarquía los ministros.

—¡Ah!

—Y aun esos grandes dependen de la voluntad del soberano, cuyo busto ves en las monedas.

—Pues entonces nada puedo hacer yo.

—Sí; puedes dirigirte á otro mas alto aun, que vale infinitamente mas que todos esos, y que lo mismo se encuentra en los palacios que en las cabañas.

Y me señaló una imágen del Crucificado... ante la cual caí de rodillas...

Orando estaba todavía, cuando llegó á la ventana de la sacristía otra pequeña fraccion del Gobierno, el cartero, y me llamó, y me entregó un pliego cerrado con un gran sello rojo... Era el real decreto concediendo la pension solicitada por mi pobre madre.

El buen cura me felicitó, y me dijo que tuviera presente que hay un poder soberano que nunca se olvida de los que sufren.

Y desde entonces, siempre que oigo nombrar al Gobierno, me acuerdo de mis investigaciones y de las dificultades que yo tuve cuando niño para encontrar á un Gobierno que pudiera conceder la pension de mi madre.

M. HIRALDEZ.

CRÓNICA JUDICIAL.

Durante la anterior quincena ha continuado en el juzgado de la Audiencia la vista de la célebre causa de la calle del Fúcar. Terminada la vigorosa defensa que de la procesada Vicenta Sobrino ha hecho el hábil letrado D. Miguel Mathet, y despues de haber consumido turno el distinguido jurisconsulto D. Hermenegildo



Músicos. Parie tes del novio. El novio.

PRESENTACION DE UNA JÓV



El padre del novio. La novia. La madre de la novia. Las hermanas.

N MORISCA Á SU NOVIO.

María Ruiz, que habló en pró de Luis Fernandez de Peral y Adrian Irúa, demostrando claramente que el crímen de la calle del Fúcar no pudo tener su orígen en el presidio de Torrelaguna, tocó su vez al elocuente abogado D. Blas Marin y Lerin, encargado de la defensa de D. Cárlos Casulá.

El Sr. Marin y Lerin, despues de dejar sentado que el horror con que el vecindario de Madrid, y el público en general, han mirado este crímen, procede más bien de los crueles detalles de su perpetracion, detenidamente descritos en la primera declaracion de la procesada, que del hecho considerado en sí mismo, rechazó la doctrina espuesta por el ministerio fiscal, relativa á que todo hombre es capaz de delinquir, asegurando, por el contrario, que en cuestiones de derecho penal todo hombre es inocente, mientras no resulte culpable en juicio legal. La defensa de Casulá ha negado igualmente la validez del testimonio de Vicenta Sobrino, fundándose en que este es el de un cómplice, y que por lo tanto, carece de fuerza y valor, segun así lo afirman doctos jurisconsultos; ha recordado que su defendido probó satisfactoriamente la coartada, y ha hecho ver finalmente que los testigos que han declarado en contra de D. Cárlos Casulá, respecto á su vida matrimonial, lo son solo de oidas ó de referencia, pues ninguno afirma haber presenciado los malos tratamientos de que se supone ha sido objeto la desventurada doña Vicenta Calza.

Tal es el estado de esta célebre causa á la hora en que estas líneas escribimos: como todavía tardará algunos dias en desarrollar su sistema de defensa el señor Marin y Lerin, y además ha de rectificar el representante del ministerio público, es de presumir que no termine la vista en la presente semana: de todos modos, bueno será recordar al lector que el defensor de Vicenta Sobrino ha declarado que, aunque se dé por concluida la vista, el Tribunal no debe en justicia proceder á dictar su fallo, hasta tanto que quede plenamente aclarado todo lo referente á la validez ó nulidad del voto de algunos individuos de la Academia de medicina de esta córte, que han opinado que Vicenta Sobrino se hallaba en el pleno uso de sus facultades mentales. Así, pues, lo probable es que pase aun algun tiempo antes de que recaiga sentencia en este célebre y oscuro proceso, que tanto ha impresionado al público de Madrid: entre tanto, antes de continuar mi tarea, no puedo menos de someter al buen juicio de mis lectores una observacion que la lectura de la acusacion fiscal y de las respectivas defensas me ha sugerido, y es que en esta causa el ministerio fiscal acusa á D. Cárlos Casulá, á la Academia de medicina, á Vicenta Sobrino, y á los presidiarios de Torrelaguna: el defensor de la procesada acusa á su vez á D. Cárlos Casulá, á la mayoría de la Academia y al ministerio fiscal, y el representante de D. Cárlos Casula dirige sus cargos contra Vicenta Sobrino, contra el ministerio público, contra la Academia, contra el tribunal, y no recuerdo contra quién más; de modo, que esta série de acusaciones mútuas no puede menos de traer á la memoria aquello de: «Daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á Sancho, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo.»

El terrible drama, que ya conocen nuestros suscritores, verificado en Hortaleza, del que fué víctima Ramona Perdiguero, y protagonistas los hermanos Pedro y Eusebio Robador, ha tenido su fatal desenlace el sábado último. Condenados ambos hermanos á la pena capital, y habiendo sido negada la solicitud de indulto que dirigieron al gobierno de S. M., la justicia humana ha tenido que cumplirse. Segun resulta de los autos, Pedro era el que sostenia relaciones amorosas con la difunta, y solo á impulsos de una pasion exagerada pudo llevar á efecto el horrendo crímen que cometió, pues parece que era hombre de buena conducta y de honrosos antecedentes. Eusebio, por el contrario, poseia un carácter pendenciero, y á creer lo que han dicho algunos periódicos, él fué el verdadero culpable é instigador del crímen. Sea de esto lo que quiera, pues ya la sociedad ha castigado á los delincuentes, lo cierto es que ambos hermanos, que se hallaban enemistados desde sus primeras declaraciones, á causa de haber confesado Pedro todos los detalles del crimen, se reconciliaron completamente en la capilla, merced á las piadosas exhortaciones de los ministros de la religion. Ambos han muerto resignados, pidiendo perdon á la sociedad por el crimen que habian cometido.

La sentencia se cumplió el sábado último, á las once de la mañana, en el pueblo de Colmenar Viejo, cabeza del partido judicial, y no en Hortaleza, como en un principio se habia asegurado. Satisfecha la justicia humana, es de esperar que la Divina, tenga en cuenta el arrepentimiento de esos desventurados y la amargura de sus últimos instantes, y que les perdone y abra sus brazos. ¡Ojalá haya sido así! Por nuestra parte, siempre que leemos los horribles detalles de las últimas horas de un condenado á muerte, y pensamos en sus momentos de angustia, en sus esperanzas fallidas, en sus ráfagas de duda al querer penetrar en la oscuridad del no ser, en el frio que atraviesa la médula de sus huesos al contemplar los fúnebres preparativos de su postrer jornada, en la ansiedad con que late su corazon lleno de salud y de vida, contando las horas y los minutos que le quedan de existencia; al pensar en todo esto, no podemos menos de preguntarnos: ¿Cuándo será abolida la pena de muerte? Pero, apenas nos hemos hecho esta pregunta, parecen que se levantan de sus tumbas, envueltas en sus sudarios, las inocentes víctimas sacrificadas á la maldad ó á las brutales pasiones del hombre, y que nos contestan, mostrando sus abiertas heridas: «Cuando empiecen á abolirla los asesinos.»

¿Recuerdan nuestros lectores á aquel niño catalan, á aquel almogávar de diez años, que en un ataque súbito de salvajismo dió tal bocado á su enemigo, que lo dejó á las primeras de cambio sin narices? Pues es verdaderamente una criatura inofensiva, un niño de teta comparado con cierta intrépida y valerosa valenciana, vecina de Torrente; una especie de Juana de Arco, ó mejor dicho de cuerda, que sintiéndose con la fuerza de 150 caballos de barbaridad, se decidió á trabar descomunal batalla con un habitante del mismo pueblo, no dicen los cronistas por qué causa, aunque sí se presume que andaba de por medio el niño ciego, y que el acometido, apellidado Lopez, preferia llamarse Andana. Sea esto último fábula ó verdad, lo cierto es que la heroina de Torrente, asió de su adversario, y le dió tan espantoso bocado, que le arrancó un labio de raiz, no parando en esto el caso, pues hasta aquí ya habia llegado el angelito catalan, sino que llevó su ferocidad hasta el extremo de escamotear el cuerpo del delito mas claro, de merendárselo tranquila y completamente. El asunto ha sido llevado ante los tribunales, y es de creer que la furia en cuestion sufra el condigno castigo. Mujer que aplica tales bocados, bien merece uno de serreta, para que no vuelva á repetir esta clase de hazañas. Tambien, en union del catalancito referido, podia ser entregada al célebre domador de fieras mister Batty, de Lóndres, para que expusiese á uno y á otra á la curiosidad de los abonados del Circo del Príncipe Alfonso, en amor y compañía de los cinco huéspedes africanos.

Un lamentable suceso ocurrido en estos últimos dias en la ciudad de Cuenca, nos hace recordar necesariamente una grave cuestion que há tiempo viene agitándose, y que todavía no ha hallado solucion satisfactoria. No tratamos nosotros de resolverla ni mucho menos; falta espacio y suficiencia para ello: nuestro deseo se limita á deducir una consecuencia. La cuestion es esta. ¿Es ó no conveniente la unidad de fueros? ¿Reportarian ventajas las clases militares estableciéndose el fuero comun?

Si damos oido á un paisano que, complicado momentánea é injustamente en una causa en union de un militar, se ve maltratado por los agentes de la autoridad civil, que por lo regular no tienen mucho de civil ni de cortés, y arrojado á una cárcel asquerosa, en donde tiene que dormir entre falsarios, ladrones y asesinos, en tanto que su inocencia se pone en claro; al paso que el militar es conducido á la prevencion, en donde pasa la noche con su compañero, en medio de sus subordinados (venimos hablando de un oficial), y sin que en su situacion haya nada depresivo ni humillante, la clase militar entonces tiene á su favor notables ventajas, y el fuero constituye un privilegio, injusto y odioso en el mero hecho de serlo.

Pero si pensamos en la triste suerte de un soldado del provincial de Cuenca, condenado por el consejo de guerra á la última pena, por haber hurtado 26 cuartos del cepillo de una iglesia en compañía de un paisano, el cual, juzgado por los tribunales ordinarios, ha sido sentenciado solamente á seis años de presidio, entonno podemos menos de confesar que las leyes militares encierran al hombre dentro de un círculo de hierro, y que los individuos del ejército ganarian mucho quedando sujetos á los tribunales comunes.

Dura es efectivamente la ley que condena á un hombre á muerte por el hurto de 13 cuartos; pues á esto no mas debió ascender la ganancia, si los dos delincuentes, como es de creer, partieron su mezquino botin. La ciudad de Cuenca quedó consternada al saber el fallo del Consejo de guerra, é inmediatamente se nombró una comision del ayuntamiento que impetrara de S. M. el indulto de aquel desgraciado. Es de esperar que esta gracia haya sido otorgada, y que el infeliz soldado no expíe tan cruelmente su delito.

Aun debiéramos ocuparnos del misterioso suceso, acaecido en una fonda de Barcelona, cuyo velo, hasta ahora impenetrable, ha empezado á descorrerse; del cometido últimamente en el Campo del Moro por el soldado Estéban Navarro; del melodramático acontecimiento de la calle del Vicario Viejo, y del proceso que, al otro lado de los mares, se sigue contra Jefferson Davis y los cómplices de Booth; pero si la materia sobra, el espacio falta, y bien á pesar nuestro nos vemos obligados á hacer aquí punto final.

No terminaremos, con todo, sin participar á nuestros lectores que mañana 16 debe empezar en el respectivo juzgado de la Audiencia la vista de la célebre causa de la calle de la Puebla.

I. VIRTO.

CUENTO.

Me dijo ayer un sugeto,
Contando de otro la historia:
—Lo que Vd. oye; ha espirado
Esta mañana de *gota*.
Era un mozo muy corriente,
Bravo como una leona,
Hablador como un barbero,
Y vivo como la pólvora.
Dos vicios tan solo tuvo
Que le han llevado á la fosa,
Eran el vino y los náipes,
Que le dejaron sin sombra.
Con la baraja en la mano
Fué su fortuna tan loca,
Que ganó cuatro millones...
Y hoy lo entierran de limosna.
—¿Cómo! interrumpí asombrado;
¿Pues á dónde echó sus onzas?
—Se aficionó á la bebida,
Y en tres años, casi en posta,
Con *oros*, *bastos* y *espadas*
Dieron al traste las *copas*.

M. DEL PALACIO.

COSTUMBRES POPULARES.

El tribunal del agua en Valencia.

I.

Entre las antiguas costumbres que los árabes crearon en la capital del reino edetano, la mas digna de llamar la atencion del hombre observador, es, sin duda alguna, la de *El tribunal del agua*.

Y en efecto; no puede menos de ser así, si consideramos por un momento el sello de originalidad y buen gusto que imprimian á todo cuanto ellos creaban. Por eso nosotros, humildes admiradores de los usos y costumbres de aquel pueblo tan grande como laborioso, vamos á intentar hacer una descripcion de este famoso tribunal, para que los lectores de nuestro Semanario puedan apreciar con algun detenimiento una de las mas gráficas instituciones que los hijos del Profeta crearon en la ciudad del Cid.

Abderraman, príncipe que embelleció mucho á Valencia, y que concluyó las siete acequias que sangran el Turia, cuyas aguas fertilizan su hermosa y estensa huerta, fué, segun la opinion de varios autores, el que instituyó el tribunal de los *Acequieros*.

En efecto; este príncipe, tan sábio como prudente, comprendiendo que era necesario fijar una ley para evitar los abusos que pudieran cometerse en la distribucion de las aguas, estableció un tribunal, para que todos aquellos que se creyesen perjudicados en el riego de sus tierras, pudiesen reclamar los daños y perjuicios que la arbitrariedad de sus vecinos les hubiesen causado; pero con una rigidez tan sólida, en el modo de administrar la justicia, que causa la admiracion de cuantos han tenido ocasion de presenciar algunas de sus sesiones. Y tanto es así, que D. Jaime el Conquistador, al conceder los fueros á Valencia, no quiso alterar en nada las condiciones de este tribu-

nal, por creerlas dignas del objeto para que se habian creado. Mas diremos aun; que desde entonces acá, todos los gobiernos que se han venido sucediendo al través de los siglos, han respetado esta venerada institucion, dejándola tal como la estableció su régio fundador.

II.

Como hemos dicho ya, las acequias que riegan la huerta de Valencia son siete. Pues bien; estas siete acequias, que llevan su caudal por un dilatado rádio de hermosísima vega, están representadas por un número igual de jueces, elegidos por los mismos labradores entre los mas probos y los mas ancianos de ellos.

Además, cada una tiene un *flautinent* (1), pagado de los fondos del tribunal para el resguardo de ella, y para citar ó inquirir á los que han delinquido en el riego de sus tierras.

Todos los jueves se reune este tribunal para administrar justicia á todos los que se crean con derecho á reclamar, en medio de la calle, al aire libre y en la puerta de la catedral.

Sentados en bancos de madera, y bajo la gótica portada de aquella, vense los jueces, graves y justicieros, dispuestos á fallar en pro ó en contra de los que lleven la razon.

A par de ellos, y bien sentados, bien de pié ó puestos en cuclillas, postura mas usada por aquellas gentes, y en la cual suelen permanecer horas enteras; vense tambien los que han sido citados por el *flautinent*, como asimismo á este que, con una escopeta y un ancha bandolera, representa la fuerza armada de aquel tribunal.

Todos estos hombres, entre los cuales, las mas de las veces, se ven tambien algunas mujeres, con sus anchos *zaragüellets*, sus mantas encarnadas y puesto el pañuelo en forma de turbante, forman un cuadro tan animado, tan poético, tan sublime, por decirlo así, como el que hemos tenido ocasion de admirar en la pasada Exposicion, debido al pincel del aventajado jóven valenciano D. Bernardo Ferrandis, y que, si mal no recordamos, nos parece haber oido decir que habia sido comprado por el emperador Napoleon.

Una vez todos reunidos, comienza la sesion, cuyo diálogo, pronunciado en lenguaje lemosin, y que nosotros traducimos literalmente para darle mas originalidad, es, poco mas ó menos, como sigue:

—Veamos, dice el juez que preside, con toda la gravedad que infunden sus plateados cabellos; ¿quién es el que se queja?

—El señor, contesta el *flautinent*, señalando á uno de ellos.

—¿Y qué tiene Vd. que alegar? le pregunta el juez.

—Que el señor, señala á otro que está enfrente, ha regado su panizo sin tocarle.

—¿Es verdad eso? pregunta el juez, dirigiéndose al acusado con una severidad digna de Nuño Rasura ó de Lain Calvo.

—Si, señor.

—¿Ignoraba Vd. que ha faltado á la ley con haber tomado el agua cuando no le pertenecia?

—Sí, señor; pero...

—No hay pero que valga: Vd. ha hecho lo que no debia.

—Tiene Vd. razon; pero yo nunca creí que por regar algunas horas antes que el señor, le podria causar perjuicio alguno.

—Además que esa no es disculpa.

—Sí, señor.

—Pues le ha causado Vd. perjuicios. ¿Vd. cree tener mas derecho que otro, para regar fuera de tiempo?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho Vd.?

—Yo le diré á Vd.; porque...

—Porque Vd. ha querido, nada mas; ¿por qué ha tomado Vd. lo que no le pertenecia? debe pagar la multa: dé Vd. dos pesetas (2).

—Señor, que yo...

—Una peseta mas.

—Mire Vd. que...

—Otra peseta.

Y así, sucesivamente, cada vez que habla le imponen una peseta mas, hasta tanto que el acusado se ve precisado á callar, amedrentado por tan rigurosa justicia.

En seguida abona el importe de las multas, cuyo dinero toma el juez, el cual lo da al *flautinent*, para que se lo entregue al *depositari* del tribunal.

Hecho esto se levanta el presidente.

La sesion ha terminado.

Ahora bien: ¿No es digna de la mas grande admiracion el ver aquellos severos jueces, que ni leer saben, administrar justicia de un modo tan rígido como imparcial?

¿No es verdad, que la originalidad que lleva consigo este famoso tribunal, abre ancho campo para su estudio lo mismo al profundo filósofo, que al sábio legislador.

Parécenos que sí.

Y cuenta que algunas veces ha sucedido, que los acusados eran hermanos ó parientes de los jueces; pero esto en nada ha influido en el ánimo de ellos para inclinar la balanza en favor de sus allegados. Al contrario, entonces es cuando despliegan con más severidad toda su rigidez, toda su energia.

¡Ojalá que nosotros pudiéramos decir otro tanto!

GONZALO HONORIO.

(1) Guarda de término.
(2) Esta cantidad varía, segun el daño que haya podido causar.

LE PUY.

Cabeza de partido del alto Loria, cuenta esta villa con 18.000 habitantes. Su nombre es muy antiguo, y tiene su orígen en una palabra céltica, que significa montaña. Efectivamente, se halla situadá en la pendiente y casi al pié del monte *Anis*, lo cual contribuye á que sea su aspecto en estremo pintoresco. Aun se conservan en sus arrabales los restos de un templo de Diana.

Es muy bello el paseo de Breuil, magnífica su catedral y de un extraordinario mérito la estátua colosal de la inmaculada Concepcion que domina todo el país y que aparece sobre una montaña, al fondo de nuestro grabado, con el niño Jesus en los brazos, á la cual se tiene en gran veneracion, sobre todo, despues del concilio de los obispos y de la encíclica del Padre Santo que ha sancionado el hecho.

A la iniciativa de Luis XIII, que puso la Francia bajo la proteccion de la Vírgen, y estableció una procesion en honor suyo, se debe tambien una romería que se verifica todos los años por el mes de agosto.

Mas tarde, Napoleon I eligió la fiesta de la Concepcion para celebrar la suya.

Y finalmente, Napoleon III ha querido sancionar estas disposiciones, destinando á la ereccion de una estátua colosal de la Vírgen una gran parte de los cañones tomados en Sebastopol. Esta estátua que mide 21 metros de elevacion. Se halla unida por piezas, porque su peso es considerable. Aparece sosteniendo al niño sobre el brazo izquierdo, y con la mano derecha en actitud de bendecir á la Francia.

Le Puy posee además un obispado, un tribunal civil, una Biblioteca, el Museo crocatier, que posee magníficos cuadros, estátuas de gran mérito y mil otras preciosidades. La industria de blondas y de encajes es de una gran importancia en aquel país.

Le Puy es de orígen muy antiguo, y ha cambiado de nombre muchas veces. Se llamó en tiempo de los romanos *Civitas Vellavorum* y *Amitium;* en la Edad Media *Podium*, y mas tarde, siendo ya capital del antiguo Velay, era conocido bajo el nombre de *Puy-en-Velay* ó *Puy de Nuestra Señora*. Es, en fin, una de las poblaciones que mas sufrieron con las guerras de Religion, y es tambien la patria del cardenal Polignac.—B.

PRESENTACION

DE UNA JÓVEN MORISCA Á SU NOVIO.

Una majestuosa solemnidad y un ceremonial esclusivamente suyo y adaptado á sus costumbres, se verifica entre los moros de Marruecos, en ese pais clásico de pastores y de guerreros, cuando tiene lugar la ceremonia de la presentacion de los novios.

Cuando un jefe de familia juzga que es llegada la época de dar una compañera á su hijo, empieza á buscar entre las familias de su rango y de su posicion la de un hombre que tenga, como él, una hija casadera y que pueda convenir á su hijo. Le hace una visita, le hace sus proposiciones y se entienden sobre la dote *que deberá ser ofrecida á la jóven.*

Y decimos *ofrecida á la jóven*, porque entre los musulmanes, al contrario de lo que sucede en nuestro pais, es el marido el que lleva la dote, ó mejor dicho, paga el precio de su mujer, porque esta suma, sea cualquiera, lejos de aprovechar para nada al matrimonio, pasa completamente á manos del padre de la muchacha para que haga de ella el uso que mejor le parezca.

Convenido el dia de la presentacion de los dos futuros esposos, el padre del jóven, acompañado de toda la familia y llevando á su hijo á la derecha, se presenta en casa de la novia.

Esta, sentada con anticipacion en el salon principal de la casa, se levanta al presentarse en el dintel de la puerta la comitiva, y acompañada de su madre, sus hermanas y demás parientes, avanza al encuentro de su prometido y se saludan ceremoniosamente.

Ningun individuo del sexo masculino forma parte del grupo que rodea á la jóven.

En esta entrevista el novio no dirije á su futura esposa sino las palabras más indispensables; se limita á contemplar la fisonomía de aquella, que únicamente para esta ceremonia solemne no va cubierta con el tupido velo con que tapan siempre su cabeza.

La época de la boda queda fijada en esta entrevista y no vuelven á verse hasta aquel dia. El grabado que ofrecemos hoy á nuestros lectores es una copia exacta de una de estas ceremonias.

J. BELZA.

SEVILLA.

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores en la última página de nuestro semanario está tomado de una magnífica *acuarela*, que forma parte hoy dia de un Museo particular, donde se encuentran las mejores obras de nuestros más reputados artistas.

Con un talento especial está hecha la composicion de este cuadro, donde el autor, eligiendo por campo para su obra esa ciudad morisca que se llama Sevilla, con su cielo estrellado, con sus grandiosos monumentos y sus hermosas mujeres, pinta dos escenas á la vez, una de amor, otra de devocion.

Al pié de una reja, detrás de la cual se ve una imágen de la Vírgen, una jóven reza sus oraciones, en tanto que su compañera, que es la figura que se destaca en primer término, escucha los requiebros que la dirige un *macareno*, con todo el gracejo peculiar de la gente de aquel privilegiado país. Nada más gracioso ni más incitativo que esa jóven de negros y rasgados ojos, con su rosa prendida entre sus cabellos de azabache, manejando el abanico y la mantilla como ellas únicamente saben hacerlo, é imprimiendo á los flotantes pliegues de su ancho vestido el impulso necesario á mostrar su diminuto pié y el contorno admirable de una pierna modelo.

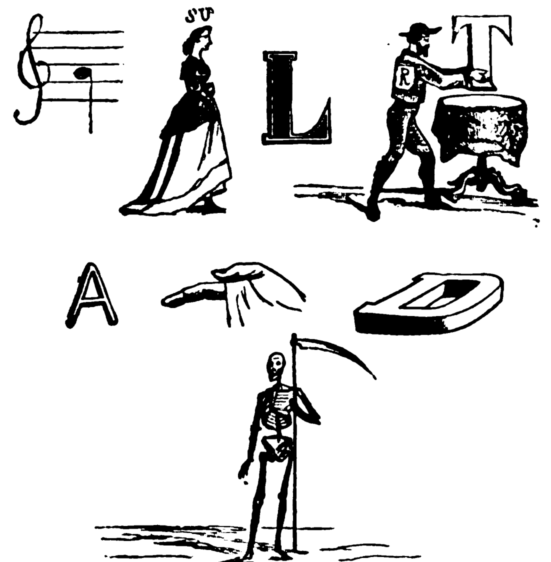
En lontananza aparece la catedral, el más bello de los monumentos que encierra Sevilla. Su torre, llamada *La Giralda*, mide ochenta y un metros de elevacion, y es muy nombrada por la valentia de su construccion.

No es menos bello el palacio del *Alcázar*, cuyos fantásticos jardines hicieron por espacio de mucho tiempo la delicia de los reyes moros.

Solucion del geroglífico del número anterior.

De los cuarenta para arriba, no te mojes la barriga.

GEROGLÍFICO.



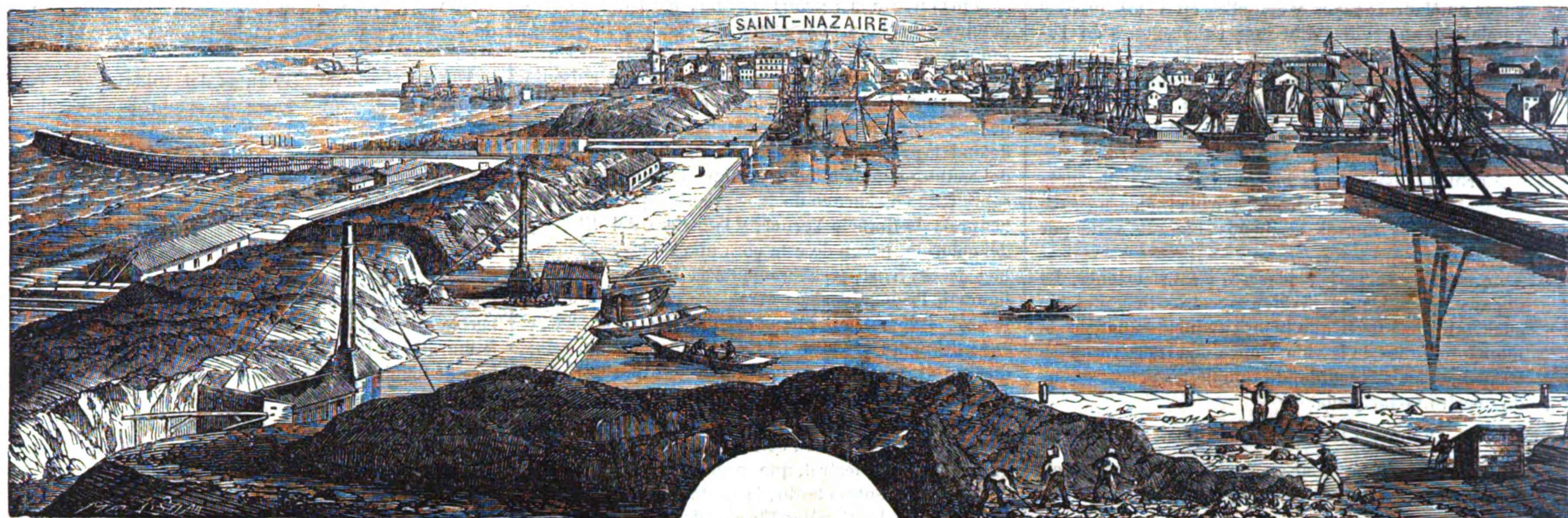
Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



TIPOS ANDALUCES.

El Periódico ilustrado.



Número 16.
DEL 22 AL 29 DE JUNIO DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . CUATRO CALLES.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 50 »	

E. MORIN. H. LINTON Sc.

CRISTIAN IX, REY DE DINAMARCA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Tormentosa por demás ha sido la semana, de la cual tenemos hoy el deber de ocuparnos. Truenos y relámpagos en Madrid; rayos y centellas en Vigo; nubes y vendabales en Sevilla; diluvios y exhalaciones en Teruel, tales son los regalos con que el cielo ha obsequiado á la tierra, que por no ser menos ha correspondido á ellos con crímenes atroces, y con la gran salva de la esplosion del parque de Mobila, que ha ocasionado centenares de víctimas.

Afortunadamente, nos hallamos á alguna distancia del teatro de tantas catástrofes, y nada indica la proximidad de otras nuevas, al menos si han de venir por ese lado.

Aquí todo es alegría; placeres y satisfacciones. La ópera y la política se dividen nuestros instantes, lo cual equivale á decir que hemos reducido á música la monotona prosa de la vida. Nunca con mas razon se ha podido decir, recordando uno de los peores versos de nuestro mejor poeta:

La música las fieras domestica.

Los aficionados á andar en corrillos y á meterse en conversaciones ajenas, están sufriendo muchos desengaños.

—¿Se sabe por fin quiénes son los que entran? preguntaba anoche cierto banquero á dos ó tres amigos suyos.

—Hombre, no se sabe todavía, pero quizá ninguno; las condiciones son ton duras.....

Cualesquiera se hubiera figurado que se trataba del ministerio; pues no señor, se discurria sobre la subasta del Teatro Real

—¡Qué hombre ese! ¡Con qué facilidad recorre todos los tonos! esclamaba un diputado hace algunas horas en los pasillos del Congreso.

—Este ha oido sin duda á Gonzalez Brabo, murmuré yo.

Que si quieres; á las cuatro palabras me soltó el nombre de Tamberlik.

En cambio, á lo mejor se oye uno decir en el teatro:

—Sé positivamente, que á pesar de estar anunciado no puede ir el martes el *Poliutto*.

—¡Hombre! ¿y por qué?

—Porque parece que ha habido una crísis entre los coristas, y se piensa hacer un cambio radical en el sistema de ensayos.

El público lee hoy con mas avidez que nunca los periódicos. ¿No ha de leerlos, si tiene á Arderius con una compañía de zarzuela en Paris, á la Lagrange en Valladolid, y á Julian Romea en Zaragoza? ¿Acaso no estamos todos pendientes del buen éxito de ésas empresas?

A Dios gracias está en buenas manos el pandero. Todas las noticias nos hacen creer que nuestros aires nacionales y nuestras bailarinas han barajado el seso á los franceses. En cuanto á Romea no hay para qué decir lo que sucederá.

Baste saber que noches pasadas, despues de haber representado *Mujer gazmoña y marido infiel*, un aragonés de la cazuela gritaba dirigiéndose á otro:

—¡Chiquio! no le falta más que llamarse Pilar.

De quien no las tenia todas conmigo, era de la señora Lagranje, y veo con gusto que recibe magníficas ovaciones. Y no era mi temor porque yo dudára de lo que vale como artista, sino porque recuerdo el fiasco que en Valladolid hizo Bettini, y como dice el refran: *quien hace un cesto...*

Y ya que de ovaciones se trata, no debe pasar desapercibida la que ha alcanzado el lunes la señorita Civili representando en español en el Liceo Piquer *Una ausencia*, acompañada de varios aficionados de los más notables y conocidos de Madrid. Está demasiado reciente en la memoria de nuestros lectores el juicio que sobre el talento de esta actriz hemos formulado en una revista anterior, para que insistamos en este punto; todo lo que nos permitiremos añadir es que lo mismo en el género dramático que en el cómico brilla la señorita Civili hasta un estremo que deslumbra: *ad utraque lux*.

Deseamos verla esta misma produccion en el teatro, donde con más campo y más libertad en los espectadores, pues en el Liceo era tal la concurrencia que apenas si se podia aplaudir, podremos entregarnos, no ya á la contemplacion de tantas bellezas, sino al éxtasis que nos producen. Entretanto enviaremos nuestra amistosa y cordial enhorabuena á la artista, nada más por llenar esta fórmula de buena sociedad, pues en ley de justicia y de lógica ella es la que debia felicitarnos por la satisfaccion de haberle oido.

Una nueva tengo que comunicar á Vds., que hubiera sido más nueva la semana pasada, pero que corresponde de hecho á la presente. El distinguido pintor, señor Sanz, ha terminado hace poco el cuadro que pintaba por encargo del general Prim. Es un episodio de la guerra de Africa, en el cual el general, al frente de los voluntarios catalanes, penetra por una trinchera defendida por los marroquíes. La acertada disposicion del asunto; el movimiento y animacion de las figuras, sobre todo en el grupo de la izquierda, que recuerda la Surala de Horacio Vernet, y la belleza del dibujo y del colorido, hacen de esta obra una de las más notables del Sr. Sanz, y seguramente la más acabada. La figura de Prim se destaca arrogante en el fondo del lienzo, y lo mismo que el caballo que guia está tocado de mano maestra. Los aficionados acuden estos dias en gran número á contemplar esta pintura, que se halla espuesta en la escalera de la Academia, al lado del ministerio de Hacienda, calle de Alcalá.

Todo el mundo espera con ansiedad la inauguracion de la temporada teatral, que promete ser fecunda en resultados. Mientras tanto, la gente se divierte que es un primor en los Campos Elíseos, donde solo el *Fausto* no ha correspondido á sus esperanzas. Ni la señora Bosquetti, ni el Sr. Vincentelli, ni el bajo Vialetti, ni el barítono Sguarcia, estuvieron á la altura de la obra, ni á la altura de la reputacion que unos gozan y los otros pretenden. Veremos si con la llegada de madama la Grua desaparece la mala impresion que han dejado en el público aquellos señores.

Los teatros de verso se preparan á luchar, y á decir verdad, con mas elementos que nunca. Nuestras ilusiones están cifradas en el éxito de la compañía del Príncipe. Del coliseo que parece constituirse en su rival, todavia no tenemos mas opinion que la que se deduce del conocimiento de sus directores, á propósito de los cuales ha dicho con razon un autor dramático:

Los Catalinas se van
al Circo, y hacen muy bien,
que cuando en el *circo* estén
como en su centro estarán.

Esto es ni mas ni menos lo que hoy dia de la fecha, acontece en la coronada villa. Algun que otro matrimonio se anuncia; alguna que otra corrida de becerros se prepara; algun que otro escándalo se añade diariamente á la crónica, pero asuntos son estos que no deben tratarse tan á la ligera, y que nos reservamos por lo mismo para amenizar la revista que escribiremos el otro jueves, Dios mediante.

M. DEL PALACIO.

DOCE VERSOS.

Vi tu boca, y me dió enojos
Su pequeñez extremada;
De ella aparté la mirada,
Y tropecé con tus ojos.

Los miré con extrañeza,
Y... cuentas no me demandes;
Pero, al mirarlos tan grandes,
Bajé humilde la cabeza.

Y al apartarme de ti
Fui diciendo entre mis sueños:
—¡Los *grandes* y los *pequeños*
Se conjuran contra mí!

EUSEBIO BLASCO.

ACHAQUES DE LA HUMANIDAD.

Con permiso de Vds. me voy á ocupar hoy de la humanidad doliente.

La humanidad doliente es una humanidad como otra cualquiera, que merece, como cualquiera otra, que se ocupen de ella, sin más razon que la que se tiene para ocuparse de otra cualquiera cosa.

La humanidad doliente á que yo me refiero, no es, por cierto, la que citan los estirpadores de callos cuando encabezan sus anuncios: *A la humanidad doliente.* Las dolencias de que voy á ocuparme no son de esa clase: corresponden á la parte moral de la humanidad.

¡Perdon si me deslizo!

Si algunos creen que los achaques que yo cito, más bien son cualidades que defectos, que se guarden su opinion, como yo me guardo la mia, porque no hay razon para que riñamos por tan poca cosa.

Me voy á estrenar con el achaque mayúsculo llamado *Vanidad*, y comienzo remontándome á fechas muy atrasadas.

Allá por el año de 2247 antes del Diluvio, que corresponde al de 2907 del arte de comprobar las fechas, tuvo lugar un acontecimiento estraordinario, cuyos efectos duran todavía. Me refiero á la dispersion de la raza humana, motivada por la confusion de las lenguas, confusion que ocasionó las proporciones gigantescas que los hombres vanos y soberbios dieron á la torre de Babel. Despues de esta época, en que no solo se dispersaron los hombres, sino que tambien se dispersó la razon humana, quedó algo de la antigua soberbia que hizo y sigue haciendo prodigios, tales como la muralla de la China, las pirámides de Egipto, el Coloso de Rodas y, en nuestros dias, el proyecto de la union de los continentes antípodas por medio del cable submarino. Pero lo que no pudo desprenderse de nosotros ni poco ni mucho, fué la pícara pasion de la *vanidad*. Esta se infiltró en la médula de nuestros huesos y en la sangre de nuestras venas, adhiriéndose tan profunda y tenazmente á la materia, que todos los remedios contenidos en la moral, esa farmacopea de las dolencias del alma, fueron siempre insuficientes para estirparla. Puede compararse dicha pasion, como enfermedad, á la solitaria, que una vez posesionada de nuestras entrañas, logramos espeler varas y más varas de su cuerpo, pero nunca conseguimos que arroje la cabeza, que es la raiz, y por consiguiente, nada se adelanta en su destruccion parcial, puesto que una y otra tienen la propiedad de reproducirse de un modo monstruoso. En lo único en que se diferencian la solitaria y la *vanidad* es en que la primera, como enfermedad física, debida nada menos que á la existencia de un sér dotado de vida, es eminentemente material, mientras que la otra carece de forma, sin que por eso deje de tener grandes dimensiones, y está comprendida en el cátalogo de las afecciones morales, ó como ella dice cuando habla por boca de los filósofos, de las dolencias psicológicas. Sin embargo, hay un punto de mayor diferencia entre las dos indicadas enfermedades, y consiste en que así como de la solitaria padecen muy pocos, de la *vanidad* son muy escasos los que no la tienen... y bien voluminosa por cierto.

De este achaque, que se puede calificar de tal sin dificultad de ninguna especie, nacen ciertas pasiones que se forman sin el concurso de otro agente, y que salen como salió Minerva de la cabeza de Júpiter, armadas de punta en blanco, y llenas de fuerza, de valor y de saber.

Cada una de estas pasiones tiene su nombre especial como cualidad recomendable. Bajo esos nombres las enunciaremos sin dejar por eso de indicar que más que cualidades son muchas veces defectos, que nacen de la misma *vanidad*, y que por consiguiente son achaques que aflijen tambien á la humanidad, por más que queramos convencernos de lo contrario...

¡La gloria! Hé aquí una pasion de las que en primer término honran á la especie humana, y que se vale, ora de la espada, ora del pincel, de la pluma y deotros mil instrumentos, para llegar á la satisfaccion de sus grandes aspiraciones. Indudablemente, es una cualidad recomendable y necesaria, y la mas noble y digna entre todas las que puedan citarse. Pero, á pesar de ello, debe considerársela, sin temor de ser profano, como un *achaque* que se funda en la *vanidad*, por mas que no puedan ni deban deplorarse sus resultados.

Es un defecto, casi necesario, que esta cualidad ha de tener para que sea noble y digna. Quizás haya quien considere esto como un contrasentido ó contradiccion; pero reflexionando con alguna madurez, se verá como no es si no una verdad deducida de los mismos hechos. ¿Qué seria de esta pasion si la recompensa moral de ella no lisonjeara vivamente el amor propio de los hombres? ¿Quién me dice que muchas hazañas ilustres, muchas obras maestras y muchos descubrimientos importantes no se deben en gran parte al vehemente deseo que todos tenemos de singularizarnos, y por consiguiente, á la *vanidad?* Por fortuna, los que legítimamente se han encaramado en la cumbre de la gloria, si bien impulsados muchas veces por la espresada palanca, merecen disculpa y aun respeto, puesto que, para llegar al resultado que pretendieron, han te-

nido corazon é inteligencia, cualidades de que todos los hombres se consideran dotados equivocadamente; pues los hay de inteligencia negativa, que presumen de sábios, y los hay que no tienen pizca de corazon, ó lo que es peor, que lo tienen á la derecha, como decia *El médico á palos*. Pero, ¿qué importa que Alejandro acometiera sus conquistas por la vanidad de que un nuevo Homero cantara un dia sus proezas como las de Aquiles; que un César se exaltara por la vanidad de imitar á Alejandro; que un Vasco de Gama doblase el Cabo de Buena Esperanza por la vanidad de competir con Cristóbal Colon, ó que Rafael produjese obras inmortales, por la vanidad de no ser inferior á Miguel Angel? ¡Dichosas naciones y afortunadas épocas las que prodigan estas vanidades! Lo que debe ya deplorarse es que, cuando la capacidad no corresponde á la ambicion de los vanidosos, estos tomen el rábano por las hojas, y busquen la inmortalidad ó la popularidad por caminos estrambóticos. Sabido es que Erostrato quemó el templo de Diana por el deseo de pasar á la posteridad y... ¡cuántos Erostratos hay en el mundo!

Estos desdichados son los que despojan esta pasion de su nobleza, para convertirla en un defecto ridículo. La gloria la hacen consistir estos infelices en la satisfaccion de su amor propio, y entonces la vanidad, despojada de otro noble sentimiento, se presenta desnuda y casi repugnante, parodiando formas á cual mas estrañas y caprichosas... Hay quien tiene vanidad en escribir bien, y quien la tiene en escribir mal, lo que es muy frecuente... A muchos conozco yo que por solo la circunstancia de hacer una letra indescifrable, les ha faltado lo necesario, no solo para darse importancia en la sociedad, sino hasta para facilitar trabajo á los órganos de la digestion; y sin embargo, se pavonean con la rara habilidad que tienen de hacer mala letra, por aquello de que los ricos, á fin de probar que no están obligados á ser pendolistas para vivir, suelen escribir pésimamente. ¡Como si los ricos que hacen este cálculo no debieran avergonzarse de lo mismo que toman por una gracia, ó tambien como, si remedando sus defectos, se tuviese la probabilidad de participar de su fortuna. Lo cierto es, que muchos pobres sándios han dado en la flor de singularizarse escribiendo mal, y aun apostando á quien escribe peor, lo cual, además de ser altamente ridículo, porque representa la vanidad en caricatura, es tambien contraproducente.

En sus cualidades ó defectos se confunde con la gloria el orgullo, que es, como aquella, hijo legítimo de la vanidad; pero por mucho que se quiera confundir con ella, se diferencian, cuando menos, en sus aplicaciones.

El orgullo ha salido tan parecido tambien á la vanidad, que hay dificultad en distinguirlos.

El orgullo nunca deja de ser un achaque, un defecto, una falta; pero algunas veces puede escusarse con la justicia de su fundamento, ó con la nobleza de su objeto. El que funda el orgullo que ostenta en la gloria que justamente ha adquirido paga, en verdad, un tributo á la vanidad; pero justifica en parte aquella falta, ó está compensada con una accion brillante. El que ostenta orgullo, sin tener en qué fundarlo, ó fundándolo en cosas pueriles y ridículas, presenta tan desnuda su mezquina pasion, que provoca por necesidad la risa y el escarnio. Pueden citarse como ejemplos algunos de estos últimos, que adolecen del defecto, sin tener la cualidad, y con dichos ejemplos nos escusamos de alegar otras consideraciones.

Hay algunas personas, que fundan su orgullo en las circunstancias que directa ó remotamente les ponen en relacion con ciertas notabilidades. Una señorita, recordamos que se llenaba de orgullo, diciendo que se parecia á la emperatriz Josefina, como si no le tuviera mas cuenta parecerse á su padre; otra enseñaba un lunar que tenia en la garganta, recordando que los abencerrajes del antiguo reino de Granada lo tuvieron tambien en el mismo sitio... *salva sea la parte*. Otras muchas se han recreado y se recrean por tener el cabello rubio, como nuestra reina actual, ó los ojos azules como la reina de Inglaterra, ó por haber nacido en el mismo dia, mes y año que alguna señora infanta. Nada estraordinario habria en que aceptasen con placer estos puntos, aunque lejanos, de similitud; pero es el caso que al ostentarlos toman un aspecto tal de gravedad, que cualquiera diria que es para hacerse la ilusion de que hay algo de régio en sus personas; esto es, para identificarse más completamente con las reinas y princesas con quienes tienen el remoto punto de semejanza, y casi, casi exigen que se le dé el tratamiento correspondiente. Tambien se conocen hombres que han fundado su orgullo ridículo en cosas parecidas..... Uno suponia con énfasis haberse alojado en Ciudad-Rodrigo, en la misma alcoba donde durmió Lord Wellington; otro se jactaba de parecerse á Mirabeau, pero no en lo elocuente, sino en lo feo; y en efecto, lo era en grado heróico y eminente; otro se preciaba de poseer los mismos defectos que J. J. Rousseau, sin tener su talento; y hay mas de ciento que pretenden parecerse á Napoleon, sin que por eso se sientan inspirados para pasar el puente de Arcola ó el monte de San Bernardo..... Por último, hemos conocido un sujeto aquí mismo, en Madrid, que no cabia en sí de orgullo porque tenia un aguador que se llamaba Alejandro el Grande. El hecho se hizo muy público, y puede que alguno lo haya contado antes; pero por si acaso lo ignoran Vds., allá vá tal como es.

¡Alejandro el Grande, aguador! Nosotros que solemos pecar de curiosos, tuvimos el vano deseo de conocer al mencionado aguador, siquiera por el nombre retumbante que llevaba debajo de la cuba, y averiguar el orígen de tan chocante nombre; y supimos que en la famosa fuente de Puerta Cerrada habia dos aguadores con el nombre de Alejandro, de los cuales, el uno era de muy pequeña estatura, y el otro tenia siete ú ocho pulgadas sobre la marca; de modo que para distinguirlos, sus compañeros, que no conocian la historia y por consiguiente ignoraban la profanacion que hacian de un nombre glorioso, á uno le llamaban *Alejandro el chico* y al otro *Alejandro el grande*. Esta esplicacion nos satisfizo, y entonces tuvimos la vanidad de enseñar al astur Alejandro, quién habia sido su homónimo, el héroe macedónico, y las grandes hazañas con que supo conquistar uno de los imperios más vastos que han visto los nacidos. «Pues mire Vd., mi amu, dijo el aguador; algo sospechaba yo de esu que me está Vd. cuntandu por las bromas que me dan en algunas casas, y quizás á causa de esu y de mi honradu comportamientu tingu, gracias á Dios, tan buena parroquia, que pueda ser que haya yo llevadu más cubas de agua sobre los hombros que bayonetas tuviera bajo sus órdenes ese Alejandro de quien me fala.» Y seguramente se podia creer lo que decia el asturiano, no solo porque tenia trazas de haber trasportado muchas cubas sobre aquellos hombros atléticos, sino porque en tiempo de Alejandro Magno aun no se conocian las bayonetas.

El orgullo aquí parece que no debia ser de los dueños de las casas que el nuevo Alejandro Magno abastecia de agua, sino del mismo Alejandro; pero entonces no hubiera tenido tanta dosis de ridículo, ni lo hubiéramos presentado como un hecho digno de mencionarse.

Despues del orgullo, vienen otros defectos ó cualidades, cuya indicacion vamos á dejar para otro dia, si á Vds. les parece.

M. HIRALDEZ.

TIPOGRAFÍA.

La Srta. doña Javiera Morales, ha tenido la amabilidad do remitirnos el prospecto de la Academia que intenta establecer en esta corte, con el objeto de hacer estensivo al bello sexo el arte de la tipografía, proporcionando á este un nuevo elemento de trabajo y de subsistencia, del cual se halla escluido hasta el dia.

Digno es el pensamiento de la Srta. doña Javiera Morales, y creemos que alcanzará el lisonjero objeto que se propone, y con el de ayudarla en cuanto de nosotros dependa y que tenga toda la publicacion que se merece, insertamos á continuacion la notable manifestacion con que encabeza el referido prospecto. Dice así:

«Profundizando el estudio social de nuestras costumbres y analizando detenidamente las necesidades cuya satisfaccion reclaman con imperiosa voz las clases menos acomodadas, preciso es comprender que hay grandes vacíos que llenar, sobre todo en la educacion de nuestro sexo, y en la manera de proporcionar medios de subsistencia á un ser tan expuesto á caer, por falta de recursos, en el profundo abismo de la desgracia y del abandono.

Abrir un nuevo horizonte á las jóvenes honradas y laboriosas que huyen de la senda del mal buscando en el trabajo un apoyo mas digno: mejorar en todos conceptos las condiciones que rodean á esa juventud que ha de ser la base de la regeneracion de nuestra sociedad: crear un porvenir para la mujer, obligada tal vez á luchar en el borrascoso mar de la vida con la miseria y las privaciones: aumentar con estos elementos la base en que descansa una esmerada educacion, hé aquí el objeto de la idea que pensamos llevar á cabo, confiadas en el apoyo de cuantas personas comprenden la significacion moral de un proyecto que vá á influir en nuestras costumbres.

¡Cuántas veces la miseria y el ocio han conducido á la mujer desde sus mas tiernos años al escabroso sendero de su perdicion, y en cuántas ocasiones la necesidad de alimentar á una madre ó á unos hijos ha cubierto con un velo la conciencia arrastrándola al pricipicio!

Es preciso reconocerlo así: con la actual carestía de los artículos de primera necesidad, con el escesivo precio de los alquileres, es indispensable, al menos, equilibrar los medios de subsistencia, preparándonos á abrir muchas puertas que pueden proporcionar á la mujer un porvenir mas halagüeño.

Hoy por desgracia, en los trabajos á que las jóvenes se dedican por mas de doce horas diarias, no ganan generalmente ni aun lo necesario para su propio alimento.

La moralidad en las diferentes clases sociales está en relacion directa con los medios de que dispone el individuo para su subsistencia. Deber de la sociedad es aumentar los recursos facilitando el trabajo, y á medida que las necesidades crecen desarrollar las fuentes de la industria y de las artes para que á todas alcancen sus ventajas. Con el fin de mejorar las costumbres, preciso es atacar por su base la propension al vicio, y hacer que desaparezcan las circunstancias que á él conducen.

Hay trabajos que en otros paises son tambien patrimonio de la mujer, y á los cuales en España no se ha intentado siquiera dar condiciones para que sean desempeñados por aquella, procurándola de este modo recursos propios á fin de constituirla una dote y alcanzar con esta las indisputables ventajas de un matrimonio, que á los elementos materiales reuna la circunstancia de poder educar á los hijos con el sublime ejemplo del trabajo de los padres.

Nosotras que prácticamente hemos observado que en la tipografía tenemos un medio de subvenir á las necesidades de la vida: nosotras que deseamos desarrollar el trabajo en vasto círculo para nuestro sexo, y que hemos visto cuántas ventajas ha de reportar á la mujer el encontrar un nuevo camino para su porvenir moral y material, no vacilamos en ofrecer nuestros débiles esfuerzos, contribuyendo á buscar otro medio de subsistencia de resultados mas prontos y útiles, que los hasta aquí conocidos. Es necesario que así como para el hombre se abren cada dia nuevas carreras, horizontes nuevos, hagamos por nosotras mismas cuanto exije el deber que la sociedad nos impone.

Repetimos que los resultados son inmediatos y prontos: que en muy corto tiempo, con el trabajo que proponemos, se llega á alcanzar una ocupacion lucrativa y amena; y no solo es aceptable este medio como recurso para ganar un jornal, sino que tambien es indudable que en la educacion puede llenar cumplidamente su objeto, contribuyendo á fijar en la memoria los escritos que se tienen á la vista para componer.

Las anteriores consideraciones que han de llevar el convencimiento á cuantas jóvenes lean las presentes líneas, y á los padres de familia á quienes tanto interesa un pensamiento de esta índole, vendrán á ser demostradas por la esperiencia, á la cual confiamos el éxito de nuestro propósito.

La práctica, mejor que las pomposas promesas, nos ha de alcanzar la realizacion del vasto plan que establecemos, y que encontrará su apoyo en los que desean mejorar las condiciones materiales para el porvenir de la mujer, como poderoso móvil de la civilizacion y sólida base de la moralidad.

***

No es nuestra la iniciativa en el plan que nos proponemos. En otros paises, y particularmente en Lóndres, se publica un periódico escrito y compuesto por señoritas, sin que la mano del hombre tenga la mas pequeña parte en su confeccion.

En Penfield, estado de Nueva-York, vive una niña de doce años, que publica un periódico redactado casi todo por ella, y compuesto tambien desde el título hasta la última línea. Su padre, antiguo tipógrafo, que á causa de sus dolencias ha quedado inútil para el trabajo, ha dejado á su hija su pequeña imprenta. Despues de la muerte de su madre, esta niña mantiene á su padre y á sus tres hermanas mas pequeñas, con su sola industria. Espera, dice, educarlas decentemente



LAS FLORERAS DE NÁPOLES.



LA CAZA DE LOS LEONES.

si sus abonados continúan honrando con su proteccion su periódico semanal.

¡Niña admirable! exclama la acreditada Revista semanal titulada *El Progreso*, al publicar esta noticia: ¡Ejemplo digno de ser imitado! decimos nosotras, y prueba ostensible que viene á demostrar cuánto puede alcanzarse con el trabajo constante cuando reune las condiciones del que vá á ser objeto de nuestra Academia.

*
* *

El establecimiento estará exclusivamente á cargo de las hermanas de la que suscribe, y únicamente tendrá entrada en el salon destinado á las alumnas el padre de la directora, á quien debemos los conocimientos que nos proponemos estender.

La Academia dará principio el dia 1.° de junio. El plazo para matricularse termina el 30 del mismo. La enseñanza es gratuita: las condiciones para la admision y asistencia á los talleres serán objeto de un convenio especial entre los padres ó encargados de las interesadas y la directora, y no serán admitidas sin que conste de una manera evidente que son personas de irreprensible conducta.

Las horas de la Academia estarán divididas en dos secciones: por la mañana de 9 á 12 y por la tarde de 3 á 6.—Las alumnas que deseen asistir en horas extraordinarias lo manifestarán al tiempo de matricularse.

*
* *

Para asegurar el trabajo en el establecimiento y que nunca falte una retribucion proporcionada á las alumnas que se encuentren ya en el caso de trabajar, tenemos proyectada la publicacion de una revista semanal que con el título de *El Album de las Familias*, reunirá las condiciones de ameno y útil, dedicando una seccion especial á dar cuenta de los progresos de la Academia.

Este Semanario cuenta con la colaboracion de ilustrados publicistas y de algunas de nuestras mas distinguidas escritoras, encargándose de su direccion un conocido literato.

El precio de la Revista será acomodado á todas las clases, y creemos que el público ha de corresponder á nuestro propósito, cooperando con las suscriciones al pensamiento de esta publicacion, que será un elemento más para la realizacion de un proyecto, que de seguro ha de llevar la prosperidad al seno de muchas familias.

La directora, JAVIERA MORALES Y BARONA.

EL AMOR DE UN POBRE.

DOLORA.

Los pobres de los ricos son hermanos...
¡Vaya una gran verdad!
Exclamarán en coro los humanos
Que tengan caridad.

—

Mas de este mundo falso y novelesco
Un cuentecillo oireis,
Y sin duda ninguna, el *parentesco*
Tan claro no vereis.

—

¡Cuento! mal dije; una sentida historia,
Que no os hará reir:
Conservarla fielmente en la memoria,
Que la voy á escribir.

—

Era Rosa una niña... ¡ideal portento!
Por quien sentia Juan
Esa viva atraccion, que une al momento
El acero al iman.

—

Pero Juan era pobre, y no tenia
Que ofrecer con su amor,
Mas que su corazon, que consumia
Un amargo dolor.

—

Luchando el pobre Juan con su impotencia,
Y perdida la fé
En Rosa, que era toda su existencia,
Murió... no sé de qué.

—

¡Al que muere lo entierran! Es muy cierto;
Pero Juan, sin un real,
(si no lo he dicho ya, ahora lo advierto),
Murió en el hospital.

—

Murió en el hospital, y al que le alcanza
la guadaña sutil,
Y no deja con que llenar la panza
A la codicia vil,

—

Es despedido en su postrer *viaje*
Como un misero Adan,
Sin música, sin canto, sin carruaje...
¡Así se enterró á Juan!

—

Sobre su tumba triste y silenciosa
Nadie llanto vertió...
¡Ni una lágrima sola!—Pero, ¿y Rosa?
—¡Nunca á Juan conoció!!!

REMIGIO A. CAULA.

MEMORIAS DE UN LOCO

POR

DON EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Dos palabras.

El autor tenia un amigo.

Su amigo que se llamaba Alberto Contreras estaba siempre triste.

Su tristeza iba aumentando de dia en dia.

Sus amigos estaban alarmados.

Su familia en la mayor consternacion.

Nada le distraia, nada le alegraba.

Su trage era siempre negro como el porvenir que le pintaba su fantasía.

Su persona descuidada como el desaliento.

Su paso lento y cansado.

Su mirada vaga é intranquila.

Indudablemente Alberto sufria; pero la causa de su sufrimiento era ignorada de todos.

El autor procuró conocer el motivo de aquel dolor mudo y terrible; pero en vano hizo los mayores esfuerzos para conseguirlo.

Por fin Alberto empezó á tener algunas manías.

Su familia y sus amigos quedaron tristemente convencidos de que el jóven estaba loco.

Su locura, sin embargo, era tranquila.

No hacia daño á nadie.

Solo hablaba de *ella*.

Esta *ella* era para todos un mito.

Nadie la conocia.

. . . .

. . . .

Por fin una mañana el jóven salió de su casa.

Se le esperó inútilmente todo el dia.

Y pasó una semana.

Y un mes.

Alberto no volvia.

Las pesquisas hechas para encontrarle, no habian producido resultado alguno.

Todos creiamos que se habia suicidado.

Un dia el autor recibió un paquete, cerrado con lacre.

En el sobre conoció la letra de su infortunado amigo.

Rompió apresuradamente el nema, y encontró un manuscrito de algunos pliegos.

El autor recorrió todas sus páginas.

Era una historia de lágrimas á que Alberto habia dado el horrible título de MEMORIAS DE UN LOCO.

El autor no ha podido resistir al deseo de publicar estas Memorias, tal como llegaron á sus manos.

Hélas aquí.

I.

21 de enero 1855.

¡Qué hermosa es!

Yo no habia visto nunca una mujer semejante.

Su cútis, blanco como la nieve, su elevada estatura, su majestuoso y elegante porte; el brillo de su poblada y negra cabellera, el ligero tinte de palidez que empaña su semblante, y sobre todo, el dulcísimo mirar de sus hermosos ojos garzos, ha quedado grabado en mi corazon de diez y siete años con caracteres indelebles.

¡Qué feliz debe ser el hombre á quien esta mujer ame!

Me han dicho que se llama Adela.

¡Adela!

¡Qué nombre tan dulce!

¡Cómo gusta repetirlo una y otra vez!

Su familia es amiga de la mia.

Su madre me ha ofrecido su casa.

¡Qué bondadosa me ha parecido su madre al concederme el derecho de visitarlas!

II.

24 enero de 1855.

Han pasado tres dias desde que la ví.

En estos tres dias solo he pensado en *ella*.

Hoy he estado en su casa.

Me han recibido con gran amabilidad.

Debo haberlas parecido tonto.

Ocupado en mirarla, no se me ocurria nada que decir.

Al despedirme, la he estrechado la mano, y la circulacion de la sangre se ha interrumpido en mis venas por aquel momento.

Decididamente, yo la adoro.

III.

He vuelto á verla en el paseo.

¡Qué hermosa es!

IV

Anoche la ví en el teatro.

Sentado en mi butaca pasé las tres horas que duró la funcion ocupado en contemplarla.

No sé si lo que hacian era un drama ó un sainete, ignoro si el teatro estaba alumbrado ó á oscuras, si habia ó no concurrencia.

Yo no ví mas que á *ella*.

Quise visitarla en su palco pero no tuve valor para acercarme.

Temia ser víctima de un sueño y no queria que al levantarme de mi butaca se desvaneciese.

Por otra parte ¡que mayor felicidad que verla!

Al salir la he saludado.

Y me ha mirado.

Y se sonreia.

Y yo estaba loco de placer.

¡Si me amará!

¡Si habrá conocido que la amo!

V

Mi familia me habla de mi porvenir dudoso, que debe asegurar una carrera.

Tienen razon.

Pero para esto es preciso dejar á Valencia, marchar á Madrid y yo no tengo valor para ello.

Dejar de verla es dejar de vivir.

Sin embargo, es preciso.

Mi corazon se desgarrará.

Pero no inporta, yo quiero ser mucho para *ella*.

Trabajaré, estudiaré, sufriré la privacion y la vigilia, porque yo quiero ser grande, porque yo ansío ser sábio, necesito ser admirado, para deponer á sus piés mi grandeza, mi sabiduría y la admiracion de los hombres.

Yo quisiera poder alfombrar su camino con los laureles de Colon, de Gonzalo de Córdoba, de Cervantes, de Cisneros, de Byron y de Espronceda, porque para los ángeles no hay mas alfombra digna que la gloria.

Para esto es necesario trabajar.

Yo trabajaré.

Dicen que tengo talento.

El recuerdo de su belleza me dará valor.

Estoy decidido.

Antes de partir quisiera declararla el amor que me inspira.

Pero no sé cómo.

Ya fuí á un baile para hacerlo y no conseguí mi objeto.

Bailé con ella, y al estrechar su cintura entre mis brazos, me olvidé de todo, hasta de que la amaba.

La dicha me tenia embriagado y la voz se heló en mi garganta.

A sus palabras no pude contestar sino con entrecortados monosílabos.

El sonido de su voz argentina heria directamente mi alma, sin hacer apenas sensacion en mis oidos.

Concluyó el baile.

Yo estaba ya lejos de ella.

Y su voz resonaba aun dulcemente en mi corazon.

Lo que me pasó en el baile, me pasará cuantas veces trate de hablar á esa mujer encantadora.

Me decido, pues, á escribirla.

Trazo veinte cartas y rasgo otras tantas.

Unas son largas, cortas las otras, aquellas frias, estas demasiado confusas.

Está visto, yo siento demasiado para esplicar lo que siento.

¿Y habré de marcharme sin que sepa que la amo?

Sí, volveré pronto, y por otra parte el lenguaje del corazon que he hablado sin querer con ella, debe haberla dicho lo bastante por medio de mis ojos.

Indudablemente me entiende.

La mujer que es toda alma, toda sentimiento, comprende con un instinto admirable la pasion que inspira.

Solo las mujeres vulgares necesitan el lenguaje de las palabras.

Y *ella* no puede ser una mujer vulgar.

VI

30 *Marzo* 1865.

Hoy por fin parto para Madrid.

Ayer me he despedido de *ella*.

Al dejarla, creo que una lágrima ardiente surcó mi mejilla.

Es la primera vez que lloro desde que dejé de ser niño.

Es verdad que es tambien la primera vez que amo.

VII

Ya estoy en Madrid.

La corte me ha parecido un hermoso cementerio.

Estos paseos, estas calles, estos teatros que yo antes frecuentaba, y en donde hallaba mi felicidad de niño, me parecen ahora áridos desiertos.

Dicen que Madrid está mas hermoso cada dia.

Lo cierto es que yo suspiro por las fértiles orillas del manso Turia.

Es que mi imaginacion está *allá*.

Es que yo he traido mi cuerpo á la corte, pero he dejado mi alma en la provincia.

Pero basta de reflexiones; no he venido aquí para reflexionar, sino para hacer algo.

Empezaré por estudiar, tiempo habrá cuando sepa, de pensar en el modo de utilzar mis estudios.

Desde mañana asistiré á las clases y nada de vacilaciones inútiles, que retarden la realizacion de mis esperanzas.

Todo el trabajo me parecerá poco, mis penas serán todas insignificantes, todo lo sufriré, todo, hasta la humillacion, porque yo quiero ser mucho, y una voz interior me dice que llegaré á serlo.

Cuando falto de fuerzas, vaya á caer en brazos del desaliento ó del vicio, evocaré su recuerdo, y *ella* me dará valor para proseguir la gigantesca lucha que he emprendido.

¡Ella!

¿Que hará á estas horas?

¿Se acordará del pobre ausente?

Esta sola posibilidad me embriaga de dicha

VIII

He vuelto á ver á mis antiguos compañeros.

Hoy he empezado á estudiar.

¡Quiera Dios echar sobre mis estudios su bendicion omnipotente!

IX

Setiembre de 1856.

Sin perjuicio de contiuar en mis estudios, he entrado en un periódico político.

Paso en la redaccion todos los dias cuatro horas mortales.

Estoy encargado de la parte estranjera, y por cierto que se necesita valor para ocuparse de los asuntos de Rusia ó de la Sublime Puerta, cuando se acaban de cumplir los diez y nueve años.

Sin embargo, la prensa política es en España el escalon porque se sube á todos los puestos y yo he subordinado todos mis placeres, todas mis aspiraciones, todas mis ilusiones de niño á una idea única que se ha apoderado absolutamente de mí.

—Es preciso—me digo todos los dias, y emborrono una por una las cuarenta cuartillas, próximamente que exige mi cometido.

Mi modesta posicion no está exenta de sinsabores; pero yo tengo valor para arrostrarlos todos.

El director del periódico elogia mi actividad y acierto en el desempeño de mis obligaciones.

¡No sabe él cuánto bien me hace con sus elogios!

¡No sabe cuánto se los agradezco!

Ellos me animan más y más, y son como el paso que guia al marino en las tempestades, mostrándole el camino del puerto, á que acaso desesperaba de arribar.

Si miente al elogiarme... ¡Dios le bendiga por su benéfica mentira!

Entre tanto sigo estudiando dia y noche para adornar mi entendimiento con las muchas galas de que carece.

Quisiera poder estudiar veinte cosas á un tiempo.

El conocimiento de las ciencias exactas puede abrirme las puertas de las carreras especiales.

Los idiomas, acaso me permitan ingresar algun dia en el cuerpo diplomático.

El estudio del derecho político y administrativo me proporcionará tal vez un puesto importante en la prensa ó en la administracion del Estado.

A mí todas las carreras me son indiferentes, con tal de que me adquieran una posicion digna de *ella*.

(Se continuará.)

FÁBULA AMABLE.

Cuando se hubo casado Baldomero,
Aprendió que es mejor estar soltero.
Lecciones la experiencia nos procura
Cuando ya nuestro mal no tiene cura.

M. TRASCÓ.

SAINT-NAZAIRE.

Saint-Nazaire es un pueblo completamente nuevo, salido como *Délos*, del seno de las ondas.

En el primer imperio se pensó en utilizar la ensenada de *Saint-Nazaire*, situada á la orilla del Loria, y en las mismas condiciones que el Havre, en la embocadura del Sena.

En 1803 y 1804, el ministro de marina envió á Saint-Nazaire dos ingenieros con el objeto de examinar el terreno y que emitiesen su opinion sobre si seria posible crear un puerto y una rada á propósito para la construccion y carenage de los buques.

Su informe fué favorable, pero advirtiendo que la rada no podria contener mas que dos buques de alto bordo á la vez, y que segun su presupuesto, todas las obras vendrian á costar unos cuatro millones de francos.

En el dia, *Saint-Nazaire* es una ciudad marítima, de gran importancia, y cuenta más de diez mil habitantes; posee un magnífico puerto y una dársena protegida por un dique de doscientos metros de estension, delante de la cual existe otro puerto de varada.

Seis empresas de vapores le ponen en contínuas relaciones con Nantes, Ancenis, Belle-Isle, el Oriente, Brest, Portugal, Gibraltar, las Antillas, Brisol y Méjico.

Saint-Nazaire es sin duda alguna uno de los principales puertos marítimos de la Francia.

CRISTIAN IX, REY DE DINAMARCA.

El rey de Dinamarca, cuyo retrato ofrecemos hoy á nuestros lectores, nació el 8 de abril de 1818, y lleva el nombre de Cristian de Schleswig-Holsteim-Sonderbourg-Glucksbourg. Se casó el 26 de mayo de 1842 con la pricesa Luisa Wilhelmina-Federica-Carolina-Augusta-Julia de Hesse-Cassel, y fué designado como príncipe heredero del trono de Dinamarca, por la ley de 13 de junio de 1853.

Dotado de un físico estremadamente simpático, la dulzura y la nobleza se pintan en sus facciones. En el reino que hoy gobierna estalló una revolucion en 1860 contra los nobles, que dió á la soberania el poder absoluto, pero Federico VII, lejos de abusar de esta circunstancia, á su advenimiento al trono en 1848, dió á su pueblo una Constitucion eminentemente liberal.

Copenhague, capital del reino, se halla situada en la isla de Sceland, y contiene ciento veinte y cinco mil habitantes.

Fundada esta ciudad en 1043, no era en aquella época otra cosa que una pobrísima aldea, habitada por pescadores. Erigida en cabeza de partido en 1284, empezó á ser la residencia de la córte en 1443. Un horroroso incendio la destruyó en 1728, y mas tarde, en 1807, los ingleses la bombardearon, hallándose en plena paz. Dos mil habitantes perecieron entre sus ruinas. La biblioteca del rey es una de las mejores que existen en Europa.

Federico VII al morir, legó la corona á Cristian en momentos bien difíciles. La integridad de la Dinamarca fué amenazada, los ducados del Schleswig y de Holsteim fueron invadidos por los ejércitos de dos enemigos coaligados y poderosos. El rey Cristian y sus valientes soldados han luchado con un valor heróico, pero..... ¿á qué decir más? En la conciencia de todo el mundo está si ha sido ó no justa la terminacion de esta lucha. En esta ocasion ha triunfado una vez más la fuerza numérica de la razon y del derecho.—B.

LAS FLORERAS DE NAPOLES.

El grabado que presentamos hoy de las Floreras de Nápoles, se halla tomado de un magnífico cuadro de Curzon, que es una notabilidad en este género de composicion.

Los tipos, los trajes, la entonacion del dibujo, todo es de una exactitud estraordinaria, y es una obra digna de fijar la atencion del público.

LA CAZA DE LOS LEONES
EN LA ARGELIA.

La Caza de los Leones, que ofrecemos á nuestros suscritores, es uno de los mas bellos cuadros del célebre pintor Horacio Vernet.

Daremos algunos ligeros detalles sobre el asunto que lo motiva para mejor inteligencia de aquellos.

La fiera que aparece en el segundo término, es una leona rodeada de cazadores. Observa que el leon, acribillado de heridas, ha rodado ya por la arena, y que la arrebatan sus cachorros, y rugiendo de una manera terrible, se lanza sobre sus numerosos enemigos para arrebatarles su presa. Uno de ellos ha sido ya derribado; pero el cañon de la pistola de este se apoya sobre la cabeza de la leona, el tiro va á partir, y la lucha quedará terminada.

La escena está llena de vida y de movimiento: los caballos relinchan de pavor y se encabritan; pero sienten en sus ijares la presion vigorosa de los ginetes, y obedecen su mandato.

Es una lucha en que el hombre vencerá siempre á la fiera, por su audacia, su inteligencia y las armas terribles de que dispone.

Es una magnífica página de estudio para nuestros cazadores de conejos y de gorriones.

LOS PESCADORES.

Despues de una semana de fatigas y privaciones, el sábado por la noche llega por fin para los infelices pescadores, y la última operacion, la última faena de aquel dia, es la que reproducimos en la lámina de la página 128. Observad cómo trabajan por arrastrar su barca sobre la playa y ponerla al abrigo de la marea. Uniendo sus esfuerzos tiran del cable para conducir sobre sus calas la embarcacion, la cual aun se haya cargada con el producto de la última pesca.

Todo aquel que haya navegado, que se haya visto en plena mar, ante esa magnífica inmensidad que hace pensar en Dios, comprenderá la devocion sincera, la piedad de los pescadores.

Al dia siguiente, domingo, su primer cuidado es dirigirse á la modesta iglesia del pueblo, y allí, de rodillas, dan mil gracias á Dios porque ha velado toda la semana por su barca, y elevan sus oraciones y plegarias para que continúe en la semana próxima prestándoles su amparo y proteccion; y llenos de fé, vuelven á emprender el lunes su rudo trabajo y una vida tan llena de fatigas y de penas como de privaciones y peligros.

Solucion del geroglífico del número anterior.

La mujer suele ponerte
A dos dedos de la muerte.

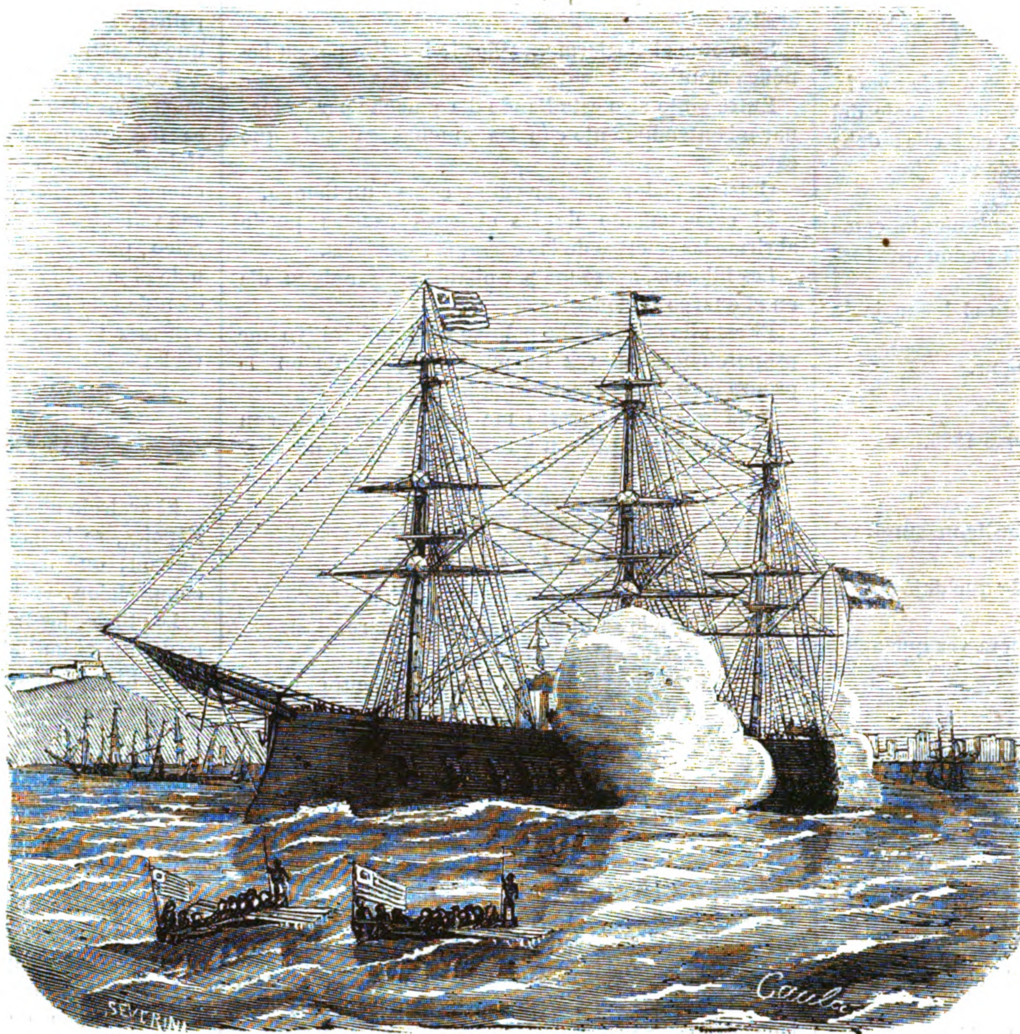
Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

LA NUMANCIA.

Hoy publicamos un grabado de este magnífico buque español blindado, el primero de su clase que ha poseido la marina española, y el cual, por las pruebas que ha arrostrado victoriosamente, es sin disputa uno de los mejores que se conocen.

Se acabó de construir en este mismo año, y los viajes de demostracion que hizo en seguida de haber sido botado al agua, dieron origen á vivas polémicas sobre su resistencia y condiciones. Sin embargo, se demostró tan públicamente que poseia todas las condiciones necesarias, que el gobierno no tuvo dificultad en enviarlo á reforzar la escuadra del Pacífico, arriesgando en un viaje tan largo y peligroso la prueba mas palmaria de las buenas cualidades del buque. El resultado ha venido á demostrar que era muy fundada la confianza del gobierno. *La Numancia* ha atravesado ya el Estrecho de Magallanes, en donde antes de embocar sufrió un tiempo duro del S. E. con mar gruesa. *La Numancia* se porta tan perfectamente, que apenas se conocia en ella el temporal, mientras que *El Marqués de la Victoria*, buque no blindado, pero de escelentes propiedades marineras, tuvo algunas averías, llevándose los golpes de mar una de las bitácoras.



LA NUMANCIA.

La salud del equipaje era inmejorable, ¡y el horno para hacer pan, que segun parece era el *bu* de la gente rutinera, funcionaba perfectamente bien, produciendo brillantes resultados en la conservacion de las tripulaciones el suministro de pan fresco en determinados dias de la semana.

Esta nueva variacion en el alimento del marinero, practicada ya en todas las marinas de Europa, fué propuesta por el general Ruvalcaba, teniendo que luchar con las rancias y rutineras preocupaciones de la gente asustadiza.

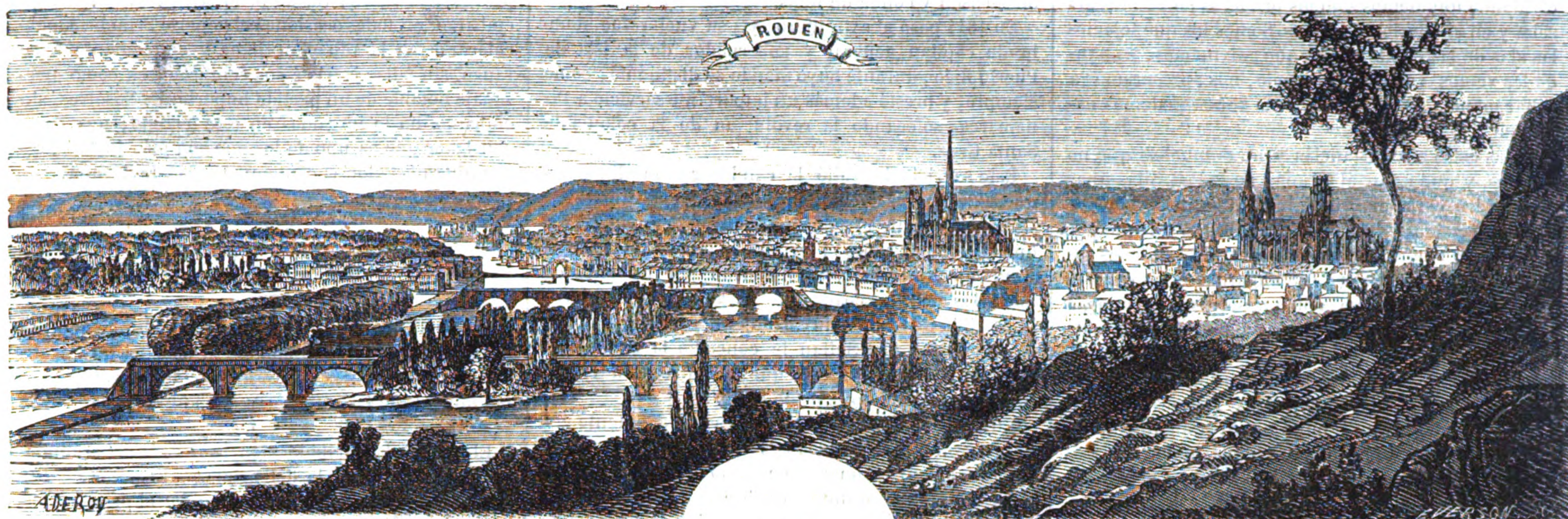
Por fin se ha tenido noticia de su llegada al Perú el 5 de mayo, y nuestro grabado está sacado en el momento de arribar á las playas de Montevideo, habiendo sido el primer buque blindado que ha hecho semejante viaje.

Este suceso, único hasta hoy en los anales de la marina, es tanto mas grato, cuanto que no hay desgracia alguna que lamentar; pues la tripulacion ha llegado en un estado perfecto de salud, y no como la de *La Gloire*, primer buque blindado que atravesó el Atlántico, en su viaje á Méjico, pero perdiendo casi toda su tripulacion.

Las condiciones marineras de *La Numancia*, su corte y su arrogancia, todo concuerda con sus buenas cualidades. Tiene fuerza de mil caballos; monta 40 cañones y anda unas 12 millas por hora.—B.

LOS PESCADORES.

El Periódico ilustrado.



Número 17.
DEL 29 DE JUNIO AL 6 DE JULIO DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.
Provincias.	Un año 28 »—	Seis meses 14 »
Ultramar. .	Un año 80 »—	Seis meses 50 »

UN NÚMERO
4 cuartos en MADRID.
5 cuartos en PROVINCIAS.

D. JUAN PRIM.

Suelen aparecer tan estrechos y reducidos los círculos sociales y políticos de nuestro país, que ya va haciéndose imposible distinguir y señalar en biografías y relatos las personas que por sus hechos notables, por su genio y por su talento son acreedoras á ser registradas en las páginas de nuestra historia contemporánea. Las exiguas proporciones de los círculos de nuestra sociedad actual hacen que en ellos se agiten, sin cesar y con preferencia esas pasiones enconadas, cuyos violentos estremos apagan los ecos de los nobles sentimientos, los cuales necesitan más ancho campo para desenvolverse y vencer á aquellas.

En círculos tan estrechos suele tambien aglomerarse tanto la multitud, que la luz no puede penetrar en ellos y se hace difícil muchas veces, y aun algunas imposible, distinguir las glorias falsas de las verdaderas, como es imposible en la oscuridad distinguir un brillante de una piedra de cristal.

El largo periodo que llevamos de incesante lucha para constituir nuestra moderna sociedad política, ha exacerbado además nuestras pasiones hasta el punto de ser injustos con nosotros mismos, y amenguar ó negar, por odioso espíritu de partido, cualidades brillantes y acciones heróicas, que constituyen, no la gloria de hombres determinados, sino el justo orgullo de toda una nacion. Nuestras tristes preocupaciones nos arrastran hasta un estremo tan lamentable, que, segun nuestros apasionados juicios, entre nosotros no hay militares valientes, ni hombres de saber, ni jurisconsultos eminentes, ni literatos notables, ni artistas de mérito; porque á cualquiera de esos que llegue á ocupar un puesto elevado, empezamos por negarle la cualidad especial que le ha servido de medio para adquirirlo. Si un militar, que ha acreditado su valor en cien campañas de una manera ostensible, llega por los méritos contraidos en esas acciones heróicas á ocupar un alto puesto político, lo primero que le niegan sus enemigos es el valor; lo primero que olvidan ó niegan son las acciones heróicas que ellos mismos han enaltecido antes. Pareceria más natural y lógico que se le combatiera por inepto ó por insuficiente, en el terreno meramente político, sin dejar de ensalzarle las cualidades que todo el mundo le reconoce; pero las preocupaciones y los odios de partido entre nosotros no admiten lógica ni conveniencias, sino pasiones lametables.

Sucede al mismo tiempo, y esto debe ser hijo de nuestro carácter especial, que queremos siempre adivinar los genios y las notabilidades, y que despues nos resistimos fuertemente á reconocerlas.

Admitimos el ingenio, el



D. JUAN PRIM.

talento y el valor, mientras creemos que necesitan de nuestra proteccion para significarse; pero en el momento en que ya se significan de una manera pronunciada, nos irritamos contra los que poseen cualquiera de dichas cualidades hasta el punto de negárselas, olvidando que hemos sido los primeros en reconocérselas y en alentarlos por ellas. Somos los que tejemos las alas de las notabilidades que adivinamos, y cuando las vemos volar en el espacio, nos apresuramos á echar mano á las escopetas para ver si podemos cazarlas.

Todas estas circunstancias y otras muchas que no citamos, y que están al alcance de todos, hijas unas de nuestro carácter especial, y otras del estado de desorganizacion y de confusion políticas en que por desgracia nos encontramos, hacen muy difíciles los bosquejos biográficos justos é imparciales. Es necesario para ello decidirse, como nosotros lo estamos, á prescindir por completo de las luchas políticas, de las pasiones de partido, de los enconos y de las personalidades, y á tomar en nuestras investigaciones por luz y norma el patriotismo y la imparcialidad. Guiados por ellos vamos hoy á publicar algunos apuntes de la historia de un hombre cuya importancia es reconocida en todo el mundo; y al hacerlo, prescindiremos como siempre de apreciaciones y consideraciones políticas, que en todo caso no nos servirian mas que para velarnos las verdades históricas.

D. Juan Prim, que hoy es teniente general de los ejércitos nacionales, vizconde del Bruch, conde de Reus, marqués de los Castillejos y grande de España de primera clase, nació en la ciudad de Reus (Cataluña) el dia 6 de diciembre del año de 1814. Su padre era un viejo coronel de infantería, con muchas heridas y muchos servicios, pero con pocos recursos y con poco dinero.

Desde su infancia manifestó D. Juan Prim una inclinacion muy pronunciada hácia la carrera de las armas, lo cual no significaria gran cosa, si su valor y sus talentos militares no hubieran despues justificado la razon de su primer entusiasmo. Y decimos que sin esto sus primeras aficiones no hubieran significado gran cosa, porque en aquella época no habia más que dos carreras que halagaran y entusiasmaran á la juventud, la de la Iglesia y la de las armas, y no era de estrañar que optase con decision por la segunda el hijo de un antiguo y pundonoroso militar, cubierto de glorias y de heridas.

D. Juan Prim comenzó su carrera de cadete, y á poco de estar en el ejército estalló la guerra civil y política que comenzó á la muerte de Fernando VII y concluyó con el abrazo de Vergara. Prim se afilió desde luego con entusiasmo y fé entre los partidarios de nuestra regeneracion política, los cuales se agrupaban todos bajo la bandera de Isabel II.

El que era entonces capitan general de Cataluña, señor Llauder, haciendo justicia á las prendas que ya se admiraban en el cadete Prim, le proporcionó la charretera de subteniente, y los medios y el campo necesarios para que pudiera lucir su valor y su decision

Difícil nos seria seguir á D. Juan Prim en todas las acciones y escaramuzas en que se distinguió durante la guerra, porque para ser exactos tendríamos necesidad de relatar la mayor parte de las acciones empeñadas que hubo en Cataluña y Aragon durante la lucha de los siete años. Baste consignar, que sin relaciones, sin fortuna y sin posicion, á los 22 años era capitan, y á los 25 tenia el grado de coronel, el pecho adornado con las condecoraciones que solo obtienen los valientes, y un prestigio entre todos sus compañeros, que solo puede conseguirlo el verdadero génio.

Ese prestigio, adquirido en los campamentos, resonó tambien en las ciudades, y el eco de él lanzó á D. Juan Prim al terreno de las luchas políticas. Despues de la guerra fué nombrado diputado en varias legislaturas, y desde un principio se distinguió siempre en el Parlamento, donde fué tan impetuoso en sus discursos, como lo habia sido con la espada en la mano en los campos de batalla.

Y aquí empezó la segunda época de la vida de don Juan Prim. El militar que desde muy niño no habia tenido tiempo más que para pelear, se lanzó de pronto á los círculos políticos á hacer ostentacion de conocimientos y facultades que iba estudiando y adquiriendo, á medida que los necesitaba. En esta época fué cuando se demostró más el génio privilegiado de D. Juan Prim; siempre pudo colocarse á la altura de la posicion á que los sucesos le conducian, y siempre supo presentarse en buen terreno. Sus méritos y su prestigio, y los servicios políticos especialísimos que prestó en 1843, le dieron tal importancia, que con aplauso de amigos y de enemigos, lo hicieron en pocos meses brigadier, y mariscal de campo, y vizconde del Brusch y conde de Reus.

En 1844 pasó al extranjero, y á su vuelta fué nombrado capitan general y gobernador de la isla de Puerto-Rico, durante cuyo mando se distinguió, como siempre, y prestó además un importante servicio á Dinamarca, sofocando la revolucion de la colonia de Santa Cruz.

Este servicio le valió la condecoracion dinamarquesa de la cruz de Dannebruy.

Posteriormente el gobierno español lo envió á Turquía á estudiar sobre el terreno la guerra de Oriente, y fué muy considerado y estimado por los jefes de todos los ejércitos coaligados. El generalísimo turco le escribió una carta muy lisonjera, y le hizo magníficos presentes, y el Sultan le concedió la condecoracion de Midji, y dispuso que le entregasen en su nombre un precioso sable de honor.

En 31 de enero de 1856 fué ascendido á teniente general, y en el año de 1858 se le concedió asiento en el Senado, en cuya Cámara se estrenó con un notabilísimo discurso que pronunció sobre la cuestion de Méjico, en los debates para la contestacion al mensaje de la Corona.

Algun tiempo despues sobrevino la guerra de España con el imperio de Marruecos, y en aquella campaña, en la que tanto renombre alcanzó tambien el general en jefe hoy duque de Tetuan, realizó el general Prim hechos tan gloriosos y tan maravillosos, que muy bien pudieran envidiarlos los héroes que cantó Homero. En todas cuantas acciones se encontró admiró por su valor, serenidad y arrojo; pero donde más se distinguió, no solo por lo que importó el hecho para el triunfo definitivo de nuestras armas, sino por su estremada heroicidad, fué en la accion de los Castillejos, en la que viendo arrollado y fugitivo el regimiento de Córdoba, se colocó con la bandera á su cabeza, lo rehizo y atacó y venció al enemigo, causándole innumerables pérdidas. Por este hecho se le concedió el título de marqués de los Castillejos, y la grandeza de España de primera clase.

Desde aquellos heróicos hechos el eco del nombre del general Prim ha resonado en todas partes, y se le admite y reconoce en todos los países, como uno de los militares más valientes de nuestra época.

En 1861 se organizó una espedicion unida de España, Inglaterra y Francia, para pedir satisfacciones al gobierno de Méjico. Las tropas españolas fueron mandadas por el general Prim, que además llevaba el cargo de ministro plenipotenciario. El emperador de los franceses, al saber el nombramiento de Prim, le dirigió una carta en la que se demuestra toda la consideracion y aprecio en que se tienen, en general, las brillantes cualidades que adornan al marqués de los Castillejos.

La carta decia así:

«General: el deseo que Vd. me indicó en Vichy se ha realizado; las tropas españolas y las francesas van á combatir juntas por la misma causa. Me ha complacido sobremanera saber que vuestro gobierno os ha confiado el mando del ejército espedicionario; os recomiendo al general Lorencez á quien he nombrado jefe de la pequeña division francesa; si hay lucha, vos mismo vereis que es un militar digno de combatir á vuestro lado. Como creo que las miras de vuestro gobierno están conformes con las mias, confio en que no habrá diferencia de opinion entre los jefes. El general Lorencez debe mandar todas mis tropas; el almirante Jarien de la Graviere es el encargado de la parte diplomática.

«Mi mejor deseo consiste en que la espedicion dé por resultado la más íntima union entre España y Francia; y confio en que vuestra posicion al frente de las tropas españolas producirá tan apetecido objeto.

Aprovecho gustoso esta ocasion para manifestaros mis sentimientos de aprecio y de amistad.—*Napoleon.*»

Es sabido que las circunstancias subsiguientes produjeron un cambio radical en nuestra política respecto á Méjico, y que el general Prim se retiró con el ejército español, y que lo mismo hicieron las tropas inglesas quedando en el país solo las francesas. Se trató de dirigir cargos muy severos al general Prim por esta determinacion, pero todos quedaron sin efecto ante la solemne manifestacion que el gobierno español hizo en las Córtes. El general Prim no habia hecho más que cumplir con las órdenes que se le habian comunicado.

Las cualidades especiales que adornan al general, y su posicion como hombre de partido, han puesto á prueba más de una vez su prudencia y su talento. Sin embargo, en todas ocasiones el general Prim ha sabido colocarse en la situacion digna y conveniente á su rango, sin faltar jamás á sus compromisos como personaje notable de un partido importante. Nosotros, sin embargo, no lo juzgamos en este terreno; nos basta consignar que es uno de los que con más justicia representan las glorias contemporáneas de España.

M. HIRALDEZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

Un poeta ménos y un ministerio más; hé aquí los dos sucesos que hacen notable la semana que acaba de trascurrir, escasa por otra parte de novedades, como muchas de las anteriores y algunas de las que le seguirán.

El público ha recibido bien la llegada del segundo, y ha llorado la partida del primero. El autor de *Don Alvaro* y de *El desengaño en un sueño;* el primer campeon de nuestra regeneracion literaria; el hombre honrado que despues de haber combatido por su patria con la espada, la habia ennoblecido con la pluma, tenia derecho á esa ofrenda que ha brotado espontánea de todos los corazones.

Sin perjuicio de publicar mas adelante el retrato y biografía del duque de Rivas, cumplimos hoy con nuestro deber de revisteros, consagrando á su memoria este recuerdo, que ocupa en nuestra imaginacion el mismo lugar que en nuestra revista; el primero.

Para tributárselo cual lo merece, se ha reunido dias atrás la mayoría de nuestros escritores, acordando redactar una carta que, firmada por todos, debe entregarse á la familia del ilustre finado, como testimonio de la parte que toman en su sentimiento. Despues se organizará en el teatro del Príncipe una funcion conmemorativa, y por último es posible que se imprima una corona poética ó que se fabrique un busto que deberá colocarse en la Academia ó en algun sitio análogo. Una comision compuesta de los señores D. Patricio de la Escosura, D. Antonio Ferrer del Rio, D. Adelardo Ayala, D. Eduardo Asquerino y D. Juan Bautista Alonso, se ha encargado de dar forma á este pensamiento, y sabemos que trabaja activamente para conseguirlo.

De buena gana les hablaria á Vds. ahora del nuevo ministerio; pero esto me alejaria de mi propósito, y me alejaria sobre todo del camino que este periódico se ha trazado, donde no ocupándose de política, está seguro de no pisar otra cosa que flores. Lo que sí dire es que el pais espera mucho de los que gobiernan, al paso que los que gobiernan temen no poco del país.

Un acontecimiento de gran interés y trascendencia para el arte ha ocurrido tambien últimamente, el cual por no ser un hecho consumado todavía, no figura ya en primera línea. Nos referimos al arriendo del *Teatro Real*, por el Sr. D. José de Saz Caballero. Duras y exageradas parecian á muchos las condiciones establecidas para la subasta; pero el Sr. Caballero las ha mejorado todas, ofreciendo al gobierno tres cuartetos en vez de dos; el completo del vestuario y decoraciones que construya; treinta mil reales más de lo señalado para mejorar el Coliseo, y dos beneficios libres para los pobres en cada un año. Esto unido á otras muchas reformas útiles que el Sr. Caballero piensa llevar á cabo, y al número y calidad de los artistas con que cuenta, nos dan derecho para esperar que la temporada próxima será fecunda en resultados para los filarmónicos, y quiera Dios tambien, para los bolsillos del empresario, con lo cual habremos quedado satisfechos.

La literatura española está á punto de enriquecerse con un precioso libro de poesías inéditas del inmortal Quevedo. Este libro, cuyo manuscrito estuvo á punto de ser quemado por un familiar del Santo Oficio, ha venido á parar despues de muchos contratiempos á manos de una persona curiosa y entendida, la cual le va á dar á la estampa en una lujosa edicion que se publicará en Barcelona. No dudamos que si su mérito corresponde á la fama de que goza el autor, será este hallazgo tan interesante bajo el punto de vista moral é intelectual como lo es en el material, el que últimamente ha hecho nuestro amigo el doctor D. Juan de

Dios Almansa, descubriendo la existencia de grandes masas de guano en la isla de Alboran, á poca distancia de Alemania.

Otro libro, curioso tambien, ha visto la luz en estos dias; es una nueva edicion de *La perfecta casada*, del maestro Fray Luis de Leon, y en él se encuentran pintadas de mano maestra las satisfacciones y delicias del estado conyugal, y las escelencias que debe reunir la mujer casada para alcanzar los galardones de Dios en este mundo, y el premio de sus virtudes en el otro.

Lo dicho es muy bastante, como asienta el Sr. Ferrer del Rio en el prólogo conque el libro comienza, para probar la oportunidad de esta reproduccion tipográfica *La perfecta casada*. Por más que los pesimistas declamen sobre lo depravado de los tiempos y lo corrumpido de las costumbres, ese bello tipo se reproduce entre nosotros; lo simbolizan mujeres de la aristocracia y del estado llano, y ante ellas se quitan el sombrero y bajan con reverencia la frente, hasta los sumidos en el descreimiento y los dados al libertinaje.

Cartas recibidas de Portugal nos anuncian haberse prorogado la fecha de la apertura de la Exposicion de Oporto hasta que se verifique el alumbramiento de la reina, cuyo esposo desea inaugurar en persona el Palacio de cristal, donde debe verificarse aquella.

Todo indica que esta será una verdadera solemnidad, y que en ella demostrará el pueblo lusitano que sus adelantos, respecto á industria y agricultura, corren parejas con la libertad de que goza dentro de su sistema político, y el entusiasmo conque acoje cuanto en la esfera de los hechos y de las ideas puede traducirse por un progreso. Sensible es, sin embargo, para nosotros, que con más recursos, más arte, y más intereses que desarrollar, no hayamos podido hacer todavia lo que nuestros vecinos han hecho por el solo impulso de su voluntad, y de la poderosa iniciativa de su gobierno.

El arte fotográfico logra cada dia una nueva conquista, y arrebata á la naturaleza un nuevo secreto.

En Lóndres se ensaya hoy un procedimiento que da por resultado el modo de hacer retratos en relieve parecidos á los camafeos, y que permiten ver la figura bajo cuatro aspectos diferentes.

Muchos aspectos son, pero así y todo, personas conocemos nosotros que necesitarán dos ó tres retratos de esta clase para presentarse en todos sus aspectos. Lo que seria conveniente es ver si pudiera llevarse la aplicacion hasta trazar el retrato del porvenir, que ofrece tambien varios aspectos, la mayor parte desagradables.

No se parece en esto á los campos Elíseos, donde las noches de concierto, sobre todo, se ve una multitud de *aspectos* de mujer, capaz de barajar el seso á las estatuas del Retiro, y despertar la aficion á la música en el usurero más recalcitrante, tipo que como Vds. comprenderán, vive fuera del mundo de la poesia y no conoce otro sentimiento... que el de la muerte de su acreedor.

M. DEL PALACIO.

LA PAZ DEL ALMA.

Filósofos y moralistas se han dividido en dos escuelas completamente opuestas al ocuparse en estudiar la humanidad.

El hombre ha nacido para el bien, dicen los unos; los instintos del hombre guian y conducen á este directamente al mal, afirman los otros. Yo creo que estos y aquellos incurren en un estremo igualmente vicioso, como lo son todos, y tengo para mí que para encontrar verdadera solucion á este problema eterno, convendria decidir si la conciencia es innata en el hombre ó si se forma, cambia ó modifica con la educacion. Por el pronto, y sin que esto sea pretender fijar las columnas de Hércules en el asunto, debo decir que mi opinion se adhiere á la de los que piensan que en el hombre físico, lo mismo que en el hombre moral, todo nace en embrion, y todo se desarrolla luego.

Niego, pues, la predestinacion: el hombre no nace ni para el bien ni para el mal. Los accidentes de su vida por una parte, y la constitucion de su organismo por otra, influyen, diré más, son concausas que hacen del hombre un mónstruo ó un bendito.

Ahora bien, y dejando á un lado la tarea de fundar estas nuestras apreciaciones, pasaremos á ocuparnos en examinar alguno de los fenómenos de equilibrio, que nos ofrece esa balanza fiel y aquilatada, donde van á pesarse las acciones humanas, y que remedo exacto de Dios en la tierra, tiene por nombre *conciencia*.

La historia de la conciencia no la hemos de hallar desenterrando mamotretos ni sembrando de citas griegas nuestro trabajo. La historia de la conciencia es la historia de la humanidad, y por lo tanto, con solo tender la vista por nuestra sociedad, hemos de encontrar ejemplos repetidos que nos basten para penetrarnos de lo que valemos, despues de bien depurados en el crisol, y despues de haber pasado una y hasta cien veces por el tamiz.

Ante todo, y ya colocados en este camino, lo primero que se nos ocurre es una duda que casi nos ataja el paso, y es á saber: ¿La conciencia existe? y si existe, ¿dónde está? ¿cómo es? ¿qué hace?

Sin traspasar en nuestra observacion mas que la primer capa de la superficie de nuestro siglo, y al considerar la ambicion social, la prostitucion de costumbres y el olvido de las más preciadas y santas máximas religiosas y morales, tentados estamos, más que tentados, decididos á jurar que la *conciencia* duerme el sueño eterno. Pero esto que seria ligero y aventurado, es completamente inexacto, si nos tomamos el trabajo de separar aquella primera corteza y penetramos en el fondo del semillero humano: entonces vemos con toda claridad que la conciencia existe.

Si: detrás de la sonrisa del avaro, de los brindis del pródigo y de los locos desvaríos de la *cortesana*, esa tenaza ardiente é invisible pellizca el cráneo de los criminales, y les recuerda con el dolor la falta que cometen.

En vano el poderoso disfraza sus estravíos con el atractivo del lujo; aquel aguijon constante infiltrale su veneno en el corazon, y le punza y le tortura entre secretas, pero terribles convulsiones.

¡Este es el sublime poder de la conciencia! Poder incontrastable, poder superior á todos los de la tierra.

Dícese, sin embargo, y nosotros lo oimos con estraña repeticion, que «fulano no tiene conciencia: es un hombre sin conciencia,» etc.

Estas frases incomprensibles tienen sin embargo su razon de ser, hoy en que el *indiferentismo* espiritual se ha erigido en sistema, y en que todas las pasiones nobles que purifican y enaltecen al hombre, se han debilitado, cediendo el paso á los guarismos y á las proporciones matemáticas.

La sociedad actual suma y resta, pero ni eleva su vista al cielo ni la fija en la tierra para estudiar, puesto que no es estudio ese funesto delirio de que nos sentimos poseidos, y que no tiene más objeto que saciar la hidrópica sed de oro y de posicion que nos aqueja, pronto y de cualquier manera.

El estudio debe emplearse en hallar los medios de obtener la felicidad: para conseguir esta, fuerza es ser honrado, y para serlo es indispensable tener *conciencia*.

La *conciencia* es la reguladora de nuestras ideas, de nuestros sentimientos y de nuestras obras. Ella cuenta por la noche las faltas que de dia hemos cometido; ella, en medio de la majestuosa soledad de los sueños, pasea el mundo de las almas y trueca nuestros falsos placeres en acerbas lágrimas: y ella, en fin, dulce y suave tambien, bate como la paloma de Egipto las alas para arrullar al justo.

¿Qué valen pues esos goces comprados y esas orgías en donde se gasta la vida física y se empaña y se nubla el alma?

La mujer que vendió su pureza, lucirá sus marchitas gracias en medio de un mundo de necios admiradores, y rodeada de fausto y de riqueza, pero ¡ay! que las joyas que debe á la pérdida de la honra y los aplausos y las lisonjas sensuales que hacen asomar un gesto de sonrisa á su rostro, la atormentan luego, cuando en la oscuridad de su alcoba, se revuelve insomne en su mullido lecho. Entonces busca oraciones que no encuentra: entonces recuerda su niñez casta y siente la mirada fija de sus ancianos padres, y se avergüenza de su vida: quiere llorar, y el llanto, dulce consuelo de las almas virtuosas, se agolpa á su corazon y la sofoca. Entonces oye la voz de su *conciencia* que le grita ¡infeliz mujer! ¡morirás y no habrá quien plante una flor en tu sepulcro!

¿Qué valen, pues, los goces que se compran á costa de la honra?

El usurero, impío, porque la usura segun los santos preceptos, es impiedad, levanta una fortuna á costa de la salud de mil familias, y consigue tarde, cuando los cabellos le blanquean, verse poderoso; pero... entonces teme la garra del ladron, la exigencia del amigo, el ódio meditado del que se sueña su heredero, y teme verse abandonado de una sola de aquellas monedas que á costa de tantos afanes reunió, hasta que víctima de sus dudas y de su avaricia, exhala el último suspiro abrazado á sus arcas. Antes de morir, sin embargo, cuando siente que hiela su sangre el soplo frio de la parca, cuando vé que el oro se liquida, que forma un ancho mar y que este mar le rodea, le abrasa, le ahoga; entonces escucha por primera vez á su conciencia que le recuerda que muere aborrecido por los mismos que se disponen á gozar con el fruto de sus tormentos de cada hora.

El señor que manda durante su vida, y es temido y muere á traicion: el hipócrita que se vale de la virtud y de la caridad para ocultar sus deformes vicios; todos en fin, los que recuerdan que dentro de sí llevan el juez, cuyo inapelable fallo les condena por sus maldades, ¿son, aun cuando lo parezcan, felices?

No, y mil veces no: seria hasta una blasfemia creer lo contrario: ya lo hemos dicho. Para ser feliz, es fuerza ser honrado, y para ser honrado, es preciso obedecer la voz de la *conciencia*.

E. DE INZA.

CRÓNICA JUDICIAL.

En nuestra Crónica anterior hicimos á los lectores del PERIÓDICO ILUSTRADO la formal promesa de referirles algunos detalles acerca de los asesinatos del Campo del Moro, y del romántico acontecimiento de la calle del Vicario Viejo, y como lo prometido es deuda, justo es que hoy paguemos esta, siquiera sea por no declararnos partidarios de los *nazarenos*, secta alemana, cuyos estatutos, segun nos han contado los periódicos, prohiben terminantemente á los afiliados satisfacer ninguna clase de deudas. Por supuesto que no sé dónde se vestirán, ni se calzarán estos despreocupados señores, porque lo que es sastre ni zapatero que, conociendo el fin, acepte el principio, no han de encontrarlo ni por un ojo de la cara. Respecto á lo de *nazarenos*, es probable que se llamen así porque hayan venido á este mundo á destruir las añejas prácticas del *paganismo*.

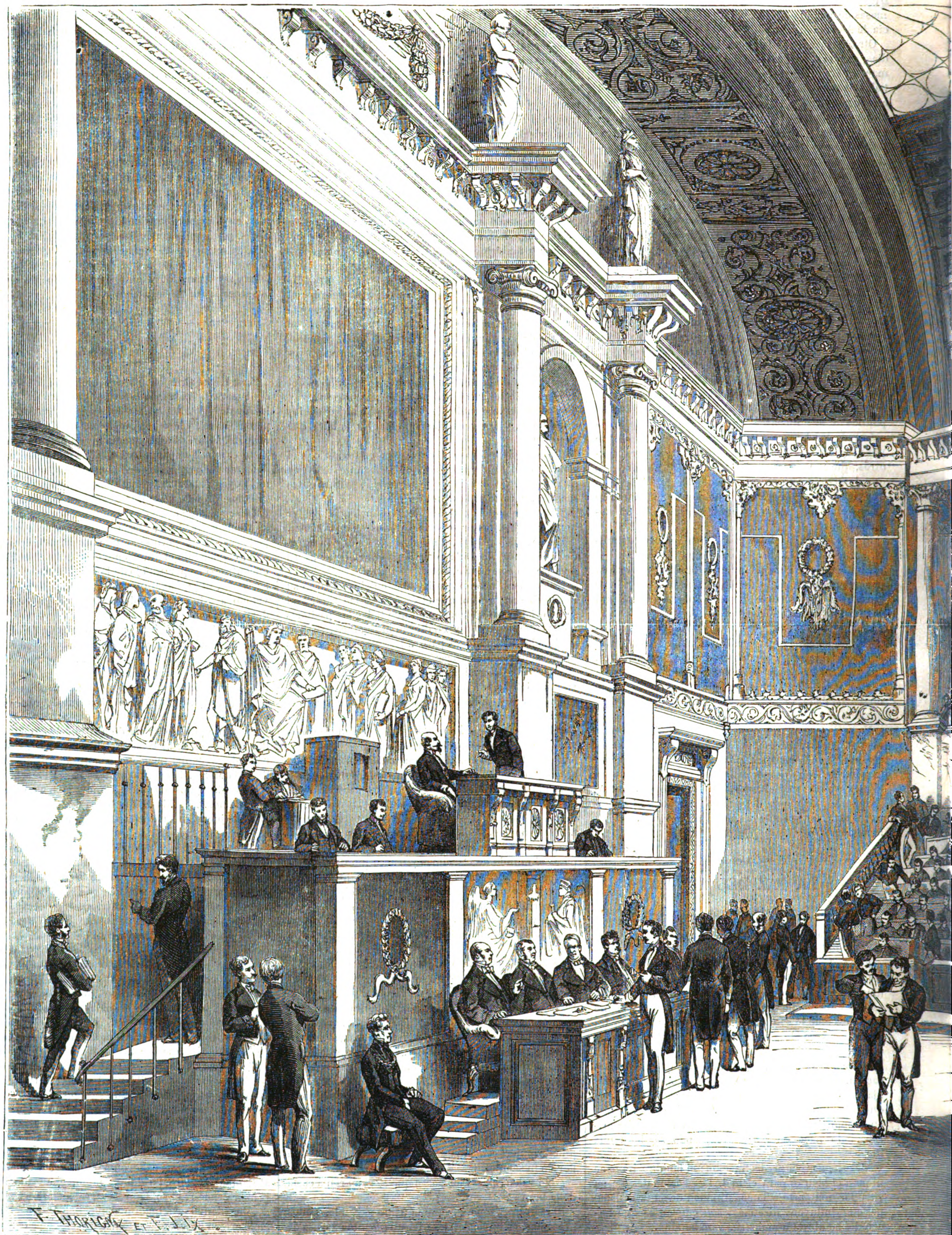
Necesariamente hemos de ser sóbrios de detalles en la narracion de los referidos sucesos, en primer lugar porque no nos sobra el espacio ni mucho menos, y en segundo y más principalmente, porque ya los diarios noticieros se han escedido á sí mismos dando toda clase de pelos y señales sobre el asunto. Entraremos, pues, en materia.

Segun de público se ha dicho, el soldado del batallon cazadores de Llerena, Estéban Navarro, sostenia hace algun tiempo relaciones amorosas con una jóven llamada María, lo cual no obstaba para que esta aceptase los obsequios de un paisano, cuyo nombre no recordamos. El soldado, que habia llegado á sospechar el doble juego de su amada, tuvo por esta razon sérias querellas, en una de las cuales hizo una herida en la cabeza á la jóven María, conservando despues como recuerdo unos pedacitos de hueso que la habian estraido al hacer la curacion de la indicada herida. Además repetia con frecuencia que aquella mujer habia de ser la causa de su perdicion.

Efectivamente, en una noche de los primeros dias del mes corriente, y como á cosa de las nueve, se dirigió María á Palacio, donde se hallaba de guardia su amante, y habiéndosele manifestado que á la sazon estaba de centinela en la garita llamada del Diablo, se encaminó hácia este sitio, en donde, como se le habia dicho, se encontraba el soldado Estéban Navarro.

Bien fuese impulsado por recuerdo de anteriores agravios, bien se enconase su ánimo á consecuencia de la entrevista que allí tuvieron, es lo cierto que el soldado dejó carabina y cartuchera, sacó una navaja, asestó con ella dos terribles golpes á la infeliz jóven, y despues huyó abandonando su puesto.

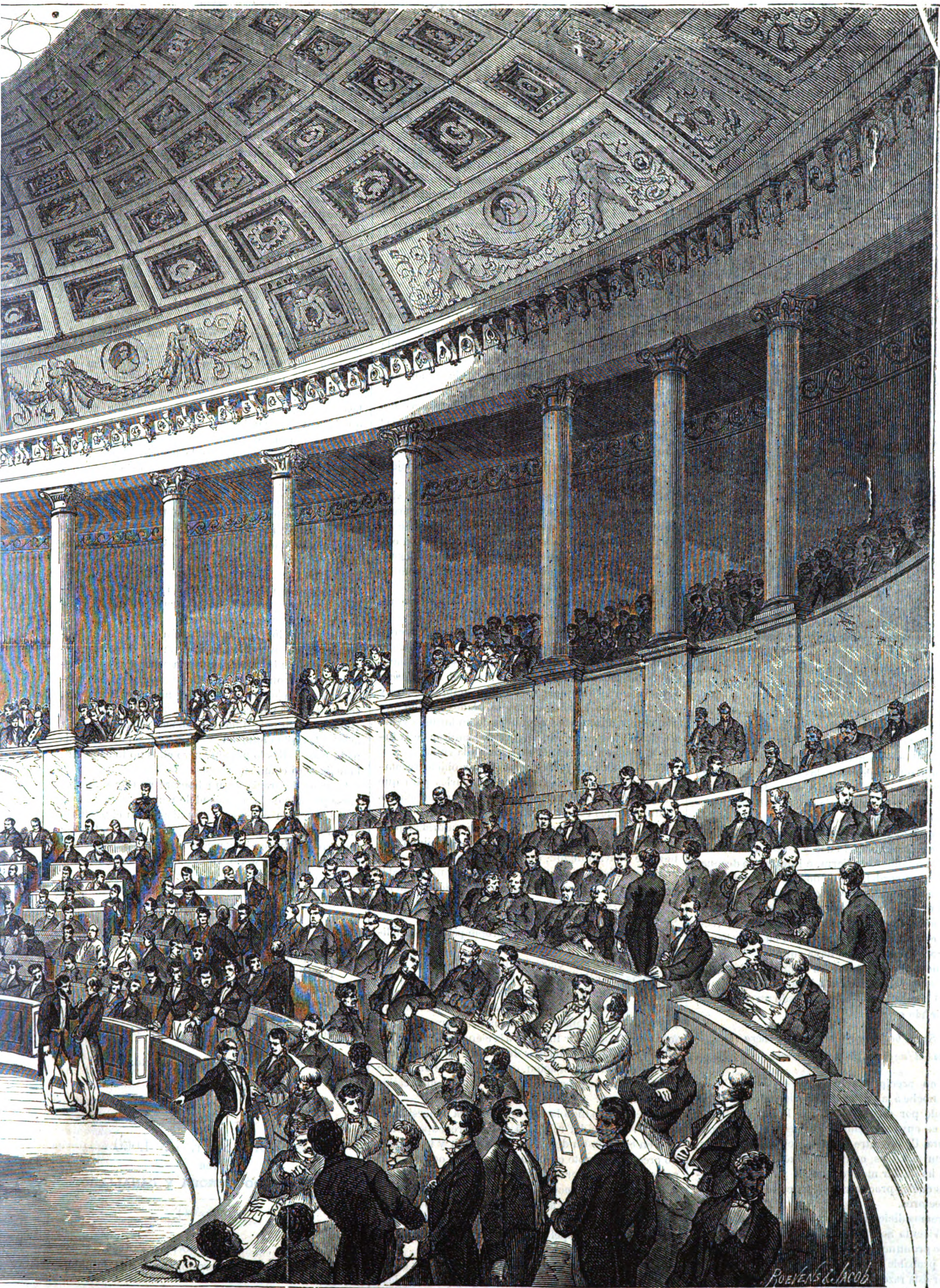
Inmediatamente dejó el traje militar, vistióse naturalmente el de paisano, y segun se ha dicho corrió en busca de su rival, á quien encontró en una taberna de la calle de la Ruda. Reunidos ambos, y despues de beber sendas copas, salieron á la calle, dirigiéndose al Campo del Moro, en donde, no lejos del sitio de su primer crimen, el soldado Navarro cometió el segundo, degollando cruelmente al que habia sido el principal orígen de sus celos. Satisfecha su venganza huyó fuera de la córte, vagando algunos dias por sus alrededores, hasta que últimamente fué reducido á prision en una casa de la calle del Casino, por los agentes de la autoridad civil. Encerrado en las prisiones de



Ugier. **Banco de los comisarios del gobierno.** **Estrema izquierda.**

Secretarios. **Presidente.** **Puerta de la sala de los pasos perdidos.**

UNA DE LAS ÚLTIMAS SESIONES DEL



Idem derecha. Centro. Tribunas.

CUERPO LEGISLATIVO FRANCÉS.

San Francisco é instruidas las primeras diligencias por el juzgado militar, fué reclamada la causa por los tribunales ordinarios, entablándose con este motivo una competencia, cuyo resultado desconocemos á la hora en que escribimos estas líneas.

El preso, segun dicen los periódicos de noticias, espera con la mayor tranquilidad el fallo de la ley, demostrando gran entereza y valor: en el primer dia de su encierro, pintó en las paredes de su calabozo, al menos así se ha dicho, un cadalso, en el que se hallaba un hombre ajusticiado, escribiendo debajo: «Ejecucion del soldado Estéban Navarro.» El periódico que esto refiere le llama sencillamente alegoría, en vista de lo cual es de presumir que el dia menos pensado califique de metáfora el acto de pegar á un infeliz cuatro tiros.

¿Qué hemos de decir á nuestros lectores acerca del trágico suceso de la calle del Vicario Viejo? Desde Macías hasta el protagonista de este relato, son innumerables las víctimas que cuenta el martirologio del amor. Hé aquí el caso en dos palabras. Un jóven francés, se hallaba profundamente enamorado de una compatriota suya, que vive en la susodicha calle, y la cual, segun se ha dicho, ejerce un destino público, autorizado con su correspondiente credencial. Séase de esto lo que se quiera, porque es preciso conocer que de tejas abajo cada cual vive de su trabajo, ello es que á medida que en él iba creciendo la pasion, en ella menguaba de una manera visible y alarmante, hasta llegar al punto de que se le cerraran al enamorado jóven las puertas de la casa de su adorada. El desairado amante, que por lo visto no pudo alzar el entredicho así que le dejaba en el arroyo, buscó alivio á su desgracia en una navaja, y armado de ella se dirigió á las puertas del castillo, cuyo enano no se dignaba tocar la bocina ni echar el puente levadizo para que penetrase el atribulado doncel. Allí, á las doce y media del dia, en mitad de la calle, *en pleine rue*, llamó al objeto de sus ánsias, y ante su vista se asestó tres golpes en el lado izquierdo del pecho, quedando tan malparado, que fué conducido al hospital, en donde ha estado muchos dias luchando entre la vida y la muerte, aunque, por fortuna, ha quedado vencida esta última.

En Toro se ha cometido, hace pocos dias, un crímen del que se hacen graves comentarios, comparándole con otros que han tenido efecto en esta córte, y cuyos procesos han escitado profundamente la atencion del público. Segun leemos en una carta de aquella ciudad, en la noche del 10 del corriente salió á dar un paseo por los alrededores un matrimonio bastante conocido: la esposa notó que un hombre los seguia y se lo hizo presente á su esposo, pero este la contestó que no tuviese miedo, y continuó adelante. Al hallarse á distancia de un kilómetro, sobre poco más ó menos, de la poblacion, la señora se vió de repente asaltada por el hombre que la seguia, el cual la asestó una terrible puñalada, arrojándola en tierra, é intentando despues ahogarla con un cordel, lo que no pudo conseguir por la desesperada lucha de la víctima, mujer de gran valor, segun nos escriben, pues no solo impidió que el asesino la ahogase, sino que se hizo la muerta, recibiendo en esta situacion una puñalada en el pecho, de la cual parece imposible que haya curado.

La conducta que en tan crítica circunstancia observó el marido es la que ha dado lugar á los comentarios de que hemos hecho mérito. Desde un principio, comprendiendo que

Se un bell morir tutta la vita onora
un bel fuggir salva la vita ancora,

se declaró en precipitada fuga, presentándose á las doce de la noche á las autoridades, diciendo que habia sido asaltado por dos hombres que le habian atado á un árbol, en cuya situacion habia permanecido hasta aquella hora. Como entre su declaracion y la de su esposa existen notables contradicciones, se cree que esta causa ha de dar motivo á largos y curiosos debates, de los cuales procuraremos tener al corriente á nuestros lectores.

Concluiremos diciendo que, terminada la vista de la causa de Vicenta Sobrino, se espera que dentro de breve plazo pronuncie sentencia el juzgado correspondiente. Es probable que se apele de ella, y que la causa suba por esta razon á la Audiencia.

I. VIRTO.

TRES PROBLEMAS SOCIALES.

III.

La aristocracia.

De los tres problemas sociales que me he propuesto ofrecer á la consideracion de mis lectores, ninguno me parece que tiene una solucion tan sencilla como el de la aristocracia. Puede discutirse mucho sobre si al pueblo le conviene una civilizacion completa ó adecuada al papel que representa en la sociedad; podrian escribirse abultados volúmenes sobre el tema de si es conveniente moderar las ambiciones de la clase media, ó si es necesario dejarlas que remonten su vuelo hasta ponerse fuera del alcance de la prevision humana; es muy curioso inquirir si la ciencia económica logrará al cabo poner en armonía los recursos y las necesidades cada dia mayores de esta clase realmente activa, verdaderamente inteligente, que á todo aspira y poco ó nada posee; que sueña felicidades y solo alcanza desventuras, que es la fuerza poderosa que imprime á nuestra época tan magnífico movimiento; pero nadie puede poner en duda que el gran problema, el problema de la vida real, se lo encuentra resuelto el aristócrata desde el momento en que nace.

La cuestion, pues, hay que llevarla á otro terreno. ¿Reporta alguna utilidad á las sociedades modernas la aristocracia del nombre? ¿Es esta clase por su importancia y por su número bastante poderosa para ejercer influencia sobre las demás? ¿Puede, debe ejercerla?

Si la aristocracia no es más que el recuerdo de glorias antiguas á una sociedad moderna, me parece pura y simplemente un anacronismo, una especie de sitial de cedro ó sillon de baqueta alternando con elegantes muebles construidos al gusto del dia en los talleres de Paris. Si el aristócrata perpetúa el nombre de uno de tantos héroes como se han escapado á la diligencia de la historia, apenas es viviente testimonio del orgullo y de la debilidad del hombre; si el título con que se ufana trae á la memoria el recuerdo de uno de los grandes hechos que llevaron á cabo otras generaciones, me parece lo que esos magníficos monasterios, verdaderas maravillas del entusiasmo artístico, que inflamó á una época emprendedora y creyente, abandonados en las soledades en que fueron construidos y á los que de tarde en tarde la visita de algun artista curioso, viene á indemnizar de la indiferencia con que se les abandona á la ruina.

Si los títulos de nobleza tienen por objeto recompensar las grandes acciones, perpetuarlas para que su ejemplo sirva de noble estímulo á las generaciones futuras, no los comprendo en el siglo XIX. Hoy la imprenta, que no los pergaminos, dan autoridad para el porvenir, y ciertamente no es menos ilustre el nombre de Washington, que el título más honroso de cuantos registre la aristocracia moderna, ni Garibaldi ocupará en la historia un lugar mas modesto que los generales franceses, sus compañeros, hechos despues de la victoria duques del imperio.

El heroismo se basta á sí propio para inmortalizarse.

Además, nuestra época, tan poco inclinada á las empresas de caballería, tan apartada de lo ideal, tan afecta al positivismo de los intereses materiales desarrollados por medio de la industria y del comercio, gusta más de alcanzar autorizaciones para construir ferro-carriles, de dar impulso á la ciencia, de abrir muchas vías á las aspiraciones de la clase media, de buscar en todo la especulacion, que de agitarse en pos de lo supérfluo, de procurarse lo que pudiéramos calificar de adorno.

Así es que cuando la *Gaceta* publica la concesion de un nuevo título del reino, á nadie preocupa, todos ven en ese acto un desahogo del orgullo y nada más. Yo creo firmemente que si un dia se le ocurriese al gobierno ennoblecer á las dos terceras partes de la nacion, á nadie se le ocurriria pensar que habian cambiado las condiciones sociales de España: no faltaria quien viera en el hecho un buen negocio, pensando en la subasta del papel necesario para la *Guia de Forasteros.*

Si la nobleza es el esplendor de los pueblos y el orgullo de las córtes, tampoco la concibo; el más deslumbrante esplendor de un pueblo es su civilizacion, fuente de prosperidad; la córte más orgullosa debe ser aquella que reuna en su seno más grandes hombres.

Yo quiero que se me diga si es útil á sus semejantes, si honra al país en que ha nacido el aristócrata, cuya mision sobre la tierra se reduce á ignorarlo todo menos cazar, montar á caballo y hacer cortesías, segun que habite en la provincia ó en la córte.

Y sin embargo, la nobleza goza todavía de algun prestigio, y lo gozará siempre, porque generalmente los honores van unidos á las riquezas; el orgullo humano se satisface como la puerilidad de los niños, y las masas son de suyo inclinadas á venerar todo lo que flota sobre la superficie, aunque sea niebla impalpable.

¿Qué papel le corresponde á la nobleza representar en la gran comedia humana? Los partidarios del antiguo régimen se quejan de que esta parte de la sociedad haya perdido su antigua preponderancia: quisieran arrojar una piedra al espacio, y que se mantuviese en él, como despues de estinguirse el primer impulso, sin que las leyes de la atraccion la volviesen á la tierra de donde habia salido; pero como quieren un despropósito, claro es que el despropósito no se realiza.

En otras naciones, por ejemplo, en Inglaterra, la nobleza ha seguido el curso de los tiempos, con frecuencia se ha adelantado: en España ha sido demasiado digna para mezclarse en las revoluciones; se ha estado quieta, ha visto pasar por delante de sí hombres y sucesos, y cuando ha comprendido que se quedaba atrás, cuando ha querido ponerse al nivel de los que están más delante, se encuentra con una aristocracia de nuevo cuño, que le estorba el paso, con una clase media, activa é inteligente, que le ha ocupado todas las posiciones.

Cada época ha tenido su símbolo particular: los que han sabido representarlo se han hechos dueños del mundo; las armas, las letras, el comercio, se han heredado mútuamente el derecho de imponer un yugo á la humanidad.

Vivir en el siglo XIX, en el siglo de la electricidad y del vapor, como se vivia en el siglo de Pedro el ermitaño, bajo la razon de la fuerza bruta, es un error inconcebible, es un anacronismo.

Si supiesen los aristócratas cuán grande es el poema de sufrimientos horribles, de magnánimos sacrificios, de porfiadas luchas entre la esperanza y el desengaño, que constituye la vida de los que en esta época consiguen elevarse sobre el nivel de las masas, ¡cuán fácil les pareceria la empresa de dar leyes ó civilizacion á su país! Ellos no conocen cierto género de obstáculos; el talento no es un privilegio de determinada clase; ellas lo poseen, pero ellos no lo esplotan, lo malgastan como sus rentas.

La peor desgracia de un hombre en este siglo, es verse privado de la necesidad de pensar.

Si la nobleza pensase, si auxiliada con el prestigio de que aun goza y las riquezas que aun posee, tomase una parte activa en la comedia humana, ¡qué poco le preocuparia el misterio del desenlace! ¡Cómo volveria á ser una verdadera potencia social!

L. G. DE LUNA.

PROBLEMA.

Soñé que me adorabas
Y eterno ambicioné que fuera el sueño;
Desperté, y que me amabas
Juraste, amado dueño.
Ya despierto ó dormido
Que eres mi dulce amor tengo por cierto;
En caridad te pido
Me resuelvas problema tan incierto:
¿Si viviré dormido?
¿Si soñaré despierto?

EUSEBIO BLASCO.

MEMORIAS DE UN LOCO

POR

DON EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

(Continuacion.)

X.

Octubre de 1856.

El periódico en que yo escribia ha dejado de publicarse.

He empezado á trabajar algo en bella literatura.

He logrado insertar una oda y dos artículos en uno de los más afamados periódicos literarios.

¡Qué feliz he sido al ver impresos mis pobres trabajos!

Ella los leerá acaso.

Tal vez aplaude mi talento.

Quizá mis pobres pensamientos habrán hecho alguna impresion en su alma.

XI.

Enero de 1857.

Estoy decidido.

Las armas y las letras son las dos únicas carreras que tienen porvenir en España.

Además son las únicas en que se adquiere gloria y yo amo á la gloria casi tanto como á *ella*.

La gloria es otro de mis ensueños.

Verme aclamado, victoreado, aplaudido, será casi la mitad de mi dicha.

Los triunfos del soldado y del poeta son los dos únicos triunfos que tienen inmediatos resultados.

Voy á ser militar.

He logrado ser agregado á un regimiento.

Desde la charretera del subteniente hasta la faja del general, todas las insignias han pasado precipitadamente por mi imaginacion acalorada.

El manejo del fusil no me impedirá manejar la pluma.

Yo me propongo abarcar ambas profesiones para decidirme por la que me ofrezca un porvenir mas lisongero.

Estudiaré la ordenanza sin olvidar á nuestros clásicos antiguos y modernos.

Mi familia me dice que no continuaré mucho tiempo en la carrera militar.

Mis amigos me repiten que mi carácter no podrá doblegarse á las duras exigencias de la subordinacion.

Acaso mi familia y mis amigos dicen la verdad.

Allá veremos.

XII

Acabo de llegar á Barcelona.

Al pasar por Valencia la he visto y me ha parecido mas hermosa que nunca.

¡Cuánto la amo!

XIII

Barcelona es indudablemente la primera capital de España.

Sus hermosos paseos, sus anchas y bien empedradas calles, formadas por multitud de magníficos edificios, sus hermosos teatros, sus suntuosas iglesias, el mar, el puerto con su animacion estraordinaria, todo, todo en ella me ha sorprendido, todo ha hecho en mi espíritu una impresion halhagadora.

Antes de visitar al Principado, yo habia oido hablar muy mal del carácter de sus habitantes; hace pocos dias que estoy en Cataluña y ya comprendo que me habian mentido.

Los catalanes son francos como la honradez, sábios como el trabajo, altivos como la virtud, valientes como la razon, y leales como la conciencia.

Idólatras de su pais, se dejarian sacrificar por él, y su dignidad no les permite tolerar que se le infiera la menor ofensa.

Todo es en ellos grande y hermoso.

Los robustos hijos del pais recuerdan todavía á los antiguos marinos, que tan temibles se hicieron en el mundo, bajo las órdenes de los Rojer de Flor y de los Berenguer de Entenza.

A cada paso encuentra uno el recuerdo de los altivos conquistadores de la Grecia, de los nobles vencedores de Italia, ó de los heróicos guerreros que supieron sostener en Barcelona hasta el último momento el vencido estandarte del Archiduque Carlos de Austria.

Los catalanes de hoy son lo mismo que los de aquellos tiempos.

Los muros de Gerona atestiguan esta verdad.

En cuanto á las mujeres, nadie negará que se encuentran entre ellas hermosuras de primer órden.

Y su carácter, que algunos suponen duro é intratable, fué para el pobre autor de estas líneas, amable y cariñoso.

Cataluña, si estos apuntos llegan á publicarse, yo quiero proclamarlo muy alto: tú eres mi madre adoptiva; tus hijos son mis hermanos.

Gustándome mucho Cataluña, dicho se está que yo era en Barcelona todo lo feliz que puedo serlo lejos de *ella*.

El servicio militar, por otra parte, no se me hacia pesado.

Hay en el carácter de los militares un fondo de jovialidad y de franco desinterés, que me tenia encantado.

Sobre todo, yo vivia con un subalterno, que á los pocos dias de conocerme, era, y sigue siendo, mi mejor amigo; amistad que bastará para hacerme grato el recuerdo de la corta época de mi permanencia en el ejército.

Además, el jefe de que yo dependia inmediatamente, esto es, el profesor de cadetes, era un oficial, cuya modestia no me permite que honre estas páginas con su nombre, pero al que debí siempre las mayores atenciones.

En resúmen, yo estaba contentísimo con mi nueva carrera.

XIV

Ayer he tenido un gran disgusto con el coronel de mi regimiento

Ignoro cuál de los dos ha tenido razon; segun la jurisprudencia militar debe ser él, porque es mi jefe.

El resultado es que yo no he podido soportar con paciencia sus injurias, y he pedido mi separacion del servicio.

Dentro de unos dias volveré á ser paisano.

XV

Despues de diez meses de servicio, he dejado por fin de vestir el uniforme.

Al dar mi adios al ejército, me separo de él sin rencor alguno.

Lejos de eso, siempre miraré con cariño á los que durante este tiempo han sido mis compañeros.

Ellos no tienen la culpa de que yo no haya nacido para ser militar.

Quién es aquí el culpable; soy yo por haber querido entrar en una clase para la que no sirvo.

Mi mismo jefe, acaso tuvo razon al reprenderme; tal vez su duro lenguaje, no es insultante dentro del cuartel.

Lo cierto es que yo no podia sufrirlo.

Lo cierto es que yo hubiese dejado la carrera aun cuando me hubieran hecho general de un golpe, porque la obediencia muda y ciega del ejército es para mí un imposible.

Yo admiro á los que poseen el don de hacer abstraccion completa de sus facultades intelectuales, y se convierten en brazos que ejecutan la voluntad de una cabeza que piensa, y no es la suya.

Yo los admiro; pero no puedo imitarlos.

Yo necesito pensar, y el dia que no piense creo que será el último de mi vida.

Por eso hoy al recobrar mi voluntad con mi antiguo traje, no he podido menos de alegrarme.

(Se continuará.)

ROUEN.

Rouen, asunto de la viñeta cabecera de este número, es una de las mas bellas ciudades de Francia.

Colocada en la ribera derecha del Sena, los geógrafos calculan que es la antigua *Rotomago*, capital de la Normandía; llegó á adquirir una gran importancia, por la que disfrutaron siempre los duques de aquel nombre.

Cuando Guillermo el Conquistador se apoderó de Inglaterra, este país pudo ser considerado como una anexion gloriosa de la antigua Normandía. Tomada por Felipe Augusto en 1204, vuelta á conquistar por los ingleses en 1419, Rouen fué definitivamente reunida á la corona de Francia despues de 1450. En el intermedio de estas dos fechas, fué cuando tuvo lugar en su recinto el infame y horrible suplicio de Juana de Arco.

Las obras mas notables que existen en Rouen, son el puente, la catedral, Saint-Ouen, el palacio de la ciudad y muchos otros magníficos edificios, dignos por su antigüedad y bella arquitectura de fijar la atencion del viajero.

CUERPO LEGISLATIVO FRANCÉS.

La gran lámina que ofrecemos hoy á nuestros lectores, y que ocupa las páginas 132 y 133, representa la gran Cámara de sesiones del Cuerpo legislativo francés.

El referido salon es un elegante hemiciclo, á cuyo frente se halla colocada la mesa de la presidencia, que por tanto tiempo ha ocupado el difunto conde de Morny, rodeada de los secretarios de la Cámara. El bajo relieve, colocado detrás de la presidencia, es obra de *Coutand*, y representa *Una distribucion de recompensas á las artes y á la industria*, y la parte inferior se halla adornada con dos figuras de *Lemot*, que son *La Fama* y *La Historia*. El inmenso cuadro vacío que se observa en la parte superior, se hallaba ocupado antes de 1848 por un cuadro: *Luis Felipe prestando juramento á la córte de* 1830. A los dos lados y entre dos columnas jónicas, se ven tambien dos estátuas que simbolizan *El órden público* y *La Libertad*; en los frisos se aperciben tambien figuras alegóricas, escultadas por célebres artistas, representando *La Razon*, *La Justicia*, *La Prudencia* y *La Elocuencia*.

Los diputados, cuya cifra total se eleva á doscientos sesenta y dos, ocupan sus asientos en bancos forrados de terciopelo carmesí, escalonados y casi en la misma forma colocados que en nuestra Cámara popular.

Detrás de los bancos de los diputados y entre las veinte columnas jónicas que sostienen la cúpula, se hallan colocadas las tribunas, que son en número de seis: cuatro para la familia imperial, Cuerpo diplomático, senadores y consejeros de Estado, y una de sesenta asientos, reservada para las personas que llevan billete; la sesta, que es la más pequeña, es la destinada al público, para aquellos que tienen la paciencia de esperar heróicamente á la puerta con la anticipacion de dos ó tres horas antes de la sesion para coger sitio.

Los rosetones y arabescos del techo han sido ejecutados por los dibujos de Fragduard. El arquitecto del salon es Mr. de Joly. En 1818, despues de la muerte de Luis José de Condé, cuyos antecesores hicieron construir el palacio de Borbon, el gobierno de Luis XVIII entabló negociaciones con el objeto de adquirir para el Estado aquella magnífica propiedad, donde la Cámara de diputados estaba instalada, pero de una manera muy reducida. Las negociaciones se prolongaron hasta el 20 de junio de 1827, pero tan luego como hubieron terminado, Joly se puso á la obra, y el 21 de setiembre de 1832 se pudo inaugurar ya la sala, de la cual ofrecemos hoy una descripcion detallada, al mismo tiempo que una exacta y fiel reproduccion.

EL MUEZZIN.

Para llamar á los fieles á la Iglesia, los cristianos emplean, como todo el mundo sabe, las campanas.

Los musulmanes, por el contrario, emplean hombres, lo cual no está menos bien imaginado.

La voz del *muezzin* se pierde en el espacio; el eco de las campanas retumba á lo lejos; y sin embargo, la voz es bastante para congregar á los fieles á la oracion.

Los *muezzines* constituyen una de las cinco clases en que se divide el clero mahometano. Su mision es llamar cinco veces al dia á la oracion, pronunciando la fórmula sacramental: *La ilah il allah ve Mohamet recoul allah*, que quiere decir: «*Dios es Dios y Mahoma es su profeta.*» Su mision se halla reducida á esto, dejando al cuidado de los *Kaims* la conservacion de la mezquita; al de los *Scheiks* ó doctores, la predicacion; al de los *Imans*, la celebracion de los matrimonios y las ceremonias fúnebres; y al de los *Khatibs*, la oracion del viernes.

Los minaretes, desde lo alto de los cuales el *muezzin* hace escuchar su voz, son altas torres cuadradas divididas en varios pisos.

Cuando un *muezzin* ha gritado por espacio de diez ó más años desde lo más elevado de su observatorio, naturalmente y habiendo gastado todos los tonos de su voz, llega á enronquecer y apenas se le oye; pero ¿qué importa? Los verdaderos devotos no necesitan de que se les avise. Poco les importa que aquella voz no tenga ya el sonoro timbre que en otro tiempo, ni que el llamamiento parta de la galería de un minarete más ó menos elevado. Cuando la hora de la oracion se aproxima, una voz interior los avisa y no faltan á sus deberes religiosos, que practican hasta con fanatismo.

ADVERTENCIA.

Un accidente imprevisto nos ha obligado á retardar un dia la aparicion del número de esta semana.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



EL MUEZZIN.

El Periódico ilustrado.



ANNECY.

Número 18.

DEL 6 AL 13 DE JULIO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en **MADRID.**
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	5 cuartos en **PROVINCIAS.**
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 50 »	

ANNECY.

Antigua capital de los Condes de Ginebra, Annecy era, antes de su anexion á la Francia, cabeza de partido, en que se hallaban comprendidas Ginebra, el Chablais y el Fancignis.

Hoy dia es la capital del departamento de la alta Savoya.

Desde la época de 867, en la cual se encuentra el nombre de Annecy en una carta geográfica del emperador Lotario, todo induce á creer que esta poblacion tiene su origen en los tiempos más remotos.

Edificada á orillas del lago cuyo nombre lleva, y cuyas aguas la atraviesan por dos canales que van á desembocar en el Fier, Annecy debe á su situacion ser una importante ciudad industrial y comercial. Su poblacion, hace treinta años, era de 6.000 habitantes, pero hoy, segun el último censo, se calcula en 10.000.

En su centro se encierran monumentos notables dignos de llamar la atencion de los viajeros. Su castillo, desde el cual se disfruta de una magnífica vista, su catedral, construida en el siglo XVI, su preciosa Biblioteca, su casa de monta, etc., son otros tantos sitios que llaman justamente la atencion, lo mismo que sus fábricas de hilados, de paños, de curtidos y herrerías.

En la iglesia del convento de la Visitacion, reposan las reliquias de San Francisco de Sales y de Juana de Chantal, aquella Santa viuda, que devolvió la fortuna de las religiosas de su convento á sus familias, suplicando únicamente para su mantenimiento, la limosna que se ofrece á los pobres.

Podrian escribirse volúmenes sobre este delicioso pueblo y sus alrededores, pero nosotros tenemos que reducir nuestra relacion á muy estrechos límites, y nos vemos obligados á terminar aquí.

SALON DE CONCIERTOS EN EL PARQUE DE VICHY.

REVISTA DE LA SEMANA.

Empiezo esta revista abrumado bajo el peso de una errata que se deslizó en la anterior, y segun la cual la isla de Alboran se ha trasladado como por encanto desde Almería á Alemania. Afortunadamente esto no es verdad. La isla de Alboran sigue colocada en el Mediterráneo, equidistante de ambas costas, la de España por donde el Adra entra en el mar, y la de Africa por el cabo de Tres Forcas, en el mismo sitio en que tuvo la suerte de presenciar, en 1540, el combate naval en que la escuadra española, mandada por D. Bernardino de Mendoza, derrotó á la turca que capitaneaba Ali Amet. Esto es lo cierto del caso; y ojalá fuera tan cierto como esto lo que asegura el doctor Almansa, sobre la existencia de una gran cantidad de guano en dicha isla.

Hecha esta salvedad, y despues de repetir al público aquella frase con que terminan por lo regular los sainetes, *perdonar las faltas nuestras*, sigamos, ó por mejor decir, principiemos nuestra revista.

Se han celebrado el lunes, ante una concurrencia numerosa y con la solemnidad acostumbrada, las exequias fúnebres del insigne poeta Sr. duque de Rivas. La aristocracia y el clero, las letras y las armas, han acudido á honrar la memoria del soldado valiente, del escritor castizo, del noble modesto, que despues de una larga vida consagrada por entero á su patria, ha muerto respetado de todos, aquí donde se respeta tan poco, y donde con dolor sea dicho, queda muy poco respetable.

Buena prueba de esto es el escándalo que presenciaron con disgusto el domingo las personas sensatas que concurren á la Plaza de Toros, y que dió por resultado tener que abandonar su localidad un conocido orador y hombre político, á quien la multitud silbó y ultrajó de lo lindo, echándole en cara sus pasados errores. Adversarios hemos sido siempre de esa persona; públicos son los juicios que de su conducta hemos hecho, pero, francamente, lo de insultar al caido y aprovecharse de la oportunidad del sitio para hacerlo impunemente, se nos antoja poco generoso, y poco digno del caracter hidalgo de que tanto blasonamos en este pais. Hace mucho tiempo venimos notando una inclinacion funesta á esta clase de manifestaciones, y los pueblos, como los individuos, no se acostumbran á gritar sin que se les vaya la fuerza por la boca. Por otra parte, la verdadera justicia ha de ser séria, si trata de imponer á los que juzga reos.

Hace algunas noches tuvimos el gusto de asistir á un ameno concierto, preparado por los célebres violoncelistas Mr. y Mlle. Try, y verificado en el salon pequeño del Conservatorio. Cuanto pudiéramos decir del mérito de ambos artistas, seria pálido al lado de la realidad, contentándonos por lo mismo con repetir la esclamacion de un amigo nuestro despues de oirles.

—¡Si todos los que tocan el violon en Madrid, tocaran de ese modo, no viviriamos en tal desconcierto!

Hay ademas otra razon para que la señorita Try conquiste las simpatías del público: Hasta ahora habiamos visto muchas mujeres que tocan el piano; alguna que otra que toca el arpa y el violin, dos ó tres que tocan campanillas y aun clarinetes, pero el violon nos parecia un instrumento esclusivamente masculino por desgracia. La señorita Try ha venido á demostrarnos que no es así, y á reconciliarnos con su trasto, que en sus manos parece poético, y que nos la representa á veces, cuando la aureola de la inspiracion circunda su frente, como uno de esos ángeles de Rubens, que tocan tambien el violon, y que nosotros no comprendiamos más que como caprichos de artista. Damos pues el parabien por sus triunfos á la tañedora, cuya modestia y bondad nos consta corren parejas con su talento.

Con la partida de la córte á la Granja, la política ha entrado en un período de calma chicha. Lo que no se calma son los malos instintos de la gente, que producen á cada paso nuevos crímenes, y la aficion á lo ajeno, que hace á unos horadar las alcantarillas y aparecer en las habitaciones, como el diablo en las comedias de mágia; á otros entrar en una tienda y cegar con rapé al dueño, largándose al mismo tiempo con lo que buenamente pillan; y á los de más allá, equivocar el camino del Banco y llevarse en el bolsillo cantidades inverosímiles, de las cuales de seguro no sabrian que hacerse, camo sucede á varios que yo conozco, y que morirán de indigestion de maravedises.

Ya sabrán ustedes que la Academia Española terminó la lectura de las novelas presentadas al certámen, entre las cuales no ha habido ninguna que merezca el premio, ni siquiera el accesit, contentándose con hacer mencion honorífica de dos de ellas, á cuyos autores se dará la suma de 5.000 rs. para ayudar á los gastos de impresion. Estas dos novelas se titulan *Alfonso* y *Riquezas del alma*, lo cual me hace creer que la primera será una adulacion, y la segunda un entretenimiento de esos que hoy suelen llamarse filosóficos. Esta pobreza de asuntos indica que ni Fernandez y Gonzalez, ni Escrich, ni Tárrago, ni Mora, ni los que aquí merecen el nombre de novelistas, han concurrido al certámen, en lo cual acaso habrán hecho muy bien.

La verdad es que se gana mucho más publicando periódicos, aunque se escriban en catalan como *Un tros de papier*, en valenciano como *El Paragall*, ó en andaluz como *Los Tiempos*, ya que no obras de estudio como la *Memoria sobre las sociedades corales de España*, en que el Sr. Soriano Fuertes ha demostrado últimamente sus grandes conocimientos musicales, y su entusiasmo por las glorias del país en que vive.

Corre de boca en boca éstos dias una historia, en la que ha sido al mismo tiempo actor y víctima un jóven español que reside en París. Consideraciones de decoro, unidas al interés que inspira siempre la desgracia, nos impiden comentarla, ni aun valiéndonos para ello de lo que sobre el asunto leemos en las Revistas cómicas extranjeras.

Lo que sí nos permitiremos apuntar, es la idea de que el ócio y los malos hábitos en que aquí vive gran parte de esa juventud dorada, que debia ser orgullo y ornamento de la nacion, son causa de que se desarrollen en ella pasiones absurdas, vicios repugnantes, y pensamientos bajos y groseros que no deben albergar almas varoniles.

A buen seguro que no se entretendria en escribir cartas de cierto género, ni en pretender amores imposibles el personaje en cuestion, si hubiera nacido pobre, y tuviera que ganarse la vida haciendo versos, ó enjaretando artículos como el presente.

M. DEL PALACIO.

Á VERANEAR.

Hemos llegado á la época del año, en que la moda, esa deidad caprichosa, nos manda ausentarnos de Madrid con el objeto de veranear... Veranear; he aquí una palabra cuya verdadera significacion no es lo que parece; veranear, en su sentido genuino, quiere significar pasar el verano en cualquier parte que sea; pero veranear, considerando esta palabra bajo el punto de vista *social*, significa otra cosa; significa que abandonemos nuestra casa, nuestros amigos y nuestras obligaciones, y que dejando la coronada villa tomemos el tren para Biarriz, San Juan de Luz ó cualquiera otro punto. Y no hay remedio, hay que hacerlo así; ¿qué se diria sino en la *soirée* A ó en la *soirée* R, si la familia X no fuese á veranear? tal vez que estaban *tronados*, y desdichado entre nosotros del hombre que se *truena*, porque un hombre *tronado* es sumamente *cursi*.

Desde el dia 1.° de mayo, en todas las reuniones, en todas las visitas, en todas partes no se hace más que una sola pregunta:—¿Dónde vá Vd. este verano?—Al Norte ó *Vichy*; y no falta quien sudando y trasudando conteste medio corrido de vergüenza: al Escorial ó al nuevo Bastan, que son, por decirlo así, la plebe de las espediciones veraniegas.

La moda adelanta en todo; antes era poner una pica en Flandes, el irse á pasar el verano á la Granja ó al Escorial, esto es ya hoy muy antiguo; ¿quién se vá tan cerca, y sobre todo dentro de España? La cuestion es irse al Norte con el objeto de *otoñar* por París; así, que es muy frecuente ver una niña de ojos azules que dice entre suspiros: ¡Oh! este verano el médico me ha dicho que me convienen las aguas de Trillo: vea Vd. que *secancia*, pero mamá tiene pensado que nos marchemos despues á dar una vueltecita por París, y tal vez nos alarguemos á Italia; ¿ha estado Vd. en Italia? —Sí, señora, contesta el interpelado, aunque no sea cierto, con el objeto de no desmerecer ante los ojos azules de la niña rubia.—¿A dónde vá Vd. este verano, replica la niña.—A Zarauz (dice el pollo, por decir algo.)—Y cátate, lector, al pobre prójimo comprometido á hacer una viajata, ó precisado á caer en el ridículo ante los ojos de la sociedad en general, y de la niña rubia en particular. Sucede muchas veces, que el prójimo comprometido carece de fondos para subsanar los gastos del viaje, y entonces es de ver, cómo se afana para proporcionarse medios para verificar un viaje que le incomoda ó que le empeña; otros, no determinándose á contraer deudas con este objeto, se arrinconan en Chamberí, no faltando algunos que pasan el dia en casa y las tardes en la Vírgen del Puerto, dándose á luz allá para setiembre, diciendo á todo el que se encuentran, que han viajado mucho, y que los viajes son muy caros, creencia que indudablemente tienen muy arraigada.

Yo, y eso que no soy viajero, recuerdo un tiempo en que no salian de Madrid más que los enfermos; pero la moda, que entre otras cosas es *generalizadora*, trató y consiguió que saliesen tambien los sanos. Tal vez con esto adelante la *civilizacion*, porque se aumentan los medios de *produccion*, por la escesiva afluencia del *consumidor*.

¡Cáspita! qué mundo este, dominado por la economía política; nuestros abuelos no la conocian y gastaban 700 millones; nosotros que la conocemos, gastamos 1.700, pero para eso adelanta la civilizacion; además que hay un axioma económico que dice: «Lo mismo se produce gastando dinero, que amontonándole peso sobre peso; y luego dirán que una misma causa no produce diferentes efectos.

Pero basta de cuestiones económicas, y volviendo al objeto del presente artículo, y para terminarle, que aunque no largo es ya muy pesado, me permitiré decir dos palabras con aire de sentencia.

En todas las épocas ha habido más ó menos inclinacion á ciertas y determinadas cosas, á ciertas y determinadas instituciones, inclinacion que entre nosotros, por lo vehemente de nuestra imaginacion, raya en manía; varias nos dominan hoy, las principales son: La manía del cauchu, la manía fotográfica, la empleomanía y la manía de veranear.

P. D. Dentro de ocho dias me voy de baños.

J. V. DE TORNOS.

RÁPIDA OJEADA

SOBRE LA HISTORIA DE NÁPOLES Y SICILIA.

La cadena de una contínua esclavitud, ha pesado sin cesar sobre los hombros de esa parte de Europa que se llama Italia, y esa isla, que como florida ciudadela, avanza hácia el mar, con el nombre de Sicilia. Ciudades más ó ménos ricas siembran el suelo del reino de Nápoles, que reunidas ó aisladas, fueron cabeza ó parte de otras tantas repúblicas.

Roma; aquel imperio colosal que todo lo ambicionaba y conseguia, en cuyo seno hervian confundidas las partículas de todas las civilizaciones con la sangre de todas las razas dominadas ó estinguidas por su espada conquistadora; Roma, decimos, fué la primera que estendiendo su dominio sobre aquellas repúblicas, recogió presto en su manto el usufructo de sus riquezas remitiéndoles en cambio pretores, propetores y procónsules para que las gobernasen en su nombre, y concediéndoles con sagaz política títulos de honor, que arrebatados por la más leve falta, venian luego como á autorizar la opresion.

Cuando asomaron por entre las nieblas del Norte aquel enjambre de bárbaros, pueblos innumerables y salvajes, que empujados entre sí, se derramaban en terrible inundacion por las vertientes del Occidente, Sicilia y Nápoles cobraron tanto más de su antiguo esplendor, cuanta mayor era la decadencia de Roma, su señora. La ciudad eterna humilló su orgullo á las plantas de Alarico, y entonces el poder que aquella perdia súpolo alcanzar Grecia, aunque en menor escala, y Sicilia y Nápoles dejaron un momento de ser romanas para ser griegas; sacudieron el yugo de oro que arrastraban y se sometieron al cetro de marfil que ahogaba. Un momento hemos dicho que dejaron las repúblicas de pertenecer á Roma para ser de Grecia: un solo momento, porque como á todo el mundo conocido, á ellas tambien habian de llegar torrentes de aquella ardiente lava, semillero de razas feroces que cubrió la tierra para regenerarla. Como los godos en España, y los galos en Francia, á Nápoles y Sicilia abordaron los lombardos, tribus guerreras, salvajes como sus hermanas, aunque un tanto acondicionadas á la equidad en la barbárie.

El dominio de los lombardos fué rápido, pero general; y de aquel pueblo conquistador, que con la cuchilla se habia lanzado sobre Italia, se alzaron los condes de Amalfi, los duques de Nápoles y los príncipes de Salerno. La primera esclavitud pertenecia á Roma, la segunda á los lombardos.

Los sarracenos, aquella nueva invasion de los pueblos orientales, llegó tambien á llamar á las puertas de la monarquía lombarda, establecida ó creada, por mejor decir, en las cautivas tierras napolitanas y en los floridos huertos de Sicilia. Acaso el cetro de hierro de los dominadores hubiese caido en pedazos bajo las plantas árabes, si un puñado de hombres, rama del tronco occidental, que daba razas por frutos, no llegara en su auxilio; los normandos, acaudillados por un galo, aparecen como estrella salvadora para los casi vencidos lombardos, y la hueste musulmana huye aterrada ante los escuadrones de Drogon.

Ejemplos repetidos hallamos en las historias, de cuán peligroso es pedir auxilio á los estraños; los lombardos maldijeron pronto del apoyo de sus auxiliares, que encantados del país y su belleza, arrollaron á sus protegidos, y Nápoles y Sicilia dejaron de ser lombardas para ser normandas; los libertadores se habian trocado en dueños.

Aquellas provincias fueron trasformadas por sus nuevos señores, en una república aristocrática, muy semejante á la de Polonia; y como esta, buscó un apoyo en el trono imperial mas cercano, esto es, en el de Constantinopla. Desde aquí se desprende ya una larga série de señores extranjeros, cuyo dominio, aunque convulsivamente repelido en diferentes ocasiones por los naturales, se fortalece más y más, como si la sangre de los mártires fuese elixir de vida para los tiranos.

Cuatro soberanos se habian asentado sucesivamente sobre el estraño sólio, formado por el valor del aventurero *Guillermo, Brazo de hierro*, cuando en las fronteras alemanas comenzó á rujir aquella tempestad, que un dia habia de estremecer los cimientos de la silla aristocrática.

Con la muerte de Guillermo *el Bueno*, la discordia blandió su tea: una nueva raza pugnaba por abrirse camino hasta el trono normando de Sicilia y Nápoles; y Tancredo, elegido de entre los antiguos barones, supo él solo resistir los formidables empujes de Alemania, por entrar á mezclar su sangre en aquella dinastía lombardo-normanda, y solo con su muerte logró el emperador Enrique coronarse con aquel casco de hierro, fundido en los peñascales de Apulla: de esta manera la casa de Suavia entró á poseer un cetro, que por espacio de ciento veinte años estuvo en poder de sus terceros y no más dichosos conquistadores. Un solo año de reinado, valió al emperador Enrique la maldicion de todos los pueblos que acababa de adquirir; perjuro y cruel, ensangrentóse en la familia proscrita del difunto Tancredo, y presto fué llamado con el significativo apodo de *El Neron de Sicilia*. La muerte atajó tantas infamias, y libró al reino de tan horrendo mónstruo.

El hijo de Enrique, huérfano tambien de madre, fué encomendado al pontífice Inocencio III, que político sagaz, no tardó en divisar una provechosa alianza que le ofrecia un poderoso reino, y al efecto casó al jóven Federico con Constanza, hija de Alfonso II de Aragon.

El reinado de Federico fué contrariado; á su muerte dejó esparcida la semilla de una guerra cruel. Un hijo legítimo al lado de un bastardo, suceso frecuente en las historias, se hallaron frente á frente en el sólio de Sicilia; pero Conrado murió conociendo la supremacía que en talento y valor tenia sobre él su hermano, y Manfredo, el bastardo, quedó tutor de su sobrino el príncipe Coradin. Entonces es cuando la corona de Nápoles y Sicilia enjendró un nuevo deseo, y el terrible Inocencio IV declaró á los dos reinos por patrimonio de la Santa Sede. Era lo único que faltaba á la monarquía; habia probado el régimen absoluto de los romanos, el bárbaro dominio de los occidentales, y el feudal yugo de Alemania; restábale solo que el poder teocrático estendiere sobre él su báculo señorial, para conocer uno por uno todos aquellos regímenes, en los cuales en vano hubiera suspirado por hallar un soplo de vida y de desahogo. En Roma no habia odiado al poder omnímodo y absoluto del gentilismo; en los lombardos la anarquía de las razas occidentales; en Normandía el yugo feudal de la brutal aristocracia, cuyo principio era la fuerza, y cuya virtud era el valor; y en Alemania al gobierno de un imperio que se alimentaba como el vampiro, de la sangre de todos los pueblos; faltábale probar el poder absoluto del pontificado; tanto más terrible, cuanto se apoyaba en la creencia religiosa afianzada en el espíritu fanático de la época.

La Santa Sede, ya que no para sí, pudo lograr un resquicio para sus intentos, y la casa de Francia, como antes la de Suavia, avanzó hácia el trono de Manfredo. El suplicio del niño Coradin fué el desenlace de tan terrible drama, y Sicilia gimió bajo el yugo francés, cien veces mas oprimida que bajo el mismo cetro romano.

Una hija del desdichado Manfredo, habia pasado á ocupar el tálamo y el sólio de Pedro III el Grande, de aquel rey de Aragon, que al valor de su abuelo Pedro II, unia la política de su padre Jaime el Conquistador. Este fué elegido para redimir á los pueblos de su esclavitud: las Vísperas sicilianas marcaron la más terrible convulsion política obrada en aquel suelo, y probó hasta la evidencia que cuando un pueblo se une y reconcentra, es invencible.

Detrás de la casa de Francia aparece la de Aragon, primera raza extranjera recibida con regocijo por los sicilianos; en la segunda generacion de esta nueva dinastía, es cuando Sicilia se separa de Nápoles; y mientras en aquella se perpetúa la raza aragonesa, en este se estiende una familia creada, por decirlo así, de la general fusion, y en la cual asoma luego la altiva Juana I.

Sujetos aquellos reinos á la corona española, gimen al ser destrozados en contiendas campales por las casas de España y Francia; recuperada al fin por la primera, Italia canta cautiva á los piés de los reyes católicos; mira con admiracion aquel coloso que la llama suya, destello vivo de Carlo-Magno, y de mano en mano llega hasta el último de los austriacos, en que tan rico floron, aunque mutilado, pasa á la casa borbónica, nueva para él y para España, engrandeciéndose con fugaz esplendor durante Cárlos III, el cual, como la herencia mas preciosa, la donó á su hijo Fernando IV, fundando así la monarquía menos nacional de todas las dominadoras en aquel país.

Cuando la revolucion estendió sus alas en 1798, Nápoles y Sicilia recibieron su empuje, como toda la Europa: aquel empuje habíale hecho perder su equilibrio truncado; el sacudimiento general de la regeneracion política, necesitaba sentirse en los dos reinos, más tarde ó más temprano.

El cañon de Gaeta, hizo comprender que el espíritu de los pueblos no muere, aun cuando los siglos y las razas se sucedan.

La regeneracion de los reinos comenzó; ningun pueblo aparece con mas brillo en la historia, que el que puede presentar mártires antes que héroes. Dios quiere purificar á los hombres, antes de concederles lo que solo Él puede conceder.

J. T. BENEDICTO.

DON PEPITO.

Voy á consagrar un recuerdo á la memoria de don Pepito, recuerdo que, sin duda, me agradecerán los que, como yo, le han tratado, y quizá le recuerdan todavía. ¡Ah! casi estaba por dejar la pluma, porque desde que no veo á D. Pepito, paréceme que he perdido juventud, imaginacion, estilo, todo; y temo dar perro á mis lectores.

Porque D. Pepito, como todas las grandes figuras, dejan recuerdos indelebles, vacíos que no se pueden llenar.

Y eso que la figura de D. Pepito era muy pequeña.

Hay tres sitios en Madrid, que forzosamente tengo que ver la mayor parte de las dias, que para mí están llenos de tristes memorias. La fonda del Armiño, que veo casi siempre de paso; el café Suizo y la calle de Alcalá me recuerdan toda la historia de D. Pepito; porque la historia *conocida* de D. Pepito se reasumia en dicha calle, en dicho café y en la persona de Farrugia, dueño de la fonda del Cisne, en los tiempos pasados.

Alejandro, Mahoma, Napoleon, todas esas grandes figuras, necesitaron un mundo para dejar su recuerdo á las edades; D. Pepito, girando en muy pequeña órbita, ha dejado tambien imperecederas memorias.

Y eso que D. Pepito no era más que un perro.

Un perro, sí; pero ¡qué perro!

Figuraos el perro más pulcro, comedido é inteligente de la creacion, y atendiendo á la reconocida inteligencia de la raza canina, comprendereis que valia más que muchos hombres. Decian de D. Pepito que no le *faltaba* más que hablar; pero yo, por razones particulares, creo que no hablaba por temor de parecerse al hombre, que tantas veces abusa del don de la palabra.

D. Pepito era un perro dogo, pero sin la frente deprimida y el innoble hocico saliente, que constituye la especialidad de la raza. D. Pepito, por el contrario, tenia la frente lisa y alta, que revelan bondad é imaginacion, y su hocico presentaba la elegante curvatura del tipo romano. Agregad á esto unos ojos grandes, vivos y muy separados uno de otro, como los de la gacela, y comprendereis la distincion simpática de la fisonomía de D. Pepito.

D. Pepito, para mí, no tenia más que un defecto.

De vez en cuando aparece en Madrid un jóven granadino que produce en mí, y tal vez en algun otro, una incomodidad indefinible. En todas las estaciones, en todos los sitios, á cualquiera hora del dia ó de la noche, siempre se presenta tan pulcro, tan atildado, tan *planchado* como si acabase de salir de su pieza de tocador. El aire, el polvo, el barro no se atreven á descomponer ni un cabello de su cabeza, ni á empañar con la más ligera sombra el brillo de su calzado. Esta eterna, fatal é inesplicable limpieza, irrita como todos los privilegios; los aseados le miran con envidia, porque no pueden competir con él, y los no limpios le examinan con esa mirada de odiosa admiracion con que los enanos contemplan al cabo de gastadores. La deslumbrante blancura de su camisa cansa y hiere la vista como un país cubierto de nieve; engendra el fastidio, hermano de la desesperacion; produce el efecto de lo perfecto como los versos de Boileau; recuerda los tres enanos y las tres sublevaciones de las tres primeras novelas de Víctor Hugo, y trae á la memoria la fachada del palacio de Medinaceli, á pesar de la habilidad con que el arquitecto restaurador ha procurado atenuar la monotonía de la línea del friso.

Pues bien; D. Pepito era solo el único rival del susodicho jóven granadino. Sobre su fina y lustrosa piel no aparecia jamás la más pequeña mancha. Tenia el cuerpo de color negro y la pechuga blanca, de modo que se asemejaba á un *dandy* en trage de etiqueta.

Voy á dar una idea de las costumbres de D. Pepito, para mejor inteligencia de aquel animal único.

A las doce del dia aparecia D. Pepito en la fonda del Cisne, contigua entonces al café Suizo; allí almorzaba con Farrugia, dueño de aquel establecimiento, y despues de enterarse discretamente de las conversaciones entabladas en las mesas de la fonda, se trasladaba al café Suizo, atravesando por el portal de la casa. Tomaba café con alguno de sus numerosos amigos, y acabada esta operacion, con paso grave y reposado bajaba D. Pepito por la calle de Alcalá, por una ú otra acera, segun queria tomar el sol ó gozar de la sombra, y una vez en la esquina de la casa de Alcañices ó en la de enfrente, sentábase arrimado á la pared, y desde allí contemplaba un buen rato el animado panorama del Prado, en actitud reflexiva; porque es de advertir, que D. Pepito, como todos los grandes pensadores, tenia la digestion meditabunda, aunque desgraciadamente á nadie ha confiado sus pensamientos.

Una hora despues, subia mi héroe por la susodicha calle, al mismo paso principal con que habia bajado. Entrábase en el Suizo, penetraba en el billar, y allí se acomodaba sobre una banqueta, no á dormir, porque conste que nunca se ha visto dormido á D. Pepito, sino á seguir las jugadas del billar con la mirada de la inteligencia.

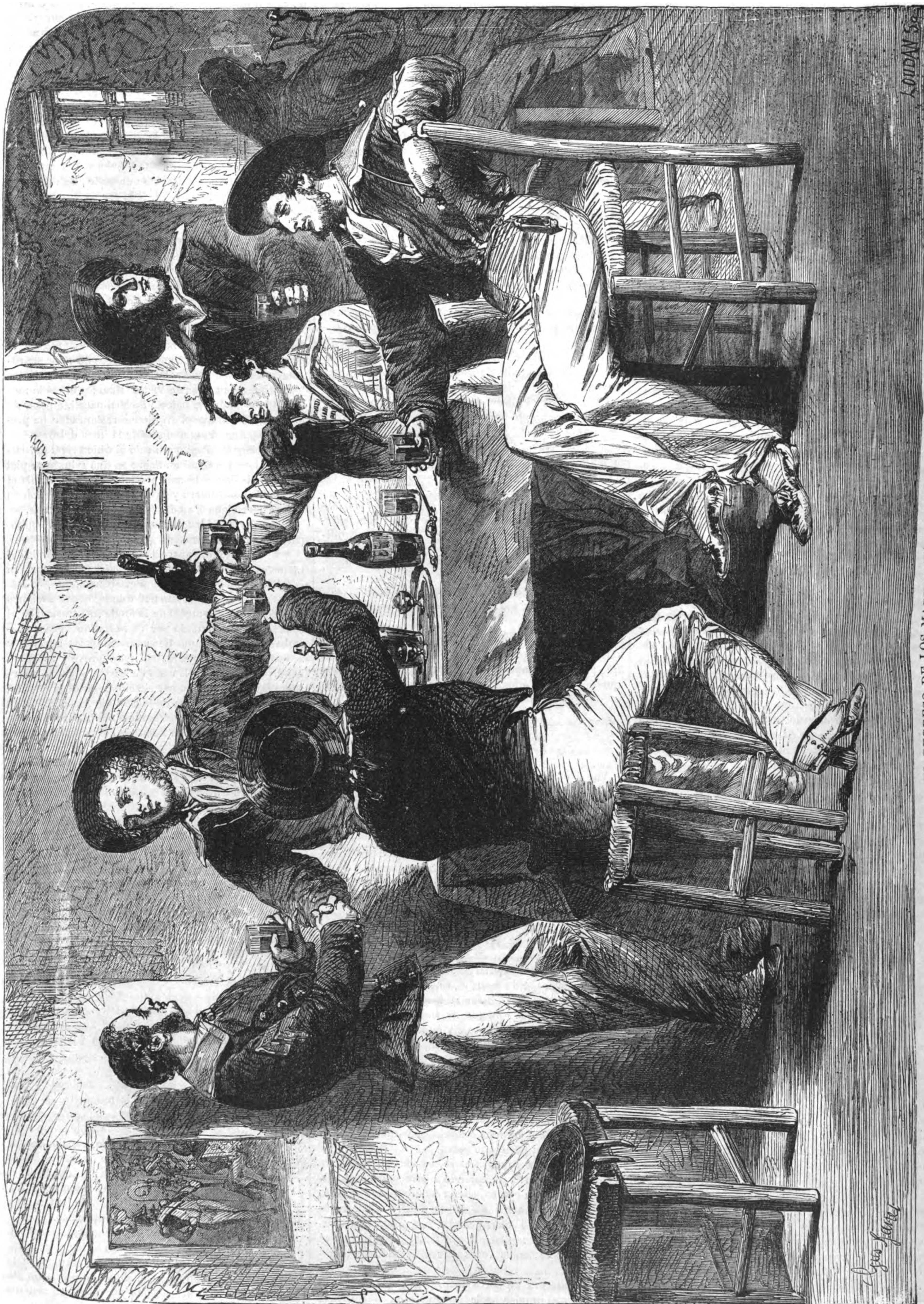
Al anochecer, en todas las estaciones, se trasladaba D. Pepito á la fonda del Cisne, y se agregaba á la mesa de uno, ó mejor dicho, del más predilecto de sus amigos.

¿Quién, especialmente si pertenece á la buena sociedad, no ha conocido á Perulo, ese italiano hermoso como una estátua antigua, tan espléndido, tan elegante, tan refinado en sus gustos gastronómicos, y que daba tan sábios consejos á Farrugia? Pues bien; D. Pepito preferia la mesa de Perulo, no solo porque sabia que era la mejor servida de la fonda, sino porque tambien hallaba en ella pasto intelectual.

Perulo tenia la digestion poética, y acabada la comida, mientras se fumaba, hasta la mitad, tres ó cuatro vegueros, acompañados de otras tantas tazas de café, el inteligente italiano hablaba de sus viajes, ó se embelesaba con las memorias de su patria, con los recuerdos del golfo de Nápoles, en donde se bañan las estrellas y las ondinas, ó describia los alegres bailes de la Margelina, en los que aquellas pescadoras gallardas y morenas, como la esposa del Cantar de los Cantares, hacen sus zapatillas bordadas de lentejuelas.

D. Pepito oia embebido estas atractivas descripciones... Pero D. Pepito no cabe en un artículo, y además la emocion que produce en mí, me abruma de tal modo, que suspendo mi relato hasta otra ocasion, temiendo hacer una necrologia, en vez de un artículo.

FLORENCIO MORENO GAVINO.



EL REGRESO DE LOS MARINEROS.



ESTACION DEL FERRO-CARRIL DEL NORTE, EN PARIS.

«EL CAPRICHO» DEL SEÑOR DUQUE DE OSUNA.

RECUERDOS DE UN DIA DE CAMPO.

Á las señoras y señoritas de N.

Tiempo hacia que me preocupaba la resolucion de un problema dificilísimo en cuanto toca á mi persona. Y no muy fácil tampoco en cuanto al resto de la humanidad: *pasar un dia feliz*. Porque ser feliz veinticuatro horas seguidas es una de las cosas más raras que acontecen en la vida.

Pasa en la historia por el más feliz de los nacidos, aquel Abderrahman III, el Magnífico de Córdoba; y sin embargo, sus historiadores afirman que en el lecho de la muerte hubo de confesar, que no habia sido feliz más que catorce dias en toda su vida, la cual sin embargo fué bastante dilatada.

Pero dejándome ahora de Abderrahmanes y Córdoba é historiadores que no vienen á cuento, fuerza es decir, cómo yo he sido feliz un dia, con el benéfico objeto de que el que guste aprenda el procedimiento y pruebe, á ver si la cuenta le sale, por más que yo crea que como todos no tenemos iguales gustos ni inclinaciones, alguno todavía podia darse por descontento, de lo que yo saliera cumplido y satisfecho.

Supónganse Vds. que yo estuviere enamorado; ¿podria un avaro, un político, un filósofo hallar la ventura en el objeto deseado por mí? Y ya que he hecho esta suposicion, afirmo y digo que nadie puede ser más feliz, ni con menos gasto, que un enamorado. Désele una sonrisa, una mirada de la mujer que adora, y ya se la tendrá más orgullosa que Hernan-Cortés con sus conquistas.

Pero volviendo á mi cuento, han de saber Vds., lectores mios, que yo tengo unos gustos muy campestres, es decir, que no tengo más que hallarme lejos del ruido de la ciudad, junto á la fuente clara, y el grupo de los álamos aquí, y la pradera por allí, para soñar esa felicidad patriarcal de que nos hablan los poetas bucólicos, y encantarme como un bobo ¡solo que me aburre la soledad! Y es que en el mundo no hay gusto cumplido, ni cosa que no tenga su pero.

De manera, caros lectores, que ya tenemos aquí dos grandes elementos para que yo sea feliz: gozar un dia de campo, y tener amable, gratísima compañía, ¡oh amistad! ¡Oh dulce lazo de los hombres! ¡Cuántos consuelos no te debo en medio de los azares de mi vida, ingrata y solitaria!

Despues de esto, que podemos llamar proemio, entro en materia. Era un dia sereno y tranquilo. La fiesta estaba preparada, el punto elegido, la gente dispuesta: chascó el auriga la fusta, y en dos saltos nos hallamos mas allá de Canillejas.

¡Qué bellas compañeras! ¡Y qué animacion en los rostros! ¡Y qué alegría en las almas! Gozaban los padres con el contento de las niñas, y éstas alegres sonreian con la proximidad de los placeres inocentes que veian en perspectiva.

Supongo que nadie querrá saber quiénes eran mis lindas compañeras; así que me limitaré únicamente á deciros, que eran cinco á cual más bellas.

Con semejante sociedad, ¡quién no se considera feliz! Llegamos á la *Alameda* del señor duque de Osuna: aquello era un paraiso: faltaban únicamente los ángeles, pero iban en nuestros carruajes. A su llegada todo el campo se cubrió de flores, y las aves nos saludaron con sus cantos.

Hermoso es *El capricho*: las lenguas de la fama lo pregonan como una de las más hermosas posesiones que hay en España, y la única que puede competir con los sitios reales: desde el *Ramal* al *Palacio*, desde el *Parterre* al *Casino*, estanques, lago, islotes, bosquetes y planteles, todo es hermoso: mas aquel dia resaltaban con más brillo, y era que reflejaban la mágia y la hermosura y el contento de mis lindas amigas.

Inútil creo decir, porque harto se comprende, que todo el dia fué una fiesta continuada, pues todo nos brindaba al placer. Cuando la tarde avanzaba y el dia estaba á punto de terminar, entonces recorrimos la posesion.

El palacio, el templete, construido en honor de la Excma. señora doña María Josefa Pimentel, condesa-duquesa de Benavente, fundadora de la *Alameda*, y el lago, son tres cosas dignas de notarse. Está el *templete* formado por cuatro columnas jónicas, que sostienen una semicúpula encasetonada, en cuyo cuadro se halla el busto en bronce de la mencionada señora duquesa; y se dá ascenso á él por siete escalinatas, interrumpidas por ocho zócalos, sobre los cuales descansan otras tantas sirenas vaciadas en plomo; una gradería semicircular completa el basamento, que termina en un zócalo general con dos estátuas. *El palacio* es de cuatro lados: su cuerpo bajo por la fachada principal que dá al jardin, sirve de zócalo á un gracioso peristilo, con ocho columnas corintias, cuyo cornisamento está coronado de un antepecho de hierro de dibujo con pedestales de piedra, que sostienen diez niños con diferentes atributos. Este peristilo comunica con el jardin por una magnífica escalera de dos ramales, con antepecho y pasamano; está adornado de bustos de mármol, y debajo se halla un grupo de Laocoonte. Por último, el *lago* tiene á sus márgenes una choza sobre el agua para custodiar los barcos, una casa de cañas para embarcadero y un dique; un puente elegantísimo de hierro une sus dos orillas, y dos islotes llenos de árboles quedan en su centro.

Nunca podré olvidar aquel dia tan feliz. Terminada de ver la posesion, volvimos á los coches, y luego á Madrid, despues de haber ofrecido á las damas algunas flores y algun otro objeto, fué para mí el recuerdo de las delicias del dia. Impreso está en mi corazon, y grabado lo tengo en una hoja de laurel allí cogida, inocente capricho que no tuve dificultad en satisfacer, como quizá algun otro de mis amigos.

Todo pasó como un sueño; pero he sido feliz todo un dia. ¡Ah! ¡cuántos vendrán de amargura en pos! Dios lo sabe.

J. P. DE GUZMAN.

LA AMAPOLA.

Entre las verdes espigas
Que dora el brillante sol,
Una sencilla amapola
Su fresco cáliz abrió.

Formábanle recogidas
Hojas de blanco color,
Y humilde cedia al soplo
De la ráfaga veloz.

No lejos de ella, un espino
Mostraba aromosa flor
Entre las punzantes ramas
de su verde pabellon.

Vió nacer á la amapola,
Y en cuanto brotar la vió,
Bajóse el lascivo arbusto
Por contemplarla mejor.

Y no sé qué en su lenguaje
La dijo con torpe voz,
Que al escuchar al espino
La amapola enrojeció.

Desde entonces muestra el cáliz
Tinto en hermoso arrebol.
Niñas, admirad en ella
La hermosura del pudor.

MIGUEL RAMOS Y CARRION.

VICHY.

La importancia de esta estacion termal, y el interés particular de actualidad que ofrece en este momento, nos obligan á ofrecer al público un artículo y un grabado que creemos que aquel admitirá con gusto.

Entre los manantiales, á los cuales debe Vichy su estraordinaria reputacion, existe uno que se debilita y desaparece por intérvalos irregulares. Brota durante muchas horas prodigando la salud á los enfermos ávidos, y de pronto desaparece sin que nadie hasta hoy haya podido esplicarse la causa. Muchas veces se ha creido perdido para siempre, pero por fortuna, sordas detonaciones subterráneas han venido á anunciar su vuelta, y con ella á traer la alegría á los enfermos.

Vichy es un pueblo de 4.000 habitantes próximamente, sombrío y triste durante la estacion del invierno, pero desde el 15 de mayo al 15 de setiembre adquiere una nueva existencia, se trasforma, y en su recinto todo es movimiento y vida. Los extranjeros de todas las partes del mundo acuden en gran número á buscar el benéfico influjo de sus aguas termales, y puede decirse sin exageracion, que pasan de 25.000 personas las que se hospedan en el pueblo. Generalmente es el sitio donde se dan cita todos los años las gentes de la alta sociedad parisiense, madrileña, rusa, etc.

Los magníficos almacenes de la calle de Montarel, muestran en sus resplandecientes escaparates todas las maravillas de la industria. Las más elegantes *toilettes* lucen sus encantos bajo las frescas alamedas del parque. Magníficos conciertos tienen lugar todas las noches, dirigidos por la batuta mágica de Bernardin, ese digno sucesor de Straus. En las calles, perfectamente cuidadas y enarenadas, ruedan magníficos trenes y piafan soberbios caballos de raza árabe. Los bailes, los conciertos, las serenatas, las representaciones dramáticas se suceden sin interrupcion durante algunos meses, pero... llega un dia en que el ruido cesa, el movimiento desaparece, la vida se estingue, y como herida por la varita de un mago, la ciudad vuelve á caer bruscamente en su tranquilo sueño.

Vichy se ha hecho últimamente más de moda aun desde que el emperador Napoleon va todos los años á tomar las aguas, y su presencia y su estancia en aquella localidad ha traido consigo importantes mejoras.

La fama de sus aguas salutíferas se remonta á los tiempos mas antiguos. Los médicos de la Edad media, como los de hoy, recomendaban el uso de aquellas aguas como beneficiosas contra la epatitis, la gastritis, la gastro-enteritis, la gota, los cólicos nefríticos, la disentería, la inercia de las funciones abdominales, etc., etc., etc., y eso que entonces la química no habia adelantado lo bastante para descubrir en las aguas de Vichy, las combinaciones del ácido carbónico con la sosa, la magnesia, el hierro, la potasa, etc; el termómetro no se habia inventado tampoco para medir exactamente la temperatura de sus veneros, que varian de catorce á cuarenta y cuatro grados centígrados.

Lo que impidió por espacio de muchos años la prosperidad de Vichy, fué la dificultad de las comunicaciones, y además era una poblacion triste y sin movimiento, pero poco á poco se ha ido embelleciendo, y en el dia es una preciosa ciudad.

Nuevos progresos se realizan todos los dias, desde que Napoleon la favorece todos los años con su presencia. Por un decreto de 27 de julio de 1862, se ordenó la construccion de muchos edificios públicos, y la ejecucion inmediata de varios embellecimientos.

En la parroquia de Blaise, donde el emperador oye generalmente misa, se ha construido últimamente una basílica romana, colocada bajo la invocacion de Santa Eugenia.

Vichy no cuenta menos de doce manantiales minerales, pero hasta hace poco carecia de agua dulce; las antiguas fuentes de las Tres Cornetas y de la calle de Nimes, no proporcionaban suficiente cantidad para el consumo y ha sido preciso establecer una máquina hidráulica que conduzca el agua del rio en tal abundancia, que hoy se distribuye por millares de litros á los cuatro barrios de la ciudad.

Las transformaciones de Vichy contrastan mucho con la inmovilidad de los pueblos vecinos. Cuset, que es la cabeza de partido, conserva siempre su fisonomía gótica, y continúa siendo la villa de Cárlos VII y de Luis XI; Chateldon, Busset, el Castillo de Raudan, Billy ofrecen igualmente curiosas antigüedades dignas de ser vistas y admiradas. «Es, ha dicho con mucha razon Alberic Second, un pedazo de la Suiza trasplantado allí como por encanto.» ¿Quereis caminos escarpados, y grutas profundas? dirigíos á Ardoisiere y deteneos al pasar, al pié de la cascada de *Goure-Saillant*. Nosotros concebimos que se vaya á Vichy en busca de la salud cuando se está enfermo, pero tampoco dejamos de comprender que debe irse tambien aun estando sano y bueno para disfrutar de los goces y placer que aquel sitio proporciona durante la temporada de baños.

MEMORIAS DE UN LOCO

POR

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

(Continuacion.)

XVI

Todavía estoy en Barcelona.

La causa que aquí me detiene me hace vivir alarmado de algunos dias á esta parte.

He escrito un drama que ha sido admitido y puesto en ensayo inmediatamente.

Va á ejecutarse de un dia á otro.

Yo deseo que se ejecute y lo temo al mismo tiempo.

Muchas veces me pregunto á mí mismo si tengo talento y no sé qué contestarme.

Un buen éxito, los aplausos, la gloria, mi nombre repetido por las cien bocas de la prensa, esto me haria morir de dicha.

Pero una decepcion, el descrédito, el ridículo, las mordaces críticas... ¡seria horrible!

Los ecos de mi gloria llegando á sus oidos me harian dichoso.

Pero el rumor de mi derrota me mataria.

No me atrevo á luchar.

No me atrevo á esponer mi nombre.

Temo arriesgar mi felicidad.

El drama se ejecutará, pero no llevará mi firma.

La gloria ó el ridículo caerán sobre un pseudónimo.

No por eso dejarán de resonar en mi corazon.

Estoy decidido.

Partiré para Valencia, y sabré desde allí el éxito de mi drama.

Partiré... me olvido de que tengo aun pendientes en Barcelona dos asuntos, de los cuales no puedo encargar á nadie.

Se trata de dos desafios.

Yo no debia batirme con nadie, pero el falso honor que avasalla al hombre que vive en sociedad, me obliga á ello.

¡Batirme yo, y cuando voy á verla!

Es absurdo.

Mis adversarios acaso han gozado ya de la dicha, ó quizá son desgraciados, y en uno ú otro caso pueden arriesgar impunemente su vida.

Yo voy en busca de la felicidad, mi corazon me dice que voy á encontrarla, y yo no quiero morir ahora.

¡Morir sin verla!

¡Morir sin haberla dicho que la amo!

Sin embargo, es preciso.

De un momento á otro aguardo á mis padrinos, que habrán fijado ya las condiciones.

XVII.

¡Qué dia tan lleno de emociones!

Uno de mis desafios terminó ayer pacíficamente.

En el otro ha corrido esta mañana la sangre de mi adversario.

Sin duda era menos diestro que yo, que no lo soy mucho.

Su herida es leve.

Mañana parto para Valencia.

Voy á verla.

XVIII.

Abril de 1858.

Valencia, jardin de España, país donde al presente moran todas mis ilusiones, yo te saludo.

Ya vuelvo á tí con el corazon henchido de amor y de esperanzas.

La primavera empieza ya á pintar tus campos de matizadas flores.

Tu privilegiado suelo está cubierto de verdura.

Tus árboles empiezan á mostrar los ricos y abundantes frutos, bajo cuyo peso deben doblarse dentro de poco.

Al volver á tí y hallarte tan hermosa, me pareces una madre que para recibirme, cual nuevo hijo pródigo, viste sus mejores galas.

Acaso no eres tan hermosa como yo te veo, pero... ¿qué pais no es bello si se albergan en él nuestras ilusiones?

En tu recinto se halla mi madre á quien abrazaré dentro de poco.

Además está *ella*.

¡Bendita seas, Valencia, que tales dulzuras guardas para el pobre viajero!

XIX.

Desde ayer estoy en la ciudad del Cid.

Mi madre me ha recibido..... como reciben á sus hijos todas las madres, con los brazos abiertos y las lágrimas en los ojos.

Al estrecharla entre mis brazos no he podido menos de olvidar por un momento mis quimeras y abandonarme sin reserva á la felicidad que sentia en mi alma.

Con ese tacto admirable de todas las madres, nada me preguntó, nada me dijo sobre lo que pensaba hacer, ni sobre lo que habia hecho.

Ocupada del presente, olvidó por un momento el pasado y dejó de pensar en el futuro.

Yo la agradezco su olvido; si olvidó realmente por lo mucho que habla en favor de su corazon de madre, si recordó y calló sin embargo, por lo que honra á su esquisita delicadeza de mujer.

De todos modos calló.

Yo fuí quien abordó esta cuestion dificilísima.

Asi como ella debia callar yo tenia la obligacion de abordarla.

Declaré terminantemente que la literatura seria en adelante mi única carrera.

Mi madre me hizo algunas objeciones.

El porvenir de un literato la parecia muy incierto.

Yo fuí inflexible.

Hablé, peroré con una elocuencia de que no me creia capaz, y acabé por convencerla.

Obtuve su aprobacion y decidí dedicar desde entonces todos mis afanes, al logro de mi objeto.

Sé que mi familia desaprobará mi determinacion.

¡Bah! ¿que me importa la aprobacion de los demás, si tengo la de mi madre, y sobre todo si sé por qué hago las cosas.

Ellos me acusarán de una inconsecuencia más.

Yo me reiré de sus acusaciones.

Adelante.

XX

Mayo de 1858.

Anoche estuve en un baile.

Ella estaba allí.

La fiesta no pudo ser mas magnífica; para mi, sobretodo, era inmejorable.

El aspecto de un baile produce siempre una especie de embriaguez inesplicable.

Aquellos salones alumbrados profusamente, y poblados de mujeres hermosas, elegantes y ricamente vestidas, en cuyos lábios se vé pintada una eterna risa de placer.

Aquellas miradas llenas de esperanzas.

Las dulces palabras entrecortadas, que se sorprenden del uno al otro lado.

Las armonías de la orquesta.

La agitacion misma del baile.

Las parejas que se lanzan como enbriagadas en el torbellino de un arrebatado wals de Weber, que es el único hombre que ha comprendido el wals.

Todo predispone al amor, todo á la felicidad, todo á la alegría.

He visto muy pocos hombres que permanezcan allí indiferentes.

El que al entrar es ya feliz, acaba por enloquecer de dicha.

El que es desgraciado, no tarda en olvidar completamente la causa de sus pesares, eternos enemigos que solo allí le dejan un momento de reposo.

En cuanto á mi, yo sé si era feliz ó desgraciado.

El temor y la esperanza reinaban en mi corazon por intérvalos sucesivos.

Me acerqué á *ella*.

La invité á bailar.

Aceptó.

Y bien pronto atravesó el salon apoyada en mi brazo, y radiante como siempre de hermosura, mientras yo no podia darme cuenta de la dicha que embargaba mis sentidos.

La orquesta preludió... yo no sé que cosa.

Sus notas discordantes en un principio, fueron progresivamente agrupándose para formar un todo.

Empezó el baile.

Las parejas empezaron á girar rápidamente sobre sí mismas.

Y... nosotros nos cofundimos en su revuelto torbellino.

Y... yo giraba arrastrado por *ella*, y rogaba á Dios que nunca terminase aquella especie de vértigo.

Al cabo de algunos minutos hicimos un descanso.

En los descansos es preciso hablar á la que nos honra aceptando nuestro brazo, y yo no podia hablarla más que de una cosa, que al mismo tiempo me resistia á decirla.

Ella fué la que entabló el diálogo hablándome de Barcelona.

Yo la contesté que me gustaba mucho, pero que me alegraba de haber vuelto á Valencia.

Me habló de la carrera militar, y casi la dije lo mismo.

Me preguntó por las catalanas, y tuve que contestarla que aunque hermosas, ninguna impresion habian hecho en mi alma.

—¿Tiene usted amores?—Me dijo entonces.

—No, —contesté lacónicamente.

—¿No ama usted á nadie?

—Adoro,—la repuse—con toda la sinceridad, con todo el entusiasmo de que es capaz mi corazon.

—¿Ha recibido usted un desaire?

—Hubiera muerto.

—Entonces debe usted tener esperanza.

—¡Quién sabe!

—¡Oh! sí. Con constancia se logra todo;—me dijo con una sonrisa encantadora y fijando en los mios sus hermosos ojos garzos, como diciéndome:—espere usted. Le comprendo.

(Se concluirá.)

LOS MARINEROS.

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores, copia de un bellisimo cuadro de Curzon, representa una de esas escenas tan comunes en una taberna de un puerto de mar, al dia siguiente de la llegada de un buque, ya sea mercante ya sea de guerra.

Todo en este cuadro es vida y animacion: los que ayer navegaban aun y luchaban con los peligros y las tempestades del mar, hoy aprovechan los momentos de descanso, y beben, fuman y bromean, olvidando por el momento sus peligros pasados y sus trabajos y privaciones futuras.

Dentro de algunas horas el cañon volverá á llamarlos á bordo, y todos esos alegres marinos abandonarán nuevamente la tierra y los placeres que en ella se disfrutan, para encerrarse en el buque que los llevará tal vez muy lejos de su patria á luchar con las agitadas ondas del Océano, y á afrontar nuevos peligros y privaciones.

NUEVA ESTACION DEL FERRO-CARRIL DEL NORTE, EN PARIS,

INAUGURADA EL 8 DE ABRIL DE 1864.

La nueva estacion del Norte, en Paris, es una de las obras más grandiosas y gigantescas, que se han llevado á cabo en el vecino imperio de algunos años á esta parte.

No hace muchos dias, un empleado de aquella oficina decia á un compatriota nuestro, que el local destinado á recibir los equipajes amenazaba ser demasiado reducido, y sin embargo, más de 30.000 metros de terreno forman su superficie.

La decoracion general del monumento que representa nuestro grabado es magnífica, vista de frente; pero tiene la desgracia de asemejarse á una decoracion pobre, vista de costado, porque forma una enorme moldura de órdenes y de estátuas sobre una superficie plana, que en razon á su altura y poca estension, la da un carácter mezquino. En una palabra, le falta tal vez un poco de solidez y de movimiento.

Mr. Hitortt es, sin embargo, un hábil arquitecto, al cual se deben los Circos de los Campos Elíseos, el de la Emperatriz y la iglesia de San Vicente de Paul, en Paris.

Las numerosas estátuas que decoran esta rica fachada representan á Lóndres, Viena, Berlin, Colonia, Bruselas, San Petersburgo, Amsterdam, Francfort, etc.

La parte central se halla ocupada por nueve vias férreas y diez muelles, amparadas en su encabezamiento con una galería cubierta de cristales. A la izquierda se encuentran las salas de espera para los viajeros, y á la derecha las de llegada. Esta inmensa nave mide setenta metros de crucero.

Mucho celebraríamos que la empresa del ferro-carril del Norte, en España, hiciese tambien algun sacrificio, si no tan colosal, al ménos en más pequeña escala, para que la estacion de Madrid fuera digna de la córte, y los viajeros hallaran alguna comodidad, pues la que hoy existe, á todo se asemeja menos á lo que se halla destinada.

EL NUEVO REY DE BAVIERA.

Luis, hijo de Maximiliano II, rey de Baviera, subió al trono hará próximamente un año. Nació el dia 25 de agosto de 1845, y tiene por tanto 19 años. Es actualmente el soberano más jóven de Europa.

Fué su madre Federica-Francisca-Augusta-María-Hedwige de Rusia.

Este jóven príncipe forma el número sesenta y cinco de los soberanos de Baviera, de los cuales ocho fueron franceses, á saber: Carlo-Magno, Luis I el Bondadoso, Luis II el Germánico, Carloman, Luis III, Cárlos el Gordo, Arnaldo de Carinthia y Luis IV el Niño.

Buenos recuerdos son estos, y sin embargo, tal vez influyeron sobre las heróicas falanges bárbaras, que fueron los últimos aliados del emperador Napoleon I.

Sabido es, que fué este quien trasformó en corona real la corona de los electores de Baviera.

En 1806, Maximiliano-José, elector de Baviera, subió al nuevo trono con el título de Maximiliano I.

El abuelo del jóven rey fué Luis I, poeta notable, amigo de las letras y las artes, y que abdicó la corona para entregarse con toda libertad á su ilustrada aficion. El nieto hoy disfruta del cariño y la consideracion de su pueblo, por las altas cualidades que le adornan y su carácter en estremo dulce y bondadoso.

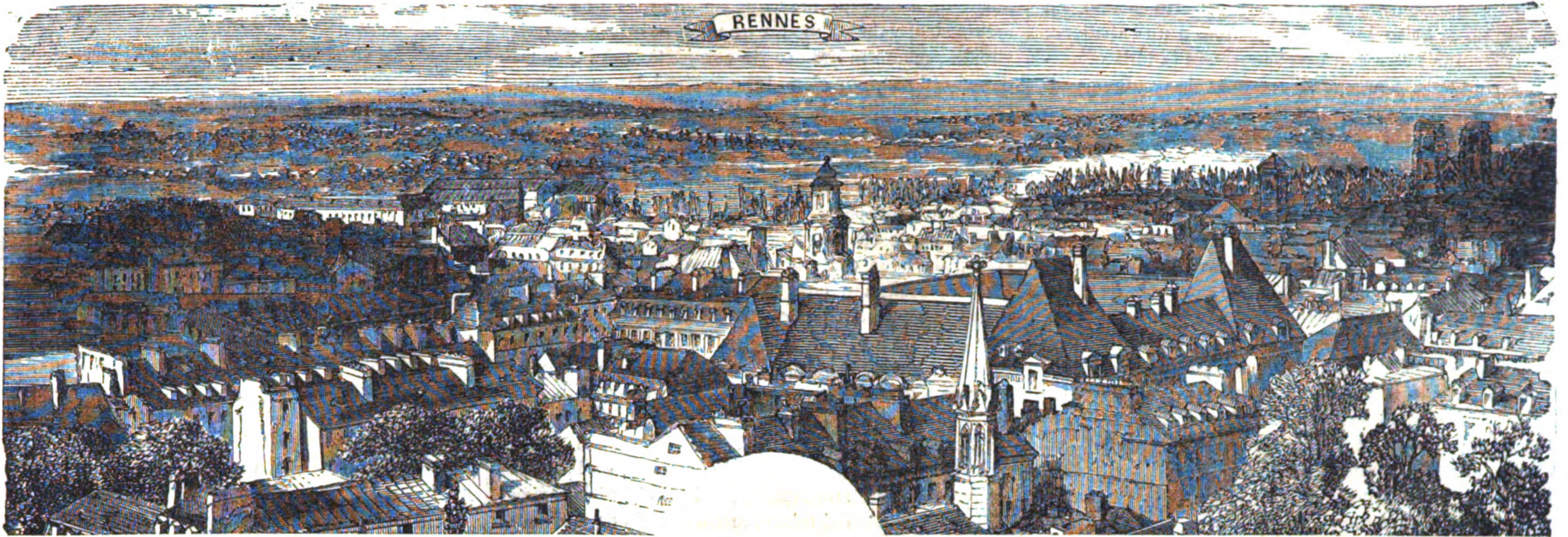
Propietario y editor responsable. PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de H. LABAJOS, Cabeza, 14, principal.



EL REY DE BAVIERA.

El Periódico ilustrado.



Número 19.

DEL 13 AL 20 DE JULIO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	UN NÚMERO	
Provincias.	Un año 28 »—Seis meses 14 »	4	cuartos en **MADRID.**
Ultramar. .	Un año 80 »—Seis meses 50 »	5	cuartos en **PROVINCIAS.**

ACHAQUES DE LA HUMANIDAD.

Siguiendo la pista á las pasiones que más directamente proceden del achaque mayúsculo, que con el nombre de *Vanidad* aflige á los humanos, voy á ocuparme hoy del interés y del lujo.

El interés puede considerarse como una pasion judía, ó cuando menos, judáica: he tenido ocasion de tratar á algunos hebreos, y casi todos me han parecido una representacion viva de la pasion del interés. Quizás nazca en ellos este defecto del estado escepcional en que hace mucho tiempo se encuentran, con relacion á muchos países del mundo; pero de todos modos, el desarrollo de ella en tan colosales proporciones debe ser impulsado tambien por una predisposicion particular de la raza proscripta.

Sin recurrir á esta esplicacion, ó mejor dicho, prescindiendo de ella, puede comprenderse muy bien el íntimo contacto que existe entre el interés y la vanidad, recordando que el dinero es el termómetro de la importancia. Países hay, como la Italia, en que un título de conde ó de duque se compra por poco más de cincuenta duros; hay otros en que se obtiene por el

EL SUEÑO DEL PASTOR.

mismo precio una borla de doctor, y no existe ningun pueblo en que el oro no sea una de las cualidades más estimables que pueda poseer un individuo. ¿Quién ha de tener el corazon tan empedernido para negar su apoyo al que lo necesita?... En Inglaterra mismo, en donde no es lícito dar los buenos dias á un caballero, ni bailar una polka con una señora sin la indispensable fórmula de la presentacion, todo el mundo se presenta espontáneamente al que pasa por rico, aunque sea tan avaro como un judío, ó como algunos otros, que aunque no pertenecen á esta raza, son verdaderos israelitas en sus costumbres...

Sin embargo, quizá la pasion del interés sea la única que pueda alguna vez emanciparse de la vanidad, y esto se prueba con el ejemplo de muchos, que siendo ricos, muestran empeño por parecer pobres, y los cuales merecian, por lo menos, ser lo que aparentan, y en último resultado realmente lo son; puesto que carecen de todo... Yo prefiero á los que tienen la monomanía de pasar por millonarios, y que por darse tono sacan partido hasta de sus tribulaciones. Pregunten Vds. á uno de estos prójimos, cariacontecido y macilento por la necesidad, qué mal le aqueja, y dirá muy gravemente que se le han indigestado los faisanes trufados que cenó la noche anterior.

Háganle observar que lleva el pantalon roto en alguna direccion peligrosa, y responderá con el mayor aplomo que se acaba de hacer un giron al bajar del coche de una marquesa amiga suya. Supongo que estas contestaciones no convencerán á Vds. de la fortuna que disfruta el individuo; pero al menos les hará pensar, como á mí, que este es muy dichoso, puesto que se hace la ilusion de serlo, y sobre todo, que semejante vanidad tiene algo de aquellos romances que los ciegos califican de alegres y divertidos...

Al hablar del interés como uno de los achaques que afligen á la humanidad, me he acordado del amor. ¡Pobre Cupido!... ¡Cómo se rie ahora la sociedad moderna de tus antiguas travesuras! El desventurado ha combatido contra todas las pasiones, y la que no le ha pintado un chirlo en las mejillas, le ha desplumado las alas... Su primera contienda la tuvo con el interés, y salió tan mal parado como puede verse del antiguo cantar que es como sigue:

«El interés y el amor
Me hablaron despacio un dia...
Pudo más el interés
Que el amor que te tenia...»

Y no hay que darle vueltas, el interés será siempre la pesadilla del amor: le trae al retortero, á pesar de las aceradas flechas, que sin duda no tienen el alcance de las balas, ni mucho menos el golpe certero y decisivo de las pesetas. Esto se prueba con la lógica de todas las comedias que tienen lógica, lo cual acontece rara vez... pero en fin, se prueba...

Y ya que hablamos de lógica y de comedias, se me ocurre decir que tal vez podria calificarse de achaque de la humanidad, y no de los más flojos, la manía de hacer comedias, si no oscureciera el brillo de esa manía el furor de criticarlas, saliéndose del verdadero terreno de la crítica. Este último achaque compensa el efecto que causa el primero y hasta puede decirse que desvirtúa el resultado que pudiera producir la buena crítica, razonada y justa. La crítica apasionada es capaz de hacer que parezca buena hasta la composicion más mala que se trate de censurar, porque ya no se atiende al mérito de la composicion criticada, sino á la animosidad y al encono que se advierte en la crítica de ella. Por esta razon es necesario que el crítico esté tan seguro de su corazon como de su cabeza; así como es indispensable que el autor dramático esté seguro tambien de su talento y de su instruccion, antes de lanzarse á presentar composiciones, que, lejos de enriquecer la literatura del país, sirven solo para entorpecer su marcha progresiva... Protesto por mi fé que no aludo á personalidades marcadas, sino á generalidades indeterminadas, y que al colocar entre los achaques que afligen á la humanidad la manía de hacer comedias que carezcan de los requisitos necesarios para ser buenas, y el furor de criticar las buenas y las malas, sin fundar ni razonar las críticas de unas y otras, no me propongo más que indicar dos achaques, que es como si dijéramos dos enfermedades, para ver si se les puede encontrar remedio...

Y dejemos el interés, y pasemos al lujo, otro de los achaques que tiene el privilegio de tener por orígen, además de la vanidad, la estravagancia, y de revelar gustos que salen hermanos, á pesar de parecer que están riñendo unos con otros Si fuera necesario hacer patentes en esta parte todas las estravagancias á que se ha entregado nuestra especie, única que pretende gozar el monopolio de la razon, bastaria decir que por efecto de las costumbres que no son mas que modas arraigadas, y de las modas que son costumbres transitorias, medio mundo se rie con justicia del otro medio. Sabido es, por ejemplo, que en el Japon el color blanco se emplea para el luto, siendo el negro una demostracion de alegría; que allí los hombres montan á caballo por el lado derecho del animal, y se apean del mismo modo; que para saludarse los unos á los otros, se quitan los zapatos, y por último, que todos beben el agua caliente en el verano. Sin más que la sencilla relacion de tales costumbres, apuesto á que todos mis lectores esclaman con una sonrisa de superioridad: «¡Qué disparates! ¡Ese pueblo del Japon debe parecer una jaula de locos!...» Y así será; pero los japonenses, entre los cuales hay muchos que presumen de cuerdos aunque tentados como nosotros por el demonio de la vanidad, se rien igualmente cuando oyen decir que por acá tenemos el color negro por más triste que el blanco; que saludamos quitándonos el sombrero, en lugar de los zapatos; que montamos por el lado izquierdo á caballo, y bajamos del mismo modo cuando no nos apeamos por las orejas, lo que suele acontecer muchas veces, y que sobre todo en verano, nos gusta más el agua fria que la caliente... y despues probablemente nos calificarán de locos tambien. ¡Insolentes! Parece imposible que hombres capaces de juzgarnos tan mal, hagan, como saben hacer, escelentes manufacturas.

¿Y quién no se rie de lo que pasa en algunas regiones del Africa, donde los habitantes hacen la barbaridad de horadarse las narices ó la barba para colgarse algun adorno metálico? Sin embargo, ellos dirán que la civilizacion tiene poco en esta parte que echar en cara á la ignorancia, y para salirse con la suya nos espetarán que nuestras mujeres, y algunos hombres que se equivocaron de sexo al nacer, se agujerean las orejas para llevar pendientes; que muchas señoras se oprimen lo bastante paro acabar en tísicas, solo por el frívolo placer de ostentar una cintura inverosímil, que, aun siendo verdadera, seria defectuosa, como todo lo que contradice las proporciones de la naturaleza; y últimamente, que en ciertas clases de la sociedad los hombres se acribillan el pecho y los brazos con instrumentos punzantes para pintarse pajaritos y otras figuras caprichosas... ¿Qué tal? Dificililllo seria decir quién lleva la paja en el ojo.

Si del exámen de las costumbres pasamos al de las modas ¡con cuánta razon hallariamos materia para que los tontos se rian de los discretos! ¿Existe algun tipo de belleza en las concepciones de la moda? La mejor contestacion que pudiera darse á esta pregunta seria colocar un retrato de señora ejecutado hace treinta años al lado de uno acabadito de pintar, y se veria que en una época el gusto ha consistido en nivelar la cintura con los sobacos, desde cuya altura se deslizaba la falda, como baja una gallina del palo que la sirve de dormitorio: esto es, con escaso vuelo hasta tocar en tierra; pero miento, que entonces la falda compensaba lo corto con lo estrecho dejando ver los pies y un poco mas de las canillas que gemian como las liebres bajo la persecucion de los galgos..... ó de las galgas. Más arriba de la cintura la economía de la tela rayaba tambien en tacañería, y así el conjunto del traje femenil ofrecia un aspecto tal de arquitectura pagana que una mujer despojada, siquiera mentalmente, de la cabeza y los brazos, se hubiera podido tomar, vista de frente, por una columna del órden jónico. Ahora el gusto es diametralmente opuesto; el barómetro de la vida ha descendido las veinte y seis pulgadas de la atmósfera, reposando en las caderas donde comienza el desarrollo de la falda, unas veces de paño liso y otras con volante, pero bajo un pié de arquitectura tan diverso, que la columna jónica de otros tiempos ha adquirido las formas y casi las dimensiones de una media naranja. Por fortuna el traje oculta completamente los pies y las canillas, sin lo cual podria tambien decirse que una señora crinolinera ó encrinolinada se asemeja mucho á una campana con dos badajos. Las mangas del tiempo de Polignac eran tambien estrechas, hasta el punto de que los brazos embutidos en ellas parecian butifarras de Lyon, al paso que una manga de vestido abulta más que una manga marina, y de seguro que ningun pecador dudaria de alcanzar la absolucion si los confesores tuvieran la manga tan ancha como las mujeres. En cuanto al tocador, vulgo *toillette*, (yo llamo vulgo á los afrancesados) puede asegurarse que todo el rodete, bucles y hasta el peine descomunal de nuestras abuelas cabrian dentro de un *cuerno* de nuestras hijas. Esto sentado, vuelvo á repetir: ¿tienen los mortales algun tipo á que referirse en las concepciones de la moda?

Para que uno de tan opuestos gustos se mire como lógico y natural, el otro ha de ser forzosamente abominable. Esta lucha da lugar á rarezas inesplicables: si resucitara una dama de la corte del último monarca español, vestida con el traje de su época, y se encontrase de buenas á primeras con otra vestida á la usanza de nuestros dias, ambas soltarian la carcajada, y las dos tendrian motivo para ello, y sin embargo las dos serian amigas íntimas de la moda.

¿Y qué prueba todo esto? Que la pasion del lujo, cambiando de formas, es en el fondo el símbolo del estravío de la razon impulsado por los vapores de la vanidad..... Decia un personaje muy apasionado, que no podia vivir sin emociones, y que cuando no pudiese hallarlas en el placer las buscaria en el dolor. Lo mismo acontece á la vanidad; tambien esta pasion necesita impresiones variadas, y cuando no las encuentra en lo sublime las busca en lo ridículo, y lo convierte en lujoso y necesario.

Por esto principalmente constituye un achaque de la humanidad, como le constituyen otras pasiones de que hablaré otro dia, si es que me decido á seguir ocupándome de esta cuestion de achaques.

M. HIRALDEZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

Seis dias hace que los habitantes de la coronada villa sufren el martirio de San Lorenzo; seis dias, en los cuales parece que el sol ha tomado á su cargo la difícil tarea de derretirnos, haciéndonos derramar por todos los poros del cuerpo lágrimas más ardientes todavía que las del dolor.

Ha llegado, pues, el momento de vivir de noche, de visitar de madrugada, de almorzar á la caida de la tarde, de acostarse á las nueve del dia, y de no trabajar nunca, porque el calor de la atmósfera está en razon inversa del calor de la imaginacion. No son ya posibles más entretenimientos que las tertulias al aire libre, los conciertos en los Campos Elíseos, los paseos matinales por el Retiro y las comidas bajo las enramadas del Vivero ó de la Alameda del Duque. El público lo ha comprendido así, y donde quiera que hay una sombra, allí hay un grupo; donde quiera que el fresco se presenta, allí vamos en romería á buscarle, los mismos que tantos desaires le hemos hecho durante el invierno. Por eso á nadie parece estraño que diez mil personas acudan en tropel á los Campos apenas se les anuncia alguna novedad musical ó pirotécnica, mientras todo el talento artístico de la señorita Civili, manifestado últimamente en *Amor de madre*, cuya comedia ha interpretado á la perfeccion, apenas si basta á llenar el reducido espacio del coliseo de Variedades. En cambio, si la sensacion del calor es algo viva, ¡qué agradables son todas las demás sensaciones! Contemplar aquella fisonomía, sentir la vibracion de aquel acento, deleitarse ó estremecerse con los perfiles escénicos ó los arranques dramáticos tan magistralmente espresados por la artista, placer es que nosotros no cambiariamos por ningun otro de los placeres ideales con que el espíritu domina algunas veces á la materia.

Afortunadamente podremos disfrutar de él por mucho tiempo, pues hemos oido decir que la señorita Civili piensa permanecer en Variedades, con un cuadro de compañía italiana y otro cuadro español, á cuyo frente se pondrá el conocido actor Sr. Farro. Nos alegraremos que así sea.

No es esta sola la satisfaccion artística que nos aguarda. Tambien Tamberlik, nuestro tenor querido, cuyo contrato en el teatro Rossini debia terminar muy pronto, ha accedido, segun cuentan los periódices, á los deseos de la empresa y del público, y permanecerá en Madrid para cantar, además de otras óperas, el *Don Sebastian*, de Donizetti, á cuya ejecucion nada faltaria para ser perfecta si, como creemos, se confia la parte de soprano á la Sra. Nantier Didieé, cuyo talento y facultades brillan sobre todo en los papeles de este género.

Con esto, y con el refuerzo de la señora la Grua, que ha demostrado en *Norma* ser una verdadera artista, completando el magnífico conjunto de esta ópera, que estamos seguros llevará muchas noches al tea-

tro la más escogida concurrencia, tendremos una deliciosa temporada de verano que no nos dejará tiempo de envidiar á nuestros amigos que pasean por Paris, á nuestras amigas que nos esperan en Italia, y á nuestros deseos, que más dichosos que los mortales, viajan sin necesidad de billete, y tienen su residencia en tantos parajes á la vez.

Y cuando haya pasado esta temporada, vendrá el amigo invierno con sus bailes y sus alegrías; se abrirá el teatro del Príncipe, donde Romea y Valero se encargarán de probarnos que *non plus ultra;* el teatro Real, cuyo paraiso se convertirá en cielo, y las butacas en paraiso, estará más animado y más bello que nunca, ó dejará Caballero de ser quien es, y hasta el teatro del Circo ofrecerá ancho campo á los amantes de las letras, sobre todo si cuenta con muchas obras como la que con el título de *La Beltraneja*, escribe don Antonio García Gutierrez, el más profundo y el más intencionado de nuestros poetas.

¡Hé aquí la triste condicion de la naturaleza humana, que se refleja sin querer en la naturaleza del revistero! A falta de sucesos es necesario apelar á las conjeturas; á falta de realidades presentes la imaginacion se entretiene en fabricar dichas futuras. Pero ¿quién tiene la culpa de que nada suceda?

Apenas si alguno que otro rumor corta la monotonía de nuestros diálogos; se dice sencillamente que lo Patti ha encontrado un marido, que de seguro valdrá mas que el que ha perdido la Penco: se cuenta la anécdota de un banquero que ha dado una comida á varios escritores á consecuencia de una carta sobre cuestiones electorales; se murmura sobre la retirada de algun artista célebre de la escena; se comentan los escándalos promovidos en la tribuna del Congreso por cierta gentecilla nonsancta; se charla, en fin, de todo y por todo, pero la verdad es que nada se saca en limpio, y que la crónica escandalosa duerme, como ciertas personas, sin que nunca se sepa con quién.

¿Qué nos queda que hacer en este caso á los que escribimos revistas? Murmurar tambien, y caiga el que caiga. Lo hemos hecho en la semana anterior, sin ir más lejos, al suponer que de las dos novelas premiadas con mencion honorífica por la Academia, la titulada *Alfonso* seria probablemente una adulacion. Hoy podemos asegurar que no es así. *Alfonso* es una novela de costumbres cuya accion pasa en Galicia, y á cuyo personage principal ha bautizado el autor con aquel nombre. Esa es precisamente la base y el absurdo de nuestra murmuracion. No hubiera yo incurrido en él si hubiera sabido antes el nombre de mi aguador que tambien se llama Alfonso, y que interrogado por mí me ha respondido que no se acuerda de que le hayan adulado nunca, ni aun en las casas donde ha llevado en ocasiones una cuba de más.

Renunciemos, pues, á la murmuracion, dejando esta tarea á los hombres políticos, que bien pueden murmurar unos de otros sin ofenderse, y hablemos solos, ya que *El Periódico ilustrado* nos da motivo para ello, y en nuestros mismos compañeros hallaremos grandes modelos que imitar.

M. DEL PALACIO.

DOS CARDENALES, SECRETARIOS DE ESTADO.

Cuando una de las cuestiones más palpitantes que hoy se agitan en España, cual es la del reconocimiento del reino de Italia, cuestion que se debate en la prensa, en el Parlamento y en la sociedad; cuestion que se halla próxima á terminar, si no á gusto de todos, al gusto, por lo menos, del partido liberal; como á nosotros nos está vedado entrar en liza y emitir nuestras opiniones, sean cuales fueren, porque la índole especial de nuestro periódico no nos lo permite, habremos de limitarnos á ofrecer á nuestros lectores retratos y apuntes biográficos de algunos personajes importantes, que en esta cuestion han figurado y figuran en primera línea, y cuyos nombres adquirieron una fama europea, uno de ellos es el del cardenal Antonelli, el otro el del cardenal Consalvi, si bien á este último le damos aquí un lugar preferente, no porque tenga ni haya tenido relacion alguna con la cuestion que se agita, sino para formar el paralelo de la política de su época con la presente, y hacer una ligera relacion de sus virtudes y eminentes cualidades, rindiendo un tributo de respeto y de consideracion al hombre eminente, al sábio diplomático que tanto se distinguió á fines del siglo pasado y principios del presente; Consalvi, era bajo el primer imperio, ministro del Santo Padre Pio VII. A su esclarecido talento y á su fuerza de voluntad, debieron los súbditos de la Santa Sede ponerse al nivel de los de otros Estados; á su ingenio se debió tambien que Roma, por su esplendor y magnificencia, respondiese á un tiempo á su pasado, como la hermosa ciudad de los Cesares, y á su porvenir como la villa de los Papas. A esta Niove de las naciones, que la Providencia, á través de los siglos, salvó de todas las calamidades, é hizo milagrosamente sobrenadar en medio de tanta devastacion, el cardenal Consalvi dió un aire de continua alegría. Él embelleció sus monumentos, él engalanó sus ruinas, él terminó el paseo de Monte-Pincio, él desenterró las piedras y los preciosos mármoles; él protegió y dió un gran impulso á las ciencias y á las artes; él, en fin, buscó y halló los despojos mutilados del arte antiguo y las estátuas ocultas alrededor del templo de Júpiter Stator.

Generoso y espléndido á la manera de Leon X, no comprendia la Santa Silla Apostólica sino rodeada de un fausto majestuoso. Era al mismo tiempo de un carácter tan dulce y de tan amable condicion, que el extranjero, el artista, el sábio, el diplomático, y el hombre del pueblo, lo mismo que el príncipe, encontraban siempre en él un consejero, un guia, un amigo, cuya amistad no cansaba jamás, por la cariñosa solicitud y buena fé con que sabia prodigarla. Decia generalmente, cuando se trataba de artes, de ciencias ó literatura: «*Las bellas letras son siempre de plata para el pueblo, de oro para los nobles y de brillantes para los príncipes.*»

Era además un gran seductor de almas, de inteligencias y voluntades, y á la consecucion de este objeto ponia en práctica las más ingeniosas coqueterías, (permitásenos la frase) haciendo menos hostiles las divisiones del culto. Así que se le conocia en toda Europa, pero particularmente en Italia, con el nombre de *La Sirena de Roma.*

La Francia, arrancada á los Terroristas por la espada de Bonaparte, habia dado el ejemplo de volver sus ojos hácia Roma; hasta los mismos príncipes protestantes de Alemania desearon ofrecer á sus súbditos católicos una seguridad de que hasta entonces no habian disfrutado. A la Santa Sede fué á quien todos se dirigieron en demanda de apoyo y ayuda, y el cardenal Consalvi fué el que negoció y trató con todos los príncipes y ministros, sorprendidos estos de hallar en un hombre tanta habilidad para atender á un tiempo á las necesidades morales y á los intereses civiles de la Europa. El Papa decidió en esta ocasion como árbitro soberano, y á Consalvi se debió, por su moderacion y sabiduría, el que fuesen conciliados en una medida perfecta tantos sentimientos encontrados, tantas ambiciones y tantos cálculos opuestos.

Hasta aquella época, los Secretarios de Estado de los Pontífices romanos, no habian tenido en la diplomacia una gran importancia. Apenas sí, á través de los anales del mundo, el nombre de algun hombre distinguido habia escapado al olvido. Ninguno de entre ellos se habia distinguido ni hecho notable en la ciencia política; los habia habido eminentes canonistas, pero nada más; pero el Secretario de Estado de Pio VII, en el espacio de 23 años, consiguió dar á este cargo la importancia y la consideracion de que hoy disfruta entre amigos y enemigos.

En su escuela aprendió el hoy ministro de Estado Cardenal Antonelli, pero como quiera que este artículo va haciéndose demasiado estenso, y no podemos en pocas líneas consagrar á este no menos importante personaje el espacio que necesariamente debemos ocupar con su biografía, aplazamos la terminacion para el próximo número, limitándonos hoy á publicar los retratos de estos dos hombres ilustres.

J. BELZA.

CRÓNICA JUDICIAL.

El juzgado de primera instancia del distrito del Congreso de esta córte, ha dictado últimamente su fallo en la célebre causa de la calle del Fúcar, cuyos pormenores conocen nuestros abonados. Dos son las sentencias dictadas: una del juez *originario recusado*, D. Julian Martinez Yangüas, en que se condena á la pena de muerte á Vicenta Sobrino, y se absuelve libremente á D. Cárlos Casulá, Luis Fernandez del Peral y Adriano Irúa, mandando que inmediatamente sean puestos en libertad; y otra del juez *acompañado*, don Juan Fernandez Palma, condenando tambien á Vicenta Sobrino á la pena de muerte, pero solo *absolviendo de la instancia* á D. Cárlos Casulá, que será puesto en libertad cuando sea aprobado el auto por la superioridad. Igualmente son absueltos libremente por esta segunda sentencia, los procesados Fernandez del Peral é Irúa, que, á la hora en que estas líneas escribimos, han sido ya puestos en libertad. D. Cárlos Casulá continúa preso, segun la sentencia, hasta que la causa llegue á su término en la Audiencia; sus defensores, sin embargo, han solicitado la escarcelacion, fundándose en la sentencia del juez originario.

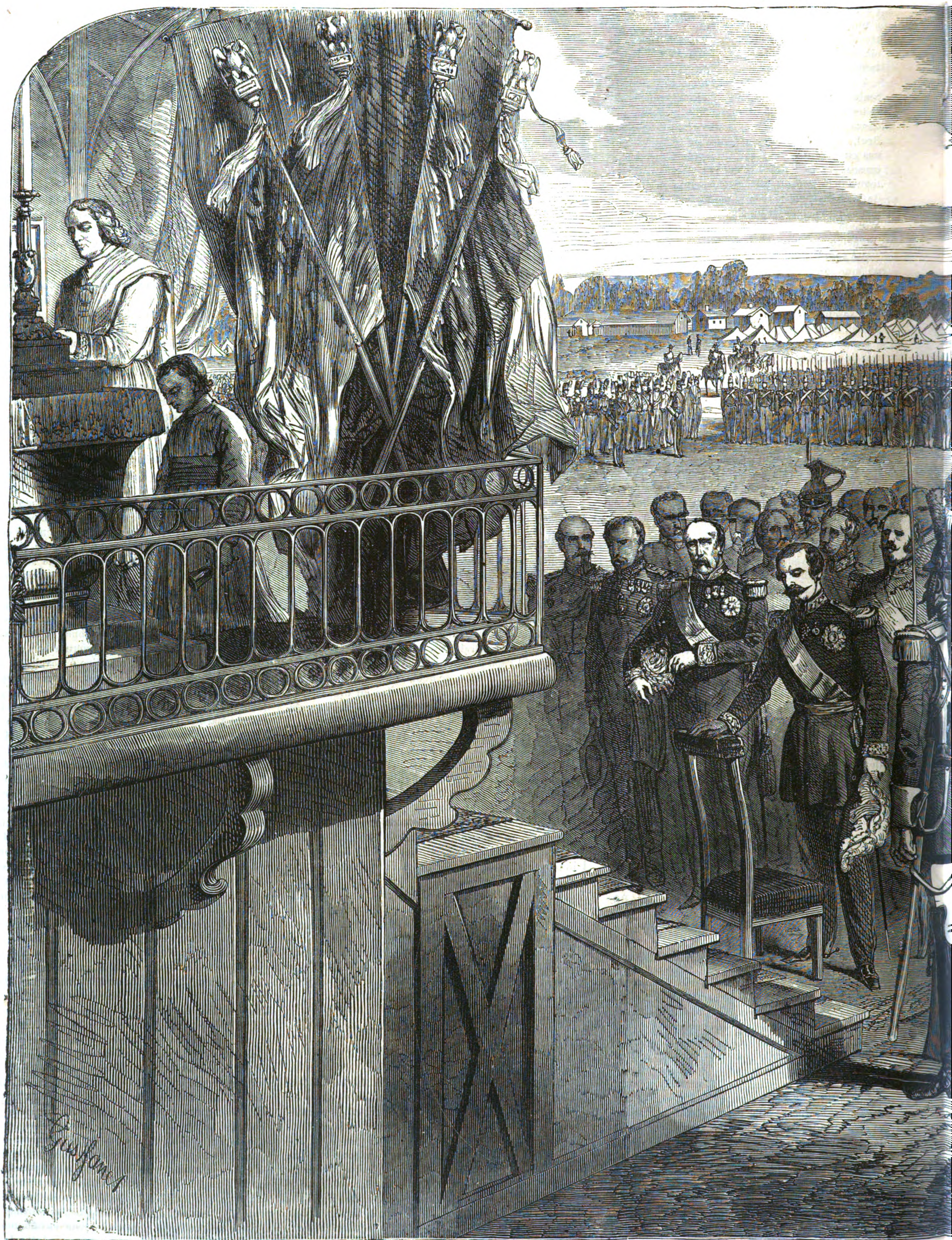
El procesado Fernandez del Peral ha querido ver á su esposa, con objeto de darle un adios, quizás postrero, antes de volver al presidio de Torrelaguna, donde se halla confinado; el ministerio público no ha creido perjudicial esta entrevista, y es probable que se haya accedido á su deseo.

Tambien ha recaido últimamente sentencia en la causa formada por el asesinato perpetrado en la calle de la Puebla hace dos ó tres meses. Nuestros lectores de Madrid recordarán que una criada, de trece años de edad, llamada Bonifacia Perez, fué hallada muerta sobre una cama, en un sotabanco de la espresada calle. Esta niña era de carácter dócil, segun se cuenta; habia venido á Madrid no hacia mucho tiempo, procedente de un pueblo de los alrededores, cuyo nombre no recordamos, con objeto de ponerse á servir, y en efecto, asistia en clase de criada á la familia que habitaba dicho sotabanco. Media hora antes de aparecer muerta como hemos dicho, se la habia visto salir, por la portera de la casa y algun otro individuo, con objeto de hacer algunas compras que su ama le habia encargado en la tienda de ultramarinos mas próxima, y volver inmediatamente, subiendo de nuevo á su casa, en donde á la sazon no habia nadie.

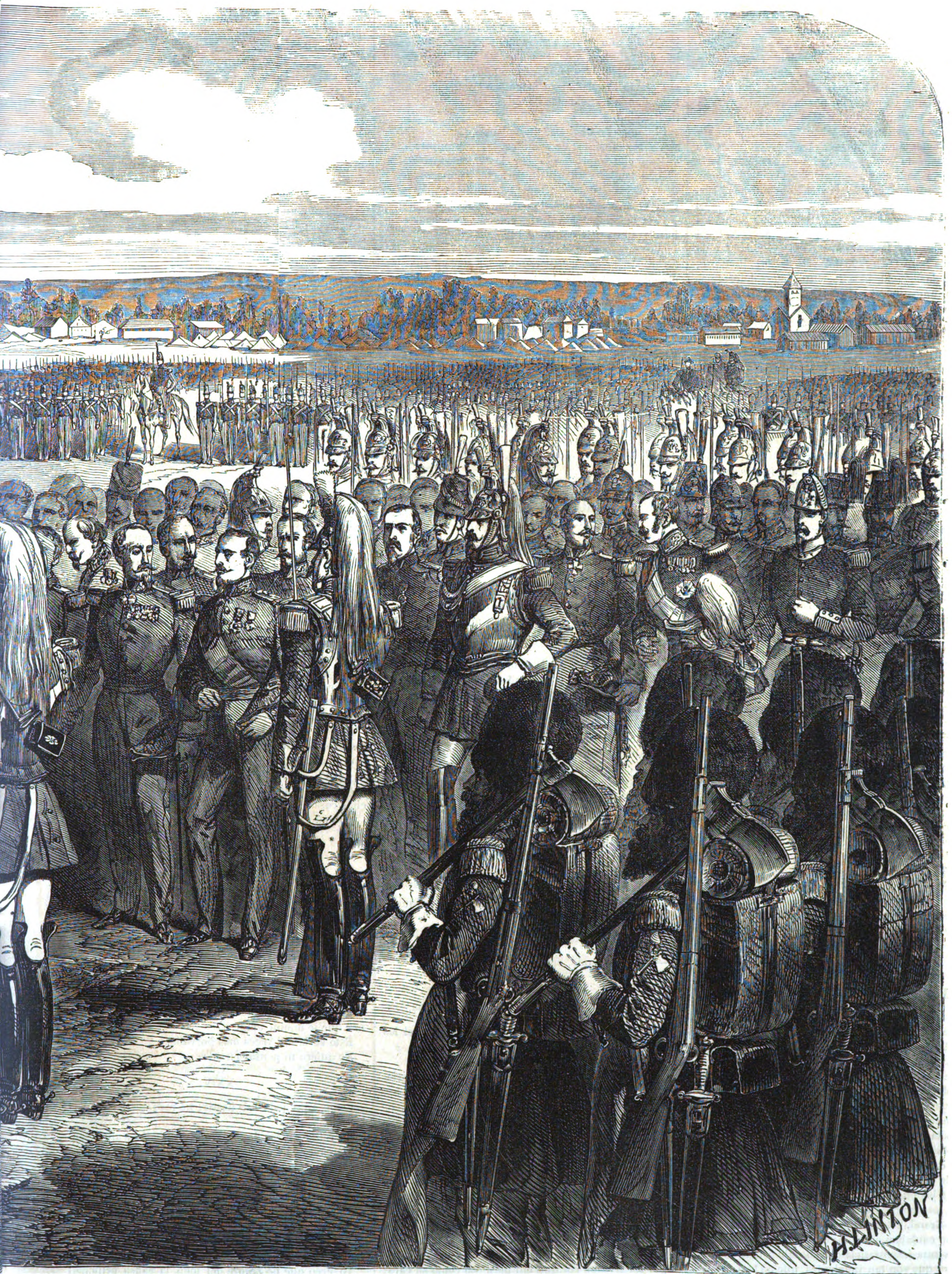
El ama de la Bonifacia volvió al poco rato, y no habian transcurrido aun muchos minutos, cuando dió voces, en demanda de auxilio, por haber hallado asesinada á su sirvienta. Constituido el juzgado en el teatro del crimen, se procedió inmediatamente á la formacion del oportuno sumario, creyéndose en un principio que la infeliz niña, antes de ser ahogada, pues este fué el género de muerte á que sucumbió, habia sido objeto de una torpe é infame violacion; pero, segun parece, esta sospecha quedó en breve destruida, no habiendo datos suficientes ni aun razonables para dar crédito á esta version, que en un principio circuló con insistencia y que el público acogió con esa precipitacion con que por lo comun acoge siempre todo lo que tiene algo de dramático ó novelesco. Terminado el sumario, y vista la causa ante el correspondiente juzgado, no se hallaron pruebas bastantes para deducir la plena culpabilidad de la dueña de la casa Andrea Maroto, en quien la opinion pública, con más ó ménos fundamento, ha creido ver la autora del crimen que venimos narrando, por cuya razon, al dictarse sentencia en este proceso, solo ha sido condenada á siete años de prision la referida Andrea Maroto, quedando absuelta libremente la portera de la casa, que en un principio apareció complicada en el asunto. Un prendero de la indicada calle y otro individuo que se hallaba en la portería cuando se cometió el crimen, han sido igualmente puestos en libertad por no resultar de la causa nada que pueda perjudicarles.

La causa instruida contra el soldado Esteban Navarro continúa adelantando en su tramitacion. Elevada consulta al Capitan general del distrito por el juzgado ordinario de Palacio, á fin de entablar la competencia entre las jurisdicciones militar y ordinaria, aun no ha recaido resolucion definitiva, pero es de creer que el preso será juzgado militarmente por el asesinato de Maria N., cometido en el momento de hallarse de centinela, y por el abandono de su puesto, despues de perpetrado el delito; y que será sometido al tribunal ordinario por el homicidio de su rival, cuyo crimen fué cometido hallándose ya vestido de paisano, y no desempeñando funcion del servicio.

Los periódicos de noticias, que con gran frecuencia nos dan cuenta del estado de Esteban Navarro, preso aun en las cárceles militares, han promovido no hace mucho su correspondiente pelotera, sosteniendo uno de dichos órganos de la opinion y de la prensa, que el ánimo de este desgraciado ha decaido mucho de su primitivo vigor, hasta el estremo de habérsele quitado las ganas de comer, y asegurando el otro, por el contrario, que el soldado continúa con la fortaleza de espíritu de que ha dado repetidas pruebas desde un principio, y que el colega se equivoca al afirmar que el preso está contrito y apocado. Esto es lamentable. ¿Se sabe á dónde conduce el incalificable deseo de pintar á los reos de muerte, ó á los autores de horribles



CELEBRACION DEL OFICIO DE LA MIS



SA EN EL CAMPO DE CHALONS.

delitos, como llenos de valor y entereza, y esperando, altiva la frente, el fallo de la justicia? ¿Contribuirán acaso esas desdichadas pinturas, que aun en tan tristes momentos halagan la vanidad humana, á que los infelices reos, fingiendo un valor que no poseen, solo piensen en adoptar *une pose* conveniente, que no los ridiculice á los ojos de la sociedad, sino que, muy al contrario, les dé la talla y la actitud de los héroes? No sabemos qué contestar, y por lo tanto dejamos la respuesta al buen juicio de nuestros lectores.

El crímen cometido por Esteban Navarro, ha tenido su complemento en la noche del sábado último. Otro soldado, llamado Benigno C., ordenanza del ministerio de la Guerra, ha herido gravemente en la citada noche á una mujer llamada Paula, de vida libre y airada al decir de los periódicos, y con la cual sostenia relaciones amorosas. Hé aquí los pormenores, tales y como los hemos oido referir. Entregados, como hemos dicho, á relaciones ilícitas, hace algun tiempo, el soldado y la Paula, esta llegó á cansarse del trato del hijo de Marte, y decidió darle la licencia absoluta, cuya determinacion le anunció uno de estos últimos dias. Esto le valió desde luego una soberana paliza, que no solo dejó blanda y suave como un guante á la interesada, (no en que la dieran la paliza, por supuesto) sino que llamó la atencion de toda la vecindad, por la ligereza de mano del amante, y por los gritos de la víctima. A pesar de las razones espuestas por el soldado, Paula continuó en sus trece, y definitivamente dió por rotas las relaciones; pero Benigno, que no recordaba sin duda un proverbio italiano, que asegura que en las luchas de amor el hombre que es vencido sale ganando, insistió en que habian de continuar amándose contra viento y marea. En este estado las cosas, llegó la noche del sábado, y el soldado se dirigió á casa de su amada, esperó á que esta saliera como tenia de costumbre, y habiendo recibido un nuevo desaire y una nueva negativa, cegó y no vió, y sacando un cuchillo que llevaba oculto, asestó siete puñaladas á la ingrata que así lo despreciaba, dejándola tan mal parada, que fué conducida á la inmediata casa de socorro, donde es probable que á estas horas haya dejado de existir. El soldado se fugó, pero posteriormente se ha presentado á las autoridades militares.

Como nuestros lectores habrán advertido desde su principio, este delito tiene muchos puntos de analogía con el cometidó por Esteban Navarro. Ambos son soldados, ambas víctimas son mujeres de vida licenciosa (esto lo han dicho repetidamente los periódicos, pues yo soy incapaz de faltar á nadie al respeto) y en uno y otro caso un amor mal pagado ha sido causa de la catástrofe. Aquí de los filósofos y observadores. ¿Es que se han propuesto los soldados de la guarnicion de Madrid, pagando un tributo á la moralidad, acabar con todas las mujeres de mala vida que encierra la córte? ¿ó es que los defensores del órden público y de las instituciones tienen tan sensible el corazon que no pueden resistir el golpe de un desaire amoroso, dado por una de esas mujeres, á las cuales dedicó Quevedo aquel célebre romance que empieza

Tomando estaba sudores
Marica en el hospital?

Tambien dejamos á nuestros amables lectores la contestacion á las precedentes preguntas, y con esto nos despedimos cortesmente hasta la próxima crónica.

I. VIRTO.

EL CAMPO DE CHALONS.

En este mes empiezan generalmente todos los años los grandes ejercicios y maniobras militares en el Campo de Chalons, en Francia; y creemos de actualidad reproducir en los dos grabados que hoy ocupan las páginas de nuestro semanario, algunas de las principales escenas que allí tienen lugar.

El Campo de Chalons, que el emperador de los franceses visita todos los años por esta época, data del año de 1857, y se halla establecido sobre una vasta llanura, casi inculta, á veinte y dos kilómetros de la cabeza de partido del departamento de la Marne, y próximo á los pueblos del canton de Suippes, conocidos por los nombres de Mourmelon-le-Petit y Mourmelon-le-Grand. Estos dos pueblos, que hace muy poco tiempo no contaban entre los dos 1000 habitantes, han adquirido una importancia considerable; pero lo más original es que son tan indolentes, que no han pensado aun en crear hoteles y fondas dignas de las personas de alto rango, que afluyen diariamente á aquel punto, y que les proporcionarian una ganancia positiva.

Napoleon visitó este sitio por primera vez el 25 de junio del año 1857, acompañado de Mr. Mocquart, jefe del gabinete, y de los generales Niel, Espinasse y Fleury. Volvió otra en el mismo año, y desde entonces quedó instalado este magnífico Campo de maniobras, donde los soldados de todas armas completan su instruccion.

El Campo de Chalons, sin embargo, tiene sus jardines y monumentos de arquitectura y escultura, etc., y todo ello improvisado por los mismos soldados. Tienen tambien un teatro, perfectamente montado y decorado, en donde actores, orquesta, tramoyistas, comparsas y público, todo pertenece al ejército.

Para la celebracion de las ceremonias religiosas se ha elevado en el centro del Campo una grandiosa é importante capilla, de tal manera colocada, que todas las tropas puedan asistir reunidas al oficio divino. En el momento de alzar, los tambores baten marcha, las tropas se arrodillan y presentan las armas, y una sola voluntad parece animar á tantos miles de hombres.

El Campo de Chalons es, sin disputa, una de las más brillantes escuelas militares que se han creado desde hace mucho tiempo.

El grabado de gran tamaño que hoy ofrecemos á nuestros lectores, reproduce una de aquellas ceremonias religiosas, con asistencia del emperador y todo su Estado mayor. La otra, mas pequeña, y que ocupa el último tercio de la última plana, representa un almuerzo de los oficiales sobre la fresca yerba, despues de los ejercicios y maniobras de la mañana.

MEMORIAS DE UN LOCO

POR

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

(Conclusion.)

Karr dice, que cuatro ojos se besan cuando se miran.

Si el beso que los ojos de aquella mujer daban á los mios se hubiese prolongado, yo creo que hubiera perdido el sentido.

Desgraciadamente Adela notó que nuestro descanso era demasiado largo, y apoyándose en mi hombro con una gracia celestial, me dijo en el tono más ingénuo del mundo:

—¿Bailemos?

—Bailemos, — repliqué yo.

Y rodeando su cintura con mi brazo derecho me volví á lanzar en el torbellino del baile.

Nuestro descanso efectivamente habia sido muy largo; tanto que los profesores de la orquesta que no habian pasado el tiempo tan agradablemente como yo, suspendieron la música y cesó con ella el encanto de los que bailábamos.

Adela tomó mi brazo y yo me ví obligado á conducirla de nuevo al asiento que ocupaba cuando aceptó mi invitacion.

En seguida me dispuse á salir del baile... porque... ¿qué mas podia esperar en él?

Tomé el sombrero y me lancé precipitadamente á la calle, diciendo:

—¡Me comprende, me ama!

XXI.

Diciembre de 1858.

Como ha entrado el invierno han venido con él los bailes, los teatros, los placeres.

Ayer ha tenido lugar otra brillante fiesta.

Yo no asistí á ella porque creí que Adela no asistiria.

Sin embargo, estaba allí.

Esto me ha hecho una impresion desagradable.

Al oirlo decir á uno de mis amigos, he tenido intenciones de arrojarle á la cara un solemne mentís.

Pero no he podido menos de convencerme de la realidad.

En su familia ha ocurrido una gran desgracia, que parecia deber alejarla por algun tiempo de esos placeres bulliciosos.

Yo hubiera creido injuriarla suponieno que iria al baile.

Y sin embargo... fué.

¿Si no será su corazon tan hermoso como su cara?

¿Será posible que esa mujer tan bella no tenga alma?

XXII.

Son las cuatro de la madrugada, y es la segunda vez que abandono el lecho por no poder hallar en él un momento de reposo.

Mil ideas fatales cruzan por mi mente.

Soy desgraciado.

Acaso mi desgracia no es más que una quimera, pero no por eso deja de hacerse sentir como una desgracia.

La imágen de Adela no se ha apartado de mí en toda la noche.

Ama á otro.

Se lo he oido asegurar á él mismo, y cuando ya iba á arrojarme sobre él para decirle que mentia como un cobarde, un amigo, de cuya sinceridad no puedo tener duda, me ha afirmado que no decia sino la verdad.

De todos modos es una infamia publicar en la mesa de un Casino los favores que se reciben de una hermosa... pero yo no tengo derecho para castigar al que comete esa bajeza.

Yo no siento tanto el tener un rival afortunado, como el que ese rival sea indigno de *ella*.

Y lo es.

Él cuenta sus amores.

¡Cuán cuidadosamente los hubiera yo callado!

Para él su hermosa amada no es otra cosa que un motivo de orgullo.

Para mí hubiera sido un objeto de adoracion.

Él habla de *ella* á sus amigos para que le envidien.

Yo me hubiera olvidado de todo el mundo.

Es porque lo que él siente no es otra cosa que amor propio, y mi personalidad desaparece delante de mi amor.

. . . .

La mujer es siempre la misma.

Una galanteria sin sentido comun, tiene para ellas más precio que un corazon ardiente y apasionado.

Una levita bien cortada, un frac á la última moda, lo prefieren á un alma llena de inspiracion y de entusiasmo.

La rizada cabellera de la cabeza de un necio, las agrada más que la elevada y austera frente del hombre que piensa y sabe.

Elijen sus amantes como los caballos de paseo; por la estampa.

El que mejor baila es el más digno de ser amado.

Si monta con elegancia, no importa que sea menos racional que el corcel en que cabalga.

Si calza charolada bota, guante ajustado, si sabe ponerse el lazo de la corbata, y si oprime su cintura con un corsé, depresivo de su dignidad de hombre, ¿quién lo duda?... Tiene derecho á ser adorado de rodillas.

Acaso la mujer tiene razon en esto, como en muchas cosas.

¿Quién sabe?

XXIII.

Enero de 1859.

Estoy desesperado.

Ella sabe que la amo, no me cabe duda.... y sin embargo, acepta los obsequios de otro.

Sus palabras, sus acciones todas parecian indicarme que mi pasion era correspondida.

Pero no... *ella* no ha podido engañarme; he sido yo quien me he equivocado torpemente.

Ama á mi rival.

Debo... es más, quiero creerlo.

Prefiero creer que le ama á verme obligado á suponer que le miente amor.

Esto seria mil veces más horrible.

No quiero ni pensar en ello.

XXIV.

Como aquí todo me hastia, he resuelto dejar á Valencia.

La reina de las flores, en que yo hallaba antes tantos encantos, ha perdido para mí toda su belleza.

Es que ya no moran en *ella* mis esperanzas.

Al anunciar á mi madre mi viaje ha derramado amargas lágrimas, pero la he hablado de mi porvenir, de mis aspiraciones, de mis deseos, y se ha convencido.

¡Es tan fácil convencer á quien nos quiere sinceramente!

Yo creo que no ignora del todo la causa principal de mi repentina resolucion.

Las madres saben leer en los ojos de sus hijos sus más ocultos secretos.

Acaso la mia no ignora el que guardo en mi alma, y por eso ha aprobado más facilmente mi viaje.

Yo, sin embargo, no la he dicho nada.

Los hijos tenemos la crueldad de robar á nuestros padres la mitad de las penas que nos aquejan, y que ellos llorarán con tanto gusto.

Solo su admirable instinto les hace comprender lo que sufrimos, y sufrir con nosotros.

Si es asi, Dios quiera ocultar siempre á mi madre toda la estension de mi pena, porque aun la mitad de ella creo que seria insoportable.

Por eso dejo á Valencia.

Permanecer en ella, es condenarme voluntariamente al suplicio de Tántalo.

¿Que vá á ser de mi en la córte?

¿Podré emprender de nuevo mi gigantesca lucha, ahora que el recuerdo de *ella* enervará mis fuerzas en vez de reanimarlas?

¿Sucumbiré en el duelo que voy á sostener con la fortuna?

Dios lo sabe. El que consuela á los que padecen, velará por mi.

XXV.

Marzo de 1859.

Otra vez en Madrid.

En Madrid á donde vengo á buscar el olvido, es decir, la muerte de mi corazon, de mis esperanas, de mi ilusiones.

Mi madre no ha querido separarse de mí, y me ha compañado en mi viaje.

Yo vengo decidido á ser feliz... como se es generalmente, arrojándome en brazos del materialismo.

Las dichas del alma me están vedadas; apuraré los placeres del cuerpo.

El banquete, el festin, la orgía, embotarán mis sentidos y me olvidaré de *ella*.

El impuro seno de una cortesana, será el ideal de mi ventura.

Logre yo acallar la voz de mi corazon, y la dicha me acariciará con sonrisa bondadosa.

XXVI.

Diciembre de 1859.

Hace algunos meses que estoy en Madrid y no he logrado olvidarla.

Sin embargo, trabajo mucho, me agito sin cesar, procuro aturdirme... pero nada.

Cuando empiezo á escribir un artículo político, brota de mi pluma una poesía amorosa.

En medio de los bulliciosos placeres de que procuro rodearme, aparece siempre su imágen, que hiela la sonrisa en mis labios y me recuerda que la alegria que pujo es solamente una mentira que yo procuro creer.

Hace tres dias que mis sufrimientos han aumentado.

He recibido una carta de mi mejor, de mi único amigo.

Yo, en todas las mias, le preguntaba por *ella*.

Mi amigo nunca contestaba á mis preguntas.

Por fin no ha podido resistir á mi exigencia.

El nombre de Adela se ha deslizado entre sus párrafos.

Yo temblaba leer, y lo deseaba al mismo tiempo.

Hice un esfuerzo supremo y leí.

Adela se casa.

Pero como si esto no fuera bastante, no dá su mano á aquel rival afortunado de que he hablado antes.

Es á otro.

A otro que ha aparecido despues de mi viaje.

A otro que es el tercero de los que la aman.

A otro que acaso se ponga la corbata mejor que los dos primeros.

Esta noticia ha sido para mi un golpe terrible.

Esta ingratitud para con mi rival me ha hecho mucho daño.

¿No bastaba que no me amara á mí, despues de haberme hecho esperar que me amaria?

¿A qué una nueva inconsecuencia?

¿Si no lo creyó digno de su amor, por qué otorgárselo?

¿Si no le ama, á que mentirle cariño?

¿Si correspondia á su pasion, por qué olvidarlo?

. . . .

. . . .

Lo repito. Esta noticia me ha hecho mucho daño.

Yo conservaba siempre una esperanza, que se habia albergado en mi corazon á pesar mio.

Esta esperanza que dormia en mi pecho, ha despertado al rudo choque de mi desgracia.

Solo al saber que se casa, he podido comprender que la adoro con el mismo fuego que antes.

Y este amor que es mi vida, será dentro de poco un imposible.

Y otro hombre á quien sin duda no ama, va á alzarse entre nosotros como una barrera insuperable.

Ese hombre va á ser en adelante árbrito de su vida, de su felicidad, de su desgracia.

¿La hará dichosa?

Dios lo quiera... De lo contrario... ¡desdichado de él!

Mi mano le aplastaria como un reptil venenoso.

Entretanto, mi destino es callar y padecer.

Vivir de los recuerdos.

¡Los recuerdos!...

Uno solo tengo en mi poder.

Uno que no cambiaria por el imperio del universo.

¡Un pañuelo suyo!

XXVII.

Enero de 1860.

Adela se ha casado.

Ya pertenece á otro.

A otro á quien no ama, porque *ella* no puede amar.

En su corazon no hay lugar más que para sí misma.

Los demas que quieran hallar en él un albergue, lo encontrarán ocupado.

Dios la haga tan feliz como á mi me ha hecho desgraciado.

Hace un mes que una idea criminal cruza por mi mente.

La muerte se presenta tan bella á los que sufren, que yo no he podido menos de pensar en el suicidio.

Mis creencias y el amor de mi madre me han detenido.

A no tener tan poderosas razones quizá á estas horas todo habria acabado para mí.

Puesto que he de vivir, yo procuraré vivir como todos.

He arreglado ya mi nuevo género de vida y he empezado á plantearlo.

Asisto á los teatros, á los bailes, á los paseos.

Paso todas las noches una hora en el café.

Hago visitas.

Enamoro por pasatiempo á las que se dejan enamorar.

Hasta pienso en tener una querida, y la tendré.

Además me he hecho ambicioso, pero ambicioso de distinto modo que antes.

Antes lo era por amor, ahora lo soy por cálculo.

Antes todo lo queria para *ella*, ahora procuraré lograrlo todo para mí.

Sujetaré mi corazon al imperio de mi cabeza.

En una palabra, me amaré á mi mismo, tanto como la he amado á *ella*.

Entretanto mi familia, que me vé abstraido, cabizbajo, taciturno... no sabe cómo esplicarse este repentino cambio de mi carácter.

Encerrado en mi cuarto paso dias enteros, pensando en *ella*, ó mejor dicho, no pensando en nada.

Conozco que me voy haciendo odioso.

Mi egoismo, pues no puedo darle otro nombre, me ha hecho formar mil planes á cual mas insensatos, pero que á pesar de todo pienso realizar alguno de ellos.

Unas veces quiero marchar á Italia, á tomar parte en la lucha civil que desgarra el seno de la patria del Dante y de Petrarca.

Otras deseo embarcarme para la América del Norte.

Ya siento la necesidad de marchar á Palestina.

Otras veces me propongo dedicarme esclusivamente á mis trabajos literarios.

Frecuentemente suspiro por la gruta del austero cenobita ó por la alegria inmoral y salvaje del vivac.

Entretanto mis amigos dicen que estoy loco.

Tienen razon.

He querido vivir en una atmósfera de idealismo, en un mundo en que todo es material.

He forjado en mi mente un fantasma al que me he empeñado en dar vida real y verdadera.

Me he olvidado de las cosas tales como son, y las he supuesto como debian ser, ó como yo quisiera que fuerán.

He aquí mi castigo

El mundo me arroja ahora á la cara el dictado de loco.

Hace bien el mundo.

Loco, es verdad, lo soy.

He aspirado á poseer el corazon de una mujer que no lo tiene.

C. Z. Y CABALLERO.

¿RECIBES?

A Roma fuí, por mirar
Frente á frente al Padre Santo;
Pero no le pude hablar,
Y me tuve que marchar,
Despues de buscarle tanto!

Fuíme á Paris, hecho un loco,
Por ver al que en el imperio
Manda en jefe, que no es poco;
Pero no le vi tampoco,
Y á Francia dejé muy sério.

Hará como un mes ó dos,
La cara de Dios por ver,
Fuíme á Jaen, de ella en pos,
Y me tuve que volver
Sin ver la cara de Dios!

Desde la region helada,
Hasta el imperio arabesco,
He tendido la mirada...
Y en mi vida he visto nada,
Y me he quedado tan fresco!

Pero ¡ay! que un dia, morena,
Fuí á buscarte, por lograr
Ver tu faz pura y serena,
Y no te pude encontrar...
Y me está ahogando la pena!

E. BLASCO.

EL SUEÑO DEL PASTOR.

La lámina que en la primera página ofrecemos hoy á nuestros lectores, es una copia del bellísimo cuadro pintado por el famoso Lautherbourg, cuya fama es europea en este género de composiciones.

El sueño del pastor es una de sus obras más acabadas, en la cual resalta la verdad del conjunto, y la de sus detalles.

Este precioso cuadro pertenece hoy á un museo particular, y se halla tasado en una crecidísima suma.

RENNES.

Rennes es la capital del departamente de *Ille-et-vilaine*. Es una gran ciudad, perfectamente construida, donde se encuentran muchas calles muy bien alineadas, y plazas públicas estensas y regulares. Los edificios más notables son el palacio, la fachada de la iglesta de San Pedro, la Casa de Ayuntamiento y la Plaza de Armas. Rennes cuenta próximamente 50.000 habitantes, y se halla situada sobre la pendiente y al pié de una colina. El comercio de Rennes lo constituyen principalmente los linos, las telas, el papel, el cuero, la miel, etc. Sus fábricas y sus lavaderos de telas son muy nombradas, y son esquisitas tambien las mantecas, que conocemos con los nombres de Prevalais de Brequigny y de Pacé.

En otro tiempo fué la capital de la Bretaña, y en su consecuencia, no fué anexionada á la Francia hasta despues del matrimonio de Ana de Bretaña con Cárlos VIII. En 1556 resistió un sitio contra los ingleses, sitio que Duguesclin hizo levantar. En 1553, Enrique II formó un Parlamento, que se hizo célebre.

El grabado con que encabezamos este número es la vista de la ciudad, tomada desde una elevacion.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



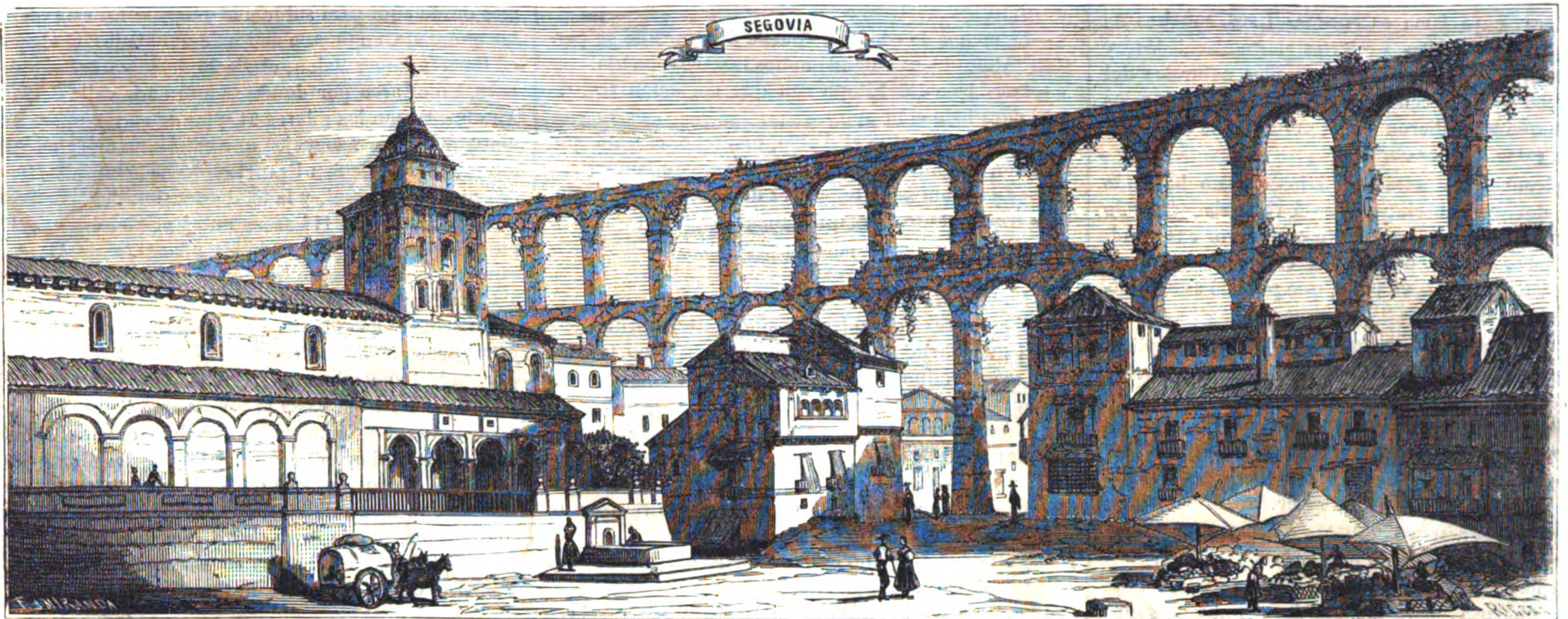
EL CARDENAL ANTONELLI, SECRETARIO DE ESTADO DEL PAPA PIO IX.



EL CARDENAL CONSALVI, SECRETARIO DE ESTADO DEL PAPA PIO VII.

ALMUERZO DE OFICIALES DEL EJÉRCITO EN EL CAMPO DE CHALONS.

El Periódico ilustrado.



Número 20.
DEL 20 AL 27 DE JULIO DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	Seis meses 12 rs.	4 cuartos en **MADRID**.
Provincias.	Un año 28 »	Seis meses 14 »	5 cuartos en **PROVINCIAS**.
Ultramar. .	Un año 80 »	Seis meses 50 »	

ASPECTO DEL BOULEVARD DE LOS ITALIANOS, EN PARIS, Á LAS SEIS DE LA TARDE.

EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

El grabado con que encabezamos hoy *El Periódico ilustrado*, representa el famoso acueducto de Segovia. Pocos de nuestros lectores dejarán de conocer esta célebre obra, cuya fama es europea; pero muchos de ellos ignorarán ciertas y ciertas particularidades, y sobre todo la leyenda que los sencillos naturales del pais creen como artículo de fé, y que se refiere á los sucesos que precedieron y dieron lugar á la construccion de esta *diabólica* obra.

Por si puede ser agradable á los que no han oido hablar de esta conseja, vamos á referirla, teniendo muy en cuenta, para verificarlo con mayor exactitud, lo que sobre el particular indica el curioso libro de Mellado, *Recuerdos de un viaje*, que publicó aquel editor en el año de 1849.

Al famoso acueducto le falta un pilar, y la esplicacion de esta falta, que á pesar del tiempo trascurrido no se ha podido subsanar, es que, segun dice la leyenda el acueducto lo fabricó el diablo, y como era en España lo dejó por concluir, para que ni en esto dejara de cumplirse el destino á que estamos condenados, de tener todo á medio hacer.

El por qué construyó el diablo una obra tan útil, y por qué no la acabó, es lo que vamos á esplicar.

Vivia hace muchos años en Segovia, un pobre cura viejo y achacoso, pero modelo de virtud y de santidad, en compañía de una sobrina que era tambien buena cristiana y discreta, por cuya razon, el eclesiástico tenia en ella puesto todo su cariño. Lo único que sentia, que como era escesivamente pobre, no podia costear una criada; así que la pobre niña tenia que hacer todas las faenas de la casa; pero lo que más la molestaba era el tener que ir todos los dias por agua fuera de la ciudad, porque en Segovia no la habia; de modo que la pobre María, que así se llamaba la sobrina del cura, tenia que emplear todo el dia en las labores domésticas, y parte de la noche en portear el agua con su cántaro de barro.

Por grande que sea la virtud y la resignacion, el trabajo cansa; así es que la pobre María, una noche cuando iba camino de la fuente, se sintió tan rendida, que no pudo contener esta esclamacion: —«Daria mi alma al diablo, dijo, segun cuenta la tradicion, por no venir todos los dias por agua.»

—Yo lo acepto, respondió al punto una voz.

Volvió la cara la muchacha, y vió junto á sí un caballero algun tanto estrabagante en su traje, y de sinistra catadura.

—Conque si yo te llevo diariamente el agua que necesitas, me darás tu alma?

María no habia oido nunca tan dulce voz, ni habia visto tan insinuantes modales; y como era otra la idea que tenia formada del diablo, creyó que seria algun caballero de la ciudad quien la ofrecia este servicio, y con toda la ingenuidad de la inocencia contestó que lo admitia.

—Está bien, dijo el desconocido, que no era sino el mismísimo diablo; mañana me pertenecerás; y en seguida desapareció, dejando llenos de agua los cubetos, sin mas que haberlos tocado con la mano.

María quedó pensativa y recelosa. Si realmente este mancebo es el diablo, decia para sí durante el camino, estoy sin remedio condenada, en justo castigo de mi pereza.

El cura, sorprendido de verla regresar tan pronto, la preguntó la causa, con lo cual María no pudo contenerse, y anegada en llanto le refirió cuanto acababa de ocurrir.

—Mal has hecho, muy mal, en implorar á Lucifer, le dijo el buen sacerdote; solo Dios puede remediar nuestras desgracias y á él debemos acudir en ellas; pero ya que lo hiciste, veamos ahora el modo de componerlo. Eres buena muchacha y Dios no consentirá que te condenes por una imprudencia.

En seguida se puso la sobrepelliz y la estola, tomó el hisopo y la calderilla llena de agua bendita, y con la energía de un hombre fuerte en la resolucion que acababa de formar, y tranquilo en su conciencia: «Llama al diablo, le dijo á la sobrina: que venga ese condenado, y veremos quién de los dos es el que sale triunfante.»

María obedeció temblando, y el diablo no se hizo esperar.

El cura echó el cerrojo en la puerta de la habitacion, y con el hisopo roció con agua bendita el rostro de Satanás.

—Conmigo te entenderás ahora, bribon, le dijo; no con esta infeliz niña, que no sabe lo que se hace; ¿quién te ha dado autorizacion sobre ella?

—Ella misma, contestó el diablo algo confuso y aturdido.

—Es menor de edad y no puede disponer de su persona. Ahora bien; entendámonos razonablemente.

—Pues baja ese hisopo con que me amenazas.

El cura bajó el hisopo.

—Bien podria, dijo el diablo, mantener el trato que hice con tu sobrina, pero para que veas que no quiero abusar y sí complacerte, en vez de hacer venir el agua para tí solamente, haré que venga para toda la ciudad.

—¿Y cuánto tiempo correrá el agua?

—Mientras el mundo exista.

—No me parece mal.

—Y entonces dispondré del alma de tu sobrina.

—A tu arbitrio, si cumples el trato; pero no te concedo más término para cumplir tu promesa, que hasta la hora de salir mañana el sol.

—Necesito tres dias.

—Imposible; y si no aceptas...

El cura amenazó nuevamente á Satanás con el hisopo, diciendo por lo bajo á su sobrina que atrasase una hora el reloj de su cuarto.

—No te enfades, dijo el diablo asustado; veremos si puedo complacerte. ¿Qué hora es?

El cura abrió la puerta de su alcoba, y enseñó el reloj que ya habia retrasado María.

—Las doce, murmuró el diablo; el sol sale á las cuatro y cuarenta y seis minutos: dos horas para cortar las piedras y traerlas, una para colocarlas, otra para dirigir las aguas. Tengo tiempo y aun me sobran algunos minutos. Adios, pues, y pronto nos volveremos á ver.

El diablo desapareció.

El sol empezaba á reflejar en el horizonte, y los habitantes de Segovia, que se dirigian al mercado, establecido entonces en la plaza del Azoguejo, quedaron sorprendidos con la vista del milagroso acueducto. Escusado es decir que la sobrina del cura no se condenó, porque engañado el diablo en la hora, le sorprendió el sol cuando aun le faltaba poner la última piedra, que es la que nadie ha podido colocar luego, y como no cumplió el trato, no pudo reclamar la recompensa.

Hasta aquí la leyenda; ahora consagraremos algunas líneas á la parte histórica de este monumento, en lo que respectivamente de él se sabe.

El acueducto es una de las obras más maravillosas de la antigüedad, que han respetado los ejércitos que en diferentes épocas invadieron la Península. Algunos escritores le atribuyen más de 2,000 años, otros suponen que se hizo en tiempo del emperador Trajano: lo cierto no se sabe; pero lo positivo es, que no hay español ni extranjero que no se admire al contemplar aquellos pilares tan elevados, aquellas piedras tan grandes y tan estrechamente unidas, sin argamasa ni composicion alguna, la grande estension que corre y la gran cantidad de agua que conduce, y que tiene su origen en las fuentes que dan nacimiento al pequeño arroyo llamado Riofrio.

Los arcos del acueducto empiezan con muy poca elevacion desde la Caseta, y sostienen una gruesa pared de mamposteria, sobre la que está colocada la canal que sigue por toda la obra arqueada hasta llegar á la plazuela de San Sebastian; continúa luego por el Seminario conciliar, y de aquí, ya cubierta y bajo el piso de las calles, lleva el agua al Alcázar. Desde dicho punto de la Caseta hasta el primer ángulo, tiene 25 piés de elevacion y 216 de longitud, y desde aquí al segundo ángulo, frente á la iglesia de la Concepcion, 28 pies de elevacion y 553 de longitud. Corre luego la obra de E. á O., y llegando al tercer ángulo, junto al que fué convento de PP. Franciscos, tiene 44 pies de elevacion en el pilar doble y 973 de longitud. En esta parte del acueducto están los arcos que se reedificaron á principios del reinado de doña Isabel la Católica, por un fraile del convento de Peral, llamado Pedro de Meza; los arcos reedificados fueron treinta y cinco, y la obra se hizo con tal perfeccion, que hoy apenas se distinguen de los antiguos. Es verdaderamente un esfuerzo del arte la obra de este ángulo, pues el pilar que lo forma hace una curva, con la que varía la direccion del acueducto de S. á N., con una pequeñísima inclinacion al O. Tiene 22 pies de frente y 44 de elevacion. Aquí es donde principian los dos admirables órdenes de arcos, presentando la obra toda su grandeza, y sigue hasta la muralla, por donde entra el acueducto en la ciudad. En el primer órden hay 43 arcos, y el primero está destruido hace muchos años; en el segundo hay 47, y la elevacion es proporcionada al declive ó inclinacion que toma el cerro, para descender á la plaza del Azoguejo, y el que vuelve á tomar desde aquí para subir á la muralla. En esta plaza fué ahorcado, en tiempo de las Comunidades, el alguacil Hernan Lopez Melon, el dia 20 de Mayo del año de 1520. En el arco por donde se entra á la calle de San Antolin, tienen los pilares 91 pies de elevacion, y en dicha plaza del Azoguejo, que es el sitio de la mayor altura, 102: desde San Francisco hasta la muralla, hay 386 pies de longitud, y la total estension del acueducto es de 2,000, con 114 arcos en el primer órden y 47 en el segundo. El grueso de los pilares es de 11 pies por los costados y 8 de frente, y sus cimientos están á la profundidad de 14 pies.

Para que el agua tuviese movimiento más acelerado dieron sus artífices á toda la obra un declive de un pie por cada 100 de longitud, de manera que desde el punto de la Caseta hasta el último arco hay 29 pies de declinacion. Los lechos de las piedras entre sí tienen tan exacta union, que parece incomprensible cómo pudieron juntarse unas á otras tan estrechamente, no teniendo trabazon de hierro, argamasa, cal, ni arena que formen mezcla, y es cierto que ninguna obra de semejante antigüedad se ha conservado tan bien, llenando el objeto á que fué destinada.

J. BELZA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Poseidos del mayor dolor, damos hoy comienzo á esta revista. Un escritor distinguido, un hombre por todos conceptos estimable, un antiguo y muy querido amigo nuestro, acaba de bajar á la tumba, jóven aun, y cuando despues de grandes trabajos y desvelos, habia conseguido, al mismo tiempo que la gloria para su nombre, la tranquilidad de una posicion desahogada, que le ofrecia en el seno de una familia querida, todas las felicidades de la existencia.

Ya comprenderán nuestros lectores que nos referimos al discreto y elegante literato D. Antonio Flores, al autor de la *Historia del matrimonio*, de *Doce españoles de brocha gorda*, de *Fé, Esperanza y Caridad*, cuya temprana muerte han anunciado conmovidos todos los diarios. Antiguo y laborioso periodista, poeta fácil y ameno, el Sr Flores se distinguia más que por todo esto, por la bondad y alegría de su carácter, que le habia hecho sobrellevar con calma los mayores infortunios. De él es de quien se cuenta, que siendo hace bastantes años un escritor modesto y sin fortuna, le hallaron una noche varios amigos suyos, escritores tambien, sentado en el umbral de una puerta en la calle del Príncipe, con un pequeño lio de ropa sobre las rodillas.

—¿Qué haces aquí, Antonio? ¿Qué te pasa? Le preguntó el más espansivo de todos ellos.

—Nada, chicos; que soy el hombre más feliz de la tierra, respondió Flores riendo como siempre; no he comido, no tengo un cuarto, y acaban de echarme de la casa de huéspedes donde vivia.

—¡Hombre! ¿Y llamas á eso felicidad?

—Justamente, porque en el estado en que me encuentro, todo lo que me suceda tiene que ser muy agradable para mí.

Y así era en efecto, pues sus amigos le llevaron á cenar, le ofrecieron sus casas á porfía, y le ayudaron todo lo que les fué posible á salir de aquella situacion.

Como una prueba más del carácter de Flores, no puedo resistir al deseo de publicar una carta suya que conservo, escrita cuando llevaba ya en su pecho la terrible enfermedad á la que ha sucumbido.

Dice así:

«Amigo mio: me alegraré que al recibo de estas cortas letras, se halle Vd. con la cabal salud *que yo para mí deseo*.

Esta solo sirve para decirle, que ahí le mando el tomo sétimo y último de *Ayer, Hoy y Mañana*, el cual, agradecido á lo que Vd. ha hecho por los anteriores, espera que haga con él lo mismo, ó cuando menos, algo más.

Celebro esta ocasion que me proporciona la proporcion de proporcionar á Vd. manera de proporcionarme la venta de algunos ejemplares, cuyo producto sabrá Vd., que es tan mio, como yo soy de Vd., atento ser-

vidor y amigo.—*Antonio Flores.*— Lunes. Su casa, San Quintin, 8, segundo, donde se guisa de comer con equidad, y se da la comida con tasa y prudencia.»

Otra sensible muerte ha ocurrido tambien en estos dias, ocasionada por una desgracia imprevista; la del señor marqués de Campo Sagrado, persona muy conocida en la sociedad de Madrid, y de las más populares en Asturias, donde tuvo su cuna, y donde la casualidad le ha abierto el sepulcro.

El marqués de Campo Sagrado, de edad ya avanzada, era, sin embargo, uno de los hombres más robustos y fuertes de su país, donde la fortaleza es proverbial. Gran cazador de osos, inaccesible á la fatiga y á la intemperie, su misma confianza en estas cualidades ha sido causa de su trágico fin. Al apearse de un carruaje, sin que éste se parara, lo cual era una de sus distracciones favoritas, se dislocó un pié, pero con tan mala fortuna, que el hueso se le rompió por dos ó tres partes, y por pronto que quiso acudirse á la amputacion, era ya tarde.

No es culpa mia si la semana solo ha dado de sí sucesos tristes. En cuanto á novedades, muy pocas son las que puedo comunicar á ustedes.

Se ha hablado estos dias del proyecto de formacion de un gran Liceo, donde se resuciten las glorias del antiguo, creando al paso una especie de Academia, que pueda con el tiempo ser un verdadero plantel de artistas.

La idea me parece oportuna, pero algo debe haber en ella de inverosímil, y digo esto, porque al enunciarla los periódicos, llegan hasta decir que una comision, compuesta de los Sres. Asquerino, Serra y Palacio, trabajaban en este asunto, y convocarian muy pronto á una reunion para tratar de él, á los amantes y cultivadores de las letras y la declamacion. No sé que dirá de esto Asquerino, ausente como está hace algunos dias en San Juan de Luz, ni que pensará Serra, enfermo como se encuentra por desdicha suya y del arte dramático; en cuanto á mí, aunque sano y presente, puedo asegurar que la primera noticia que del caso he tenido, es la que me han anticipado mis benévolos colegas. Esto no obsta para que si los autores del pensamiento me creen útil en algo, puedan disponer á su antojo de esta traqueteada persona.

Así fuera todo eso tan sencillo, y resultara tan artístico como lo que últimamente se ha hecho en Valladolid.

Y no vayan ustedes á figurarse que se ha hecho un milagro, no señor; no se ha hecho más que colocar tres lápidas en otros tantos edificios, y en ellas las inscripciones siguientes:

En la primera:

Palacio del conde D. Pedro Ansurez.
Valladolid agradecida.

En la segunda:

Aquí murió Colon.

Y en la tercera:

Aquí vivió Cervantes.

Por supuesto que en las dos últimas el escultor ha colocado, además del busto de los personajes, todos los atributos que les simbolizan, y que casi son los mismos, moralmente hablando, puesto que pueden reducirse á tres; génio, miseria y persecucion por la justicia. Verdad es que su época no daba más de sí.

En cambio, la nuestra parece destinada á realizar los mayores imposibles. A un mismo tiempo se abren el istmo de Suez, y los baños en la ria de los Campos Elíseos; á un mismo tiempo se discute en Paris sobre el lujo de las mujeres, y se preparan corridas de toros en Mont de Marsan.

Y á propósito de mujeres: muchas de las que dan el tono en Madrid, firman esposiciones contra el reconocimiento del reino de Italia. ¿Es qué temen que vengan las italianas á hacerles mal tercio? ¡Temor pueril! Demasiado sabe alguna de las firmantes que no puede haberlas mas bonitas.

M. DEL PALACIO.

EL ESCEPTICISMO.

Cualquiera que haya contemplado los funestos resultados de una espantosa inundacion, que todo lo arrastra, lo destruye y lo aniquila, podrá comprender aproximadamente el estado en que se halla el corazon que haya sentido el frio glacial del escepticismo.

Cuando un torrente ó rio crece y se desborda, arranca cuanto encuentra al paso; lo que ofrece poderosa resistencia lo destruye y lo inutiliza, y lo que por su poco volúmen y consistencia no ofrece dificultad al monstruoso ímpetu de la corriente, es pisoteado por aquella y envuelto por el cieno, que lo imposibilita para siempre, dejando tras aquella devastacion el frio de la muerte, la imágen del caos, donde poco antes brillaba el astro de la inteligencia, la representacion del trabajo, de la industria y el saber, la significacion del poder del hombre, la representacion genuina de la grandiosidad de la naturaleza, sus poderosos medios, y, en una palabra, el sello del Supremo saber y potestad de quien todo lo rige con tan admirable maestría.

Pues bien: aquellos campos destruidos, aquellos eriales inmensos, aquellos profundos cenagales, de donde han desaparecido los sembrados, las flores, los arbustos, los árboles y los edificios, es la imágen fiel del corazon *escéptico*.

El escepticismo es el estado de la vida más triste, más desesperado que se puede imaginar.

Hay, sin embargo, dos clases de escepticismo, ó, por mejor decir, se nombran de un mismo modo dos cosas diferentes, y es necesario no confundir los nombres ó las cosas.

Hay escepticismo real, verdadero, palpable por decirlo así, sensible, inevitable, y otro que es fingido, que es una farsa ridícula y necia, conque una parte de la sociedad se encubre para *darse tono*.

Vamos á investigar rápidamente las señales conque se diferencia uno de otro.

Es indudable que uno de los caracteres que distinguen á nuestra actual sociedad es *el egoismo*.

Hoy no se podria encontrar un Guzman el Bueno, que por defender la plaza que se le tuviera confiada arrojára él mismo al enemigo el puñal que habia de embotarse en el corazon de su hijo: hoy no podria hallarse un Scévola que consumiera en un brasero su mano derecha por haber equivocado el golpe que dirigia al tirano de su nacion; hoy no podria existir un Tito Manlio Torcuato, que mandara decapitar á un hijo suyo, como al último de sus ciudadanos, por haber faltado á la ley siquier fuera en provecho de la república romana y honra de su linage: hoy, en fin, no podria haber un soldado que al ver dirigir un tiro á su jefe, se pusiera él delante para librarle á costa de su vida, como lo atestigua la coraza que se conserva en el Museo de Artillería.

El egoismo, apoderándose de todas las fibras del sentimiento, limita los héroes, reduce los hechos notables, enfria la amistad y seca el corazon hasta el punto que generalmente no se sienten mas penas que las propias, ni hay más interés que el de cada uno, ni se desea más que la prosperidad de sí mismo, ni se esfuerza nadie, en suma, por hacer prosperar á otro.

El jóven que entra en el mundo con el corazon vírgen, con el sentimiento puro, con la necesidad de amar y de que le amen, con el impulso de su fogoso instinto del bien, por difundirlo, estenderlo, y hacer partícipes á todos de su afecto y su cariño, y se encuentra con aquel triste espectáculo, no puede menos de sentir una profunda herida en el corazon, herida que al cicatrizarse deja una callosidad, que hace al corazon insensible por aquel punto.

Aquel jóven entró corriendo, anhelante, y al llegar al umbral tiene que detenerse, y perdiendo una ilusion, quizás la más preciosa, recurre por un lado al amor, por otro á la amistad.

Por el primero encuentra mujeres bellas que aceptan su cariño, que le seducen y le halagan, y luego, por un nuevo pretendiente, por una circunstancia cualquiera, la más insignificante, los juramentos se borran, las palabras se olvidan, las promesas no se cumplen, el fuego se apaga, y por fin, donde poco antes ardia una gran hoguera, queda ya tan solo un puñado de ceniza, que estremece con su frialdad, imágen espantosa de la muerte.

Este nuevo desengaño y otro y otro que en el mismo camino recoge, van abriendo en su corazon otras tantas heridas que, como la primera, dejan al corazon invulnerable por medio de aquella fibra.

De aquí que cuando á aquel hombre le hablen de mujeres, no verá en ellas el ángel purísimo que Dios puso en el mundo para consuelo de su sér privilegiado, sino una mezcla indefinible de egoismo, orgullo, falsedad y vicio.

Perdida esta ilusion, destruida esta esperanza, que tanto embellece el porvenir, la noble ambicion de honores y poder se debilita; el estímulo del trabajo desaparece; la idea de la familia, su constitucion, su desenvolvimiento, progreso y desarrollo, se pierde; y confundidas y aniquiladas todas las aspiraciones que constituyen la belleza de la vida, esta se convierte en triste, monótona, insoportable.

Ya en este desesperado estado, encallecido el corazon, cansado de penar, ó mejor dicho, acostumbrado, familiarizado con el sufrimiento, lo inmediato es ó creer que todos le engañan mintiéndole un pesar ó una afliccion, ó gozarse en el sufrimiento de aquellos, divertirse con sus lágrimas, y glosar entre sarcasmos y sátiras, las angustias de los que sufren.

De aquí, que tomen luego el amor por una diversion y pasatiempo; que la mujer se convierta para ellos en un objeto risible y destinado á su diversion, que no sufre, que no siente, que no padece, y que se la puede destinar á cualquiera uso.

No vale ya que una mujer buena aparezca en su camino, que le ame, que comparta sus penas, que llore por él, y sienta sus desvios, su poco cariño y su indiferencia: para aquel hombre todo aquello es una farsa continuada conque se le quiere alucinar para engañar le mejor, y se rie y lo contempla indiferente; y si por accidente se convence que es verdad y que aquella mujer padece por él, entonces goza, se divierte, disfruta, como Neron disfrutaba al ver incendiarse Roma ó ver despedazar el vientre de su madre.

Este hombre, pues, que ó mira indiferente las penas de los demas, ó goza en el sufrimiento ageno, que es como el hombre sin corazon del incomparable Edgardo Poe, que es una estátua animada en una comedia fantástica, que es una sombra producida por una combinacion de cristales en una cámara oscura, este hombre, en fin, es el *escéptico*.

Si del amor pasa á la amistad, no son menores los desengaños que en aquel terreno lleva, y no son menos desastrosos los efectos que produce.

Mientras nada en la opulencia, mientras vive independiente, mientras gasta y derrocha, y en su mesa hay siempre dos ó tres cubiertos más de los que él necesita, y tiene carruaje, y se divierte, y en su casa hay fiestas, saraos y bromas, tiene muchos amigos que le abrazan, que le aplauden y le visitan con frecuencia. Le llaman fino, atento y elegante; es un modelo de buen tono; tiene talento; se produce con elocuencia, y posee un corazon lo más bueno que se puede imaginar. Todos se disputan su amistad y es recibido con un verdadero triunfo allí donde llega.

Aquel hombre, halagado con tantas muestras de cariño y seducido por el afecto que le *tienen* sus amigos, llega á convencerse que el verdadero sentimiento que existe en el corazon humano es la amistad, que es el único afecto que se mantiene siempre vivo sin que el interés y el egoismo le alimente, que, cual una planta silvestre, nace espontáneamente, y crece y se fructifica sin mas cultivo que el poder de la naturaleza: que es el cariño que no espera una recompensa, ni paga una deuda, ni sastiface una ilusion: que es, en fin, la pasion mas divina y celestial, puesto que hace abstraccion de la corteza terrestre, de la carne y los sentidos y ama solo con el espíritu, con el corazon, con el alma, soplo purísimo del Criador.

Inútil es decir lo feliz que es un hombre que tiene muchos amigos y piensa de la amistad así.

Pero un nuevo desengaño viene á secar aquella flor querida que crecia al abrigo de su bondad de carácter y de sus ilusiones.

Un incendio en sus posesiones, un naufragio en los buques de que dependia su riqueza, una quiebra en su casa de comercio, una revolucion en que sea él el blanco de las iras populares, le despojan súbitamente de su grandeza y opulencia.

Desde aquel triste dia ya no gasta ni derrocha, ya no puede tener opípara mesa, ni cubiertos dispuestos con profusion, ni carruaje, ni se divierte, ni hay en su casa fiestas, saraos, ni bromas.

Todo aquello ha desaparecido, como desaparece la luz del relámpago, sin dejar tras sí más huella que el recuerdo y la impresion.

¿Qué le resta ya en tan amargo y desesperado estado? Sus amigos, sus amigos son los únicos que pueden consolarle en tan aflictiva situacion, y mitigar con su cariño las penas que le acongojan.



EL MAESTRO DE ESCUELA.



HABITANTES DE ROMA Y SUS ALREDEDORES.

Mas ¡ay! que vuelve su vista en derredor y no encuentra á nadie.

Sus amigos han desaparecido.

Eran luciérnagas cuya amarillenta luz se oscurece y se pierde con la claridad del dia; eran estrellas que brillaban y centelleaban radiantes mientras la naturaleza estaba envuelta en deiisa oscuridad y sacaba partido de las tinieblas, pero que, al asomar el sol, se ocultan presurosas, avergonzadas de su audacia y su impotencia.

Todos aquellos amigos que tanto le amaban, le abrazaban y le aplaudian, han desaparecido con su crédito, cual si hubieran sido pagarés al portador; con los muebles de su casa, cual si fueran ellos objetos de adorno ó lujo; con su mesa, con su manjar; con su comercio en el naufragio ó incendio, como una miserable mercancía.

Las visitas son desde entonces tardías; los abrazos menos frecuentes y más superficiales; su trato deja de ser distinguido; sus modales no son ya del mejor tono; no viste con elegancia; se espresa con dificultad, su corazon es frio, él es falso, no es buen amigo, es voluble, susceptible y de talento obtuso.

Inutil es que vaya á pedir á ninguno de ellos ni el favor más insignificante: nadie puede hacerlo, les es imposible servirle, y además, están ofendidos porque el desgraciado les ha faltado.

Les ha faltado... con dejar de ser rico.

Júzguese la impresion que este comportamiento hará en un corazon que cifraba su placer y felicidad en la amistad, sentimiento purísimo que se alimenta del espíritu con abstraccion de la materia.

Cual un calenturiento que ha soñado durante su delirio, y luego al despertar trata de saber qué es lo que ha visto, así queda aquel infortunado, dudando de lo que vé, y desconfiando de cuantos le miran.

Observa entonces todo lo que le rodea, y ve que hacen con los demás lo mismo que con él; que en una reunion abrazan á uno y le aplauden, y luego cuando aquel vuelve la espalda, le critican y le censuran; que las ideas se modifican con arreglo al estado y posicion; que el que es considerado como bueno cuando es rico, es luego malo en la pobreza, y que todo se encubre con una capa de hipocresía, que es á la verdad lo que las nubes al sol.

¿Qué ha de hacer el que de tal modo se vé contrariado y vendido? ¿qué ha de pensar de los sentimientos humanos, si las mujeres le mienten y los hombres le engañan?

Desconfiar de todos, creer mentira cuanto vé, dudar de cuanto le afirmen, y contemplar impasible lo que acaezca, sin tomar parte en los pesares ó alegrías de los demás, por juzgarlo uno y otro mentiras con que se quiere alucinar.

Este estado, pues, tan triste, en que parece que se ha secado el corazon, y no hay sentimientos ni siquiera de humildad, es el estado del escéptico.

El corazon escéptico es una flor que se ha regado con agua caliente, que ha crecido instantáneamente, y se ha marchitado al momento.

Despues de esto, solo nos resta hablar del escepticismo figurado ó ficticio.

Como si la vida no fuera bastante corta de suyo, la sociedad tiene una tendencia á abreviarla aun más, y no sabemos cuál llegará á ser la duracion de aquella andando los tiempos y las costumbres actuales.

Niños hay hoy que debieran estar jugando á la pelota, al volante ó á los soldados, que se les vé por la calle fumando grandes puros, discutiendo sobre política, censurando á los grandes maestros del saber, dirigiendo flores á las muchachas, y hablando del amor y del corazon humano, como si fueran hombres esperimentados y acribillados por los desengaños.

Estos nenes, cuyos papás debieran hacerles estudiar más y pasear menos, que inspiran risa á las personas sensatas, que incomodan en todas partes, que fastidian á las niñas, cansan á los hombres y hacen las delicias de sus papás, que interpretan las tonterias de sus hijos por precocidad, labrándoles de esta suerte un porvenir bien poco halagüeño; estos nenes, pues, son los escépticos de segundo órden, les escépticos de moda, de tontuna y necedad.

A los quince años *no creen* en amor, *desconfian* de los amigos, *reniegan de sus opiniones*, son ya demócratas, ó progresistas ó cualquiera otra cosa por el estilo, ó son siempre ministeriales, ó siempre de oposicion, ó desconfiados de todos los partidos; no creen en religion, discuten la Divinidad de Jesucristo, hablan como los carreteros en mal camino, comentan á Cervantes, aplauden á Voltaire y critican á Victor Hugo, censuran la sociedad y sus costumbres, que ellos modificarian, y se hastian, en fin, de vivir.

¡Qué diferencia de un escepticismo al otro!

El primero nos causa lástima, disgusto, sentimiento, comprendiendo en él todo un poema de dolor y de amargura.

El segundo nos da risa, nos exaspera, viendo en él un vaudeville francés, una zarzuela española, ó una caricatura inglesa.

E. DOMENECH.

LA VIRGEN DEL PUERTO.

I.

¡Oh, la civilizacion!

Hé aquí una palabra que me entristece, sin rubor lo confieso; una fórmula de piqueta y martillo que vá echando por tierra las antiguas tradiciones del mundo moral; cuyo fragor ensordece mis oidos; cuya polvareda ciega mis ojos.

Ante esta antorcha, cuya luz se proyecta de Oriente á Occidente, huyen las sombras de lo que ya no será, como huyen las ilusiones de amor ante la cuenta del zapatero.

¡La civilizacion!

Esta palabra me fastidia, porque al echar de menos lo que ella se ha llevado, voy cayendo en la cuenta de que la juventud me abandona y me hago viejo.

Es verdad que lo mismo sucederia si existiera aquello cuya ausencia deploro; pero entonces la ilusion cubriria mis ojos con su rosada venda, impidiéndome ver algunas canas, que pregonan secretos enfadosos.

Esta propension de caminar con la vista fija siempre en el horizonte, buscando un *más allá*, que no encontramos jamás, un perfeccionamiento imposible que nos hace despreciar lo que dejamos detrás, es la fiebre, la manía de la época.

Nuestros padres eran el movimiento acompasado y regular de la sangre en su mas completo estado de salud; nosotros somos la calentura intermitente, la luz del relámpago á cuya rapidez queremos esceder.

¿Quién de nuestros hijos se atreverá á usar una levita de su padre? En cambio yo he llevado muchas del mio, y muy bien conservadas, que aun servian para chalecos cuando la mano del tiempo empezaba á pesar sobre ellas.

En vista de este resultado, que no me hable nadie de economia politica. Hoy la economia es el despilfarro.

II.

Pero yo tenia que hablar de la civilizacion para desahogar mi alma, triste como una lamentacion; inquieta como una portera que en cuatro dias no ha podido averiguar la historia de un inquilino.

Yo tenia que hablar de una de las derrotas de lo pasado ante la efervescencia de lo presente.

Estas ideas me asaltan entre el Campo del Moro y la Casa de Campo, al contemplar el estraño panorama que se desarrolla hoy á la vista del espectador en la frondosa alameda de la Virgen del Puerto.

Este sitio en otro tiempo era más célebre en España que lo es en Paris *Chateau des Fleurs* y *Mabille*.

Hoy está completamente en decadencia; su fama ha sido herida de muerte, y cuando dentro de cincuenta años se lean las memorias de nuestro tiempo, el filósofo buscará en él inútilmente la huella del zapato claveteado de un gallego, evocará los ecos de una gaita, esclamando para sus adentros:

Sic transit gloria mundi.

En otro tiempo, no muy distante, la Virgen del Puerto, en un dia de fiesta, era como una exposicion puramente nacional, donde la especialidad coreográfica de cada provincia tenia muchísimos representantes.

Allí el ejército fraternizaba con el pueblo; el baile y el vino nivelaban todas las opiniones, y si bien se recordaba allí con harta frecuencia el puerto de *Palos*, de donde salieron las tres caravelas de Cristobal Colon, preciso es confesar que la gente se divertia en toda regla.

—¿Dónde nos veremos mañana?—Se preguntaban unas á otras las criadas el sábado por la noche, al comprar vinagre ó escarola en la tienda de comestibles.

—En la Virgen del Puerto,—era la contestacion.

Entonces no llevaban miriñaques, ni vestidos de seda, ni cantaban en la cocina aires de zarzuela, ni mucho menos ocupaban la atencion pública en los tribunales, ni tenian cartillas...

Pero en cambio, cada una bailaba las danzas de su pueblo al compás de una gaita, y en compañía de un artillero, de quien habian recibido palabra de casamiento á cuenta de una pesetilla para tabaco.

Habia algo de fantástico en aquella confusion de trages y dialectos; algo de danza macabra y de tarantela.

El sol poniente cernia sus rayos por entre las hojas de los copudos árboles, dando una vigorosa entonacion á aquel cuadro lleno de vida.

Los vendedores gritaban como energúmenos, las guitarras unian su voz al sonido melancólico de la destemplada gaita, que preludiaba una *muñeira* eterna, fotografiada y esculpida en todos los ecos de la alameda, dominando este enérgico *tutti*, el grito prolongado de los gallegos y asturianos, como el pito del contramestre domina el fragor de una tempestad.

III.

¡Pero estaba escrito!

Y andando el tiempo aparecieron los bailes de Capellanes, y los del Jardinillo, y los del circo de Paul.

¡Cosa rara!

El espíritu de asociacion apareció en los piés.

Se formaron numerosas sociedades comanditarias para propagar la danza, cuyos libros no estaban registrados en el Tribunal de comercio.

Y como el precio de los billetes estaba al alcance de todas las fortunas, se dió el mal ejemplo de abandonar la Virgen del Puerto por otros sitios donde se bailan polkas y habaneras.

El primer paso estaba dado; pero no era esto lo peor.

El mal iba echando más hondas raices, y la revolucion haciendo su ministerioso trabajo de zapa.

Las criadas y los gallegos dieron en perder aquella encantadora *sencillez* que antes los distinguia. Hubo algunos conatos de insurreccion contra las antiguas tradiciones.

Los innovadores hacian la propaganda al son de bombo y platillos, y ya los concurrentes á la orilla del Manzanares, osaron presentarse con bota de charol á cuarenta reales, y ellas con velos de ilusion y miriñaques de estera.

La insurreccion estalló abiertamente, y una tarde varios conspiradores de ambos sexos, abusaron sin rebozo del compás de la jota para bailar un wals.

La multitud, seducida por las perniciosas doctrinas modernas, lejos de protestar, aplaudió, y el wals abrió la puerta á la polka, que al ver la hospitalidad que se la dispensaba, llevó en pos de sí á la habanera.

Ya no hubo remedio.

IV.

¡Una habanera en la Virgen del Puerto!

¿Comprendeis esto? ¿Puede ir más allá el absurdo?

Poned en una poesia de Byron dos versos de Estrada, ó en una romanza de Bellini una frase de Gaztambide, ó sobre la cabeza del Apolo de Bellvedere la cuba de un aguador, y tendreis una idea muy imperfecta aun de lo que es una alcarreña bailando *esas intimidades* modernas con un cabo de gastadores, en el sitio tradicional de las manchegas y la gallegada.

Yo he visto esa profanacion, y no he podido menos de esclamar:

Ubinam gentium sumum.

PEDRO ESCAMILLA.

SAN JUAN DE LA PEÑA.

(RECUERDOS.)

La monarquía aragonesa, aquella potestad que hizo temblar los muros de Atenas y Constantinopla, que humilló el poder del árabe en Zaragoza y Córdoba, que tremoló su estandarte victorioso en ambos mares, y vino al fin á caer bajo el peso de su propia grandeza, tuvo su principio en la cumbre de un peñasco, de donde como impetuoso torrente, habia de precipitarse inundando valles y campiñas.

Saliendo de la histórica Jaca, de esa bellísima ciudad aragonesa incrustada en las montañas pirenáicas, luciente con sus muros y torreones, cúpulas y jardines; internándose el viajero por entre peñascos altísimos y pintorescos con su belleza primitiva; despues de saludar al tradicional pueblo de Atares, que estiende sus antiquísimos edificios en el fondo de un barranco, al derruido monasterio de Santa Cruz de los Serós, que eleva aun su cúpula con ojivas bizantinas y cilíndricas molduras por entre los tejados de la pequeña aldea que la circunda, atravesando por un ameno bosque de nogales que guia al pié de una escabrosísima sierra, erizada de peñascos altísimos y surcada por profundos precipicios, en cuyo fondo brilla y suena el raudal de los torrentes, comienza el viajero á ascender, y ve, con sorpresa, dilatarse ante sus ojos un paisaje cuanto terrible magnífico. Puesto ya en la altura, penetrará al través de un mar de gigantescos pinos y abetos, que formando oscura senda, llenan el espacio con un eco incesante de murmullos que el viento arranca á sus copas centenarias. Conforme se avanza, el bosque se aclara; ábrese por fin de nuevo la tierra, y el camino, descendiendo de aquella especie de esplanada, donde un momento ha serpenteado, se desliza por un profundo valle, costeado por abismos espantosos, y, por entre rocas disformes y ciclópeas, allá, al abrigo de un peñasco de arena, sobre el fondo oscuro de una gruta colosal, se destaca el magnífico y tradicional monasterio de San Juan de la Peña, como si el conjuro de un mago hubiese atravesado la tierra para asombrar al viajero en el fondo de aquella caverna gigantesca.

Aquel edificio es el templo donde tuvo lugar la inauguracion del reino aragonés; de aquel roquero alcázar, bajo el torrente de hombres que, pasados tiempos y atravesando las campiñas de la Bética, habian de llamar con sus aceros en las puertas de la oriental Granada. Allí, al abrigo de las altas rocas, disputando sus nidos á las águilas, se acogieron aquellos trescientos nómadas, que cuando la derrota del Guadalete, pudieron escapar de aquella inundacion de turbantes, que venia á ser la expiacion providencial de tantos crímenes como se cobijaban bajo el régio manto de Witiza y Rodrigo.

La tradicion envuelve con sus alas perfumadas el orígen de aquellas ruinas: por los años de 775, Voto y Félix, hermanos y caballeros cristianos de Zaragoza, guiados por un prodigio á la cueva de Galaon, en la que está edificado hoy *San Juan de la Peña*, llamado *el Viejo*, encuentran el cadáver de un anciano ermitaño, cuya cabeza está recostada sobre el siguiente epitafio:

Yo Juan de Atares,
primer ermitaño, fabriqué esta pequeña iglesia
en honra de San Juan Bautista.

El anciano fué sepultado, y los dos hermanos se retiraron á la misma gruta, vistiendo el sayal del cenobita. Al punto cuantos aragoneses se hallaban diseminados por aquellos lugares, acogiéronse á la sacrosanta caverna, y allí, á su sombra protectora, á la brillante luz de las teas, alzaron sobre el pavés á su caudillo, y García Gimenez, el valeroso montañés, fué elegido primer rey de la Monarquía aragonesa. Esta es la importancia histórica de San Juan de la Peña: la tradicion llena aquel recinto: por entre la bruma de los torrentes parecen columbrarse las sombras de aquellos reyes soldados, de aquellos héroes, de aquellos mártires.

Allí descansan los restos de Sancho Abarca y del Tembloso García, de Ramiro I, de Sancho Ramirez y de Pedro I, con otra infinidad de augustos personajes, honra y orgullo del reino, á cuya grandeza se consagraron.

Cruce el viajero los átrios de granito, admire las molduras de los sepulcros, los afiligranados de las bóvedas; allí contemplará con asombro la roca, encorvándose desde su base como para cobijar en un solo monumento la religion, la libertad, la gloria, todas las armonías en fin de la naturaleza; y mezclado en agradable confusion con todo esto, surgiendo como la luz en las tinieblas, el arte se desliza al través de los peñascos, esculpe los muros con mosáicos, cimbreándose en las galerías, sacude con profusion sobre las columnas, en los arquitrabes, en las ojivas, esculturas bellísimas, alicatados sorprendentes y epitafios gloriosos, todo brillante, pero todo cobijado, envuelto por el tinte severo, magestuoso que revela el orígen sombrío de la raza gótica, la magnificencia tradicional del arte cristiano.

Este es San Juan de la Peña; abandonado y silencioso el histórico monasterio, es visitado únicamente por el viajero artista, que ávido de emociones, quiere evocar en un recuerdo tantas grandezas pasadas.

Ya no se escuchan en sus cláustros los cantos de los cenobitas, porque los techos están hundidos, y por las grietas de sus bóvedas tan solo se ven cruzar las tempestades, cuyo sordo bramido se mezcla con el incesante rugido de la catarata; los pastores y viajeros buscan un abrigo en la cavidad de sus rocas, los buitres habitan en lo alto de sus muros, en sus pórticos crece el musgo, y la yedra se lanza al través de sus arcos ojivales, tapizados como una verde y florida malla.

Once siglos han cruzado por cima de ese monumento de la libertad aragonesa; San Juan de la Peña, como Sagunto, como Numancia, desaparecerá un dia sin dejar mas rasgo de su existencia que un monton de escombros cubiertos de plantas silvestres; pero esta agonía, esta muerte, no podrá borrar la grandeza que eternamente guardará la historia en su libro de oro hácia este monasterio, cuna y sepulcro de una raza de titanes. La tradicion revelará siempre sobre aquellos inmensos bosques de pinos, de precipicios espantosos, de bullidoras cascadas, en donde el eco parece relatar continuamente la gloriosa historia de tan magnífica epopeya.

J. T. BENEDICTO.

TRES BESOS.

Me diste un beso en la frente
Mientras soñaba contigo
Durmiendo tranquilamente,
Y yo le guardé inocente
Porque era un beso de amigo.

Un dia, corrí anhelante
A disipar tus agravios,
Y, de emocion palpitante,
Me besastes en los labios.....
¡Aquel fué un beso de amante!

Hoy, que me matan las dudas,
En tu falsedad te escudas
Y con acento inhumano
Dices: —¡beso á Vd. la mano!....
Ese es..... el beso de Judas!

E. BLASCO.

LAS MUJERES DE MODA.

ARTÍCULO SEMI-SERIO EN CUATRO ACTOS.

ACTO PRIMERO.

Estamos en un gabinete de tocador, adornado con gusto y elegancia; sentada en una butaca de damasco azul lee una niña, como de diez y nueve años, en un libro en cuyo lomo se lee en letras de oro: *Alfonso Karr.—Una hora mas tarde*. La niña está embebida en su lectura y no percibe el leve crugido de una puerta; entra una señora de alguna edad, se dirige á la butaca, y apoyándose en el respaldo, esclama con la vista fija en la novela.

—Siempre leyendo tontunas... en lugar de coser ó de hacer media... yo la recogeria á Vd. los libros todos: ¿qué diria cualquiera que entrase? Es Vd. una holgazana... y luego pretenderá Vd. casarse.

—Pero mamá, hazte cargo, á mi edad.

—A tu edad; tú misma te vas creyendo que tienes la edad que dices: recuerda, Adelaida, que aunque decimos que tienes quince años has cumplido ya los diez y nueve, que no te has casado, y que á este paso me vas á quitar la vida... holgazana...

—Pues yo no he de andar todo el dia hecha una criada, ea... no, no y no.

Suena una campanilla.

ACTO SEGUNDO.

Entra un criado anunciando al señor Olivenza; Olivenza es casi un capitalista joven, buen mozo y elegante.

Antes de que entre en el tocador, la mamá oculta el libro, pone en manos de su hija la labor, y esclama dirigiéndose á Olivenza, que asoma por la puerta.

—¡Cuánto tiempo sin verle!

—Señora, en Madrid quiere uno muchas veces cumplir, y sin quererlo, falta... pero ¿cómo están Vds.; y la bella Adelaida siempre trabajando?

—Ay! si señor, dice la mamá; yo quiero que mi hija sea mujer de su casa y sepa cómo se hacen ciertas cosas... pero tome Vd. asiento, Olivenza.

Se sienta Olivenza y dirigiéndose á la niña dice:

—¿Se divierte Vd. mucho?

—No señor, si apenas salgo; he estado estos dias muy ocupada concluyéndome un vestido.

—Eso sí, dice la mamá; mi hija es muy habilidosa; ¿querrá Vd. creer que se ha hecho sola un vestido?... y además, mas vale que esté en casa trabajando que no todos los dias en el Prado, de revista.

Así continúa la conversacion un rato, no perdonando la mamá ocasion de alabar las buenas cualidades de su hija.

Olivenza sale en estado de encubacion matrimonial.

ACTO TERCERO.

Estamos en el mismo gabinete. La suegra, *él* y *ella* están sentados en el sofá.

El.—Es preciso, señora, que esta cuestion se arregle pronto; yo no puedo vivir sin Adelaida, yo la necesito.

Ella.—¡Te amo tanto!

La suegra.—Amigo mio: *La vicaría no se arregla en un dia...* esta gente jóven... y luego Vds. hacen muy poco que se conocen.

El.—Señora, yo amo á su hija de Vd. con pasion, con un amor eterno, grande, puro; sin ella no hay nada para mí en el mundo; yo la quiero con toda mi alma y...

(*La mamá aprovechando la oportunidad*). Aunque no viene á cuenta, vuelvo á decir á Vd. que mi hija no tiene dote; no tiene más que su brillante educacion, brillante, eso sí, pero nada mas...

El.—¡Ah señora! ¿teniendo esa cara y ese corazon, qué mas se puede apetecer?

Ella.—Lisongero...

La mamá.—Bien, hijos mios; lo que yo deseo es veros bien casados.—(*Cae el telon*)

ACTO CUARTO.

El teatro representa el interior de una casa decentemente amueblada.

El.—(*Ya casado.*) Eso no puede seguir así: yo tengo que atenerme á mi modesto sueldo; no puedo gastar tanto.

Ella.—(*Acalorada.*) Y bien: ¿qué quiere Vd. que yo haga? ¿por ventura pretende Vd. que esté hecha una criada trabajando?

El.—Pues esto no puede continuar, y sino eche Vd. la cuenta de lo que se gasta (1); ¿por qué no trajo Vd. capital?

Ella.—Porque traje mi brillante educacion.

El.—No sabe Vd. hacer nada.

Ella.—Se equivoca Vd.; se hacer flores, tirar al florete, lenguas vivas.

El.—Con eso no se come.

Ella.—¿Por qué no me trajo Vd. un patrimonio?

El.—Porque traje mi carrera de abogado.

Ella.—¿Por qué no trajo Vd. pleitos?

El.—Porque no me los dan... además es necesario que orillemos otra cuestion entre los dos; es preciso que hoy mismo salgan de mi casa mi suegra y los cuatro chiquillos de su hermano.

Ella.—¡Eso nunca! yo no puedo hacer un feo á mi mamá.

El.—Pero yo puedo hacérselo á mi suegra.

Ella.—Es Vd. un infame.

El.—Vd. quiere asesinarme.

Ella.—(*Llorando y pateando*). ¡Dios mio!, ¿por qué me habré casado con este hombre?—(*Cae el telon*).

ADVERTENCIA.

La abundancia de materiales nos impide publicar hoy la conclusion del artículo *Los dos Cardenales*, que insertamos en el número anterior, pero lo haremos en el próximo sin falta alguna.

(1) He observado que cuando los matrimonios empiezan á ajustar cuentas, huye la paz doméstica.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

A UN ARROYO.

Naces en peña escarpada
y el agua de otros tomando,
vas mil arroyos formando
para acabar en cascada.

Mas tarde, por la pradera,
que es un vergel de verdura,
tus aguas en su llanura
serpentean por do quiera.

Y tus olas cristalinas
con apacible murmullo,
riegan el tierno capullo
de rosas y clavelinas.

Sobre tus mismas arenas
para darles más valor,
nacen con raro vigor
gran variedad de azucenas.

Al cansado peregrino
y al trabajador labriego,
prestas delicia y sosiego
con tu néctar cristalino.

Y al campo das alegria
y frescura á las montañas,
y entre juncos y espadañas
ostentas tu bizarria.

Y por eso con candor
va á tí sencilla serrana,
que es la reina soberana
del valle modesta flor.

J. R. G.

EL MAESTRO DE ESCUELA.

¿Veis ese hombre en medio de su clase? ese es el maestro de escuela: ¡qué de obstáculos encuentra á cada paso!, qué deberes tan duros tiene que cumplir, y cuánta ingratitud por recompensa!

Todos, más ó ménos en nuestra infancia, hemos sido recalcitrantes á la instruccion.

En cierta época no comprendemos la necesidad, nuestra inteligencia no está aun bastante desarrollada, y cuando vienen á hablarnos de historia, de geografía ó de matemáticas, nos damos á todos los diablos, juzgándonos por aquel momento los séres más desdichados del mundo. De sus resultas nos ponemos en lucha abierta con el profesor que, naturalmente, y cumpliendo con su deber, trata de inculcarnos los primeros elementos de los conocimientos humanos.

Existen entre los niños naturalezas privilegiadas, séres felizmente dotados que podrán un dia honrar á su patria por su talento, y, cosa singular, estos son y han sido siempre los más rebeldes. La persuasion, las exhortaciones, las amenazas son empleadas inútilmente, y el pobre maestro es el blanco de las burlas, y de las mil picardigüelas que se ponen en práctica para desesperarle.

Algunos preceptores emplean como último recurso, las *palmetas*, castigo que afortunadamente se va desterrando en España. Nuestro grabado presenta un ejemplo de este suplicio tan temido de los chicos: *ultima ratio*. Pero como ya hemos dicho va cayendo en desuso, porque las costumbres van progresivamente dulcificándose, y las ideas de persuasion y de conciliacion, son las que hoy predominan.

La férula de los antiguos, ese pedazo de madera agujereado que vulgarmente se llama *palmeta*, pasará muy pronto al estado de curiosidad arqueológica.

Las penas corporales, en las escuelas, quedarán pronto abolidas por completo, como lo reclaman los adelantos de nuestro siglo, y las ideas de justicia y equidad que en él predominan.

HABITANTES DE ROMA Y SUS ALREDEDORES.

Sabida es la reputacion de belleza de los habitantes de Roma; efectivamente, esta reputacion no es usurpada. A pesar del tiempo transcurrido conservan aun los rasgos de las antiguas razas de Italia. Á esta belleza reunen el buen gusto de sus pintorescos trajes.

Leopoldo Robert ha sido tal vez el pintor que más inspirado estuvo siempre para trasladar al lienzo estos brillantes tipos, y de uno de sus cuadros copiamos el grabado que aparece en una de nuestras páginas.

PIETRO MICA.

Frecuentes guerras han estallado en repetidas ocasiones entre la Francia y el pueblo de que hoy aquella es la más fiel y poderosa aliada. Muchas veces las tropas francesas invadieron el Piamonte haciéndole una cruda guerra.

En el mes de agosto de 1706, un ejército mandado por el duque de la Feuillade sitió á Turin, y la toma de esta plaza era casi una cosa segura, pero era preciso retardarla hasta la llegada de los refuerzos que debia conducir el príncipe Eugenio, el cual era esperado con afan.

En la noche del 20 de agosto un centenar de granaderos franceses descendieron audazmente á los fosos, con objeto de facilitar el paso de una poterna y penetrar en la plaza.

Un soldado de artilleria, Pietro Mica, empleado en aquellos momentos en el trabajo de las minas, se apercibió á tiempo de la intencion del enemigo, y de pronto una idea terrible cruzó por su imaginacion. Debajo de la poterna existia una mina cargada de pólvora, pero á la cual no se habian adaptado todavia los medios de hacerla estallar prendiéndola fuego á una distancia conveniente.

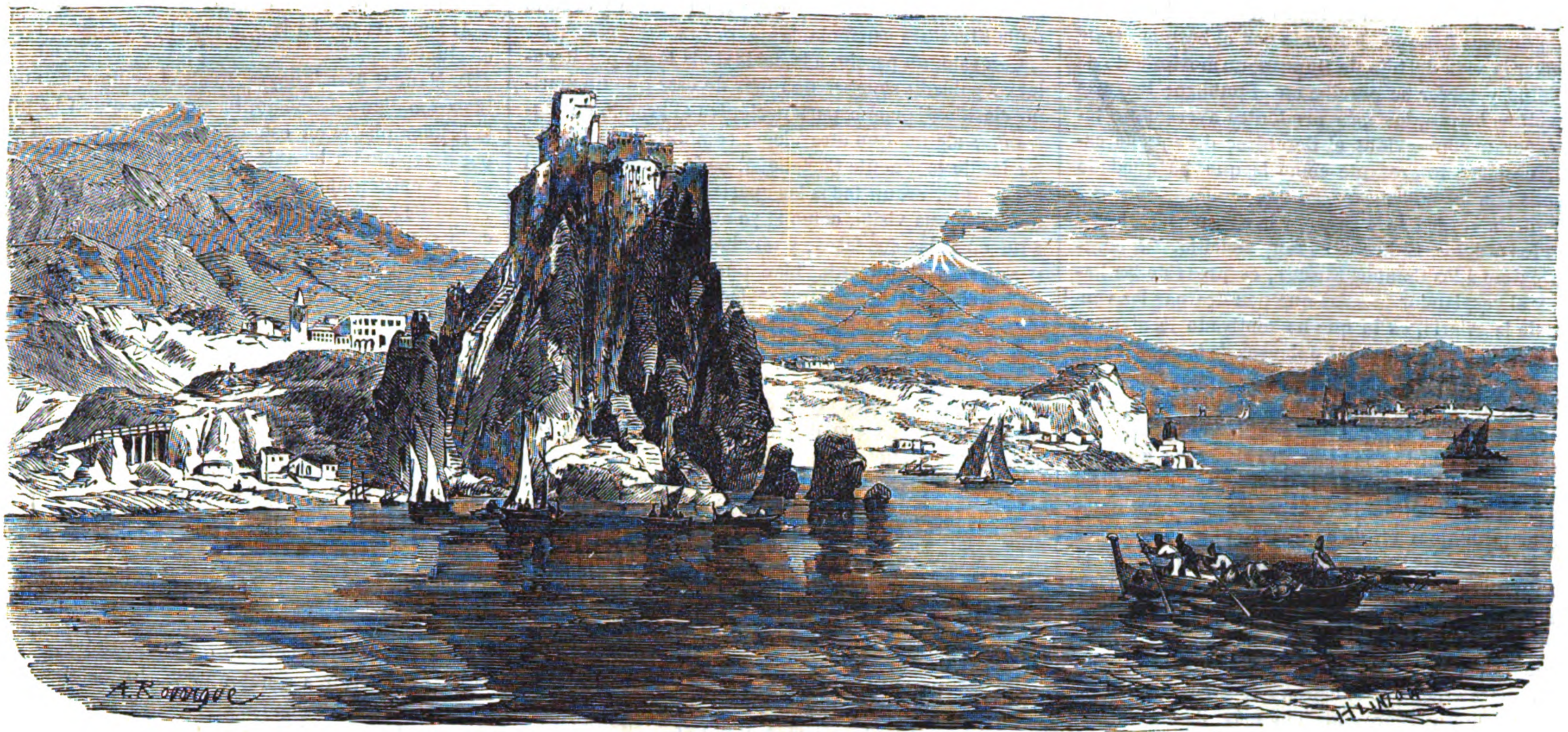
Pietro Mica no dudó un instante en sacrificarse por su patria y por sus hermanos de armas: hizo que se retirara un oficial que se hallaba á su lado, recomendándole su mujer y sus hijos, y con un valor heróico y una abnegacion sublime puso fuego á la mina, pereciendo él y todos los granaderos franceses, en el momento en que estos se creian más seguros de su triunfo.

Á este héroe se pensó en erigirle una estatua, pero la realizacion de este pensamiento no ha tenido lugar hasta el año pasado, en que la efigie de Pietro Mica ha sido fundida en bronce en el arsenal de Turin, y la inauguracion de la ceremonia tuvo lugar el dia 6 de junio del año próximo pasado. El grabado de la presente página es una copia exacta de la colosal estatua que hoy se halla colocada en el centro de una de las principales plazas de la ciudad.



ESTATUA DE PIETRO MICA.

El Periódico ilustrado.



UN PAISAJE EN LAS CERCANIAS DE NÁPOLES.

Número 21.
DEL 27 DE JULIO AL 3 DE AGOSTO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



SUMARIO.—*Revista de la semana*, por Palacio.—*Cantares*, por Delgado.—*Monumento a las letras españolas*, por Benedicto.—*D. Pepito*, por Godino.—*La Fiesta española*, por Santacoloma.—*El beso de una madre*, por Sagrera.—*Historia de la Vid*, por Arrea.—*Zuavos y turcos*, *Los derviches*, por Belza.—LAMINAS: Los derviches. Plaza de la Concordia. La comida del rebaño. El Emperador de Méjico, y Zuavos y turcos.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en **MADRID.**
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	5 cuartos en **PROVINCIAS.**
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 50 »	

UN NÚMERO: 4 cuartos en MADRID. 5 cuartos en PROVINCIAS.

LOS DERVICHES DE TUNEZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

Asistiamos cuatro noches hace á la primera representacion del *Macbeth* en el teatro Rossini. En el momento en que Banquo, huyendo por el bosque, trata de salvar la vida del hijo de Duncan, un movimiento de inquietud y terror se percibe en el público; los más asustadizos huyen, los más prudentes averiguan; todos esperan conmovidos el desenlace de aquella escena, casi tan interesante como la que ha quedado suspensa en las tablas.

Pronto la verdad se hace oir, y la calma se restablece en los ánimos. El hecho es muy sencillo. Un edificio próximo á los Campos Elíseos, es presa de las llamas, y el resplandor de estas que penetra por las ventanas de la galería, es lo que ha motivado la alarma. La ópera continúa entre los aplausos de la concurrencia, y la Sra. La Grua se muestra en ella tan consumada artista, que nunca la creacion colosal de Shakespeare ha tenido intérprete más sublime.

Confesamos nuestra flaqueza. No creiamos que esta obra, una de las más notables de Verdi, que, pese á sus apasionados detractores, tiene algunas muy notables, nos produjera en su conjunto el efecto que nos ha producido en el teatro Rossini. Sabiamos que se habia ensayado muy poco; que las decoraciones no estaban pintadas cuatro dias antes de la funcion; que no se habian probado siquiera las luces y los juegos de la maquinaria, y todo esto nos daba hasta cierto punto derecho para creer que el estreno de *Macbeth* no seria otra cosa que una representacion más, de esas á que la empresa se muestra muy aficionada, en su afan sempiterno de dar funcion todas las noches.

Pero esta vez nuestros cálculos han salido fallidos. La obra, sobre todo los dos primeros actos, que son, entre paréntesis, los mejores, no han esperimentado tropiezo alguno, y tanto el magnífico duo que sigue á la escena del asesinato del rey, como el aria del sonambulismo han sido cantados por la Sra. Grua y el Sr. Squarcia de tal modo, que seria imposible pedir más.

En cuanto á la parte escénica nada dejó tampoco de desear al público, si bien nosotros creemos que hubo exageracion en las luces de Bengala, lo cual perjudicó al buen efecto de la decoracion, y de los bailables del tercer acto.

Todo esto sucedió en la noche del sábado; vengamos ahora al incidente del domingo.

Habia terminado el concierto en los jardines, y una muchedumbre inmensa llenaba la gran plaza del teatro, donde se disparaban los fuegos artificiales, en los que el pirotécnico se habia esta noche escedido á sí mismo; de repente un cohete cambia de direccion, y sus chispas van á caer sobre la tendida lona que sirve de cúpula al salon de conciertos; arde la lona y el espectáculo de una inmensa hoguera se mezcla al brillo de las bengalas, al estrépito de los voladores, y á la griteria y aplauso de los concurrentes. Por fortuna el incendio no podia comunicarse á parte alguna y concluyó á poco por su virtud misma, apenas devoró aquella inmensidad de varas de tela, de la cual apenas si habrá quedado para un jergon.

Unan ustedes á este incidente, el ocurrido el mismo dia en la Plaza de toros, donde dos caballos quedaron destrozados en una carrera romana, y se persuadirán de que para los aficionados á emociones fuertes, la semana no ha podido ser más entretenida.

En cambio de estos entretenimientos nos vemos hoy privados del más grato de oir á Tamberlik, que nos obsequió á su despedida con un *Poliutto* del que guardaremos memoria eterna, si bien nos queda la esperanza de su próxima vuelta, que será sobre el 8 del mes próximo, en el cual le oiremos la *Mutta de Portici*, y acaso el *Don Sebastian*, que no conocen todavia los madrileños.

Mientras tanto volveremos á saborear las melodías de *Fausto* y de *Norma*, alternadas con *Marta*, y con alguna que otra corrida de becerros, como la que se ha verificado últimamente, y en la cual han demostrado varios amigos nuestros su entusiasta aficion por el arte de Pepe Hillo y su amor á la tierra..... que los vió nacer.

Y si por casualidad nos quedára algun rato desocupado, ahí tenemos para proporcionarnos á un mismo tiempo distraccion y enseñanza *La Mitologia universal*, que acaban de publicar los editores Gaspar y Roig, y que es el libro más completo que se ha escrito de su clase, ilustrado además con preciosas láminas; la novela *Los Celos de una Reina*, cuyo primer tomo ha terminado ya, mereciendo por su elegancia y belleza el elogio de los inteligentes, ó las obras escogidas de Fernandez y Gonzalez, cuyas ediciones se multiplican en España y en el extranjero, para regocijo y orgullo de la literatura española.

Con esto, un paseíto á la caida de la tarde por Recoletos, poblado siempre de niñas de esas que un marino clasificaria como pertenecientes al gremio de *mareantes;* alguna que otra alegre comidilla bajo las alamedas de la Fuente Castellana; nada de aprension al cólera que, segun todas las apariencias, se dispone á hacernos una visita, como si ya no se le conociera por aquí en todas sus fases, y mucho buen humor y esperanza en el porvenir, bien puede uno reirse hasta de los billetes falsos de mil reales, como se rie el Banco á costa de los infelices á quienes han sido endosados.

Por fortuna, ninguno de los redactores de EL PERIÓDICO ILUSTRADO entra en el número de esos infelices, sino de los otros que ni aun falsos han logrado ver hace tiempo billetes.

¡Dios se lo pague al que tiene la culpa, y le dé lo que le haga falta, como me ha dado á mí paciencia para escribir esta revista!

M. DEL PALACIO.

CANTARES.

Los colores de tu cara
una rosa los copió,
quise besarla, y al punto
la rosa se marchitó.

Del hombre consuelo son
el amor y la esperanza,
yo no tengo ese consuelo
porque me han robado el alma.

Más grandes son que la mar,
muchas más que sus arenas,
más amargas que sus olas,
mis lágrimas y mis penas.

Solo me quedé en el mundo
cuando mis padres murieron,
despues quise á una mujer
y hoy no sé ya lo que quiero.

J. J. JIMENEZ DELGADO.

MONUMENTO
Á LAS LETRAS ESPAÑOLAS.

Esas obras colosales del ingenio, partos monstruosos del pensamiento, y que en la edad de oro de nuestra literatura, en esos siglos de luz para la patria, han brotado con tal abundancia, asombrando á propios y estraños, tiempo há que parecian condenadas en su mayor parte, á morir en el ignorado rincon de una biblioteca, si ya no á desaparecer para siempre del palenque de la inteligencia, para mengua del país y desdicha de la humanidad estudiosa.

Desde la sencilla *Crónica del Cid* en que el habla castellana comienza como á balbucear un lenguaje, que ha de ser un tiempo el orgullo de su pueblo, hasta el inmortal *Quijote*, espejo de la donosura y perfeccion del idioma castellano, enriquecen á la patria literatura infinidad de concepciones, que en los siglos XVI y XVII elevan la España á un pedestal donde nacion ninguna consigue tocar.

Timoneda coleccionando los escritos de Lope de Rueda, Sancha imprimiendo las obras de los principales clásicos, Ferrer engarzando en una miniatura el inmortal poema de Cervantes, y otros varios entusiastas editores, no hacian, en diferentes épocas y con varia fortuna, más que iniciar en perfiles la obra magna de un monumento digno á las letras españolas.

Libros raros que formaban una gloria nacional, hallábanse prontos á desaparecer para siempre; obras gigantescas nacidas para asombrar, estaban concretadas á no salir de ciertas y determinadas personas, que como joyas inapreciables, las custodiaban en el fondo de un archivo; coleccionar todo esto, derramar, digámoslo así, un soplo de nueva vida, sobre esa inagotable riqueza del ingenio, era la obra más meritoria á los ojos de cuantos sintieron latir en su pecho un corazon español, y abrigasen un pensamiento entusiasta hácia nuestras tradiciones literarias.

Voluntad firme y amor patrio necesitaba el nuevo colector que intentase realizar tan gigantesca idea.

Al siglo XIX tocaba la reparacion, y la obra habia de efectuarse.

D. Manuel Rivadeneyra, ilustrado editor, con un entusiasmo digno de elogio, ha sido, no quien ha puesto la primer piedra en este edificio literario, sino quien por completo ha levantado el monumento para honra suya y contentamiento de las letras.

La interesante *Biblioteca de Autores Españoles*, publicada con tan feliz resultado por el referido Sr. Rivadeneyra, viene á ser hoy como la reparacion del inesplicable olvido en que yacian las más preclaras glorias de la patria de Cervantes y Quintana.

Rica coleccion que en un abrazo enlaza siglos enteros de luz, que eslabona los primitivos esfuerzos de la musa de Berceo con las dulcísimas cadencias de Melendez; los sencillos relatos de Cibdad Real con los elegantes rasgos de Jovellanos.

La *Biblioteca de Autores Españoles*, coleccionada por eminencias literarias, dignas de los escritos que exhuman, es la publicacion más importante de nuestro siglo en España.

Las obras de *Cervantes* coleccionadas por el malogrado Aribau, sirven de portada á esta obra colosal; un solo tomo encierra los escritos del ilustre Manco de Lepanto; tres preciosos tomos de novelistas anteriores y posteriores al autor del *Quijote*, contienen por completo una coleccion variada y estensa donde pueden estudiarse desde los cuentos de Timoneda, al festivo Guzman de Alfarache, y con ellos toda esa série de composiciones picarescas, amorosas ó caballerescas, que brotaron de las plumas esclarecidas de nuestros clásicos; los libros de Caballerías, gráfica literatura que no puede olvidarse, tiene su representante en el célebre *Amadís de Gaula* y otras obras del mismo género; la original *Conquista de Ultramar*, antiquísimo monumento de nuestra *fabla*, brilla tambien allí, junto á una rara coleccion bibliográfica de escritos inéditos ó desconocidos.

Los poetas líricos del siglo XVI enlazan con los del XVII, y Garcilaso comienza un libro que fina en Arriaza é Iglesias; allí los poemas épicos se miran reunidos como para asombrar con sus bellezas deslumbrantes, *La Araucana* junto á *La Mosquea; El Bernardo* con *La Historia de la Pintura ; El Romancero español* formado por la mano maestra de Duran, desliza como pintoresco panorama los históricos romances del Cid y Mudarra y las vulgares coplas del pueblo, significando así la historia entera de esa literatura ideal y gráfica del hogar y de la familia; Fr. Luis de Leon y Juan de la Cruz conservan sus elocuentes fantasías; allí despliegan sus genios una santa, un sabio y un filósofo, Teresa de Jesus, Jovellanos y Quevedo, estas tres eminencias encerradas en ocho inapreciables tomos; tres tomos ocupa el insigne Luis de Granada; allí se encuentran los eruditos discursos de Feijoo, y las claras locuciones de Isla, rayos de sol que parten de un claustro para disipar las nieblas de la ignorancia; en un solo tomo se contiene el epistolario de Cibdad Real, del celebre médico de Juan II, con las cartas de Antonio Perez, el desdichado valido del segundo de los Felipes; los historiadores de indias completan dos tomos, y dos tomos llenan tambien las historias particulares de Marmol, Moncada y otros varios cronistas de sucesos importantes, ya sean *Las guerras de Flandes* ó *El alzamiento de los moriscos; La espedicion de catalanes y aragoneses á Grecia*, ó *El levantamiento de los Comuneros; Las empresas políticas* y *La corona gótica y austriaca* de Fajardo, las obras del P. Juan de Mariana, con inclusion de su notable *Historia de España;* las del laureado Quintana y las de los dos Moratines forman cinco tomos, que son un rico tesoro para el estudioso; en cuanto al teatro, esta parte importante de nuestra literatura, se halla en diez y seis tomos tan dignamente representada, que puede afirmarse es el verdadero holocausto hasta ahora ofrecido á las galanas musas de Lope y Calderon. Lope de Vega y Calderon de la Barca esponen en ocho tomos una completa coleccion de sus obras más notables y raras al propio tiempo; cuatro tomos encierran las composiciones de los contemporáneos y posteriores al Fénix de los ingenios, verdadero alicatado de bellezas é imperfecciones, de sombra y de luz que ofusca y trae á la vez, laberinto que comienza con las sencillas fábulas dramáticas de Tárraga y termina con las comedias del sublime loco Juan Perez de Mon

talvan; Tirso de Molina y Moreto, Alarcon y Rojas, cuatro brillantes astros de la escena española, en otros tantos volúmenes guardan sus sublimes joyas, todas inmortales, bien se intitulen *La Villana de Vallecas*, ó *El desden con el desden*, *La verdad sospechosa*, ó *Garcia del Castañar*. Y todos estos libros, obras independientes todas, pero unidas entre sí por el lazo invisible del genio, se hallan coleccionadas, comentadas y en órden dispuestas por literatos distinguidos, que fuera prolijo enumerar aquí en su totalidad; los nombres de Hartzenbusch y Aribau; de Guerra y Orbe y Mesonero Romanos; de Duran y Navarrete, bastan por sí solos á dar una clara idea de la escelencia de los demas y de la perfeccion y sano juicio del trabajo.

Ahora bien; sesenta tomos publicados no marcan aun el final de la *Biblioteca;* lejos de amenguar auméntase el esfuerzo y entusiasmo del ilustre editor, y España dentro de poco, á semejanza de Alemania, podrá presentar una muestra verdadera del rico tesoro que guarda en su seno, debido al genio inmortal de sus filósofos, historiadores y poetas.

Loor al Sr. Rivadeneyra, que con un desinterés hidalgo, con una fuerza de voluntad á toda prueba y venciendo las dificultades del camino, continúa levantando ese obelisco de la literatura; quien tales pruebas da de entusiasmo y patriotismo, bien merece la consideracion del público y el apoyo de los gobernantes.

J. T. BENEDICTO.

D. PEPITO.

En el tiempo á que me refiero, se reunia en el café Suizo, á última hora, una sociedad muy rara y muy alegre.

Los sócios habituales eran: Eduardo Inza, Enrique Ramos, Ramon Correa, el conde de Maule, Federico Hope, Manuel del Palacio, y yo. Todos teniamos pocos años, poco dinero, alguna esperanza, y sobre todo un deseo natural de olvidar, charlando, las pequeñas miserias de la vida.

Era un pequeño *cenáculo* donde rara vez se cenaba, pero en cambio se *rajaba* de lo lindo. Aquello era un tiroteo de frases, una tempestad de chistes, una avalancha de suposiciones; todo esto nadando en un Océano de murmuracion. Afortunadamente al salir de allí, pasaba la calentura, se oscurecia la linterna mágica, y todo se olvidaba.

D. Pepito, despues de tomar café en el Suizo, iba con algun amigo al teatro, prefiriendo el del Circo, no se por qué causa; allí se acurrucaba bajo una butaca, oia más bien que veia la representacion, y acabado el espectáculo, se presentaba en nuestra reunion de los primeros. Generalmente le precedia el conde de Maule, que era otro de los predilectos de D. Pepito, y á una indicacion de aquel, pues sin esto nunca se hubiera atrevido, el perro saltaba al divan, al lado del conde; este, si el tiempo estaba frio, le tapaba con una capota que por entonces usaba, y D. Pepito asomando solamente la cabeza, y siempre con los ojos abiertos, saludaba con una mirada indescriptible á los que iban llegando, y asistia á la reunion, rumiando con la mayor pulcritud algun terron de azúcar, que le echaba alguno que por casualidad se permitia la voluptuosidad de tomar café.

Una noche era ya muy tarde, el café se iba á cerrar, y D. Pepito no habia parecido. Esto produjo estraña inquietud en la reunion. Alguno supuso que conspiraba, otro achacó aquella inusitada ausencia al amor; los más solícitos le buscaron en vano por todo el café, y estoy seguro de que todos, al retirarse á su casa, pensaron en la desaparicion de D. Pepito.

A la noche siguiente la primer frase de todos los que iban llegando, era: *¿han visto Vds. á D. Pepito?* A cada respuesta negativa se aumentaba la general inquietud, que llegó á su colmo cuando vimos presentarse á Farrugia diciendo: *¿está aquí D. Pepito?*

D. Pepito no habia parecido en todo el dia ni en la fonda, ni en el café, ni en la calle de Alcalá.

Al dia siguiente lo mismo.

Era indudable que al perro le habia sucedido alguna cosa extraordinaria. Se pensó en la morcilla municipal; pero esta idea fué rechazada por unanimidad, atendiendo á la inteligencia, y refinamiento de gustos culinarios de D. Pepito. Admitióse como más razonable la suposicion de Manuel del Palacio, que indicó la posibilidad de que alguna duquesa se hubiese enamorado de D. Pepito, y le retuviera cautivo en su estrado y en su coche, y se acordó que cualesquiera de los socios, que por su trage no estuvieran retraidos de la Fuente Castellana, observase el interior de los trenes, para ver si veian al perro desaparecido.

Transcurrieron ocho ó diez dias, durante los cuales continuó la ausencia de D. Pepito.

Una noche se presentó Ramos con aire satisfecho, sacó del bolsillo una carta que habia recibido de Alicante, reclamó nuestra atencion, y leyó el siguiente párrafo:

«Este puerto está muy animado, y los baños muy concurridos. He visto aquí á la señora A... al general B... á las preciosas chicas X... y he tenido el gusto de saludar á D. Pepito, que ha venido con F... á tomar baños.»

Una esclamacion de alegría ahogó la voz del lector, y Manuel del Palacio imitó el ladrido de un perro, no el de D. Pepito, que no ladró nunca.

D. Pepito habia salido á veranear: el problema tuvo la solucion más natural del mundo.

En los primeros dias del mes de setiembre apareció D. Pepito, tan pulcro, tan comedido, tan reservado como de costumbre.

Porque una de las cosas raras de este perro, es que en la larga temporada á que me refiero, en ninguna ocasion ni en ningun sitio se lo oyó gruñir, ni ladrar, ni estornudar siquiera; así es que algunos suponian que era *mudo*, hasta que un ligero incidente vino á desvanecer esta creencia.

Una noche, hallándonos todos reunidos á última hora en el café, presentóse en él un hombre de aspecto indefinible, y que sin duda, á consecuencia de algunas libaciones, hallábase, al parecer, algo *escitado*. Sentóse junto á un velador cerca de nuestra mesa, despues de darnos las buenas noches con una voz de bajo profundo, y tocó las palmas llamando á los mozos para que le sirvieran.

Los mozos, temiendo su permanencia en el el café, se hicieron los sordos.

El hombre se puso en pié, y entonces nosotros acabamos de examinar su traje, que era de una pasmosa sencillez. No llevaba nada en la cabeza, ni en el cuerpo más que una camisa hecha girones, un pantalon roto tambien por todas partes y sin bolsillos, medio le tapaba las piernas que concluian en unas que habian sido alpargatas. Fíjese el lector en este estraño atavío para comprender lo siguiente.

Aquel especie de Rennepont, se puso, como he dicho, en pié, y redoblando sus palmadas, esclamó dirigiéndose á un mozo que se acercaba: ¡Quiero una copa de rom, porque puedo, entiende Vd., porque tengo mucho dinero!

¿Dónde? Preguntó Inza, con un acento imposible de espresar.

Al oir esta pregunta, que era un chiste inimitable, todos soltamos la carcajada; porque efectivamente, abiertas las manos como las tenia aquel hombre para llamar, no se concebia en dónde pudiese guardar el dinero.

Pero lo más grande, inusitado, sorprendente y admirable de todo, fué que D. Pepito al oir la interrogacion de Inza, se incorporó en la banqueta en que estaba echado, y por primera y única vez lanzó una especie de grito equivalente á una carcajada, que produjo en todos indefinible sorpresa.....

D. Pepito dormia cada noche en casa de uno de sus numerosos amigos; algunos han achacado á ingratitud esta particularidad; yo creo sencillamente que era discrecion y deseo de no hacerse molesto. A la salida del café se iba con cualquiera de nosotros, y una vez en la casa, se acomodaba en una silla, en un divan, en una alfombra ó sobre un ruedo, segun el fuste del anfitrion, y allí permanecia sin chistar, sin roncar, sin rascarse, hasta las diez de la mañana, hora en que don Pepito, sin despertar á su amigo, si aun dormia, se hacia abrir la puerta por alguno de la familia, y salia á la calle.

Un dia me hizo el honor de hospedarse en mi casa, y desde entonces, y ya hace años, no he podido volver de mi sorpresa, ni esplicarme razonablemente lo que me sucedió con D. Pepito. *Por aquel entonces*, tenia yo mi nido en el mas alto piso de la mas alta casa de la Red de San Luis. Mi habitacion se componia de una sala, una alcoba y una cocina, huérfana de enseres. Vivia solo, no comia en casa, y una vecina cuidaba del aseo de mi vivienda. D. Pepito, que tal vez ignoraba este género de vida, me acompañó una noche á mi casa. Puse una manta sobre un modesto sofá, colocóse en ella el perro, y yo me metí en la cama, quedándome dormido cuando la aurora abria con sus rosados dedos los balcones del horizonte.

Al despertarme á las dos de la tarde, llamé á D. Pepito, que no acudió á mi voz.

Volví á llamarle; el mismo silencio. Me levanté, pasé á la sala, miré al sofá; D. Pepito no estaba allí. Miré por toda la casa, lo cual no me costó mucho tiempo; la misma soledad.

Examiné la puerta de la escalera, que estaba cerrada con el cerrojo, como yo la habia dejado.

Registré debajo de las sillas, hasta en la carbonera, en donde solo hallé algunas espantadizas correderas.

Entonces me sentí abrumado bajo el peso de lo desconocido.

Don Pepito no está; ¿por dónde ha salido?

Hé aquí la esfinge.

Hubo un momento en que supuse si yo seria sonámbulo, y le habia abierto en sueños.

Pasó tambien por mi imaginacion la idea de que se le habian comido las cucarachas.

¡Imposible!

Entonces recordé que la ventana de la sala habia quedado abierta; esta ventana daba á un patio muy estrecho.

Miré al patio temiendo que D. Pepito se hubiese arrojado, víctima de la libertad y de la discrecion.

En el patio no habia nada.

Pregunté á una vecina si habia visto ú oido hablar de un perro; la vecina no sabia nada.

Entonces volví á meditar, hasta que un pensamiento súbito me hizo asomarme otra vez á la ventana.

Frente de esta, en la pared de enfrente, habia un gran boqueron, que daba luz á la escalera, y D. Pepito no podia haber salido por otra parte, sin volar.

Verdad es que volar era atravesar toda la distancia del patio. Posteriormente me he esplicado en parte este milagro, leyendo en los *Miserables* la fuga de Thenardier de la carcel, referente á la que Vigtor Hugo dice:

«No siempre es posible esplicarse las maravillas de una evasion. El que se escapa está inspirado; hay algo de las estrellas y del relámpago en el misterioso fulgor de la fuga: el esfuerzo hácia la libertad no es menos sorprendente que el vuelo hácia lo sublime; se dice de uno que se escapa: ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Lo mismo que se dice de Corneille: ¿Quién le ha inspirado tal escena?»

A la noche siguiente, cuando ví á D. Pepito en el café, hubiera dado toda mi fortuna

Que afortunadamente era ninguna,

porque aquel perro me contase su maravillosa salida de mi casa.

Si quisiera continuar hablando de D. Pepito, podia llenar volúmenes, pero el miedo de continuar fastidiando á mis lectores, y la avalancha de tristes memorias que va cayendo sobre mí, me hace soltar la pluma.

Dos meses despues de estos sucesos, al comienzo de la guerra de Africa, D. Pepito volvió á desaparecer, esta vez quizá para siempre. Como de Claudio Fontanellas, se ignora el paradero del inteligente animal; pero respecto á este último, no hay miedo de que nadie usurpe su nombre.

No habia ó no hay mas que un D. Pepito en el mundo. Con su ausencia se disolvió aquella grata reunion del café Suizo; las aristas se han esparcido, y cuando se encuentran es como de pasada. Ramos, mas feliz que todos, ha muerto; Correa busca noticias casi en coche; el conde de Maule está muy ocupado en acostumbrarse á ser pobre; Manuel del Palacio anda sorteando las sirtes de la fiscalía de imprenta; Inza se ha metamorfoseado en máquina de redaccion; Federico Hope ha tenido el fin trágico de Febo de Chateaupers, y yo ando cojeando por el camino de la vida, sin mas que la primera de las tres potencias del alma.

FLORENCIO MORENO GODINO.

LA FIESTA ESPAÑOLA.

PROYECTO

DE SOCIEDAD TAUROMÁQUICA MATRITENSE.

Bajo este epígrafe, segun tenemos entendido, se vá á establecer una sociedad en la coronada villa, por no ser menos, que la que existe en casi todas las provincias de España.

Todo lo que lleve un objeto dado, cual es su organi-

Campos Elíseos. Puente de la Concordia. Carruaje del Emperador. Obelisco de Lonque

PLAZA DE LA CON

PLAZA DE LA CONCORDIA, EN PARIS.

Una de las más bellas plazas y más hermosas del mundo, es seguramente la de la Concordia en París, y el extranjero que visite la córte de Francia, lo primero que debe hacer, es trasladarse á la citada plaza, con el objeto de admirar el obelisco, treinta veces secular que forma su centro; las columnas, los caballos escultados, los candelabros, las estátuas y las fuentes con sus elevados saltadores, que forman su espléndido ornato.

No es fácil ver reunidos en un solo punto tantos monumentos dignos de fijar la atencion. El ministerio de Marina y el Cuerpo legislativo; la iglesia de la Magdalena y el palacio de las Tullerías; el Sena, costeando con sus aguas tranquilas la inmensa avenida de los Campos Elíseos; y finalmente, el grandioso arco de la Estrella. Todo esto forma un conjunto admirable. Bajo el reinado de Luis XV, fué cuando esta plaza empezó á adquirir su celebridad, porque en esta época se concibió el proyecto de elevar una estátua ecuestre á aquel monarca, para cuya realizacion él mismo designó un vasto terreno inculto y abandonado entre las Tullerías y los Campos Elíseos, y que desde entonces se llamó plaza de Luis XV.

La estátua ecuestre, obra de Bouchardon, fué colocada sobre un pedestal, y adornada en sus cuatro ángulos por figuras alegóricas representando la Fuerza, la Prudencia, la Justicia, y el Amor á la paz. Esta estátua fué inaugurada el 20 de junio de 1773.

La Asamblea legislativa la hizo demoler en 1792, reemplazándola con la de la Libertad.

Luis XVI fué decapitado en esta plaza, y desde entonces se la llamó plaza de la Revolucion.

En 1799 fué reemplazada la antigua estátua por otra colosal, representando igualmente la Libertad, obra del escultor Dumond, y la plaza de la Revolucion, á partir de este momento, se denominó plaza de la Concordia.

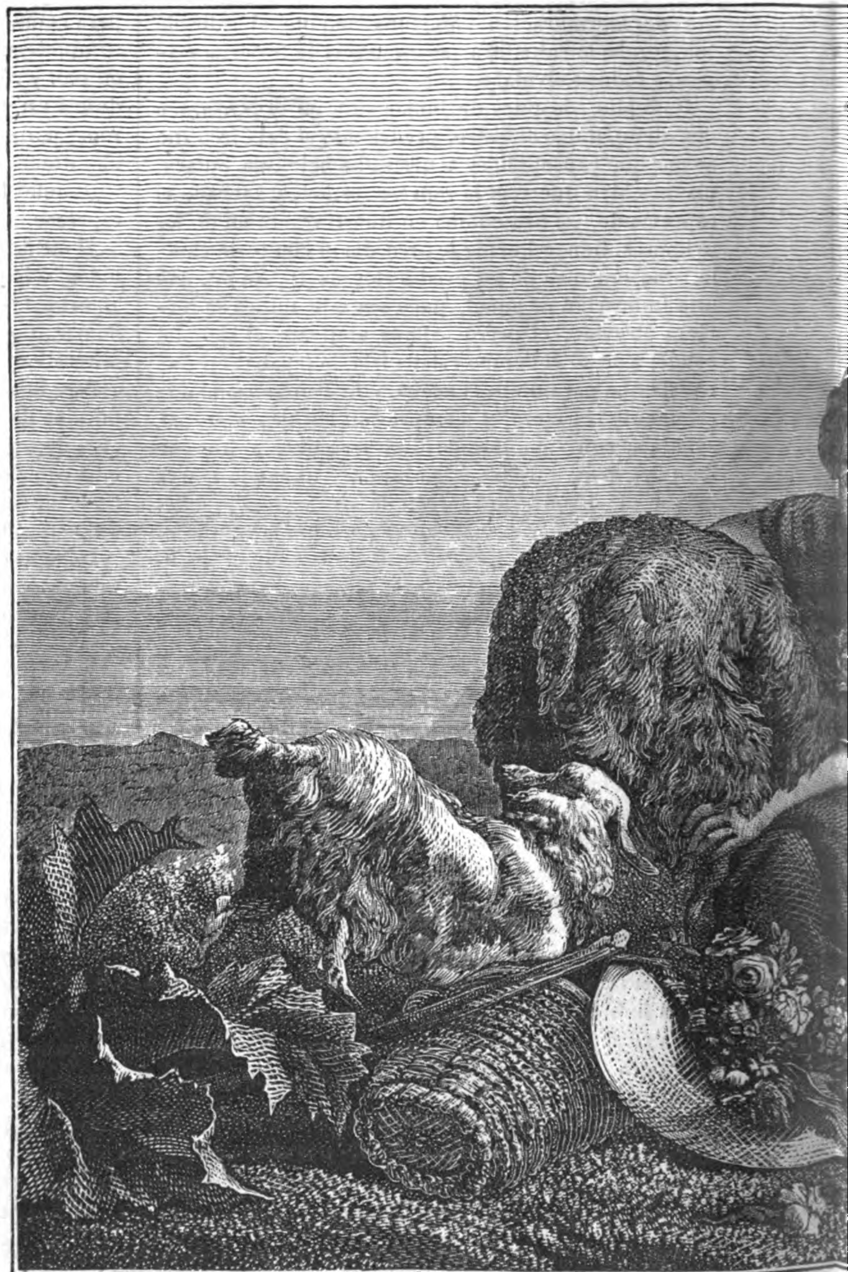
En 3 de mayo de 1826, bajo la Restauracion, se colocó la primera piedra de un monumento espiatorio, que se pensó elevar á la memoria de Luis XVI, y esta plaza, destinada á variar de nombre á cada momento, fué bautizada nuevamente con el título de plaza de Luis XVI.

Llegado á París en 1836 el obelisco que hoy campea definitivamente en la plaza, fué colocado en ella y volvió á llamarse plaza de la Concordia. Mr. Hittorf, encargado de levantar el pedestal de aquel grandioso monumento egipcio, construyó igualmente las fuentes y las columnas rostrales que sirven de base á los candelabros.

Los grupos de Couston, ya célebres bajo el nombre de *Los caballos de Marly*, habian sido colocados anteriormente á la entrada de los Campos Elíseos por un decreto de la Convencion. Mr. Hittorf colocó igualmente sobre ocho pabellones, construidos primitivamente alrededor de la citada plaza, ocho estátuas colosales, representando las ocho principales ciudades de Francia, como son: Lyon, Marsella, Burdeos, Nantes, Rouen, Brest, Lille y Strasbourgo.

Las fuentes son una reproduccion exacta de los castillos de aguas, que adornan el obelisco de San Pedro en Roma.

El obelisco se hallaba aun en pié en medio



LA COMIDA DE

et. La iglesia de la Magdalena. El ministerio de Marina. El jardin de las Tullerías.

NCORDIA, EN PARÍS.



DEL REBAÑO.

de las ruinas de Tebas, cuando fué regalado á la Francia por el vice-rey Mehemet-Alí. Mr. Lebas, ingeniero de la marina francesa, fué el encargado de ir á buscarlo á Egipto. Embarcado sobre el Nilo el 19 de diciembre de 1831, el obelisco llegó á París el 22 de diciembre de 1833, y fué colocado en la plaza de la Concordia el 25 de octubre de 1836 en presencia del rey Luis Felipe y de la familia real.

Este monumento, que es contemporáneo de Sesostris, cuenta de edad la respetable suma de tres mil cuatrocientos años.

Colocado el curioso observador en la puerta del ministerio de Marina, ve estenderse por su izquierda la magnífica calle de Rivoli, recta y regular como ninguna en Europa; de una estension estraordinaria, adornada en su acera izquierda con sus mil arcos de piedra formando soportales; con sus magníficos edificios, entre los que se cuenta el ministerio de Hacienda é infinidad de hoteles, siendo el de mayor importancia el del *Louvre*, donde el viajero encuentra todo cuanto pudiera necesitar para la comodidad y goces de la vida.

En la acera izquierda de esta calle, y partiendo de la plaza de la Concordia, se encuentran en primer lugar las verjas de los jardines de las Tullerías, el palacio de este nombre, la plaza del Carroussell, el palacio del Louvre, la Grève, el hotel de Ville y prolongándose, en fin, próximamente un cuarto de legua más, presenta una magnífica vista. Es indudablemente una de las calles más rectas y más bellas de todas las que existen en las principales capitales de Europa.

Pero volviendo á la plaza de la Concordia, hallaremos además en ella, formando frente con el ministerio de Marina y despues de atravesar el puente, el palacio del Cuerpo legislativo, con sus preciosas columnas dóricas, sus esculturas y estatuas, y su grandiosa escalinata que conduce al vestíbulo de entrada.

A la derecha del citado palacio se estiende el *Quay d'Orsay*, magnífico y prolongado muelle donde se encuentra el palacio de la Legion de Honor, el Tribunal de Cuentas y la embajada española, todos ellos en la acera derecha, donde tiene su principio el aristocrático barrio de Saint-German, residencia de la nobleza antigua, y que es uno de los más tranquilos y sosegados de París. En este mismo muelle y en su ala izquierda, se estiende el rio con sus aguas murmuradoras, con sus veinte puentes, que facilitan el paso de un lado al otro de la ciudad; con sus flotantes casas de baños y sus barcos de todas clases, prolongándose en esta forma hasta el canal de San Martin, y el bullicioso barrio latino, residencia habitual de los estudiantes y de la gente de buen humor.

Frente al obelisco, como ya hemos dicho anteriormente, se halla el paseo de los Campos Elíseos, deliciosa estension de terreno de mas de tres cuartos de legua, cubierto de frondosas alamedas y risueños jardines, poblado de cafés cantantes, juegos, fuentes, jardines, teatros de Marionetas, billares americanos, columpios, etc. etc., formando un conjunto magnífico y sorprendente, que viene á terminar en el grandioso arco de la Estrella, gigantesca mole de piedra donde da principio la *Avenida de la Emperatriz*, que conduce al bosque de Boulogne.

Tal es, pues, la famosa plaza de la Concordia, en París.—B.

zacion completa, y mayormente cuando es un espectáculo tradicional, lo aplaudimos y lo recomendamos á nuestros lectores.

Hé aquí esplanadas algunas consideraciones acerca del mencionado espectáculo, que nos han sido remitidas.

No basta la guerra declarada en recientes dias al festejo esencialmente español de la lidia de reses bravas, ni la aficion á tales espectáculos ha decrecido en nuestro país, ni disminuye el círculo de afectos al auge y al porvenir de esta lid característica, y que si prueba el valor y bizarria de nuestros mayores, justifica hoy sus títulos á la categoría de verdadero arte.

No basta, sin embargo, que aumenten los circos, que nuestros lidiadores obtengan lauros y fortuna, ni que reemplacen á las antiguas castas, ganaderías afinadas y costosas. El sosten más firme de esta aficion, es la inteligencia en sus lances y el conocimiento de las varias suertes, que constituyen la funcion española por escelencia; y este apoyo prestado á la lidia depende siempre de sociedades que representan el brio generoso y el gusto por tal fiesta de nuestros predecesores; estimulando á la juventud á ejercicios de agilidad, fuerza y destreza, llamando á concurrir á la hermosura, al prestigio y lustre del espectáculo, y reuniendo en grata asociacion á cuantos no sacrifican las diversiones patrias á la predileccion por las importaciones estranjeras.

Hasta ahora han existido ventajosamente, y en las primeras capitales de España, *Sociedades taurinas*, donde la aficion ha tomado una série de condiciones capaces de resistir á la hostilidad y á la prevencion de muchos novadores de nuestras costumbres; pero ya por el excesivo costo del circo público, ya porque dividia á los aficionados la circunstancia de crearse en grupos una reunion que debia formar círculo estenso, lo cierto es que falta organizacion robusta á una sociedad que recoja en sí el fruto de todos los esfuerzos individuales.

Por fortuna, entre las grandes divisiones del útil pensamiento que ha realizado la empresa de los Campos Elíseos, se cuenta una plaza de toros bastante ámplia y bien acondicionada; y este local ménos costoso que la plaza pública, y arrendado por cuenta de *La fiesta española*, cuyo proyecto desenvuelven estas cortas líneas, podria servir de base al desarrollo de una reunion de aficionados, que tan pronto como cuente con suficiente número de socios, deberá elegir presidencia, organizándose como convenga mejor á sus intereses y propósitos.

Permítasenos por un momento discurrir acerca del propósito de la *Fiesta taurina*.

En este espectáculo admira y discurre el filósofo la escelencia del hombre, que desde la desnudez é ignorancia primitivas, ha sabido alzarse con el influjo del mundo y sacrificar á su antojo y diversion las bestias mas poderosas. El naturalista observa las alteraciones que el cuidado y el estado de domesticidad han producido en el caballo y el toro, y cuando los desvia de su primitivo modo de ser y de obrar. El político conoce con cuán poco se contenta y distrae al público laborioso, y aprecia dentro de sí el efecto que el espectáculo hace en el caracter de la multitud. El matemático vislumbra la posibilidad de reducir el toreo ó demostraciones, porque considera en el toro un cuerpo que se mueve con direccion y velocidad conocidas, y en el torero todos los medios para variar la primera y acelerar ó retardar la segunda. El economista vé en el consumo de toros y caballos uno de los elementos que mas influyen en el fomento de la cria del ganado vacuno y caballar. El viajero admira un espectáculo tan grandioso, tan magnífico; aquella mezcla de trages y colores, y aquel murmullo y vocerio y continuo movimiento lo entretiene y embelesan; y cuando suena el timbal, sale el toro con aspecto amenazador, y ve á los toreros burlarlo risueños de mil maneras, llega al colmo su admiracion, y prorrumpe en aplausos y aclamaciones.

Todas las clases, todos los sexos, todas las edades y condiciones de la vida concurren á él, se enagenan y se olvidan de sus penas. Inútiles serian nuestros esfuerzos para hacer concebir lo grande, lo bello de tales fiestas al que no las hubiese presenciado.

No terminaremos este ligero trabajo, sin hacer otra pequeña objecion, no menos interesante que las anteriores.

Se pasan años sin que una sola gota de sangre humana manche la arena de los *circos*, y se pasarian siglos si estuviese esta diversion bajo el pié que debe ponerse y que tanto aclama la prensa periodística, y con especialidad el infatigable cronista de *El Reino*, que há cinco años se ocupa en escribir las revistas detalladas del espectáculo. Véase el punto de contacto que tiene una diversion con otra. Apenas sale al monte una batida, hay un contuso, un herido, ó acaso un muerto. El hijo del famoso D. Pelayo, remontándonos á la historia, que fuë estremadamente aficionado á esta diversion, sabemos que murió á manos de un oso en los montes de Cangas, y pudiéramos citar infinitos de quienes están sembradas las crónicas antiguas y modernas de los pueblos.

Hé aquí la idea que sometemos á varios aficionados, á los que participen de nuestros propios sentimientos y gusten coadyuvar á nuestros designios, aspirando á formar un núcleo de afectos al espectáculo propiamente español, que impulse poderosamente un festejo, combatido á nombre de la civilizacion, como si en él tambien no se reflejaran sus efectos en numerosos adelantos.

En la Administracion de este periódico se hallan prospectos y un libro para anotar el nombre del suscritor y casa habitacion, para poder comunicarle su presentacion el dia que hayan de reunirse en junta general para acordar las bases y formacion de la sociedad.

SANTACOLOMA.

EL BESO DE UNA MADRE.

Niño, tu madre te besa
Y tú, tranquilo durmiendo,
Con la sonrisa respondes
De tu inocencia reflejo.
Es que un rayo de la gloria
Ha descendido á tu seno;
Es que acaricia tu frente
Las puras auras del cielo.
Tu madre al ver tu sonrisa
Vuelve á regalarte un beso
Y una lágrima en sus ojos,
Mensagera del contento,
Es la dádiva amorosa
Que ofrece por tí al Eterno.
Tú entretanto con los ángeles
Vagas en plácidos sueños,
Lejos del mortal bullicio
Y á la desventura ajeno.
Que los besos de una madre
Son celestiales misterios
Que el alma del niño elevan
Á un mundo de flores lleno,
Dando á la madre el aroma
De su inefable consuelo.
Niño, tu madre te besa,
Y al besarte, con su aliento,
Te da el alma entre sus labios
Con suspiros de su pecho.
Ella tu espíritu observa,
Y goza con tus ensueños;
Respira cuando respiras
Por no turbar el silencio.
Dí, niño, si tú sonríes
De tu madre al dulce beso,
¿Qué dirás con tu sonrisa
Á su amante sentimiento?
Será un mundo de ilusiones,
De venturosos deseos,
De halagüeñas esperanzas
Y de alegres pensamientos.
Será la gloria en la tierra,
Serán misteriosos ecos,
Flores de inmortal fragancia,
Auroras de amor eterno.....
Sí; que un rayo de la gloria
Ha descendido á tu seno,
Y en la frente de tu madre
Refleja la luz del cielo.

E. LLOFRIU Y SAGRERA.

Madrid, Junio de 1865.

HISTORIA DE LA VID.

I.

El invierno puede ya venir á estender sobre la tierra su sombra de tristeza; el hombre ha guardado en su copa una gota del calor del sol ausente. Un fuego invisible pasará de boca en boca en el festin, uniendo todos los corazones con una cadena eléctrica. La vid amante, que vive siempre enlazada al tronco, que da en comun su fruta en racimos, como el trigo en espigas, y que para exhalar su alma al viento necesita reunir todos sus perfumes, multiplicó en el hombre todo el poder de la simpatía. Provocó la amistad; despertó el amor; vertió en la sangre del hombre, antes adormida, una irradiacion perpétua de primavera; y el hombre, exaltado en su fibra, conoció un ideal más en su compañera.

El vino preparó la poesía. La lira es hija de la viña como del laurel. Y cada dia el convidado dejaba caer, al ruido de un himno, su cabeza llena de sueño sobre un hombro querido, y comprendió la ternura desconocida del deseo. Ahora comprendo por qué los bárbaros del Norte marchaban hácia las regiones en que la vid espansiva estiende de árbol á árbol sus guirnaldas.

Iban á buscar al Mediodia, guiados por un instinto sublime, la gota sagrada que conduce á la civilizacion. ¡Vé de pueblo en pueblo, copa sagrada, que llevas en tu seno un alma más para la humanidad! Inclina, por todas partes por donde pases, el pensamiento de las razas á la afeccion. ¿Quién sabe? Quizás un dia, despues de treinta siglos, los hijos de tus primeros convidados, santamente inclinados sobre el santuario, ante Dios, te levantarán en sus manos para beber á la fraternidad.

Así canta el ilustre escritor francés, Eugenio Pelletan, en su *Profesion de fé del siglo XIX*, el misterioso destino de esa planta bendita, cuyo orígen se remonta á los primeros dias de la tierra, y cuya historia, llena de preciosos datos, nos recuerda tambien los primeros pasos del hombre en la senda de la civilizacion, y el progreso sucesivo de la humanidad.

No vaya á juzgarse por nuestras palabras que rendimos un culto apasionado á esos desdichados cuadros que tan diestramente supo trazar el pincel de Velazquez; lejos de nosotros semejante idea, y no permita Dios que ningun lector interprete en ese sentido nuestro pensamiento.

Fieles narradores de la historia, nuestra tarea se reduce simplemente á ofrecer algunas de sus páginas á la consideracion del público, para demostrar que en todos tiempos y paises han tenido los hombres un especial cuidado en hallar bebidas más gratas que el agua, y no solo más propias para fortalecer el cuerpo cansado de trabajar, sino tambien más capaces de poner el alma en una situacion en que, por decirlo así, se hallase enajenada y fuera de sí misma.

Hé aquí algunos curiosos datos, en apoyo de esta verdad, con los que se prueba de una manera concluyente, que hasta los pueblos más bárbaros y groseros han discurrido medios de proporcionarse bebidas fuertes y embriagadoras á la vez.

Virgilio, hablando de un licor estraido del fruto del peral silvestre, que usaban algunos pueblos del Norte, pinta á estas gentes alegres y contentas por efecto de esta bebida. El afan del hombre por buscar otra bebida diferente del agua, hizo que muchas naciones, en su principio, bebiesen la sangre de los animales que mataban, costumbre bárbara que aun se conserva, no solo entre los salvajes, sino tambien en algunos pueblos civilizados, pues se asegura que los cazadores de los Alpes hacen lo mismo, al matar algun corzo ú otro animal, cuya sangre beben inmediatamente. Tan estraño y repugnante uso, si bien recuerda esas épocas de primitiva barbárie, tiene, sin embargo, un fundamento razonable, que se apoya en una necesidad natural, á ser cierto lo que afirman algunos, sobre los efectos de animacion y vida que produce la sangre bebida aun caliente. Los hombres, sin embargo, si llegaron al esceso de gustar de la sangre de los animales, y aun del género humano, fué sin duda alguna, por

carecer de bebida artificial, pues en los pueblos donde ésta se conoció, no se usó nunca tan bárbara costumbre. A medida que las sociedades han ido penetrando en el camino de la civilizacion, los hombres han cobrado tambien mayor horror á beber sangre, como consecuencia de haber hallado licores artificiales, que produjeron, con la fermentacion, los efectos animadores que buscaban.

No debemos pasar en silencio, entre las muchas bebidas que ha descubierto el ingenio del hombre, aquellas que pueden reputarse como las primitivas, y que se obtuvieron de los frutos que espontáneamente ofrecia la próvida naturaleza. Entre estas merece especial mencion la que se cree que fuera la primitiva, y que se obtuvo de la miel silvestre, que ha sido conocida en todos tiempos. Teniendo en cuenta la relacion que ha existido siempre entre los alimentos del hombre y la materia de sus sacrificios, y, segun el testimonio de Platon, que dice, que antiguamente no se ofrecia á la divinidad más que frutas bañadas con miel, Plutarco asegura que se hacia esto por no conocerse todavía las viñas, ni usar los hombres otra bebida que *miel mezclada con agua*, añadiendo que en su tiempo muchas naciones bárbaras que desconocian el vino, usaban esta bebida, cuya insipidez corregian con algunos racimos agrios y vinosos. En la actualidad se sirven de la miel para hacer sus bebidas todas aquellas naciones, en donde carecen de viñas ó la aridez del suelo no ha permitido generalizar su cultivo, y así sucede que entre los moscovitas, polacos, lituanios y abisinios, su bebida favorita se compone de agua y miel, que hacen herbir un poco y fermentar al sol, adquiriendo de esta manera un sabor agradable y mucha fuerza.

De otros pueblos salvajes se refiere el uso de bebidas que, si bien estrañas, demuestran lo que ya digimos anteriormente, la necesidad que han sentido los hombres de adquirir licores artificiales.

Los tártaros sacan de la leche de burra, despues de acedada, una bebida casi tan fuerte como el aguardiente.

Los moxos, nacion la más brutal y grosera de América, han hallado el secreto de hacer una bebida muy fuerte, sirviéndose de ciertas raíces podridas que echan en infusion en agua; otros, en fin, despues de haber tostado hasta carbonizar el maiz, le desmenuzan muy bien y le hacen herbir en grandes calderas llenas de agua, bebiendo despues, como un gran regalo, que causa sus mayores delicias, esta agua negra y desabrida.

Pero de las bebidas más generalizadas entre los salvajes de América, ninguna es comparable por su repugnancia con la que llaman *chica*, cuya composicion es la siguiente.

Echan en una artesa llena de agua una cantidad determinada de maiz puesta en infusion, y así lo conservan hasta que se impregna bien y comienza á agriar se: en este momento algunas mujeres viejas machacan ciertas yerbas y granos de maiz, que amasan despues con su esputo en unas calabazas, y cuando creen tener ya bastante cantidad, ponen sobre la artesa esta mezcla de saliva y maiz, que sirve de levadura y causa inmediatamente al licor una ténue fermentacion. El gusto de esta bebida dicen que es parecido al de la cerveza; embriaga mucho, y por lo mismo los salvajes la buscan con avidez.

Demostrado ya que la inclinacion del hombre, en todos los tiempos y países, se ha dirigido constantemente á procurarse bebidas artificiales diferentes del agua, tiempo es de que nos ocupemos de la vid, objeto principal de estas líneas, cuya historia, segun hemos dicho ya, arranca de nuestros primeros padres, y sigue paso á paso la marcha progresiva de las generaciones, hasta terminar en esta época afortunada de nuestra civilizacion moderna.

II.

La antigüedad del vino se remonta á los primeros tiempos de la vida humana. La sagrada Biblia nos dice que Noé, luego que salió del arca, cultivó la tierra y plantó la viña; más, habiendo bebido el jugo de sus racimos, quedó embriagado y dormido en su misma tienda. Esto dió ocasion á la burla de su desnaturalizado hijo; pero Cham, bendito por Dios, recibió en su descendencia el terrible castigo de que se habia hecho merecedor por su execrable conducta. Esto no significa que fuese Noé el primer conocedor del fruto, sino, lo que es más verosímil, que procurara, con estraña solicitud, trasmitir á sus descendientes lo más apreciable de cuanto habia conocido antes del diluvio; y de creer es que las vides figuraban en primer término, por cuanto le vemos inclinarse con preferencia á los trabajos agrícolas, y muy principalmente al cultivo de tan preciosa planta.

El que Noé quedase ébrio al beber dicho licor tampoco prueba lo contrario, pues en todo el tiempo que habia permanecido dentro del arca, por más que no le fuera estraño, debemos suponer que para nada se sirvió de él; y, aunque esto no fuese así, tal podia ser la disposicion especial en que se encontraba, que no fuera bastante á resistir aquella accidental impresion el uso frecuente y moderado de esta bebida. Resulta, pues, sin temor de exagerar nuestras aseveraciones, y aun con bastantes probabilidades de certeza, que las vides se conocieron en la primera edad de la tierra, y eran ya, en tiempo de Noé, uno de los objetos más importantes para los que se dedicaban á las faenas de la agricultura.

Todos los pueblos de la tierra testifican su remota antigüedad. Sus cultos ó principales partes de adoracion consistian principalmente en la ofrenda de *pan* y *vino*, como para significar al Autor de la naturaleza, que le eran deudores de la *vida* y del *alimento* que los sustentaba. Tales sacrificios se llamaban *incruentos*, y si no bastaban estas libaciones, adicionábanlas con el derramamiento de *sangre*, acompañando á su efusion un puñado de *harina*, ó una tortita ó *mola* de cebada, de donde tuvo orígen la palabra *inmolar*. Estos sacrificios se denominaban *cruentos*. Afortunadamente la luz del Evangelio, disipando las tinieblas de la idolatría, borró del libro del Reconocimiento tan bárbaros medios de mostrar la gratitud al Omnipotente y benéfico Señor. En el pueblo cristiano solo se conservan los primeros, ofreciendo en el santo sacrificio de la misa *pan ácimo* y *vino*, segun lo que en otro tiempo verificára Melquisedec. Esta nueva prueba justifica plenamente la verdadera importancia del objeto á que nos referimos; pero, remontándonos por un momento al orígen de las fiestas del vino, famosísimas bacanales, hallaremos mayores causas todavía de la estimacion y sumo aprecio en que tuvieron los hombres el cultivo de la vid.

D. FERNANDEZ ARREA.

(Se continuará.)

ZUAVOS Y TURCOS.

La lámina que hoy aparece en la última página de nuestro semanario representa una carga á la bayoneta, dada por los zuavos y los turcos en las llanuras de Méjico.

Los zuavos, aguerridos soldados al servicio de la Francia, que todo el mundo conoce aun sin haberlos visto, forman un cuerpo de ejército, cuyos individuos, de fisonomía tostada, de trages pintorescos, acostumbran á lanzarse sobre el enemigo con una impetuosidad irresistible. Acostumbrados á los combates en Africa, han trastornado completamente las rancias ideas que sobre la guerra tenian nuestros antecesores, asombrando y batiendo sucesivamente, con éxito glorioso, á los rusos, á los austriacos y á los mejicanos.

El nombre que llevan se deriva ó tiene su orígen en una tribu, que suministraba en otro tiempo su contingente de hombres á todas las potencias berberiscas.

Diseminados en el Africa septentrional, se dividen en cuatro pueblos distintos: los *Amozyghs*, establecidos en las montañas de Marruecos; los *Tonaregs*, en el gran desierto; los *Tibbons*, en el desierto que separa la Ferran del Egipto, y las *Kabilas* en la Argelia y en la regencia de Túnez.

En el centro de la Kabila se halla el *Zouaona*, tierra montuosa y estéril, y cuya poblacion, desdeñando la agricultura, se dedica casi esclusivamente á la fabricacion de armas. De este punto es de donde parten todos los años gran número de jóvenes audaces y aventureros en busca de peligros que desafiar, enemigos que combatir y gloria que adquirir.

El general Cauzel encontró en la Argelia los últimos restos de estos valerosos guerreros que habian militado hasta entonces al servicio del Dey, y organizó con ellos un nuevo cuerpo de ejército, creando dos batallones de infantería, fuertes de unos setecientos hombres cada uno.

Tal fué el orígen de los zuavos.

Más tarde, dos oficiales de ingenieros, el capitan Duvivier y el teniente de Lamoriciere, abandonaron su arma especial para consagrarse completamente á la organizacion de un cuerpo que hoy es respetable, y que debutó en sus primeras campañas, con asombro de propios y de estraños, en las gargantas de Mozaia, en Medeah, Tremecen y Constantina.

La fama que en mil gloriosas campañas han adquirido es tan legítima como honrosa.

No concluiremos este artículo sin consignar aquí un hecho, ó mejor una apreciacion de un ilustre general francés, unido con una bella compatriota nuestra, y que vino á Madrid, hace muy pocos años, con el único objeto de visitar la córte de España.

Naturalmente, fué obsequiado como merecia su elevada posicion, y entre otros festejos que se le ofrecieron, hubo una gran parada ó revista en el Prado, donde formaron y evolucionaron todas las tropas de la guarnicion. Tan satisfecho quedó de nuestros soldados el ilustre general, tal el entusiasmo que le causaron nuestros cazadores, que no encontraba frases bastante lisonjeras con que significar lo que su corazon sentia.

Más tarde, y en un Consejo de generales presidido por el emperador, y al tratarse de romper la Francia las hostilidades con una poderosa nacion, cada uno de aquellos ilustres guerreros emitió su opinion franca y leal. Llególe su vez al general de que nos ocupamos, y con una seguridad que no admitia réplica, dijo respetuosamente al emperador: «*Señor, en la cuestion de mar soy incompetente, y debo callarme; pero respecto á la de tierra, si se rompiesen las hostilidades, me comprometo, con solo un regimiento de zuavos y dos de cazadores españoles, á batir á todo el ejército enemigo.*» Frases lisonjeras, que probaban la elevada opinion que aquel ilustre general tenia de nuestros soldados.—B.

LOS DERVICHES.

El Derviche es una de las fisonomías mas curiosas del mundo Oriental, y los tipos mas originales de la pintura y del dibujo palidecen ante las singularidades caprichosas de su trage, de su manera de vivir y de la especialidad de su carácter. Son una especie de monges musulmanes é indios que viven en comunidad y en ciertos monasterios, bajo la administracion ó direccion de un superior, y su número es de treinta ó cuarenta, en cada uno de ellos.

Su pobreza, su suciedad y su cinismo son estraordinarios, y su odio á los cristianos raya en el fanatismo.

Treinta y dos órdenes de Derviches existen en el imperio otomano y sus superiores son *Cheikes*, nombrados por el *mufti* de Constantinopla.

Se dejan crecer toda la barba y el bigote y llevan siempre colgados al cuello ó la cintura rosarios de treinta y tres á noventa y nueve cuentas. Disfrutan en sus conventos de comida y hospedaje y los que son casados disponen además de una habitacion particular.

Esta especie de *monges* musulmanes siguen á los ejércitos en campaña, interpretan los sueños, cuidan de los enfermos y no conservan nunca, como de su propiedad personal, mas que su zurron, su baston y su manta, que hace el oficio de capa.

En las sangrientas escenas que el año pasado tuvieron lugar en el imperio Tunecino y en las cuales el fanatismo religioso jugó un principal papel, representaron el más importante de todos, los *Derviches*.

Puede decirse que son los *bohemios* de la religion musulmana, muy respetados y venerados del pueblo, que escucha sus palabras y las creen siempre como artículo de fé. Nuestro grabado de hoy ofrece al lector algunas muestras de estos célebres personajes, tomadas del natural en el mismo Tunez.

Estos graves personages, hablan á los creyentes con dulzura y compuncion, reservándose las maldiciones, los denuestos más injuriosos y más enérgicos para los *perros cristianos*, como ellos nos llaman.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS. Cabeza, 12, principal.

FERNANDO

MAXIMILIANO,

emperador de Méjico.

El emperador de Méjico, Fernando Maximiliano, á quien hoy deben cinco millones de párias indios el título de ciudadanos, y que ha sido llamado providencialmente para continuar la grande obra de pacificacion y regeneracion de un dilatado imperio, es un soberano de humanitarios sentimientos, de talento claro y de bellísimo corazon.

Desde su más tierna edad germinaba ya en su alma ese espíritu de observacion y activa solicitud por las clases populares, condiciones que han hecho de él uno de los hombres de Estado más notables de nuestro siglo, y uno de los príncipes más interesados en la dicha y prosperidad de los pueblos.

La independencia de su carácter, su aficion á los viajes, su gusto especial por las útiles y fecundas aventuras le hicieron abrazar con entusiasmo la carrera marítima; en su consecuencia recibió desde su infancia, con los elementos de una esmerada educacion clásica, una instruccion enteramente especial.

Desde la edad de diez y seis años empezó sus viajes, recorriendo sucesivamente la Grecia, la Italia, la España, el Portugal, la isla de la Madera, Marruecos y la Argelia, atravesando todas las provincias africanas, y estudiando el sistema de colonizacion francés.

En 1854 esploraba á bordo de la corbeta *Minerva*, el litoral de la Albania y de la Dalmacia, cuando fué llamado á Viena para encargarle del mando superior de la marina: tenia entonces veinte y dos años; al siguiente lo encontramos en el Adriático, á bordo del navío almirante *Schivarzemberg*, seguido de una escuadra de diez y siete velas, visitando el Archipiélago y las costas de Siria. Recorrió por aquella época la Palestina, Tierra Santa, el Líbano y Jerusalen; de allí pasó á Egipto, visitando el Cairo, Menfis y las Pirámides; atravesó el mar Rojo y tuvo la satisfaccion de examinar con gran interés, los trabajos preliminares para la perforacion del istmo de Suez.

En 1856 las circunstancias políticas le permitieron hacer un viaje á Paris donde permaneció quince dias. Regresó á su patria por Bélgica, Holanda, la Alemania meridional y las orillas del Rhin.

En 1857 visitó la Lombardía, la Italia central, la Inglaterra, y volvió á Bélgica, donde un mes más tarde contrajo matrimonio con la princesa Maria Carlota, hija del rey Leopoldo y de la reina Luisa de Orleans.

Tal era la importancia que el célebre conde de Cavour daba á su talento, que en cierta ocasion decia: *El archiduque Maximiliano es el solo adversario á quien yo temo, porque representa el único principio que puede desbaratar nuestra idea italiana.*

El archiduque Fernando Maximiliano solo cuenta treinta y cuatro años. El retrato que ofrecemos á nuestros suscritores puede servir para esplicar mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, la impresion grata y profunda que este jóven príncipe ejerce sobre todos aquellos que se le aproximan.—B.



FERNANDO MAXIMILIANO, EMPERADOR DE MÉJICO.



CARGA DE ZUAVOS Y TURCOS.

El Periódico ilustrado.



VISTA DE LAS CERCANÍAS Y CASTILLO DE SINDENHVERG, EN ALEMANIA (BAJO RHIN.)

Número 22.
DEL 3 AL 10 DE AGOSTO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	Seis meses 50 »	

S. A. R.

EL PRINCIPE HUMBERTO.

S. A. R. el príncipe Humberto, heredero presuntivo de la corona de Italia, nació el 14 de marzo de 1844; tiene por consecuencia, poco más de 21 años y es apto para reinar desde la edad de 18, época de la mayoría para los príncipes de su familia.

Su madre fué la bondadosa y simpática reina, María Adelaida, arrebatada tan prematuramente al amor de sus súbditos y de su familia. Lleva por título el de *Príncipe de Piamonte*, patrimonio de los hijos mayores de la casa de Saboya.

Educado por los hombres más distinguidos del reino, bajo la inteligente direccion del bravo teniente general Rossi, el príncipe Humberto ha recibido una esmerada educacion, á la vez científica y militar. Es italiano de corazon y de alma, como su padre, y como su abuelo Cárlos Alberto, al cual se parece extraordinariamente.

Victor Manuel verá su grande obra de la independencia y unidad nacional dignamente continuada por su sucesor. El príncipe real ha pasado por todos los grados del ejército, hasta el de teniente general, (general de division) al cual fué promovido por decreto de 25 de Julio del año pasado. En 1859, apenas tenia entonces quince años, reclamó con el mayor entusiasmo y las más vivas instancias el derecho de seguir á su padre á la guerra, y únicamente haciéndole comprender que imperiosas razones de Estado lo impedian, pudieron retenerle en Turin, lejos de aquellas valientes tropas piamontesas, á las que siguió con el corazon, y que tantos laureles conquistaron en Palestro y San Martino.

Habiendo entrado en 1860 en el servicio activo, fué encargado en el 63 del mando de una brigada de caballería, de guarnicion en Milan, y más tarde desempeñó iguales funciones en Nápoles, á las órdenes del general la Marmora. Adorado del soldado, del cual se ocupa con una solicitud fraternal, se ha conquistado además en aquellas dos grandes ciudades, principales centros del Norte y del Mediodía, una popularidad tan entusiasta como duradera.

El príncipe Humberto es muy jóven aun, pero en su aspecto se revela ya el sello de esa valerosa raza de Saboya que tiene siempre por principal virtud el heroismo. Marcha siempre erguido, con la frente alta, con la mirada fija, condiciones todas que revelan ya al hombre.

En una ocasion un pobre hombre del pueblo hincó la rodilla en tierra para entregarle un memorial, y al levantarle con presteza le dijo. «*Los hombres cuando hablan á los hombres deben hacerlo siempre derechos; solo ante Dios deben doblar la rodilla.*» Habiéndosele presentado los síndicos de una ciudad para felicitarle en cierto dia, trataron estos de cojer



S. A. R. EL PRINCIPE HUMBERTO.

su mano para besársela: el príncipe la retiró vivamente y con disgusto, diciendo:—*Señores, eso no está bien hecho; yo no permito que se me coja la mano sino para estrecharla como amigo; pero para besarla, jamás.*»—El rey de Italia conoce perfectamente lo que vale su heredero. A fines del año de 1860, y cuando iba á partir para encargarse del mando del ejército de operaciones en los estados Napolitanos, los delegados de la poblacion de Milan se presentaron á suplicarle en los términos mas patéticos, que evitase aquellos nuevos peligros á que iba á esponerse, pues debia conservarse para su pueblo, que tanta necesidad tenia de él. «Porque, decian con las lágrimas en los ojos: ¿qué va «á ser de nosotros, si llega á suceder una desgracia á V. M.»—«Tranquilizaos, amigos mios, les contestó Victor Manuel sonriendo, pero conmovido: *si yo soy muerto en el campo de batalla, os queda mi hijo Humberto que vale mas que yo. No perderias en el cambio, os lo aseguro.*»

El príncipe Humberto, tiene dos hermanos y dos hermanas.

Amadeo Fernando María, Duque de Aoste, que nació el 30 de mayo de 1845.

Othon Eugenio Maria, Duque de Monferrat, nació el 11 de julio de 1846.

Maria Clotilde Teresa Luisa, Princesa Napoleon, nació el 11 de marzo de 1843.

Maria Pia, Reina de Portugal, nació el 16 de octubre de 1847.

J. BELZA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Cuando Jorge Manrique escribió aquellos tan conocidos versos:

Nuestras vidas son los rios
que van á dar en el mar.

estaria sin duda muy ageno de creer, que un dia pudieran ser interpretados como una espresion natural del deseo, que durante el verano se apodera de la novelesca humanidad, de correr á buscar alivio á sus penas, y quizás estímulo á sus alegrías, en las tranquilas playas del Mediterráneo, ó en las costas movidas y peligrosas del Océano.

Efectivamente, hoy por hoy, son innumerables las vidas que van á dar en la mar, que no es el morir, como añade el poeta, sino todo lo contrario, suponiendo, como es permitido suponer, que la animacion, el deleite y la voluntad, son la vida.

Los ferro-carriles del Mediodia y del Norte, no bastan para el movimiento continuo de gentes que abandonan las comodidades de su casa, á trueque de conseguir una barraca en el Cabañal de Valencia, un cuarto mezquino en una fonda de Archavaleta, ó una casita de campo en Biarritz, con su jardin del tamaño de un pañuelo de bolsillo, y sus dos consabidas ventanas, una de las cuales domina el delicioso paisaje que se estiende desde la Negresse á Bayona, mientras la otra abarca el inmenso panorama del mar, que borda de espuma las erizadas rocas del puerto viejo, y acaricia humilde los arenales de la villa Eugenia.

Lejos allí del bullicio del mundo, pero sometidos al imperio de la moda, los hombres se olvidan por un instante de la política: las mujeres se olvidan quizá por siempre de los hombres, y el dolor se olvida de todos, dejando el puesto á ese delicioso fastidio, en medio del cual, deben indudablemente vivir los ángeles. ¡Dias alegres, pasados entre los goces del pescador de caña, y la contemplacion silenciosa de la naturaleza, yo os recuerdo con efusion, y espero que no seréis los últimos!

Mientras esto sucede lejos de Madrid, ¿en qué distraen sus ócios los habitantes de la coronada villa? Los Campos Elíseos les abren diariamente sus brazos, uno de los cuales casi parece un brazo de mar, y acarician sus oidos con las más regaladas armonías, y sus ojos con los más variados entretenimientos.

¿No habeis visto recientemente *Fausto?* ¿No conoceis á esa artista discreta, espiritual, sensible, que se llama Elisa Volpini? La gracia española y el arte italiano, tienen en ella un dignísimo representante: sin oirla, el atractivo de su modestia y su donaire, prepara á su favor los corazones; oyéndola, su buen gusto y su sensibilidad esquisita, cautivan las inteligencias. ¡Doble triunfo de la mujer y de la artista, que le abre los horizontes del porvenir, inundándola de los reflejos del más hermoso de los soles, el sol de la gloria!

Deseamos oir á esta jóven cantante en *Marta* y otras óperas del mismo género, que estamos seguros ha de interpretar á maravilla, y le enviamos desde luego nuestra más cordial enhorabuena por su éxito, que le habrá demostrado entre otras cosas, que no es el público de Madrid tal como se lo habian pintado, y que para el talento modesto, no faltan jamás en España aplausos ni alabanzas.

Acaso no pueda decir otro tanto, el distinguido profesor músico Mr. Arban, cuyos conciertos en el Príncipe Alfonso han terminado ya, sin llegar á hacerse populares, como de seguro lo hubieran sido en otro local.

Las condiciones especiales de dicho Circo, los crecidos precios de entrada, el no haber sabido atraer la concurrencia este año por la desigualdad de la compañía, que aparte de la familia Foucart, no ofrece nada de notable, causas son más que suficientes para que no haya brillado cual debia el reputado instrumentista, que tantas ovaciones ha merecido en los conciertos de Paris, Lóndres, Cremorne y baños de Alemania. Los inteligentes han hecho, sin embargo, justicia á su mérito, y de él conservarán siempre una grata memoria.

Pocas noticias podemos anticipar sobre el estado en que se encuentra la formacion de la compañía del Teatro Real. Conocidas son de todos las grandes dificultades con que en estos negocios se tropieza, y acaso desconfiariamos del buen resultado de la empresa, si no conociéramos la perseverancia de carácter que distingue al simpático sucesor de Mr. Bagier, y sus conocimientos especiales en el asunto. Por de pronto es seguro el ajuste de Mario y de Tamberlik, y muy probable el de la señora Titiens, á pesar de haberse dejado pedir por cada noche de trabajo la exorbitante suma de 15.000 reales.

Tambien podemos asegurar que una de las primeras obras que se pondrán en escena será *La Africana*, último destello del génio colosal de Meyerbeer, cuyas proporciones y aparato han llenado de asombro recientemente á los poco entusiastas hijos de Albion.

Todos los indicios hacen creer que la temporada teatral que se prepara será fecunda para el arte. La Zarzuela hace gran acopio de originales, y lo mismo el Príncipe, que en una comunicacion recientemente dirigida á los autores, ofrece á estos todo género de seguridades y de simpatías. En cuanto al Circo, conocida la actividad del señor Catalina, fácil es comprender que no se dormirá en las pajas, aun suponiendo que al hacerlo así creyera dormirse sobre sus laureles.

Mucho nos hemos detenido en la cuestion de teatros, pero la verdad es que fuera de esto apenas si las gentes se ocupan de nada en Madrid. Con todo, yo espero que pronto se ocuparán de una cosa que no podrá menos de serles interesante, puesto que es útil.

Aludimos al invento de cuyo privilegio es poseedor el baron Baillot, y cuyas pruebas hemos presenciado dias atrás, por el cual se obtiene una luz superior en mucho á la del gas ordinario, con menos complicacion en sus aparatos, y lo que es mejor que todo esto, con una inmensa economía en el precio.

El sistema, sencillo en demasía, da por resultado una claridad diez veces mayor que la de una bujia regular, y puede usarse en aparatos fijos ó portátiles, sin que en ninguno de los dos casos produzca olor ninguno, ni sea ocasionado á peligro de ningun género. Es en fin, como elocuentemente nos dijo el señor Baron, la luz del pobre, despojada del tufo que le marea, de la torcida que le irrita, de la indecision que fatiga sus ojos, sin compensarle siquiera con la economía los disgustos de la velada.

Deseamos que los que lo duden traten de convencerse por sí mismos, seguros de que al verlo, sino esclaman recordando los primeros dias de la creacion: y la *luz fué hecha*, dirán por lo menos como nosotros, que con el descubrimiento de este gas la luz fué contrahecha.

¿Quieren ustedes mas novedades todavia? Yo se las ofrezco para cuando con una luz de estas en la mano pueda ver claro muchas cosas que hoy veo muy turbias; muchos rostros que no sé si me sonrien ó me amenazan, temiendo acaso que yo piense cubrirlos de rubor; muchos misterios que con la claridad dejarán de serlo, y muchos rincones de los que hoy no me atrevo á sacar nada, por miedo de confundir el retrato con la aleluya, y el dije del capitalista con el cascabel del polichinela.

Proporcionenme ustedes esa luz, y yo les prometo para lo sucesivo revistas muy brillantes, quizá mas brillantes que la que las escuadras francesas deben pasar muy pronto en Cherburgo, y las que no hace mucho pasaba á los ejércitos nacionales un general de cuyo nombre no quiero acordarme, advirtiendo que el nombre es lo que menos me disgusta de él.

M. DEL PALACIO.

LA HISTORIA.

I.

De cuantas ciencias abraza el saber humano, ninguna hay ciertamente que se armonice más con la naturaleza del siglo XIX, que LA HISTORIA.

Hoy que, al paso que la humanidad va adelantando en sus vías de progreso, se siente con más fuerza la necesidad del bien, de lo bello, de lo útil, de lo exacto, de lo verdadero, es más que nunca conveniente, y hasta necesario, el gran estudio de la historia.

Eslabones invisibles de esa gran cadena que se llama *humanidad*, y que tiene un principio conocido, pero que se desconoce por completo el fin, y unidos á la otra cadena no menos estensa que se llama *tiempo*, deseamos siempre conocer qué fuerza nos liga al eslabon anterior, y de qué modo estaba unido aquel al que le precedia, recorriendo eslabon por eslabon hasta llegar al orígen, y recogiendo en esa marcha cuantos conocimientos, hechos y observaciones nos puedan ser útiles á la satisfaccion de las necesidades que sentimos en esta vida breve, fugaz y transitoria.

Dominados por el instinto del placer, y cegados por el que nos proporciona la realizacion satisfactoria de una empresa, buscamos con afan cuantas noticias y datos puedan tener conexion, siquier lejana, con el objeto que nos proponemos, y en este caso, nadie mejor que la historia puede decirlo.

Los hechos, es verdad, no se presentan dos veces con las mismas circunstancias; pero una série de acontecimientos semejantes en el fondo ó en alguna de sus partes, proporcionan una luz, un cálculo, una reflexion, que indica por fin una lógica para el asunto de que se trata.

La esperiencia es el fruto del estudio, bien sea teórico ó práctico.

La esperiencia es necesaria en la vida del hombre para el acierto en sus cálculos, en sus acciones, ó en sus empresas.

El anciano va al fin que se propone con paso más firme, más seguro, que el jóven que no conoce aun el mundo, que no tiene esperiencia, y no conoce por lo tanto las ventajas que ha de encontrar en un punto y las contrariedades en otro.

El anciano, sin embargo, solo cuenta, por ejemplo, ochenta años de edad, y no puede tener de esperiencia más que setenta, ó acaso sesenta.

Y si con sesenta años nos ofrece tantas ventajas, ¿qué no ofrecerá la historia en su vejez y su inmensidad?

Pero aun hay más.

La vida del hombre es demasiado corta para que la esperiencia por sí sola le sirva de guia, y aun si fuera aquella suficiente en un individuo, no lo será nunca, no lo puede ser, respecto á la vida de un pueblo, á su organizacion, á su adelanto, á su progreso, que ha de estar basado en las lecciones del pasado para prevenir y disponer el porvenir.

Porque la historia no se reduce ni debe reducirse puramente á la descripcion de los hechos: debe raciocinar sobre ellos, discutirlos, compararlos y enseñar al que la estudia á seguir en sus comparaciones.

La historia no se debe tampoco concretar, ni se concreta, al relato de acontecimientos generales y de gran trascendencia aparente para los pueblos: un descubrimiento en el terreno de las ciencias, una adquisicion en los inventos útiles, un nombre del autor de una obra clásica ó de utilidad general, el inventor de un aparato mecánico ó industrial, es tan digno de conservarse en la historia como los hechos del gran Napoleon, las crueldades de Neron, las luchas de César contra la ciega obstinacion de su pueblo, la insaciable ambicion de Roma y su ruina, las crueldades ó *justicias* de Pedro I de Castilla, las bondades de Isabel I, al par que su dureza para con la desgraciada morisma, la supersticion fanática de Cárlos II y su punible debilidad y negligencia, la dureza de Felipe II, y por fin la ingratitud de Fernando VII para con un pueblo que se sacrificó por defender el trono y su independencia.

La historia nos hace conocer los acontecimientos y los hombres más importantes del mundo.

Nos enseña á Sagunto y Numancia que, víctimas de su amor pátrio y su independencia, prefieren morir á ser vencidos, y destruyen la ciudad, hacen hogueras, y despues de arrojar á ellas sus tesoros y riquezas, arrojan á sus hijos y se arrojan ellos mismos, prefiriendo la muerte á la infamia.

Nos hace conocer á hombres como Lucio Scévola, que, dotado de un carácter enérgico, no se perdona el haber errado el golpe que dirigia al tirano de su nacion, y consume en un brasero su mano derecha en castigo de aquel para él imperdonable desacierto.

A Tito Manlio Torcuato, cónsul de Roma, que habiendo prohibido bajo pena de muerte que ningun soldado peleara fuera de sus filas, hace decapitar á su hijo por haber faltado á su órden dando muerte en desafio al jefe de las fuerzas enemigas.

Al sacrílego é impío Cambises, que, despues de avasallar el Egipto cometiendo toda clase de tropelías, pregunta á su favorito qué opinan de él, y porque este tiene la indiscrecion de decirle que creen que gobernaria mejor si no bebiera tanto, toma algunas copas de diferentes licores, manda presentar en seguida al hijo de aquel y le clava en el corazon una saeta para probar á su desesperado padre que no le tiembla el pulso despues de beber.

A Guzman el Bueno, que, gobernador de Tarifa, antes que perder la plaza que se le ha confiado, prefiere arrojar al enemigo desde su muralla el puñal que ha de dar la muerte á su propio hijo.

A D. Pedro IV de Aragon, II de Valencia, que, en su insaciable sed de venganza y crueldad en que han abundado tanto los tiempos remotos, rompe los fueros de Valencia hiriéndose él mismo con el puñal, y para destruir el famoso privilegio de *la Union* por el que estaba sujeto á la voluntad del pueblo y no éste á la de él como queria y han querido siempre todos los reyes, hace fundir la campana que llevaba el nombre del privilegio y á cuyo sonido se reunian los asociados, y da á catorce de estos, en la plaza de Valencia, una cucharada de aquel metal derretido.

A Cárlos II, que, dominado enteramente por la supersticion y los consejos clericales que siempre han tendido á conservar la ignorancia y el consiguiente fanatismo que tanto les convenia, deja á beneficio de aquellos el gobierno de la nacion, fomentando y elevando por este medio el célebre y cruel *tribunal*, vergüenza y azote de la humanidad, y sacrílego ludibrio de la doctrina y voluntad del Divino Redentor.

A Felipe II, que, bajo la apariencia de la justicia y la religiosidad, al par que lega á la posteridad el monumento mas grandioso del mundo en el suntuoso monasterio del Escorial, sujeta á su propio hijo á la inquisicion por celos, dando orígen á sospechar las causas de su prematura muerte, y pone en el programa de las funciones públicas en las grandes solemnidades los *autos de fé*, en que ni mas ni menos que si fuera una corrida de toros, un torneo ó una lucha en las cucañas, quema para diversion cínica y vergonzosa, centenares de hombres que no tienen más delito que el no pensar como él en ciertos asuntos, y que con sus cenizas dicen al mundo que el autor de tal crueldad, en vez de justo es mal padre, mal esposo, mal rey y mal cristiano.

A Alfonso VI, rey de Leon, que, no creyéndose á propósito para gobernar, abdica en 924 en favor de su hermano Ramiro, toma el hábito religioso en el monasterio de Sahagun, y, arrepentido luego, intenta recobrar el poder, que su hermano impide, haciéndole prisionero en Leon, y mandándole inhumanamente arrancar los ojos.

A Alfonso X, el Sábio, clara lumbrera de España, honra y prez de los monarcas, que, al par que su hijo Sancho le abrumaba con los pesares que producen sus desobediencias y rebeliones, no ceja en el estudio, arregla la moneda, redacta los códigos conocidos por *Fuero real*, y las *Partidas* ó *Leyes de Partida*, en vigor hoy todavía, y escribe, sin descuidar por ello el buen gobierno de la nacion, otras varias composiciones, como son las *Cántigas y querellas*, el *Libro del Tesoro*, obra no descifrada, y las *Tablas astronómicas* llamadas Alfonsinas.

A Alfonso XI, que empleó la artillería por primera vez en el sitio de Algeciras, y al acometer á Gibraltar, en 1350, en su sitio, muere de la peste, y los moros suspenden las hostilidades, y le hacen los mismos honores que los cristianos.

A Cárlos III, que, con su sabiduría y su tacto engrandece España, y la eleva á una altura envidiable en riqueza y poder, de la que le obliga á descender despues, arruinándola y haciéndola perder su prestigio, su indigno sucesor de Cárlos IV.

A Luis XVI, que, víctima de las arbitrariedades de su antecesor, y del desórden que aquel habia introducido, y que éste queria arreglar en beneficio de su querido país, sube al patíbulo como el último de los criminales, al que siguió su infeliz esposa, dejando luego á la Francia un terrible peso, y una triste memoria de aquella bárbara medida.

A Cárlos I de Inglaterra, que, no menos desgraciado que Luis XVI, sufrió igual suerte.....

Pero, ¿á dónde vamos á parar?

Cuanto ha sucedido en el mundo, cuanto pueda haber tenido ó pueda tener interés ó aplicacion inmediata ó lejana, todo lo registra la historia.

Sin ella nos serviríamos de la imprenta, inmensa palanca de la civilizacion, sin conocer que se debe tan notable y trascendental invento, al talento del insigne Guttemberg.

Veríamos elevarse por los aires los globos, dando orígen á que otros estudien con constante afan el modo de hacerles útiles, dándoles la tan deseada direccion de que hoy carecen, y no sabríamos que el papelero Montgolfier fué el primero que los hizo subir, basado en una conocida ley de física, pero con asombro, sin embargo, de todos los académicos.

Conoceríamos ese mundo de allende el Océano, le visitaríamos, nos proveeríamos de sus manufacturas, artículos y riquezas, y no sabríamos que el escelente marino genovés el *Loco*, como le apellidaban en aquella época, el protegido por la gran Isabel I, Colon, en fin, habia sido quien habia sacado del fondo de los mares, con una constancia admirable, un talento estraordinario y una audacia sin límites, aquel *Nuevo Mundo*, que hacia que en España no se pusiera nunca el sol.

Nos serviríamos de los principios y teorías de Euclides, Arquímedes, Newton y Pitágoras, y no conoceríamos á sus autores.

Leeríamos la *Divina Comedia*, la célebre *Iliada*, la *Eneida*, las epístolas y poética latina, los epigramas y discursos forenses del mismo idioma, y no sabríamos que habian existido Dante, Homero, Virgilio, Horacio, Cátulo, Ciceron y Esopo.

No se crea, empero, que la historia ha tenido siempre el mismo carácter, ni las mismas tendencias. Cada pensador le ha señalado un objeto y un fin, y estos diferentes pareceres será el objeto de nuestro artículo segundo.

E. DOMENECH.

EN FRENTE DE UN RETRATO MIO

PINTADO POR EL EMINENTE ARTISTA F. SANS.

¡Sí, te conozco! Tú eres
El que siempre fué mi amigo,
Cómplice de mis placeres,
De mis lágrimas testigo,
Y mártir de mis deberes.

Tú fuiste el que en ánsia loca,
Cegado por no sé qué,
De amor labraste la roca,
Cuya cumbre al cielo toca,
Y por eso no se ve.

Tú, de un sueño en otro sueño,
Dicha, fortuna, esperanza
Buscaste con vano empeño;
Y á cada instante que avanza,
Me pareces más pequeño.

¡Mucho me hiciste rabiar!
Mas nunca llegué á olvidarte;
Y hoy, que te logro mirar,
La vida quisiera darte
Para poderte besar.

Algo cambiado te veo;
Mas tanto tu bien deseo,
Que al derecho ó al revés,
De cualquier modo que estés,
Nunca me pareces feo.

Nadie como yo te amó;
Y diera mi vida entera,
Y el alma que la animó,
Si hallara quien te quisiera
La cuarta parte que yo.

Tampoco, como otras veces,
Muy alegre me pareces;
Mas paso tu ceño adusto,
Que si alguna vez padeces,
De fijo que es por tu gusto.

Consuélate, dueño mio,
Y por nada tengas pena:
Usa tu libre albedrío;
Y si sientes gana, cena;
Y arrópate, si hace frio.

Espejo en que á todas horas
Puedo mirarme con calma;
Imágen que nunca lloras,
Pues hasta el murmullo ignoras
De las borrascas del alma:

Tú, cuyos vivos colores,
A pesar de ser postizos,
Tendrán siempre admiradores...
Déjame peinar tus rizos,
A falta de otros mejores.

Y deja que al verte así
Diga, al recordar con duelo
Lo que soy y lo que fuí;
—¡Ay! ¿Por qué no me hizo el cielo
Insensible como á tí!

M. DEL PALACIO.

LOS MONOS.

I.

La palabra *monos* tiene muchas acepciones.

Los *monos*, por regla general, son unos animales.

En su sentido más lato, comprenden toda la humanidad.

En su acepcion más reducida, significan un afecto del alma.

Estar de *monos*, es ni más ni ménos que encontrarse en un estado de ánimo especial.

Porque para estar de *monos* se necesita estar enamorado ó creer que se está, que viene á ser lo mismo.

Los *monos* tienen sus ventajas y sus inconvenientes.

Una reconciliacion despues de unos *monos*, es un acontecimiento.

Y es un acontecimiento agradable.

Porque hace desaparecer la monotonía del amor.

El amor es monotono.

Y llega un momento en que se agota.

Los que empiezan á amarse, principian por jurarse amor eterno.

Luego aseguran que prefieren la muerte á la separacion.

Despues ya piensan en casarse.

(Ya principia la prosa.)

Luego calculan con qué comerán despues de estar casados.

Y aunque no se hacen tantas ilusiones como al jurarse amor eterno, se hacen algunas.

Despues fijan los nombres que han de tener sus niños, la calle en que han de vivir y otras frioleras.

En seguida están dos meses jurándose cariño.

Despues de esto ya principian los *monos*, como recurso.

No saben qué decirse, v. g.:

Ella. —Ya te he dicho que no me gusta esa corbata; parece que te la pones de propósito.

El.—¡qué más dá! No te ocupes de tonterías.

Ella.—(Con vivacidad.) Conque soy una tonta, he...

El. —No; pero.....

Ella. —Basta, basta, basta.

El.—Bueno, bueno, bueno.

Ella y *El.* (Volviéndose la espalda.)—*Fu*, *fu*, *fu*. *(Momento de calma.)*

Ella.— Todo acabó entre nosotros, es Vd. un mónstruo.

El.—Como Vd. quiera.

Entran los *monos* en el período de su desarrollo.

Pasa un cuarto de hora de silencio.

Se miran de reojo y se sonrien.

Sin embargo, se vuelven otra vez la espalda diciendo para sus adentros:

No, pues yo no cedo.

Pasa otro cuarto de hora.

Vuelven á mirarse y ya se hablan.



MILAN Á VISTA



A DE PAJARO.

Se hablan y vuelven á jurarse amor eterno.
Y pasan quince dias y vuelven á disputar por si ella lleva ó no un vestido demasiado llamativo.

II.

Los *monos* tienen diferentes tamaños.
Los hay de puro grandes, que son *orangutanes*.
Los hay de puro chicos, que casi no son monos.
Los micos siempre están de *manos*.
Las monas nada tienen que ver en esta cuestion.
Porque cuando dos amantes se embriagan, es de placer.
Y las monas de placer, no se disipan durmiéndolas.
Al contrario, hay que despertarlas.
El placer es un sueño.
Y el sueño del placer dura muy poco.
Si durase mucho, el despertar sería horrible.
¿Quién no se ha soñado, por lo menos una vez en su vida?
¿Quién no ha creido hallar toda la felicidad en una mujer?
Y sin embargo, ¿cuándo el primer amor, que es el más rico en ilusiones, ha sido el único?
Nunca.
¿Quién se ha unido con la primera mujer que ha amado?
Muy pocos.
Triste verdad que el alma tiene que confesar con pena.
Somos volubles.
Obedecemos al principio eterno que preside á la humanidad.
La variedad dentro de la unidad.
Amamos á la mujer, representada en diferentes mujeres.
Aspiramos á la eternidad, y la eternidad huye de nuestra vista.
Siempre el hombre va tras un fantasma, que no alcanza jamás.
Y el honbre, sin embargo, no se desespera.
Siempre hay consuelo para él.

. . . .

Pero me desvío del objeto de mi artículo, si es que mi artículo tenia algun objeto.
No sé por qué empecé á escribir casi riendo, y acabo casi llorando.
Si lo sé, estoy de *monos*.

ENTRE LAS ESPIRALES DE MI CIGARRO.

RECUERDOS Y ESPERANZAS.

No sé que tiene el alma humana que nunca vive del presente.
El pasado y el porvenir, hé aquí su atmósfera habitual.
¡Qué sería del hombre sin esperanzas!
¡Qué sería del hombre sin recuerdos!
¡Nada!
La dicha sería una mentira.
¡Qué falaz es la dicha!
Nunca la constituye la realidad; ó un recuerdo ó una esperanza, tal es el placer.
Y es que la felicidad, como todos los sentimientos, para que lo sean, tienen que ser vagos.
El placer circunscrito, no es placer.
Encerrad el alma dentro de la realidad, decidla de esto gozarás, este es tu horizonte y la habreis matado.
El alma necesita más espacio, necesita *crearse* ilusiones y *creerse* que no lo son.
Matad las ilusiones de los primeros años, haced viejo á un jóven, y lo habreis hecho desgraciado.
Bien ha dicho García Gutierrez:

> «Mal haya la experiencia,
> que moderando la expansion del alma,
> puede hacernos dudar de la inocencia.»

Jamás he podido comprender lo que se proponen algunos hombres, que han dado en llamarse pensadores, y que quieren medir por un nivel todas las edades.
Dad á un jóven la experiencia de un viejo, dad á un viejo las pasiones de un jóven, y habreis hecho dos séres inútiles.
«Si juventud supiese, si vejez pudiese...»
Bien ha hecho el autor de este refran en terminarle con puntos suspensivos: tal vez si hubiese acabado de expresar su pensamiento ó se hubiera contradicho ó hubiera dicho una herejía.
Porque desgraciadamente la experiencia, el desengaño y la desesperacion, vienen juntas.
Dad experiencia á los corazones de veinte años y los habreis hecho malos.
Ya que el mundo es tan negro, dejadnos al menos que lo veamos de color de rosa.

II.

Los filósofos han sido siempre unos desgraciados; porque jamás han poseido una ilusion.
Verdad es que en buenos principios de razon, todas las ilusiones son tontas.
Todo lo que sea decir lo que se siente, reirse cuando se tiene gana ó hacer lo que á uno le parece, es, entre nosotros, lo que se llama hacer el tonto.
No hay nada más perjudicial, que pensar en voz alta.
Y hay una época en la vida en que todos lo hacemos.
Empeñarse en borrar esta faz de la vida del hombre, sería un absurdo.
Y sin embargo, hay otra edad que se empeña en borrarla.
Respetémosles, ya que ellos no quieren respetarnos.
Se necesita estar ciego para conocer, de una manera terminante, que el hombre, lo mismo en el mundo físico que en el mundo moral, está sujeto á leyes de las que no puede prescindir.
En los primeros años, todos tenemos ilusiones; más tarde todos las perdemos; de viejos todos somos egoistas.
Y no es esto lo triste; lo horroroso que hay en esta cuestion es, que los viejos no se acuerdan de que han sido jóvenes, ni los jóvenes de que han de ser viejos.
Para los primeros, sus *tiempos* han sido los mejores; en sus *tiempos* la juventud era otra cosa.
Para los segundos, los tiempos de los primeros son casi mitológicos.
Sin embargo, yo no sé que tiene la juventud, que el hombre la ama siempre.
Cuando la nieve de las canas y el hielo de los desengaños han petrificado el corazon por dentro y han blanqueado la cabeza por fuera, el hombre se acuerda siempre con placer de sus *tiempos*, de esos tiempos que son su vida, su amor, sus ilusiones, (esas estúpidas ilusiones que hoy tanto desprecia) sus recuerdos en fin.
Quitad á los viejos sus recuerdos, á los jóvenes las esperanzas, fundid los desengaños de los unos con las ilusiones de los otros, y habreis producido una humanidad ridícula.
No lo dudeis; *recuerdos y esperanzas:* hé aquí la vida.

J. V. T.

¡MAL HAYA!...

ROMANCE MORISCO.

—Mal haya tu dulce boca,
Mal hayan tus ojos negros,
Que miente la una ternezas
Y mienten los otros fuego.
Mal hayan las trenzas suaves
De tus sedosos cabellos,
De mis esperanzas redes,
Dogales de mi sosiego.
Mal hayan las pulsaciones
De tu mentiroso pecho,
Que es de nieve por de fuera
Y es de mármol por de dentro.
Mal haya tu voz, sultana,
Que despierta mis deseos
Con dulzuras de sirena,
Para matarlos despiertos.
Mal haya amen la fragancia
De tu purísimo aliento,
Que entre perfumes de rosas
Lleva impregnado el veneno.
Mal haya tu llanto, ingrata,
Y mal hayan tus lamentos,
Que con ellos me enamoras
Y me atormentas con ellos.
Mal haya, huri de mi vida,
Mal haya tu talle esbelto,
Que es palma que no dá sombra
Al que atraviesa el desierto.
Mal haya amen la sonrisa
Con que desnublas tu ceño,
Que dá luz al mundo todo
Y á mí no más vuelve ciego.
Mal haya, en fin, mi constancia,
Mal haya el instante fiero
En que te vieron mis ojos
Y tus maldades no vieron.—
Esto cantó un triste moro
A las rejas de su dueño,
Sin advertir que en los aires
Perdíanse sus acentos.
Zoraida que lo escuchaba
Tendida en el blanco lecho,
—¡Mal hayan, dijo entre dientes,
Mal hayan amores necios,
Y mal haya el importuno
Que viene á turbar mi sueño!

VALENTINO.

LOS DESOLLINADORES.

El grabado que ofrecemos hoy á nuestros suscritores en la última página, es una copia exacta de la fiesta que celebran todos los años en Lóndres y el 1.° de mayo, esa desdichada clase de la sociedad, que se llaman desollinadores (*limpia-chimeneas*), fiesta que se verifica en la interminable calle que costea el Támesis, y que se titula *Straud*.
Esta fiesta fué instituida por la famosa lady Mary Wortley Montague, esposa del embajador de Inglaterra en Constantinopla, y de resultas de un suceso raro que hizo época en su familia.
Eduardo, su hijo mayor, arrastrado, á la edad de siete años, por su carácter vagamundo, se escapó del colegio de Weisminster, y encontrándose bien pronto sin recursos, se dedicó al oficio de desollinador.
¿Qué quereis? esa sin duda era su vocacion. Esto sucedia en 1714. La máquina para limpiar las chimeneas no habia sido aun inventada, y el jóven lord fugitivo tenia tanto que hacer en la nueva profesion á quo se habia dedicado, que los recuerdos de la casa paterna se olvidaron completamente de su imaginacion.
Un dia, las chimeneas del castillo de lord Twickenham, donde habitaba entonces lady Montague, necesitaron limpiarse. Eduardo se encontraba en el número de los *desollinadores* que fueron llamados para verificar la limpieza: y aquellos sitios le fueron conocidos, y su corazon se llenó de gozo, ni más ni menos que el de Julio de Avenel.
Interrogó á los criados; estos á su vez le interrogaron tambien, y avisada lady Montague de lo que ocurría, no tardó en correr á estrechar en sus brazos al hijo pródigo, que volvia á la casa paterna, arrastrado, no por su voluntad, sino por la casualidad.
En conmemoracion de este suceso, casi milagroso, lady Montague hizo preparar un magnífico banquete, que fué ofrecido á los desollinadores, compañeros de su hijo; y siendo precisamente el 1.° de mayo, instituyó esta fiesta, que la familia costea todos los años, porque así lo dejó espresamente consignado y mandado en su testamento la ilustre dama.
El célebre escritor Alberto Smith, ha descrito con el especial talento que le es peculiar, todos los pormenores de esta fiesta original y graciosísima, en una novela titulada en inglés *Tit for tat*.
El héroe de la novela, es un noble heredero que arrebatan á su padre ciertos vengativos cazadores. Despues de una penosa odisea, encuentra al fin á sus parientes, exactamente como Eduardo Wortley, el hijo de lady Montague.—B.

HISTORIA DE LA VID.

(Continuacion.)

III.

Siempre la humanidad agradecida ha querido significar su eterno reconocimiento, conservando en su memoria, y con indelebles caractéres, los sucesos más importantes de sus antepasados. Esta natural inclinacion guiaba instintivamente á poner nombres, en cuyo significado resaltara, como en relieve, aquello que fuese más digno de su grata memoria. Algunos ejemplos servirán de comprobacion á nuestros asertos: *Abrahm*, mudado en *Abraham*, *padre de un pueblo numeroso; Isaac, risa; Jacob, suplantador; Israel, el que prevaleció luchando con el ángel del Señor; Esaú, velludo; Edom, rojo; Moisés, salvado de las aguas;* y un sinnúmero de nombres que pudiéramos citar, ¿qué significan? ¿Qué nos dicen aquellos altares, estátuas y

otros monumentos sosprendentes, sobradamente significativos con que supieron honrar á sus semejantes? ¿Qué nos recuerdan los famosísimos nombres de Pentápolis, Betel y tantos otros que repite con frecuencia la posteridad? ¿Qué nos prueban esos monumentos levantados en honor de tal ó cual personaje? ¿Qué manifiestan, en fin, algunas de esas prácticas absurdas, conservadas todavía, en menoscabo de nuestra religion? (1) Hé aquí pues, el orígen de las bacanales ó fiestas del vino, que no tuvieron otro objeto, en su principio, que perpetuar el nombre de un individuo ilustre, acreedor, por muchos títulos, al más alto aprecio y reconocimiento. En el tiempo en que Abraham, Isaac y Jacob habitaron la tierra de Canaam, dice un ilustre escritor, habian erigido por doquiera monumentos de las cosas que les sucedieron. Mostrábanse todavía allí los lugares en que habian habitado; los pozos que en aquellos paises secos habian abierto para beber su familia y sus ganados; los montes en que habian sacrificado á Dios, y en que se les habia aparecido; las piedras que habian levantado ó amontonado, para que sirviesen de recuerdo á la posterioridad; los sepulcros en que sus cenizas benditas reposaban. Así, cuando el pueblo hebreo entró en la tierra prometida, no habia allí cosa que no celebrase á sus antepasados; no habia ciudad, no habia monte, no habia piedra que no hablase de aquellos hombres maravillosos, y de aquellas pasmosas visiones con que les habia Dios confirmado en la antigua y verdadera creencia.

En los primeros tiempos hubo, en efecto, una particular aficion á erigir y conservar estos monumentos, reteniendo la posteridad cuidadosamente en su memoria, las causas por las que se habian hecho levantar. Este era, por otra parte, uno de los modos de escribir la historia: más adelante se labraron y pulieron las piedras; y las estátuas, despues de las columnas, sucedieron á las masas rústicas y sólidas que los primeros tiempos erigian. Guiados de este mismo natural deseo, los padres enseñaban á sus hijos cánticos que, cantándose en las fiestas y en las asambleas, contribuian tambien á perpetuar la memoria de las acciones más sobresalientes de los siglos pasados, de donde tuvo orígen la poesía.

IV.

Bien conocida es de todos la obstinacion que mostraron los hijos de Noé en estenderse, despues del diluvio, por toda la tierra. Prefirieron, en su loco orgullo, levantar la famosa torre de Babel, para librarse de otro castigo semejante, ó, segun otros, para que la fama publicara sus nombres hasta el último dia de la tierra. Sea cualquiera de estas dos ideas la que los guiase, formaron el propósito de edificar sus pueblos en las orillas del Eúfrates, á corta distancia, para no interrumpir sus relaciones y vivir eternamente unidos. Por esta causa quedó inculto y lleno de maleza lo restante del globo, dando lugar á que las fieras se multiplicaran prodigiosamente. Con tan peregrina determinacion sucedió lo que precisamente debia acontecer. Cuando las familias pretendian gozar de la tranquilidad de sus rústicos hogares, una nube de feroces bestias, saliendo de sus grutas y bosques, acometian á los habitantes, arruinando sus cosechas, y destrozando los trigos y el fruto de sus vides. En medio de tan terrible situacion apareció un hombre de indisputable valor y acreditado arrojo, que supo esponer su vida una y mil veces por librar á sus hermanos de las agonías de una muerte cierta y prematura. Nemrod, nieto de Cham, conocido en la Escritura por el gran cazador, se dedicó con ahinco á la caza de fieras, y, ayudado de otros varios y resueltos jóvenes, pudo librar á su país del sinnúmero de crueldades que aquellas ocasionaban. Eligiéronle sus compañeros por rey, como una muestra de su inmenso reconocimiento, y á su muerte instituyeron solemnes fiestas que perpetuasen en los siglos venideros la memoria de tan distinguido patricio. Estos regocijos se celebraban en campo raso, cantando sobre el sepulcro de Nemrod infinitas alabanzas, en union de las que dirigian al Supremo Creador. No satisfechos con esta pública y general manifestacion, reproducian aquellas famosas cazas á que debian la paz y la abundancia. Hé aquí las principales ceremonias que ejecutaban en el festin.

(1) Siendo niño fui testigo presencial de una de esas necias y estúpidas prácticas que tiene lugar en un pueblo importante de la provincia de Logroño, cuyo nombre callo por no echar sobre él una mancha de pública indignacion. Francamente, me horroricé, y creí que era un sueño el bárbaro espectáculo que presenciaba. En el dia de Viernes Santo, cuando la procesion recorre las principales calles del pueblo, varios de los labriegos, poseidos de un espíritu religioso mal entendido, y haciendo alarde de lo que bárbaramente profanan, acuden orgullosos á los centros más concurridos de la poblacion para ensayarse en tan sangrienta ceremonia. Postrados en el suelo, y murmurando una corta oracion que, de seguro, no comprenden, empiezan á descargar sobre sus desnudas espaldas fuertes y repetidos golpes con una madeja de cuerdas anudadas por uno de sus extremos. Luego que la sangre se halla agolpada á la piel, renuevan los golpes con una bolita de cera, erizada de vidrios punzantes. El efecto es terrible: la sangre salpica á todos lados, y el público, sobrecogido de terror, deja escapar dolorosos gritos, mezclados con mil imprecaciones del populacho. ¡Qué espectáculo tan feroz! La religion cristiana está toda entera en el fondo del corazon, más que en el exterior del hombre, y, al fijarme en este hecho aislado, pues pudiera citar otros mil, no puedo ménos de llamar la atencion de las autoridades, párrocos y profesores de instruccion primaria para que trabajen de consuno hasta conseguir extirpar de raiz estas ó semejantes prácticas, germen de muchos errores que mancillan y desdoran la divina religion del Crucificado.

Daban principio á los sacrificios, invocando el nombre de Dios, que era *Jaó, Jeové;* y en su mano ostentaban, como agradable recuerdo, aquella famosa pica ó thirso, adornada de flores y pámpanos, y rodeada de hojas de vid ó de yedra. Dispuestos á imitar las cacerías de su invicto jefe, y concluidas las primeras ceremonias, se dirigian á los montes y empezaba la algazara, acometiendo á cuantos animales salian al paso, descuartizándolos y manchando horriblemente sus rostros con la sangre que vertian las víctimas. En tanta estima tenian el simulacro, que eran apreciados por más valientes y más distinguidos en la caza aquellos que aparecian más bañados en sangre. Para imitar fielmente las cacerías de Nemrod, que algunas veces se dirigian á mostrar á sus convecinos la manera de recojer el trigo y el vino, llevaban con extraordinario aparato la *Zaranda*, que sirve para cribar ó limpiar el trigo, y *se distribuia vino á los asistentes;* de aquí el conocerse con el nombre de *fiestas del vino* ó *bacanales.*

Una práctica curiosísima, muy semejante á las *fiestas del vino*, se conserva todavía entre los árabes, y bien merece que hagamos de ella mencion, por la remota antigüedad á que se refiere.

A Ismael, hijo de Abraham y de su esclava Agar, es, segun el contesto de la Escritura, y la comun opinion del pueblo, á quien se remonta el orígen de esta belicosa nacion. Los nombres de sarracenos y agarenos que, segun nuestro pobre juicio, los deben á Sara, mujer legítima de Abraham, y á Agar, su esclava, son acaso un nuevo testimonio de esta verdad. Persuadidos los mahometanos de su primitiva procedencia, siguen hasta el dia perpetuando este notable acontecimiento, como lo prescribe su mismo legislador y padre de su fanática religion. Hacen, al efecto, su peregrinacion á la Meca, patria de Ismael, y allí representan la fuga de Agar al desierto, su inconsolable afliccion, y aun se revela en sus semblantes la inquietud que debió sentir la cariñosa Agar, hasta que el ángel la mostrara el pozo que debia apagar la sed devoradora de su querido Ismael. Durante estos momentos, puramente mímicos, reina un profundo silencio, cual si esperaran conmovidos la aurora que viene á disipar las tristes sombras de su abatido espíritu. Despues de un breve rato, como si fuesen heridos por un rayo de vivísima luz, aparece en sus semblantes la sonrisa de su corazon, y la pública alegría resuena entre la numerosa concurrencia. Esto significa que han hallado ya, como Agar, el objeto de todos sus afanes.

Estas breves narraciones, demuestran desde luego la sencillez de tales regocijos, por más que en tiempos posteriores se hayan desnaturalizado, principalmente las *fiestas del vino*, de las que se ha abusado, como sucede en todas las cosas.

El hombre, luchando continuamente contra el dominio de las pasiones, al fin cede algunas veces, y, en su vergonzoso vencimiento, acaba por dejarse arrastrar del extravío de su razon, para sumirse, por su culpa, en la más horrible de las situaciones. Pero no hagamos responsable al hombre de tamaños yerros; su misma naturaleza, despues del pecado de sus primitivos padres, le impele á cometer faltas de tanta magnitud; y si la obra primera del Hacedor Supremo apareciese sin detrimento, escusábamos de recriminar al sér humano con tanta severidad, digno por este motivo, cuanto es mayor su esfuerzo, de una recompensa infinita. A este propósito, ocúrresenos la siguiente pregunta: *¿el abuso que pueda hacerse del vino, será razon suficiente para suprimirlo?* Si fuéramos á seguir tan absurdo principio, echariamos por tierra todas las instituciones humanas, pues el exceso, aun en los alimentos más sanos, causa enfermedades.

La falsa opinion de aquellos pretendidos filósofos y legisladores, injustos acerca de la prohibicion del vino, no puede ser más ridícula y estravagante Imposible parece que haya habido hombres como Pantheo, Domiciano y Mahoma que, á impulsos de un ciego capricho, llevasen su tiranía hasta el punto de privar al pueblo del uso de esta bebida (1).

(1) Dícese que los monges árabes, por no profanar su ley, haciendo uso del vino, fueron los primeros que usaron el café, conocido únicamente en el reino de Yémen, en la Arabia, para libertarse de las fatigas del sueño en los oficios nocturnos. De esta bebida artificial, á que se opusieron en un principio algunos doctores turcos, por creerla de propiedades semejantes á las del vino, resolvió la duda el doctor Musti, declarando que no era de la cualidad del vino, y, admitida que fué su decision, se usó públicamente en Constantinopla, de donde fué importada á nuestro país.

V.

Dejamos consignado en otra lugar, que los descendientes de Noé, acaso por un temor disculpable, apenas podian separarse de la cuna donde las primitivas generaciones mecieron los primeros años de la infancia.

La comarca de Sennaar, país que limitaba, segun se cree, con los rios Tigris y Eúfrates, fué el primer paraje que ocuparon los hijos de Noé, y el que recibió las primicias de los conocimientos humanos, de cuanto se sabia en aquellos remotos tiempos. Aquí fué donde los de la raza de Sem, Cham y Jafet, que no conocian más que una sola pronunciacion y una sola lengua, se dijeron mútuamente:—«Ea, pues, hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego: edifiquemos una ciudad y una torre, cuya veleta se eleve hasta el cielo, y adquiramos así gran nombradía, antes que nos veamos dispersos por toda la tierra.» Y los hijos de Adan, sin prever el castigo que les reservaba el Omnipotente, y sin fijar su atencion en el inmenso agravio que le hacian, al pretender burlarse, en su loco desvarío, del Supremo Creador, recibieron pronto el premio de su criminal comportamiento.—«Confundamos su lengua, dijo el Señor, de manera que no se entiendan entre ellos;»—y el Eterno, con esta débil muestra de su Omnipotencia, los obligó por este medio á interrumpir para siempre su presuntuosa obra, y á que se dispersaran por toda la tierra, formando otras tantas razas que reconocian por jefes á los tres hijos de Noé.

D. FERNANDEZ ARREA.

(Se concluirá.)

MILAN.

Milan es una de las más hermosas ciudades del reino Lombardo-Veneto, del cual forma la parte occidental. Desde el tratado de Villafranca pertenece al reino de Italia, y constituye una parte de los estados del rey Victor Manuel. Los Alpes y el lago Lugano lo limitan en parte al Norte, por el lado de la Suiza: al Oeste el lago mayor y el Tesino lo separan de los estados sardos; el Po lo limita al Sudoeste, y el ducado de Parma hácia el de Módena.

Este gobierno tiene 28 leguas de Este á Oeste, casi otro tanto de Norte á Sur y se divide en nueve provincias.

La capital del gobierno de su nombre, cuyo grabado ofrecemos hoy en las páginas 172 y 173, contiene 150.000 habitantes; posee magníficos edificios y notables monumentos, hermosas y regulares calles, preciosos jardines y palacios, y sus alrededores son de una belleza estraordinaria. Su cielo es puro y despejado, y el carácter de sus moradores en estremo dulce y complaciente. Posee un magnífico Museo, el soberbio palacio de los antiguos gobernadores, y entre otros de tercer órden, el renombrado teatro de la *Scala*, que es de los mejores y de mayores dimensiones de Europa.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Próximo á terminarse el primer semestre de publicacion de EL PERIÓDICO ILUSTRADO, y siendo tan numerosos los pedidos que recibimos de provincias, que nos hemos visto en el caso de reimprimir algunos números, rogamos á nuestros suscritores no retarden las renovaciones de abono, con lo cual evitarán complicaciones á la Administracion, haciendo más fácil el servicio.

Los nuevos suscritores que lo sean por semestre lo menos, durante el mes de agosto, podrán obtener todos los números publicados anteriormente, por el módico precio de 10 rs., pudiendo de este modo formar á su tiempo, un magnífico album de las mejores láminas abiertas en el extranjero. Tanto á estos, como á los antiguos se regalará á la conclusion del tomo, una preciosa portada en color, hecha espresamente para el objeto.

No se servirá suscricion alguna, cuyo importe no se haya remitido anteriormente á la Administracion en sellos de Correos, ó en libranzas del giro mútuo.

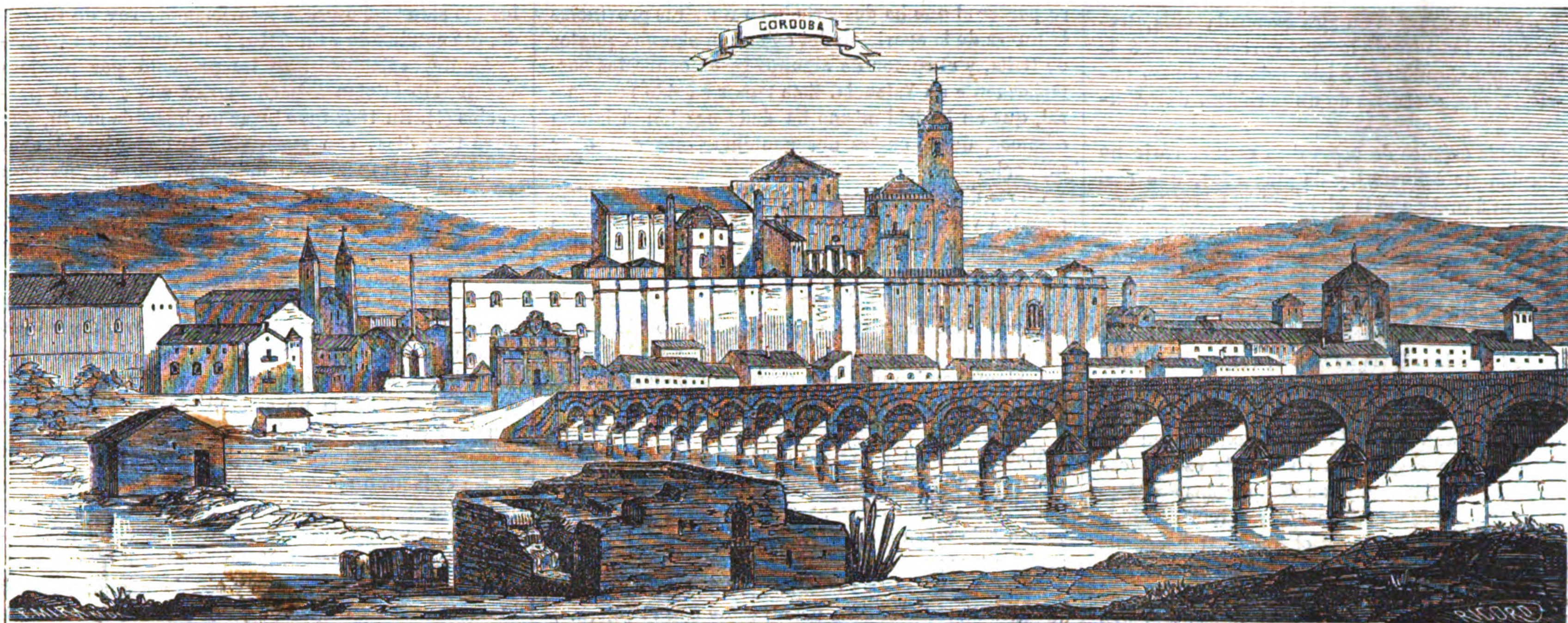
Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAM[illegible].

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



FIESTA DE LOS DESOLLINADORES DE LONDRES, EL DIA 1.° DE MAYO.

El Periódico ilustrado.



Número 23.
DEL 10 AL 17 DE AGOSTO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



SUMARIO.—*Revista de la semana*, por Palacio.—*Córdoba*, por Belza.—*La esperanza perdida*, por Muñoz y Ruiz.—*Timoteo Trimm*, por Belza.—*Historia de la Vid*, por Arrea.—*El trovador italiano.*—*Lluvia de oro*, por Blasco.—*Lord Bon-enfant.*—*Pesca de los camarones.*—*Inundacion de Scheffield.*—LÁMINAS: Córdoba.—Timoteo Trimm.—Improvisador italiano.—Lord Bon-enfant.—Pesca de camarones.—Inundacion de Scheffield.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 50 »	

THIMOTHÉE TRIMM

LÉO LESPÈS

Henry de Montaut

TIMOTEO TRIMM.

REVISTA DE LA SEMANA.

Si fieles á nuestra tarea de narradores de cuantos sucesos de bulto ocurren en esta coronada villa, trazáramos aquí el cuadro de los que corresponden á la anterior semana, nuestra revista, más que de un periódico ilustrado, pareceria de un periódico de tribunales.

En efecto; la crónica de estos dias es una série no interrumpida de crímenes y de atentados, que casi nos llevarian á creer que la civilizacion huye á marchas forzadas de este país, si no estuviéramos, por desgracia, convencidos de que todavía no ha tomado en él carta de naturaleza.

Solo así se concibe un olvido tan completo de las leyes de la justicia y la moral; un desarrollo tan vergonzoso de todas las malas pasiones, como este de que á cada instante tenemos tan dolorosos ejemplos. El suicidio y el asesinato son hoy nuestros espectáculos más comunes, y aun gracias cuando constituyen hechos aislados, y no se ejecutan en grande escala, como ha sucedido últimamente en dos pueblos de Albacete y Valencia, donde familias enteras han dirimido sus contiendas con el plomo y el hierro, recordando aquellos odios de raza que en la Edad media ensangrentaban las calles y los campos.

Aparte de estos acontecimientos, repetidos con una frecuencia que estremece, Madrid presenta el aspecto más tranquilo que nunca, y si no fuera por las oficinas y los periódicos, pareceria que todos estaban contentos con su suerte, y que el porvenir les importaba dos pepinos. Lo cierto es que las cuestiones mas sérias pasan aquí desapercibidas; que las eventualidades de la política ó de la fortuna apenas si turban el ánimo de cuatro madres de familia, y que sin duda para nosotros escribió el poeta latino aquello de *impavide ferient ruinæ*.

Esto será muy conveniente para la salud; pero da muy pobre idea de nuestra aptitud y nuestro amor á los progresos de la humanidad. Es en efecto bastante vergonzoso que mientras en los últimos rincones de Alemania se investiga el orígen de las revoluciones del globo; mientras en América estudian las mujeres medicina y derecho; mientras en todas partes el hombre esplota en su provecho el aire, el agua, la misma sustancia del rayo, cosas que nosotros consideramos como otras tantas calamidades, aquí no nos ocupemos más que de murmurar los unos de los otros, de provocar discusiones estériles, y cuando más, de iniciar un pensamiento útil para tener el gusto de inventar contra él las más absurdas trabas y las censuras más crueles. Distamos mucho todavía de tener aquel espíritu asimilador que llega á hacerse dueño de la materia, y que tan admirablemente ha descrito Lafontaine en estos cuatro versos:

«Le premier qui vit un chameau,
S'enfuit á cet objet nouveau;
Le second aprocha, le troisieme osa faire
Un lincou pour le dromadaire.»

Mientras no lleguemos á ese grado de perfeccion, podemos darnos por muy contentos con el embellecimiento de la capital; con el desahogo de los Campos Elíseos, donde la representacion de la ópera *Martha* ha dejado mucho que desear á los aficionados, y con ese sin número de proyectos que aquí se indican, y que pocas veces llegan á verse realizados, ora se llamen catedral de Madrid, ora Palacio de la Exposicion, ora teatro nacional.

Y eso que no es solo en los adelantos donde se encuentra el bien; hay retrocesos que tienen la fortuna de hacerse simpáticos, y que acaban imponiéndose á la multitud. Uno de ellos es el que se ha verificado últimamente en el salon del Prado.

Centro otro tiempo de la animacion y del deleite, espacio que llenaban de armonías los amantes y los tocadores de arpas, el Prado no era ya más que un inmenso desierto por el que solo cruzaba alguna que otra caravana de pollos, cuyo oasis era la fuente de las Cuatro Estaciones, en la que las niñeras hacen el papel de náyades. El amor y la galantería, con su inmenso séquito de calaveras, curiosos y bienaventurados, habia trasladado sus reales á los jardines de Recoletos, que con una historia de ayer y unos árboles de anteayer, pretendian nada menos que convertirse en el paraíso de la gente de buen tono. Afortunadamente todas las usurpaciones duran poco, y el Prado vuelve de dia en dia á reconquistar sus derechos, dando en cambio á sus apasionados comodidad y anchura, dos cosas que echaban hace tiempo de menos.

Acaso ha contribuido á este cambio el exagerado temor que muchas personas tienen á la humedad, y que se parece al que ha despertado en nuestras provincias la nueva de la aparicion del cólera en algunos puntos de Italia, y el rumor de algunos casos ocurridos posteriormente en Valencia. Este temor ha sido tan general, que en Madrid mismo ha dado ocasion á lances cómicos, de los cuales nos contentaremos con citar uno solo.

Cierto doctor muy conocido fué llamado hace dias para ir á ver una señora colérica. Entró, y preparóse á examinar á la enferma, que era, segun nuestros informes, seductora.

—¿Qué siente usted? preguntó el doctor, despues de haber acariciado entre las suyas una mano blanca como la nieve.

—Siento, amigo mio, una gran repugnancia de estómago, latidos en las sienes, y otros síntomas declarados del cólera.

Tomóla el doctor de nuevo el pulso, más por regocijo que por sistema; miró tambien su lengua, que más parecia una hoja de rosa, y convencido de que el mal estaba solo en su imaginacion, trató de disuadirla de semejantes aprensiones, esclamando:

—Señora, usted está completamente buena.

—Caballero, se engaña usted; estoy con el cólera.

—Perdon, señora; eso no pasa de un ligero acceso de melancolía ó de miedo.

—No, doctor, estoy convencida de la gravedad del ataque.

—Nervioso, cuando más; yo le aseguro que no tiene nada.

Y así porfiaron largo rato. De pronto el médico preguntó, mudando de conversacion.

—Señora, ¿toca usted el violin?

La dama, admirada de tan estraña salida, contestó negativamente, abriendo mucho sus hermosos ojos azules.

—¿Y la guitarra? ¿Toca usted la guitarra?

—Tampoco; pero ¿á qué viene eso, caballero?

—¿Y el piano? ¿Toca usted el piano, señora?

—No toco el piano, ni es eso lo que ahora importa; lo que le pido es que me recete, porque la tardanza en estas enfermedades...

—¿Y el arpa? ¿Tampoco toca usted el arpa?

—¿Se está usted burlando? ¡Qué imprudencia! Yo no toco instrumento ninguno.

—¡Ah! ¿No? Entonces reciba usted mi enhorabuena, porque el cólera, señora, solo le da al que toca.

Y esto diciendo, retiróse.

Inútil es añadir que los síntomas desaparecieron en seguida.

¡Así desaparecieran los que yo tengo de que la semana que viene será tan estéril como esta, y habrá que sudar el quilo para discurrir una mala revista!

M. DEL PALACIO.

CÓRDOBA.

En el centro de una estensa y bellísima llanura que toca por uno de sus estremos con los altivos montes de Sierra-Morena, y por el otro con el Guadalquivir, y entre bospues de naranjos y rosales se levanta la antiquísima ciudad de Córdoba, la espléndida córte de los califas de Oriente, la noble cuna de Marco Séneca y de Aneo Lucano, de Abderrahman y Avicena, de Averroes, Juan de Mena, Ambrosio Morales, Luis de Góngora, el conde de la Cabra, Alonso de Aguilar, y el difunto duque de Rivas, D. Angel Saavedra.

Emporio en un tiempo de las ciencias y de las artes, es la morisca ciudad, como dice un erudito escritor, «el magnífico mosáico donde han engastado brillantes piedras los períodos más poéticos de nuestra historia.»

El orígen de esta ciudad se eleva á tiempos muy remotos, habiendo sido testigo de altísimos hechos, particularmente desde el año 715, datando desde entonces la época de su mayor esplendor. Tomada la ciudad por el rey San Fernando, hizo su entrada en ella con gran pompa el dia 29 de julio de 1236. Quedó entonces despoblada Córdoba, y se repobló de cristianos, que acudieron á ella por su fertilidad y riqueza, á quien concedió el santo rey fuero especial el año de 1241. El año de 1400 sufrió Córdoba el azote de la peste, muriendo más de 8.000 personas. Enrique IV celebró en esta ciudad, con gran pompa y magnificencia, sus bodas con doña Juana de Portugal, y recibió una solemne embajada del rey de Francia. En 1473 tuvo lugar un levantamiento contra los judíos y cristianos nuevos, siendo espulsados los primeros. Habiendo sido hecho prisionero Boabdil, rey de Granada, fué conducido á Córdoba, y hallándose en Córdoba los Reyes Católicos, se les presentó por primera vez Cristóbal Colon á participarles sus grandes proyectos (1). En 1652 tuvo lugar un horrible motin, que duró tres dias, con motivo de la carestía del pan. En 1808, los franceses, mandados por Dupont, pasaron á cuchillo un gran número de habitantes.

Las armas de Córdoba consisten en un leon de gules en campo de plata, orlas de castillos y leones, y al timbre corona.

Las calles de Córdoba son en su mayor parte angostas y de mal piso; pero las casas, cuyo número asciende á 4.858, grandes y cómodas. La mejor plaza es la llamada la *Corredera*, empezada á construir en el siglo XVI, y que forma un cuadrilátero de 372 piés de longitud y 156 de latitud, con 59 soportales. El primero y más famoso monumento que en Córdoba existe es la gran mezquita, hoy Catedral, que conserva la misma forma que la dieran los árabes, y se alza en el solar que ocupó un templo de Jano y una iglesia goda dedicada á San Jorge. Es su planta un estenso rectángulo de 620 piés de largo y 440 de ancho; pero su elevacion no corresponde, pues solo asciende á 35. Por el esterior, más se asemeja á una fortaleza que á un edificio religioso, pues toda está rodeada de fuertes estribos, que parecen torreones ó cubos coronados de almenas. El número de puertas subian á 19; hoy solo tiene 13. El interior, compuesto de diez y nueve naves, sostenidas por más de mil columnas de diferentes jaspes, cincuenta y tres capillas, el coro y otros diez y nueve altares, forma el conjunto más sorprendente que puede darse.

La capilla mayor es magnífica, y tiene sesenta piés de largo y cuarenta de ancho, y ostenta la bella arquitectura plateresca, usada en tiempo de Cárlos V, en que comenzó á edificarse. El grande altar que hay en ella es tambien suntuosísimo, y está dedicado á Nuestra Señora de la Asuncion, que es la titular de la Catedral. El coro mantiene una magnífica *sillería* de caoba, con prolijos adornos y dos órganos de bastante mérito. Su pavimento es de mármol de Génova. En la capilla nominada de San Bartolomé está sepultado el renombrado poeta D. Luis de Góngora, y en la denominada del Cardenal, que sirve hoy de sacristía mayor, se ve el suntuoso túmulo de mármol del fundador, el cardenal obispo de Córdoba D. Fr. Pedro de Salazar. Hay otra capilla subterránea adornada con magníficos mármoles. Entre las alhajas de la Catedral, que se custodian en una pieza inmediata á la anterior capilla, merece particular mencion la famosa custodia de plata y pedrería que se usa en el Corpus, y que es de las más bellas y delicadas obras de su género. Su adorno pertenece al género gótico, y fué fabricada en el siglo XVI.

Seria necesario un estenso artículo, únicamente para enumerar todas las bellezas que contiene este magnífico monumento y que no podemos describir por falta de espacio.

Los demás edificios notables de la ciudad son el Palacio episcopal; la casa de Ayuntamiento; el Alcázar nuevo, obra de Alfonso XI, y hoy destinado á cárcel; el hospital del Cardenal, seminario conciliar; el hospicio (antes convento de Mercenarios), y el colegio de Santa Victoria. La plaza de toros, que es magnífica, pero el teatro mezquino. El monumento denominado *El Triunfo* es muy notable, y consiste en una hermosa columna de jaspe que se alza sobre un gran zócalo que sustenta una estátua dorada de San Rafael; la bella torre de la *Mano Muerta*, construida á principios del siglo XV, y que recibió este nombre por haberse labrado á costa de cierto caballero, en pena de haber muerto injustamente á su esposa. Los principales paseos son el del *Gran Capitan* y el del *Campo de la Victoria*.

Cuenta cuarenta y un mil novecientos setenta y seis habitantes, trece parroquias y nueve conventos de monjas, diez y seis que fueron de religiosas, veinticuatro ermitas, cuatro hospitales, un hospicio, una casa de espósitos y cuatro colegios. Antes era Córdoba capital de uno de los cuatro reinos de Andalucía, y hoy lo es de una provincia que lleva el mismo nombre y casi los mismos límites, y que se compone de cinco ciudades, sesenta y una villas, siete lugares y cincuen-

(1) *Recuerdos de un viaje.*

a y dos aldeas. La industria cordobesa consiste en fábricas de hilo, seda, jabon, papel y sombreros, granjería de ganado, particularmente caballar; adobo de aceitunas, y toda clase de artes y oficios, entre los que sobresalen el de platería, que cuenta ochenta y seis talleres. El comercio es tambien considerable, aunque no tanto como en la antigüedad. Celébranse ferias dos veces al año, que tienen gran nombradía.

Tal es la historia, en estracto, de la oriental ciudad que representa el dibujo con que encabezamos hoy nuestro número.—Belza.

LA ESPERANZA PERDIDA.

Balada.

—Espera, madre, espera,
Si en la noche callada
Algun triste cantar de ave agorera
Te obligó á despertar sobresaltada,
Inundando de lágrimas tus ojos,
Fué tan solo ilusion de tus sentidos;
Por las ondas mecidos
Mil buques llegarán presto, muy presto,
El alma me lo abona...
Laurel de gloria ostentará en sus sienes
El que su hogar dejó por ser soldado,
Y oirás de zona á zona
Su nombre con respeto pronunciado.
—Esperar, hija mia!
Es tan triste esperar dia tras dia
Años sin cuento en tanta desventura...
Mis ojos con angustia contemplaron
El horizonte azul, la noche oscura...
Mis ojos se secaron,
Pues esperanzas que á buscarle fueron
Convertidas en lágrimas tornaron.
—Madre, ven á la playa;
Mira cuál las barquillas pescadoras
Sobre las ondas juegan,
Y cuál felices á la orilla llegan;
De las aves canoras
Escucha la celeste melodía,
Del pescador la alegre cantinela,
Y el son de las campanas vibradoras
Que devuelve la paz al alma mia.
Un ángel por él vela,
Y en nuestro seno le verás gozoso,
Sus glorias olvidando,
Para volver á ser padre y esposo...
—¡Detente, Dios te ha oido!
¿No ves... esa barquilla?
Es tu padre... sí... sí... viene dormido
Con el sueño del justo que no pena...

Y al llegar presurosas á la orilla,
Por la emocion el alma hecha pedazos,
Las olas que jugaban con la arena
Un cadáver trajeron á sus brazos.

F. MUÑOZ Y RUIZ.

TIMOTEO TRIMM.

Timoteo Trimm, cuyo retrato ofrecemos hoy á nuestros lectores en la primera página, es uno de los periodistas humorísticos más populares en Francia, quizá el primero y más estimado de todos.

Se necesita efectivamente una organizacion particular y privilegiada para escribir diariamente y por espacio de muchos años, como á él le sucede, un artículo crítico lleno de gracia y espontaneidad, como lo son todos los suyos, y con los cuales indudablemente ha conseguido que la suscricion al *Petit journal* se eleve á una cifra que parece fabulosa; y lo más sorprendente en esta vivísima imaginacion, es que su vena jamás se agota, que su gracia no se debilita, que los cuadros que traza su chispeante pluma, nunca palidecen; y es tal su encanto, que todos los dias encuentra objetos nuevos con que entretener agradablemente al público.

Es hijo de un jefe de batallon en el primer imperio: tiene dos primos, jefe el uno en la Secretaría de los caminos de hierro del Este, y el otro, uno de los dos coroneles en servicio activo que recibieron hace un año la cruz de Comendador de la Legion de Honor, con motivo de las fiestas del Emperador.

Timoteo Trimm tambien ha servido en el ejército por espacio de siete años, disfrutando la distincion de ser Secretario de Mr. de Morny, en la época en que el ilustre duque, ya difunto, no era más que simple capitan de caballería, agregado al Estado Mayor del general Trézel.

Timoteo Trimm escribió su primer artículo, titulado *Un domingo en Lóndres*, que publicó la *Gaceta* de Cambray, dirigida entonces por el padre de Mr. Henry Berthoud, el que con tanta honra y con el seudónimo de *Sam*, escribe los mejores y más concienzudos artículos del periódico *La Patrie*.

Más tarde, Trimm se dedicó á escribir todos los domingos una epístola en verso, que se vendia á los oficiales del ejército.

Un dia en que mandaba, en presencia del inspector general, un peloton de cazadores, el inspector dijo á su coronel:

—Ese cabo me gusta mucho; tiene buena voz, vigor, espresion en la fisonomía, y manda bien.

—Sí, respondió el coronel; pero tiene un horrible defecto.

—¿Cuál? ¿es borracho? ¿es sordo? ¿es perezoso?

El coronel, tomando un aire misterioso, se aproximó al inspector y le dijo al oido:

—¡Hace versos!

El oficial general abrió desmesuradamente los ojos, dió un paso atrás impulsado por la sorpresa que le causaba la noticia, y se alejó frunciendo el ceño.

¡De qué cosas tan pequeñas dependen los destinos del hombre!

Si aquel general hubiera sido aficionado á la poesía, si los versos alejandrinos hubieran dicho algo á su corazon, á estas fechas Timoteo Trimm no seria Timoteo Trimm, sino simplemente Leo Lespés, que es su verdadero nombre, y en su manga brillarian hoy los entorchados de mariscal de campo, ó habria sido muerto en las guerras de África, de Italia ó de Crimea.

Timoteo Trimm ha abordado con extraordinario éxito todos los géneros, y ha sabido vencer todas las dificultades. Durante una suspension literaria, que tuvo lugar por efecto de circunstancias especiales, entró en la redaccion del *Diario de los Predicadores*, y tan buena maña se dió en este nuevo género, para él completamente estraño, que fué encargado de escribir un sermon todos los domingos para los curas de provincia, que para predicarlo, no tenian más trabajo que aprendérselo de memoria; solamente que como no era este su fuerte, multiplicaba las citas y los textos, para ocultar mejor su ignorancia.

Al cabo de un mes, los piadosos suscritores, los buenos pastores de los pueblos y de las aldeas, le escribieron la siguiente carta:

«*Muy señor nuestro: Nos gustan extraordinariamente vuestras homilías, que son en extremo persuasivas y llenas todas ellas de uncion evangélica; pero para gentes de tan limitado talento como el nuestro, son demasiado elevadas, y tienen mucho latin.*»

En otra época inauguró el género de novelas de fuertes emociomes, género que más tarde adoptaron Federico Soulié y Eugenio Sué. A la muerte del primero, fué Timoteo Trimm designado por Luis Desnoyers, redactor en jefe de la parte lireraria del *Siècle*, para terminar una novela que habia dejado incompleta aquel célebre novelista.

El Becerro de Oro ocupó durante dos meses el folletin del *Siècle*, y la obra fué respetuosa y concienzudamente terminada, por supuesto con permiso de la familia del difunto.

El célebre y humorístico escritor de quien venimos ocupándonos, ha escrito en *El Capitole*, en *L'Europe Monarchique*, en *El Corsaire*, en *El Conseiller des dames*, en el *Magasin des familles*, en *La Illustration*, el *Monde illustré*, y en el *Menssager de Paris*, donde publicó *Las hijas de Barrabás*.

Ha sido colaborador durante seis años del diario satírico titulado *Fígaro*, y sus artículos más notables fueron *Las Mitades de almas*, *Las mesas redondas*, *Monsieur Paris*, *La guerra de las ventanas*, *Paris dentro de cien años*, *El amor platónico*, *El Marqués Miseria*, y *Homilia á mi reloj*, *al partir para el Monte de Piedad*.

Timoteo Trimm entró en la redaccion del *Petit journal* desde los primeros meses de su publicacion.

Su buen humor, la gracia cándida de su estilo que se asemeja á una conversacion íntima; la facilidad deliciosa con la cual maneja los asuntos que elige, la inteligencia con que sabe introducir y comentar la actualidad, lo mismo en el salon aristocrático, que en el modesto hogar del obrero, le han captado numerosas simpatías.

Jamás su infatigable pluma ha hecho sonrojar á ninguna jóven, y tiene una aversion horrible á todo escrito que no esté encerrado en los límites del decoro y de la decencia.

Si recorreis hoy dia la Francia, en cualquier direccion que sea, vereis que el nombre de Timoteo Trimm no solo es conocido, sino respetado y querido, lo mismo en la modesta choza del labriego, que en los espléndidos palacios de las clases privilegiadas.

Su fisonomía tiene reminiscencias de Mirabeau y de Paguerre, y sobre todo de Balzac. Su cuello es vigoroso, la nuez muy perceptible, y semejante á la de esos atletas de los cuales los escultores copiaban las formas para componer sus cariátides. Sus cejas arqueadas y pobladas con profusion, demuestran su orígen meridional, y su mirada, de una fijeza inquisitorial pero al mismo tiempo de una malicia encantadora, revelan desde el primer momento la espresion de su ánimo, segun la situacion nerviosa de estè temperamento impresionable.

Pero su sonrisa es la de un niño, y positivamente conserva mucho aun de la juventud, sobre todo, la loca é infantil alegría de sus primeros años.

Timoteo Trimm, que forma parte de la sociedad de escritores desde 1842, ha sido nombrado catorce veces Síndico de esta célebre Compañía.

Los numerosos artículos que este célebre escritor ha publicado en el *Petit journal*, afortunadamente no serán perdidos para la posteridad.

Leo Lespes ha llegado á ser un escritor europeo; es decir, que su nombre se ha hecho célebre, y particularmente en España, donde se leen con avidez sus deliciosos artículos, y donde el género que cultiva tiene tantos apasionados; sin haber tal vez atravesado los Pirineos, puede decirse que Timoteo Trimm ha adquirido carta de naturaleza entre nosotros.

J. BELZA.

HISTORIA DE LA VID.

(Conclusion.)

La posteridad de Sem continuó habitando la llanura de Sennaar, hasta que Tharé, padre de Abraham y el octavo descendiente de Sem, los condujo desde Ur, donde tenia fijada su residencia, á la Caldea, muy cerca de la tierra de Canaan, y al llegar á Haran, donde hicieron su asiento, le sobrevino la muerte á la edad de 205 años.

Por aquel tiempo, dice Bossuet, se establecieron las leyes, se civilizaron las costumbres, se formaron los imperios, y el género humano empezó á salir de la ignorancia; las artes, con el auxilio de la esperiencia, se inventaron ó perfeccionaron. A medida que los hombres se multiplicaban, poblábase la tierra sin interrupcion: atravesábanse montañas, precipicios, rios, y por último, los mares, estableciéndose nuevas instituciones.

La tierra, que no era al principio sino una selva inmensa, mudó de aspecto: á los bosques sustituyeron las campiñas, los prados, las aldeas, las villas, y últimamente, las ciudades. Se aprendió el arte de cojer ciertos animales, de domesticarlos y acostumbrarlos al servicio. Fué necesario desde luego sostener combates con las fieras, y en ellos se distinguieron los primeros héroes, resultando de aquí la invencion de las armas, que despues emplearon los hombres en destruir á sus semejantes. Nemrod, el primer guerrero y el primer conquistador, es conocido en la Escritura por el gran cazador. Estableció su reino en Babilonia, y en el mismo sitio donde estaba principiada la torre y á una grande altura, aunque no tanto como deseaba la vanidad humana. Casi por aquel tiempo fué edificada Ninive, y se fundaron algunos antiguos reinos que, aunque pequeños en aquella primera época, aparecen, sin embargo, solamente en Egipto, cuatro dinastías y principados.

VI.

Sigamos ahora la historia principal de nuestro propósito, que se cortó para dar cabida á las reflexiones que nos han ocurrido, relativas á los progresos que hizo entre los hombres el cultivo de la vid.

Dícese que una cabra fué quien dió la idea de podar las viñas, pues habiendo comido este animal todos los vástagos de una cepa, se notó que al año siguiente llevó fruto con más abundancia de lo acostumbrado, de cuya advertencia parece que se aprovecharon los hombres para estudiar el modo más ventajoso de podar las viñas.



EL IMPROVISADOR ITALIANO.



LORD BONT-ENFANT: —«¡Están en su derecho!»

Los fenicios, que habitaban la parte occidental del Asia, al Oeste del Tigris, fueron los primeros que, con su indisputable intrepidez, surcaron frecuentes veces el Mediterráneo, llevando á todos los parajes la suma de conocimientos útiles que reunian, y retornando para sí inapreciables tesoros, acaso insuficientes para satisfacer cuanto su codicia apetecia. Navegantes por inclinacion natural, y hasta por necesidad, llegaron á poseer el imperio del mar, y ya no les arredraban, ni los peligros que encierra en su aterradora furia, ni los escasos y mal acondicionados medios á que podian apelar, cuando empezaban á nacer los primeros elementos de las artes y ciencias. En sus primeros ensayos se limitaron á visitar las islas más cercanas, pero poco á poco fueron perdiendo sus recelos, hasta que, por fin, estendiendo las alas de sus deseos, surcaron frecuentes veces el turbulento mar que los conducia á la rica y memorable Hesperia. Por do quiera que fijaban su atrevido pié, iban dejando como en gajes la preciosa planta, cuyo jugo habia de ser un dia el símil adoptado para significar el misterio más venerable de nuestra religion.

Los fenicios llevaron, pues, las vides á la mayor parte de las islas del Mediterráneo, y aun al mismo Continente. Como un grato recuerdo tenemos en la actualidad los ricos vinos de Chipre, que compiten con los mejores del mundo.

Del archipiélago fueron pasando á la Grecia é Italia. A Cadmo se atribuye la introduccion en Grecia del cultivo de las vides, habiendo llegado á este país al frente de una colonia fenicia por los años 1519 antes de la Era cristiana. Este príncipe habia aprendido en sus viajes el arte de cultivar la viña, en cuyo conocimiento instruyó á sus súbditos, y al mismo tiempo instituyó el culto de Baco, á quien la tradicion de los pueblos de Oriente hace el honor del descubrimiento del vino, si bien la tradicion de los egipcios concede esta gloria á Osiris, que fué el primero que conoció la utilidad de las viñas, y el que, habiendo hallado el secreto de extraer de ellas el vino, le comunicó á los demás hombres, enseñándoles al mismo tiempo el modo de plantarlas y cultivarlas.

En un principio las vides se generalizaron muy poco en Italia, como lo demuestra el haber mandado Rómulo que en las libaciones ó sacrificios se derramase leche en lugar de vino. Igualmente Numa ordenó que en lo sucesivo cesara la antigua costumbre de honrar á los difuntos, vertiendo vino sobre la hoguera. Estos hechos no solo demuestran de una manera elocuente la importancia que, desde muy antiguo, se venia dando al cultivo de la vid, sino que manifiestan al propio tiempo la necesidad que habia de economizar un licor de tanto precio, que se utilizaba en obsequio de los objetos más apreciables y de mayor veneracion, como era el culto de sus dioses. Trascurridos algunos años, las vides se multiplicaron lo bastante en Italia, pues un gran número de gaulas (1), que tuvieron ocasion de beber tan sabroso licor, en breve quisieron participar de las ventajas de sus convecinos, y procuraron, á todo trance, establecerse donde se producia. Llamaron á su vez á muchos de sus amigos y compatriotas para que alcanzasen tambien tan inestimable beneficio. Original, por cierto, fué el aviso: un sin número de cántaros que contenian esta bebida fueron las credenciales remitidas á sus compatriotas: tal mensaje no pudo ménos de producir el efecto que se esperaba, pues sin molestarse en una oficiosa contestacion, se lanzaron presurosos á saborear el dulce néctar que habia herido vivamente su paladar. Una gran parte de los habitantes que componian lo que es ahora la Auvernia y ducados de Chartres, se trasladaron gustosos, renunciando la miserable bellota de sus encinas. Extendiéronse á derecha é izquierda del Pó, y se dedicaron con ardor al cultivo de la higuera y olivo; pero muy principalmente al de las vides. A estos pueblos les somos deudores de la utilísima invencion de conservar el vino en cubas ó barriles de madera, desechando las tinajas ó vasijas de barro, espuestas á mil contratiempos difíciles de remediar.

La invencion de los vasos propios para conservar segura y cómodamente los licores debió seguir indudablemente al descubrimiento del vino. Primero se usarian los que la naturaleza presenta en todos los climas, como son los calabacines, los cocos, etc., que, despues de secos, quedan cóncavos, y pueden servir muy bien para guardar y trasportar los licores, de que usaban mucho los egipcios. Estos vasos son aun los más comunes en los pueblos de América.

Los antiguos creian que los cuernos de los animales habian sido los primeros vasos de que se aprovecharon para conservar y beber los licores, cuyo uso se ha mantenido largo tiempo en varios pueblos: el aceite sagrado del Tabernáculo se guardaba en un cuerno; en Roma, segun manifiestan Galiano y Horacio, se media tambien el aceite, vino, miel y vinagre por vasos de cuerno; Julio César asegura que los habitantes del monte Hercinia tenian copas grandes hechas de los cuernos del Uro; Plinio afirma que era general este uso en todos los pueblos septentrionales; Jenofonte nota lo propio de muchos países del Asia y Europa; los antiguos poetas Eschilo, Sófocles y Píndaro representan siempre á los primeros héroes bebiendo por cuernos. Estos géneros de copas se usan todavia mucho en la Georgia, y Bartolino dice que antiguamente no se bebia en Dinamarca sino por cuernos de buey, así como en varios pueblos del Africa son los únicos vasos que se conocen para guardar los licores.

Los vasos de tierra cocida para beber y conservar los fluidos debieron conocerse tambien desde muy antiguo. Los fenicios, griegos y otros varios pueblos los destinaban para el depósito de sus vinos. Finalmente se consiguió preparar la piel de los animales, de modo qne sirviese para guardar los licores, pues el uso de los odres se remonta por lo menos á los tiempos bíblicos; así se dice que cuando Abraham despidió á su esclava Agar le puso á sus espaldas un odre lleno de agua; y Job manifiesta bastante claramente que eran en aquellos remotos tiempos las vasijas más comunes que habia para conservar los vinos y demás licores.

VII.

Volviendo á la historia de los progresos que iba haciendo el cultivo de la vid, sabemos que los pueblos del Sur de Francia, litorales al golfo de Leon, desde lo que se llamaba Galia Narbonense hasta Marsella, cultivaron las vides antes que Julio César conquistase á los gaulas; pero el emperador Domiciano, de quien hemos hecho mencion en otro lugar, prohibió absolutamente los plantíos, cortando de esta manera los progresos que iba haciendo al cultivo de la vid. El insigne Probo, revocando tan bárbaro mandato, otorgó á los franceses el competente permiso para cultivarlas, haciéndola estensiva á los ingleses y españoles. Sin embargo, los buenos deseos de este emperador no se llenaron completamente por la dificultad de aclimatar esta planta en algunos de los puntos mencionados. Así sucede en la Gran Bretaña y en la parte septentrional de la Galia Bélgica, pues los resultados fueron casi nulos, por cuya causa continuó esta provincia y aun la Céltica con el uso de la cerveza, que era su bebida ordinaria. La cerveza fué, sin duda alguna, el licor más antiguo y general despues del vino. La mayor parte del Egipto la bebia comunmente, y su uso habíase establecido desde muy antiguo en la Grecia, en parte de la Italia, y entre los antiguos españoles, galos y germanos. Tambien se conoció esta bebida en la América principalmente entre los habitantes del Perú, si bien debia ser diferente de la nuestra, toda vez que en estos pueblos no se conocian antiguamente la cebada ni el trigo.

Si se da crédito á algunos autores no fué solamente vino el presente que hizo Baco á los griegos, pues parece que les enseñó tambien á componer con agua y cebada una bebida que, por su fuerza y bondad, se diferenciaba muy poco del vino. Al hablar Ovidio del encuentro que tuvo Céres, estando apurada de cansancio, con una vieja llamada Baubo, dice que la diosa la pidió agua, y que la vieja le presentó un licor compuesto con granos tostados, de cuya relacion deducen algunos que el licor á que Ovidio se refiere, es el de la cerveza.

Pasados algunos años, las vides fueron conociéndose en todos aquellos puntos que lo permitia el terreno. A fines del siglo IV, San Martin plantó una viña en la Turena, y cuando murió San Remigio, un siglo despues á principios del VI, hizo donacion de sus viñedos y esclavos, que habia empleado en su cultivo, á los territorios de Reims y de Laon. En los siglos posteriores fueron estendiéndose por toda la Francia y España, y aun los alemanes, desmontando algunos parajes de la Selva Negra, hicieron varios plantíos á orillas del Rhin, desde donde pasaron á la Hungria.

VIII.

Finalmente, vamos á terminar este escrito, trascribiendo á nuestros lectores algunas noticias importantes, relativas á la duracion y admirables proporciones de la vid.

Segun Strabon, contemporáneo de Augusto, se conocieron en la Margiana vides de tan enorme grueso, que dos hombres apenas podian abrazar su tronco.

Plinio, el naturalista, dice que los antiguos colocaban á la vid entre los árboles, atendiendo al tamaño á que es susceptible de llegar. El mismo autor refiere que en Populonia habia una estatua de Júpiter hecha de un solo trozo de esta madera, y que, despues de muchos siglos, estaba exenta todavía de todo indicio de destruccion.

Los templos de Juno en Patera, en Muscilia (Marsella) y Metaponto, se edificaron sobre columnas de vid, y las escaleras por donde se subia á lo alto del templo de Diana, en Efeso, eran tambien de una vid de Chipre. No hay madera más durable que esta, dice el autor citado, y como prueba de su aseveracion, pone el ejemplo de una vid que contaba 600 años de existencia.

En Inglaterra se conserva todavía, como un recuerdo nacional, la viña de Enrique VIII, plantada por este príncipe, y á la que debe, á pesar de todas sus crueldades, cierta popularidad. A través de su larga duracion, se contaron en uno de estos últimos años hasta 1600 racimos de hermosas uvas negras.

En el dia se conocen de la madera de la vid las puertas de la catedral de Rávena, con doce piés de longitud sobre uno de latitud; y aun en el palacio de Versalles, y en el de Ecouen cuentan algunos haber conocido mesas muy grandes de una sola tabla de esta madera.

Viajeros hay que refieren haber visto algunas costas de Berberia pobladas de vides, cuyos troncos tenian diez ó doce piés de circunferencia. Los años de su vida nos admirarian todavía más.

Miller, en su *Diccionario de Jardinería*, asegura haber conocido en Italia viñas cultivadas que tenian ya trescientos años, y dice que en ciertos parajes de este país, llaman nuevas á las que no pasan de un siglo.

Entre las notas que he recogido sobre la edad y el porte de esta planta, dice el abate Rocier, hallo que el hielo que lastimó las viñas en el departamento de Doubs, á principios del otoño de 1739, mientras la uva estaba todavía en las cepas, fué tan intenso en este país, que hizo morir una parra de moscatel blanco, plantada al Mediodia, y resguardada por todas partes de los vientos frios, en la Calle de Poitune, en Besançon; se ignoraba su edad, pero su tronco tenia cinco piés y medio de grueso, sus brazos se elevaban á cuarenta y tres piés de altura, y vestian una pared de más de cuarenta de largo. La pérdida de este fenómeno, que lo era en Francia, fué sentida en toda la provincia.

En 1420, muchos soberanos de Europa quisieron hacer vinos generosos de las vides que habia en los territorios de sus dominios. Los portugueses habian introducido en la isla de la Madera plantas de Chipre, cuyo vino pasaba entonces por el primero del universo, y su ensayo fué feliz. Francisco I, á ejemplo suyo, compró más de sesenta fanegas de tierra en las cercanías de Fontainebleau, y las plantó de viñas, cuyos sarmientos hizo traer directamente de la Grecia. En Coucy, se plantó al propio tiempo otra viña de la misma naturaleza, y así fueron multiplicándose sucesivamente con admirable rapidez, en la mejor parte de Europa, tal como se ve en nuestros dias.

D. FERNANDEZ ARREA.

EL IMPROVISADOR ITALIANO.

El improvisador italiano es uno de esos tipos que en España no son conocidos. Aquí no conocemos más que esos desgraciados ciegos que con la guitarra en la mano, sepan ó no sepan tocarla, recorren las calles de dia y de noche, implorando la caridad pública, y cantando, ó mejor dicho, aullando coplas obscenas en su mayor parte, amenizadas con groseros y chabacanos dichos, y acompañadas las más veces de ciertas interjecciones mal sonantes y feas.

Si se esceptúa una desgraciada señora, cuya posi-

(1) País de la Italia más acá de los Alpes. La Galia estaba dividida en *Cisalpina* y *Transalpina*; aquí debe entenderse la primera, que á su vez se dividia en *Traspadana* y *Cispadana*, siendo aquella la parte de la orilla izquierda del Pó, y la segunda la de la derecha. La *Transalpina* comprendia algo más de la Francia actual, estendiéndose al Norte hasta la embocadura del Rhin. Dividíase, cuando César, en *Bélgica* al Norte, *Céltica* al centro y *Aquitania* al Sud, sin contar la provincia romana (Provenza), que comprendia diez y siete provincias, cada una con su metrópoli.

cion ha debido ser en otro tiempo muy distinta, á juzgar por sus maneras y forma de espresarse y á la cual oimos algunas veces, ya en la plazuela de Santa Ana, ya en el derribo de las Vallecas; si hacemos una particular mencion honorífica de la célebre ciega de Manzanares, que es una verdadera improvisadora, todo lo demás que oimos por calles y plazas no merece ni semejante título, ni semejante distincion.

El improvisador en Italia es un verdadero artista: reune generalmente á la condicion de improvisador la de ser un buen músico y un regular cantante, y siempre va acompañado de dos ó tres individuos más, de ambos sexos, que le son útiles, y que amenizan los intermedios con sus juegos ó sus pantomimas.

El grabado que ofrecemos á nuestros lectores, representa una de estas escenas en una plaza de Nápoles. En el fondo hay un teatro de *marionetas*, y en primer término aparece el improvisador cantando una de sus canciones. El *payaso*, montado en una silla y apoyada la barba sobre sus brazos cruzados, aguarda á que le toque su vez. La hija del improvisador tiene su pandereta en la mano derecha, la cual sabe manejar con estraordinaria maestria, y en la izquierda dos polichinelas, que pronto se pondrán en movimiento para entretener agradablemente á los chiquillos. Completan el cuadro, á derecha é izquierda, varios curiosos de todas las clases de la sociedad, que escuchan con religioso silencio al improvisador, y que á la conclusion de sus trovas habrán de depositar su ofrenda en la pandereta de la linda napolitana.

Tal es el cuadro de costumbres que ha dibujado tan hábilmente el célebre artista Gustavo Fanet, y cuya reproduccion ofrecemos hoy en nuestro Semanario.

LLUVIA DE ORO.

Llover á cántaros vi
Cuando el cielo se desagua,
Como es muy frecuente aquí;
Pero, ¿qué me importa á mí?
Ello, al fin y al cabo es agua.

Como quien juega con fuego,
He visto con gran sosiego
Llover el fuego á raudales;
Mas, ¿á quién le asombra un juego
De fuegos artificiales?

Sobre mí que nada valgo,
Y que en nada entro ni salgo,
Llover ví las desazones,
Y hasta las adulaciones
De los que me deben algo.

Pero llover refulgente
Oro, en mágicos hechizos,
Nunca lo ví claramente
Hasta que miré los rizos
Que van cubriendo tu frente!

E. BLASCO

LORD BON-ENFANT.

La aristocracia inglesa, como todo el mundo sabe, mantiene su preponderancia é influencia en las clases inferiores por oportunas concesiones y por una administracion generalmente paternal. Un señor de Devonshire, cuya familia hoy dia se ha estinguido, ha tenido el privilegio de que su recuerdo quede grabado en la memoria del pueblo, bajo la calificacion de Lord Good-Felleow (Lord Bon-enfant.)

Y efectivamente, si hemos de juzgar por sus antecedentes, bien merecido tenia este nombre. Jamás recurria á la justicia para apremiar á sus arrendadores cuando estos se retrasaban en el pago de sus rentas; por el contrario, cuando las recolecciones eran malas, no solamente les dispensaba del pago sino que les adelantaba dinero para sus labores y sus más apremiantes necesidades.

Lord Bon-enfant tenia gran aficion á la caza, y recomendaba á los guardas de sus bosques y de sus montes, que arrestasen sin consideracion de ninguna especie y llevasen á la cárcel á todo aquel que fuere cogido cazando en sus tierras; los guardas cumplian exactamente el mandato, pero ¿qué importaba? El noble Lord no podia nunca resistir á las súplicas de una familia que le pedia gracia para el culpable.

Casóse con una rica heredera, pero de un carácter tan duro, tan altanero y tan irascible, como dulce, bondadoso y noble era el de su marido. Lord Bon-enfant no se apercibió de los defectos de su mujer hasta despues de la boda, y como ya la cosa no tenia remedio, se dedicó toda su vida, y no sin éxito, á dulcificar y mejorar el carácter de su altiva compañera.

Es un rasgo de la historia del noble Lord, el que ha inspirado á Pasquier el precioso dibujo que hoy reproducimos en la última página de nuestro semanario. Era en el mes de mayo de 1666. La Inglaterra disfrutaba de una temperatura deliciosa, no conocida jamás bajo su clima nebuloso y húmedo. Los árboles se hallaban en flor, el sol resplandecia claro y brillante como en nuestra España; una alfombra de esmeralda cubria sus campos, como en igual época en nuestra fértil Andalucía. Lord Bon-enfant, á quien negocios de importancia habian retenido por algun tiempo en Lóndres, calculó que era llegado el momento de ir á ver si la primavera sonreia tambien en los parques inmensos y en los bellos jardines de su castillo de Devonshire.

Sin avisar á nadie y queriendo disfrutar de una sorpresa, llegó á su castillo en compañía de su mujer, de sus hijos y del preceptor de los dos más jóvenes. La puerta estaba abierta, y nadie en la portería para recibirlos.

Lord Bon-enfant, seguido de su familia, subió las escaleras y se dirigió al salon principal, cuyos principales ornamentos eran la armadura que su tatarabuelo llevaba en la batalla de Azinconst y el retrato de su padre, gran Justicia del reino unido.

¡Oh sorpresa! Sin respeto á la austera reliquia del caballero, sin respeto al grave magistrado, cuya fisonomía parecia animarse de indignacion encerrada en el empolvado marco, los jóvenes servidores de la casa del Lord, y las jóvenes *doncellas* de Milady terminaban un alegre festin, y como los *espíritus* habian calentado ya las cabezas, se preparaban para continuar la broma... tal vez hasta el dia siguiente.

Milady frunció el ceño; el preceptor de los chicos se quedó estupefacto; los chicos no sabian esplicarse lo que veian; ¡inocentes!... Milady se disponia ya á tomar la palabra, y seguramente habria sido para descargar alguna granizada si Lord Bon-enfant, riendo y lleno de satisfaccion, no se hubiera adelantado y conteniendo á su mujer la dijo: «*No hay por qué incomodarse: están en su derecho; rinden tributo á la naturaleza. ¡Es tan hermosa la primavera!*» Despues de lo cual, el noble Lord les animó á que continuaran en su bromita, obsequiándoles por añadidura con una docena de botellas del vino que se reservaba para las grandes solemnidades; lo único que exigió, fué que variaran de local, es decir, que se trasladasen del salon á las habitaciones interiores, donde ni pudiera ofenderse la imágen del gran Justicia, ni la severa escrupulosidad de su esposa.

Díganos ahora nuestros lectores: ¿era ó no verdaderamente digno del nombre de Bon-enfant?

LA PESCA DE LOS CAMARONES.

Generalmente al pié de las costas y en casi todos los puertos de mar, es donde se verifica la pesca de los camarones. Individuos de ambos sexos, con la cesta á la espalda, provistos de dos largos palos cruzados en forma de X, y á cuya estremidad va suspendida una red cuadrada y de estrechas mallas, se lanzan al agua, que á veces les cubre hasta medio cuerpo, y recorriendo la playa en todas direcciones, buscando con avidez la pesca á que se dedican, y que les produce una ganancia muy regular. Es un cuadro pintoresco y delicioso, particularmente en las costas de Normandía.

La pesca de los camarones no adquirió, hasta hace algunos años, verdadera importancia. Hasta hace poco tiempo este elegante *entremés*, no habia conquistado su alta posicion gastronómica. El camaron es de un aspecto grato, y figura con gran ventaja en el adorno de un primer servicio de mesa, entre las aceitunas, las sardinas de Nantes, la manteca, el salchichon, etc. Entre los dedos de una mujer bonita y á la luz de las bujías, sus escamas brillan con tan vivísimos colores, que á un pintor le seria difícil reproducirlos. Una salsa de camarones se adapta perfectamente á un filete de lenguado ó de barbo: se lo recomendamos á nuestros lectores.

Existen muchas especies de camarones, cuyos nombres varian segun su forma, su tamaño ó las costas donde se crian. Al lado del camaron comun, se encuentra, aunque no con tanta abundancia, el delicioso *langostin* ó *langostino*, de un tamaño mucho mayor que el camaron, y que en España se vende á un alto precio.

INUNDACION DE SCHEFFIELD.

En el mes de marzo del año pasado, como sabe todo el mundo que se ocupa en leer periódicos, ocurrió una espantosa catástrofe en las cercanías de un pueblo de Inglaterra. Nos referimos á la inundacion de la campiña de Scheffield. Un inmenso depósito de agua de una superficie próximamente de noventa y cinco fanegas, situado en Bradfield á seis millas de Scheffield, rompió súbitamente sus diques, y la enorme masa de agua que contenia se precipitó, con una impetuosidad irresistible, en el valle del Don, barriendo á su paso casas, granjas, fábricas, molinos y puentes, sin que poder humano fuera bastante á detener su impetuosidad.

Mas de trescientas personas perecieron, víctimas de tan horrorosa inundacion.

La parte baja de Scheffield, fué sumergida bajo un lecho de muchísimos piés de altura, y centenares de familias se vieron obligadas á abandonar precipitadamente sus habitaciones, refugiándose medio desnudas en las hospederías y tabernas del pueblo.

Nuestro grabado representa una conmovedora escena de aquella terrible noche.

Una ola monstruosa, precipitándose sobre la puerta de una casita de campo, la hace pedazos y penetra en la habitacion con ruidoso estrépito. La familia ha sido sorprendida en su sueño, y el hombre, arrojándose sobre su hacha de partir leña, procura abrir un boquete en la pared opuesta con el objeto de salvar por aquel lado á su mujer y á sus hijos. La esposa, de pié sobre la cama, procura ayudar á su esposo... ¡Vana esperanza! Pocos minutos despues, cuatro cadáveres más van á reunirse con los que ya arrastran las aguas en su precipitada carrera.

Una superficie de cuatrocientas hectáreas fué devastada de este modo, y cuando las aguas bajaron, apenas podian reconocerse los sitios en que existian casas, fábricas, granjas, ni ninguna clase de edificios.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Próximo á terminarse el primer semestre de publicacion de EL PERIÓDICO ILUSTRADO, y siendo tan numerosos los pedidos que recibimos de provincias, que nos hemos visto en el caso de reimprimir algunos números, rogamos á nuestros suscritores no retarden las renovaciones de abono, con lo cual evitarán complicaciones á la Administracion, haciendo más fácil el servicio.

Los nuevos suscritores que lo sean por semestre lo menos, durante el mes de agosto, podrán obtener todos los números publicados anteriormente, por el módico precio de 10 rs., pudiendo de este modo formar á su tiempo un magnífico album de las mejores láminas abiertas en el extranjero. Tanto á estos, como á los antiguos, se regalará á la conclusion del tomo una preciosa portada en color, hecha espresamente para el objeto.

No se servirá suscricion alguna, cuyo importe no se haya remitido anteriormente á la Administracion en sellos de Correos, ó en libranzas del giro mútuo.

GEROGLIFICO.



Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal

LA PESCA DE LOS CAMARONES EN LAS COSTAS DE NORMANDÍA.

INUNDACION DE SCHEFFIELD.

El Periódico ilustrado.



Número 24.
DEL 17 AL 24 DE AGOSTO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



SUMARIO.—TEXTO: *Leopoldo I, rey de los belgas*, por Belza.—*Revista de la Semana*, por M. del Palacio.—*La infancia de Mozart*, por C. I.—*Para un álbum*, por E. Blasco.—*¿Recibes? ¿Duermes?* por Urania.—*El sol y las estaciones*, por P. M. Barrera.—*Glosa*, por E. Domenech.—*Historia de la fotografía*, por G. Honorio.—*Un Mercado en Hungría* y *La pesca de noche*, por Belza.
LÁMINAS: *Leopoldo I, rey de los belgas.—Un mercado en Hungría.—La misa de una.—La pesca de noche.*

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 50 »	

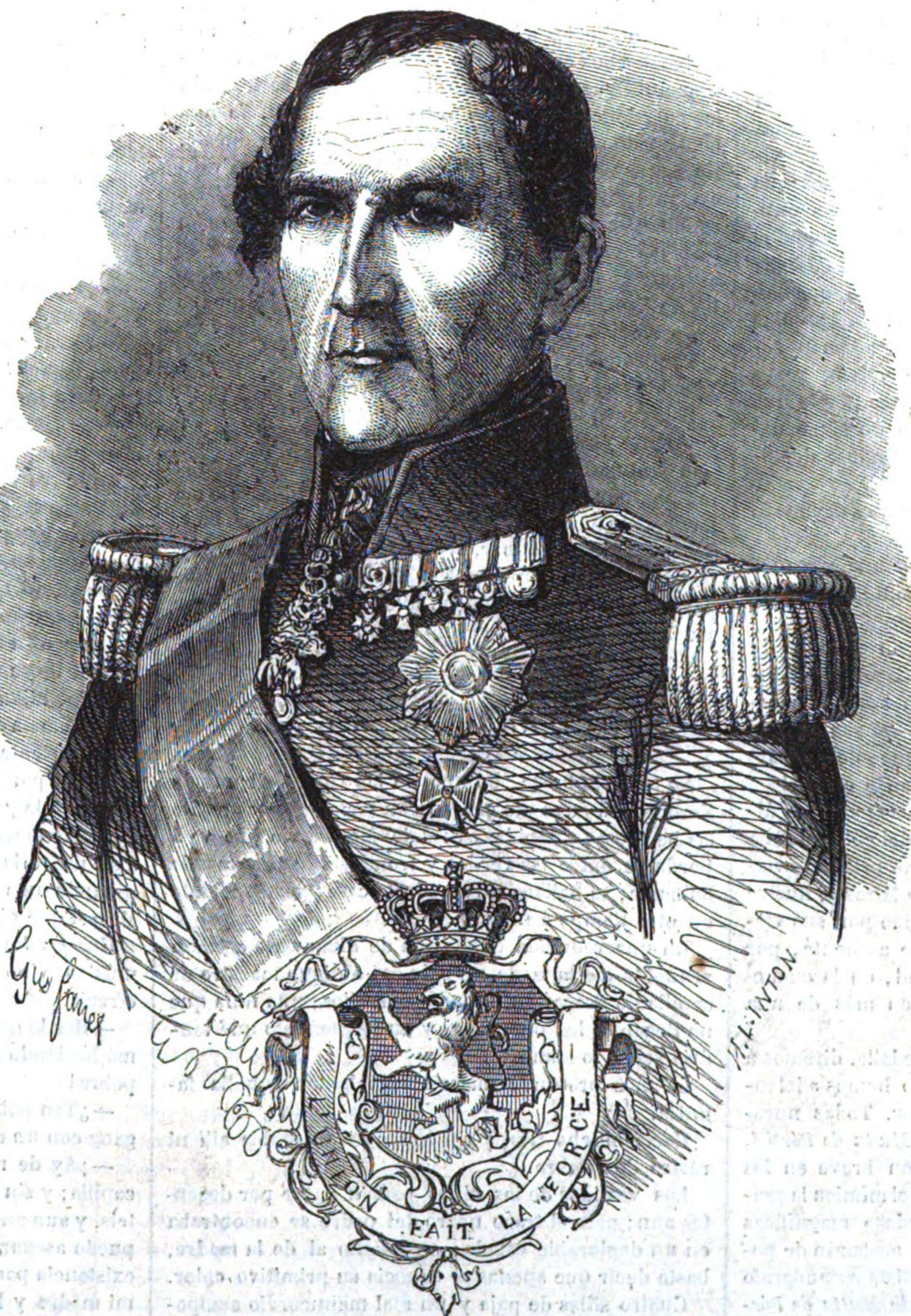
EL REY DE LOS BELGAS.

Leopoldo I, rey de los belgas, nació el 16 de diciembre de 1790. Tiene en su consecuencia 95 años, y es el soberano de más edad entre los que hoy ocupan los diferentes tronos de Europa. Si se esceptúa una penosa enfermedad que sufrió hace dos años (mal de piedra), es un anciano fuerte y vigoroso, y que conserva aun bastante energía.

Hijo del duque Francisco de Sajojinia Cobourgo-Saalfeid, el jóven Leopoldo, Jorge Cristian Federico, tenia á su disposicion todos los medios imaginables para instruirse, y los utilizó con raro aprovechamiento; pero cuando terminó sus estudios, ¿qué partido podia sacar en medio de la confragacion de Europa? La guerra era el único partido que se le ofrecia, y como su hermana Juliana habia contraido matrimonio con el gran duque Constantino, se afilió al servicio de la Rusia, figurando en el brillante Estado mayor que acompañó el 27 de Setiembre de 1808 á Alejandro I á las conferencias de Erfort.

Era en estremo difícil á Leopoldo conservar su grado y su posicion en el ejército ruso, sin disgustar á Napoleon I, lo cual era muy peligroso; así que, se decidió á abandonar el servicio de la Rusia, y por espacio de algunos años se dedicó á viajar; sin embargo, en 1813 combatió en las filas de la coalicion, y despues fijó su residencia en Inglaterra, donde se casó con la hija del rey Jorge IV.

La princesa Carlota era la heredera presuntiva, y su esposo, naturalizado inglés el dia 27 de marzo de 1816 con el título de duque de Kendal, veia en prespectiva la alta dignidad de *príncipe consorte*; pero murió su esposa el 5 de noviembre de 1817, y en su consecuencia nada debia esperar por este lado.



LEOPOLDO I, REY DE LOS BELGAS.

Leopoldo entonces se retiró á su castillo de Claremont, dedicando su tiempo en el estudio, ocupándose poco ó nada de negocios ni de política, aunque continuaba siendo fedmariscal y miembro del Consejo privado.

La revolucion de Grecia le arrancó de su reposo. La Puerta Otomana, por el tratado de 4 de diciembre de 1829, habia reconocido la independencia helénica. Un gobierno funcionaba bajo la presidencia del conde Capo de Istria; una Asamblea nacional se hallaba establecida en Argos; y sin embargo, el órden no se restablecia. Las escuadras de Francia, Inglaterra y Rusia, que habian destruido la flota turca en Navarino, aparecieron en la embocadura de Cefise y en el puerto de Pireo, desembarcando continuamente refuerzos de tropas para ayudar á la lenta pacificacion del pais. Sérios trastornos habian estallado ya al principio del año de 1830, y los plenipotenciarios de las potencias aliadas pensaron establecer en Grecia una monarquía, ofreciendo la corona al duque Leopoldo. Este la aceptó, pero condicionalmente, y empezó sus negociaciones con las tres cortes; pero aburrido de las dificultades que le suscitaba la diplomacia, ofreció su dimision antes á haber ocupado el trono. Pero estaba escrito que seria rey: *thon shalt be king!* Los belgas, que acababan de sustraerse á la dominacion holandesa, le eligieron el 4 de junio de 1831, y fué coronado en Bruselas el 21 de julio. En 1832 se casó con Luisa María Teresa Carlota de Orleans, á la que tuvo el dolor de perder el 11 de octubre de 1850.

No es de nuestra incumbencia entrar en estensos detalles sobre el largo reinado de Leopoldo I. Diremos solamente que á pesar de la lu-

cha continuada que han mantenido los dos grandes partidos políticos que se conocen en Bélgica, él ha sabido mantener la paz y realizar grandes y útiles mejoras en aquel país. Dió innegables pruebas de talento durante la escasez terrible de 1846 y las inundaciones de 1850. Sin ambicion ninguna, y deseando permanecer neutral en las complicaciones europeas, fué en 1848 aun más allá de lo que ambicionaban los descontentos; y sin ninguna doble intencion, sino franca y lealmente, ofreció su dimision. Es un hombre, en fin, que reune á la fuerza que de la independencia de un carácter recto y severo, la influencia que prestan á un monarca la esperiencia, el talento y la certeza de ser juzgado bien por su pueblo y por los estraños.

Tiene tres hijos: el primero, Leopoldo Luis Felipe María-Victor, duque de Bravante, que nació el 9 de abril de 1835, y que casó el 22 de agosto de 1853 con María Enriqueta Ana, archiduquesa de Austria. El segundo, Felipe Eugenio Fernando, conde de Flandes, que nació el 25 de marzo de 1837, y que hoy es coronel del regimiento de guias; y el tercero, María Carlota Amelia, nació el 7 de Junio de 1840, y contrajo matrimonio el 27 de junio de 1857 con el archiduque Maximiliano, hermano del emperador de Austria.

Las armas colocadas bajo el retrato de Leopoldo I son las del reino de Bélgica.—B.

REVISTA DE LA SEMANA.

Toca hoy á la muerte el triste privilegio de dar animacion y novedad á nuestra revista. La categoría de la víctima nos impone por otra parte el deber de concederle en ella el primer lugar. Historiemos, pues.

El domingo último ha fallecido en esta córte, despues de una penosa enfermedad, el señor infante D. Francisco, padre del rey consorte. Si mal no recordamos, habia nacido en 1794, y él fué quien con sus lágrimas dió en 1808 al pueblo de Madrid ocasion á provocar la sangrienta, pero provechosa catástrofe del Dos de Mayo.

Este acontecimiento ha enlazado su nombre á la historia de nuestro país, pues por lo demás, apenas si ha tomado parte en sus visicitudes políticas, viviendo siempre en la modestia de su retiro. Los que le trataron, elogian su carácter bondadoso y sus sentimientos caritativos, que se revelan en lances como el siguiente, ocurrido no hace mucho tiempo. Paseaba el infante á pié, acompañado de su secretario, que desempeñaba á la par el cargo de limosnero. Un mendigo ya anciano se acercó á él, y le pidió con ademan suplicante una limosna. El secretario se volvió, y sea por no interrumpir la conversacion, sea por lo que fuere, el caso es que hizo con la cabeza un signo negativo. El infante lo comprendió, y parándose delante del infeliz, dijo á su acompañante:

—Dale algo, hombre, dale algo, que no sabemos lo que nos podrá suceder mañana.

Esa desconfianza en los dones de la fortuna, y esa solicitud en favor de los desvalidos, son síntomas ciertos de un buen corazon.

El infante D. Francisco duerme ya con el sueño de los justos en el panteon reservado del Escorial, adonde su cadáver ha sido conducido el lúnes con la acostumbrada pompa, y donde no conmoverá sus cenizas ni siquiera el juicio de la posteridad, que solo es crúel con los soberbios y los ingratos. ¡Descanse en paz!

No son nada consoladoras las noticias recibidas últimamente de Valencia. La aparicion del cólera se ha confirmado por desgracia, y una de las primeras víctimas ha sido la señora marquesa de Mirasol, ilustre dama, tan conocida por su nombre como por sus virtudes; deseamos que el catálogo no se aumente, por el amor que tenemos á esa bella ciudad, en la cual el paso del terrible huésped ha dejado en más de una ocasion profundas huellas.

Ahora, tomando el reverso de la medalla, diremos á ustedes que respecto á diversiones no hemos adelantado nada, ni tenemos nada que contar. Todas nuestras esperanzas están puestas en la *Mutta de Pórtici*, que Tamberlik y la Volpini cantarán en breve en los Campos Elíseos, desempeñando el papel mímico la graciosa bailarina Bonfanti, y estrenándose magníficas decoraciones, que segun mi opinion acabarán de poner el sello á la gran reputacion del artista escenógrafo Sr. Plá. Por otra parte, sabido es que la *Mutta de Pórtici* es la más notable de las partituras de Auber, y que el asunto de la obra, dramático y comprensible en alto grado para los españoles, pues el nombre de *Masaniello* sonará siempre en la patria del duque de Arcos, bastará para que esta ópera sea la que alcance el gran éxito de la temporada, sobre todo si se interpreta por los artistas tal como el reparto nos hace creer. En cuanto á mí, ya me tienen Vds. ardiendo de impaciencia por oir una vez más aquel delicioso duo que principia:

Amour sacré de la patria, etc.

Mientras este momento llega, Tamberlik sigue haciendo nuestras delicias en *El Profeta* y *Guillermo*, y parece que las hará tambien en *Fausto*, de lo que nos alegramos en el alma: la Volpini y la Nantier Didiee hacen maravillas de gracia y de talento en *Martha*, y Vincentelli hace más que todos juntos, pues hace hasta lo que no puede hacer. Los conciertos siguen su marcha con pequeñas variaciones, pero con grandes entradas, y el nuevo espectáculo de los juegos de salon apura á un tiempo el dinero y la paciencia de los concurrentes, único modo de que se aficionen á jugar. Tambien se ha establecido un telescopio para mirar la luna, pero yo me asomé el otro dia, y su tamaño me pareció mucho menor que el de los dos reales que me hicieron pagar.

Los que sí se divierten grandemente son los desocupados que están de temporada en el Escorial. Allí se publican periódicos impresos y manuscritos; se representan deliciosas comedias que escribe Madrazo, y que los pobres benefician, y sobre todo se improvisan paseos á las Arenitas y á la silla de Felipe II, en los cuales se recuerdan más de una vez aquellos pasajes de Byron:

«¡Ay! Seria preciso consagrar todo un canto para haceros la pintura... y sus pequeños piés... y sus lindos tobillos... ¡por vida mia! ¡Dad gracias al cielo porque yo no tengo aquí á la mano metáforas de que valerme!»

Indudablemente, no hay siglo en la historia que aventaje al nuestro en cuanto al espíritu de asociacion. Ahí estan sino los estudiantes de Lieja, que acaban de dirigirse á sus compañeros de otros paises para celebrar un Congreso estudiantil, en el cual se tratarán las cuestiones relativas á instruccion pública. Ya han contestado á su invitacion los estudiantes de Suecia, Noruega, Alemania, Inglaterra, Suiza, Portugal y Francia, y el Congreso será de seguro numeroso. ¿Y los estudiantes de España? Acaso no hayan contado con ellos por creer que aquí la instruccion pública es asunto que no necesita discutirse, ó que los estudiantes de España viven todavía, como dijo no há mucho un periódico francés, corriendo la tuna.

Para concluir, voy á dar á Vds. otra noticia grave. El cable eléctrico se ha roto.

Este percance no representa más que una pérdida de veinte millones de reales. Calculen Vds. si con esta cantidad podria uno hacerse entender de todo el mundo, aun sin necesidad de cables eléctricos. No me ha gustado nunca la idea de los telégrafos submarinos. Se me figura que el mar, al ver que le echan cuerdas, pensará siempre que quieren atarlo corto, y las romperá. Y lo cierto es, que con hilos tan caros no debe ser fácil ni aun seguir el hilo de una conversacion.

M. DEL PALACIO.

LA INFANCIA DE MOZART.

No lejos de Praga, en una de las rojizas riberas de Kozoheez, á cuyo pié corren con formidable estrépito las hermosas y rápidas aguas del famoso rio que va á perderse entre las verdes y frondosas espesuras de Bohemia, se hallaba una modesta casa, perteneciente en otro tiempo á Dusseh.

En una reducida habitacion de dicha casa estaban reunidos cierta tarde un músico, antiguo maestro de capilla de Praga, su mujer y dos hijos, una niña que no llegaba á los once años y un pequeñuelo que tendria seis á lo sumo.

La más profunda miseria reinaba en aquella familia.

Hacia mucho frio, y sin embargo, no habia allí ni rastro de lumbre.

Los vestidos de los niños podian pasar por decentes aun; pero el trage negro del padre se encontraba en un deplorable estado; en cuanto al de la madre, baste decir que apenas se conocia su primitivo color.

Cuatro sillas de paja y un mal manucordio componian todo el mueblaje de aquel cuarto.

Un monótono y triste silencio, que cada cual parecia temeroso de interrumpir, pesaba sobre todos los miembros de aquella pobre familia.

La madre hilaba pensativa, el padre leia en un libro que, por su forma y tamaño, se adivinaba ser la Biblia, y la niña zurcia una especie de pañuelo.

El niño, que hacia ya un rato no cesaba de dar vueltas alrededor de su padre, de su madre y de su hermana, afectando meter el ruido necesario para ser notado, lanzóse con cierto coraje hácia el manucordio, trepó no sin algun trabajo por el taburete, merced al cual apenas colocaba sus manitas al alcance de las teclas, y se puso á tocar.

Principió desde luego por algunas escalas, pero ejecutadas con un aplomo y una precision, imposibles de creerse en una criatura de tan corta edad y de constitucion tan débil.

El pequeño músico se anima de repente; de las escalas pasa á los acordes, de los acordes á una sonata de Dussek, y en seguida, abandonándose á una fantasía caprichosa é infantil, deja volar sus deditos sobre el teclado, ora hiriendo las teclas con una terrible fuerza, ora pulsándolas con una delicadeza espresiva y formando modulaciones tan conmovedoras, tan patéticas que hacia que se les saltasen las lágrimas á los oyentes.

El padre habia dejado la lectura, la madre no se acordaba ya de hilar ni la niña de su zurcido, escuchando á aquel niño maravilloso.

—Ven, ven, dame un abrazo, maestro Wolfgang, exclamó el maestro de capilla con el doble entusiasmo del artista y del padre. ¡Ven! tú serás algun dia, con la ayuda de Dios, de la Vírgen del Loreto y del gran santo Juan Nepomuceno, un gran maestro, un gran compositor, un grande hombre! —¡Pobre niño, ¿Por qué no seré más rico para hacerte mas feliz?...

—Dime, papá mio, respondió Wolfgang, envalentonado con las caricias de su padre; ¿cuándo comeremos? ¡Tengo hambre!

—¡Pobre niño! dijo la madre suspirando dolorosamente.

Acto contínuo se levantó, abrió un armario, y cogiendo un pedazo de pan, se aproximó á su hijo.

—Come, le dijo, enjugando una lágrima, come; no tengo otra cosa que darte.

—¿Y para mi hermana? preguntó el pequeño, tomando el pedazo de pan.

—Allí hay otro poco que cogerá cuando tenga gana, repuso la madre.

—¿Y para tí, mi buena mamá? preguntó de nuevo Wolfgang.

—Yo..... no tengo necesidad, dijo la madre.

—¿Y papá? añadió el niño en cuyo rostro se pintaba cierta inquietud.

—Tu padre..... tampoco tiene necesidad, repuso la madre sin poder contener las lágrimas.

Entonces la niña, tirando la labor, corre á su madre, se arroja en sus brazos y exclama sollozando:

—¡No hay pan para papá ni para tí, y por eso nos dices que no teneis hambre! Pues bien, yo tampoco la tengo, mi querida mamá.....

El pequeño maestro miraba alternativamente á su madre y á su hermana, sin llevarse el pan á la boca, á pesar de su terrible apetito.

—No, hija mia, amor mio, yo no tengo gana, te lo juro. Cómete el pan con tranquilidad, Federica.

—Corriente, mamá; pero con la condicion de que le has de partir conmigo.

—Y yo le partiré con papá, dijo Wolfgang, partiendo efectivamente el pan en dos pedazos y ofreciendo á su padre la mitad. Tómalo, papá, tómalo, añadió pegando una patada, tómalo, ó como soy Wolfgang Mozart que ni siquiera lo pruebo.

Una gruesa lágrima que rodó de los ojos del pobre músico vino á humedecer el pan que su hijo le ofrecia.

—Haz lo que quieren nuestros hijos, mujer, exclamó haciendo una seña.—Dios mio, ¿por qué soy tan pobre!

—¿Tan pobre eres, papá mio? interrumpió Wolfgang con un encantador acento de ingenuidad.

—¡Ay de mí! Demasiado, contestó el maestro de capilla; y sin embargo, hijos mios, desde que nacisteis, y aun antes, por mejor decir, desde que me casé, puedo asegurar que he reducido cuanto es posible mi existencia para soportar los gastos de dos casas, la de mi madre y la de mi mujer, y además la subsistencia de los siete hijos que he tenido de mis dos matrimo-

nios. Si yo pudiera contaros, hijos mios, qué de enfermedades, qué de muertes, qué de desgracias de todo género he sufrido, no solo os convenceríais de que no he malgastado nunca ni un liard, sino que tambien reconoceríais la gracia especial del Señor, que me ha librado de contraer grandes deudas, cosa imposible de todo punto á no haber contado mas que con mis propias fuerzas.

—Verdad es, hijos mios, replicó la mujer del músico suspirando.

Entrambos niños escuchaban al padre sin comer todavía.

El maestro de capilla repuso:

—Hijos mios, os he consagrado mi vida entera, con la esperanza de que algun dia os podais bastar á vosotros mismos.

—Y á tí tambien, padre mio, interrumpió Federica.

—Claro está, hermana mia, dijo Wolfgang con cierto aire de autoridad, que contrastaba graciosamente con su atiplada voz y su rostro infantil; ya que papá ha trabajado para nosotros hasta hoy, bien podremos nosotros hacer ahora otro tanto para él.

—Pero tú eres demasiado niño, demasiado pequeño, dijo el padre conmovido.

—¡Demasiado pequeño! repuso Walfgang como indignado de semejantes palabras, demasiado pequeño; bien pronto he ser tan grande como mi piano.

—¡Pobre amor mio! dijo la madre acariciando la blonda cabellera de Wolfgang; ¿y qué sabes tú? ¿Qué podrias hacer, tan niño y tan delicado.

—Papá, que entiende de eso, dice que yo soy ya un gran maestro de piano. Pues bien, daré lecciones.

El padre y la madre se sonrieron en medio de su afliccion y de sus lágrimas.

—¿Y á quién has de dar lecciones?

—¿Dónde encontrarás discípulos más pequeños que tú? exclamó la madre, besándole en la frente.

—¡Vaya un apuro! Si no los encuentro más pequeños, daré lecciones á los mayores.

—Puede que tenga razon mi hermano, mamá, interrumpió Federica. Escucha; el otro dia, paseándonos junto á ese castillo que se ve desde la ventana, me llamó la señora de él, preguntando si eramos nosotros los hijos de Mozart, el maestro de capilla. Yo dije que si; ella continuó entonces señalando á Wolfgang.

—¿Y es este el chiquitin que toca tan admirablemente el piano?

—Para serviros, señora, respondió mi hermano.

—Despues la señora nos rogó que entrásemos, invitando á Wolfgang se sentase al piano.—Un hermoso piano, papá, con flores de oro incrustadas en la madera.—Cuando concluimos, porque yo tambien toqué, la señora quedó tan complacida, que nos regaló un bonito ducado; tú lo sabes, mamá; á tí te lo entregué.

—Y me contaste tambien esa historia, hija mia, replicó la madre; ¿para qué la vuelves á repetir?

—¡Oh! Yo lo arreglaré perfectamente, dijo Wolfgang; si papá quiere, iremos mi hermana y yo á recorrer el país. Nosotros somos guapos; Federica muy linda, así lo dijo la señora del c astillo; conque iremos por todas partes, en todas partes tocaremos, en todas partes nos regalarán ducados, te los entregaremos, y ya no serás pobre..... ¡Tú serás rico!

—Pues mira, mujer, no es una idea tan mala, esclamó el maestro de capilla, meneando la cabeza.

—Pero eso les fatigará demasiado, replicó la tierna madre.

—Puede que Federica se fatigara, dijo Wolfgang; pero yo no me canso tan fácilmente: hoy he subido y bajado la cuesta de al lado lo menos veinte veces, y de seguro que volveria á hacer lo mismo otras tantas, como quisiese papá.

—¡Oh! en cuanto á mí, dijo Federica, la dicha de ser útil á mis padres, hará que no me fatigue.

—¡Hijos de mi corazon! no, yo no soy desgraciado, gritó Mozart con una verdadera esplosion de sensibilidad; cuando Dios ha concedido á un hombre dos ángeles como vosotros, hijos mios, no, este hombre no puede llamarse desgraciado!....

—Leopoldo, interrumpió la mujer con solicita inquietud; ¿acaso piensas aprovechar el talento de estas criaturas?

—¿Y por qué no, mujer, si esa es la voluntad de Dios? respondió Mozart.

—Tengo miedo.....

—Miedo; ¿de qué, mamá? preguntó Wolfgang. Pues yo no tengo ninguno. Entraré en un salon como si tal cosa; me pondré al piano..... ya verás..... y tocaré..... tocaré mucho..... hasta que papá me diga: «Basta.»

—Y despues, cuando se canse mi hermano, ocuparé su sitio, añadió Federica. ¡Oh! mi querida mamá, no te opongas á nuestro proyecto; yo le pediré á Dios de dia y de noche, que nos dé fuerzas bastantes para aliviaros.....

—Sí, sí, mamita mia, repuso Wolfgang, acariciándola con mimo. Ya verás, yo trabajaré divinamente, y ganaré mucho dinero: tú eres la que me lo has dicho: Dios protege á los hijos obedientes; por eso nos protegerá..... lo mismo que San Juan Nepomuceno. Papá, ya he concluido de comer; cuéntame la historia de San Juan Nepomuceno, de ese santo cuya estátua tan grande está en el puente..... en seguida me iré á acostar.

—Pero si ya la sabes de memoria, le dijo su hermana.

—Lo mismo da, me gusta mucho oirla; así me voy quedando dormidito..... si papá quiere hacerme ese favor.....

—Sí, ángel mio, dijo el padre. Y sentando á Wolfgang sobre sus rodillas, comenzó de esta manera:

—Habia en Nepomuc un vicario del arzobispo de Praga, llamado Juan Welfin. Era un santo hombre, temeroso de Dios y que hacia tantas limosnas, que frecuentemente se quedaba sin tener con qué vivir. Cierto dia envióle á buscar el rey Winceslas, que entonces mandaba, y le dijo:

—«Juan Welfin, quiero que me descubras la confesion que hayas recibido estos últimos dias del arzobispo de Praga, de quien estoy muy descontento.»

—«Una confesion es sagrada para el que la recibe, señor, respondió el vicario.»

—«No importa, yo cargo sobre mi conciencia la responsabilidad de la falta, repuso el rey: dime la confesion.»

Pero Juan Welfin era un hombre justo y honrado: ni súplicas, ni promesas, ni amenazas le hicieron apartarse un punto de su resolucion. Enfurecido el rey por aquella inacostumbrada resistencia, mandó que le quitasen la vida. Entonces, en una noche muy oscura fué arrastrado el pobre vicario hasta el puente, en el mismo sitio en que hoy se eleva su estátua, siendo arrojado al rio desde allí. Despues, Juan Welfin, que en la tierra no era más que un pobre hombre, es ahora el abogado de la Bohemia en el reino de los cielos. Por eso se reza todos los dias para que os proteja á tí y á tu hermana.

Aquí calló el maestro de capilla, apercibiéndose al fin que el niño se habia quedado dormido sobre sus rodillas.

—¿Ves su debilidad? murmuró la mujer de Mozart, tomando á Wolfgang y desnudándolo para acostarle; mira, y aun querrás hacerle viajar, hacerle ganar la vida!

—Dios es grande, mujer, replicó Mozart; él da fuerza á los débiles, valor á los tímidos y feliz éxito al que confia en él. Mañana me pondré en marcha con mis hijos; harás decir tres misas en la capilla de la Virgen de Loreto, otras tres en la iglesia de María...... dos en el altar de San Francisco de Paula y otras dos en la parroquia de San Juan Nepomuceno, y con esto no dejaremos de salir bien. Prepara, pues, algun lio, porque el sol de mañana ha de alumbrar nuestro camino.

—Cúmplase la voluntad de Dios! esclamó la buena madre, obedeciendo á su marido.

. . . .

Dábase cierto dia en Viena un brillante concierto en el palacio de la emperatriz de Austria, María Teresa, esposa del emperador Francisco I.

Hallábase reunido en aquellos salones lo más aristocrático y elegante, no solo de aquella córte, sino de las principales de Europa.

Por todas partes se veian ricas plumas, diamantes, trages maravillosamente bordados vestidos y adornos deslumbradores, cuando con general sorpresa aparece en la puerta del salon principal un hombre, asaz modestamente vestido, seguido de dos niños.

El continente de aquel hombre era respetuoso; los niños, por el contrario, parecian nada intimados al aspecto de todo aquel lujo, de todos aquellos señores y damas que les observaban con curiosidad.

—Por ventura, ¿será ese el maestro de capilla con los niños que llaman la atencion de toda Viena? preguntó la emperatriz á su maestro de ceremonias.

—Sí, señora, respondió este, y puedo asegurar á V. M. I. que no se encuentra cosa igual; pues hace unos dias que les ví en la embajada francesa, adonde tuve el honor de ser invitado. La niña toca mucho. pero el chiquitin es aun más sorprendente.

—Hacedles principiar, dijo la emperatriz.

El maestro de ceremonias, despues de haber avisado á Mozart, condujo sus niños al piano.

Tocó primero Federica; su ejecucion era tan limpia y tan brillante, que todos admiraban á aquella pálida y delicada niña.

Cuando terminó, los elogios resonaron por todas partes.

—Esto no vale nada en comparacion de mi hermano, dijo Federica á los que la cumplimentaban.

Y la encantadora niña cuidó con un celo maternal, que su hermano estuviese bien colocado, cómodo y bastante alto, para que pudiese mover sus bracitos con libertad.

Entonces el niño, sonriendo á los que le rodeaban, posó sus manecitas sobre el teclado, y sin esfuerzo alguno, sin la duda siquiera de que su talento pudiese escitar la general admiracion, dejó á sus pequeños dedos ir, venir, correr, pareciendo divertirse con las teclas, las que pulsaban sucesiva y simultáneamente, y sobre las que volaban, sacando como por encanto de aquellas pulsaciones acordes puros, graves, sonoros, suaves y mágicos en una palabra.

Todas las miradas estaban clavadas en aquellos dedos pequeñitos, tan ágiles, tan espresivos.

El maestro de capilla mas ejercitado no hubiera podido desplegar un conocimiento tan profundo en la armonía y las modulaciones, que aquel niño ponia en vibracion, no más que guiado por una inspiracion divina.

El asombro y el interés se pintaban en todos los semblantes.

Cubrióse el teclado con un paño, y el niño ejecutó con la misma rapidez y precision, á pesar de no distinguir ninguna tecla. ¡Tal era su seguridad!

El emperador, la emperatriz, toda la córte estaba maravillada.

Cuando Wolfgang se detuvo cansado, sofocado, su pobre frentecita nadaba en sudor.

La emperatriz le hizo seña que fuera á darle un abrazo.

Levantóse para obedecer; pero aturdido con el rumor de las alabanzas y con el resplandor de las luces, todavía entumido de haber permanecido sentado tanto tiempo, al primer paso que aventuró sobre el tablado, encerado y reluciente, deslizóse y cayó.

Una jóven se precipitó de su sitio para levantarle.

—¿Os habeis hecho daño, amiguito mio? le dijo con la más cariñosa solicitud.

Al pronto, como ofuscado por la belleza de aquella señora, permaneció sin responder.

Despues, recobrando la voz y estrechando entre sus pequeñas y delicadas manos, la mano tambien delicada y pequeña de la jóven señora, esclamó:

—Sois muy hermosa, señora; yo quiero casarme con vos.

Una carcajada universal siguió á estas palabras; pero el niño continuó sin desconcertarse.

—Me llamo el maestro Wolfgang Mozart; y vos, ¿cómo os llamais?

—Yo, María Antonieta, respondió la jóven con una voz tan dulce, que conmovia al corazon menos impresionable.

¡Ay! Aquella mujer que el niño Mozart escogia tan ingénuamente para esposa, era la archiduquesa de Austria, la futura reina de Francia.

La pobre jóven no alcanzó la dicha que la hubiese cabido siendo la esposa de Mozart.

Más tarde, el gran compositor era coronado públicamente y victoreado por la poblacion entera de Viena; y la jóven María Antonieta, la reina de Francia, la esposa de Luis XVI, subia á un cadalso.

Pero volvamos á nuestro héroe infantil, sentado á la sazon sobre las rodillas de la emperatriz, y recibiendo á porfía caramelos, bombones, flores y toda clase de golosinas.

—¡Qué calor! esclamó la emperatriz, enjugando la frente del pequeño músico con un pañuelo de batista perfumado; debes estar muy cansado, ¿no es verdad, niño mio?

—No señora, respondió Wolfgang. Estoy tan contento de agradar á papá, que nunca me canso.

—Qué hermoso corazon, repuso la emperatriz; ¿Y quieres mucho á tu papá?



UN MERCADO EN «BANAT,» EN HUNGRÍA.



SALIDA DE MISA DE LA IGLESIA DE SAN GERMAN DE L'AUXERROIS, EN PARIS.

—¡Oh! señora, muchísimo; él es tan bueno! Nunca me regaña.

—Y dime, ¿no te fastidia tocar tanto el piano?

—¡Diantre! no, todos los dias me divierte; pero papá dice que no se ha de hacer únicamente lo que á uno le guste.

—¿Sabes que si continúas así, vas á ser un gran músico?

—Así lo espero, señora; cuando sea mayor haré óperas, grandes óperas. ¡Oh! Cuánto gozará mi papá, cuando vea, por ejemplo, coronar á su hijo!

—¿Y tú estarás muy contento?

—Cuando mi papá es feliz, lo soy yo tambien.

De este modo recorrió Wolfgang con su padre y su hermana, la Francia, la Italia, la Inglaterra y la Alemania.

En todas partes fué admirado y obsequiado.

En todas partes alcanzó el más precioso de los elogios; el que su padre le dirigia todas las noches al acostarse, dando gracias á Dios por haberle concedido aquellos dos ángeles: Federica y Wolfgang.

A los quince años, Mozart, estando en Milan, compuso el *Mithridates*, que se ejecutó en la misma ciudad, obteniendo un éxito magnífico.

Antes de su muerte era reconocido por uno de los primeros maestros.

Despues de su muerte, su música ha alcanzado lo que solo alcanzan las obras del verdadero genio: la inmortalidad.

C. J.

PARA UN ALBUM.

De la vanidad en pos,
Gentes nobles con esceso
Dijeron: *Despues de Dios*,
Es la *casa de Quirós*;
Y yo no paso por eso.

Gentes que tanto exageran
No saben que hacen el bú:
¿Qué dirian si te vieran?
¡Vaya! Digan lo que quieran,
Despues de Dios, eres tú!

E. BLASCO.

¿Recibes? ¿Duermes?

Un secreto guardaba,
para en su dia
confiar á mi amado
si no dormia.
¡Suerte tirana!
El opio del olvido
causa galbana.

¿Para qué «*Si recibo*»
me preguntaste,
si en brazos de Morfeo
te abandonaste?
Sigue durmiendo,
con tu «*Lluvia de oro*»
felice siendo.

Que si dudas tuvieras
que te mataran,
sosegar un momento
no te dejáran.
Asi te escudas.
Esto sí que se llama
beso de Judas.

URANIA.

EL SOL Y LAS ESTACIONES.

Estamos en pleno verano.

El termómetro, á quien sin duda desagradan las cosas que pasan en nuestra tierra, ha liado su petate, ha puesto piés en los vientos y anda por las nubes.

El aire que se respira es fuego.

El sol nos abruma como la plaga de presupuestívoros á la pobre España.

Parece que la savia de vida que recogimos en la primavera le es necesaria y pretende despojarnos de ella á todo trance.

Hecho escandaloso que guarda perfecta armonía con estos tiempos en que nadie está contento con lo suyo.

Todos necesitan ó creen necesitar lo del prójimo, mal que pese al décimo mandamiento.

Es, pues, natural que el rey de los astros imite á la humanidad, ya que está condenado á pasar la vida entre ella.

Es más que natural: es indispensable.

Sin el calor, esto es, sin el sol, no viviriamos; somos sus vasallos: y ¿cómo se ha de permitir el siervo una costumbre que esté conforme con las de su natural y absoluto señor?

¡Señor absoluto!

Estas palabras hacen brotar espontáneamente de mi pluma la siguiente proporcion.

El sol de verano es á los que le sufren, como los casados de municion á las infelices mujeres que les elijen por media naranja.

Quien manda, manda. Nada de razonar, náda de discutir. Quepa ó no quepa, cartuchera en el cañon.

Pero ¡ay! que esas mujeres tienen al menos el desesperado recurso de echarse por esos trigos de Dios ó de hacer valer su derecho con el Código en la mano: los maridos en esta situacion, de fijo piensan como cierto personaje de una zarzuela de Picon, que dice:

«Cuando el pueblo se pronuncia,
Hay que hacerse liberal.»

Y caso de que no se les ocurra tal cosa, la costilla puede, ya lo hemos dicho, imitar al cabeza de familia: declararse libre.

Yo, agobiado por el calor, no solo no puedo hacer otro tanto, sino que siquiera hilvanar el discurso liberal del otoño al rey del verano.

Habiamos llamado al sol rey de los astros y ahora le llamamos rey del verano. Lo mismo da.

El ayer rey de Cerdeña, hoy se llama rey de Italia; el rey de Nápoles, Paco Bomba ó Paco dos; Othon el de Grecia, Othon á secas. Esto de los nombres es cuestion de poca monta.

Meditando sobre lo que llevamos dicho, vendremos á parar en que Byron sabia lo que se pescaba cuando esclamó:

«El hombre es juguete de las circunstancias, hasta cuando las circunstancias parecen juguete del hombre.

Esto podemos convertirlo en

«Todo lo que sucede reconoce por ley á las circunstancias.»

Y para probarlo echaremos mano del altivo y absoluto señor, del rey de los astros, que baja de humos en el invierno que es una alegria.

Entonces ve frente á frente un ejército de nubes y vientos; presiente un fin análogo al que han tenido y tendrán algunos compañeros suyos,—nos referimos al déspota,—é inclina un tanto la cerviz, y todas sus ideas absolutas las funde en el siguiente grito:

—¡Viva la libertad!!

Y nos trata como de igual á igual.

Por las mañanas, apenas ha encendido el dia su primer fósforo, entra en nuestro dormitorio, nos despierta, nos muestra la luz, y os invita á salir, olvidando el tiempo que nos tuvo á la sombra.

No se desdeña de asistir á nuestras comidas, aunque tenga que penetrar por un cristal, por una rendija ó por una medio cerrada ventana.

Por las tardes nos acompaña en nuestros paseos, haciendo tanto por agradarnos, que dificilmente se reconoce al que algunos meses antes nos decia: «¡Esclavo, no salgas, ó te achicharro!»

El resto de su eclipsado poder es empleado en calcular quién tendrá las condiciones necesarias para servirle de escalera; porque ¡treparia con tanto placer á su antiguo puesto!...

Se echa en brazos de la intriga, respetable señora, de cuya amabilidad ninguno puede decir nada en contra, si bien en la reputacion ha tenido que gastar mucho hilo, para convertir en zurcido lo que fuera desgarron.

Empiezan á trabajar de consuno.

Él dirige: ella obra.

Y antes que me vea en la imposibilidad de hacerlo, debo echar en cara al ex-déspota el haber presentado á más de cuatro á su consorte, sin cuya presentacion no hubiéramos perdido nada.

Pero no nos desviemos de nuestro propósito; porque á la verdad, seria gracioso que perdiésemos el hilo, apenas acabamos de hablar del hilo.

La intriga pone al sol en contacto con el invierno, que aun novicio en el arte de gobernar, se deja guiar por su astuto predecesor.

El despotismo vuelve, aunque con forma diferente: antes sufriamos el calor; ahora sufrimos la ausencia del calor, el frio.

Y por aquello de que un mal presente *arroja en el* olvido un mal pasado, llegamos á olvidar al déspota veraniego, y nos hacemos la ilusion de que fué menos malo que su sucesor.

Dado ya este paso, la intriga toma otro camino.

Se pone á la primavera en perspectiva, y se nos hace soñar con flores embalsamadas, arroyos cristalinos, pájaros cantores, alboradas purísimas, mañanas deliciosas y tardes serenas.

Al mismo tiempo el real conjurado seduce á la jóven y hermosa estacion, que como mujer, es frágil, y se deja seducir.

Tambien como mujer es coqueta, y su coquetería la emplea con nosotros, que, á nuestra vez, somos los seducidos.

Repartiendo sonrisas, prodigando flores, desatando céfiros, depositando en la garganta de cada avecilla un caudal de armonía, hace porque olvidemos lo pasado, y lo olvidamos; que siempre una verdad amarga pierde mucho influjo ante una mentira dulce; y siempre la realidad desaparece ante un sueño. ¡Y es tan hermoso el sueño de amor de la primavera...!

Cuando menos lo esperamos, vuelve aquello.

Aquello es esto.

Esto, es el sol.

Una vez seguro del golpe, se nos echa de nuevo encima, y aquí fué Troya.

Ya no hay piedad; ya no hay compasion.

Recordadle que fué vuestro enemigo, y le perdonásteis.

Recordadle que mendigó vuestra amistad, y se la concedísteis verdadera.

Recordadle su grito «¡Viva la libertad!»

Recordadle otra porcion de cosas que no estarán fuera de su lugar, y á lo más, os dirá:

—La felicidad que anhelais es más dificil de conservar que de adquirir, y no existe para los tontos.

. . . .

Vuelve mi pluma á escribir de *motu proprio*: no es una nueva proposicion: son dos palabras.

¡España!... ¡Italia!...

Esta se halla al comienzo de la primavera.....(1) aquella despide al invierno. Es indudable que llegarán á verse halagados por la hermosa repartidora de las auras embalsamadas y las cándidas flores. ¿Sabrán detenerla y seducirla sin dejarse seducir?...

En tanto que el lector, si le place, resuelve este problema, yo dejo la pluma, estampando antes una exclamacion, que si no brota de todos los lábios, está espresada por todos los semblantes.

—Maldito calor! Bienaventurados los peces, porque ellos gozan de perpétuo baño.

PEDRO MARÍA BARRERA.

GLOSA.

Adan no pudo pecar;
Cristo no resucitó;
San Juan no se bautizó:
Nadie se puede salvar.

A través de las edades,
Y entre profetas sin cuento,
Cuatro mentiras yo siento
Que no son sino verdades:
Seran tal vez vaciedades
Que se debieran callar....
Mas no sé por qué ocultar
Lo que claro debe ser:
Hasta que tuvo mujer
Adan no pudo pecar.

Dios, por bienestar del hombre,
Con voto muy decidido,
Quiso fuese redimido
Quien se formó por su nombre;
Por lo tanto, aunque os asombre,
A la tierra descendió,
En el Gólgota murió,
Se cumplió su profecía;
Pero hasta el tercero dia
Cristo no resucitó.

(1) Aquí suprimimos una palabra: nuestro periódico no es político, y en la duda de si nos saliamos ó no de nuestro verdadero terreno, preferimos decir «*primavera...*» á «*primavera política.*»

Otra cuestion hay pendiente
Sobre el agua del bautismo:
Dios se bautizó á sí mismo,
En señal de penitente,
Y aunque su primo, presente,
Su bello ejemplo imitó,
Fué porque Dios lo rogó
Con afan y celo vivo;
Pues por su propio motivo
San Juan no se bautizó.
Alcanzan premio y favor
Los que viven en el mundo
Con un anhelo fecundo
De servir al Criador;
Mas aquellos que el temor
De haber podido pecar
No les hace meditar,
Que tengan por cierta ciencia
Que sin hacer penitencia
Nadie se puede salvar.

ENRIQUE DOMENECH.

RESEÑA HISTÓRICA DE LA FOTOGRAFÍA,

DESDE SU ORÍGEN HASTA NUESTROS DIAS.

I.

INTRODUCCION.—Descubrimiento de la cámara oscura.—Propiedades del nitrato de plata.—Desarrollo de las imágenes sobre planchas de plaqué.—El diorama de Mr. Daguerne.—El daguerreotipo.

El asunto que hoy pone la pluma en nuestra mano es uno de esos grandes y gloriosos descubrimientos que de vez en cuando brotan de la mente de hombres eminentes, en quienes Dios deposita un ahorro de su inmensa sabiduría, para que vengan á difundirla entre nosotros con sus sábios esperimentos.

Por eso nosotros, humildes admiradores de todo lo bello, de todo lo grande, nos proponemos reseñar, aunque muy ligeramente, uno de los más grandes descubrimientos de nuestro siglo, que ha operado, por decirlo así, una magnífica revolucion en la esfera del arte; desarrollándose en el corto espacio de algunos años de un modo tan maravilloso, que hasta las clases menos acomodadas disfrutan ya de los inmensos beneficios que ha reportado á toda la sociedad en general.

Nuestro objeto, al escribir sobre la fotografía, no es otro sino el de dar á conocer su historia desde su primer germen hasta nuestros dias; absteniéndonos de entrar en minuciosos detalles científicos, que si bien ampliarian mucho más el asunto, en cambio nos llevarian mucho más allá de los límites que hemos trazado á este mal pergeñado artículo.

Sentado esto, entremos ya de lleno en nuestro propósito.

Venecia, la hermosa Venecia vió mecerse sobre sus tranquilas aguas la cuna del gran artista que dió el primer paso por la escabrosa senda de la fotografía: de aquí que sea tan bella, tan atractiva. ¿Y cómo no habia de serlo, cuando en su infancia fué arrullada por la reina del Adriático?

Juan Bautista Porta, célebre pintor veneciano, fué el inventor de la cámara oscura, con la cual consiguió sacar las hermosas vistas de Venecia, que asombraron al mundo artístico por la verdad en la copia, y por los magníficos detalles que arrancó, por decirlo así, á la propia naturaleza.

¡Cuán ajeno estaba entonces el gran artista de que aquel descubrimiento, debido á sus muchas vigilias y al grande amor que profesaba al arte, tres siglos más tarde llegaria á un grado tal de perfeccion, que las eminencias artísticas no podrian menos de tributarle elogios tan grandes como merecidos!

Y no se vaya á creer por esto que la fotografía, con el descubrimiento de la cámara oscura, comenzó á desarrollarse tal como era de esperar: nó, nada menos que eso; porque permaneció estacionaria, hasta que en el año 1765 Scheele descubrió las propiedades del nitrato de plata, cuya disolucion, puesta en contacto con una sustancia orgánica, se ennegrece á la accion de la luz.

Esto no obstante, Mr. Francisco Arago dice que, en el año 1566, el gran químico Fabricius fué el primero que halló esta propiedad en las sales de plata. Pero sea lo que fuere, lo cierto es que la fotografía no dió señales de vida hasta fines del siglo pasado, en los salones del Conservatorio de Paris, cuando el sabió esperimentador Mr. Charles reprodujo perfiles sobre papel nitratado, esponiéndolo á la luz con las condiciones necesarias para que la imágen se reprodujera con la mayor precision posible.

Como se vé, este era un gran descubrimiento que no podia menos de sorprender en aquella época, y dar brillantes resultados para lo sucesivo.

Algunos años más tarde, esto es, en 1802, Mr. Davy publicó una estensa nota, cuyo título es el siguiente: *Descripcion de un procedimiento para copiar pinturas sobre vidrio y hacer contornos por la accion de la luz sobre el nitrato de plata.*

Un año despues, el doctor Thomas Boung hizo tambien algunos esperimentos, que si no dieron los resulapetecidos, hicieron concebir la idea del mucho partido que se podia sacar de todo lo que hasta entonces se habia descubierto.

Vemos, pues, como en el corto período de algunos años se habia conseguido, no tan solo reproducir sobre papel, sino copiar pinturas sobre vidrio.

De modo, que tenemos ya tres grandes descubrimientos para el desarrollo de la fotografía, que no paró ya hasta llegar al grado de perfeccion en que hoy la conocemos.

Inútil será decir que todos estos esperimientos se hacian por medio de la cámara oscura, sin cuyo auxilio nada hubiera podido reproducirse.

Pero á pesar de todos estos ensayos, la fotografía no comenzó su glorioso período hasta 1827, en que Niepce de San Victor obtuvo magníficos resultados, con los cuales logró fijar las imágenes de la cámara oscura sobre planchas metálicas preparadas con bálsamo de Judea y esencia de la Banda.

Al mismo tiempo que Niepce de San Víctor conseguia desarrollar las imágenes sobre planchas metálicas, Mr. Daguerre hacia experimentos en igual sentido, sin apercibirse de que tenia un adversario que entonces estaba mucho más adelantado que él en el asunto que ambos se habian propuesto perfeccionar.

Pero la casualidad, esa diosa que tanto influye en los grandes descubrimientos, hizo de modo que los dos rivales se encontrasen un dia, para que ambos impulsados por un mismo deseo, resolvieran por mitad el gran problema de la fotografía.

Hé aquí cómo aconteció este encuentro.

En aquel mismo año se presentó al público de Paris el famoso diorama que tanto llama la atencion por las sorprendentes vistas que ofrecia. Sobre todo, lo que más admiracion causaba era ver que en un mismo cuadro la noche sucedia al dia, tan admirablemente ejecutado, que no parecia sino que la naturaleza impulsaba con su soplo vivificador aquella trasformacion tan sublime. Otras veces se veia un hermoso paisaje engalanado con todos los atractivos de la primavera, cambiarse insensiblemente en un invierno árido y frio, con una ilusion que no podia ser más completa.

El autor de tan famosas vistas era Daguerre.

Uno de los que visitaron este diorama fué Niepce de San Víctor, que no pudo menos de entrar en deseos de conocer al autor de aquel portento.

En efecto; ambos se vieron y se comprendieron.

Puestos, pues, en contacto aquellos dos grandes genios, se manifestaron los trabajos que tenian hechos; concluyendo, despues de algunas entrevistas, por asociarse, para realizar, si les era posible, un descubrimiento que indudablemente habia de darles honra y provecho.

Así asociados, para perfeccionar los trabajos de Niepce, el 14 de diciembre de 1829 hicieron un convenio, por el cual ambos quedaban obligados á participarse mútuamente los adelantos que fuesen adquiriendo.

Y en efecto; poco tiempo despues, Mr. Daguerre fué el primero que consiguió fijar la imágen sobre plaqué por medio del yoduro de plata, con lo cual logró sorprender á su asociado cuando le participó tan fausta noticia.

Viendo, pues, que ya habian logrado su objeto, convinieron en dar á aquel descubrimiento el nombre de su autor, por lo cual se le llamó el DAGUERREOTIPO.

Tan pronto como sus desvelos fueron coronados con el escrito que ya hemos visto, se presentaron á Mr. Arago para participarle el gran descubrimiento que acababan de hacer.

Entonces este eminente sábio dió cuenta de él á la Academia de ciencias, la que á su vez lo hizo presente al gobierno, que comprendiendo la importancia de aquel descubrimiento, acordó señalar una pension vitalicia á cada uno de los asociados, para que el público pudiera disfrutarlo en beneficio suyo.

¡Rasgo digno de un gobierno ilustrado que mira por la gloria de su nacion!!!...

Hasta aquí el primer período de la fotografía.

(Se concluirá.)

GONZALO HONORIO.

UN MERCADO EN HUNGRÍA.

Teodoro Valerio es uno de los artistas más infatigables que se conocen, pues ha ocupado toda su vida en recorrer el mundo con la cartera bajo el brazo y los pinceles ó los lápices en la mano. En 1836, y cuando apenas habia salido del estudio de Chaulet, emprendió sus primeros viajes, visitando sucesivamente la Alemania, la Suiza, la Italia y la Sicilia.

Más tarde pintaba ya, dibujaba, litografiaba con incansable actividad, y con una elegancia y verdad asombrosa, los habitantes de la Hungría, de la Bosnia, de la Trasilvania y las provincias danubianas. En la mayor parte de los Museos y galerías particulares se encuentran algunos de esos bellísimos cuadros debidos á su pincel, en los que se hallan retratados los pescadores de la Theisies, los pastores slovacos, los Bachibouzouks Kurdes, los Serrachamers de los regimientos de Ottochaz, los campesinos de Szolnok ó los montañeses de Matra; los Tsiganes de Hungría y de la Servia, y los Tsibos de las orillas de la Koros.

En el grabado que hoy ofrecemos á nuestros suscritores, el hábil artista ha agrupado los tipos de *Banat*, subdivision administrativa de la Hungría. En él aparecen dándose la mano, como para terminar un negocio comercial, un propietario de las estensas llanuras del Dueste y un montañés de las Karpates.

A un lado del cuadro cierta jóven, indiferente á las transacciones comerciales, consulta á una gitana, al parecer versada en el arte de la quiromancia. Al fondo se estiende la llanura. Si las damas de *Banat* pueden adornarse con ricas pieles, si los jóvenes usan magníficos vestidos bordados y sombrerillos cuajados de oro y pedrería, lo deben únicamente á los productos de ese desierto fértil, por el que cruzan diariamente, y con abundancia asombrosa, el trigo, la cebada, la avena, el cáñamo y el lino.

LA PESCA DE NOCHE.

Cuando sobre nuestras mesas vemos aparecer esos deliciosos pescados que tan gratos nos son al paladar y que el ferro-carril ha conducido casi vivos por la mañana á nuestros mercados, qué lejos de nuestro pensamiento se halla á precio de cuántas fatigas y sufrimientos nos ha sido procurado este placer.

Porque es ruda y sobre todo peligrosa la existencia de esos pobres pescadores, que sin temor á la muerte que arrostran á cada momento, ni á las horribles enfermedades que continuamente les diezman, van á buscar bajo las encrespadas olas de un mar embravecido ese pescado cuya venta debe proporcionar el pan necesario para la subsistencia de toda una familia, que anhelante espera, siempre llena de agonía y elevando sus oraciones al cielo, la vuelta del pescador.

El grabado que hoy ofrecemos representa la terminacion de una pesca de noche. Los pescadores acaban de retirar las redes, y alumbrados por el farol que pende de las cuerdas del velámen, se preparan á ganar el puerto. En tanto que los unos recogen el pescado entre las redes, los otros doblan el cabrestante donde se arrolla la cadena del ancla.

«El que pesca un pescado, ha dicho Franklin, retira del agua una moneda.» Bien mezquina es sin duda alguna, y las más veces bien insuficiente para recompensar las fatigas y los peligros á que se ven diariamente espuestos esos infelices que, á precio de su salud y de su vida, proveen nuestros mercados, para que los acaparadores de las ciudades, vendiendo el pescado á un escesivo precio, se hagan ricos en poco tiempo, como sucede y estamos viendo todos los dias.

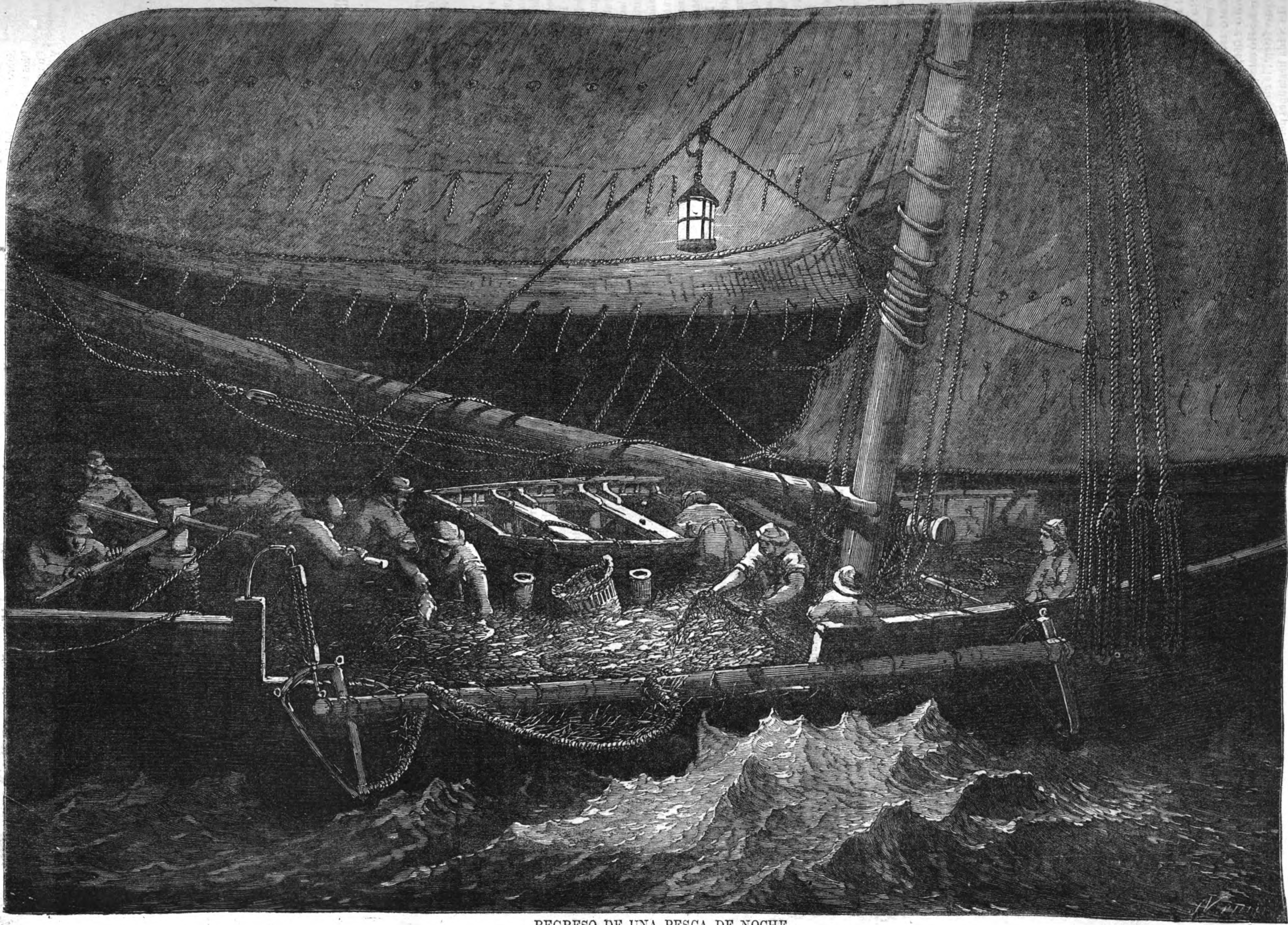
AVISO.

Advertimos á nuestros suscritores no se servirá ninguna reclamacion posterior á los quince dias de haber salido el número: pasado este tiempo, las reclamaciones de números por parte de los suscritores deberán ser acompañadas de sellos de franqueo.

No habiéndonos concluido la cabecera que teniamos destinada para este dia, y con el objeto de no demorar la publicacion de nuestro número, nos hemos visto obligados á insertar una de las ya publicadas.

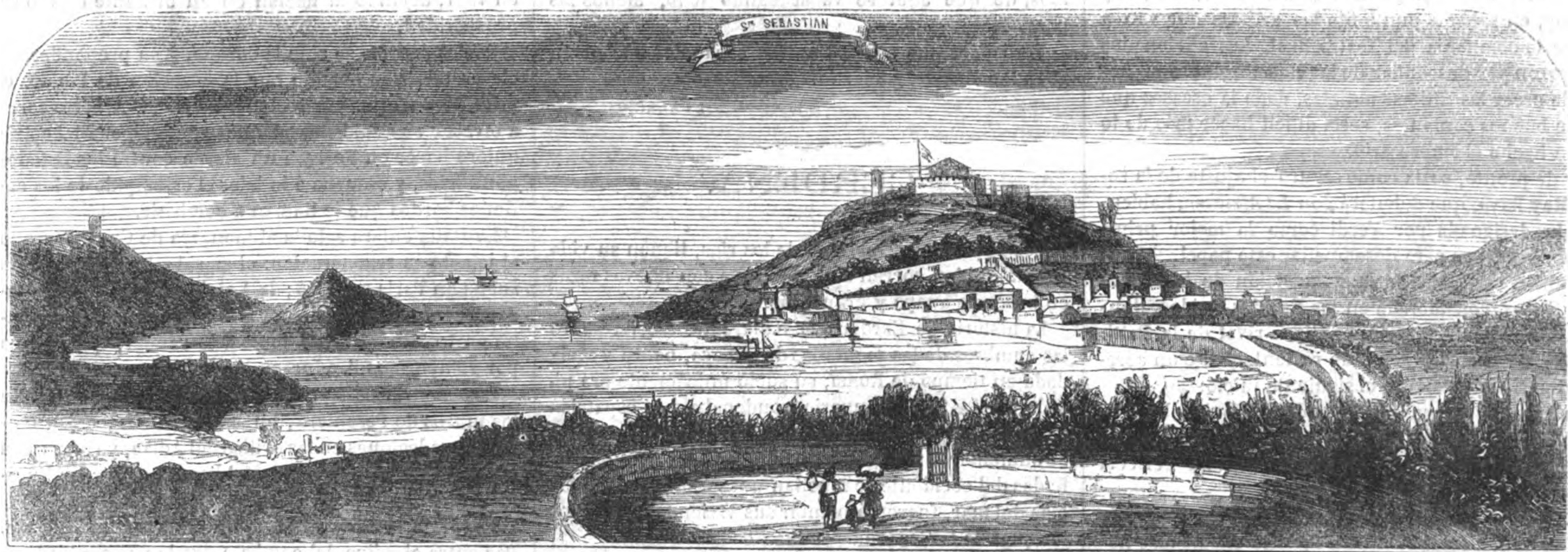
Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



REGRESO DE UNA PESCA DE NOCHE.

El Periódico ilustrado.



Número 25.

DEL 24 AL 31 DE AGOSTO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en **MADRID**.
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	5 cuartos en **PROVINCIAS**.
Ultramar.	Un año 80 »	—Seis meses 50 »	

EL INFANTE D. FRANCISCO.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

El dia 10 de marzo de 1794, y en el pintoresco pueblo de Aranjuez, vió la luz el personaje cuyo retrato publicamos, siendo sus padres Cárlos IV y María Luisa, y su padrino su tio el señor infante D. Antonio.

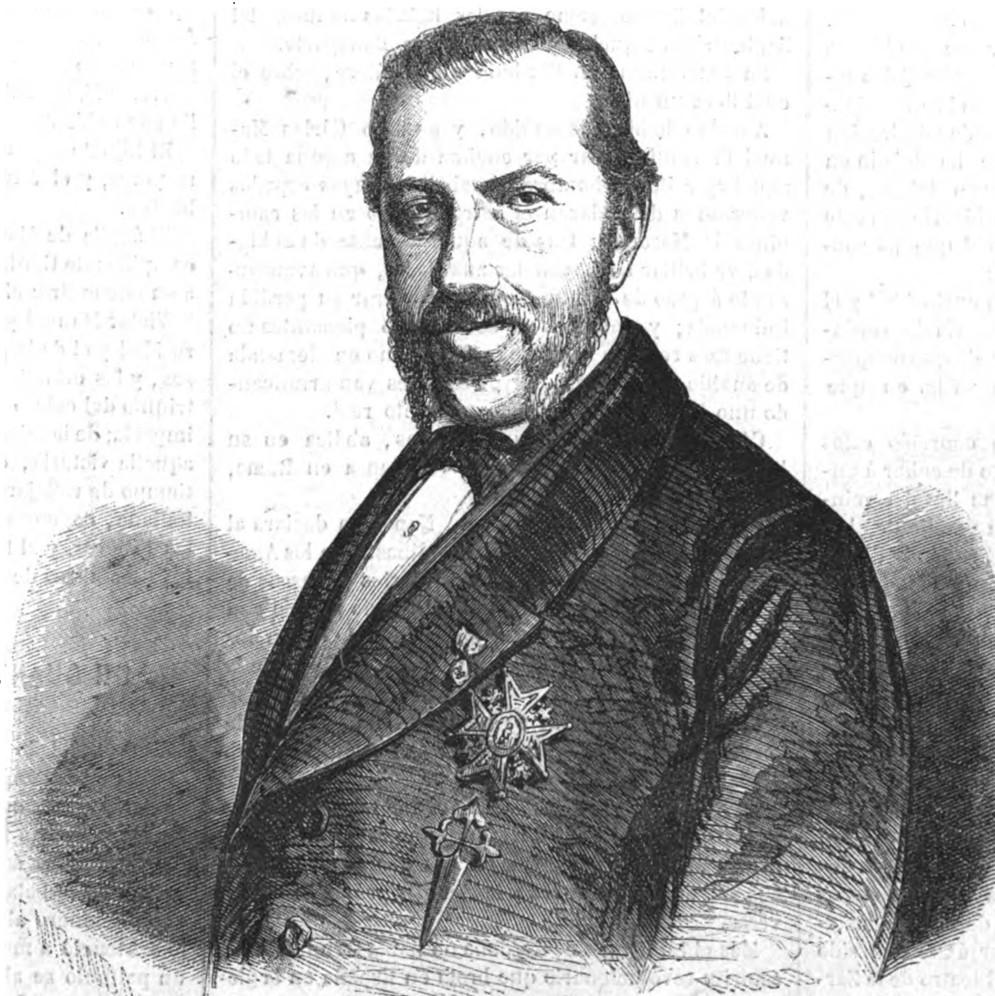
Catorce años tendria cuando su padre le llamó á su lado desde Bayona, disponiéndose la partida para el dia 2 de mayo. Partió en efecto la reina de Etruria; pero al ir á partir los infantes, la indignacion del pueblo, contenida hasta entonces, estalló; cortáronse los tirantes de los coches, un ayudante de Murat fué atropellado por las turbas, y así principió aquella lucha de gigántes, conocida en la historia con el nombre de guerra de la independencia.

Ahogado en sangre aquel motin, los infantes fueron trasladados á Bayona, donde Cárlos IV firmó su abdicacion, en la que no consta la firma del infante don Francisco. Este fué conducido á Fontainebleau, y despues á Compiegne con la familia real, estableciéndose en 1812 en Roma. La caida de Napoleon motivó su regreso á España en 1818, casándose al año siguiente con la hija del difunto rey de las Dos Sicilias, Francisco II, y hermana de doña María Cristina, elevada más tarde al trono de España por su enlace con Fernando VII.

En julio de 1832 marchó el infante D. Francisco á Sevilla, regresando precipitadamente á la córte á la muerte del rey, y contribuyendo en gran manera á la proclamacion de Isabel II, ayudado por su mujer doña Luisa Carlota, cuyo amor á las ideas liberales corria parejas con su talento.

En 1838 abandonó la córte D. Francisco con toda su familia, á la cual volvió despues de cuatro años de permanencia en Francia, sufriendo á poco el dolor de la pérdida de su esposa, muerta el 29 de enero de 1844, sin ver logrado el objeto de sus más ardientes deseos: la union de su hijo primogénito con la princesa que ocupaba el trono; union que al fin llegó á verificarse en 1846.

Desde esta última fecha, el infante D. Francisco vivió primero en Guipúzcoa, despues en Búrgos, más adelante en Valladolid, y desde mayo de 1850 en esta córte, donde ha fallecido el 13 del corriente, en su morada del palacio de San Juan, á los setenta y un años de edad.



EL INFANTE D. FRANCISCO.

Ha dejado á su muerte siete hijos:

El primogénito, D. Francisco de Asis, casado con S. M. la reina.

El infante D. Enrique, nacido en 17 de abril de 1823, y cuya esposa, doña Elena de Castellvi, hija del conde de Castellá, murió hace poco.

Doña Isabel Fernandina, nacida el 18 de mayo de 1821, esposa del conde Ignacio Gurowski.

Doña Luisa Teresa, nacida el 11 de junio de 1824, y casada con el señor duque de Sesa.

Doña Josefa Fernanda, que nació en 22 de mayo de 1827, y contrajo matrimonio con D. José Güell y Renté.

Doña María Cristina Isabel, que vió la luz en 5 de junio de 1833, esposa hoy del infante D. Sebastian, su tio.

Y doña Amalia Felipa Pilar, nacida en 12 de octubre de 1834, y que se enlazó con el príncipe Adalberto de Baviera.

Su cadáver, depositado provisionalmente en una habitacion de su palacio hasta las doce del dia 14, ha sido trasladado al real sitio del Escorial, y sepultado en el panteon correspondiente á su gerarquía, ante una multitud de grandes dignatarios, entre ellos el subsecretario de Gracia y Justicia, encargado de dar fé de la entrega del cadáver con el juramento de costumbre; por los monteros de Espinosa, guardianes perpétuos de su alteza.

El acta de todas estas ceremonias, como siempre sucede, quedará depositada, por ser uno de sus privilegios, en la familia de los monteros de Espinosa.—X.

REVISTA DE LA SEMANA.

Todo el interés del público está concentrado, hoy por hoy, en saber á punto fijo los artistas que van á formar la compañía del Teatro Real. Los aficionados empezaron por desconfiar de la eleccion; pero si hemos de creer las últimas noticias, dada la escasez que hay de buenos cantantes, seria difícil hacer más de lo que ha hecho el empresario.

Por de pronto, se da como seguro el ajuste de la señora Rey Baya, que debutará con *La Africana*; habiendo sido designada por Verdi como la mejor prima donna de Europa para desempeñar este papel.

Tambien se habla de la adquisicion de la señora Agata States, considerada en los Estados-Unidos, donde ha hecho su carrera, como digna rival de la Patti, y acerca de la cual ha emitido recientemente un acreditado periódico italiano el siguiente juicio:

«La Sra. States, que nos llega de California, ha desarrollado su talento é instruccion bajo la direccion del egregio maestro Vannuccini. Es una perfecta soprano.

Su *debut* en Florencia ha tenido lugar ante un público severo; su triunfo ha sido por lo mismo más notable y glorioso. Su voz puede calificarse despues de esta audicion de *prodigiosa;* tiene una potencia estraordinaria, es dulce, pastosa, flexible y siempre entonadísima. Grande en estension y agilidad, es deliciosa en los trinos y arpegios.

La Sra. States no deja nada que desear, y fuerza es proclamarla, como lo ha hecho el público unánime, artista insigne y esquisita.»

Unan Vds. á esto que la escena del régio coliseo estará dirigida por Mr. Harris, que tiene la reputacion de ser el primer escenógrafo de Europa, siendo el mismo que ha montado *La Africana* en Lóndres, y que la orquesta funcionará probablemente bajo la direccion del maestro Mariani, de Génova, que disputa á Costa el imperio de la *batuta;* y echense Vds. á discurrir lo que sucederá, habiendo como hay ya pedidos abonos, no para llenar el coliseo de la plaza de Oriente, sino la plaza misma, donde no quedaria más asiento vacante que el de la grupa del caballo que monta Felipe IV.

Decididamente nos hallamos en un gran período de efervescencia musical. A este paso, la ópera acabará por sobreponerse al toreo, y no habrá más *maestros* que los que se dediquen á hacer partituras. En cuanto á nosotros, no hay para qué decir si nos alegraríamos.

Una prueba de ello está en el placer con que hemos sabido la noticia de que el eminente y simpático tenor Tamberlik va á ser condecorado con la encomienda de Cárlos III. Será un tributo justo de admiracion y de aprecio, rendido á un artista que ha dejado en todas partes testimonios, al par que de su talento, de su generosidad, y que acabará de identificarle con este país, donde principió su carrerra, y del que ha conservado siempre tan gratos recuerdos.

Despues de estas novedades, que la curiosidad y el entusiasmo del público eleva á la categoría de verdaderos acontecimientos, poco tenemos de que ocuparnos, y aun ese poco han de convenir Vds. en que es malo.

Lean Vds. sino la relacion de lo ocurrido estos dias en Novelda, donde en el momento de echar á andar el coche-diligencia de Murcia, que llevaba veintiun pasajeros, volcó rodando por una pendiente, habiendo muerto uno de los viajantes, saliendo diez y nueve heridos de gravedad, y salvándose de todo mal uno solo de los que iban en el cupé.

Los enemigos del ferro-carril pueden añadir este siniestro á su coleccion, seguros de que la historia de la locomocion por el vapor no presenta un caso tan completo ni tan horrible por consiguiente.

Ya se ha publicado en los periódicos el resúmen de las obras escénicas de todas clases estrenadas en los teatros de Madrid durante la temporada de 1864 á 1865. Asciende el total á ciento veintiocho, de las cuales son zarzuelas cuarenta y dos; comedias y juguetes, setenta; dramas, doce; loas, dos; parodias una, y revistas una. En honra de nuestros autores, debemos consignar que las que han alcanzado mayor éxito han sido originales: *Pan y toros*, de Picon, en el teatro de la Zarzuela; *La profecía*, de Rivera, en Novedades; *El toison roto*, de Hurtado, en el Príncipe; *Las riendas del gobierno*, de Zumel; *El rapacin de Candás*, de Cuevas, en el Circo, y otras varias de diversos generos. Veremos si este año sucede lo mismo, y si de entre el cúmulo de producciones que ya se anuncian resultan siquiera tres ó cuatro que den nuevo brillo á nuestra literatura, y nos confirmen en la idea que hace tiempo tenemos, de que aquí se va acabando todo, menos los poetas.

Verdad es que son los únicos españoles que viven abandonados del gobierno.

M. DEL PALACIO.

CERDEÑA.

Los pueblos, á semejanza de los rios, tienen su vida propia, ó bien corren á confundirse con nuevas razas en busca de apoyo y grandezas.

La historia de Cerdeña la hallaremos escrita sobre las cumbres de las montañas de Saboya, pobre y olvidada en tiempo de Roma; su suelo únicamente era pisado por los que el imperio condenaba á la espatriacion y la muerte; andando los tiempos, sus habitantes se aumentaron: restos de aquellas tribus, que despeñadas del occidente se repelian unas á otras como las olas del mar, fueron á plantar sus viviendas entre los bosques de la Cerdeña.

Como rápidos meteoros, cruzaron aquellas razas dominadoras vándalos y árabes primero, pisanos y genoveses luego. Sin embargo, esta olvidada tierra habia de alzarse ufana un dia de la espuma de las aguas, y arrojando al espacio el manto de nieblas que la envolviera, ofrecer al saboyano una preciosa diadema nacida entre las algas de sus peñascos.

Los duques de Saboya, aquella série de héroes cuyo primer eslabon lo iremos á buscar bajo las suntuosas bóvedas de la abadía de San Estéban de Stramburgo, pasan como una tropa de fantasmas entre la bruma que cubre los primeros dias de Cerdeña; sus historias corren unidas desde largo tiempo.

Víctor Amadeo III subió al trono cuando la tempestad dejaba oir á lo lejos su bramido espantoso; escucha asombrado el horrible crugido de la monarquía francesa que se desploma, y al amparo de su manto vienen á cobijarse no pocas de aquellas nobles víctimas que los satélites de Robespièrre y Marat buscan para proporcionar sangrientos espectáculos á la buena ciudad de Paris. Un meteoro terrible aparece á poco en el nebuloso cielo de las Galias: los rayos de aquella estrella sofocan y abrasan á los pueblos, esparciendo sus mortíferos resplandores, así por los arenales del Egipto, como por las heladas llanuras del Septentrion. Aquel meteoro se llama Bonaparte.

Su luz ilumina en Cerdeña un sepúlcro, sobre el cual llora un niño.

Amadeo habia sucumbido, y su hijo Cárlos Manuel IV sentia pasar por encima de su corona todo aquel ejército de hombres y caballos, cuyas espadas vencedoras despedazan el cetro italiano en las campiñas de Marengo; tras de aquel torrente de soldados, ve brillar las bayonetas austriacas, que avanzando á paso de ataque, logran recobrar su perdida influencia; y entonces el acobardado piamontés no tiene más recurso que tender su mano en demanda de auxilio á la Francia, cuyos cañones van arrancando uno á uno los pedazos de su manto real.

Cárlos, cansado de humillaciones, abdica en su hermano y corre á ocultar su vergüenza en Roma, donde espira.

Al ceñir Víctor IV la diadema, Napoleon declara al Piamonte provincia francesa, y la dinastía de los Amadeos tiene que replegarse á los solitarios peñascos de la Cerdeña, consolándose en aquel último refugio con las esperanzas que de vez en cuando le traen los aires de Inglaterra del enemigo irreconciliable de la Francia.

La fortuna hace girar su rueda, y Napoleon deja de ser el «hijo de la victoria,» para tornarse en el cautivo de Santa Elena.

Es en mil ochocientos trece, cuando del palacio de Viena sale aquella voz salvadora que invita al monarca del Piamonte á recoger en sus manos el reino de sus mayores todo entero y las fértiles provincias genovesas.

Mas el infortunio de Cerdeña no habia terminado. El espíritu revolucionario que brota en España en la gloriosa época de 1820 logra incendiar los gérmenes que sobre el suelo de Italia habia esparcido la dominacion francesa; el Austria alza el grito, amenazando al monarca sardo si no consigue estinguir aquel volcan que le aterra. Y el rey Víctor, ajeno á toda doblez política, abdica en 1821, y muere tres años despues.

Su hermano Cárlos Félix toma las riendas del poder, sofoca un tanto las turbulencias de su reino, y espira en 1831, dejando la nacion en un brillante estado de prosperidad.

Cárlos Alberto se ciñe la corona, y su preponderancia es tal, que cuando por la eleccion de Pio IX el grito de «reforma» se escucha en Italia, Alberto corre á ofrecer sus soldados al nuevo pontífice. El Austria quiere hacer en Ferrara un alarde contra los Estados pontificios, y escucha á lo lejos el estampido de los cañones sordos que le llaman á combatir.

La Italia entera saluda al monarca de Cerdeña como al jefe de su regeneracion: el alarido de la revolucion suena en Paris en 1848; la Lombardía alza su estandarte contra el imperio, y Cárlos Alberto tiende su mano protectora al reino lombardo-véneto, que pugna por romper sus ligaduras.

Los austriacos son batidos sin tregua, abandonan los muros de Peschiera, huyen de Mincio, dejan tendidas sus legiones en las orillas del Adige, y riegan con su sangre el camino que les obligan á seguir las huestes triunfadoras.

El sol de la libertad alumbra en Italia un instante. Por entre el polvo del combate pueden verse las banderas de seis ducados que saludan con entusiasmo á los vencedores: Parma, Plasencia y Luca, Módena, Venecia y la Lombardía proclaman al sardo por soberano; mas el aguila de dos cabezas no habia de darse por vencida. Austria ruge de furor: sus poderosas manos estrujan con ira la punta de aquel manto que se le escapa; reune en Verona sus huestes; Radetzki se arroja sobre Ferrara; los piamonteses acuden en su socorro; los austriacos repuestos ya lo esperan, rompen sus filas, los desbaratan y persiguen; Milan abre de nuevo las puertas á sus señores, que en tres dias consiguen apoderarse de lo que se le habia arrebatado en tres meses.

La Francia y la Inglaterra estienden el ramo de oliva entre aquellas dos naciones que se despedazan; pero la ofensa vive siempre en la memoria de Cerdeña, que en 1849 quiere de nuevo probar la suerte de sus armas: los austriacos, nunca descuidados, acuden, pasan el Tesino, acometen al piamontés en Novara, y despues de ocho horas de lucha, durante las cuales tienden en el campo 4.000 muertos y 8.000 heridos, se retiran victoriosos, llevando consigo 3.000 prisioneros.

En el mismo campo del combate, el vencido Cárlos Alberto abdica en su hijo Víctor Manuel, para ir á morir luego de dolor en tierras portuguesas.

Víctor Manuel firma la paz con Austria, mas aquella paz habia de ser rota.

El hijo de reyes ansiaba vengar las sombras de sus mayores, y el ángel de la guerra sonó de nuevo su bocina.

El águila de Maximiliano revuela azorada sobre las campiñas de Cerdeña; otra águila poderosa ha salido á su encuentro: el águila de Wagrau y Austerlitz.

Víctor Manuel y Napoleon III, el genio de la caballerosidad y el de la política unidos, se yerguen victoriosos, y las cristalinas corrientes del Tesino retratan el triunfo del coloso moderno sobre el formibable y viejo imperio; de la misma manera que, como un destello de aquella victoria, en el golfo de Nápoles habia al poco tiempo de reflejarse el desenlace de la independencia italiana, comenzado paulatinamente en la jornada de las *Vísperas*, y al través de los siglos terminado entre los escombros de Gaeta.

J. T. BENEDICTO.

UN GUANTE DESDE EL CADALSO.

El desgraciado rey de Sicilia, Manfredo, habia perdido la vida gloriosamente en la desgraciada batalla de Benevento, entre las lanzas de Cárlos de Anjou, hermano de San Luis, rey de Francia. Coradino, hijo de Conrado y sobrino de Manfredo, empuñó las armas, y en la batalla de Tagliacazzo fué derrotado y hecho prisionero al querer embarcarse. El cruel Cárlos le sentenció á muerte. El dia 26 de octubre de 1269, un patíbulo se alzaba sombrío en la plaza del mercado de Nápoles. La inmensa multitud llena las calles, y en todas las frentes se muestran las huellas del dolor. Los numerosos soldados de Cárlos llegan escoltando á Coradino y á otros que á su lado van á morir: al

divisarlos la multitud, lanza un grito de horror y oculta el rostro entre sus manos; pues además de Coradino, habia divisado á Federico de Austria, á los Lancias y á los Gherardesca. Coradino sube las gradas del patíbulo, ora fervorosamente, y exclama acordándose de su madre: «¡Cuánto vas á sufrir al saber mi muerte!» Al instante saca un guante de una mano y le arroja sobre la multitud, diciendo: «¡El que le recoja será mi vengador!...» Un caballero aragonés adelanta rápidamente, recoge el guante, le coloca sobre la cruz de su espada y le besa. Al verlo Coradino, brilla en sus ojos la satisfaccion de la venganza, y coloca su cuello sobre el tajo; la cuchilla del verdugo cae sobre él, y pronto le divide: sucesivamente sufrieron la misma pena todos, y la noche viene á ocultar á la vista de los espectadores el sangriento cuadro: al caer la última cabeza, el caballero exclama: «¡Nobles mártires, sereis vengados!» A los tres dias de esta sangrienta ejecucion, una hermosa galera sale de Nápoles y dirige su rumbo á España, ostentando en su proa las armas de Aragon. A los pocos dias, el caballero se presentó á Jaime el Conquistador, que al verle en su presencia exclamó: «¿Qué se ofrece á mi noble Queralt?» A lo que este contestó: «Señor, ayer llegué á las costas de mi patria desde las de Italia, para brindaros á ser campeon de la causa más noble que caballeros nunca defendieron. El infeliz Coradino y sus nobles amigos acaban de morir sobre vil cadalso, y cuando se disponia á recibir la muerte, lanzó un guante, el que yo recogí en nombre de Aragon.» Dijo, y clavando el guante en la punta de su espada, le presentó á su soberano, el que le recogió despues de besarle. Pocos años despues, Jaime vió que la muerte se le acercaba y no podia vengarle: llamó á su hijo Pedro, y le dijo: «Con mi corona heredas este guante: si »quieres que tu padre muera bendiciéndote, jura que »serás el vengador de Coradino.»—«Padre mio, le con»testó Pedro, yo juro vengarle, y si es lo único que »pesa sobre tu conciencia, muere tranquilamente...»

Corria el mes de agosto de 1282. D. Pedro tenia su campamento en Alcoyll (Africa), despues de haber ganado la gloriosa batalla de este nombre á los mahometanos.

Un dia vió en el Levante dos buques, y poco tiempo despues vió ante sí ocho embajadores, los que encarecidamente le rogaron aceptase la corona de Sicilia y los viniese á libertar de los franceses, que en numerosa hueste, acaudillados por Cárlos de Anjou, sitiaban á Messina. D. Pedro reunió sus magnates, á los que pidió consejo; unos apoyaban á D. Pedro, y otros decian que era empresa muy temeraria. Por fin don Pedro dijo: «Pronto nos embarcaremos: si el viento »nos guia á Cataluña, á Cataluña; y si á Sicilia, á Si»cilia.» Todos se embarcaron y poco despues, unas ráfagas de viento hacen inclinarse á la galera en direccion á Sicilia: al verlo D. Pedro, exclama: «*Gra»cias te doy, Dios mio.*» A una señal de D. Pedro, ízase en su galera el estandarte aragonés, y entre inmensos gritos de júbilo, mil desplegadas velas van en demanda de Sicilia. ¡Ay de tí, Francia, pues aunque pocos, los mejores guerreros del mundo, acaudillados por Pedro III el Grande, marchan contra tu poder!!

. . . .

El dia 29 de agosto llegó D. Pedro con su armada á Trápani, recibido como libertador por la inmensa multitud, y el 8 de setiembre fué coronado con gran solemnidad en Palermo.

Mientras continuaba el sitio de Messina, y mandaba á esta ciudad D. Pedro 2.000 almogávares de refuerzo, estos hacian numerosas salidas y atacaban al campo francés tan intrépidamente, que á los pocos dias 10.000 cadáveres cubrian el campo de los sitiadores. Estos se decidieron á dar un asalto general, y al rayar el alba del 13 de setiembre, los numerosos batallones franceses cayeron sobre la plaza. Los cercados los reciben al grito de *¡Aragon y Cataluña!* y despues de desesperada lucha, el de Anjou da la órden de retirada. Lánzanse los almogávares sobre los desordenados batallones franceses, y conviértese la retirada en matanza general.

Poco tiempo despues levantaron el sitio al saber que Pedro, á la cabeza de los suyos, se dirigia contra ellos. El dia 26 se embarcó Cárlos de Anjou, y los suyos quisieron lanzarse todos á las naves sin órden ni concierto, cuando llegaron los cercados de Messina y acabaron de completar el esterminio de las tropas francesas.

Poco tiempo despues, la armada de D. Pedro, compuesta de 22 galeras, mandadas por Queralt, derrotó en la altura de Nicotera á la de Cárlos, compuesta de 80. El campo de este, que estaba en Cotana, fué sorprendido por 5.000 almogávares, roto y deshecho. El desesperado Cárlos, viendo que era vencido todos los dias, retó á combate singular al aragonés, y este aceptó; debiendo entrar en liza cada uno con 150 caballeros el dia 1.° de junio de 1283, en la ciudad de Burdeos. La Europa ansiaba la llegada del dia en que frente á frente los dos reyes habian de decidir la contienda. Los más famosos guerreros de Castilla y Aragon corrieron á disputarse la gloria de pelear al lado de Pedro III, contándose entre ellos un príncipe moro, hijo del emperador de Marruecos. Mientras los franceses llegaron á Burdeos, en número de 10.000 hombres, dispuestos á cumplir una traicion indigna de Beltran Duguesclin. Así lo vió la Europa y así lo vió Pedro de Aragon. Este, disfrazado de paje, sin más escolta que un fiel servidor, llegó á Burdeos, y allí fingió ser un emisario de él mismo. Pidió una entrevista al senescal de Inglaterra, y estando en su presencia, le preguntó «si él »ó el rey de Inglaterra le aseguraban el campo como »habian convenido;» á lo que el senescal contestó, «que no solo no se lo aseguraba, sino que se lo prohi»bia, pues Cárlos y su sobrino Felipe el Atrevido ocu»paban la ciudad con numerosas compañías de sol»dados.» Entonces el fingido emisario pidió al senescal que le enseñara el sitio del combate. Llegaron á la liza acompañados de unos cuantos caballeros, entonces tiró de su capucha, y dijo: «*Yo soy el rey de Aragon.*» Al ver el senescal que era efectivamente don Pedro, le rogó que huyera inmediatamente. D. Pedro montó en su caballo, dió tres vueltas al palenque, y dijo: «Senescal, mi honor está salvado; hasta este si»tio llegué por cumplir la palabra que dada tenia á »un traidor.» El aragonés, acompañado del caballero que con él vino á Francia, regresó otra vez á España. Cuando tuvo noticia Cárlos de lo ocurrido, bramando de coraje, se aprestó á invadir á los Estados aragoneses. Mientras el famoso Roger de Lauria derrotó á los franceses en la batalla de Malta y en la de Nápoles, haciendo prisionero al hijo de Cárlos.

La España fue invadida por cerca de 300.000 hombres de distintas naciones, despues de una guerra cruel sostenida en Cataluña. Felipe el Atrevido, rey de Francia, murió, y cuando sus mermados batallones se aprestaron á volver á sus respectivas patrias, fueron derrotados en Panisars por el terrible D. Pedro.

Los ejércitos franceses quedaban destruidos. El juramento de Queralt cumplido, y Manfredo y Coradino vengados.

FERNANDO BORBOLLA FERNANDEZ.

ADORACION.

¡Dios está en todas partes!—dice el cura—
Luego está en unos labios que amo yo:
¡Dejad que un beso mi bautismo sea;
Dejadme amar á Dios!

E. BLASCO.

CONSUELO.

Caminando va Consuelo
Por una senda florida,
Con el contento en el alma
Y en los labios la sonrisa.

—

Flores recoge á su paso,
Por darlas sin duda envidia,
Que son más bellas que todas
Las flores de sus mejillas.

—

Párase á veces, y al cielo
Radiante tiende la vista,
Que sabe que es muy dichosa
La que siempre al cielo mira.

—

Por el azul trasparente
Se mece su fantasía,
Contemplando el mundo hermoso,
Que es la mansion de la dicha.

—

Su madre, en tiempos lejanos,
Cuando Consuelo era niña,
Entre llorosa y alegre
Muchas veces la decia:

—

«No es de los justos el mundo
Venturoso, este que habitas;
La patria de los que buscan
La dicha eterna está arriba.»

—

Y el cielo le señalaba
La madre á su tierna hija,
Por eso constantemente
Consuelo á los cielos mira.

—

¿Dónde se fué aquel contento,
Dónde las dulces caricias
Que en el alma y en los labios
Llevara Consuelo un dia?

—

¿Dónde están las bellas galas
De aquella senda florida
Por donde Consuelo un tiempo
Feliz caminar solia?

—

Ay! que ya al cielo no tiende
Con entusiasmo la vista,
Ni en el azul trasparente
Se mece su fantasía!

—

Ora la débil cabeza
Cae sobre el cuello abatida,
Como la mustia azucena
Que sobre el tallo se inclina.

—

Perdida por los halagos
Del mundo, que no se cuida
De conservar la inocencia
De la juventud sencilla.

—

Consuelo en silencio vierte
Tristes lágrimas, perdidas
Las ilusiones del alma
Que acariciara de niña.

—

Jóvenes puras y bellas,
Nunca olvideis que en la vida
Solo es feliz, quien al cielo
Dirija siempre la vista.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

RESEÑA HISTÓRICA DE LA FOTOGRAFÍA,

DESDE SU ORÍGEN HASTA NUESTROS DIAS.

II.

Verdadera cruzada en pró de la fotografía.—Descubrimiento de la albúmina.—Fijacion de las imágenes fotográficas sobre papel.—Aplicacion del colodion para fijar las negativas sobre cristal.—Mr. Archer.—La fotografía.—Reflexiones.

Una vez descubierto el daguerreotipo, un número no escaso de hombres científicos se lanzaron en pos de tan maravilloso descubrimiento, con el plausible afan de perfeccionarlo y darle una nueva solucion, como así lo verificaron.

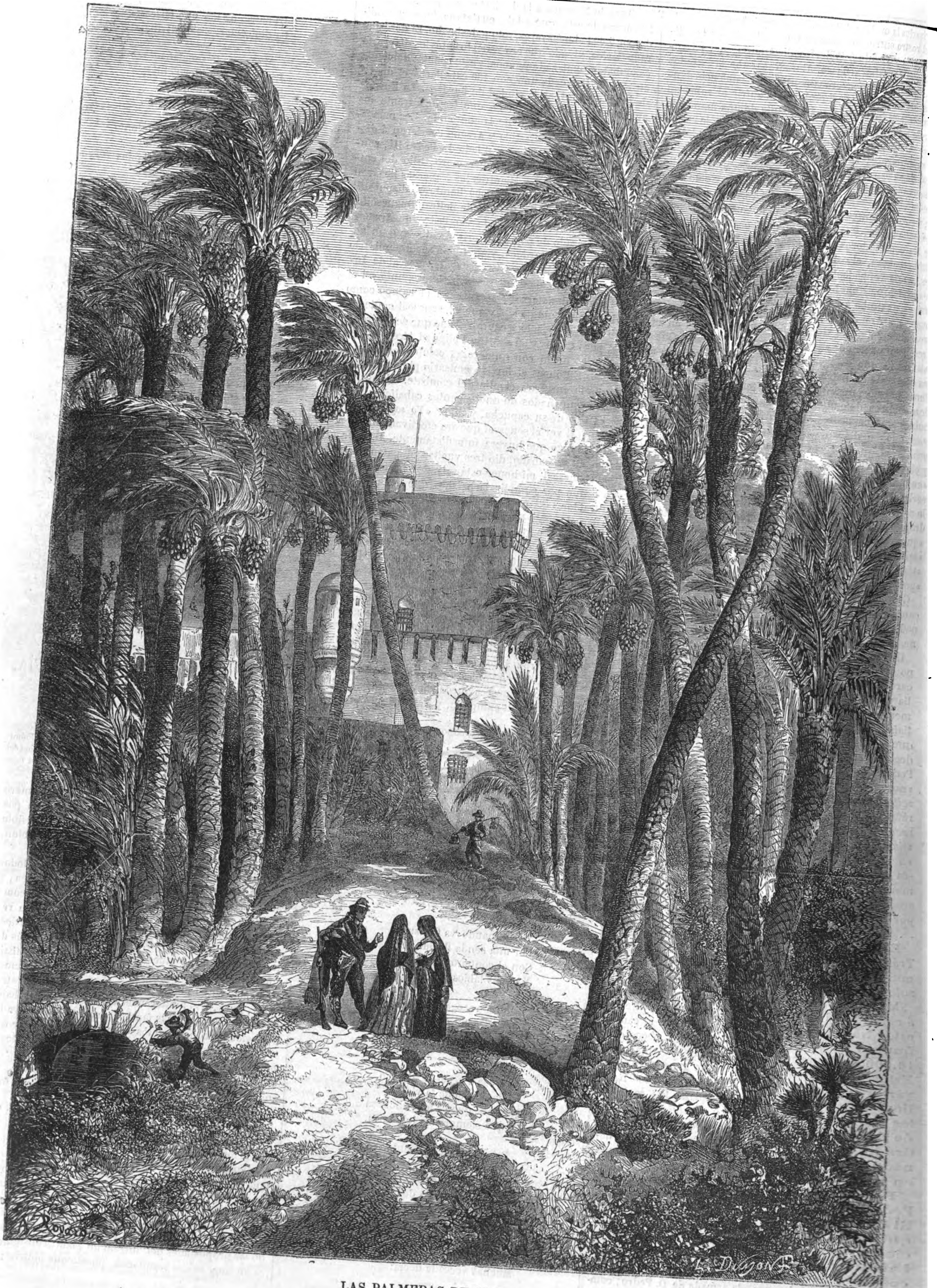
Prolijo por demás seria seguir paso á paso á todos los que tomaron parte en esta cruzada fotográfica, y referir las infinitas investigaciones, tanto teóricas como prácticas, que hicieron en su ardoroso afan para resolver completamente y de muy distinto modo el descubrimiento hecho por Daguerre; porque además de que seria molesto á nuestros lectores, es un trabajo que requiere mucho más espacio del que podemos disponer, y una pluma mejor cortada que la nuestra.

Así, pues, nos limitaremos á consignar los trabajos de los autores que más fama alcanzaron, y á cuya laboriosidad y concienzudos esperimentos se debe que la fotografía haya llegado á la gran altura en que todos hoy la contemplamos.

Niepce de San Víctor, sobrino del anterior, fué quien dió el primer paso en esta nueva era fotográfica.

Este gran químico, siguiendo las huellas de su tio, y aprovechándose de los trabajos que este tenia hechos, formó una capa de yoduro de plata sobre cristal, sirviéndole de vehículo la albúmina, con la cual consiguió una imágen negativa, que puesta en contacto con un papel preparado con el cloruro de plata y espuesto á la luz, obtuvo la imágen positiva.

Al mismo tiempo Mr. Talbot se ocupaba en Lóndres en obtener imágenes sobre papel, valiéndose para ello de las propiedades del nitrato de plata; consiguiendo al fin muy felices resultados, puesto que obtuvo nega-



LAS PALMERAS DE ELCHE.



MODAS.—TRAGES DE CAZA Y CAMPO.

tivas sobre papel, como asimismo logró hacerlas positivas.

A la vez que estos dos célebres químicos se ocupaban aisladamente y en distintas naciones en hacer positivas sobre papel, Mr. Fizean hacia esperimentos en el mismo sentido; logrando, al cabo de muchos ensayos, presentar el 13 de marzo de 1840 á la Academia de ciencias de Paris las primeras imágenes fotográficas fijadas convenientemente, con un tono, que si no era tan bueno como el que hoy conocemos, al menos daba una idea de lo mucho que se podia esperar de aquel descubrimiento.

Tenemos, pues, que Niepce de San Victor, con el auxilio de la albúmina, consiguió imágenes negativas, logrando hacerlas positivas por medio del yoduro de plata.

En pos de este, vemos á Mr. Fizeau fijar dichas positivas de un modo que nada dejaba que desear para lo que entonces se conocia.

Todo esto, como se comprende muy bien, si no era una solucion completa de aquel problema para los que trabajaban con el mismo objeto, era un gran descubrimiento; puesto que tenian trazada la senda que habian de seguir hasta perfeccionarla tal como hoy la conocemos.

Y en efecto así sucedió.

En el año de 1846, Mr. Archer, tambien inglés, siguiendo las huellas de Niepce de San Víctor, en uno de esos raptos que en momentos supremos destella la inteligencia, tuvo la feliz idea de aplicar el colodion (1) á la fotografía, é instituirlo á la albúmina.

Esta idea, que envolvia un gran problema, tuvo un brillante resultado; porque despues de numerosos ensayos, Mr. Archer pudo observar, que sensivilizando esta capa con un yoduro, y sumergiendo el cristal así preparado en un baño de nitrato de plata, se forma un yoduro de plata tambien, que es la sustancia que hoy conocemos como la más sensible á la accion de la luz. Y tanto es así, que preparado el cristal como queda dicho, y esponiéndolo en la cámara á oscuras, recibe la imágen con tal rapidez, que una vista alumbrada por el sol se copia instantáneamente.

Como se ve, pues, el regenerador de la fotografía, el digno émulo de Daguerre, el que resolvió el gran problema fotográfico fué Mr. Archer, con haber descubierto la aplicacion del colodion.

A este nuevo descubrimiento se le llamó FOTOGRAFÍA.

Tan pronto como Mr. Archer descubrió las propiedades del colodion, comenzó una nueva era para la fotografía, que avanzando paso á paso, ha llegado á elevarse á la altura en que hoy la conocemos.

Como resultado de este gran descubrimiento, las imágenes fijadas sobre plaqué fueron desapareciendo paulatinamente, como asimismo las impresiones hechas sobre albúmina, y las negativas inventadas por Mr. Talvot.

Esto es, que el daguerreotipo, padre de la fotografía, fué sustituido por su hija, que llena de vida y juventud, venia á regenerar con su brillante porvenir la corta y exigua existencia del autor de sus dias.

En un principio la fotografía solo era aplicable á los retratos, y aun estos, como sabemos muy bien, eran hechos con muy malas condiciones. Pero hoy no sucede asi; porque se ha perfeccionado de un modo tal, que no solo se hacen retratos con un parecido admirable, sino que se copian cuadros, muebles, edificios, toda clase de objetos en fin, con una propiedad tan grande, que nada deja que desear. ¿Qué más diremos? Hasta la naturaleza, esa obra tan grande y tan sublime creada por la mano de Dios, se reproduce tan admirablemente, que los más grandes artistas, á cuyos mágicos pinceles debemos copias admirables, no pueden menos de rendir un tributo de admiracion al contemplar los magníficos detalles que arranca, por decirlo así, al copiar sobre el cristal.

¿Se nos podrá negar, pues, que la fotografía es uno de los más grandes descubrimientos de nuestro siglo, y á cuyo lado no se desdeñan de figurar la electricidad y el vapor?

Parécenos que no.

Mas no por esto se vaya á creer que la fotografía ha llegado ya al grado de perfeccion á que está llamada á elevarse, no; de ninguna manera: la fotografía tiene mucho que desear todavía.

Verdad es que cada dia que pasa se hacen nuevos descubrimientos y nuevas aplicaciones, y se propaga mucho más; pero hasta que el colorido natural, del que hay ya muy buenos ensayos, no se resuelva completamente, no podremos apreciar en todo su valor los magníficos resultados de los desvelos de Daguerre y de Archer.

Entonces, pues, y cuando veamos copias, ya de personas, ya de objetos con su natural color, entonces, repetimos, será cuando la fotografía habrá llenado cumplidamente la alta mision á que Dios la ha destinado sobre la tierra.

Ahora bien; la fotografía, ¿es un arte?

Nó.

¿Es una ciencia?

Tampoco, pero participa de ambas cosas; por eso tiene la sublimidad del uno y la grandiosidad del otro.

Muchas más reflexiones pudiéramos aducir á propósito de esto; pero nos abstenemos de hacerlo, dejándolo á la ilustracion de nuestros lectores, para que puedan apreciar cual se merece este gran descubrimiento, que tan inmensos beneficios está reportando á toda la sociedad del siglo XIX.

GONZALO HONORIO.

(1) Por esta época, el colodion era ya conocido como un aglestisante para contener las hemorragias.

A LA HIJA DEL VERDUGO.

Dedicada á mi amigo Bruno Barco.

Ven, paloma dolorida,
Cuyo acento lastimero
Oye el mundo placentero,
Porque goza en el dolor;
Ven: yo tengo, vida mia,
Dentro de mi vírgen alma,
Para tus desvelos, calma;
Para tus penas, amor.

—

Ven, yo no temo las iras
Del mundo cobarde y necio:
Yo rio de su desprecio,
Y le desprecio á mi vez;
Yo tengo mi fé en mi apoyo,
Y con ella y mi conciencia,
Veo con indiferencia
Su mezquina pequeñez.

¡Siempre el hombre miserable!
Dí, ¿qué hay en tí, vida mia,
Que interrumpa la alegría,
Que haga ser triste el placer?
Hay el odio y la venganza
Que en tí los hombres pusieron;
Hay que sus culpas te dieron
Por poder sus culpas ver.

Y te desprecian. ¿Quién? Ellos.
Ellos, que impulsan la mano
Que da la muerte á su hermano,
Que hiere y mata á su igual.
¡Miserables! No comprenden
Que es un necio desatino
Dar amor al asesino
Y castigar al puñal.

—

Y tú, tú la más pura, la sensitiva bella,
Encanto de las flores, orgullo del jardin,
Llorando acongojada doliente en tu querella,
Tal vez al cielo pidas de tus tormentos fin.

—

¿Por qué? ¿Por qué tus ojos, morada de la aurora,
Al cielo no dan luces ni al dia rosicler?
¿Por qué tu triste pecho desconsolado llora,
Y nunca en él se mecen las auras del placer?

—

¡Ay infeliz! Tú sueñas un mundo de ventura,
De amores que mitiguen el fuego de tu amor,
De dulces ilusiones que calmen tu amargura,
De amantes desvaríos que borren tu dolor.

—

Mas ¡ay! en vano sueñas, en vano te entretiene
La idea de unos goces que nunca llegarán:
La hija del verdugo derecho á amar no tiene;
Los hombres no son tigres y amor no le darán.

—

¿Amor á tí? No, nunca: la sangre derramada
Por la sangrienta mano de aquel que te dió ser,
Al respirar tu aliento seria respirada,
Y olieran siempre á sangre tus besos de placer.

—

¿Amor á tí? No, nunca tus labios se posaron
Sobre la misma mano que sangre derramó:
El don de ser amada tus padres te robaron;
El mundo te desprecia, y con el mundo yo.

—

Mas yo no: yo, vida mia,
A través de tu hermosura,
Veo un alma grande y pura
Y un corazon virginal;
Y si el mundo te persigue
Con sus injustos rigores,
Yo te ofrezco en mis amores
Una ventura ideal.

—

¡Oh! Sí; ¿qué me importa el mundo
Si sé que por mí suspiras?
¿Qué valen esas mentiras
Que la sociedad formó?
¡Imbecil! ¿Por qué el desprecio
Asoma á su torpe boca,
Si por hija de la roca
Nadie á la vista culpó!

—

Ven, pues. Yo sé que el verdugo,
A quien tanto se maltrata,
De la sociedad que mata
Es solamente el puñal:
Y que tú, pobre ángel mio,
Eres la flor bella y pura
Nacida en la roca dura,
Por su destino fatal.

—

¡Pobre flor! Mas yo no temo
Las iras del mundo necio,
Yo le pago su desprecio
Con un desprecio mayor.
Ven, pues, ven: yo guardo amante,
Dentro de mí vírgen alma,
Para tus desvelos, calma;
Para tus penas, amor.

JOSÉ MARIANO VALLEJO.

LAS SOMBRAS DE D. JOSÉ.

Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy.

Estamos en pleno invierno.

La lluvia azota con violencia los cristales de mi gabinete.

Hace frio, y es necesario dulcificar los rigores de la estacion con las pieles y el fuego.

Dos grandes troncos de encina arden en la chimenea.

Mi amigo D. José y yo estamos sentados en dos cómodas butacas, uno en frente de otro, recibiendo el calor que los troncos despiden, al mismo tiempo que se van convirtiendo en cenizas, devorados por el más destructor de los elementos.

D. José hace treinta años que salió de Madrid, y hará unos dos meses que ha vuelto á esta coronada villa.

Es un hombre de unos 64 años, bajo, delgado, de nariz puntiaguda y larga, ojos hundidos, pómulos salientes, de una gran calva, en cuyo centro aun se distinguen media docena de cabellos con todos los colores del íris, y de una boca inmensa jamás cerrada, pero en la que siempre se dibuja una burlona sonrisa, que se disimula algun tanto bajo un bigote, que fuera blanco si el humo del tabaco no lo hubiera *culoté*, haciéndole variar su primitivo color.

Alegre, de un carácter especial y sin nada de lo de Salomon, casi nunca he visto disgustado á D. José; lo que contrasta la mayor parte de las veces con la tristeza que padezco, y que ha llegado á ser ya en mí una enfermedad crónica.

Hoy, sin embargo, D. José no está tan alegre como de costumbre.

Entró hace un rato destilando agua, recostóse en una butaca sin hacer más que saludarme, por lo que comprendí que algo grave debia ocurrirle, y apoyó sus piés en la barandilla de la chimenea, con objeto sin duda de que se le secaran las enormes botas que le sirven de base.

Ofrecíle un cigarro, que aceptó, y sentéme en frente de él, contemplando con más atencion que nunca su estraña figura y la espresion indescriptible que daba á su fisonomía.

Estuve así algunos minutos; hasta que no pudiendo dominar por más tiempo mi curiosidad, le pregunté la causa de su mal humor, que tanto me sorprendia.

—¡Ay amigo mio! me contestó; quisiera convertirme en ese tronco que arde á mis piés, ó en este cigarro que hago desaparecer trasformado en humo, ya que tanta analogía les hallo ahora con lo que fuí y soy.

Y al mismo tiempo clavó sus negros dientes en el veguero, apretó sus gruesos y cárdenos labios, y echó al aire una gran bocanada de humo, capaz de asfixiarme, si por casualidad la puerta del gabinete no hubiese estado abierta.

—Filosófico en verdad está Vd., le dije.

—¿Y cómo no, si á cada paso veo que las pocas ideas halagüeñas que aun me quedaban, que los recuerdos de tiempos más felices, que trataba de conservar como un lenitivo á mis pobres ilusiones, se desvanecen, como se desvanece en el aire el humo de este cigarro, y va desapareciendo ese tronco devorado por el fuego. Las viejas no deberian existir.

Al oir esta esclamacion, no pude menos de soltar una fuerte carcajada.

—Riase Vd., riase Vd., porque aun es joven; pero aprenda de mí.

—¿Ha sufrido Vd. á su edad algun nuevo desengaño? le pregunté.

—Sí, amigo mio, pero bien empleado me está, porque debia haberlo previsto. Escuche Vd. Ya sabe que hace mucho tiempo salí de Madrid. Entonces era jóven, guapo, y tenia gran partido con las mujeres.

Al escuchar esto, lo contemplé más atentamente aun, bendije la omnipotencia del criador, que tal metamorfosis habia operado en las facciones de mi amigo, y admiré una vez más los caprichos de la mujer, sus incomprensibles gustos y sus raras condiciones, más raras aun que las facciones de D. José.

—Yo, conociendo esto, añadió, hice el amor á todas cuantas se me presentaron, no siendo feas, y quise á una, á dos, á tres, á ciento. ¡Si hubiera previsto las consecuencias! Gozaba con ellas de la dulzura del amor, se elevaba mi alma á ideales regiones al escuchar palabras amorosas y dulces, que parecian por ángeles pronunciadas. Extasiábame al contemplar la hermosura de mis víctimas; electrizábanme sus ojos chispeantes negros ó azules; admiraba sus narices griegas ó aguileñas; sus encendidos labios, que podian competir con las más encendidas amapolas; sus dientes de marfil; sus negros cabellos, más negros que la pena que ahora me ahoga, ó mas rubios que los rayos del sol; sus mejillas ostentaban colores robados á la más fresca rosa, ó estaban pálidas como los destellos de la luna: recostábame en sus gargantas suaves, tersas y sonrosadas, y saltando por discrecion el resto del mapa, deleitábame contemplando un pié pequeño, como el deseo pudiera hacérmelo imaginar. Durante mi larga ausencia, me he acordado de algunas de estas mujeres; anhelaba encontrarlas y hablarlas. He vuelto; sabe mi último amor que me hallo en Madrid, y escríbome esta amorosa carta, en que me da una cita para hoy. Lleno de ilusiones, habiéndose despertado en mí con la violencia propia de mi edad, que dejo á su buen criterio el apreciar, aquella antigua pasion, y olvidándome de que el tiempo pasa y que necesariamente deja en las facciones grabadas sus huellas, vuelo con el alma henchida de esperanzas al lugar de la cita. Llego, y no la hallo; pero á los pocos momentos llama mi atencion una voz ágria y chillona que pronuncia mi nombre. Vuelvo la cabeza, y..... ¡horror! encuéntrome con una vieja apergaminada y asquerosa, pero muy compuesta.

—¡Oh! mi querido Pepe, ¡qué desfigurado estás! ¿No me conoces?

En aquel momento hubiera deseado que la tierra se hubiera abierto y me tragase.

Yo, que me he acostumbrado á mi casa, que no he notado la variacion que esta haya podido esperimentar, á pesar de que todos los dias me he visto y me he contemplado al espejo, no pude dejar de estrañar la esclamacion de mi querida bruja, y permanecia silencioso y medio aterrorizado.

Vuelto algun tanto de mi asombro, púseme á examinar aquella cara, que de puro arrugada no lo parecia, y traté de reunir mis confusas ideas para recordar sus antiguas facciones, y compararlas con las que, por desgracia, tenia á mi vista.

Su rubio y sedoso cabello habia desaparecido, y el corcho quemado, reducido á polvo, sábiamente aplicado con pomadas al cráneo, hacia las veces de aquel; sus ojos, que en otro tiempo eran azules y brillantes, se perdian en unas órbitas profundas y vidriosas; su nariz, que habia sido perfecta, tenia más prominencias que el Atlas; su pequeña boca, que en épocas más venturosas ostentaba dos hileras de iguales perlas, coronadas por unos carmíneos labios, y que despedia un embriagador perfume, le llegaba de oreja á oreja; sus incoloros labios, habiendo perdido el apoyo de los dientes, se le hundian hasta lo infinito, poniendo á la vergüenza una sobresaliente barba, larga y puntiaguda; su cútis, que fué blanco y terso, lo cruzaban serpenteando en todas direcciones mil hondas y gruesas arrugas; habia sido alta, pero hasta hoy solo ha perdido de estatura lo menos medio metro. Despues de este exámen, no pude dejar de reconvenirme por haber querido á aquella mujer, que indudablemente era la misma que en otros tiempos, sin serlo.

—¡Oh! y cómo pasan los años! me dijo; todavia recuerdo con placer aquellos deliciosos ratos que juntitos pasábamos, y en que tú murmurabas á mis oidos dulces palabritas de amor.

—Maldita vieja, dije para mí.

—¿No te acuerdas? añadió; observo que ya no estás tan amable como entonces; bien dicen, que el tiempo es el mejor remedio para el amor.

—Es verdad: *todo lo CURA el tiempo, Filis mia.*

—¡Ingrato! Te he citado para pedirte un favor, en cambio de otros muchos que me debes, y de los que aun me pidas. Necesito que me compres cuanto antes un vestido para el baile que da X..... dentro de ocho dias: los tiempos han variado, no tengo quien me lo compre, y ya que la suerte te ha arrojado en mi camino.....

—Esta mujer está loca, pensé.

—Tú, que tienes contraidos conmigo compromisos sagrados de amistad, añadió, no creo que te negarás á satisfacer mi peticion, y que, todo lo contrario, accederás gustoso á ella, Pepe mio.

Lo único que me faltaba era esto: ni la presencia de la vieja, ni los recuerdos de mis amores, ni la pérdida de mi ilusion, ni nada de cuanto me sucedia, puede compararse con el efecto que aquella peticion me causó. Yo, que deseaba apartarme cuanto antes de aquel acartonado fantasma, y que por no verlo hubiese dado hasta la última gota de mi sangre, si en aquel entonces alguna me hubiera quedado en el cuerpo, para hacer más breve la sesion, le ofrecí comprar el vestido, colorado, verde, azul, amarillo ó como quisiera; y haciendo una ligera reverencia, me alejé de ella, esclamando:

—En la vejez solo le quedan á uno las espinas de las rosas que deshojó en su juventud.

Pero no concluyen aquí todas mis desgracias: al venir á ver á Vd. encontréme con otra vieja que me detiene, á pesar del agua que caia, resultando ser otra de mis antiguas amantes. ¡Mire Vd. si ¡las viejas son fisonomistas! Ahora, abrigo el convencimiento de que todas las de la córte me van á perseguir y á ser causa de que yo pierda el juicio. En mi juventud, me han hecho pasar muy malos ratos esos dignos émulos de los murciélagos; jamás faltaba alguna que hubiera hecho fracasar algunas de mis conquistas, ó que fuera un obstáculo para ellas. ¡Entonces, predicando siempre moralidad á las muchachas! y hoy..... son el demonio convertido en pergamino con cara de vieja. Conque ya ve Vd. si no tengo razon para esclamar y haber esclamado que *las viejas no deberian existir.*

D. José estaba nervioso, contraido, y sus ojos se animaban con el fuego de una rábia reconcentrada. Cada una de sus palabras iba acompañada de un gesto especial y de grotescas maneras.

—Tranquilícese Vd., Sr. D. José, le dije.

Sin contestarme, levantóse de la butaca, y empezó á dar grandes paseos por el gabinete, dejando impresas en la alfombra las huellas de sus húmedas y gruesas botas. Parecia estar loco.

—Sosiéguese Vd., volví á decirle.

—Tiene Vd. razon, amigo mio. Voy á darle á Vd. gusto: corro á buscar á otra de mis antiguas amantes: es la sola manera de que vuelva á recuperar mi acostumbrado buen humor.

Y tomando el sombrero, sin cuidarse del frio, ni del agua que á torrentes caia, salió como una exhalacion, dejándome en un gran acceso de risa.

Al verlo desaparecer en aquel estado y con aquel objeto, no pude menos de esclamar:

—Las viejas han vuelto loco á D. José.

I. J. JIMENEZ DELGADO.

SAN SEBASTIAN.

Situada al pié del monte Orgullo, formando una península bañada por el mar y cortada por el Urumea, sobre el que tiene un magnífico puente de madera, San Sebastian es una ciudad bastante reducida, pero en estremo limpia y bella, por la regularidad de sus casas, lo recto de sus calles y lo moderno de sus construcciones, que datan de 1813, en cuya época fué incendiada por las tropas inglesas y portuguesas, no quedando de sus seiscientas casas más que treinta y seis, y siendo presa de las llamas y del saqueo archivos, antigüedades, alhajas, almacenes, tiendas, iglesias, pasando de 200 millones de reales la pérdida sufrida por los habitantes: el puerto, si bien bonito, es estrecho, y poco frecuentado por esta razon. Domina á San Sebastian el castillo llamado de la Mota, fortaleza respetable en el pico de un monte, y á cuya subida existe lo que se conoce por el cementerio de los ingleses, donde reposan algunos de los valientes hijos de Albion, que en 1835 vinieron á combatir por la causa de la libertad. Igualmente se ve allí un monumento consagrado á la memoria del general Gurrea, víctima de su arrojo.

Aunque la poblacion no encierra edificios notables, merece ser vista la plaza por su regularidad y simetría; la casa consistorial, que ocupa uno de los lados, es de sencilla, pero elegante arquitectura. El reciente derribo de las murallas dará mayor ensanche al caserío y más amenidad al paisaje.

La temporada de verano es siempre muy animada en San Sebastian, siendo en cambio el invierno sumamente triste, hasta para los naturales del país.

MODAS.

Los trages de caza y de campo á que el bello sexo ha dado este año la prediIeccion, principalmente en el extranjero, en la estacion por que estamos atravesando, y que se halla próxima á terminar, son los que aparecen en el grabado de la página 5.ª de nuestro número de hoy.

La figura que está de pié representa un trage de caza, con la particularidad que, salvo la escopeta, puede servir para paseo, sin que aparezca ridículo. Hé aquí su descripcion detallada. Sombrero inglés, color de ceniza, adornado de una cinta verde. Una cabeza pequeña de liebre, sujeta por una presilla y dos plumas de gallo, adornan su frente. Chaqueta de terciopelo negro, abierta y con mangas perdidas. Falda de seda cruda, forma de blusa. Cinturon de cuero amarillo con adornos de plata, y otras correas del mismo cuero que recogen la falda, dejando ver una enagua de color de grana, adornada con madroños de terciopelo negro. Botitas altas, tambien de cuero, con adornos ó pezpuntes rojos; guantes de tela cruda picados de blanco y sin *crinolina.*

La segunda figura, que aparece sentada, viste un trage escocés, de capricho; gorra escocesa con plumas pequeñas, sujeta con una escarapela negra. Falda escocesa de la misma tela que la gorra, y una especie de levitin de cuello derecho, de cachemir blanco, ajustado por cinco botones hasta la cintura. Estos botones son de cristal tallado y de forma caprichosa. Cinturon de seda encarnada, con gran hebilla lisa de plata. Pendientes de plata afiligranada, y enagua de seda á cuadros verdes y blancos, ó verdes y rojos. Botitas de seda negra, pero altas. Queda tambien para este trage desterrada la crinolina, ó sea *miriñaque.*

Estos son, pues, los trages de campo más de moda este año. Afortunadamente para nosotros, dentro de poco la temporada terminará, y nuestras bellas elegantes, cuya ausencia nos tiene ya de mal humor, volverán á dar vida y animacion, con sus encantos, su belleza y sus atractivos, á nuestros teatros, á nuestros paseos y á nuestros salones.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Suplicamos á todos nuestros suscritores cuyo abono esté próximo á terminar hagan efectiva su renovacion, bien en sellos de franqueo ó libranzas del giro mútuo, á fin de que no tengan que sufrir ningun retraso en la remision del número.

Propietario y editor responsable. PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

LOS SEGADORES.

LOS SEGADORES.

El grabado que insertamos anteriormente está copiado de una de las más notables creaciones del célebre artista Leopoldo Robert. En uno de nuestros próximos números, con motivo del poco espacio de que podemos disponer hoy, y al insertar otra de las brillantes obras de tan reputado autor, que representa *La Vendimia ó la fiesta de la Madona del Arco*, daremos una descripcion detallada de estas dos joyas artísticas, á las cuales ha tributado los mayores elogios, en una reseña consagrada á tan delicioso asunto, el distinguido poeta del vecino imperio Mr. de Lamartine.

PABELLON SEVIGNE

EN VICHY.

Hace ya algun tiempo que en uno de nuestros números anteriores ofrecimos á nuestros lectores el grabado que representaba *un concierto en el parque de Vichy*, acompañándolo de un estenso artículo, en que nos ocupamos de este bonito pueblo, tan favorecido en la temporada de baños por la más escogida y brillante sociedad, tanto del vecino imperio, como de todos los pueblos de Europa.

Nada tenemos que añadir á lo ya dicho, pero damos cabida hoy á otro grabado que representa el *Pabellon Sevigné*, por ser uno de los puntos más bellos de aquella localidad, y que conocen perfectamente cuantos han tenido ocasion de pasar en Vichy una deliciosa temporada.



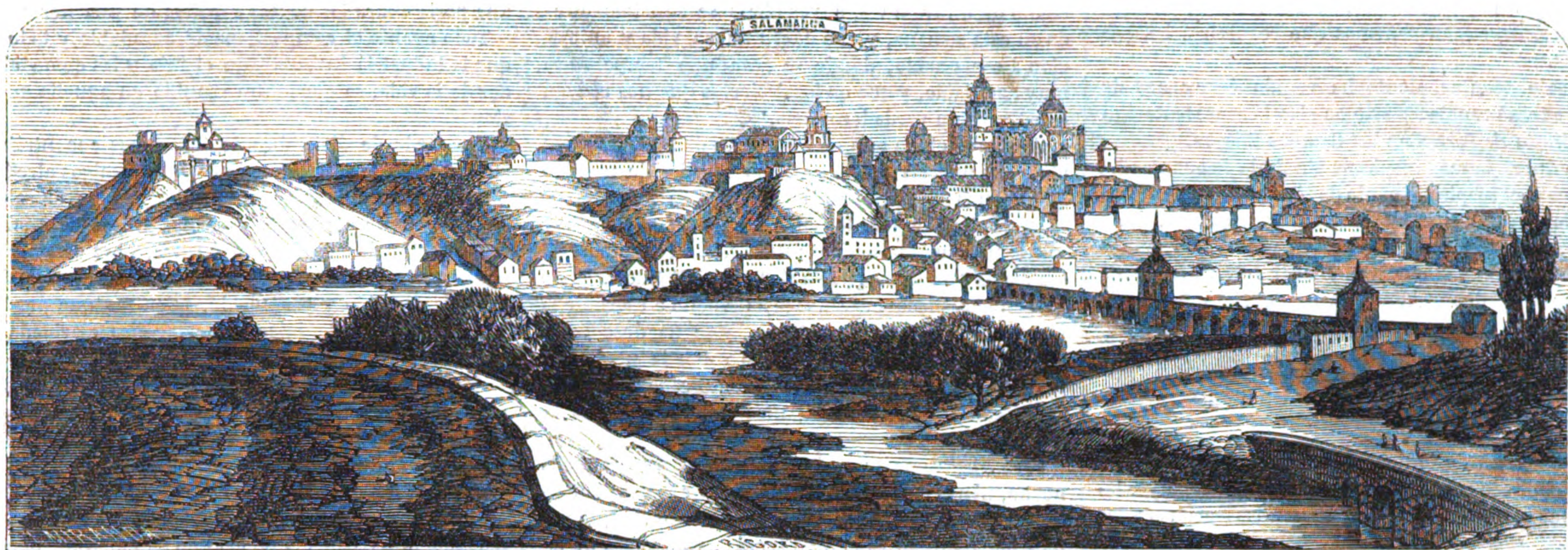
PABELLON SEVIGNÉ, EN VICHY.

LAS PALMERAS

DE ELCHE.

Lo más celebrado de la villa de Elche no es su notable casa capitular, ni sus palacios del obispo de Orihuela y del conde de Altamira, ni su ingenioso reloj de torre en que da las horas con un mazo una figura humana, ni sus diez y ocho ó veinte mil habitantes; lo más celebrado de Elche son sus palmeras, que le dan un aspecto enteramente oriental, sobre todo en el momento elegido por el dibujante para copiarlas; en esa hora solemne del crepúsculo, en que el campesino vuelve á sus hogares, y en que la naturaleza se prepara á descansar de las fatigas del dia.

El Periódico ilustrado.



Número 26.
DEL 31 DE AGOSTO AL 7 DE SETIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 50 »	

LOS VENDIMIADORES.

REVISTA DE LA SEMANA.

Algunos grados ménos en el termómetro, y algunas gotas de agua más en la tierra, marcan la diferencia que existe entre esta semana y la anterior. Calculen ustedes por lo tanto si estaremos frescos, cuando para encontrar calor tenemos que recurrir á las polémicas.

Un solo acontecimiento ha venido á sacarnos de nuestra indiferencia, y este ha sido la representacion de la *Mutta de Portici* en los Campos Eliseos.

Esta ópera, la más inspirada sin duda de cuantas ha producido el inspirado genio de Auber, ha sido presentada con gran lujo y cantada á la perfeccion, sobre todo los actos segundo, tercero y cuarto, que son los más animados de la obra. Tamberlik se ha escedido á sí mismo, particularmente en su deliciosa barcarola que comienza:

Il picciol legno ascendi
E limpido el matin,
Voga é se á prenda intendi
T'arriderá il destin,

y en la escena de la locura en que al repetir este motivo lo hace con tal espresion de melancolía y tristeza, que involuntariamente asoman las lágrimas á los ojos.

Nuestros lectores conocen demasiado la historia de Masaniello para que nos detengamos á referirles el argumento de la ópera, y si bien en ella aparece algo desfigurado el personaje, siempre es el intrépido tribuno de veinte y cuatro años que llegó á reunir ciento cincuenta mil sediciosos armados dispuestos á obedecerle; que negoció de igual á igual con el virey de una nacion tan poderosa como lo era entonces la España, y que despues de haberse librado de las balas de doscientos asesinos que el príncipe Caraffa envió contra él, fué á caer bajo el puñal de sus mismos compañeros, lo que le hizo esclamar en el instante de morir: *¡ah! ¡traidores ingratos!*

Una de las cosas que más han llamado la atencion en la *Mutta* son las decoraciones pintadas por nuestro querido amigo D. Francisco Plá, conocido ya por sus trabajos del mismo género. Efectivamente, venciendo no pequeñas dificultades, como son la estrechez de los costados del escenario, y la falta de punto de vista que se nota en casi todas las localidades de la platea, este artista ha logrado presentar dos ó tres cuadros con gran efecto de perspectiva, y una riqueza de detalles que quizá perjudica al conjunto. Las decoraciones más notables á nuestro juicio son las del segundo y cuarto acto; aquella por la trasparencia y finura del color, y esta por lo bien dispuesto de las líneas, y por los conocimientos arquitectónicos que revela. Desearíamos sin embargo, ver al Sr. Plá funcionando en un espacio menos limitado, y en el libre uso de su fantasía, pues el que ha pintado el techo del teatro Rossini y los telones del primer acto del *Profeta*, del jardin que figura en *Macbeth*, aunque no á la distancia conveniente, y otros muchos con que ha enriquecido aquella escena, puede hacer más de lo que ha hecho; puede aspirar á obtener el cetro de la pintura escenográfica española, que anda por los suelos desde el tiempo de Aranda.

Por supuesto, que aun no hemos contado á Vds. lo más notable de *La Mutta de Portici*; porque lo más notable es que á pesar de todas estas bellezas de ejecucion, de escena y de aparato, á pesar de que se repiten siempre dos ó tres piezas, y se hace salir á los artistas con verdadero entusiasmo, la ópera no da un cuarto, habiendo estado el teatro casi vacío la segunda noche. Vds. dirán que no lo entienden y yo tampoco. La única razon que se me alcanza para esto es que llevamos más de veinte meses seguidos de este espectáculo y que el público ha llegado á fatigarse, con tanto más motivo, cuanto que hace ya algunas semanas está soñando con el Teatro Real, verdadero templo del arte italiano.

Otro acontecimiento, tambien de gran importancia, es la filfa que se ha echado á volar estos dias de que una empresa proyecta convertir á Madrid en puerto por medio de un gran canal, cuyo embarcadero se colocará en el Campo del Moro. Estamos seguros de que el Manzanares al saberlo, sentirá no poder ahogarse de pena, por no tener caudal ni aun para eso. Nos consuela, con todo, saber que es mucho más fácil construir una catedral, un teatro, un palacio para esposiciones, y otras muchas cosas en que aquí se ha pensado, y que no se han hecho todavía, ni se harán hasta que Dios quiera. Calculen Vds. por lo tanto lo que sucederá con el puerto, donde seguramente si alguno se embarca, será el nuevo Noé que sobreviva al cataclismo del Juicio final.

En lo único que abrigamos esperanza es en poder ir dentro de algunos meses de aquí á Carabanchel por medio de un tram-via, cuyas obras se han inaugurado en esta semana, y que darán nueva vida y animacion á ese pueblo, donde se goza una temperatura muy agradable, y que en los desiertos que nos rodean constituye un verdadero oasis.

Se acerca el dia en que los teatros de Madrid deben abrir sus puertas, y aunque no se sabe de positivo lo que nos preparan para este dia, se habla ya de muchas obras de mérito que están en turno para ser representadas. Los buenos poetas no se descuidan, ni los malos tampoco. ¿Qué más? Hasta Estrada, el de los pentacrósticos cruzados, ha vuelto á esgrimir la pluma con que escribió el *Piston*, y se ha descolgado en la Zarzuela con un á propósito sobre la noche del 10 de Abril, en que llama á Gonzalez Brabo *ogro de luz esplendente*, y á los estudiantes *esbirros cándidos de ciencia infusa*.

Pero... basta; no aumentemos los horrores de aquella noche, ni nos confundamos al censurar tamaños desatinos con esa turba de copleros rutinarios, á quienes ha anatematizado ya el Sr. Estrada, valiéndose de todas las formas... geométricas.

M. DEL PALACIO.

POESÍA.

Te ví... de mañanita;
Siempre te veo cuando el sol asoma
Y pródigo en colores
Los anchos valles abundante dora.

Busqué rosas de mayo
Para ofrecerte la nupcial corona,
Y á tu lado las pobres
De rubor y de envidia estaban rojas.

Quise adornar tu cuello
Con finísimas perlas de Golconda,
Pero lágrimas tuyas parecian
¡Y sufro yo, si lloras!

Perfumes orientales
Quemé á tu paso, en desdichada hora,
Que al percibir un soplo de tu aliento
Sentí más dulce aroma.

Un ramo de claveles
De mi cariño te envié en memoria;
Tus labios al tocarle,
Se confundieron con las frescas hojas.

¿Qué valen los tesoros
Precio mezquino de imperiales joyas,
Sino hay diamantes negros
Como esos ojos que en tu rostro moran?

Dime por qué tus ojos
Pesares ¡ay de mí! tristes pregonan
Y el blanco pañizuelo
Llevas al rostro con mortal congoja.

Refiéreme tus penas,
Cuéntame dolientísimas historias,
Pero... por Dios, no llores.
¿No sabes que me matas cuando lloras?

Si en el mar de la vida
Vencer intento las mugientes olas,
Cada suspiro tuyo
Es un viento contrario que me azota.

Morir por ti no quiero
Aunque me aguarde, al espirar, la gloria,
Porque... despues de verte
Parecerán los ángeles tu sombra!

E. BLASCO.

LOS DIAMANTES EN BRUTO.

ANÉCDOTA HISTÓRICA.

En las orillas del Tajo, de ese rio que tan magníficos paisajes recorre desde Aranjuez hasta Lisboa, se eleva una encantadora casa, que bien pudiera llamarse palacio sin notable exageracion. Blanca y elegante, retratan las aguas sus paredes de mármol y sus ricas ventanas cinceladas como una obra de platería, al mismo tiempo que se destaca sobre el verde sombrío de un bosque de encinas seculares, á la manera de una perla sobre los negros cabellos de una hermosa.

Todo cuanto el campo tiene de agradable y todo lo que la industria inventa para el lujo y las comodidades de la vida, se encuentra reunido en aquella mansion.

Una tarde de diciembre de 18..... nos encontrábamos al ponerse el sol, reunidos varios amigos alrededor de una grande y artística chimenea en el salon de invierno de esta casa. Enormes trozos de encina ardian sobre dos esfinges de bronce, obra de un afamado escultor. La llama, elevada y poderosa, exhalaba un calor tibio y perfumado, mientras que por las ventanas entraba la dulce y melancólica claridad del sol en el ocaso.

—¡Feliz puede llamarse el hombre cuyo bienestar y cuya dicha son obra suya! ¡Feliz mil veces aquel que solo debe su fortuna á su inteligencia y su trabajo! exclamó uno de nuestros compañeros.

—¡Ah, señores! interrumpió el dueño de la casa, mi inteligencia y mi trabajo, por más laborioso é inteligente que tengais la bondad de suponerme, tienen poca parte en las causas de mi prosperidad, y así sucede generalmente con la de todos los hombres que alcanzan las más altas posiciones y la fama más imperecedera. Dios puso en los orígenes de los más encumbrados y brillantes destinos tanto de casualidad y un punto de partida tan miserable y mezquino, que la humana soberbia debe anonadarse, y reconocer que el talento y el valor de un hombre, por grandes que sean, quedarian inútiles y perdidos sin los estraños acontecimientos y los incidentes pueriles que á veces vienen á dar impulso ó á destruir los más descabellados intentos, ó los planes más vastos y mejor combinados.

Considerable es mi fortuna..... Pues bien, amigos mios; durante tres años he tenido en mi poder, he tratado con desprecio el objeto que debia ser el fundamento de mi prosperidad. De la misma manera que en la parábola del Evangelio, arrojé la piedra angular que debia servir de sosten y cimiento á mi edificio.

Yo nací en España, señores. Mi padre emigró á principios del siglo, y se estableció en una pequeña ciudad de Holanda. Allí, despues de su muerte, me ví en la necesidad de ganar mi miserable vida, entrando más como criado que como aprendiz, en casa de un viejo judío que comerciaba en piedras preciosas. El israelita murió y me instituyó su heredero, dejándome poseedor de un almacen, cuyo total valor no pasaba de 20.000 rs. Poco era, no hay duda; pero á mí, que nada poseia, me pareció una gran fortuna. Caséme inmediatamente con una dulce jóven holandesa, á quien amaba en estremo, y á cuya mano nunca pensé que podria aspirar. Pronto me hallé tan pobre como antes, gracias á dos hermosos gemelos que nacieron nueve meses despues de mi matrimonio.

Durante cinco años mantuve á mi familia con el sudor de mi rostro, pasando los dias y buena parte de las noches, trabajando en montar alhajas falsas ó de poco precio. Mis hijos crecieron y formaban mi delicia y mi desesperacion. Traviesos y turbulentos saqueaban mi casa para buscar juguetes que mi pobreza no me permitia comprarles. Alcanzaron por fin á apoderarse de una caja vieja y desvencijada que el judío me habia legado con todo lo demás, y cuya caja habia traido de un viaje que emprendió tres ó cuatro meses antes de morir. En la caja encontraron mis hijos tres guijarros grises y terrosos, y de ellos se sirvieron á guisa de billas, recibiendo durante algunas semanas cuantos choques son imaginables, y rodando tanto en manos de los revoltosos chicuelos, que una de las piedras se perdió y no la pudimos encontrar.

Por este tiempo me puse en relacion con un rico fabricante de joyería, que me daba abundante trabajo, y me pagaba muy bien. Un dia, al entrar en mi casa, recibió una pedrada en un tobillo. El dolor y el deseo de vengarse le hicieron recojer la piedra que le habian lanzado mis hijos, con objeto sin duda de arrojársela de nuevo entre colérico y risueño; pero en vez de ejecutar su designio, examinó detenidamente aquel despreciado guijarro, me miró con sorpresa, y me hizo varias preguntas sobre su orígen. Yo le contesté que lo habia heredado de mi amo el judío.

—Amigo, me dijo, has hecho tu fortuna. Eres mu-

cho mas rico que yo. Estas dos piedras son diamantes, y no valen menos de un millon cada uno. Cierra tu tienda y marchemos á Lóndres inmediatamente.

Yo creia soñar; estaba desvanecido y le escuché como un estúpido. El joyero agarróme del brazo, me condujo á la diligencia y entró tambien en el carruaje. A los veinte dias vendí mis diamantes y establecí en compañía del fabricante, que de amo se volvió mi asociado, una casa de comercio en pedrería y alhajas que, gracias á Dios y al trabajo é inteligencia que en nuestros negocios presidian, prosperó más allá de nuestras esperanzas.

Hé aquí, amigos mios, las causas que me han traido á mi estado actual; por aquellos olvidados guijarros he podido adquirir una posicion independiente, que me permite vivir algunas temporadas en estas encantadoras riberas de mi patria, y dar dos millones de dote á cada uno de mis cuatro hijos.

En cuanto al tercer diamante, que era el más grueso, tal vez se encuentra en manos de alguno que ignora su valor. ¡Solo Dios sabe si este valor será algun dia conocido!

Así habló D..... M.....

La vida humana ofrece numerosas analogías con la historia que nos contó. ¡Cuántos hombres poseen un don más precioso que el más rico diamante de la tierra, el génio, y mueren sin haber siquiera sospechado que para adquirir gloria y opulencia, solo les faltaba que un acontecimiento imprevisto les hubiera revelado el tesoro que su mente encerraba! ¡Cuántos Cuviers, cuántos Newton, cuántos Orfilas hubieran abierto el gran libro de la naturaleza, si la educacion y las circunstancias hubieran fecundado su inteligencia, y dado valor á las ideas que tal vez han oido apellidar locuras! ¡Cuántos espíritus sublimes yacen como el grano en la tierra, sin poder germinar por falta de rocío! La chispa, que bastaria para incendiar el mundo, duerme en el pedernal eternamente, si el choque que ha de hacerla brotar no se verifica.

En las ciudades, como en los campos, se encuentran sin duda algunos Trajanos y Napoleones, pero, ¡qué reunion tan admirable de incidentes es necesaria para que lleguen á alcanzar la alta gloria y el poderoso destino á que arribaron esos y otros grandes hombres! Un, al parecer, insignificante acaso, basta para impedir que el talento vuelva á las regiones á donde su aspiracion le llevaba.

¿Se necesitan ejemplos? Los anales de la humanidad nos los suministran en abundancia. Suprimid uno de los escalones por donde subieron Cisneros, Alberoni, Ensenada, Sisto V, Cronwell, Mina, ¿quién duda que hubieran muerto en la mediania ó en la oscuridad?

El ilustre general Foy hizo la guerra, y llevó la vida del soldado durante veinte años, sin que él mismo sospechase que poseia la elocuencia que dió tanto esplendor á su nombre.

Entre estos desconocidos poetas, que en nuestras provincias meridionales improvisan cantares populares llenos del fuego de la inspiracion, se hallarian algunos dignos de competir con afamados vates, si un accidente cualquiera diera al precioso diamante de su ingenio el pulimento que le presta luz y estimacion.

Meyerbeer y *Roberto el Diablo* fueron despreciados obstinadamente por Mr. Veron en el teatro de la Opera de París, y sin embargo, esta ópera y aquel compositor hicieron la fortuna del que estuvo á punto de desesperar al insigne maestro.

El gran tenor Masset, hijo de un armero de Lieja, estaba dotado en su infancia de una de esas voces celestiales que Dios concede solo á los niños, y que les quita cuando entran en la adolescencia, sin duda para devolvérselas en el cielo. La aficion á la música que le inspiró su padre el artesano, y la miseria, le hicieron entrar en los coros del teatro. Allí cantó durante tres años, y oscuro hubiera muerto sin una de esas que llamamos casualidades.

El mismo Meyerbeer tuvo en cierta ocasion que ensayar á madame Pongaud en el duo del cuarto acto de *Los Hugonotes*, y á falta de otra cosa mejor, llamó al corista Masset. Meyerbeer le oyó, se admiró..... y Masset fué despues el artista eminente, y el aplaudido compositor de *La reina de un dia*.

Desgraciadamente, si es verdad que la sociedad encierra muchos *diamantes en bruto*, lo es tambien que hay en ella muchos *pedazos de vidrio*, que se creen piedras preciosas é inestimables, y que no se cambiarian ni aun con el *Regente*.

V. L.

UNA VUELTA POR EL ESCORIAL.

(IMPRESIONES DE UN LUGAREÑO.)

> La sensacion del agrado está más en el corazon del hombre que no en las cosas, y creo que el corazon más bien da el agrado que no lo recibe.
>
> *Fernan-Caballero.*

El señor Basilio es un hombre á cuyo buen juicio he confiado siempre las cuestiones graves en que alguna vez me he visto envuelto, y nunca, puedo decirlo con verdad, ha defraudado mis esperanzas.

Lo que más distingue á este buen lugareño, porque el señor Basilio es un lugareño de tomo y lomo, es cierto buen gusto en materia de bellas artes, que suple los conocimientos que le faltan; privilegio concedido á los hombres de gran corazon y de una sensibilidad esquisita.

No há mucho tiempo se le ocurrió venir á Madrid, sin más objeto que el de visitar todo lo que hay de notable en la villa, y por cierto que yo le serví de *cicerone*, y que pasé gustosísimos ratos en su compañía por las ingeniosas observaciones que iba haciendo segun yo le indicaba, lo que, á mi ruin entender, era digno de tomarse en consideracion.

A propósito de lo *reservado del Retiro*, soltó muy soberanas pullas, recordando las grutas y las fuentes naturales de su pueblo, que él preferia de buen trecho á aquellas otras que eran producto de un artificio pueril.

Impresionóle vivamente el salon oriental, y entre indignado y zumbon, nos pronunció un discurso sobre el sibaritismo y sobre la preponderancia que ejercia la materia, en mengua del espíritu, en las sociedades modernas, que los estraños que le escuchaban tuviéronle por un sábio de alto copete, y á mí me confirmó en la ventajosa idea que ya tenia formada de su buen juicio y de sus sanos sentimientos.

Fuimos luego al Museo de pinturas, y el señor Basilio, que es todo un verdadero patriota, se entusiasmó con la escuela española, que segun decia es la más decente y la más cristiana de las escuelas. En algunas extranjeras, donde imperaba *el desnudo*, de tal manera se irritó mi hombre, que no tuvo inconveniente en asegurar que de muy buen grado entregaria al fuego todas aquellas obras maestras. Pero subió de punto su enojo al oir á un jóven pintor, que acompañaba á una familia, hacer grades elogios de una Eva, en cuya contemplacion estaba descaradamente extasiado.

—Eso es una porquería, esclamaba mi buen lugareño; ¿qué sentimiento de belleza puede inspirar semejante cuadro? Ninguno que sea noble y elevado, sino indecoroso y material. Los autores de tales obras, cuando empiecen alguna, no deben decir: «voy á pintar un cuadro, sino voy á cometer un crímen»; y el crímen, por grandioso y magnífico que aparezca en sus medios, no deja nunca de ser crímen. Vamos, vamos de aquí, me dijo; no quiero ver esta infame prostitucion del arte.

Y salió de la sala echando chispas, mientras el pintor se reia desdeñosamente de aquel *profano*.

Yo, que conocí las ideas del señor Basilio, no quise bajarle á la sala de escultura, para evitarle un disgusto de más grandes proporciones.

Propúsele, pues, una vez que concluimos de visitar lo notable de Madrid, pasar un dia en el Escorial, cuya proposicion fué inmediatamenta aceptada por el señor Basilio.

Esto era en el mes de noviembre, si mal no recuerdo.

Convinimos en el dia de la espedicion, y muy de mañanita en el citado dia, que era festivo por más señas, nos dirigimos al ferro-carril del Norte, despues de haber oido nuestra misa de obligacion.

—Mal tiempo vamos á tener, me dijo el señor Basilio apenas pusimos el pié en la calle.

—¿Cree Vd. que lloverá? le pregunté.

—Antes de media hora, me contestó echando una mirada inteligente por el horizonte.

En efecto, el cielo estaba velado por una capa cenicienta que el sol no podia romper, lo cual daba al dia un aspecto triste y melancólico, como los del invierno en los países septentrionales.

Esto unido al haber madrugado más de lo que teníamos por costumbre, fué causa suficiente para que emprendiéramos el viaje con cierta sombra de mal humor.

Llegamos á la estacion, tomamos nuestros billetes de segunda, empaquetamos nuestras humildes personalidades en un wagon de la clase correspondiente, y á poco el prosáico pito dió la señal de partir.

No bien habria trascurrido un cuarto de hora, cuando empezó á caer una agüita menuda, tenaz é impertinente, como las palabras blandas de un hipócrita.

—El cielo no ha querido desmentirme, dijo el señor Basilio.

—Lo peor es, contesté yo, que esto no lleva camino de concluir tan pronto.

—¡Cá! ha empezado ya para toda la semana.

—¡Voto al chápiro! pues vamos á pasar un dia divertido.

—Afortunadamente yo he sido previsor y me he traido el paraguas.

—No me consuela ese remedio. Las maravillas, como dicen que es el Escorial, pierden mucho de su mérito si el sol no les presta algo de su brillantez y de su hermosura.

—Pues hijo, replicó mi compañero, hoy tenemos que contemplar esa maravilla bajo la influencia de un cielo de Escocia.

—¡Cielo de Escocia! Prefiero el bacalao de ese país.

—Acaso le hallemos tambien para almozar en ese pueblo...

Y así continuó nuestra conversacion unas veces animada y otras lánguida y monotona, como el aspecto que el cielo presentaba, hasta que la voz chillona de un avisador nos advirtió que habiamos llegado al fin de nuestra jornada.

Dejamos el tren y montamos en un ómnibus, veloz como el mensajero de una mala nueva, que nos condujo á una de las fondas del pueblo. Desde allí tomamos el camino del monasterio y á los pocos instantes nos hallamos en una de las grandes esplanadas de piedra que le rodean.

El dia lluvioso, el paisaje árido y triste, el inmenso edificio monotono y sombrio, cuanto veiamos en derredor nuestro negruzco y lúgubre, todo, en fin, fué parte á que mi compañero y yo nos sintiéramos como oprimidos bajo el peso de una atmósfera densa, impregnada de vapores oscuros y tétricos, como esas nieblas parduzcas que coronan los montes de la Scandinavia.

Observé en el señor Basilio un movimiento de disgusto que correspondia á un gesto displicente, que yo debí hacer delante de la famosa maravilla.

Como siempre solemos imaginar más grandiosamente las cosas que no hemos visto, pero de las que hemos oido hacer encomios y ponderaciones sin cuento, no es estraño que en aquel instante nos sintiéramos un si es no es chasqueados y aun frios.

Pasados unos minutos rompí el silencio dirigiéndome al señor Basilio:

—Verdaderamente que el país y el edificio que tenemos á la vista rebelan bien el carácter de Felipe II. Solo la meditacion y el hastío del mundo pueden levantar en estos sitios un convento: esto es admirable para morirse un hombre de melancolía. Hay quien supone que Felipe II fué un gran criminal; pudo serlo en Madrid; pero aquí, en medio de esta naturaleza lúgubre y salvaje, á través de la cual solo se vé al Dios inflexible de la justicia, apenas se concibe el crímen. En todo esto creo adivinar un hombre contrariado en sus afecciones, que hallando raquítico el orbe á la enormidad de su deseo, escogió un miserable rincon en la tierra donde alzar cuatro paredes que escondieran su profunda melancolía. ¿Y Vd., señor Basilio, que vé en esto?

—Mucha piedra, hijo, ¡mucha piedra! me respondió el buen lugareño encogiéndose de hombros.

Esta inesperada contestacion cortó los vuelos de mi discurso.

—Vamos á ver que nos dan por allá dentro, me dijo el señor Basilio, que esto ya me lo he aprendido de memoria. Como que no hay más que una letra repetida en este libro.

—Vaya, métase Vd. debajo de mi paraguas, porque sigue lloviznando con una terquedad aragonesa.

Me cogí de su brazo y nos internamos por la primer puerta que se nos puso por delante.

Saliónos un hombre al encuentro que nos hizo atravesar un patio inmenso para conducirnos luego por entre pasillos y galerias, iguales siempre á las habitaciones del palacio, donde otro guía se encargó de nosotros.

—Jóven, ahora vienen las grandes cosas, me dijo mi compañero.

—¡Grandes! no lo serán más que el patio que acabamos de ver.

—Eso sí; es una magnífica plaza de toros.

—Hoy está Vd. mordaz, señor Basilio.



LA FERIA DE ALCALÁ.

Villa Eugenia. Casino. Roca horadada.

BIARRITZ.



ALDEANOS Y ALDEANAS DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.

La bella situacion de Biarritz y el carácter pintoresco de su costa, cortada d trecho en trecho por vastas rocas, entre las cuales las espumosas olas del Océano vienen á estrellarse; la hermosura del país, su proximidad á España, atraen todos los años á aquel punto un número considerable de bañistas. No haremos aquí una descripcion estensa porque todo el mundo conoce á Biarritz, y los que aun no hayan visitado este delicioso sitio es más que suficiente para formarse una idea exacta la vista del grabado que hoy ofrecemos á nuestrros lectores.

La emperatriz Eugenia ha hecho construir, hace algun tiempo, una deliciosa casa de recreo, que todos los años ocupa por espacio de algunas semanas. Titúlase esta *Villa Eugenia*, y en nuestro dibujo se destaca en la parte superior del lado izquierdo. La playa es de las mejores que se conocen, por bien acondicionada, y sirve al mismo tiempo de paseo y punto de reunion para los bañistas.

Finalmente, como la estacion de los baños de mar se halla muy adelantada, nos limitaremos por hoy á ofrecer la vista de Biarritz, tomada desde el sitio más á propósito, aplazando para el año próximo, si Dios quiere, un artículo de costumbres, en que nos ocuparèmos de este hermoso puerto, y entónces tendrá mejor que hoy el don de la oportunidad.



BAÑISTAS Y BUHONEROS ESPAÑOLES.

—¡Bah! ¿Qué quiere Vd. que diga si hasta ahora no hemos visto más que una cantera?

Penetramos en las salas del palacio.

En unas vimos muchos muebles del siglo pasado y de principios de este, que nada tenian de particular; en otras habia algunos cuadros bastante buenos, que al señor Basilio agradaron mucho.

—Vamos, esto ya se puede ver, decia. Solo que no es esto lo que nosotros buscamos, sino el génio de Herrera.

—Ya le encontraremos, hombre; no sea Vd. impaciente, le contesté yo.

El guía abrió una puerta y dijo:

—En estos salones tienen Vd. una magnífica coleccion de tapices tejidos en España muchos de ellos, en donde hay copias soberbias de los más notables cuadros.

Examinamos aquella tapicería y no dejamos de admirar su mérito, aunque en todo caso preferiríamos los lienzos originales.

—¿Y estos tapices valen mucho? preguntó al guía el señor Basilio.

—¡Ya lo creo! contestó aquel; valen millones.

—¡Caramba! repuso mi lugareño: que bien nos vendrían ahora que anda el Tesoro tan ligero.

—Hombre, le objeté yo; no todo ha de ser dinero en este mundo; debemos respetar las obras de arte.

—¡Qué arte ni qué calabaza! esto no es arte, esto es manufactura, y francamente, no tengo simpatías por la manufactura; me repugnan las máquinas; por eso no me hace tampoco gracia la fotografía. El arte no se revela nunca contra el hombre; canta su génio y le glorifica; pero las máquinas llegan á ser más poderosas que el hombre, y le humillan y se burlan de él y le aplastan. Dicen que caminamos hácia la libertad y yo veo que dentro de poco seremos esclavos de nuestros mismos productos. ¡El pensamiento esclavo de la materia! ¡el hombre hecho un vil juguete de la máquina!... lo que hacemos hoy, es retorcer y pulir con nuestras propias manos la cuerda que nos ha de ahorcar mañana. ¡Medrados estamos con nuestras invenciones!

—Vaya, señor Basilio, no se exalte Vd., le repuse yo sonriendo; veo que la densidad de la atmósfera y lo tenebroso del cielo le sugieren á Vd. ideas muy estravagantes. Sigamos en nuesto exámen.

Y fuimos recorriendo todas aquellas habitaciones sin que lograran despertar la atencion ni la curiosidad siquiera de mi señor Basilio.

Teniamos deseos de ver la iglesia y á toda costa hicimos que nos guiaran allá.

Hubo de conducirnos otro de los acompañantes que se apresuró á hacernos observar las lámparas de oro y los dos tan lujosos como chillones púlpitos que hay á los lados de la escalinata del altar mayor. Mientras él se entretenia en decirnos cuánto habian costado y quiénes y cómo los habian construido, nosotros fijábamos la atencion en la escalinata y en el altar, donde creimos ver una idea grandiosa llena de magestad y de veneracion, tal como la reclama el divino objeto á que se destina; idea que es muy superior á todo el oro y el jaspe del mundo. El señor Basilio encontró en aquella obra un verdadero espíritu religioso, tanto que no pudo menos de arrodillarse en uno de los escalones y tener algunos momentos de oracion delante del mismo altar, que tantas veces escuchó las fervientes plegarias del hijo de Cárlos el emperador.

El resto de la iglesia nos agradó poco: entusiastas del arte gótico mi compañero y yo no nos sentiamos impresionados por aquellas columnas anchas y cobardes sin gracia y sin gallardía. Luego nos enseñaron el famoso techo que corresponde al piso del coro, y nosotros, á fuer de profanos en la materia, vimos allí más la ciencia del arquitecto que al artista. Admiramos en silencio (¿qué habiamos de hacer?) y dejamos hablar á nuestro guía que no llevaba trazas de acabar tan pronto con su charla sempiterna.

Nos condujo despues al panteon... ¡oh! el panteon es realmente magnífico y suntuoso... sino estuviera habitado por esqueletos augustos, muy augustos, sí, pero esqueletos!

Mi compañero escuchó en silencio los nombres que el guía iba repitiendo de los que allí reposaban, y luego inlinó la cabeza sobre el pecho ante aquellas tumbas que encerraban tantos recuerdos de gloria y de vergüenza, de felicidad y de amargura. No sé qué ideas ocuparian en aquel momento su imaginacion pero estuvo largo rato sin desplegar los lábios, hasta el fin que dando un suspiro le oi murmurar estas palabras: *sic transit gloria mundi.*

Nos despedimos de las sombras de aquellos ilustres personajes, de quienes ya no quedaba en la tierra más que polvo, y á los pocos instantes despues de atravesar algunas galerías, nuestro *cicerone* abrió una puerta, que creimos conduciría á un pasillo ó cosa semejante, y nos hallamos en una humilde habitacion, desnuda de muebles y adornos, con las paredes blanqueadas, y el pavimento modestamente enladrillado.

—¿Qué es esto? preguntó el señor Basilio; ¿es acaso la portería?

—Este es el cuarto de Felipe II; aquí recibia á los embajadores... ¡Allí murió!

No pudimos contener un grito de admiracion; mi conpañero y yo nos quedamos mirando un momento, luego nuestras manos se juntaron... y hasta creí ver una lágrima en los ojos del señor Basilio.

—¡Qué hombre! ¡qué hombre aquel! fué lo único que se le ocurrió al entusiasta lugareño.

—Si Vds. quieren, nos dijo el guía, podemos subir á la biblioteca y despues al cimborio...

—No, no; no quiero ver más, se apresuró á decir el señor Basilio; estoy ya cansado de tanta piedra, de tantos millones y de tanta ostentacion. Necesitaba ver algo notable y ya he visto este cuarto... No concibo mayor grandeza.

Recorrimos toda la habitacion una y cien veces, respirando con ánsia la atmósfera que respiró aquel hombre, cuyo génio dominaba desde un miserable gabinete los pueblos del uno y otro mundo, nos sentamos con orgullo en el sillon de aquel gran rey; vimos la banqueta de Antonio Perez y en seguida abandonamos aquellos lugares, poseidos de una menlancolía profunda, que en nuestro corazon engendraba el recuerdo de las pasadas glorias y del inmenso poderio que acaso ya no volverá á tener nuestra querida España.

Cuando salimos... continuba lloviznando todavia.

Marchamos á esperar el tren á la estacion, donde almorzamos malamente, aunque no nos dieron bacalao, y á la hora y media poco más ó ménos, volvimos á estar empaquetados en un wagon de segunda, que, sin más novedad, nos trajo á la coronada villa.

VALENTINO.

CANTARES.

Comparaste tu querer
A aquella torre de piedra,
Sin ver que, aunque dura y firme,
Termina en una veleta.

—

Tu vida, niña, y mi vida
Son como dos luces juntas,
Que á un tiempo mueren las dos
Si quiere apagarse una.

—

Si solo hubiera una fuente
Y te olvidara al beber,
Antes que probar sus aguas
Me moriria de sed.

—

En la losa de un sepulcro
Tu nombre escrito leí:
Como no me quedé muerto,
Que no eras tú comprendí.

—

Pendiente de un collar negro
Llevas al pecho una cruz,
En prueba de que allí he muerto
Y que me mataste tú.

IGNACIO VIRTO.

MEMORIAS DE UN CANARIO.

Del libro inédito SUEÑOS Y REALIDADES.

I.

Era en el Suizo. Acababan de dar las doce de la noche.

Nos hallábamos tres amigos alrededor de una de las mesas del saloncito de la pastelería, que sirve de comunicacion entre el Suizo viejo y el nuevo.

De los dos que estaban conmigo uno era periodista, y el otro hacia un mes que habia recibido la borla de medicina.

Estábamos en silencio, devorando el periodista un beefteak que Mayer acababa de servirle, mirando el techo el nuevo doctor, y tomando yo el acostumbrado chocolate.

No habia nadie más que nosotros en la pastelería.

De prontro el doctor esclamó como si siguiera una conversacion interrumpida.

—Pues es triste cosa que despues que uno se muera el alma haya de ir á refugiarse en un animal miserable.

—Nada mas lógico, dijo el aprendiz de político; la casa en que vivia el alma es expropiada por causa de utilidad pública, esto es, para dejar sitio á otro individuo; así es que la pobre alma tiene que ir á refugiarse en el primer cuarto desalquilado que encuentra, bien sea en el asqueroso cuerpo de un sucio cerdo, que se revuelca en el lodo, bien en el esbelto y ágil de una gacela ó de una girafa.

—Tengo para mí, dije metiendo mi cucharada, que el tomar la nueva casa no ha de ser cosa que la casualidad arregle á su antojo. Me parece que no solo ha de ser como una espiacion para nuestro espíritu el estar encerrado en una envoltura miserable, despues de haber sido inquilino de un cuerpo humano, sino tambien que segun las inclinaciones demostradas en la vida, segun los caracteres, la trasmigracion se verificará en animales de tendencias análogas. Así que se me figura que el alma de Napoleon I, por ejemplo, debe haber trasmigrado al cuerpo de un leon; Cavour sin duda ha tomado la forma de una zorra astuta y perseverante ó la de una serpiente; Settins, el tenor de voz dulce y melodiosa, debe ser hoy un pardo ruiseñor, el alma del hombre sesudo, grave y majestuoso trasmigrará al elefante; la del lascivo al mono, la del apático á la tortuga, y así sucesivamente.

—No me parece mal ese sistema, dijo el redactor del *Arco Iris*; Pitágoras fué sin disputa un grande hombre y tú completas su teoría. Segun eso nuestro amigo el doctor, que sin cesar hace el oso á cuantas muchachas vé, está sumamente espuesto, si tiene la debilidad de morir, á ser conducido por un saboyano á tener que bailar ante los chicos, las amas de cria y los soldados, ó á pasearse sin interrupcion en una estrecha jaula de una casa de fieras.

—En cambio tú, discípulo de Maquiavelo, que no paras un momento, que todo lo ves, que todo lo sabes, que á todos lanzas los dardos de tu fina y picante sátira, estás sin duda predestinado á ser un herizo cubierto de agudas puas, y á arrojarlas á todo bicho viviente, como ahora haces con tus incesantes epigramas.

—Entonces, yo, dije á mi vez en mi calidad de dilentanti benemérito, ó mas bien de melómano hecho y derecho, el dia menos pensado me convierto en un amarillo canario ó en un pintado gilguero.

—No creo en la larga série de metempsicosis de que habla Pitágoras. Tengo para mí que el alma solo sufre tres trasmigraciones despues de la muerte: la primera al mundo animal, la segunda al vejetal, la última al mineral.

—¿Y despues de esta última trasformacion?

—No sé á punto fijo lo que nos sucederá, dijo el del *Arco Iris*. Si el alma es inmortal, como yo creo, debiera hacer las trasmigraciones en sentido contrario, es decir, empezando por roca y acabando por el hombre; de la forma humana pasar á espíritu puro ó purificarse préviamente en un período de transicion, en una vida superior á nuestra vida, en otro mundo, en otro planeta, en la luna por ejemplo.

—¿Crees en el espisitismo? pregunté al periodista.

—Yo creo en todo. Hace un mes escribia en *El Radical* y creia á piés juntillos en el credo democrático; hoy sigue siendo la democracia mi ideal, pero creo que las circunstancias exigen un término medio y soy doctrinario y escribo en el *Arco Iris*. ¿Quién sabe si mañana seré neo-católico, sin dejar de ser demócrata y doctrinario?

—Pues yo no creo en nada, dijo el doctor.

—Como que eres médico.

—Sí, creo en la materia, en en el principio vital, en las trasformaciones de la vida y la materia, pero en nada más. Por eso creo que las trasmigraciones deben ser en el órden que primero las hemos dicho; esto es, empezando por el hombre y acabando por el mineral; y cuando los agentes atmosféricos ó algun agente químico ó un cataclismo destruyen la roca, la disuelven ó la funden, entonces dió fin aquel ente que fué un hombre, un bruto, una planta y un mineral.

—En eso no estoy conforme. La vida debe ir prolongándose segun esa teoría; la vida animal es corta, la vida de las plantas suele ser más larga, y la vida inorgánica es casi eterna: la roca es perenne, inmutable,

casi divina; vedla coronarse de blanca nieve ó de seculares bosques y vivir siglos y más siglos, mientras sobre ella pasan generaciones y más generaciones de plantas y de animales.

—Pero la causa que la hizo aparecer la hará desaparecer tambien.

—Por eso no he dicho eterna, sino casi eterna.

El reloj de la pastelería dió la una.

—Es tarde, dijo el esculapio, y mañana tengo muchas visitas que hacer. Me voy á dormir.

—Yo aun tengo que ir á la Iberia y al Casino á caza de las últimas noticias, y por último á la redaccion para echarlas mañana por bajo de la puerta á los suscritores del *Arco Iris*.

—Pues yo, dije, que no tengo visitas ni periódico, me voy á Recoletos á ver la luna y á tomar el fresco.

—Lo que verás serán parejas sospechosas que te distraerán de tus poéticas meditaciones, ó algun individuo que te preguntará qué hora es, y enamorado de repente de tu reloj querrá trasladarlo incontinenti á su bolsillo.

—Teneis razon; lo mejor es meterse en la cama y eso voy á hacer.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

(Se continuará.)

SEGADORES Y VENDIMIADORES DE ROMA.

Cumpliendo nuestra promesa hecha en el número anterior, ofrecemos hoy la reproduccion de otra de las más notables creaciones del célebre artista Leopoldo Robert. El cuadro de *Los vendimiadores ó sea fiesta de la madona del arco*, que aparece en la página de nuestro semanario, es digno hermano del que se conoce con el título de *Los segadores*.

Ambos bellísimos cuadros, que en el dia se hallan justipreciados en una crecidísima suma, inspiraron al célebre escritor Mr. de Lamartine un notable artículo, que nos seria imposible insertar íntegro por su extension, pero del cual copiaremos algunos párrafos para dar una idea del elevado concepto en que aquel hombre eminente tenia las dos citadas obras de Leopoldo Robert. Uno de ellos dice así:

«Contemplando bien ese magnífico cuadro (los segadores) y penetrando en el concienzudo pensamiento del grande artista que lo ha creado, no es posible permanecer indiferente. En él se refleja la verdadera poesía de la felicidad; es el ideal de la paz y de la dicha de los campos; es el infinito en la calma tranquila de la naturaleza; es el idilio de la humanidad en su primer idea y en presencia del Creador; idilio trasportado hoy dia bajo un sol purísimo á este mundo de trabajos y de fatigas, pero lleno aun de toda la felicidad que esta tierra corrompida y miserable puede ofrecer al hombre.

«Tal es evidentemente, segun nuestra opinion, el pensamiento que preside el cuadro. Es un himno, un *Evohe*, un sublime cántico pintado con formas y colores sobre un tosco lienzo. Entre Teocrito y Virgilio con sus églogas, y el inspirado autor de tan bellísimos cuadros, nosotros preguntaremos al espectador: ¿quién ha sido mas poeta, esos poetas ó este pintor? Estamos convencidos que nos contestarán sin vacilar: el gran poeta lo ha sido ese notable artista. Y ese artista es Robert, el gran lírico de *Los segadores* y *Los vendimiadores*.»

Mr. de Lamartine termina su artículo en los términos siguientes:

«Es imposible encontrar una espresion que signifique bastante bien la espresion que produce la vista del cuadro *Los segadores:* Rafael pintó *La trasfiguracion* de un Dios. *Los segadores* de Robert son la *La trasfiguracion* de la tierra.»

Despues de esto, cuanto nosotros pudieramos añadir seria pálido, y en su consecuencia aquí terminamos esta reseña.—B.

HISTORIA DE MUCHAS.

No recuerdo, vive Dios,
Dónde leí cierta historia...
Contémosla entre los dos,
Si tú me ayudas, Victoria.
Pero no arrugues el ceño,
Mi bien, mi dueño!...

—

Era una mujer... no tal;
Era una niña, y tan pura,
Que en su frente virginal
Lucía con brillo igual
La estrella de la ventura.
Ah! yo la ví; recorria
Del prado las verdes salas
Como un ave; parecia
Que le prestaba sus alas
El ángel de la alegría.
—Si amada la niña fue?
Si ella tambien llegó á amar
Ya, Victoria, lo diré
Si me dejas acabar.
Pero no arrugues el ceño,
Mi bien, mi dueño!...

—

La niña bella, inocente
Siguió corriendo en los prados,
Siempre brillando en su frente
Los colores sonrosados
De su pureza rïente.
Un dia con arrogancia
Llegó en su sien á ostentar
Llena de suave fragancia
Una flor, que dió en llamar
La flor ¡ay! de *la constancia...*

—

Cuando recuerdo esta historia
El corazon se me salta...
Ah! que bien sabes, Victoria,
Lo que de la historia falta!
Pero no arrugues el ceño,
Mi bien, mi dueño!...

—

Pasó un dia: un mes pasó,
Y un año quizás... mas yo
Ya no ví por la pradera
Aquella niña hechicera
Cuya gracia me encantó...
Hoy hallo al fin mi paloma
Su hermoso matiz perdido,
Y entre sus trenzas asoma
Mústia flor y sin aroma,
Porque es la flor *del olvido!*

—

Y ya no hay más; ¿os da enojos
Mi relacion? — cosa rara!—
Victoria, y bajas los ojos
Como si contigo hablara!...
Por Dios, desarruga el ceño,
Mi bien, mi dueño!...

VALENTINO.

LA FERIA DE ALCALÁ.

Pocos espectáculos se ofrecen al observador y al viajero, tan animados y ruidosos como el que presenta una feria de nuestro pais. Así lo ha comprendido Gustavo Fanet en el dibujo que representa la feria de Alcalá, que acaba de verificarse estos dias, y que es una de las más populares de España. Verdad es que Alcalá, tanto por su proximidad á Madrid como por lo bello de sus edificios y lo interesante de sus recuerdos históricos, merece ser visitada con atencion, sobre todo su famosa Universidad que ha compartido con la de Salamanca el imperio de la ciencia, contribuyendo á inmortalizar el nombre de Cisneros.

Sin embargo, la Universidad es el sitio menos visitado en los dias de feria, y la mayor parte de los arrieros que inundan las plazas, ignoran al partir que aquella fué la patria de Cervantes, y que acaso existen todavia entre ellos algunos de los tipos que retrató con tal maestria.

LA CAZA.

Avanzando como avanza la estacion, y próxima á levantarse la *veda*, damos hoy en la página última de nuestro semanario una preciosa alegoría de la caza, admirablemente dibujada por el célebre artista *Gustavo Doré*. La parte superior de la alegoría representa la llegada al bosque de los cazadores. Varios han descendido ya con los perros del carruaje, en tanto que los demás continúan aun en aquel, con objeto tal vez de trasladarse á otro punto. El centro representa el encuentro con el javalí, los cazadores en el acto de hacer fuego sobre él, y los perros avanzando sobre la fiera.

Finalmente, la parte posterior es un bellísimo cuadro; el regreso de la caza, lleno de verdad y de animacion. Los cazadores, cansados de las fatigas del dia, se han quedado dormidos al lado de la chimenea de la cocina, en tanto que les preparan la mesa para cenar. La jauria, agrupada á pocos pasos, espera tomar tambien parte en el festin, y entre tanto se calientan junto al hogar tranquilamente, aunque alguno de los sabuesos da marcadas muestras de impaciencia. El conjunto es magnífico y digno del célebre artista que lo ha concebido.

SALAMANCA.

El grabado con que encabezamos hoy nuestro número, es la vista de la ciudad de Salamanca, por tantos motivos célebre. Capital de la provincia que lleva su nombre, se haya situada sobre el Tormes, entre tres montañas y dos valles. Su Universidad, que disfruta de una reputacion europea, fué en su tiempo la primera de España. Además posee varios y célebres colegios. Son tantos y tan suntuosos sus edificios, que la llamaban *Roma la Chica*. Muchos han sido destruidos y otros deteriorados. Merecen citarse entre ellos la Catedral, San Marcos, San Estéban, y el palacio de Monte Rey. Su plaza es notable por su arquitectura y capacidad: tiene un puente de 27 arcos, 14.000 habitantes, y créese que en su Universidad se concluyeron *las Partidas* y las *tablas Astronómicas*. En el puente empieza la calzada Romana llamada de la Plata, y á seis millas se ven los restos preciosos de unos baños antiguos con mosáico romano.

AVISO IMPORTANTE.

Finalizando ya el primer semestre de nuestra publicacion, suplicamos á nuestros suscritores de provincias, se sirvan renovar con tiempo oportuno sus abonos, si no quieren esperimentar retraso en el recibo del periódico.

CORRESPONDENCIA DE «EL PERIÓDICO ILUSTRADO.»

D. B. C., de Sesa.—Recibidos sus sellos y queda usted abonado hasta fin de febrero.

D. F. W. P., de Béjar.—Recibidos los 14 rs. y queda renovada su suscricion hasta fin de febrero.

D. M. R., de Granada.—Queda renovada su suscricion hasta fin de febrero, por la que hemos recibido ya los 14 rs.

D. E. M. Z., de Pobla de Lillet.—Tenemos ya recibidos los 28 rs. en sellos, y quedan por lo tanto renovadas hasta fin de febrero las suscriciones semestrales de D. A. S. y la de V.

D. J. M. y R., de Falset.—Queda servida y abonada hasta 28 de febrero de 1866 la suscricion para D. J. P. y V. de Marsá.

D. A. R., de Torrenueva.—Queda renovada hasta fin de febrero de 1866 la suscricion de ese Casino, cuyo importe hemos recibido.

D. J. C., de Cádiz.—Recibidos los 14 rs. y renovada su suscricion hasta fin de febrero.

D. J. M. G., de Puente la Reina.—Renovada y pagada su suscricion hasta fin de febrero.

D. J. M. P. M., de Barcelona.—Renovada y pagada su suscricion hasta fin de febrero.

D. J. M., de Almansa.—Recibidos los sellos, renovada su suscricion hasta fin de febrero y servido el núm. 18 que pidió.

D. A. M. y M., de Puebla de Guzman.—No podemos complacer á Vd. insertando su carta, por falta del espacio necesario.

D. M. T., de Zaragoza.—La portada solo se regalará á nuestros suscritores, al finalizar el corriente año.

D. R. de la R., de Padron.—En el núm. 12 están los precios que Vd. pide. Se han publicado ya setenta y tantos números.

D. A. R., de Ceuta.—Procuraremos insertar sus geroglíficos.

D. F. A., de Córdoba.—Renovada su suscricion.

D. J. M. C., de Puebla de Guzman.—Recibidos los 28 rs. para renovar su suscricion y la de D. F. C. y C. hasta fin de febrero.

D. A. A. y D. J. P., de Palma de Mallorca.—Renovadas sus suscriciones.

D. B. M., de Alfaro.—Recibidos los 14 rs.

D. M. M.—Recibidos los 14 rs. y servida su reclamacion.

D. J. H., de Maquilla.—Renovada su suscricion desde 1.° de setiembre.

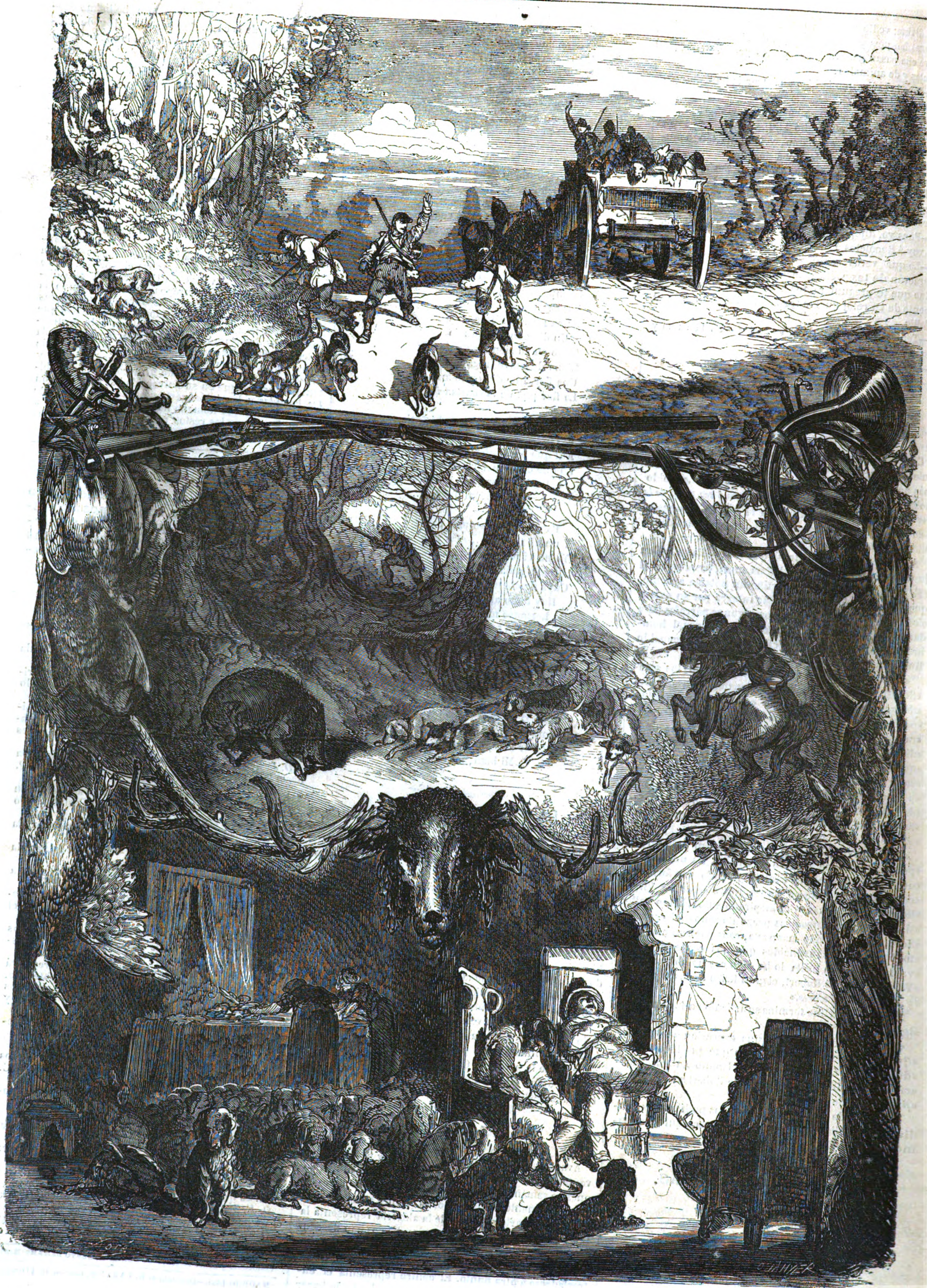
D. A. S, de Almansa.—Servido por tercera vez el núm. 20 que Vd. pide.

D. F. M., de Lorca.—Por tercera vez queda servido el núm. 23.

D. C. J. S., de Murcia.—No es necesario el talon que Vd. reclama.

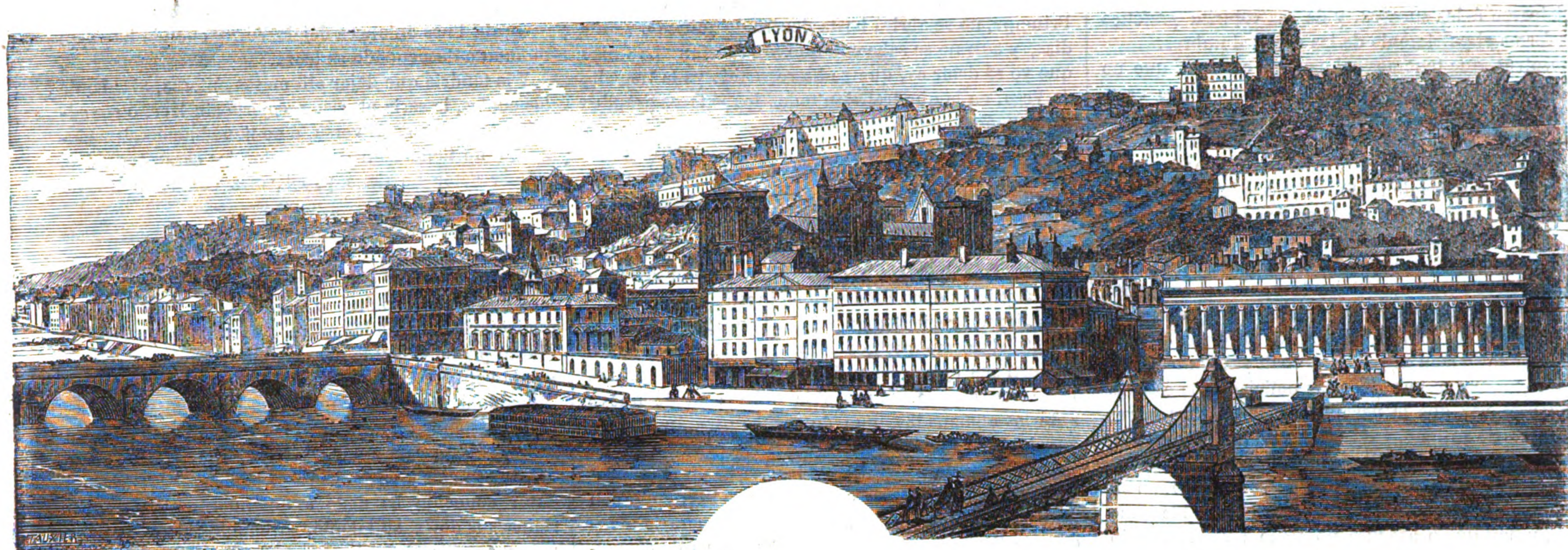
Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



LA CAZA.

El Periódico ilustrado.



Número 27.
DEL 7 AL 14 DE SETIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »—	Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »—	Seis meses 50 »	

LISBOA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Todavia no se ha dado á luz la lista de los cantantes ajustados para el teatro Real, y ya el público se entretiene en hacer comentarios más ó ménos favorables acerca de su mérito, llevado de su constante afan de anticiparse á los sucesos, y de ese espíritu profético que forma el patrimonio de las muchedumbres.

Nosotros, que tenemos calma para esperar, que no somos de los que se pagan de nombres, y que creemos que en artes, la fórmula mas verdadera es la tan conocida de Santo Tomás, diremos, sin embargo, lo que sepamos respecto de alguno de los artistas en cuestion, á reserva de rectificar mas adelante los juicios ajenos, y de someter á la crítica los juicios propios.

Cuatro son los tenores contratados hasta hoy, segun nuestras noticias, y dejando aparte al eminente Tamberlik, el cual no vendrá hasta marzo, época en que termina su contrato en Rusia, diremos que los otros tres se llaman Stiger, Fanchelli y Abruñedo. El primero posee, segun nuestras noticias, una estensa y poderosa voz que le permite cantar muchas obras del repertorio antiguo, y que lucirá en *La Africana* con gran ventaja sobre Naudin, que la ha cantado en París. El segundo es un tenor de *mezzo carattere*, con un órgano no muy robusto, pero dulce y flexible como pocos, y hay quien asegura no tiene rival cantando los *Puritanos* y *Sonámbula*. En cuanto al tercero, basta saber que ha sido discípulo de Ronconi, para decir que tiene una buena escuela de canto, añadiendo los que le conocen, que el timbre de su voz es seguro y escelente, hasta el punto de hacer olvidar su figura, un si es no es vulgar y amanerada.

Entre las ocho ó diez tiples, algunas muy bien reputadas, que figurarán en la compañía, debe sin duda ocupar el primer lugar la señora Rey Balla, á la que ha bastado para formar su reputacion en París la interpretacion del papel de Lady *Macbeth*; y de la cual, críticos tan eminentes como Escudier, Pradelin, Prevost y Teofile Gautier, afirman que es una cantatriz sin igual en el drama y la tragedia; que tiene inteligencia, acento, ademanes y miradas sublimes; una voz cuyo timbre lo domina todo, y una belleza de correccion antigua. De las demás solo sabemos que la señora Steyk tiene tambien una magnífica voz, y que hay una contralto de mucho mérito.

De bajos y barítonos solo recordamos al señor Bonet, que ha sido uno de los primeros artistas de la ópera francesa, y que canta el *Guillermo Tell* como no se ha oido por estas tierras.

La empresa del teatro Real presentará al mismo tiempo una compañía de baile de primer órden, de la que forman parte diez ó doce parejas de inglesas, escogidas entre las mas hermosas. Y cuenta sobre todo con Mr. Harris, el primer director de escena de Europa, y cuyo talento para manejar las masas de comparsas y coristas, y presentar cuadros plásticos que arrebaten al público, han hecho de él una verdadera celebridad.

Esto unido á la brillantez de la orquesta, al lujo del espectáculo, y á las grandes mejoras introducidas en el local, hacen esperar que la temporada próxima será de las mas animadas que hayamos disfrutado en este delicioso recinto, que la hermosura de nuestras mujeres trasforma por las noches en un palacio de hadas.

La empresa de los Campos Elíseos ha anunciado ya oficialmente, que el dia 15 cerrará las puertas de su teatro. Su campaña no debe haber sido muy productiva bajo el punto de vista de los intereses, pero en cambio ha sido notable bajo el punto de vista artístico. Los honores del éxito han correspondido en primer lugar á Tamberlik y la Nantier Didieé, siendo de lamentar el que hayamos oido tan pocas veces á las Sras. Lagrua y Volpini y al Sr. Steller, cuyo talento hemos saboreado al final. Las óperas que mejor se han cantado en la temporada han sido *El Profeta*, *Guillermo Tell*, *Macbeth* y *La Mutta*. En cuanto á los conciertos han ido decayendo poco á poco, más que por falta de entusiasmo en la orquesta, por falta de tiempo para ensayar buenas piezas. Con todo, el recuerdo del preludio y la marcha de *La Africana*, basta para consolarnos de aquella pena.

La Zarzuela nos ofrece para esta noche su funcion inaugural, compuesta de una pieza original de Puente y Brañas, titulada *Los lirios del olvido*, de otra arreglada por Correa, *La Epístola de San Pablo*, y de otra del señor Santisteban, *El Jardinero*. La música de estos tres juguetes es respectivamente de los señores Moderati, Rogel y Albelda. Los nombres de los autores nos autorizan á creer en su buen resultado, pero no lo daremos por seguro hasta despues de visto; pues este teatro tiene peores salidas que la estacion del Norte, por más que tenga mejores entradas. En cuanto al Príncipe, no se abrirá hasta dentro de quince ó veinte dias, y aun no se sabe con qué produccion. Lo único que yo sé decir es, que se ha repartido ya la tragedia de Vega, en la que trabajan todos los actores grandes y pequeños.

Veremos á ver si todas estas obras valen tanto como la del fronton del Congreso, que debe terminar en breve, y que es, segun parece, la obra maestra del cincel de Ponziano, y la de los leones de bronce que con destino al mismo edificio se han fundido en la maestranza de Sevilla, y cuya belleza y valor artístico son, á juicio de los inteligentes, inestimables.

Ha llegado recientemente á la córte, el famoso ciego Vailati, el mismo que nos sorprendió hace cosa de un año con sus ejercicios en la bandurria y en la guitarra de una cuerda. Es probable se haga oir de nuevo ante los oficionados, que de seguro pasarán un rato agradable.

Lo que nadie esperaba, y lo que ha llegado tambien, es una golondrina que vuela por Pamplona con un cascabel al cuello, llamando sobremanera la atencion de los curiosos, que no se ocupan ya de discurrir quién le pone el cascabel al gato, sino de averiguar quién se lo puso á la golondrina.

Supongo que para estas averiguaciones no se echará mano de la justicia; en cuanto á mí, si me llegan á tomar declaracion, diré francamente que, el que se entretiene en poner un cascabel á una golondrina, podria con la misma razon colgar un cencerro del cuello de un amigo. Poner trabas á la libertad, es lo mismo que destruirla; y un cascabel, por lijero que sea, pesa para un ave tanto como la bala de cañon del condenado á cadena perpétua.

M. DEL PALACIO.

LAS APARIENCIAS.

El otro dia sorprendimos á un amigo nuestro en la enojosa tarea de escribir un drama, con el título que encabeza estas líneas.

Es un jóven sin nombre alguno en la república de las letras, y por lo tanto no tememos divulgar su secreto, si secreto puede llamarse lo que hoy se pregona con timbales y clarines, anunciando el estraordinario mérito de la composicion, aun antes de haber planeado el autor su concebido argumento.

Si fuera un autor conocido, ya nos guardariamos muy bien de nombrar semejante asunto, como no fuera para aplaudirlo preventivamente, y mucho más de tomar su título para escribir sobre él algunas observaciones que, reunidas, forman lo que se suele llamar *un artículo*.

Esto es verdaderamente injusto, y una falta de amistad si se mira con el rigor de la realidad; pero el autor de la obra á que nos referimos, conocerá demasiado los efectos de su título, para que tome á mal nuestro proceder, y nos califique con el epíteto que mereceria un hecho de tal naturaleza en cualquier otro acto de la vida.

Porque, en efecto, con esto cometemos dos faltas; abuso de confianza, por revelar un secreto, y usurpacion, por apropiarnos parte de un drama; porque parte de un drama, como de una obra cualquiera, es el título, en particular hoy, que por sí solo ofrece algunas veces muchas esperanzas, no encontrando luego quizás otra relacion con el fondo que la de un verso hábilmente dispuesto para que repita el epígrafe de la portada.

Este epígrafe son *Las apariencias*.

Y en efecto; ¿qué móvil impulsa muchas veces á suscribirse á una novela, á comprar una obra ó á asistir al teatro? El atractivo del título, que por tal ó cual circunstancia despierta interés y obliga á buscar el contenido. Que éste corresponda ó no al anuncio, importa poco: se ha llenado el objeto: las apariencias han cumplido con su mision: alucinar.

Si del título pasamos al nombre del autor, nuestro amigo sabe perfectamente lo que le ha de suceder, en vista de lo que pasa á todos los que están en su clase.

Aun cuando concluya su obra, y su conciencia exenta cuanto sea posible de amor propio, le diga que es buena y digna, no la puede presentar á ningun actor ó empresario, porque ante todo preguntarán:

—¿De quién es?

—De Fulano.

—¡Fulano!.... ¡No le conozco!

—No es estraño, porque es la primera obra que presenta.

—¡Ah! Pues entonces déjela Vd., y cuando haya un momento desocupado se leerá.

Y la tendria que dejar allí meses enteros, al cabo de los cuales, le seria preciso recojerla sin leer, ó sin admitir porque es mal verso, ó no tiene buenas situaciones, ó no tiene bien deslindados los caracteres, ó el primer actor no tiene papel, ó la dama, en fin, no quiere hacerlo.

Esta misma obra, firmada por cualquier escritor conocido, aunque no fuera de los más autorizados, tendria bien diferente éxito: empresa y actores acudirian solícitos al autor pidiendo hora oportuna; el celo del empresario salvaria los mil inconvenientes que se pudieran presentar, y la obra se pondria en escena apenas la censura la declarase válida.

Siendo de un escritor novel, no hay tiempo, no vale nada; siendo de un autor afamado, hay tiempo de sobra, la obra vale mucho.

Esto, en cierta parte, es justo, lógico, necesario: el autor conocido ha dado á entender en otras ocasiones sus dotes, su talento, su habilidad, y aquel respeto y aquella distincion es el premio necesario y debido á su fama, que se opondria por otra parte, y con razon, á presentar una obra sin que se le hiciera igual recibimieto.

¿Pero es justo que porque el otro no haya manifestado aun sus disposiciones, y solo porque su nombre no está ya rodeado de una aureola de gloria, se le desatienda, se le moleste y se le desprecie, sin fijarse en el mérito que pueda tener la composicion? ¿Es justo, que en un escrito del primero se ensalcen las bellezas, y se eche un velo sobre los defectos, de los cuales no está exento nadie, y al segundo por el contrario, se le vayan notando y desmenuzando estos, ocultando ó atribuyendo á casualidad las bellezas que pueda tener? ¿Es justo, en fin, que si el primero recibe una silba se achaque á la mala ejecucion por parte de los actores, y si la recibe el segundo se diga que es por culpa de la obra?

De ninguna manera. Ese proceder tan generalizado hoy por desgracia, es la lucha sempiterna del fuerte contra el débil, de la mentira contra la verdad, del opresor contra su víctima, de las apariencias contra la realidad.

Vamos á un café, y encontramos sentado á una mesa un pobre trabajador que, concluidas su faenas y despues de haber vuelto á su hogar y haber estrechado entre sus brazos á su cariñosa esposa y sus inocentes hijos, se lava y se asea, y en vez de ir á una taberna á prostituirse si no lo está, se dirige al café, toma un periódico, y se recrea, y se instruye, mientras saborea, digámoslo así, un mal cigarro, y se deleita con el aroma del café.

A su lado en otra mesa, se vé un apuesto caballero que antes de comenzar sus faenas, á pesar de ser las once de la noche, sin haber ido á su casa desde las diez de la mañana que salió de ella, y á cuya hora ni hizo un cariño á su esposa, ni dió un beso á sus tiernos hijos, acicalado y vestido con suma elegancia; vá al café, pide todos los periódicos con indiferencia, y sin creer que le puedan instruir, y toma un café con algunas copas, mientras saborea un rico habano, y desafía con su mirada altiva ó desdeñosa á todos los que están á su alrededor.

El artesano ha entrado á las diez en el café, y el caballero á las once.

El artesano llama á los camareros, y el caballero no.

Al segundo se le apaga el cigarro, y el camarero le brinda al instante con una cerilla; al primero se le apaga tambien, y si las cerillas se le han concluido por casualidad, tiene que aguardar una ocasion para comprarlas y encender.

Al que entró á las once se le sirve en seguida, y el que entró á las diez aguarda todavía.

Y sin embargo, este concluye de tomar su café, lo paga religiosamente, y da la propina de costumbre por lo mal que le han servido, y aquel se levanta sin pagar muchas veces, so pretesto de que se le olvida o no lleva suelto, ahorrándose quizá con ello, aunque no sea mas que la propina.

El artesano es una persona honrada, de recomendables antecedentes, y el caballero es tal vez uno de esos muchos sugetos de industria que abundan por todas partes, no siendo por consecuencia dudosa la eleccion.

¿Por qué, pues, la diferencia entre uno y otro? ¿Por qué la primacía del elegante sobre el decente? ¿Por qué al primero se le sirve con mas esmero y puntualidad, pagando el segundo quizás con mas puntualidad? ¿Por qué al uno se le llama caballero y los mozos le saludan, le reverencian, y al otro le llaman hombre ó *tio*, y no le contestan apenas cuando se despide ó saluda? ¿Lo causa la diferencia de educacion, á la cual se debe siempre mas respeto, mas distincion? Si el decente se porta con arreglo á los deberes de sociedad, por más que su traje no sea el más elegante, ¿por qué no se le ha de acojer con igual benevolencia que al otro?

Por las apariencias, solo por las apariencias.

Vamos al templo del Señor, que es el templo de la verdad, y tambien allí vemos diferencias que nos repugnan, que nos convencen, que en el mundo todo se hace llevados por las apariencias.

Entra una señora ricamente vestida en la casa de Dios, y al momento se le ofrece lugar en un banco, ó se le presenta un catrecito para que se siente; al mismo tiempo que entra una mísera anciana, y nadie le da asiento, y ni aun se la hace sitio para que pase á buscar el apoyo de una columna, puesto que Dios y el mármol son los dos únicos que le prestan apoyo; el uno á su alma, y el otro á su cuerpo.

Y sin embargo, la señora va quizás á aquel lugar por hipocresía, por cubrir *las apariencias* para con el mundo, y la pobre anciana va porque se lo dicta el corazon, porque quiere reverenciar á Dios, y acude á su templo á implorar misericordia de aquel á quien nunca se le demanda en vano.

¿Por qué esa diferencia, pues, tambien en un punto en que debiera haber solo igualdad por estar en el palacio y ante el Rey de la Justicia? ¿Por qué esas preferencias? ¿Por qué los mismos concurrentes, menesterosos muchos, protejen esas desigualdades y las practican tambien en favor de una señora que tal vez tenga el alma llena de cieno, y en contra de una pobre anciana, buena quizás, bondadosa, resignada, y de la misma clase de aquellos? ¿La ancianidad no es siempre digna de consideracion y respeto, y en su miseria preferible á la rica juventud? ¿Por qué se atiende á una y á otra no? ¿Por qué esas diferencias?

Por las apariencias, por las apariencias.

Un jóven tiene relaciones de amor con una linda niña. Juramentos de ternura se repiten y cambian, y la felicidad les sonrie batiendo sus alas sobre sus ardientes cabezas.

El jóven acostumbra ir á visitarla á las cuatro de la tarde.

Las horas próximas á la de una cita son estraordinariamente largas, y la jóven, impaciente ya porque dieron las tres hacia muchísimo tiempo en concepto de ella, sale al balcon para ver si puede abreviar la hora y encontrar á su afortunado amante en alguno de los que doblan la esquina.

A poco rato dan las tres y cuarto.

El espacio de tiempo que le habia parecido un siglo era un cuarto de hora.

En aquel momento, un ser de esos que tienen la ridicula pretension de hacer reir en todas partes y que la sociedad apellida con el no menos ridículo nombre de *pollos*, aparece en la calle y se fija en la linda enamorada que está en el balcon.

Lo ridículo tiene el privilegio de llamar siempre la atencion, y la jóven le mira.

El pollo se cree ya correspondido por aquella beldad y le hace una mueca.

La jóven, como es feliz con su amor, todo le parece bello, todo le alhaga, todo le sonríe, y al ver la necia pretension del pollo, con su audacia, su necedad y su estupidez, se sonríe como cuando se ve una cosa rara, siquier sea por lo desabrida y lo tonta.

En aquel instante el venturoso amante aparece por la esquina opuesta.

Las tres y media suenan en los relojes.

Por desgracia, viene media hora antes de lo acostumbrado.

El jóven sorprende la actitud de ella, su sonrisa, la seña del otro y hasta su atrevido é imprudente saludo, y enciende todo esto en su corazon una hoguera de celos, rabia y desesperacion, que no bastan á apagarla los ruegos, los sollozos, las disculpas, las protestas de aquella cándida vírgen, que, por anhelar demasiado ver pronto á su amor, salió al balcon una hora antes de lo que debia, recogiendo en él, en vez de la sonrisa de aprobacion que esperaba, una dura reconvencion, el principio de una lucha desigual, quizá la pérdida de un amor que la hacia gozar, que la hacia sonreir, que la hacia feliz.

Y ¿quién es el culpable de este lamentable accidente, de este suceso involuntario?

Las apariencias, siempre las apariencias.

Llega un marido á su casa de regreso de su oficina ó sus quehaceres, y cuando tal vez revolotea por su imaginacion algun proyecto de ventura, algun obsequio para su esposa, alguna esperanza alhagüeña para un porvenir, quizá muy próximo, tropieza casualmente con un papel que salta de un pañuelo, cae de un libro ó se halla en el bolsillo de un vestido, y encuentra en él una proposicion infame á su mujer, un pacto criminal con ella, un engaño punible á su buena fé.

La ira, filtrada instantáneamente en su sangre, asoma á sus ojos; crispa los puños, y agitado por una exaltacion nerviosa, intenta un disparate que compromete la vida de su esposa, la suya y la de sus hijos tambien tal vez. Reprocha á su mujer con el mal modo con que se puede reprochar á una mujer infame, y aquella que poco antes se habia visto acariciada por su marido, se la ve despreciada por él, insultada hasta el estremo de llamarla adúltera, arrojada de su casa, separada del amor de la familia, escarnecida, tildada por la sociedad y espuesta en fin á perecer de miseria.

Y aquella mujer, sin embargo, es inocente; aquella mujer no tenia conocimiento de aquel escrito fatal, que una mano audaz le habia puesto en el pañuelo, en el libro, ó en el bolsillo. Aquella mujer no ha intentado jamás olvidar por un momento á su marido y á sus hijos, no ha alimentado nunca una pasion criminal, no ha dado oidos á una proposicion infame, ha amado á sus hijos y respetado á su marido, respetándose á sí misma; no ha faltado en fin: es indigna del duro tratamiento de su marido.

¿Qué pruebas, pues, tenia aquel hombre, que la amaba con delirio, que cifraba en ella su ventura, que era ella el ídolo de su corazon; que era, en suma, su bienestar, su dicha, su felicidad? ¿Tenia otra prueba que aquel escrito? ¿Sabia si ella lo habia admitido, si habia contestado, si habia aceptado aquel vergonzoso y criminal ofrecimiento?

No, no sabia nada más, ni tenia otro antecedente que aquel.

¿Le habia faltado su cariño? ¿Correspondia con frialdad ó desvío á sus obsequios, á sus caricias?

Tampoco: demostraba amar á su marido con delirio.

Pues entonces, ¿qué causa ha impelido al marido á obrar con tanta irreflexion, con tanto enojo, con tanta dureza?

Las apariencias, las apariencias.

Y en suma, si Adan fué seducido en el Paraiso por Eva, y Eva lo fué por la serpiente, hoy la serpiente de esto, que dista mucho de ser el Paraiso, es..... *las apariencias*.

Por las apariencias se tiene á un hombre por rico cuando se está muriendo de necesidad; se tiene á otro por honrado y es un temible criminal; se abren las puertas de una casa á otro que parece fiel para que sirva en ella, y desaparece á los pocos dias habiendo robado los cubiertos, el dinero ó la reputacion de aquella familia que le admitió.

Por las apariencias entra un carruaje por la puerta de una ciudad, y los dependientes de la odiosa contribucion de consumos le registran hasta por debajo de los almohadones de los asientos; y entra luego otro y se contentan, si lo llegan á hacer, con preguntar desde la portezuela si llevan algo sujeto al pago; siendo así que el primero es de un honrado ciudadano, que nunca ha pensado en defraudar al Estado con el contrabando, y el segundo es de uno que vive tan solo de él.

Por las apariencias se juzga de la honradez de las personas, de su estado, de sus riquezas, de sus vicios y de sus virtudes; del valor, del ingenio, del poder, del pasado, del presente, del porvenir, de los proyectos, de las ideas, del corazon.

Por las apariencias se da á uno un nombramiento de empleado público; el pueblo da á otro sus votos y su confianza para que represente sus derechos cerca del gobierno en el Congreso; el rey, en los paises constitucionales, elige de entre sus más allegados un ministro, que aconseje y comparta con él las penalidades del peso de un gobierno, ó las glorias, si tal, pocas veces visto, es su fortuna; el Pontífice reviste á éste con la autoridad y púrpura cardenalicia; el gobierno envia á aquel de embajador para que represente al soberano cerca de los de otras naciones; los partidos, divididos y subdivididos, todos con la mejor intencion y creyendo cada uno tener razon, se hacen mútuamente una encarnizada oposicion; los periódicos se censuran unos á otros con acritud las más de las veces; y todas las clases, los ricos y los pobres, los míseros y los poderosos, los buenos y los perversos, los honrados y los malvados, los inocentes y los criminales, los virtuosos y los viciosos, todos aparecen en el mundo cubiertos con el manto de las apariencias, no pudiendo distinguir unas clases de las otras, como no se distingue tampoco muchas veces la mentira de la verdad.

Las mujeres cuando se encuentran se besan: los hombres cuando se ven se abrazan y se dan la mano. ¿Podremos distinguir en uno y otro caso cuándo aquella demostracion es la espresion del afecto, del cariño, de la amistad, y cuándo el resultado de un cálculo, de una hipocresía, de una satisfaccion tan solo de la costumbre ó la moda?

No; aquella farsa tan general con que se confunde á los amigos y enemigos, con que se miente á la sociedad, al mundo y hasta á sí mismo, es que no le bastan las dilatadas regiones que domina; necesita encarnarse más profundamente, invadir absolutamente todos los terrenos, todas las clases, todas las especies; es, en suma, una nueva forma con que se presenta á nuestra vista el enemigo comun: *las apariencias*.

E. DOMENECH.

Á C. S.

EN SUS DIAS

Pues abren ya la vida y la esperanza
sus puertas para ti,
voy á decirte, niña, en confianza,
lo que yo al traspasarlas, aprendí.

Nave que cruza el piélago profundo
es el humano ser,
con su esperiencia la dirige el mundo
al escondido puerto del deber.

Cargada de ilusiones y deseos
boga por alta mar,
y son de su victoria los trofeos
la fé y la calma que convida á amar.

Ayes la brisa llevará á tu oido
de lánguida espresion,
desprécialos si halagan el sentido,
acójelos, si van al corazon.

Así tranquila correrás la senda
que alegre yo corrí,
de amor y fé cegado por la venda
ya rota para mí.

M. DEL PALACIO.

EL SÁBIO Y EL NIÑO.

ANÉCDOTA.

Paseando un dia el conde de Campomanes á caballo en las inmediaciones del sitio de San Ildefonso, donde se hallaba la córte de Cárlos III, vió en el campo una planta que tuvo ganas de examinar. Bajó de su caballo, y aprovechándose este al momento de su libertad, comenzó á galopar á lo largo del camino. El conde le siguió, le llamó, el caballo se detuvo; pero en el momento de ir á cogerle volvióse á escapar. Un niño que trabajaba en un campo inmediato, y que lo vió, corrió al camino, y llegó á tiempo para coger la brida del caballo, la que tuvo firme hasta que llegó el dueño. Mirando el conde al niño, admiraba su semblante tranquilo y su aire satisfecho.

—Te doy las gracias, muchacho, le dijo; le has detenido muy bien... ¿Qué te daria yo por tu trabajo?

—Yo no necesito nada, caballero, respondió el niño...

El conde.—¿No? Pues te lo agradezco; hay pocos hombres que digan otro tanto. Pero dime, ¿qué haces en este campo?

El niño.—Arrancaba la mala yerba, guardando mis carneros, que pastan aqui cerca.



EL VENDEDOR DE CLAVELES.—SEVILLA.



CAIDA DE LA HOJA, Ó LA JÓVEN ENFERMA DEL PECHO.

Conde.—¿Y te gusta esta ocupacion?

Niño.—Sí señor, sobre todo cuando hace buen tiempo...

Conde.—Enhorabuena, ¿y no querrias más jugar?

Niño.—Esto no es gran trabajo; es casi una diversion.

Conde.—¿Y por qué trabajas?

Niño.—Para mi padre, caballero: vive allí, cerca de los árboles, en aquella cabaña que veis.

Conde.—¿Cómo te llamas?

Niño.—Pedro Alvarez, como mi padre.

Conde.—¿Qué edad tienes?

Niño.—Ocho años por San Miguel.

Conde.—¿Hace mucho tiempo que estás hoy en el campo?

Niño.—Desde las seis de la mañana.

Conde.—¿Y no tienes hambre?

Niño.—Algo; pero luego iré á comer.

Conde.—Si tuvieses una peseta ó treinta y cuatro cuartos, ¿qué harias?

Niño.—Verdaderamente que no lo sé, porque nunca he tenido tanto.

Conde.—¿No tienes juguetes?

Niño.—¡Juguetes! ¿Qué es eso de juguetes?

Conde.—Pelotas, peones, y caballos de madera y carton...

Niño.—No señor; pero el hijo de Tomás sabe hacer con piel y una vejiga de cerdo un globo, que arrojamos á patadas cuando hace frio, y además hacemos lazos para cazar pájaros: tengo tambien zancos para andar sobre el barro, y tenia un aro, pero se ha roto.

Conde.—¿No tienes ganas de tener otras cosas?

Niño.—No señor, porque no tengo tiempo de jugar. Yo llevo los caballos al campo, tengo cuidado de las vacas, y suelo ir á hacer recados al pueblo. El tiempo se pasa en todo esto, tan pronto como jugando.

Conde.—Pero si tuvieses dinero, podrias comprar manzanas y bollos cuando vas al pueblo.

Niño.—¡Bah! ¡Tambien hay manzanas en casa, y en cuanto á los bollos, ya me rio yo! porque mi madre hace tortas los domingos, que valen más.

Conde.—¿No te gustaria tener un cuchillo para cortar varas?

Niño.—Tengo uno en el bolsillo, que me dió mi hermano, mire usted, corta que es un portento.....

Conde.—Me parece que tienes los zapatos rotos: ¿no querrias tener otros mejores?

Niño.—Tengo unos nuevos para los domingos.

Conde.—A los que tienes les entra el agua.

Niño.—No me importa nada.....

Conde.—¿Y tu sombrero está roto tambien?.....

Niño.—Tengo otro mejor en casa, pero prefiero este porque el otro me hace daño en la cabeza y me aprieta en la frente.

Conde.—¿Y qué haces cuando llueve?

Niño.—Me meto debajo de un árbol hasta que pasa la nube.

Conde.—¿Y cuando tienes hambre antes de retirarte?

Niño.—Como algunas veces un nabo crudo, ó un pedazo de cebolla.....

Conde.—¿Y si no lo encuentras á mano?

Niño.—Entonces tengo paciencia. Ya me ha sucedido algunas veces; pero trabajando mucho, no se hace caso del hambre.

Conde.—¿No tienes sed cuando hace calor?

Niño.—Sí señor; pero no falta agua por aquí.....

Conde.—¿Pues sabes niño, que eso es tener filosofía verdadera?

Niño.—¿Verdadera qué?.....

Conde.—Filosofía; ya sé que tú no entiendes esto.....

Niño.—No señor; pero creo que no será cosa mala.

Conde.—¡No! ¡no! Eso quiere decir que tú eres un niño bueno y razonable. Ya ves, amigo mio, que tú no necesitas nada, y yo no te daré dinero, para hacerte tener necesidades. Dime; ¿no vas á la escuela?

Niño.—No señor; todavía no, pero mi padre dice que iré despues de la recoleccion de las mieses para agosto.

Conde.—¿Entonces necesitarás libros?

Niño.—Sí señor; los niños tienen un silabario, un catecismo y un libro de evangelios.....

Conde.—Pues bien, yo me encargo de dártelos; preven á tu padre y le dirás que te los compro porque eres un buen niño, que está contento con todo.....

Niño.—¡Es Vd. muy bueno, señor! Doy á Vd. las gracias y me vuelvo á mi trabajo.

Conde.—Adios, Pedro.....

Niño.—Estoy para servir á Vd., caballero..... ¿Y cómo se llama Vd.?.....

Conde.—El conde de Campomanes, presidente del Consejo de Castilla.

Niño.—Diga Vd. caballero, y Vd. es tambien filósofo?

Conde.—No, hijo mio, á pesar de haber empleado toda mi vida en buscar la verdadera filosofía, estoy muy lejos de haberlo conseguido como tú, que estás contento con todo.

Niño.—¿Con que no está Vd. contento?.....

Conde.—¡No! Adios Pedro..... y al galope de su caballo se retiró á San Ildefonso á tener una conferencia con varios cortesanos de valimiento, que trataban de introducir una modificacion en el ministerio de Cárlos III.

J. M. G.

LISBOA.

Lisboa, córte del vecino reino de Portugal, forma una especie de anfiteatro sobre muchas colinas á lo largo de la orilla derecha del Tajo, y es uno de los más bellos y bien defendidos puertos de Europa. Su poblacion no baja de 260,000 habitantes. La ciudad antigua, resto del espantoso terremoto de 1755, presenta un aspecto triste y feo, como si recordase aquella tremenda catástrofe; pero la ciudad nueva se distingue por la belleza de sus edificios, por sus calles rectas, y por su limpieza. Los principales edificios públicos de Lisboa, son: el palacio Real de Ayuda, en uno de los estremos de la ciudad, defectuoso en algunas partes pero que cuando esté terminado podrá pasar por uno de los más suntuosos de la Europa; los de Bemposta y de las Necesidades le son muy inferiores; el Arsenal de la marina, donde se encuentra un salon de una magnitud estraordinaria; la Armería, el teatro de San Cárlos, comparable con los más bellos de Italia de segundo órden, y en fin, los edificios que forman la plaza del Comercio, donde descuellan la Lonja, la Aduana, la casa de las Indias, la Intendencia de la marina, la Biblioteca real, etc. Siete templos llaman principalmente la atencion en la capital de Portugal; la magnífica iglesia de Belen, fundada por el rey Manuel en el punto mismo donde se embarcó Vasco de Gama; la de San Antonio, notable por su arquitectura y sus adornos; la del Corazon de Jesus; la de la Catedral, restaurada despues del terremoto; la de San Roque; la de San Vicente de Fora, y la de Santa Engracia. La plaza del Comercio y la del Rocío, son las más bellas de Lisboa. El jardin público tiene el defecto de ser demasiado pequeño y monotono. Las más bellas calles son las del Oro, la Augusta, y la de la Plata, las tres tiradas á cordel, y que presentan edificios de una arquitectura regular, con tiendas brillantes. Observemos aquí de paso que á pesar de las declamaciones ridículas de ciertos autores sobre la ignorancia supuesta de los portugueses, y la falta de establecimientos científicos y literarios, podemos asegurar que los posee Lisboa en abundancia. Esta capital de la monarquía portuguesa, ha decaido mucho de la altura en que se encontraba en el siglo XVI, cuando ejercia la supremacía comercial de la Europa; pero á pesar de esto es todavía una de las ciudades más comerciales de esta parte del mundo.

La torre de Belen, cuya vista presenta el grabado de nuestra primera página, es célebre en Portugal, habiendo sido construida por el rey D. Juan II, que tenia por sobre-nombre *El Grande*, y al cual es deudor este reino de grandes beneficios. Esta torre presenta un macizo cuadrado, cuyos frentes son iguales: dividida en pisos, su elevacion es de cien pies. Se halla sólidamente asentada sobre un terraplen que adelanta á manera de muelle en el Tajo, revestido de murallas con cinco ó seis troneras en cada lado de la bateria baja. El fuerte da señal de los buques que cruzan por su saguas, y sus baterias saludan los pabellones de las demás naciones, como es costumbre en todas las plazas que son al mismo tiempo puerto de embarque y desembarque.

MEMORIAS DE UN CANARIO

Del libro inédito SUEÑOS Y REALIDADES.

(Continuacion.)

II.

¿Cuanto tiempo habia pasado? No lo sé. ¿Habian trascurrido años ó breves momentos? ¿Cómo precisarlo? Habia como una nube entre el pasado y el presente, y en vano mi memoria queria romper sus nieblas. Lo cierto es que despertaba de nuevo á la vida.

La habitacion en que me encontraba se hallaba á oscuras. Un débil rayo de luz se filtraba con dificultad á través de las junturas de las maderas que cerraban el balcon; pero aquel rayo dudoso se apagaba entre los cortinajes de damasco.

No sabia, pues, donde me hallaba; pero sentia en mi una sensacion estraña é inesplicable parecida á la que se esperimentá cuando á duras penas nos ponemos un trage demasiado estrecho, ó á lo que pasa al que acostumbrado á vivir en habitaciones espaciosas y desahogadas, tiene que reducirse á un cuarto de Madrid en que apenas hay aire que respirar, en que el techo y las cuatro paredes nos ahogan como las tablas de un estrecho ataud. ¿Por qué esperimentaba yo aquella sensacion? No lo podia decir, pero lo sentia, y para mi mismo traducia yo aquello con una frase vulgar pero en estremo gráfica:

—Era mayor el difunto.

Creia percibir cerca de mí como una respiracion suave, apenas perceptible, como el hálito de un niño que duerme soñando con los ángeles. Al estremo de la habitacion percibia, á pesar de la oscuridad, una sombra blanca cuya naturaleza no podia esplicarme.

De pronto aquella respiracion, suave y pausada como un andante de Haydu, se hizo más fuerte y pronunciada, semejando un bostezo. En seguida aquella sombra blanca se agitó, y otra sombra, tambien blanca pero mas pequeña, se segregó de la mayor y avanzó hácia donde me hallaba. La sombra pasó junto á mí y llegó al balcon: los crotinajes se descorrieron, se abrieron las maderas y la luz entró á torrentes á través de las vidrieras y de las blancas cortinas de muselina que las cubrian.

La habitacion era un nido, un pequeño gabinete tapizado de azul, con cortinajes azules: un elegante tocador de palo santo con tabl de mármol blanco, un pequeño estante de libros y un aparador de espejo de cuerpo entero, ambos tambien de palo santo, y tres ó cuatro sillones forrados de damasco azul, formaban el mobiliario de aquella reducida estancia. En el fondo del gabinete se veia una cama, abrigada por una blanca colgadura. Esta era sin duda la sombra blanca que habia percibido en la oscuridad. ¿Y la otra sombra blanca que habia abierto el balcon? *Aquella sombra* era una jóven, casi una niña, rubia *como un ángel*, envuelta en una blanca bata: de pié en medio del gabinete, procuraba auyentar el sueño, —perdone el lector lo prosáico del detalle— y se desperezaba, levantando sobre su cabeza sus brazos, que formaban un arco gracioso y encantador. Después sus manos separaron los dispersos cabellos, que ocultaban casi por completo su rostro, y no sé cómo pude contener un grito al ver aquel rostro. Era *ella*, mas linda que nunca en el abandono del despertar, y con las indiscreciones del trage que se entreabria sobre el seno.

—*Amor*, amor mio, murmuró después de bostezar de nuevo, ¿has dormido bien? Pobrecito.

Miré alrededor á ver á quién podian dirigirse aquellas cariñosas palabras, pronunciadas con su dulce y argentina voz y con acento insinuante y tierno, y á nadie ví en la habitacion más que á *ella*. Pero al dar vuelta mi mirada á mi alrededor, me ví en el espejo de cuerpo entero, y estuve cinco minutos sin poder convencerme que era yo.

Me hallaba colocado sobre un sillon frente al armario del espejo, y podia contemplarme á mi sabor.

Vergüenza me causa el decirlo, pero ¿qué remedio? Me hallaba en una preciosa jaula de alambres azules, imitando un kiosko en miniatura, y me encontraba gravemente colocado sobre el estrecho travesaño que iba de un lado á otro de la jaula.

Entonces comprendí la sensacion estraña que habia esperimentado al despertar y que habia traducido, diciendo para mi capote:—Era mayor el difunto.—En efecto, el difunto era mayor, pues va gran diferencia del tamaño de un hombre, por pequeño que sea, al de un canario. Pero el difunto era yo, y el canario era yo mismo, yo tambien.

Una vez establecida mi personalidad, volví á mirarme de nuevo al espejo á ver qué tal facha tenia de canario. Debo decir en honor á la verdad que aquel exámen me dejó más satisfecho que cuando era hombre. Me parecí á mí mismo guapo, estaba hecho en fin un canario presentable.

Mi plumaje, por regla general, era de un amarillo vivo, que parecia saten por su brillo y tersura; en la cabeza tenia una pequeña caperuza encarnada, reminiscencia sin duda de mi borla de doctor en derecho; el estremo de mis alas tenia un filete negro, de manera que

estando plegadas formaban una especie de frac; mis ojos eran brillantes, mi pico bien dibujado, mis patitas esbeltas y graciosas. Y yo me miraba con fuicion al espejo.

—¡Qué coqueton es mi amor! dijo ella. ¡*Amor* mio, qué guapísimo eres!

Decididamente habia cambiado tambien de nombre, y sin duda mi bella carcelera me habia dado el precioso nombre de *Amor*. De la misma manera que me hallaba satisfecho de mi nueva habitacion y de mi nueva forma, me sentí contento con mi nuevo nombre.

—¡Qué callado estás, *Amor!* Pareces como asustado. ¿Qué tienes? ¿Me encuentras acaso fea hoy, y por eso no quieres echarme flores en tu armonioso lenguaje? ¿Es porque aun no te he sacado de la jaula? ¿O acaso la enfermedad que tienes por nombre se ha apoderado de tí?

Y la hechicera niña se sonreia al espejo y murmuraba por lo bajo, como con miedo de que lo entendiese yo, á pesar de ser canario.

—Nada tendria de particular.

Entonces se aproximó á mi jaula, y me alargó su preciosa mano. A través de los alambres la dí en sus lindos dedos mil dulces picotazos, que lejos de hacerla daño, parecian cariñosos besos.

—Ya veo que mi lindo esclavo y prisionero presta pleito homenage á su reina y señora. Justo será en cambio que yo le dé algo de libertad. Hagamos concesiones.

Y al decir esto abrió la puerta de mi jaula.

—Pero es preciso que tengas juicio, *Amor*.

Pedir juicio al amor, donosa ocurrencia.

Viendo franca la puerta de mi cárcel, volé y me posé en su hombro. Entonces mi voz, que habia enmudecido por efecto de aquellas estrañas emociones, recobró vigor, y con armoniosos trinos y dulces gorgeos quise decirla:

—Alma mia, bendita sea la hora en que soy tu prisionero y tú mi carcelera. Es en vano que me encierres en mi estrecha cárcel; más que sus alambres me tendrán preso á tu lado tus ojos oscuros tan vivarachos, tu rostro de nieve, tus luminosos cabellos, tu picaresca sonrisa, tu gracia, tu ingeniosa alegría. ¿Dónde tendria la dicha inefable de contemplarte á todas horas, de respirar tu aliento, de mirarme en tus ojos, de distraerte con mi canto? Tu pobre *Amor* se muere de amor por tí; te quiero, te quiero. No me destierres de tu lado, ténme siempre cerca de tí, cuídame tu sola, guarda para mí tus sonrisas y tus besos y tus inocentes coqueterías de niña. Quiéreme como yo te quiero.

Y todo esto se lo decia colocado en su hombro. No sé si ella lo entendia, pero sus ojos brillaban, en sus labios sonrosados jugueteaba una cariñosa sonrisa y su mano me amenazaba.

Pícaro *Amor* ¿qué es lo que me estás cantando? Cállate. Al decir este se miraba al espejo é inclinaba hácia mi su rostro. No recuerdo dónde ni cuándo he visto un precioso grabado inglés que representa una bella *miss* que se mira al espejo teniendo sobre el hombro un canario: ella y yo éramos la fiel reproduccion de aquel grabado.

—¿Por qué dices que estoy guapa si nunca he estado tan fea como hoy? continuó diciendo.

—No soy yo quien lo dice, sino el espejo, contesté en un gorgeo que asemejaba á una fermata hecha por la Patti.

—¡Adulador! ¡Embustero! Vamos á ver ¿con que me quieres, me quieres mucho?

—¡Te amo!

—Mentira. Engañoso. Ahora te voy á cojer. Siempre has sido un poco gloton y goloso. ¿A que prefieres comerte esta guinda á darme un beso?

Y al mismo tiempo me presentaba sus lábios de coral y una guinda purpúrea, incitante. No en vano era yo canario y canario goloso y gloton; así es que vacilé un segundo entre la fruta y los labios. Pero al fin venció el amor á la gula, y con mi diminuto pico la besé en su boquita risueña y la dí cien dulces picotazos en sus satinadas mejillas.

—Basta, basta, loco. Te creo, me quieres, *Amor* mio. Y haces bien porque yo tambien te quiero mucho.

Y al decir esto me cojió y me comió á besos y me escondió sobre su seno bajo la entreabierta bata.

—Dejémonos de locuras, dijo al fin. Es tarde y aun ni me he peinado ni me he vestido. ¿Prometes ser formal, ó te encierro en tu jaula? Bueno, pues estate muy quietecito ahí.

(*Se continuará*)

* * *

De tus ojos al destello
Mi amor el triunfo te cede,
Y tal estoy, que se puede
Ahogarme con un cabello.
Mi vida á estinguirse va
De un cabello pende ya,
Y la muerte no rehuyo,
Porque..... si el cabello es tuyo.....
¡Qué dulce muerte será!

E. BLASCO.

LYON.

Esta gran ciudad, la segunda del imperio francés por su grandeza y su poblacion (más de 3000,000 habitantes), se halla situada en la confluencia del Ródano y el Saôna. El dibujo de la cabecera de nuestro número de hoy dará una idea de la magnífica situacion de esta célebre ciudad, dominada por los montes Jourvières y San Sebastian.

Lyon es una de las primeras ciudades industriales de Europa, y sus sederías tienen fama en todo el mundo. Sus estensos y grandiosos boulevares, construidos recientemente, la dan un aspecto digno del rango que ocupa.

EL VENDEDOR DE CLAVELES.

(SEVILLA.)

«*Quien no ha visto Sevilla no ha visto maravilla;*» este dicho vulgar y conocido, es de una verdad innegable, como todos aquellos que tienen su orígen en el pueblo. Posicion topográfica, delicioso clima, vegetacion vigorosa, mujeres encantadoras, todo le reune para que no aparezca exagerada la apreciacion antedicha.

Entre los tipos que descuellan en aquella célebre ciudad, hay uno muy digno de llamar la atencion, y es el vendedor ambulante de flores, cultivadas estas en los preciosos jardines de sus alrededores, que más que jardines, son unos bosques magníficos de naranjos y limoneros, que embalsaman con el aroma que de ellos se desprende el aire que allí se respira. *El vendedor ambulante de flores* lleva generalmente sus macetas colocadas en unas aguaderas, que descansan sobre el lomo de una pacífica mula ó de un *modesto* borriquillo, y en esta forma recorre las calles y plazas pregonando, con una en tonacion que no carece de gracia, su aromática mercancía.

Sin distincion de clases, lo mismo las señoras de alta posicion que las mujeres del pueblo, detienen á cada paso al vendedor; ajustan, regatean y le compran, pero con preferencia *marimoñas* y claveles, que en Sevilla son de estremada belleza y de un aroma embalsamado, y con una gracia y destreza que solo á ellas les es peculiar, en medio de la calle, sin espejo ni preliminar alguno, alzan un lado de la mantilla y con ese instinto de buen gusto que Dios esclusivamente les ha concedido, colocan la flor sobre sus negros cabellos, tan dignos de llamar la atencion, como lo son sus negros y rasgados ojos, sus coralinos labios, sus bellísimos dientes y su picaresca sonrisa.

LA CAIDA DE LA HOJA.

La época de la caida de la hoja, que segun la estacion avanza veremos muy pronto aparecer, es fatal para los enfermos del pecho. La tísis, esa terrible enfermedad, cuyo remedio desdichadamente aun no se ha podido hallar, y que nos arrebata todos los años no pocas jóvenes llenas de encanto, de virtudes y de belleza, es implacable en esta época, y hace mayores estragos en los paises frios y húmedos, como la Inglaterra.

Una de estas escenas conmovedoras á inspirado al célebre pintor R. Robinson, la composicion del cuadro cuya copia damos hoy en la página 213.

Una jóven enferma á que habian reanimado los hermosos dias de la primavera y del estío, renaciendo en su pecho la esperanza de un pronto restablecimiento, vuelve á sentir los síntomas terribles del mal, y se siente sobrecogida de inquietud y de agonía. La desconsolada familia que se lisonjeaba tambien de que la pobre jóven habia vencido su mortal dolencia, cae nuevamente en el abatimiento al contemplar los síntomas desgarradores que aquella produce. Un pensamiento de muerte agita á todos los individuos que forman el cuadro.

La enferma, abatida por la fiebre y por la incesante tos que la atormenta, dirige su triste mirada de despedida á todo lo que la rodea. Apoyada sobre un sillon, su hermana mas jóven, la contempla con dolorosa tristeza.

Sentada al frente de la pobre sentenciada se halla la madre con el corazon traspasado de dolor, y fijando su tierna mirada en la más jóven de las hijas, y un pensamiento desgarrador viene á duplicar su tormento. ¡Quién sabe si aquella otra hija, hoy tan llena de vida y de salud, se verá tambien atacada mañana de aquel terrible mal que nada respeta!

En el cuadro se destaca tambien un hombre, ¿es el hermano? ¿es el padre? ¿es el amante?.... Sea quien fuere, se halla vuelto de espaldas y próximo á una ventana, sin duda con el objeto de ocultar la emocion que su corazon no puede, contener, y dejan do caer la cabeza sobre sus manos, se apoya en el afeizar absorbido en sus tristes meditaciones.

MONUMENTOS HISTÓRICOS DE LA ALSACIA.

(BAJO RHIN.)

El viajero que recorra los pintorescos sitios que embellecen los dos departamentos del Rhin, hallará á cada instante las huellas y los monumentos de arte y de las ciencias del pasado, los unos en venerables ruinas, las otras conservadas ó restauradas por la caridad de los arqueólogos, y por el cuidado de algunas celosas y entendidas autoridades.

Los alrededores de *Niederhaslach*, principalmente, se hallan cuajados de venerables y magníficos recuerdos de tiempos bien remotos.

En primer lugar y en el centro del grabado que en nuestra página 216 aparece, se destaca la iglesia de *Niederhaslach*, magnífico edificio que data del siglo XIII. Su estilo es gótico primitivo, su carácter monumental, la pureza de sus líneas y la noble sencillez del conjunto, le han valido ser clasificado por los hombres de ciencia como uno de los mejores monumentos históricos. Ultimamente ha sido objeto de una restauracion tan completa como sábiamente verificada.

Al Sud de *Niederhaslach*, se perciben sobre una altura de carácter sombrío, las ruinas del castillo *Girbaden*. Su aspecto descarnado corona dignamente la agreste cima, y los restos de algunos arcos rodean los últimos lienzos de la torre principal, que se levanta como jigante vencido entre los árboles seculares que la circuyen.

El castillo Lutzelbourg, dibuja sus torres sobre una altura que domina el valle, donde numerosos canales y arroyos hacen mover la maquinaria de las fábricas y molinos. Este castillo no se halla completamente abandonado, porque en el dia lo ocupa una pequeña guarnicion.

El castillo de Lausterg presenta tambien un aspecto sumamente pintoresco. Sus venerables ruinas datan igualmente del siglo XIII, y la naturaleza ofrece grandes bellezas en este sitio montañoso.

A una legua al Norte del mismo pueblo, se abre un precipicio, formado por jigantescas rocas de pórfiro y es de una de estas montañas enormes, de donde se precipita desde una altura de cuarenta metros, la célebre cascada de *Niedeck*.

CORRESPONDENCIA DE «EL PERIÓDICO ILUSTRADO.»

D. J. M. R., de la Guardia.—Segun avisos anteriores, no podemos servir su reclamacion sin acompañar el importe en sellos.

D. C. L., de 14.—Tenemos ya recibido el importe de la suscricion desde 1.º de agosto para D. P. V.

D. E. C., de F. de Posadas.—Recibidos los 28 reales.

Señora viuda de D., de Mon toñedo.—Satisfechas las cuatro suscriciones desde 1.º de setiembre á 1.º de marzo del 66, y servida su reclamacion.

D. J. M. L., de Motrico.—Satisfecha la suscricion de D. J. M. O. hasta 1.º de marzo del 66.

D. J. V. A., de Deva.—Renovada su suscricion hasta 1.º de marzo del 66.

D. J. M. A., de Hervas.—Hemos recibido sus sellos, y abonado hasta 1.º de marzo del 66.

D. E. A., de San Sebastian.—Renovado su semestre desde 1.º de setiembre.

Doña J. F., de Novales.—Queda Vd. abonada hasta fin de febrero.

D. J. A., de Alcolea del Cinca.—Servidas sus reclamaciones y corregida la direccion.

D. M. C., de Barcelona.—Renovada su suscricion desde 1.º de setiembre.

D. J. M. B. y C., de Alcolea de Calatrava.—Recibidos sus sellos.

D. R. de P., de Vitoria—Recibidos los 14 rs. y renovada su suscricion hasta 15 de marzo.

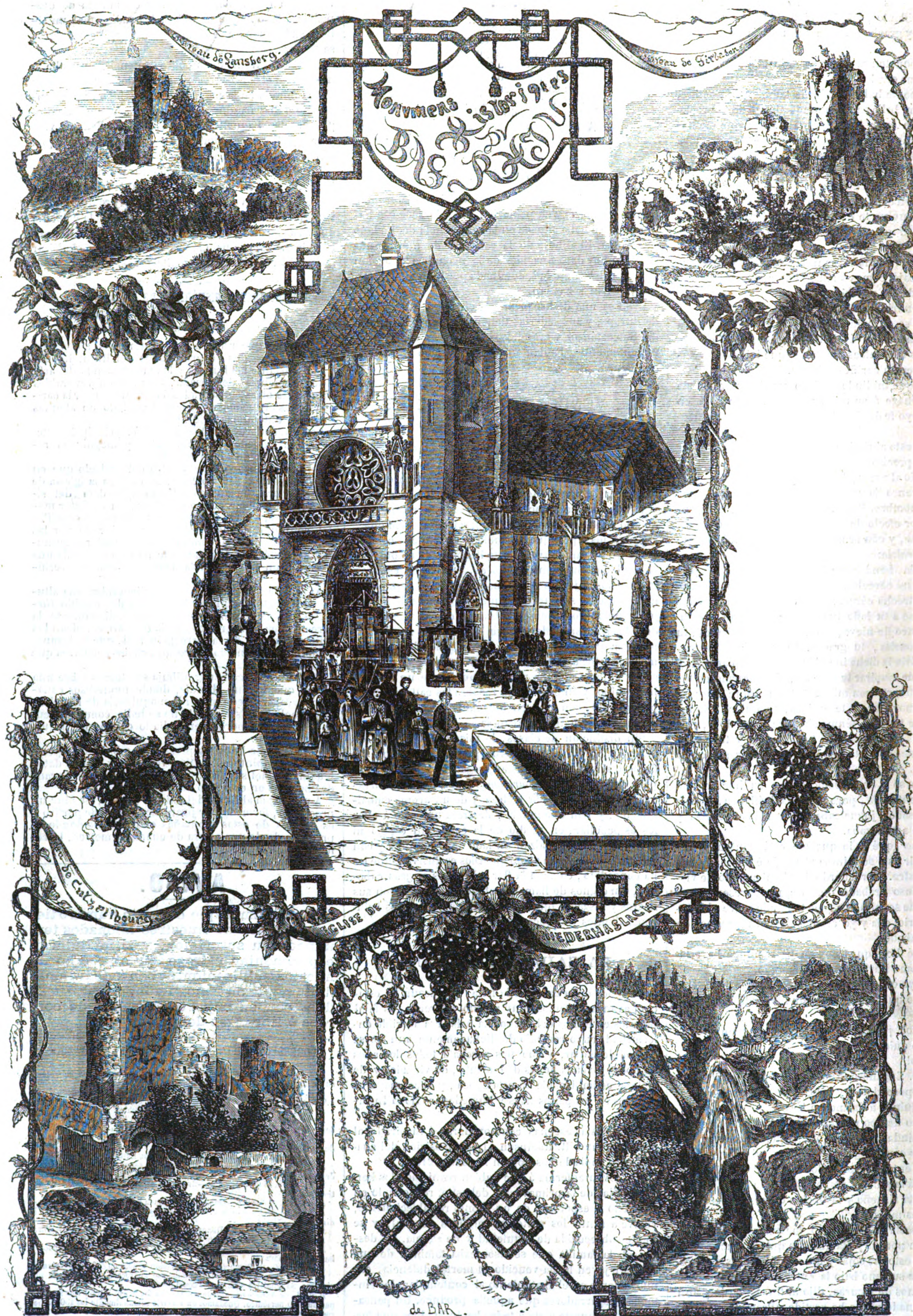
D. M. M. y L., de Pancorbo.—Su suscricion venció en 1.º del corriente.

D. A. D., de Sevilla.—Nuestro almanaque aparecerá á últimos de noviembre. Se admitirá su anuncio como desea.

D. P. M., de Barcelona.—Le damos las gracias por el interés que se toma per nuestro periódico. Quedamos en servirle semanalmente los 150 números que pide.

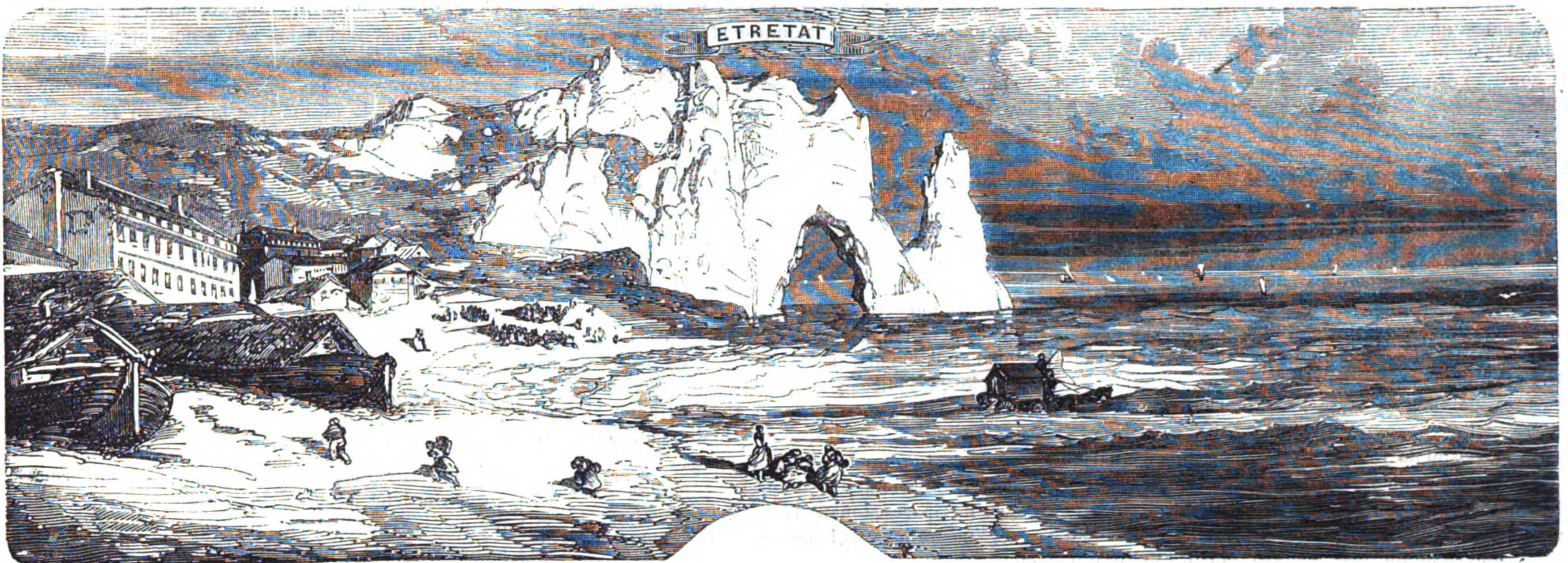
Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



MONUMENTOS HISTÓRICOS DE LA ALSACIA.—(Bajo Rhin.)

El Periódico ilustrado.



Número 28.
DEL 14 AL 21 DE SETIEMBRE DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 50 »	

ENTRADA DE LOS EMPERADORES FRANCESES EN SAN SEBASTIAN.

REVISTA DE LA SEMANA.

Empiezan á dar señales de vida los teatros de la capital. El del Principe y el de la Opera han circulado sus programas, llamando la atencion lo numeroso de sus compañías, que justifica las pequeñas alteraciones hechas en el precio de los abonos y localidades. El público, que cada dia se muestra más exigente en la cuestion de espectáculos, debe comprender que una empresa teatral es una especulacion como otra cualquiera, y que el sacrificio de una fortuna, hecho por amor al arte, es una generosidad que nadie agradece y de la que todo el mundo se burla. Respecto de la inauguracion de estos teatros, no se ha determinado aun el dia, pero se sabe que el Real se abrirá con *La Africana*, y el del Príncipe con *El Alcalde de Zalamea*.

En cambio, mañana ó pasado se cerrará el de los Campos Elíseos, donde tan gratos momentos hemos disfrutado los entusiastas del divino arte. Tamberlik y la Nantier Didiée nos han abandonado hace algunos dias, dejándonos algo que vale más que un recuerdo, y es la esperanza de volverlos á oir dentro de pocos meses.

Y á propósito de Tamberlik, debemos mencionar el obsequio que recibió el mismo dia de su marcha, y del cual fuimos afortunados partícipes, gracias á la amabilidad de nuestro querido amigo el Sr. Plá. Este señor, que como nuestros lectores saben, es el pintor escenógrafo de aquel coliseo, tuvo la feliz ocurrencia de ofrecer á varios artistas del mismo, y á algunos amigos particulares, un almuerzo de despedida. Para este almuerzo, al que asistieron, además del sublime tenor y de la inspirada tiple, la aplaudida señora La Grua, Di Franco, Casadesus, Gaztambide y otras varias personas hasta el número de quince ó diez y seis, se habia preparado un local á propósito, cuyo carácter artístico merece bien los honores de una descripcion.

Delante de la puerta del taller de pintura, se levantó un templete sostenido por varios piés derechos, revestidos de ramaje, y enlazados unos á otros por guirnaldas de hojas y de flores. El techo de este templete lo formaba un lienzo, en cuyos cuatro ángulos estaban escritos los nombres de los artistas más notables del teatro Rossini, ocupando el centro una ingeniosa y cómica alegoría que representaba la partida de Tamberlik en figura de ave, y acompañado por multitud de pajarracos de todas formas y colores, que salian á bandadas por las ventanas del teatro. La parte baja del templete era un zócalo en forma de pabellon sostenido por coronas de laurel, y á lo largo del cual corria un pentágrama mayúsculo, en que estaban escritos la música y la letra de las piezas en que más se distinguen el cantor del *Profeta* y de *Masaniello;* la tierna y apasionada Matilde del *Guillermo Tell*, y la dramática y conmovedora lady *Macbeth*. Dos magníficos tapices antiguos cubrian el fondo y el frente de este pabellon, al que daba ingreso una escalera en que cada peldaño imitaba el teclado de un piano colosal. La mesa estaba perfectamente dispuesta y adornada tambien de una manera caprichosa, sirviéndose el vino en elegantes porrones de cristal, traidos espresamente de Barcelona. No hay para qué decir que en la fiesta reinó la mas cordial alegria, y que terminó cerca de las tres de la tarde con algunos brindis, entre los cuales se hizo notar el de Tamberlik, que brindó con visible conmoccion por sus amigos allí presentes, y por aquellos de los que no habia podido despedirse, y á los cuales enviaba en aquel momento el adios más cariñoso de su alma.

En efecto, la misma tarde tomó el camino que ha de conducirle á San Petersburgo, donde le espera una buena cosecha de rublos y de aplausos.

Cuatro zarzuelas nuevas nos ha regalado á estas fechas la empresa de Jovellanos, y esceptuando una traducida por el Sr. Correa y titulada *La Epístola de San Pablo*, las demás solo han obtenido un éxito muy pasajero. *Los Lirios del olvido*, del Sr. Puente y Brañas, es una leyenda bien escrita, pero sin interés ni movimiento escénico: *El Jardinero*, del Sr. Santisteban, es un sencillo juguete, cuyos chistes y situaciones cómicas podrán ser muy originales pero trascienden á franceses desde una legua; y en cuanto á la parodia del *Hernani*, hecha por el Sr. Pina, no tiene mas gracia que la que le prestan con sus ademanes y sus jestos los Sres. Arderius y Carratalá. Próximamente se estrenará en este teatro otra zarzuela, *Un Consejo de guerra*, y mas adelante *El Negrero*, de Garcia Gutierrez, con música de Arrieta, en cuya obra tienen gran confianza los aficionados.

Estamos, pues, en plena revolucion teatral. Veremos si en esta revolucion, como en casi todas, acaba por triunfar el pueblo.

Respecto á novedades de otro género, nada ocurre digno de llamar la atencion. La córte regresará, segun noticias, el 17, dirigiéndose al Pardo ó á la Granja, á terminar su escursion veraniega. Los touristas y peregrinos de Biarritz, Spa, Alzola y Baden van llegando tambien, alegres y satisfechos algunos, y cariacontecidos los más. En tanto el cólera saca de sus casillas á mucha gente que tiene la debilidad de tomarlo en sério, y Valencia y Barcelona disminuyen considerablemente en poblacion. Nosotros creemos que todo lo que sea dar importancia á este huesped, es aumentar sus malos efectos, y sentimos que en este punto no se imite la conducta que adoptó Francia en una situacion semejante.

Hacia el cólera bastantes estragos en Paris, y las gentes andaban alarmadas con los partes que publicaban los periódicos y las noticias que circulaban de boca en boca. Una tarde llamó el emperador al prefecto de policía á su despacho, y le dijo con el tono en que él acostumbra á decir estas cosas:

—Es necesario que bajo vuestra responsabilidad el cólera desaparezca mañana de Paris.

—¿Vuestra majestad me autoriza plenamente para ello?

—Dejo á vuestro arbitrio la eleccion de cuantas medidas creais oportunas.

Al dia siguiente se cantó en Nuestra Señora un solemne *Te Deum*.

—¡Gracias á Dios! esclamaban llenos de alegría los transeuntes. El cólera ha desaparecido. Y sin embargo, el cólera continuaba con más violencia que antes. Lo que habia desaparecido eran los partes sanitarios, los hospitales de coléricos, la alarma de las familias, todo eso que hace más daño que el cólera mismo. La terrible enfermedad recibió desde entonces carta de naturaleza, y hoy, dada la necesidad de morirse, el cólera no tiene más importancia que la pulmonía, el ataque cerebral, las calenturas tifoideas, y todo lo demás que sirve para los mismos usos. Muerte por muerte, tanto da salir desabrigado del café Suizo, como emprender un viaje de placer por el ferro-carril del Norte, ó irse á vivir entre los arrozales de Valencia. De todos modos, siempre resulta verdad el adagio de que «nadie se muere hasta que Dios quiere.»

M. DEL PALACIO.

CURIOSIDADES DE LA CIENCIA.

Creemos hacer un favor al público, en estos momentos en que con más ó ménos intensidad se ha presentado en algunos pueblos de España esa terrible epidemia llamada *cólera*, y que tan terribles estragos á causado en otras épocas, traduciendo testualmente un interesante artículo que ha publicado en su folletin *Le Petit journal* del dia 28 del mes próximo pasado, y en el cual se encomia, con la garantia de autorizados nombres, un medicamento especial, que segun parece, ha hecho y continúa haciendo maravillosas curaciones. El artículo á que nos referimos dice así:

«Desde hace poco tiempo el cólera ha aparecido nuevamente en algunos puntos de España y de Italia: esta enfermedad tan temible como fácil de curar, conocido el específico y el tratamiento, no ha hecho felizmente por esta vez su invasion en Francia.

Uno de los más reputados miembros de la Academia de medicina de Paris, el célebre doctor Hoffman, ha descubierto este específico y este tratamiento, y nosotros nos apresuramos á reproducir el opúsculo que con este motivo acaba de publicar.

Nos consideraremos felices si esta publicacion puede ser útil en los pueblos del estranjero donde el cólera ha aparecido: añadiremos que tambien en Marsella se han presentado algunos casos, y que el remedio, tan sencillo como poco costoso preconizado por el doctor Hoffman, ha sido empleado con el mayor éxito como lo prueba una carta que tenemos á la vista suscrita por la hermana Teresa, superiora de las hermanas de la Caridad. En presencia de pruebas y testimonios tan irrecusables, creeriamos faltar á nuestro deber si no hiciéramos público un tratamiento, que conocido que sea de todo el mundo, debe tranquilizar los ánimos, afectados por el terror que inspira esta enfermedad, siendo tan fácil prevenirla y combatirla.

CURACION POSITIVA DE LOS PRIMEROS SÍNTOMAS DEL CÓLERA, CUALQUIERA QUE ELLOS SEAN.

El terror que inspira esta enfermedad *asiática*, es bien natural cuando vemos morir á nuestro lado y en breves horas personas jóvenes, saludables, llenas de vigor, y en las que sin embargo, una vez atacadas, los remedios más racionales son generalmente impotentes ó ineficaces.

Yo me presento hoy en la brecha para combatir ese terrible mal, lo mismo que lo hice en 1849 y 1854, pero provisto de mayor esperiencia y autorizado por ella para tranquilizar los espíritus, indicando el tratamiento tan sencillo como seguro de que me he valido, merced al cual todo el mundo puede curase por sí mismo sin esperar el socorro del facultativo, que en esta enfermedad, en que los momentos son preciosos, puede llegar demasiado tarde.

COMPOSICION DEL ESPÍRITU DE ALCANFOR, ESPECÍFICO PROBADO CONTRA EL CÓLERA.

El *espíritu de alcanfor*, que yo voy á indicar como remedio eficaz y pronto, no es lo que vulgarmente se dice *aguardiente alcanforado*, que se encuentra preparado generalmente en toda las oficinas de farmacia y que contiene, segun los formularios, mucho ménos ó mucho más alcanfor del que se necesita para el caso presente. He aquí la fórmula que recomiendo como la mejor, y cuya composicion puede verificarse en cualquier parte. Las dósis convenientes para un litro de específico, son las siguientes:

Alcohol de 32 grados.	250 gramos.
Alcanfor refinado.	50 »

El alcanfor es soluble en el alcohol como lo es el azúcar en el agua. Es absolutamente preciso que la botella se conserve herméticamente tapada. Para asegurar el éxito de mi medicamento, seria preciso que los señores farmacéuticos no vendieran el *espíritu de alcanfor*, tal como yo lo recomiendo, sin acompañar á cada botella una hoja impresa con mis instrucciones.

Este medicamento, administrado segun mis indicaciones, no puede perjudicar á nadie, si se tienen en cuenta los casos especiales que marcaré más adelante; por el contrario, el alcanfor tomado de cierta manera y preparado en otra forma puede comprometer gravemente la salud.

TRATAMIENTO DEL CÓLERA EN SUS PRIMEROS SÍNTOMAS.

Desde 1849 hasta la fecha, he observado centenares de veces y reconocido definitivamente que el *espíritu de alcanfor*, preparado segun acabo de indicar, cura infaliblemente los síntomas mórbidos tan variados como son, y más ó ménos graves que puede presentar el cólera, siempre que se ataque la enfermedad en sus primeros momentos. Más tarde, cuando ya la situacion del enfermo ha adquirido el carácter de gravedad, he conseguido tambien, merced á mi específico, brillantes curaciones, pero entonces no siempre aquel es suficiente, y para conseguir el resultado son de absoluta necesidad otras preparaciones y medicamentos enérgicos, que no es fácil ni es posible poner en manos de todo el mundo.

Ahora, para que no coja á nadie desprevenido y poder medicinarse en los primeros momentos, es muy conveniente, cuando un pueblo es invadido de esta terrible enfermedad, que todos los individuos que habitan aquel punto lleven en su bolsillo un frasquito del *espíritu de alcanfor*, así como es indispensable y de necesidad absoluta que se halle preparado el medicamento en todas las oficinas, talleres, fábricas, cuarteles, grandes almacenes, iglesias, ect., en todos los puntos en fin en donde por efecto de la reunion de muchas personas pueden presentarse varios casos á un tiempo.

Durante la horrible epidemia de 1854, todos mis clientes, amigos y conocidos, llevaban siempre en su pecho un frasquillo de específico, y tan luego como cualquiera de ellos esperimentó los primeros síntomas, acudieron con tiempo al remedio indicado por mí, y tuve la satisfaccion de que ninguno de ellos falleciese. Mi confianza en este precioso remedio es tal que desde la terminacion del cólera en 1849, ni un solo dia he salido á la calle sin llevar conmigo un frasco del precioso espíritu, y más de una vez se me ha proporcionado la ocasion de administrarlo satisfactoriamente.

En tiempo de cólera, todo mal estar brusco y repentino, como frio, estremecimientos, calosfrios, vér-

tigos, mareos, palpitaciones, opresiones, espasmos, cólicos, diarrea, ánsias de vomitar ó vómitos, frio en las piernas, cansancio estremado sin causa, calambres más ó ménos ligeros; cada uno de estos síntomas aislados ó reunidos, reclama inmediatamente el uso del *espíritu de alcanfor*. Por primera vez, se echan tres gotas en una cucharilla de café, ó sino en la palma de la mano y se sorben; y despues, cada cinco minutos, y por especio de media hora, se repite esta operacion, pero tomando dos gotas solamente cada vez. Si el resultado no es instantáneo, se continuará tomando las referidas gotas; primero cada cuarto de hora, despues cada media hora, una hora, dos horas, y de esta manera no hay temor que se resista, en la seguridad de que el mal quedará combatido.

Este tratamiento tan sencillo y el más eficaz que existe, es suficiente siempre para triunfar de un enemigo tan terrible, si se le ataca en los primeros momentos de su aparicion; y aquellos que tienen la felicidad de emplearlo con oportunidad, pasan en algunas horas de una muerte inminente, á la salud sin convalecencia.

DIVERSAS ESPECIES DE CÓLERA.

Generalmente el cólera empieza en las altas horas de la noche por una indigestion: se despierta el enfermo con la cabeza pesada, mal gusto de boca y con un olor en ella como de huevos podridos. La indigestion no es dudosa, y en vez de tomar té, como generalmente se acostumbra, procurando de este modo desembarazar el estómago, se deben tomar seguidos tres grandes vasos de agua tibia, sin azúcar, para precipitar el vómito; y si esto no fuese suficiente, meterse los dedos en la boca apoyándolos sobre la lengua para conseguirlo. Inmediatamente que el vómito haya tenido lugar, y despues de enjuagarse con agua fria, se empieza el uso del *espíritu de alcanfor* en la forma indicada anteriormente. Si el mal empezase por calambres, frio general y supresion de la orina, entonces se toma inmediatamente el específico.

El cólera seco ó nervioso no es menos grave que el de las anteriores especies, y consiste en calambres generales, espasmos al pecho, palpitaciones, grande ansiedad, vértigos sin evacuaciones ni vómitos: en tal caso debe ser atacado en la misma forma, y cede tambien de un modo maravilloso.

Cuando el enfermo se encuentra ya en el *período álgido*, es decir, cuando la lengua se ha puesto fria, y la circulacion de la sangre amenaza detenerse, debe administrarse el medicamento; por primera dósis, seis gotas del *espíritu de alcanfor*, continuando la misma operacion de cinco en cinco minutos, hasta que se opere la reaccion.

El *espíritu de alcanfor* no debe administrarse cuando el enfermo presente síntomas inflamatorios, lengua roja y seca, la piel abrasadora, ni tampoco en caso de disentería.

Cuando se trata de un niño de corta edad, la dósis marcada anteriormente debe reducirse á la mitad; no debe economizarse ni una gota cuando se trate de las mujeres y de los ancianos. Yo he asistido y curado con el *espíritu de alcanfor*, y con la dósis de una gota cada vez, á un niño de dos meses atacado de muchos dias de una fuerte colerina, que habia degenerado ya en cólera y que se hallaba en el período álgido, y hasta con descomposicion de la fisonomía.

Para terminar, afirmo por mi honor y bajo la fé de mi conciencia, que con la ayuda de mis consejos no hay enfermedad mas fácil de curar, combatiéndola desde los primeros síntomas. Espero que mi conviccion lleve la tranquilidad á los espíritus amilanados, y que en vez de abandonar sus hogares á la aparicion del cólera, todos aquellos que tanto le temen se apresurarán á llevar un pronto socorro á todos los sitios donde sepan que el mal hace estragos. Despojados de ese pueril temor que oprime su corazon, y provistos del precioso específico que corta el mal en su nacimiento, sentirán la necesidad irresistible, como á mi me sucede, de volar en auxilio de los desgraciados que ignoran los progresos de nuestra ciencia, y que se creen heridos de una muerte cierta.

EL DR. HOFFMAN, de la facultad de Paris.

SANGRE DEL ALMA.

El alma te daria
Mas ¡ay! no puede ser,
Há tiempo que en el cielo de tus ojos
La ví desparecer.

—

Llorando la he perdido,
Llorando tu mudable condicion;
Lágrimas arrancadas por desdenes
Sangre del alma son.

—

Si aun así ves que vivo,
Si de tu amor cautivo
Muerto por tí, resucitar espero,
¡Ya ves como te quiero!

E. BLASCO.

UNA NOCHE-BUENA EN ALEMANIA.

Figúrate por un momento, querido lector, un cielo azul envuelto en espesas y apiñadas nubes: figúrate los campos privados de su verdura, los árboles de su follaje, los jardines de sus aromáticas flores; figúrate las fuentes y los rios oprimidos bajo una espesa capa de hielo, y las casas, las calles y todo cuanto á la vista se presenta cubierto con una manta de blanca nieve; figúrate, en fin, que en lugar de hallarte en la córte, ó en otra ciudad cualquiera de España, sudando bajo los rayos que lanza el sol abrasador desde el más limpido de los cielos del Mediodía, te halláras de pronto en una ciudad de Alemania y en uno de los dias más crudos de invierno, el de Noche-buena por ejemplo, envuelto en anchas y abrigadas pieles, que aun no bastan para protegerte contra la impresion del frio glacial que allí se esperimenta, y que hasta parece visible y tangible.

Quiero suponer que no hayas estado nunca en Alemania, que nunca hayas visitado la patria de Goethe y de Humboldt, y que ignores el aspecto que presentan generalmente sus ciudades, y principalmente el dia de Noche-buena, ese dia que en todos los pueblos de la tierra, donde la religion cristiana ha propagado sus doctrinas, todo se vuelve júbilo y regocijo para conmemorar el nacimiento del que vino al mundo para redimirnos del pecado, y que por nosotros murió en la cruz; quiero suponerlo, para que despues de escucharme puedas formarte una idea aproximada de lo que allí vi en ese dia, y que tú verias tambien si allí fueses. Verias en primer lugar una ciudad como todas las ciudades, solo que sus casas son de un color algo más sucio que el que suelen tener aquí en España, efecto del humo que continuamente arrojan sus chimeneas; con tejados tambien algo más pendientes que aquí; con miradores góticos y ventanas casi herméticamente cerradas, para resguardar mejor del frio las habitaciones; verias las calles y plazas públicas que como los tejados has de suponer cubiertos de nieve, llenas de puestos y tiendas portátiles, ocupando un lado de las aceras en las calles y todo el espacio de las plazas; verias una multitud de gentes de todas edades y de todas clases, andando y viniendo, y cada uno empujando á su prójimo; verias y oirias á los tenderos elogiar sus géneros, que principalmente consisten en géneros, comestibles ó juguetes; verias de vez en cuando á algun solitario trineo, que se anuncia á larga distancia por medio de la campanilla colgada al cuello del caballo, deslizarse silenciosamenta por encima de la helada nieve; admirarias como yo el buen humor y el contento general, y donde volvieras los ojos encontrarias júbilo y alegría; hasta verias tal vez á algunos demasiado alegres. Pero supongo que ya estarás cansado de ver y andar; además anochece en invierno en Alemania á las cuatro de la tarde, y no te desagradará dejar el bullicio de las calles y entrar conmigo en una de las muchas casas, cuyas iluminadas ventanas te indican que la alegría ha penetrado hasta el interior de sus confortables recintos.....

Pero ¿para qué son aquellos árboles? me preguntarás al pasar por alguna plaza ménos poblada de tiendas y ménos concurrida que las demás; esos árboles que levantan sus verdes ramas sobre la nieve. ¿Están de venta, de adorno, ó es alguna costumbre del país colocar esos pinos trasplantados de la selva en medio de las plazas? Ten un poco paciencia, curioso lector; entra conmigo á disfrutar de la hospitalidad alemana, y todo lo sabrás.

Mas ¿dónde iremos á pasar la noche? ¿A una casa aristocrática? No por cierto; no es allí donde se deben estudiar las costumbres de un país, ni tampoco entre la clase baja: no, iremos á una casa cuyo dueño es un hombre de cierta posicion social, de mediana fortuna, amante de su país, en fin, á casa de un aleman de pura raza, de un buen Bürger (ciudadano), perteneciente á la clase media y donde únicamente se pueden estudiar las costumbres de un país. A todo esto ya hemos llegado al fin de nuestro peregrinaje, y nos hallamos delante de la puerta del buen Bürger campanilla en mano; ya hemos dado el primer campanillazo, y sin necesidad de repetirlo, la doncella nos habrá abierto la puerta con una sonrisa que participa de admiracion y del buen humor general; nos conduce hácia las habitaciones interiores, que unas grandes estufas de baldosas blancas mantienen á una temperatura confortable, lo cual produce en nuestro físico una sensacion agradabilísima. La referida doncella nos ayuda á desembarazarnos de nuestros abrigos, y nos abre la puerta que da paso á la sala en que la familia del Bürger, ya sentada alrededor de una bien servida mesa, nos da la bien venida y nos convida á tomar parte en el festin de familia. Concluida la cena, todos se levantan abandonando la mesa y se encaminan á otra sala próxima á la en que se celebró la cena, y cuyas puertas hace dias solo se han abierto á la señora de la casa, á la criada y á alguna íntima amiga, que han sido las que han preparado la fiesta, siendo al mismo tiempo depositarias de los secretos que aun están por revelar.

Todos los pueblos cristianos celebran la Navidad de una manera especial: todos tienen la costumbre de comer y beber bien en ese dia, y la mayoría de ellos de terminarlo con una funcion alegórica del nacimiento del Salvador. Entre estos últimos figuran los alemanes, con la siguiente particularidad; esa funcion de que hemos hablado, aunque celebrada en honor de una fiesta cristiana, es sin embargo una de las costumbres heredadas de los antiguos y paganos Teutones; consistia en aquella edad oscura en quemar en el hogar paterno, en el cual se reunia toda la familia ó tribu en el último dia del año, un tronco de árbol, que con su lumbre animaba una pagana bacanal. Al introducirse el cristianismo entre aquellos aun incultos habitantes del Norte, los misioneros lograron bautizarlos y convertirlos á la nueva religion; pero no consiguieron, ó tal vez no intentarian hacerlos abandonar sus costumbres tradicionales, que en un pueblo nómada, que ni tiene patria ni otra legislacion que la de sus patriarcas, es lo único que le da una nacionalidad, despues de su carácter especial como hombres de una misma raza. Los recien convertidos no introdujeron otra innovacion, respecto á la costumbre mencionada, que la de celebrarla el dia de Noche-Buena, en lugar del último dia del año, como acostumbraban sus antepasados. Con el tiempo fuéronse civilizando; desaparecieron los inmensos é impenetrables bosques que aislaban los habitantes del interior de la Alemania de los demás pueblos europeos; en lugar de destruirse mútuamente en continuas luchas fratricidas, cultivaron oficios más pacíficos; las artes y la industria tomaron incremento, y ya en la Edad media los vemos convertidos en gallardos y bizarros caballeros, y más tarde en doctos pensadores, que han colocado á la Alemania en uno de los más altos puestos entre los pueblos civilizados.

No es de suponer que la tradicional costumbre, cuya descripcion intentaré hacer en lo restante de este artículo, haya seguido siendo celebrada en la misma forma que en los dias de Atila, sino que al contrario debe haber variado mucho con el tiempo y los adelantos de la civilizacion moderna. En efecto; de aquella, que era bastante ridícula por cierto, nació sin duda una de las más bellas que yo he visto en mi vida.

Pero me he desviado del hilo de mi narracion, olvidándome completamente de que estoy abusando de tu paciencia, mi amado lector. Entra conmigo en esa casa, y quedarás agradablemente sorprendido del bullicio y la alegría que reina en ella, contemplando una de esas familiares y tiernas escenas, tan peculiares de los pueblos del Norte.

Lo que más te habrá llamado la atencion, habrá sido un arbusto, un pino colocado en una gran mesa en el centro de la sala: es el arbol de Cristo ó de Navidad (Cristbaum), que ha sustituido al tronco que quemaban los antiguos habitantes de la Alemania. De sus verdes ramas pende graciosamente un sin fin de lucecillas, de dulces, jugetes y cintas de diversos colores: sobre la mesa se hallan espuestos los regalos que la familia se hace entre sí y que consisten en objetos útiles ó de adorno y que varian segun el mayor ó menor gusto y riqueza de la persona que los ofrezca. Los primeros momentos se pasan en contemplar el delicioso golpe de vista que presenta la sala, brillantemente iluminada, y luego los niños se dirigen á la mesa á buscar sus correspondientes obsequios y contemplarlos con infausta



El Aguila.

ESCUADRA FRANCESA ACORAZADA Y BLINDADA DEL M



El Solferino. La Corona. La Gloria.

MEDITERRANEO AL FRENTE DE LA COSTA DE ARGEL.

alegria y con ávida curiosidad los enseñan á sus padres y á sus hermanos dándose al mismo tiempo mútuamente las gracias por aquellas pruebas de cariño.

Así se pasa lo restante de la noche, ya bastante avanzada, hasta que los niños cansados de admirar y de elogiar los objetos que la suerte les ha deparado empiezan poco á poco á adormecerse, las lucecillas del arbol á apagarse, los convidados á buscar sus abrigos, el jefe de la casa hace los honores de despedida y la familia á descansar, despues de haber pasado un dia y una noche feliz con nosotros, con lo cual querido lector, nos despedimos tambien hasta otra vez, prometiéndote si te agrada mi relacion, no ser la última vez que te ofrezca mis servicios y que me ponga á tu disposicion para servirte de cicerone.

D. CLARKE.

FLOR-ESTRELLA.

Érase un jazmin, y era
Una niña que le amaba;
El triste se marchitaba
Sin jugo que le nutriera.
Y el dulce aroma al lanzar
En su pecho, parecia
Que en cambio de él la pedia
Más vida para gozar.
Ella, la niña, advirtiendo
De aquella flor los agravios,
Le colocó entre sus lábios,
Vida por ellos vertiendo.
Y él, rozagante al sabor
De un aliento delicado,
Irguió su cáliz ajado
Lanzando eflúvios de olor.
Y al ver tal la niña bella
Le traspasó á sus cabellos,
Porque asemejase entre ellos
En medio un cielo una estrella.

JUAN P. DE GUZMAN.

Madrid, 1863.

MEMORIAS DE UN CANARIO.

Del libro inédito SUEÑOS Y REALIDADES.

(Conclusion.)

Me colocó sobre el mármol del tocador, desató sus hermosos cabellos y se sentó frente al espejo. Yo en tanto cantaba y cantaba, y no me cansaba de mirarla. *Ella*, entonces, peinándose y sonriéndose á sí misma al espejo, se puso tambien á cantar, y de vez en cuando me echaba un beso ó me pegaba un capirotazo con sus manecitas de niña.

—Vaya, ya estoy peinada. Ahora solo falta que me vista.

Y con virginal pudor se retiró detrás de la cama para cambiar de traje. La curiosidad se apoderó de mí y eché á volar hasta posarme en el respaldo de un sillon junto á *ella*.

—¿Cómo se entiende, curioso? á ver si no eres mal educado y tienes vergüenza.

Y encerrándose dentro del cortinaje de la cama, se vistió en un santiamen.

Cuando volvió á aparecer llevaba un sencillo y elegante vestido verde claro, que dibujaba su talle delicado y esbelto, y los contornos de su naciente seno.

Sobre un sillon habia un velo y unos guantes de piel de Suecia: encima del tocador, en un joyero, se veia unos preciosos pendientes, un broche con una esmeralda, una sencilla pulsera de la que pendia un dije, y un bonito abanico de madera. Se puso los pendientes, se prendió el broche, aprisionó una de sus muñecas con la pulsera, se puso el velo, y cojió los guantes y el abanico.

—¿Quieres ver tu retrato? Pues mira, dijo abriendo el abanico y enseñándomelo.

En efecto, en el abanico de madera gris se veia un precioso canario, parecido á mí.

—Un beso, y hasta luego. Ten mucho juicio. Por si acaso, á la jaula.

Y me encerró en ella. Entoné un canto triste y melancólico, un canto de despedida.

—No te pongas triste, *Amor*. Tengo que ir á pasar el dia con mi prima, pues hoy es su santo, tendré que comer con ella, acompañarla en la Castellana y en el teatro. Pero ya te despertaré cuando vuelva para que nos veamos antes de mañana, *Amor* mio.

Y despidiéndome con la mano, salió corriendo de la habitacion.

Me faltó á un tiempo, en cuanto se fué, el aire, la luz, la vida, y caí sobre el suelo de mi jaula.

III.

No sé cuánto tiempo pasaria.

Lo cierto es que sentia en mí algo nuevo; más sutileza, más elasticidad, y una gran humedad en los piés.

Miré á mi alrededor, y me hallaba en la misma habitacion.

Sobre un sillon se encontraba aun mi jaula. Pero ¿cómo no me hallaba en ella, si mi dulce carcelera no habia vuelto á darme libertad?

Reparé con más atencion, y ví en el suelo de la jaula un pequeño bulto: era el cadáver del pobre *Amor*.

Entonces, ¿qué era yo? ¿Habia sufrido otra trasformacion?

Me hallaba colocado sobre el tocador. Miré hácia el espejo, y lo comprendí todo.

Era yo una rosa centifolia de pálido color y dulce aroma. Me encontraba en un jarron de china, y la humedad que creia sentir en mis piés, era el agua que humedecia mi tallo.

Y yo sentia un bienestar inesplicable al esparcir mi aroma en el ambiente, que pronto debia ella respirar.

Y esperaba con impaciencia su llegada, como las flores mis hermanas esperan el rocío de la tarde, que refresca sus pétalos abrasados por el sol del verano.

De repente se abrió la puerta de la habitacion, y entró *ella* tan linda como siempre.

—Un momento nada más, prima; el tiempo de poner en órden mi pelo insurreccionado, y de colocar en él una flor.

Diciendo esto se puso al tocador, dando la espalda á la jaula, y peinándose á toda prisa.

—Buenas tardes, *Amor*. ¿Hemos tenido formalidad? ¿Te has aburrido mucho? ¿No es verdad que te has aburrido mucho, mientras he estado fuera? Bien. Ya estoy peinada; ahora una flor. Qué rosa tan linda, dijo cogiéndome. Cómo huele, añadió aspirando mi aroma, y acercándome á sus labios. Nada más que esta rosa: aquí, en el pelo al lado derecho.

Y me colocó en sus rubios cabellos.

Entonces se volvió hácia la jaula, diciendo:

—¿Qué tal estoy, *Amor?* ¿Estoy guapa?

Pero antes de acabar y al ver muerto el canario que habia sido yo, se lanzó hacia la jaula, sacó al pobre pájaro, y con sus besos y con el calor de su aliento trató de volverle la vida. Viendo que era en vano, echó á llorar murmurando.

—Está visto: mi cariño mata: todo lo que quiero muere en seguida. Hace dos años...

¿Haria dos años que habia dejado yo de ser hombre? Quise recordar, pero no pude.

—Ahora el pobre *Amor*...

Y lloraba como una Magdalena.

—Dirán lo que quieran, pero ya no voy al teatro. Ir al teatro ahora, imposible. Pobrecito *Amor*. Ni quiero llevar flores en el pelo.

Y me arrancó bruscamente de su cabello. Algunos de mis pétalos se desprendieron de mi corola, más por el dolor de separarme de ella, que por la violencia con que me habia arrancado.

—Pobre flor, ¿qué mal me ha hecho para que la deshoje yo así? Qué hermosa es, y qué aroma tan dulce exhala. Tal vez las flores tienen tambien un alma. ¿No la tenia mi pobre *Amor*, que me queria tanto? ¿Quién sabe si esta rosa no me ha cobrado cariño por el cuidado con que la corté del tiesto en que se abria, y la coloqué primero en ese jarron, y despues en mi pelo? Y si tiene un alma y me ha cobrado afectos, ¿por qué tratarla mal?

Y diciendo así me prendió sobre su pecho. Pero aquello fué mi muerte, porque al sentir los latidos de su corazon, al abrasarme con el calor de su seno, mi cáliz perdió su frescura y su fragancia, quedé á los pocos momentos mústia y lánguida, y mis pétalos fueron cayendo uno á uno, hasta quedarme bien pronto deshojada por completo.

—Pobre rosa, la he matado sin querer, dijo. Y sus lágrimas brotaron de nuevo.

IV.

—¡Hace dos años! prosiguió ella diciendo como si se hablara á sí misma. Cómo pasa el tiempo. Parece que fué ayer. Puesto que hay otra vida despues de esta, ¿se acordará de mí en su nueva vida? ¿Me habrá olvidado?

¿De quién hablaba? ¿De *Amor*, el pobre canario que habia muerto, de la rosa que acababa de deshojarse? no. Parecia referirse á un hombre que habia muerto hacia dos años. ¿Habria sido yo aquel hombre? Hacia espantosos esfuerzos de voluntad para recordar, y no lograba romper las nieblas que oscurecian mi memoria. Habria yo dicho al verla despertarse.

—Es *ella*. Pero ¿la habia conocido solamente en mi vida humana, ó habia además unido nuestras almas ese lazo divino que se llama *Amor?* Tal era la cuestion, que en vano trataba de resolver.

Y si la flor se habia deshojado, y yacia mústia y sin vida sobre el frio mármol del tocador, ¿cómo oia yo sus palabras, y veia su llanto, y percibia sus sollozos, y sentia los estremecimientos nerviosos de su cuerpo delicado y virgidal? ¿Existia aun? ¿Habia sufrido una nueva metempsicosis? ¿Cuál era mi nueva forma?

El espejo, como siempre, fué mi salvacion; miré hácia él y comprendí que ya no era yo, no un hombre, no un pájaro, pero ni tan siquiera una flor ó una planta. Era ni más ni ménos que una fria piedra insensible en la apariencia, dura, sin vida. Era un pequeño brillante trasparente, brotando luz y fulgores, engarzado en un pequeño medallon que encerraba un retrato. Y aquel medallon pendia como un dije de la pulsera que llevaba ella en su muñeca.

Una curiosidad invencible se apoderó de mí. Quise ver el retrato que escondia el dije en que me hallaba. Pero el dije estaba cerrado, y aunque me hallaba montado al aire y casi tocaba al cristal que le cubria, no podia verle. Tanto me agité en mi curiosidad, que el medallon se abrió. Miré el retrato, y reconocí la fisonomia que representaba. Aquel rostro me era conocido, familiar; aquel retrato debia ser del que habia muerto hacia dos años, del que tan llorado habia sido, del que aun se guardaba memoria. Pero aquella fisonomia, ¿era la que yo habia tenido cuando hombre, ó era la de alguno que entonces hubiera yo conocido ó tratado?

Y por más que hacia no podia recordar.

Y *ella* continuaba diciendo entre sus lágrimas y sollozos:—Hace dos años, dos años, hoy precisamente.

Echó mano á la pulsera, y se puso á contemplar el retrato. Ya no tenia lágrimas que llorar, pero su pecho se agitaba convulsivamente con el dolor de sus recuerdos.

Al fin sus lábios se aproximaron al medallon, y posó en él un prolongado y doloroso beso.

En esto la puerta volvió á abrirse. Una señora como de treinta años, entró en el gabinete diciendo:

—Pero mujer, ¿qué haces? Hace un cuarto de hora que te estoy esperando. ¿Te has peinado ya? pero ¿qué tienes? Estás llorando. ¿Qué pasa?

—Míralo. El pobre *Amor* ha muerto.

—Pobrecito. Pero eso no es motivo para que me hagas esperar por más tiempo. Ponte el abrigo y vámonos. Mário canta *El Barbero*, y oyéndole te distraerás y te consolarás de la muerte de tu pobre *Amor*. Tu padre nos está esperando. Anda, hija.

—No quiero ir al teatro.

—No seas tonta. Vamos.

Y al mismo tiempo la ponia el abrigo. Ella se resistia débilmente, y en esta pequeña lucha, yo, que debia estar montado demasiado al aire, me desprendí del medallon y caí. Pero el diablo hizo que para caldear la habitacion, hubiesen llevado un brasero, y caí precisamente sobre las ascuas. Nadie se apercibió de ello. El diamante, ¿quién no lo sabe? es tan solo carbono puro cristalizado. Así es que al momento empecé á arder con entusiasmo.

A los pocos segundos me quedaba convertido en humo y ceniza, mientras ella salia de la habitacion conducida por su prima.

V.

—Sin duda he vuelto á ser canario, dije viéndome en una jaula. Pero esta jaula es muy grande para mí. Que me traigan una bonita, pintada de azul, figurando un pequeño kiosko, y que me lleven á su cuarto, me pongan sobre el tocador, y no tarde *ella* mucho en volver del *Barbero*.

¿Habia vuelto en realidad de nuevo á ser canario? Como en mi nueva jaula no habia espejo alguno, no pude salir de la duda.

Solo ví á través de los hierros un hombre que escribia en una cartera, y parecia prestar al mismo tiempo atencion á mis palabras.

—¿No es verdad que canto bien? le pregunté.

—Divinamente.

—¡Calle! Yo conozco tu voz. ¿No eras tú redactor de *El arco iris?*

—Cierto. Y aquí tienes á nuestro amigo el doctor.

—Sí, tambien le reconozco. Y ¿qué es lo que escribes?

—Tu vida, que nos acabas de contar.

—¿Vas á ponerla en el folletin de *El arco iris?*

—En cuanto se acabe la novela que ahora sale.

—Y yo, dijo el doctor, voy á escribir una obra filosófico-fisiológica sobre la metempsicosis, en vista de las que has sufrido.

—Decidme ¿He vuelto á ser realmente canario? Me lo he figurado al verme en esta jaula.

—Sí, hijo, sí; eres un canario, y cantasá las mil maravillas.

—Pero vosotros no me habeis conocido transformado en rosa ni en brillante.

—Pero ya nos has contado lo que te pasó.

—Pues bien, cuando la veais, decidla que *Amor* ha resucitado, que no quiero estar aquí, y que me lleve á su cuarto como antes. ¿Por qué llorais?

—Por nada.

—Es que no quiero que lloreis. Marchaos. No os olvideis de decirla que *Amor* ha resucitado.

—Adios.

Y los dos me dieron la mano, volviendo la cabeza para que viera que lloraban.

—Os he dicho que no habeis de llorar.

Y empecé á dar gritos descompasados y á agitar violentamente los hierros de mi jaula.

Todo para que no lloráran.

. . . .

Después no sé lo que pasó.

F.

CANTARES.

A tus ojillos azules
Algunos llaman luceros;
Yo les llamo, hermosa niña,
Los espejitos del cielo.

Dices que tu corazon
Es un corazon muy franco;
Por eso la entrada en él
Cuesta tan poco trabajo.

Siempre que estrecho tu mano,
Como la nieve la encuentro;
Caliéntalas, vida mia,
En el volcan de mi pecho.

En vano, correspondencia,
Le niegas á mi amor loco;
Lo que tu boca me oculta
Me lo revelan tus ojos.

Mi inocente corazon
Se ha llevado un marinero;
¡Ay, pobre corazoncito,
Que vive entre el mar y el cielo!

Salen del pueblo los quintos
Formados de cuatro en cuatro;
«¡*Pobres* hijos de los pobres!»
Dice la gente llorando.

La nieve cubre á la tierra
Como una blanca mortaja;
¡Qué fria estará tu tumba,
Pedazo de mis entrañas!

Si ves dormir á un esclavo
Deja que durmiendo goce;
¡Tal vez estará soñando
El infeliz que es un *hombre*!

REMIGIO CAULA.

GENIO Y MELANCOLIA.

La melancolía es la fuente del genio; las más bellas obras literarias fueron hijas de profundos dolores. El estilo del escritor jamás es tan fuerte como cuando la tristeza le presta sus negros colores. Cuando se quiere pintar la humana naturaleza en sus agitaciones, en sus abismos, es necesario tener un alma lacerada por las borrascas de las pasiones; pero sobre la cual el cielo haya derramado la calma y el sosiego. El hombre de genio se conoce por su profunda melancolía; se observa que está vivamente afligido; que un fuego interno le devora; que la vista de los objetos y de los hombres que le rodean, entristece y oprime su corazon.

Los tormentosos recuerdos de sus pecados hicieron brotar del arpa del rey David sus dolientes salmos. Los vicios y los delitos de Jerusalen inspiraron el profético canto de Jeremías. Los dolorosos afanes exaltaron la mente de Dante; sufrió las penas del destierro y la ingratitud de su querida Florencia; imaginó las cavernas y los círculos del infierno, derramando su alma en versos de fuego. Littleton cubrió de un negro velo su lira é hizo salir de ella los más dolorosos sonidos. Una antorcha funeraria iluminó el genio de Hervey y de Young. Edmundo Spenser derramó lágrimas de dolor en la primavera de su desgraciado amor; cantó la muerte, y sus cantos son inmortales. Cervantes empezó su *D. Quijote* entre los horrores de una cárcel. Camoens imaginó su Lusiadas sobre el tempestuoso escollo de Macao. El talento se templa cada vez más en las olas amargas de la adversidad; el genio es un relámpago que brilla entre las tempestades de la vida.

Víctimas ilustres de la desventura; dad gracias á Dios por los dolores que os afligen. Sin esto no conoceriais la fuerza de vuestra alma y el esplendor de vuestra inteligencia.

L. BADIOLI.

ETRETAT.

Antes que Alfonso Karr hubiera llamado la atencion sobre este pueblo, Etretat era muy poco conocido. Es probable que nadie se hubiera ocupado de nombrarlo siquiera, sin su cebadero ó criadero de ostras, tallado en la roca, su hermoso valle y sus gigantescas montañas. Sus ostras verdaderamente gozaban y gozan una legítima reputacion. Trasportadas de la bahía de Cancale al criadero de Etretat, adquirieron un sabor esquisito, haciéndolas dignas de la preferencia con que las distinguen los verdaderos apasionados.

Pero Etretat no era citado hasta hace algun tiempo más que por sus esquisitas ostras, hasta que llegó un dia de tempestad, que debia en lo sucesivo hacerle célebre. El mar estaba agitado, furioso; las olas venian á estrellarse en la playa con una impetuosidad amenazadora. Era precisamente la hora en que los barcos pescadores volvian al puerto; pero no es posible entrar en el puerto de Etretat como se entra en un puerto cualquiera que tiene condiciones de tal. Entrar en el puerto de Etretat es hacer arribar la barca con la marea alta al punto más elevado de la playa, quedar allí encallada en la arena esperando á que la mar vuelva á darle un nuevo impulso; y es muy fácil chocar á cada instante sobre ciertos bancos pedregosos y hacerse mil pedazos. Tal era la situacion de aquellos barcos pescadores en el citado dia y todas las familias, es decir, la poblacion entera se hallaba en la playa presa de la más viva ansiedad. Los barcos remolcadores á cierta distancia no podian llegar sin socorro, y para verificar el salvamento era preciso arrojarles amarras desde larga distancia. Los más intrépidos vacilaban lanzarse al peligro ante la impetuosidad del mar embravecido, y durante este tiempo de incertidumbre y de lucha, la multitud crecia sobre la playa, y los lamentos, súplicas y gemidos de las desdichadas familias hacian coro con los rugidos de las encrespadas olas, que venian á estrellarse á sus pies.

En este momento un hombre, que precisamente el dia anterior habia desembarcado en aquella costa, se adelanta tranquilo y sereno, calma á la multitud, coge las amarras, y con valor estraordinario, despreciando los peligros que le rodean, penetra en el mar, avanza hácia los barcos, y lanza á cada uno de ellos la amarra de salvacion, con tanta ansiedad esperada.

Este hombre estraordinario no era otro que el célebre Alfonso Karr, que desde aquel momento es el objeto de las mayores atenciones, cariño y consideracion de todo un pueblo agradecido. Alfonso Karr continuó por algun tiemqo en aquel pueblo entregándose á la pesca, á la navegacion y á ciertas esploraciones utilísimas, así que, dibujadas por su pluma, las riquezas pintorescas de Etretat adquieren una importancia y magnificencia estraordinarias.

Basta fijar un momento la vista sobre nuestro grabado de la cabecera, que representa la *Puerta de Aval* y la *Auja* para formarse una idea de esas rocas cortadas luchando contra el Océano y talladas caprichosamente por las olas, como pudiera serlo un inmenso edificio por el cincel de los escultores.

Etretat se halla situado en la costa que se estiende desde el Havre á Dieppe, bañada por las aguas del canal de la Mancha.

ENTRADA DE LOS EMPERADORES FRANCESES EN SAN SEBASTIAN.

Publicamos hace algunos dias una vista de San Sebastian, en la que dimos algunas noticias sobre esta importante y pintoresca poblacion.

La que hoy ofrecemos representa la entrada en la ciudad de los emperadores franceses, verificada hace muy pocos dias, y que tuvo por objeto hacer una visita á los reyes de España, visita que estos les han devuelto ya en su palacio de Biarritz.

Luis Napoleon y su esposa llegaron á San Sebastian el dia 9, á las tres y media de la tarde, habiendo sido recibidos en la estacion por S. M el rey, dirigiéndose despues á las Casas Consistoriales, donde se les tenia preparada habitacion. En el primer tramo de la escalera les aguardaba la reina con toda su servidumbre. Aquella misma tarde asistieron á la espléndida comida que se les tenia dispuesta, y que amenizó la música de alabarderos, que para el efecto habia ido de Madrid, y despues de esta entrevista cordial y afectuosa, salieron á las nueve y media para la villa Eugenia.

El pueblo los ha recibido cariñosamente, y la belleza de la emperatriz y su amabilidad han sido durante algunos dias el tema de las conversaciones.

LA ESCUADRA CORAZADA FRANCESA.

Ofrecemos hoy á nuestros lectores un magnífico grabado representando la escuadra corazada francesa que sirvió de escolta al emperador del vecino imperio cuando hace cuatro meses, es decir, el 1.° de mayo de este año, visitó la Argelia, tocando á su paso en uno de nuestros puertos (Palma de Mallorca).

La escuadra se compone del navío *Solferino*, las fragatas *La Corona*, la *Normandía*, la *Provenza*, la *Gloria* y el *Invencible*.

La fragata *Gloria* es, segun la opinion de personas competentes, el primer buque corazado que ha salido de los astilleros franceses. Fué construido en 1860, segun los instrucciones y planos de Mr. Dupuis de Lome, que resolvió felizmente este difícil problema: revestir de planchas de bronce un casco de madera, sin aumentar desmesuradamente el peso, y sin que pueda servir de embarazo á la marcha de un buque. El éxito despertó la emulacion de los ingleses hasta el estremo, que el 20 de diciembre del mismo año lanzaron ellos al mar su primer buque corazado (*iron-plated-steam-ship*), el *Warrior*, que no les costó ménos de cuatroncientas mil libras esterlinas, unos treinta y ocho millones de nuestra moneda. El movimiento de trasformacion en ambas escuadras ha continuado en ambos paises.

La fragata la *Flandes*, salida del arsenal cubierto de Chebourgo, y botada al agua el 21 de junio de 1864, está armada con treinta cañones, y tiene la fuerza de mil caballos.

Si tuviéramos un premio que ofrecer á las fragatas corazadas que acompañan al *Aguila*, lo concederiamos sin vacilar á la *Corona*. Es un buque elegante, cómodo y espacioso. El aire y la luz penetra hasta en las calas, en las cuevas y hasta en los calabozos donde se castiga á los marineros que cometen alguna falta; pero de todos los buques de la escolta el más imponente es el *Solferino*, navío de alto bordo, lanzado al mar en el mes de junio de 1861. Una enorme cota de armas rodea los costados de esta ciudadela flotante. Trofeos de espadas, fusiles, cuchillos, hachas, etc., adornan los muros de sus baterías. Las portañolas blindadas se abren para dar paso á las piezas, en el momento de hacer fuego, y vuelven á cerrarse instantáneamente. El timonero que tiene la barra, en caso de combate se encuentra completamente al abrigo en el segundo puente, colocado en el centro del buque, en una torre que garantiza una coraza de hierro. El capitan, por medio de agujas y de señales convenidas, dirige el timon y comunica sus órdenes á toda la tripulacion. La escuadra corazada, durante el viaje del emperador, ha escitado por todos los puertos donde ha pasado una admiracion tan profunda como legítima.

Solucion del geroglífico del núm. 25.

Más vale pájaro en mano, que ciento volando.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

LOS POBRES DE ORIHUELA.

(Murcia.)

La provincia de Murcia es sin duda alguna de las más calurosas, y por consiguiente de las más fértiles de España. ¡El calor y la fertilidad! Dos elementos poderosos de que se sirve la pereza, y más particularmente en nuestro país, para engendrar los mendigos en todos los países meridionales.

Pero del mismo modo que hay cuentos de cuentos, hay tambien mendigos de mendigos, y los pobres de España no se parecen en nada á los pobres de otros países. En Orihuela, por ejemplo, pueblo de la provincia de Murcia, la miseria se reviste de harapos pintorescos; el sombrero tostado por el calor, y que ha perdido ya su color primitivo, dibuja bajo sus alas fisonomías de un Galba puro, marcándose en sus facciones esas líneas aristocráticas de la raza árabe. El pañuelo ó manton en que las mujeres envuelven su cuerpo tiene mucha analogía, y se asemeja á los albornoces de los árabes, que hasta 1266 fueron dueños de aquel país.

El altivo orgullo de aquellos dominadores africanos ha dejado aun sus huellas en estos descendientes degenerados, que se envuelven poéticamente en sus haraposas capas, y tienden la mano al transeunte en demanda de una limosna.

Nuestro grabado de hoy reproduce una de esas escenas. Estos pobres no abusan jamás de los placeres que proporciona la vida *bajo techado*, porque el cielo de Murcia, como el de otras muchas de nuestras provincias del Mediodia, es de una clemencia tal, que es bastante á hacer desesperar á los propietarios de casas menos exigentes.

Sentado en el suelo, y apoyado en la pared que forma ángulo con la huerta de un convento, un pobre ciego implora la caridad pública, acompañado de un chico que toca la bandurria, para llamar mejor la atencion, en tanto que la mujer, con un niño en los brazos y otro mayorcito de la mano, procura interesar á dos jóvenes de la huerta de Murcia, que se han parado á escuchar los cantares del mendigo. A la izquierda del cuadro se ve una jóven, tambien del pueblo, que con su cantarillo debajo del brazo se dirigia á la fuente, y la curiosidad la ha hecho detenerse.

Tal es la composicion del grabado que ofrecemos hoy al público, debido al lápiz y al buril de los célebres artistas Rovargne y Verdell.

TIPOS ESPAÑOLES.—LOS POBRES DE ORIHUELA. (Murcia.)

CORRESPONDENCIA DE «EL PERIÓDICO ILUSTRADO.»

D. P. D., de Valencia.—Ya se le sirvirá directamente, pero desde el primer número del corriente.

D. R. G., de Bilbao.—Abonado hasta 1.º de marzo.

D. F. C. H., de Santa Cruz de Tenerife.—Si no avisa Vd. lo contrario, continuaremos sirviendo los demás suscritores de seis meses.

D. F. S., de R. de Pamplona.—Nos sobran geroglíficos, pero siendo buenos los suyos, se insertará alguno.

D. F. de G., de Ciudad-Real.—Recibidos los sellos para la renovacion de D. A. F.

D. J. B., de Santa Cruz de Tenerife.—Satisfechas las dos suscriciones hasta 1.º de marzo.

D. I. G., de Avilés.—Recibida su letra.

D. M. S., de Pechina.—Las diez y siete suscrfciones las hacemos por seis meses, porque no se admite ninguna menos.

D. P. P. y C., de Sigüenza.—Recibidos sus sellos.

D. J. G. N., de Guadalajara.—Recibida su letra: saldada nuestra cuenta hasta fin de agosto, y será Vd. servido en el encargo: le fueron remidos los treinta ejemplares que desea.

D, A. R. e hijo, de Segorbe.—Recibido el saldo de nuestra cuenta.

D. T. P., de Barcelona.—Renovada su suscricion por este segundo semestre.

D. R. M. R., de Laguna.—Le damos las gracias por sus benévolas frases y queda Vd. abonado hasta fin de febrero.

D. T. R., de Puerto de Orotava.—Queda rectificada la direccion y renovada su suscricion.

D. J. G. y R., de Vigo.—Abonado por el segundo semestre.

D. P. M. de V., de Palma.—Renovada su suscricion.

D. J. J. G., de Jaen.—Renovada su suscricion.

D. E. A., de Huelva.—Id., id.

D. A. M. y M., de Puebla de Guzman.—Hemos recibido la libranza, sin los sellos.

D. A. del C. y M., de Viso del Marqués.—Abonado hasta fin de diciembre.

Sres. F. C. y S. A. de S., de Lucena de Córdoba. Recibidos sus sellos y abonndas sus suscriciones á fin de febrero.

D. J. S., de Albalate del Arzobispo.—Recibido sus sellos y servido.

D. M. M., de Huelva.—Renovada su suscricion por el segundo semesrte.

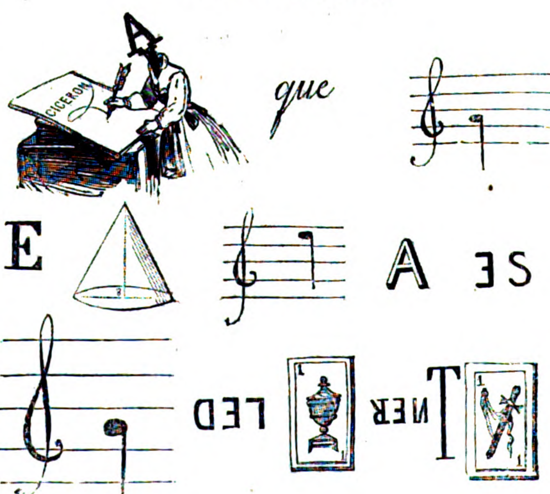
D. M. B., de Lena.—Recibidos los 14 rs.

D. B. D., de Barcelona.—Nuestro artículo de hoy sobre la epidemia, contesta á su carta, correspondiendo á sus deseos.

D. G. R., de Albacete.—No hacemos ningun caso y despreciamos los anónimos. Haga Vd. como nosotros.

D. J. R., de Valladolid.—No podemos complacerle por la mucha tirada.

GEROGLIFICO.



AVISO IMPORTANTE.

Habiendo concluido el primer semestre de nuestra publicacion, y siendo tan numerosos los pedidos, nos hemos visto obligados á aumentar la tirada para poder servir á nuestros favorecedores.

Rogamos á nuestros suscritores del primer semestre que quieran continuar, hagan la renovacion sin pérdida de tiempo, pues de lo contrario no recibirán el número próximo.

A fin de año se regalará una bonita cubierta para encuadernar el tomo.

NOTA. Estando concluyéndose las colecciones del primer abono, ó sea hasta el núm. 26, recordamos á los señores que quieran adquirirla no demoren los pedidos librando 12 rs. en sellos ó en letras del giro mútuo. Concluidas las cortas existencias que nos quedan, no podremos servir ninguna.

El Periódico ilustrado.



Número 29.

DEL 21 AL 28 DE SETIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 50 »	

LA CORRECCION MATERNAL.

REVISTA DE LA SEMANA.

CARTA A UN AMIGO.

Tu epístola he recibido
Abate del alma mia,
Y con placer la he leido
Al ver que ya ha renacido
En tu pecho la alegría.

—

Bien hiciste por Caifás,
Y no te pese jamás
Esa determinacion,
Que en lances del corazon
Quien mas pone pierde más.

—

Que hayas sufrido lo creo,
Que ya no sufras lo dudo,
En tus pensamientos leo,
Y de apariencias desnudo
Lo mismo que eres te veo.

—

Quien nació para llorar
No sabe, Pepe, reir,
Y al quererlo ejecutar
Puede risueño mentir
Pero no puede engañar.

—

En vano de buen humor
Hacer quisistes alarde,
Te vendió el labio traidor,
Y al corregir el error
Era demasiado tarde.

—

Qué hay en tu carta una nota
Triste cual de lira rota
La postrera vibracion,
Que sangre del corazon
Vertiendo esta gota á gota.

. . . .

—

¿Qué es de mi vida? me dices,
¿Y qué sucede en la Córte?
Nada; somos muy felices,
Y vuelven ya los del Norte
Con un palmo de narices.

—

Nos ahogamos de calor
Todas las horas del dia,
Y aun con eso, á lo mejor
Se pesca una pulmonía
Y nos entierra un doctor.

—

Hay sus casitos de morbo,
Y haylos de tifus tambien,
Y hay quien apura de un sorbo
Mares de tila y de sén,
Y vive..... siendo un estorbo.

—

Preparándose al combate
Andan *Principe* y *Real*,
Rossini lió el petate,
Rivas pierde un dineral,
y la *Zarzuela* se abate.

—

Y unos el precio subiendo,
Y otros el gasto bajando,
Van su destino cumpliendo;
Caltañazor distrayendo,
Catalina reventando.

—

Listas se ven á montones
De arreglos y traducciones,
Y algunos originales
Que podrán producir reales
Ó producir revolcones.

—

Los paseos concurridos,
Las sociedades tronadas,
Los pollos alicaidos,
Las palabras..... empeñadas,
Y los hombres muy perdidos.

—

Amor al trabajo, poco,
Á los placeres, bastante,
Entusiasmo mucho y loco,
La virtud no hay quien la cante,
Ni la buena fé, tampoco.

—

Tal es el aspecto fiel,
Que ofrece esta poblacion,
Y puedes juzgar por él
Lo que hiciera un buen pincel
Aclarando este borron.

—

En cuanto á mí, voy pasando
De esta existencia el vaiven
Siempre la sombra buscando
Que ha de llevarme al Eden
Sin saber como ni cuando.

—

Imítame, caro amigo,
Y de tu oculto pesar
No hagas á nadie testigo,
Que aun yo que en todo te sigo
No te seguiré en llorar.

—

Igual es nuestro dolor,
Tú eres Amadis de Gaula,
Yo Crisóstomo el pastor.....
¿Y el corazon? ¡buena jaula
Para los locos de amor!

M. DEL PALACIO.

EL HOMBRE CAIDO.

I.

Eusebio, jóven de muy estimables prendas, aunque algo descuidado en cierta clase de estudios que hoy se necesitan cultivar con esmero y constancia, andaba tiempo hacia tras la solucion de un problema que hallaba escrito en su corazon, como esos geroglíficos ininteligibles de que están llenos los monumentos egipcios.

No podia esplicarse la eterna inquietud de su alma; no sabia por qué era infeliz cuando gozaba de un caudal muy respetable, del aprecio leal de sus amigos y de una buena reputacion, á causa de su talento y de su modestia. A veces se figuraba que llenaria el vacío de su corazon con afecciones enérgicas, y entonces de la primera mujer que veia á su paso se enamoraba. Ni por esas; á los quince dias volvia á estar desasosegado y triste; aquellos amores pasajeros le habian ocasionado algunas desazones, y esto era la única que sacaba de sus afecciones enérgicas.

Llegó á sentirse aburrido en toda la estension de la palabra. Bostezaba en los teatros, se irritaba en la Castellana, se dormia en el café, cantaba al acostarse, gruñia cuando se despertaba y comia al vapor como un hombre de negocios.

Unas veces iba muy aprisa por la calle, otras se entretenia diez minutos en cada escaparate, pero siempre continuaba aburrido.

En la oficina, como las ocupaciones no le molestaban mucho (á nuestros empleados no le molestan nunca las ocupaciones), pasaba las horas fumando y dando golpecitos sobre el pavimento con el pié derecho, lo cual queria decir: «Pues señor, yo me fastidio, y esto no tiene cura.»

Cierto domingo me lo encontré en la calle del Cármen, á las once de la mañana. Salia de misa, y como siempre, su mirada vaga, su andar distraido, su cabeza inclinada sobre el lado izquierdo; todo su porte, en fin, me dió á entender que seguia en sus trece.

—Adios, Eusebio, le dije deteniéndole por un brazo; no ves á nadie.

—¡Hola, chico! me contestó; ¿cómo estás?

—Bien; ¿y tú?

—¡Yo! Aburrido por todos los cuatro costados.

—Pero, hombre, ¿qué te pasa?

—¿Y crees que yo lo sé? Me aburro, y... y se acabó la funcion.

—Motivo habrá para ello. Esplícate y sabremos...

—¡Cá! Todos me dicen que debo ser muy feliz, y efectivamente, yo debia ser muy feliz; pero el caso es que no lo soy. *Voilá tout.*

—Dime algo del estado de tu alma, y puede ser que yo te adivine.....

—Mira, para hacer observaciones psicológicas este es muy mal sitio..... ¿Has almorzado?

—No; ahora iba.....

—Pues vámonos; almorzaremos juntos en cualquier parte, y te iré contando lo que pueda.

II.

—Yo, dijo Eusebio dejando caer la servilleta sobre sus rodillas, soy un hombre que ama la perfeccion con locura; aspiro á ella, como la idea sublime hácia cuya realizacion marcha la humanidad. Todo lo que no sea verdad y belleza absolutas me empalagan, me hastía, y he llegado á encontrar dentro de mí mismo tales elementos de grandeza y de superioridad en virtud de esas elevadas aspiraciones, que el orgullo se ha apoderado de mí, y me he creido con derecho para mandar como jefe absoluto en todas las maravillas de la naturaleza y en todos los séres que la pueblan. Me he visto yo, átomo imperceptible en la inmensidad de los mares, balancearme sobre su cristalina superficie, recorriéndola del uno al otro polo dentro de un miserable artefacto de madera. He contemplado henchido de entusiasmo á uno de mis semejantes domar la ferocidad de los leones con una sola mirada, y espantarlos con un gesto. El hombre es el rey del mundo, he dicho entonces; cuanto existe ha sido criado para obedecerle. Y no bien terminadas estas observaciones, el viento y la tempestad han despedazado mi buque entre las rocas, como un juguete vil entre las manos de un gigante, y un insecto casi microscópico ha herido mi rostro, aleteando en torno de mi cabeza como si quisiera burlarse con su zumbido eterno de mi impotente cólera. Y hé aqui como el orgullo tiene que ceder su puesto á la humildad, porque me siento débil y eselavizado por el más insignificante de los séres; porque todo mi poder y toda la soberbia de mi pensamiento que llega hasta á pedir cuentas de sus actos á la Divinidad, se estrellan contra la furia de los mares y contra el zumbido de un insecto. Estas contradicciones me desesperan, me agobian, y por último, me aburren. Pero oye más. Hace algun tiempo, cansado de la vida monótona que llevaba, comencé á halagar ideas de ambicion; soñé con elevarme sobre los demás hombres y humillarlos. Convencíme de que yo habia nacido para dominar, y á este fin reuní toda la actividad de mi imaginacion, y de un golpe me hice dueño del mundo. Acababa de leer *La Vida es sueño.*

Por lo tanto, tuve que hacer pocos esfuerzos para crear ejércitos, que me obedecieran á un solo gesto, y hasta reyes que depusieran sus coronas á mis piés. Mi cabeza se convirtió en una fábrica de armas y en un almacen de cetros. Napoleon fué un miserable, comparado conmigo. Pero no habian trascurrido muchos minutos cuando sentimientos contrarios me hicieron soñar con el sosiego de una vida retirada y oscura, con las delicias del campo, la hermosa majestad de los bosques y los goces tranquilos de una posicion modesta. ¿Comprendes tú semejantes fenómenos? ¿Tengo razon para decir que soy el más infeliz de los hombres?

Y diciendo esto, en un arranque de desesperacion se sopló media tortilla al cuerpo.

—Verdaderamente, querido Eusebio, le dije yo. que eres muy desdichado. Tu corazon es el enemigo que más daño te hace; necesitas saber el por qué de tus inquietudes, de tus tormentos, de tu desgracia, en fin, porque realmente es una desgracia lo que te sucede, que no tiene nada de imaginaria, como alguno podria suponer. Debes sufrir horriblemente, y concluirás por entregarte á un decaimiento espantoso, que enervará las fuerzas de tu espíritu, haciéndote casi impotente para el bien; y esto seria para tí una verdadera calamidad. Temo que llegue un instante en que, fatigado de esa lucha tenaz que sostienes de continuo con tus propios deseos, caigas en un lastimoso estado de desesperacion. Para remediar esto, solo quiero que pienses en una cosa. Por dicha tuya conservas aun las creencias que te trasmitió tu madre; es verdad que en las prácticas eres algo negligente, y que, segun presumo, no dedicas mucho tiempo á meditar en aquello mismo que crees; pero así y todo, sospecho que si fijas tu atencion en esa cosa que voy á indicarte, has de hallar un grande alivio, un consuelo y una resignacion inefables en tus eternos padecimientos.

—¿Y qué cosa? me preguntó Eusebio.

—La caida del hombre. Tómate todo el tiempo que juzgues necesario para recorrer y examinar las diversas clases y estados de nuestros semejantes; pien-

en la caida, y luego me esplicarás las observaciones que sobre ello se te hayan ocurrido.

Eusebio quedó silencioso y cabizbajo un momento. Luego levantó la cabeza, y mirándome fijamente, esclamó con energía y decision:

—Está bien; yo te avisaré cuando crea trascurrido el término.

Despues de esto nos separamos, él dispuesto á desmenuzar con el escalpelo del observador los más insignificantes detalles de la vida, y yo ansioso de saber las ventajas que mi consejo podria reportarle.

III.

Pasaron cuatro años despues de esta entrevista, durante cuyo tiempo volví á encontrar á Eusebio varias veces sin que habláramos casi nada sobre el particular.

—Sigo trabajando, solia decirme al saludarme.

Tuve yo que salir de Madrid, y á algunos meses de mi ausencia, recibí una carta de Eusebio concebida en los siguientes términos:

«Querido mio: voy á comunicarte mis observaciones de cuatro años; he visto y he pensado mucho acerca de lo que me indicaste; creo que podria escribirse un libro muy útil sobre la materia; yo me contentaré con trazar una no muy estensa carta, porque no por mucho hablar se dice más. Sin embargo, te repito que seria muy conveniente un libro para combatir á los nuevos *pelagianos*, que negando la caida del hombre, sueñan con la perfeccion universal de tejas abajo. ¡Visionarios! ¿á dónde irán con tanto progreso como quieren cargar sobre sus espaldas? Al fin han de verse aplastados por las ruedas de su carroza triunfal.

Creo, amigo de mi alma, que el hombre es una fiera, perdona lo brusco de la palabra; solo la educacion, y no como se quiera, sino la educacion religiosa, puede arrancarle los instintos depravados que constantemente le llevan al embrutecimiento. El hombre es tal vez el único animal que, domesticado y todo, se siente con valor para asesinar á sus hijos. Lo que no hace una hiena, lo hace una mujer por ocultar su flaqueza á los ojos del mundo..... ¡Y sin embargo, era mujer santa Teresa!—¿Cómo esplicarán esto los de la perfectibilidad humana?

He recorrido los salones en que el lujo tiene sus altares, la vanidad sus adoradores, el baile sus sacerdotes. ¿Sabes que no hay nada mas lindo que un sacerdote del baile con su frac y su guante blanco?—En el fondo de estos placeres tan fugaces como estúpidos, he visto estender sus perezosos miembros al gusano terrible del *hastío*. ¡Cómo bosteza un hombre despues de pasar la noche en un salon entregado á los voluptuosos mecimientos del baile! ¡Quieren decirme que es efecto del sueño! ¡Hastío, y puro hastío! Y aunque fuera sueño; ¿pues qué, es otra cosa el sueño más que la inclinacion de la materia *hastiada* de vivir, que busca el reposo parodiando la muerte?

Nunca pensé que la riqueza y la miseria pudieran fundirse en un solo estado. ¡Cuántos ricos he visto miserables! ¡Cuántos miserables he visto ricos! Entre los brazos de una butaca se agita un hombre porque no sabe en qué emplear una porcion de millones que le sobran. Despues de haber satisfecho hasta sus más insignificantes caprichos, esclama echando la cabeza atrás, y dejando caer lánguidamente sus brazos: ¿bien y qué?

Esta frase es la última página del libro de la riqueza.

¿Y la vida política? ¡Ah! es un espectáculo delicioso ver á los hombres darse de mogicones por hacer la felicidad de sus semejantes.

Si se estudiaran las verdaderas causas de esos grandes acontecimientos que conmueven á toda una nacion, ¡qué de ruindades se verian! A veces un capricho ó un arranque de mal humor de un gobernante ó de su mujer, da al traste con un magnífico proyecto, ó derrumba un ministerio.

(Se concluirá.)

VALENTINO.

LO QUE SOY.

Yo soy la alondra que á los vidrios llama
de tu balcon,
para posarse en tu hombro de alabastro
y oir tu voz;
para mirarse en tus azules ojos
de lánguido fulgor;
para besar tus lábios encendidos,
para morir de amor.

Soy el rayo indeciso de la luna
que riela en el mar,
por el que los espíritus nocturnos
suelen bajar,
para posarse de las claras ondas
dormidas en el haz,
y hacerlas con sus besos misteriosos
de amores susurrar.

Soy la brisa fugaz que tus cabellos
enreda á su sabor,
cuyo llanto recoje enamorada
en su cáliz la flor:
soy la dulce armonía melancólica
de ternísimo son,
que el oido no escucha porque suena
tan solo al corazon.

Soy el sueño de amores que acaricia
tu mente sin cesar,
y esos vagos deseos sin enlace
que á despertarle van:
soy un alma infelice que te adora
cual nadie amó jamás,
y que de amor espira, bendiciendo
tu nombre al espirar.

F.

STRASBOURGO.

Strasbourgo, antigua capital de la Alsacia, es hoy dia capital de provincia del departamento del Bajo Rhin, y una de las más importantes ciudades de Francia.

Cuenta 80.000 habitantes, y es el centro de todas las grandes administraciones que corresponden á una ciudad de primer órden: posee una Academia con cinco facultades, una division militar, etc. etc.

Strasbourgo se halla situada á media legua del Rhin. Antigua ciudad imperial alemana, ha conservado un sello enteramente particular; al lado de ciertos barrios y no pocas construcciones modernas, se ven aun las antiguas casas, cuyos pisos superiores se hallan adornados de torres góticas y adornos calados. Es por este lado pintoresco por el que el artista que ha hecho el grabado que hoy ofrecemos como cabecera, ha tomado su punto de vista, eligiendo el de los *puentes cubiertos*, con sus cuatro antiquísimas torres, destacándose en el fondo la elevada flecha de la elegante torre de la Catedral, y á la derecha la iglesia protestante de Santo Tomás, donde se halla el magnífico mausoleo del mariscal Saxe.

En el centro se ven dos puentes, que indican una doble corriente de agua.

En efecto, el Illi con su canal forma en la ciudad una especie de cinturon interior, de preciosos muelles circulares, que forman un paseo de los más agradables.

Cuando se habla de los monumentos de Strasbourgo, preciso es empezar por su Catedral, la más alta del universo, y una de las maravillas de la arquitectura gótica. Construida de asperon rojo, su masa imponente y ligera, se eleva en los aires, entre una infinidad de columnitas y de torrecillas pequeñas que la rodean, formando una verdadera red de encaje de piedra; la veleta cuenta ciento cuarenta y dos metros de elevacion desde el suelo á la parte superior donde se halla colocada, y se distingue á tan larga distancia, que se la ve perfectamente desde el otro lado del rio, en el gran ducado de Baden. Una de las curiosidades de la Catedral es el famoso reloj astronómico, reconstruido en 1840 por el ingeniero Schwilgne. Despues de la Catedral, deberemos citar la iglesia de Santo Tomás, el Palacio real, que habita el obispo; el Teatro, que se halla colocado en la magnífica plaza de Brouglie; la Prefactura, el Ayuntamiento y los cuarteles, que son verdaderamente grandiosos. No es menos digna de llamar la atencion la estátua de *Kleber*, en la plaza del mismo nombre, y la de *Gutenberg*, cuya copia exacta se halla en el patio de la Imprenta imperial. Paseos magníficos rodean la ciudad, ofreciendo agradable espansion á sus habitantes.

Sin ser una ciudad manufacturera, propiamente dicho, Strasbourgo fabrica un cierto número de artículos, que son muy nombrados. La industria de los cueros, por ejemplo, se halla en aquella localidad muy desarrollada, así como la de los productos químicos. La cirugía encuentra tambien en sus fábricas escelentes instrumentos, y los gastrónomos aprecian en su verdadero valor su esquisita cerveza, y sobre todo sus magníficos pasteles de *foie-gras*. Cuatro líneas de caminos de hierro facilitan sus comunicaciones para la estraccion de sus productos.

Strasbourgo, en otro tiempo centinela avanzado de la Alemania contra la Francia, es hoy dia uno de los más importantes puntos de defensa del territorio francés. Del mismo modo que la ciudad ha conservado su fisonomía especial y primitiva, la poblacion á su vez conserva siempre un carácter enteramente particular y lleno de reminiscencias germánicas.—B.

LA CENIZA EN EL OJO.

Ustedes no habrán conocido, ni tal vez habrán oido hablar tampoco del célebre flamenco Van Kooten! Nada tiene de estraño: nació á mediados del siglo pasado, y murió á principios del presente; pero por las noticias que de él hemos podido adquirir, nos hallamos en el caso de poder asegurar á nuestros lectores que aun á los cincuenta años era un arrogante mozo, si bien demasiado grueso, y con un vientre tan pronunciado, que le daba esa espléndida majestad que inspira siempre respeto y consideracion.

Su fisonomía respiraba á la vez bondad y franqueza; sus cabellos permanecian siempre negros, á pesar de su avanzada edad; la dentadura blanca y sólida; robusto como un toro, y sobre todo, y lo que es mejor, inmensamente rico: si á esto se añade que no habia jamás amado, se comprenderá perfectamente que fuera dichoso como pocos. ¿Ocuparse él de mujeres? ¡qué disparate! Tenia demasiado en que pensar con sus buques siempre camino de América, y que cada viaje acrecentaban su inmensa fortuna. Despues de todo, verdaderamente él no tenia la culpa de haber fijado tan poco su atencion en el bello sexo: era estraordinariamente corto de vista.

Todos en su pueblo lo referian en coro, que un dia, equivocando al alcalde con su asno, se montó sobre las espaldas de aquel. ¿Seria miope?

Conocidos todos estos antecedentes, no estrañará el lector que Van Kooten permaneciese completamente ciego é insensible á los encantos y coqueterías de su vecina, jóven y muy linda viuda, que se habia acostumbrado á venir á hacerle compañía todas las tardes, cuando despues de la comida el buen aleman fumaba gravemente su pipa; pero un dia en que tiraba las cenizas de esta, un grito de dolor le dejó medio aterrado. Una pequeña partícula habia ido á esconderse en el lagrimal del ojo izquierdo de la hermosa viuda, la cual, levantando el párpado con sus sonrosados dedos, imploraba el socorro que en semejantes casos se acostumbra.

En tal situacion, el flemático aleman no pudo permanecer impasible, y le fué preciso prestar el socorro demandado.

Para soplar en el ojo de una mujer bonita, no solo es necesario aproximarse mucho, sino que precisamente se tiene que ver y admirar todo lo que vió y admiró Van Kooten, á pesar de su cortedad de vista; esto es, unos ojos dulces y límpidos, una nariz aguileña y perfectamente modelada, unos voluptuosos y finos cabellos, un cutis fresco y aterciopelado, y finalmente, una diminuta boca, cuyo perfumado aliento vino á trastornar los sentidos del pobre hombre. Repentinamente creyó descubrir un mundo completamente nuevo; su corazon latió con violencia despues de cincuenta años de tranquilidad, y sobre aquel mismo ojo, que únicamente demandaba un ligero soplo, depositó un ardiente beso..... ¡El primero de su vida! Más vale tarde que nunca. Un mes despues, la hermosa viudita se llamaba la señora Van Kooten, y todo induce á creer que seria completamente dichosa, si damos crédito al proverbio que dice: *Los hombres, al contrario que los pollos, los más viejos son los más tiernos y más sabrosos.* Tal es el asunto que ha inspirado á Leslié la composicion de su célebre cuadro *La ceniza en el ojo*, cuyo grabado reproducimos en nuestro número de hoy.—B.



LA CENIZA EN EL OJO.



LOS PRIMEROS FUEGOS.

LA MANCHA.

AL SR. D. JUAN BELZA, EN PRUEBA DE AMISTAD.

—Mírame bien; frente á frente;
Mírame sin sonrojarte:
No ignoro yo que es corriente
En todo el que se arrepiente
Buscar un recurso de arte...
¿Mas, paloma dolorida,
Hay una *mancha* en tu vida?...

—

Tu dulce voz me enagena
Como un canto de sirena;
No es más dulce, bella Elisa,
El murmullo de la brisa
Rizando el agua serena.
Prendado de su dulzura
El mundo que se figura
Que es música cualquier ruido
Vá diciéndote al oido:
«¡Oh! qué inocente y qué pura!»
¿Mas sabe el mundo, querida,
Que hay una *mancha* en tu vida?...

—

Tu sonrisa angelical
Hace esclavo á un corazon
Aun siendo de pedernal;
Ó finges con perfeccion
Ó yo te he juzgado mal.
Mas me engañaste una vez
Y no volverás, pardiez,
Pues tan inocente fuí,
A jugar como hasta aquí
Con mi necia candidez.
¿No sé yo, prenda querida,
Que hay una *mancha* en tu vida?...

—

¿Vás á la iglesia?—Bien hecho:
Pues tanto tiempo has perdido
Haz que hoy sea de provecho;
Ya es hora que ande derecho
Lo que ha andado tan torcido.
Pero no te has de enfadar
Conmigo, si por azar,
Con la más sana intencion
Interrumpo tu oracion
Advirtiéndote al pasar:
Quien lo sabe nunca olvida
Que hay una *mancha* en tú vida...

—

¿Lloras?—Más vale: el dolor
Purifica y regenera...
Llora, Elisa, sin temor,
Ten esperanza y amor
Que Dios no burla al que espera:
Y si estás arrepentida
Ya no hay *manchas* en tu vida!...

VALENTINO.

LAS AGUAS DE ALBANO

DE

EMILIO SOUVESTRE.

I.

Debajo de una parra estaban sentados dos hombres con los codos apoyados en una mesa, fumando cigarrillos perfumados.

El mas viejo, que parecia frisar en los cuarenta años, era alto y pálido; su aire de hombre rico, pero sin afectacion, tenia además algo de grave y casi de militar; el mas jóven se hacia notar por su exagerado modo de vestir, entonces muy de moda tanto en Italia como en Francia. Este fué el que rompió la conversacion, cortada hacia ya rato.

—A fé mia, mi querido Alfiere, dijo quitando delicadamente la ceniza de su cigarro, no esperaba tener el placer de encontraros por aqui.

—Aquí es donde deben estar los enfermos.

El jóven miró al conde.

—En efecto, añadió, os encuentro cambiado; estais mucho más pálido que de costumbre. ¿Habeis consultado con los médicos?

—Sí.

—¿Y qué os han dicho?

—Lo que dicen siempre. En el invierno me prometen la curacion para el verano próximo; en el verano me la prometen para el invierno: los doctores de Milan me aconsejan que tome los aires de Nápoles, y los doctores de Nápoles los aires de Milan. Yo me dejo llevar por donde les da la gana, hago lo que quieren, y así se va acabando tranquilamente mi vida.

—¡Vaya una idea! ¿Así se muere á vuestra edad?

—Alguna vez, murmuró Alfiere con aire pensativo y bajando la cabeza.

—¡Bah! ya sé lo que teneis, esclamó el jóven; apuesto cualquier cosa á que pensais en las predicciones de vuestra vieja hechicera.

—¿Acaso voy desacertado? No tenia más que doce años cuando esa mujer me anunció todo lo que me ha sucedido despues. Me advirtió que dejaria el Piamonte, que seria poeta y que mi nombre seria celebrado.

—Y que moririais á los treinta y cinco años. ¿Quién no conoce esa historia? Vos habeis hecho sobre esta prediccion un soneto que toda la Italia sabe de memoria. Pero ¡qué diablo! vos teneis demasiado talento para ser supersticioso.

El conde suspiró sin responder, y hubo un momento de silencio.

—¿Quereis saber lo que os mata? añadió Celini; pues no es otra cosa que el aislamiento en que vivís. La verdad sea dicha, vos no estais enfermo.

—Los médicos así me lo han asegurado, respondió el conde sonriendo, y yo, mientras tanto, siento que me voy muriendo.

—¿Por qué no os distraeis? Cuando dejásteis á Milan hablábais de viajar: yo os creia en España.

—En ella estuve.

—Vos debiais visitar tambien la Francia.

—Tambien estuve en ella.

—La Alemania.....

—De ella vengo.

Celini le miró asombrado.

—Pero, ¿vos venís de todas partes? esclamó. No se puede negar que sois un viajero activo; visitais los paises al galope de vuestro caballo. Mas así, no habreis visto nada.

—Perdonad: he visto montañas, caminos, ciudades, y en medio de todo esto, muchos hombres que se agitaban para no hacer nada.

—¿Y qué habeis encontrado de notable?

—Tres instituciones muy bellas; las baquetas en Alemania, la policía en Francia, y la inquisicion en España.

—Vos sereis siempre el mismo, dijo Celini riéndose; misántropo y republicano: un verdadero descendiente de Bruto hecho vasallo del Papa.

Despues, tomando un tono mas sério, añadió:

—¿Sabeis, Alfiere, que no mereceis los favores de que la suerte os ha colmado? Todos nuestros teatros se estremecen con vuestros triunfos; la Italia entera tiene los ojos fijos en vos; sois noble, rico, jóven todavía, y parece que estais descontento de la vida. ¿Qué podeis desear para ser feliz?

—¿Quién sabe? alguna cosa que tal vez posea el último de los que me miran en medio de la multitud; una dicha oscura, una casita oculta entre los árboles y una mujer amada, digna de mi cariño.

—Y todo esto, ¿quién os impide tenerlo?

Alfiere levantó ligeramente los hombros suspirando.

—Olvidais que la casualidad ha hecho de mí un *hombre célebre*, dijo; y un *hombre célebre* es un animal raro que todos quieren ver. Busco la sombra, pero es vano; es preciso que viva perpétuamente en pleno dia y en representacion. Todo el mundo se cree que tiene el derecho de mirar hasta el fondo de mi existencia: mis libros son una especie de pregoneros que van delante de mí, gritando mi nombre. Desde que aparecí en el mundo literario, ¡adios libertad! todos se ponen de puntillas para verme por encima de la espalda de sus vecinos. En mi presencia, las mujeres se callan por temor ó se manifiestan por vanidad. Vos lo sabeis, Celini: retirado en el fondo de las montañas largo tiempo, estranjero en el mundo, me ha agoviado siempre una tristeza embarazosa. Todas esas miradas que me arrojan, me hacen sufrir, y no pudiendo distingir la simpatía verdadera de la curiosidad, me he separado de todos y guardo silencio. Se me cree altivo, cuando no soy más que desgraciado. ¡Ah! pobre y oscurecido podria creer en el interés que se me manifiesta, en tanto que ahora dudo siempre de la sinceridad de un afecto, y no sé jamás si es á mí ó á mi posicion á quien se ama.

—Comprendo; sois desgraciado como un rey.

—Vos creis que me chanceo, pero es la verdad. Cuando llegué aquí, esperaba escapar á esa inquisicion que me enoja; durante algunos dias he podido vivir como todo el mundo, haciendo una vida libre y sencilla; ¡cuán feliz he sido! pero la llegada de un hombre que me habia apercibido no sé dónde, lo ha destruido todo.

—Ved, pues, la injusticia de la suerte, dijo Celini; á vos la celebridad os incomoda, y yo, que tengo ganas de conseguirla, estoy sumido en la oscuridad.

—Esa es falta vuestra: vos no haceis nada formal.

—¡Por Dios, esto sí que es bueno! ¿Olvidais que estoy á las órdenes de un empresario que me obliga á hacer tres actos de *esprit* todos los meses? Vos no sabeis lo que son los teatros, querido: son especies de tormentos donde se saca el génio de quicio.

—Con el riesgo de gastarse pronto...

—Eso es precisamente lo que me ha sucedido: yo he vivido largo tiempo con una docena de ideas... Vos sabeis que una idea puede presentarse de mil maneras: se pone el principio al fin, el medio al principio, y el público llama á esto fecundidad. He trabajado así por espacio de tres años; pero al fin se ha apercibido que le daba gato por liebre, y me ha silbado.

—¿Y qué es lo que habeis hecho?

—A fé mia, cuando he visto que era preciso encontrar algo nuevo, me he decidido á viajar para regenerar mis inspiraciones y buscar tipos: bien que en este momento no soy yo, sino el teatro de Milan, el que está enfermo y va á tomar las aguas.

—¿Y creeis que ese medio os dará resultados?

—Estoy seguro. Hay mucha gente en Albano; entre ella forzosamente he de encontrar tipos originales, he de oir anécdotas y he de descubrir intrigas; aquí se deben hacer cincuenta comedias por dia y otros tantos dramas; será cosa del diablo sino adivino alguno; por ahora, sin embargo, voy á adoptar el papel de espía.

—¿No habeis encontrado nada todavía?

—No habiendo llegado hasta anteayer, vos os reireis si os digo que estoy ya en via de una intriga.

Alfieri hizo un gesto de incredulidad.

—Escuchad, dijo Celini bajando la voz. Ayer muy tarde, no pudiendo dormir por efecto de la agitacion del viaje, bajé al jardin: vos conoceis el pequeño pabellon que se halla al estremo.

—Sí.

—Pues bien; acababa de llegar allí é iba á pasar al otro, cuando ví de repente cerrarse bruscamente una puerta y una ventana; me detengo, y me encuentro cara á cara con un desconocido.

—¿Qué decís?

—Al verme, se quedó cortado, hizo un movimiento como para hablarme, pues parecia que estaba contrariado, volvió la espalda y desapareció.

—¿Y visteis sus facciones?

—Como os veo á vos; hacia la luna un resplandor admirable.

—Entonces, ¿podreis reconocerle?

—Ya le he reconocido.

—¿Cómo?

—Esta mañana le he encontrado entre la gente que ha venido á bañarse.

—¿Sabeis su nombre?

—Se llama Marliano.

El conde se levantó vivamente.

—¿Estais seguro que salió del pabellon? esclamó.

—No puedo afirmarlo; pero así me pareció.

—¿Es en el que está al estremo del jardin, cerca de los álamos, donde le habeis encontrado?

—Debajo de la ventana de la marquesa d'Alcanzo.

Alfieri se puso pálido: sus labios se agitaron convulsivamente, pero ocultó su emocion, y se contuvo.

—Ya veis que no he perdido el tiempo, continuó Celini, que entregado su pensamiento á lo que referia, no habia notado la turbacion del conde. Estoy en via de un *imbroglio* amoroso, que puede darme escelentes escenas. Yo me habia ya fijado en ese Marliano por su fealdad; parece el mal ladron, y habia creido en un principio, viéndole seguir por todas partes á la marquesa, que parece no puede sufrirle, que era su marido, pero me he engañado: este es un secreto que es preciso que vos me ayudeis á esclarecer.

Habia uno, en efecto; pero no era desde ese dia desde cuando el conde buscaba la esplicacion. Celini estaba lejos de sospechar todo el interés que este mis-

terio tenia para él, y en qué angustias acababa de sumirle su relato.

II.

La marquesa d'Alcanzo habia llegado á Albano sola y enferma, hacia cerca de tres meses.

Alfieri habia entonces afectado huir de ella, y no habia descuidado ninguna ocasion de manifestarle el interés que tenia en alejarse de su lado; pero la jóven viuda creyó que trataba de destruir prevenciones, de las cuales ignoraba los motivos. La frialdad del conde hizo lugar insensiblemente á una cortesía amistosa y despues á una intimidad cada dia mas familiar. Era la primera vez que Alfieri encontraba las gracias de la mujer ennoblecidas por una inteligencia, de la cual ella no hacia gala. Con este motivo se establecieron entre los dos relaciones de afecto. El sintió muy pronto que ella entraba en su vida y que tomaba la parte mas preciosa.

El conde iba á hablarla, sin duda, cuando llegó Marliano.

Al verle Blanca pareció turbarse, y lo recibió con un temor desusado: hubo entre ellos como un combate mudo, en el cual la jóven viuda salió vencida.

Alfiere se apercibió desde luego que ella le huia. Se hubiese dicho que Marliano ejercia una superioridad celosa sobre ella, á la cual esta se sometia á pesar suyo. ¿Cuáles eran los derechos de este hombre?

Alfieri lo ignoraba. Si era el amante de la marquesa, ¿por qué parecia ella temerle? Si le era estraño, ¿qor qué al parecer le obedecia? El conde habia en vano intentado dirigirle algunas preguntas, pero la italiana habia rehusado darle ninguna esplicacion. Hacia cerca de quince dias que Marliano habia llegado, y nada se habia descubierto sobre su verdadera posicion cerca de Blanca. La relacion de Celini á primera vista parecia levantar dudas en desdoro de la jóven viuda; el conde no las habia dado crédito ni por un instante. Su corazon rechazaba toda suposicion injuriosa, y preferia no comprender antes que sospechar.

Entre tanto, una inquietud angustiosa le oprimia; creer en la pureza del objeto amado, no basta; es preciso que no sea discutida por el espíritu. Despues de esto, ¿quién era Marliano? ¿Se le debia temer ó esperar? Un primer exámen no descubria en él mas que uno de esos ociosos vulgares que gastan y prodigan su vida en las frivolidades y desórdenes del mundo; pero mirado con mas atencion, no se tardaba en descubrir, bajo esa cubierta aparente, una tenacidad violenta: era una inteligencia pobre y mezquina, servida por una voluntad de hierro. Alfieri habia querido en vano sondear esta alma oscura, pero le habia detenido la cortesía glacial en que el genovés se habia encerrado. Por otra parte, la marquesa permitia raras veces estas entrevistas, y las que por casualidad tenian lugar, terminaban siempre al poco rato por su causa.

Las cosas en este estado, bajando un dia al jardin el conde más pronto que de costumbre, encontró á la jóven viuda sentada debajo de una enredadera de jazmines.

Era la primera vez desde la llegada de Marliano que la encontraba sola y resolvió aprovecharse de la ocasion.

Al verle Blanca se puso encarnada, y Alfieri se escusó de haber turbado su soledad. La conversacion fué al principio lánguida, mas despues de algunos giros embarazosos, el conde se detuvo bruscamente, y tomando la mano de la marquesa.

—¿Qué teneis contra mí; le preguntó de repente, ¿y por qué huís de mi presencia?

La marquesa se estremeció.

—¿Yo huir de vos? ¿y qué es lo que os lo hace sospechar?

—¿Creeis que soy ciego, señora? En quince dias hé aquí la primera vez que puedo veros y hablaros.

La marquesa, desconcertada por un instante, se repuso, y preguntó sonriendo:

—¿Estais bien seguro de que la falta es mia? Yo creo que no se encuentran más que aquellos á quienes no se busca.

—¡Ah! señora; ¿vos dudais de mi interés hácia vos?

—¿Por qué no? Yo sé que mi llegada á Albano os contrarió al pronto; despues se estableció cierta intimidad entre nosotros, y ahora observo que habeis vuelto á vuestras prevenciones.

El conde se turbó y quiso disculparse.

(Se continuará.)

LA CORRECCION MATERNAL.

La leche preparada para el almuerzo, y que estaba calentándose en el hornillo, ha rodado por el suelo, haciéndose pedazos la vasija que la contenia... y es ese revoltoso rapazuelo de tres años, que aparece en el grabado, el autor de un desastre que priva á la madre y á la abuela del cuotidiano desayuno. Para la imposicion del castigo le vemos preso entre las rodillas maternales; pero sus manos, unidas en ademan humilde, sus miradas suplicantes, han conmovido ya en el corazon de la abuela, que intercede por el gentil rapazuelo. Tampoco era necesario, porque la madre hace grandes esfuerzos por contener la risa; su mano, levantada para castigar, desciende dulcemente sin causar el menor daño, y todo terminará indudablemente con un beso. Tal es el asunto de un bonito cuadro D'Aubry, pintor del último siglo, y cuya reproduccion damos hoy en la primera página.

LOS PRIMEROS FUEGOS.

«¡Josefina, yo me abraso de amor por ti!» dice el lacayo de una gran casa, arrojándose á los piés de la cocinera, que por otra parte es una arrogante moza. Pero Josefina, ocupada en servir el asado que están sus señores esperando en la mesa, lo que menos se ocupa es de prestar atencion á lo que la dice el enamorado mancebo, ni menos hace caso del *primer fuego* que ella ha inspirado en aquel corazon virgen.

El señor reposa tranquilo, muellemente recostado en su enorme otomana, envuelto en su bata y con los piés apoyados sobre los morrillos de la chimenea. Su esposa, recostada en el divan, parece tambien ceder á la soñolencia; el gato participa del buen humor de sus señores, y todos tres se recrean con la vista del fuego, porque aquel dia, primero que en el presente invierno se enciende la chimenea, nieva que es un placer, y un vientecillo norte azota los cristales que es una maravilla.

Observad un poco más abajo y vereis un escritor y un pintor dedicados á su trabajo con el entusiasmo del que empieza su carrera literaria ó artística. Son los *primeros fuegos* que pueden conducir á la gloria, pero que generalmente envuelven más tarde un desengaño.

Hacer sus pruebas en un duelo, es lo que se llama tambien *primeros fuegos*, en el que por primera vez se bate á pistola; así como con el nombre *primer fuego* se significa tambien la primera vez que en accion de guerra dispara su fusil el quinto ó el recluta. Por eso del que aun no ha llegado á este caso se suele decir que *no está fogueado*.

Tal es el asunto de la alegoría que hoy ofrecemos en la página 229 de nuestro Semanario.

LOS GITANOS.

Los gitanos son una raza nómada, de una fisonomía especial, de costumbres esencialmente propias, sin país ni patria conocida y que se dedican generalmente á una industria bastante problemática.

Su orígen nacional es bastante difícil de demostrar, y tanto es así, que aparte de la homogeneidad de sus caracteres, de sus hábitos y costumbres y del tipo que los distingue de las demás razas, se diferencian mucho unos de otros, segun la localidad en que nacen y viven. Los *gitanos* de Castilla y Andalucía no se parecen en nada á los de Cataluña, como no se parecen tampoco los de Aragon á los de Valencia y reino de Murcia.

En lo que no discrepan nada es en su carácter esencialmente viajador, en la clase de comercio ó de industria á que se dedican, en su aficion instintiva á lo ajeno contra la voluntad de su dueño; en su natural instinto para la farsa, la palabrería y el engaño; por esta razon el gitano á elegido el oficio de tratante y chalan de caballerias como el más á propósito para desplegar sus instintos y facultades naturales. Merced á esto, se hallan en todas las localidades en donde su estancia es permitida, muchos de ellos ricos. Nadie como ellos, ninguno con mayor habilidad para disfrazar su mercancía, limar los dientes al caballo, la mula ó el borrico que tratan de vender; para escamotear y ocultar provisionalmente sus defectos, y es seguro que sacarán por una caballeria cualquiera el triple del precio que á ellos les costó, dado caso que les hayan costado algo, pues no tiene nada de estraño, y sucede muchas veces, que la gente del campo, por donde han pasado los gitanos, echen de menos al dia siguiente algunas caballerías que les han sido robadas. No hay mercado que no visiten, ni feria que no esploten, y como en España abundan en los diferentes pueblos de nuestras provincias de Castilla, Estremadura y Andalucía, en todas ellas dejan recuerdos imperecederos, que si no son del todo gratos en lo general por las circunstancias que los han precedido, no dejan de tener chiste.

En Madrid, aunque en pequeña escala, hay de estos mercados los jueves de todas las semanas, y en ellos lucen sus habilidades los que se dedican á esta clase de productiva industria. Terminadas las horas de compra y venta, los gitanos que no viven dentro de Madrid, aquellos cuyo domicilio se halla establecido en las afueras, ó en alguno de los pueblos de los alrededores, emprenden el camino por la puerta de Toledo ó la de Segovia, y en compañía de sus mujeres é hijos se alejan apresuradamente antes de que puedan alcanzarles las reclamaciones de algun comprador estafado.

Tal es el asunto del grabado que damos hoy en la página 232 de nuestro periódico. Es una familia de gitanos que regresa á sus hogares, despues de haber ejercitado sus habilidades en el mercado.

Solucion del geroglifico del número anterior.

Afirma Ciceron que la economía es la mayor de las rentas.

RECTIFICACION.

En nuestro número anterior, página 218, columna 3.ª, línea 30, donde dice 250 gramos, léase 950.

CORRESPONDENCIA DE «EL PERIÓDICO ILUSTRADO.»

D. F. M. C., de Ádjaneta.—Recibidos sus sellos por las tres suscriciones hasta fin de febrero.

D. E. G., de Córdoba.—A su tiempo recibimos sus 28 rs. en sellos.

D. S. de E., de Milagro.—Recibidos los 16 rs.

D. M. M. y L., de Pancorbo.—Renovada su suscricion hasta 1.º de marzo.

D. J. B. y de P., de Guadalajara.—Queda Vd. suscrito por el segundo semestre desde 1.º de setiembre.

D. B. E., de Santiago.—Recibido el saldo de agosto y conformes.

D. Y. G., de Pamplona.—Recibidos sus sellos.

D. P. C., de Calatayud.—Abonada su suscricion hasta 1.º de julio de 1866.

D. M. A., de Batea.—Recibidos los 14 rs., pero segun los anteriores avisos, no podemos servir su reclamacion sin el importe.

D. M. L., de Zaragoza.—No hemos recibido su poesía; puede remitir copia.

D. J. M. M. y M., de Cieza.—Recibidos sus sellos y conformes con su carta, queda Vd. abonado hasta 1.º de setiembre del 66.

D. S. C., de Cazme.—Abonado por el segundo semestre.

D. J. J. H., de Barcelona.—Recibidos sus sellos.

D. M. T. y P., de Berja.—Recibidos sus sellos y servida su reclamacion. Está ya enmendada la direccion.

D. M. M. y F., de Caurcito.—Renovada su suscricion.

D. T. de A., de Bilbao.—Recibidos sus sellos.

Señora viuda de H., de Zaragoza.—Satisfecha la suscricion del señor C. de T.

D. H. Fouct, de Santander.—No se moleste Vd. en hacernos observaciones: bástannos los elogios con que nos favorecen nuestros numerosos suscritores por los muchos esfuerzos que hacemos, y despreciamos los *traits d'esprit* en que Vd. se entretiene.

Señora viuda de D., de Bilbao.—Recibida su libranza y sellos.

D. J. S., de Vivero.—Renovada su suscricion.

D. A. S., de Bilbao.—A su tiempo recibimos ya sus sellos.

D. A. B., de Motril.—Puede Vd. remitir en libranzas y sellos el importe de las trece suscriciones—renovaciones.

D. I. R., de Barcena.—Renovada su suscricion.

D. J. W., de Riradeo.—En vista del entorpecimiento de su pedido y conformes con su carta, queda abonado hasta fin de junio del 66.

D. G. D., de Cuenca.—Queda hecho el traslado: esperamos mandará pronto los 14 rs., los números sueltos se piden con sellos á razon de cinco cuartos uno.

AVISO.

Habiendo concluido el primer semestre de nuestra publicacion, y siendo tan numerosos los pedidos, nos hemos visto obligados á aumentar la tirada para poder servir á nuestros favorecedores.

A fin de año se regalará una bonita cubierta para encuadernar el tomo.

NOTA. Estando concluyéndose las colecciones del primer abono, ó sea hasta el núm. 26, recordamos á los señores que quieran adquirirla no demoren los pedidos librando 12 rs. en sellos ó en letras del giro mútuo. Concluidas las cortas existencias que nos quedan, no podremos servir ninguna.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



TIPOS ESPAÑOLES.—LOS GITANOS

El Periódico ilustrado.



Número 30.
DEL 28 DE SETIEMBRE AL 5 DE OCTUBRE DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »—	Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »—	Seis meses 50 »	

J. L'HERNAULT

NUEVO PALACIO DEL TRIBUNAL DE COMERCIO DE PARIS.

ADVERTENCIA MUY IMPORTANTE.

Ha llegado á nuestras manos un número del periódico titulado *El Teatro Nacional*, el que unido á su título lleva tambien el del *Periódico ilustrado*.

Como esto podria dar lugar á falsas interpretaciones, debemos manifestar que nada, absolutamente nada tienen de comun las empresas ni la redaccion y administracion de ambos periódicos, y seguros estamos que así lo hará constar el mismo *Teatro Nacional*.

Esta aclaracion la hacemos, no porque tengamos en poco á nuestro colega, sino porque no se crean amalgamados intereses administrativos y de redacciones de dos periódicos que hasta ahora han vivido independientes, y que continuarán del mismo modo.

REVISTA DE LA SEMANA.

Cuando esta revista llegue á vuestras manos, y no digo á vuestros ojos, porque pudiérais muy bien no fijaros en ella, en lo cual os alabaria el gusto, ya el teatro del Príncipe habrá abierto sus retocadas puertas, y dado al público el espectáculo más grato que pudiera darle; una comedia de las mejores de nuestro teatro antiguo, hecha por nuestros mejores artistas, antiguos tambien. Y aquí salta á la vista una verdad que casi parece un contrasentido: entregado á nuestros actores nuevos, el teatro español agoniza; entregado á los viejos, se rejuvenece. ¿Será quizá que el tiempo es más indulgente con aquellos que le honran que con aquellos que le malgastan?

Cuestion es esta demasiado trascendental para tratada á la ligera; dejamos á cada uno que la resuelva como guste, y ofrecemos ocuparnos con detencion de *El Alcalde de Zalamea*, que tal ha sido la produccion con que se ha inaugurado el antiguo corral de la Pacheca.

Otra muy notable tambien, la que con el título de *El desden con el desden* escribió el insigne Moreto, prepara, segun dicen, el Circo para dar comienzo á sus trabajos, que no los pasará pequeños, si á la reconocida actividad del empresario no agrega un buen arsenal de obras nuevas y un buen cuarto de hora para elegirlas con acierto.

A compás de estos preparativos, las bóvedas del teatro Real se conmueven con los compases de *La Africana*, cuyos ensayos siguen con grande actividad, hasta el punto de asegurarse entre bastidores que la ópera podrá estar corriente para el 10 de octubre. Mucho me alegraria, sobre todo para que acaben de una vez las murmuraciones, y sepamos á qué atenernos; si el empresario es un héroe que merece bien de la patria, ó si no es más que un vulgar imitador de Mr. Bagier, lo cual es ser bien poco. Lo único de que por mi parte puedo responder, y eso porque los he oido, es que los coros son inmejorables, sobre todo el de hombres; y que la orquesta, sobre ser escogida, es tan numerosa, que aun despues de haberse suprimido la saliente del proscenio, será preciso quitar algunas butacas para que pueda maniobrar con algun desahogo.

Respecto á la cuestion de abonos, derecho á las localidades, devolucion del dinero adelantado para cuarenta funciones y otras zarandajas, habria para llenar un volúmen si fuéramos á narrar cuanto ha ocurrido, mucho de lo cual es tan cómico, que no estrañaremos verlo el mejor dia puesto en escena para ejemplo de lo que puede la vanidad humana, y ese afan de hacerse superior á los demás, de que parece poseida la mayor parte de la especie. Lo cierto es que la empresa ha armado gran polvareda con sus medidas, y que por más que resuelva favorablemente la cuestion de arte, siempre habrá entre ella y cierta fraccion del público una cuestion de maravedises que no dejará de darle que hacer.

Despues de las zarzuelas con que Jovellanos inauguró hace algunos dias su temporada, nos ha presentado otra del Sr. Moreno Gil, música de Balart, que ha obtenido un mediano éxito, y que se titula *Un Consejo de guerra*. El Sr. Moreno Gil ha pretendido seguir en su obra las huellas de Olona, logrando solo hacer un mosáico de chistes y situaciones que acaso hubieran producido mucho efecto, á ser menos conocidos y más interesante el asunto en que están colocados. La música participa del carácter del libro, por más que está en general bien escrita, sobre todo la parte cómica, pues la dramática la encontramos algo amanerada y vulgar.

Un drama nuevo nos ha ofrecido tambien la compañía italiana que dirige la celebrada artista señorita Civili; drama lleno de magníficos detalles y de escenas conmovedoras, que hacen honor al talento de Giacometti, el inspirado autor de *Giuditta*. La señora Civili lo interpreta á la perfeccion, y lo mismo algunos de sus compañeros, pero confesamos nuestra flaqueza; la vida real presentada por el prisma de lo horrible, tiene para nosotros pocos atractivos, y al ver á la heroina del drama pobre y moribunda, arrastrándose á los pies del que fué su esposo en demanda de un perdon que éste le niega, nos encontramos indecisos entre aplaudir al literato ó renegar del hombre. La verdad, por sublime que sea, cede ante la poesia del sentimiento. Sabemos que la señora Civili tiene en estudio algunas obras de mérito, y esperamos aplaudirla muy á menudo, pues para atraernos al teatro de Variedades, cuenta nuestra amiga con dos imanes á cual más poderosos; talento y hermosura.

No á los lectores de Madrid, que han tenido ocasion de verlo, sino á los de provincias, participamos que las ferias se han aguado, y que el temporal lleva visos de durar muchos dias. El martes sobre todo llovia que era una bendicion de Dios. Un amigo nuestro, sorprendido por la lluvia, se refugió en un almacen de maderas á cuyo dueño debe una crecida cantidad.

—¡Caballero! esclamó este al verle entrar; ¿tiene Vd. todavía valor para presentarse en mi casa?

—Si por cierto, y creo que he llegado en buena ocasion.

—¿Por qué?

—Porque segun todos los síntomas nos amenaza un nuevo diluvio, y habiendo aquí con qué construir el arca, veré como se salvan los animales.

La leccion de mi amigo no pudo ser más elocuente; pero de fijo aumentará en un diez por ciento el interés de su deuda.

Gracias á que para él todas las deudas son *consolidadas*; es decir, que no se destruyen por nada ni por nadie.

M. DEL PALACIO.

LAS FERIAS DE MADRID.

La feria, segun costumbre de los años anteriores, se ha posesionado del paseo de Atocha, y con su desaliñado atavío atrae á la gente, ya á la que arrastra coche, como la que anda á pié.

La feria, que en otras poblaciones se viste de gala, en la capital de la monarquía se viste de harapos.

¿Qué novedades presenta la feria de Madrid?

¿Qué necesidades llena?

Novedad no vemos ninguna: acaso no hace otra cosa que cumplir con la costumbre, esa reina de la necesidad.

Las ferias de Madrid no son deseadas, porque en Madrid la feria es continua, como es continuo el carnaval.

No goza, por lo tanto, de ese carácter alegre, bullanguero, estrepitoso, que tienen las ferias de provincia.

En estas todo son alardes de lujo, de despilfarro.

Son los dias en que se sacan á relucir los adornos y trajes que han permanecido por todo un año guardados en el arca, esos trajes pintorescos y tradicionales, que tanto sirven para la fiesta religiosa como para el baile del país.

Los dias de feria se gastan en bullir de un lado para otro, en disfrutar de todas las diversiones, de todos los espectáculos, que no se ven sino de una á otra feria.

Todo lo que se vende en aquellas tiendas improvisadas es nuevo, flamante, y todo lo que se compra tiene un destino económico, como tambien de llenar un capricho, que se renueva á cada momento, mientras duran las ferias.

Es la época en que los trabajadores huelgan, siendo la feria para estos un punto de descanso, y el de partida para otras faenas agrícolas con que ganan su pan, pan regado con sus sudores, y que el trabajo sazona.

Las ferias de Madrid no tienen este carácter, no pueden tenerlo.

Las ferias, en las poblaciones de corto vecindario, vienen á ocupar un vacío, á satisfacer necesidades.... tienen razon de ser.

En Madrid que hay de todo lo apetecible, que se encuentra tanto lo necesario como lo supérfluo, y esto en cualquiera dia del año, las ferias no son más que una costumbre, como hemos dicho.

Nos encontramos en el paseo de Atocha.

A un lado y á otro se han levantado barracones, y no del mejor gusto, y en los que se vende, desde el juguete que ha de entretener las horas de la infancia, hasta el jugoso melocoton y la encendida acerola, que la infancia, como la juventud y la ancianidad, saborean gustosas.

Ante nuestra vista aparecen diferentes cuadros, abigarrados muchos, sin faltar otros que escitan el interés.

Una porcion de libros viejos se hallan en revuelto monton sobre el suelo.

La sabiduría humana representada por unos cuantos volúmenes mal encuadernados, es pisoteada de la gente que rebusca en aquel monton un libro que le entretenga ó llene de curiosidad.

Esto es lo de ménos, pues que á cada instante, los mismos que se apellidan «sábios,» maltratan á la sabiduría, que se siente pisoteada por el orgullo de sus falsos hijos.

¡Pero, qué mezcla tan particular, y heterogénea no se vé allí!

Al lado de una *Guia de forasteros*, verdadero almacen de nombres, hallamos un tomo de *La ciudad de Dios*, semillero precioso de ideas; cabe los *Diálogos* de Luis Vives, llenos de sentencias de la más alta moralidad, una novela de *verde subido* de Paul de Kock; como junto á una coleccion de poetas latinos, vemos otra de insulsas poesías, en las que su autor se queja de la suerte, y llama á la luna para que sea testigo de sus infelices amores.

Allí vemos un libro con dedicatoria, abandonado por su dueño, al que arrebató la muerte, ó al que la miseria le hizo su víctima; como tambien el manuscrito de un drama, tal vez primer vagido de una imaginacion juvenil, y pedestal de la reputacion de un gran poèta.

Y en muchos volúmenes adivinamos toda una historia de reveses y desgracias.

¡Cuántos de aquellos libros no habrán sido vendidos uno á uno para mitigar el hambre de su sábio poseedor!

¡Cuántos otros, perteneciendo á una testamentaría, y cuyos herederos ansiosos de un puñado de oro, han sido vendidos en pública almoneda!

El cuadro que nos presenta un monton de libros viejos, tiene todo el interés del desencanto.

Pero otro cuadro nos llama á gritos.

Muebles usados, más que conservan parte de su grandeza primitiva, como los dorados de un sillon de gran respaldo y de pronunciados relieves, forrado de damasco de color indefinible, dorados que pertenecen al pasado siglo, y hechos con toda la paciencia de una edad que no poseia máquinas de vapor.

Vemos un espejo tocador, perteneciente sin duda al gabinete de una hermosa, que nos hace pensar en todas las coqueterías hechas delante de su terso cristal, coqueterías que pudieron dar origen á los celos de un marido, y celos que ocasionaran terrible desenlace en aquel matrimonio.

Y nuestra imaginacion vé una historia en cada mueble de los hacinados en aquellas barracas, en las cuales no es difícil ver, sobre una mesa de piés torneados y de tablero maqueado, con profusion de flores y frutas, un pequeño escaparate atestado de estraños objetos, dignos de aumentar la coleccion de un anticuario.

Allí encontramos la pulsera de anónimo pelo, y el marco de oro, guardador del retrato de una persona querida; retrato hecho pedazos en momentos de desden, y marco de oro vendido en horas de necesidad.

Los dijes de reloj y la peineta descomunal de nuestras abuelas, se ven confundidos con monedas de las pretéritas edades, suficientes para quitar el sueño á un aficionado á la numismática.

La curiosidad encuentra en estos objetos y algunos otros motivos para alimentarse.

Y cuenta que las ferias de Madrid han degenerado, han perdido mucho de su estraña fisonomía, de su carácter tradicional.

Hoy la feria no hace otra cosa que trasladar uno que otro tenducho del Rastro al paseo de Atocha.

Lo que hallamos de raro y estrambótico, lo podemos ver todos los dias en las aceras del Rastro.

Antes era otra cosa.

¡Aquello sí que escitaba verdadero interés, si que era grande, sí que se prestaba á una descripcion animada con los colores mas vivos!

Los despojos de cien generaciones afluian á las calles de Madrid, trayéndonos el recuerdo de costumbres pasadas y pasados hábitos.

Era de ver aquel *pandemonium*, aquel agrupamiento de muebles y trajes, de armas y bártulos de cocina; de obras del arte trabajadas con el cincel y de cuadros viejos, encerrados en molduras tan viejas como los cuadros.

Prendas de personajes que se odiaron á muerte, el capricho ó la casualidad las juntaba, como estaban juntas la espada toledana y el alfanje damasquino.

La antigüedad estaba representada como la Edad media y el Renacimiento.

El vaso etrusco y el bote de esencias de la dama romana estaban allí; la manopla del guerrero castellano y el alambique del alquimista no faltaban, y era de admirar una copa tallada, que traia a las mientes el buril de Benvenutto.

Pero la época en que la feria de Madrid presentaba al curioso tales preciosidades y rarezas, ha desaparecido.

Ahora es de *pura ilusion*.

Así y todo ejerce sobre los madrileños la influencia bastante para hacer que la visiten.

Los elegantes no se desdeñan de presentar su lujo ante los harapos de la feria, y á esta le damos la bien venida, porque es la que abre la estacion otoñal, la estacion de los frutos y de *la caida de la hoja*, que dá al hombre lecciones tan elocuentes.

F. DE P. SAN MARTIN.

EL HOMBRE CAIDO.

(Conclusion.)

Cierto dia un ministro al salir de su casa, dió un tropezon que le hizo ver las estrellas. Se irritó de tal manera que llegó á la secretaría bufando como un toro, y en toda aquella mañana no estuvo conforme con las opiniones de los demás. Juzgaba detestable y absurdo cuanto se le proponia. Llamó *majadero* á un jefe de negociado; á un director le dijo que estaba fresco sino dirigia mejor á su mujer que á sus dependientes; al subsecretario quiso romperle la cabeza con la campanilla, y por fin, á uno de sus compañeros de gabinete le dijo que estaba tocando el violon, y como este señor no era muy aficionado á la música, tomó por insulto lo que otro hubiera tomado por lisonja, y sin decir «agua va» incrustó cinco dedos en las robustas mejillas de su querido colega. Sobrevino un lance; ambos creyeron comprometida su honra, pero el elevado puesto que ocupaban no les permitia dar un escandaloso espectáculo á la nacion entera. Viéronse precisados á hacer dimision; el presidente del Consejo no encontraba entre los hombres de su partido otras dos que pudieran sustituirles; por aquellos dias las oposiciones recargaron sus fuerzas en las Córtes, y todo ello fué de manera que el ministerio vino abajo con horrible estrépito.

Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.

Como es natural, en los periódicos todos aparecieron despues concienzudos artículos, demostrando que lo erróneo de las doctrinas ó la corrupcion de los hombres que no tienen fé política, ó las bastardas intrigas de palacio habian sido causa de tan espantosa caida. Y sin embargo, la verdadera causa era un tropezon.—Considera cuán *leves* son los *graves* sucesos de la humanidad.—Y por otra parte, esos hombres que en tan miserable círculo se agitan; esos hombres que tan fácilmente caen envueltos en el manto de su grandeza, cuyos pliegues precipitan su caida; esos hombres que no hallan reparo en despedazarse muy cordialmente por un puñado de oro ó de cobre, sienten infinitas veces durante su vida un como rayo de luz que baña hasta los más escondidos rincones de su espíritu, el cual impulsado por un *quid divinum*, cuyo origen no logra siempre adivinar el alma, vuela hácia otros mundos maravillosos, y acaso se cree digno de ocupar el asiento de los ángeles. Del seno del catolicismo se levantan millares de hombres semejantes, y aun entre los que están lejos de la santidad se encuentran innumerables, que poseidos de esos mismos arrebatos sublimes, se desprenden valerosamente de estas ligaduras materiales que nos tienen pegados á la tierra.—El arte. ¿Qué otra cosa es el arte más que la tendencia del alma, á escalar el mundo de los espíritus, que es su verdadera patria, como tiende un cuerpo ligero arrojado al fondo de las aguas á subir hácia la superficie? Decidlo sino vosotros, esforzados campeones del arte, sombras gigantescas de Dante, Murillo, Miguel Angel, Mozart, decid cómo el alma humana sabe tambien elevarse cuando canta las grandezas de su Criador. Pero no es aquí donde más se palpan las contradicciones. La inseparable compañera del hombre nos ofrece cuadros más perfectos, donde se ven como á la luz de una antorcha mágica, la constante lucha de nuestras buenas y nuestras malas inclinaciones. La mujer. ¡Ah! cuánto podria decirse sobre este punto de la mujer. Ella es una pura contradiccion. Desde sus más tiernos años puede observarse lo vacío y contradictorio de sus instintos. La veis tomar entre sus dedos el rosario, doblar sus infantiles rodillas ante una imágen de la Vírgen, y murmurar entre sonrisas celestiales, y con un candor angelical, las oraciones que le ha enseñado su madre. Vedla en seguida delante de un espejo contemplándose con presuntuosa satisfacion, sin comprender lo vano de semejante curiosidad. Estrenar un traje es uno de sus más grandes goces. Llamarla fea es uno de sus más grandes tormentos. Distinguid con un mimo á cualquiera de sus amiguitas y vereis á nuestra pobre niña inclinar su cabeza bajo el peso terrible de la envidia.

La mujer se prostituye por un brillante.

La mujer muere por defender su honra.

No halla límites en el mal ni en el bien.

El paganismo hizo de las mujeres demonios; el cristianismo ha hecho de las mujeres ángeles.

Frente á una de aquellas espartanas madres sin corazon, que sacrificaban la vida de su hijo en aras de una gloria efímera y jactanciosa, se eleva hoy una madre cristiana sacrificándolo todo por el amor de su hijo.

La mujer. ¿Dónde habrá un Colon que descubra el mundo desconocido de sus misterios?

Ama y aborrece con una vehemencia que asusta.

Es tierna y delicada como el genio de la brisa; ardiente y devastadora como el huracan.

Nadie sabe cuál es más elevado; si el número de sus virtudes ó el de sus caprichos.

Si la vanidad la arrastra al crímen, la abnegacion la conduce al heroismo.

Es reina en los salones y ángel en los hospitales.

Ella que se horroriza de ver morir á un pájaro, se lanza al medio de los combates; cura á los heridos y consuela á los moribundos.

Piadosa por instinto, es esclava de la moda por instinto tambien.

Ama á un hombre descuidado en el vestir; pero ella se dice siempre: ¿con qué sombrero le gustaré más?

Es horrible y asquerosa en su desenfreno; sublime y apasionada en su virtud.

Santa Mónica pidiendo á Dios por su hijo Agustin, y Santa Teresa extasiada en sus contemplaciones místicas, son dos ejemplos de esperanza y de amor que acaso no tengan igual en el mundo.

Cleopatra y Lucrecia Borgia son dos magníficos modelos de lascivia y de crueldad.

¿Pero á dónde iria á parar en mis consideraciones? Se ha escrito tanto de la mujer, que decir algo nuevo acerca de ella, es casi tan difícil como entender los enigmas de su corazon.

Sin embargo, querido mio, he trazado estas ligeras notas para manifestar lo contradictorio de la naturaleza humana, y como mantiene una lucha constante, sin tregua, el infinito número de nuestras miserias y ese *algo* sublime y grandioso que existe hasta en el hombre más depravado y le empuja eternamente hácia arriba.

¿Cómo se esplica esto? La dualidad de nuestro sér ¿se funda en un recuerdo ó en una esperanza? Es decir, ¿el hombre fué bueno en un principio y dejó de serlo despues, ó fué creado perverso y camina hácia la perfeccion de su naturaleza?

Yo entiendo que el hombre no puede ser una esperanza, y que el progreso moral es un sueño en cuanto no somos capaces de añadir una ley más á las que Dios nos ha comunicado por medio de su Hijo.

Si camináramos hácia el perfeccionamiento de nuestra naturaleza, los vicios debian ir desapareciendo á medida que las virtudes fueran multiplicándose; y yo veo que en todas las épocas del mundo han existido los mismos vicios y las mismas virtudes en mayor ó menor escala.

El hombre sujeto á las prescripciones de la moral evangélica, puede conseguir la eterna felicidad: hé aquí su perfeccion; hé aquí su única esperanza.

¿Pero esta logra alterar en la tierra su manera de ser? ¿Estingue por completo la *escoria* de la naturaleza humana? No; solo un ser en el mundo ha gozado de este privilegio. MARIA. Ella fué, no la esperanza, sino la realidad de la perfeccion en la tierra.

Ahora bien, amigo mio; deduzco de mis observaciones que el hombre es un recuerdo perenne de una grandeza perdida. Cayó por su culpa del pedestal en que Dios le habia colocado; fué su destino vagar por el desierto del mundo, azotado por las tempestades, acometido de las fieras y combatiendo siempre á los enemigos que dentro y fuera de sí luchan por arrancarle ese resto divino de su pasada hermosura.

Por eso una melancolía profunda consume el corazon humano; los recuerdos son siempre tristes; lo mismo al suspirar un bien perdido que al remover una herida cicatrizada.

«En todo país es triste el canto del hombre, aun cuando expresa la felicidad»; dice Chateaubriand, y esto nos demuestra que vivimos recordando que las delicias del Paraiso dejaron en nuestra alma una huella inestinguible, y que solo la luz del amor infinito que á través de los cielos se descubre, puede fortificarnos en las tribulaciones, consolarnos en nuestros pesares, y hacernos entrever una eternidad gloriosa, donde el espíritu, libre de las prisiones groseras en que se ve encerrado por su culpa, satisfaga ese incesante afan por la perfeccion.»

IV.

Cuando concluí de leer la carta de Eusebio, convencime de que yo habia dado con el remedio que su enfermedad reclamaba.

En efecto, no tardé mucho en volver á Madrid, y lo primero que hice fué ir á visitar á mi buen amigo.

—Ya no me fastidio, me dijo abrazándome. Trabajo mucho y procuro hacer todo el bien que puedo.

La oracion me fortifica. De la caida del hombre nace la necesidad de su regeneracion. Todo mi anhelo, pues, consiste en regenerarme. ¿Cómo quieres que se hastíe el hombre que se ocupa sin descanso en la consecucion del más alto de sus fines?

VALENTINO.

Setiembre de 1865.

LOS DESEOS.

CUENTO.

Dijo un dia Juanon á su amo, despues de haberle servido durante siete años: Señor, se ha cumplido el tiempo de mi contrata, y ahora quisiera volver á casa de mi madre. Págueme Vd. mis salarios.—El amo le respondió: tú me has servido con fidelidad; á tal servicio tal recompensa; y le dió una barra de oro tan grande como la cabeza de Juanon.—Este sacó un pañuelo del bolsillo, envolvió su barra de oro, la colocó á la espalda, y tomó el camino de casa de su madre. Marchando un pié tras de otro, encontró á un caballero que descansado y ágil venia en un fogoso caballo.

—¡Ay de mí! dijo Juanon en alta voz; ¡cuán feliz es el que va á caballo! colocado en él como en un sillon no se lastima los piés contra las piedras; se ahorran los zapatos, y se camina sin sentirlo.

El caballero que habia oido todo esto, le dijo:

—¡Hola! ¿pues á dónde vas así, á pié?

—¡Ay de mí! me precisa llevar esta carga; ella en verdad es de oro, pero me impide levantar la cabeza y me pesa mucho en la espalda.

—Pues bien, repuso el caballero parándose; si quieres vamos á hacer un cambio; te daré mi caballo, y tú me darás tu equipaje.

—Con mucho gusto, respondió Juanon; mas le prevengo á Vd. que le será muy molesto llevarlo.

El caballero se apeó, recibió el oro, ayudó á Juanon á montar á caballo, le puso las bridas en la mano, y murmuró:

—Cuando quieras que el caballo corra, palmotea y vocéale: ¡arre! ¡arre!

Juanon, viéndose á caballo, reventaba de alegría, y marchaba como un gran señor. Pronto le dió gana de andar más de prisa, y empezó á palmotear y á decir: ¡arre! ¡arre!

El caballo tomó el trote, y dió en tierra con Juanon, que cayó en un foso á lo largo del camino, sin haber podido precaver este mal paso. El caballo se habria escapado en seguida, si no lo hubiese detenido un pai-



El mariscal Vaillant. S. E. Mr. Rouher. S. E. Mr. Béhic. S. E. Mr. Baroche. S. E. Mr. Chaseloup-Laubat. S. E. Mr. Troplong. S. M. LA EMPERATRIZ. S.

S. M. LA EMPERATRIZ REGENTE EN MEDIO DEL CONSEJO D



E. Mr. Duruy. S. E. Mr. Walewski. S. E. Mr. Fould. S. E. Mr. Drouyn de Lhuys. El Duque de Persigny. El marques de Lavalette. El mariscal Randon.

PRIVADO Y DEL CONSEJO DE MINISTROS, EN FRANCIA.

sano que seguia el mismo camino, llevando por delante de sí una vaca.

Juanon se esforzó en reanimar su espíritu y ponerse de pié, pero estaba muy triste y dijo al paisano:

—A la verdad que es una tonteria el montar á caballo, sobre todo cuando se lleva entre las piernas semejante matalon, que cae y tira á uno, á riesgo de desnucarle; no volveré á montar en mi vida. Vuestra vaca es diferente, yo prefiero una vaca buena que ande despacio, que se la pueda seguir sin cansarse, y que dé todos los dias leche, manteca y queso. ¿Qué no daria yo por una vaca como la vuestra?

—Pues bien, replicó el paisano; si os conviene, yo os trocaré mi vaca por vuestro caballo.

Juanon consintió, haciendo demostraciones de alegria.

El paisano montó en seguida á caballo, y marchó al galope.

Juanon llevaba delante su vaca tranquilamente y reflexionaba en el gran negocio que habia hecho.

—Una vez que tenga un pedazo de pan (que creo que no me faltará nunca), podré tambien tan á menudo como quiera comer manteca y queso; y si tengo sed, ordeño mi vaca y bebo leche; corazon mio, ¿qué más quieres?

Llegando á una posada hizo alto con alegria, comió todo el pan que llevaba, y con los cuartos últimos que le quedaban, se bebió medio vaso de vino; partió en seguida con su vaca, dirigiéndose á casa de su madre; cuanto más avanzaba el dia, mayor era el calor, y Juanon entraba en un matorral que tenia una legua de largo; la sed le pegaba la lengua al paladar: contra esto hay un remedio, dijo Juanon; voy á ordeñar mi vaca, á refocilarme con su leche. La ató á un árbol, puso su gorra de cuero debajo, y por más esfuerzos que hizo, no pudo sacarla una gota de leche; y como no sabia ordeñar, el animal molestado le dió una coz en la cabeza que le dejó sin sentido. No volvió en sí en largo tiempo; felizmente para él pasó pronto un carnicero, que acarreaba un marrano en un carreton.

—¿Qué es esto? dijo el carnicero, y ayudó al mismo tiempo á levantar á Juanon. Este le contó lo que habia pasado. El carnicero le ofreció la bota diciéndole: Tomad, bebed un trago para refrescaros; vuestra vaca no os dará leche, porque es vieja; no sirve más que para tirar de una carreta ó para matarla.

—¡Hola! ¡hola! dijo Juanon, pasándose la mano por el pelo; ¿quién hubiera creido esto? A la verdad, si uno pudiera matar en su casa esta bestia, tendria gran cantidad de carnes, pero á mí no me gusta la carne de vaca porque no tiene jugo; ya teniendo un cerdo como este es diferente. ¡Qué gusto! ¡Cuántas salchichas!

—Escucha, Juanon, dijo entonces el carnicero. Por ser con vos, estoy dispuesto á hacer un cambio de mi cerdo con vuestra vaca.

—Dios os acompañe, dijo Juanon. Le dió la vaca y le mandó bajar el cerdo del carreton.

Juanon continuó la marcha pensando en su dicha, que colmaba todos sus deseos. Si encontraba alguna dificultad al momento la zanjaba. Pronto encontró un jóven que llevaba un ganso debajo del brazo. Se saludaron, y Juanon se puso á pintarle su alegria y á hablarle de los ventajosos cambios que siempre habia hecho. El jóven le contó que el ganso estaba destinado á una comida de bautizo.

—Mirad, le dijo agarrándole por las alas, ved cuanto pesa, y además se le ha engordado durante dos meses; el que coma este asado se chupará los dedos.

—Sí, esclamó Juanon levantando el ganso; tiene peso, pero mi cerdo no es tampoco rana.

El jóven con aire inquieto volvió la cabeza á los costados y la meneó en seguida un poco; mirad, le dijo: en cuanto á vuestro cerdo, el negocio no es tan claro. En el pueblo que acabais de atravesar han robado uno del establo del alcalde, y temo que sea ese que teneis á la mano; os puede suceder algo malo si os encuentran: el menor riesgo para vos, es el de ir á un encierro.

El buen Juanon temblaba ya.

—¡Dios mio! esclamó; sacadme de este apuro. Vos sabeis más que yo, tomad al momento mi cerdo, y dadme el ganso.

—Hay peligro en ello, respondió el jóven, pero á pesar de eso yo no quiero que caigais en la desgracia

Juanon le dió entonces la cuerda á que estaba atado el cerdo; el jóven la cogió, y echó á andar por un camino de travesía.

El buen Juanon, libre de sus inquietudes, con el ganso debajo del brazo tomó de nuevo la senda de la casa materna. Reflexionando bien en ello, se decia á sí propio: yo he encontrado gran ventaja en este cambio; primero este hermoso ganso asado, luego la cantidad de grasa que saldrá de él, comeré pan con la manteca del ganso por espacio de tres meses, y en fin, con sus hermosas plumas blancas me haré una almohada, y me dormiré encima sin necesidad de ser mecido. ¡Qué alegre se pondrá mi madre!

Cuando hubo atravesado el último pueblo, vió un amolador que cantaba y trabajaba. Juanon se paró á verle trabajar. Entabló, en fin, conversacion, y le dijo:

—Parece que os sale bien la cuenta, segun lo alegre que estais.

—Sí, respondió el amolador; mi oficio produce frutos de oro; un diestro amolador es hombre que encuentra dinero en el bolsillo siempre que mete la mano; pero ¿en dónde habeis encontrado ese hermoso ganso?

—No le he comprado, porque me lo dieron á cambio de un cerdo.

—¿Y el cerdo?

—Me le dieron por una vaca.

—¿Y la vaca?

—Me la dieron por un caballo.

—¿Y el caballo?

—Me le dieron por un pedazo de oro, tan grande como mi cabeza.

—¿Y el pedazo de oro?

—Le habia ganado por haber servido á un amo siete años.

—Habeis tenido fortuna en los trueques, dijo el amolador; pero si podeis hacer que vuestro dinero suene en el bolsillo, sereis feliz.

—¿Y qué es menester que haga yo para eso? preguntó Juanon.

—Es menester que os hagais amolador como yo, pero para esto no necesitais más que una piedra de amolar, lo demás se encontrará; ved aquí una precisamente, está algo deteriorada en verdad, pero no os pido por ella más que el ganso, ¿quereis?

Al decir esto le presentó el ganso.

—¿Podeis preguntármelo? esclamó Juanon. ¿No debo hacerme por este medio el hombre mas rico del mundo? Y teniendo dinero en el bolsillo siempre que meta la mano, ¿á qué quiero atormentarme?

—Pues bien, dijo el amolador cogiendo un guijarro que vió en el suelo á su lado; ved aun una buena piedra que os doy además del trato: os servirá para enderezar clavos viejos, tomadla y conservadla con cuidado. Juanon tomó la piedra y se marchó con el corazon lleno de alegría y los ojos radiantes de placer, murmurando: mi fortuna me asombra: ¡es demasiado! y habiendo pasado todo el dia en pié, empezó á cansarse. El hambre tambien le atormentaba, y se habia comido hacia tiempo sus provisiones con la alegría de haber comprado la dicha tan barata. Apenas podia continuar el camino, y se veia obligado á descansar á cada momento, y las piedras le pesaban estremadamente. Pensó que seria más feliz si no tuviese necesidad de llevarlas; en este momento llegó y se arrimó á una fuente; allí quiso descansar y refrescarse, pero por no estropear las piedras al sentarse, las colocó con precaucion en el borde de la fuente; despues de lo cual, vuelve la cabeza, se baja á beber, resbala, toca un poco las piedras, y las dos caen en el agua.

Juanon viéndolas caer, saltó de alegría, y dió gracias á Dios con las lágrimas en los ojos, por haberle concedido este último favor, y verse libre de las dos piedras, que era la única cosa que faltaba á su felicidad. Hay pocos hombres en el mundo tan dichosos como yo, decia, y con el corazon desembarazado de todo pesar, corrió saltando hasta llegar á casa de su madre.

Muchos años hace que oí este cuento, y desde entonces, siempre que deseo alguna cosa, calculo lo que tendré que dar en cambio para que no me suceda algun dia lo del pobre Juanon.

J. M. G.

LAS AGUAS DE ALBANO

DE

EMILIO SOUVESTRE.

(Continuacion.)

—¡Oh! no lo negueis, continuó la marquesa; os han denunciado; yo sé que la necesidad de esperar algunas cartas es lo único que ha podido deteneros aquí, y os ha forzado á sufrir mi presencia.

—Ignoro quién ha podido instruiros de esos detalles, señora, dijo Alfiere con sencillez; pero como quiera que yo no sé ocultar mi pensamiento, tampoco sé negar mis faltas. Es verdad que al primer instante vuestro nombre despertó en mí una penosa sensacion, la cual no he tratado de ocultar. Pero si es esta la causa de la frialdad que desde algunos dias á esta parte habeis hecho suceder á la amabilidad con que me tratábais, debo decir que vos castigais muy cruelmente las prevenciones que vuestra presencia ha bastado para disipar.

—¿Y puedo saber cuáles eran esas prevenciones, caballero?

—Negarme á esplicarlas seria haceros creer en alguna suposicion injuriosa; así, pues, debo manifestaros que si al llegar vos quise partir, fué porque vuestra vista me traia á la mente un recuerdo doloroso.

—¿Y cuál era?

—El de un compañero de estudios, con el cual me habia criado, y al que amaba como se ama todo lo que nos recuerda la infancia. Hacia largo tiempo que estábamos separados, pero sin habernos olvidado: yo sabia que él vivia feliz en Génova: algunos amigos me daban de tarde en tarde noticias suyas. Hace cerca de un año supe que él amaba á una jóven bella, noble y solicitada: le escribí dos veces sin obtener respuesta, y al fin recibí una carta de su madre..... Su amor le habia sido funesto; un rival le habia muerto.

—¿Y cómo se llama ese amigo?

—Julio Aldi.

Al oir este nombre, la marquesa dió un grito.

—Entonces fué cuando oí pronunciar vuestro nombre por la primera vez, continuó Alfieri.

Y viendo que la jóven ocultaba su rostro entre sus manos,

—Perdon, señora, dijo con voz conmovida y suplicante: os he afligido, pero era preciso. Mientras tanto, vos comprendeis por qué he querido hacer un instante evitar un encuentro que me recordaba la pérdida de un amigo.

—¡Dios mio! Vos debeis aborrecerme, esclamó la marquesa sofocada por las lágrimas.

— No lo creais, señora: sé que habeis hecho cuanto era dable para impedir ese duelo, del cual sois la causa inocente: vos corristeis al lugar del combate.

—¡Demasiado tarde!

—La falta no fué vuestra, y la madre de Aldi os hace justicia: no era á quien ella acusaba en su dolor, sino á su hijo, que una loca temeridad habia arrojado delante de la espada del baron de Rocca.

—¡Ah! ¡cuántas veces yo mismo le he condenado por haber espuesto voluntariamente á los azares de un duelo una vida llena de porvenir! ¡Yo no sabia entonces cuánta cólera pueden inspirar los celos! yo no sabia lo que hay de doloroso al encontrar siempre cerca del rostro amado, otro rostro cuya tranquilidad insulta vuestras angustias, al oir por todas partes donde resuena la voz conocida otra voz que le responde con familiaridad!..... Ahora comprendo que Aldi haya preferido una muerte casi cierta á esas torturas; porque yo, hombre de pensamiento y de delirios, que jamás toqué una espada, siento desde algunos dias deseos de batirme; veinte veces he tenido la palabra desafío en mis labios, y habria querido hallarme una espada en la mano, comprando por el peligro de mi vida el derecho de amar solo.

La voz de Alfieri se habia alterado: su rostro pálido resplandecia, y pronunciando estas últimas palabras, su mano se habia estendido como si empuñase una espada; la marquesa hizo un movimiento involuntario para detenerle.

—¡Oh! no temais nada, replicó dejando asomar á sus labios una amarga sonrisa: he encerrado mi cólera en el fondo de mi corazon; ¿con qué derecho podria yo llamarme rival de nadie? Los celos no son permitidos mas que á aquellos que pueden esperar amor..... Y entre tanto, añadió despues de un corto silencio ¿qué iba á arriesgar en los azares de un duelo? ¿No tengo ya empeñado uno con mi enfermedad, del cual ya se me ha predicho el resultado?

La jóven, que habia tenido los ojos bajos, los levantó vivamente, fijó su mirada en Alfieri, y unió sus manos con tierna dulzura y ademan suplicante.

—¿Aun dais cabida á esos tristes pensamientos? ¿por qué no querer esperar?

—Yo sufro, respondió Alfieri con aire sombrío.

La marquesa se acercó insensiblemente á él, y al ver las facciones del poeta alteradas por una indecible inquietud, le dijo con voz temblorosa y contenida:

—¡Dios mio, qué teneis?

—¿Vos me lo preguntais? ¡ah! ¿no sabeis cuál es mi mal y lo que se necesita para curarle?..... Pues no pide más que un poco de afecto, que me dé el deseo y la alegría de vivir..... Hace un instante he creido haberlo encontrado, y he sentido que la sangre quemaba mis venas, que respiraba con comodidad, y que volvia á ser jóven y fuerte, porque me sentia feliz. Todo esto ha durado muy poco, pues he visto con dolor al poco tiempo que mi esperanza era insensata.

—¿Qué sabeis vos?

Estas palabras habian sido murmuradas mejor que pronunciadas; no obstante, el conde las oyó, y cogiendo la mano de la jóven,

—¡Blanca! esclamó; ¿he comprendido bien? por favor, ¡acabad, acabad!

La marquesa iba á responder, pero de repente dejó escapar un ligero grito de terror, y se desprendió vivamente de sus manos.

El conde levantó los ojos: Marliano estaba de pié á la entrada del bosquecillo.

El genovés saludó friamente. Al verle la marquesa se habia dejado caer antes que se hubiese podido sentar en el banco que habia debajo del emparrado: él se acercó hasta ella sin parecer notar su emocion, y se informó de su salud con una cortesía impasible.

En cuanto á Alfieri, la llegada de este hombre en el momento en que iba á oir una declaracion tanto tiempo deseada, le habia arrancado un grito de cólera; pero toda su atencion la habia fijado al momento en Blanca, cuyas miradas despavoridas parecian suplicar á Marliano.

La intimidad de la conversacion, en medio de la cual acababa este de sorprenderla, no podia, en efecto, justificar tal emocion. Porque ¿qué importaba que el estranjero hubiese visto entrelazadas sus manos, y que hasta hubiese adivinado el objeto de su entrevista? El amor de Alfieri no tenia nada que pudiese rebajar á Blanca: y además, los dos, ¿no eran dueños de sus destinos? ¿Por qué la marquesa temblaba delante de este hombre, pareciendo que habia entre los dos algun misterio? Alfieri sintió renacer todas sus dudas: un instinto invencible le designaba un rival en Marliano, y resolvió aclarar sus sospechas.

Blanca estaba contrariada y violenta, y de vez en cuando dirigia sus ojos inquietos al genovés: Alfieri la hizo observar que era la hora en que los bañistas iban á pasear á la fuente, y le propuso acompañarla.

—Os doy las gracias, caballero, dijo la marquesa con embarazo; me quedo, pero que mi determinacion no cambie en nada vuestros proyectos.

—Mis proyectos son los vuestros, dijo el conde; vos sabeis que las únicas horas dulces de mi vida son aquellas que paso á vuestro lado.

—Señor conde, veo que sois tan fuerte en el madrigal como en la trajedia, respondió la marquesa haciendo un esfuerzo.

Alfieri movió gravemente la cabeza.

—No os burleis de la espresion de un sentimiento que vos sabeis que es sincero, dijo; vos no habeis podido dejar de notar el cambio que vuestra presencia ha operado en mí: antes de conoceros era desgraciado; estaba abatido y fatigado de oir alrededor de mi ese vano ruido que se llama gloria... os he visto, y tristeza, fatiga, todo ha desaparecido. Vos habeis lucido en el horizonte de mi vida como el sol, y me habeis reanimado.

—¡Caballero! esclamó la marquesa levantándose con temor. Y volvió hácia Marliano sus ojos despavoridos, pero Marliano estaba impasible.

(Se continuará.)

CAEN.

Caen es una magnífica ciudad de la baja Normandia y patria de Malherbe, Segrais, Huet, Lefébre y otros muchos ilustres franceses. Tiene su Academia universitaria, cuya creacion data del tiempo de Enrique VI de Inglaterra; posee Facultad de derecho, de letras y de ciencias, Liceo, Academia imperial, Escuela de navegacion, etc. Su comercio principal consiste en encages, cuchilleria, telas de algodon, mantones, guantes, y tienen tambien gran aceptacion la sal procedente de sus fábricas, el yeso, la madera, etc.

Esta bonita ciudad cuenta próximamente cincuenta mil habitantes, y su formidable castillo ha sostenido contra los ingleses numerosos sitios. Sus iglesias son magníficas, y no son de menos mérito los monumentos de la Córte imperial, del Tribunal de primera instancia, sus museos, su biblioteca, y su casa de Ayuntamiento *(Hotel de Ville.)*

PALACIO DEL TRIBUNAL DE COMERCIO DE PARIS.

El desarrollo creciente del comercio en Paris y la multiplicidad de los negocios hacian indispensable un nuevo local destinado á tribunal, porque el antiguo, establecido en una casa detras de la iglesia de Saint-Merry, no reunia las condiciones apetecidas.

En el dia, y siguiendo el boulevard de Sebastopol (orilla izquierda), se dibuja en lontananza una cúpula octógona, con rosetones de estraordinario gusto. Es el nuevo Palacio del Tribunal, construido bajo la direccion del arquitecto Bailly, é inaugurado el dia 15 de agosto, que es el de la fiesta del emperador.

Conduce al vestíbulo una magnífica escalera. Se trataba que el edificio fuese el punto estremo de una perspectiva, y era por consecuencia imposible colocarla en el centro del palacio, que forma un estenso paralelógramo, pero el arquitecto ideó otra cosa mejor y la llevó á cabo con feliz resultado: dividió el edificio en dos partes. La anterior es la única que tiene un carácter esclusivamente monumental: la parte posterior ha sido dedicada á almacenes y tiendas.

La fachada más elegante del palacio es la que mira al Norte, sobre el muelle Desaix, y se compone de un pabellon y dos galerias: el piso bajo se halla adornado de tres arcadas, cuyos pies derechos los forman columnas aisladas de órden corintio.

Cuatro estátuas alegóricas, colocadas sobre otras cuatro columnas, adornan las repisas del primer piso, y estas son: la *Ley*, por Mr. Robert; la *Firmeza*, por Mr. Eudes; la *Prudencia*, por Mr. Salmson y la *Justicia*, por Mr. H. Chevalier. Sobre este piso se distingue aun otro de carácter antiguo, que domina un fronton con varios tragaluces, adornados con muy buen gusto.

A la estremidad opuesta del monumento, por el lado del Este, se abre, para el uso especial de los *prud'hommes*, una puerta coronada de un fronton, sobre el cual se halla escultado el blason de la villa de Paris.

Penetrando en el interior del edificio, y dirigiéndose por el lado del muelle, se encuentra un vestíbulo adornado de pilastras y columnas divididas en tres naves, y que terminan en tres arcadas iguales á las de la fachada.

Entrando por el lado que mira al boulevard de Sebastopol se encuentra un magnífico pórtico, á la estremidad del cual se halla la escalera principal, cuya balaustrada de piedra es una verdadera obra de arte. Es tal vez la más hermosa de Paris, si se esceptúa la del Conservatorio de artes y oficios.

La sala de los *prud'hommes* se halla colocada en el piso bajo.

En el primer piso, despues de haber atravesado el vestíbulo y la *Sala de los pasos perdidos*, se encuentran las salas de quiebras y el magnífico salon de audiencia. Este salon, artesonado de madera de roble se halla decorado por Mr. Robert Fleury con cuatro cuadros cuyos asuntos son: la creacion del Tribunal de comercio en 1563 por un edicto de Carlos IX, del mes de noviembre del año anterior; su reorganizacion en el de 1673; su reconstitucion en 1807, y en fin la época actual.

La escribania y los archivos ocupan el segundo piso. Las construcciones vienen á unirse en un patio central, especie de cláustro que tiene un peristilo en el piso bajo, y tanto este como las galerias superiores se hallan destinadas á varios servicios.

En resúmen, seria difícil encontrar un monumento mejor distribuido, ni mejor apropiado á su objeto.

LA EMPERATRIZ REGENTE

EN MEDIO DEL CONSEJO PRIVADO.

Durante el viaje del emperador del vecino imperio á la Argelia, nuestra bella compatriota la emperatriz Eugenia quedó, como todo el mundo sabe, encargada de la regencia del reino; y el grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores representa á S. M. rodeada de sus mas fieles consejeros, y en el momento de celebrar Consejo.

En primer término aparecen los miembros del Consejo privado, que fué creado por decreto de 1.° de febrero de 1858, y que debia constituir el Consejo de regencia, unidos á él dos príncipes franceses, los más próximos en el órden hereditario, en el caso de que el emperador no tuviese designados otros por un acto público. Los primeros dignatarios llamados á ocupar asiento en esta importante reunion, eran: el cardenal Morlot, el mariscal duque de Malakoff, los Sres. Adislle, Fould, Troplong, Morny, Baroche y Persigny. El mariscal Vaillaut y el conde Colouna Walewski, han ocupado despues las vacantes que hizo la muerte.

Los ministros agrupados alrededor de S. M. la emperatriz son: MM. Rouher, senador, ministro de Estado; Baroche, senador, guarda-sellos, ministro de Justicia y de Cultos; Drouyn de Lhuys, senador, ministro de Negocios Estranjeros; el marqués de Lavalette, ministro del Interior; Achille Fould, senador y ministro de Hacienda; el mariscal conde Randon, senador y ministro de la Guerra; el conde Prosper de Chasseloup-Laubat, senador y ministro de Marina y de las Colonias; Duruy, ministro de Instruccion Pública; Armand Béhic, ministro de Agricultura y Comercio; el mariscal Vaillaut, senador, miembro del Instituto y ministro de la casa del emperador y de bellas artes.

La reunion que reproduce nuestra lámina se ha verificado, como todas las que han tenido lugar durante la ausencia del emperador, en las Tullerias y en la Sala del Consejo, que se halla situada entre la del trono y la galería de Diana. La referida sala está decorada con esquisito gusto al estilo de Luis XIV.

LA MADRE CIEGA.

—¿Qué ruido es ese, Lucía?
¿Quién ha movido la puerta?
—Es... el aire, madre mia,
Que está la ventana abierta.
—Ciérrala, que ya ha tocado
La campana á la oracion.
Niña, ¿no oiste? ¡Han sonado
Pasos en la habitacion!
—Es... que se ha puesto á enredar,
Madre, el travieso perrillo,
Y se divierte en saltar
Jugando con un ovillo...
—Hija, acércate hácia mí;
Tal vez el recelo influya,
Mas me parece que oi
Una voz que no es la tuya.
Ven, acércate, Lucía;
¡Niña! ¡niña! ¡Ay, Dios! ¿Qué es eso?
—Madre... aquí estoy...
—(¡Juraria
Que habia sentido un beso!)

REMIGIO CAULA.

CORRESPONDENCIA DE «EL PERIÓDICO ILUSTRADO.»

D. G. M. de C., de La Rambla: Renovada su suscricion.—*D. J. U., de Zaragoza:* Recibidos los sellos.—*D. E. L., de Calatayud:* Recibidos los 28 rs., y abonados hasta julio de 1866.—*Excma. señora doña C. N. S., de Almendralejo:* Queda Vd. abonada hasta 15 de marzo de 1866.—*D. A. N. de C., de Albacete:* Recibidos sellos.—*D. P. E., de Eybar:* Id., y renovada su suscricion.—*D. A. R., de Béjar:* Id. id. id. id.—*D. F. S., de Zaragoza:* Id. id. id.—*D. E. C. S., de Berja:* Id. id. id.—*D. A. N., de Barcelona:* Id. id. id.—*D. B. de P., de Olivenza:* Recibida su libranza, y suscrito por un año desde el primer número.—*D. R. P. M., de Santiago:* Queda suscrito por un año; mande el importe cuando guste en sellos ó libranza.—*D. F. M., de Sevilla:* Recibidos los sellos; queda suscrito y servido.—*D. J. R. P., de Orense:* Hecha la suscricion para D. M. G.—*D. G. B. A., de Vigo:* Renovada su suscricion y la de F. C.; puede mandar el importe en sellos ó libranza.—*D. P. P. A., de Pina de Ebro:* Recibida su libranza y renovada su suscricion.—*D. R. G. P., de la Coruña:* Recibidos los 52 rs. y servidas las dos suscriciones.—*D. B. G., de San Pedro de Dante:* Recibidos los sellos y renovada la suscricion. La portada no se dará hasta fin de año.—*D. R. V., de Tortosa:* Recibidos los sellos y servidas las dos suscriciones.—*D. J. M. D., de Villaviciosa (Córdoba):* Recibido el importe de la suscricion en sellos.—*D. J. R. B., de Medina Sidonia:* Recibida la libranza, y queda suscrito y servido por un año.—*D. B. O., de Barcelona:* Gracias por su atenta; pero debe Vd. dirigirse á nuestros corresponsales en esa.—*D. C. D., de Sevilla:* Conformes, y recibidos los 500 rs.

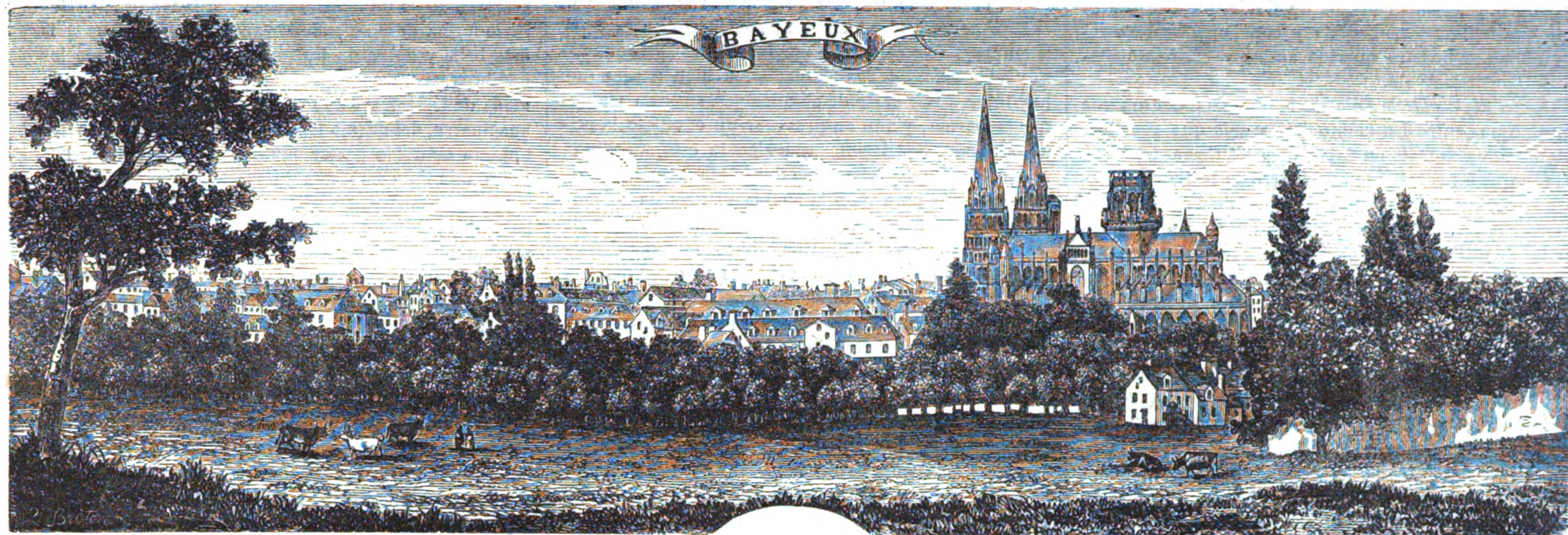
Propietario y editor responsable PEDRO AUGUSTO LAMA-TISIERA.

MADRID. 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



UNA PROCESION SALIENDO DE LA IGLESIA DE SANTA MARIA, DE MADRID.

El Periódico ilustrado.



Número 31.
DEL 5 AL 12 DE OCTUBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.	
Provincias.	Un año 28 » —	Seis meses 14 »	
Ultramar. .	Un año 80 » —	Seis meses 50 »	

UN NÚMERO
4 cuartos en **MADRID.**
5 cuartos en **PROVINCIAS.**

LA CATEDRAL DE ARGEL.

La Catedral de Argel, dedicada á San Felipe, ocupa el sitio donde hace algun tiempo se elevaba una mezquita que hizo construir en 1771 el Pachadey Baba-Hassen. Instalado el culto católico en 1830, fué aumentando la poblacion europea, y la antigua mezquita, sobre cuyas paredes se leian versículos del Korán, desapareció para dejar sitio al edificio actual. El estilo morisco ha sido conservado. Las columnas, algunas de las cuales proceden de la antigua mezquita, son de mármol blanco y de una estremada y sorprendente belleza.

La Catedral de Argel tiene forma de una cruz: la nave es magnífica, y el grabado que ofrecemos á continuacion, representa la celebracion de la misa en el altar mayor, y en un dia de gran ceremonia.

CELEBRACION DE UNA MISA EN LA CATEDRAL DE ARGEL.

REVISTA DE LA SEMANA.

Como anunciamos en nuestra revista anterior, se abrieron las puertas del teatro del Príncipe con la siempre aplaudida comedia de Calderon, titulada *El Alcalde de Zalamea*, discreta y concienzudamente refundida por nuestro querido amigo y eminente literato Adelardo Ayala.

No es *El Alcalde de Zalamea* la obra de Calderon que preferimos entre las ciento diez y seis que escribió, desde que compuso en Salamanca *El Carro del Cielo*, hasta que á los ochenta años cerró su brillante período literario con la que lleva el título de *Hado y divisa;* pero hay en ella tanta riqueza de imaginacion, tantas galas de estilo, y tal verdad en los caractéres, que la escuchamos siempre con deleite, sobre todo cuando podemos saborearla, como últimamente ha sucedido.

Encargados de su ejecucion Romea y Valero, los dos atletas del teatro moderno, entre los cuales no sabemos al que elegir, pues tanto nos cautiva el poderoso talento del uno como la fuerza de inspiracion del otro; secundados por la inteligente Teodora, la apasionada Cándida Dardalla, los estudiosos Zamora y Morales, la simpática Pepita Hijosa, tan notable por su intencion como por su donaire, y Mariano Fernandez, el más espontáneo de nuestros actores cómicos, no hay para qué decir que el conjunto llenó cumplidamente los deseos del público, que recordó aquella noche las épocas más brillantes del arte, consignadas en los fastos del coliseo del Príncipe. Desgraciadamente, una indisposicion repentina del Sr. Valero interrumpió la série de las representaciones, lo cual no ha dejado de contristarnos, por más que la ley de las compensaciones haya venido en nuestro auxilio, proporcionándonos la ocasion de aplaudir una vez más á Romea en la celebrada *Marcela* de Breton, y en el inolvidable *Hombre de mundo.*

Tambien el Circo se ha inaugurado estos dias con la preciosa comedia de Moreto, titulada *El desden con el desden*, interpretado á la perfeccion por Matilde Diez, y bastante bien por los demás actores, especialmente por los Sres. Oltra y Mario. Además nos ha ofrecido en la pieza *Los dos amigos y el dote* una nueva actriz en la señorita Lombía, cuyas felices disposiciones nos eran conocidas hace tiempo, y á la que hemos augurado un magnífico porvenir si se dedicaba á la escena.

Como respondiendo á este santo y seña dado por las empresas á propósito del teatro antiguo, la señorita Civili se ha acogido á la protectora sombra de Lope de Vega, y ha dado una nueva prueba de lo que pueden lograr reunidas la fuerza del ingenio y de la voluntad, en la ejecucion de *Lo cierto por lo dudoso.* No creemos, sin embargo, que ha andado acertada en la eleccion. Las comedias de nuestros grandes autores del siglo XVII tienen un lenguaje especial, y aun una escuela de declamacion propia, cuyo secreto no poseen la generalidad de los artistas españoles, ni es fácil descubrir por la sola intuicion del entendimiento. Aparte de esto, las comedias de Lope tocan algunas veces en un lirismo que hoy nos parece exagerado, y es preciso despojarlas de ese lujo de comparaciones y de hipérboles, que entonces formaba uno de los elementos de la poesía, y que hoy no es otra cosa para el vulgo que la hojarasca de la idea.

El triunfo de la señorita Civili es por tanto á nuestros ojos mucho mayor. Salvando todos estos inconvenientes; salvando desde el reparto de la obra, pues no es posible que el papel de D. Pedro, algo desairado ya de suyo, pueda ser representado por un barba, la distinguida actriz italiana ha sabido dar realce y colorido al carácter de la mujer firme que concibió Lope, declamando algunas escenas, tales como el monólogo de la Corona, y aquella tan conocida que principia:

> ¿Cómo te has entrado
> Conde, de esta suerte,
> Sin ver el peligro
> Que tan cerca tienes?.....

de un modo tal que cautivó con justicia la atencion y las simpatías del público. Su seguridad en la escena, su profunda intencion en la frase, su natural elegancia, y más que todo su entusiasmo por el arte que cultiva, prendas son que nos hacen esperar con fundamento llegará antes de mucho á realizar la ilusion de su vida, y á ser por consiguiente una de nuestras buenas actrices.

Nos reservamos para más adelante decir algo sobre la compañía que funciona en Novedades, pues todavía no hemos tenido el gusto de oirla, si bien conocemos algunos de sus principales actores, aplaudidos ya en otros teatros de la córte.

Es cosa resuelta que *La africana* se pondrá en escena en el Real la semana próxima, verificándose el ensayo general el viernes. Los esfuerzos hechos por la empresa van calmando por instantes la desconfianza y el disgusto de los abonados, si bien parece que hay interés por parte de algunas personas en mantener la alarma, y aun en provocar un conflicto la primera noche. Sentiriamos que algo de esto sucediese, porque daria muy triste idea del público verle juzgar, sin oirla, una obra ante la cual la ciencia ha doblado la frente con respeto, y porque ya va siendo hora de que se destierren de nuestros coliseos esas manifestaciones groseras con que se indica el desagrado, y que se traducen en silbidos, chistes de plaza de toros, y escándalos que la buena educacion reprueba, y que dañan tanto al decoro del que los provoca, como á la cultura del que los consiente. El respeto y la galantería tienen su código en la sociedad, y dentro de él deben moverse, cualquiera que sea la clase á que pertenezcan, los que aspiren á ocupar en ella el puesto que reserva á los hombres ilustrados y dignos.

Veremos, sin embargo, qué es lo que sucede, y con la imparcialidad que acostumbramos juzgaremos á la empresa, los artistas y el público, dando á cada cual su merecido, que ni somos de aquellos á quienes la amistad ó las malas pasiones extravian, ni de los que tienen por sistema el adular á la multitud, aun en sus debilidades, que no son pocas, ó en sus torpezas, que son muchas.

M. DEL PALACIO.

ACHAQUES DE LA HUMANIDAD.

En el último número en que escribí de *Achaques*, hablé de la pasion del lujo y de la moda, é indiqué algunos de los estravios á que la vanidad conduce al hombre en estas exigencias sociales. Siguiendo hoy las variaciones en el mismo tema, diré que ese afan, que la dichosa vanidad inocula, ha hecho y hace que los hombres se contradigan en sus mismas manifestaciones, despues de haberse colocado en abierta lucha con su propia razon. Todos repugnan ser viejos, y algunos llevan su antipatía á la vejez hasta el punto de engañarse á sí propios, rebajándose los años que llevan de vida; y sin embargo, los estravíos de la razon, producidos por los humos de la vanidad, indujeron á nuestros abuelos á ocultar sus naturales cabellos bajo una enorme peluca blanca, que igualaba á los jóvenes con los viejos; y esos mismos estravíos han obligado á los jóvenes de nuestros dias á afeitarse la cabeza en casi todo el espacio que comprenden el coronal y los parietales, sin tener en cuenta que representan la caricatura de un viejo calvo y feo por añadidura...

Disculpan los modernos *calvinistas* tan ingenioso procedimiento, diciendo que se rapan el cabello para que les salga con más fuerza cuando sean viejos, que es precisamente cuando no sale de ningun modo.

Esta escusa prueba que la razon hace esfuerzos algunas veces para recobrar su imperio, y que si no lo consigue es porque la vanidad ocupa casi todos los sentidos del hombre, y no le deja espacio para desenvolverse.

Sin embargo, aunque sofística, la escusa que alegan tiene un viso de razon que no puede invocarse por cierto en otras exigencias del lujo y de la moda. El dejarse crecer las uñas una pulgada, y el mandar al sastre que haga la ropa completamente al revés, quiero decir, con el derecho del paño para adentro y las costuras hácia fuera, ¿qué esplicacion satisfactoria tiene, ni aun apelando al sofisma? Yo creo que ninguna, como creo que no la tiene tampoco la ostentacion de un defecto físico que no se tiene y que se presume, para quemar incienso en aras de la vanidad.

Citaré un ejemplo.

En el comun del sentir de los hombres, la cortedad de vista es un defecto físico, que como todos los defectos, deberia lamentarse y tratar de disimularse; y lejos de eso, yo he visto hace algunos años inundados los paseos de señoras y señoritas que llevaban anteojos, haciendo gala de no ver más allá de sus narices. Además, los anteojos eran de aquellos de vidrio espacioso y circular, como el disco de una máquina eléctrica, recibiendo su engarce una curba muy pronunciada para remedar los anteojos que se usaban hace dos siglos: y así era que daban á este dije el gráfico nombre de *Quevedos*. La vanidad exigia entonces tres cosas á cual más originales: la primera, ocultar como fea y avergonzada la más interesante de las facciones; la segunda, mentir para hacer ostentacion, no de una gracia, sino de un defecto físico; y la tercera, preferir la forma desairada de los anteojos primitivos á la más bella y ligera de los modernos. A todo esto los hombres, para corregir á las mujeres, ponderan la moda de las gafas como la más seductora que puede imaginarse, del mismo modo que si á las niñas se les hubiera ocurrido gastar muletas sin ser cojas, habrian mirado como una imperfeccion el no cojear. Esto puede esplicarse fácilmente diciendo que ningun bobo tira piedras á su tejado, y que los hombres no pueden ni deben contrariar á las mujeres. Por otra parte, teniendo en cuenta las exigencias de la vanidad, ¿habrian de parodiar la fábula del cangrejo?.... Los hombres dichosos usaban tambien un anteojo, y para que la novedad fuese completa, lo llevaban embutido en la cuenca esterior del ojo formada por la ceja, la nariz y la mejilla, de modo que era imposible sostenerlo sin hacer jestos, por lo que hubiera podido distinguirse la espresada mirada, con el apodo de mueca permanente..... ¡Es una gracia más que tenia el achaque para que fuese gustoso y completo!....

¿Qué dirian los del Japon, si se les presentase un europeo ataviado del modo que acabo de manifestar? Yo no sé fijamente lo que se les ocurriria; pero es probable que le atasen de piés y manos, y le mandasen á un hospital, con órden de aplicarle cada cuarto de hora una libra de nieve al cerebro.....

Más achaques nacen de la vanidad: muchos más, ¡ya lo creo! como que son casi todos los que conocemos bajo el nombre de defectos, y la mayor parte de los que tomamos por cualidades. ¿Los sigo marcando detalladamente?..... Creo que no debo hacerlo; primero, porque se haria este trabajo una obra interminable, y despues porque acabaria la paciencia de mis lectores, y concluiria por no tener espectadores para la fiesta..... Además que no sé seguramente si seré yo el que me equivoque, y queriendo enseñar estravios de otros, solo haga ostentacion de los mios, y me esté poniendo en evidencia tratando de criticar los defectos que quiero que se corrijan, cuando quizás no sean tales defectos.

Y ¿quién sabe? Si es cierto, como debe serlo, que más ven cuatro ojos que dos, sospecho con razon, que mi razon es la única que se ha estraviado en el mundo..... Por si acaso, bueno será que no se tomen mis observaciones por lo sério: siga lo que yo llamo vanidad haciendo lo que hasta hoy he tenido por estravagantes combinaciones; adórnense las señoras con gafas y peluca blanca y crinolina, y hasta con turbante, coraza de hierro, calzon de ante y botas de contrabandista; gasten, si quieren, los hombres, tirabuzones postizos, zaragüelles, cananas, y chanclos de madera con hebillas de acero; que yo no volveré á decir, esta boca es mia. Mientras el comun sentir de los hombres vea la sólida razon humana en lo que yo equivocadamente califico de humana vanidad, me conformaré, aunque sea refunfuñando. Si no me convenzo y no ratifico, por lo menos me callaré, amparándome á la conformidad, y dejaré de luchar inútilmente, esclamando con Flores:

> El mundo es tal, la sociedad es esa,
> Pues siga como está que no me pesa.

M. HIRALDEZ.

ORACION.

> ¡Quiero rezar, Dios mio,
> Que su terrible garra
> La fúnebre tristeza
> Hunde en mi corazon con furia insana!
>
> En mis labios la risa
> No encuentra su morada,
> Y mis serenos ojos
> Se cubren con el velo de las lágrimas.
>
> Negro lo veo todo:
> Turbia la fuente clara;
> Sombrío el universo;
> Y abrasadora sed siente mi alma.
>
> En tempestad deshecha
> Se mezclan sobrehumanas,
> Dentro de mi cerebro,
> Roncas voces, que gimen azoradas.

Si duermo, no reposo,
Porque mi sueño amargan
Fantásticas visiones
Que golpean mi frente con sus alas.

¡Señor! Tu excelsa mano
Estiende soberana,
Y esta tormenta loca
Enfrena prepotente y avasalla.

¡Señor! No me abandones;
Mi plácida ignorancia
Conserva, y me devuelve
La paz que otros dias disfrutaba!

Señor, yo sé que en esta
Enfermedad del alma
Tú me darás remedio,
Y levanto á tu trono la mirada.

Cual bálsamo suave
Para sangrientas llagas,
Tú la oracion nos diste,
Y férvida hasta tí quiero elevarla.

Vuelva, pues, á mis labios,
Porque de tí olvidada,
En la arena del mundo
Loca he fundado mis quimeras vanas.

La arena llevó el viento
Burlando mi ignorancia,
Y en medio la llanura
Atónita quedé y desamparada!

Y allí, trémula, inmóvil
Y yerta, vi pasaban,
Envueltas en sudarios,
Mis queridas y bellas esperanzas.

Miré entre negras nubes
Que turbio se ocultaba,
Quizás ¡ay! para siempre,
El espléndido sol de la mañana.

Toqué en torno el vacío...
La luna pura y casta
No brillaba en el cielo,
Y el trueno estremecia las montañas.

Caí yerta de espanto,
Y fueron deshojadas
En mi mortal congoja
Las flores que mi frente coronaban!

. . . .
. . . .

De entonces, mi alma enferma
Quedó: ven á curarla!
Sin tí, me hallo perdida!
Si me guia tu amor estoy salvada!

Ante tu imágen llego
En mi afliccion amarga:
El mar de mis dolores
¡Oh padre mio! compasivo aplaca!

¡Ah, sí! Piedad, Dios mio!
Si algun dia fuí ingrata,
A tu redil me vuelvo
Como la pobre oveja descarriada.

Tú eres fuerte, yo débil;
Tu mano soberana
Posa en mi frente triste,
Y triunfante saldré de la batalla!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Setiembre de 1865.

UN SONAMBULO.

ARTICULO SOPORÍFERO.

Il fait reflechir á tomt et a quelque chose plus de tout.

Lector, sepas ó no frances, estoy seguro de que no has comprendido la frase anterior escrita por Madama Staël con referencia al *Fausto* de Goëthe: por eso yo, que tampoco la comprendo, la pongo de epígrafe y y como síntesis de este artículo que, Dios mediante, debe ser tan oscuro, incomprensible y ampuloso, como el objeto de que voy á ocuparme. Para ello he evocado el recuerdo de todas las frases huecas, sonoras y pretenciosas que conozco, desde el *yo soy quien soy* bíblico hasta

El espíritu cóncavo del trueno,

en el que Zorrilla es casi tan claro como esta copla popular:

Yo soy aquel que subí
Hasta el último elemento,
Y puse la escribania
En las salas del silencio.

Voy, pues, á ocuparme de un sér, cosa ú objeto con figura corporal, como la mayor parte de los hombres, cuyo nombre ignoro, cuya patria no sé y cuya voz no he oido; me hallo tan embarazado como un pintor que necesitase representar el caos, y para salir airoso de mi empeño, deberia escribir en el vacío con tinta crepuscular.

Vaga por Madrid á todas horas, pero principalmente desde que comienza el crepúsculo nocturno, un sér misterioso con figura humana, una especie de sombra robusta, que parece caminar por lo invisible, que se asemeja á un punto de interrogacion en una página en blanco del libro de la vida. Si leeis estas líneas y fijais vuestra atencion, pronto le hallareis en vuestro camino. Vereis un hombre alto, rudamente esbelto de cuerpo, que se cantonea en la penumbra, como el marino en el puente de un buque movido por la mar gruesa. Vereis bajo un sombrero á veces sucio y grasiento, como la conciencia de ciertos hombres, y á veces atusado y opacamente brillante, como el estanque chinesco del Retiro, un rostro moreno y juanetudo, sombreado por dos profundas ojeras y por dos surcos que partiendo desde la nariz, van á perderse en los estremos de la boca. Este dandy de las tinieblas ofrece una particularidad, que la autoridad tendria en cuenta si hubiera de espedirle un pasaporte: la de estar siempre peinado y *embandolinado* como un provinciano que se retrata. No puedo hablar de sus ojos; es casi imposible vérselos, porque los oculta bajo unos anteojos que cabalgan sobre su nariz, y á decir verdad temo equivocarme en la descripcion física de este estraño personaje, que rechaza el análisis, como hacen imposible la crítica los escritores sin estilo.

De lejos su levita, cuidadosamente abrochada, parece nueva y elegante; pero á corta distancia se observan en ella manchas de todos los colores como en la epidermis de un leproso; su pantalon, casi siempre oscuro, está salpicado de puntos blanquizcos, despeluznados ó apolillados, como la piel de los animales empajados durante mucho tiempo, y finalmente, su calzado estrecho y pretencioso aparece, ora encarnado de puro sucio, ora resplandeciente con el charol catalan.

Este sér fenomenal, problema con paraguas, esfinje con la raya partida por detrás, anda con la cabeza erguida, sin mirar á nadie ni á nada, moviéndose de un modo particular y parándose bruscamente. Admitiendo el engranaje de todos las cosas del universo, y las misteriosas afinidades aun entre las más opuestas y distantes, creo que el héroe que motiva esta disparatada narracion pertenece por su cútis á los paquidermos, por sus movimientos á los coleópteros, por la languidez de sus modales á las cucurvitáceas agitadas por el viento, y por su aspecto á los elegantes de contrabando.

Impenetrable, inabordable, solitario, mudo; solo yo por un prodigio de fuerza de voluntad y de percepcion, he llegado medio á sondear las *profundidades* de ese *profundo;* yo, que en cierto modo he presentido lo desconocido, como un escritor contemporáneo la historia griega.

¡Cuántas noches oculto en la sombra he seguido á mi héroe, que ya se perdia en las tinieblas como una larva crepuscular, ya volvia á aparecer bajo la luz de un farol! Una tarde ví á un perro que ladraba y saltaba, queriendo morder el agua lanzada por una boca de riego; pues bien, yo he sido como ese perro que anhelaba asir el imposible y morder el vacío: yo como él me he mojado con el agua de los canalones; pero más feliz que el animal, he conseguido algo, aunque muy poco.

Despues de catorce años de constante observacion, he descubierto que el misterioso incógnito es sonámbulo.

Un sonámbulo que nunca se despierta, un sonámbulo perdurable.

Impulsado por la atraccion de lo maravilloso, centuplicadas mis fuerzas por la dificultad de la empresa, he conseguido identificarme hasta cierto punto con la naturaleza interior de mi estraño personaje; he comprendido que su existencia es un sueño continuo, que anda, come, bebe y estornuda dormido, y que solo se asemeja al verdadero durmiente en que no habla jamás.

Los ruidos esteriores no le molestan en su estraño reposo, á no ser que suenen chocando con su cuerpo; así es que usa paraguas para que las gotas de lluvia no retumben en su sombrero, y anda casi de puntillas para no ser despertado por el ruido de su propio paso. Comprendiendo que entre mucha gente se está más oculto que en ninguna otra parte, se sitúa al anochecer en la esquina del café suizo: hunde la mano derecha entre las solapas de su levita, imprime un movimiento automático á su brazo izquierdo, que sube y baja desde la cintura á la boca, y haciendo que fuma un cigarro, duerme tranquilamente en medio de la multitud.

Porque es de advertir que, como los héroes de Ponsson du Terrail, siempre lleva un cigarro en la mano ó en la boca.

La noche de San Daniel, habiéndome refugiado en el quicio de una puerta de la calle de la Montera para evitar una carga de caballería, halléme al lado de mi sonámbulo, que dormia pacíficamente, á pesar de los gritos y las carreras de los que huian, y entre los rayos del Júpiter Capitontino del patio de Correos, fulminados por la Guardia civil.

Por lo demás, esto es todo cuanto he logrado averiguar respecto á este estraño personaje, unido á una particularidad, que se comprende atendiendo á su perenne estado de sonambulismo; al pasar cerca de él, se nota una sensacion de frio, semejante á la que produce la proximidad de la fuente de la Puerta del Sol, en un dia de invierno. ¿Quién es, qué ha sido, cómo vive? Lo ignoro, y me atrevo á asegurar que nadie lo sabe. Al verle, un mundo de ideas afluye á mi pensamiento; mi imaginacion se desborda, pero vuelve á encerrarse en el estrecho círculo de la hipótesis. Tengo tres amigos, que á indicacion mia han observado este fenómeno insocial, ó mejor dicho insociable; y todos le han definido segun el punto de vista de cada uno de ellos. Uno, crédulo y anciano sacerdote, sospecha que es el precursor del Antecristo; otro, aficionado á los estudios filosóficos, supone que es un miembro de la escuela racionalista, que á fuerza de negar la existencia del alma, se ha quedado sin ella; en cuanto al tercero, poeta de gran imaginacion, afirma que es un ghomo desterrado. Yo creo que, caso de ser algo, es la encarnacion del sueño, y que así como si se anhiilase la atmósfera, que trasmite los sonidos, la tierra quedaria silenciosa como un inmenso sepulcro, del mismo modo, si el *sonámbulo* desapareciera, el sueño huiria del planeta, y la raza humana, aniquilada, acabaria.

Sea de ello lo que fuere, yo perseguiré con ardor mi comenzada tarea; dedicaré mi vida á la observacion de este sér fenomenal, y si un dia, que lo dudo, hallando al *sonámbulo* inmóvil y en postura horizontal, le creen muerto y le entierran, acompañaré su cuerpo hasta la última morada, me arrojaré á los piés de cualquiera príncipe de Europa, que como corazon magnánimo me dará hasta mil reales, con los cuales, comprando una lápida, la colocaré sobre la huesa del *sonámbulo*, y orlándola de una guirnalda de adormideras, haré grabar sobre ella la siguiente inscripcion:

Aquí yace el único mortal que no ha muerto.
Cansado de dormir vestido, se ha reclinado en este sepulcro, para dormir con más comodidad, desnudo por los gusanos.

R. I. P.

Que quiere decir:

¡Ronca en paz!

F. MORENO GODINO.

LA ARGELIA.

Generalmente se cree, que la porcion del Africa Septentrional comprendida entre los 32 y 37 grados de latitud Norte, no se compone más que de franceses y árabes. Esto es un error, y bueno es saber que la poblacion, que puede calcularse en más de tres millones, se compone de elementos muy distintos. Despues del empadronamiento decretado por el gobernador general con fecha 15 de febrero de 1862, se divide y clasifica aquel en la forma siguiente: 112.229 franceses; 80.517 extranjeros; 28.097 judios; 258.700 indígenas musulmanes, y 2.406.379 habitantes de las tribus. Pero si se desea apreciar con alguna exactitud el presente y el porvenir de aquella colonia francesa, es preciso tener en cuenta sus numerosas subdivisiones.

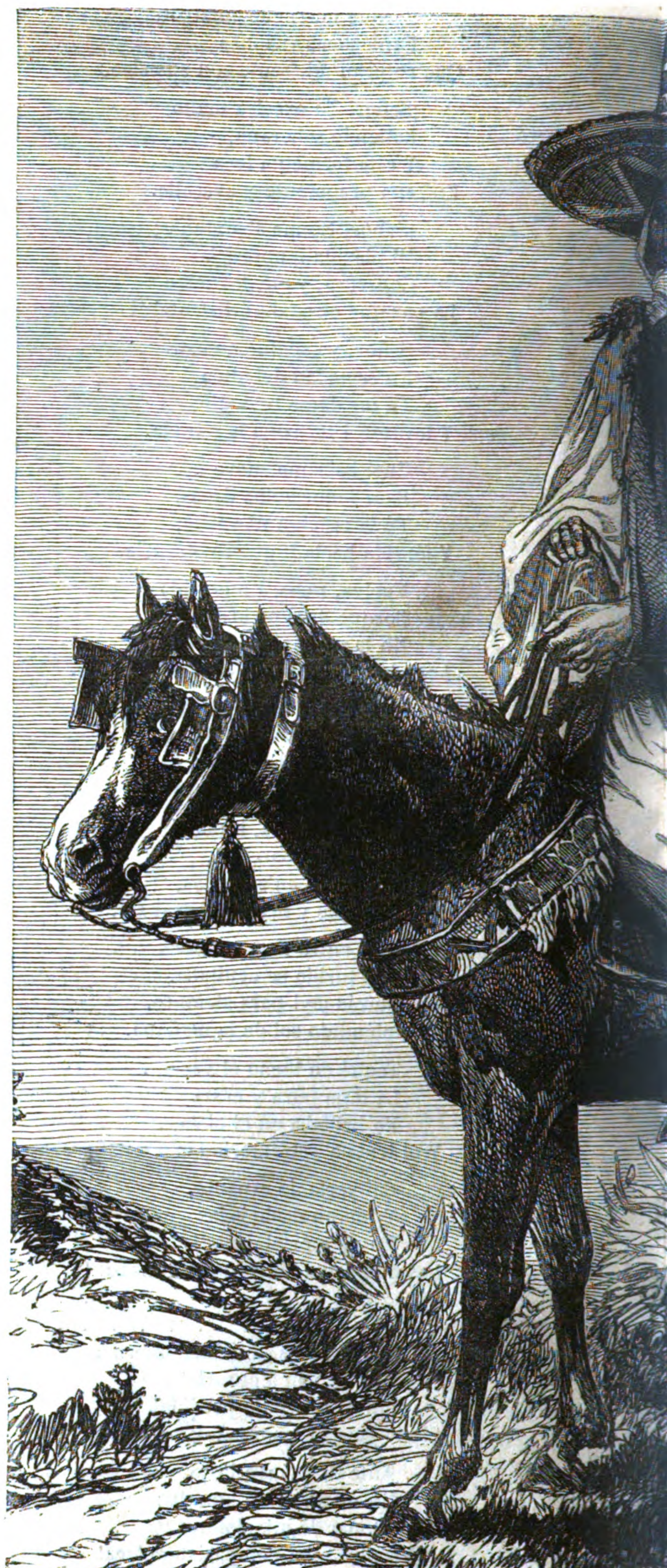
El árabe, tal como nos lo figuramos, generalmente vive bajo sus tiendas; su principal riqueza consiste en rebaños, que hace pastar en los oasis del desierto, en



AMINS.—TRIBUNAL DE CONCILIACION.



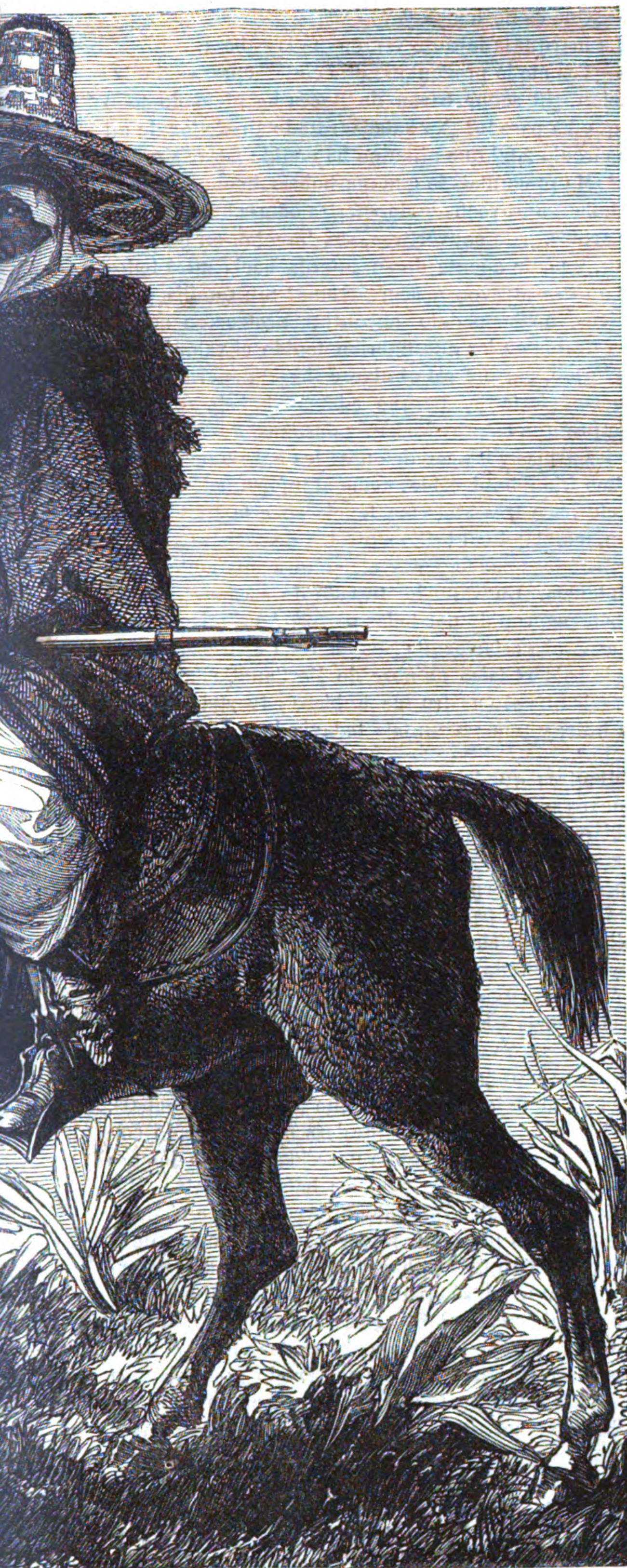
MIEDJELÈS.—TRIBUNAL DE APELACION.



ARABE DE LA FRONTE



MONTAÑAS DEL DJURDJURA.



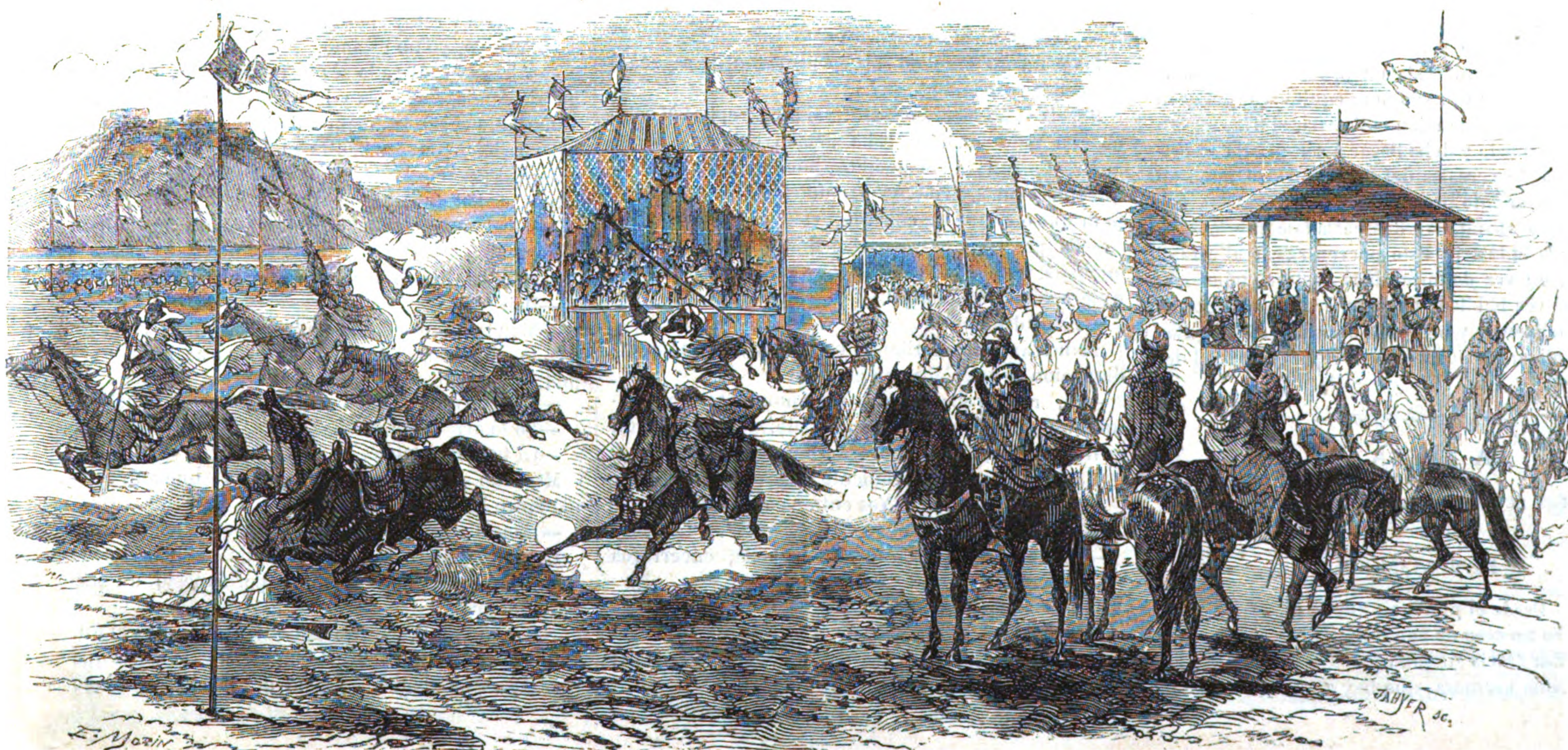
...RA DE MARRUECOS.



BIT-EL-MAL.—TRIBUNAL CURADOR DE SUCESION.



CADI.—TRIBUNAL DE COMERCIO.



FANTASIA.—TORNEO Y JUEGOS ARABES.

camellos, en magníficos caballos, en las sillas y arneses que para ellos él mismo fabrica, en tanto que la mujer teje las telas de los jaiques y de los albornoces. Sus sacerdotes, los *marabouts*, ejercen sobre el árabe una influencia estraordinaria.

Tal es el árabe nómada, pero es enteramente otro tipo que el del kabila ó berberisco.

Este habita las ciudades administradas por *euquals*, ó sean consejeros municipales, bajo la presidencia de un *amin*, al cual son adjuntos un sustituto (dahucan), y un cajero (oukil).

El kabila es industrioso, y se le vé á la vez tejedor, labrador, armero, etc. Sus fusiles y yataganes son fabricados con estraña perfeccion y primor.

Se distinguen aun en la poblacion argelina los moros, los judíos, los turcos y los berranis. Estos últimos, cuyo nombre significa gentes de fuera, vienen de diferentes puntos del Africa Septentrional para ejercer en Argel las profesiones de mozos de cuerda, barqueros, bañistas, poceros, fruteros, carboneros, etc. Forman en totalidad seis corporaciones, y cada una tiene por jefe y por magistrado un *amin*, asistido de un *khodja* ó secretario.

Es el *amin* de los berranis, rodeado de sus asesores, el que representa uno de los grabados que hoy ofrecemos en nuestro semanario. Es el verdadero tipo austero del árabe nómada.

Tambien aparece en otro de los grabados el aspecto del *Bit-el-mal*, tribunal encargado, con asistencia de la autoridad francesa, de administrar las sucesiones.

El segundo grabado representa los *miedjelés*, tribunal de apelacion indígena.

La fisonomía característica de un *Cadi*, juez de primera instancia, nombrado en las tribus por el comandante de la subdivision, es la que representa otro de nuestros grabados; este pronuncia siempre su fallo en armonía con el certificado de acusacion expedido por el *miedjelés*.

Otro de los grabados representa la vista de un pueblecillo en Djurdjura, sitio pintoresco y montañoso, situado al Sudoeste de Dellís.

El último, en fin, es una fantasía; una especie de torneo y diversion árabe en un palenque cerrado.

Terminaremos este artículo citando una página del instructivo libro que Mr. Broglie ha escrito, dedicado á aquella localidad.

«La Argelia, dice, no disfruta como algunos creen, de esas fertilidades escepcionales que atraen espontáneamente los capitales; no posee en las entrañas de la tierra, en su seno ni en su superficie, tesoros ocultos ó de vegetacion prodigiosa, que puedan escitar la curiosidad de los aventureros ó la avaricia de los ambiciosos. Su fertilidad es natural, y la calidad de sus productos escelente; pero no es como algunos se figuran, la patria de *las mil y una noche*. Es una tierra de muy buena especie, que con gastos y esfuerzos moderados puede producir abundantemente los primeros elementos de la vida y de la riqueza, como son el pan, el aceite, el vino y el forraje para las caballerías. Vayan, pues, allí buenos agricultores, trabajen con tino, y la tierra les pagará con regular interés sus esfuerzos y sus sacrificios.

«Contentémonos con lo que ella dá, y no la pidamos más que lo que lógica y naturalmente puede darnos. Su verdadero porvenir está en proveer un dia á la Europa entera y á un precio muy equitativo, del gran elemento de su alimentacion cotidiana, el trigo.

«La Argelia puede y debe llegar á ser un dia el primer mercado de cereales del mundo, si se tiene en cuenta el movimiento progresivo que en toda la Europa ha hecho abandonar desacertadamente la agricultura por la industria. Este porvenir se realizará el dia en que, en vez de miserables pastores nómadas, la Argelia se vea habitada por numerosos labradores, bastante inteligentes y provistos de suficientes capitales para esplotar debidamente la riqueza natural del terreno.«—B.

A ELISA...

(DESPUES DE HABERLA OIDO TOCAR EL PIANO.)

IMPROVISACION.

Desde el punto en que te oí,
Yo no ceso de admirar
Esa gracia singular,
Niña hermosa, que hay en tí.
Todo lo que pasa en mí
Desde tan feliz momento
No lo esplico, más lo siento:
Y absorto y enmudecido,
Gozo al verme tan rendido
Al poder de tu talento.

Tu angelical hermosura,
Tus encantos peregrinos,
Cuanto son ¡ay! mas divinos,
Son mi mayor desventura.
Del cielo es tu donosura,
Tu canto del ruiseñor,
Es tu aroma el de una flor,
Y gracia y canto y aroma
Son los tres, linda paloma,
Tres dones del mismo amor.

MANUEL LACAMBBA.

(Zaragoza.)

LAS AGUAS DE ALBANO

DE

EMILIO SOUVESTRE.

(Continuacion.)

Alfiere habia seguido sus miradas y sus movimientos.

—¡Perdon! replicó volviéndose hácia el genovés; tales declaraciones no se hacen de ordinario delante de testigos, y sin duda he faltado á alguna de las conveniencias establecidas en sociedad.

Marliano se inclinó.

—Debo considerarme muy feliz, dijo él, por inspirar al señor conde bastante confianza para que abra su corazon delante de mí.

— Y yo me alegro de que vos podais oirme.

—Yo soy quien debe alegrarse. Un gran poeta, para hacer hablar su pasion, encuentra siempre una elocuencia que los otros buscan vanamente en su amor.

La ironía con que fueron pronunciadas estas palabras era tan punznante y fria, que produjo en Alfieri el efecto de esas heridas que no se sienten al momento; pero apenas hubo comprendido su intencion sintió correr por sus venas un estremecimiento de cólera; su mirada se encontró con la de Marliano..... Blanca se adelantó vivamente y vino á arrojarse entre estas dos miradas, en las cuales ellos se cambiaron la espresion del ódio y la venganza, que se agitaban en sus pechos.

—Basta, dijo ella; señor conde, basta de galanterías; no quiero que hoy falteis por mí á vuestro paseo de la fuente: espero que me traereis un *bouquet* de malvas.

El conde se irritó, pero los ojos de la jóven le suplicaban. Hizo un esfuerzo sobre sí mismo, se inclinó con aire contrariado, y salió.

Marliano quiso seguirle.

—Sr. Marliano: me habeis prometido una lectura, esclamó la marquesa.

El genovés se volvió: una sonrisa estraña asomó á sus labios.

—¿Teneis miedo por él? dijo.

Blanca puso la mano sobre su corazon, y se sentó sin poder responder.

Debeis agradecerme esto, señora, replicó Marliano con tono amargo; le he dejado hablaros de su amor, he sufrido sus insultos, pues he comprendido que queria insultarme, y he tenido bastante prudencia para que me crea un cobarde: ¿esto no os basta?

—Es preciso que yo parta, dijo la marquesa con angustia; no puedo permamecer aquí por mas tiempo; quiero volver á Génova.

—Estoy dispuesto.

Blanca arrojó á Marliano una mirada, en que la indignacion se mezclaba con el temor.

—Si, repitió ella, vuelvo á Génova, pero para renunciar al mundo. Ya lo he pensado, y mi resolucion es irrevocable; quiero retirarme á un convento.

Marliano hizo un movimiento brusco.

—¿Que decis, señora? Vos entrar en un convento.

—Estoy decidida.

—¡Es imposible! ¡Tan jóven, tan bella, encerraros en una prision eterna!

—¿Soy acaso libre ahora?

El genovés la miró.

—Bien, dijo tristemente; por huir de mí, huis del mundo; vos me aborreceis.

—Y cuando así fuese, ¿no me habeis obligado á ello?

—¿Qué os he hecho yo?

La marquesa levantó vivamente la cabeza.

—¡Vos me lo preguntais! dijo con sorpresa é indignacion. ¿El señor baron de Rocca ha olvidado todo lo que ha pasado? ¿No habeis trazado alrededor de mí un círculo fatal que ninguno ha podido pasar sin morir? ¿Me preguntais lo que me habeis hecho, cuando os habeis aprovechado de vuestra odiosa habilidad en las armas, para convertiros, sin derecho, en mi guardian, y pedir cuenta de su interés hácia mí á todos los que se atreven á acercárseme? Sin familia y sin amigos, no he podido encontrar proteccion contra esta tiranía en los que habrian tenido el valor de defenderme, porque esto hubiese sido esponerles á una muerte cierta, y porque además habeis esperado siempre que os provocasen, y despues, dueño de elegir las armas y las condiciones, les habeis herido con ánimo frio é implacable, como al infortunado Aldi..... Desde hace tres años me teneis en esta triste situacion, temblando al brillo siniestro de vuestra mirada, recibiéndoos por temor y alejando á mis amigos por prudencia. En vano he tratado de escapar; vos me habeis perseguido por todas partes. Aquí mismo donde esperaba estar oculta, os he visto aparecer en seguida bajo el falso nombre de Marliano, como si temiéseis que el vuestro me hubiese advertido que debia huir; y ¿me preguntais todavía lo que me habeis hecho?

Mientras que la marquesa hablaba, la palidez del genovés se hacia cada vez más intensa: sus facciones habian tomado una espresion imposible de describrir: la angustia que reflejaba tenia algo de cruel: era una especie de desesperacion que hacia sufrir sin inspirar piedad ni compasion: era el dolor de Satán, rey del dolor y del sufrimiento.

—¿Por qué no me habeis amado? dijo él fijando en la marquesa una mirada terrible; todo lo que sucede, vos lo habeis querido. La dicha hubiese dulcificado mi alma; pero vos no habeis hecho más que exasperarme. El mundo me ha obligado á adquirir la habilidad en manejar las armas, que vos me reprochais: estaba abandonado; la naturaleza me ha dotado con un físico repugnante; tenia necesidad de una defensa contra el desprecio, y me hice hábil en matar. Más tarde, lo que habia sido cálculo se convirtió en hábito, y he llegado á poner mi honor en una ciencia, de la cual no habia querido hacer más que mi salvaguardia. ¿Por qué habré creado alrededor de mí hombres que me aborrezcan? El aborrecimiento de todos me ha hecho perverso, señora. ¡Ah! cuando os conocí, Dios es testigo que sentí haber vertido una sola gota de sangre; pero ¿podia hacer borrar mi pasado? Vos rechazásteis mi amor; yo ví vuestro desprecio á través de vuestro miedo, y entonces fuí presa de una sorda rabia. Si hubiese dejado á otro la dicha que me negais, ¿me lo hubiese agradecido vuestra alma?... ¡os habríais reido de mí en brazos de mi rival preferido!... Eso es lo que no he querido. Si soy cruel, Blanca, es porque no puedo soportar el pensamiento de que ameis á otro.

—Así, ¿soy la esclava de vuestra pasion?

—Os amo y estoy celoso.

—Pero yo, yo no os amo.

—¡Ah! ya lo sé, ya lo sé; y sin embargo, este amor podria cambiar mi vida y hacer olvidar mi pasado.

Marliano cogió las manos de la marquesa y las estrechó violentamente contra su pecho.

—¡Ah! ¡os amo tanto, Blanca esclamó! ¿por qué no teneis piedad de mí?

—Dejadme, dijo la jóven buscando un medio para alejarse.

—¿Qué es preciso hacer para que me escucheis?

—Dejadme.

—Blanca, tú no puedes negarte siempre á mis ruegos; te amo demasiado para que tú no acabes por ser mia.

—¡Un convento antes! esclamó la jóven asustada.

—Yo te arrancaré de él.

—La tumba entonces.

Marliano soltó las manos de Blanca, que aun retenia entre las suyas.

—¡Amais al conde! esclamó con acento terrible.

La marquesa se estremeció, quiso hablar y se le saltaron las lágrimas. Marliano permaneció un instante inmóvil.

—Mañana partireis para Génova, señora, dijo al fin.

En este momento aparecieron algunos bañistas que paseaban por el otro estremo del jardin; Marliano

ofreció el abrazo á la marquesa, y ambos se alejaron.

Pero apenas habian desaparecido entre los árboles, salió Celini suavemente por detrás de un grupo de acacias colocado á algunos pasos del emparrado. Llegado allí poco despues de marcharse Alfieri, habia reconocido la voz de Blanca y de Marliano. A más de esto, la discrecion no era la virtud favorita del *librettista;* deseoso de esclarecer las sospechas que habia hecho nacer en su espíritu el encuentro con el genovés debajo de las ventanas de la marquesa, habia prestado atencion y lo habia oido todo.

El principio de la entrevista no habia escitado más que su admiracion y no habia visto otra cosa que un buen asunto de *scenario;* pero al fin vió la parte que Alfieri tenia en este debate, y con este motivo corrió á buscarle, y le contó lo que acababa de oir.

Esta revelacion fué para el conde tan fuerte como inesperada. Veia sus dudas disipadas, y sentia al mismo tiempo que él era amado. Todo, en efecto, se esplicaba entonces; la turbacion de la marquesa á la llegada de Marliano, su temerosa sumision á la voluntad de ese hombre, su cambio súbito con Alfieri. Este estaba loco de alegria

—Pero hizo observar Celini: ella ha prometido á ese Marliano, ó mejor dicho, á ese baron de Rocca, partir mañana.

—¿Qué hablais de partir? esclamó Alfieri: ella no partirá, yo lo quiero. ¡Ah! ¡bendito sea Dios, que me ha concedido el placer de descubrir la verdad! Esta vez el baron de Rocca encontrará alguno que se interponga entre él y la mujer que oprime.

—¿Olvidais que jamás habeis tocado un arma, y que este hombre está seguro de mataros?

—¿Qué me importa?

—Es claro, vos sois demasiado feliz en este momento para pensar en conservar la vida; pero no observais que si sucumbís, la marquesa queda sin defensa y abandonada á su perseguidor.

—Teneis razon; mas ¿acaso tengo necesidad de batirme con ese hombre para librar á la marquesa de su persecucion? ¿No basta con publicar la verdad?

—Es injuriosa para el baron; os provocará y no podreis negaros á darle una satisfaccion, ú os dirá que teneis miedo.

—Yo no se la daré.

—Entonces os matará, y en nada habrá cambiado la situacion de la marquesa; es un círculo vicioso que os conduce siempre al mismo punto.

Alfieri golpeó el suelo con rabia.

—Entonces, ¿es cierto que se puede ocultar todo tras el honor? Conque ¿porque un hombre es hábil en matar, podrá obligarnos á hacernos callar ó morir? ¡Estraña justicia del mundo! Si me niego á hacerme asesinar por un miserable, mil voces gritarán que soy un cobarde, y mi celebridad no servirá más que para publicar mi vergüenza y hacer que el desprecio sea mayor. ¡Ah! puesto que la vida no es otra cosa que la arena en donde luchan los gladiadores, ¿por qué no he de ir yo tambien á verter mi sangre? ¿De qué me sirve lo que soy y lo que sé? ¡Dios mio! mi génio, mi gloria, todo lo daria hoy por la ciencia de un maestro de armas. ¿Qué hacer, qué hacer?

—En otra ocasion os hubiera dado con mil amores un *bravo;* desgraciadamente estos ya no están en moda.

Alfieri movió la cabeza y quedó pensativo; pero saliendo de pronto de su distraccion,

—Sí, sí, murmuró; es preciso que así sea: es el único medio.

—¿Qué vais hacer? preguntó el jóven.

— Vos lo sabreis esta tarde, respondió el conde, y salió.

III.

Las horas que siguieron á esta conversacion fueron empleadas por Alfieri en arreglar sus negocios y en escribir sus últimas voluntades. Por mucho valor que se tenga, es difícil que estos preparativos no arrojen una nube de tristeza en el alma; hay en toda existencia algun rincon riente, algun objeto bello que se recuerda entonces, y hácia los cuales se vuelven los ojos humedecidos por las lágrimas. Despues ¡cuántas dudas, cuántas inquietudes se levantan en el fondo del corazon! ¿Quién llorará vuestra muerte? ¿Se notará el vacío que dejais? ¿Vuestro nombre vibrará por mucho tiempo en alguna parte? ¡Melancólicos problemas que se levantan en nuestro espíritu, y para los cuales no se atreve uno á consultar á la esperiencia!

Alfieri se los propuso tambien; pensó en las montañas donde habia pasado su infancia, en sus primeras emociones, en sus primeros versos y en las predicciones de la vieja hechicera que iban á cumplirse. Examinó en seguida sus papeles, separó sus composiciones acabadas de las que no lo estaban, y detuvo una triste mirada en sus obras mas queridas, que únicamente las tenia proyectadas. ¡Oh! ¡cuántos sueños no realizados, cuántas inspiraciones perdidas se le agolparon entonces á su memoria! ¡cuántas veces llevó convulsivamente las manos á su frente, como para arrancar ese tesoro de ideas que iba á perecer con él! Porque tal es la aspiracion santa que tiene el hombre de alcanzar la inmortalidad que no puede resolverse á abandonar la vida sin espresar el último de sus pensamientos; siente en ese instante supremo que todo lo que hay de inteligencia en él es la herencia de la humanidad, y que guardarse lo mas mínimo es cometer un robo.

El tiempo pasaba: el conde acabó rápidamente de ponerlo todo en órden; escribió á su hermana; dirigió un adios en su pensamiento á todo lo que habia amado, y despues bajó al salon.

Celini y Marliano eran los únicos que allí se hallaban.

Celini estaba ocupado en hacer el elogio del libro de Maquiavelo, que tenia en sus manos.

—No le conozco, dijo friamente Marliano

—¿Deseais leerle? preguntó el jóven presentándoselo.

—Yo no leo jamás.

Celini le miró con admiracion. Se hallaban en aquella época en todo el ardor del movimiento intelectual, que señaló el principio del siglo XIX, el reinado de los folletos y de las discusiones sociales, era, sobre todo para la nobleza, una cuestion de moda; así que, cuando un gentil-hombre declaraba que no sabia leer, parecia tan estrordinario como si en tiempo de la regencia hubiese dicho un caballero que no tenia querida. El conde, que acababa de entrar, notó la sorpresa de Celini.

—El Sr. Marliano tiene razon, dijo; ¿qué pueden enseñar los libros á los hombres de talento?

Marliano le miró como para asegurarse que se burlaba de él Alfieri; pero este permanecia tan impasible que no supo qué pensar.

—Entonces, vos deberíais, mi querido conde, no fatigaros la vista leyendo todas las noches, respondió Celini riéndose.

—¡Oh! yo es otra cosa, replicó el conde; yo soy un poeta, un loco que venero á Plutarco, y tomo por lo sério palabras ridículas, como son las de patria y libertad..... Sueño en un mundo en que las recompensas serian para los más dignos, el poder para los más desinteresados, la dicha para todos..... Yo no tengo sentido comun, en tanto que el señor es un sábio.

Todo esto era dicho con un tono tan calmoso y un acento tan reposado, que hubiera sido difícil descubrir si habia ó no intencion en sus palabras. La ironía estaba oculta en el fondo; pero se la sentia, por decirlo así, sin apercibirse de ella. Era uno de esos sordos ataques que hieren con tanta mas seguridad cuanto menos se les puede rechazar, y que despues de irritar por medio de golpes invisibles, conducen necesariamente á una represalia que obliga á desempeñar el papel de agresor.

Marliano se esforzó por lo tanto en dominarse. Comprendia que una querella podia hacérselo perder todo poniendo á la marquesa en un estremo enfadoso, y él queria evitarlo á toda costa. Así fué que respondió con un tono de impaciencia contenida.

—No acepto los elogios del señor conde; pero repito que dejo á los más hábiles que yo, á los que se dan, segun creo, el nombre de filántropos y de filósofos, el cuidado de rehacer el mundo, como una pieza de teatro, en sus comidas.

(Se concluirá.)

BAYEUX.

Conocida del tiempo de César bajo el nombre de *Aragenus Naomagus*, y despues con el de *Boyacassium*, la villa de Bayeux es hoy dia capital de provincia en el departamento de Calvados. Cuenta en su recinto 9.483 habitantes, y posee un obispo sufragáneo del arzobispado de Rouen, y tiene un gran Seminario. Posee igualmente una Sociedad de agricultura, y otras de ciencias, artes y bellas letras.

Las ferias de Bayeux, que son seis en el año, prueban por la actividad de los negocios que en ellas se verifican, la importancia comercial é industrial del país. Fábricas de percales, de telas de algodon, blondas, encajes, cria de caballos y otros animales, curtidos, etc., forman el elemento principal para las numerosas transacciones que se verifican en estos mercados ó ferias.

El monumento que más llama la atencion del viajero, es la Catedral, por su bellísima arquitectura de diferentes épocas.

Existen aun en Bayeux muchas antiguas casas muy curiosas de visitar, pero la verdadera curiosidad y maravilla es la tapicería de la reina Matilde, representando la conquista de Inglaterra por Guillermo el Conquistador, su esposo, en 1.066. Es una magnífica tela de lino de veinte pulgadas de ancho por doscientos catorce piés de largo. El sello de armas del rey Guillermo se conserva aun en la Biblioteca de la ciudad, así como igualmente el de Lotario.

Las armas de la ciudad proceden sin duda de la importancia que disfrutó en la época de la dominacion de los duques de Normandía, que habitaron muchas veces su castillo; tienen por blason un *leopardo de oro en campo de gules*, mitad de las armas de los duques Normandos, que tenian dos leopardos, y á los cuales, despues de haber ocupado el trono de Inglaterra, añadieron un tercero.

En cuanto á las mayúsculas B y X, colocadas en los estremos y en la cabeza del escudo, es una adicion moderna, que representa la primera y última letra del nombre de Bayeux, llamado en latin *Boyacassium* ó *Bajocum:* la denominacion actual francesa no se remonta más que al duodécimo siglo.

UNA POSADA EN SIERRA NEVADA.

El grabado que aparece en la página 248, es la reproduccion de una escena de costumbres en una posada de Sierra Nevada. Representa la cocina de la misma y á las ocho de la noche, hora en que los arrieros, carromateros, ect., ect., terminan su jornada y vienen á descansar de las fatigas del dia, á refrigerar sus estómagos desfallecidos, preparándose para emprender su caminata al amanecer del siguiente dia.

En el centro arde un magnífico fuego, que alimentan algunos troncos de encina, y sobre ellos la *Maritornes* prepara y condimenta, en una sarten de colosales proporciones, el característico arroz con bacalado, que es el tema obligado de todas las posadas de esta naturaleza y al cual podrá faltarle sustancia, pero picante jamás. Es el mejor escitante para el mosto.

Diferentes grupos dan animacion al cuadro perfectamente concebido y mejor ejecutado por los célebres artistas Rosargue y Haliutou, y del cual se han hecho ya varias copias al óleo, que embellecen algunos museos particulares.

CORRESPONDENCIA DE «EL PERIÓDICO ILUSTRADO.»

D. G. A., de Candelario.—Recibidos los sellos; queda suscrito hasta fin de marzo.

D. E. C., de Badajoz.—Queda renovada su suscricion y servido: recibiremos con gusto sus poesías y charadas, etc., y si puede ser se publicarán.

D. G. B., de Barcelona.—En efecto, estamos en la idea de publicar un Almanaque, y puede Vd. mandar su anuncio.

D. A. B., de Motril.—Recibido el importe de las trece suscriciones.

D. A. D. M., de Zalamea de la Serena.—Recibidos los sellos y queda suscrito desde el primer número.

D.ª A. P., de Irun.—Renovada su suscricion y servida.

D. P. B., Estacion del F. C. de Irun.—Recibido el importe de la renovacion, y servido.

D. R. A., de Barcelona.—Recibidos los sellos y queda suscrito por un año; aprovecharemos la ocasion para sus charadas y geroglíficos.

D. B. F., de Mahon.—Recibida la libranza y servidas las tres suscriciones.

Sra. Viuda de H., de Zaragoza.—Recibida su letra y servida la suscricion.

D. E. P., de Berja.—Conforme con su carta, se le servirá la suscricion del señor de G.

D. P. M. M., de Crevillente.—Brevemente publicaremos algunos grabados de los que Vd. desea.

D. B. P., de Santander.—No tenemos inconveniente en mandarle los doscientos ejemplares que pide; conteste á la nuestra del 1.º del corriente y estará servido.

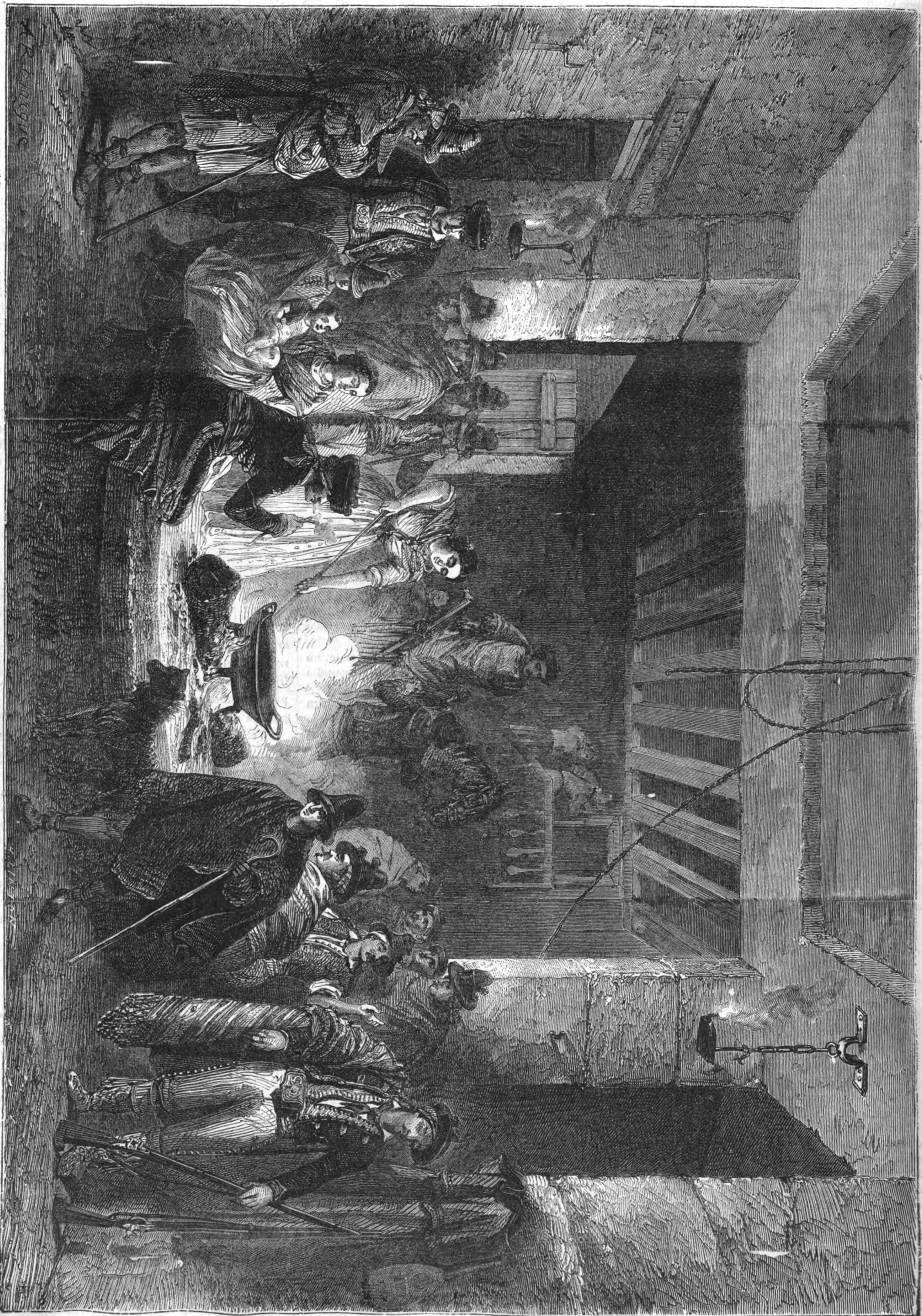
D. F. M., de Navarrete.—Recibida la libranza, y el sobrante invertido en limosna.

D. F. de A., de Bilbao.—Queda hecha la suscriciom de D. Q de H.

D. A. B., de Torrente.—Se le manda la coleccion que pide: la suscricion al *Petit Journal* por trimestre es 50 rs.

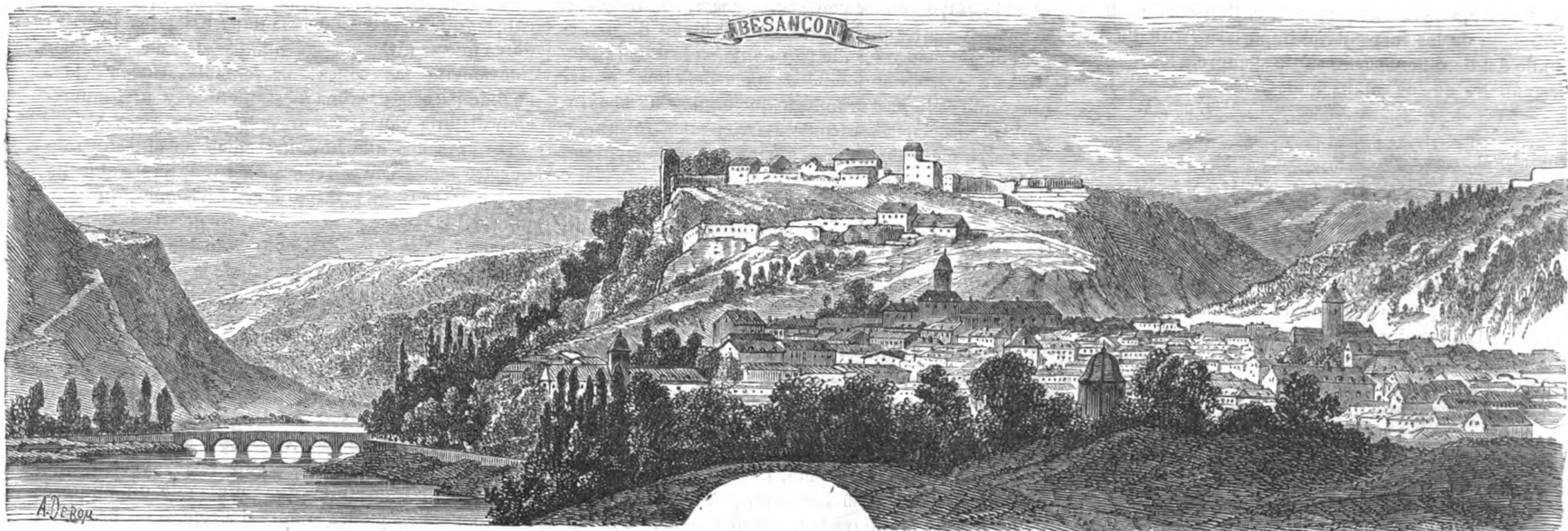
Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



UNA POSADA EN SIERRA NEVADA

El Periódico ilustrado.



Número 32.
DEL 12 AL 19 DE OCTUBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



SUMARIO.—*Algunos hombres del dia.—Revista de la semana*, por Palacio.—*Paris de dia y Paris de noche*, por Belza.—*El canario y el gato*, por R. Caula.—*El arca de Noé*, por F. de Zulueta.—*Las aguas de Albano.—Melodía*, por Valentino.—*Besançon.*
LÁMINAS: Besançon.—Hombres célebres contemporáneos.—Paris de dia y Paris de noche.—Un paseo de S. M. la Reina y su augusto esposo.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.		UN NÚMERO
Madrid. . . Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.		4 cuartos en MADRID.
Provincias. Un año 28 » —Seis meses 14 »		
Ultramar. . Un año 80 » —Seis meses 50 »		5 cuartos en PROVINCIAS.

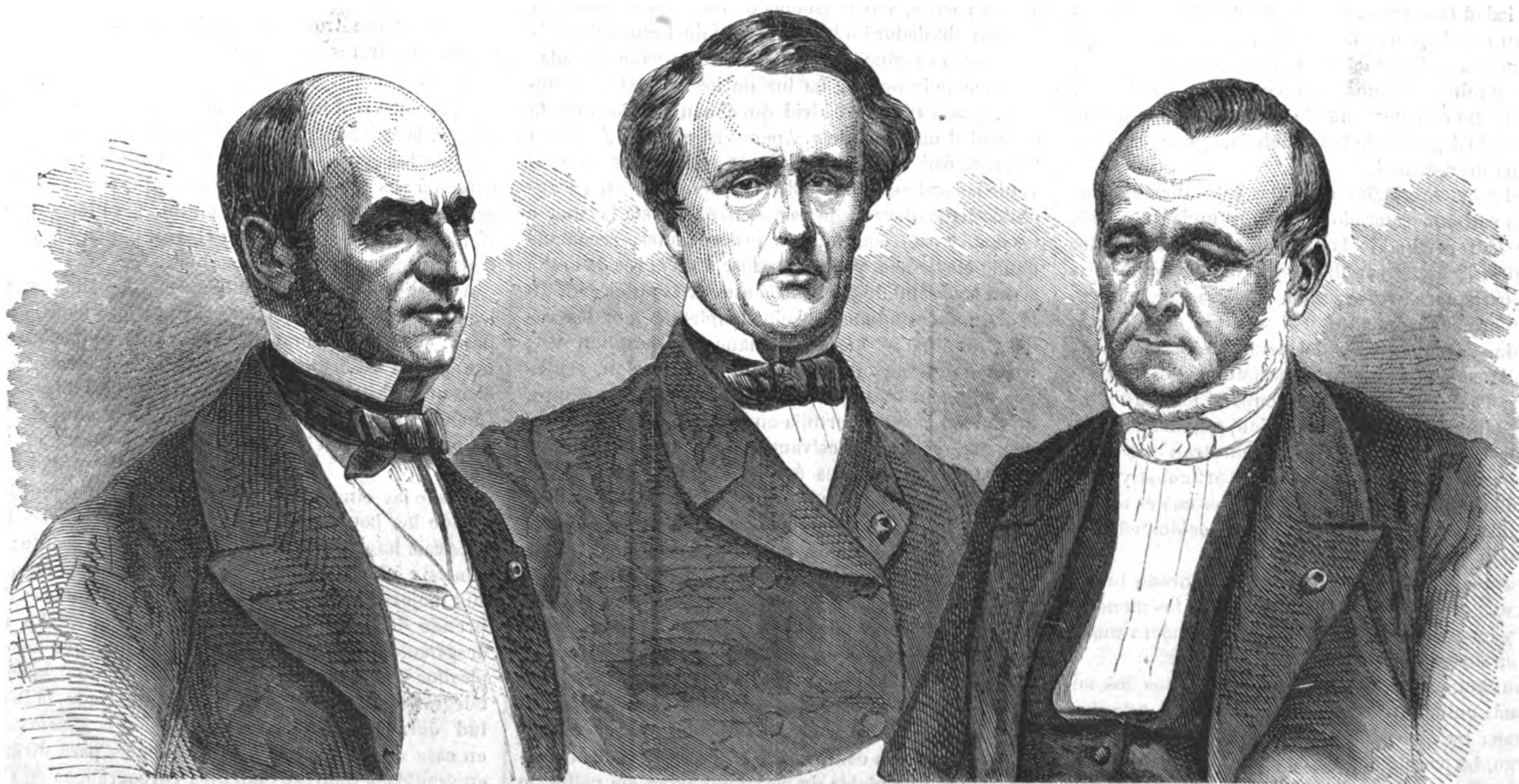
ALGUNOS HOMBRES DEL DIA.

Como ofrecimos y venimos cumpliendo desde la aparicion de nuestro semanario, hemos dado ya al público una porcion de retratos y biografías de eminencias contemporáneas, de hombres ilustres, sin limitar nuestro trabajo á los que proceden esclusivamente de un país determinado. Para nosotros son lo mismo españoles que rusos, franceses que italianos, alemanes que ingleses, con tal de que por cualquier motivo ó concepto se hayan hecho célebres en sus respectivas condiciones ó carreras, y dignos de la consideracion pública, así que, sin penetrar en las altas regiones de la política, terreno que nos está vedado, publicamos á continuacion los retratos de los Sres. Behic, Duruy y Boudet, tres eminencias que en el vecino imperio por sus actos, sus discursos y sus respectivas posiciones han llamado y continúan cautivando la atencion pública. Daremos muy ligerísimos apuntes biográficos sobre estos célebres personajes, pero suficientes para el objeto que nos hemos propuesto.

Aparece el tercero la bondadosa y patriarcal fisonomía de Mr. Paul Boudet, hace poco ministro del Interior, y hoy dia senador y secretario de aquel alto cuerpo. Mr. Boudet nació en Laval en 13 de noviembre de 1800, y en sus primeros años se dedicó á la carrera del foro; pero sus compatriotas le enviaron en 1834 como su representante á la Cámara de diputados, y más tarde 39,966 votos le eligieron para ocupar su asiento en la Asamblea constituyente. Su talento, su esperiencia, su actividad y penetracion para los negocios hicieron de él un eminente hombre de Estado, y fué elegido para el puesto que acaba de dejar, y en el cual ha prestado á su pais relevantes y eminentes servicios.

Otro de los retratos es el de Mr. Victor Duruy, ministro al presente de Instruccion pública. Nació en los Gobelins é hizo sus primeros estudios en la calle de Postas, dándose primero á conocer por su esclarecido talento en la universidad de Paris. En la escuela normal completó sus estudios, y despues de haber ejercido por algun tiempo el profesorado de historia en Reims, fué en el colegio de Enrique IV y en el liceo San Luis, donde vino á ilustrarse y hacerse célebre en la enseñanza. Su *Geografía política de la república Romana y del imperio*, su *Geografía histórica de la Edad media*, su *Historia Romana* y su *Historia Griega*, y finalmente los cincuenta volúmenes de *Historia universal*, publicados bajo su direccion, son obras suficientes para elevar á un grado superior el talento de este hombre eminente; y la antigua Sorbona, que ha visto recibir á Mr. Duruy doctor en 1853, le ve todos los años, llena de satisfaccion y de orgullo, presidir la distribucion de recompensas á los laureados del concurso general.

Mr. Armando Behic, ministro de Trabajos públicos,



S. E. Mr. Behic. S. E. Mr. Duruy. Mr. Boudet.

HOMBRES CÉLEBRES CONTEMPORÁNEOS.

de agricultura y de comercio, y cuyo retrato aparece en la misma página y al lado de sus compañeros, pertenece á una provincia donde las cuestiones industriales son estudiadas prácticamente. Ha sido diputado por Valenciennes; tomó asiento más tarde en el Consejo de Estado y preside el Consejo de administracion de las mensajerias imperiales. Antiguo discípulo del liceo Bonaparte, asiste siempre á las reuniones anuales de sus condiscípulos.

J. BELZA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Muertes, asesinatos, fiero estruendo, esto es lo único que ocurre en Madrid hoy dia de la fecha, en tanto que la atmósfera nos regala una menuda lluvia; que los capitalistas emigran, y que el terror asoma por todas partes su rostro amarillento, llevando la duda y la tristeza á los corazones.

Porque ya se puede decir impunemente, y sin riesgo de sorprender á nadie; el viajero misterioso, cuyo saludo equivale á un *requiescant in pace*, ha llegado, y se entretiene estos dias en recorrer las calles de la coronada villa, que conoce por lo visto tan bien como el Sr. Mesonero Romanos.

Dice un amigo mio que hay tres cosas que no pueden ocultarse en un pueblo, porque se conocen á la legua: el hambre, el cólera y la revolucion. En efecto; cualquiera que examine hoy la fisonomía de Madrid se convencerá que aquí pasa algo grave, y que vivimos, como suele decirse, con la muerte al ojo. Estuve el domingo en Capellanes, y salí de allí profundamente conmovido: habia algunas muchachas, pero ni una sola me habló para darme broma; las dos ó tres que lo hicieron fué para pedirme que las convidara á cenar, por si era la última vez que nos veiamos. La poca gente que concurre á los teatros está silenciosa y preocupada; los chistes de Caltañazor no hallan eco en el público, ni tampoco las exageraciones de Catalina. Yo aconsejaria á las empresas, que para animar un poco los espectáculos, nos dieran alguna noche obras de esas que provocan una silba segura, siempre más fácil de obtener que el aplauso. Verdad es que las empresas dirán á esto que precisamente es lo que buscan ofreciéndonos á menudo juguetitos como *La Cuestion de Oriente*, y dramones como los que resucita Novedades.

Por supuesto que para esto de dramas, Novedades y el cólera se quedan cortos al lado de los autores de los crímenes cometidos últimamente en las calles de la Ruda y de Barrionuevo. La perversidad humana llega en algunos séres á tal estremo, es tal la bajeza de ciertas almas, que hay momentos en que desearia uno aislarse de la sociedad, ó cuando ménos constituir una sociedad tranquila, compuesta de gentes que no hubieran reñido jamás con nadie, como un general que yo conozco. Desgraciadamente esto no es posible, y ovejas y lobos tenemos que vivir todos revueltos, sin lo cual no conoceriamos la belleza del contraste, ni el principal placer de la existencia, que estriba en su misma inseguridad.

De todas las desgracias acaecidas estos dias, las dos que han causado sensacion más profunda han sido las que han producido la muerte del Excmo. señor D. Joaquin Francisco Pacheco, y la del conocido y estimado carbonero Sr. Parrondo, víctimas, el primero de la enfermedad reinante, y el segundo de un feroz homicida, poseido quizás del demonio de la cólera, peor mil veces que su tocayo masculino.

El Sr. Pacheco, que habia ocupado los más altos puestos en política y administracion, era una de nuestras glorias literarias, como lo demuestran sus estudios sobre la Italia, y la multitud de artículos y poesías sueltas que escribió, muchos de los cuales se han coleccionado últimamente por los conocidos editores San Martin y Jubera.

Respecto al Sr. Parrondo, era un honrado industrial, cuya casa estaba siempre abierta á los menesterosos, y cuyo entierro ha sido una verdadera manifestacion de aprecio popular.

Como comprenderán ustedes, siendo estos los sucesos más culminantes de la semana, claro está que la semana ha sido muy poco entretenida; algo, sin embargo, ha pasado en ella de agradable, y bueno es consignarlo aquí, para borrar la impresion que nos han dejado otras cosas.

Asistimos el domingo último al ensayo general de *La Africana*, para el cual la empresa invitó galantemente á la prensa y á lo más escogido de la sociedad de Madrid. Así es, que todas las localidades del inmenso teatro estaban llenas, produciendo el efecto de una primera representacion, á lo que contribuia el que el ensayo se hizo con luces, decorado, trages y demás accesorios. Debemos decir, en honor de la verdad, que la empresa salió triunfante en la difícil prueba. La ópera, en su totalidad, nada deja que desear; el aparato es lo más grandioso que aquí se ha visto, y tanto el director escénico Sr. Harris, como el pintor Sr. Ferri, merecen el más cumplido elogio por sus trabajos.

En cuanto á los cantantes, los que sobresalen en primer término son la Sra. Rey Balla, destinada sin duda á ser la artista favorita del público, y el barítono Sr. Bonehée, que se manifiesta en su papel de Nelusko á la altura de un gran maestro. Del tenor Steger no se pudo juzgar en el ensayo, pues siendo su parte de una gran dificultad, y hallándose además muy cansado, apenas hizo más que indicar las principales piezas. Con todo, nos pareció que tiene gran estension de voz, y que canta con gran espresion y seguridad, cualidades que merecen aplauso. El resto del cuadro está perfectamente entonado, y corresponde hasta en sus menores detalles á la grandiosidad del conjunto.

Despues de esta novedad, que tiene toda la importancia de un gran acontecimiento, la única que merece mencionarse es el estreno por la compañía del Príncipe de una pieza de nuestro querido amigo y compañero Eusebio Blasco, titulada *La mujer de Ulises*, que le ha valido una ovacion tan lisonjera como merecida. No esperábamos otra cosa los que le conocemos á fondo, y sabemos que puede aspirar todavía á más altas empresas.

M. DEL PALACIO.

PARIS DE DIA Y PARIS DE NOCHE.

Lo mismo que de Paris, pudiera decirse de Lóndres y de Madrid, y algunas otras grandes poblaciones, en las que, en mayor ó menor escala, el movimiento y la animacion es continua, y puede muy bien creerse que ni hay noche ni dia para la subdivision de tiempo de reposo ó animacion. Sin embargo, este movimiento, esta vida tiene en cada una de estas grandes localidades su fisonomía especial y esclusiva, y que si bien en ciertos puntos se asemeja ó es exactamente igual, en otros es completamente distinta.

En Madrid, hace algunos años, en época no muy lejana, era una cosa rara ver á las dos de la madrugada más de tres personas en la calle; nada turbaba el silencio y el reposo, como no fuera la voz de los serenos, el ruido de los carros de Sabatini, con sus colosales ruedas, y la presencia de los traperos que pululaban alrededor de los montones de basura depositada por los vecinos en el centro de la calle, pasadas las once de la noche. La luz de los faroles se estinguia, y las calles de Madrid quedaban sumidas en la oscuridad más completa. Apenas se permitia á alguna taberna, ó alguna que otra tienda de andaluces contravenir las órdenes de la policía, albergando en su recinto media docena de parroquianos hasta la una ó las dos, y esto con muchas precauciones, recomendando el silencio, y esponiéndose á una crecida multa si era sorprendido por los agentes de la autoridad. En el dia, todo esto ha cambiado completamente: las calles, iluminadas hasta el amanecer, permiten ver, particularmente en el centro de la poblacion, centenares de personas que discurren de un punto á otro, de café en café, de tertulia en tertulia, séres estremadamente felices ó escesivamente desgraciados, que se entregan á los placeres á que su buena fortuna les convida, ó que buscan un albergue donde descansar algunas horas, y proporcionarse algun recurso para el siguiente dia. Los cafés, en su mayor parte, se encuentran abiertos y resplandecientes de luz hasta las dos de la madrugada, otros hasta las tres, y alguno que otro no cierra jamás sus puertas; el servicio de camareros se releva de seis en seis horas, y solo permanece vacío el tiempo que dura la limpieza. La monótona voz de los serenos apenas se escucha de vez en cuando, y el característico tipo del trapero va desapareciendo. En cambio, á las cuatro de la madrugada, una espesa niebla de polvo envuelve las calles de la villa: las colosales escobas de los barrenderos de la municipalidad van amontonando de trecho en trecho las basuras que más tarde vendrán á recoger los carros llamados generalmente de la limpieza, y que las más veces se asemejan á la *rodilla de Mariquita*, que ensucia más que quita; y finalmente, las burras de leche, con sus características campanillas; las buñoleras, los tahoneros, los repartidores de periódicos, los cajistas que se retiran de las imprentas, los trabajadores que se dirigen á sus talleres, etc., etc., invaden nuevamente las calles, prestándoles nueva vida, cuando parecia próxima á estinguirse, y una animacion distinta y más pronunciada.

Los grabados que hoy ofrecemos en el centro de nuestro semanario se refieren á Paris, y el autor ha creido deber adoptar dos grandes divisiones, que signifiquen las diversas fases del Paris de dia y el Paris de noche. Pero estas divisiones, ¿pueden establecerse? El símbolo egipcio de la eternidad, la serpiente mordiéndose la cola, ¿no es la viva imágen del círculo de agitacion en que gira sin cesar aquella capital inmensa? ¿Puede precisarse el momento en que empieza y concluye la jornada? ¿No existen allí, como aquí, pero allí en mayor y más crecidísimo número, millares de hombres que por necesidad ó por gusto hacen del dia noche y de la noche dia? A las doce de la noche, el centro de Paris permanece aun resplandeciente de luz, lleno de transeuntes que pululan de un punto á otro, y para los cuales la hora del reposo no ha sonado todavía, precisamente cuando ya esta ha cesado para numerosos artesanos y trabajadores, que dejando el mullido ó duro lecho, dan comienzo á sus faenas habituales. Los hortelanos y cultivadores de las afueras de la capital se dirigen en sus carros pesadamente hácia los mercados centrales, á depositar en ellos sus legumbres y verduras; los carniceros y cortadores comienzan en los mataderos su penosa tarea; los panaderos se agitan al lado de los hornos, como demonios en medio de atmósfera incandescente, en tanto que los guardas de las obras, helados de frio, recogen algunos pedazos de leña para formar una hoguera que les proporcione pasar ménos mal las horas que restan de noche.

En tanto que alegres orgías ó deliciosas cenas son servidas en los primeros restaurans, que las gentes de alto tono bailan y se agitan en los suntuosos salones del *Faubourg Saint German*, barrio habitado por la nobleza antigua; los traperos persiguen en sus viajes de esploracion entre la basura un trozo de papel, ó un pedazo de asqueroso trapo. El mugido monótono de las máquinas que tiran los periódicos de la mañana se hace sentir muy perceptiblemente, y los plegadores y repartidores esperan con impaciencia los pliegos, húmedos aun, para echar á correr á donde les llama el cumplimiento de su obligacion. Todos rivalizan en celo y actividad para no faltar á ella.

Apenas el alba empieza á blanquear los tejados, los obreros parten para sus talleres, las lecheras se instalan en los portales que tienen de costumbre, y un poco más tarde trotan en *negligé* de mañana las modistas, costureras, chalequeras, floristas, ribeteadoras, etc.

A las ocho ó á las nueve la circulacion es mucho mayor, la animacion crece; las escaleras gimen bajo el peso de los aguadores; los dependientes de comercio corren á sus almacenes, los empleados á sus oficinas respectivas y todos aquellos, en fin, para los cuales y efecto de sus ocupaciones y deberes, el dia y la noche empiezan siempre á la misma hora.

A las diez se abren las Bibliotecas, los Museos, y á las doce el palacio de la Bolsa; silencioso toda la mañana, empieza á cobrar una vida y una animacion que no es fácil describir, y que solo puede formarse de ella una idea escuchando su atronadora algarabía. Cuando la Bolsa se cierra, la multitud afluye á los Campos Elíseos, relativamente solitarios hasta aquella hora.

Desde las cinco de la tarde aquella misma multitud invade los boulevares, donde el tránsito á veces se hace casi imposible; los cafés se llenan de gente; las fondas y restaurans preparan sus elegantes mesas y sus mejores servicios, y cierto olorcillo que se desprende de las cocinas, escita el apetito de los más desganados. Al llegar la noche y en tanto que los empleados de telégrafos espiden multitud de despachos telegráficos para todas las partes del mundo, la juventud dorada de ambos sexos come en la *Maisson d'or*, en casa de Bignon, ó en el café Inglés para dirigirse en seguida á lucir sus talentos coreográficos en *Chateau des-Fleurs* ó en *Mabille*.

Los teatros se llenan de gente, y cuando á las doce

y terminada la funcion cierran sus puertas, arrojan sobre los boulevares un contingente de más de treinta mil almas, que se apresuran á volver á su domicilio, si antes no se detienen á cenar ó refrescar en cualquiera de los cafés, que permanecen abiertos esperando su última visita. ¿No tenemos, pues, razon de decir que en las grandes poblaciones, y más particularmente en Paris por sus condiciones especiales, no existe dia ni noche? Es el movimiento continuo.

J. BELZA.

EL CANARIO Y EL GATO.

Fábula.

Un hermoso canario Blas tenia
Que con afán cuidaba,
Sobre todas las cosas lo queria;
Pensando en su canario se dormia
Y en él tambien pensando despertaba.
A tanto amor correspondia ufano
El noble pajarillo,
Yendo alegre á comer el rubio grano
Sobre la tierna y generosa mano
Del amigo Blasillo.
Un gato de escelentes condiciones
Tenia Blas tambien, gato muy listo,
Que probara en distintas ocasiones
Una destreza en caza de ratones,
Como nunca se ha visto.
Sucedió cierta vez que de matanza
De ratones el gato ya cansado,
Concibió la esperanza
De regalar la panza
Con un manjar más tierno y delicado.
En el pobre canario puso el ojo,
Acechando paciente
Una ocasion propicia á tal antojo,
Y arrostrando de Blas el fiero enojo,
Donde pusiera el ojo, ¡clavó el diente!
¡Oh situacion de sangre y de horror llena!
Con furor insensato,
Ciego Blas por la pena
Al contemplar aquella triste escena,
Empuñó un asador... y mató el gato!!

Blas el gato mató... y esto es muy cierto;
Mas, ¿logró por ventura
Volver la vida al pajarillo muerto?
¿Algo ganó con su conducta dura?
Perdió, por el contrario,
El tan famoso gato y el canario.

Te pregunto lector: aunque castigue
La sociedad, por medio de sus jueces,
Un crimen con la muerte, ¿qué consigue?
Lo que ha logrado Blas: perder dos veces!!

REMIGIO CAULA.

EL ARCA DE NOÉ

POR

D. F. DE ZULUETA.

I.

Os voy á hablar de la casa en que habita.

No quiero hablaros de *ella*.

No podria hacerlo. La amo tanto, que embarga mis potencias y sentidos su solo recuerdo.

Pero en cambio os puedo hablar de todo cuanto la rodea.

Todo ello tiene para mi un encanto irresistible. En todo veo á *ella;* en todo miro su delicado corazon, sus sentimientos tiernos y puros.

Hay una casa en Madrid, en una de las calles más aproximadas al centro, de nueva construcion, de sencilla fachada, esquina á otra calle que atraviesa la primera y con la que forma el edificio un ángulo bastante agudo, cortado por un chaflan de ventana, y en cuyo tejado se alza una cruz de hierro de más que regulares dimensiones.

Nueve balcones á la calle principal, con persianas verdes, otros siete y dos ventanas con persianas tambien á la otra calle, tres pisos en la mitad de la fachada principal, y cuatro en la otra mitad y la otra fachada, un cuarto bajo de altas rejas; rejas en los sótanos, cuyo zócalo es de piedra, y un elegante portal que tiene una vasta escalera; tal es la mansion que estoy contemplando diariamente, impulsado por el novelesco sentimiento que nos lleva siempre á caza de aventuras, y que ordinariamente esclaviza nuestro corazon y decide de la ventura ó de la infelicidad de toda nuestra vida.

Cuando desde lejos diviso dicha casa, mi primera mirada se dirije á ver si distingo en algun balcon á la señora de mis pensamientos. Voy con el baston de borlas de correa enlazado á la muñeca y empuñándolo en actitud de llevar la espada en un desfile; miro, y siempre me confundo, siempre creo que se asoma; y es que como *ella* vive en el tercero, y el tercer piso está separado del cuarto por una pequeña cornisa, y yo soy algo corto de vista, lo primero que noto es la cornisa que dá vuelta al edificio sobre uno los balcones; tomo á la cornisa por la cabeza de una persona, y llego y mi ilusion se desvanece.

Veo despues las macetas que están en su balcon. ¡Sencillas y aromáticas plantas cuyo perfume llega á confundirse con el perfume virginal de la niña de mis ojos, yo os envidio todas las mañanas cuando *ella* asoma con su bata blanca, que vibra á las ondulaciones de su turgente seno!

Despues distingo el sonoro pajarillo que en dorada jaula la despierta con la melodia de los matinales gorjeos, alegres trinos no tan bellos como los armoniosos ecos que *ella* hace sonar al piano, cuando sus pequeños dedos se deslizan por el marfil del teclado.

Bajo la jaula del pintado canario veo otra más modesta, aunque más grande; veo la jaula del loro que todos los dias está preguntando: «Maruja» «Maruja» «Marujilla» y *ella* se asoma, y le dá de comer, y le enseña nuevas frases.

¡Quién fuera el avecilla de las doradas rejas que la vé todas las mañanas! ¡Quién, cual el loro, pudiera departir amigablemente con *ella* y recibiera de su blanca mano el delicado manjar que *ella* cuidadosamente guardara!

Yo miro todo esto y me conmuevo, y voy por las mañanas, á verla hablar con el loro, hacer fiestas al canario y regar las macetas, cuyos tallos se inclinan dulcemente ante las perlas que *ella* con cariño las vierte.

Lector, tu te ries: luego no estás enamorado. Si lo estuvieras, si lo hubieras estado, cien veces hubieras hecho lo mismo.

II.

Mírala. Su cabello agitado por el viento recuerda el peinado de la noche anterior; sus labios tan rojos, la frescura de su tez y acaso la candidez de su alma: las pequeñas ojeras que circundan sus ojos quizá de insomnios ó de locos ensueños. ¡Ah! palpita su seno con emocion; es indudable, *ella* ha soñado, ha soñado con un amante; ¡si ese amante fuera yo!

Maldito sea el inventor de las persianas; ahora se la ocurre cerrar la de su balcon; ¡diablo de chica! y estará mirando por detras de ella inpunemente. Nada; pues señor, me he quedado á la luna de Valencia ó al sol de Antequera, como guste el lector, que sol y luna hay en el cielo, mientras yo me quedo papando moscas en la tierra.

Vamos á la esquina de enfrente: afortunadamente la tapia tiene sombra, que sino, me pondria más moreno que la Vírgen de Atocha. Ea; ya estamos. Observemos.

Allí se abre un balcon. ¡Victoria! ¡Victoria; Será *ella*: me habrá visto. ¡Calla! pues es un mono ¡un mono! ¡y que alegre salta y brinca! le ata el criado á la balaustrada del balcon; se sube, se baja, anda en cuatro manos, en dos; se retira el criado; ¡y qué haya yo venido hasta aquí para contemplar á un mono!

Me vuelvo mico.

En aquel penúltimo hueco debe hallarse situada la cocina, pues está hácia el final de la casa y es una ventana: se abre esta; ¡justo! lo que yo decia; ¿qué es aquello blanco? ¡ah! un gato, y yo que creia...

El gato mira al mono, el mono mira al gato. Parecen dos enamorados. Tan ridículos están uno enfrente de otro.

¡Venturosos animalitos! ¡cuántas veces la mano de mi adorada habrá acariciado al pantomímico bicho! ¡cuántas el zapaquildo ese habrá jugueteado á sus piés ó comido las sobras de su plato!

Decididamente vale más ser canario, loro, mono, gato de la casa de mi adorada, que ser su amante: ellos la ven á todas horas, son festejados por *ella*, ocupan en parte su pensamiento, y yo aquí, pegado á esta esquina, solo consigo esponerme á que me salpique de piés á cabeza cualquiera de las bombas de riego de la calle.

Voy á destrozar esta tapia segun el yeso que he derribado ya con el baston de tanto estar dále que dále, desesperado de hallarme de cuerpo presente ante la curiosidad é insolente contemplacion de los vecinos.

¡Hola! ¡hola! La segunda persiana de esta otra fachada se mueve; ¿quién será? aquí solo pueden dar el comedor ó las piezas interiores de la casa. ¡Es un hombre! un criado, un asistente quizás, pues su aspecto es algun tanto marcial.

¿Qué hace? Empieza á silbar. No será á mi, que no soy artista de ningun coliseo ¡Ah! Ya ves, es un perro á quien llama; ¿será algun perro del mismo domicilio? Lo dicho; el animal estira las orejas.

—A casa, á casa, dice el fámulo.

¡Quién fuera perro!

Otro balcon que se abre, pues me van á pasar revista todos los habitantes de la colonia: es la doméstica, que sale con el plumero enarbolado; me ve y se rie la mofletuda Maritornes.

¿Canta? Si; ¿qué cantará?

Yo te quisiera querer,
Y tu madre no me deja;
En todo se ha de meter
El demonio de la vieja.

III.

—¡Quí, quí ri quí!

—¿Tambien hay gallos en esta casa? Aunque fuera esto una sociedad de aclimatacion doméstica. Si se reunen el gallo y el loro, el perro y el gato, y el canario y los ratones en la sala, será un Congreso en que de seguro no se hallará mayoría para nada. Sucederá lo que pasa siempre, que el pez más grande se tragará al más chico. Y á propósito de peces, es imposible que no tengan tambien alguna pecera, ¡con sus correspondientes habitantes acuáticos, en alguna rinconera, aparador ó consola.

Ya me voy cansando de tanto esperar: quien espera desespera. Tocan á misa. ¡Si la oyera Marujilla todos los dias, esta era buena ocasion!

Cuando dije que aquel criado era un asistente; dicho y hecho. Allí viene un ordenanza con un caballo del diestro; ¿apostamos á que es para el papá, que saldrá á dar una vuelta con el airecito de la mañana? El asistente asoma la gaita. ¡Cabalito! Entra á avisar. Doblemos la esquina, no nos vea su señoría nuestro futuro suegro. ¡Qué solitaria está la calle! Afortunadamente, por aquí no vienen de contínuo las escobas municipales á ponerle á uno como nuevo.

El caballo del papá viene por aquí ¡justo! y al trote. Ya se acerca, va de paisano. ¡Se ha reido al verme! No me importa; lo que yo deseo es que me quiera la niña; lo demás, me es completamente indiferente.

El ganso del ordenanza se pone á mirarme de hito en hito; esto es insoportable.—¡Eh! Al cuartel, que ya es hora de rancho; ¡buenas y gordas! ¡Habia de ser gallego, para no tomarlo con calma! Se sienta en un banco en el portal. Está visto, hoy voy á pasar el purgatorio en vida.

Si reflexionase que soy el objeto constante de la ociosidad de los vecinos, la diversion de los porteros, la risa de los criados, la preocupacion de la pareja de guardias veteranos que pasean esta calle, y el compañero del sereno del barrio, llegaria en mi desesperacion, quizás llegaria... á abandonar la centinela en que me he constituido.

Pero no, ¡es imposible! Yo soy tan necesario en esta calle, esta casa me es tan necesaria á mi como al gallo, al canario, al loro, al perro y al gato.

Nabucodonosor, rey de Babilonia, se vió convertido en una torpe bestia, y no debia irle muy bien en su nuevo estado, cuando recibió como castigo tan triste trasformacion; pero yo, yo creo que de buena gana me trocara por uno de los animalitos de la casa.

¿Por cuál? hé aquí la dificultad; la eleccion.

El mono es un animal ridículo; se reiria ella de mi.

El loro es estúpido; la cansaria con mi charla.

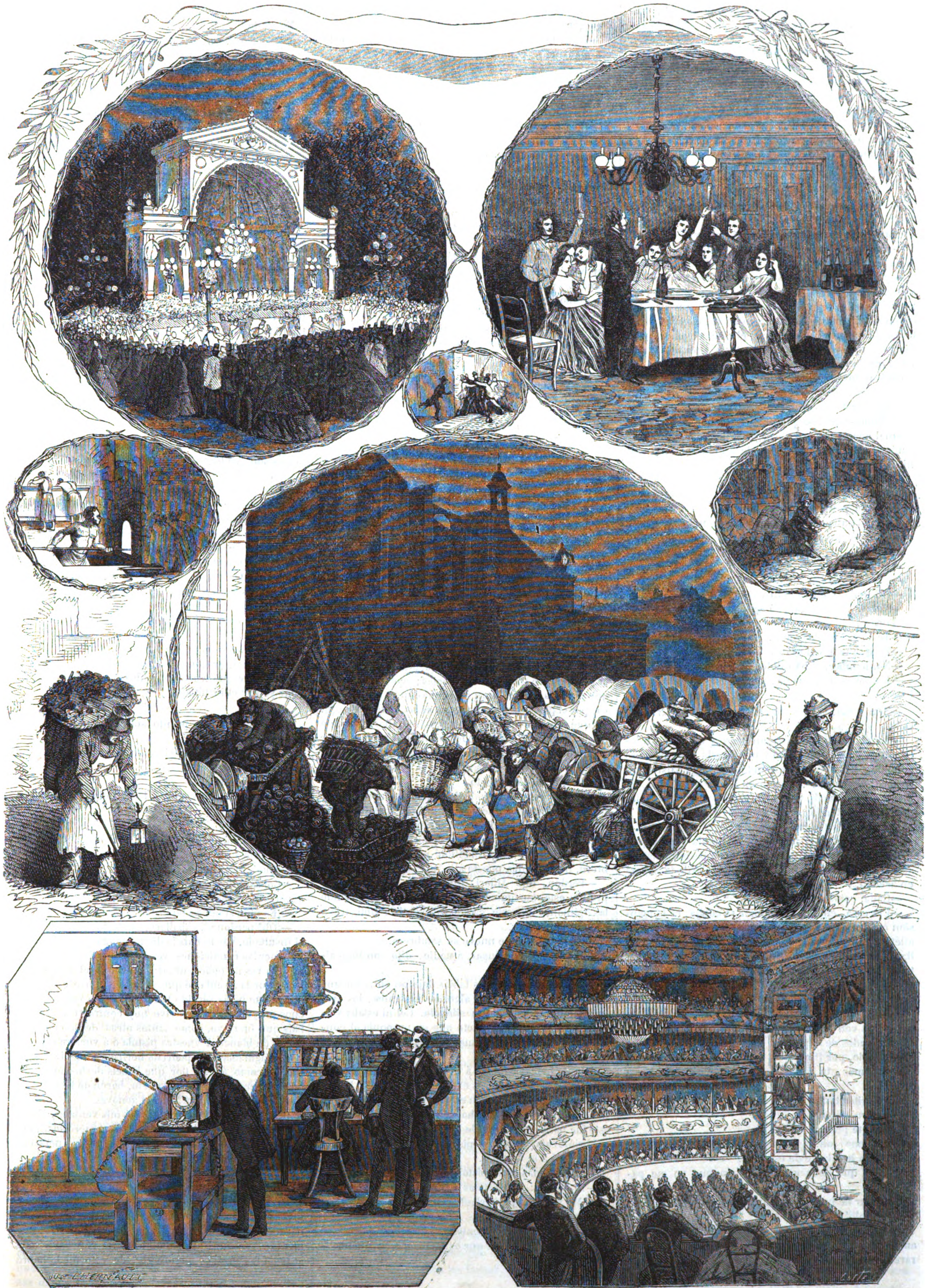
El perro es fiel, pero me trataria peor que á un perro.

El gallo es un sultan... no me gustaria ella sola.

El gato... ¡si! Si fuera ella raton, yo me convertiria



Paris de dia.



Paris de noche.

en gato; porque la verdad, me la comeria á besos.

Meterme en una de las peceras, sobre infundir sospechas daria lugar á que esclamase ella:—¡No está usted mal pez!

Y yo necesito ser otra cosa de lo que soy; yo necesito ser, si no uno de esos animalitos, un sér anómalo, un sér raro: de todas maneras, ya estoy hecho un animal por ella; conque, ¿qué pierdo?

¿Qué es eso? ¿se nubla el sol? No; es una bandada de palomas que va á su tejado. ¡Ah! Si mi corazon fuera la blanca paloma que revoloteara á su alrededor, y la diera amorosamente cándidos palominicos besos!...

IV.

—Chico, ¿qué haces ahí mirando á esa casa? me interpeló mi amigo Manolo, que descargó su mano derecha de golpe y porrazo sobre mi hombro.

—¿Qué hago, qué hago? Estaba estudiando la historia natural.

—¿Qué reino? Porque en esa casa del mineral no veo más que el yeso, la cal, la arcilla y la piedra berroqueña, y del vegetal solo hay allí dos ó tres macetas que no se distinguen bien, como no estudies los artefactos del primero en el vidrio, el zinc, el plomo y el hierro, y del segundo, en las maderas y pinturas, nada te queda sino el...

—El animal, eso es, estoy en ese reino; soy un animal.

—Todos estamos en él, segun Buffon y Linneo—género-homo-especie-sapiens; pero tu mirada se dirige á aquel cuarto tercero: de seguro que lo que tú pretendes contemplar nada tiene de animal, de terrenal ni de humano.

—¿Cómo?

—Tú quieres ver á un ángel.

—Sí, ella es un ángel.

—A mí tambien me gusta, y comprendo de veras que seas tú quien te halles en este momento en el reino animal, y pertenezcas á los cuadrúpedos.

—¡Manolo!

—¿No la estás haciendo el oso?

—¡El oso! ¿Qué frase tan vulgar?

—Vulgar ó no vulgar, tú eres el animal más risible de la casa.

—Te diré. Yo estoy aquí...

—Porque temes al gran cetáceo del papá.

—No, hombre, si ha salido.

—Entonces á la mamá, ¡oh! la mamá es una culebra...

—Segun eso, la casa en cuestion solo tiene irracionales.

—Así es. Ya habrás visto un perro y un gato, un loro y un canario, un mono y un caballo y escucharias tambien á un gallo. Te respondo de que el papá es un cetáceo; el otro dia devoró á mi vista en la fonda del Cisne medio javalí, y que la mamá sabe más que las culebras, ¿quién lo pone en duda?

—Ahora solo te falta comparar...

—A tu bella, á tu ángel con la tímida gacela que, escondida en la enramada, se oculta á las miradas del astuto cazador, que con el ponzoñoso dardo la espera en acecho...

—Calla, condenado, calla.

—Esa casa, en la que tu amor se cobija, es la mansion erótica donde se prepara una generacion robusta, atlética, que al par de la escelencia de sus formas, brillará por lo claro de su talento, por el ardor de su patriotismo, por su desinterés, por su abnegacion, por su.....

—Chico, tú has almorzado fuerte.

—Nada de eso; tu generacion (hablo de la suya, tu te casarás con ella), llegará á escalar los puestos más encumbrados de la patria.

—Manolo, por Dios.

—Tu amor, tu entusiasmo, tu adoracion por esa chica.

—No grites tanto.

—Quiero gritar.

—¡Qué te pego!

—Pegarme, ¡oh! si decia yo que tu estabas convertido en un habitante de esa casa.

—Pues, que tiene esa casa, para que yo me parezca...

—Un par de bestias y de aves de cada especie.

—¡Manolo!

—A ella te toca acojerte en el diluvio social que nos amenaza; tú saldrás ileso de la gran revolucion, y parareis en el monte...

—¿De Piedad?

—No; en el bíblico; ese edificio, esa mansion, esa...

—¡Que se asoma, chico!

—Bien, te dejo con ella. ¡Qué el gran patriarca de esa mansion os bendiga!

—¡Un patriarca!

—El papá, hombre.

—¡Es *ella!* ¡Es *ella!*

—Adios; voy yo á buscar otra casa como esa.

—Otra casa como esta; ¿pues, qué tiene de particular?...

—Esa casa es el emblema del matrimonio.

—No te entiendo.

—Tú buscas en ella el amor, y el amor elevado á su última potencia, necesita cobijar en sí todos los elementos que constituyen la humana vida, variedad de séres que vienen á ser otros tantos pares de bestias y de aves...

—¿Pero, qué disparates estás diciendo; qué tienen que ver las bestias con el amor, las aves con el matrimonio, y esta casa con todo eso?

—Hubo un arca que salvó á la humanidad.

—El arca santa del tabernáculo.

—No; otra, á la cual se asemeja para tí esa casa, otra sustituida hoy por el matrimonio, que ha de salvar á la sociedad...

—Chico, hasta luego.

—El Arca de Noé.

F. DE ZULUETA.

LAS AGUAS DE ALBANO

DE

EMILIO SOUVESTRE.

(Conclusion.)

—¿Qué decís de hombres hábiles, á propósito de filantropía y de filosofía? esclamó Alfieri. Es demasiada indulgencia, caballero; los hombres que quieren esclarecer la mente del género humano, los que aman á sus semejantes como á ellos mismos, son los necios, los miserables... Los hábiles son aquellos que se aprovechande los abusos en lugar de combatirlos; los que decoran su ignorancia y osadía con el nombre de razon; y los que sacan provecho y algun bienestar con el producto de todas las desgracias; egoistas infames que pondrian sin ningun escrúpulo fuego á la república, por el placer de calentarse en él las manos. Hé aquí los que saben vivir, los que es preciso imitar. La gente de pro arruina á los acreedores, deshonra el mayor número posible de mujeres, mata algunos amigos en duelo, y los asesina conservando la reputacion de un hombre de moda perfecto.

Mientras que Alfieri hablaba, Marliano era presa de una irritacion creciente. A las últimas palabras pronunciadas por el conde, se volvió bruscamente, y despues, como si quisiese evitar á todo trance una cuestion, se adelantó hácia un sillon para tomar su sombrero, que lo habia puesto allí.

—Perdon, dijo Alfieri, que afectó interpretar de pronto este movimiento; sin duda estoy hiriendo las opiniones de este caballero: sentiria obligarle á cederme el lugar.....

Marliano arrojó de nuevo su sombrero.

—Yo no cedo el lugar á nadie, dijo con tono altanero.

Alfieri se inclinó, y sus labios dejaron entrever una ligera sonrisa. Durante algunos instantes, los tres interlocutores guardaron silencio. Celini estaba violento, pues no sabia el objeto que se proponia el conde, y el genovés evidentemente buscaba los medios de evitar una provocacion.

Este se habia acercado á la consola para respirar el perfume de algunas flores exóticas que en ella habia, cuando sus ojos se fijaron en una caja de pistolas que Celini, al volver del tiro, habia dejado en dicho sitio; este fué para él un rayo de luz.

Abrió la caja y tomó una pistola, que examinó jugando y se acercó á la ventana.

—¿Son buenas estas pistolas? preguntó á Celini.

—Ya lo creo: son pistolas de Corimo.

—¿Me permitis probarlas?

—Con mucho gusto.

Marliano miró por la ventana al jardin.

—Veo un flor, y creo que es una camelia, dijo negligentemente.

—¿Allá abajo? ¡Pero si está fuera del alcance del cañon!

Marliano tiró.

—¡Ah! caballero, esclamó Celini.

—La flor ha desaparecido, dijo tranquilamente el conde, que habia quedado al fondo de la habitacion.

—Vos lo creeis una broma, pero esta es la verdad.

El conde se sonrió: habia comprendido que el genovés acababa de darle una prueba de su habilidad para atemorizarle.

—¡Vive Dios! Sr. Marliano, replicó Celini, que tenia sus ojos fijos en el sitio en donde habia estado la camelia; si alguna vez tuviera que batirme con vos, no elegiria la pistola.

—¿Por qué? preguntó Alfieri; ¿por lo de la flor?

—No; por mí.

—¡Bah! ¿y eso qué significa? No es raro ver desaparecer esa habilidad que admira en medio del peligro.

Marliano hizo un movimiento.

—No digo esto por vos, caballero; pero el espadachin mas audaz no sostiene siempre la mirada de un hombre de corazon, y su conciencia hace alguna vez que tiemble su mano. Algunos hay que hacen gala de su habilidad, á fin de evitar una lucha séria, y hacer alarde de pruebas de destreza para dispensarse de dar una prueba de valor.

—¡Conde! esclamó Marliano, dando algunos pasos con aire amenazador hácia Alfieri.

—No digo esto por vos, repitió este tranquilamente.

—Esa seguridad es inútil, dijo Marliano, cuyos labios temblaban de cólera; ya sé, señor conde, que vos no os atreveriais á dirijirme tales palabras. Los poetas son prudentes; no insultan más que por alusion; no provocan sino atrincherándose detras de alguna precaucion oratoria; y cuando se les arranca el disfraz con que cubren su insolencia, entonces finjen no apercibirse de lo que les dicen, y si se les obliga á contestar, invocan vergonzosamente el mal estado de su salud y escusan su honor con su enfermedad.

—Vos no direis eso por mí, ¿no es cierto? preguntó el conde dulcemente.

—Sed vos vuestro juez, caballero.

—¡Oh! no, replicó Alfieri; porque si así fuese, el Sr. Marliano sabe muy bien que podria pedirle una satisfaccion.

—¿Quién os lo impide?

—Entonces, ¿reconoceis que tendria ese derecho? ¿Debo creer que vuestros ultrajes se dirigen á mí? ¿Que yo soy el insultado?

—Sea.

Alfieri se lanzó de pronto sobre el genovés, y cogiéndole una mano,

—Caballero, tengo la eleccion de armas, esclamó.

—¿Qué me importa?

—Vais á verlo.

Corrió á la consola, cogió las pistolas, y dirigiéndose á Marliano,

—Elegid, dijo.

—Pero una de estas pistolas está descargada.

—La otra no lo está.

—¡Qué! ¿vos quereis batiros?....

—Colocando cada uno el arma sobre el pecho de su adversario, y Dios decidirá.

—¡Es imposible! esclamó Marliano.

—¡Oh! perdonad, caballero, contestó Alfieri; yo soy el insultado, vos lo habeis dicho; tengo el derecho de imponer las condiciones, vos lo habeis dicho tambien; así que vos no podeis negaros á aceptar el desafío, sin pasar por la afrenta de que os llamen cobarde. El pundonor que os ha servido tantas veces en vuestros inícuos proyectos, se revuelve hoy contra vos. Esperábais que fuera yo, como tantos otros desgraciados, á servir de blanco á vuestra pistola ó á vuestra espada, y os imaginábais que podriais herirme sin peligro sonriendo, como á esa flor que habeis deshecho ahora mismo; pero os habeis engañado, baron de Rocca.

—¿Sabeis mi nombre? dijo el genovés.

—Sí; y no creais que renuncie á mis ventajas. Yo no me bato por hacer gala de bravura ó de generosidad, no; me bato por librar á la marquesa de vuestras persecuciones; me bato porque quiero mataros.

—Vuestra esperanza podrá salir fallida, esclamó el baron, cuya sorpresa se habia cambiado en furor.

—Lo sé; pero cualquiera que sea el éxito del combate, Blanca no tendrá ya que temer vuestras persecuciones, porque tengo tomadas todas mis medidas. Mi testamento está escrito; si sucumbo, hará conocer á toda la Italia la causa de mi muerte; de este modo habré

pagado con mi sangre el derecho de decir lo que sois y se me creerá, porque se sabe que los muertos no calumnian. Antes al contrario, se me compadecerá, porque no tendré envidiosos. Mis mismos enemigos exaltarán mi gloria; vuestra funesta celebridad vivirá unida á la mia en perpétua vergüenza, y sereis considerado siempre como un infame por haberme muerto. Yo habré roto así el yugo que habeis impuesto á la marquesa, y colocada ésta bajo la salvaguardia de la opinion pública, no tendrá nada que temer de vos, y ninguno en adelante tendrá necesidad de morir por defenderla, pues no gozareis del privilegio acordado á los que se creen hombres de honor, y podrán negarse á daros una satisfaccion.

—¡Basta, basta! esclamó el baron, que no podia contenerse; es preciso que uno de los dos muera: venid.

—Estoy dispuesto, caballero.

Los dos dieron un paso hácia la puerta: Celini les detuvo.

—No os batireis, señores, sin testigos, dijo; con tales condiciones, sobre todo, es imposible.

—Vos sereis mi testigo, contestó Alfieri; que el señor baron se busque uno.

—Voy allá.

—Dentro de una hora, en la fuente, caballero.

—Estaré allí antes que vos.

Celini y el baron salieron.

IV.

Cuando Alfieri se encontró solo, una especie de desfallecimiento moral se apoderó de él. La partida de muerte estaba empeñada: dentro de una hora la muerte iba á decidir. Aprovechó este último plazo en lanzar una mirada á su pasado y pensar en Blanca.

El relato de Celini debia hacerle creer que era amado; pero ¿era bastante esta incierta creencia en el momento de morir? Por otra parte, ¿estaba él seguro de que su amigo no habia tomado la espresion del temor por la de un interés mas tierno? ¿Habia querido alejarle la marquesa del peligro por amor ó solamente por piedad? ¡Ah! él no podia esclarecer esta duda. Seguro de ser amado, hubiese afrontado con mas tranquilidad el lance, y la solemnidad lúgubre de aquella hora se hubiese esclarecido con la alegría de tal certeza.

Entregado estaba á estos pensamientos, cuando la marquesa entró en el salon con un libro en la mano. Al ver al conde se detuvo cortada y enrojecida; pero reponiéndose al instante,

—Estaba con vos, dijo ella, mostrando el libro que leia.

Alfieri reconoció el último volúmen de poesías que habia publicado.

—Vuestros libros, señor conde, replicó ella, no son como los demás, tonterías que se toman como recurso para distraerse, sino que son amigos con los cuales se comparten todas las emociones, y á los cuales no se puede dejar.

—Tambien soy celoso de eso, señora.

—¿Celoso de vuestros libros?

—Si; porque á ellos es á quienes se ama, y no á mí; antes de conocerme se me busca en mis obras, se me adivina á través de mis poesías, se me sueña parecido á los héroes, á quienes hago hablar; y despues, cuando se ve parecer á un hombre igual á los demás, se admiran, se alejan, y el ídolo cae de la altura á la cual se le habia levantado. Vos misma, añadió, el que os gusta no es el hombre, es el poeta: vos amais mis versos y huis de mi presencia.

La marquesa quiso hablar.

—¡Oh! no lo negueis, señora, continuó Alfieri; vos huis de mí, y sin embargo, parece que me habeis comprendido. Hace un instante he creido que habia tocado vuestro corazon; ¡ah! entonces he amado mi gloria y he sido feliz con pensar que esta os podria servir de adorno... ¿Por qué me habeis dejado alimentar esta halagadora esperanza?....

La marquesa se mostró conmovida; habia tanto ruego en la voz del conde, tantas caricias en sus miradas, que se sentia cómo fascinada; quiso responder, y no pudo hacer otra cosa que balbucear algunas palabras que acabaron por espirar en su garganta.

—¡Ah! habladme, replicó el conde, que cogió sus manos y las llevó con trasporte á sus labios; ¿por qué ese temor? ¿por qué ese desasosiego? Ya sabeis vos que os amo; pues bien, si este amor no os es odioso, ¿por qué os negais á confesármelo? ¿por qué privarme de esa dicha, la última quizá que podré gozar?

—¿Qué decis?

—¿Quién conoce los designios de Dios? ¿no sabeis la prediccion que se me hizo?

—¡Oh! no la recordeis.

—Y si ella debiera realizarse, si por casualidad os viese en este instante por la última vez... A los moribundos se les otorga todo; ¿me negariais una mirada para hacerme feliz?... ¡Blanca! ¡ah! vos temblais... ¡Dios mio! una palabra, ¡sola una palabra! Blanca, ¿me amais?

—¡Y me lo pregunta! mumuró deshecha en lágrimas y ocultando su rostro entre sus manos.

—Alfieri arrojó un grito de alegría.

—Es verdad: ella me ama. ¡Gracias, Dios mio! ¡Blanca, querida Blanca!

—¡Ah! ¿por qué me habeis hecho hablar, dijo ella, si vos sabiais?...

—Nada: yo no quiero saber nada, sino que tú me amas. Yo no quiero que tú llores, yo no quiero que tú tiembles... tú me amas... ¡oh! ahora, que mi suerte se cumpla.

El reloj sonó; el conde se estremeció.

—Adios, Blanca, dijo él estrechando á la jóven contra su pecho, y dándole un beso; adios.

Y desprendiéndose de sus brazos, salió precipitadamente del salon.

La marquesa se quedó inmóvil y entregada enteramente en el primer instante á la emocion que se esperimenta y se sucede á una declaracion, y al vago temor de las desgracias que sin duda iban á resultar; pero bien pronto la turbacion del conde hirió su pensamiento, y al preguntarse el por qué habia huido de una manera tan pricipitada, una sospecha horrible atravesó por su espíritu.

Corrió al jardin; Alfieri no estaba allí: preguntó por Marliano, y le dijeron que estaba ausente; su corazon latió con tal fuerza, que parecia quebrarse: subió á la habitacion del conde sin saber lo que hacia, y entró: estaba vacía; se precipitó hácia el balcon... En este momento se oyó un pistoletazo; ella arrojó un grito y se apoyó desvanecida en la pared; casi al mismo tiempo apareció Celini á la entrada del *parterre*, gritando:

—¡Un médico!...

Blanca sintió que la tierra se removia bajo sus piés; estendió los brazos para sostenerse, y quiso dejar la ventana; pero de repente un ruido de pasos sonó en la escalera, una voz se hizo oir; la puerta de la cámara se abrió bruscamente.

¡Era Alfieri!

CARMELO CALVO Y RODRIGUEZ.

MELODIA.

¡Que si te amo!..... De corrida
Trás la tuya va mi suerte,
Lo mismo que va la vida
Trás la muerte.

¿Que si tu mirada amante
Causa mi afan?.... Ay! no sé.....
Mas luz que brilla un instante,
Para qué?.....

¿Que si eres gentil?.... La calma
Me roba tu movimiento;
¿Pero qué vale una palma
Contra el viento?

¿Sonries?..... Pues de la aurora
La luz en tus labios arde.....
¡Lástima que llegue la hora
De la tarde!

¡Oh! ¡cuán bellos los colores
De tus mejillas rosadas!.....
¡Ay, mi bien! ¡mira estas flores
Marchitadas!

¿Que ante tus cabellos cedan
De mi inquietud las congojas?
Pues los árboles ¿no quedan
Sin las hojas?

¡Todo á la muerte sujeto!.....
Mas no te angustie el temor:
¿Quieres saber el secreto
De mi amor?

Es que embriagado respiro
De tu alma pura la esencia;
¡Es que tan solo en tí miro
Tu inocencia!.....

VALENTINO.

BESANÇON.

En el año 361, antes de Jesucristo, el emperador Juliano escribia al filósofo Máximo lo siguiente: «*Bisontio* es una pequeña villa donde nuevamente se han hecho grandes reparaciones: anteriormente era una gran ciudad adornada de templos magníficos, fuerte por sus inespugnables murallas y su elevada posicion natural, y rodada por el rio Doubs. Se asemeja á una roca enmedio de la mar, inaccesible hasta á los mismos pájaros, etc...»

Esta villa, fué en efecto, la metrópoli de la gran *Sequannaise*, bajo el imperio romano. Más tarde fué devastada por los Burgundos y en 957 por los Húngaros. Desde 1184 hasta 1664 formó parte del imperio de Alemania, y ocupada por los españoles en tiempo de Cárlos V; pero en 1668 la capital del Fraco-Condado fué tomada por Luis XIV, y desde 1674 pertenece á la Francia.

Hoy dia es capital del departamento de Doubs; cuenta próximamente 53.000 habitantes y en ella nació Cárlos Nodier y el célebre Victor Hugo, príncipe de los poetas franceses.

GEROGLIFICO.

LO LO Y LO LO





AVISO.

Varios de nuestros suscritores nos preguntan si tenemos colecciones completas, y debemos advertirles que para complacer á nuestros favorecedores, hemos hecho una nueva tirada de algunos números que faltaban, lo que ponemos en conocimiento de aquellos que lo desean.

Solo se servirá todo pedido que venga acompañado del importe en sellos de correos, ó en libranzas.

CORRESPONDENCIA DE «EL PERIÓDICO ILUSTRADO.»

D. N. S. P., de Ortuña.—Recibidos los sellos.

D. G. B., de Ciudad Real.—Id., id.

D. N. C. de C., de Mon...—Recibido el resto en sellos; puede mandar los artículos, que se publicarán si es posible.

D. G. M. A., de Vigo.—Recibidos los sellos para dos suscriciones.

D. B. P., de Lopera (Jaen).—Recibido el importe de las tres renovaciones y servido.

D. D. M., de Torrejon de Gimeno.—Queda renovada su suscricion.

D. G. E., de Orotava.—Id. id.

D. B. M., de Manzanares.—No es culpa nuestra; reclame Vd. á esa administracion de correos: sin embargo por hoy se lo mandan los números pedidos.

D. A. B., de To...—Id., id., id.

D. R. B., de Valencia.—La suscricion al «Petit Journal» es 14 rs. mes. Le mandamos la coleccion, y queda Vd. suscrito por un año al Periódico ilustrado.

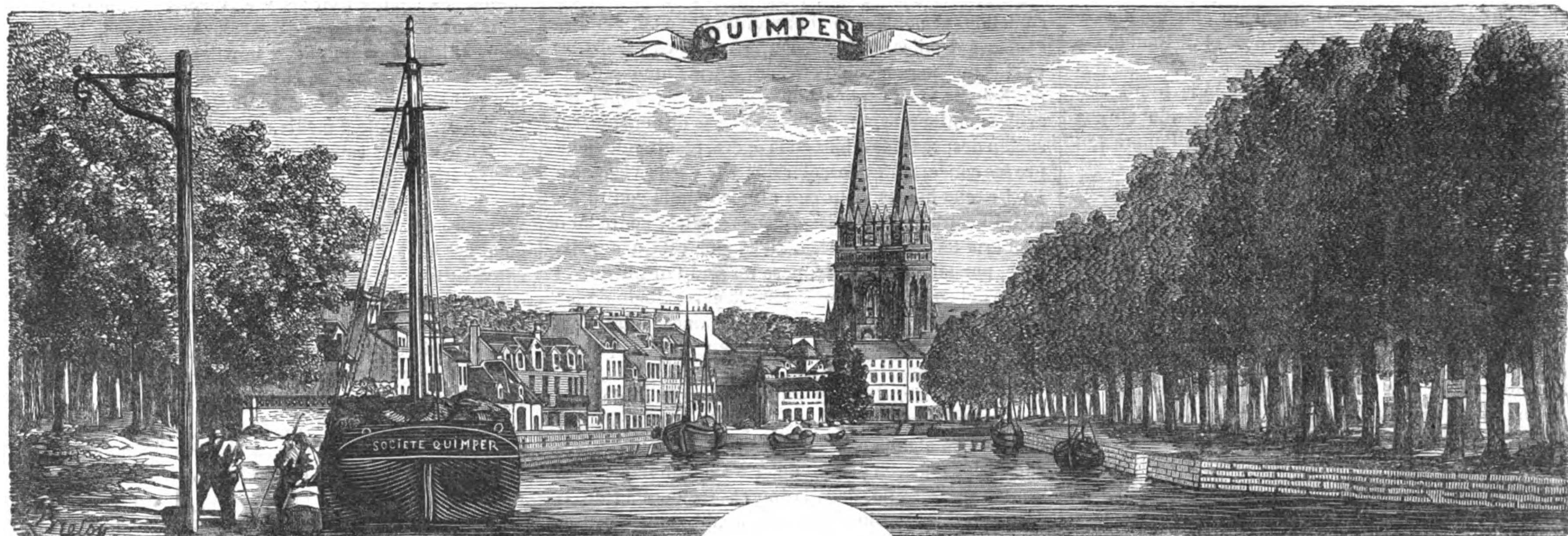
Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



UN PASEO, EN DIA DE GALA, DE S. M. LA REINA Y SU AUGUSTO ESPOSO.

El Periódico ilustrado.



Número 33.

DEL 19 AL 26 DE OCTUBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

	Un año	Seis meses	UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	Seis meses 50 »	

EL CASTILLO REAL DE CINTRA

REVISTA DE LA SEMANA.

Escribimos esta revista bajo la impresion dolorosa que nos han causado las desgracias producidas últimamente por la epidemia, algunas de las cuales han recaido en personas que nos eran muy queridas. Entre estas merecen especial mencion el simpático y aventajado artista Victor Manzano, y el distinguido y apreciable médico Valentin Mayorga. Jóvenes los dos de inteligencia y corazon, han bajado á la tumba llorados de cuantos les conocieron, y dejando en sus respectivas carreras un vacío que no se llenará tan fácilmente.

Los que estimábamos á Manzano no olvidaremos nunca sus cuadros de las últimas exposiciones, ni los bocetos de su estudio, ni la originalidad y el buen gusto de sus pensamientos; los que hemos visto á Mayorga velar al lado del enfermo y ser la Providencia del desgraciado, recordaremos siempre al filántropo y al hombre de ciencia. Sirvan estos sencillos elogios para su elogio fúnebre, ya que las circunstancias que atravesamos no nos dan ni la seguridad siquiera de que antes de terminarlos dé con nosotros al traste un retortijon inoportuno, cosa que entre paréntesis, nos disgustaria bastante, aunque no fuera más que por el trabajo estraordinario que pudieramos dar á los gacetilleros.

No esperamos, sin embargo, que así suceda, pues nos mantenemos hasta la presente en muy buen estado de salud y de espíritu, y hasta nos permitimos ir á *La Africana*, y cenar á deshora en los Andaluces, cosas las dos que no están al alcance de todo el mundo.

¡La Africana! Tres noches llevamos de oir esta particion, y cada vez estamos más convencidos de su belleza; cada vez saboreamos con más deleite sus admirables melodías, sus caprichosos giros, y hasta sus encantadoras estravagancias, que estravagantes son siempre algunos momentos de inspiracion de los grandes genios, ora se llamen Shakespeare ó Mozart, Cervantes ó Victor Hugo.

No es á nuestro juicio *La Africana* la obra más completa de Meyerbeer; trozos hay en ella que estamos seguros hubieran desaparecido si el maestro llegara á ponerla en escena, como el bailable del final del cuarto acto, cuyo parecido con un coro de *Safo* no se justifica en un autor tan original; pero aparte de esto, la grandeza y majestad de ese mismo acto, la animacion y movimiento musical del primero, y la ternura y melancolía del quinto bastarian para conceder el lauro de la inmortalidad á un compositor, aunque este no hubiera escrito anteriormente *Roberto el diablo*, *Los Hugonotes* y *El Profeta*.

Fuerza es confesar que la empresa ha sido la primera en comprenderlo así, y lo ha demostrado presentándonos la obra con aparato tal y tal magnificencia, que no vacilamos en calificar de escesivos, tratándose de un público cuya mayoría no se halla á la altura de poder apreciar estos primores. Es probable que si la empresa no hubiera tenido amigos, y si las personas de buen gusto que aplauden lo bueno por instinto y por reflexion no hubiesen dado la señal, habrian pasado desapercibidos el magnífico cuadro escénico del cuarto acto, y la sorprendente y poética decoracion del quinto, ni más ni ménos que hubiera podido suceder en el país en que la protagonista de la ópera vió la luz. Nosotros, en cambio, creeriamos faltar á un deber si no enviáramos nuestro parabien á los Sres. Harris, Ferry y demás que han contribuido á este resultado, dándonos al mismo tiempo que una alta idea de su mérito, una elocuente muestra de lo que debe ser el teatro Real.

Ahora, y pasando á la ejecucion, diremos con nuestra habitual franqueza, que los honores del éxito corresponden única y esclusivamente á la Sra. Rey Balla. Artista de corazon y de facultades, dotada de una voz que recorre todos los tonos de la pasion, y de una fisonomía tan simpática como espresiva, se hizo dueña desde el primer momento de la voluntad de los espectadores, deleitándolos ó estremeciéndolos á su placer.

El más aplaudido, despues de ella, fué el baritono Sr. Bonehée, que en su difícil papel de Nelusko nos probó que es un cantante y actor consumado, si bien en el primer concepto se encuentra ya en la decadencia. Cantó, no obstante, con gran brio su cancion del tercer acto, y con notable afinacion y buen gusto la tierna romanza del cuarto, en que llora la pérdida de sus amores.

La señorita Luisa Martelli tiene una preciosa voz, pero nos pareció un poco fria, y falta de soltura y de decision en la escena. Lo mismo creemos del tenor, cuyo registro es muy desigual, sobre todo en las notas medias, si bien frasea con elegancia y dice muy bien el canto *spianato*.

En cuanto á los bajos, llenaron perfectamente su cometido, armonizando el conjunto, del cual, sin descender á detalles, puede asegurarse que es escelente, y tal como no se ha oido en Madrid hace mucho tiempo. Esto tiene su esplicacion. Todos sabemos que los artistas eminentes, fuera de sus piezas de empeño, no suelen despegar los labios en la ópera, resultando siempre los concertantes descoloridos y faltos de vigor. En *La Africana* hemos visto con placer todo lo contrario. Podrán cantarse mejor las escenas sueltas, podrá tal ó cual aria tener doble precio dicha por esta ó aquella tiple, por tal ó cual tenor; pero no será tan nutrido el efecto del conjunto, ni se apreciará el resultado de las grandes masas de voz como lo apreciamos ahora. Esto demuestra que el arte tiene tambien sus compensaciones.

Para concluir, diremos que la orquesta es de primer órden, y está hábilmente dirigida, á pesar de que notamos en alguna ocasion que el Sr. Bonetti descuidaba á los músicos para atender á los cantantes, cosa que no nos estrañó, dada la inmensa dificultad de la ópera. Los partiquinos merecen tambien un aplauso.

Despues de esto, y de aconsejar á ustedes que se fumiguen y que no se alarmen, pues el cólera va ya como D. Ramon en invierno, de capa caida, me despido de ustedes hasta el jueves próximo, si Dios ó el diablo no disponen antes otra cosa.

M. DEL PALACIO.

OBSERVACIONES DE UNA DAMA

SOBRE LA MUERTE DEL MIRIÑAQUE.

El miriñaque ha muerto, amables lectoras; de hoy más no habrá en el guardaropa de ninguna dama elegante ese balumbo que tanto ha dado que hablar á los festivos gacetilleros, que tanto ha desesperado á los maridos, que tantas burlas, ya finas, ya picantes, ha hecho sufrir lo mismo á la mujer del pueblo que á la señora más encopetada; de algun tiempo á esta parte, como si la política con sus infinitas variaciones, con sus estensas miras, no diera pasto suficiente para ocupar toda la atencion, todo el talento, todas las facultades del escritor público que á esta clase de trabajos los dedica, ó mejor dicho, para buscar en un objeto frívolo y que debiera serle indiferente (si las más veces no lo pagara), con que solazar el ánimo harto empapado en esas luchas del pensamiento, los hombres se ocupan con una insistencia, con una predileccion que raya en el ridículo, de si la mujer introduce en su tocado ó en su vestido una prenda nueva para criticarla y presentarla por el lado feo, y ora las cocas, ora el bandó más ó ménos pronunciado, ora los cuernos (que afortunadamente pertenecen ya á la historia), ya el miriñaque, ya el chaleco, la corbata, la cazadora ó el sombrero, les prestan ancho campo para esgrimir sobre esa bella y débil criatura, que dicho sea de paso, no disfruta otra libertad que la de vestir á su capricho, las aceradas armas de su crítica picante ó maliciosa; pero aun hay más: en estos tiempos de ilustracion en que todo se discute y en que se forman congresos donde cada uno puede libremente emitir su parecer, acaba de tener lugar uno, con el humanitario objeto, con la salvadora idea de poner tasa á los adornos de la mujer... demos un voto de gracias á los autores del pensamiento, pero permitan esos señores que las damas propongan tambien una reforma, y nos declaremos en abierta guerra contra uno solo de los abusos que se permite el sexo fuerte.

No queremos hacer mencion de la caprichosa diosa á quien todos veneramos, y á que sin distincion, lo mismo el hombre sesudo que el frívolo cortesano rinden tributo; nos basta contemplar los efectos de su dominacion, que hacen que los que tanto declaman contra nuestras flaquezas, lleven el pelo partido en la frente como angelitos, que les sea lícito sin esponerse al ridículo sacar del bolsillo de su levita un primoroso abanico con que orear su rostro inundado de sudor y libertarse de los sofocantes rayos del sol con una ámplia sombrilla; comprendemos que todo esto que sirve á la comodidad, no merece ser objeto de burlas ó críticas, y más tolerantes que nuestros incansables adversarios, pasamos por alto ese rigor con que la consabida diosa les precisa á abandonar el flamante frac, que quizá no se han puesto media docena de veces, y que para ser abandonado no tiene otra razon que los caprichos de la moda, que antes prescribia fuesen sus faldones largos y estrechos y ahora exije sean cortos y anchos, ó vice versa; que ayer la levita debia cubrir la pantorrilla y hoy debe pasar solo media cuarta del talle; que el pantalon que antes era ancho se haga estrecho, y el sombrero que era alto sea mañana semejante á media calabaza; no queremos detenernos en esas estravagancias en que incurre la mujer por frivolidad, por coqueteria, por lujo, y el hombre por necesidad, por costumbre, por bondad tal vez; pero dejando á un lado estas debilidades, que son comunes á los dos sexos, veamos si la manera de atacar el lujo es conveniente tal cual hoy se propone.

Sencillos en nuestras costumbres por instinto y por deber, siempre hemos visto en el desarrollo creciente de este vicio un gravísimo mal para las familias, pero no creemos que este consista en las telas, dijes ó cintas que son del uso de la mujer; para atacar al lujo de frente, ó mejor dicho, para que pueda la reforma ser productiva no es en la seda ni en los diamantes donde hay que combatirla porque el vicio está en nuestras costumbres, y son muchas las privaciones que los nuevos adeptos tendrian que imponerse; un elocuente y filósofo razonador nos ha dado no ha muchos años una idea del mal que hoy se quiere combatir, y en sus célebres *Cartas trascendentales* no hay duda que el señor Castro y Serrano, á pesar del tono festivo que en ellas emplea, ha puesto el dedo en la llaga y nos ha mostrado magistralmente donde está la causa que produce tan lamentables efectos; hay, sin embargo, algo de exajeracion en las mencionadas cartas y esto es un mal; cuando se pretende señalar un vicio es necesario no aumentarle ni disminuirle, porque el ridículo hace reir, pero no corrige; ó mejor dicho, apartándose de la verdad, no puede haber saludable enseñanza.

Esto es lo que va á suceder con la nueva secta de reformadores que ha comenzado por abolir el miriñaque, seguirá mañana desterrando la seda, y poco despues el oro y los brillantes; la mujer en esto no perderá nada; al contrario, creemos que ganará; siempre hemos profesado el principio de que esta debe brillar por sus virtudes y su sencillez, y por consecuencia la que sea bella, cuanto ménos tenga que deber á los adornos, lucirá más: no somos de las que creen que la hermosura de la mujer está en la tienda; sabemos bien que la gracia, la modestia, la bondad, son patrimonio del alma, y que la que no posee alguna de estas dotes, en vano se afana por engalanarse; cuanto más cargada está de dijes, más hará resaltar su fealdad; cuantas más riquezas ficticias ostente, más pondrá de manifiesto la pobreza que desea ocultar. Así pues, si fuera posible que como la penitente Magdalena nos vistieran de esteras, siempre pareceria hermosa la que es bella, y fea la que no es hermosa. Demos por sentado que las damas todas renuncian á las ricas telas, que no vuelven á usar en sus adornos piedras preciosas, que el oro queda abolido, ¿por esto se acabará el lujo? ¿El dueño de una finca les dará una habitacion decente para su clase y capaz para su familia, con la economía ó la moderacion que hace veinte años? No ciertamente. ¿Tiene acaso la mujer culpa de que se hagan casas que parecen palacios por fuera, aunque por dentro sean jaulas, y que se haga pagar por ellas un alquiler que antes bastaba para el sustento de una familia? ¿El artífice que emplea su tiempo y su trabajo en construir un brazalete de similor, estimará ese tiempo y ese trabajo en menos que si en su confeccion empleara el rico metal? No ciertamente; la diferencia únicamente consistirá en el valor de la joya; es decir, que hoy se gastarán dos duros en una cosa que para nada servirá mañana, mientras ayer se empleaban cuarenta en otra que hoy podia venderse en treinta y ocho; la cuenta es la misma, pero la diferencia que resulta es mucha: cuando se puede emplear una fuerte suma en una alhaja, nada importan un par de duros más; cuando hace falta deshacerse de ella, suponen mucho. El mal no está aquí; el mal, como dice el Sr. Castro y Serrano, á quien volvemos á citar con gusto, está en que todos hemos cambiado los frenos y queremos parecer más de lo que somos; en que hoy una familia por modesta que sea, tiene infinitas necesidades que no conocian hace algunos años ni aun las personas que disfrutaban pingües rentas; en que innumerables objetos supérfluos si se quiere, que antes

no era posible adquirir sin grandes sacrificios, están hoy al alcance de los menos acomodados, y como la tentacion provoca, hoy una pequeñez, mañana otra, aumentan el presupuesto de los pequeños gastos, que son los que perjudican y los que afectan el bienestar de una familia: nadie, por poco calculador que sea, se atreve á emplear una fuerte suma sin echar cuentas y ver si le hará falta mañana; pero en una pequeñez nadie repara, y si se repiten esas faltas de reparos, puede ser muy posible que sean realmente irreparables. El órden, la perfecta nivelacion de gastos y de ingresos, la moderacion ó la virtud de vivir segun sus facultades, hé aquí la reforma necesaria; lo demás, despues de ser irrealizable, es improductivo, porque no es justo: el poderoso debe vivir como tal; ¿qué seria de las artes y de la industria, si los que pueden fomentarlas y protejerlas les cerraran su bolsa bajo el pretesto de una modestia que pudiera trocarse en avaricia? ¿A que no han pensado los flamantes reformadores (que de seguro fumarán), en lo que gastan en humo? ¿Por qué no hacen el sacrificio del tabaco, que indudablemente importará más que lo que gastan sus mujeres al cabo del año en seda y terciopelo?.... Pero el primer paso está dado; la muerte del miriñaque abre una nueva era de sencillez para el sexo bello y de pesar para el gacetillero, que no podrá lanzarnos sus anatemas. ¡La sociedad se ha salvado! ¡Murió el miriñaque!

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

VIAJES.

LOS PAPOUS, PUEBLOS DE LA NUEVA-GUINEA

(Oceanía.)

El menaje ó mobiliario del Papou es en estremo sencillo: se compone de vasos de nuez de coco, de canastillos tejidos con juncos y raíces, de tazas y platos de bambou, en los cuales conservan el tabaco, de esteras y almohadones de paja labrada, que les sirven para sentarse y para dormir, y de algunos pedazos de tronco de árboles, trabajados con esmero, y que hacen el oficio de sillas. La batería de cocina se compone de algunas ollas de barro, de sartenes de hierro, que el comercio hace llegar hasta aquellos sitios salvajes; de cucharas de madera, de las cuales se sirven para la preparacion de la fécula *sagou*, y de otras cucharas de nacar, ó formadas de conchas de distintas formas y tamaños.

El alimento de los Papous se compone principalmente de pescado y de *sagou*. Algunas veces comen tambien la carne de ciertos animales que se procuran con la caza; y finalmente, usando como ensalada los cogollos y hojas de plantas y raíces que ellos mismos cultivan.

La moda de fumar cigarros es general en todo el país; pero solo los jefes y los ancianos mascan el tabaco.

La propiedad del terreno no representa ni se haya basada entre los Papous sobre un principio fijo. Cada cual toma, donde le conviene, un pedazo de tierra, y en tanto que la cultiva es mirado como su legítimo poseedor. Si le conviene desmontar un pedazo de bosque, no tiene más que arrancar los árboles, dejarlos secar sobre el terreno, quemarlos despues, distribuir sus cenizas, beneficiando la tierra que quiere utilizar, y de este modo viene á ser legítimo propietario de aquel terreno, sin que nadie venga á disputarle su derecho. Aquel campo es rodeado de una especie de muro, que sirve de barrera á los animales dañinos, y su dueño lo destina al uso que mejor le parece.

Para la caza se sirven del arco y la flecha, y los animales de mayor magnitud, ó que por su ferocidad es necesario emplear con ellos otras precauciones, son cazados con lazos ó con trampas. Para la pesca se sirven tambien de flechas de tres puntas. Los Papous usan tambien un arma terrible en forma de tridente, que manejan con estraordinaria habilidad. En los lagos, en que el agua no tiene corriente ni movimiento, arrojan unos sacos llenos de plantas narcóticas, dotadas de la propiedad de adormecer los pescados, los cuales suben á la superficie, donde son cogidos con estraordinaria facilidad.

El sultan de Tidor ejerce su autoridad absoluta sobre los habitantes de Dorey y de todas las localidades vecinas. Para estudiar las razas no sometidas aun, y que apenas han tenido contacto con los pueblos civilizados, seria necesario penetrar más en el interior del país, sin lo cual no es fácil conocer ni poder apreciar en su verdadero valor el carácter y las costumbres de los habitantes de la costa meridional de la Nueva-Guinea. Sin embargo, en lo que concierne al país llamado Dorey, podemos decir que cada villa está regida por un jefe superior, cuyo nombramiento emana del sultan de Tidor. Como investidura de su empleo, este jefe *(korano)* recibe un turbante que el sultan le envia, y todos los años tiene la obligacion de remitir al Tesoro una cantidad determinada, especie de contribucion, pero no tiene la facultad de levantar impuestos, ni cosa parecida, que pueda en lo más mínimo incomodar ni perjudicar á los habitantes de la ciudad en que ejerce su autoridad. Las rentas del *korano* se reducen, por la misma razon, á dones voluntarios que son más ó ménos crecidos, segun la posicion ó la fortuna del que los hace. En la casa, el padre de familia es un señor absoluto, al cual se debe una obediencia ciega. La condicion de las mujeres no es muy envidiable ni lisonjera, porque esclavas de sus maridos, no solo se hallan encargadas de los trabajos domésticos, sino que tambien son las que cultivan la tierra, y tienen la obligacion de atender á todas las labores del campo.

Cuando se comete algun crímen, los más ancianos de la villa se constituyen en tribunal y sentencian sin apelacion el castigo que debe imponerse al culpable, segun su código especial. Un asesinato se castiga con la pena de muerte, y es á los parientes de la víctima á quienes se encarga la ejecucion de la sentencia. Las heridas voluntarias son castigadas con una multa; el robo tambien con una multa, y la devolucion del objeto ú objetos robados. Estas multas varian en mayor ó menor escala, segun las circunstancias más ó ménos agravantes del hecho punible que se trata de castigar.

Generalmente los Papous se casan muy jóvenes y los prelimenares de una boda son los siguientes. El jóven hace conocer sus proyectos á los parientes de la persona en quien ha fijado los ojos, y aquellos determinan el valor de la dote que debe entregar el novio, la cual por lo general consiste en esclavos y otros objetos. Despues de satisfecha la exigencia de los parientes de la novia, los futuros esposos, acompañados de sus padres, hermanos, etc., se dirigen y posternan ante la imágen del *Karican* (imágen de Dios), la mujer da al hombre un poco de tabaco, aquel tiende á la mujer su mano derecha, y la union queda formada para toda la vida.

Cuando nace un niño, el hermano mayor del padre ó en su defecto los parientes mas cercanos, tienen un derecho sobre aquella criatura y á la muerte del hermano del padre este derecho se trasmite á la hermana mayor de la madre. El padre no se apresura á dar un nombre á su hijo porque más tarde, y segun costumbre establecida, lo cambia por otro. Es muy raro que ninguno conserve toda su vida el nombre que usó en su juventud.

A la muerte de un hombre ó de una mujer, los parientes reclaman los huerfanos, y particularmente los que pertenecen al sexo femenino. No es sin embargo por amor ni por un motivo muy digno por lo que obran así, sino por interés, pues sabido es que cuando las muchachas se casan el novio es el que tiene que traer la dote, que pertenece siempre de derecho á los parientes de aquella.

Las enfermedades á las cuales los Papous se hallan mas espuestos y que mas víctimas producen, son principalmente las calenturas intermitentes, catarros y afecciones del pecho. Una gran parte de la poblacion se halla siempre atacada de una asquerosa lepra que se llama *ichthyosis*, y que indudablemente es producida por la poca limpieza y por la esclusiva alimentacion de pescados y anfibios. Los remedios á los cuales recurren se componen de decociones de ciertas plantas, frutas y raices. Durante el frio de la fiebre esponen al enfermo, completamente desnudo, á los ardientes rayos de un sol tropica, y durante el período de la calentura le administran refrescos de toda especie. Cuando la enfermedad ha sido declarada incurable, el desdichado enfermo es abandonado á su suerte y todo el mundo huye de él.

Los Papous son muy aficionados á bromas y fiestas, en las cuales se entregan al canto y al baile, por el cual tienen una particular predileccion.

Las ideas religiosas son tan oscuras como erróneas. Admiten la existencia de un sér superior, bondadoso y perfecto, y de otro ser malo, pero rinden principalmente culto á este último por el miedo que les inspira. Las imágenes á quienes rinden culto y que pertenecen á los dos sexos, son construidas de madera y las llaman *Karwar*. Cuando tienen algun favor ó consejo que pedir al *Karwar* se arrodillan delante de la imágen y la ofrecen presentes y regalos, que generalmente consisten en tabaco, pedazos de tela, granos de coral, etc.

Si durante esta operacion el fiel estornuda, tose, ó esperimenta cualquier otra sensacion estraordinaria es una mala señal. Es prueba de que el dios permanece insensible á su suplica. Si nada de esto esperimenta es una buena señal, y cree positivamente que su deseo se verá cumplido.

Entre los Papous no existen, como en otros paises, esa casta de sacerdotes que ejercen sobre el pueblo fanatizado una influencia estraordinaria; sin embargo, tienen una especie de hechiceros que les sirven de intercesores para con los *Karwars*, y cuyos servicios se hacen pagar muy caros.

J. BELZA.

EL AMOR Y EL INTERÉS.

Romance.

El amor antiguamente,
Segun las crónicas viejas,
Estaba representado
Por un Cupido con flechas.
El amor de *in illo tempore*
Era amor por escelencia,
Amor lleno de ilusiones,
Constante, puro... sin mezcla.
Hoy dia al amor lo pintan
Con una bolsa en la diestra,
Y un escudo cuyo centro
Tiene el *interés* por lema.
Con tales armas, no hay duda
Que triunfe por donde quiera,
Y soborne tantos pechos,
Y compre tantas conciencias.
Hoy el amor, sin rodeos,
En vez de certera flecha,
Suele billetes de Banco
Disparar con gran destreza.
Hoy es mortal enemigo
De afecciones y ternezas,
Y huye oliendo lo platónico,
Cual alma que el diablo lleva.
Tal conducta en Don Cupido
No es que digamos muy buena,
Y se conoce que el *nene*
De lo que fué no se acuerda.
Por eso las almas nobles
Ya dudan de su influencia,
Y en sus palabras no creen
Ni hacen caso de sus quejas.
Hé aquí sin duda la causa
Que á deponer le indujera
En vetusto guardaropa
Aljaba, carcax y flechas.
Hé aquí por qué de un sopapo
Se arrancó la casta *venda*,
Y vióse en su desnudez,
Y tuvo vergüenza de ella.
Entonces quiso del mundo
Huir, mas no tuvo fuerzas;
Hasta que al fin las *costumbres*
Agotaron su paciencia.
Por eso de frac se viste
Y lleva bolsa en la diestra,
Y un escudo, cuyo centro
Tiene el *interés* por lema.

PEDRO F. REYMUNDO.

LA HISTORIA.

II.

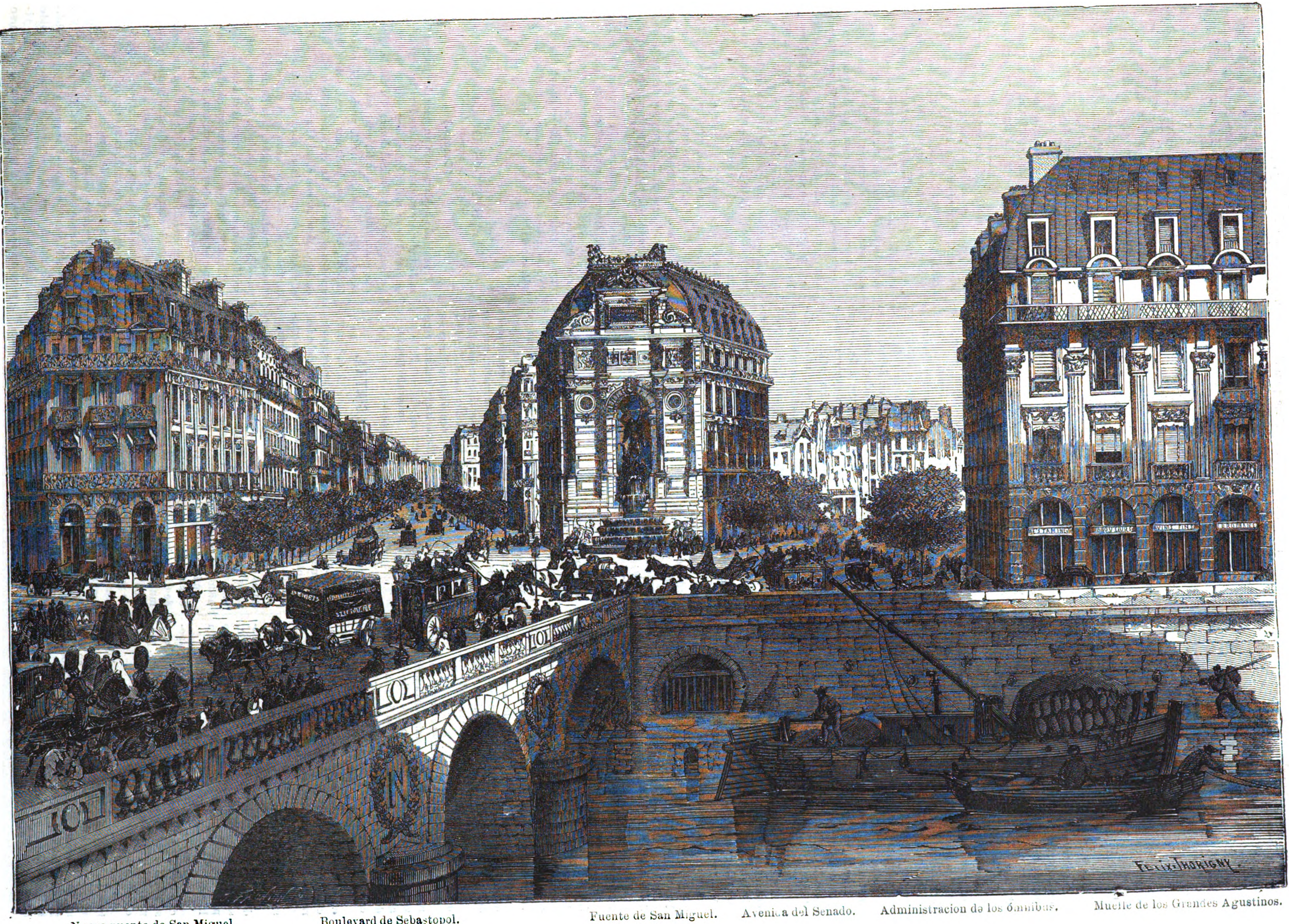
Como hemos dicho en el artículo anterior (1), la historia no ha tenido siempre el mismo carácter, ni se ha presentado en todos los tiempos bajo la misma forma.

Escrita en mithos, geroglíficos, poemas, leyendas, tradiciones é imágenes de dioses, fué variando paulatinamente hasta que se convino en la forma narrativa, en la cual principiaron á escribirse las historias parciales, que se unieron luego en una, cuando apareció

(1) Véase el número 22.



LABRADORAS DEL CAMPO DE ROMA.



Nuevo puente de San Miguel. Boulevard de Sebastopol. Fuente de San Miguel. Avenida del Senado. Administracion de los ómnibus. Muelle de los Grandes Agustinos.

NUEVO PARIS.—ORILLA IZQUIERDA DEL SENA.

la brillante lumbrera del cristianismo, y sembró y esparció la idea de la hermandad general, del *nosotros* de Jesucristo, contra el *yo* absoluto que se conocia antes, avasallando cuanto encontraba al paso, y sacrificándolo todo en aras de aquel pronombre egoista.

Beaufort puso la historia de los primeros tiempos de Roma en la clase de los mithos.

Creuzer y Garres descubrieron símbolos é ideas en las imágenes de los dioses y las historias que les atribuian.

Wolf comprendió que la única espresion de poesía inspirada de un pueblo que escribia su historia abandonando aquella y marchando hácia el terreno verdadero por donde habia de seguir despues, era la Iliada, pudiéndose considerar esta como la historia de un pueblo.

Niebuhr describió el significado de la lucha titánica entre patricios y plebeyos, que, como todos los hechos de importancia, ofrece una gran enseñanza para el porvenir.

Gans y Montesquieu demostraron la última relacion del derecho con las costumbres.

Y todos estos, y otros muchos que pudieramos citar, fueron entresacando fragmentos, ideas y conocimientos, y formaron las historias en la forma en que se ven hoy, cuyo trabajo completó Bossuet con su célebre *Discurso*.

Kant promovió entre los alemanes la aficion á la historia, y al intentar hacer una general, se dividieron en pareceres sobre el origen y objeto del mundo y la sociedad, y cada uno manifestó lo que opinaba sobre tan trascendental asunto.

Turgot cree que, á medida que los animales y las plantas se reproducen invariablemente con suma uniformidad, el hombre ha ido mejorando en posicion y dignidad, viniendo luego el cristianismo á completar aquella obra.

Heider considera á todos los séres de la creacion como una inmensa gradacion desde la planta más insinificante y el reptil más imperceptible, hasta el hombre. La naturaleza, segun él, obra en todo y sobre todo, y el clima ejerce su podeiro en el carácter y temperamento de los séres de cada país, influyendo este en la cultura de aquel, y hasta en su libertad, sus leyes, su poderío, su desarrollo y su vitalidad.

Boulanger opina que la sociedad se ha formado por dominaciones sucesivas de los dioses, los héroes y las repúblicas; la teocracia luego, despues las monarquías templadas, y, por fin, el progreso.

Condorcet no vé en el mundo más progreso que los frutos de la revolucion, no desconociendo la marcha progresiva de la humanidad, aunque considerada como un sér único, pero atribuyendo el objeto del perfeccionamiento del hombre y de la sociedad, al bienestar individual.

Demaitre y Ballanche opinan que el mundo es el punto en donde todo debe ser sacrificado en espiacion del mal que causa la libertad del hombre, y en donde se desenvuelven los dos dogmas de la caida y la rehabilitacion.

Lessing y Daunier creen que todas las religiones fueron rebelaciones sucesivas encaminadas á formar luego una religion absoluta, juzgando que todo debe dirigirse hácia el trabajo proporcionado á la inteligencia de cada uno, existiendo ó debiendo existir un premio en armonía con aquel.

Hegel dice, que la religion es un impulso del sentimiento, una antorcha de la imaginacion, el resultado completo de todas las facultades del género humano, resultando de aquí el bienestar de la sociedad.

Michelet y Schelling ven en la tierra una lucha incesante de la libertad contra el fatalismo.

Y de este modo, incitados por Kant todos los pensadores, cada uno aduce sus observaciones; se discute, se observa, se investiga, se estudia, y se forma la base para las apreciaciones y la unidad necesaria en toda historia general y universal.

De este modo se han ido recopilando todas las especies vertidas sobre los tiempos remotos de la fábula, y se han ido entresacando de los mithos, leyendas, poemas y geroglíficos, cuanto se ha creido útil al esclarecimiento de la verdad.

De este modo, en fin, la historia, nacida del deseo innato en el hombre de conocer los hechos de los demás, se hace un arte, despues se constituye en una leccion de esperiencia, más tarde en un reto para el estudio y la observacion, convirtiéndose al fin, como se la considera hoy, y es así en efecto, la ciencia más eficaz, necesaria y conveniente.

Con el relato de los sucesos acaecidos, causas que los promovieron y resultados que produjeron, nos enseña en el presente y nos previene para el porvenir.

El hombre no está, como algunos creen, abandonado por Dios sobre la tierra á impulso de su instinto ó su destino. Cual se han señalado diques al mar, órbitas á los planetas, velocidad en sus movimientos, y órden general en todo lo creado, el hombre cumple tambien con esa ley, y recorre una orbitada con una velocidad marcada tambien por el Supremo Hacedor.

Así, pues, como el observador descubre en la inmensidad de los cielos la fuerza que remueve el fondo de los mares para producir el flujo y reflujo, la historia nos ha enseñado el camino, la velocidad y el movimiento que la humanidad ha seguido desde su creacion, para indicarnos cuál podrá ser aproximadamente el porvenir, y en su vista que nos prevengamos en favor ó en contra de tal ó cual accidente.

En cuanto á la naturaleza de la historia, no vale que sea verdadera; es preciso que sea tambien moral y bella. La erudicion no ha de perjudicar á la soltura de la espresion; ha de ser ingénua é imparcial; ha de abarcar el conjunto sin descuidar los pormenores; agrupar los sucesos sin confundirlos; unir la variedad de la vida al interés metafísico, y hacerla, en fin, concisa, magestuosa, sencilla, crítica y sagaz.

En el historiador ha de haber, como dice César Cantú, «erudicion para ver, exactitud para comprobar, discernimiento para elegir, método para disponer, imaginacion para pintar, justicia para fallar, buen ojo para no desvanecerse con el esplendor del triunfo, profundo sentimiento de lo verdadero, á fin de que aun cuando llegue á engañarse, se conozca no ser culpa de su corazon y sí de su entendimiento.....

«Grave sin ser frio, constante en sus investigaciones, igual en su estilo, sin que manifieste mucha impaciencia por adelantar, ni la ligereza que induce á acometer inconsideradamente un gran trabajo, á seguirle con descuido y á terminarle con disgusto.»

Por último, la historia universal puede escribirse por el método *ethnográfico* ó *syncrónico*. El primero presenta aisladamente cada nacion ó pueblo, y el segundo refiere á la vez los acontecimientos de todos, segun el órden de los tiempos.

Si es la historia de un solo individuo se llama *biografía*; si es del pueblo elegido por Dios, se llama *sagrada*; *eclesiástica*, si concierne solo á la Iglesia; *anecdótica*, si no se refiere más que á hechos aislados; *literaria*, *artística* ó *científica*, si sigue los adelantos del saber y la industria humana; *memoria*, si es de un corto período de tiempo y se refiere solo á una persona ó sociedad de la que se da cuenta en aquella; *crónica*, si es la relacion de hechos sin guardar órden ni trabazon alguna; *anales*, cuando la crónica se ordena por años, períodos ó materias; *tradiciones ó mithos*, si son los fragmentos de la historia primitiva conservados por los pueblos, y por fin, los *monumentos*, que son una historia tambien, y que han servido en todo tiempo para dar conocimiento de hechos notables que se han escrito en piedra, bronce, oro ó marmol para ser trasladados luego en forma literaria á la historia escrita, á la historia general ó universal.

ENRIQUE DOMENECH.

CASTILLO REAL DE CINTRA.

Cintra es un pueblecillo de 2.500 habitantes, perteneciente á la Estremadura portuguesa, y que debe únicamente su celebridad á su castillo gótico. Este magnífico monumento es el Escorial de la Lusitania, y no ha habido desde su fundacion ninguno de los sucesores de Enrique de Borgoña que no haya añadido alguna página á ese magnífico libro de piedra y de mármol, en el cual se halla reasumida y simbolizada la historia de Portugal.

Independientemente de los tesoros y magnificencias artísticas que en su interior encierra, el castillo de Cintra ha jugado en dos épocas distintas un papel muy importante en las revoluciones portuguesas. En el siglo XVII sirvió de prision al rey D. Alfonso VI, segundo príncipe de la casa de Braganza y más tarde, el 22 de agosto de 1808, el duque de Wellington, el general Junot y el duque de Abrantes firmaron en él el tratado que puso fin á la ocupacion de Portugal por los ejércitos franceses.

Un nuevo recuerdo bastante doloroso va tambien unido á esta antigua residencia. El jóven soberano, á quien la muerte repentina de su hermano Pedro V elevó al trono de Portugal, y que hace algunos dias, aunque de paso, ha visitado varias provincias de España, quiso, antes de ocupar el trono, pasar algunos dias de recogimiento en el castillo de Cintra. Los terribles golpes que consecutivamente recibió su corazon, perdiendo en muy pocos dias á sus dos amadísimos hermanos, debieron dejar en su espíritu una profunda huella.

Las maravillas del castillo de Cintra son debidas principalmente á los reyes Juan I, apellidado el Grande (1385-1433), y Manuel, el Afortunado (1495-1521). La sala de las Urracas y la de los Cisnes, que son una verdadera maravilla, pertenecen al reinado de Juan, así como muchísimas galerías donde se admiran aun las pinturas de los más célebres artistas de su tiempo, tanto nacionales como extranjeros. Se cuenta como cosa cierta, que muchos de los cortesanos de aquella época, no habiendo podido conservar el secreto sobre las empresas amorosas del monarca, Juan I los comparó á las urracas, é hizo pintar un gran número de ellas en la sala que despues ha conservado su nombre.

El rey Manuel, decidido protector de las artes, se rodeó en su época de los pintores y arquitectos más famosos, consiguiendo la completa restauracion del castillo de Cintra.

Este ilustrado príncipe concibió un proyecto, cuya sola ejecucion bastaria para ilustrar su nombre. Hizo construir un templo á la gloria nacional, un santuario á la patria. Mandó registrar escrupulosamente, segun dice una antigua crónica, todas las sepulturas del reino para recoger las armas, las insignias y los epitafios, que colocó despues con cuidadoso esmero en una magnífica sala del real castillo. En el techo de esta sala se hallan suspendidas las armas del rey y de los príncipes de su familia, y en los muros de aquella inmensa galería brillan los escudos y las divisas de todos aquellos esforzados y valientes caballeros que arrancaron el Portugal á los musulmanes, fundando una monarquía floreciente.

En nuestra época, y durante el reinado de doña María, el rey, su esposo, que fué despues dos veces regente, añadió algunas nuevas construcciones al castillo; pero estos importantes trabajos fueron dirigidos por el general Eschwege, y desgraciadamente no pudieron evitarse algunos disparates que se cometieron. La dificultad de reunir las modernas construcciones á las antiguas, sin mezclar los estilos y confundir la armonía arquitectónica, no pudo ser vencida, como era de desear. Sin embargo, el conjunto del monumento no presenta ménos por esto un carácter grandioso, y al penetrar en su interior no puede uno ménos de abandonarse al sentimiento de la admiracion.

J. BELZA.

LAS TRES GRULLAS.

(Cuento.)

Un soldado habia ganado un poco de dinero á fuerza de trabajo y economía: nunca iba á la taberna, pero se juntaba con malas compañías que se fingian sus amigos, á fin de robarle el dinero. Un dia le dijeron: «Escucha, amigo, ¿á qué fin estar más tiempo encerrados como prisioneros en este pueblo? Si probásemos fortuna, tal vez nos hariamos ricos, sobre todo tú, que tienes talento.» Le engañaron de modo, que se decidió á desertar con ellos. Al aconsejarle así, tenian el designio de quitarle el dinero. Despues de haber caminado algun tiempo, acordaron que era menester tomar el camino á la derecha, para llegar á la frontera.—No quiero, dijo el soldado, eso seria volver al pueblo; es menester que tomemos el de la izquierda. —¡Cómo! ¿te atreves á contradecirnos?—Al mismo tiempo se echan sobre él, le apalean, le tiran al suelo y le roban el dinero; y no contentos, le dejan casi ciego, hiriéndole en los ojos. Le llevan á un madero inmediato, le atan á él, y vuelven al pueblo provistos con el dinero que acaban de robarle. El pobre ciego, á quien no ataron bien, ignoraba el sitio en que le dejaron, y despues de muchas averiguaciones, resultó estar atado á una viga de madera, que él pensó ser una cruz.—¡Qué dicha para mí que estos pillos hayan acordado atarme á la cruz! Ciertamente Dios ha venido en mi auxilio.—Y se puso á dirigir al cielo fervientes súplicas. Al acercarse la noche, oyó ruido á su inmediacion: eran tres grullas que, volando, vinieron á fijarse sobre el madero. Escuchó su discurso

con atencion.—Hermanas, dijo la primera; ¿qué nuevas nos traeis? ¡Así los hombres supiesen lo que nosotras! La hija del rey está enferma, y el rey padre la ha prometido al que la cure; pero nadie puede curarla si no quema el sapo que está en el estanque vecino, para darla á beber sus cenizas.—En seguida dijo la otra:—¡Ah! Si los hombres supiesen lo que nosotras! Esta noche va á caer un rocio tan maravilloso y tan saludable, que el ciego que se lave los ojos con él, recobrará la vista al instante.—En fin, la tercera dijo: —¡Ah! Si los hombres supiesen lo que nosotras! El sapo no puede ser útil más que á un individuo, y el rocio á pocas personas; pero hay en el pueblo una gran sequía: todos los pozos se han agotado, y nadie sabe que para obtener un agua hermosa y clara, basta levantar la losa cuadrada que está en la plaza pública, y ahondar la tierra en aquel sitio.—Despues de haberse hecho estas confianzas, echaron á volar. El soldado, que poco á poco se habia ido soltando, se baja, recoge algunas yerbas, y se lava los ojos con el rocío que acababa de caer; al momento recobra la vista, y percibe la luna y las estrellas, pero al mismo tiempo observa que se halla debajo de un leño. Deja este sitio para coger la mayor cantidad posible del precioso rocio: en seguida va al estanque, hace un hoyo profundo, para agotar el agua y buscar más fácilmente el sapo que debe reducir á cenizas; despues de quemar el reptil juntó con cuidado sus cenizas maravillosas y se fué á palacio á curar la hija del rey. Cuando estuvo curada pidió casarse con ella, conforme se habia prometido públicamente. El rey, incomodado de tener que casar su hija con un hombre de condicion baja, le dijo: «que el que quisiese ser su yerno tenia que suministrar agua á la ciudad,» esperando desembarazarse así de la promesa. Pero el soldado mandó levantar la piedra cuadrada que habia en la plaza del mercado, y ahondar la tierra, diciendo «que estaba seguro de encontrar agua.» En efecto; en cuanto comenzaron á ahondar, se vió saltar un manantial soberbio. Entonces el rey no pudo negar al soldado el que se casase con la princesa, que fué feliz con él. Poco tiempo despues, paseándose por el campo, encontró á los camaradas que le habian maltratado, y sin ser reconocido por ellos, les habla y les dice: «Yo soy vuestro antiguo camarada, á quien arrancásteis los ojos de un modo tan infame; pero Dios ha permitido que este fuese el orígen de mi felicidad.» Entonces se arrojaron á los piés del príncipe pidiéndole perdon. Era generoso, y les perdonó, los llevó consigo, y les dió comida y vestidos; contándoles en seguida sus aventuras, y lo que le habia proporcionado ser yerno del rey.

Los dos camaradas se propusieron pasar igualmente una noche en el madero con la esperanza de ser felices, y no descansaban ínterin no verificaban su proyecto. Habiendo ido al madero, no tardaron en oir á las grullas revoloteando sobre su cabeza, una de ellas dijo á las demás: escuchad hermanas; es preciso que alguno haya oido nuestras conversaciones porque la hija del rey ha sanado, el sapo ha desaparecido del estanque, un ciego ha recobrado la vista, y han abierto un pozo nuevo en la ciudad; vamos á buscar al curioso y puede que le encontremos.

Entonces volaron hacia abajo, y encontraron dos hombres que no tuvieron lugar de escaparse. Se precipitaron sobre ellos, les arrancaron los ojos á picotazos, y no cesaron de acribillarlos hasta que estuvieron muertos. Sus cadáveres quedaron debajo de los árboles. Algunos dias despues el príncipe viendo que no volvian los hizo buscar, y no se encontraron más que huesos cerca del madero, los cuales fueron enterrados religiosamente.

J. M. G.

LAS TRASFORMACIONES DE PARIS.

Fuente de San Miguel.

El que, transcurrido algun tiempo y despues de haber visitado á Paris, vuelva á pasar en él una temporada, es positivo que apenas lo reconoceria. Barrios enteros han desaparecido por completo, otros han surgido materialmente de las entrañas de la tierra ó se han improvisado de una manera tan extraordinaria, que su sola vista recuerda á la imaginacion los encantados palacios de Aladin y los cuentos de las *Mil y una noche*. Nada más pintoresco, nada más interesante, que recorrer hoy la capital del vecino imperio, comparando el pasado con el presente y tomando nota de lo que fué y de lo que es.

Hoy fijaremos nuestra atencion sobre la orilla izquierda del rio, sobre ese estenso y majestuoso *boulevard*, que parte del Sena para desembocar en el Observatorio.

En aquel sitio habia antiguamente una plaza que en 1789 era el punto de reunion de los reclutadores de provincia, que acudian á ella con objeto de completar el personal de sus regimientos. Esta plaza fué el teatro de una triste y sangrienta lucha en la tarde del viernes 23 de junio de 1848, y el cañon empezó aquel dia la obra de demolicion, que más tarde acabó el martillo y la piqueta.

En el dia, y empezando desde esta plaza y á derecha é izquierda, se han construido dos filas de casas monumentales, y á la entrada del *boulevard* se dibuja á lo lejos la nueva fuente de San Miguel. Esta fuente empezó á construirse en el mes de junio de 1858 y fué inaugurada en 15 de agosto de 1860. El arquitecto encargado de la obra lo fué Mr. Davioud.

Es un magnífico monumento que honra sobremanera á todos los artistas que en él han tomado parte, y cuya descripcion minuciosa no nos permitimos hacer porque seria demasiado prolija y desprovista de interés para nuestros suscritores, contentándonos con ofrecerles el magnífico grabado que representa en su centro la citada fuente y á derecha é izquierda las preciosas construcciones modernas del *boulevard de Sebastopol*, del nuevo puente de San Miguel, avenida del Senado y muelle de los Grandes Agustinos.

LOS LADRONES DE ANTAÑO
Y LOS DE OGAÑO.

Diodoro de Sicilia refiere en una de sus obras, que Actisano, rey de Egipto, hizo buscar y prender en cierta ocasion á todos los ladrones de su reino, á los cuales, y despues de haber oido referir á cada uno en particular sus hazañas y proezas, mandó que se les cortase la punta de la nariz. Naturalmente su órden fué ejecutada al pié de la letra, y no quedó un ladron sin *désnarigar* en cien leguas á la redonda; asi que, todos ellos llevaban á la vista la marca infamante de su profesion. Inspirados tal vez por la misma idea los norte-americanos, es decir, las autoridades de policía de los Estados-Unidos, han formado, en una casa preparada al intento, una estensa galería fotográfica en que aparecen de gran tamaño los retratos de todos los ladrones de la república, la cual visitan amenudo las gentes honradas de la poblacion, con objeto de conocer perfectamente una parte tan interesante de la sociedad.

Prescindiendo por ahora de la consideracion de penalidad y de si Actisano se mostraba ó no justo *desnarigando* á los ladrones de su reino, y finalmente, si las autoridades de Nueva-York traspasan ó no los límites de su legítima autoridad, estampando sobre los muros de una galería fotográfica ese terrible anuncio de proscripcion contra una clase de ciudadanos, que, segun la Constitucion de su país están exentos, aun sorprendidos en el acto de cometer el delito, de toda *pena infamante*, es preciso reconocer que de cualquier manera que sea su estudio de la humana fisonomía y de la ciencia moral en esta exposicion de retratos, no carece de interés y de originalidad. Afortunadamente nosotros podemos asegurar que hasta el dia no se nos ha ocurrido jamás registrar el bolsillo ajeno, ni forzar una cerradura, ni siquiera ojear, por distraccion, la gabeta de nuestro padre; sin embargo, como se nos escapan algunas veces de los labios, aun sin querer, palabras de doble sentido, que se llaman generalmente Calembours, debemos decir, en descargo de nuestra conciencia, que, segun afirma el doctor Johnson, todos los que abusan de este don concedido por la naturaleza, tienen una afinidad latente con los individuos que se entregan á la culpable industria de forzar una puerta, desvalijar á un viajero ó escamotear un pañuelo ó un reloj. Ignoramos el por qué, pero está probado, segun la opinion del sábio, que en este mundo el individuo que tenga natural talento, gracia en el decir ó chiste en la palabra, debe ser un hombre no solo sospechoso, sino hasta temible. Pero dejando á un lado esta pequeña digresion, lo cierto es que los ladrones, no solo no nos inspiran el horror que el asesino, y otros perpetradores de horrendos y repugnantes crímenes, sino que las más veces nos son hasta simpáticos.

Del mismo modo no podemos menos de reconocer, y con nosotros todos los hombres pensadores, que en el individuo que no respeta la propiedad ajena, se encuentran muchas veces cualidades superiores y hasta dignas de admiracion. El talento, el genio y la audacia, son dotes que generalmente descuellan en estos séres degradados, que una mala educacion ó un perverso instinto llegaron á estraviar en su camino lanzándoles al crimen; pero si registramos con exactitud los anales de la historia de los ladrones de todas las épocas y de todos los paises, hallaremos en ellos pruebas de la más grande generosidad, así como rasgos característicos de los mejores instintos de la raza humana.

Puede decirse de esta desdichada clase lo que un célebre orador á los habitantes de una ciudad de la Grecia: «*Tienen su historia, y positivamente no la han robado á nadie.*»

Un poeta de la antigüedad, el grande Homero, refiriendo en sus bellísimas obras algunas de las más interesantes tradiciones de la Grecia, se entretiene en contar muchos rasgos de audacia y de talento de un famoso ladron de ganado. El célebre poeta rinde al genio de este bandido el más grande homenaje de su admiracion, llamándole *hijo de Zeus*, que entre los griegos significaba una gran distincion. Herodoto refiere tambien, en simple prosa, varias anécdotas curiosísimas respecto á los ladrones, y segun nuestra opinion la mejor de todas es la que vamos á trascribir aquí, abreviándola cuanto nos sea posible.

«Los sacerdotes me han contado, dice Herodoto, que el rey Rhampasinitas poseia tan rico tesoro que ninguno de los monarcas conocidos pudieron igualarle en magnificencia. Para ponerlo al abrigo de los ladrones, ideó construir una habitacion completamente de piedra, contigua á su palacio, en la que las paredes, techo y piso eran de un espesor estraordinario. Pero el arquitecto encargado de la obra, que conforme trabajaba en ella iba comprendiendo el objeto á que se destinaba, se arregló de manera que una de las piedras que correspondian á la parte esterior, por medio de un mecanismo ingeniosamente concebido y mejor ejecutado, pudiera girar sobre sí misma á la sola presion de una mano hábil y por una persona enterada del secreto.

(Se continuará.)

J. BELZA.

LABRADORAS DEL CAMPO DE ROMA.

¡Italia! ¡Italia! ¡País de la belleza, patria de todo lo pintoresco! ¡Cuán hermosas son esas tres mujeres que aparecen en el grabado de la página 260! ¡Que actitud tan artística la suya! ¡Cualquiera diria que son las tres gracias que han descendido de sus pedestal para descansar un momento de la solemnidad del Olimpo! Algunos escépticos dirán tal vez que las mujeres del campo de Italia son ni más ni menos que las campesinas de nuestro país ó de otro país cualquiera; tostado su cútis por el sol, sus manos encallecidas por el trabajo y su cabeza inclinada sobre la tierra, que abundantemente riegan con el sudor de su frente. Estas mismas personas reclamarán para las mujeres del campo gruesos zuecos de madera, sayas desgarradas, brazos curtidos por los rayos de un sol ardiente, y es positivo que al fijar sus ojos en las tres bellas jóvenes que aparecen en nuestro grabado, una sonrisa de incredulidad vagará por sus labios.

Dejémosles reir y razonar como mejor les parezca; por nuestra parte, aunque debiesemos ser víctimas de una cruel desilusion, si algun dia somos bastante dichosos que podamos visitar la Italia, acariciemos hasta entonces tan bello ideal, abandonándonos á las delicias de la leyenda.

Solucion del geroglífico del número anterior.

Los grandes y los buenos pensamientos salen del corazon.

AVISO.

Varios de nuestros suscritores nos preguntan si tenemos colecciones completas, y debemos advertirles que para complacer á nuestros favorecedores, hemos hecho una nueva tirada de algunos números que faltaban, lo que ponemos en conocimiento de aquellos que lo desean.

Solo se servirá todo pedido que venga acompañado del importe en sellos de correos, ó en libranzas.

Propietario y editor responsable. PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID. 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

EL GENERAL COUSIN-MONTAUBAN,

CONDE DE POLIKAO.

El general Cousin-Montauban nació en París en junio de 1796. Otras muchas publicaciones del género de la nuestra dieron ya la biografia del heróico comandante de la campaña de China, por lo cual nosotros nos limitamos á ofrecer hoy su retrato, acompañándolo con muy ligeras palabras. La Argelia le ha visto conquistar todos sus grados; más tarde, cuando la toma de Pekin, el general recibió el título de conde de Polikao. Al cabo de algun tiempo ocupó un asiento en el Senado, y en el dia la justa confianza del emperador le ha llamado al mando del cuarto cuerpo de ejército en Lyon, cuyo puesto corresponde á un mariscal de Francia, y es la honrosa herencia del mariscal Canrobert.

El general Cousin es una de las primeras notabilidades militares del ejército francés; reune á su bravura y serenidad en los peligros un claro talento, una instruccion esmerada, una afabilidad natural y franca para con todo el mundo, que le hacen ser apreciado y querido de todos aquellos que tienen la dicha de conocerle y tratarle, captándose por esta razon la voluntad de propios y de estraños. En China ha dejado recuerdos imperecederos, tanto de su energía como de su bondadoso corazon. Terrible en el combate, fué siempre clemente y humano con el vencido, del mismo modo que severo en el cumplimiento de sus deberes de soldado, no economizó jamás su sangre cuando la patria tuvo necesidad de ella. Tal es el general Cousin-Montauban, conde de Polikao.



EL GENERAL COUSIN-MONTAUBAN.

QUIMPER.

Esta villa, que cuenta unos diez mil habitantes, se halla situada en la confluencia del Odet y de la Steyr á catorce kilómetros del Océano. Su puerto es bastante cómodo. La antigua *Corisipitum civitas* fué llamada primero Quimper-odet y despues Quimper-corentiun, tomando este nombre de su primer obispo: sufrió varios sitios de los ingleses.

En 1345 Carlós de Blois ejerció en la poblacion atroces crueldades. Despues del asesinato de Enrique III, Quimper se declaró en favor del duque de Mercour y en 1595 se sometió á Enrique IV.

Quimper es hoy dia capital del departamento de Finisterre. Es el punto casi estremo de este interesante país de la Bretaña, en que las costumbres y los trajes pintorescos de sus habitantes van muy pronto á desaparecer y á perderse en la uniformidad de la civilizacion moderna, con gran sentimiento de los artistas y viajeros que se deciden á visitar tan hemoso país.

MAURMELON EL GRANDE.

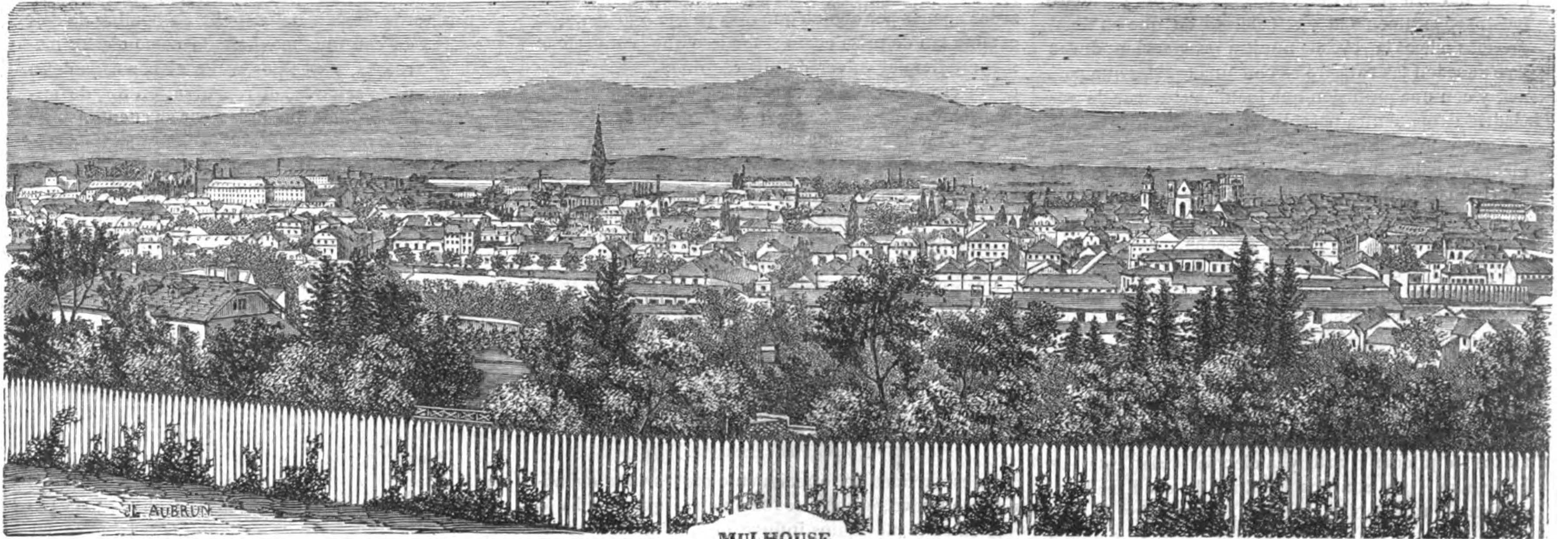
Mourmelon el Grande, cuyo grabado ofrecemos hoy á nuestros suscritores, es una pequeña aldea, ó más bien una especie de barriada, próxima al campo de Chalons, y donde los soldados del ejército francés, acantonados en este campo de maniobras, van á disfrutar en los momentos de reposo, que les dejan sus marciales fatigas, de los placeres que proporcionan la mesa, el vino y el amor.

A ciertas horas, la animacion que en este sitio se observa es estraordinaria; actividad, movimiento y animacion, que sorprenderia mucho á los pacíficos habitantes de las ciudades, si no supiesen de antemano que los soldados son generalmente tan bravos en la guerra, como alegres y buenos chicos en tiempo de paz.

Cafés, restaurants, tabernas, estancos de tabacos, tiendas de mercería, salchichería, etc., constituyen en su mayor parte este barrio, que á cualquier hora del dia ó de la noche presenta un golpe de vista original y caprichoso, y en el que no faltan sus teatritos, donde artistas de segundo ó tercer órden, pero que no carecen de mérito, lucen sus habilidades y talentos. Pero cuando el cuadro toma mayor vida, cuando se halla en el completo apojeo de su entonacion es en los dias de fiesta, ó en los que el emperador y las personas invitadas por S. M. van á presenciar las maniobras del campo de Chalons. Caballos, trenes, ómnibus, carruajes de todas clases afluyen allí, atestados de gente, y aquella estensa llanura presenta un panorama tan dificil de describir, como curioso de ver y admirar.

MAURMELON EL GRANDE.

El Periódico ilustrado.



MULHOUSE.

Número 34.

DEL 26 DE OCTUBRE AL 2 DE NOVIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »—	Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »—	Seis meses 50 »	

EL DRAMA DEL *FŒDERIS ARCA.*

REVISTA DE LA SEMANA.

No han pasado aun, por desgracia, los amargos dias que á nuestro pesar quitan á esta parte del Periódico Ilustrado la amenidad y el colorido de que en tiempos más felices la revestia nuestra imaginacion; duran y se suceden las catástrofes con una rapidez que pasma, y con una profusion que justifica el terror de que Madrid se encuentra poseido.

No es esto decir que la epidemia no decrezca de una manera visible; nada de eso; el cólera que, segun la oportuna frase de un amigo nuestro, se ha entretenido en segar unos cuantos dias, está ahora espigando, y pronto habrá recogido toda su cosecha.

Pero al espigar, arranca de paso frutos y flores, y no respeta ni aun á aquellos benéficos arbustos cuya sombra consuela, y sin los cuales pareceria la sociedad un campo estéril.

Bajo la impresion de dos sensibles desgracias escribimos la revista anterior; dos son tambien las que hoy tenemos que añadir á la dolorosa crónica de nuestros recuerdos. Eran aquellos dos jóvenes modestos, ilustrados, á quienes el arte y la ciencia abrian estensos horizontes; hoy son dos hombres de edad madura, opulentos, respetables, queridos, á los cuales, lo mismo que á los otros, nos unian los sagrados vínculos de la amistad.

Arrebatado el uno á la vida por una alucinacion del momento; víctima el otro de la epidemia que nos combate, ambos llenos de comodidades y de ventura, han venido á morir solos, lejos de su familia, siendo triste ejemplo de la inconstancia del destino, y de lo poco que pueden contra la desdicha todos los favores de la fortuna. Ya comprenderán nuestros lectores que aludimos al trágico fin de D. Gregorio Mollinedo, y á la inesperada muerte de D. Santiago Alonso Cordero. El público conoce por entero todos los pormenores de aquel; pocos renglones nos bastarán para referir esta.

D. Santiago Alonso Cordero, ó sea *el Maragato*, pues con este nombre lo conocia todo Madrid, tenia setenta y tres años y desempeñaba el cargo de vice-presidente de la Diputacion provincial, siendo además individuo de una de las juntas de socorro organizadas en favor de los pobres. Habia sido diputado en numerosas legislaturas, distinguiéndose por sus opiniones liberales, que le habian costado grandes sacrificios, y valido dos sentencias de muerte, á pesar de las simpatías de que en todas partes gozaba por su honradez, y por la nobleza de sus sentimientos.

Llorando la pérdida de Cordero no hago yo más que pagar una deuda de gratitud, y corresponder á un afecto vinculado en mi familia, y trasmitido de padres á hijos como una herencia.

El me habia visto casi nacer; á mí me ha tocado verle morir. El niño que tantas veces jugara sobre sus rodillas, ha podido, ya hombre, cerrarle los párpados. ¡Así hubiera podido volverle á la vida, aun á costa de la mayor parte de la suya!

Pocos carácteres he conocido tan francos y tan espansivos como el del Sr. Alonso Cordero. Alegre siempre, aun enmedio del peligro, que se habia acostumbrado á desafiar desde jóven; generoso hasta con los ingratos; leal hasta el sacrificio; desinteresado hasta la ruina empezó poniendo su fortuna al servicio de una idea, para concluir dando su vida por el cumplimiento de un deber.

Como rasgo de su carácter, y muestra al mismo tiempo de la agudeza de su ingenio, recuerdo en este instante una de las cien anécdotas en que figura.

Era el año 1843, y Narvaez sitiaba á Madrid, defendido por los nacionales que luchaban á favor de Espartero. Eran escasas las municiones; el entusiasmo público no grande; la inutilidad de la defensa conocida. Cordero recorria los puestos avanzados con sus amigos, cuando tropieza con un peloton que contestaba débilmente al fuego de los sitiadores.

—Es que no tenemos más que seis balas, murmuró uno de los milicianos, indignado de que creyeran falta de energía, lo que era más bien sobra de prudencia.

—Animo, hijos mios, gritó Cordero dirigiéndose al grupo: cuando se acaben esas balas, fundiremos otras con onzas de oro.

Verdad es que entonces Cordero podia llenar un arsenal de balas de esta clase.

¡Descanse en paz el pobre anciano, y halle en el cielo la recompensa de los beneficios que sembrara en la tierra!

Fuera de estos tristes detalles, y de estos sucesos imprevistos, puede decirse que la crónica de Madrid está en blanco. Los teatros, pocos y casi desiertos, los cafés convertidos en academias de medicina, donde solo se trata de enfermedades; las calles y paseos cruzados apenas por alguna que otra pareja ó grupo, que camina tan de prisa como si temiese que la muerte le sorprendiera al volver de una esquina; los más bulliciosos círculos desanimados; la córte, en fin, siendo una sombra de sí misma, y poseida de un pánico que hace dudar si es este aquel *castillo famoso* del que se dijo tiempo ha *que al rey moro alivia el miedo*.

Sin embargo, fuerza es confesar que existen honrosas escepciones, y hasta personas que encuentran en el general conflicto asunto y base para sus elucubraciones cómicas.

Cualquiera que atraviese una de las grandes arterias de los barrios bajos de Madrid, puede ver una tienda en la que se fabrican cajas para difuntos, y en la que se ha improvisado una variada exposicion, desde las de cuerpo entero hasta las de ciento en boca, sobre la cual se columpia un enorme cartel con este rótulo:

No perdais la ocasion.

Lo espontáneo del ofrecimiento me trae á la memoria otro nuevo, espontáneo tambien, y que prueba lo que en estos momentos influye en el ánimo la preocupacion más inocente.

Todos saben que es opinion vulgar, que así que se declare el viento Norte debe desaparecer la epidemia; así es que mucha gente no tiene más ocupacion que mirar las veletas, y medir por ellas los grados de su temor y su esperanza.

Esto sucedia en cierto barrio alto, en cuyo centro se destaca una iglesia, y que era de los más combatidos por la enfermedad. Tres ó cuatro dias hace los vecinos tuvieron al despertarse las más grata de las satisfacciones; corrió de unos en otros la fausta nueva, y aquella mañana bajó á la mitad el número de los invadidos. Amaneció el siguiente dia, y lo mismo. Entonces empezaron á sanar los enfermos, á regocijarse los tristes y á echar bravatas los más temerosos.

La desaparicion del cólera era visible; la veleta habia marcado el Norte durante cuarenta y ocho horas. Es más; sigue marcándole todavía. Un monaguillo de la iglesia es quien ha realizado este milagro. La noche en que el pavor era más profundo, subió á la torre, encaramóse en la aguja, y con una cuña que llevaba dispuesta, clavó la veleta, para la cual no hay ya mudanza de viento en lo posible.

Convengamos por lo tanto, una vez más, de que en este mundo de ilusiones, el que no se consuela de todo, es simplemente porque no quiere.

M. DEL PALACIO.

EL QUE TODO LO QUIERE, TODO LO PIERDE,

Ó LO QUE ES LO MISMO

EL QUE MUCHO ABARCA, POCO APRIETA.

Era uno de esos dias del caluroso estío en que las calles de Madrid despiden fuego, en que ningun transeunte se atreve á abandonar la sombra benéfica que proyectan los edificios, por temor de coger un tabardillo de mortales consecuencias.

Todos saben lo que es la córte de España durante esa época rigurosa: un *chicharrero*, un horno, una fragua, un volcan, un infierno abreviado, en fin.

De todos modos no se comprende la emigracion que hacen la mayor parte de los que pretenden ocupar un puesto en el mundo elegante, llegada esa época del año. Y digo que no se comprende, no porque falte razon para abandonar á Madrid, y buscar los climas refrigerantes del Norte; sino que la emigracion, más que por comodidad, se hace por moda; más que por higiene se hace por rendir un tributo inmerecido á la vanidad y al lujo.

Veranear es una de las imprescindibles necesidades á que se ve sugeto el que aspira á brillar como persona de buen tono. Hacer un viaje periódico, aunque solo sea para asomar las narices en Chinchon ó en Leganés, es un obligado lujo á que tienen que someterse las hijas de Eva que quieren hacerse visibles, más que visibles, notables, en la alta sociedad madrileña. Tanto valdria bajar á solazarse á las escuálidas riberas del Manzanares, cuando las brisas vespertinas refrescan la abrasada atmósfera.

Pues como iba diciendo, á las doce de uno de esos dias rigurosos, me encontré en los portales de la Plaza Mayor con un antiguo compañero de la infancia.

Pantaleon Tragin y Polvorosa era un hombre de 25 á 26 años, de mirada viva, de viva imaginacion, de vivos ademanes y de vivas palabras; era lo que se llama una verdadera viveza ratonil: un hombre de esos que están en contínuo movimiento como ciertos muñecos de resorte, y que por nadie ni por nada dejan de moverse, de agitarse, de repetirse, en fin, de marear al infeliz prójimo que pillan por su cuenta.

Diez años lo menos hacia que no veia á Pantaleon, y aunque mucho se puede variar en diez años, confieso que encontré á mi antiguo amigo tan tarabilla como el primer dia que la suerte me lo deparó delante para tormento mio.

Pantaleon se me vino encima como un turbion, como un aguacero de esos que le ponen á uno de *chupa de dómine*.

—¡Adios mi querido Paco! ¿Cuánto tiempo sin verte, sin oirte, sin hablarte, sin saber de tus huesos? ¿Dónde diablos te metes; qué es de tu vida; qué te haces por esos mundos de Dios? ¡Estás bueno; has crecido mucho, pero mucho; estás piramidalmente crecido! ¿Pero es posible que no nos hayamos visto en tanto tiempo? ¡Y cuánto me he acordado de tí; de aquellos famosos dias del colegio! ¡Ay, chico, todo pasa, todo; pero qué diablo, no viene el tiempo en valde! Con eso ha aprendido uno más, sabe uno más, está uno más...

—Pero hombre, escupe, escupe por caridad. ¿No ves que te vas á atragantar con ese cohete á la *congreve* de palabras con que te me vienes encima? Cálmate un poco.

Pero ca, ni por esas. Pantaleon seguia charlando y estaba á punto de ahogarme entre sus brazos con los trasportes de su efusion.

—Vaya, chico, cuéntame, cuéntame, que estoy ávido de saber tu historia en esta década transcurrida. Pero qué, ¿te has vuelto mudo? Habla, dí, responde, contesta.

—Te diré, querido, te diré: mudo no me he quedado á Dios gracias; pero francamente, ¿qué falta hace mi lengua cuando la tuya suple tan perfectamente á la de los dos?

—¡Tú siempre tan chancero! ya veo que eres el mismo de siempre; un mosquita muerta, un mátalas callando. Bien dicen que génio y figura hasta la sepultura.

Y sin darme treguas para reponerme de la sorpresa que su estrepitosa aparicion me habia causado, Pantaleon enlazó su brazo con el mio y prosiguió.

—Vamos, es preciso que me acompañes hasta la Plaza de Isabel II á donde voy á ver un sugeto; ¡pero qué sugeto chico, que sugeto!

No me tenia á mi poco el tal Pantaleon, que á la verdad, ya me iba trastornando; por lo que no tuve más remedio que dejarme conducir buenamente y esclamar dando un suspiro:

—Hágase tu voluntad.

—Mi vida, querido Paco, está llena de aventuras, llena de estraños y preciosos sucesos que te harian reir. Por lo pronto te advierto, que como consecuencia lógica de todos ellos, estoy avocado á ser un hombre importante, un hombre de talla, lo que se llama una gran figura, quiero decir, un hombre que ha de figurar.

—Veamos en qué, contesté lacónicamente á mi amigo.

—He ahí una cosa de difícil esplicacion. Si me preguntas fijamente en qué, no sabré darte cumplida respuesta. Son tantas las fases que presenta mi halagüeño porvenir, tantos los cabos sueltos que tengo pendientes de mi fortuna, que el dia que logre atarlos con fuerte nudo, puedo asegurarte que haré más ruido que Barceló por la mar.

A un cúmulo tal de desvaríos no podia hacer otra cosa que lo que hice, encogerme de hombros y decir sencillamente:

—No te comprendo.

—Pues es muy fácil: y sino escucha los proyectos que tengo *in mente* y te convencerás de ello. En primer lugar pienso hacerme rico. Esta es la piedra miliaria para no estrellarse en el camino del infortunio; este es el primer peldaño para subir al pináculo de la gloria; la puerta, digámoslo así, para entrar en el templo de los honores y de las glorias mundanales.

Por primera vez oia esplicarse á Pantaleon con un poco de buen criterio.

—Y bien, dije á mi antiguo camarada: ¿tienes pensados los medios para alcanzar eso?

—Aquí, para *inter nos*, me contestó, los tengo más que pensados, los tengo vencidos.

—¡Hola! ¡Hola!

—Como lo oyes.—Sin ir más lejos, ahora mismo caminamos *via recta* á la casa de un sugeto, padre de una linda joya; ¡pero qué joya, querido, qué joya!

—¿Con que es tan buena, eh?

—¡Figúrate que representa dos millones! ¡Cien mil duros!

—Ah! entonces no tenemos más que hablar, le contesté á Pantaleon.

—Yo, á la verdad, prosiguió, no le he dicho aun esta boca es mia; pero si encierran alguna verdad aquellos versos de que

Un alma enamorada
Cuando calla dice mucho.

Creo que sobre este particular nada tenemos que temer.

No estaba yo conforme con Pantaleon; pero á fin de no turbar sus ilusiones, le dejé proseguir en su relato sin oponer ninguna objecion.

—Ay, Paco! si consigo la mano de esa mujer y veinte mil duros con su mano, soy hombre feliz.

—Por supuesto, le manifesté yo, será buena, será virtuosa, será una verdadera joya en el alma; porque sino lo es en este sentido, francamente, Pantaleon, el dinero no constituye la bondad, no es la belleza que debemos buscar en la mujer.

—¡Tu, tu, tu!... Ya veo que estás montado á la antigua. Preciso es que no hayas salido de las faldas de tu madre en estos diez años que hace que no nos vemos. Nada, tendré que amaestrarte, que hacerte ver lo que es el siglo XIX.

No pude menos de sonreirme al escuchar las rápidas apreciaciones que sobre mi humilde persona hacia Pantaleon. Estaba visto, mi antiguo camarada era un parlanchin, un rayo para hablar y nada más.

Llegamos á la plaza de Isabel II, y ante una casa de regular aspecto detuvo Pantaleon sus pasos.

—¡Tambien es casualidad! me dijo bajando la voz; tiende la vista por uno de estos balcones, y conocerás al caro objeto de mis sueños.

Efectivamente, en un balcon del piso principal habia una señora como de unos treinta años, que á primera vista me pareció horriblemente fea; despues rectifiqué, y ví que era aun más de lo que yo creia.

—¿Sabes, le dije á mi amigo, que tu presunta no tiene nada de Venus?

—¡Vaya! Eso es porque tú eres medio poeta, y los poetas sois muy exigentes. No es muy bella, no; pero tiene dos millones.

—¿Pero eso qué obsta para que su cara sea la cara de un *mico sarraceno?*

—Tiene dos millones, sí; y lo tendrá todo, todo, menos la belleza.

—Habrá que dejarte con tus manias. Digas lo que digas, ella es rica, y...

—Y algun tanto presumida, y si es si no es coqueta, me dije para mi capote, fijándome en el tocado estrambótico de la consabida, y en ciertas señas de inteligencia que hacia con cierto prójimo.

—Una prueba clara de que me ama es el ponerse á estas horas en el balcon; sabe que he de venir y me espera.

Y Pantaleon hizo un gesto de satisfaccion imposible de definir.

—Chico, me dijo, poniéndome la mano sobre el hombro, y tomando una actitud grave y protectora: te prometo que dentro de poco vas á ser rico: vas á salir de esa medianía insoportable que tanto me enoja.

—Pero, que á mí me agrada.

—Ya verás: ahora de un golpe voy á matar dos pájaros; la chica, ó lo que es lo mismo los veinte mil duros, y la influencia de mi suegro para establecer una casa de banca. Esto sin contar con un proyecto que bulle por mi mente y que me ha de hacer poderoso. Se trata de una línea de coches que concluya con todos los simones de Madrid. Además, pienso tambien establecer una sociedad de seguros mútuos y al par de ella una casa de giro; sin olvidar que la subasta de un ferro-carril está próxima y que quizá y sin quizá me quede con ella. Esto, por supuesto, te lo digo á tí en confianza. Más tarde, cuando haya realizado estos pensamientos, podré plantear otro de un periódico, del cual serás director, y tal vez funde como consecuencia inmediata una agencia editorial, y otras que en otra ocasion te esplicaré.

Y Pantaleon se frotó las manos con indecible entusiasmo mirándome con ojos picarescos, y haciendo muecas y contorsiones me dió un fuerte abrazo, y ligero como una ardilla se plantó en el portal de la casa, diciéndome:

—Lo dicho, dicho; ya nos veremos.

Yo me quedé estupefacto, sin saber qué pensar de aquel hombre relámpago.

Repuesto de mi asombro, giré sobre mis talones, y me dirigí instintivamente á la calle del Desengaño, diciendo para mis adentros:

—Mucho quiere, mucho abarca el amigo Pantaleon Tragin y Polvorosa.

II.

Pocos dias despues de aquel en que habia encontrado á mi antiguo camarada de colegio, me hallaba leyendo un periódico bajo los soportales de la Plaza Mayor.

Mi vista se perdia en aquel fárrago de sueltos y noticias, que suelen ser otras tantas cábalas inventadas por los paladines políticos. De pronto me sorprendió la siguiente gacetilla:

«*Falta hace.*—Parece ser que D. Pantaleon Tragin y Polvorosa va á establecer una casa de préstamos, en la que además de admitirse alhajas, ropas, etc., se adelantarán mensualidades á los que perciban haberes del Tesoro y den las garantías correspondientes. El interés no escederá del 8 por 100.»

—Este chico es el demonio, dije soltando el periódico. Va á reasumir todas las sociedades, todas las empresas habidas y por haber.

Y cogí otro periódico para seguir apurando las noticias del dia.

Cuál no seria mi sorpresa, cuando despues de leer el artículo doctrinal, me eché á la vista el siguiente suelto:

«Dícese que va á aparecer en el estadio de la prensa un nuevo Semanario mercantil, del que será propietario D. Pantaleon Tragin y Polvorosa.»

No pude menos de echarme á reir.

Abandoné la sala de lectura para meditar á mis anchas sobre el carácter especial de aquel *factotum*, que todo lo queria y todo lo abarcaba.

No dejó de preocuparme en una porcion de dias la prodigiosa invectiva de mi amigo para llegar á ser un hombre notable, un segundo Creso.

—¿Y quién sabe? Dije yo: otras cosas se han visto más difíciles. Entre tantos proyectos alguno brotará con feliz éxito, y realizará las ambiciones de Pantaleon. Allá veremos. Dar tiempo al tiempo.

Así pasó un mes, y otro, y otro, hasta cinco. Un dia, cuando menos preocupado estaba con los proyectos de mi amigo, le ví entrar cabizbajo y mohino en mi modesta habitacion.

—Dichosos los ojos que te ven. Amigo, los hombres de negocios sois insufribles, no os dejais ver por ninguna parte. Cuéntame de tu vida.

Pantaleon me miró tristemente, lanzó un suspiro, y con toda la calma del mundo cogió una silla y se sentó junto á mí.

Pantaleon habia cambiado. Aquel no era el mismo hombre que cinco meses atrás me llenó la cabeza de palabras, palabras, y palabras como dice Shakespeare en el *Hamlet*.

Me pareció oportuno respetar la actitud melancólica de mi amigo.

—¡Sabes, Paco, que estás divinamente en esta habitacion! Es un cuarto muy bonito. ¡Ay, querido, tú sabes ser feliz!

Aquel *introito* me pareció tan estraño, que hizo redoblar mi curiosidad.

—Mucho me estraña, le contesté, que siendo todo un elegante, todo un banquero, te fijes en las pueriles comodidades de esta pobre habitacion.

—Te ruego que no te burles de mí.

Dijo esto Pantaleon con una formalidad tal, que poco acostumbrado á notarla en él me quedé suspenso, sin atreverme á hablarle.

Pasaron unos segundos.

Por fin rompí el silencio.

—Hablemos como amigos, como lo que siempre hemos sido. Confieso que tu impensada visita y tu actitud, muy en contraposicion con tu carácter, me hacen vagar en un mar de dudas. Cuéntame lo que te sucede, sin desconfiar de mí. Ya sabes que te quiero.

Y apreté la mano que Pantaleon me tendió enternecido.

—Mi historia en los cinco meses que hace que no nos vemos es muy larga de referir. He tenido muchos desengaños, muchos disgustos.

—No me pilla de sorpresa, le contesté á mi amigo. Ya te indiqué que el dinero no es la verdadera riqueza, no es la verdadera felicidad. Te habrás casado con aquella joya de la que tantas alabanzas me hiciste un dia, y hoy no será estraño que el oro se haya convertido en cobre, la piedra preciosa en un pedazo de sucio y asqueroso vidrio.

—Mil veces preferiria eso á lo que me ha ocurrido. No, no, querido amigo, á mí me han pasado cosas más estupendas, más terribles.

Una idea cruzó por mi mente.

¿Habria hecho bancarrota mi amigo? ¿Se veria arruinado despues de contar con una fortuna? Esto seria efectivamente cruel, desgarrador.

—Tambien sabes que te dije, querido Pantaleon, que para ciertas empresas era menester mucha práctica y mucho tino. Tú tienes viveza, imaginacion, pero eres jóven, y quizás por alguna imprevision habrás tenido que suspender tus pagos, habrá quedado exhausta tu caja.

—¡Ay, ojalá hubiera sucedido eso! ¡Cuánto mejor hubiera sido! Pero mis desgracias son mayores.

Confieso ingenuamente que me quedé alelado sin poder adivinar las desgracias de que era víctima Pantaleon.

Comencé á tener miedo.

¿Habria hecho alguna barbaridad mi condiscípulo? ¿habria cometido algun crimen?

Mi situacion era angustiosa.

Por fin, creí dar con el hilo del ovillo.

—Ya comprendo las vicisitudes y contratiempos por que habrás tenido que pasar, si te has lanzado á la vida periodística. Alguna denuncia, alguna multa, quizás algun desafío.....

—¡Ojalá, ojalá, querido amigo; pero no es nada de eso!

—Pues señor, no veo luz; le dije á Pantaleon encogiéndome de hombros.

—Pues nada mas sencillo, me contestó con voz compungida. Si yo hubiera encontrado en la joya de que te hablé, cobre en vez de oro y vidrio en vez de diamante; si yo hubiera hecho bancarrota ó hubiera quedado exhausta mi caja; si una recogida, una multa, un desafío, me hubiesen causado fatales contratiempos en mi vida periodística, era prueba, pero prueba irrefragable, de que habia tenido joya y casa de banca, y periódico y todo; pero, ¡ay querido! por mi desgracia no he tenido nada, nada absolutamente.

—¿Qué dices? esclamé viendo claro entre tanta sombra.

—Lo que oyes: que me he quedado *per istam*.

—Con que tu novia?...

—Me dió calabazas.

—¿Y tu suegro?

—Me despidió con cajas destempladas.

Por un movimiento estraño, de esos que no se pueden evitar, me alcé instantáneamente de la silla, y dí un fuerte abrazo á Pantaleon.

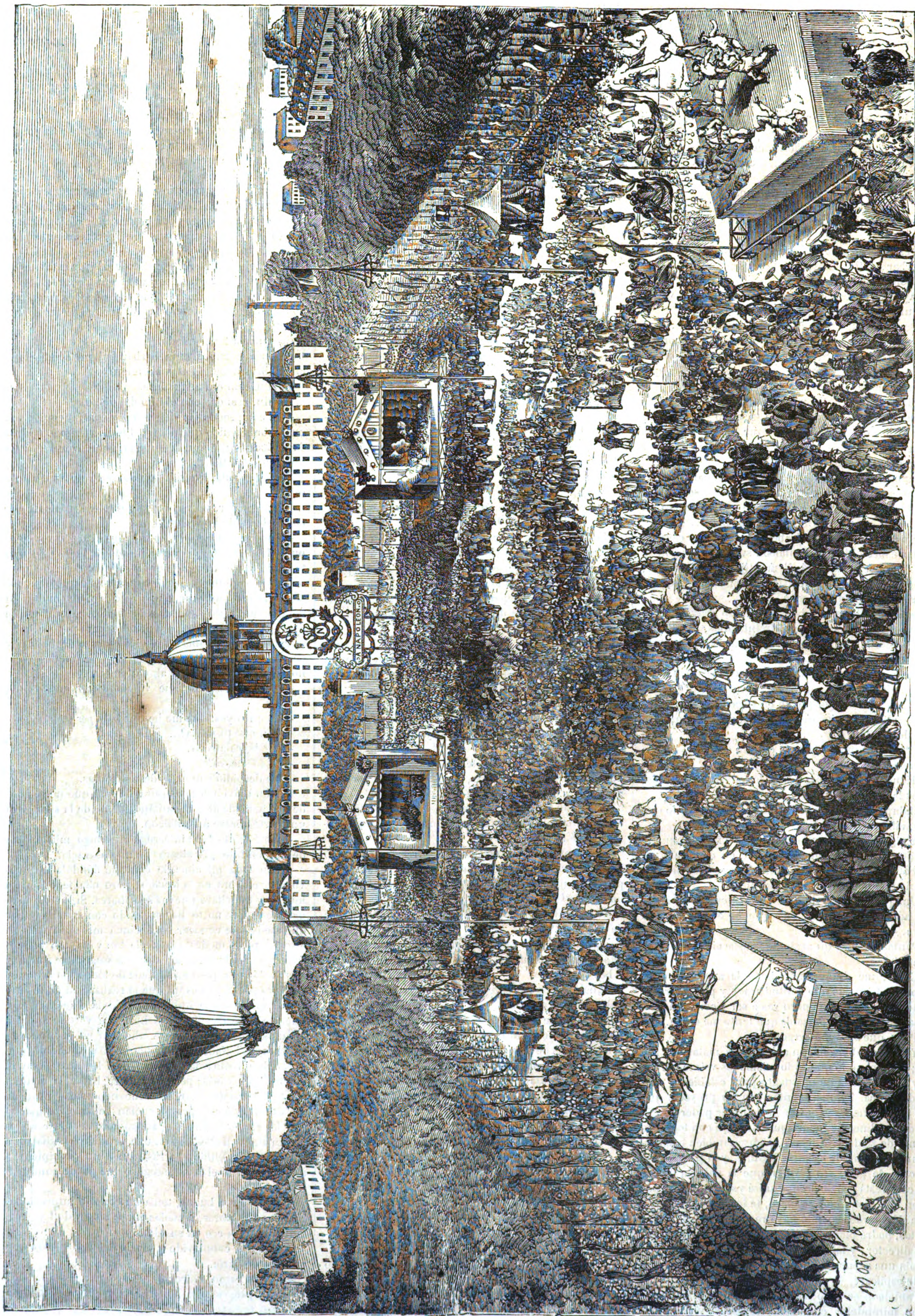
—¿Qué es esto? me interrogó mi amigo mirándome de hito en hito. ¿Te alegras de mi desgracia?

—Con toda mi alma, le contesté dándole un nuevo abrazo. Dura es la leccion, pero ella te enseñará mucho y te evitará nuevos sinsabores. Sí, amigo mio, me place que no te hayas casado con aquella mujer que me hiciste conocer hace cinco meses. Tenia un aire tan poco modesto; parecia tan vana, tan coquetuela que desde luego me atrevo á asegurarte que hubieras sido el esposo más infeliz de todos los esposos. Por otra parte, ¿crees tú, que la realizacion de tus infinitas empresas te hubieran dado la felicidad? ¡Ay, querido, cuántas lágrimas hubieras vertido quizás; cuántos suspiros hubieras ahogado en el fondo de tu corazon! Nada más noble ni más laudable que el hombre realice las aspiraciones legítimas con el sudor de su frente; pero se quiere basar la fortuna en un cálculo de amor, bastardeando el más puro de los afectos, y á este precio suelen hacerse insoportables las riquezas. Créeme, amigo mio, tu suerte no es tan infausta. Has estado en una pendiente resbaladiza que tal vez te hubiera arrastrado á un precipicio, y ahora te ves en el camino seguro que puede conducirte á la felicidad.

Pantaleon era bueno, tenia un corazon impresionable, y mis palabras, dictadas por la sinceridad y el cariño, hallaron eco en su alma.

Se levantó conmovido y me devolvió el abrazo que acababa de darle.

—Tienes razon, chico; desde hoy vida nueva. Nada de vanos proyectos y ambiciosos delirios. Trabajaré, sí; pero trabajaré formalmente y en una sola cosa,



FIESTAS DEL 15 DE AGOSTO EN PARIS.



FIESTAS DEL 15 DE AGOSTO EN PARIS.

para asegurar mi porvenir. Confieso que he tenido vértigos y que he acariciado en mi mente mil absurdos; que he querido mucho y que he abarcado mucho; pero desde hoy te prometo tener presente grabado en mi memoria aquel adagio que dice:

«Quien todo lo quiere, todo lo pierde.»

—O lo que es lo mismo, querido Pantaleon:

«Quien mucho abarca, poco aprieta.»

F. P. ECHEVARRIA.

¿DIGO, EH?

Estaba el buen Perico bostezando,
Casi tambaleando,
Pues era tal el hambre que tenia,
Que el pobre no veia.
Al pasar por la calle del Barquillo,
Tropezó por su mal con un chiquillo,
Y el chico se cayó, y al dar de bruces,
Rompió el cristal mayor de los que habia
En una, entre taberna y hosteria,
De esas que aquí llamamos *Andaluces*.

Fuerza era ser un tonto ó un zoquete
Para ver impasible aquel boquete,
Sin soplar por su centro la cabeza
Y con mucha limpieza,
Coger una empanada ó un pastel,
Y huir con mil demonios, y con él.
Pero el ganso y estólido Perico,
Que era en último estremo un pobre chico,
Mirando los pasteles,
Dió tiempo á que llegaran los lebreles
Sin honra ni amor propio,
Que á la muestra lanzándose de un brinco,
Hicieron de pasteles gran acopio,
Huyendo cada cual con cuatro ó cinco.

Salió en esto á la calle el pastelero,
Y como un caballero,
Llegóse á Pedro, y en lenguaje mudo,
Le atizó un pescozon morrocotudo.
Perico, cual la fiera acometida.....
Se llevó entrambas manos á la herida,
Murmurando con aire de modestia:
—Usted dispense! (si seria bestia!)
El otro, al verle así,
Gritó:—Guardias, á mí!
Y entre un municipal y el pastelero,
Fué Perico á dormir al Saladero.

Sea usté hombre de bien, tímido y probo,
Y aunque esté hambriento, no cometa un robo;
Vendrá un perro ó dos perros sin conciencia,
Harán lo que usté no hizo por decencia,
Y usted irá á un encierro
Llorando en sus adentros no ser perro!

EUSEBIO BLASCO.

EL DRAMA DEL FOEDERIS ARCA.

A fines del año 1864, *El Monge*, aviso de la marina imperial, condujo desde las islas de Cabo-Verde á Brest, varios náufragos franceses recogidos pocos dias antes por un buque danés. Era la tripulacion del *Fœderis Arca*, que habia partido de Cette el 8 de junio para Vera-Cruz y perecido en el mar. Interrogados sobre las causas de este siniestro, las declaraciones de aquellos marineros todas fueron unánimes y contestes.

«Habiendo aparecido en las bodegas, decian, una cala de agua que empezó á inundar el buque, y viendo que las bombas eran ineficaces para conjurar la catástrofe que nos amenazaba, el capitan, Mr. Richbourg, tomó la resolucion de abandonar el *Fœderis Arca;* en su consecuencia se botaron las lanchas y los botes al agua, y empezamos á embarcarnos.

«El capitan, el segundo Mr. Aubert, el grumete y el cocinero, debian embarcarse los últimos en la lancha ballenaria; pero ocupados en recoger los papeles, los relojes, la brújula, el compás y otros varios efectos precisos, se descuidaron tanto, que cuando quisieron recordar el agua invadia la cubierta, y el buque fué tragado por las olas arrastrándolos consigo. Eran próximamente las dos de la madrugada cuando esto sucedia; la noche estaba oscura como boca de lobo, y aunque no quisimos alejarnos sin haber hecho cuantos esfuerzos son imaginables para salvar á estas cuatro víctimas, Dios no escuchó nuestras súplicas, y al nacer el dia únicamente vimos los despojos del buque que flotaban sobre las olas.»

Esta declaracion pareció muy verosimil á todo el mundo, escepto al hermano de Mr. Aubert, segundo del buque náufrago. Este jóven conocia perfectamente el carácter, la energia, la habilidad profesional, la fuerza física del hermano que acababa de perder; así que, le juzgaba incapaz de dejarse sorprender como un niño á la vista de un peligro tan conocido. Además, le parecia inadmisible que precisamente hubieran quedado á bordo únicamente el capitan, el segundo, el cocinero y el grumete.

Deseoso de aclarar una sospecha que cada vez iba tomando mayor incremento en su ánimo, escribió al ministro de Justicia suplicándole que se abriese sobre este asunto un nuevo sumario, porque él se prometia que los resultados no serian los mismos. El ministro accedió á la solicitud de Mr. Aubert, y se empezaron á instruir en Nantes las nuevas diligenciss de este proceso.

El director del puerto y el comisario de la inspeccion marítima, hicieron comparecer ante su autoridad á un llamado Chicot, que era uno de los marineros náufragos, el cual repitió la misma declaracion primitiva, pero con ciertas variaciones, y vacilando de tal suerte, que en el ánimo de los jueces penetró igualmente la sospecha de que un horrible crímen debia haberse cometido á bordo del *Fœderis Arca*. Sin embargo, y para no *espantar la caza*, como se dice vulgarmente, despidieron á Chicot, dejándole en libertad, y previniéndole que si era necesario se le llamaria nuevamente á declarar.

Chicot regresó á su casa preocupado y en estremo pensativo, y su melancolía fué aumentando hasta el estremo, que preocupada su madre le preguntó la causa: «*¡Pienso en mi pobre capitan! Dios no puede perdonarme.*»

Finalmente, acosado un dia por los remordimientos, y obedeciendo á las incesantes escitaciones de su conciencia, reveló á su madre todo el secreto, suplicándola fuese á referir al juez de instruccion uno de los más horribles dramas que han tenido lugar en los anales marítimos.

El navio, que, como por una terrible ironia se llamaba el *Fœderis Arca* (Arca de Alianza), llevaba por tripulacion una banda de demonios.

Conducia á Vera-Cruz un cargamento de *hulla* destinada á los buques del Estado. El sitio que quedaba disponible en la cala, fué ocupado con frascos de ajenjo, vermout y otras bebidas alcohólicas, cuya fabricacion es la principal industria de Cette.

Apenas en alta mar, empezó á notar el capitan Mr. Richbourg, y el segundo Mr. Aubert, que los frascos de licores iban progresivamente disminuyendo en su contenido. El primero reprendió á la tripulacion, y el segundo la castigó con la severidad que en la marina es necesario emplear; de sus resultas la muerte de ambos fué decretada por aquellos mónstruos.

En la noche del 5 de julio, los jefes del complot colocaron á Chicot en el timon y se agruparon en la proa, haciendo algun ruido para llamar la atencion. Mr. Aubert se presentó el primero, y aun no habia tenido tiempo de enterarse de lo que aquella escena significaba, cuando una docena de puñales se hundieron en su pecho, pero con tal fuerza, que algunas hojas saltaron en pedazos. Sin embargo, aun se defendió por algun tiempo, hasta que recibió un golpe en la cabeza con un instrumento ó barra de hierro que sirve á bordo de los buques para dar mayor impulsion á las bombas. Finalmente, acribillado de heridas fué precipitado en el abismo, donde desapareció.

A su vez fué asaltado el capitan que avanzaba en auxilio de Mr. Aubert, pero tuvo que rendirse al número, suplicando únicamente lo matasen de un solo golpe.

Entonces otro bribon, llamado Lenard, que se habia erigido en comandante, intercedió por él diciendo en tono de sarcasmo.

—Démosle gusto... al agua con él.

El capitan, en su consecuencia, fué arrojado al mar, y por espacio de mucho tiempo siguió al buque á nado, hasta que sintiendo que le faltaban las fuerzas y que iba á morir, dirigió á sus asesinos esta última despedida, que palabra por palabra quedó impresa en la memoria de Chicot.

«Buen viaje, bribones; muero con la esperanza de que ninguno de vosotros á de escapar á la justicia divina, y que vuestras cabezas serán cortadas por mano del verdugo.»

Terminadas estas terribles frases, desapareció para siempre entre las olas.

Entonces empezó á bordo una orgia espantosa, infernal, diabólica. Al poco tiempo los vapores calentaron las cabezas, escitaron los ánimos, y se acaloraron las disputas. De sus resultas el cocinero, que era el ménos malo de todos aquellos energúmenos, y que en su conciencia le remordia el desastroso fin del capitan, escitado por el mismo remordimiento y por la bebida, resolvió suicidarse y lo verificó arrojándose al mar.

Al dia siguiente reunidos en sesion, resolvieron en primer lugar, destruir el *Fœderis Arca;* en segundo, estudiar perfectamente las bases de una declaracion igual para cuando llegaran á tocar puerto y se vieran en presencia de las autoridades; pero temiendo alguna indiscrecion del grumete, por ser demasiado jóven, decretaron tambien su muerte, y en su consecuencia se ejecutó inmediatamente la sentencia, arrojándole al agua. El pobre chico sabia nadar perfectamente, y del mismo modo que el capitan Richbourg siguió por espacio de algunas horas detras del buque maldito, procurando enternecer á aquellos caribes. Todo fué inútil: una ola cubrió su cabeza, y un nuevo crímen fué á ocultarse en el seno de las agitadas ondas. Inmediatamente horadaron la cala del buque, trasladaron á las lanchas y los botes los comestibles que pudieron, y se embarcaron, abandonando el *Fœderis Arca*, que se sumergió lentamente para no volver á aparecer sino en despojos.

Cerca ya de la costa avistaron la embarcacion danesa que los recogió.

Indudablemente todos estos espantosos detalles hubieran permanecido ocultos para siempre, y sin venganza la humana justicia, sin los sinceros remordimientos de Chicot, en los que indudablemente hallamos algo de providencial.

Por indicacion suya, los agentes de la autoridad han ido prendiendo sucesivamente á Garbucia, en Marsella; á Lenard, en Auvers; los nombrados Trepantt y Maruìere en el Havre; y finalmente, el octavo y último, el carpintero que fué el encargado á bordo de la destruccion del *Fœderis Arca*, y uno de los principales asesinos, ha sido preso hace diez dias en Tolon, y los culpables no pueden ya escapar á la severa accion de la justicia, que debe castigar un crímen tan horrendo de una manera ejemplar. La causa va ha ser juzgada por el Consejo de Guerra y Marina de aquel departamento, y ya tendremos á nuestros lectores al corriente de su resultado.

J. BELZA.

CANTARES.

Un *pensamiento* me diste,
Yo le coloqué en mi pecho;
Y desde entonces va unido
Al mio tu pensamiento.

Nada el corazon sentia
Cuando por mi bien te ví;
Y ahora el corazon, bien mio,
No sabe más que sentir.

Madre, las penas me matan;
Quién las curará? La ausencia.
—¡Ay madre del alma mia,
No quiero curar mis penas!

Cuando otros ojos me miran
El alma está indiferente;
Cuando me miran los tuyos
No sé lo que el alma siente.

Dos deseos me combaten,
Verte y no verte, mi amor,
Y por no matar el uno,
Me van matando los dos.

Aunque las sombras le cubren,
Viendo estoy el cielo hermoso;
¿Que dónde le veo dices?
¿Dónde ha de ser? En tus ojos.

Yo estaba triste, y Adela
Borró mi tristeza un dia;
Ella dió al alma esperanza,
Ella al corazon la dicha,
Ella al pensamiento alas

Y á mi mente fantasía;
Por ella goza un presente
Y de un porvenir mi vida;
Adela, ¡cuánto te debo!
Adela, ¡Dios te bendiga!

F. P. ECHEVARRIA.

MULHOUSE.

Capital de provincia del departamento del alto Rhin, Mulhouse es una ciudad de 45.887 habitantes, situada en una isla formada por el Ill, sobre el canal del Ródano al Rhin.

Segun los etimologistas, Mulhouse, en aleman *Mülhlhausen*, se deriva su nombre de *mühle*, que quiere decir *molino* y de *haus* que significa *casa*. Aliada por espacio de siete siglos á los cantones suizos formó una pequeña república hasta el momento en que estalló la revolucion.

La primer fábrica de indianas fué fundada en aquella localidad por el año de 1746 por tres mulhusines: Santiago Schmalzer, Samuel Kœchlin y Juan Enrique Dolfus. En realidad, de estos tres asociados no habia más que uno que fuera fabricante, Schmalzer. Dolfus, artista pintor, daba los dibujos, y Samuel suministraba los fondos; pero lo cierto es que los beneficios que reportaron de su empresa fueron enormes.

En el dia Mulhouse es particularmente célebre por sus fábricas de tegidos estampados y de mouselina. La ciudad se divide en dos barrios: la villa antigua y la moderna, á la que se da el título de *pequeño Paris*.

Entre sus monumentos los hay algunos de gran mérito, tal como la casa de la ciudad *(Hotel de Ville)*, construida en 1551; la iglesia, el templo protestante, la sinagoga, el monumento elevado á la memoria del astrónomo Lambert, la estacion del camino de hierro; y finalmente, el canal del Ródano al Rhin, una de las más grandes y más útiles empresas realizadas en aquel país.

LOS LADRONES DE ANTAÑO
Y LOS DE OGAÑO.

(Continuacion.)

El rey habia acrecentado considerablemente su tesoro cuando el arquitecto, que aun no habia hecho mal uso de su ingeniosa obra, sintió que su fin se aproximaba, y llamando á sus hijos cerca del lecho de muerte, les confió su secreto y el mecanismo de la piedra giratoria. Murió el padre al cabo de algunos dias y los hijos, impacientes por poseer las riquezas del rey, no tardaron en dar el primer abance al ansiado tesoro. Encontraron efectivamente la piedra designada, ésta giró con la mayor facilidad, y en la primera visita salieron cargados con gran cantidad de oro, plata y pedrerías.

Cuando el rey se apercibió de aquella sustraccion, le fué imposible acusar á nadie, porque el sello que colocaba siempre sobre la cerradura estaba intacto, y en la puerta no habia habido violencia ni fraccion alguna. Su sorpresa aumentaba al notar diariamente nuevas sustracciones, hasta que al fin se decidió, para cojer al ladron, á construir trampas y lazos que colocó por su propia mano en los puntos más á propósito de la habitacion. Efectivamente, cuando los dos ladrones entraron aquella noche, como lo tenian de costumbre, uno de ellos, el primero que pisó la real estancia fué cogido en el lazo por el cuello. Reconociendo ambos su crítica situacion, el primero dijo al segundo que, tomando prudentes precauciones, entrase tambien en la estancia y le cortase la cabeza, pues de este modo no podria ser reconocido, y se salvaria así el honor de la familia. El hermano menor pensó que era muy justo el razonamiento, cortó la cabeza al mayor y en un saco se la llevó á su casa. Tan luego como se hizo de dia, el rey fué de nuevo á visitar su tesoro, y aquel cuerpo sin cabeza, preso en el lazo, no hizo más que redoblar su sorpresa y perplegidad. Despues de haber reflexionado mucho, mandó colgar aquel cuerpo ensangrentado de una de las almenas en las murallas de la ciudad, colocando centinelas en los alrededores, con órden de prender inmediatamente á toda persona de cualquier clase ó condicion que fuere, que á la sola vista del cadáver significase con lágrimas ó de cualquier otro modo, interés ó sentimiento por el decapitado.

La viuda del arquitecto vivia aun, y al saber el sangriento fin de su hijo, reprochó al más pequeño el haber abandonado á su hermano, amenazándole con denunciarle ella misma sino conseguia apoderarse inmediatamente por la fuerza ó por la astucia de los sangrientos despojos de su querido hijo.

El ladron, asustado con esta amenaza, recurrió á una estratagema para satisfacer el dolor maternal. Cargó sobre dos asnos algunos pellejos de vino, y los condujo al sitio donde se hallaban apostados los centinelas, y al pasar cerca de ellos desató algunos de los cordeles y en su consecuencia empezó á derramarse el vino. A los fingidos gritos de desesperacion del mancebo, los soldados acudieron á ayudarle y atar nuevamente los pellejos, y entonces el muchacho en justa recompensa los convidó á beber hasta que consiguió emborracharlos y que se quedasen dormidos. Durante su sueño el ladron desató del clavo en que se hallaba suspendido el cadáver de su hermano, y fué á llevarlo inmediatamente á su madre, que derramó sobre él abundantes lágrimas, dándole despues una ignorada sepultura. El rey entonces, viéndose burlado, usó toda clase de astucias y estratagemas para descubrir al ladron; pero todo fué inútil, hasta que cansado ya y picada vivamente su curiosidad, hizo publicar un bando en el cual ofrecia su perdon al criminal, y hasta una crecida recompensa si se denunciaba él mismo.

Confiado en la palabra real, el hijo del arquitecto se presentó en palacio y se arrojó á los piés del monarca. Rhampsinitus, despues de haberle escuchado y significado su grande admiracion, le ofreció la mano de su hija, declarando *que le miraba como al más hábil, al más audaz y al más ingenioso de los hombres.*

Esta sencilla relacion del buen Herodoto, no es la única que se podria invocar para demostrar que los egipcios han concedido en todos tiempos una importancia real y positiva á los ladrones. Aun en el dia puede decirse, sin temor de ser desmentidos, que el que gobierna la nacion egipcia es más bien un capitan de bandoleros, que no el jefe supremo de un Estado. Los viajeros que han visitado recientemente aquellos sitios, cuentan que aquel país se halla dividido en departamentos de sustraccion, y que los intereses de cada departamento se hallan bajo la vigilancia de un ladron principal. Este jefe es responsable para con el gobierno, y en su consecuencia los agentes inferiores de la profesion oficial, deben comunicarle sus nombres y tenerle al corriente de todas las operaciones felices (robos) que practiquen en su localidad respectiva. Los viajeros que tienen alguna reclamacion que hacer deben dirigirse al gobierno, el cual los envia al jefe de los ladrones del departamento donde se cometió el robo, y éste se encarga de buscar y devolver los objetos robados, deduciendo el 25 por 100 de su valor total. Esta cofradía de ladrones regimentados, seria positivamente la mejor policía contra todo malhechor que quisiese emprender trabajos de esta naturaleza por cuenta propia y esclusiva.

En todos los pueblos del Oriente se encuentra algo de este sistema; verdad es que el Oriente es la madre patria de los ladrones. Sin embargo, el ladron oriental tiene tambien *su honor* y *su heroismo*, y la historia de Yacoub Ben-Laith, fundador de la dinastía soffárida, en la Persia, nos presenta una prueba y un ejemplo palpable.

Cansado de trabajar rudamente en su herrería desde la mañana á la noche, y desde el primer dia del año hasta el último, sin haber ganado, en último resultado, sino lo escasamente preciso para atender á su subsistencia, Yacoub acabó por tomar ódio y aborrecimiento á la fragua y al martillo, y se decidió á abrazar la profesion de *caballero á la luz de la luna*, segun la espresion gráfica de Shakespeare. Yacoub ejerció, sin embargo, segun cuentan, su nueva profesion con tal nobleza y caballerosidad, que jamás desvalijaba al prójimo sin dejarle alguna cosa; y el dinero que con tanta esposicion adquiria lo distribuia entre los pobres, reservándose únicamente la cuarta parte del botin. Una noche Yacoub se atrevió á penetrar en el palacio de Darham, príncipe del Segasten, el cual era inmensamente rico. Al cabo de media hora el ladron habia conseguido apoderarse de un espléndido y magnífico botin, cuando al retirarse á oscuras tropezó con un cuerpo duro que á poco le hizo dar con el suyo en tierra. Tratando de investigar la causa, recogió una piedra que llevó á los labios para asegurarse de lo que era y se halló con un ladrillo de sal. Inmediatamente arrojó lejos de sí y lleno de terror todos los objetos robados, y que representaban la fortuna de un príncipe. ¿Qué motivaba aquel repentino terror? En el lenguaje oriental, haber gustado la sal en cualquier casa, equivale á haber aceptado la hospitalidad en ella, y los deberes que este solo hecho impone son altamente sagrados; así que, Yacoub depositó en el suelo todas las riquísimas alhajas que acababa de robar, y escapó silencioso por donde habia entrado y con las manos vacías.

Al dia siguiente el desórden que reinaba en la habitacion donde Yacoub habia arrojado su botin, mostró claramente á toda la córte que en palacio se habia intentado un robo. Las sospechas recayeron en el verdadero culpable, y éste fué arrestado y conducido á la presencia del rey, donde confesó francamente su crímen y la razon por la cual no lo pudo llevar á cabo. El rey entonces, queriendo *honrar* en Yacoub el sentimiento del *honor* lo empleó en su servicio, confiándole los negocios más importantes del reino; todos aquellos, en fin, que por sus condiciones especiales y delicadas exigian el concurso y la cooperacion de un hombre leal y valeroso. Escalon por escalon, Yacoub fué elevándose al poder; llegó primero á ser principe, y últimamente soberano de un magnífico imperio. Otro rey de Persia, Khourim-Khan, confesaba sin ruborizarse, que habia sido ladron, y con la mayor sencillez del mundo se entretenia en referir á sus súbditos algunas hazañas de su vida pasada, proezas que en nuestros dias, no solo se mirarian como casos de conciencia, sino que arrastrarian consigo la imposicion de un grillete y de una cadena.

J. BELZA.

(Se continuará.)

VALPARAISO.

Por correcto que sea el dibujo, por estraordinario mérito que tenga el grabado en que representamos hoy la maravillosa ciudad de Valparaiso, no es posible, carísimos lectores, que podais formaros una idea exacta de lo que es esta ciudad. Valparaiso significa en portugués, *Valle del Paraiso*. Figuraos, pues, un cielo espléndido, una atmósfera aterciopelada, una vegetacion lujuriante, en fin, todas las magnificencias de la naturaleza reunidas en un solo punto.

Valparaiso forma parte del estado de Chile, siendo Santiago su capital. Esta hermosa ciudad fué destruida en gran parte y por dos veces por los temblores de tierra, en 1822 y en 1829, y más tarde, en 1843, un horroroso incendio destruyó sus principales barrios.

En el dia se albergan en su recinto 45,000 habitantes, y su puerto es frecuentado por buques de todas las naciones, que van allí á cambiar sus productos por metales preciosos, oro, plata, platina, ricas pieles, etc. Chile fué la que destruyó los sueños de ambicion de un francés (Mr. de Tonneus) que se proclamó rey de Araucania bajo el nombre de Orelio I. Este desgraciado monarca fué entregado á las autoridades chilenas, vendido por su criado en el precio de 1,250 francos.

LAS FIESTAS DEL 15 DE AGOSTO EN PARIS.

Las dos láminas que en el centro del periódico damos hoy á nuestros lectores, representan el espectáculo que en todas sus fases dan vida y animacion á las fiestas que el dia 15 de agosto se verifican en París, llamadas fiestas del Emperador.

Seria necesario un volúmen si hubiéramos de hacer una descripcion detallada. Esa multitud compacta, infatigable, ávida de ver y de gozar, la encontrareis á un mismo tiempo en la estension de los muelles, viendo las regatas, en la esplanada de los Inválidos, en la barrera del trono, en los fuegos de artificio, en las cucañas, á la entrada de los teatros, en la iluminacion de la plaza de la Concordia, en los Campos Elíseos, por todas partes, en fin, reproduciéndose, apiñándose, con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazon. Cuadro, que como ya hemos dicho, no es fácil describir en pocas líneas, y que es necesario ver para formarse una idea exacta de lo que es.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



VALPARAISO.



EL R. P. FÉLIX,

Predicador en la Cuaresma, de Nuestra Señora de Paris.

EL R. P. FÉLIX.

El nombre casi europeo que ha adquirido tan legítimamente este célebre personaje, nos deciden á dar su retrato en nuestro semanario.

El eminente orador religioso que ocupa en la Cuaresma y en Nuestra Señora de Paris la cátedra de San Pedro, ilustrada por Ravignan, Lacordaire, Dupanloup, etc., y que á escuchar su voz evangélica acude siempre una multitud respetuosamente impresionada, debia ocupar un lugar en nuestras páginas, como una de nuestras eminencias contemporáneas. La elevada elocuencia del P. Félix es demasiado conocida para que nos detengamos aquí á hacer un elogio de que no ha menester. Empezó á predicar en 1851.

Nació en *Neuville-sur Escaut*, en el departamento del Norte. Octavo hijo de una honrada familia, el P. Félix cuenta ya cincuenta y dos años de edad, y sin embargo, por su fisonomía y su robustez física no representa más de treinta y cinco. «Es la juventud del alma, que se refleja en sus facciones.»

Despues de haber hecho sus primeros estudios, ingresó en 1837 en la Compañía de Jesus, esos *granaderos del fanatismo*, como decia Diderot, pero tambien esos *valerosos remeros de la barca de Pedro*, como decia Pio VII.

Por indiferente que sea vuestra alma á cierta clase de sensaciones, si haceis un viaje á Paris, procurad escuchar alguna vez á ese eminente orador sagrado, que de seguro siempre quedará alguna cosa buena en vuestro corazon; y aquellos de nuestros lectores que no pueden verle ni oirle, contemplen su retrato, y en él verán reflejada la honradez, la bondad, y el sello, en fin, de todas las virtudes cristianas.

SANTIAGO FOSSE.

Fosse nació en Saint-Gilles (Gard).

A los once años, en Beaucaire, donde su familia se habia establecido, el generoso y esforzado niño salvó la vida á un jóven de diez y ocho años, que ya iba á ahogarse en la corriente del rio. A los veinte años habia igualmente salvado la vida á quince personas más.

Pero no ha sido únicamente á la impetuosa corriente de las aguas á las que Santiago Fosse ha arrancado innumerables víctimas. Cuando la invasion del cólera en 1854, fué la admiracion de sus conciudadanos por su sangre fria, su abnegacion, su valor, luchando con la terrible epidemia, desafiando á la muerte por asistir y cuidar con un cariño paternal á todos los invadidos.

En 1858 salvó del hambre y de una muerte cierta, arrostrando toda clase de peligros, á toda la villa de Valabregues, invadida de una espantosa inundacion.

En más de un incendio lo hemos visto atravesar por en medio de las llamas, sobre vigas y piedras calcinadas, espuesto á perecer á cada instante por salvar aun más víctimas.

Ese modelo de abnegacion heróica, ese luchador infatigable en favor del prójimo; lleva en el dia cubierto su pecho de medallas y condecoraciones de todos los paises, entre las cuales brilla la cruz de la Legion de Honor y la de San Gregorio el Grande.

Un aplauso para los gobiernos que se honran honrando como es debido á tales hombres, á estos privilegiados séres, que despreciando la vida, dejándose arrastrar únicamente por los nobles, los caritativos instintos de su corazon, se sacrifican gustosos en obsequio de la humanidad, sin dar importancia al mérito de sus caritativas obras.



SANTIAGO FOSSE,

Presidente de la sociedad de Salvadores del Mediterráneo.

El Periódico ilustrado.



Número 35.

DEL 5 AL 12 DE NOVIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en **MADRID.**
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	5 cuartos en **PROVINCIAS.**
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 50 »	

CANNES.

En 1831, en el momento en que el cólera hacia en Francia horribles estragos, lord Broughan se paseaba tranquilamente á orillas del Mediterráneo, y se disponia á pasar á Italia. Pero el viajero habia contado como suele decirse sin la huéspeda, es decir, sin la policía de los Estados Sardos. Esta, no viendo más que pestíferos de la parte de Francia, no dejaba pasar alma viviente por la frontera. Este incidente, bien insignificante en la apariencia, produjo sin embargo, un gran resultado.

El lord Canciller volvió piés atrás y vino á parar á Cannes, que le agradó mucho, y queriendo dejar un recuerdo en este rincon de tierra que no le habia regateado la hospitalidad, sino que se la habia ofrecido con tan generoso desinterés, proyectó hacer de aquel pueblo una de las principales estaciones de baños del Mediterráneo.

Así, pues, Cannes puede decirse que data de 1831, y su fundador es lord Broughan, porque solo á partir de esta época empezó á circular la vida y la animacion en este pequeño puerto de mar, que es el punto de reunion preferido en ciertas épocas de los *touristas* ingleses.

Despues de lord Broughan fué visitado por sir Robinson Woolfield, el cual quiso igualmente dejar huellas de su paso por aquellos sitios.

Desde esta época una nueva poblacion se ha elevado de la antigua; se han construido y formado bellísimos paseos que á ciertas horas son el centro de reunion de todos los bañistas. Cannes se halla rodeado de preciosas *villas* y casas de campo: á muy pocos kilómetros se encuentra la *villa* Sardon, donde falleció en 1858 la célebre trágica Rachel; á la derecha se destaca el magnífico castillo construido en 1834 por lord Broughan, el cual fué bautizado con el nombre de su hija: Eleonora Luisa.

Dos pasos más lejos se encuentra la *villa* de San Jorge, empezada por el general Taylor, y acabada por sir Robinson Woolfield; á su izquierda aparece entre un bosque de naranjos, el castillo del duque Vallombroso, y finalmente. la *villa* Victoria, que es una de las maravillas en su género.

Cannes es en el dia capital del Canton de Grasse, departamento de los Alpes Marítimos; cuenta además de su poblacion flotante, que es muy numerosa, un censo de 7,357 habitantes. Su comercio consiste principalmente en perfumería, jabones, aceites, pescados salados, anchoas, naranjas y limones.

EL MARISCAL CANROBERT.

El mariscal Canrobert, hace un año fue llamado á reemplazar en el mando de la primera division y del ejército de París, al malogrado y simpático mariscal Magnan.

El mariscal Canrobert es el más jóven de los mariscales de Francia; aun no tiene cincuenta y siete años. Todos los soldados conocen perfectamente esa hermosa cabeza de cabellos un poco largos, tal vez para lo que previene la ordenanza, pero que sin embargo no le quita absolutamente nada de su aire marcial.

En 1828 salió de Saint-Cyr, y de esta fecha data el principio de su carrera. Todos sus grados han sido conquistados en Africa. General de division en 1853, ha mandado la primera division del ejército de Oriente, ejército del que llegó á ser general en jefe á la muerte del mariscal Saint-Arnaud (setiembre de 1854.)

Magenta, Solferino, son sus últimas etapas guerreras, y ha tenido que abandonar por sus nuevas funciones el cuarto cuerpo de ejército.



EL MARISCAL CANROBERT.

REVISTA DE LA SEMANA.

El cólera, como ciertos personajes políticos, va perdiendo importancia de dia en dia. Todavía hay quien le tiene miedo, pero ni se huye de él, ni se le trata de evitar con preservativos ridículos, cuyo resultado por lo pronto no es otro que el de gastar dinero y salir por esas calles oliendo á botica de cien leguas. Esto no quita que al despedirse continúe haciendo de las suyas, y arrebatando á la sociedad y á la familia existencias que eran á un tiempo su encanto y su esperanza.

Una de estas víctimas de última hora, por decirlo así, ha sido nuestro querido amigo Luis Perez del Aya, que en el corto espacio de tres dias habia visto sucumbir á seis individuos de su familia, y que ha caido al fin bajo el mismo golpe, como inmolado en aras de una divinidad implacable. Jóven, lleno de escelentes cualidades, y tan modesto como ilustrado, el señor Perez del Aya deja al morir un gran vacío en el corazon de sus amigos, y un desconsuelo mayor aun, en el de su desgraciada esposa.

Inscribamos este nombre nuevo en nuestra galería fúnebre; pasemos la bocamanga de la levita por el rabo del ojo, y vamos á entretener á Vds., entreteniéndonos de paso, buscando en la crónica diaria algun suceso digno de ocupar nuestra atencion.

Sabrán Vds. como D. Antonio Garcia Gutierrez escribió un drama que debia representarse en el Príncipe, y que se titulaba *Juan Lorenzo*. El censor de teatros leyó este drama, y sea que le pilló en alguno de esos momentos, raros en él, en que pretendia pasar por hombre de órden y de sanas ideas; sea que el drama se incline un poco hácia abajo, mientras el autor de *Don Tomás* se inclina demasiado hácia arriba, ello es que el drama ha sido prohibido por la censura, lo cual ha provocado un pequeño alboroto entre la hueste literaria, que no cree al laureado poeta capaz de haber dado motivo para medida tan severa. Esto es lo que decidirá un jurado nombrado al efecto, y que se compone de los Sres. Harzembusch, Rubí, Breton, Ayala y Villergas, lo cual hace creer que el fallo sea favorable á la obra, pues todos, cual más, cual ménos, saben por esperiencia lo que es censura. La apelacion de este fallo se hará ante el público, que, en último estremo, es el solo censor que merece ser respetado.

Buena prueba de esto es el entusiasmo con que ha recibido hace pocos dias en Paris el nuevo libro de poesías de Victor Hugo, en que el insigne poeta ha coleccionado sus *Canciones de las calles y de los bosques*. Verdad es que como dice muy oportunamente un revistero, el destino de Victor Hugo es un destino singular: fué en su juventud discutido por los viejos, y en su vejez se le discute por los jóvenes.

Los trozos que yo conozco de este libro, son dignos en todo del autor de *Las orientales* y *Las contemplaciones*. Nada más bello que *La comedie dans les feuilles*, y aquellas estrofas de *Le nid* que comienzan:

C'est l'abbé qui fait l'eglise;
c'est le roi qui fait la tour;
qui fait l'hiver? C'est la bise.
Qui fait le nid? C'est l'amour.

Lo cual, mal traducido al castellano, quiere decir:

Hace la iglesia el prelado,
El castillo el gran señor,
¿Y el invierno? El cierzo helado.
¿Y el nido? El amor.

Los amantes de la buena, de la verdadera poesía, de la poesia del corazon, que brota lo mismo de unos lábios infantiles que de un cerebro cansado y oprimido por el dolor, se apresurarán sin duda á comprar este libro, bálsamo delicioso que un anciano ilustre ha derramado sobre sus propias heridas.

De novedades teatrales nos hallamos, con corta diferencia, lo mismo que la semana anterior. Fuera del teatro Real, donde hemos oido el *Saltimbanco*, ópera muy mediana de Paccini, y ejecutada medianamente tambien por artistas, á los cuales nos reservamos juzgar en obras de mejores condiciones; los demás coliseos no han presentado nada notable. Verdad es, que solo actúan dos de ellos, Príncipe y Novedades; aquel defendiéndose con el antiguo repertorio, resucitado por Valero y Romea, que cada noche alcanzan una nueva ovacion, y éste poniendo en escena dramas populares en que se distingue la bella y simpática Felipa Diaz, y preparando una comedia de mágia, que no dudamos que le resarcirá de los gastos que le ha ocasionado su laudable empeño de sostener abierto el teatro, en un barrio de los más combatidos por la epidemia, y de los ménos poblados por gente acomodada, que es la que sostiene los espectáculos.

Veremos si es cierto, como dicen, que la Zarzuela y el Circo vuelven á reanudar en breve sus tareas, y si despues de dar un adios á ese viajero maldito, que debe ser inmortal cuando no ha hallado su tumba viajando tan de prisa por los caminos de España, recobra la córte su animacion y esplendor primitivos, y desaparece ese horrible fantasma que asoma ya la gaita detrás de la epidemia, y que me es antipático hasta en el cuadro de Aparicio, en el que hace de protagonista: el Hambre.

¡Dios no lo lleve nunca por vuestra casa, ya que yo á fuerza de trabajo he conseguido echarlo de la mia!

M. DEL PALACIO.

LOS LADRONES DE ANTAÑO
Y LOS DE OGAÑO.

(Conclusion.)

«En el tiempo en que yo no era más que un pobre soldado en el campo de Nadirshah, decia Khourim, mi estremada indigencia me obligó un dia á robar en una tienda una magnífica silla de caballo guarnecida de preciosa pedrería, que un jefe *afghan* habia enviado para componer. Poco despues supe que el dueño de la tienda habia sido preso y sentenciado á la horca, lo que conmovió mi conciencia hasta un estremo tal, que inmediatamente, y aprovechando una ocasion, volví á colocar la silla en el mismo sito de donde la robé, pero quedándome á alguna distancia hasta que la restitucion fuera notada por la mujer de aquel pobre hombre. Así sucedió; y aquella desdichada prorumpió al ver la silla en esclamaciones tan patéticas, pidiendo las bendiciones del cielo para el *honrado* ladron que acababa de salvar la vida de su esposo, que estoy convencido que sus ardientes y fervorosas súplicas han influido en mi destino, elevándome á la grandeza soberana que hoy disfruto.» La doctrina del robo tiene sus variaciones, como todas las doctrinas que sirven de texto á las discusiones morales. De todas estas tésis sostenidas en pro y en contra, puede deducirse lógicamente una observacion, y es que es imprudente considerar el hecho de un hombre que ha cometido un delito contra la propiedad, como una prueba de la perversidad ó de la inferioridad radical de su inteligencia. En una reunion de gente compuesta de toda clase de individuos y en cualquier país que sea, el ladron, generalmente, es el de más franca y más simpática fisonomía. Esto parecerá á primera vista estraño; pero dice con sobrada razon la obra titulada *Eclesiaste*, y viene á confirmar nuestro aserto, «que el corazon del hombre no cambia jamás su fisonomía.» Así, pues, es una ley, no del corazon, sino de la educacion, que dice que el hombre comete un crímen entregándose al robo. Tambien es fácil demostrar que en el mayor número de los ladrones, si se estudia bien su naturaleza, existe el gérmen más ó ménos desarrollado de las honrosas cualidades que se exigen en el mundo para ocupar las más altas posiciones sociales.

En la galería de retratos que, como ya hemos dicho, se halla establecida en New-York, se ve el retrato de un ladron reputado de *primer órden*, entre los noventa y dos que existen de su categoría. Este ladron es aleman, y ha pasado veinte años en las prisiones de su país. Tiene ese aspecto leónico que caracteriza cierto número de fisonomías alemanas; pero aunque no está desprovisto de talento en su especialidad, carece absolutamente de energía intelectual. En cambio, á su lado se ve el retrato de otro ladron de primer órden, en el cual todo es energía, accion y vigor; los rasgos de su fisonomía revelan á primera vista al hombre de talento superior unido á una gran resolucion y sangre fria. Debajo de estos dos personajes se halla el de otro, al que los agentes de policía dan muy escasa importancia, y sin embargo, á primera vista, y si hemos de dar crédito á personas que le conocen bien, es muy superior á sus otros dos compañeros. Es un genio inventivo, capaz de las combinaciones más difíciles, y de realizarlas hasta su resultado final, con un ardor que raya en el entusiasmo. Este hombre no llevaba corbata cuando le hicieron su retrato; pero el cuello de su camisa se halla doblado de tal manera, que produce el efecto de un alzacuello, lo que contribuye á darle una espresion clerical. Segun dicen, se espresa bien, y en sus conversaciones usa un lenguaje franco, y que va siempre derecho al asunto de que trata.

Muchas de las figuras de esta original galería de bribones merecen ser consideradas con atencion. En primer lugar, la mayor parte son ingleses, lo que no habla muy alto por cierto en favor de esa decantada probidad de que los hijos de la soberbia Albion suelen envanecerse; es más, á ser ciertos los informes que tomamos cuando visitamos la citada galería, ni su condicion en la sociedad les pesa, ni nada en su fisonomía indica que hallan sostenido ninguna lucha interior antes de entregarse al *oficio* de ladrones.

Existen en la sociedad otra clase de estos individuos que por su especialidad merecen tambien ser citados.

Se ha dicho de Temistocles que «*en medio de sus grandezas el héroe no podia mandar á sus manos*.» El hombre de quien voy á hablar era una especie de Temistocles; rico hasta un estremo casi fabuloso; disfrutando de todos los placeres que la fortuna proporciona, sin tener nada que apetecer ni ambicionar, pero no podia desembarazarse de un demonio que le dominaba bajo la forma de una antigua costumbre, implacable como el destino. En viéndose delante de un bolsillo, de una alhaja ó de un objeto precioso, aunque fuera en casa de su mejor amigo, le era imposible resistir á la tentacion; sus dedos se le alargaban y sin poderlo remediar, olvidándose de que podia dispensarse el apropiarse el bien de otro, puesto que todo le sobraba, su instinto le dominaba hasta tal punto que se convertia en ladron. Las personas que ya le conocian, y que despues de su visita echaban de ménos algun objeto, mandaban al dia siguiente á su casa, y su mayordomo hacia la restitucion con la mayor escrupulosidad.

Tampoco la historia de cierto ladron chino carece de oportunidad, y quiero referirla. Un pobre hombre, acosado por la necesidad, robó un dia una gallina á un vecino suyo, que era escesivamente rico, y que reunia á su riqueza un carácter tan dulce, un genio tan apacible y un corazon tan bondadoso, que era adorado de todo el pueblo. El ladron peló su gallina, la guisó, y se la comió alegremente, acostándose despues á dormir; pero durante la noche sintió un estremecimiento singular en todo su cuerpo: empezó á soñar que todo su cuerpo se habia cubierto de plumas, y aquellas plumas eran las de la gallina robada y comida, y por una revelacion divina se le anunció que en justo castigo de su crímen quedaria convertido en gallina, en tanto que su vecino no le administrase la reprimenda á que se habia hecho acreedor. El pobre hombre despertó al fin; pero tal era el efecto que en su ánimo y en sus sentidos habia producido la fatal pesadilla, que aun despierto, se figuró ser verdad todo aquello que habia soñado, y se vió obligado, no solo á publicar su robo, sino á suplicar á su vecino le administrase la mercurial que debia restituirle su epidermis de hombre.

Volviendo nuevamente á la galería de retratos de New-York, la suma de actividad mental que brilla en los ojos de la mayor parte de aquellos desdichados séres tiene algo de prodigioso. Otra reflexion bien triste inspira tambien: la inclinacion que arrastra al robo, ¿es á la vez una cualidad heredada y precoz? El ánimo se entristece contemplando tantos ladrones imberbes! En aquella galería los encontrareis de todas edades, desde cinco á quince años: en los unos observareis el sello marcado de una viciada naturaleza; en los otros, esa mirada de serpiente que penetra sin sentirlo en el corazon; en otros, en fin, esas facciones que revelan bondad, buen instinto, naturalezas fáciles de dirigir, y que se las conduce por donde se quiere; pero en todos, absolutamente en todos observareis esa vanidad pueril que han esperimentado cuando les hicieron su retrato, aun sabiendo el uso á que se destinaba. Para la mayor parte de aquellas desgraciadas criaturas, robar es una profesion de familia tan legítima como cualquier otra. En un medallon están reunidos los retratos de cinco hermanos, que el menor hace tres años aun estaba en brazos de su nodriza... pero ¿qué tiene de particular? Su padre y su abuelo, ¿no habian sido dos ladrones de los más famosos de la república? Pues bien, uno de estos cinco hermanos ha sido ya sentenciado siete veces, y cuenta diez y nueve años.

Sin embargo, una esperanza consoladora nos inspira la espresion triste y reflexiva de algunos de estos individuos, aprendices del vicio. Gracias al cielo, hay muchos que abrazaron á pesar suyo y sin vocacion la profesion hereditaria, y aun seria tiempo de apartarlos del precipicio. La cuestion de la reforma de los

ladrones jóvenes se ha agitado y tratado muchas veces, y en su mayor parte con éxito. No hay regla sin escepcion. La más antigua tentativa de este género la encontramos en el *Gulistan* de Saadi, y aunque desgraciadamente no corresponde al buen deseo de los filántropos, que niegan los instintos hereditarios, vamos á referirla tal cual la hallamos escrita:

«Entre una partida de bandoleros, de la cual costó mucho trabajo apoderarse, habia un jóven que apenas habia entrado en la adolescencia. Era el hijo del jefe de la partida.

»Uno de visires se postró á los piés del rey, y le dijo: «Señor, este muchacho aun no ha gozado de los placeres de la juventud; su corazon no está formado, el vicio no pudo echar en él profundas raices; concédame V. M. su vida, y me lo llevaré á mi casa; yo lo educaré, abrigando la fundada esperanza de que algun dia este muchacho será útil á su patria y una persona digna y honrada.»

«El rey frunció el ceño y respondió: «El mismo sol no alumbra la virtud y el vicio. Para los instintos perversos la instruccion no es otra cosa que una nuez arrojada desde lo alto de un campanario..... rueda al fondo, y allí se estrella. Apagar un fuego y dejar chispas en el rescoldo, matar una víbora y criar los viboreznos, son imprudencias que no comete jamás el hombre juicioso. Aunque las nubes derraman por igual sobre la tierra el agua que la fecunda, no es fácil recolectar frutos en las ramas del sauce.»

«El visir aplaudió estos apotegmas, y añadió que nada tenia que replicar; pero impulsado por su buen corazon se atrevió á insistir en su demanda.

«Señor, este niño no debe haber cometido grandes faltas, y las que haya cometido serán porque educado en medio de ladrones, no ha tenido otros ejemplos que los que semejante canalla ha podido proporcionarle. Vuestro humilde súbdito se lisonjea de que si V. M. le concede la gracia que solicita, habrá de corregirle y hacerle un hombre útil á la sociedad; además, los hijos de Noé, asociándose á los malos, perdieron el don de la profecía, en tanto que por el contrario, el perro de los siete durmientes, por seguir á los buenos, llegó á alcanzar el privilegio de ser hombre.»

«El rey accedió al fin, pero sin abrigar confianza ninguna, ni participar de la generosa esperanza del visir.

«Educóse al jóven con mucho esmero, dándole por maestros los hombres más sábios y más honrados del reino, y al cabo de algunos años llegó á ser un sábio y una persona consideradísima en la córte. El visir estaba loco de alegría, y le aprohijó y le colmó de riquezas y de honores, pero cuando hizo observar al rey el buen resultado de su obra, el monarca sonriendo le contestó con una de esas sentencias tan comunes entre los orientales.

«Tu hijo de adopcion ha sido amamantado como suele decirse á nuestros pechos, ha crecido entre nosotros, y á fuerza de esmero y solicitud le hemos convertido en un inocente cordero..... ¡Desdichado de tí si algun dia llega á recordar que su verdadero padre era un lobo.»

«Trascurrieron algunos años más. Una nueva partida de facinerosos apareció en el país, entre los cuales se encontraban antiguos bandidos, amigos y compañeros del padre del jóven. Sin saber cómo, pudieron ver á éste y hacerle comprender que se hallaba en el deber de unirse á ellos para vengar la muerte del autor de sus dias: no les costó gran trabajo convencerle, y formando con ellos una nueva asociacion, el hijo adoptivo del visir, aprovechando una ocasion oportuna, asesinó á su bienhechor y á todos sus hijos, robóle todas sus riquezas, y se huyó á los montes con los antiguos compañeros de su padre.

«Cuando llegó á noticia del rey este sangriento desenlace, dijo con tristeza:—«¡Cómo era posible hacer de un mal hierro una buena espada! La lluvia, aunque bienhechora, pues hace producir las más bellas flores en los jardines, alimenta tambien la mala yerba en los terrenos de mala calidad.»

Contrariamente á la opinion de Saadi y de algunos otros sábios, la galería fotográfica de New-York nos presenta fisonomías de niños, que no pueden ser naturalmente viciosos; niños que poseen sin duda alguna buenos instintos, y á los cuales bastaria el cariño de una madre para borrar de su frente la prematura mancha que sobre ella se destaca.

Participando de la opinion del conde Saadi, Esopo á dicho de la serpiente, que por muchas veces que cambie de piel, siempre será serpiente; pero á despecho del axioma de Esopo y del conde de Saadi, preferimos dejar á estos desgraciados séres el beneficio de nuestra duda.

No es posible que tantos jóvenes como se dedican al robo hayan debutado todos de igual manera, bebiendo de un manantial envenenado. No, muchos han salido del seno de honradísimas familias; otros que han disfrutado una fortuna, y la pérdida de ésta ha estraviado su razon lanzándoles al vicio: en muchos de ellos se observa tambien ese tinte de melancolía que prueba el disgusto y el hastío de la vida!.... Es tarde cuando emprendieron semejante industria, y tal véz bien á pesar suyo. ¡Compadezcamos á aquellos cuyas madres bajaron á la tumba demasiado pronto, dejándoles huérfanos y privándoles de su cariño y de sus consejos! ¡Compadezcamos á los que una pasion desgraciada hizo olvidar las lecciones de su madre; y sobre todo, compadezcamos con todas las veras de nuestro corazon á esas madres desdichadas, que no pueden pronunciar el nombre de sus hijos sin que su frente se cubra de vergüenza, y que tiemblan continuamente por ellos, amenazados como se hallan á cada paso por la humana y la divina justicia!

Una leyenda árabe nos refiere, que un dia Moisés, hallándose sobre el monte Sinaí, recibia del Señor la revelacion de los misterios de su Providencia. Moisés se quejaba amargamente de la impunidad del vicio, de lo desgraciado que era generalmente el bueno, al paso que el malvado disfrutaba en el mundo de fortuna, crédito y poderío, lo cual á su modo de ver no era muy justo. El Señor entonces lo llevó á la cima de una montaña, desde la cual se dominaba una gran estension de terreno.

Al pié de la montaña y en un oasis delicioso, poblado de palmeras, dormia al pié de un árbol un jóven árabe, que al despertar olvidó un saco de perlas que consigo llevaba, y ensillando su caballo partió al galope desapareciendo rápidamente en el horizonte. Otro árabe llegó pocos momentos despues al mismo sitio, halló el saco de perlas y recogiéndolo con estremada alegría desapareció igualmente, pero en direccion opuesta. Apenas trascurrido un cuarto de hora, un anciano apoyado en un palo, vino á pasos lentos á buscar un poco de reposo debajo del mismo árbol en que el árabe estuvo anteriormente acostado, y como su cansancio era grande, quedóse dormido inmediatamente, pero á los pocos instantes fué violentamente despertado por el árabe que habia perdido el saco de perlas y que volvia en su busca. El anciano le contestó que nada habia visto, pero el jóven no lo creyó, y presumiendo que el anciano le habia robado, y que habia ocultado el robo para no verse obligado á la restitucion, despues de una lucha que atendida la desproporcion de edades duró bien pocos momentos, el jóven cortó de un solo golpe y con su yatagan la cabeza del anciano que rodó por tierra.

—«¡Oh Señor! ¿y es esto justo? dijo Moisés aterrado.

—«Calla, le contestó el Señor, y no juzgues lo que no comprendes..... Ves ese hombre cuya sangre enrojece en este momento las arenas del desierto!.... pues hace diez años que en ese mismo sitio, al pié de ese árbol, de una manera alevosa y cobarde, asesinó al padre del jóven que acaba de degollarle á él. ¡Su crímen ha permanecido ignorado de todo el mundo escepto de mí, de mí, que soy el *vengador!*»

J. BELZA.

EL CREPÚSCULO VESPERTINO.

Hay una hora en el dia
Llena de mágico encanto,
Muy querida de poetas,
Pintores y enamorados.
¡Crepúsculo de la tarde!
¡Eres tan bello! En verano,
Al llegar aquella hora,
Los ruiseñores ufanos
Entonan variados trinos
Desde los pinares altos.
Las fuentes dulces murmuran,
Y los arroyuelos mansos
Deslízanse blandamente
Por bosquecillos y prados.
Los perfumes de las flores
Embalsaman el espacio,
Y una brisa tibia y pura
Nos brinda con sus halagos.
Un misterioso vapor
Transparente y azulado,
De los valles se levanta
Del rojo sól al ocaso.
Con monótono ruido
El esquilon resonando,
Guia desde las praderas
El ganado á los establos.
Del vigilante pastor
El melancólico canto,
En alas del raudo viento
Traen los ecos lejanos.
Y luego, de la campana
Vibra á través de los campos
La santa voz que recuerda
La oracion al buen cristiano.
Hora solemne en que todo
Respira mágico encanto,
Hora en que se siente á un tiempo
Tristeza y placer, brotando
Las lágrimas de los ojos
Sin acertar á esplicarnos
La causa de esa alegría,
Ni la causa de ese llanto!
. . . .
. . . .
. . . .
Ya de brillantes estrellas
El cielo está tachonado....
Ya duermen los pajarillos
Y las flores de los campos!

REMIGIO CAULA.

MI DECLARACION.

I.

Me veo en un serio compromiso.

Estoy enamorado. ¡Amo!

Lo cual nada tiene de particular.

Y amo con toda mi alma.

Váyase por otros que aman con todo su cuerpo. Por que el cuerpo es más en algunos que el alma. Sobre todo en los gordos.

El amor de un hombre que pese quince arrobas debe ser á prueba de materia. ¡Infeliz de la que esperimente el peso de su amor!

Como iba diciendo, yo amo con toda mi alma á una muchacha morena, de ojos que están diciendo «comedme», y yo me la comeria; pero es imposible.

Yo la he seguido á todas partes por llegar al fin de los fines, al fin más santo, á la mistificacion de los amores.

Y todavía, á pesar del fin, estoy en el principio. ¡Quién sabe si á la postre me regalará unas azucaradas calabazas!

La sigo por la calle, á misa, al teatro, al paseo; me he constituido en centinela constante de su persona. Y es más, estoy seguro que cuando *ella* no me vé, lo siente; siente así como si la faltara algo.

Ella me mira como diciendo, «está bien», ó á lo más «no me disgustaria que continuase Vd.»

Y yo la miro entonces, estirando el pescuezo como los gansos, y diciendo «se continuará.» Y luego me doy un golpecito en la copa del sombrero con la yema de los dedos, estiendo la mano despues como elevando la batuta y tarareo. «Yo soy Lindoro...»

Algunas veces me parece que me dice *ella* con su mirada, «¿por qué no se declara Vd?»

Y yo me declararia... y no puedo.

Mil veces la he dicho al pasar ó doblando una esquina. «Vaya unos ojillos capaces de resucitar á un muerto.» ¿Y qué he conseguido?

Ella se ha puesto colorada como un tomate, y la mamá, que es un sargenton, me ha mirado desde la altura de sus arremangadas narices, como diciendo: «caballero, está Vd. demás.»

Ya un dia no pude menos de murmurar: «La raza de las culebras del paraiso no se estinguió con el diluvio.»

¡Nunca lo hubiera dicho! Despues de echarme una mirada de basilisco, dirigió tal filípica á la niña, que la pobre dejaba caer cada lagrimon como el puño.

Pero, por eso más ó ménos, la hija no cesó de dirigirme sus benévolas miradas; quizá al contrario, en su espresion melancólica parecia decirme:

—«Por favor, míreme Vd. de más lejos; no se acerque Vd. cuando esté mamá.»



EL PASAJERO Á LA FUERZA.



EL ÁRABE Y SU CAMELLO.

A mí, es claro, que me gustaria más verla á solas, y mejor cuanto más cerca; pero vaya Vd. á burlar la vigilancia del voluminoso tomo de la mamá, la larga nariz del papá, ó la curiosidad infantil de los angelitos de sus hermanos, capaces de revolver á Roma con Santiago.

Y en tal situacion me contento con seguirla á un cuarto de kilómetro con los gemelos de teatro. A lo más me permito adelantarme á un sitio por donde tiene que pasar, me oculto trás el tronco de un árbol, y oye mi voz cual si fuera el canto de las aves que pian en las ramas. Otras veces hago hablar á los reyes del Retiro, que, á pesar de todo, ni mueven los labios, ni pestañean.

La mamá, que escucha todo, que tiene un oido privilegiado, se vuelve y se revuelve con la majestad del elefante, pero nada vé. El papá nada huele y eso que tiene buena nariz. Pero yo tiemblo á pesar de eso, estoy pendiente, sino de un hilo, por lo menos de una cuerda; en efecto, si á alguno de los angelitos le da la gana de llegar por allí saltando *á la comba*, me denuncian.

Un dia yo creí que mi escondite se descubria. Estaba detrás de un corpulento árbol, el niño mayor se acercó á mí en actitud sospechosa; pero la mamá que lo vió se puso á gritar: «Niño, ahí no se hacen esas cosas.» Y el papá lo llevó junto á una tapia vecina. Yo me tapé las narices y huí sin ser visto.

Pero esto es imposible que continue asi. Yo necesito declararme.

—¿De viva voz? No se me ocurre medio alguno. ¡Si me dejára caer por la chimenea á guisa de héroe de Paul de Kock! ¡Si consiguiera meterme en el talego de la ropa de la lavandera! ¡Si pudiera por la noche subir al balcon de su gabinete por medio de una cuerda!

Pero todas estas son violaciones de domicilio, y el lauro de tales hazañas es ser conducido al Saladero. Además, que yo no soy capaz de violar ningun domicilio Estoy por el *habeas corpus* de los ingleses: nunca se justifica el hacer fuerza á nada, ni á nadie.

II.

Pero el caso es que necesito declararme, declararme á todo trance; ya que no de viva voz, por escrito. ¡Qué epístola voy á escribirla! Ni la de San Pablo á los Corintios, ni las de Ciceron á su Terencia, ni el epistolario del Bachiller Cibdareal.

¿Y cómo se la dirijo? Ahí está el quid. Hacer que llegue á sus manos mi carta.

Fiar en el correo interior es una locura: el correo interior es propiedad esclusiva de la mamá, á ella la corresponde todo lo interior: así está de gorda. Si la dirijo desde Alcovendas, Getafe ó Pozuelo, como correspondencia esterior, la abriria el papá, creyendo serán noticias de sus colonos, y si la meto entre las hojas de una de esas entregas de novela que se echan por debajo de las puertas, ó se apoderan los niños de ella, ó va á parar á la cocina donde suelen leerlas el criado, escuchar la cocinera y comentarlas la doncella.

Luego los criados son invulnerables: la portera tiene cara de vinagre y es charlatana, entrometida y murmuradora, y tocante á los amos se vuelve en una de las sirenas del Bajo Egipto.

Yo hubiera querido tomar el cuarto segundo de la casa para desde allí entablar la correspondencia, pero en primer lugar el que le ocupa no piensa en mudarse, segun informes, y en segundo el casero es el papá de la niña que, como tiene buena nariz, oleria mis proyectos.

¡Ah! aquella casa es impenetrable.

Aunque concertara con la modista correspondiente mandarla mi esquela en uno de los bolsillos de un vestido recien hechito, la mamá, ese Argos infatigable, tropezaria con el papel al quererla arreglar el traje.

Decididamente aquella casa es impenetrable. Estoy seguro de que si encargara en el Suizo á Mayer me encerrase mi epistola en un pastelito, y le regalara una bandeja de ellos de parte del Preste Juan de las Indias, la primera pasta que caeria bajo los dientes de los angelitos de la casa seria mi billete.

¡Qué, si es impenetrable la tál casa! Un dia sospechábame yo que iba toda la familia á salir de paseo, menos los niños que habia ya visto ir con los criados, y me eché esta cuenta: Me subo hasta el cuarto segundo, ella saldrá la última, como siempre, porque tarda en arreglarse; bajo yo de puntillas, y ¡zás! la encajo el billete.

Al llegar al primer escalon para acometer tal hazaña, el portero me dió el alto.

—Caballerito, ¿á dónde va Vd?

—Voy... Voy...

—¿A qué cuarto?

Yo bien sabia que si daba las señas de la habitacion de cualquier vecino, me iba él á seguir la pista, y dudoso y vacilando contesté preguntando:

—¿No vive aquí un maestro de baile?

—No señor, me contestó secamente, y en bien alta voz.

—En uno de los pisos superiores.

—No señor, no, no señor.

A todo esto, una porcion de criados curiosos fueron asomando por todas partes.

—Hombre, yo creí que en la buhardilla.

Mi antagonista, que desde luego habia comprendido la danza que andaba en mi cabeza, empezó á guiñar el ojo á uno y otro lado, se armó del palo de una escoba, y yo, que vi mi pleito mal parado, y que iba á tener que ensayar allí algun paso nuevo al compás de una solfa hasta entonces para mí desconocida, pero que tampoco deseaba conocer, renunciando á visitar al supuesto profesor de baile, salí murmurando:—Me equivoqué.

Y aunque ellos venian en son de guerra diciendo:

—Sí; venia Vd. equivocado.

Antes que se aproximasen tomé las de Villadiego, no me dejaran como á D. Quijote los Yangüeses.

Mi mala estrella me deparó otros sucesos desgraciados.

Muchas veces esperaba yo verla salir á paseo, desde un coche situado *ad hoc* en la acera de enfrente; mi automedonte solia ser siempre el mismo, y estaba ya algo enterado del negocio, pero una tarde no le hallé en la parada y tomé otro vehículo. Aquel dia se le ocurrió á la familia pasearse en coche, y dí mis instrucciones á mi auriga.

Estaba á punto de echar á andar la carretela de mi amada, cuando mi automedonte esclamó: «¿Con que vamos detrás de ese coche, señorito?» El papá de la niña, que aun no habia subido al carruaje, y que parecia haber olvidado algo, se volvió todo oidos, y como sus orejas son tan grandes como su nariz, no me hubiera estrañado que percibiese el tímido «sí» que yo pronuncié.

El papá, sin duda, debió ponerse en guardia, porque en vez de seguir de paseo, se le ocurrió de pronto ir á visitas. Al efecto se bajaron en una calle, y mi hombre se puso á gritar: «Señorito; han parado aquí.» Yo no queria reprenderle, porque no conocieran mi voz, y en cuanto les vi entrar en el portal, lo hice con un tono tan incomodado, que el pobre gallego me pidió mil perdones.

—Esta es la mia, esclamé; aquí el portero no me estorbará como en su casa; subiré al piso superior, esperaré á que salga, y la entregaré mi epístola al menor descuido.

Una hora me pasé en la escalera espuesto á la curiosidad de todos los vecinos que iban desfilando ante mi presencia. Por fin sonó la puerta; mi corazon latia con violencia; sentí pasos y voces; tosí, conocí las grandes botas del papá, las ruidosas enaguas de la mamá, y los besos de la niña á la señora de la casa; ¡oh dolor! La señora no se contentó con esta despedida, se asomó al descansillo, y las estubo hablando hasta que desaparecieron.

Bajaba yo triste y cariacontecido, cuando al llegar al cuarto de que ellos acababan de salir, vi que escuchaban por la ventanilla y que soltaban una ruidosa carcajada. Eché un terno, apresuré mi descenso, me metí en mi berlina y continué en su persecucion.

Cada vez que sacaba yo la cabeza me encontraba las narices del papá, que asomaba en el otro carruaje mirando hácia el mio. Mi situacion empeoraba visiblemente.

En la escalera de la casa á que fueron á hacer la segunda visita todo se presentaba á pedir de boca, todo salia á las mil maravillas; más un condenado perro que bajaba á escape y ladrando, pasó por entre mis piernas haciéndome tropezar, se enredó en el miriñaque de la niña, asustó á la mamá, hizo levantar el garrote al papá, y cuando todos se volvieron, me encontraron á mí que, de la caida, me habia quedado sentado en el último escalon del tramo, y arrollaba filosóficamente la esquela escrita para mi adorada, como si hiciera un cigarrillo de papel.

Al salir ellos de la tercera visita, por no esponerme á más percances, coloqué mi berlina paralela á su carruaje, y cuando la niña entraba en él, saqué yo en la punta de mi baston atado mi billete haciéndome el invisible; pero el papá debió entonces tambien oler algo, pues acomodó á su hija en el lado opuesto, no dejándola asomarse, y cuando el carruaje echó á andar alargó la mano, me quitó el baston, rodó la carta al suelo, y cayó en un charco completamente sucio. ¡Inútil espedicion!

F. DE ZULUETA.

(Se continuará.)

LA CABEZA DE UN REBELDE

leyenda histórica original

DE GONZALO HONORIO.

I.

EL SUEÑO.

En la época que comenzamos nuestro relato, esto es, en 1394, en la muy leal ciudad de Murcia, y en el radio que hoy comprende la parroquia de Santa Eulalia, existia, en una de sus estrechas y tortuosas calles, un enorme palacio que, como casi todos los de aquel tiempo, era grande y destartalado.

Entrábase en él por una gran puerta en forma de herradura á un espacioso patio, en cuyo fondo arrancaba una ancha escalera de piedra, que conducia á los aposentos superiores.

Si el lector es tan benévolo que se toma la molestia de acompañarme, atravesaremos el patio, subiremos la espaciosa escalera, y nos introduciremos en uno de los aposentos del piso principal.

Eran las seis de la tarde de uno de los últimos dias del mes de noviembre.

En el aposento en que nos acabamos de introducir, veíanse sentados en dos magníficos sillones de alto respaldo, dos personas de distinto sexo.

Ambos estaban en todo el vigor de su juventud.

La dama, que apenas contaria veinte y cinco años, era una de esas bellezas que dejan extasiado al que por primera vez se encuentra con ellas.

La blanca túnica que ceñia á su delgada cintura, dibujába perfectamente el contorno de su esbelto talle, y hacia resaltar mucho más la blancura de su nacarado semblante. Asi mismo, la luz que despedian seis bujías puestas en un camdelabro de plata que estaba sobre una mesa, y que daba de lleno en el semblante de la dama, aumentaba mucho más su magnífica belleza.

Era el caballero gallardo y de aventajada estatura. Sus facciones, que podian llamarse hermosas, estaban un tanto alteradas por la contínua severidad de su semblante, debida al escesivo orgullo que rebosaba de su corazon. Aun que si he de ser verídico, á la sazon habia depuesto su habitual severidad, mostrándose, contra su costumbre, risueño y placentero.

Contaba treinta y cinco años.

Ambos eran esposos.

En el momento en que los presento á mis lectores, seguian un animado diálogo.

—¿Por qué, decia la dama, te has puesto al frente de los partidarios de mi hermano? ¿Por qué contribuyes á llenar de luto y consternacion nuestra hermosa ciudad? ¿No comprendes que, si como es de suponer, el rey llega á saber los desmanes que sin cesar se cometen, quiera castigar severamente á los jefes que promueven estas asonadas?

Y al decir esto, la dama fijó sus negros y rasgados ojos en su esposo, como en demanda de una respuesta.

—En verdad, querida Blanca, contestó el caballero un tanto sorprendido, que me estrañan tus palabras. ¿Por qué, dices, me he puesto al frente de los partidarios de tu hermano?... Porque esos Fajardos que hace cuatro años son los enemigos de tu casa, no contentos con haber alcanzado del trono que su jefe D. Alonso Fajardo fuese nombrado adelantado de este reino, pretenden todavía malquistarnos con el rey, atraerse por medio de intrigas el favor del Concejo, y alzarse con la ciudad si es posible. Ahora bien, querida Blanca: al ver un proceder tan villano, ¿crees tú que es posible mirar con indiferencia la desmedida ambicion de los Fajardos?... Pues no, no es posible: y mientras yo viva, en tanto tenga sangre en mis venas, trataré de desquiciar el poder de D. Alonso, hasta derrumbarlo completamente.

Y al terminar estas palabras se puso en pié, y comenzó á pasear por el aposento á largos pasos.

—Por otra parte, continuó despues de una breve pausa, que tu hermano veria de muy mal talante que el que se ha unido á él con los vínculos de la sangre, se amedrentase y no tuviese sobrada energía para oponerse con todas sus fuerzas á repeler la audacia de unos enemigos que tan cruda guerra le hacen.

—Verdad es, que al defender la causa de los Manueles, contestó la dama, defiendes la tuya propia, puesto que así lo pactásteis al pedir mi mano. Pero no es ménos verdad tambien, que al ponerte al frente de nuestro bando te atraes el enojo del rey; y esto, como tu comprendes muy bien, pudiera serte fatal.

—Desecha tus temores, querida Blanca, pues todo me augura una próspera victoria.

—Dios haga que tus deseos se cumplan, y no tenga que lamentar terribles desgracias.

—¿Y de quién quieres que tema? dijo el caballero parándose enfrente de su esposa: ¿de los Fajardos? ¡Oh! esos, en vez de temor, me inspiran lástima. Lástima, sí; porque están atortolados, no saben lo que se hacen y no aciertan á comprender cómo en tan corto tiempo, he podido hacer de modo que me nombren procurador general del Concejo, para hollarlos bajo mis plantas y tenerlos á merced de mi capricho y voluntad. ¿El rey? tampoco me inspira temor; porque demasiado jóven, y ademàs enfermizo para gobernar el reino, no puede atender á lo que aquí pasa, puesto que solo vé y oye á voluntad de D. Ruy Lopez Dávalos, su camarero mayor, que diz goza de gran privanza con su alteza; y éste harto tiene que hacer con mirar por su privanza, para que no se trasmita á otro. Así, pues, nada hay que se oponga á mi voluntad, y lo que yo quiera se hará: porque en esta jornada yo soy quien lleva la mejor parte.

Y de nuevo continuó su interrumpido paseo.

—Cuanto me has dicho es verdad, Andrés; por ahora tuya es la jornada. Pero si hubiera de creer en los presentimientos de mi corazon, te diria, que el defender la causa de los Manueles ha de serte fatal.

—Esos temores, querida Blanca, sientan muy bien en una mujer que cual tú, ama con delirio á su esposo: pero que no deben hacer mella en un corazon, que como el mio, jamás ha conocido el miedo.

—¿Y si yo te dijera que he tenido un sueño espantoso, uno de esos terribles sueños, cuyos detalles se fijan por muchos dias en nuestra mente, y que son nuestra eterna pesadilla?

—Te diria, contestó el caballero, parándose enfrente de Blanca, que los sueños no son otra cosa que un delirio de nuestra mente, y una fantasía de nuestro espíritu... ¡Oh! ¡los sueños!!!...

Y al hacer esta esclamacion quedó un momento pensativo.

—Tambien yo he soñado, continuó despues de una breve pausa. Tambien yo he tenido un sueño que ha ser verdad...

—¡Qué! esclamó Blanca, en cuyo hermoso semblante se pintó el terror; ¿tambien tú has soñado?

—Sí; pero mi sueño nada tiene de horrible, al contrario: es uno de esos hermosos sueños que halagan, que embriagan de placer al que tiene la dicha de soñarlos: que á poderlos realizar, llenarian colmadamente la medida de nuestra ambicion..... Pero no, no es posible: porque todo es ilusion: ¡todo es una vana quimera!....

Y sentándose de nuevo, se abismó en sus pensamientos.

—Sin embargo, Andres; si yo te dijera lo que he soñado: si te pintara la terrible escena que he creido presenciar, tal vez entonces darias fé á mis palabras.

—Nunca, porque los sueños jamás pueden realizarse.

—¡Oh! pues que tan incrédulo eres, préstame atencion y juzga como quieras lo que he soñado.

Blanca quedó un momento pensativa, y luego comenzó de este modo:

—Era una mañana.

El cielo estaba cubierto de pardas nubes que oscurecian el horizonte, haciéndole aparecer triste y pavoroso, como el asilo de la eternidad.

Veia una gran plaza henchida de gente, cuyas miradas se dirijian á un punto que mis ojos no podian ver. Oia gritos confusos que tan poco podia comprender, porque mis sentidos estaban embotados.

De pronto, un grito atronador, uno de esos terribles gritos que conmueven hasta la última fibra de nuestro corazon, se levantó del centro de aquella muchedumbre, y resonó en el espacio rugiente como el huracan, y aterrador como un espectro.....

Todos se apartaban horrorizados formando un ancho círculo, en cuyo centro, una cabeza humana, separada del tronco, rebotaba lívida y contraida, inundando de sangre aquel espacio y salpicando á los más próximos.....

No pude ver más: porque al percibir aquel mutilado miembro, dí un grito y desperté horrorizada cual si viera la realidad.....

Y Blanca al terminar su relato, tenia la frente bañada en sudor.

Su esposo no pudo ménos de estremecerse tambien.

Tal era la impresion que habia causado en ambos la relacion de aquel terrible sueño.

Hubo un momento de silencio.

—En verdad, querida Blanca, dijo el caballero despues de una larga pausa, que tu sueño es terrible por demás: y á poderse realizar, seguramente que causaria horror el presenciarlo..... Pero vá, continuó como queriendo alejar de su mente aquella idea: no sé por qué hemos de amedrantar nuestro espíritu, cuando todo nos sonrie en torno nuestro.

—Quiera Dios que así suceda, contestó la dama exhalando un profundo suspiro; porque si llegara un dia en que la fatalidad te condujera hasta arrostrar la ira del rey, y tuvieras que sufrir sus terribles consecuencias, ó murieras á manos de algun enemigo, es tanto lo que te amo, Andrés mio, que no podria sobrevivirte.

Y con los ojos arrasados en lágrimas se precipitó en los brazos de su esposo.

Este la estrechó entre los suyos, estampando al mismo tiempo en su fresca mejilla un amoroso beso.

—Desecha esos temores, Blanca mia, porque seguro estoy de que en esta lucha que nuestros enemigos han provocado, ningun peligro amaga mi vida.

—Si, tienes razon, dijo la dama enjugando el llanto: debemos ahuyentar lejos de nosotros toda idea triste y pensar tan solo en nuestro amor; en vivir el uno para el otro.

Hubo un momento de silencio.

—Blanca, dijo el caballero despues de esta corta pausa y levantándose de nuevo: retírate á tu aposento, alma mia, porque tengo que dar algunas órdenes, y tal vez me vea precisado á salir.

La dama se levantó, estrechó de nuevo á su esposo, y desapareció por una puerta lateral.

G. HONORIO.

(Se continuará.)

AL PIÉ DE SUS VENTANAS.

Pasan lentas las horas, y no veo
Tus ventanas abrirse... no parece
Sino que burlas siempre mi deseo,
Por que sabes que así se robustece.
Sorda estás á mis quejas;
Yo á tu desden tenaz: mi tosco empeño
Ha de romper al fin tus duras rejas,
Ha de turbar tu sosegado sueño...
¿Pero no abres, bien mio?
¿Cómo en tan breve tiempo tal mudanza?
Si aun tu pecho al amor rinde su brio,
Abre, por Dios, la puerta á mi esperanza.
Mas ¡ay! en vano sin cesar porfío:
Ó el viento la sujeta ó tú no quieres
Ni mi angustia calmar, ni oir mi canto.
¡Plegue al cielo, tirana,
Que el corazon no cierres á mi llanto
Como á mis ayes cierras la ventana!

VALENTINO.

EL PASAJERO A LA FUERZA.—EL ARABE Y SU CAMELLO.

Las dos magníficas láminas que aparecen hoy en el centro de nuestro semanario. composicion del afamado artista Vicentelly, son la reproduccion esacta de dos escenas muy comunes, y que el viajero presencia á cada paso, cuando recorre los caminos de la Arabia.

Para pasar ciertos rios no vadeables, se ven precisadas las gentes del país á hacerlo en barcas y los arrieros que conducen una recua han de trasportar á ella y embarcar tambien á los borricos, lo cual no es operacion muy fácil, pues el asno se resiste siempre y es preciso trasladarle casí en brazos, tomando con antelacion varias precauciones para que no muerda, cocee, ó cometa algunos otros escesos. Tal es el asunto del primero de los grabados.

El segundo representa el árabe y su camello. El árabe ha hecho un alto en su marcha, no solo para dar un poco de descanso á su cabalgadura, sino para reparar él mismo su desfallecido estómago. De su escasa provision, pues sabido es que el árabe es muy sóbrio, ofrece una parte á su querido compañero, que este acepta con gratitud.

Tales son los dos asuntos de estos dos bellísimos cuadros de Vicentelly, que han sido reproducidos al lienzo y pintados al óleo por otros célebres artistas, y los cuales forman hoy dia parte de algunos museos particulares.

APERTURA DE LA CAZA.

Sin embargo de que cuando concluyó la veda dimos una alegoría de gran mérito por su ingeniosa composicion, ha llegado á nuestro poder otra no menos bella, y no podemos resistir al deseo de publicarla, seguros de que nuestros suscritores estarán contentos, aunque haya pasado el momento de su oportunidad. Lo bello siempre es bello, y en cuanto á trabajos artísticos de este género, siempre son dignos de figurar en un album ilustrado, como el que debe formarse con la coleccion de nuestro semanario.

LÁGRIMAS Y SUSPIROS.

Amargas lágrimas, niña,
brotan á veces mis ojos,
Y al correr, su fuego ardiente
Quema mi pálido rostro;
Tristes suspiros al pecho
Arrancan fieros enojos,
Y lágrimas y suspiros
El viento los lleva todos.
Ámame, y serán mis lágrimas,
Si es que de alegria lloro,
Perlas para tu garganta
Y tus cabellos adorno;
Ámame, y serán, bien mio,
Mis suspiros amorosos
Más suaves que los gorgeos
De ruiseñores canoros.

F.

AVISO IMPORTANTE.

Como verán nuestros lectores, desde el presente número hemos variado el dia de la publicacion de nuestro periódico, y en lo sucesivo aparecerá todos los domingos en vez de los jueves.

Hemos tomado esta determinacion solo con el objeto de complacer á muchos de nuestros favorecedores, que así nos lo tenian solicitado.

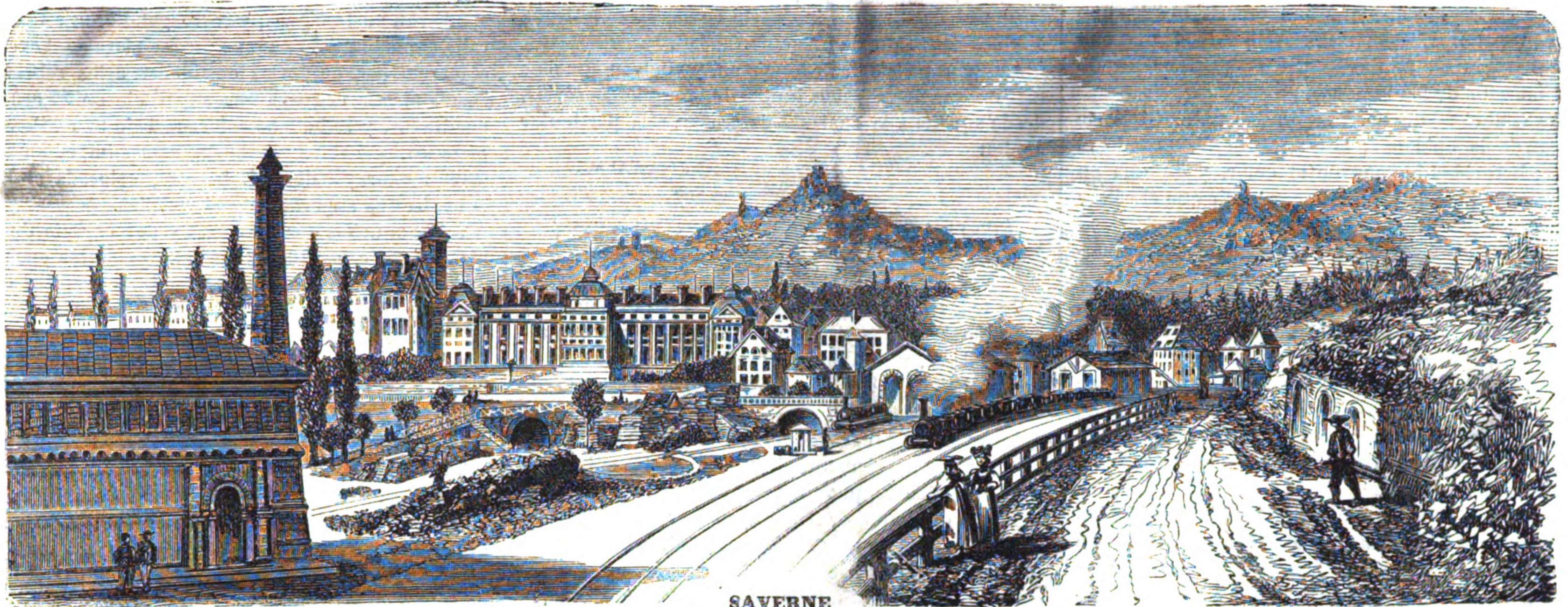
Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE

MADRID. 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



APERTURA DE LA CAZA.

El Periódico ilustrado.


SAVERNE.

Número 36.
DEL 12 AL 19 DE NOVIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. .	Un año 24 rs.	—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en **MADRID.**
Provincias.	Un año 28 »	—Seis meses 14 »	5 cuartos en **PROVINCIAS.**
Ultramar. .	Un año 80 »	—Seis meses 50 »	

FIESTA DE LOS VENDIMIADORES EN VEVEY.—(SUIZA.)

REVISTA DE LA SEMANA.

Esto matará á aquello. Tal era nuestro grito de guerra durante los aciagos dias que han precedido á los que ya se anuncian, ricos de entusiasmo y de alegría, con la frente coronada de lluvias y los piés descansando en el morrillo de la chimenea.

Esto matará á aquello. Y así ha sucedido. El Norte ha matado la epidemia; la esperanza ha matado al miedo; la caridad ha matado al dolor, y de una en otra muerte hemos venido á conseguir que el cólera no mate á nadie.

Ya, pues, que han pasado los momentos de la amargura; ya que el bálsamo del consuelo va penetrando en los corazones y secando las lágrimas en los ojos, rindamos un justo tributo de admiracion y de cariño á todos aquellos que, despreciando el propio peligro, han acudido al socorro de sus semejantes; á los que han ayudado al menesteroso, y abrigado al desvalido; á los que han pasado las noches á la cabecera del enfermo, y han cubierto con fúnebre mortaja los helados restos del cadáver.

Espectáculo sublime el que ha ofrecido la poblacion de Madrid, acudiendo ansiosa á llevar sus limosnas á los centros protectores de la miseria; á prestar su apoyo para toda empresa caritativa, y á retirarse despues al interior de su hogar, ocultando el rostro para no ser conocida, única cosa en que se parecen las buenas y las malas acciones.

Podria llenarse un libro con los episodios interesantes que hemos oido referir, y algunos de que hemos sido testigos en tan críticas circunstancias, y ninguna enseñanza seria más provechosa para el pueblo que los anales de esta campaña contra un enemigo misterioso, si se encargara de redactarlos esa sociedad modelo de constancia y de abnegacion, en que las categorías más elevadas y los oficios más humildes se han confundido bajo la modesta denominacion de *Amigos de los pobres.*

Reciba nuestro parabien así esta como las demás asociaciones que tan buenos servicios han prestado, y si está escrito, como muchos creen y como parece á primera vista, que los sentimientos más nobles perezcan ó se eclipsen en este país, ¡sálvese al ménos el culto de la caridad, y con él la esperanza de mejores dias!

Consecuencia precisa de la casi desaparicion de la epidemia es el cambio que se nota en la fisonomía de Madrid, que poco á poco vuelve á recobrar su aspecto acostumbrado, y la animacion y alegría que le son peculiares. La concurrencia empieza á invadir los cafés y paseos, y los dos teatros cerrados durante algunas semanas volverán muy pronto á abrir sus puertas, ofreciéndonos obras nuevas, á los que deseamos tantas entradas como presumen en Paris tendrá la última comedia de Victoriano Sardou, titulada *La familia Benoiton*, y de la que hacen grandes elogios.

Entre tanto que esto sucede, el Real sigue deleitándonos con *La Africana*, y haciendo esfuerzos heróicos para aumentar su personal, disminuido por la enfermedad de la Sra. States y del tenor Abruñedo, con cuyo fin ha marchado á Paris el Sr. Caballero del Saz, llevando los mejores deseos y los más ventajosos ajustes.

El Príncipe se ve lleno todas las noches, sobre todo aquellas en que los primeros actores trabajan juntos, como sucede hoy en la pieza *Los primeros amores*, donde Valero ha creado un tipo cómico, que nadie sino él seria capaz de interpretar.

En cuanto á Novedades, ha puesto últimamamente en escena el famoso drama *Don Juan Tenorio*, en que la señorita doña Felipa Diaz nos ha mostrado una vez más cuánto es posible hacer con aplicacion y amor al arte, si bien la ayudan poco sus compañeros, á los cuales la aconsejamos huya de imitar, si no quiere adquirir resabios que con dificultad podrá dejar despues.

En el mismo teatro se ha estrenado un drama de nuestro amigo Luis Blanc, que lleva por título *Los Amigos de los pobres*, y que en una accion sencilla y acaso algo trivial, encierra grandes pensamientos y provechosas máximas, que el público escucha con interés, y aplaude con verdadera satisfaccion.

Tales son, en resúmen, los acontecimientos que estamos presenciando, unidos á otros de más bulto, pero que nos están vedados en este sitio, por su carácter especial. Esto, y alguno que otro crímen, que de esto no falta nunca, y á escoger, es lo que entretiene la curiosidad pública, mucho más que cuanto bueno ó malo nos anuncian los profetas de esta ó la otra idea, los periódicos de este ó de otro color, y cuanto pudiera decir y no dice por hoy esta descolorida revista, en la que el doctor más inesperto conoceria á la legua que acaba de salir de una enfermedad.

Así todos podais decir lo mismo, y vuelvan aquellos dias en que nos reiamos juntos de tantas cosas sérias, desde aquella á la cual sabeis profesa una particular aficion

M. DEL PALACIO.

FIESTA DE LOS VENDIMIADORES EN VEVEY

(SUIZA).

De todas las instituciones creadas para fomento y estímulo de ciertas clases productoras, la más interesante tal vez, y sin duda alguna la más antigua, es la que se halla establecida en Vevey, bajo el título de *Sociedad de los vendimiadores.*

Vevey es un precioso pueblo del canton de Vaud, en Suiza, admirablemente situado sobre el lago Léman, y en el centro de un valle fecundo y delicioso.

La viña es uno de los principales productos del país y el objeto de un cuidado especial, gracias, sobre todo, á la sociedad de los vendimiadores y á las recompensas que esta misma ofrece á los cultivadores que presentan mejores frutos el dia de su fiesta particular.

Existia en otro tiempo en Vevey una sociedad de vendimiadores, cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos. Los unos creen que semejante institucion se remonta á la conquista de Vevey por los romanos, y en cuya época se celebraban las magníficas fiestas en honor de Céres y Baco. Otros aseguran que los reverendos padres del convento del alto Crete, del distrito de Oron, y los grandes señores propietarios de las viñas de los alrededores de Vevey, habian permitido á sus arrendadores celebrar todos los años una fiesta, en la época de las vendimias: una solemne procesion recorria entonces todo el país, compuesta de vendimiadores, que llevaban sobre sus hombros los instrumentos del trabajo; y por la noche, un banquete reunia á todos los cultivadores y trabajadores, que celebraban, con el vaso en la mano, la escelencia de sus productos, que hacian honor á las bodegas señoriales.

De cualquier manera que sea, no resta más en los archivos del pueblo, respecto á este asunto, que un documento fechado en 1647, y arrancado á las llamas de un incendio que estalló en Vevey en el año de 1688. Tambien se conserva la copa de Baco, adornada con el escudo de los abades ó jefes de esta sociedad, de los cuales el mas antiguo data de 1618.

Hoy dia aquellos vendimiadores han formado una sociedad, que es administrada con la más sábia vigilancia, y que ha conservado el lema ó divisa de sus antiguos jefes: *Ora et labora.*

El Consejo de la sociedad nombra una comision, auxiliada de dos cultivadores espertos, la cual visita regularmente dos veces por año las viñas de los sócios. Los trabajos, los progresos del cultivo, el resultado de encubaciones, etc., son apreciados y anotados imparcialmente. Los cultivadores que durante nueve años han conseguido adquirir buenas notas, reciben el dia de la fiesta una corona de pámpanos verdes, con la cual se ciñen la frente, y una medalla de honor, acuñada espresamente, con la que adornan su pecho, que naturalmente late enorgullecido por tan honrosa distincion. Aquellos que durante seis años han conseguido mejores notas reciben una medalla y una prima en dinero, y los que se hallan en el mismo caso, por tres años consecutivos, una prima solamente.

La fiesta de los vendimiadores se celebra en épocas indeterminadas.

Cuando el vino ha sido abundante y de buena calidad; cuando la próxima recoleccion promete magníficos resultados, la sociedad prepara las fiestas en honor de Baco, dios del vino; de Palas, diosa de los rebaños, y Céres, de las mieses.

El año pasado tuvieron lugar estas fiestas en los dias 26 y 27 de julio, habiendo conservado, como en la antigüedad, el carácter pagano y mitológico que siempre las distinguieron.

En el país se recuerda aun por los ancianos la que se verificó en 1797, y que por su magnificencia fué celebrada en toda Europa. Los sucesos políticos que sobrevinieron despues no permitieron que volviera á renovarse hasta 1819. Los años 1833 y 1851 tambien fueron años benditos para los cultivadores de Vevey.

El año pasado, la sociedad quiso dar á la fiesta una importancia grande. Invitó á un gran número de notabilidades de todas las clases de la sociedad, que acudieron gustosísimas, y correspondieron á tan delicada atencion. Sobre la anchurosa plaza de Vevey se elevaron dos graderias destinadas á los espectadores: la mayor, ocupaba una superficie de 37,000 piés cuadrados, y se hallaba colocada bajo una hilera de plátanos, que con sus robustas ramas impedian la entrada á los rayos del sol. La otra, colocada al Este, ocupaba una superficie de 14,000 piés.

Sobre aquellas dos graderias y por espacio de dos dias, 30,000 espectadores disfrutaron de los encantos de la fiesta, admirando los espléndidos cuadros vivos que, vendimiadores de ambos sexos, segadores, podadores, espigadoras, etc., con sus más pintorescos trages, y coronados de pámpanos y de flores, con sus danzas, sus cánticos y sus juegos, presentaban á cada paso, formando su conjunto un cuadro animado, gracioso, original, pero imposible de describir.

Todo cuanto la imaginacion puede figurarse de más bello en ese mundo mitológico, tan ingenioso en sus alegorías, allí se hallaba representado. En nuestro grabado de hoy aparece el desfile de tan original como caprichosa comparsa, la cual, conducida por Baco, se compone de los grandes sacerdotes de Palas y Céres, y de multitud de faunos, sátiros y otros personajes mitolójicos y alegóricos.

Al dia siguiente se distribuyeron los premios consistentes en medallas, coronas, primas en dinero, y los aplausos de miles de espectadores centuplicaban el valor de aquellas recompensas, tan bien ganadas por un trabajo inteligente y contínuo.

La tierra no es seguramente una madrastra: ella devuelve centuplicados, en provecho y satisfacciones, los cuidados que se la prodigan.

J. BELZA.

MI DECLARACION.

(Conclusion.)

III.

—Esto ya pica en historia; yo he de luchar contra el destino; nunca me dejé vencer del voluble hado. Yo he de declararme, no hay remedio.

Una tarde, estando á pié toda su familia en la Fuente Castellana, me paseaba yo por un lado y ellos por otro, separados de mí por el paseo de coches, y procurando siempre que alguno de estos me ocultase á las iracundas miradas de la mamá. Unas veces trotaba, otras andaba al paso, otras corria constantemente cubierto á todos los ojos ménos á los de la niña, que admiraba mi táctica y me animaba con sus monerías de cabeza á continuarla.

De repente el cielo se nubla, el aire refresca, los árboles agitan sus delicadas ramas, las hojas se chocan y los caballos estiran las orejas; venia un vendabal, un chubasco enorme, un diluvio en cima de nosotros; no habia más que un pesetero con la tablilla de «se alquila» y la familia se dirigió á él. Yo habia llegado antes diciendo para mí:—Lo que es ahora no salís con la vuestra.

Metí la mano en la ventanilla, dejé caer mi esquela en el asiento, y me oculté en la glorieta de enfrente á la *Casa de Moneda.*

La familia llegó y tomó el coche, segun mi cálculo. Mi adorada entró la primera, pues habia comprendido mi operacion; pero, ¡lo que son las cosas! Un cafre, vestido de caballero, entraba por la otra portezuela al mismo tiempo; se dieron un coscorron, y la mamá sorprendió á la niña en la actitud de llevarse la mano á la cabeza con mi malhadada carta. El caballero se marchó renegando, toda la familia entró, y mi amada, por evitar sospechas y reconvenciones, en cuanto se puso el coche en movimiento tuvo que echar la carta por el mismo buzon por el que habia entrado.

Yo llegué á mi casa hecho una sopa, y la idem no me supo bien con el disgusto de haberse frustrado mi última tentativa.

La suerte me deparó otra ocasion. Era el verano y de noche, y hacia calor y necesitaban refrescar. Por la hora, la direccion que llevaban, la satisfaccion de la mamá, el aire resignado del papá, que debe ser un avaro, las miradas oblícuas de la hija, y los saltos y brincos de los angelitos, comprendí que iban á la Iberia.

Como era de presumir me adelanté, y junto al Congreso, trás de una de las garitas, al pasar la comitiva, esclamé: —«Donde esté yo»— y me oculté completamente; solo en la sombra vi los movimientos elefantescos de la mamá que buscaba al autor de aquel eco.

Apenas pasaron, á todo escape subí la calle del Sordo y la Carrera, entré en la Iberia, y recorriendo mesas y mesas ocupadas, dí cerca del jardin con una que se desocupó en cuanto yo llegaba.

—¡Divinamente! murmuré, y me puse á tomar un helado con la tranquilidad del general que ha ordenado bien sus fuerzas para una batalla.

Apenas habia concluido mi sorbete, cuando llegó la familia en cuestion. Recorrieron desolados todo el café y no encontraron sitio; ya salian del jardin echando una mirada desconsoladora, y en esto, yo, haciéndome el distraido, me levanté dejando mi mesa, de que se apoderaron en seguida.

Yo me dirigí á otra mesa donde estaba un amigo mio, y desde la que se distinguia la que acababa de dejar, y me puse á observar tranquilamente en apariencia, pero algo cohibido en realidad.

Ella se sentó donde yo habia estado sentado y empezó á tantear la juntura de los almohadones del divan: de pronto sus mejillas se encendieron levemente, sus dedos acaso tropezaron con el pequeño billete que yo habia escondido allí; más cuando su mano lo estrujaba convulsivamente, uno de sus benditos hermanos empezó á gritar:

—¡Ay! que Mariquita se ha encontrado algo en los almohadones: lo tiene en la mano; que lo enseñe.

El caso era desesperado; la mamá lanzó una mirada terrible á la hija; el papá se volvió hácia mí; la gente del café empezó á cuchichear y á sonreirse, y la muchacha se puso colorada como un pavo.

—¡Charlatanes! dijo la mamá; y haciendo una significativa seña á la hija, que no sabia qué partido tomar, dijo:

—Mariquita no tiene nada en la mano.

—Pues yo lo he visto, dijo uno.

—Y yo tambien, añadió el otro angelito.

—Allí está, en el suelo, volvieron á continuar.

Ella volvió á cojer el papel que acababa de tirar, y se disponia sin duda á enseñarlo, cuando por entre las risas de todos los circunstantes, me dirijo yo á la familia azorada, y con el aplomo que me fué posible, esclamé:

—Señores: he estado sentado á esa mesa y es fácil se me haya caido ahí una carta de un primo, que noto que me falta y he debido de perder.

La mamá cogió la carta, y dándomela con aire de triunfo, dijo:

—De todo hacen misterio estos chicuelos. Mi hija habrá derribado con la falda este papel que acaba de recoger, y será sin duda la carta de Vd.

—La carta de mi primo es, señora.

La curiosidad de los circunstantes aumentaba.

—Pido á ustedes mil perdones por la molestia que les han ocasionado sus niños.

—Este es el caballero que la otra tarde seguia á Mariquita, dijo uno de los parbulitos.

—Calla, Joaquin, esclamó la mamá; pero un pellizco, aplicado por el papá al atento observador, convirtió sus observaciones en un rio de lágrimas. El otro párbulo me miraba con ojos espantados, y al cabo murmuró lentamente.

—¿Quién es este caballero?

—¿Yo? el coco de tu familia por lo visto, esclamé marchándome.

—¡El coco! dijeron á la par los dos niños.

—El coco, repitió riendo la gente del café.

—Trae la lista, dijo el papá al mozo.

Yo, que habia ya prevenido al susodicho mozo para el caso, ví que entregaba la lista con un segundo ejemplar de mi carta á la niña.

Pero la mamá sospechó, el papá lo olió, se echaron sobre la lista, y cogieron mi carta.

IV.

¡Infeliz de mí! aquello debia ser mi sentencia de muerte.

Todos los dias asomaba yo por su calle con mis gemelos de teatro. *Ella* no se asomaba al balcon.

No se paseaba.

No iba á los teatros.

No salia á visitas.

No acudia á las *Cuarenta horas.*

Yo me pasaba las idem muertas en la acera de enfrente, á una distancia respetable.

Temia á su familia; amaba á *ella.*

Yo era el imán atraido por un polo, rechazado por otro, y daba vueltas y más vueltas en mi fluido amoroso, y nunca podia estar quieto, siempre marcando mi inclinacion como la aguja imantada, siempre indicando el norte de mis afanes como la brújula.

Quince pasos más allá de la casa, en frente, habia un portal con un puesto de fruta; me hice amigo de la vendedora y me sentaba en su banco, como si no hubiera podido necesitar las diez y ocho horas diarias que pasaba contemplando la casa de mi adorada.

En cambio, tuve que ser amable con la vendedora. A ella la estorbaba lo negro y me pedia que la leyese las cartas de su novio. Era justo pagar favor con favor, y yo vine á ser en mi nuevo oficio punto ménos que memorialista. Algunas veces me dejaba solo en el portal. Un dia, en que por evitar hasta la más mínima sospecha de mis enemigos, me vestí manolescamente, una criada vino á comprar fruta cuando estaba yo solo sentado en el portal.

Yo quise despacharla con cajas destempladas ¡quiá! ni por esas; tuve que vender la mercancía y lo hice á un precio tan barato, que despues me ví obligado á abonar á mi *amiga* la diferencia, y no paró ahí, sino que cuando ella llegó, aunque disculpó mi torpeza mediante el *cum quibus*, vinieron otras criadas en busca de fruta, y viendo que el precio no las acomodaba esclamaron:

—¡Vaya! pues á la Fulana, su marido de Vd. se lo ha dado más barato.

Mi vida se resumia en aquella calle.

Yo vivia allí todo el dia. Allí estaba cuanto yo sabia, queria y hacia.

Mi ciencia era la del amor.

Mi profesion la de amante.

Mi ocupacion cuotidiana «hacer el oso.»

¡Hay tantos en Madrid que no tienen otro oficio, y sin embargo los tribunales no los condenan por vagos!

No hay que decir tampoco que aquello me divertia; cuanto hacia era impulsado por la necesidad. Mi afan era buscar un recurso para verla.

Ideando, ideando medio para hacer salir la gente al balcon, se me ocurrió ajustar un organillo. Y lo hice. Desde el himno de Riego y el de Garibaldi, hasta la jota aragonesa y la marcha de la reina Hortensia, la *Sonámbula* y la *Norma*, un gran repertorio estuvo tocando todo el dia al pié de sus balcones; pero *ella* no se asomó.

Al dia siguiente traje una mona; la mona subió al balcon donde *ella* solia asomarse; el balcon se abrió; mi corazon palpitó de alegría, pero ¡ay! eran los monitos de sus hermanos los que se divertian con la mona.

Otro dia, víspera del santo de la mamá, llevé una estrepitosa murga; pero no me acordaba yo de la poca largueza del papá, que salió á la calle furioso diciendo:—Aquí no necesitamos música.

Por último, intrigué con una cofradía para que hicieran pasar una procesion por aquella calle. Entonces si salieron la mamá, los chicos, los criados, y ya se disponia á salir la niña, cuando se armó una reyerta entre un cofrade y un transeunte, casualmente en el sitio en que yo me hallaba; se fijó la mamá, me miró y prohibió á la niña asomarse.

Mi situacion era cada dia más crítica.

Ya no me quedaba otro recurso si no esperar un dia festivo. Llegó, por fin, un domingo: yo habia pasado los seis anteriores dias de la semana como llevo dicho, y se me antojó tomar una heróica resolucion, jugar el todo por el todo.

Ella comprenderá que estoy aquí, calculé; lo comprenderá porque yo no puedo faltar; entrará en la iglesia la primera ó la última, segun el paso ó la manera como caminen; tomará la puerta de la derecha, y saldrá por la de la izquierda, pues es la costumbre que se lleva con rigor en aquel templo; si entra la última ó sale la primera, allí, fuera de la iglesia, la esperaré yo, la entregaré la carta.

¡Chasco más soberano que el que me llevé aquel domingo! Vi salir uno á uno á todos los de su casa á misa, *ella* no salió. ¿Qué motivo podia haber para que *ella* no saliese? ¿Seria bastante el poderme haber visto á mí, el haberme conocido, para que faltase la hija de la casa á sus deberes religiosos? ¡Ay! no; despues lo supe; la niña habia estado enferma, quizá enferma por mí, quizá por la reclusion en que yacia y de la que era yo causa involuntaria. El caso era que se hallaba enferma.

¡Y yo estuve en brasas dos dias! pero el tercero era fiesta y pude verla.

Pude verla, sí; y la entregué la carta.

No, la *que entregó la carta* fué *ella.*

Mientras la mamá entraba en la iglesia por la puerta de la derecha, salia yo del templo levantando el *portier* de la izquierda; la niña me vió y enseñó un papel, y cuando la mamá, notando que la niña no entraba quiso salir, esta, que con el aturdimiento dejó caer el papel, entró precipitadamente, ocultándome á mí que cogia la misiva.

La misiva decia tan solo: «Si. «No. «Un canto. «De noche.» Yo me devanaba los sesos para averiguar aquel lenguaje misterioso y sibilítico.—¿Qué me querrá decir? Esto está escrito en español y yo no lo entiendo.

—Este *si* parece que me dice, «le correspondo á Vd.; este *no*, que me dá calabazas; este *un canto* ¡como no quiera que nos entendamos cantando, ó crea que mi amor es música celestial! y este *de noche* es una cita indudablemente.

A la noche me fuí allí, digo, no me fuí, me quedé; por que allí estuve como siempre todo el dia. Pero *ella* no se asomó.

Cabilando, cabilando, se me ocurrió que aquello podia ser una contestacion á mi carta. Pero ¿cómo la habia leido? ¿No la cogió su padre en la Iberia? ¿Tendrá esta chica la doble vista?

Las mujeres son el demonio, calculé;—esta niña, ó ha sustraido á su padre la carta, ó ha obligado á su padre á que se la enseñe.

Esto último era la verdad; negando la hija que yo me dirigiera á ella, negando que aquella epístola fuera para ella, y negando hasta que la hubiera escrito yo, escitó la bilis de su papá, que en un rato de mal humor, á pesar de tener tan buena nariz, cometió la imprudencia de dar á su hija con mi carta en las narices: la hija la leyó al vuelo, la volvió á recordar, se fijó en sus menores detalles, en su estilo, en su diccion, en todo, y me contestó.

Desde entonces soy feliz, estamos en correspondencia. *Ella* antes que se levante tiene ya carta mia, y yo suelo tenerla de ella á menudo. El cambio de mi situacion es obra tan solo de la manera con que yo la escribí la epístola, sorprendida al mozo, que contenia cuatro interrogaciones contestadas compendiosamente, para que si la sorprendian no entendiese nadie de su casa su contestacion.

Decia mi carta.

«María: Permítame Vd. que la llame así; hace tanto »que la quiero y la quiero tanto, que el esceso de mi »cariño no consiente que la pueda dar á Vd. otro »nombre que su nombre. María, ¿me quiere Vd. tanto »como yo la quiero? Dígamelo Vd. ¿Tengo algun ri»val quizás? Y si no le tengo, si Vd. se interesa por »este infeliz enamorado, ¿cuál puede ser el mensajero »de nuestro amor? ¿Cuándo podré utilizarlo? Por fa»vor, por favor, contésteme Vd.»

De modo que si me queria, no tenia rival; el mensajero de nuestro amor podia ser un canto, y debia utilizarlo de noche.

En seguida, aquella misma noche até otra carta á una peladilla, y la envié á su balcon.

Tal fué mi declaracion.

F. DE ZULUETA.

EL HOMBRE DESPREOCUPADO.

Preciso es fijarse con alguna detencion en el sentido lato que ha alcanzado la palabra *despreocupacion* en los tiempos modernos.

No ya un simple y mal hilvanado artículo, sino una completa y bien trazada obra seria menester para remontarse á las causas de la actual despreocupacion, y descendiendo de uno en otro efecto, demostrar las fatales consecuencias que han surgido al tomarla por lema en los actos de la vida.

Es indudable que en todos los tiempos ha existido esa negligencia hácia las santas instituciones y prácticas religiosas, verdadero sosten de los pueblos; abandono y negligencia que vienen á constituir las modernas despreocupaciones; pero que á diferencia de las antiguas no se encubren con la vergüenza ni el remordimiento. Estamos en los dias en que se doran los delitos como dice el inmortal Jovellanos.

Pudieran evocarse desde los tiempos primitivos esos grandes sucesos que nos ha dejado consignados la historia, y los cuales son á veces consecuencias naturales de ciertas despreocupaciones de los grandes

EL MONTE DE SAN MIGUEL.

«El monte de San Miguel, á primera vista, produce la impresion de una cosa estraordinaria: para unos, es monstruoso; para otros, sublime; para todos, estraño.» Estas breves palabras que copiamos del *Itinerario descriptivo del Monte de San Miguel*, revelan admirablemente la sensacion que se esperimenta cuando por la primera vez la vista se fija sobre esa roca, que se eleva en el seno mismo de las aguas. Nada efectivamente falta al monte de San Miguel para producir una sensacion gratísima, ni la grandeza de él, ni la poesía de las leyendas.

El monte de San Miguel se divide en tres partes; las fortificaciones que lo rodean, el pueblo diseminado, y hasta pudiera decirse, suspendido sobre sus flancos, y la abadía que ocupa la cima de la montaña.

Las fortificaciones y construcciones militares fueron hechas en su mayor parte á mediados del siglo XV, por el abad Jolivet: es una muralla rodeada de torres que se suceden de distancia en distancia, y cuya base es azotada continuamente por las olas. Entre aquellas torres, cada una de las cuales tiene su nombre particular, merecen ser citadas las del Rey, la de la Escuadra y la de la Libertad; pero la más bella y más gallarda de todas es la torre Marilland, colocada sobre dos escarpadas rocas.

Siguiendo el camino de las torres por el órden que acabamos de indicar, se llega á la *Maravilla*.

La *Maravilla* es una muralla de doscientos treinta piés de estension, más de ciento de elevacion absoluta, y doscientos del nivel de la playa: flanqueada de veinte contrafuertes, termina en su parte más elevada con una línea de arcadas moriscas de un estraordinario mérito.

Esta magnífica construccion data de principios del siglo XII. En la parte baja se hallan situadas las cuadras, en el primer piso el refectorio de las monjas y la sala de los Caballeros, y en el segundo los claustros y los dormitorios.

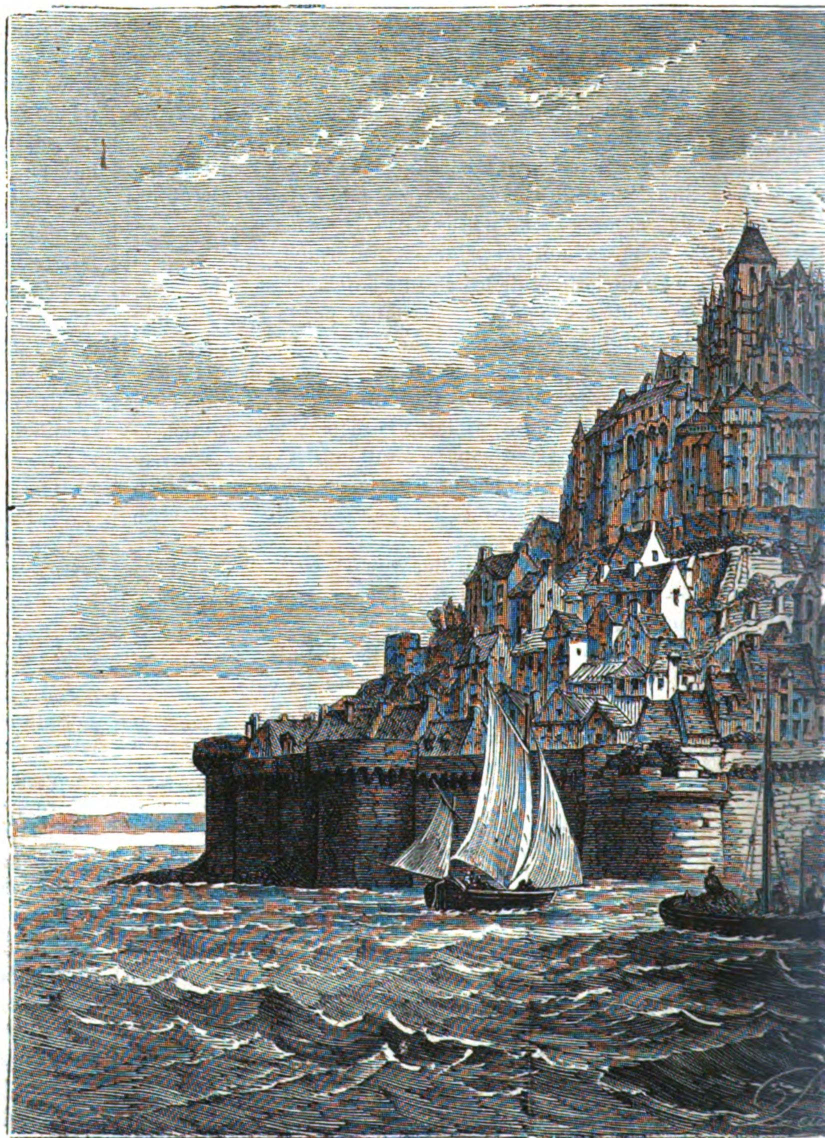
Respecto al pueblo, poco podemos decir que parezca interesante á nuestros lectores. Cuando se ha atravesado la puerta principal esterior, donde aun se conserva el antiguo cuerpo de guardia, se encuentra en primer lugar la plaza de Armas, denominada *Patio del Leon;* alrededor de la cual se ven todavía los cañones de hierro cogidos á los ingleses cuando intentaron una vez inútilmente poner si-



HIPODROMO DE LAS CARRERAS



MONTE DE SAN MIGUEL.—PUERTA DEL RASTRILLO.



VISTA GENERAL DEL M



...S, CERCA DE FONTAINEBLEAU.

tio á la plaza. Atravesando despues el Rastrillo, se llega á la empinada calle que conduce al monte. Las casas aparecen de aspecto sombrío, y en su mayor parte son una amalgama estrambótica de todos los géneros de arquitectura.

En lo alto del pueblo se ve una puerta romana y tres grandes bóvedas, representando la habitacion que Beltran Duguesclin hizo construir en 1366 para su esposa Tifania Baguenel.

El convento ha servido por espacio de mucho tiempo de establecimiento penal.

Es imposible imaginarse una entrada más poética, ni más imponente que la de esta magnífica Abadía, que es la admiracion de cuantos la visitan.

Los grabados que hoy ofrecemos á nuestros suscritores, representan la puerta del Rastrillo, la entrada principal de la Abadía y la vista general del Monte de San Miguel.

LOS ELEGANTES DEL TURF.

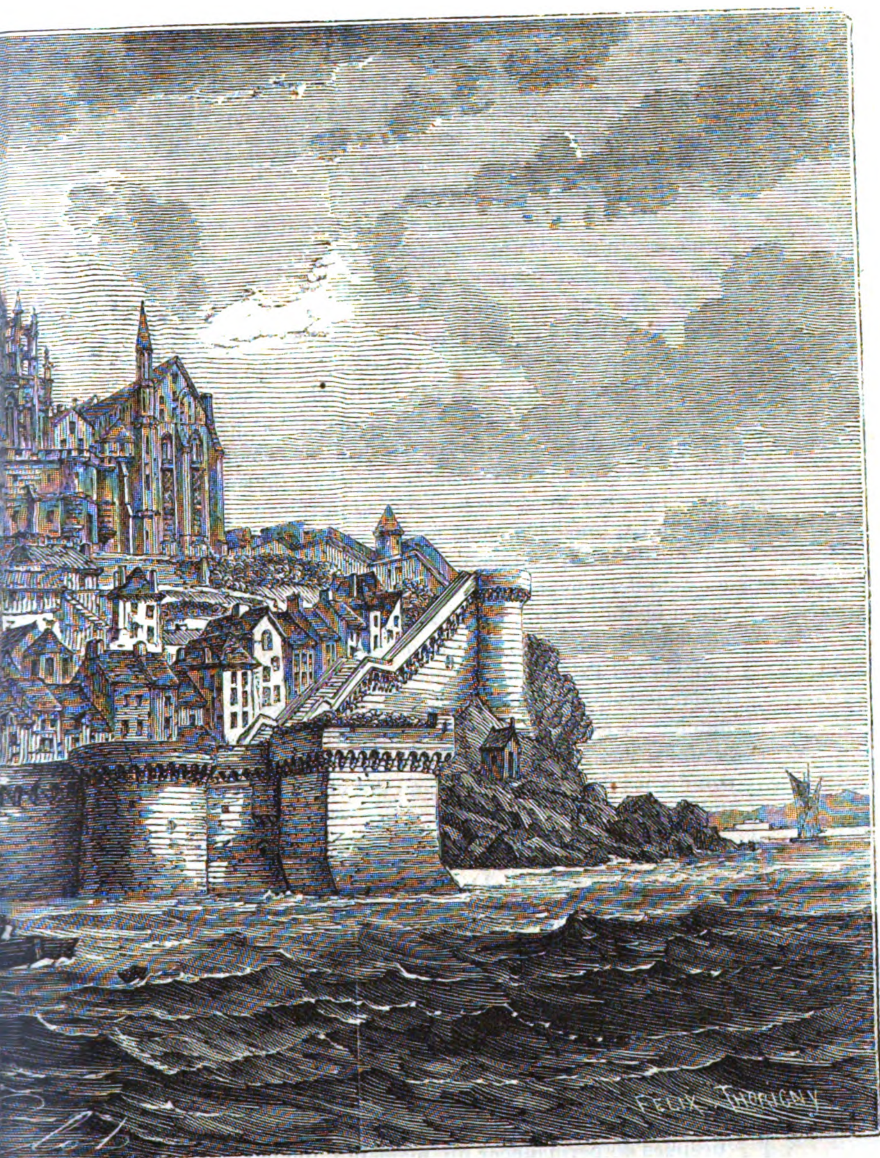
Turf es una palabra inglesa que ni en francés ni en español tiene nua traduccion exacta, pero que significa el espacio que media en las carreras de caballos, entre la pista designada á los luchadores y el campo neutral; sitio que vienen á ocuparlo los más elegantes carruajes y los ginetes que desean lucir el mérito y la belleza de sus corceles.

Apenas hace algunos años esta clase de fiestas no tenian la importancia que hoy, ni llamaban la atencion general como al presente sucede. Algunos ricos particulares, siempre los mismos, se reunian de vez en cuando para entregarse por algunas horas á esta distraccion, sin que la multitud tomara parte en ella.

En el dia sucede todo lo contrario. Las carreras han llegado á hacerse un placer y una fiesta popular.

Llamar la atencion en las carreras, y aparecer en ellas en un carruaje á la Daumont, tal es el sueño dorado, el vivo deseo, la ambicion de todas las damas de la córte.

Basta mirar la carretela que, dibujada por Victor Adam, aparece en la última página de nuestro semanario, para comprender que las bellas damas que la ocupan pertenecen á la más elevada clase de la sociedad, y que los más elegantes ginetes del *Turf* vendrán inmediatamente á caracolear alrededor suyo, ansiosos de una flor, de una mirada ó de una sonrisa.



MONTE DE SAN MIGUEL.



MONTE DE SAN MIGUEL.—GRAN ENTRADA DE LA ABADIA.

hombres; pero como hijas del genio, no adolecen de la índole vulgar que hoy tienen, sin que por esto sean de ménos trascendencia para el porvenir. Diógenes, metido en un tonel, buscando con su mágica linterna el hombre que no habia de hallar, es un rasgo de despreocupacion hácia las costumbres establecidas. Lo mismo diremos del parricida Neron, cantando desde la cumbre de su Roma incendiada; y de Calígula, elevando á su caballo á la dignidad senatorial. Ambos rasgos sobran para caracterizar á un hombre despreocupado. ¡Cuántos modernos escéntricos envidiarán esa gloria póstuma, basada en tan monstruosas despreocupaciones! Pero pigmeos hasta en la perversidad, les falta corazon para imitar á sus ídolos.

Mas vengamos al presente. En la despreocupacion existe un gérmen de indiferentismo tal, que fácil es á primera vista traslucir la revolucion que va operando en los ánimos. Esos mismos rasgos que hemos citado de pasada, y á los que pudiera calificarse con epítetos más duros, no bastan á nuestro propósito; son hechos aislados, que no generalizan la cuestion que nos ocupa; acciones estrañas, cuyo espíritu no debemos profundizar en este artículo. Ahora estamos llamados á hablar de ese *sanc façon* de nuestros jóvenes del dia; de ese escepticismo ficticio, cuyo arraigo, más que en el corazon, se halla en la cabeza; de esa despreocupacion, en fin, de que hacen tanta gala los nuevos *Lovelaces*.

Nada más digno de estudiar que los hombres despreocupados de la época actual. Son las nuevas plagas de Egipto. Ellos van secando con su pernicioso ejemplo la savia bendecida de los sentimientos humanos y religiosos. Para ese ente especial que se ha dado en llamar hombre despreocupado, ni existen derechos que sostener, ni leyes que respetar, ni deberes que cumplir. Es un cosmopolita que se introduce en todos los terrenos como cosa propia, sin cuidarse del *qué dirán* para nada. Dueño absoluto de sus acciones, árbitro de su voluntad, todo lo sujeta á estas facultades que él no ha comprendido bien en cuanto no ha querido limitarlas. Por eso su enseña victoriosa es el *qué se me da á mí*, tan cacareado en nuestros dias, y que á fuerza de repetirse, ha llegado á hacerse la fórmula usada de que se valen todos los pretendientes á despreocupados.

Y todo esto tiene su aplicacion. Los hombres de la especie que intentamos clasificar aspiran á hacerse notables, como tantos otros en la vida; con la sola diferencia, que los medios que emplean no son los más dignos que digamos para envidiar el éxito. En la creencia de que la despreocupacion atrae la celebridad, muchos se apresuran á engrosar las filas de un ejército que cuenta con tantos partidarios, y hoy todos, desde el imberbe pollo (animal *implume* que decia cierto autor), hasta el gallo que alza el idem con más gravedad, todos se sonrien de placer al verse convertidos en hombres despreocupados.

Y hé aquí que con tan pomposo epíteto se creen relevados de cumplir con sus deberes sociales. Hombre hay (y no hablemos de mujeres, porque no hay nada más repugnante que la despreocupacion en este sexo); hombre hay, repetimos, que viene á reducir todos los actos de su vida á la despreocupacion más completa. Habladle de sus obligaciones como cristiano, y os soltará la más estrepitosa carcajada; recomendadle sus compromisos como patricio, y os responderá con el más frio desden; decidle los deberes que tiene para con su familia, y se encogerá de hombros; en una palabra, hacedle ver su mision sobre la tierra, y nada, nada absolutamente os dirá, porque como es un hombre despreocupado, no tiene miramientos que guardar con nadie ni por nadie. ¡Se rebajaria si por acaso tuviera que preocuparse!

Se hace indispensable entrar en las verdaderas definiciones. La despreocupacion, tal como hoy se comprende, es el completo desprecio á las restricciones que las leyes sábias y previsoras han impuesto á la sociedad.

Muchas veces encubrimos nuestros defectos y miserias con la más afectada despreocupacion. A su sombra nos cobijamos cuando somos víctimas de las pasiones que en vano tratamos de reprimir. Débiles para el sacrificio, no queremos aparecer vencidos, y ocultamos la lucha interna del deseo con la razon, haciéndonos ostentosamente despreocupados.

Como una de tantas aberraciones del género humano, la falsa despreocupacion se halla de moda. Fijad un tanto la atencion y vereis á sus encomiadores en todas partes. ¿Qué más? hasta el amor ha tomado parte en la universal admiracion, y ha rendido sus eternos triunfos á los piés del nuevo genio. ¡Es tan ridículo amar con aquella pureza de sentimiento que encarecian los bardos de la Edad media! La sombra de Eloisa vaga errante sin tener acogida en ningun corazon. En vano buscareis un Abelardo que sienta. Chactas es una imágen pasajera, que vivirá únicamente en la memoria de los poetas.

La moda exige la despreocupacion en todo. La *negligè* de los franceses ha ido más allá del vestido, ha tocado á las creencias. Del cuerpo ha pasado al alma, y el hombre se ha hecho negligente en el órden físico, moral é intelectual.

Para eso estamos en plena civilizacion.

Quizás son fuertes las tintas, y el trazado duro; pero el fondo del cuadro es bastante pálido. Otra mano más vigorosa y maestra que la mia, pudiera estraer de su paleta colores más brillantes y adecuados con que poder retratar á esa individualidad perniciosa de nuestra época, que con su falso indiferentismo viene á corromper las sanas ideas que abrigáramos de niños. La educacion maternal es infructuosa; infructuosos al parecer los esfuerzos que en pro de la moral vienen haciendo diez y nueve siglos de cristianismo. Todo lo llena la *despreocupacion moderna;* pero como hija del caos y de la duda, saldrá alguna vez de las tinieblas para echarse en brazos de la fé, que es la luz que ilumina el mundo.

F. P. ECHEVARRIA.

SUEÑOS DE AMOR.

(Á MARÍA.)

Hermosa del alma mia,
Idolatrada María,
Que á dar á mi pecho alcanzas
Un presente de alegría
Y un porvenir de esperanzas;
Angel de luz que soñó
El alma de amor sedienta;
Tabla que á tierra llevó
Al triste que naufragó
En horrorosa tormenta;
Iris de paz y ventura,
Azucena candorosa,
Cuyo perfume y blancura
Causa celos á la rosa,
Celos á la nieve pura:
¿Será fuerza, vida mia,
Que diga la pluma, esclava
Del corazon que la guia,
«Antes de verte, te via;
Antes de amarte, te amaba.»

—

¡No! Si yo un ángel soñé
De sueños en el delirio,
Y al despertar encontré,
Para acrisolar mi fé,
En la verdad un martirio;
Si mi corazon incierto
Años anduvo buscando
Al mar de la duda puerto,
Que siempre encontró soñando,
Que nunca encontró despierto;
Si penas al alma daba
Y fuego en que se abrasaba,
El pensar dia tras dia
Que, porque amaba, no amaba,
y, porque via, no via;
Al cabo mi frenesí
Lo soñado encontró en tí
Y tú sabes que esclamé:
«¡Antes de verte te ví
Antes de amarte te amé!»

—

¡Oh! feliz el que demente
Dulce ilusion atesora,
Si á la razon de repente
Tornando, se encuentra frente
De aquella ilusion que adora.
Feliz yo que por despojos
Te di con mi fé mi calma,
Y recibo de tus ojos
Las alegrías y enojos
De que se alimenta el alma.
Feliz yo que juntos miro,
Cuando á tu lado suspiro
Y cuando sueña el deseo,
En tí el aire que respiro,
En tí la luz porque veo.
¿Recuerdas con qué alegría,
Cuando sin hablar te hablaba,
Sin cesar te repetia
«Antes de verte te via;
Antes de amarte te amaba?....»

—

Cantar quise mi pasion
Y en cada nota un ultraje
Adivino en la cancion:
Siente mucho el corazon
Para amoldarse á lenguaje.
Por eso arrojo la lira
Y más á cantar no aspiro
Lo que esa pasion inspira,
Que nada imita un suspiro
Si es Amor el que suspira.
Y pues Amor anidó
Por mi ventura en mi pecho,
Y de un desierto que halló
Edem mágico formó
Por tener florido lecho,
Y tú sabes que es así
Y asi lo jura mi fé,
Dejo de esclamar aquí:
«Antes de verte te ví;
Antes de amarte te amé.»

Diciembre, 1864.

P. M. BARRERA.

SAVERNE.

Saverne es cabeza de partido del departamento del Bajo Rhin, y cuenta en su recinto 5,331 habitantes. Se halla situado el pueblo sobre la Zoru y el canal de la Marne al Rhin; ocupa además una de la situaciones más pintorescas.

De Saverne y sus alrededores diremos lo que recientemente de Epinal: si esta parte de la Francia se encontrase en un estremo de Europa, todo el mundo se apresuraria á visitarla, pero se halla próxima á París, y generalmente se piensa que siempre habrá tiempo de satisfacer este deseo, razon por la cual no se visita tan delicioso sitio, con la preferencia que se merece.

Uno de los edificios más notables de aquella localidad, es su famoso castillo, más bien palacio, cuya historia es bastante interesante, y el cual, por decreto de 1852, se ha convertido en asilo para las viudas pobres de los funcionarios públicos.

En cierta época existia en este castillo una escalera, que, segun algunos historiadores, *la Europa no poseia otra que pudiera igualársele.*

Saverne sufrió mucho con las guerras de la época de Luis XIV. En 1709 un incendio destruyó casi completamente el ala derecha del edificio.

Armando Gaston, á quien se apellidaba *el gran Cardenal*, reconstruyó y adornó nuevamente el palacio. Prodigó en él los mármoles, los cuadros, las molduras doradas; sus chimeneas se hallaban incrustadas de ágata y coralina; sus jardines adquirieron una belleza tan inusitada como magnífica, y en medio de sus cuadros de perfumados flores, se elevaba un kiosco copiado del que poseia, por aquel tiempo, en sus jardines el dux Pitani. Tantas maravillas llamaron la atencion de Luis XV. El rey confesó, que las magnificencias del Palacio de Saverne eclipsaban las de su residencia de Versalles. En el dia han desaparecido muchas de estas maravillas, pero aun se conservan algunas; y el pueblo, sus alrededores, y el palacio, son dignos de llamar la atencion del viajero y del estudioso artista.

LA CABEZA DE UN REBELDE

leyenda histórica original

DE GONZALO HONORIO.

(Continuacion.)

II.

EL CAPITAN ROBERTO.

El caballero quedó solo en aquella estancia.

Despues de permanecer un momento inmóvil, dió algunos pasos por ella, y parándose de pronto, dijo

dirigiendo su mirada sobre la puerta, tras la cual se habia ocultado doña Blanca.

—¡Oh! razon te asiste en temer por mí, esposa mia; porque este azar que juego, si lo pierdo me cuesta la vida.

Y volvió otra vez á pasear.

Por espacio de algunos segundos guardó un profundo silencio

Tras este corto intervalo volvió á suspender su paseo, y como si respondiera á su pensamiento, dijo con furor creciente:

—No; pues esto no ha de suceder por vida mia. No conseguirá el triunfo D. Alonso por más que se oponga á mis deseos. Y de no darse á partido, de no someterse á mi voluntad, juro por mi nombre que él y sus parciales han de sentir todo el peso de mi justa cólera.

Dió algunos pasos en silencio, y luego esclamó:

—¡Ira de Dios! ¿Piensan acaso esos Fajardos que soy alguno de esos hombres que en mengua de su dignidad se allanan y convienen á la voluntad de sus enemigos?.... Pues no, eso no lo verán en mí, ¡vive Dios! Porque mientras ciña una espada, mientras que conserve la cabeza sobre mis hombros, hé de hacerles una guerra cruel, sangrienta: ¡no he de cejar un paso atrás hasta esterminarlos completamente! O ellos ó yo.

Calló un momento, y luego acercándose á la puerta, gritó bruscamente:

—¡Hola! ¡capitan Roberto!

Y esperó.

A los pocos segundos, un hombre de elevada estatura, de mirada torva y feroz aspecto, apareció en la puerta, y adelantó gorra en mano hácia el sitio donde habia quedado el caballerro.

—¿Habeis hecho la honra de llamarme, señor Procurador? preguntó en tono humilde y con un servilismo muy marcado.

—Sí, os he llamado. ¿Qué hay de nuevo en la ciudad?

—Nada más de lo que ya sabeis, señor.

—¿Qué se dice de los Fajardos?

—Que están amedrentados, señor: que os temen.

—¿Creeis posible que escapen del lazo que les he tendido?

—Mucho lo dudo.

—¿Es decir, que por esta vez vengaremos sus insolencias?

—Indudablemente, señor; yo al ménos así lo espero: pues merced á vuestros acertadas disposiciones, no veo por donde puedan evadirse de caer en nuestras manos.

—Pues así sucederá, yo os lo juro.

Y ambos quedaron en silencio por un momento.

—¿Teneis la gente prevenida? preguntó el caballero.

—Sí, señor Procurador: tengo algunos cientos de buenos murcianos, que esperan con impaciencia la órden de acometer á los Fajardos.

—Está bien: veo que sois un fiel servidor, y que secundais mis deseos de un modo que nada deja que desear. Digno sois de recompensa.

Y acercándose á la mesa tiró de un cajon y sacó un pesado bolsillo, al través de cuyas mallas se veia relucir el oro.

—Tomad, ahí teneis para vos y para que repartais entre vuestra gente.

Roberto adelantó, y con mano trémula por la emocion que sentia al verse dueño de tanto oro, tomó el bolsillo y lo guardó en su escarcela.

Apenas barbotó algunas palabras para espresar su agradecimiento.

—¿Supongo que será gente brava? preguntó el caballero.

—Toda gente escogida, que no hay más que pedir, señor.

—Ya sabeis que los Fajardos son algo duros.

—Descuidad, señor, que en llegando el caso serán leones, yo os lo fio.

—Está bien. Id y aparcibirlos, porque dentro de poco marcharemos sobre el palacio del adelantado.

Roberto hizo un profundo saludo y abandonó la estancia.

El caballero salió detrás de él.

III.

ACLARACIONES.

Séame permitido antes de pasar adelante con mi relato, que consigne aquí, aunque muy ligeramente, los motivos que dieron lugar á las sediciones y alborotos que á la sazon traian revuelta la ciudad y dividida en dos bandos.

En el año 1390, esto es, cuatro años antes de los acontecimientos que refiero, las dos casas más fuertes y poderosas de Murcia (por causas que no son de este lugar, y que tal vez mañana si el público me favorece, las presente á su recto juicio con mucha más estension), promovieron entre sí tan grandes rivalidades, que no pudiendo contener el ódio que se profesaban sus individuos, concluyeron por venir á las manos, y regar con su sangre las cálles de la ciudad.

Estos dos bandos tenian á su frente poderosos jefes, que hacian cuanto les era posible por atraerse el favor del Concejo de la ciudad, que, no sin enojo, veia germinar aquellas sangrientas luchas, sin que su poder fuera bastante para contenerlas.

D. Juan Sanchez Manuel, caballero muy noble y muy poderoso, capitaneaba el bando de los Manueles, que era el más fuerte y el que siempre llevaba la mejor parte.

El otro bando, que era el más débil, tenia á su frente á D. Alonso Yañez Fajardo, adelantado del reino de Murcia, y á quien el Concejo amparaba en algun tanto.

Este era el bando de los Fajardos.

Sabedor el rey de estos desmanes, trató de poner paz entre ambos partidos: pero sus ministros, que solo le dejaban hacer lo que más convenia á sus miras ambiciosas, no le daban tiempo para que pudiese mirar por la dignidad del trono, y castigar con severa mano los desmanes y tropelías que cada dia se cometian en una de sus mejores ciudades.

Por fin, pasado algun tiempo, y cuando la sangre murciana hubo corrido con abundancia, pudo conseguir que ambos partidos depusieran su enojo, y acallaran sus ódios y rivalidades.

La calma volvió á reinar en la ciudad, pero solo en la apariencia: porque era tanto lo que se odiaban los dos bandos, que no dejaban de venir á las manos cuantas veces les era posible, no obstante los edictos del rey.

Así pasaron cuatro años.

Reinaba á la sazon en Castilla el rey D. Enrique III, *El doliente*.

Aunque demasiado jóven todavía (pues solo contaba catorce años), movido de la mala fé de sus ministros, determinó de gobernar el reino por sí solo, y salir de la vergonzosa tutela en que le tenia el arzobispo de Toledo.

Dice Lozano en su *Historia de los reyes nuevos de Toledo*, que uno de los que más influyeron en el ánimo del rey para salir del poder de aquel prelado, fué su camarero mayor D. Ruy Lopez Dávalos, que ya por entonces gozaba de gran privanza.

Decidido, pues, á llevar á cabo su pensamiento, despues que se hubo coronado en el monasterio de las Huelgas de Búrgos, convocó Córtes en Madrid, figurando en ellas todas las ciudades de Castilla representadas por sus procuradores.

Los que de Murcia asistieron fueron D. Ramon de Rocafull, *noble vasallo del rey*, como le llama Cascales, y D. Juan Sanchez Manuel, uno de los nobles más poderosos de Castilla, y jefe, como ya sabemos, del bando de los Manueles.

Mientras su permanencia en la Córte, y en tanto que ayudaban al rey con sus consejos, el ódio mal encubierto que se profesaban los dos partidos, acreció con más vigor que nunca estallando al fin, impetuosamente, impulsado por el nuevo jefe que se habia puesto al frente de los Manueles.

Erte nuevo campeon se llama D. Andrés García de Lasa.

Hombre, dice el erudito Cascales, *muy poderoso y emparentado con los Manueles, que principalmente fomentaba sus pesadumbres: tan acepto traia al pueblo, que lo traia y gobernaba todo á su gusto y voluntad*.

Ya le conocemos.

Era el esposo de Blanca.

Valido del poder que habia sabido adquirirse por medio de sus grandes liberalidades, y ayudado de su mucha audacia, consiguió, en fuerza de intrigas y dispendios, que le nombrasen procurador general del Concejo, cuyo cargo, en aquella época, era muy codiciado, por la mucha influencia y poderio que tenia sobre el pueblo.

Tan pronto como hubo tomado sobre sí aquel cargo, su ambicion no tuvo límites; se desbordó completamente: todo lo trastornó á su antojo y voluntad.

Los individuos que componian el Concejo, y que la mayor parte pertenecian á los Fajardos, fueron destituidos de por fuerza, poniendo en su lugar á sus más adictos ó allegados.

Por otra parte, sus inmensas rentas habian contribuido no poco al objeto de su ambicion, repartiendo pródigamente muchos miles de maravedís entre el pueblo, que le adoraba y acataba sus órdenes como si fuera su verdadero rey.

En una palabra: supo conducirse tan bien, que en pocos dias reunió en derredor suyo miles de partidarios, que no obedecian mas voz que la suya.

Era, digámoslo así, un rey sin corona.

Tal era el estado en que se encontraban los dos bandos al comenzar nuestra leyenda.

Ahora volvamos á nuestro interrumpido relato.

IV.

LA CARTA.

En el mismo sitio que hoy ocupa el Principal, se levantaba en aquella época un vasto y suntuoso edificio, morada á la sazon del adelantado del reino de Murcia.

A la misma hora próximamente en que hemos dado principio á nuestra narracion, en un vasto salon de este palacio y sentado trás una mesa, veíase un caballero de noble continente, que podria contar como medio siglo.

Su noble rostro, orlado de luengos cabellos grises, revelaban la nobleza de su alma, cuya nobleza, que le venia de abolengo, estaba caracterizada por una franqueza llevada hasta el estremo.

Este nuevo personaje se llamaba D. Alfonso Yañez Fajardo, y era adelantado del reino de Murcia.

En el momento en que le presento á mis lectores, se ocupaba en escribir; y si hemos de judgar por el cuidado que observaba en su trabajo, y por lo fino del pergamino, no será difícil adivinar, que la persona á quien iba dirigida la carta, que tal parecia, debia ocupar un sitio muy elevado.

En efecto, aquella carta iba dirigida al mismo rey.

El más profundo silencio reinaba en aquella estancia.

Por espacio de media hora solo se oyó el rasguear de la pluma sobre el pergamino.

Por fin, pasado este tiempo, dejó la pluma en el tintero, repasó lo que habia escrito, y por el placer que se pintó en su semblante, se comprendia que estaba satisfecho de su trabajo.

Apenas habia terminado, cuando se abrió la colgadura que cubria la puerta, y dió paso á un caballero de noble apostura, que venia armado cual si hubiera de combatir.

Por muy poco que fijemos la atencion en sus juveniles facciones, observaremos un parecido tal con las del adelantado, que no podremos menos de convenir que una misma sangre circulaba por sus venas.

En efecto: era el primogénito de la nobilísima casa de los Fajardos.

—¿Habeis concluido, padre mio? preguntó el jóven con acento respetuoso, adelantando hácia la mesa.

—Sí, Juan; ya está terminada. Toma: examinala, y vé si está de tu gusto.

Y dió la carta á su hijo.

Este se acercó á la mesa, tomó el pergamino, y leyó para sí.

—Perfectamente, padre mio: dijo despues que la hubo leido: nada hay en ella que desear. Y devolvió la carta á su padre.

El adelantado la tomó, hizo un signo de asentimiento, y la dejó sobre la mesa. Luego hizo atrás su sillon, se puso en pié, y fué á coger del brazo á su hijo.

—Y bien; ¿qué nuevas me traes, Juan? preguntó paseando ambos por el aposento.

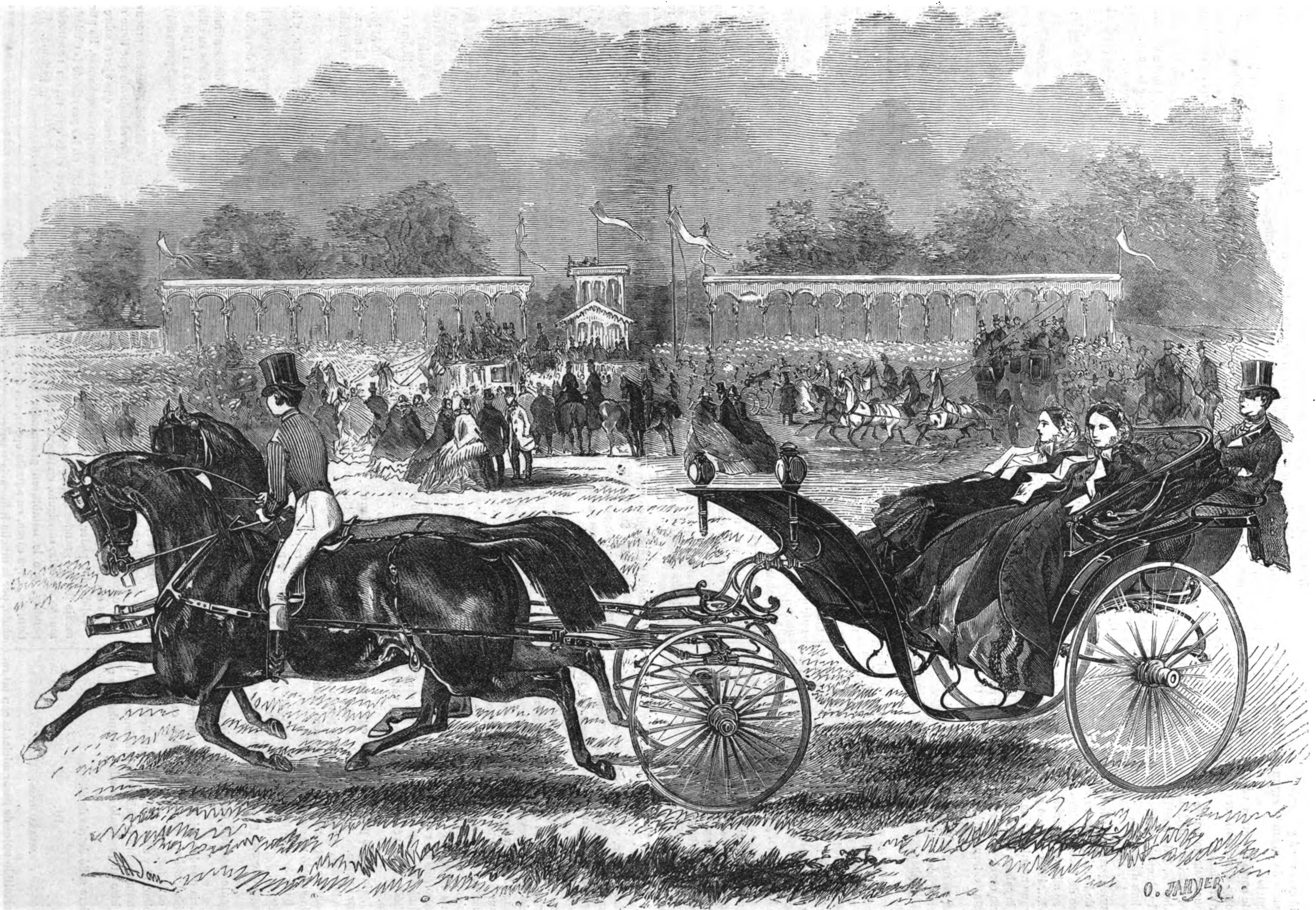
—Nada más de lo que ya sabeis. El nuevo procurador, henchido de orgullo por el dominio que tiene sobre el Concejo, y por la influencia que ejerce sobre el pueblo, solo piensa en armarnos asechanzas. Ha puesto gente de su confianza en las puertas de la ciudad, y nadie entra ni sale por ellas que no sea reconocido.

G. HONORIO.

(Se continuará.)

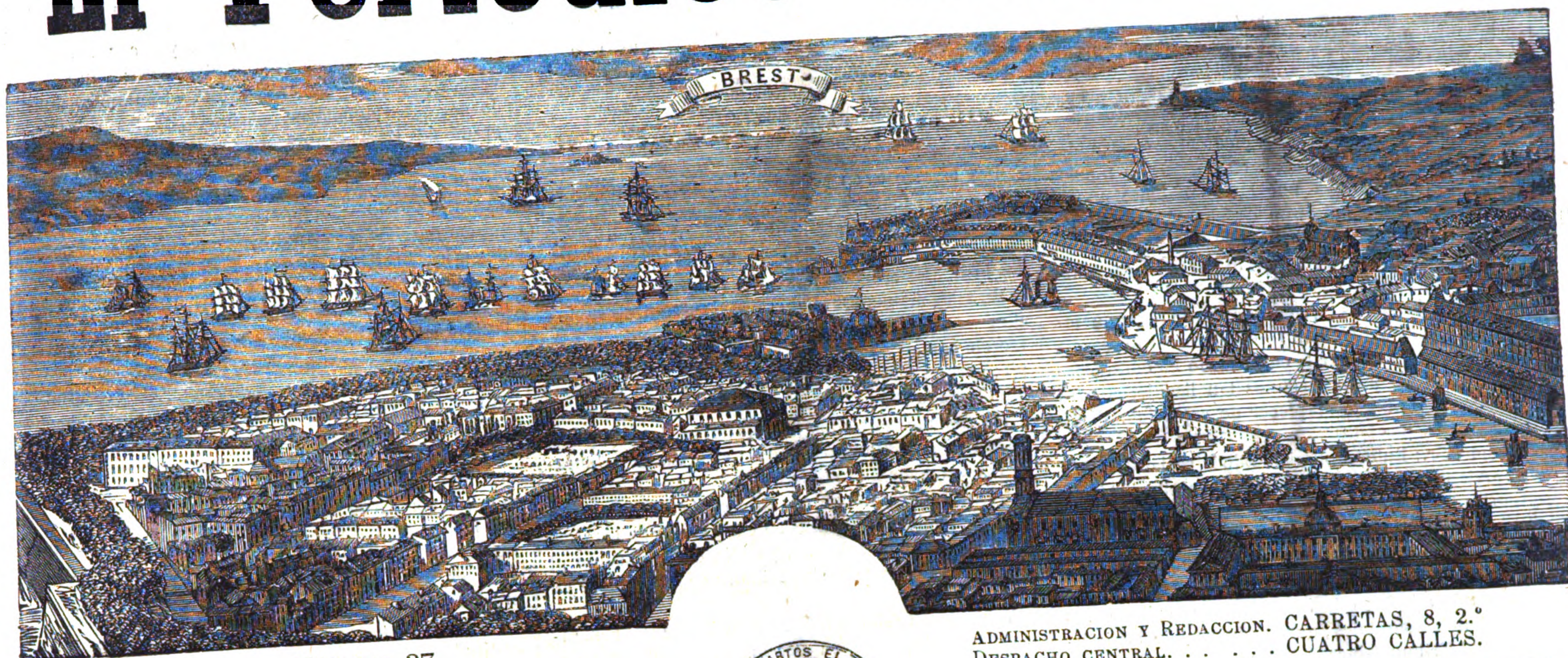
Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



LOS ELEGANTES DEL TURF.

El Periódico ilustrado.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°
DESPACHO CENTRAL. . . . . CUATRO CALLES.

Numero 37
DEL 19 AL 26 DE NOVIEMBRE DE 1865.



EL PERIODICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 » —	Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 » —	Seis meses 50 »	

EL CREPÚSCULO.

REVISTA DE LA SEMANA.

Cuando este número llegue á manos, y esta revista á ojos de los lectores del PERIÓDICO ILUSTRADO, se habrá ya cantado el *Te-Deum*, con que el ayuntamiento de Madrid celebra la desaparicion del cólera. No tenemos, por lo tanto, ningun derecho para ocuparnos, aunque sea incidentalmente de este funesto personaje, y desde hoy queda exento de responsabilidad en todos los casos ulteriores.

Y sin embargo, no han cesado con él las calamidades, ni con él han desaparecido los temores de nuevos disgustos y de miserias nuevas. Esperemos que el tiempo y la casualidad, uno de sus más poderosos auxiliares, irán poco á poco restableciendo el equilibrio en los espíritus, ya que tan difícil seria restablecerlo en las fortunas.

Supongo sabrán Vds., que el jurado de poetas nombrado para dar su dictámen sobre el drama de García Gutierrez, prohibido por la censura, lo ha emitido favorable al autor, y en términos tan lisonjeros para éste, que no renuncio al placer de copiarlos: dicen así:

«Excmo. Sr.: En cumplimiento de la real órden de 5 del corriente, se reunió el Tribunal-jurado el 14 del mismo en la Biblioteca Nacional á las doce de la mañana, sin dar por terminada su tarea hasta más de las cuatro de la tarde; tarea grata hasta lo sumo, excelentísimo señor, porque el drama titulado *Juan Lorenzo* corresponde á la fama legítima de su autor ilustre, y sus tendencias son tales, que á ninguno de los individuos del Tribunal-jurado le ocurrió el reparo más leve sobre ellas.

«Por consiguiente, sin discusion alguna, y sin discrepancia, su dictámen es favorabilísimo á la conveniencia de que dicha obra sea representada.—Hartzenbusch.—Ayala.—Villergas.—Florentino Sanz.—Ferrer del Rio.»

Es por lo tanto, probable, que antes de mucho tengamos ocasion de aplaudir en el Príncipe la nueva obra del siempre inspirado poeta, del cual se ha leido tambien estos dias en la Zarzuela un libro titulado, *El Capitan Negrero*, destinado, segun noticias, á alcanzar un gran éxito.

Buena falta hacen ambas producciones para desquitarnos del mal rato que nos han hecho pasar en los dos coliseos *El Lago de las Serpientes* y *La Silla de espinas*, en la primera de las cuales han malgastado los Sres. Moderati y Rogel algunas buenas piezas de música, dignas de mejor suerte.

Resultado más favorable, aunque tampoco el que hubiera tenido en otra época, alcanza en Novedades la comedia de mágia estrenada el miércoles con el título de *Batalla de diablos*, que entretiene la imaginacion con algunos buenos chistes, y algunas animadas descripciones, al par que recrea la vista con un magnífico aparato, que hace honor á la aplicacion y buen gusto del escenógrafo Sr. Muriel.

El Teatro Real no nos ha ofrecido ninguna novedad desde *Il Trovatore*, con el cual ha sido injusto el público, pues lo ha oido muchas veces peor cantado, y lo ha aplaudido de buena fe. Digan lo que quieran los apasionados y los críticos, lo mismo la Sra. Rey Balla que el Sr. Steger son dos artistas muy distinguidos, á los cuales al fin y al cabo no podrá menos de hacer justicia. En breve se cantará el *Rigoletto*, de Verdi, que seguramente el Sr. Merly interpretará muy bien, mientras se pinta el *Fausto* y otras óperas, y se espera la llegada de algun artista notable, para cuya adquisicion la empresa no perdona sacrificios de ningun género.

Esto es todo lo que ocurre en el mundo teatral, el único fuera del político, donde se nota algun movimiento; en lo demas, todo es atonia, pereza ó desengaño.

Solo una escepcion puede hacerse, y esa en favor de un libro, que traducido del francés, ha dado á luz el conocido editor Sr Duran. Titúlase *Los Amores de Adolfina*, y basta decir que es de Paul de Kock, para comprender su mérito y su gracia. Paul de Kock es un autor que no envejece nunca; y el cual, por más que algunos le censuren por atrevido, posee dotes de observacion y de crítica, que no por ser demasiado reales, dejan de ofrecer una saludable enseñanza.

Otro libro se anuncia cuya aparicion espero con ansia, seguro que ha de proporcionarme buenos ratos. Su autor, mi querido amigo y compañero Eusebio Blasco, le ha bautizado con el significativo título de *Los Curas en camisa*, sin duda para hacer rabiar á los neo-catolicos, pues me consta que el libro tiene tanto que ver con la religion como el PERIÓDICO ILUSTRADO con el juez de imprenta, y el retraimiento de los partidos liberales, con el que yo me impongo en este momento, dando fin á esta desmadejada revista.

M. DEL PALACIO.

LOS AMIGOS DE LOS POBRES.

Hay momentos en que conmovido el corazon en sus fibras más sensibles, late con redoblado vigor á impulsos de un noble sentimiento que embarga nuestros sentidos, dilata nuestro ser y eleva la imaginacion á los brillantes espacios de eterna luz y armonía.

En tales momentos el alma halla su centro; se inspira y se conmueve en esas luminosas regiones, y se mezcla con su esencia divina, que es su esencia propia; porque el alma, como Dios, vive con el soberano aliento de la inmortalidad.

En esos momentos los buenos lloran, los escépticos dudan y los indiferentes sienten vigorizarse su corazon con nuevos átomos de fé.

En esos momentos, en fin, canta el poeta con sentida inspiracion; el músico hace vibrar en los aires sublimes notas de armonía, y el pintor traza sobre el lienzo con rápida mano las brillantes concepciones de su fantasía.

Y si el artista siente bullir en su mente las brillantes ráfagas del génio, en esos instantes brotan las maravillas, y las generaciones atónitas dejan tras sí *El Paraiso perdido* de Milton, la *Norma* de Bellini, y las *Vírgenes* de Murillo.

Solo una causa puede producir tan portentosos efectos: la virtud.

La virtud es la que elabora esas preciosas horas, que son los únicos puntos luminosos que guian al hombre en la inmensa oscuridad de su vida, como en la borrascosa noche guian al náufrago los faros de salvacion.

La virtud es el gérmen de las grandes acciones.

Sin la virtud no hay nada eternamente bello.

Ella, y solo ella, abre en momentos dados nuevos horizontes á nuestra cansada vista, y nos marca el derrotero de nuestra combatida existencia.

Pero si la virtud es bella en todas sus manifestaciones, si es bienhechora en todas sus consecuencias, si es grande en todos sus actos, nunca tan grande, tan bienhechora, ni tan bella como cuando se ostenta con el dulcísimo nombre de la caridad, porque entonces la virtud luce con los atributos de la abnegacion, del amor y de la pureza, como luce la cándida flor de los jardines, que entrega todo su aroma á las alas de los vientos para hacer más delicioso el ambiente.

La caridad es el lazo sagrado que une á los desgraciados; es el beso blando y cariñoso impreso en la frente del huérfano; la lágrima furtiva que se desliza hasta el seno del amigo acongojado, y la silenciosa limosna que se dá con mano temblorosa al indigente.

La caridad verdadera, eficaz á los ojos de Dios, es la que se practica por amor, la que se emplea do quiera y por do quiera sin ostentacion, sin interés mundano, sin lujo; la que se presta con lágrimas en los ojos, o con frases dulcísimas de consuelo en los labios, con santa resignacion en el alma.

Así, y no de otra suerte, con ese amor, con ese desinterés, con esa eficacia, han practicado la caridad *Los Amigos de los pobres*.

Una palabra de gratitud en nombre de la sociedad para esos hijos de la virtud, que hemos encomiado con débiles frases.

Una espresion de afecto para esos bienhechores que han espuesto su vida por sus hermanos. Ellos han venido á demostrar con sus actos caritativos que la humanidad no camina despeñada hácia ese fondo de perdicion que con lúgubres agüeros nos señalan un dia y otro dia tantos y tantos declamadores. No, la humanidad no es tan perversa como se la quiere hacer. Violentas y rudas son las pasiones en que se agita; pero aun resta en su seno el soplo celestial de las virtudes; aun tiene caridad.

¡Qué ejemplo tan magnífico ha dado España en estas, aun no estinguidas y azarosas circunstancias!

Misterioso y sañudo como el ángel de las venganzas, se ha presentado ese terrible azote llamado cólera-morbo. A su paso, los pueblos se han cubierto de luto. ¡Qué hubiera sido de ellos sin la caridad!

Madrid, lo mismo que Barcelona, lo mismo que Albacete, Valencia y otros puntos, han visto lanzarse en socorro de las víctimas á esos hijos de la caridad; han visto confundirse en una sola agrupacion, en un solo sentimiento, en una sola idea, á un puñado de hombres, que con la esperanza de Dios y el corazon en la desgracia, no han cejado ante el peligro; han sabido vencerle. ¡Cuánto consuelo presta al ánimo combatido por las ambiciones políticas, por las ruindades mundanas la sola consideracion de estos hechos, de estas virtudes!

Quizá, y sin quizá, los horrores del cólera-morbo, son un castigo providencial. Tal vez, irritado el Supremo Hacedor, ha lanzado sobre nosotros el poder de su ira, haciendo asomar á la atónita faz del hombre más esforzado, el cobarde miedo del culpable. En este sentido, *Los Amigos de los pobres* han hecho estensiva su caridad á la sociedad entera; han sido el único remedio á tantos males.

Las impenetrables causas de esa terrible epidemia, ponen una vez mas de relieve la pequeñez del hombre, lo limitado de su ciencia, el ridículo de su orgullo, pero si sus propios esfuerzos para combatir el mal, dan por resultado la impotencia, no así los medios que emplea con el auxilio de Dios, porque al ejercer la caridad lleva por poderoso auxiliar al que murió por ella; lleva á Dios consigo mismo, lo lleva todo.

No es pues solamente el víctima arrancado á la muerte, ni la viuda, ni el huérfano, ni el menesteroso y desvalido los que deben alzar un monumento de gratitud en el fondo de su corazon; deben alzarlo igualmente en holocausto á la virtud de esos hombres, todos, todos absolutamente, sin distincion de fortunas ni de clases. Ante el heroismo y la abnegacion no hay gerarquías; solo deben existir la consideracion y el respeto.

Alcemos, pues, nuestra voz para rendir el justo tributo que se merece la virtud. Nada de personalidades; desde el humilde jornalero hasta el opulento magnate, todos los que han contribuido á la gran obra, todos merecen igualmente nuestro agradecimiento. A todos habrán alcanzado igualmente las bendiciones de esos desgraciados, que en los instantes de la consternacion, en los progresos rápidos de la enfermedad, en el período solemne de la agonía, cuando todo es fatídico, cruel, desgarrador, se han visto rodeados de solícita y cariñosa asistencia. ¡Que más premio necesitan las almas buenas que esas mudas bendiciones de los que dan el postrero adios á la vida!

Madrid, foco de luchas interminables, centro de las grandes ambiciones, ha dado una prueba de que en su seno vive aun pura y lozana, como la violeta entre abrojos, la santa, la sublime virtud de la caridad.

Que Dios cubra con su mirada piadosa los pueblos que tanto bien han hecho á la humanidad; que tan buen ejemplo han dado de abnegacion y de heroismo.

F. P. ECHEVARRIA.

VANIDAD Y POBREZA.....

Romance.

Dicen que la vanidad
En pos va de la pobreza,
Y forman los dos un *lazo*
Que á muchísimos *aprieta*.
De más de tres y de seis
Y de diez y de cincuenta,
Sé yo que á puro ser pobres
Son vanos y de primera.
Esto probará, lector,
Que en este siglo de *pega*,
Civilizacion es luz
Que *ciegos* á muchos deja.
Y quizás por esta causa,
No comprenden, cosa es cierta,
Que es la necia vanidad
Símbolo de la miseria.
¿Mas de qué sirve que el mundo
Tales vicios escarnezca,
Si la sociedad les rinde
Un culto que no debiera?
¿Qué vale que en el pecado
Lleven ya la penitencia,
Si el mal por eso no cura,
Ni el paciente, cura anhela?
. . . .

Los vanidosos, que en trajes
Lo que no tienen emplean,
Ó son necios, ó carecen
De tanto así de vergüenza.
Los que estafan á un amigo
Con pretestos ó ternezas,
Solo para darse tono
En casa de B. ó de Z.,
Son vanos de tomo y lomo,
Son tunos de siete suelas,
Que ni el decoro conocen
Ni conocen la decencia.
La madre que lleva al *Monte*
Una alhaja ú otra prenda,
Solo por *ir* con las hijas
Al café ó á la comedia,
Es madre vana, que ejemplos
Harto fatales enseña;
Cuyas prácticas horribles
Su familia al fin hereda.
El jóven que tiene veinte
Y quiere gastar cuarenta,
Y á los usureros busca
Y entre ellos el alma deja,
Solo por la vanidad
De cruzar en carretela
La calle de su Eloisa
Y aparentar ante ella,
Concluye por corromperse
Y entramparse hasta las cejas,
Sin conseguir otra cosa
Que conseguir muchas deudas.
Y sin embargo hay mortales
Que en su afan de lucir, llegan
A cometer los delitos
Que nadie creer pudiera.
¡El honor, la mas preciada
Joya que existe en la tierra,
Cuántas hay que al fin lo venden
Por una falsa promesa!
¡Cuántas por lucir airosas
En el coche ó la platea,
No encenagan y hasta pisan
Virtud, dignidad, conciencia!
¡Y cuántos por figurar
No abjuran de sus creencias,
Y reniegan de su orígen
Y al vil ludibrio se entregan!...
¡Maldicion sobre la frente
De una clase tan abyecta!...
¡Baldon eterno á unos séres
Que con la deshonra alientan!

P. F. REIMUNDO.

EL DIABLO EN EL BAILE.

(HISTÓRICO.)

Nos hallamos en San Petersburgo, y el Czar de todas las Rusias lo es Nicolás I. El invierno es riguroso, y no se ve una cuarta de terreno en que la nieve ó el hielo no haya estendido su blanco y cristalino manto. Los centinelas saben perfectamente que si llegan á descuidarse, si se quedan dormidos, aunque no sean más que breves momentos, despertarán en el otro mundo, porque el sueño, con diez y seis grados de frio, es irremisiblemente la muerte.

Esto no impide, ni la escesiva temperatura interrumpe en lo más mínimo los placeres del Carnaval.

En todas partes donde se da un baile, en los teatros, delante de los palacios y de las casas más elegantes, se encuentran enormes estufas, alrededor de las cuales se apiñan, para calentar sus ateridos miembros, todos los conductores de *drowekis* y los cocheros particulares y de plaza, los cuales, sin esta caritativa prevision, se quedarian helados por docenas sobre los pescantes de sus respectivos carruajes. No vereis por las calles ni un sér humano; únicamente algunos maniquíes, que envueltos en sus abrigos de pieles, se mueven acompasadamente al través de la nieve, sin que podais adivinar su sexo ni su edad.

Los estensos bosques de San Petersburgo son abandonados hasta de las fieras, y muchos osos y lobos, acosados por el hambre, se han arriesgado á penetrar en los arrabales de la ciudad donde han sido muertos á balazos. Es la opinion general que no se ha conocido en Rusia otro invierno más terrible desde la invasion de 1812.

La noche en que comienza nuestra relacion se da un gran baile de máscaras en el teatro Boischoi. Hemos pagado cinco rublos por un billete, y despues de haber mandado al conductor de nuestro *drowcki*, que nos espere á la salida, dándole de propina anticipada cincuenta copecks para beber, penetramos en el salon cuando este se halla en su mayor apogeo.

Cosa singular en Rusia: entre la multitud brillante y escogida de este teatro no hallamos ni un solo uniforme militar. Sin embargo, al mezclarnos entre las comparsas y los grupos, creimos notar de cuando en cuando el ruido de un par de espuelas y el roce de varias charreteras, lo cual indicaba que debajo de muchos de aquellos dominós se ocultaban algunos oficiales generales y ayudantes de campo del emperador.

Una máscara de elevada estatura, envuelta en un dominó negro, atraviesa la multitud; va de un lado á otro; da bromas á muchas damas conocidas; elige de vez en cuando una pareja, baila una polka ó un wals, y luego desaparece. Si teneis algun amigo en el salon, positivamente que murmurará á vuestro oido, con un acento medio confidencial, medio asustado: «*Silencio; ese es el emperador, que se divierte.*» Pero lo más original del caso es, que si os deslizais detrás de la orquesta, donde las máscaras se refocilan con dulces, sorbetes y refrescos, es probable que encontreis otro dominó exactamente igual, de la misma estatura, cortado por el mismo patron que el máscara del salon, y que con el mismo buen humor da bromas á todo el mundo, come dulces, refresca y se divierte. Apuesto diez contra uno á que si pasais del café al ambigú, encontrareis cenando en una mesa, rodeado de seis ú ocho bailarinas del teatro de la Opera, y obsequiándolas con esquisitos manjares y espumoso Champagne Moett, un tercer dominó, parecido á los dos anteriores; y si nos trasladamos al salon de descanso más inmediato, un cuarto dominó negro, y de elevada estatura, se halla muellemente recostado sobre los magníficos divanes de terciopelo carmesí. Finalmente, un quinto dominó, parecido como dos gotas de agua á los cuatro precedentes, se apoya en el antepecho de un palco principal, y contempla silenciosamente las escenas de animacion y de alegría que ofrece el baile.

Ahora bien; ¿quién de los cinco, los seis ó los ocho dominós, que como sombras se reproducen en todas partes es el que oculta la persona del emperador? Esta es la cuestion grave, y sin embargo, tiene una esplicacion muy sencilla.

Los iniciados en los misterios del palacio de invierno saben que el emperador esperimenta la contrariedad de que el dominó no le impide ser reconocido inmediatamente que se presenta en un baile, por su elevada estatura, cuya circunstancia le dejaba siempre á merced de los indiscretos. En tal situacion, y para hacer perder la pista á los que pretendian reconocerle, inventó el espediente de hacer vestir un dominó igual á cinco ó seis de sus ayudantes, elegidos por su colosal estatura, y algunos soldados de la guarnicion, tambien elegidos por la misma circunstancia. De este modo al ménos podria disfrutar, con un poco de más desahogo y tranquilidad, de una diversion, cuyo principal encanto es el incógnito. Los oficiales y soldados encargados de representar á la imperial persona debian contestar en ruso ó en francés á las interpelaciones que se les dirigieran, segun las instrucciones particulares que individualmente recibian. Los granaderos de Préobazinski fueron por mucho tiempo preferidos para esta clase de servicio, en razon á que algunos de los ayudantes del Czar se hacian literalmente pasar, *en ciertos momentos*, por S. M. I., permitiéndose cazar en terreno vedado y en dominios que no les pertenecian, en tanto que los pobres soldados de la guardia, con el bolsillo bien repleto de rublos, no se ocupaban más que en divertirse inocentemente, sin atentar á la propiedad ajena.

No vayais á suponer, sin embargo, que en este animadísimo baile á que me refiero no habia aquella noche más que gigantes con dominó negro. No: las estaturas colosales son muy comunes en Rusia, y la Rusia habia enviado aquella noche por docenas los dominós al teatro Boischoi. Esto no es decir tampoco que en el baile no pulularan con profusion los trages de capricho; algunos de ellos riquísimos y de un gusto elegante, y la prueba es, que si observais en el centro del salon, vereis un máscara que llama la atencion general. Es nada ménos que el diablo, el enemigo del género humano, pero *divinamente* representado. Una horrible careta, con ojos chispeantes y retorcidos cuernos, cubre su rostro. Una especie de coraza de escamas le cubre todo el cuerpo; sus dedos aparecen armados de puntiagudas uñas; su cola es la de un dragon infernal, y finalmente, su mano derecha blande una especie de horquilla de hierro batido, con la cual desafiaria, si fuese preciso, el tridente del clásico Pluton, y con la que tiene á raya á los que se le aproximan demasiado, y que gritan con una algarabía insufrible: «*Tchort Gospodin Tchort,*» señor Lucifer!

El diablo forma parte de la nacionalidad moscovita: es el verdadero diablo teológico-gótico de la Edad media; el diablo, con sus garras, sus cuernos y su apéndice caudal. Los rusos le respetan, le llaman monseñor, y esperimentan respecto á él un terror casi grotesco. El diablo en Rusia es el príncipe de las tinieblas, personaje aun muy respetable sobre la tierra, despues de haber perdido su derecho de ciudadanía en el cielo.

Gospodin Lucifer estaba sin duda alguna la noche á que me refiero de muy buen humor: daba bromas á todo el mundo; contaba historietas de la crónica picante de la capital; abrazaba sin ceremonia á las máscaras del sexo bello, que, más atrevidas, se permitian cogerle de los cuernos. A los pocos momentos de haber penetrado en el baile, ya se habia conquistado una gran popularidad entre las damas; y aprovechando esta circunstancia, escogió diez ó doce de las más bellas, convidándolas á cenar, y ofreciéndolas un banquete tan suntuoso como infernal. No hay para qué decir que el ofrecimiento fué aceptado.

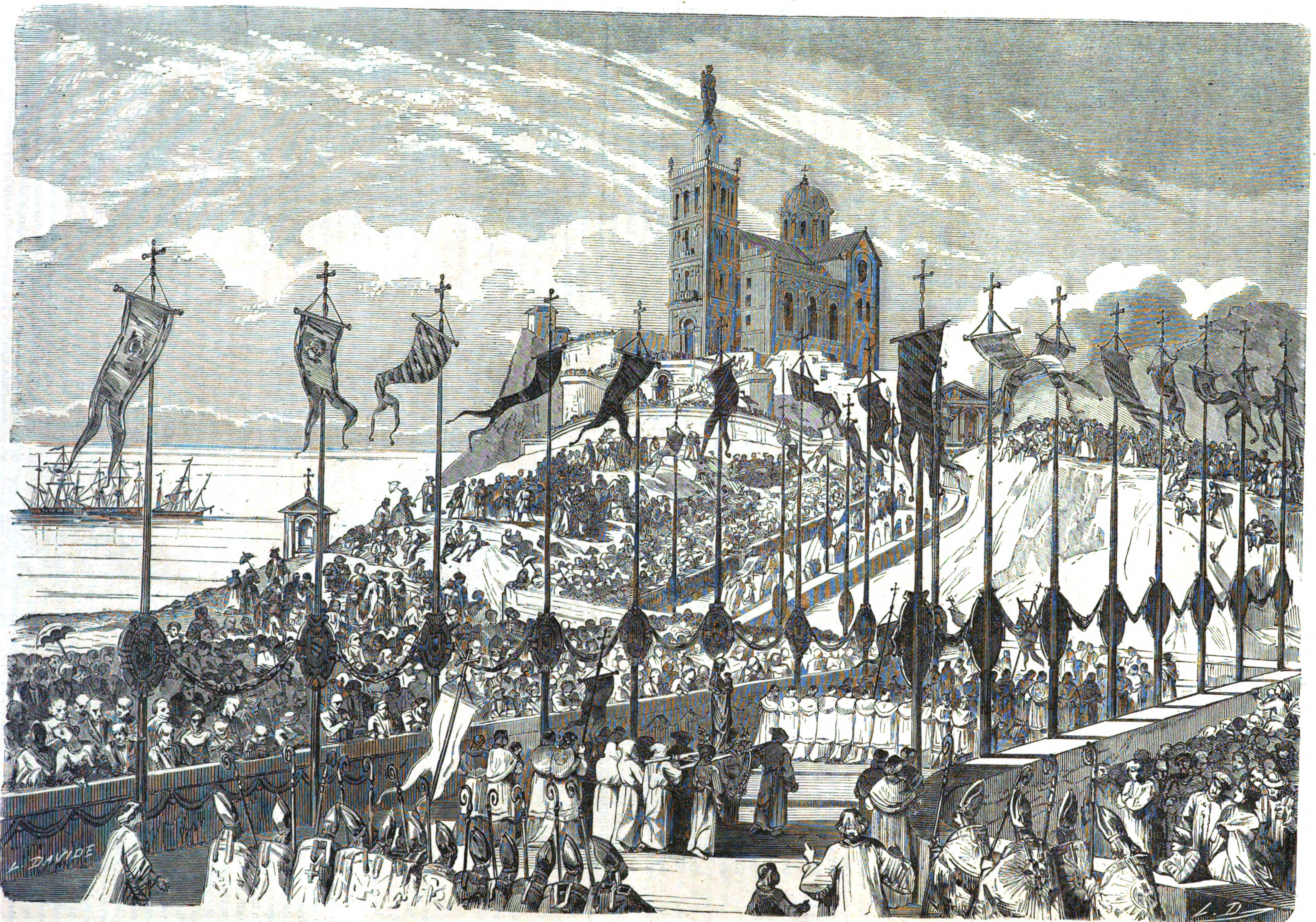
En el gran salon del ambigú se colocó una lujosa mesa, y los platos más delicados, las frutas más esquisitas, los vinos más deliciosos se sirvieron en ella con profusion. Gospodin Lucifer, que hacia los honores, destapó más de una botella, que vació de un solo trago á través de los labios de carton, porque obstinadamente se negó á quitarse la careta. Las señoras que le rodeaban procuraron, pero en vano, hacerle hablar francés; aunque políglota, Lucifer no quiso hablar más que en ruso, pero con un acento aleman tan pronunciado, que sus convidados le tomaron unánimemente por un señor muy original y estravagante.

A una de las damas, que insistia en que se quitase la careta, y hasta se permitió sorprenderle en un descuido, Lucifer la interrumpió en una de sus más encantadoras provocaciones para decirla dos palabras al oido, que la hicieron enmudecer inmediatamente, y suspender sus agresiones: nadie se daba cuenta del efecto mágico de aquella simple frase; pero interpelada la gran dama por una amiga suya que á su lado estaba sentada, no respondió más que estas palabras: «*Lo único que puedo deciros es que estoy convencida que ese hombre es el diablo en persona, porque solo el diablo puede saber lo que acaba de decirme.*»

Todos los placeres, sin escepcion, tienen su término, incluso los bailes de máscaras, y este se dió por terminado á las tres de la madrugada, disolviéndose la reunion que formaba el delicioso festin ofrecido por Lucifer.

Este, como todas las demás máscaras, se apresuraron á dirigirse al guardaropa en busca de su abrigo, que lo constituia un magnífico capoton de pieles con capucha, y se lanzó á la puerta del vestíbulo llamando á su cochero; pero este, indudablemente, se habia dormido ó retrasado; lo cierto es que no acudió al llamamiento de su señor, por lo cual Gospodin Lucifer no tuvo otro remedio que llamar al conductor de un trineo ordinario, que es como si aquí dijéramos un coche de plaza, pero abierto. El cochero, hombre de mala catadura, de barba roja y de maneras rudas, preguntó á Lucifer dónde queria ser conducido, y Lucifer, envolviéndose bien en su capote de pieles, y acomodándose del mejor modo que pudo en el fondo del trineo, respondió que á la esquina de la Mala-Millionaïa, un poco más arriba del monumento erigido á la memoria de Alejandro I. El *ischvostchik* (es la apelacion genérica de los cocheros de trineo en Rusia), se colocó en su asiento, diciendo con aire sombrío: *Das, das* (sí, sí), y partió al trote, deslizándose rápidamente con su trineo sobre la nieve endurecida.

Es necesario saber que por aquella época se cometian de noche en San Petersburgo muchos asesinatos, que tenian alarmada á la poblacion, y es preciso saber igualmente que la mayor parte de estos crímenes eran perpetrados por los ischvostchiks, ó sean conductores de drowskys ó trineos. La semana anterior habia sido ajusticiado sobre la cima de Newski uno de estos cocheros, convicto y confeso de haber asesinado á un viajero aleman. Para inspirar más terror, la po-



PROCESION CAMINANDO HACIA EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA. (Marsella.)



CARRERAS DE CABALLOS.

licía habia obligado á todos los ischvostchiks á asistir á la ejecucion. Era general la opinion de que entre estos conductores de carruajes existia una especie de confederacion de estranguladores, semejantes á los thugs de la India. Para ejercer la horrible profesion de asesinos se aprovechaban de la soñolencia que el frio intenso producia en los que se servian de sus vehículos.

J. BELZA.

(Se continuará.)

LA CABEZA DE UN REBELDE

leyenda histórica original

DE GONZALO HONORIO.

(Continuacion.)

Al oir estas nuevas, el adelantado paróse enmedio del aposento, y cruzándose de brazos esclamó con arrogancia:

—¿Es decir, que estamos acorralados? ¿Qué estamos á merced de un hombre déspota y feroz, que no contento de haberse alzado con la ciudad, cometiendo mil desmanes y desafueros, pretende todavía encerrarnos en sus muros?... Vive Dios, que esto ya es demasiado, prosiguió despues de una breve pausa, paseándose de nuevo con su hijo. Sabia que las puertas estaban custodiadas por gente suya; pero no que se impidiera el paso por ellas para entrar ó salir en la ciudad. ¿Qué quiere de nosotros ese hombre? ¿No está satisfecho aun con haberse apoderado del mando, haciendo de modo que nuestros parciales, unos por temor y otros por ingratitud, nos hayan abandonado pasándose casi todos á su bando? ¿Qué es, pues, lo que pretende? Dígalo de una vez, y de una vez terminaremos esta contienda, que ya se va haciendo enojosa, no solo para nosotros, sino aun para el mismo rey, que no podrá ver de buen grado que en una de sus mejores ciudades se derrame la sangre de sus moradores, no en el campo de batalla peleando contra sus enemigos, sino en las mismas calles de la ciudad, por satisfacer tan solo el orgullo de un hombre cuya ambicion no tiene límites.

—Si vos quereis, padre mio, muy pronto podemos poner término á nuestra situacion.

—¿Y de qué modo?

—Recurriendo á lo que nuestro deber nos impone. Usando del derecho que nos asiste de repeler la fuerza con la fuerza. Sí, padre mio; ¿de qué nos sirven las espadas? ¿de qué sirve nuestro valor?... de nada: puesto que las unas se enmohecen en sus vainas, y el otro se enerva en nuestros corazones.

—Antes de recurrir á ese medio, debemos meditarlo mucho, hijo mio; porque nuestros amigos son en nuy corto número, al paso que el de los Manueles cada dia se acrecienta mucho más.

—Si somos inferiores en número, nuestro valor suple esta falta: dijo con energía el esforzado jóven.

—¿Y de qué nos sirve el valor cuando la traicion nos rodea por todas partes?... Ya has visto como el Concejo, que era nuestro más fiel aliado, le ha nombrado su procurador general, faltándonos en lo más árduo de nuestra empresa. Por otra parte, muchos caballeros, y casi todos de nuestro bando, han dejado la ciudad, no atreviéndose á rechazar espada en mano la audacia de los Manueles, por no aparecer ante los ojos del rey manchados con sangre murciana... No, no, hijo mio; de ningun modo. Debemos someternos y aun pasar por lo que nuestros enemigos quieran...

—¿Qué habeis dicho, señor? esclamó con ímpetu el valeroso jóven. ¿Someternos á la voluntad de un hombre que nada respeta para lograr su objeto, y que solo tiende á esterminarnos?... ¡Oh! al oiros hablar de ese modo, padre mio, no puedo ménos de deciros que ya no veo en vos aquel bravo caudillo que en los campos de Nogalte y con solo mil infantes y ciento setenta caballos, arrolló á los moros granadinos, que componian tres mil infantes y setecientos ginetes, arrojándolos hasta sus fronteras duramente escarmentados.

Al oir la acusacion que su hijo le lanzaba á la cara, su orgullo se reveló contra aquel apóstrofe, y parándose en mitad del aposento, lívido de cólera y con los puños crispados, esclamó con voz tremenda:

—¿Y piensas, vive Dios, que no me sobra valor para empuñar de nuevo la misma espada que en los campos de Nogalte se enrojeció hasta la empuñadura con sangre musulmana?...Pues te engañas. Juan, y de habérmelo dicho otro que no fuera mi hijo, juro á Dios que habia de costarle caro su atrevimiento: y volviéndose bruscamente, contínuo su interrumpido paseo.

—¡Oh! perdonadme, padre mio: perdonad un momento de exaltacion que ha hecho arrebatar mi sangre, y no me tomeis en cuenta el injusto reproche que he osado arrojar á vuestras canas. Pero al ver los muchos insultos que á todas horas arrojan á nuestra faz nuestros enemigos, y que en vez de oponerles resistencia quereis doblegaros á su voluntad, no he podido contenerme y he traspasado los límites que á un hijo se le conceden.

Y dos gruesas lágrimas rodaron por las tersas mejillas del jóven, como en señal de arrepentimiento.

—¡Oh, hijo mio! esclamó con ternura el adelantado al ver aquellas dos lágrimas, y estrechándolo contra su pecho. No puedo ménos de alabar tu celo por nuestra causa, y me lleno de orgullo al contemplar en tí un digno descendiente de los Fajardos. Demasiado jóven todavía y sin esperiencia, no comprendes que si el rey enalteció mi celo por castigar la audacia de los moros, que faltando á lo pactado talaban los campos de Lorca, veria de mal grado que la sangre de sus vasallos se derramase por otra causa que no fuese la suya, y su enojo recaeria todo sobre mí: porque como adelantado del reino yo solo soy el responsable de la sangre de los murcianos. Así, que debo poner cuantos medios estén á mi alcance, para evitar que se derrame inutilmente.

Aquí llegaban, cuando se oyeron voces y pasos precipitados que resonaban en la antecámara.

Al mismo tiempo se apartó la colgadura, y varios caballeros penetraron en la estancia.

V.

LA CARTA.

Apenas el jóven Fajardo hubo reparado en ellos, que esclamó con entusiasmo:

—¡Oh! ¡venid, señores, venid; ayudadme á convencer á mi padre, que trata nada menos que de someterse á la voluntad de los Manueles!

—Eso jamás lo consentiremos, dijo uno de los caballeros, jóven y de buen talante. Mengua nuestra seria, que mientras ciñamos una espada, tuviéramos que ceder al capricho de un advenedizo, que, indudablemente, concluirá por ahogar á los mismos que hoy le ensalzan.

—Sed bien venidos, señores; os esperaba ya con impaciencia, dijo el adelantado, estrechando las manos de los caballeros. ¿Habeis oido las palabras de mi hijo? Se empeña en que á todo trance hagamos frente á los Manueles.

—Por mi parte, soy de la misma opinion: contestó otro caballero. Y hasta puedo aseguraros que estos amigos que me acompañan, participan de los mismos deseos, y están ansiando el momento de venir á las manos con nuestros enemigos para cobrarles de una vez, y con usura, los insultos que sin cesar nos prodigan.

Y para aseverar lo que habia dicho, se volvió hácia los caballeros como en demanda de su voto.

—Sí, contestaron: muramos todos antes que doblegarnos á la voluntad de los Manueles.

—Pero señores, dijo el adelantado: ¿habeis meditado bien lo que decís? ¿No comprendeis que eso es una locura? ¿Qué es imposible llevarlo á cabo sin que causemos el enojo del rey?

—¿Y quereis, vive Dios, esclamó con ímpetu el primero que habia hablado, que suframos por más tiempo las injurias é insolencias, que á todas horas nos lanzan á la faz nuestros enemigos? Pues no, no será por vida mia, mientras que mi brazo pueda sostener una espada. Mostrémosles la energía que cumple á nuestro valor, y concluyamos de una vez. O ellos ó nosotros.

—¡Bien, señor Monzon! ¡bien por vida mia! esclamó con arrebato el jóven Fajardo, al ver que sus palabras habian encontrado eco en aquel puñado de caballeros, que aun permanecian adictos á su padre. Eso es hablar cual cumple á nuestra situacion. Decís bien: ó ellos ó nosotros.

—Antes que todo, señores, dijo el adelantado, interrumpiendo á su hijo y acercándose á la mesa, ved que os parece esta carta.

—¡Ah! ¿con que os habeis decidido al fin á escribir al rey? dijo uno de ellos tomando la carta.

—Sí, es preciso. El rey no debe ignorar lo que aquí pasa. Por eso os he llamado: porque como buenos y leales amigos que sois, necesito de vuestra ayuda.

Todos hicieron un signo de asentimiento.

—Como adelantado que soy del reino de Murcia, prosiguió, debo participar á su alteza los desmanes de que somos testigos, para que castigue con severa mano la audacia de los Manueles que tan en poco tienen la dignidad del trono. Leed, señor Monzon, leed: pues cuento con vosotros para que si es de vuestro agrado, pongais vuestras firmas á continuacion de la mia.

El llamado Monzon se dispuso á leer.

Todos prestaron atencion, guardando el más profundo silencio.

El caballero leyó lo que sigue:

—«Alonso Yañez Fajardo, adelantado del reino de »Murcia: á vuestra alteza salud y gracia. Sabed: Que »siendo muchos los desmanes que sin cesar se come»ten en esta ciudad, por instigaciones de Andrés Gar»cía de Laza, que se ha puesto al frente del bando de »los Manueles, como leal vasallo que soy de vuestra »alteza y como adelantado de este reino, cumple á mi »deber participaros los perjuicios que pudieran repor»tar en mengua del trono, la desmedida ambicion del »dicho Andrés García de Laza.

»No contento con haber levantado motines y asona»das con sus maquinaciones, hase apoderado de fuero »propio del cargo de procurador general del Concejo, »destituyendo á los fieles vasallos de vuestra alteza, y »poniendo en su lugar á sus más adictos allegados.

»Ha puesto el pueblo de su parte apellidando el »nombre de vuestra alteza. Ha tomado las rentas rea»les, y las ha repartido á su voluntad entre la hez del »populacho, que por do quiera le sigue en pos, con ví»tores y aclamaciones.

»Otras más cosas pudiera relataros, señor, del des»órden que ha causado este nuevo jefe de los Manue»les, pero las dejo para mejor ocasion. Básteos saber, »que si vuestra alteza no acude á castigar estos »desmanes, las desdichas de esta ciudad serán sin fin.

»No les puedo oponer resistencia, porque casi todos »los caballeros que hasta ahora han seguido la buena »causa, defendiendo la dignidad del trono, los que no «han abandonado la ciudad, se han pasado á los re»beldes, dejándome á merced del nuevo procurador. »Así, pues, señor, no respondo de los males que pue»dan sobrevenir.

»Solò me quedan un puñado de caballeros que aun »me son adictos, y que están dispuestos á morir en »servicio del trono. Lo que no podrá menos de suce»ceder, si vuesta alteza desatiende mis palabras, y no «acorre con presteza á cercenar de raiz esta rebeldía.

»De Murcia, á los veinte dias del mes de diciembre, »del año de Nuestro Señor Jesucristo, mil trescientos »noventa y cuatro.—Alonso Yañez Fajardo, adelanta»do del reino de Murcia.»

Terminada la lectura, hubo un breve silencio.

—¿Qué os parece, señores? preguntó el adelantado, que fué el primero que lo rompió. ¿Es fiel la pintura que hago al rey de todo cuanto aquí pasa?

Todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Paréceme tan bien y tan del caso, lo que relatais á su alteza, dijo el que habia leido, que por mi parte nada tengo que objetar para poner mi firma.

Y esto diciendo, se acercó á la mesa y firmó.

Los demás caballeros firmaron tambien, sin hacer la más leve objecion.

—Ahora solo nos falta hacerla llegar á manos del rey, dijo cuando todos hubieron firmado: lo que no creo muy fácil, si se tiene en cuenta que las puertas de la ciudad están guardadas por los Manueles, y que observan rigorosamente la consigna que les ha dado su nuevo jefe, el Sr. de Laza.

—¡Oh! no os dé cuidado por eso, señor de Claramonte, contestó el adelantado: yo respondo que llegará á manos de sù alteza. Y dirigiéndose á la puerta, ¡Ruy-Perez! gritó.

Pasado un momento, un escudero de edad madura, pero todavía ágil y robusto, se presentó en la puerta.

—¿Habeisme llamado, señor? preguntó con acento cariñoso, al mismo tiempo que hacia una ligera inclinacion.

—Sí, Ruy; os he llamado, porque necesito de todo vuestro valor y destreza, para que desempeñeis un asunto de mucha importancia.

—Mi vida os pertenece, señor, bien lo sabeis. Mandad, que dispuesto estoy á complaceros.

—Sí, ya sé que sois un fiel servidor; hartas pruebas me habeis dado de ello. Mas por ahora solo se trata de que esa carta llegue á manos del rey.

Y señaló hácia la mesa.

—¡Oh! pues si no es más que eso, descuidad, señor, que yo os juro que llegará á su destino, contestó el fiel escudero con acento breve y decidido.

—¿Ignorais que las puertas están guardadas por los Manueles?

—Poco importa, señor. Os he prometido que llegará á manos de su alteza y lo cumpliré.

El adelantado sonrió con satisfaccion al oir las palabras de su escudero.

Los caballeros se miraron unos á otros.

—¿Y si tratan de arrebatárosla, insistió el adelantado?

—En ese caso, señor, es porque he dejado de existir.

A tan noble respuesta, el adelantado se acercó á la mesa, tomó la carta, la enrolló cuidadosamente, imprimió en ella un sello con cera encarnada, y luego, atándola con una cinta del mismo color, la entregó al escudero.

—Tomad, pues, mi buen Ruy, dijo: montad á caballo, y no pareis hasta llevarla á su destino. Urje mucho que cuanto antes esté en manos de su alteza.

El escudero tomó el pergamino, hizo un profundo saludo, y abandonó la estancia precipitadamente.

Cinco minutos despues, se oyó el galope de un caballo que se alejaba.

Era Ruy-Perez, que partia á desempeñar su comision.

G. HONORIO.

(Se continuará.)

HISTORIA DEL ORO.

Sus aplicaciones y modo de distinguir los objetos de este metal de los que se le parecen.

El oro: he aquí un cuerpo que siempre ha sido el símbolo del lujo y de la opulencia, el móvil principal de la sociedad humana. En todos los tiempos y en todos los países, el hombre ha ido en busca del oro, como si fuera su aspiracion final, el bello ideal de sus ilusiones. Con el oro, se dice, todo se consigue, todo se doblega ante este mágico metal.... hasta la honra y la justicia. Con el oro todo se tiene: comodidades, amigos, riquezas, bienestar, posicion social, amores..... ¡pero ay! ¡cuán engañados estamos en creerlo así!

Sin embargo, todo el mundo conoce este error, y son pocos los que se apartan de él: es achaque viejo de la humanidad creer ser feliz siendo rico, y por eso se busca el oro, sin pensar en que despues de tener lo necesario, lo demás es escrescencia que mata y corroe el corazon humano.

Pero dejemos estas consideraciones, y vengamos al objeto que nos hemos propuesto en este artículo, de hacer la historia del oro en el órden físico, sin meternos á hablar del papel, que por desgracia desempeña en el órden moral.

El oro es conocido desde la más remota antigüedad, y siempre ha sido apreciado por sus propiedades especiales: los antiguos le dedicaron al Sol, bajo cuyo nombre le designaban, y tambien le llamaron el *Rey de los metales*. Debe haber sido el primer metal que conocieron los hombres, porque se encuentra en la naturaleza al estado libre, y no como otros metales, que estando combinados con cuerpos estraños, no aparecen sus propiedades y no es fácil descubrirlos, ni estraerlos, siendo necesario que la metalurgia se halle á cierto grado de adelanto para servirse de ellos en los usos á que se destinan. El hermoso color amarillo que presenta el oro y su brillo metálico, debió llamar la atencion hasta de los pueblos mas atrasados, y por consiguiente ser el primer metal que se ha conocido.

Los antiguos pueblos, los hebreos, los fenicios, los egipcios, ya conocian el oro, y es de notar que el nombre que le daban *zahab*, se deriba del verbo brillar, resplandecer, *tsahab*. Los primeros instrumentos metálicos que se hicieron, debieron ser de oro, y así se halla confirmado por los libros sagrados, que son los libros más antiguos que se conocen. En el *Pentatéuco* se habla de copas, de incensarios, tazas y candelabros hechos con *oro puro* y trabajados por medio del martillo. Moisés, al construir el tabernáculo, decia á los israelitas, que cubrieran las tablas con láminas de oro, advirtiendo que fuera *zahab tahor*, es decir, de oro puro, sin mezcla; porque la palabra *tahor*, significa puro sin mezcla. De aquí se deduce, que el pueblo de Israel no solo conocia el oro, sino la manera de purificarlo.

Los romanos le llamaron *aurum*, y los griegos *χρυσός*. Estos pueblos conocian muy bien el beneficio de los minerales de oro, especialmente los romanos. Roma, dominadora del mundo en sus buenos tiempos, esplotaba los pueblos, sacando el provecho que podia de ellos, y no eran las minas lo que menos la llevaba á la dominacion y la conquista. España fué una de las provincias romanas, y además de sacar de ella ricos productos naturales, que hizo llamarla *el granero de Roma*, esplotaron tambien sus minas, como nos lo indican las galerías, que con este objeto, se encuentran en diferentes puntos de la península, desde el tiempo de los romanos. En alguna crónica se lee, que en ciertas sitios de los Pirineos, llovia oro por el fuego, aludiendo, sin duda, á que por la fusion de ciertos minerales auríferos resulta oro. En sierra de Gador se han encontrado tambien cuevas y galerías hechas por los romanos.

Todos estos trabajos nos dicen que los romanos conocian muy bien la metalurgia del oro, y no solo sabian esplotarlo cuando se hallaba el mineral puro, sino que sabian separarlo de la plata por medio de la copelacion y demás operaciones que aun se usan en el dia despues de tantos siglos. En España debieron ser muchas las minas de oro, á juzgar por los trabajos que dejaron los romanos, y por lo que nos cuentan los historiadores antiguos, Plinio, Vitrubio y Estrabon. Este último, célebre geógrafo de la antigüedad, dice hablando de la manera de esplotar las minas en España, que despues de hacer pasar por el fuego el mineral, resulta una mezcla de oro y plata, que luego por una nueva calcinacion, se destruia la plata quedando el oro puro, lo cual se halla confirmado por Plinio, en un pasaje en que se refiere la manera y hasta los ingredientes para obtener el oro puro. La metalurgia del oro, es pues, conocida desde los primeros tiempos.

En los libros de Plinio se halla descrito el oro con todas sus propiedades principales de inalterabilidad al aire, de no ser atacado por los ácidos y de ductilidad, puesto que dice que se deja hilar como la lana y hacer con él tegidos, refiriendo á propósito de esto que la emperatriz Agripiha, mujer de Claudio, asistió á un espectáculo de un combate naval, con un rico manto tegido con hilos de oro puro. En otro pasage, poseido Plinio de la mas justa indignacion, censura el lujo y despilfarro de los romanos sobre el uso de objetos de oro, y dice refiriéndose á Marco Antonio, triunviro de Roma, que se servia de vasos de oro para todas sus necesidades, hasta para las mas asquerosas, en términos que este lujo hacia rugir de ira á Cleopatra misma. Tambien habla Plinio de la manera de dorar los objetos para hacerlos parecer de oro, y refiere entre otros métodos el modo de dorar al fuego, que aun en el dia se usa.

En los tiempos de la mágia y de la alquimia, el oro representaba un gran papel, así es que en el sistema cabalístico se decia que el oro era el ornamento del reino mineral, como Jehovah era el ornamento del mundo de los espíritus. La remision de sus letras da el número 207, que es el mismo que resulta multiplicando el tetragracno sagrado por 8. El oro y el nombre inefable del Rey de los Cielos se encuentran en la misma combinacion mística, de donde probablemente se deriva el nombre del rey de los metales, aplicado al oro por los antiguos.

En la medicina antigua jugó tambien el oro un papel importante; se administraba un elixir, en el cual el oro se halla finamente dividido y se tenia como la panacea universal de todas las enfermedades. Y por último, el oro fué el metal que más dió que hacer á los alquimistas, que en pos de la piedra filosofal, pretendian descubrir un remedio para no morirse nunca y hacer el oro, transmutando en él los otros metales de ménos precio. Pero el tiempo que deshace todas las ilusiones, y es la gran muestra de los desengaños, hizo ver á los alquimistas que ni podian inventar el remedio que buscaban, ni hacer oro donde no lo habia. Sin embargo, consagremos un tributo de admiracion á aquellos hombres, porque ellos fueron los fundadores de la química, y á pesar de sus estravagancias y quiméricas ideas, hicieron muchos descubrimientos, que en el dia son las ruedas más útiles de que se valen las artes, las ciencias y la industria.

(Se continuará.)

NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA.

(MARSELLA.)

Existia del tiempo de los druidas, sobre una colina que domina á Marsella y su puerto, un bosque de encinas seculares, en medio del cual se adoraba á Teutates. Los romanos sustituyeron á Teutates por su Júpiter Capitolino, y edificaron un templo. Muchos siglos despues Francisco I, de cuyo rey muchos puertos de Francia conservan un grato recuerdo, sustituyó el templo de Júpiter por un fuerte, mucho más útil, bajo el punto de vista estratégico, que el monumento elevado á la gloria del antiguo Señor de los rayos y truenos. En este fuerte se encontraba, desde 1214, una capilla conocida bajo el nombre de Nuestra Señora de la Guardia, la cual visitaban hacia muchos siglos todos los años centenares de peregrinos.

En la presente época, la capilla se ha transformado en una magnífica iglesia de las proporciones y el estilo que indica nuestro grabado. La fiesta inaugural fué un acontecimiento para toda la poblacion de Marsella, y nuestra lámina representa una de las procesiones que se verifican todos los años el dia de la santa patrona que lleva su nombre. El espacio de que podemos disponer, no nos permite entrar en detalles sobre esta fiesta, ni tampoco los creemos de gran interés para nuestros suscritores. Basta á darles una completa idea de su magnificencia el esmerado trabajo de Mr. Davide, calcado sobre un croquis de Mr. Crapelet.

CANTARES.

Cantar que conmueve el alma
Lágrimas arranca siempre:
Cantar que un alma haya escrito
Todas las demás conmueve.

Las lágrimas son el agua
Que el sentimiento sustenta:
Quien nunca las ha vertido
Tiene el corazon de piedra.

Desde la cuna al sepulcro
Cruzo la corta distancia;
Tres querubes van conmigo
Fé, caridad y esperanza.

Tiendes las redes mejor
Que las tienden las arañas;
Cuantos corazones pillas
A tantos robas la calma.

J. PUIG PEREZ.

CARRERAS DE CABALLOS EN LA CASA DE CAMPO.

En la última página de nuestro número anterior, dimos una lámina que representaba el sitio conocido con el nombre de *Turf*, en las carreras de caballos, y hoy damos otra, no ménos bella, dibujo espresivo y delicado de Bauman, en que aparece el precioso punto de vista que representa la Casa de campo en un dia de carreras. Podrán tal vez decirnos que tanto una como otra lámina carecen de oportunidad, porque en estos momentos no se ha verificado ninguno de estos brillantes y animadísimos espectáculos, pero tenemos que dar muy buenas razones que nos disculpen. La primera, que el grabado no ha venido á nuestro poder hasta ahora, y la segunda que obras de este género y que deben figurar en un album, lo mismo que todas las obras de arte, siempre que tengan un reconocido mérito nunca carecen de oportunidad. Además, en la alternativa de guardar nuestro grabado hasta la época de las carreras el año que viene ú ofrecerlo desde luego á nuestros suscritores, hemos preferido esto último. Si obrando así hemos satisfecho á aquellos, nuestros deseos se verán cumplidos.

AVISO.

Rogamos á nuestros suscritores se sirvan dispensarnos el retraso con que hemos publicado este número, motivado por un incidente imprevisto en la remesa de los grabados. Aunque en lo sucesivo procuraremos evitar se reproduzca esto, no obstante, les pedimos un poco de indulgencia, si el próximo número no se publicara en el dia que le corresponde.

BREST.

Brest, capital del departamento del Finisterre, es una ciudad de 70.000 habitantes, y al mismo tiempo cabeza de partido de la prefectura del segundo departamento marítimo.

Todo lo que un gran puerto de mar debe reunir, Brest lo posee, y una plaza fuerte que todas las marinas del mundo conocen perfectamente, y de la cual se habla siempre con respeto.

La historia de Brest se halla escrita en todas las páginas de la historia de Francia, y un volúmen no seria bastante para hacer conocer á nuestros lectores, si ya no la conocen, esa esforzada centinela del vecino imperio, cuyos cañones truenan sobre las olas del Océano.

Nosotros nos limitamos á publicar en este número la vista de la ciudad: si alguno de nuestros lectores no conociese su historia, les recomendamos hojeen cualquier diccionario geográfico, porque en todos ellos encontrarán curiosas noticias.

CANCION.

Traducida del aleman, de Heine.

Murmurador se estendia
El mar al anochecer,
Y en la onda se fué á esconder
El postrer rayo del dia.

Yo estaba con ella á solas
Y callabamos los dos;
El ave marina en pos
Va de las hinchadas olas.

Negra la nube cubria
El cielo con su color,
Y una lágrima de amor
De sus ojos descendia.

La vi rodar por su mano,
De rodillas me postré,
Y con un beso borré
Aquella lágrima ufano.

Desde aquel dia la calma
De mi existencia se huyó,
Y es que ella me envenenó
Con sus lágrimas el alma.

DIEGO CLARKE.

EL CREPÚSCULO.

Considerad por un momento ese bellísimo cuadro campestre que aparece hoy en la página primera de nuestro semanario. Todo en él respira la calma y el reposo, todo anuncia la terminacion de la labor cotidiana. La naturaleza misma parece tambien abandonarse á esa misma languidez que sucede á los ardores del dia, porque bien se comprende contemplando el grabado, que algunas horas antes los rayos de un sol ardiente han debido enseñorearse en aquel sitio delicioso.

Al presente todo aparece tranquilo: es la terminacion de la tarde. En ese cielo puro y diáfano que iluminan aun los últimos resplandores del crepúsculo moribundo, se balancean lentamente algunas ligeras nubes trasparentes. Ni la más ligera brisa agita las hojas de los árboles, donde han venido á buscar un refugio los alados cantores del bosque, y ni la más leve arruga mancha el limpio cristal del arroyo, al cual se dirigen á beber los rebaños que se van al establo.

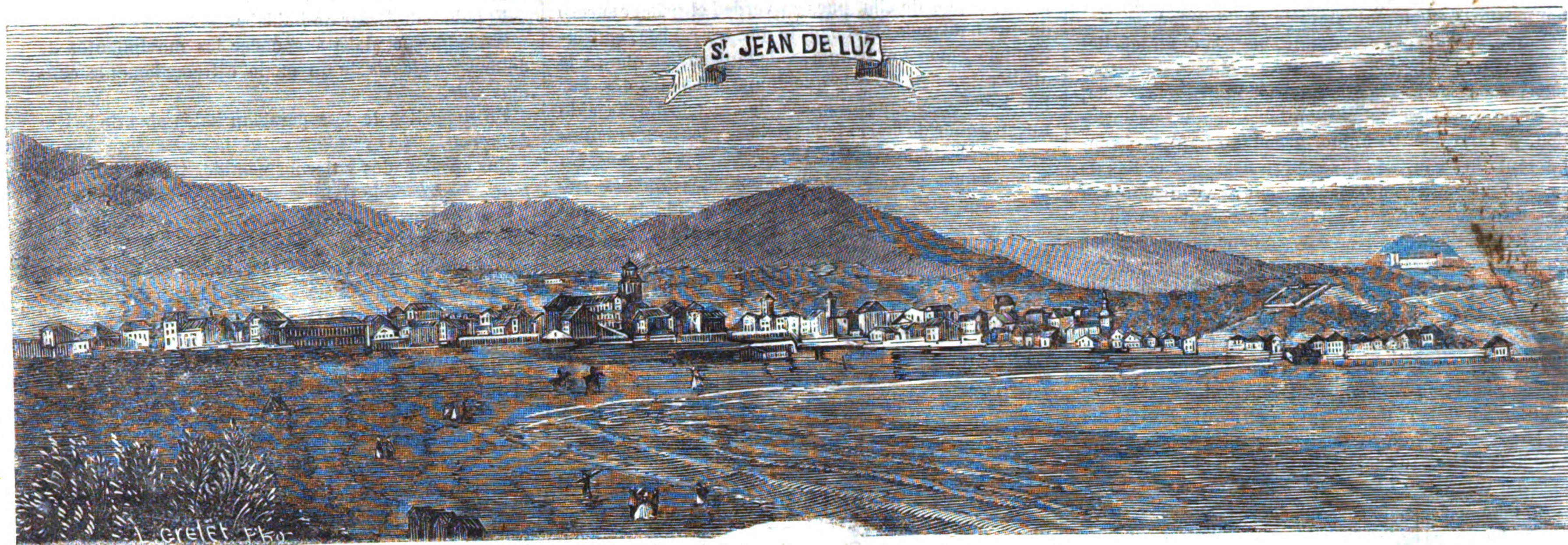
Las sombras van siendo cada vez más estensas; el azul lejano de las montañas se confunde en el horizonte, y ruidos, sombras y colores se estinguen poco á poco en esa ola poética, en ese murmullo susurrador que precede á la noche, y que convida al sueño y al descanso á todo lo que emana de la hermosa naturaleza.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.
MADRID. 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



Aspecto del ángulo del Boulevard Montmartre y de la rue de Richelieu el dia de la aparicion de un número del *Journal illustré*.

El Periódico ilustrado.



Número 38.

DEL 26 DE NOVIEMBRE AL 3 DE DICIEMBRE DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 » —	Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 » —	Seis meses 50 »	

AVISO.

Como dijimos en el número anterior, nos hemos visto obligados á retrasar tambien el núm. 38.—Vencidas ya en parte las causas que lo han motivado, prevenimos á nuestros suscritores, que para regularizar otra vez el servicio repartiremos juntos los números 39 y 40, el domingo 10 del presente.

OTRO.

El despacho de las Cuatro Calles se ha trasladado á la redaccion y administracion, Carretas, 8, 2.°

Nuestros lectores podrán proporcionarse tambien números en las librerías de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen; Moya y Plaza, Carretas; Kioskos y principales librerías.

VISTA DE UNA SALA DE ESCRUTINIO DURANTE LAS ELECCIONES.

REVISTA DE LA SEMANA.

Un gran triunfo y una gran desgracia: hé aquí los dos sucesos culminantes de estos últimos dias, cada uno de los cuales, aunque en sentido diverso, ha conmovido hondamente nuestra imaginacion.

Empezaremos por el segundo, pues la desgracia tiene privilegios que todos estamos en el caso de respetar. Ventura de la Vega ha muerto. El discreto poeta, el elegante académico, el inimitable hombre de sociedad. ya no existe. Una enfermedad tan implacable como lenta le ha llevado al sepulcro á los pocos dias de haber regresado á su hogar, y cuando se disponia á buscar en más benignos climas el momentáneo alivio que le hacia más llevaderas sus dolencias. Sus amigos guardarán de él eterna memoria: él en cambio, si pudiera por un instante volver á la vida, esperimentaria á no dudarlo un gran consuelo. Ha sido la amistad la que ha endulzado sus últimos dolores, pero la amistad verdadera, heróica, que no reconoce límites en el sacrificio. porque para las almas nobles el sacrificio se traduce por deber. Digámoslo así en honra de D. Luis de la Escosura, y de su amable esposa, á los cuales ha cabido la triste satisfaccion de recoger el último suspiro del autor de *El hombre de mundo.*

No tenemos espacio para hacer una biografía; pero no podemos resistir al deseo de publicar algunos apuntes sobre la vida del literato y el amigo cuya muerte lloramos.

Nació el Sr. D. Ventura de la Vega en Buenos-Aires el 14 de julio de 1807; fueron sus padres D. Diego de la Vega, peninsular, que pasó á aquella ciudad de contador mayor decano del Tribunal de Cuentas, visitador general de real Hacienda del vireinato, y doña Dolores Cárdenas, natural de aquel pueblo. A los cinco años de edad tuvo la desgracia de perder al autor de sus dias. Su madre, celosa de su educacion, y queriendo que esta se formase en la Península, lo mandó á ella, acompañado de un eclesiástico que habia sido capellan de D. Diego.

Llegado á Madrid, estudió primero en San Isidro con los jesuitas, despues en el colegio de San Mateo, y últimamente con el erudito D. Alberto Lista, teniendo por compañeros á Escosura, Espronceda, Roca de Togores, y otros muchos que han compartido más tarde las glorias de su inmortal maestro.

Despues de haberse dado á conocer como notable poeta lírico, su aficion al teatro, en cuya escena supo conquistarse como actor las simpatías y el aplauso, si no del público, de las más escogidas sociedades, le llevó á traducir y dar á conocer en España lo más notable del repertorio francés, mejorando más de una vez las producciones que arreglaba, y dando ya muestras de que podia aspirar á empresas más altas.

El número de sus traducciones y arreglos es infinito; nos contentaremos con citar los siguientes:

«El Juglar, Jacobo II, El rey se divierte, La mujer de un artista, Noche toledana, El hombre más feo de Francia, La segunda dama duende, El marido de mi mujer, El ambicioso, Marino Faliero, Una ausencia, Cazar en vedado, El Corsario, Bruno el tejedor, Llueven bofetones, Gaspar el ganadero, Máscara reconciliadora, Miguel y Cristina, Un ministro, Las capas, La vuelta de Estanislao, Mi honra por su vida, La escuela de los periodistas, La calumnia, El diplomático, Por él y por mí, El primito, El galan duende, Retascon, Marcelino el tapicero, El testamento, El castigo de una madre, El hijo de la tempestad, El héroe por fuerza, La sociedad de los trece, Memorias del diablo, Los perros del monte de San Bernardo, Un secreto de Estado, Los independientes, Perder y cobrar el cetro, Pozo de los enamorados, La familia improvisada, A muerte ó á vida, Memorias de un coronel, El Tasso, Un alma de artista, Mateo ó la hija del Espagnoleto, Otra casa con dos puertas. Shakespeare enamorado, Amor de madre, Jusepo el Veronés, Hacerse amar con peluca, Gastrónomo sin dinero, Una boda improvisada, El honor español, Acertar errando, Los dos solterones, Fabio el novicio, Quince años despues, Los partidos, La farsa, El tio Tararira, Fuego del Cielo, y multitud de juguetes y óperas cómicas.»

Entre sus obras originales descuellan *El hombre de mundo*, y *D. Fernando el de Antequera*, la primera de las cuales es un verdadero modelo de comedias. Ha escrito además una tragedia, *Julio César*, que la muerte le ha impedido ver representar, y cuyo estreno será un verdadero acontecimiento para las letras.

El Sr. Vega habia alcanzado grandes distinciones y ocupado elevados puestos; ninguno, sin embargo, más honroso para él que el que ocupaba en el aprecio de las gentes, y el que ocupará de hoy más en nuestra historia literaria.

Nos hemos estendido más de lo regular, y no nos arrepentimos de ello, pues en verdad el primer suceso de que hablamos al comenzar nuestra revista, consignándolo como un triunfo, vale la pena de que se le analice, y tarea es esta que llenaremos otro dia. Por hoy baste decir que el héroe de ese triunfo ha sido nuestro querido amigo Luis Eguilaz, y los combatientes que han ganado la victoria *Los soldados de plomo*. No esperábamos otra cosa de tales soldados ni de tal general. Por otra parte, la ejecucion ha sido de lo que suele verse muy poco, rayando Romea á la altura de sus mejores tiempos.

Ofrezcamos el tributo de nuestra admiracion y nuestro aprecio al autor y á los actores, y demos gracias á la fortuna que, en medio de nuestra decadencia moral y política, nos hace olvidar las miserias y los dolores, halagándonos con la idea de un porvenir risueño, del cual han sido siempre precursores los poetas y los artistas.

M. DEL PALACIO.

LA MUERTE DE CÉSAR.

PASO TRÁGICO DE TEJAS ARRIBA.

¡Desdichada duquesa! Creí que no hallaria consuelo á su dolor.

Fué un golpe que la tuvo á las puertas de la muerte.

Y sin embargo, en el mundo se la habia tachado de insensible!

¡Oh! Qué injusto es el mundo á veces!

Decian: «¿No sabeis? La duquesa!... Es una mujer sin corazon. Contrajo matrimonio con un hombre que la amaba de veras; pero ella no obedeció más que al interés. Por eso olvidó tan pronto á su marido, y se separó de él. ¿Hijos? Uno tuvo. Lo dió á criar, y en brazos de la nodriza se murió. No ha conocido nunca amigos íntimos; su corazon ha sido siempre de roca para la amistad, para el amor, para la familia, para los pobres.»

Esta era la reputacion de la duquesa.

¡Que en su pecho no cabia un sentimiento dulce, apasionado!... ¡Si, como yo, la hubieran visto cuando murió César!

¡Qué de lágrimas corrieron por sus *apergaminadas* mejillas!

¡Qué de suspiros lanzó su hundido pecho!

¡Qué elegíaca elocuencia desplegaron aquellos labios en otro tiempo de carmin, y hoy semejantes á dos cerezas pasadas!

No hay que dudarlo; la duquesa tenia un alma sensible, muy sensible, poéticamente sensibe.

Si en todas las ocasiones no mostraba su sensibilidad, era porque no hallaba objetos dignos de su cariño; porque su corazon no habia tropezado nunca con otro corazon que le comprendiera.

¡Pero cuando le halló!... ¡Oh! entonces fué el ver su ternura desbordarse á torrentes, como el agua contenida por una empalizada, al romper el obstáculo que se opone á su marcha impetuosa.

Cuando halló á César, su pecho se estremeció de gozo; su alma, dentro de su desconocida caridad, retembló de ventura, como los nervios al ponerse en contacto con una corriente eléctrica.

César realizaba el sueño de su vida.

Su mirada tenaz é inteligente leia en los ojos de la duquesa un tomo *in folio* de amor sublime é ideal.

A su vez la duquesa adivinaba en la mirada de su ídolo un mundo de misterios impenetrables para las almas vulgares.

Es que aquella mirada indefinible producia una fascinacion, un vértigo espantoso, como el que se siente cuando uno se halla al borde de un abismo.

La duquesa no pudo resistir á aquella fascinacion; amó á César con delirio, y su muerte causó el dolor más intenso que ha sufrido el alma de la duquesa.

Cuando hablaba de los encantos de César, ¡ay Dios! era cosa de ponerse el corazon más blando que una breva.

Aquel sér escepcional reunia todas las gracias, todos los atractivos que pueden seducir el alma de la mujer.

¡Qué elegancia en sus posturas! ¡Qué majestad en sus movimientos! ¡Qué flexibilidad en sus piernas! ¡Con qué gracia y coquetería pasaba su mano por detrás de la oreja, al rascarse! ¡Qué brillo en sus ojos! Y sobre todo, ¡qué suavidad en su lustrosa piel!

¡Lástima que no pudiera espresar los elevados sentimientos de su corazon!

El pobrecito César no hablaba.

Sin embargo, daba á conocer los movimientos de dolor y de alegría de un modo estremadamente conmovedor.

En sus gritos de desesperacion habia algo de la lira de Byron.

Sus apasionados y tiernos gemidos traian á la memoria *los tristes* de Ovidio.

Sus alaridos de triunfo recordaban la trompa del sublime Homero.

Cuando queria manifestar su amor, brotaban de su pecho sonidos tan dulces y cadenciosos, que talmente parecian un soneto de Petrarca.

¡César! ¡César! tu muerte será llorada siempre por los que tuvieron la fortuna de conocerte y, sobre todo, tu imágen no se borrará nunca del pensamiento de la inconsolable duquesa.

¡Pobre duquesa! me hizo derramar lágrimas cuando me refirió el fin trágico del amado de su alma.

Escuchad y estremeceos.

César vivia feliz y contento; nada le faltaba en el mundo.

La duquesa le satisfacia sus más ligeros caprichos.

Además de una comida abundante y de una limpieza esquisita, no dejaba nunca de tener entre los dientes algun terroncito de azúcar ó algun caramelo, como hacen nuestros oradores parlamentarios.

Las faldas de la duquesa eran su divan; sus besos el regalo de su corazon.

César podia decir lo que pocos; que en su vida habia comido ratones.

¡Envidiable fortuna la de César!

Pero ¡ay! llegó un dia (nunca tal llegara) en que á César le pareció monotona aquella felicidad.

Es verdad que los lazos que le sujetaban eran lazos de oro y de amor, pero al fin, dulce y todo la esclavitud iba haciéndose pesada.

Como aquellos reyes á quienes ahoga el fausto y grandeza de la córte y envidian la tranquila independencia del pastor humilde, que exento de cuidados es rey de los campos y de las montañas, así César ahogado por los besos, mimos y contemplaciones de la duquesa, suspiró por la libertad de los tejados y de las buhardillas, donde, á falta de bizcochos y de azúcar, hallaria algun sabroso ratoncillo que engullir á la luz de la luna.

Ello fué que no pudo resistir á la tentacion, y una noche, sin ser visto ni oido y andando de puntillas, abandonó el camarin de la duquesa que dormia á pierna suelta, se coló por una ventana abierta casualmente, tomó por asalto una cornisa, y desde allí, ¡zás! al tejado.

¡Momento de incomparable ventura!

César se veia libre, libre, completamente libre; respirando el perfumado ambiente de la noche, gozando de una perspectiva admirable y pudiendo pasear á su sabor sin cogines, sillones ni alfombras que impidieran su marcha soberana.

Repito: ¡momento de incomparable ventura!

No la siente mayor el desterrado que torna á ver la chimenea de su casita blanca, despues de largos años de emigracion, ni el ardiente republicano que trás las ruinas de un trono, y entre las llamas del incendio ve aparecer el sol de la libertad; ni el miserable presidiario que, rompiendo el afrentoso grillete, vuelve á ser dueño de los bosques y de los caminos; ni el antiguo estudiante, en fin, que una vez terminado el curso, envolvia los libros entre los agujereados manteos, y á lomos de un macho de arriero llegaba á admirar los arabescos caprichos de la torre de su pueblo.

César estaba ébrio de felicidad, que, á no estarlo, ya hubiera visto que su posicion no era tan alhagüeña como él se imaginaba.

Pero es un hecho que la felicidad embriaga y desvanece; y como César tenia sus ribetes de poeta, aunque jamás lo habia manifestado, se entregó á la contemplacion de los astros que salpicaban el cielo como una lluvia de brillantes, admiró la hermosa majestad de la noche, escuchó extasiado la deliciosa armonía con que llenaba el aire el eterno murmullo de las aguas, aspiró con ánsia el perfume de los tilos y de las acacias, y todo esto le hizo olvidar que de una cornisa á un tejado se salta con más holgura, que de un tejado á una cornisa, y que en todos ó la mayor parte de los

casos, la entrada es más fácil que la salida; sencillísimos raciocinios que á cualquiera se le ocurren ménos á un poeta, y con doble motivo si el poeta pertenece á la raza á que César pertenecia.

Pasó un dia, y fácil es adivinar el estado de la duquesa al comprender la fuga de aquel sér idolatrado.

Armarios. cómodas, alacenas, aparadores, todo género de muebles, los más escondidos rincones, la casa entera fué examinada general y detalladamente por la inconsolable duquesa, que recibió á disgusto por mueble, y á tanto ascendió el número de aquellos y de estos, que no pudiendo resistir más, la respetable señora dejóse caer en una butaca, esclamando con un acento desgarrador:

—¡Ha huido! ¡ha huido!

Mas no bien habia pronunciado estas palabras cuando se oyó por las partes más elevadas de la casa un como gemido, que libremente podia traducirse de esta manera: *¡miau! ¡miau!*

¡Mágicas esclamaciones que hicieron dar un salto á la duquesa, como si hubiera sido impelida por un resorte!

—¡Él es! ¡él es! gritó abalanzándose á la ventana. Hermoso mio, continuó, encanto de mis ojos, luz de mi vida, ¿cómo has tenido valor para abandonar á la que tanto te amaba? ¿He dejado nunca de ceder á tus más leves caprichos? ¿No has hallado en mi casa todo el regalo que podias apetecer? ¿Faltábate algo en mi compañía? ¿Qué motivos, pues, han originado tu funesta emigracion?

César, desde el alero del tejado, no contestaba más que *¡miau! ¡miau!*

—¡Oh! ya comprendo, decia la duquesa; estás arrepentido de tu crimen; deseas volver al abandonado hogar; pues bien, vuelve, vuelve y serás el consuelo de mi existencia; yo te perdono, vuelve.

Y César continuaba: *¡miau! ¡miau!*

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Esto es horrible! ¡No puede saltar aunque quiera..... ¡Oh! yo haré que pongan una escala y él volverá.

Fué la duquesa en busca de la escala, y entre tanto César, con más desfallecido acento, no dejaba de decir: *¡miau! ¡miau!*

A pocos instantes un criado de la duquesa colocaba una escala para poner en comunicacion la ventana con el tejado.

César, asustado al ver aquel mamotreto, dió un salto y se escapó precipitadamente.

La desesperacion de la duquesa llegó á su colmo.

Agotó el diccionario de su ternura para hacer entender á César el objeto de la escala; pero César no se daba por entendido, ni cesaba de prorumpir allá á lo lejos en su eterno: *¡miau! ¡miau!*

¡Duquesa sin ventura! No habia comprendido aun toda la terrible significacion de aquellos lastimeros quejidos. Juzgaba hijo del remordimiento lo que no era más que efecto de una indigestion.

Sí, una indigestion; porque el estómago de César acostumbrado á las confituras no pudo digerir un ratoncillo miserable, que aquel habia tenido la imprudencia de cazar en los primeros instantes de su feliz libertad.

Todos los intentos vanos, todos los esfuerzos inútiles; por más medios que se pusieron en práctica para que el tránsfuga volviese á los *pátrios lares*, solo se consiguió aumentar la inquietud de la duquesa y agravar un tantico el pícaro asma que le atormentaba.

Desde aquel instante César no pudo moverse de su sitio; la indigestion fué tomando proporciones colosales, y todos los síntomas hacian temer una catástrofe.

Al pobrecito una congoja se le iba y otra se le venia; de tal modo, que su contínuo *¡miau! ¡miau!* tomó tal espresion de angustia y de dolor, que las rocas hubiera ablandado, cuando no el sensible corazon de la duquesa.

Esta por su parte, convenciéndose de que ya no habia remedio á la desdicha de César, determinó acostarse sin cenar, para entregarse al llanto con más desahogo.

Aquella noche fué horrible.

Considérese que el techo de la alcoba en donde la duquesa dormia daba cabalmente á la parte del tejado en que César luchaba con las ánsias de la muerte.

De manera, que los más leves movimientos de César no se perdian para quien los escuchaba con el alma pendiente de un hilo.

La situacion era de prueba.

Encima de su cabeza, á unos cuantos piés de distancia, la duquesa sentia removerse al que habia sido el objeto de todos sus cuidados, á aquel cuyo amor era el encanto de su existencia, cuyas gracias eran la dulzura de su corazon, cuya lenguaje, incomprensible para el mundo, era la música más suave y melodiosa que habia regalado sus oidos. Y aquel sér adorado estaba á punto de morir, se revolcaba agitado por las últimas convulsiones de la agonía, y la duquesa, que le idolatraba, no podia salvarle, y para mayor tormento, estaba escuchando aquella voz querida que ahora esclamaba: *¡miau! ¡miau!* encerrando en estos gemidos todo un poema de dolor.

La duquesa desfallecia por momentos; esto era muy superior á sus fuerzas.

Es cierto que habia conservado casi una completa impasibilidad en la muerte de su marido, que habia derramado algunas escasas lágrimas á la pérdida de su hijo; pero ¿qué era esto en comparacion de la horrenda desgracia que ahora le sobrevenia?

No, su resignacion no llegaba á tanto; la delicadeza de su espíritu no podia soportar un golpe tan cruel.

La pobre duquesa comenzó á sentir unos vértigos espantosos; la garganta se le habia anudado de tal suerte, que apenas la dejaba espacio para respirar.

En sus oidos retumbaba, como un eco perdido, vago, flotante, el lejano *¡miau! ¡miau!* del desventurado César, que andaba ya en los estremos.

Confundiéronsele las ideas; perdia el conocimiento por grados; creyó que el mundo se desvanecia en la inmensidad como el vapor de los lagos... ¡Oh! Aquello era horrible, horrible!... Las convulsiones de César apenas se percibian; sus gemidos se apagaban... Luego el imponente silencio de la noche prestaba á aquel cuadro un tinte de sombría majestad que espantaba...

De pronto, el techo se estremece; un *¡miau!* desgarrador retumba en el espacio... ¡Ay! Todo habia concluido.

César acababa de espirar. La duquesa acababa de desmayarse.

Al dia siguiente, la duquesa apareció con una fiebre que puso en peligro su existencia.

Desde entonces no hubo para ella consuelo en el mundo.

¡Desdichada duquesa! Y aun el mundo la tachaba de insensible!...

VALENTINO.

HISTORIA DEL ORO.

Sus aplicaciones y modo de distinguir los objetos de este metal de los que se le parecen.

(Conclusion.)

El oro llamó mucho la atencion de los antiguos, y lo mismo sucede con los modernos. Continúa siendo el metal más importante. En la antigüedad se le llamaba el rey de los metales: hoy es el rey de los hombres. En las entrañas de la tierra se descubre y se estrae y se busca con el mismo afán, con el mismo ahinco que antiguamente.

Los criaderos más ricos de oro se encuentran en el Nuevo-Mundo: en el Brasil, Chile, Méjico, Perú y Nueva Granada. En Europa existen arenas auríferas, pero son mucho ménos ricas que las que hay en América. En España hubo en otro tiempo minas de oro, y hoy solo se cree que haya arenas auríferas en los rios Tajo, Sil y Darro, cuya última palabra se deriva de *Dauro* ó rio de oro. Hace algunos años que se han descubierto en las Californias y en la Australia filones de cuarzo aurífero en tal cantidad, que hace sospechar baje el valor del oro. En la Hungría, Transilvania, y en los Montes Ourales, en Siberia, se encuentran tambien, aunque de ménos riqueza, minas de oro.

Se encuentra el oro casi siempre nativo, á veces completamente puro, pero lo más general es que contenga cantidades variables de plata. Generalmente se halla cristalizado en cubos ó en octaedros diseminados en masas de cuarzo: tambien se encuentra en laminillas, en pajitas ó ramificaciones, y á veces en masas aisladas que llevan el nombre de *pepitas*, de las cuales existia una de las mayores que se conocian en el Museo de Historia Natural de Madrid, y cuyo peso era de dieziseis libras, seis onzas y nueve adarmes. Procedia esta pepita de Nueva Granada, y fué robada juntamente con otra de platino hace ya algunos años, pero se reemplazó por otra procedente del mismo sitio de América, y cuyo peso es algo más de una libra. Se dice haber encontrado en 1842 en las arenas auríferas de Meask (Montes Ourales) una pepita, cuyo peso es de treinta y seis kilógramos.

El oro que se encuentra en las arenas, se extrae sometiéndolas á una corriente de agua bastante vaporada en un canal de madera estrecho: las materias terrosas son arrastradas por el agua y queda el oro separado. El oro de los filones se encuentra ordinariamente mezclado con cuarzo, pirita de hierro, blenda, sulfuro de antimonio, etc. En América todo mineral que contiene $\frac{1}{30000}$ de oro se considera como esplotable. Se extrae el oro de estos minerales por varios medios segun el estado en que se halle: unas veces basta la fusion del mineral, otras se calcina sometiéndola á varias lociones, como se hace con las arenas auríferas, y cuando estos medios son insuficientes, se aplica el método de la amalgamacion, para lo cual se pulveriza el mineral, y se le mezcla con mercurio en molinos á propósito, y la amalgama que resulta se somete á la accion del fuego, para que marchándose el mercurio quede el oro. En casi todos los casos resulta el oro mezclado con plata, de cuyo metal se separa por medio de la copelacion.

Las propiedades especiales que posee el oro, le hacen muy estimable para los usos á que se destina. Un metal es tanto más apreciable, cuanto en mayor grado posea las propiedades de maleabilidad ó reducirse á láminas delgadas, de ductibilidad ó reducirse á hilos, la de no oxidarse al aire, y no ser atacado por los diferentes reactivos. El oro, bajo este punto de vista, es el primero, lo cual unido á lo raro que es, y su hermoso color amarillo, hace que siempre haya sido el más estimado, el de más valor y que los antiguos le consideran como el metal más perfecto de todos.

El oro es el metal más maleable y dúctil: pueden hacerse hojas de oro que tengan $\frac{1}{100}$ de milímetro de espesor, y cinco centígramos pueden estirarse de tal manera que se forme un alambre de 162 metros de longitud. Es tambien muy tenaz, puesto que un alambre de $\frac{3}{5}$ de milímetro de diametro, puede sostener sin romperse ocho kilógramos. Se funde á la temperatura de 1100° del termómetro de aire, y á una temperatura muy elevada llega hasta volatizarse. Al aire no se altera, ni en estado seco ni húmedo, propiedad que le hace apreciable para varios usos, así como la de no ser atacado por los ácidos nítrico, sulfúrico y cloridrico; pero el ácido nítrico mezclado con el cloridrico, forma un líquido que disuelve al oro; por cuya razon recibe este líquido el nombre de agua real ó régia.

Estas propiedades que presenta el oro, le hacen muy apropósito para la construccion de objetos de lujo, de monedas y otras aplicaciones industriales. El valor que se da al oro, no es ficticio y de puro convenio, sino que realmente vale más que otros metales y sirve para ciertas aplicaciones que otros no servirian.

Los usos á que se destina el oro, son para objetos de lujo, para la fabricacion de la moneda y para dorar otros metales, haciéndoles parecer de oro. La medicina tambien ha sacado partido de este metal, usándole como medicamento, y la fotografía le emplea bajo la forma de cloruro para fijar las imágenes.

El oro que está constituyendo los objetos, jamás es puro, sino que suele alearse con plata ó cobre para aumentar su dureza, porque el oro puro es muy blando, y esto seria un inconveniente para la fabricacion de objetos y monedas. La cantidad respectiva que llevan de oro y cobre, se llama ley de la moneda, de vajilla y de joyas: varía la proporcion segun puede verse en el cuadro siguiente, en el cual se indica la tolerancia que la ley concede.

	LEY.	TOLERANCIA.
Moneda. .	$\frac{900}{1000}$	$\frac{2}{1000}$
Medallas..	$\frac{916}{1000}$	$\frac{2}{1000}$
Alhajas. .	$\frac{750}{1000}$, $\frac{840}{1000}$, $\frac{920}{1000}$	$\frac{3}{1000}$

Las onzas de oro que corresponden á los años comprendidos en 1772 y 1778, tienen mayor cantidad de oro que las que le siguieron; y de aquí el aumento de valor que tienen en el comercio. El oro con la plata

GUERRA DE MÉJICO.

El presente grabado representa uno de los últimos combates verificados en Méjico, entre las tropas francesas y los partidarios de Juarez. Afortunadamente estas sangrientas escenas, estos encarnizados combates han cesado; y la prudencia, el talento, la marcha política eminentemente liberal y conciliadora del emperador Maximiliano, va cicatrizando poco á poco las profundas heridas que la guerra ha causado. Abrigamos la lisonjera esperanza de que antes de mucho tiempo Méjico será un imperio rico y floreciente, y que estinguidos los ódios que la guerra civil ha suscitado, volverá á su antiguo esplendor, cobrando nueva animacion y nueva vida su industria y su comercio, paralizados durante una lucha fratricida, que tantos desastres ha causado por espacio de algunos años.

FERIAS DE OTOÑO.

Los dos magníficos grabados que aparecen más abajo representan dos ferias en dos puntos distintos del vecino imperio; la una en Nimes, que se halla al Mediodia de la Francia, y la otra en un pueblo de Normandía, que se halla al Este. Generalmente en las capitales y cabezas de partido de Francia se verifican cuatro ferias al año, algunas de las cuales son muy concurridas y tienen una gran importancia por las transacciones comerciales que en ellas se verifican. Nuestras ferias de Sevilla, Almagro, Valladolid, Pamplona, etc., pueden dar á nuestros lectores una ligera idea, pues tienen muchos puntos de comparacion con aquellas.

La de Nimes es célebre por su gran tráfico de granos, asi como las de los principales pueblos de Normandía por el ganado. Los magníficos troncos de yeguas y caballos que arrastran en la Fuente Castellana los lujosos trenes de nuestra aristocracia, proceden en su mayor parte de aquel pais, donde hay un particular esmero por el perfeccionamiento de las razas, lo cual les produce pingües resultados.

El dibujo de las preciosas láminas, que con este motivo ofrecemos hoy á nuestros lectores, es un esmeradísimo trabajo del célebre artista Bourdelin, que es una especialidad en esta clase de obras.

LA ACADEMIA FRANCESA.

La primera lámina de la última página del periódico, representa una sesion de recepcion de un académico, y nuestros lectores pueden formarse una idea de lo que es esta ceremonia y del aspecto que presenta el local en que se verifica, con solo detenerse á contemplar el precioso dibujo de Mr. Jacob.



UN COMBATE ENTRE M

UN DIA DE FERIA EN UN PUEBLO DE NORMANDIA (Este de Francia.)



ICANOS Y FRANCESES.

De pié, en el centro de sus colegas, leyendo su discuso, aparece el académico electo. A su izquierda y sentados aparte, se ven los tres miembros que forman la mesa presidencial. El presidente, es decir, el que debe contestar al nuevo elegido, se halla colocado en el centro de la mesa entre Mr. de Villemain, secretario perpétuo de la Academia, y Mr. Octavio Feuillet, canciller de la misma. Los individuos que aparecen sentados al pie de la mesa presidencial, son los ugieres; y la gran balaustrada que un poco más bajo se observa, frente á la estufa, es la barrera que separa al público del recinto que ocupan los académicos y algunas señoras, que por uua distincion especial disfrutan de este privilegio.

EL GATO Y EL RATON.

Un gato perseguia
Sin descanso á un raton, y cierto dia
Que lo halló en un estrado,
Le echó encima la zarpa de contado.
El gato, al ver la presa ya segura,
Pueriles pasatiempos se procura;
Y sin darle un momento de reposo,
Con su víctima juega caprichoso:
Ya finge que le deja,
Y le coge otra vez por una oreja;
Ya en el cuello le hinca el fiero diente
Cual si fuera á engullirlo de repente,
Y malgasta entre tales diversiones
Tiempo para cazar veinte ratones.
Entre un aquí te pillo, allí te dejo,
Se encontró el micifuf ante un espejo,
Y vió en él reflejado
Otro raton como el que está á su lado.
Ligero cual el viento,
Y moviendo la cola de contento,
Sobre el cristal se lanza el mentecato,
(No era diestro en ardides el tal gato),
Creyendo que el raton que allí asomaba,
No era el mismo raton con que jugaba.
Este, que por lo visto,
Era animal mas listo,
Por la puerta entornada
Mientras tanto emprendió la retirada.
Así el gato pagó su inadvertencia
Quedándose á la luna de Valencia.

Muchas veces el hombre que seguro
Tiene en su mano un duro,
Obedeciendo á una comun manía,
Lo cambia por papel de lotería...
Y obtiene un resultado
Como el que obtuvo el gato del estrado!

REMIGIO CAULA.

UN DIA DE FERIA EN LA PLAZA DE NIMES (Mediodia de Francia.

forma varias aleaciones, que los plateros llaman *oro amarillo*, *oro pálido*, *oro verde* y *electrum*.

El gran valor que tiene el oro, hace que al tomar un objeto se procure saber la ley que tiene, ó sea la proporcion de oro y cobre que existe en la aleacion. El método que usan los plateros es el de la *piedra de toque*, que consiste en hacer en esta piedra una raya con el objeto que se quiere ensayar, y comparar con otras rayas hechas con aleaciones conocidas, y por el color que presenta y por el modo de compastarse con un líquido compuesto de ácido nítrico, con 2 por 100 de ácido clorídrico, se viene en conocimiento del título de aleacion. Este metodo es aproximativo nada más, y cuando se quiere hacer con más exactitud, se copela una porcion del objeto.

Los objetos que tienen la ley marcada, se consideran como buenos; pero hay una porcion de aleaciones conocidas con los nombres de *similor*, *metal dorado*, *doublé*, objetos recubiertos de una capa de oro, etc, que pasan para los que no lo entienden como si fueran de oro. Vamos á dar una idea para reconocer si un objeto es de oro ó si es falso.

Mucho se ha discurrido para hacer parecer de oro tanto las monedas como las alhajas, ya aleando diferentes metales, de cuya union resulta un color amarillo parecido al del oro, ya recubriéndoles de una capa de oro, y ya otros que la suspicacia de los falsificadores les ha sugerido. Ahora recordamos, que una casa inglesa tomó en América una gran partida de pepitas por valor de muchos millones, y despues se encontraron al irlas á fundir para hacer barras, que era otro metal, á pesar de que la forma era exactamente igual que la de las pepitas de oro, con el mismo color y hasta con la tierrecilla que suelen tener adherida. De un platero sabemos, que tomó varias alhajas, limándolas con el objeto de examinar el polvo resultante, y á pesar de que eran falsas, las tomó por oro, porque la lima estaba hueca, y dentro de ella habia introducido el vendedor polvo de oro, que el platero creyó ser el desprendido de los objetos que compraba.

Sin embargo, á pesar de todo, nada hay más fácil que descubrir si un objeto es de oro, lo cual está al alcance de todos, con solo tener ácido nítrico ó agua fuerte.

Si es una aleacion de cobre y zinc que se parezca por su color al oro, como el metal llamado similor, de lo que hacen las cadenas falsas, sortijas y otros objetos, no hay más que echarlos una gotita de agua fuerte y en seguida les ataca, tomando el líquido un color verde, al paso que, siendo oro, el ácido nítrico no hace nada, lo mismo que si se echara una gota de agua clara. Hay, sin embargo, aleaciones que llevan cierta cantidad de oro, como el doublé fino, y el ácido nítrico no les ataca al pronto, pero si se calienta un poco, produce su efecto el ácido, disolviendo los metales estraños y quedando el oro sin atacar. En estas esperiencias, si no se quiere inutilizar el objeto, se raya en la piedra de toque, y se echa sobre la huella que dejan los objetos ácido nítrico, pero no hay necesidad de esto, teniendo cuidado de no tocar mas que con el tapon mojado de ácido y limpiarlo bien en cuanto se vea que es atacado el metal. Si el objeto está dorado no sirve el ensayo indicado, porque siendo oro la primera capa, el agua fuerte no le ataca, y en este caso es necesario morder un poco con unas tenacitas y examinar el interior con el ácido.

Las monedas no se falsifican nunca con aleaciones, porque resultaria una limitacion grosera, que el ojo menos esperto descubre al momento, tanto por el color, como por el peso y el volúmen, en caso de tener el mismo peso que la moneda verdadera. Las monedas mejor imitadas y que pasan muchas sin apercibirse el público, las fabrican con una lámina de platino, que tiene huecos en forma de espiral, los cuales se rellenan de plomo, estaño y despues se recubre todo él con una capa general de oro, que se suelda al platino: si los moldes están bien hechos es muy difícil descubrir el fraude, porque la moneda tiene el mismo aspecto que las verdaderas y la densidad es la misma, es decir, que tiene el mismo peso y volúmen que las buenas. Para conocer estas monedas, en caso que los relieves no se diferencien de las verdaderas, no hay mas que deshacerlas para descubrir en el interior el fraude, golpearla con un martillo para que salte la capa esterior de oro, ó tratarla con agua fuerte muy concentrada y en caliente, que ataca bien pronto á las junturas del oro con el platino.

Por último, tanto las monedas como las alhajas, suelen falsificarlas disminuyendo la ley, es decir, añadiendo mayor cantidad de cobre de lo que está permitido, lo cual se reconoce como dijimos antes con el ensayo de la piedra de toque, ó mejor por medios químicos, por copelacion, ó bien tratando una porcion del objeto con ácido nítrico ó sulfúrico en caliente, que disuelve el metal estraño, que es ordinariamente el cobre y queda el oro intacto. De esta manera se descubre el fraude y se averigua la cantidad de oro y de metales estraños, pesando en una balanza el oro que no es atacado por el ácido.

G. PUERTA.

EN EL ALBUM DE CONSUELO.

No escribiré de tu nevado libro
En la primera inmaculada hoja,
Frases bellas y dulces, mi Consuelo,
Que te espliquen las gracias que atesoras.

Tu espejo te dirá todos los dias,
Con elocuente voz, que eres hermosa,
Que la luz del talento arde en tus ojos,
Que grata risa de tus lábios brota.

Pronto te envolverá con densas nubes
El humo abrasador de la lisonja,
Y pronto el mundo tenderá á tu planta
De perfumadas flores rica alfombra.

¡Es tan bella tu edad! Los quince abriles
Se miran en tu frente encantadora:
Alegres juegan en tus negros ojos,
Palpitan en la risa de tu boca!

Permítele á mi amor algun consejo
Pues que tu madre con los justos mora
Y llegas al umbral de la existencia
Sin que te ampare su sagrada sombra.

Por más que las afirme verdaderas,
No creas del ateo las utopias:
El que adora á su Dios lo sabe todo:
Quien niega su poder todo lo ignora:

¡Dios es la eterna luz! ¡Dios el consuelo!
¡Dios es el que castiga, el que perdona!
¡Dios la augusta verdad! ¡La poesía
Es un rayo esplendente de su gloria!

No te asombren los triunfos de los malos:
Les queda la conciencia acusadora:
Si el vicio acaso se levanta altivo,
Amargo fruto su soberbia logra.

No desgarres tu velo de inocencia:
Envuélvete en su gasa misteriosa,
Y cíñate el amor en los altares
De castas flores virginal corona.

No inclines sin amor al matrimonio
El blando cuello en obediencia loca,
Que hay que tener el alma enamorada
Para ser buena madre y buena esposa.

Consuela á los que sufren: las mujeres
Sabemos aliviar á los que lloran:
Lauros hay, en la ciencia, para el hombre,
Y palmas, en la guerra, de victoria.

Mas la mujer, en su retiro oscuro,
Dando culto á virtudes silenciosas,
Siendo el ángel guardian de su familia,
Tambien alcanza verdadera gloria.

Las lágrimas que sequen tus consuelos,
El ángel de tu guarda en una copa
Recogerá, y en perlas transformadas
De ellas te formará rica corona.

No te admires de hallar en tu camino
De los dolores la terrible sombra:
Este es nuestro destierro: Dios nos guarda
En su reino otra patria más hermosa.

Si te abruman las penas de la vida,
El santo auxilio de tu madre invoca,
Que el alma de tu madre desde el cielo,
Por tu dicha vigila cariñosa.

Y de esta suerte, como el blanco libro
Que yo he abierto con mi pluma tosca,
Del libro de tu vida verá el mundo
¡Sin sombra alguna las nevadas hojas!

(Octubre de 1865.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EL DIABLO EN EL BAILE.

(Conclusion.)

Así pues, áquel sombrío ischvostchik de la barba roja, cuyo carruaje habia ocupado Gospodin, debia ser uno de estos asesinos, porque en vez de tomar la direccion indicada, es decir, la que conduce al monumento de Alejandro que se hallaba situado frente á frente del palacio de invierno, encaminó el carruaje hacia Nove-Mort, y atravesando el puente de hierro, tomó la direccion del cementerio denominado de Wasily-Ostrow. Indudablemente aquel bribon alimentaba siniestros proyectos, y si la persona á quien conduce no hubiese empezado á dormitar imprudentemente, habria observado que el conductor sacaba de debajo de su caftan un hacha pequeña, cuyo filo provó en la uña de su dedo pulgar; habria sorprendido igualmente una mirada traidora que por encima del hombro dirijió sobre el desconocido á quien conducia, probablemente, á una muerte cierta.

Por fortuna, Gospodin Tchort, á pesar del cansancio del baile, y el efecto narcótico de una noche tan fria, no se habia quedado completamente dormido; se hallaba sí, en uno de esos momentos en que el hombre se abandona á los embriagadores ensueños de la imaginacion, por manera que no se apercibió de la direccion que tomaba el carruaje.

¡Despiértate, imprudente soñador, abre tus ojos porque estás más cerca de tu última hora que el enfermo de Bizancio! Despierta, porque la muerte se cierne sobre tu cabeza: el asesino detiene de pronto su trineo en la esquina del solitario cementerio, y volviéndose sobre su asiento blande su hacha sobre su cabeza!!

Felizmente, Gospodin ha abierto los ojos, ha seguido con la vista todos los movimientos del cochero y en el momento en que este con voz ronca le grita «*Dame tu bolsa ó eres muerto*,» Gospodin, más rápido que el pensamiento, con una presencia de espíritu superior á toda reflexion, impulsado como por un resorte de acero, se pone de pié sobre el trineo, coloca su careta sobre el rostro, tira sobre el asiento su abrigo y su capucha de pieles, y aparece en su traje de lucifer más terrible á la luz de la luna y blandiendo su ferrado tridente, que al resplandor de las mil luces del baile, «*Y tú dame tu alma*,» le contesta con estentórea voz, colocando su mano sobre el hombro del asesino.

—¡Tchort! ¡Tchort! el diablo, grita aterrado el ischvotschik, y cae rodando desde su asiento á los piés del caballo.

Gospodin entonces desciende del trineo y dando un puntapié al ischvotschik: «Levántate, perro» le dice con aire de autoridad.

Pero el cochero permanecia insensible. Gospodin se inclinó, quiso levantarle cogiéndole de un brazo, pero el cuerpo y el brazo volvieron á caer sobre la nieve frios é inertes: puso una mano sobre su corazon y el corazon no latia; examinó su rostro y la luna se lo mostró lívido y rígido, con los ojos fijos y la boca abierta. En una palabra, el asesino estaba perfectamente muerto. El miserable, imbuido de un terror supersticioso, habia creido sin duda en una aparicion sobrenatural. Se imaginó ver al demonio que le habia tendido un lazo para castigarle de sus crímenes, y el terror hizo en su atribulado espíritu el efecto del rayo.

Un personaje más timorato que Gospodin Tchort, hubiera echado inmediatamente á correr, poniéndose en salvo, porque en Rusia es una cosa muy séria y muy peligrosa hallarse, por casualidad, en la calle con un muerto ó un herido. Guardaos bien de apresuraros á levantar del suelo á un hombre que haya sido atropellado por un carruaje; mucho ménos intenteis salvar á uno de vuestros semejantes que se ahoga; no trateis de auxiliar á un herido que halleis en la calle, aunque este herido sea vuestro hermano. Estos deberes son privilejio esclusivo de la policia y si estais bien con vuestro dinero y con vuestra tranquilidad, dejad este cuidado á los agentes de aquella institucion, los cuales no os perdonarán nunca si os entrometeis en sus atribuciones.

Otro hombre que Gospodin, se hubiera visto, en semejante circunstancia, bastante apurado, pero nuestro demonio, por lo visto, no se apuraba por nada, é inmediatamente tomó su resolucion. Gospodin estaba dotado de una fuerza hercúlea; cogió al asesino en brazos, y lo arrojó en el fondo del trineo, y ocupando el asiento del cochero, tomó las riendas y arreó al caballo. Era un espectáculo semi-horrible, semi-fantástico, ver á la claridad de la luna el estraño grupo de un hombre con la máscara de diablo, envuelto en su magnífico capoton de pieles, conduciendo un trineo, sobre el cual reposaba el cadáver de un ischvotschick barbudo, con los ojos cristalizados y cuyos brazos y piernas casi arrastraban por la nieve.

¿A dónde se dirije ese carro de la muerte? ¿Es á las orillas del Neva para abrir el hielo con el hacha del asesino y sepultar en el rio un cadáver que la corriente arrastrará mañana hasta el golfo de Filandia? ¿Se dirije tal vez á los bosques de Ladoga ó á las ruinas

del último incendio, bajo cuyos escombros se pueden ocultar veinte cadáveres sin temor de que la policía los descubra? No; el conductor infernal se dirije tranquilamente á la *Suzume lineè*, puesto el más cercano, ó sea estacion de la policía, y jugueteando con la fusta para avivar la marcha del caballo, tararea, por distraerse, uno de los motivos más conocidos de la opera *Roberto el Diablo*.

Pasa por delante de una ó dos casillas de madera, donde se albergan los *boutotsniks*, guardas de noche, armados de alabardas; uno de estos, medio dormido, le ha dado el «¿quién vive?» y ha sido contestado «*Amigo*» Gospodin sigue su camino.

Por fin viene á detenerse delante de la puerta de la estacion de policía. En el dintel hace centinela un agente, que á la vista de un trineo tan estrañamente cargado y tan originalmente conducido exhala una especie de gruñido con el que demuestra su sorpresa. Fiel á los instintos de su profesion, el agente hace un movimiento como para prender, por medida preliminar, al individuo bastante audaz que se permite conducir en trineo un cadáver; pero Gospodin Tchort desciende de su asiento, aparta de un empellon al agente de policía que se le aproxima, y con voz entre dulce é imperiosa le dice: «Axenti Ivanovith, traslada ese cadáver á una de las habitaciones interiores, y veamos inmediatamente al Mayor de policía.

—Mi nombre es Fodor, señor mio, respondió el agente; pero y vos ¿quién sois?

—Quien á tí no te importa; obedece y calla.

Positivamente el que habla está acostumbrado á ser obedecido; en la entonacion de su voz hay alguna cosa particular y estraña, que al que la escucha le obliga á la obediencia, puesto que el centinela, sin más réplicas, calla y obedece, y se dirige á despertar al Mayor, que se presenta con un pañuelo bastante sucio rodeado al cuello, y el uniforme medio abrochado sobre su chaleco de franela rayada.

—¿Qué quiere decir esto? pregunta el Mayor restregándose los ojos y sin ocultar su mal humor, por haber sido interrumpido en lo mejor de su sueño.

Gospodin, sin esperar á que se la ofrezcan, coge una silla, y se sienta, sin más cumplimientos ni ceremonial; en seguida, con frases lacónicas y precisas, refiere su aventura del trineo y del cochero; esplica lo que significa su trage, y cuenta todo lo ocurrido desde su salida del baile. En tanto que Gospodin habla, el Mayor de policía se ha despertado completamente; hace con la cabeza un movimiento de incredulidad, y mojando su pluma en un tintero, empieza á garrapatear algunos renglones sobre una especie de libro-registro que se encuentra al alcance de su mano.

—Bonita historia, dijo con una espresion de escepticismo de las más marcadas; ¿y pensais que yo soy tan necio, que voy á creeros? En primer lugar, voy á mandar que os pongan un par de grillos, y despues os haremos sufrir un interrogatorio. A ver, Fodor, inmediatamente, que venga el cirujano y el escribano; otro que traiga los grillos, y tú, Miguel Prosperovith, arranca la careta á ese hombre.

—Detente, dijo Gospodin al soldado que avanzaba hácia él; pero con un acento terrible é imperioso. Mayor de policía, sois un asno, añadió, y además de asno, un funcionario indigno, que desconoce y falta á sus deberes. Miradme ahora.

Esto diciendo Gospodin, se quita la careta. Un rayo que hubiera caido á los piés del mayor y de los dos soldados les hubiera causado ménos espanto. Es positivo que si Gospodin no hubiera sostenido al jefe de policía por el brazo, indudablemente este da con su cuerpo en tierra.

—Que inmediatamente se haga la auptosia de ese cadáver, añadió Gospodin; ese hombre indudablemente debia tener alguna lesion interior, para que la muerte se haya verificado tan instantáneamente. Que me traigan otro trineo para volver á mi casa; no quiero servirme de ese: vendedlo, igualmente que el caballo, y que su importe se distribuya entre los pobres.

A los pocos momentos apareció en la puerta el trineo del Mayor, sobre cuyo asiento estendió este su más rica pelliza. Gospodin volvió á colocar sobre su rostro la careta, se envolvió en su abrigo de pieles con capucha, y previno al cochero le condujese al monumento de Alejandro, frente á la Mala Militona. El cochero hizo chascar su látigo, y partió al galope.

—Fodor Nicolaievitch, dijo el Mayor de policía con tono severo, cuando el desconocido hubo desaparecido; me parece, maldito perro, que no has mostrado á la persona que acaba de desaparecer todo el respeto que le es debido; me parece igualmente que á tu torpeza deberé un severo castigo: en su consecuencia, y como es justo que tu tambien sufras parte de la pena, esta mañana á las ocho recibirás ochenta latigazos, que te serán administrados por el cabo de guardia.

Despues de haber pronunciado esta severa sentencia, el Mayor bostezó, encendió un cigarro, y volvió á tenderse en la cama; pero, como es natural, ya no pudo reconciliar el sueño.

A las ocho, y precisamente en el momento en que el pobre Fodor empezaba á recibir su leccion de etiqueta, el *yemstshik* que condujo á Gospodin á su destino volvió á la estacion de policía.

—Ese caballero á quien he conducido debe ser un gran señor, dijo; tal vez algun ayudante del emperador, porque despues de haberme dado un billete de cinco rublos para beber, le he visto entrar en el palacio de invierno, y el centinela que estaba en la puerta se ha inclinado ante él con estraordinario respeto.

La autopsia del *ischvostchik*, hecha por el cirujano de la policía, demostró que el miserable padecia hacia mucho tiempo de una aneurisma. La emocion sufrida le causó la muerte instantánea al creerse en presencia de Lucifer. Nada más verosímil, segun la ciencia lo esplica.

La aventura del máscara y el cochero no fué referida, como sucede con otras muchas, en los periódicos de San Petersburgo; era muy natural. En aquella época, en Rusia la censura era muy severa; pero todo el mundo tuvo conocimiento del suceso, y nadie ignoraba quién era el Diablo del baile, ó lo que es lo mismo, *Gospodin Tchort*.

J. BELZA.

SAN JUAN DE LUZ.

Hace tres siglos próximamente y en en el fondo de una pintoresca campiña, vecina de la Gascuña, y precisamente entre Bayona y Fuenterrabía, se elevaba una pequeña ciudad industriosa y comercial.

Esta ciudad se llamaba entonces San Juan de Luz, nombre que conserva hoy dia, pero nadie ha podido averiguar ni en qué época fué fundada, ni el nombre de su fundador, ni la etimología de su propio nombre. Para encontrarla, no pocos filólogos consultaron cien volúmenes y multitud de pergaminos ininteligibles, sin que sus investigaciones dieran resultado alguno, ni siquiera poder averiguar el por qué al nombre de San Juan va unido el *de Luz*. Algunos creen que se deriva del *lux* latino; pero dejando esta cuestion en el estado en que la encontramos, lo que sí podemos afirmar es que ya en aquella época San Juan de Luz era de una gran importancia marítima, y que por espacio de muchos años fué el primer puerto comercial de Labourde.

Cuando Leonor de Gujena contrajo matrimonio con Enrique II, duque de Normandía y rey de Inglaterra, San Juan de Luz formaba parte del feudo que la princesa llevó en dote á su real consorte. Mas tarde Cárlos VII arrebató esta ciudad á los ingleses y la concedió muchos privilegios, por lo cual su industria y su comercio fué adquiriendo de dia en dia mayor importancia. Los españoles, que no podian ver con indiferencia en su frontera una ciudad tan rica y floreciente, y que á su modo de ver perjudicaba á sus intereses el desarrollo de su industria y de su comercio, la tomaron por sorpresa en el año de 1558, y despues de haberla saqueado é incendiado, la abandonaron en seguida.

Los vascongados volvieron á reedificarla, y los españoles volvieron á incendiarla en 1636, pero con una rapidez asombrosa, y sin perdonar sacrificios, sus habitantes, que pasaban entonces de 14.000, emprendieron de nuevo la obra de reparacion y construccion, y consiguieron al cabo de muy pocos años que San Juan de Luz volviera á adquirir su primitiva importancia, tanto, que en su arsenal se construyeron un centenar de buques tripulados por 3.000 marinos, tan espertos como valerosos.

Como resultado de todo lo precedente, en el año de gracia de 1660 la ciudad de San Juan de Luz llegó al apogeo de su reputacion, la cual se aumentó considerablemente en el susodicho año, por la circunstancia de que, habiéndose firmado las paces entre Francia y España, y firmado el tratado del Pirineo, vinieron á honrar á San Juan de Luz S. M. el rey Luis XIV de Francia, y Su Emma. el Cardenal ministro Julio Mazzarino á recibir á S. A. María Teresa de Austria, hija de Felipe IV, rey de España, y prometida esposa de S. M. Cristianísima.

El matrimonio con la princesa española se celebró el dia 9 de junio de 1660, en la iglesia metropolitana de San Juan de Luz. Cuando los reales esposos hubieron partido, el Consejo municipal hizo tapiar la puerta por donde habian pasado S. M. el rey y la nueva reina de Francia; y fué tanto el regocijo y entusiasmo que causó en el pueblo este matrimonio, que por espacio de muchos dias fué celebrado con fiestas costosísimas.

En el año de 1669 se publicó el decreto de alistamiento forzoso para la marina del Estado, y desde esta época empezó á decaer la importancia comercial de San Juan de Luz, que vió diariamente disminuir su comercio por la falta de brazos y capitales, que le eran continuamente arrebatados. Así que, andando el tiempo, San Juan de Luz en 1865 es solo una cabeza de partido que cuenta, segun el censo de poblacion, con 2.793 habitantes; este hermosa y altiva ciudad, que se lisonjeaba en otro tiempo de ser un segundo Paris, y que con razon podia estar orgullosa por las glorias de su pasado.

En el dia, su aproximacion á Biarritz hace que sus baños de mar sean poco frecuentados; sin embargo, los habitantes de San Juan de Luz esperan, y con sobrada razon, pues títulos y condiciones tienen para ello, que andando el tiempo, su ciudad rescatará muy pronto el esplendor perdido, y será una de las estaciones de baños y de recreo más favorecidas por las personas elegantes y de buen gusto.

NAUFRAGIO DEL VAPOR «MURILLO.»

El vapor *Murillo*, uno de los buques que hacen la carrera desde Sevilla á Lóndres, salio el jueves 2 del mes proximo pasado á las ocho de la noche de Gravestein, desembocadura del Támesis, con rumbo al Guadalquivir, llevando á su bordo su correspondiente práctico.

Segun la relacion que tomamos de nuestros colegas más autorizados, el desastre marítimo ocurrido al citado buque, y del cual damos la reproduccion exacta en uno de nuestros grabados, tuvo lugar de la manera siguiente:

«Pasóse la noche sin novedad, pero á las cuatro y tres cuartos de la mañana, encontrándose el buque casi á la altura de Dover, punto donde aquel debia retirarse, el trasporte de guerra francés *Dix Decembre*, embistió al vapor *Murillo* por el centro del costado de babor. El choque fue tan terrible que causó una avería irreparable al *Murillo* más abajo de la línea de agua destrozando por completo los dos botes que tenia en el lado ofendido.

El primer golpe de vista bastó al inteligente capitan D. Pascual Marc, para comprender la magnitud del daño y la entidad del riesgo; así es, que dispuso sin pérdida de tiempo se preparasen los dos únicos botes que quedaron sanos; y como el buque siguiera haciendo agua é inundándose por momentos, procedió á embarcar en uno de ellos al pasaje con la necesaria dotacion de marinería.

El capitan, á quien no podia ocultarse la gravedad del peligro, ni lo crítico de la situacion en que se hallaban, quiso hacer el último esfuerzo para salvar al *Murillo*, y dando muestras de gran presencia de ánimo se quedó á bordo con ocho tripulantes, pero tan generosa conducta no podia librar al vapor de la triste suerte que le estaba deparada; el agua entraba en cantidades inmensas, invadia la bodega á torrentes y arrastraba al buque al fondo del mar.

Todo era inútil y en conciencia no debia pensarse más que en ganar los momentos para no ser víctimas de una imprudencia tan temeraria y estéril como lo fueron las anteriores pruebas de arrojo. Se pensó en el otro bote, más la desgracia hizo que los golpes de mar le arrebatasen, llevándose con él la última esperanza.

Nueve hombres, incluso el capitan, se hallaban sobre cubierta, sin medios para eximirse de una muerte cierta: el barco crugia bajo sus plantas, y lleno de agua por completo, seguia sumergiéndose, y estaba próximo á desaparecer de la superficie del mar. Solo quedaba un recurso, no para salvarse, si no para prolongar por algunos minutos la existencia; ese recurso era subir á la jarcia del palo mayor, y así se hizo sin perder tiempo. El capitan y los marineros se hallaban en una posicion angustiosa; el *Murillo* se hundió del todo, y pronto no quedó fuera del agua más que el trozo de arboladura donde apenas podian sostenerse los nueve náufragos, que por única tabla de salvacion veian á sus pies el abismo aguardándoles impaciente para entregar sus cuerpos á la voracidad de los peces.

Por fin llegó una ola á poner término á la catástrofe; desapareció el aparejo como habia desaparecido el *Murillo*: el capitan y los marineros se abandonaron á sus ya gastadas fuerzas, echándose á nado, y de seguro hubieran perecido todos á no acudir el buque francés, origen del siniestro, con sus botes, que recogieron á cinco tripulantes y al capitan: el práctico de Lóndres y los dos fogoneros no pudieron ser habidos, por lo que se supone que perecerian ahogados.

Tanto la tripulacion salvada como los pasajeros, hacen los más espresivos elogios del capitan Marc, de sus excelentes disposiciones, de su serenidad en el peligro y del valor con que se mantuvo en su puesto constantemente.»

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID. 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

RECEPCION DE UN ACADÉMICO EN LA ACADEMIA FRANCESA.



NAUFRAGIO DEL VAPOR *MURILLO* Á LA ALTURA DE DOVER.

El Periódico ilustrado.



Número 39.

DEL 3 AL 17 DE DICIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	Seis meses 50 »	

Conde Lagrange. Mr. Duperre. Mlle. Bouvet. S. M. la Emperatriz.

S. M. LA EMPERATRIZ EUGENIA VISITANDO LOS COLÉRICOS EN LOS HOSPITALES DE PARIS.

TEATROS.

Del público en general, y del de la ópera en particular.

Está verificándose de algun tiempo á esta parte un suceso que muchos creen insignificante, que para otros no afecta más que á ciertos y determinados intereses, y que á nuestro juicio tiene una inmensa trascendencia social, y entraña acaso grandes disgustos para lo porvenir. Este suceso es la actitud de cierta fraccion del público en las representaciones teatrales, y los contínuos escándalos que en mengua del decoro y menosprecio de la buena educacion se permite, no ya esa clase de la sociedad, cuya ignorancia le quita la responsabilidad moral de sus acciones, sino la que se juzga más ilustrada, y da, por decirlo así, la medida de los adelantos y la cultura del país.

Sugiérenos estas reflexiones el espectáculo que casi diariamente presenciamos en el teatro de la Opera, el más aristocrático de la corte, en el sentido que nosotros damos á la aristocracia, es decir, el más concurrido por las personas decentes y distinguidas de la capital.

Debemos ante todo advertir que no tratamos de defender la conducta de la empresa; que quizás antes que nadie, y con más franqueza que nadie, la hemos echado en cara sus errores y motejádole sus debilidades; confesion inútil para cuantos nos conocen, pero necesaria para los muchos que, juzgando por la suya las conciencias ajenas, creen ver detrás de todo pensamiento noble el cálculo mezquino, y al lado de la más sincera amistad el olvido más completo de la justicia. Estamos por fortuna, ó por desgracia, muy acostumbrados á decir la verdad á grandes y pequeños, y no abdicaremos jamás nuestra independencia ni aun ante ese dios de un dia que se llama la multitud.

Intereses perjudicados de otras empresas; pretensiones no satisfechas por un lado; antipatías ó enemistades por otro; todo esto unido al mal instinto de muchas gentes y á la vanidad de no pocas que se empeñan en hacer cuestion de arte lo que solo es cuestion de bolsillo, ha creado en el teatro de la Opera un núcleo de descontentos, que exagerando unas veces los motivos de su queja, ó tomando pretesto del incidente más pueril, provoca cada noche un nuevo conflicto, hundiendo la reputacion de artistas á los que no oye siquiera, y lo que es peor aun, haciendo de este país clásico de la hidalguía y la nobleza una especie de region primitiva, donde se desconoce el culto de la buena forma y alcanza el grado de cacique el que más se distingue por su audacia, ó imita con más habilidad cualquiera de los animales de la creacion, escepto el hombre.

No sabemos ni queremos saber qué clase de héroes capitanean este grupo; los compadecemos sinceramente, y creemos que si son capitalistas, lo serán por algun accidente que les haya sacado de una tienda de comestibles; si son guerreros, serán más notables por su posicion que por sus hazañas, y si son personas nacidas en ilustre cuna, serán de esas que al estudiar en sus años tiernos los orígenes de las razas, han olvidado de sus estudios todo lo que no hace relacion á la raza caballar. Cualquiera que sea su nombre y su historia, lo mismo llamándose nuestros amigos íntimos, que viviendo en la oscuridad de su egoismo ó su avaricia, no lograrán convencernos jamás de que es accion propia de nobles caractéres silbar y escarnecer á una artista, á quien no conocemos, pero que de seguro habrá visto caer á sus piés más coronas que cuarteles puede tener el escudo más limpio, y acciones de guerra el más arrojado general, por el solo delito de dislocarse un pié al bajar de una escalera, en *Sonnambula;* delito igual al que podrá cometer Mario, rozando una nota despues de treinta años de haber llenado el mundo con su fama, ó el de que podrian acusar á la Patti, diciendo que su voz de ángel no tiene el timbre dramático que brillaba en el de la *Gazzaniga*, ni su rostro la espresion artística que anima todavía el de la *Penco*.

Por otra parte, ¿han pensado los que tales escándalos promueven, los que los ejecutan, el ejemplo funesto que dan á las masas, la falsa idea de libertad que en ellas desarrollan, el camino que abren á los desahogos de la muchedumbre, siempre apasionada, y no siempre discreta? Allí donde se establece como costumbre la falta de respeto, no queda más que el abuso de la fuerza. El mismo pueblo que envilecia la escena española el siglo pasado, dividido en bandos de *polacos* y *chorizos*, es el que aplaudió despues las saturnales del absolutismo; el que danzaba como un energúmeno alrededor de la jaula del Empecinado, en Roa, es el que más adelante hizo pasear por la plaza de toros á un empresario, paseo que fué la causa de su muerte; el que mañana, usando de vuestro mismo derecho y de vuestra misma justicia, podria querer arrojaros á puntapiés de ese templo del lujo, tomándolo como un ultraje á su miseria, ó bien en desagravio del arte, que él respeta más que vosotros, porque es artista de corazon, mientras vosotros no lo sois más que de entendimiento, cuando lo sois.

No creais que hablando así tratamos de usurpar al público la facultad de manifestar su aprobacion ó desagrado en un espectáculo cualquiera, nada de eso; lo que condenamos es el sistema de pandilla; es la imposicion hecha á los más por la voluntad de los ménos; es el anatema organizado *a priori;* y sobre todo el empleo en el teatro como medio de reprobacion del insulto, de la amenaza, de la grosería; cosas todas que no ofenden, en primer lugar, á la empresa, ni al artista, sino á la parte del público que las dice, y á la que por debilidad ó por apatía las tolera.

Tiempo es ya de inculcar en el ánimo de las gentes ciertas doctrinas; de hacerles comprender que la libertad de los unos tiene su limitacion en la libertad de los demás; que el teatro, por lo mismo que es una necesidad social, debe reflejar más que nada los adelantos y la cultura del país, y que lo que hoy está sucediendo en el teatro de la Opera, y ha sucedido antes y podrá despues suceder en los demás teatros, seria indigno de un público ilustrado, si este público no protestara, como nosotros, de esas intrigas ridículas, de esas manifestaciones brutales, que si la opinion general no reprime, harán que antes de mucho huya cualquier artista que se estime en algo de pisar nuestro suelo, el suelo clásico del arte; la patria de Calderon y de Murillo, de Unanue y de la Malibran.

M. DEL PALACIO.

EL VIZCONDE DE PALMERSTON.

Apuntes biográficos.

Enrique Juan Temple, tercer vizconde de Palmerston, nació en Broadlands á 20 de octubre de 1784, descendiendo de la ilustre familia del célebre diplomático y escritor sir William Temple.

Sus primeros estudios los efectuó en la Universidad de Edimburgo con lord Brougham, y luego pasó á concluirlos á la de Cambridge. Dedicado desde sus primeros años á la vida pública, en 1805 fué ya elegido miembro de la Cámara de los Comunes, en la cual llamó mucho la atencion por su gran elecuencia y oratoria. Bien pronto le llamó el gobierno para desempeñar el cargo de secretario de Estado en el departamento de Guerra, empleo importante á la verdad, pero que no formaba parte del ministerio. En un principio perteneció al partido tory; pero en 1828 se pasó al de los reformistas.

Cuando en noviembre de 1830 cayeron del poder los torys, subió con el ministerio whigt á desempeñar la cartera de Negocios estranjeros, cuyo cargo desempeñó con una actividad asombrosa.

Fué el autor y negociador del tratado de la cuádruple alianza, negociado en 22 de abril de 1834 entre las cuatro naciones, Inglaterra, Francia, España y Portugal, para sostener las dos reinas constitucionales de España y Portugal contra los infantes D. Cárlos y don Miguel. Esta alianza ó convenio tenia otro objeto más importante, que era una alianza de las naciones constitucionales contra los gobiernos absolutos; pero en 1840, á consecuencia del matrimonio de la reina de España y de su hermana, quedó casi anulado.

No ménos activo se manifestó en cuanto á la política británica en el Oriente. Tambien en las disensiones con el Canadá y en la guerra con el celeste imperio tuvo un admirable acierto para llevarla á un término feliz y rápido. Continuó así hasta en el otoño de 1841, en cuya época tuvieron que confiar la administracion de la Gran Bretaña á los torys, y hé aquí que vuelve á ocupar su antiguo puesto en la Cámara de los Comunes, y se constituye en el más terrible adversario de los torys.

En 1846 volvió á subir al poder el partido whigt, y ocupó otra vez el ministerio de Negocios extranjeros, que desempeñó con vigor y actividad. A causa de los casamientos españoles, se embrolló con Luis Felipe; hizo fuerte oposicion á las potencias orientales en las cuestiones de Cracovia; destruyó en Suiza los esfuerzos de las grandes potencias, dirigidos á proteger los intereses del Sonderbund, y prestó su eficaz apoyo al partido reformador en Italia.

En 1848, cuando estallaron las grandes convulsiones políticas en varios Estados, si bien no obró directamente á favor de Italia y Hungría complicó las relaciones diplomáticas entre la Rusia y el Austria. En 1850 se condujo de tal manera en los asuntos de Grecia, que se atrajo la animadversion de las potencias del continente.

La cuestion de los ducados del Schleswig-Holstein, en que se colocó al lado de la política rusa, y el asentimiento esplícito al golpe de Estado de Napoleon III, fueron las causas de que cayera del poder de una manera algo estraña. Hizo una cruda y tenaz resistencia al gabinete Russell, derrocándole en febrero de 1852, y sucediéndole los torys, los cuales le quisieron atraer á su partido, aunque en vano.

En diciembre del mismo año tuvieron que renunciar al poder, y Palmerston vino á formar parte del nuevo ministerio como ministro del Interior, hasta el momento en que Aberdeen tuvo que retirarse á consecuencia de la cuestion de Oriente. La dimision se verificó el 30 de enero de 1855. Encargósele la formacion del nuevo ministerio, cuya presidencia se le confirió.

En 1860 favoreció á los napolitanos y sicilianos en su anexion al reino de Cerdeña; últimamente devolvió las islas Jónicas á la Grecia, y celebró un tratado con Bélgica, del cual decia en el último periodo de su enfermedad: «Leedme la cláusula sesta.» ¿Temeria Palmerston por la independencia de Bélgica, que consideró siempre como obra propia?

Su muerte acaeció el dia 18 de octubre, y ha muerto á la edad avanzada de 81 años, de los cuales 60 ha dedicado á su patria.

Su muerte ha sido una pérdida irreparable para la Inglaterra.

R. MARTINEZ Y ESTÉBAN.

RECUERDOS.

EL MONASTERIO DE VERUELA.

> ¿Qué es nuestra vida más que un breve dia,
> dó apenas sale el sol, cuando se pierde
> en las tinieblas de la noche fria?
>
> RIOJA.—*Epístolas morales.*

A la falda de esa jigantesca cordillera que sirve de antemural á Castilla y Aragon, á la parte de este último reino y como dos leguas de la antiquísima Tarazona, en el centro de una pequeña llanura limitada por el Moncayo, aparece recortando su flanqueada torre y aportilladas almenas, un suntuoso edificio bizantino del siglo XII.

Con grandioso aspecto levanta sus cubos y botareles sobre robusto y pardo murallon, el monasterio de Veruela, á una milla del lugarejo de Vera, y enfrente del colosal Moncayo, como si durmiese arrullado por los vendavales de sus cimas desprendidos, y se envolviera gustoso en la mortaja de nieve que de contínuo le regalan.

Fundado Veruela por Pedro de Atares, tal vez sus muros escucharon los suspiros con que su fundador recordaba un reino y un trono; tal vez en sus solitarios cláustros llevó la convulsa mano á su cabeza, buscando en ella la corona en un momento de orgullo rehusada, y que veia entonces brillar sobre las sienes de Ramiro II, del infortunado *Rey monje*.

Ruinas y sepulcros; hé aquí lo único que hoy resta de aquel venerado santuario; profunda meditacion inspiran sus abandonados cláustros y sus torreones aportillados y cubiertos de yedra.

A pesar del tiempo, belicoso es aun el aspecto esterior de aquel edificio; ancho cinturon de ricos medallones, reforzados de trecho en trecho por cubos almenados, ciñe la prolongada cerca del monasterio, como destello vivo de siglos de hierro, en que la quietud y la paz huian al continuado clamor de las algaradas feudales.

Atravesad aquellos patios solitarios, aquellos arcos sombrios, y penetrad por fin dentro del monasterio abandonado. ¿Habeis soñado alguna vez con una catedral majestuosa, brillante, engalanada con toda la perdida pompa del arte bizantino? ¿Habeis creido irrealizable que tras las vetustas murallas os aguardase una maravilla? Mirad.

Imponente se levanta la nave principal, descansando en robusta columnata; sin follajes, majestuosos con su propia sencillez, reciben los capiteles los recurvos arcos de la bóveda, y de la austeridad del templo resalta más y más la pureza de las formas. Penetrad en el angosto crucero, seguid el oscuro corredor, y bajo misteriosas cimbras ireis á dar con cinco capillas, que cual incierta transicion al arte gótico, estienden su galana curva, en cuyo interior brilla sin embargo puro y sin travas el bizantino mas gráfico. En ellas nada podrá detener vuestra imaginacion; no hay importunos retablos, la piedra sola y desnuda se destaca allí, como protestando contra las injurias del tiempo y el olvido de los hombres: allí se alzan las tumbas como único tesoro.

Gallardo sepulcro de mármol encierra los restos de Fernando de Gurrea y Aragon, duque de Villahermosa, cuarto nieto de Juan II, y que murió en 1592, al año siguiente de las célebres alteraciones de Zaragoza, y en las que parte tan principal tomó el ilustre y desventurado prócer; tumbas de madera, semejantes en todo á la anterior, guardan los restos de los nobles descendientes de aquel título. En sarcófago humilde duerme su último sueño el príncipe Alfonso, primogénito de Jaime el Conquistador y de su repudiada esposa Leonor de Castilla; jurado ya por el reino y en edad viril, falleció en Calatayud y en 1260, llevando al sepulcro el amargo desconsuelo de un inesplicable aborrecimiento paternal. Pedro de Atares y Teresa de Cajal, ocupan el tercer sepulcro; pobre es aquel monumento que encierra los restos de quien para ahogar su ambicion dió vida al monasterio; nuevas tumbas siguen á estas; el blason de los Lunas adorna el frontal de varios sepulcros; mitras y cetros abaciales coronan la fúnebre losa de otros.

Con admirable armonía ciñe al templo bizantino un majestuoso cláustro gótico; como eco de lo que el primero encierra, destácanse las ojivas, los arcos y la techumbre con el carácter puro, trasparente de las primitivas creaciones del arte.

Este es el monasterio de Veruela; joya sin par oculta tras un monton de escombros; la tempestad ilumina con el fuego de sus relámpagos aquellos muros tapizados de labores, de gentiles molduras, de arcos y sepulcros; el buho anida en el fondo de las bóvedas.

Cuando las tinieblas envuelven á la tierra y la oscuridad reina en aquellas solitarias galerías, cuando un ténue rayo de luna, atravesando las altas ojivas, baja á aumentar el pavoroso misterio de semejante lugar, mientras el viento se estrella con sordo rumor sobre las marmóreas paredes, diríase que al impulso de un conjuro mágico las piedras se animan, los arcos ceden como al peso de sus atrevidas absides; parece que los grifos y mónstruos de los capiteles rebullen en confusa agitacion, que las sepulturas se estremecen con estridente fragor, y que un alarido indefinible, inmenso, confuso, resuena por toda la cabidad de aquellos cláustros abandonados: se cree asistir á la convulsion de aquel monumento de piedra, al desquiciamiento de tan portentosa fábrica.

¿Será que el arte se revuelva airado contra el ultraje del abandono?

Pasan los dias, los meses, los años y los siglos; el sol de la primavera abrasa con sus dorados rayos los muros de Veruela; el invierno tapiza de nieve las cúpulas y tejados del olvidado monasterio; la humedad hunde las techumbres bordadas de encajes; el viento derriba los muros; el hombre, con despiadada crueldad, se cruza de brazos á tanta desolacion, ó ayuda en su obra destructora al tiempo, á las lluvias y á los vendavales.

Veruela tocaba á su fin; pero un genio parece velar por aquel edificio ignorado: una gruesa suma concedida por el gobierno de S. M. en el pasado mes de noviembre será destinada á la conservacion de aquellas suntuosas ruinas.

El arte, al perder al monasterio aragonés, perdia una brillante página de la historia bizantina y un magnífico joyel de la primitiva escuela gótica.

J. TOMEO Y BENEDICTO.

CANTARES.

I.

¡Oh madre! no llores,
No llores así;
Un hijo perdiste, mas tienes un ángel
Que vele por tí.

II.

Claveles por lábios
Adornan tu boca;
Dios quiera, que nunca tus lágrimas tristes
Despinten sus hojas.

III.

Jamás al espejo
Te mires, oh niña,
Entrara el orgullo en tu alma inocente
Al verte tan linda.

IV.

Llorando le dije
A mi ángel de Guarda:
De ausencia me muero, siquiera un momento
Prestadme las alas.

MELCHOR DE PALAU.

LA EMPERATRIZ EUGENIA

VISITANDO LOS HOSPITALES DE COLÉRICOS.

No ha sido el cólera de 1865 tan temible ni tan cruel como otras epidemias del mismo género que han asolado las poblaciones en épocas no remotas; pero ha dado, sin embargo, ocasion á grandes y magníficos rasgos de caridad, que prueban que esta sublime virtud está profundamente arraigada en muchos corazones.

Paris ha sido una de las últimas ciudades de Francia que ha sufrido el azote, si bien con una intensidad menor que Marsella y que todas las poblaciones invadidas de España. Desde los primeros momentos en que se manifestó la epidemia, el gobierno no perdonó medio para combatirla, y á sus esfuerzos y á los consejos y auxilio de los hombres de ciencia se debe sin duda que no tomara gran desarrollo.

La emperatriz Eugenia, lo mismo que su esposo, han dado con este motivo pruebas de gran abnegacion y de laudable celo en el cumplimiento de sus deberes. La lámina que incluimos en este número representa una de las visitas hechas por nuestra compatriota á los hospitales en los momentos de más peligro. Bien conocido de todos es el rasgo de bondad que tuvo con una enferma, la cual, al agradecer sus consuelos y su proteccion, la dijo, creyendo dirigirse á una hermana de la caridad:

—Dios os lo pague, hermana mia.

—No soy yo, es la emperatriz de Francia quien os ha hablado, dijo en tono de reprension la hermana.

—No la riñais, esclamó conmovida la emperatriz; no ha podido darme un titulo más cariñoso ni más agradable para mí.

EPINAL.

Sobre los confines de la Lorena y de la Alsacia se estiende una cadena ó cordillera de montañas, cuyas cimas, suaves y ondulosas, parecen haberse plegado á su pesar, y en otro tiempo bajo el peso de los castillos feudales, y que esperan hoy conquistas más pacíficas de la agricultura y de la industria. Estas montañas no tienen ni la imponente grandeza de los Alpes, ni el aspecto de los Apeninos, ni las riquezas de los Pirineos; pero en cambio, á su falda vive, crece y se desarrolla una poblacion activa, laboriosa, hospitalaria; ruda en su aspecto, aunque de costumbres dulces y tranquilas, y que reunen al natural vigor y energía del hijo de las montañas, la finura, la delicadeza y la esperiencia de los habitantes de las grandes ciudades. Estas montañas son los Vosges, cuyo nombre se deriva, segun algunos autores, de los nombres célticos *vou* (buey), *gues* (salvaje) y *hus* (altura), es decir, *monte* de los bueyes salvajes, *vogesus*.

Estas breves líneas, que tomamos de la *Historia de las villas de Francia*, escrita por Arístide Guilbert, pintan enérgicamente y en pocas palabras el país sobre el cual llamamos hoy la atencion de nuestros lectores.

Gracias á estas montañas y á su aislamiento, el sitio donde se encuentra Epinal escapó á la dominacion romana. Los vándalos fueron ménos desdeñosos. En el sétimo siglo saquearon é incendiaron todo el país, no dejando más que ruinas, y solo tres siglos más tarde, un obispo de Metz tuvo la feliz idea de reconstruir sobre espinas, zarzas y matorrales una ciudad que fué bautizada naturalmente con el nombre de *Spinaum*, hoy Epinal, de la palabra latina *spina*.

Cabeza de partido del departamento de los Vosges, la villa de Epinal cuenta hoy dia próximamente 12.000 habitantes. El rio que la atraviesa la divide en tres partes: la gran ciudad, la ciudad pequeña y el arrabal. Aun se ven sobre una escarpada roca las ruinas de su antiguo castillo, porque cada uno de estos pueblos ha tenido, en épocas anteriores, su castillo más ó ménos fuerte, más ó ménos célebre. El viajero puede, en el intérvalo de sus escursiones, contemplar á cada instante el aspecto pintoresco de Epinal, de sus puentes y sus bellísimos alrededores. Puede igualmente visitar la iglesia de San Mauricio, construida en 980, por órden y á espensas de Thierry, obispo de Metz; la capilla del Colegio, obra de los Jesuitas; la Biblioteca, donde se encuentran, entre otros volúmenes y documentos preciosos, una carta autógrafa del emperador Enrique II y un manuscrito del Evangelio, escrito sobre pergamino en letras de oro.

El paseo más frecuentado es el jardin de Doubtal, situado sobre una montaña trabajada con un arte estraordinario, y donde se encuentra un precioso lago, estatuas, *chalets*, ruinas feudales, grutas, columnas, etc. Tal es la villa de Epinal, cuya vista aparece en la cabecera de nuestro número de hoy.

LA CABEZA DE UN REBELDE

leyenda histórica original

DE GONZALO HONORIO.

(Continuacion.)

VI.

LA FUGA.

—Puesto que ya hemos despachado la carta para su alteza, dijo el adelantado despues de una breve pausa, ahora, si os parece, veamos de terminar el asunto que aquí nos ha reunido, y cuanto antes salgamos de este trance, que indudablemente ha de tener fatales consecuencias para el hombre que lo ha promovido.

—Sí, concluyamos de una vez, dijo uno de los caballeros con energía. Hora es ya de que fiemos á las espadas nuestra contienda.

—Por lo que á mí toca, ya os lo he dicho, señores, prosiguió el adelantado: estoy decidido á pasar por lo que los Manueles quieran, hasta saber la voluntad del rey.

—¿Es decir, que no quereis hacerles frente? preguntó otro.

—De ningun modo, señor Pagan; porque harta sangre se ha derramado ya inútilmente, y no quiero que llegue un dia en que el rey tenga que pedirme estrecha cuenta de haber contribuido por mi parte á llenar de luto y consternacion una ciudad, cuyo gobierno me ha confiado para sostener la paz entre sus moradores. Así, pues, obrad como mejor os pareciere, señores; os dejo con entera voluntad de seguir ó abandonar mi suerte.

—Pues que tan resuelto estais á llevar á cabo vuestro pensamiento, sea: sufriremos en silencio los insultos de nuestros enemigos, sin recurrir á las espadas para vengarlos. He jurado ser vuestro y lo cumpliré. Concedo á lo que decís.

—Quedémonos en buen hora al lado de nuestro jefe, señores, dijo otro: porque el abandonarle en este trance seria un baldon para nosotros. Y volviéndose hácia el adelantado, mucha violencia nos causa, le dijo, el ceder á vuestro propósito, cuando pudiéramos recurrir á las espadas: pero os hemos jurado fidelidad, y no os abandonaremos hasta terminar esta contienda. Esperemos las órdenes del rey.

—¡Oh! gracias, señores, gracias: dijo con efusion el adelantado, estrechando las manos de los caballeros: no tengais la menor duda, señores: aunque este medio es violento para hombres que como nosotros alientan un corazon noble y valiente, el rey no podrá menos de enaltecer nuestra decision; estoy seguro de ello.

Su hijo nada decia: pero se mesaba los cabellos de rabia, y andaba de uno en otro caballero instigándoles para ver de revelarse contra la voluntad de su padre y hacer frente á los Manueles. Pero todo fué en vano: porque los caballeros, firmes en su propósito, desatendieron sus palabras y permanecieron fieles á lo que habian dicho.



Monseñor Ricci. Monsenor Merode. Monseñor Borromeo. Monseñor Talbot. Su Santidad Pio I

EL PAPA Y SUS CA



Monseñor Pacca. Monseñor Cenni. Monseñor Horenlohe. Monseñor Stella.

MAREROS SECRETOS.

Ibanse ya á retirar los caballeros, cuando se abrió la colgadura, apareciendo en la puerta un hermoso paje que, pálido y azorado, adelantó precipitadamente.

—¿Qué es eso, mi buen Hernandez? esclamó el adelantado al verle. ¿Qué sucede? ¿Por qué venís de ese modo?

—¡Ah, señor! ¡pronto! ¡salvaos!

Todas las miradas se fijaron en el paje, sin comprender sus palabras: y como si algun peligro amenazára al adelantado, los caballeros se agruparon en torno suyo.

—Y bien; ¿qué es ello? ¿Pór qué me he de salvar? preguntó de nuevo el adelantado.

—Porque dentro de una hora el nuevo procurador, á la cabeza de algunos cientos de hombres armados asaltará este palacio, llevándolo todo á sangre y fuego hasta esterminar á todos los que se alberguen en él.

Al oir estas palabras los caballeros no pudieron menos de estremecerse.

—¿Y cómo has sabido esto?

—Figuraos, señor, que al pasar por la plaza de Santa Eulalia, ví una multitud de hombres armados que llenaba su ancho espacio, lo que no pudo menos de llamarme la atencion. Pregunté la causa, fingiéndome partidario de los Manueles, y pude averiguar que aquellos hombres se habian reunido allí con el objeto de asaltar vuestro palacio y prenderos á vos y á vuestros partidarios.

—¡A prenderme!... esclamó con cólera el adelantado. ¡Pues vive Dios que no lo han de conseguir! Y volviéndose á los caballeros, ya lo habeis oido, señores: el procurador á la cabeza de una turba de ricos y miserables, se ha propuesto asaltar este palacio y saciar su sed de sangre con nosotros. Así, pues, y perseverando en mi propósito de no hacerles frente, antes que tal suceda debemos abandonar esta morada, y salvar nuestras vidas del furor de los asesinos.

—Estaremos á vuestro lado hasta perder la vida, dijeron los caballeros: no os abandonaremos ya.

—Pues bien: dentro de un cuarto de hora partiremos para mi villa de Lebrilla, y allí esperaremos el mensaje del rey.

VII.

EL REY Y SU FAVORITO.

Tres dias despues de los sucesos referidos y al mediar la tarde, en una recámara del Alcázar de Madrid, veíanse dos hombres. Uno de ellos que era muy jóven, (pues apenas contaba catorce años), tenia el semblante pálido y demacrado, señal evidente de que padecia alguna grave enfermedad.

Era el rey de Castilla D. Enrique III, *El doliente*, llamado así, á causa de su quebrantada salud.

El otro que le acompañaba, era el reverso de la medalla. De estatura más que mediana: ágil, robusto y en todo el vigor de la juventud, hacia resaltar mucho más su arrogante figura al lado de la del rey. Se llamaba D. Ruy Lopez Dávalos, y era su favorito y camarero mayor.

El rey estaba sentado en un sillon, y apoyaba los pies sobre un escabel, en el que se veia sentado á D. Ruy.

A la sazon, rey y vasallo seguian un animado diálogo.

—¿Qué te parece, D. Ruy? decia el rey; ¿podré gobernar como es debido y sin tener que recurrir de nuevo á los que fueron mis tutores? ¿Podré mantener la paz en mi reino, y hacer respetar á los moros fronterizos los lindes de Castilla?

—Indudablemente, señor: porque la energía que les habeis mostrado, y que ellos nunca hubieran creido en vos, les ha amedrentado y hecho retroceder de su criminal ambicion.

—¿Y á quién si no á ti debo el haberme mostrado cual cumple á la dignidad de un rey, que no quiere ser el juguete de rastreros ambiciosos?... Sí, Ruy; por que merced á tus consejos he podido emanciparme de la tutela del arzobispo de Toledo y salir del poder de unos hombres cuya ambicion no tenia límites, y que hubieran concluido por absorver todas mis rentas.

—En verdad, señor, que no se por qué ensalzais un acto que es debido tan solo á mi lealtad al trono, á mis leales simpatías hácia vuestra alteza, el deber que un buen castellano tiene de mirar por la gloria de sus reyes.

—Lo sé, Ruy, lo sé: hartas pruebas me has dado de ello desde que estás á mi lado: porque tus leales consejos han sido siempre mi norma; han sido la luz que ha guiado mis primeros pasos en la senda del trono, y esto bien merece una recompensa que todavía no tienes.

—Dóime por satisfecho, señor, con haber contribuido en algo al engrandecimiento del trono, que poco há era presa de vuestros ministros y consejeros. Así, que, mis escasos servicios están suficientemente compensados con saber que vuestra alteza esté satisfecho de mí.

Aquí llegaban ambos interlocutores, cuando la colgadura que cubria la puerta se abrió, dando paso á un hermoso paje que traia una bandeja de oro, en la que se veia un pergamino enrollado.

—¿Qué es eso, Floristan? ¿qué traes ahí? preguntó el rey cuando vió al paje.

—Señor, un pergamino, que un corredor de Murcia acaba de traer en este momento, y pide con urgencia que sea presentado á vuestra alteza.

—¿Haber? tráele acá.

El paje adelantó; dobló una rodilla y presentó la bandeja al rey.

—¿Qué nuevas nos traerán de nuestra buena ciudad de Murcia? dijo el rey tomando el pergamino y despidiendo al paje.

Dicho esto desató la cinta que lo sujetaba y desenrollándolo leyó para sí su contenido.

Era la carta del adelantado que nosotros ya conocemos.

A medida que leia, sus delicadas facciones se contraian á impulsos de la cólera que su lectura le causaba.

Cuando concluyó de leer, empujó hácia atrás su sillon con ímpetu, y se puso en pié.

D. Ruy imitó su accion.

—¡Oh!... ¡Otra vez esos malditos bandos!... esclamó con furor y crispando los puños. ¡Otra vez se han alzado los murcianos con la ciudad, cometiendo mil desafueros y tropelías!... Leed, D. Ruy, leed. Aconsejadme lo que he de hacer.

D. Ruy tomó la carta y la leyó.

Cuando hubo terminado su lectura la devolvió al rey.

—Ya lo ves, D. Ruy, dijo el rey: otra vez han vuelto á enemistarse los murcianos.

—En verdad, señor, que esa rebeldía de que os da parte el adelantado, no es muy favorable á la dignidad del trono, y merece un pronto y ejemplar castigo.

—Sí, D. Ruy, sí; continuó el rey paseándose. Necesario es que castiguemos esta rebeldía, empezando por el hombre que la ha promovido. Y parándose en frente de su camarero, ¿qué me aconsejas que haga, D. Ruy, le dijo: ¿cómo salir de este trance?

—Señor, si vuestra alteza me da su venia, yo os juro que antes de poco, cercenaré de raiz esas asonadas.

—¿Cómo? ¿Te atreverias á castigar á los rebeldes? dijo el rey, mirando frente á frente á D. Ruy.

—Sí, si vuestra alteza conviene á lo que yo haga.

—Pues bien, dijo el rey con entereza; díme de qué modo, que yo te juro hacer cuanto me digas.

—Dadme una cédula real en la que me trasmitais vuestro poder, y antes de seis dias tendreis la rebeldía sofocada.

—¡Oh! si tal hicieras, D. Ruy, tan cerca te pondria del trono, que no envidiarias á ninguno de mis más allegados.

—Señor, hartas mercedes me habeis hecho ya, para que no trate de merecer vuestro aprecio.

—¿Es decir, que estás decidido á llevar á cabo tu pensamiento? dijo el rey como dudando.

—Ya os lo he dicho, señor; concededme vuestro poder por un breve plazo, y los rebeldes serán castigados, sin que nunca más os vuelvan á molestar.

—¡Oh! en cuanto á eso, yo te lo trasmitiré de un modo que nada tendrás que desear. ¿Cuándo piensas partir?

—Con permiso de vuestra alteza, dentro de dos horas.

—Está bien: dentro de dos horas marcharás sobre Murcia al frente de quinientas lanzas y dos mil peones.

—Nada de eso, señor. Me bastan doce hombres que yo mismo escogeré, llevándome de paso la espada de vuestra justicia.

Al oir el rey que D. Ruy solo queria llevar doce hombres para sofocar aquella rebeldía, pareció dudar, porque no podia comprender que, con tan reducido número, se atreviese á apaciguar toda una ciudad rebelada. Así, que no pudo menos de esclamar:

—¡Oh! es imposible que puedas llevar á cabo tan arriesgada empresa con solo doce hombres, ¡imposible!

—Pues que, señor, ¿dudais acaso de lo que os he dicho?

—Sí, D. Ruy; creo irrealizable tu proyecto, á menos que no cuentes con gente que te auxilie en la ciudad: porque de otro modo tus esfuerzos se estrellarán contra el poder del nuevo procurador, á quien el adelantado, como ves, no se ha atrevido á hacerle frente.

—Pues bien, señor; si el adelantado por causas que no conozco, ha tenido por conveniente no oponerse á los desmanes de los murcianos, dejándolos á merced de sus feroces instintos, yo os he prometido cortar de raiz esa rebeldía y lo cumpliré: dijo D. Ruy con entereza.

—Pues que tan decidido estás, y tal confianza tienes en salir con bien de tu arriesgada empresa, no hablemos más de ello. Dentro de dos horas saldrás de Madrid instituido con todo mi poder.

En efecto: dos horas despues, D. Ruy, seguido de doce ballesteros; cabalgaba sobre el camino de Murcia.

Detrás de todos, y como á diez pasos de distancia, cabalgaba tambien un hombre solo.

Este hombre era el verdugo.

A los tres dias entraban por la puerta de Vidrieros, y se alojaban en el palacio del obispo.

(Se continuará.)

G. HONORIO.

LORD PALMERSTON.

Un grande hombre de Estado ha sucumbido.

Lord Palmerston, jefe del gabinete británico, ha muerto de un ataque de gota en su castillo de Brockett-Hall.

En otro lugar insertamos con mucho gusto una biografía que del noble lord nos han remitido, limitándonos en su consecuencia, por nuestra parte, á muy breves palabras.

Lord Palmerston era primer ministro de Inglaterra, caballero de la Orden de la Jarretiéra, caballero de la gran cruz del Baño, caballero de la Torre y de la Espada de Portugal, y lord guardian de los Cinco Puertos. Los funerales se han verificado con gran pompa, y su cadáver ha sido inhumado en Westminster, panteon y sepultura de los reyes y de los grandes hombres de Inglaterra.

El grabado que ofrecemos hoy con su retrato ha sido ejecutado en Lóndres, y es el más parecido de cuantos de este hombre célebre se han publicado hasta el dia.

EL PAPA Y SUS CAMAREROS SECRETOS.

La retirada de monseñor Merode, el fogoso ministro de la Guerra de Su Santidad, dará indudablemente un carácter de actualidad enteramente particular al magnífico dibujo que ofrecemos hoy á nuestros lectores.

El papa Pio IX aparece en él rodeado de los prelados de su casa, y entre ellos se encuentra monseñor Merode. Falta en el cuadro el retrato de Antonelli; pero ya lo hemos dado en otro número anterior, y no hemos olvidado la deuda, hace tiempo contraida, de publicar su biografía: y si razones de la más alta consideracion nos lo han impedido hasta ahora, cumpliremos á la mayor brevedad nuestro compromiso, haciendo conocer al hombre cuyo poder en el dia reina solo en el Vaticano, y al que se le reconoce generalmente por un hombre de gran talento, por un político profundo, y el único que podrá tal vez salvar las actuales dificultades con la habilidad que no pueden ménos de concederle amigos y adversarios.

MARINA.

RECUERDOS DE LA VIDA DE ARTISTA EN ROMA.

En 1845 un amigo mio y yo (á la sazon teniamos veinte años), aprovechando las vacaciones que nos concedia la universidad, salimos de Bruselas con el objeto de visitar la Italia en una corta temporadá. Acabábamos de repasar la historia para sufrir los exámenes, así que, con la cabeza llena de los recuerdos de la antigüedad, queriamos llegar á Roma bruscamente, sin transicion, á fin de recibir con toda su fuerza la im-

presion que debia producir en nosotros los monumentos del pueblo-rey. Nos embarcamos, pues, en Marsella, y un *vetturino* de Civita-Vecchia nos dejó en el suelo de la ciudad de las siete colinas, en uno de los primeros dias de setiembre. Llevábamos, tanto el uno como el otro, cartas de recomendacion: mi compañero de viaje, cuyo padre se dedicaba á trabajar en empresas industriales para un canónigo de Santa María de la Minerva, y para un prelado belga, que gozaban de gran prestigio en la córte de Gregorio XVI, y por cuya mediacion se esperaba obtener la concesion para construir un camino de hierro en los Estados romanos. Las mias iban dirigidas á personas de menos importancia, las cuales debian ponerme en relacion con algunos pintores de nuestro país, que acababan entonces sus estudios en Roma; pero la verdad es que yo tenia tanto interés en conocer á los artistas como mi amigo en obtener la concesion. A él se le contestó que mientras viviese Gregorio XVI no se colocaria un rail ni rodaria una locomotora en los Estados de la Iglesia, atendido á que las vias férreas eran, segun decia el Papa, en lo cual tal vez no iba muy desacertado, invenciones de los herejes, destinadas á favorecer el progreso de las falsas doctrinas y de la incredulidad. En cuanto á mí, supe que en setiembre el mal tiempo reinaba aun en Roma, y que mis compatriotas, como quiera que habian salido, como otros muchos, á pasar esta temporada en el campo, era de presumir que estuviesen en Narni, en Subiaco ó en San Germana aplicando en los estudios *d'apres nature* el talento que habian adquirido en los museos. Entregados, pues, á nosotros mismos, no teniamos más que llenar cumplidamente nuestros deberes de *touristes*. A pesar del ardor del sol de setiembre y las amenazas del *ária cattiva*, visitábamos todo el dia iglesias, palacios y ruinas, y no volviamos á casa más que á la noche cansados de fatiga y de admiracion.

Nos habian recomendado que frecuentásemos asíduamente el café *Greco*, por ser el sitio donde se reunian todos los jóvenes artistas, y en donde se pasaban tardes deliciosas. Como nosotros habiamos tomado una habitacion en la *via Condotti*, á dos pasos del famoso café, no faltábamos ninguna tarde; pero allí, como debiamos haberlo previsto, encontramos una nueva decepcion: el café estaba casi siempre desierto. Sin embargo, nos consolamos de nuestra soledad leyendo una novela de Jorge Sand, *Teverone*, que publicaba entonces un periódico francés, admitido en la ciudad santa. A las ocho ya no se oia por fuera el más leve ruido; solo se percibia por las dos arcadas que se abrian en la calle el murmullo de una fuente bulliciosa que habia en el patio de un palacio vecino, y ese zumbido uniforme de las aguas daba yo no sé qué de solemne y de lúgubre al silencio que pesaba sobre Roma, tranquilamente dormida. En este café, donde esperábamos oir espirituales conceptos y festivas frases, se apoderó de nosotros una grave tristeza, pues tal era su soledad, que nos parecia que estábamos sentados en algun cementerio. Entonces empezamos á comprender que estábamos en la ciudad de los muertos, y yo no sé cómo en un lugar como aquel recordó mi pensamiento esa severa palabra de Espinosa: *vita meditatio mortis*.

En este estado, una tarde vimos entrar un jóven que fué á sentarse no muy lejos del sitio que nosotros ocupábamos. Como quiera que la impaciencia nos devoraba por trabar relaciones con alguno de los habituales concurrentes al café *Greco*, la entrada de este desconocido fué para nosotros un acontecimiento: quizá era un artista.

Cuando se marchó, preguntamos al mozo que nos servia si conocia á aquel jóven, el cual nos dijo que era un pintor aleman. *Ma*, añadió levantando los hombros con aire desdeñoso, *ma, é pazzo*.

¡Loco! La palabra no nos parecia muy justificada; así que, pedimos la esplicacion del por qué le daba aquel nombre, pero no obtuvimos otra sino la de que los camaradas del jóven pintor le bromeaban frecuentemente diciéndole que habia perdido el juicio.

Al dia siguiente, cuando volvió á colocarse en una mesa cerca de la nuestra, notamos efectivamente que estaba preocupado, que su atencion se concentraba por momentos, que le absorbia un delirio profundo, y que se hablaba á sí mismo en voz baja. Sin embargo, como parecia bueno y afable, me acerqué á su mesa para preguntarle si podia decirme dónde estaban mis compatriotas en *villegiatura*. Afortunadamente los conocia á todos, y en particular estaba ligado con uno de ellos por estrechos vínculos de amistad. Con este motivo hablamos de su talento, de sus ensayos; despues nos ocupamos del arte en general, y debatimos esos principios abstractos que son el alimento favorito de la juventud. Hablando fué animándose poco á poco, y llegó á encantarnos por la novedad de sus concepciones y la profundidad de sus teorías. Esta era la primera vez que nosotros comprendiamos, ó al ménos creiamos comprender las doctrinas de la estética alemana, puestas de relieve por la elocuencia del que nos las esponia.

Con motivo de encontrarnos todas las tardes en el salon, casi siempre desierto, del cafe *Grecq*, se estableció cierta intimidad entre nosotros. Nuestro novel amigo era aleman en efecto, pero aleman de Viena. Tenia los cabellos y los ojos negros; su aire era á la vez vivo y negligente; su imaginacion entusiasta y perezosa. Sangre válaca corria por sus venas. Tenia algo de oriental, y participaba del carácter del hombre del Norte y del Mediodía. No se le podia negar espíritu, genio; lo que parecia que no tenia mucho era voluntad.

—¿No os ha hablado todavía de ella? Nos dijo el mozo del café una tarde que el artista no habia venido á reunirse con nosotros.

—¿De quién?

—¡De quién ha de ser! ¡De esa mujer que tiene en su estudio!... ¡Si le ha vuelto loco! Ya habla alto cuando se encuentra solo, como si soñase despierto.

—¿Y está muy apasionado?

—*E sicuro*, sin duda; enamorado como un loco, y ¡de un *modelo!* Se ha llegado á creer que ella es pura como una santa; tanto, que se ha convertido en el hazme reir de sus amigos. Ahora mismo, en lugar de seguirlos al campo, se ha quedado en Roma, esponiéndose á enfermar de las calenturas que son producidas por efecto de los malos aires que aquí reinan, y todo por no alejarse de ella. ¿No es esto bien ridículo? ¡Y ya veis, un modelo!... *¡Povero pazzo!*

Nosotros hubiéramos querido saber más pormenores de la persona que llenaba de tal modo el corazon de nuestro amigo; pero el mozo no sabia otras noticias que las que habian podido descubrirle las chanzonetas que le gastaban los concurrentes al café.

Por lo que á nosotros toca, no nos atreviamos á hablar á Walther (este era el nombre del jóven aleman) sobre este punto; pero teniamos cerca de nosotros á una persona que conocia toda Roma, y de la cual esperábamos saber algo. Esta era una vieja, la señora Bárbara, que nos preparaba la comida, y que, aun me acuerdo todavia, nos hacia comer diariamente pichones *bianchi é rossi com'il signor* (blancos y rosados como el señor), segun decia mirando con admiracion la cabellera blonda, la piel blanca y los frescos colores de mi compañero. Esta buena mujer apreciaba mucho á los artistas que ocupaban con frecuencia las habitaciones en que estábamos hospedados, así como aborrecia con toda su alma á todo el que llevaba el trage de sacerdote. El año anterior, su hijo único habia sido asesinado en el momento que iba á casarse con una jóven de Transtevere, y á ella se le habia metido en la cabeza que el asesino se habia librado de las manos de la justicia por la proteccion que le habia dispensado un *monsignor*.

—Bárbara, la dije yo un dia; ¿conoceis á un modelo, á una mujer que es á la vez muy bella y muy virtuosa, y de la cual está enamorado un jóven pintor aleman?

—Desde luego, me respondió, no hableis de virtud en Roma; los *birbanti* han matado hasta su gérmen, y en caso de que existiese no habria que buscarla en una mujer que se espone á todas horas en el estudio de un artista. Sin embargo, yo conocia bastante á esa jóven de que me hablais, y es cierto que no otorgaba sus favores al primero que llegaba. Sin ir mas lejos, el año pasado en esta misma habitacion vivia un pintor francés, guapo jóven, y sobre todo muy alegre y de buen humor. Pues bien; al poco tiempo de estar aquí perdió su alegría; su viveza y hasta su carácter, trocándose éste en triste, melancólico y silencioso. Él decia á sus amigos que habia enfermado de las calenturas; pero á mí me confesó que no habia sabido encontrar la manera de agradar á Marina: él, que no habia hallado bellezas que se le resistiesen. Desde entonces miró á Roma con horror, y regresó á París á fin de olvidar su amor y su pena.

Estos detalles escitaban singularmente nuestra curiosidad. Una tarde que, segun nuestra costumbre, conversábamos familiarmente en un rincon del café *Greco*, nos propusimos que el jóven aleman hiciese traicion á su secreto, tratando la cuestion de si un artista enamorado de un modelo puede hacer un buen cuadro. Walther, sin titubear respondió afirmativamente, y citó con fuego los nombres de los pintores célebres que podia invocar en favor de su tésis; Rubens, tomando por modelo á su mujer, Elena Fourment; Palma á su hija Violante; Rafael á su querida la Fornarina, y todos de este modo hicieron obras maestras. Mi compañero sostenia la opinion contraria y decia:

—Todo lo que se ama se ve no tal como la realidad nos lo ofrece, sino como la ilusion lo sueña. La naturaleza no se puede reproducir cuando el velo del entusiasmo os roba sus contornos, siempre determinados por una ley que no se puede impunemente desconocer. Si pretendeis corregir, embellecer, trasformar lo real, entonces caeis en la afectacion, en lo presumido, en lo falso, sin contar con que la emocion os turbará la vista y hará temblar vuestro pincel. «¡Desgraciado! ¡está perdido!» decia Talma, viendo desempeñar á un actor de facultades un papel del cual se habia poseido demasiado; «está perdido, siente lo que dice.» Al pintor le sucede lo mismo: ¿ama lo que quiere pintar? pues no hará nada bueno. Unicamente podrá hacer una obra maestra, pintando las facciones de la mujer que ha amado.

—Lo que decís, respondió á su vez Walther, es especioso y además no lo creo justo. Lo que yo afirmo es una cosa; ¿quereis verdaderamente ser un grande artista? pues sed hombre. Si vuestro corazon late por la libertad ó por la patria, si se ha apoderado de vuestra alma ese poder desconocido que se llama belleza, escribid, hablad ó coged un pincel, que entonces si la pluma no os es rebelde, si el pincel os obedece, si habeis aprendido sin esfuerzos á traducir vuestro pensamiento, estad seguro que sereis orador, pintor ó poeta. Amar, ese es el resorte de la vida, el orígen de lo que es realmente grande y bello. Amad una idea abstracta, el deber, la justicia, y si no amad un ser viviente, poco importa: pero inspiraos, y vuestra imaginacion se levantará tanto, que en vuestra obra se llegará á encontrar el corazon de la humanidad. Creedme, los grandes artistas de otros tiempos han amado á aquellos séres cuyas facciones han inmortalizado, y su recuerdo vivirá hasta que los lienzos se conviertan en polvo, lo mismo que los génios que un dia, con el aliento de su creacion, les dieron vida. Adorando su modelo, esos pintores ilustres no copiaban servilmente lo que veian los ojos de la carne, sino lo que contemplaban y adivinaban los ojos del alma. Ellos, borrando las imperfecciones que deslucian al modelo, le prestaban una forma más que humana, le trasfiguraban por el amor. Las apariencias fugitivas, que son lo que constituye lo real, las descuidaban, como todo lo que marcaba demasiado el accidente, lo individual, porque Dios no ha puesto en la materia la suprema belleza que el artista procura alcanzar con los brazos estendidos hácia esa realidad permanente, la sola verdadera, el ideal. Se ha dicho que la Venus de Milo era la copia de alguna bella y soberana hija del Archipiélago; nada más falso.

(Se continuará.)

FABULILLAS.

Cuando moza Tomasa y yo era mozo,
Eterno amor juréla en mi alborozo.
Hoy que soy viejo, cual Tomasa vieja,
La prudencia el olvido me aconseja.
Nunca jures eternos unos lazos,
Que el tiempo con su marcha hará pedazos;
Pues si juras, de fijo que te pasa
Lo que á mí me pasó con mi Tomasa.

Un labrador vió estéril su sembrado,
Y al cielo amenazó desesperado;
Y en medio de su furia, cual demente,
Escupe al cielo, y le cayó en la frente.
No intentes nunca, Póstumo curioso,
Vengarte de quien es más poderoso;
Pues tu loco furor tan solo alcanza
Castigarle á su vez con tu venganza.

C. CARABIAS.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



LORD ENRIQUE TEMPLE, VIZCONDE DE PALMERSTON.

AVISO.

Tenemos hoy tambien que suplicar á nuestros lectores nos dispensen la irregularidad que desde hace unos dias se viene observando en la aparicion de nuestro Semanario.

La importancia que hoy hemos conseguido dar á nuestro número 39, en su parte ilustrada, con los grabados de gran tamaño y de indisputable mérito que en sus páginas aparecen, nos impide publicar á la vez el número suplementario que tenemos ofrecido, cuya promesa se realizará al mismo tiempo que la lujosa cubierta para la encuadernacion del tomo primero que debe formar un precioso Album. Tenemos el convecimiento de que nuestros suscritores nos agradecerán los constantes sacrificios que en su obsequio hacemos, y les reiteramos la síncera espresion de nuestra consecuencia.

El Periódico ilustrado.



Número 40.
DEL 17 AL 24 DE DICIEMBRE DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.

Madrid... Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.
Provincias. Un año 28 »—Seis meses 14 »
Ultramar.. Un año 80 »—Seis meses 50 »

UN NÚMERO
4 cuartos en MADRID.
5 cuartos en PROVINCIAS.

JULIO JANIN.

Los que asisten á las primeras representaciones no dejan de ver siempre, sentado en un divan, en el *foyer* ó en un corredor del teatro donde se estrena la obra, un hombre de complexion robusta, con levita negra y gran chaleco blanco, invariablemente provisto de un baston con puño de oro, en el cual se apoya, aun estando sentado, y rodeado siempre de gente que le escucha con placer. Tiene el aire franco y jovial, la tez blanca, los cabellos abundantes, la voz simpática, la boca risueña, fresca y llena de gracia, y los ojos negros, un poco pequeños, pero llenos de inteligencia y brillantes de inspiracion: este hombre es Julio Janin, á quien sus compañeros han dado el sobrenombre de *Príncipe de los críticos*, glorioso título que ha consagrado la opinion general.

Julio Janin es, en efecto, una figura de las más originales de nuestra época; es el ideal del literato y del ingenio en la más lata y mejor acepcion de la palabra, y realiza completamente, en lo posible, y con toda la elevacion con que lo conciben *los hombres de bien*, el tipo del literato. Por otra parte nada deja que desear á los más exigentes; y nadie pone en duda la influencia y consideracion que ha sabido adquirirse en el mundo literario, debidas á la rara cualidad de estimar sobre todo en el mundo su noble profesion, y de no haber querido ser nunca otra cosa que un escritor aplaudido y estimado hasta por los más descontentadizos.

En la actualidad, este crítico fecundo y de una rara distincion, este *autor* de un encanto irresistible maneja la pluma con mano tan segura, tan ligera y tan atrevida como en los buenos tiempos de *El asno muerto;* y los editores ansían y mendigan los productos de ella como en la época de su juventud, cuando el autor de *Barnave* sacaba cosas tan bien concluidas de su famoso gorro de algodon.

Julio Janin nació en 1804, en Saint-Étienne, departamento del Loira, en ese período feliz por siempre para el teatro, la novela y la poesía, en que vinieron al mundo Méry, Alejandro Dumas y Victor Hugo.

¡Es una cosa sorprendente y maravillosa la lozanía, la fuerza y la energía vitales de aquella gran raza! Esos hombres no envejecen jamás: cuando se les cree agobiados por el peso de los años, se les vuelve á ver aparecer más llenos de vida, de imaginacion y de génio desplegar su vuelo en el campo de lo ideal y subir, subir más, subir siempre.



JULIO JANIN.

El padre de Julio Janin, distinguido abogado de provincia, envió á su hijo, en buen hora, al colegio de Lyon, donde tuvo por condiscípulo á Edgardo Quinet, el poeta, y al célebre doctor Trousseau; terminó sus estudios en París en el colegio de Luis el Grande, donde tuvo por compañero á uno de sus maestros, Mr. de Sainte-Beuve.

Desde los primeros ensayos de una verdadera vocacion, se vió apadrinado por ese periodista, ilustre entre todos, Mr. Bertin, mayor, que pertenecia á la redaccion de *Los Debates* en 1829. Su primer artículo fué uno político con motivo de una fiesta en el palacio real.

Desde este dia Julio Janin no ha faltado una sola vez á su tarea semanal; y á más de sus folletines, cosa ligera, ha escrito obras maestras, con el entusiasmo y el celo del escritor, ha reunido varios trozos sueltos en un libro de un valor incontestable, *La historia de la literatura dramática*.

En medio de la murmuracion, de la calumnia ó de la envidia, Julio Janin sigue recto su ánimo distribuyendo libre y francamente su censura ó su elogio, y dando todos los lunes á sus constantes lectores artículos que son modelos del arte de bien hablar.

Los más ilustres de sus contemporáneos le han apreciado y elogiado en sus obras, como Mr. de Sainte-Beuve, Mr. de Sacy, Mr. de Lamartine, Beranger y Victor Hugo.

Además de su colaboracion en *Los Debates*, Julio Janin redacta cada semana, en *La independencia belga*, la seccion de *Et cœtera de ce temps-ci*, trozos llenos de un gusto delicioso y de una gracia infinita.

Las obras de Julio Janin, son bien conocidas para que tratemos de analizarlas aquí: sin embargo, no contento con haber escrito y producido tanto, Julio Janin ha publicado hace poco un nuevo libro, lleno de ciencia y buen estilo, ti-

tulado *La poesía y la elocuencia en Roma, en tiempo de los Césares*, libro clasificado en el primer rango por los sábios y los eruditos de nuestra época.

Si no es difícil hoy en dia crearse una reputacion, que desaparezca al poco tiempo con la brevedad con que se adquiere; para sostener, aumentar y estender por toda la Francia esa reputacion por espacio de treinta y cinco años, sin decaer un solo dia, y dándose á conocer una vez más cada semana, es necesario estar dotado, como Julio Janin, de esas cualidades escepcionales, que son el patrimonio de los hombres verdaderamente superiores.

REVISTA DE LA SEMANA.

La prensa de todos los países y de todos los colores ha consagrado, como el más notable de los acontecimientos últimamente ocurridos, la muerte del rey Leopoldo de Bélgica, cuyo cadáver, trasportado á Bruselas desde el castillo de Laeken, ha sido sepultado con gran pompa, en medio de las lágrimas y las oraciones de la multitud.

El príncipe Leopoldo, que pertenecia á la rama de los Coburgos, vivia en Lóndres de una pension que le señalara el gobierno británico, cuando fué llamado á ocupar el trono de Bélgica, en virtud de una votacion del Congreso nacional de 4 de junio de 1831, en la cual tomaron parte 194 miembros; habiendo votado por este príncipe 152, 13 por la continuacion de la regencia de M. Surlet de Chokier, llamado el buen regente; 10 contra el sistema de eleccion y absteniéndose 19 de votar.

Casado dos veces, el rey Leopoldo perdió su segunda mujer en octubre de 1850, y esta muerte dejó un gran vacío en la pequeña córte que se reunia en el castillo de Laeken.

Hará cosa de un año, el soberano de Bélgica visitó la Francia, viajando de incógnito con el título de conde de Dinant. Se alojaba en el Gran Hotel, y los transeuntes del boulevard se acuerdan todavía de un extranjero de hermosa presencia y de modales distinguidos, que todas las tardes tomaba un helado á la puerta del café Tortoni, dando un luis de oro al mozo, sin aceptar jamás la vuelta. Este extranjero no era otro que el rey Leopoldo; el hombre quizás más alto de su reino, pues su estatura era de cinco piés y diez pulgadas, y tambien uno de los más instruidos, pues entre otros conocimientos, le era tan familiar el de los idiomas, que hablaba todas las lenguas de Europa.

Entre sus rasgos de ingenio, citaremos solamente dos, que revelan, al mismo tiempo que su discrecion, lo escelente de su carácter y lo liberal de sus ideas.

Paseando un dia por París se le ocurrió entrar en el café Helder, concurrido ospecialmente de militares. Estaban ocupadas todas las mesas; pero al ver una en que solo habia un oficial, se acercó y le pidió permiso para sentarse á ella.

—Con mucho gusto, le contestó el interpelado, dejándole sitio.

Entonces, comprendiendo por el aspecto del rey, que seria un compañero de armas, añadió:

—¿Usted tambien pertenece al ejército?

—Si señor, respondió Leopoldo.

—¿Será Vd. oficial superior?

—Si señor, mi graduacion es bastante elevada.

—Mi general, V. E. sabrá dispensar mi curiosidad, dijo respetuosamente el oficial, un tanto cortado de su familiaridad.

—General..... ¡mucho más! replicó el rey, tomando un sorbo de café.

El oficial entonces, creyéndose objeto de una broma, iba ya á pedir esplicaciones, cuando hé aquí que entra un personaje, saluda respetuosamente á su interlocutor, y habla con él en voz baja; y como en el discurso de la conversacion se pronunciase de una manera muy clara la palabra *sire*, y el rey advirtiese el efecto que habia producido en su compañero de mesa, le dijo con la sonrisa en los labios.

—Ya sabe Vd. mi graduacion; pero si quiere Vd. conocerme mejor, váyase por Bruselas y me hallará siempre dispuesto á beber una copa á la salud de la Francia, que amo tanto, y á la de su ejército, que admiro.

La otra aventura es mucho más sencilla, pero no por eso ménos interesante.

El rey Leopoldo profesaba una particular aficion á Nadar el fotógrafo, ó si quereis mejor, á Nadar el aeronauta, ó si esto no os parece bien, á Nadar el literato; que todo esto y mucho más se encierra en aquella individualidad, una de las más brillantes y simpáticas que existen en el mundo del arte.

Un dia, en la intimidad, y á propósito de política, el rey preguntó al fotógrafo qué opinion era la suya.

—Señor, respondió Nadar, yo soy republicano, y vuestra majestad ¿no lo es tambien?

—«Yo, dijo cordialmente Leopoldo, no lo soy porque me lo tienen prohibido.»

Tal era el hombre que hoy lloran sinceramente los partidarios del régimen constitucional, del cual pasa la Bélgica por uno de los mejores modelos.

Con la aproximacion de la Páscua, Madrid ha vuelto á recobrar su animacion y su alegría; no se piensa más que en pavos y turrones, y la noche del domingo promete ser fecunda en villancicos.

Los teatros nos han ofrecido algunas obras nuevas, y la literatura alguna que otra publicacion apreciable; de todo esto nos ocuparemos, Dios mediante, en nuestra próxima revista, si es que una indigestion ó una pulmonía, que son en este tiempo las enfermedades más comunes, no acaban de quitarnos las pocas ganas de trabajar que heredamos de nuestros mayores, y trasmitiremos acaso á nuestros descendientes.

M. DEL PALACIO.

TRISTEZAS DEL OTOÑO.

A mi querido amigo y distinguido pintor Sanchez Blanco.

Está la tarde al caer;
Brilla aun la luz fatigosa;
Está desierto el Retiro,
Y los árboles sin hojas.
Yo solitario me encuentro;
El ánsia el alma destroza;
El corazon triste gime;
Y los ojos tristes lloran.
En el campo todo es luto;
Y en las tumbas, do reposan,
Las cenizas de las flores
Cubre el manto de las hojas.
En el alma donde han muerto
Entre nubes espantosas
Los encantos seductores
De las ilusiones todas,
En el alma todo es pena;
Y á llorar vengo en la sombra
Porque las sombras oculten
Lo que en las flores las hojas.
Cuando en mayo luego luzcan
Primaverales auroras
Resucitarán las flores
Al cantar de las alondras.
¡Mas las ilusiones muertas
Como las plantas no brotan!
Dormid, ilusiones mias,
Cual la flor bajo las hojas,
Del corazon en el fondo,
Que el corazon os adora.

Noviembre 1865.

JUAN P. DE GUZMAN.

VENECIA.

Pocas palabras necesitaremos escribir para que sirvan de esplicacion al magnífico panorama que acompaña. ¿Quién no conoce Venecia? ¿Quién no sabe la historia de esta poética ciudad, cantada por la lira de Byron, y descrita en inmortales páginas por Chateaubriand?

Venecia es uno de aquellos nombres mágicos que exaltan la imaginacion con el recuerdo de sus glorias artísticas, de sus maravillosas fiestas, y de sus sombríos y misteriosos dramas.

Entre todas las ciudades del mundo, es una ciudad aparte, la más extraña, pero tambien la más bella de todas Es la única donde no se conoce el polvo, ni el estrépito de los carruajes. Teniendo sus cimientos en el mar, sus vías públicas son canales, y sus coches, elegantes góndolas.

El orígen de Venecia no se pierde, como el de otros pueblos, en la antigüedad. Cuando Atila en 452 devastaba la Italia, los habitantes de los lugares vecinos se refugiaron en las islas formadas por el Adriático. Sobre una de aquellas islas fundaron los Longobardos á Venecia en 568.

En el principio los venecianos se gobernaron por tribunos, pero en 697 eligieron un jefe único que llamaron *dogo* por corrupcion del *dux* latino. Venecia fué desde entonces el emporio del comercio, y sus naves trasportaron á Oriente los Cruzados, y dieron la ley á los musulmanes, conquistando riquezas y territorios inmensos. En 1173, á consecuencia de una sedicion, el *dogo* dejó de ser inamovible y se creó un consejo de 480 miembros, que unido á él estaba investido del poder soberano.

Convertido despues este gobierno en república aristocrática, duró hasta que Venecia fué invadida por las huestes de Napoleon y agregada al Austria por el tratado de Campo-Formio. El 21 de marzo de 1848 se alzó heróicamente contra el yugo de sus opresores, pero estenuada por el hambre y diezmada por el cólera, tuvo que capitular el 22 de agosto de 1849. Hoy gime aun bajo sus cadenas, suspirando el momento de correr la suerte de las otras ciudades de Italia.

El que hoy visite á Venecia no la reconocerá sin duda: sus hijos más ilustres vagan en el destierro; de sus fiestas y sus cantares apenas queda la memoria: se acabaron los misterios de las góndolas: y las gentiles hijas de los pescadores del Castello y de Santa Croce, las descendientes de los modelos del Ticiano, esperan tristes y silenciosas, sentadas delante de sus puertas á la caida de la tarde, á sus hermanos ó á sus prometidos, que han de traerles con la libertad sus caricias y su anillo de esposas.

¡Quiera el cielo que no tengan que esperar mucho!

P.

MARINA.

RECUERDOS DE LA VIDA DE ARTISTA EN ROMA.

(Continuacion.)

Para sostener este absurdo es preciso estar ciego, ó no haber comparado jamás las miserias del cuerpo humano más hermoso con las líneas armoniosas é incomparables de la estátua. ¿Y por ventura, Rafael ha visto en alguna parte el original de sus madonas ó de su Galatea? No, jamás; él mismo lo dijo en esta carta que escribió, pintando la Farnesina, y en la cual espresa tan bien esa idea que él entrevé y que su mano no puede reproducir. Dentro de sí mismo, no fuera de él, es donde el artista debe encontrar la verdadera belleza, el tipo de las cosas creadas; por eso sin sentir una pasion vehemente, jamás podrá elevarse á bastante altura para abarcar ese reflejo de la perfeccion, que flota en las profundidades de su espíritu.

—*Sesquipedalia verba*. ¡Bonitas palabras! Yo, sin embargo, repito: ¡viva la naturaleza! replicó mi camarada. Todo vuestro ideal, delirio de una imaginacion exaltada, no vale lo que un mango de escoba pintado por Gerardo Dow, ó un puerco revolcándose por el fango por Rembrandt.

Y así continuó hasta bien entrada la noche, en medio de las bocanadas de humo del cigarro, ese diálogo eterno comenzado en otro tiempo en los jardines de Academo entre Platon, el divino amante de las realidades invisibles, y Aristóteles, el penetrante observador de las realidades terrestres. El fuego con que nuestro amigo habia defendido su opinion, nos habia hecho adivinar su secreto, pero esto no bastaba para satisfacer nuestra curiosidad. Nosotros queriamos conocer la persona que habia inspirado al jóven pintor una pasion tan profunda. Nuestro amigo hacia entonces un cuadro sacado de la *Desposada de Corinto*, de Goethe, y nosotros supimos que con este motivo tendria ocupado su modelo. Él tenia su estudio situado mucho más allá de Santa María de Capuccini, en una calle aislada, desde cuyo punto se distinguian los magníficos cipreses de la villa Ludovisi. Nosotros, aun á pesar de herir en él un sentimiento de pudor íntimo muy natural en las circunstancias en que se encontraba, fuimos á sorprenderle una mañana en el momento que estaba pintando con más asiduidad. Nuestra inesperada visita le sorprendió desagradablemente. Se puso encarnado; una embarazosa contrariedad le tenia visiblemente irritado, pero su afabilidad característica venció su desagrado, y recobrándose de su sorpresa nos tendió la mano con la espansion que le era habitual. Nosotros nos hallábamos

en una situacion tan violenta como la suya, pues hasta ni nos atreviamos á mirar el modelo por temor de descubrir nuestra indiscreta curiosidad.

—Hemos ido á los Capuchinos, le dije, á ver el célebre *San Miguel* de Guido; y no hemos querido pasar tan cerca de vuestro estudio sin subir á visitarle.

Él adivinaba perfectamente el motivo que nos habia llevado á su casa; pero disimulando la contrariedad que esperimentaba, se nos puso á hablar del cuadro que estaba acabando de pintar y que tenia colocado en el caballete. Voy á decir algunas palabras del modo como habia tratado el asunto, porque la vivísima impresion que en aquel entonces me produjo este lienzo, no se separa en mi espíritu de la impresion, aun mas fuerte todavía, que me dejó la mujer singular que habia inspirado esta obra. Todo el mundo conoce el magnífico poema de Goethe. La escena tiene lugar en la época en que el cristianismo comienza á penetrar en Grecia. Un jóven parte de Atenas con el objeto de visitar á su desposada, que reside en Corinto. A pesar de que la familia de esta se ha convertido á la fé, y él aun es pagano, cuando llega, ya cerrada la noche, á casa de su prometida, la madre de esta le recibe, pero con prevencion. Al poco rato, rendido de fatiga, se duerme: mas de repente la puerta se abre y se le presenta una estraña aparicion; es una jóven hermosa, pálida y vestida con un largo velo blanco. Por ella misma sabe que es su desposada, y al mismo tiempo le manifiesta que no puede ser de él, porque su madre ha hecho un voto y la ha consagrado al Dios de los cristianos. Embriagado de amor, él se subleva contra ese voto cruel. «Ven, le dice, sé mia, la voluntad de nuestros parientes ha consagrado de antemano nuestra union. Mira, Baco y Céres presidirán nuestra comida de boda, y tú, querida mia, guiarás al Amor en el séquito que te acompañe.—¡Ay de mí! responde ella, no me toques. Yo soy tan blanca como la nieve, pero soy mas fria que ella.—Él se esfuerza por volverle el calor estrechándola entre sus brazos, pero la sangre no palpita en el seno de la pálida desposada. Cuando su madre, confundida la sorprende en la habitacion del jóven ateniense, «¿por qué, le dice ella, me envidiais esta noche de dicha, á mí, que he bajado tan pronto á la tumba? Yo he sido prometida á este jóven, cuando el templo de Vénus brillaba aun en todo su esplendor; el canto de vuestros sacerdotes no ha podido apagar el fuego que ardia en mi corazon. Ahora que mi mano ha tocado la suya, ese animoso jóven debe morir porque yo he absorbido toda la sangre de sus venas. Reunidos al menos en la misma hoguera, y en tanto que las llamas devorarán nuestros cuerpos, nosotros iremos á reunirnos en el cortejo brillante de nuestros antiguos dioses.»

Esta obra, en que lo fantástico y lo real estaban combinados en un arte admirable, tenia escitado vivamente á Walther. Nosotros supimos más tarde que él habia encontrado alguna semejanza entre ciertos sentimientos familiares á su modelo y la idea que Goethe, el gran pagano, habia querido espresar en este poema, todo lleno de melancólicos recuerdos, por la antigua Grecia. El pintor habia elegido el momento en que el jóven presenta á su prometida la copa de vino, que ella coge con mano ávida. El artista habia obtenido por la oposicion de los efectos de luz, un contraste sorprendente. Mientras que la jóven con su sudario blanco aparecia bañada por la luz azulada de una noche de verano, cuya dulce claridad penetraba por la ventana abierta, el jóven ateniense estaba iluminado por los tibios reflejos que proyectaba sobre él la lámpara colocada en una mesa de tres piés. Ella, belleza diáfana, de forma ligera y vaporosa, mitad perdida entre los rayos argentados de la luna, parecia uno de esos graciosos fantasmas creados por la imaginacion mística de la Edad media: él, al contrario, parecido al Apolo Pythio, presentaba la imágen de la forma antigua con su serena apostura y su noble presencia. La ejecucion de este cuadro estaba ciertamente muy lejos de ser perfecta; pero el objeto estába tan bien comprendido, y la idea tan bien desenvuelta, que no pude menos de espresar á nuestro amigo con vivas muestras de complacencia, la admiracion sincera que me inspiraba su obra, y aproveché á la par este momento para dirigir una mirada al modelo que tanto habiamos deseado ver. A la jóven romana, al parecer, no la inquietaba nuestra presencia; permanecia allí, delante de nosotros, inmóvil. envuelta en su vestidura blanca, formando largos pliegues, y con la cabeza coronada con una especie de canalones negros y de oro en señal de duelo. Era, sin disputa, la desposada de Corinto, tal como los versos de Goethe la hacen adivinar.

—Caballero, presumo que hoy ya no trabajareis más, dijo ella á Walther. Se hace ya tarde; volveré mañana.

Y levantando un portier que separaba al taller de una habitacion contigua, desapareció.

Yo habia comprendido el encanto poderoso que ejercia en nuestro amigo. Ella era realmente bella, sin tener, no obstante, ese tinte mate, pero vivo, propio de las encarnaciones meridionales. Su piel era estremadamente blanca y aun quizá demasiado pálida. Esta particularidad era tal vez lo que le habia decidido á elegirla al jóven artista. Por lo demás. no fué la belleza de sus facciones lo que más me llamó la atencion, sino la armonía de sus ademanes, de su actitud, de todas sus formas. Ella no habia mostrado ni las gracias provocadoras de la coquetería, ni las maneras cortadas de la timidez; habia salido lentamente con un desembarazo imperturbable. Parecia moverse como un cisne sobre las aguas, y recordaba la frase de Virgilio: *incessu patuit dea.*

Yo la volví á ver muchas veces despues, y siempre me admiraron el encanto y la gracia de sus movimientos. Sea que el estudio la hubiese hecho igualar al natural, sea que la vista habitual de las obras maestras del arte griego, que gozaba en contemplar, hubiesen obrado sobre ella sin que llegara á apercibirse de tal efecto, el hecho es que reproducia en cada uno de sus movimientos las líneas más puras de los mármoles antiguos.

Cuando nos fuimos, Walther nos acompañó.

—He adivinado sin disgusto, nos dijo, el objeto de vuestra visita; habeis querido verla. Se os habrá hablado de mi estúpido amor. Se os habrá dicho que yo estaba loco..... ¡Oh, no lo negueis! Mis amigos me lo repiten con bastante frecuencia, porque entre artistas no se economiza la verdad, y mi secreto ha dejado de serlo ya para todo el mundo. Y sin embargo, á mí me cuesta siempre trabajo hablar de esto. Yo sé que amar, con un amor verdadero y celoso, sí, sabedlo, celoso, á un modelo que un capricho de algunos dias haria demasiado honor, es ridículo. Yo me lo digo á mí mismo, pero no puedo vencerme, estoy dominado por un atractivo más fuerte que mi voluntad. Por otra parte, ese modelo comprendo que es un sér escepcional, supuesto que el primer recienvenido puede hacerlo colocar en su estudio por algunos escudos. ¡Ah! Si ella supiese dibujar seria un gran pintor, ó mejor dicho, un gran escultor, porque prefiere las estatuas á los cuadros. Tiene un gusto esquisito é infalible; en dos palabras: yo no conozco ningun crítico que la aventaje en apreciar como se debe el mérito de una obra del arte. A ella le gusta tambien oir hablar de los grandes hechos de los antiguos romanos y de la gloria de la Roma antigua, como si fuese la hija de los Scipiones. En cuanto á mí, yo la creo virtuosa. Esto, á los ojos de mis amigos, no lo dudo, es el colmo del absurdo y la prueba evidente de mi locura. Pues bien; yo, á pesar de todo esto, puedo afirmar por lo menos que su amor no es vulgar ni ordinario.

—Sí, dije yo, he oido hablar de ese francés.....

—No, replicó vivamente; habia en Roma en la primavera última un inglés muy rico que la amaba tanto como yo la amo, pero de otra manera, como se suele amar á esa clase de mujeres. Él le hizo los ofrecimientos más seductores; ella los rehusó. Él le hizo traer las galas más deslumbrantes; ella se las devolvió con desden.

Walther vió mezclarse en nuestros gestos de admiracion un asomo de incredulidad.—Se os hace duro creer, ya lo veo, repuso, que un pobre modelo haya podido resistir á las seducciones de todos géneros, á las cuales han debido esponerle su belleza, su miserable oficio y su pobreza; y sin embargo, yo me lo esplico. Siempre que se le han dirijido han sido á los sentimientos más groseros; se le ha ofrecido oro, alhajas; se le ha hablado á su vanidad, á sus sentidos, á los cuales se ha querido escitar y sorprender. Todo el que se le ha acercado lo ha hecho como se acostumbra con las mujeres que no conservan ni un resto de honradez; sin embargo, en el fondo de los obsequios, con los cuales querian embriagarla, ella jamás se ha tomado el trabajo de distinguir la bajeza que los inspiraba. ¿Cómo admirarse, pues, de que haya rechazado esos ultrajes ocultos en los presentes ó en las bellas palabras que se le dirijian? Ved lo que me dijo despues que desdeñó los ofrecimientos del inglés: —«Yo no le quiero. El gran valor de sus regalos es una muestra de su cortesía; es la prueba de que m estima tanto como á un caballo de raza ó á un cuadro de mucho precio. En esto no ha hecho más que seguir la costumbre establecida; con ó sin la bendicion de la Iglesia, ¿no son los diamantes las monedas con que se compran á las mujeres? Pero un capullo de una rosa colocado en mis cabellos es mil veces más bello que todas esas flores de pedrerías, y no obstante, ese capullo no le ha costado á la naturaleza más que un rayo de sol, y á mí el trabajo de cojerlo. Todos los tesoros de la tierra no pueden añadir nada á la belleza Poned á una estátua un anillo de rubíes en las orejas ó en la nariz, ¿la hareis más bella con esto?»

Estas frases estaban en el fondo de su pensamiento, pues ella ha procedido de la misma manera que hablaba.....

—No lo niego, repliqué yo; no obstante..... Verdad es que la púdica ignorancia es un peligro que aquí no existe, y se concibe muy bien que un alma naturalmente noble y elevada por el sentimiento de lo bello esté por encima de ciertas seducciones. Vuestra romana además vé los hombres y las cosas de cerca, y no teniendo ilusion alguna, debe estar al abrigo de cualquier debilidad. Sin embargo, me es difícil comprender cómo esta jóven, salida del pueblo, educada por una familia pobre, y viviendo, como es de suponer, con gentes bastantes ordinarias, ha podido adquirir esos instintos nobles y esos sentimientos puros que vos habeis creido encontrar en ella.

(Se continuará.)

CANTARES.

Siempre pones en tu cuello
Gargantilla de coral:
¿Son, niña, esas cuentas rojas
Las lágrimas de mi afán?

—

El cáliz de la amargura
Siempre está junto á mi boca;
El dia que te recuerdo
Es un dia en que rebosa.

—

Verdes son las esperanzas
Como tu traje de fiesta;
Mas cuando en el alma mueren
Como tus ojos son negras.

—

Me gusta el cielo sombrío,
Me place rujiente el mar,
Muda y en sombras la tierra
Donde nada espero ya.

J. M. MARIN.

CAUSA DE LOS FENIANOS.

No tardaremos en saber lo que debemos pensar sobre esa famosa insurreccion de *fenianos* que, si hemos de dar crédito á la acusacion, han intentado provocar una invasion extranjera en Irlanda.

En Dublin, en Connaglit, en Cork, Salfort y Drougheda, los individuos acusados de pertenecer á la sociedad de los *fenianos*, han sido perseguidos y llevados en gran número ante el tribunal competente.

Ofrecemos hoy á nuestros suscritores el aspecto de una de las sesiones del gran jurado, que ha pronunciado, en audiencia pública su sentencia, enviando á los *fenianos* ante el tribunal de Asises.

En Irlanda, como en Inglaterra, la validez de toda acusacion debe decidirse primeramente por una asamblea compuesta de jueces de paz ó magistrados *(justices of the peace, magistrates)*, y de personas designadas por el Sherif, sobre la lista especial del jurado *(special jury list.)* Estas personas que ofrecen todas las garantías de fortuna y de posicion, deben ser en cada jurado en número doce al menos, ó de veintitres que es el máximum. Por su sentencia son enviados los acusados, cuando se encuentran suficientes motivos y



VEN



ECIA.

pruebas del delito que se persigue, ante el tribunal correccional ó criminal.

De esta suerte y con tantas precauciones exigidas por la ley, es difícil que no se llegue, en toda clase de delitos, al esclarecimiento de la verdad.

MIS SEIS MIL REALES.

Por F. de Zulueta.

I.

Ya saben Vds. que yo amo á Mariquita, que ella me quiere, y que, como los dos nos queremos, somos ante la sociedad lo que esta llama novios.

Ella es mi futura y yo soy su futuro, y en verdad que esta espresion, aplicada á mí, es la única oportuna que pudiera dárseme.

Su futuro; eso es, porque lo que es su pasado nunca he querido averiguarlo, por no tener celos de cuantos la han conocido, que yo soy capaz de tenerlos hasta de mi sombra; y en cuanto á su presente de presente, al presente yo *no soy yo*, como diria un filósofo, yo no me pertenezco, soy una de las ruedas en que descansa la cosa pública, el ente moral llamado gobierno.

Soy empleado.

Antiguamente, en la oscuridad de los tiempos, vemos como hoy hombres felices é infelices, poderosos y miserables, gente que manda y gente que obedece. Entre los miserables (es decir, hombres que tienen como parte integrante de su sér la miseria), aparecen en las tinieblas de los siglos los parias ó ilotas, última degradacion de la especie humana, séres casi hombres; luego en la alegre Atenas, en la bulliciosa Grecia, como campea la libertad, existe el esclavo, animal que el Estado aprovecha para todo aquello en que el ciudadano no quiere emplearse. Roma despues se encarga de ajustar, comprar y vender, trasmitir y llevar de aquí para allí los prisioneros de sus guerras, antes hombres, que en su nueva y triste condicion se encargan de crear, pensar, estudiar y progresar por sus amos, y hay alguno de estos que ocupa á uno de esos *ex-hombres* en que le venga á decir en pleno dia la hora que es, convirtiéndose así en una especie de sereno diurno particular aplicado á domicilio, y que forma parte integrante de su amo; reloj viviente de carne y hueso, reemplazado hoy por un muelle ó cordon que, á voluntad de su amo, contesta como aquel cuando se le pregunta. Más tarde hubo siervos, especie de alimento de la tierra, encargados del cultivo de esta; máquina humana agrícola, que consideraba tan indiferentemente como el árbol y la bellota la sucesion de dueños ó conquistadores del terreno á que pertenecia. Modernamente el hombre no se acomoda á ser ilota, ni esclavo social, ni esclavo particular, ni siervo; pero el hombre debia continuar esplotando al hombre, tenia que haber aun poderosos y miserables, y se inventó el género del soldado, autómata humano á quien la suerte obliga á matar y dejarse matar para la felicidad de sus semejantes.

Los soldados, sin embargo, pueden quejarse de su destino, de su hado, de su fatalidad, que les obliga, durante unos cuantos años, á vivir para los demás; pero hay otros séres que, á pesar de no tener la desgracia de ser marcados por el dedo del acaso para tan triste empleo, su misma fortuna les hace más desgraciados, desgraciados para toda su vida. Los hombres públicos, los empleados.

Pendientes del ente moral, del cabeza de la situacion, del autócrata gubernamental, los empleados no saben si vivirán el dia de mañana; no saben si viven siquiera el dia en que viven. Añadid á esto que el empleado disfrute un corto sueldo, y tenga que llevar un decente trage, y me direis si su situacion es mejor que la del último sér á quien trate, si no es el verdadero paria de la sociedad moderna.

Antiguamente hubo esclavas tambien: su condicion era triste, era anómala, era digna de compasion; hoy no tendreis mujeres empleadas al servicio del Estado, pero sí hay hombres públicos que son la última palabra del credo; la vista se aparta con horror de las mujeres empleadas en el vicio, verdadera abyeccion de su clase, y á las que por ironía se llama tambien públicas.

Pues bien; yo soy un empleado, un ilota, un paria, un esclavo, un siervo de la sociedad moderna, á quien da el Estado por su cadena el negro pan que figura en su nómina, esto es, *seis mil reales*.

Si el amor, con sus flamígeras alas y sus rosados sueños, no me hubiese elevado á más espaciosos horizontes, á regiones más puras é ideales, héme aquí marchito y miserable como la alfalfa que va rastreando por la tierra que le sirve de alimento; sin vida propia, sin libertad, esclavo del destino que puedo perder á cada momento, si así se le antoja á mi jefe, ó hay necesidad de que otro ocupe mi plaza, no para estar eternamente en ella como yo, sino para ascender á puestos de verdadera gerarquía, y en la que los entes gubernamentales son dependientes del jefe supremo, sultan inapelable; pero ocupan rangos de bajás de dos y tres colas, que los constituyen en pequeños tiranuelos de sus subordinados, los que á su vez lo son de sus inferiores, y estos de los suyos hasta el último mono, esto es, el que tiene un destino como el mio.

Quede sentado que tengo seis mil reales de sueldo.

II.

Llevaba año y medio de relaciones con mi adorada Mariquita, amor puro, amor cándido, verdadero efluvio de mi alma, que participaba místicamente de su existencia.

Amaba yo sin saber cómo amaba; nunca me ocurrió preguntarme si aquel amor tendria fin. ¡Era tan feliz amando!

Una noche estábamos en el Teatro Real: se representaba *Fausto*, y Fausto hacia el amor á Margarita la ópera era muy aplaudida, mas ni Mariquita ni yo fuimos de los entusiastas. Ella miró mucho al principio á cuanto sexo femenino habia en la sala, y despues se ocupó esclusivamente de mí. Yo vi algo de la ópera; pero vi y hablé á mi bella, y se me olvidó que estaba en un teatro: yo creia estar en un paraíso más caro que el de á peseta la entrada.

Yo no estaba para hacer reflexiones sobre la moralidad del libreto, ni la compostura ó descompostura de los artistas; pero el tercer acto no podia pasar desapercibido, y si mis ojos buscaban los de Mariquita, mi pensamiento volaba con la música del palco al escenario y del escenario al palco. Yo veia á aquellos amantes, y me miré á mí; me contemplé feliz, pero mi pecho dejó escapar, sin embargo, un suspiro.

Soñaba yo con una misteriosa cita de amor; soñaba con la existencia íntima de dos amantes, á quienes el mundo es completamente indiferente, con la vida aislada de dos séres que solo existen el uno para el otro, y á quienes la sociedad parece olvidar, dejándoles entregado á su erótico sentimiento; soñaba con todo el egoismo del amor, y hubiera querido que la música, el teatro, los espectadores, el palco, todo desapareciese ménos mi amada, y que esta y yo fuésemos un solo sér, y viviésemos una vida de ventura y felicidad.

En esto una señora provecta, pintorroteada, de nariz granosa, huesudos brazos descotados y enorme peluca, que se hallaba en *nuestro palco*, esclamó con acento avinagrado:

—Ya podian casarse de una vez ese par de novios gordos, que estoy contemplando amándose hace tres años.

—¡Casarse! murmuré yo con terror, y vi que mi amada me miraba á hurtadillas, y como si contuviese un suspiro.

¡Casarse! Y mi imaginacion voló á la parroquia, á la vicaría, á la boda, al indispensable viaje fuera de Madrid, y al inmenso cúmulo de gastos que lloverian sobre mí el dia de mi matrimonio.

Me miré á mí mismo, vi que era yo, yo novio, yo aspirante á marido, yo elegante pollo de frac y guante blanco, yo que ocupaba el sillon de un palco principal del régio coliseo, vi que llevaba una repeticion de oro sujeta á una cadena de lo mismo, cuyo pasador cruzaba uno de los ojales de mi chaleco; yo amado por una de las muchachas más bonitas y elegantes de Madrid, y creí que soñaba.

Mi tren, mi empaque, mi aire, en fin, demostraban que yo debia ser, si no un ricachon, por lo ménos una persona que vivia en posicion bastante desahogada. Yo me trataba con toda la pollería de Madrid. Yo frecuentaba todos los teatros, círculos, casinos, paseos, espectáculos, reuniones, bailes, tertulias y cafés. Unas veces se me veia á caballo, otras en coche, y aunque ni coche ni caballo tenia, estaba tan habituado á uno y otro género de locomocion, que el no poseerlos en propiedad parecia más un capricho, una escentricidad mia, que la falta de medios para ello.

De aquí que la palabra *casarse* me hizo el efecto de un rayo; yo vacilé en mi sillon, yo perdí la cabeza, y sumido en una preocupacion que me atormentaba, me pudo mi bella contemplar, agobiada mi frente por las nubes de tristeza que se amontonaron á mi imaginacion.

Fué tal la impresion que le causó mi semblante, que contra la instintiva curiosidad del sexo, no me preguntó una sola palabra; y cuando salí de mi estupor, pude á mi vez observarla pesarosa y abatida, como la flor que inclina su tallo ante las primeras ráfagas precursoras de un huracan.

Sin embargo, yo no estaba entonces para comparaciones ni sentimentalismos. Aquella importuna vieja habia dado al traste con todo el erotismo de mi amor, con todas mis desventuras dulcemente pasadas, con toda mi felicidad presente, con el risueño porvenir que me halagaba en lontananza. Me habia presentado el cuadro de una realidad espantosa.

Dos novios que se quieren, que están en relaciones meses y meses, llaman la atencion del mundo en que viven, y el mundo murmura si no se casan. La voz del mundo era la agria voz de aquella setentona de *nuestro palco*.

Ya no me ocupé de la ópera, de la reunion, del palco, de mi novia, de nada. Un pensamiento fijo, inquebrantable, me oprimia tenazmente, triturando mi cerebro y destrozando mi corazon.

El fin de mi amor debia ser mi casamiento, y mi posicion presente de empleado solo me daba seis mil reales anuales.

III.

Cuando llegué á mi casa, me tambaleaba como un borracho, la cabeza me pesaba, y mi respiracion era por demás fatigosa.

Me dormí; soñé que vivia en un cuarto 4.° semibuhardilla, con mi mujer y tres chicos: uno de ellos correteaba en camisa; á otro lo tenia en brazos su madre, y el tercero lloraba en la cuna. Mis hijos eran hermosos; mi mujer estaba pálida y desmejorada; yo algo avejentado, y el mobiliario de la casa indicaba las estrecheces que debian pasar sus moradores.

¿Habia yo descendido de posicion? ¿Estaba cesante? ¿Era víctima de algun partido político? No podia darme al pronto cuenta de nada de esto, pero mi mujer vino á sacarme de dudas.

—¿No vas á la oficina? me preguntó.

Yo estaba empleado, empleado como cuando soltero, tenia seis mil reales de sueldo.

Aquella mujer, hija de un banquero, aquel ángel que habia unido su suerte á la mia, vino á parar casi á la miseria por la bancarrota que hizo su padre. Sin querer percibir un solo real hasta pagar á sus acreedores, no pudo satisfacer á todos estos, y dicho se está que á la pobre muchacha, la quedaron tan solo el dia y la noche. Admitió mi mano y creyó en las promesas de los amigos de su padre (éste falleció á poco), que la ofrecieron *mirar por mí* y ascenderme; sin duda debieron quedarse todos ciegos, pues yo no ascendí sino al cuarto piso de una de las calles más retiradas de la córte.

¡Ah! mi pecho respiraba con satisfaccion todos los dias, al ver que no se me colocaba sobre el pupitre oficinesco ningun «S. M. la reina (Q. D. G.), ha tenido á bien declarar á Vd. cesante, etc., etc.» Ningun traslado me trasladaba á la calle, yo era el molusco adherido á la roca del presupuesto con seis patas de á cien escudos.

Pero en cambio, ¡qué de amarguras, qué de privaciones, qué de esperanzas defraudadas, qué de humillaciones! Condiscípulo mio hubo, que ascendido á ministro me nombró su secretario particular, y me obligaba á limpiarle las botas y cepillar su gaban, y á pesar de mis buenos servicios y de decirme siempre *que me tenia presente*, se salió despues del ministerio sin acordarse de nuestro *pasado* ni mirar mi *porvenir*.

Todos me llegaron á faltar. No tenia más que un amigo: el aguador; pues hasta el panadero, carnicero, etc., solian ponerme mal gesto, al darme *á cuenta* cualquiera de los objetos de su especulacion, que demandábamos esperando el último mes para pagarlo.

¡Ah! aquella vida de pollo, aquella loca juventud habia pasado para mí; solo me quedaba una esposa modelo, y unos hijos que eran mis delicias, pero yo sufria lo indecible viendo á su pobre madre en tan reducida situacion.

De pronto me desperté. Yo vivia en mi casa de sol-

ero, era aun jóven, y me encontraba solo en mi lecho ordinario.

—¡Fué un sueño! esclamé; ha sido un sueño mi vida de casado.

Y volví á dormirme.

Pero á la mañana siguiente, mil reflexiones vinieron en tropel á mi imaginacion.

—¡Me veo comprometido á casarme, y tengo un sueldo tan mezquino! Es verdad que me visto con alguna decencia, pero esto es producto de tal ó cual articulejo, que regalo *por cuanto vos contribuisteis* á algun periódico ilustrado. Mis conocidos, además, me han hecho algunos regalos.

Ando á caballo, pero es en alguno de mis amigos que no sabe ó no quiere servirse de él. De niño aprendí á montar en el pueblo, y puedo hacer un escelente picador, segun lo que adelanté con los años.

Voy en carruaje, me trato con lo más selecto de Madrid, pero esto es efecto de que mi carácter franco y sencillo cautivó á mis compañeros de estudios, que me declararon hace tiempo su inseparable, y estos compañeros, la mayor parte, se hallan en escelente posicion.

El gasto de mi casa es reducido, pero nadie visita mi humilde palomar, ni me acompañan nunca á comer.

Si alguna vez me entro sin billete en los teatros, no falta empresa amiga que me dé un asiento desocupado, ó compañeros de glorias y fatigas en la prensa, que me ofrezcan su butaca, ó palco de gente que dé reuniones donde yo lea versos, y que me reciban con palmas.

Me visto bien: este es un artículo que va apuntado en los libros de mi sastre, mi sombrerero y zapatero, y que temo más que á una nube de verano, ó una plaga moderna que es peor que las doce plagas de Egipto, porque es la plaga de un siglo de adelantos, una plaga civilizada.

Hé ahí el misterio de mi vida. Hé ahí lo que acaso contribuya á la atencion con que me recibe la familia de mi novia. Si se sabe que soy un pobre pelagatos, sin más porvenir que mi presente, ni más presente que mi pasado, ni más pasado, que seis mil reales de sueldo, tronará conmigo de fijo.

¡Qué va á ser de mí!

IV.

El mejor dia me da una embestida la mamá de la niña, preguntándome:—¿con qué cuenta Vd?

Yo, á la verdad, no cuento con nada, aunque mi vida parece un cuento; ¡y qué la he de contar!

No he de ir á decirla como el otro.—Yo *salgo* por cinco duros todos los dias,—y luego *salir* con el registro de que nunca *entro* con ellos. Ni he de contestarla:—Señora, mi posicion es escelente, desahogada,—repantigándome en una butaca. O—señora, yo ocupo uno de los más elevados puestos de la córte,—aludiendo á mi alta habitacion. O—entro en palacio,—por más que solo tenga entrada en el edificio, y hasta el patio únicamente. O bien ahuecando la voz:—Yo poseo un *título*, aludiendo al de abogado, que adquirí á trompicones.—Señora, yo soy empleado, pues un hombre que tiene el sueldo que yo tengo, no tiene empleo, el empleo es el que tiene el honor de tenerle á él. Como no la diga:—Yo suelo ir todos los dias á ver al ministro de...—y para hacer verdad el casto tome diariamente el camino del despacho de S. E., y me vuelva con las despachaderas de los porteros. Decirla que soy periodista, es confesarme hambriento; si la digo que escribo una obra, de la que espero pingües productos, me toma por un escribiente; si la hablo de mis *Apuntes sobre las costumbres sociales*, creerá que soy apuntador, y esclamará, «¡buen apunte está Vd.!»

Haciendo esta série de reflexiones, me vestí maquinalmente, acabando con mi soliloquio, cuando salia de casa, de esta manera:

—¡Ah! cuando vivia mi tio el diputado de las Constituyentes, aquello era otro cantar: yo pollito imberbe, andaba de aquí para allí, tenia cuanto queria y gastaba y triunfaba, pero el buen señor se murió hace quince meses, dejándome... el honor de haber sido su sobrino, y el pesar de encontrarme nombrado heredero universal de un cúmulo de deudas y créditos incobrables.

Llegué por fin á la oficina, y mis compañeros me creyeron enfermo, por lo abatido de mi semblante; cogí la pluma, y en vez de letras, comencé á escribir guarismos y más guarismos. Más ya podia yo echar con ellos todos los cálculos posibles, ya podia yo remontarme al cálculo infinitesimal, ni al cabo de un tiempo infinito esperaba yo tener más que los seis mil del pico.

Estaba yo tan cabiloso sobre mi desdichado asunto, que pasó un jefe de la oficina, y me preguntó:—¿Usted sabe cuanto hay de Alcalá de Guadaira á Sevilla?

—Seis mil reales, contesté.

El jefe se marchó sonriéndose y murmurando:

—¡Siempre de buen humor! no tiene pizca de formalidad este muchacho.

Recuerdo que aquel sábio Licurgo estableció en Lacedemonia la ley que proscribia el celibato. El hombre que allí no se casaba antes de los treinta y cinco años, era declarado loco.

Yo le diria hoy á Licurgo.

—Venga Vd. acá, buen hombre, á ver si hay persona decente que pueda casarse teniendo por junto seis mil reales de sueldo.

Y no me venga ningun satírico con que el nombre del pueblo aquel debe derivarse de la infelicidad de sus habitantes, por la ley que les hacia contraer conyugales lazos, no; Lacedemonia no puede venir de Lazos-del-demonio, sino que debe haberse dulcificado la segunda *m* y convertido en *n*, que antes en vista de la tranquilidad y ventura del país la llamarian Lazo-de-momio.

De la oficina me fuí á mi casa, me peiné, me vestí, me arreglé, compuse y acicalé, y de venticinco alfileres abandoné mi tocador, volviendo á salir con aire semitriunfante; sin embargo, al entrar en casa de mi adorada parecia ya un ministro caido.

Ella me esperaba. Al verla tan hermosa, tan interesante, tan seductora, mi corazon quedó como el alma de Garibay entre la esperanza de su amor y el temor de su repulsa. Aquella maldita cifra de mi nómina se interponia entre ella y yo, como un espectro que me brindaba el amargo manjar de la calabaza.

Su saludo fué el de todos los dias, sus palabras como siempre, afectuosas, pero sus miradas hablaban otro lenguaje. Quise adivinar, mal dicho, quise no adivinar lo que me decian; pero siempre que sus ojos se encontraban con los mios, yo tenia que retroceder ante su significativa espresion. ¡Ah! su mirada me decia:—¿Cuando nos casamos?

Y al contemplar la suave alfombra que pisaba, la mullida butaca en que estaba sentado, las enormes lunas de los espejos, los cortinajes de damasco, los maqueados muebles, las caprichosas arañas, los candelabros de bronce, relojes y objetos de adorno sobre los mármoles de las moldeadas consolas, volvió á aparecérseme más terrible, más amenazador, mi fantasma numérico.

Yo me creí Edipo arrojado del templo de Delfos, por la terrorífica voz del oráculo.

Mi conversacion, mi entrevista con ella, con mi pitonisa, fué embarazosa, yo queria sonreirme y ella adivinaba las lágrimas que velaba mi sonrisa.

Suspicaz como todas las mujeres, aunque segura de mi amor, el asombro reemplazó en sus semblante á la interrogatoria espresion que yo habia creido leer en aquellas perfectas facciones.

V.

Sucede al hombre con frecuencia que á la aproximacion de un peligro esperimenta una sensacion tan desagradable como involuntaria, sensacion que nunca confiesa tenerla, sensacion que vulgarmente llamamos miedo.

El militar más aguerrido, el quinto más entusiasta, el piloto más avezado á las fatigas del mar; al oir las primeras balas de una accion, al observar la nube que amenaza una tempestad deshecha, empuñan con trémula mano la espada ó la caña del timon.

Esto me pasó á mí exactamente en presencia de mi novia.

Pero mirad al militar en lo recio del combate, al piloto en la furia del vendaval; decid á uno y otro que no les queda otra esperanza que su valor, su arrojo y su serenidad, y vereis cómo recobran la calma, la impasibilidad en aquel juego en que les va la cabeza.

Pues esto tambien me iba pasando á mí.

Al ver que mi amor, aquel amor que era mi ilusion, mi existencia, mi vida, iba á desaparecer de la escena social; al ver que tenia que renunciar al sentimiento más noble y caballeresco que han registrado los eróticos anales de Cupido, recobré mi sangre fria, dispuesto á arrostrar con ánimo sereno tamaño peligro.

(Se concluirá.)

VERNON.

¿Quién no ha fijado su atencion, yendo de París á Ruan, en ese pintoresco pueblo que se eleva en las orillas del Sena que se llama Vernon, y que atrae particularmente las miradas del viajero por su iglesia gótica, su ancha torre y su nuevo puente?

Fundado en el siglo XI, Vernon no se componia en un principio más que de un viejo castillo fortificado, que se llamaba *Vermoniun Castrum*, y algunas pobres casas. Este castillo, colocado como centinela avanzado sobre el límite estremo de la Normandía, miraba orgullosamente á la Francia como en son de reto. No hace aun mucho tiempo que existia la costumbre de decir al atravesar el pequeño riachuelo que separa los departamentos del Eure y del Sena: «*Vamos á Francia, ó vamos á Normandía,*» segun del punto que venia ó iba el viajero.

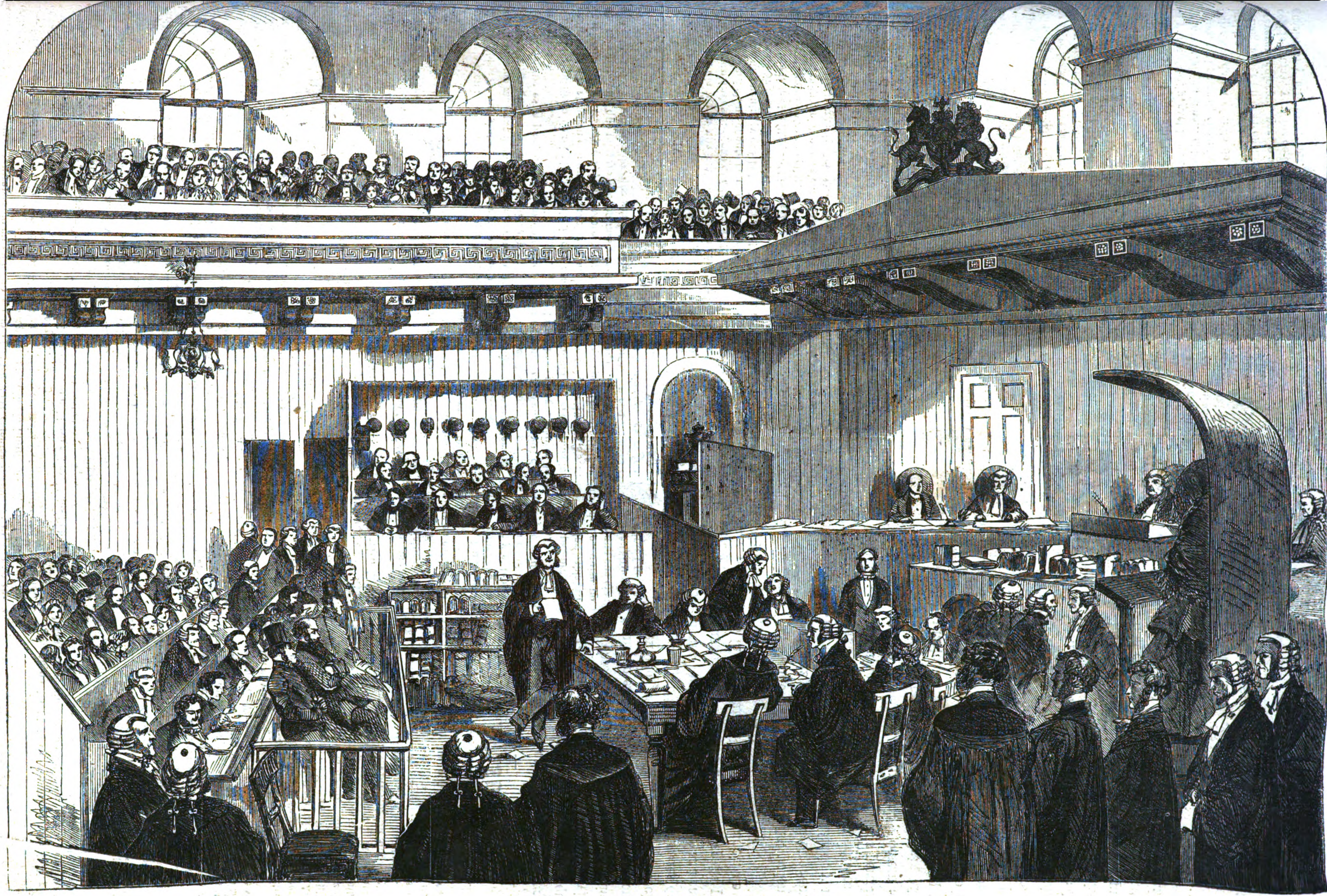
Vernon ha sufrido igualmente todos los desastres de las guerras de la Edad media. Perteneció, sucesivamente, á los reyes de Inglaterra, al conde de Anjou, á Luis VIII, al duque de Normandía, á Luis, hijo de Felipe Augusto. Bajo la dominacion de Felipe de Valois, los ingleses le arruinaron casi completamente.

Hoy ha llegado á ser cabeza de partido del departamento del Eure. Vernon ha prosperado mucho, y en el dia encierra una poblacion de 7.500 habitantes.

El puente de piedra que reune las dos partes en que se divide el pueblo, no data su construccion más que de cuatro años, y fué bendecido solemnemente el 19 de mayo de 1861.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



EL TRIBUNAL DE LOS FENIANOS DE IRLANDA.

El Periódico ilustrado.



Numero 41.

DEL 24 AL 31 DE DICIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.°



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscricion.			UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.	— Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »	— Seis meses 14 »	5 cuartos en PROVINCIAS.
Ultramar. .	Un año 80 »	— Seis meses 50 »	

TRAJES VASCONGADOS Y FRANCESES EN BIARRITZ.

Las costumbres y los trages de las localidades próximas á las fronteras se resienten siempre de la influencia de la vecindad. El país vasco, sin embargo, tiene su originalidad enteramente particular, como idioma y como costumbres. Nuestro grabado representa los vascongados españoles que habitan en Biarritz. En sus facciones acentuadas se observan ciertos tipos llenos de vigor y de arrogancia; los hombres, particularmente, usan trajes artísticamente cortados y de mejor gusto. Las mujeres tienen una elegancia singular; sus posiciones son naturalmente graciosas, y en todos ellos se observa el sello de dignidad varonil, ligeramente desdeñoso, que se encuentra en España á cada paso hasta bajo los harapos del mendigo.

TRAJES VASCONGADOS Y FRANCESES EN BIARRITZ.

EFEMÉRIDES.

El hombre nace de las manos del Criador, dotado de inteligencia y de voluntad. Estos fenómenos psicológicos despiertan en él la idea del saber, de la civilizacion y del embellecimiento; despiertan en él la idea del poder. Pero el hombre necesita una base donde plantear sus empresas, y la naturaleza le labra un campo para sembrarle con sus conquistas, y legar la historia á la posteridad.

El mes de enero, en que las tinieblas de la noche parecen concurrir más pronto á eclipsar nuestro sol, en que los pintados pajarillos parecen desocupar sus campestres moradas, privándonos de sus trinados cánticos, en este enero, en fin, en que la naturaleza nos cubre con el velo de la soledad, la historia nos le hace quizá uno de los más grandes del año.

En 2 de enero de 1492, tuvo lugar la conquista de Granada; deseoso el rey D. Fernando de cortar la dominacion de los moros en España, exigió un tributo que no pagaban y que estaban obligados á dar; negóse Muley-Hisen, y coincidiendo con esto la toma de Zahara, fué lo suficiente para encender la guerra, y dar lugar á tan célebre conquista.

El 3 de enero de 1521, se verificó la excomunion de Lutero, reformador de la religion, por Leon X; sus obras fueron quemadas y su doctrina condenada en cuarenta artículos; determinacion que no produjo el efecto que se deseaba.

El 6 del año 1492, fueron entregadas á los Reyes Católicos, D. Fernando y doña Isabel, las llaves de Granada, por Boabdil, su último rey.

El 7 de enero de 595, dió el título de católico á Recaredo, rey godo de España, el papa Gregorio I, y se convirtió á ruegos de San Leandro, abjurando la fé arriana en el Concilio III de Toledo.

El 10 de enero de 1610, se verificó la espulsion de los moriscos, mandada por Felipe III, empezando por el reino de Valencia. Determinacion grande para unos y censurable para otros.

En 10 de enero de 1724, cuando todo hacia esperar un próspero reinado á D. Felipe V, se le vió renunciar la corona en su hijo Luis I, retirándose á San Ildefonso, donde habia construido un palacio suntuoso. Su hijo D. Luis murió á los diez meses de haber ceñido la corona.

El 12 de 1570, se estableció el terrible tribunal de la inquisicion, que, unido al rigorismo que se empleó con los luteranos, y el cobro de la décima que se empezó á llevar á efecto, fueron suficientes causas de descontento para que estallara una rebelion.

El dia 14 de enero de 1526, á causa de las rivalidades entre Cárlos V y Francisco I, se suscitaron varias guerras, empezando por la Navarra y concluyendo por la célebre batalla de Pavía; en la que fué hecho prisionero Francisco I, y traido desde la fortaleza de Pizzighitone á Madrid, á la torre llamada de los Lujanes, (sita en la plaza de la Villa), donde se celebró un tratado el dia arriba dicho, por el que se obligaba el monarca francés á devolver el ducado de Borgoña, y á renunciar á sus pretensiones y derechos.

El 16 del mismo del año 1556, Cárlos V, quebrantada su salud, y fatigado con las guerras sostenidas con Francisco I, los Países Bajos y el Franco Condado renuncian la corona en su hijo D. Felipe.

El 17 de 1793, sube al cadalso el desdichado Luis XVI, á pesar de la defensa que de él hicieron los girondinos contra los exaltados.

El 18 de enero de 1562, se convocó el célebre Concilio de Trento por Paulo III, á instancias de Cárlos V, y se declararon canónicos los libros de la Sagrada Escritura, y se condenaron los errores reformistas sobre la Eucaristía, confesion, purgatorio é indulgencias.

El 18 de 1568, fueron desarmados los moriscos que habian quedado en España, despues de la conquista de Granada; los cuales, irritados porque Felipe II les hizo renunciasen su idioma y costumbres, se sublevaron en las Alpujarras.

El 19 de enero del año 1568, falleció el príncipe don Cárlos, suponiendo unos que amaba ciegamente á doña Isabel de Valois, con la que su padre se casó despues; otros suponiendo que tomó parte activa en la insurreccion de Flandes, lo cierto es, que despues de más ó ménos conjeturas, fué reducido á prision por órden de su padre.

El dia 23 del año 1516, á los veinte dias de la muerte del Gran Capitan, falleció el rey D. Fernando el Católico en la aldea de Madrigalejos, á los sesenta y cuatro años de edad. Gran guerrero, gran político, aunque adolecia del defecto de no apreciar en todo los servicios que se le prestaban.

En 24 de enero de 1118, se estableció la órden de los caballeros de San Juan de Jerusalen, hoy Malta, residentes en Palestina, teniendo que establecerse en Rodas, cuando se apoderó Saladino de Jerusalen, retirándose á Malta por la toma de esta por Soliman.

El dia 25 del año 1115, se fundó la órden de los caballeros Templarios, instituida por Balduino, y llamados así por su situacion junto al templo de Jerusalen, creada con objeto de defender á los cristianos peregrinos; institucion estinguida por Clemente V y Felipe el Hermoso.

El 27 de enero de 1507, se celebró un tratado de division del reino de Nápoles entre Luis XII y el Rey Católico D. Fernando; apoderóse el Gran Capitan de las Dos Calabrias y de la Pulla, retirándose el rey de Nápoles á la isla de Ischia, donde se encendió de nuevo la guerra, y quedó el Rey Católico dueño del reino de Nápoles.

El 28 de enero de 814, bajó al sepulcro el gran Carlo-Magno, hombre muy superior al siglo en que floreció, el cual, de no haberle sobrevivido el feudalismo, la civilizacion hubiera adelantado muchos pasos, armonizándose la romana con la germania.

El 30 de enero de 1649, despues de oir con grande impasibilidad su sentencia, fué ejecutado en Lóndres Cárlos I, en un tablado que se levantó delante del palacio Witte-Huall, retirándose el pueblo pesaroso y avergonzado, por haber consentido á los puritanos que regasen la Inglaterra con la sangre de su rey.

J. VALLEJO HERNANDEZ.

LOS ALABARDEROS.

Los alabarderos de que vamos á hablar no tienen nada de comun con los que forman el distinguido cuerpo real tan renombrado por su lealtad y valor.

Los alabarderos que originan estos mal perjeñados renglones no usan uniforme alguno; ni siquiera empuñan alabarda de ninguna clase, ni dan guardia á este ó aquel personaje, á tal ó cual edificio. Tienen, sin embargo, su *consignia*, su especie de *santo* y *seña*, y hasta poseen algunas veces el tacto de codos con admirable maestría.

La *claque*, nombre genérico con que se les designa allende los Pirineos, donde el cuerpo de alabarderos ha llegado á su más completo desarrollo y suma perfeccion, ha venido aumentándose en nuestro país de una manera asombrosa desde hace pocos años á esta parte.

Hoy no puede existir sin alabarderos nada que se relacione con el público; nada que aspire á la publicidad; nada cuyo objeto sea interesar á las *masas*, ya por cuestion de conveniencia individual, ya por cuestion de popularidad. La raza de los alabarderos políticos conocida es de todos los que se engolfan en las árduas y estériles luchas de partido, ó echan un rato á perros en las tribunas del Congreso. La raza de los alabarderos sociales de cualquiera puede ser conocida, si á trueque de matar el tiempo, se echa á la cara esas *Revistas de Salones*, en las que se pone por las nubes la belleza y galanteria de la marquesa del Trueno, ó se aplaude el filantrópico proceder del conde del Rayo, ó se elogia en todos los tonos del diapason el talento mayúsculo del baron del Relámpago. No os preocupeis discurriendo sobre las escelencias de semejantes *notabilidades*. Es que el incensario del alabardero se mueve fácilmente á impulsos de un *señalado favor*, de un *thé*, de un confortable *Punch*, y de otras *frioleras* que me reservo por delicadeza.

Pero hasta ahora no hemos dicho una palabra respecto á los alabarderos que motivan principalmente este articulejo.

Hablemos de ellos, pues. El cuerpo de alabarderos teatral se encuentra, á nuestro modo de ver, organizado con toda la pulcritud y perfeccion que un empresario listo comprende. Reciben su *plus*, amen de otras *primas*, cuando han llenado bien su cometido; gozan, gratis por supuesto, de las funciones; se dividen además en grupos y en bandos por todos los pisos y en toda clase de localidades; están familiarizados con los acomodadores y conserjes; saludan á los actores, y conferencian *sotto voce* con los empresarios ó sus agentes.

Su cuartel general es el teatro; su guardia, mientras dura la representacion; su *santo* y *seña* aplaudir ó silbar, segun las órdenes recibidas al efecto.

Esta es su mision cabe el templo de Talía. Su conducta fuera de él se reduce á defender á capa y espada á los actores, aunque sean más malos que las piedras; á elevar por las nubes el crédito del empresario, aunque este señor esté próximo á tronar como arpa vieja; y á propalar que el público favorece el coliseo con una concurrencia asidua, aunque suceda todo lo contrario. Esta es su *ordenanza*, que está obligado á aprender de memoria y á cumplir fielmente contra viento y marea; dando por supuesto colorido y espresion al relato, y amenizándolo segun los puntos que calce de instruido ó hábil parlanchin.

Los alabarderos penetran en el teatro despues de comenzado el espectáculo, con el objeto de atisbar los asientos que hay desocupados. Esta precaucion les evita muchas veces ser políticamente despedidos de una localidad, comprada á última hora.

Aun con esta precaucion y todo, no es la primera vez que hemos presenciado una escena, que con pocas variaciones viene á reducirse á lo siguiente:

Un espectador (presentándose de pronto, y consultando su billete).—Caballero, creo que se ha colocado usted en mi sitio.

El acomodador (que se ha acercado apresuradamente y como oliendo lo chamusquina).—En efecto, Vd. se ha equivocado, pues su asiento es el de aquella esquina.

El alabardero (semi-confuso y con aire de candidez).—Tienen Vds. razon, distraido me senté sin fijarme...

Luego el acomodador le guiña el ojo al alabardero, como diciéndole: «¡Quién se habia de figurar!» Así disimulando el uno, y fingiendo el otro poner término á un *pasillo-cómico-sério*, que se representa mucho durante la temporada.

El alabardero no así como así se espone á quedar desairado en sus *conatos de aplausos*. Escoge para ello una escena entre el galan y la dama, y sobre todo el final de un parlamento en verso, en donde se pronuncien las palabras *libertad* ó *venganza*, acentuadas y recalcadas con intencion por el actor. Esta ocasion oportuna es la escogida por los alabarderos para romper el silencio de la sala con ruidosos aplausos, que suelen ser secundados por el público de las galerías, arrastrado sin querer á una manifestacion preparada astutamente por la *claque*. Este lazo, que con tanta destreza tienden los alabarderos, no siempre les surte el efecto deseado, resultando de aquí algunos *¡fueras!* con que el auditorio sensato castiga su osadía.

El alabardero necesita indispensablemente producir con las manos un choque atronador; sin este requisito es probable que no fuese admitido en la comparsa. Es decir, que dos paletas de madera (pues no otra cosa parecen las manos de algunos de ellos), forman la parte más principal y más atendible para el ingreso de un individuo en el *Cuerpo*. Respecto al órgano vocal, no se le permite más que la pronunciacion con todas sus fuerzas de las frases *¡Bravo! ¡Bien! ¡Que salga el autor!* etc., etc.

Hacer salir un autor á las tablas es una etapa gloriosa para los alabarderos, y por cuyo servicio tal vez reciben *racion doble*. Ya comprenderán mis lectores qué tal será el autor que necesite del auxilio de la *claque* para exhibirse sobre el escenario.

El alabardero que en Paris es considerado atentamente, aun por artistas de mérito, en Madrid se mira casi con desprecio, y si se le emplea con tanta prodigalidad en los teatros, es solo por cuenta de las empresas y porque á estas les conviene para sus fines particulares. Por ejemplo, para que no aparezca vacío el local en noche de poca entrada, para deshacerse de un actor caro y halagar la vanidad de alguna actriz tan bonita como inepta, y lo que es más comun, para que se *salve* ó *naufrague* cualquiera obra, segun el interés que se tenga por ella, ó segun los compromisos que medien.

En Paris, como ya hemos dicho, la *claque* es el árbitro de la reputacion de un artista, siendo tan temidos sus *fallos*, que basta solo relatar lo siguiente para tener una idea de ello.

Una actriz, el dia despues de su estreno en la antedicha ciudad, recibió la cuenta de 600 francos, *por aplausos*, de parte del jefe de la *claque*. Esto la indignó mucho, pero el director del teatro la hizo ver que era costumbre, y no habia más remedio que pagar. Pero aun hay más: en 1854 murió en la capital del vecino imperio un tal Augusto, jefe de la *claque* durante mu

cho tiempo, y entre sus papeles aparecieron algunos muy curiosos por los que se supo que Nourrit le habia pasado una renta anual de 2.000 francos; la Taglioni, 300 francos mensuales; cuando se estrenó Fanni Essler, le pagó 500 francos la primera noche; 300 la segunda, y por último celebró un contrato por el cual le daba 100 francos cada noche que bailase. Lo cual prueba la íntima persuasion que dichos artistas tenian de la grande influencia de los alabarderos y la seguridad que abrigaban de conservar su fama, gracias á semejantes *tributos*.

En nuestro coliseo de Oriente es donde hoy dia el *elemento alabarderil* se manifiesta de un modo escandaloso. Los innumerables alabarderos enemigos de la actual empresa, y por consecuencia amigos *interesados* de la anterior, convierten casi todas las noches aquel elegante recinto en la más deliciosa plaza de toros. Plumas tan competentes como la del festivo escritor D. Manuel del Palacio han protestado contra esos abusos de la *claque*, indignos de cometerse ante un público tan culto é inteligente como el del Teatro Real. A pesar de todo, los escándalos continúan y el descrédito aumenta, merced á los mil y un alabarderos que intereses mezquinos hacen *maniobrar* todas las noches.

El alabardero, considerado bajo el punto de vista social, es un ente sin opinion propia; un criado del empresario, convertido por su censurable empleo en dependiente sin librea; pero dependiente que, en lugar de prestar sus servicios al público, le aturde con sus *ruidosas manifestaciones*, le incomoda con su presencia y le exaspera con su proceder odioso.

Conste, pues, que el alabardero es una plaga teatral, una planta parásita que es preciso estirpar á toda costa; que es indispensable desterrar de un país, que en materia de espectáculos teatrales, no necesita de la iniciativa de la *claque* para dictar su fallo, favorable ó adverso, á las obras y á los artistas.

PEDRO FRANCISCO REYMUNDO.

Á CARMEN.

Pues quieres que de nuevo
coja la guzla,
quien hace tanto tiempo
que no la pulsa,
perdon te pido,
si al complacerte brota
de ella un gemido.

Como el naturalista
bajo la nieve
suele buscar algunas
flores silvestres,
así yo, Cármen,
flores busco en mi alma
que regalarte.

Más, ¡ay! que el cierzo frio
las heló todas,
y mústias, deshojadas
y sin aroma,
dignas no fueran
de tí, á quien yo querria
hoy ofrecerlas.

Que es en vano que intente,
con loco anhelo,
despertar en el alma
los dulces ecos,
que en otros dias
á mis cantos de amores
bien respondian.

El ruiseñor amante,
que murmuraba
cantares misteriosos,
calló en el alma;
silencio mudo
hay en ella, el silencio
de los sepulcros.

Mas si el sol en el cielo
radiante luce,
á su calor la nieve
pronto se funde,
se abren las flores
y entonan dulces cantos
los ruiseñores.

Y como en los pasados
serenos dias,
resuenan en el alma
las melodías,
la voz del ángel
que oimos con celeste
dicha inefable.

Ese sol son tus ojos
pálida vírgen:
húmedos de ternura
haz que me miren,
y muy en breve
verás brotar las flores
de entre la nieve.

Y entonaré á tu oido
los dulces cantos
del amor que en mí infundan
sus dulces rayos:
mírame, niña,
y renacerá en mi alma
la poesía.

F.

MIS SEIS MIL REALES.

Por F. de Zulueta.

(Conclusion.)

No era cosa de ponerme con una guitarra á una esquina, pidiendo «para un infeliz que no tiene medios de casarse.» Ni que abriese la prensa una suscricion patriótica para el fin humanitario que yo queria realizar, mi casamiento. Ni que del fondo de calamidades públicas me diese el gobierno con que hacer frente á mi calamidad conyugal. Ni que los magnates me dieran, como á los artistas que emigran en busca de genio, una pension para hacer estudios sobre la mujer ó la familia. Ni que las Córtes me votaran una subvencion como á los ferro-carriles, pues camino es el del matrimonio que tiene sus peligrosos pasos á nivel y sus descarrilamientos. Ni que mis padrinos de boda fueran testas coronadas, aunque despues del regalo supiera, como algun otro, decirles: «Ahí te quedas, mundo amargo.»

Era necesario tener valor, y valor tuve; me tiré de los puños de la camisa, me crucé pausadamente de brazos, y con un *¡Pchs!* y un *¡Qué se me da á mí!* me quedé tan fresco.

Avancé con aire resuelto en mi posicion de novio admitido, y continué mi papel de aspirante á marido, cuando un dia oí á mi futura suegra esclamar con asombro.

—Ha visto Vd. á la Elena, ¡pobre chica! se ha casado con un hombre que no tenia un cuarto.

—Señora, dije, era empleado, su sueldo...

—¡Pchs! Doce mil reales, ni para sopa.

—¡Ni para sopa! murmuré, y habrá periódico que se encarnice con él y diga que está comiendo la sopa boba. Y si ese no come cocido con tal sueldo, ¿qué creerá esta señora que yo como? ¿Almendras del Pardo? ¿Qué dirá de mi sueldo, que es la mitad?

—Ningun hombre debe decir á una mujer que la quiere, sin saber si puede quererla.

—Tiene Vd. razon, señora.

—Y no puede quien no tiene medios.

—Es verdad.

—Lo demás es engañar á la familia, quitar á la chica sus *proporciones* y tener gana de pasar el tiempo.

—Eso es.

—Pero en nuestra sociedad es inaudito lo que pasa. Cualquier mocoso, Vd. perdone la espresion, cualquier *pelaire* tiene derecho á acercarse á una muchacha, enamorarla, cautivar su corazon, y marcharse despues con las manos lavadas, y como un perro que se sacude al salir del agua.

—Cabalito.

—Yo ya le he dicho á mi hija: «No hay defecto más imperdonable que el *no tener*, porque la vida es un censo que se paga diariamente, y nada de interés en unas relaciones, nada de mirar si la hacienda es poca ó mucha; lo necesario, solo lo necesario, eso sí, mi yerno ha ha de tener veinticinco á treinta mil duros.»

—(¡Sopla!)

—Es lo ménos que se puede pedir. Pero estoy incomodando á Vd., amigo mio; vamos, ¿venga Vd. hoy con nosotras, eh? Iremos al Retiro, la niña está ya esperando.

—Señora, casualmente iba á decir á Vd. que me era imposible...

—¿Pues?

—Una ocupacion urgente.

—Cuidado con engañarnos.

—Tengo que escribir una carta.

—¿A quién? ¿A alguna...?

—No señora, es á alguno.

—¿Algun personaje notable?

—Casualmente, á mi jefe.

—¡Hola! ¿Al ministro?

—Justamente.

—¿Volverá Vd.?

—Sí señora.

—¡Las espaldas! esclamé cuando estuve en la escalera.

—¿Conque es decir que tengo que renunciar á mi amor? ¡Si pudiera escribir al ministro, como he dicho! ¿Por qué no?

Y diciendo y haciendo, llegué á mi casa, tomé un pliego de papel, y con la mejor letra que pude, escribí:

«Excmo. Sr.:

»Don F. de Zulueta, empleado con seis mil reales de sueldo, á V. E. respetuosamente espone: Que siendo natural á su viril edad de treinta años celebrar el sétimo sacramento (pues no se halla con fuerzas para el sesto, y el quinto será su único recurso, á falta del sétimo citado); hace presente la imposibilidad de contraer dicho vínculo social con el mezquino sueldo que disfruta. La moral pública, Excmo. Sr., está interesada en que no se asigne á empleado alguno de carrera sueldo tan miserable, pues los hombres de ella quedan inhábiles lícitamente para una de las funciones más importantes de la vida. El que esto espone, señor excelentísimo, ama y es amado, y ve morir la flor de sus amores ante consideraciones tan puramente materiales; V. E. sabe aquel refran de «Antes que te cases...» y V. E. puede ver el porvenir que yo depararia á mi futura y futuritos subsiguientes; y por tanto, á V. E.

»Suplico se sirva concederme un sueldo decoroso para la categoría de marido, á que aspiro.—Dios guarde, etc. etc.»

VI.

Con ansia esperaba yo la resolucion de S. E.

Ocho dias me pasé encerrado en mi casa las horas en que no tenia que asistir á la oficina. A nadie vi. Mis amigos se hubieran admirado de mi infortunio, y... nada más. A mi suegra no queria verla, no convirtiese aquellas que creia yo indirectas en una pregunta directa. A mi adorada tampoco. ¡Ah! Verla y tener que renunciar á su amor hubiera sido un martirio insoportable.

Todos los dias cogia papel y pluma en mi casa, y borrajeaba cálculos y más cálculos. Por ejemplo:

—Si me da doce mil reales el ministro, y saco otros seis en la prensa política y dos por las revistas de teatros, ya son veinte mil. Si mi gran obra en proyecto *Apuntes sobre las costumbres de las diferentes naciones* llegara á tener éxito, ya me redondeaba. ¡Bah! Con una renta así puedo aspirar á la mano de mi Mariquita.

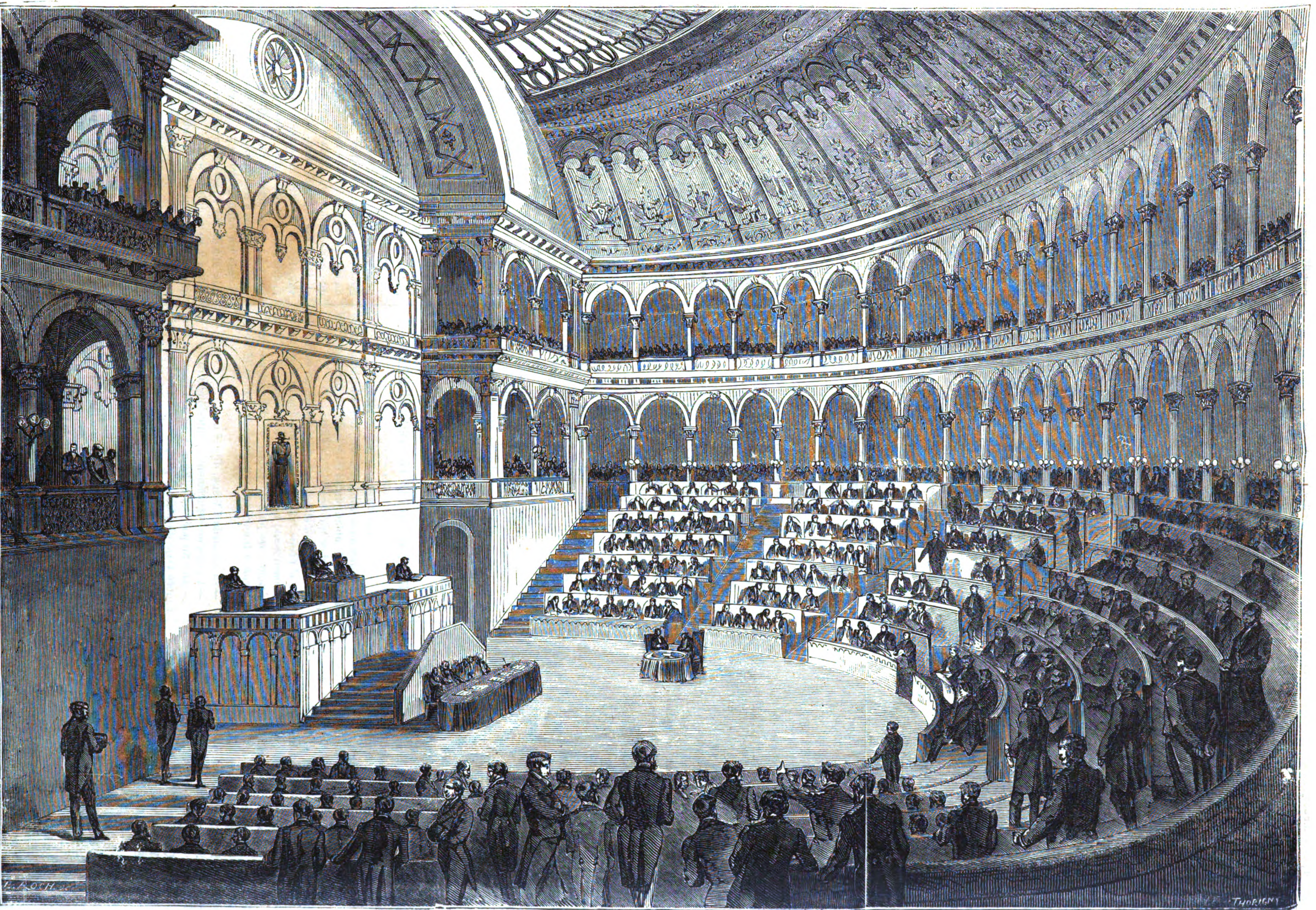
Si me da diez mil, es un corto sueldo; pero haciéndola creer que es por unos meses no más, diciéndolas que tengo rentas, y luego en prensa mi obra... Si me da ocho es una osadia, no puedo admitirlos. Llevaré á Romea el drama que tengo pensado, y si gusta, que de fijo gustará... y luego mi obra... la prensa... etc., etc.

Porque con seis mil reales no hago yo nada, absolutamente nada, aunque sea un gran poeta y gane el oro y el moro, nadie me quita la ignominia de haber tenido seis mil reales, y de no haber pasado de ese sueldo, y con esto hay bastante para recibir las más gordas calabazas.

El noveno dia que entré en la oficina, mi corazon latia con violencia, vi un pliego sobre mi pupitre. Me



PALACIO REAL DE WINDSOR.



UNA SESION EN EL PARLAMENTO ITALIANO, EN TURIN.

adelanté, le cogí, y palpitante de emocion, esclamé:

—¡Oh! tú, caro mensajero de mi suerte ó mi desgracia, á tí llego radiante de esperanza, ¿me traerás la vida ó la muerte?

Rompí el sobre y hallé esta esquela.

«S. E., en vista de las razones que Vd. ha espuesto sobre los inconvenientes que le ocasiona su destino en Madrid, le envía este otro que le evitará lo caro del comestible de la córte.»

Abrí el nombramiento adjunto, sospechándome una burla.

Era lisa y llanamente mi traslacion á Mahon, en cuyo punto debia continuar mis servicios con el mismo sueldo.

—Seis mil reales, grité, llamando la atencion de todos; cifra fatal que aun me persigues, no te burlarás de mí, y tomando por última vez la pluma, escribí:

«Esta mañana se ha suicidado uno de los mejores empleados de nuestra administracion, el jóven D. F. de Zulueta, víctima de su corto sueldo.»

Y poniendo un sobre para la redaccion de *La Correspondencia*, salí de casa y me metí en el primer tren que iba á Francia, dispuesto á ofrecer mis servicios como piloto de los vientos á Mr. Nadar; pues desde pequeñito, como las aves, estaba acostumbrado á manejar la pluma.

F. DE ZULUETA.

CUENTO EJEMPLAR.

Era una tarde de estío:
El sol se iba ya ocultando,
Su pura luz reflejando
En la corriente de un rio.
Junto á este rio profundo,
Bajo un sáuce, que besaba
Constante el agua, se hallaba
Un jóven meditabundo.
Flaco, macilento, triste,
De mirar sombrío y torvo,
Parece causarle estorbo
Cuanto bajo el cielo existe.
Se ven en su rostro insano
Las huellas del sufrimiento,
Y de un fatal desaliento
Que le devora inhumano.
La pálida frente inclina,
Y con ávida mirada
Contempla el agua azulada
Que le atrae y le fascina.
De un monte por el sendero
Otro hombre baja cantando,
Sobre los hombros llevando
De su trabajo el apero.
Alto, robusto, fornido,
Aunque en edad ya maduro,
Camina con pié seguro
Y como un muchacho erguido.
Brilla en su dulce pupila
El purísimo contento,
Que inspira el convencimiento
De una conciencia tranquila.
Deja el atajo y avanza
Hácia la orilla del rio...
Y ve que al fondo sombrío
Del agua el jóven se lanza.
Tras él se arroja; con maña
Lo saca del rio á nado,
Y posándolo en un prado
De césped y de espadaña;
Asi que le ve gozoso
Recobrar de nuevo aliento,
Le dice con un acento
Severo, aunque cariñoso:
—¿Quién eres, mozo imprudente,
Que tienes la vida en poco,
Y te arrojas como un loco
En medio de esa corriente?
—Un infeliz! Triste lidio
Con mi suerte sin ventura
Y huyendo la desventura...
—¡Vas á parar al suicidio!
—Fuí un dia rico heredero
En la ociosidad criado;
Y hoy me veo abandonado
Sin amigos ni dinero.
De vil placer y locura
Sembré mis mejores años;
Y hoy cosecho con usura
Lágrimas y desengaños.
Ay! De la desgracia así
Me condujo en pos la suerte...
¿En dónde, sino en la muerte,
Hallaré consuelo?
—En mí!
Sígueme por este atajo,
Y te salvaré propicio!
—¿Sabes ya quién soy?
—Sí, *el vicio!*
—¿Y quién eres tú?
—*El trabajo!*

REMIGIO CAULA.

FRONTIGNAN.

No es posible escribir el nombre de *Frontignan* sin que el lector recuerde el escelente vino que ha hecho célebre al pueblo que lleva su nombre.

El vino de Frontignan, dice un autor del siglo anterior, que es el más perfecto de todos los vinos, y el que se conserva mejor y por más largo tiempo.

Pero ¿cómo hablar del vino sin recordar la viña? Maribaul, en su *Historia general de la Agricultura*, dice que, segun una antigua tradicion, fué una cabra la primera que dió la idea de podar tan precioso arbusto. Este animal, habiendo rumiado y comido los sarmientos de una cepa, se observó que aquella al año siguiente dió un fruto más abundante y esquisito que de costumbre. Los cultivadores se aprovecharon de esta observacion para estudiar la manera más ventajosa de podar las cepas.

Se calcula que fueron los Fenicios los primeros que introdujeron el cultivo de la viña en las costas meridionales de la Gaula. Los vinos más reputados entonces eran los de Marsella y sus alrededores, y la produccion vinícola llegó á adquirir grandes proporciones hasta el año 92 de nuestra era, en que el emperador Domiciano, de resultas de una gran escasez que se esperimentó en todo el país, hizo arrancar todas las viñas. Dos siglos más tarde, Probus revocó el decreto de Domiciano, y empleó las legiones romanas en volver á plantar las cepas.

Pero volvamos á nuestra lámina de cabecera, causa natural de esta digresion.

Frontignan es un pequeño pueblo del departamento del Herault, con una poblacion de 2574 habitantes. Sus principales monumentos son su antigua iglesia, con la torre y campanario fortificado, su hotel de vill, ó sea casa de la ciudad y el puente Peyrade. Se calcula de 200 á 225 litros la produccion anual de su vino blanco, y en 20 hectólitros la produccion de su vino tinto. Frontignan posee además aguas minerales que son muy recomendadas para ciertas dolencias y las salinas del estanque de Ingril, que producen 200,000 quintales de sal por año.

UNA ANÉCTOTA EN EL CAMINO DE HIERRO.

(Véase el grabado de la última página.)

Hace diez años próximamente, dos caballeros ya de cierta edad subian juntos en Dresde en un wagon de primera clase que se dirigia á Viena.

Iban solos en el carruaje, y al cabo de un cuarto de hora, el primer viajero ofreció un cigarro al segundo; el conocimiento hecho entabló naturalmente la conversacion. Despues de hablar de diferentes objetos, llegaron á interrogarse mútuamente sobre el de su viaje.

—Yo me dirijo á Viena, dijo el uno.

—A negocios seguramente, contestó el otro.

—¡Oh! No por cierto. En esta ocasion hago un verdadero viaje de placer, porque voy á abrazar á mis hijos.

—¡Ah! ¿Conque teneis hijos en la capital?

—Sí, mi hija y mi yerno; es la primera vez que los visito despues de su boda. Ha sido para mi hija un escelente partido, porque mi hija no tenia mas que una modesta fortuna, y se ha enlazado con el heredero de uno de los primeros banqueros de Viena.

—Os doy mi enhorabuena.

—Mi yerno tiene un gran porvenir; no solo se halla enlazado con la alta aristocracia, sino que tiene grandes relaciones en la corte, y si en algo puede seros útil, él y yo tendremos un placer...

—Pero en suma, vos no me habeis dicho aun el objeto de vuestro viaje.

—Me dirijo igualmente á Viena, contestó sonriendo el interpelado.

—¿Y qué más?

—Y, cosa curiosa, voy igualmente como vos á ver á una hija á quien amo mucho, y á quien hace poco tiempo he establecido en esa misma ciudad.

—¿Y ha hecho buena boda?

—Chist. No estoy del todo descontento.

—¿Pues quién es vuestro yerno?

—El emperador de Austria.

El que así hablaba no era otro que Maximiliano José, duque de Baviera.

Nuestro grabado representa sú hija y su yerno, el emperador Francisco José I, nacido en el año de 1830, y elevado al trono el 2 de diciembre de 1848 por abdicacion de su tio Fernando I. Su enlace con la emperatriz Isabel Amelia é Eugenia fué celebrado el 24 de abril de 1854.

MARINA.

RECUERDOS DE LA VIDA DE ARTISTA EN ROMA.

(Continuacion.)

—Vos pensais que yo, como todos los que verdaderamente aman, me he creado un ídolo para poder adorarle mejor, y que le he dotado de perfecciones que no existen más que en mi exaltada imaginacion. Notad entre tanto que lo que seria estraordinario y hasta imposible en Alemania y en vuestro país, no lo es en Italia. Los hombres del Norte tienen tal vez más fuerza en el pensamiento, y en todo caso más consecuencia; pero es preciso que lleven un trabajo constante para desarrollar estas facultades, pues si no, quedan ahogadas bajo la capa grosera de su corteza. Los pueblos del Mediodía tienen una compresion tal, que se les hace todo fácil; sus sentidos, más vivos, llevan al alma impresiones más rápidas, más claras, y al instante comprenden, adivinan y lo abarcan todo. Por otra parte, ¿creeis que no sirve de nada á los habitantes de esta bella comarca ser los herederos de tantas civilizaciones? Aquí, por ejemplo, los recuerdos de los grandes artistas del renacimiento y los de la Roma antigua, son familiares á todas las clases del pueblo. Ellas viven entre los monumentos del mundo, entre sus antepasados, sus abuelos, segun dicen ellos, y tienen establecidas habituales relaciones con las sombras de los héroes. Ved este coliseo que ahora estamos recorriendo. ¿Es ridículo que un pueblo se diga: «hé aquí lo que nosotros haciamos cuando el universo era nuestro?» Cojed al primer mendigo que pase, el primero de esos que viven en la miseria y en la desgracia, pegados á la puerta de un convento, y os hablará de sus antecesores los Scipiones, los Titos, los Brutos, sin fijarse mucho en los tiempos ni en los hombres, pero perfectamente penetrado de la idea de que detrás de él hay alguna cosa grande que inspira aun respeto á las generaciones actuales. Preguntad qué es el más degradado de los *facchini*, y notad con qué orgullo os responderá: *Io son romano.* El contraste entre la condicion actual y las pretensiones de los modernos romanos os parecerá de pronto muy ridícula; pero ¿no significa nada ese soplo de grandeza que agita igualmente á todas las almas, hasta las más abatidas? Ese soplo les envanece hoy, mañana los revolucionará. Vosotros no conoceis aun hasta qué punto degrada la servidumbre á los más grandes corazones y á las más grandes razas. ¿Quién sabe los destinos reservados á este pueblo, si jamás le ha otorgado el cielo un buen gobierno y la libertad? Confieso que más allá de los Alpes, Marina, con sus instintos de artista y su vanidad romana, no se concebiria más que en la imaginacion exaltada de un enamorado de veinte años; pero aquí es diferente, y ya vereis si me engaño.

¿Qué teniamos que responder á esto, sino que nosotros no deseábamos otra prueba que la de juzgar por nosotros mismos? Una objecion se nos ocurria sobre otro punto más delicado, pero no teniamos bastante intimidad con nuestro amigo para decirle verdades entonces demasiado importunas. Solamente le hicimos notar que era muy estraño que una persona que tenia gustos tan delicados y tan elevados sentimientos quisiera continuar ejerciendo tan triste oficio.

—En efecto, esto parece singular, respondió; pero ¿de qué se mantendria mientras aprendiese otro? Ade-

más, el trabajo le ofreceria pocos recursos, y las costumbres ociosas y delicadas que ha adquirido le harian intolerables las ocupaciones manuales á las que deberia sujetarse. Despues de haber vivido la vida del artista, ¿comprendeis que la bella desposada de Corinto cosiese camisas ó vendiese velas de sebo?

En esta época el tipo de la mujer perdida regenerada por el amor estaba muy en boga. Goethe en *le Dieu et la Bayadère* y Victor Hugo en *Marion Delorme*, habian resucitado el pensamiento ya tratado por La Fontaine, y que por largo tiempo gozó del favor del público. Walther tenia sus razones para apasionarse de esta idea peligrosa y seductora, y se sublevaba contra las preocupaciones crueles de la sociedad.

¡Cómo! decia; ¡todos se inclinan con respeto ante las obras de arte; se levantan á estas palacios donde la multitud va á adorarlas como manifestaciones de lo alto, y se rechaza al modelo sin el cual esas obras maestras no hubiesen sido creadas! Así es cómo se consagra toda la admiracion á un drama ó una tragedia, y no se concede más que el desden al actor que hace inteligible ese drama á la multitud. ¡Ahí teneis lo que es la justicia del mundo!

A esas declamaciones de un corazon herido en lo sagrado de su afeccion, no contestamos nada. Porque ¿cómo responder sin decirle que hay ciertas situaciones equívocas que tienden á pervertir el corazon, y que por consecuencia, la preocupacion que las hiere no carece de fundamento? Nuestras observaciones hubiesen sido algo más que una condenacion de sus teorías generales; hubiese sido darle un golpe dolorosísimo en lo más sensible de su alma. Nosotros no le dejábamos ver por esta razon nuestras persistentes desconfianzas.

Desde que Walther, á pesar suyo, nos habia confiado el secreto de su loco amor, este era el objeto inagotable de sus conversaciones. El mismo nos obligó á visitarle en su estudio, y con este motivo tuvimos ocasion de encontrarnos muchas veces con su adorado modelo. Entonces pudimos conocer perfectamente que si el retrato que de éste nos habia hecho era un poco exagerado, no por eso dejaba de ser el modelo una mujer muy notable. Una imaginacion clara, un carácter decidido, una franqueza y un abandono estremados, unidos con un orgullo reservado y púdico; cierta mezcla de firmeza viril y de gracia virginal, algunos momentos de alegría, pero de una alegría que estaba siempre templada por un tinte de grave melancolía; una profundidad de miras, y con frecuencia una elevacion de lenguaje que no se esperaba hallar en una mujer del pueblo, hé aquí lo que llamaba más la atencion á primera vista. Ella habia adquirido en sus conversaciones con los artistas, una cultura superficial, que habia bastado para desarrollarle un gusto sumamente delicado y que parecia innato. Se envanecia con un orgullo infantil de la frialdad de su carácter, frialdad que se le echaba en cara y que ella creia, porque lo sentia así, que la elevaba por encima de sus semejantes.—Quieren decir que yo soy blanca como la nieve, nos decia un dia riendo. Posible es; lo que sí es cierto es que soy tan fria como ella.

—Así será, pero guardaos del sol, guardaos del amor.

—¡Oh! ese sol no se ha levantado todavía para mí, y no se levantará tan pronto.

—Tanto mejor, porque, no lo dudeis, á sus ardores la nieve se funde, y despues ¿qué queda?....

Ella contestó haciendo un lijero gesto de provocacion ó desafío. En cuanto á Walther, comprendia que nosotros queriamos alejarle del peligro que amenazaba su reposo, su porvenir y su dignidad; pero él hacia poco caso de nuestros buenos consejos y de nuestras prudentes advertencias.

En otra ocasion ella nos dijo que un escultor, para probarle el poder del amor, le habia referido la historia de Pygmalion. Por lo que á mí hace, añadió ella, os aseguro que si hubiese sido la estátua, continuaria siendo de mármol.—¡Ah! pobre criatura; ¿por qué no te hicieron como decias? ¿por qué has descendido de tu pedestal?

Ella no hablaba así por coquetería, sino porque se creia realmente invulnerable. Se habia llegado á imaginar que conocia todas las seducciones y todos los peligros, y se sentia con fuerza para resistirlos. Y la verdad es que sus palabras, al par que contristaban á nuestro amigo, nos hacian daño á nosotros.

En los primeros dias de octubre los artistas volvieron á Roma, unos primero, otros despues. Yo ví á aquellos á quienes iba recomendado, y que eran tambien amigos de Walther, los cuales quisieron llevarnos á Tívoli acompañados de gente de buen humor. Marina fué de la partida. El dia se pasó visitando las cercanías del pueblo. A pesar del mal augurio del proverbio italiano

A Tivoli di mal conforto
Tira il vento, piove ó suon'a morto,

el tiempo fué inmejorable, y se aprovechó haciendo el paseo ó visita clásica á la quinta de Adriano, á las cascadas y á las grutas. A la caida de la tarde se hizo servir la cena en la galería descubierta del *hotel de la Sibila*, cerca de las ruinas del templo de Vesta, de esas ruinas que hacen de aquel lugar uno de los sitios más deliciosos del mundo. Allí todos los recuerdos de la antigüedad se despiertan de repente en el pensamiento, y se siente uno trasportado á los tiempos en que Mecenas y Horacio visitaban con placer aquella preciosa morada. Recordando los festines cantados por el poeta romano, nuestros amigos se entretuvieron en tejer las flores cogidas en la montaña, para coronar con ellas sus cabezas y los vasos. Las Lydias y Cloés de nuestros jóvenes artistas se reian á carcajadas de estos adornos, que no deslucian en sus negras cabelleras, pero que contrastaban ridículamente con el traje de los hombres. Marina, que al parecer habia disfrutado mucho en las correrías de la tarde, era la única que á medida que la noche llegaba iba poniéndose pensativa y triste. A tal estado llegó, que se levantó de la mesa. Yo la seguí y la encontré con los codos apoyados en la balaustrada de la galería que está situada perpendicularmente sobre las grutas, en donde se pierde saltando por entre sus peñas uno de los brazos del rio. Al acercarme hácia ella me sorprendió la gracia inimitable de la posicion que guardaba. Al verla envuelta por completo con su largo chal blanco para preservarse de la humedad que traia la brisa de la cascada vecina, y con la cabeza apoyada en la mano, me se antojó la estátua de Polimnia, que recientemente habia admirado en un museo del Louvre. Su severa belleza, la casta armonía de los pliegues que formaba su vestido, me inspiraban una especie de involuntario respeto. Cualquiera hubiese dicho que era la Sibila Tiburtina, que habia salido de su templo para colocarse á la sombra que éste formaba, y en la cual permanecia inmóvil consultando los signos del estrellado cielo. Yo me quedé tan inmóvil como ella. Marina parecia que estaba sumida en una meditacion profunda. En este momento, la luna, levantándose por encima de las honduras, por entre las cuales corre como encajonado el Teverone, iluminó de lleno su rostro, y ví caer de sus ojos una lágrima.

—¿Llorais? la dije; ¿qué teneis?

—¿Veis, respondió, qué noche tan bella? Pues para mí no es de dicha completa, porque jamás seré amada, porque jamás se me respetará. ¡Ah! ¡Si yo pudiese vivir y morir aquí sola, olvidada de todos!

Al mismo tiempo ella me mostraba el magnífico espectáculo que se desplegaba ante nuestra vista. El sombrío conducto por donde se hunde el Teverone, parecia abrir debajo de nuestros piés insondables abismos, de los que subian como nubes de incienso los húmedos vapores de la cascada, pintados con todos los colores del arco iris por la claridad azulada de la noche. Por el otro lado de la corriente, en frente de nosotros, en la colina donde se elevaba en otro tiempo la casa de Horacio, los olivares agitaban su pálido y ligero follaje, en tanto que el rumor lejano de los saltos de agua, aumentando y disminuyendo á la vez, acompañaba dulcemente á la poderosa voz de la cascada. Las columnas de mármol del templo, los contornos de las montañas, la luz templada que iluminaba el paisaje, los perfumados aromas de las flores de otoño, el débil estremecimiento del follaje, el murmurio grave de las aguas, todo, en la obra del hombre como en el estado de la naturaleza, era de una armonía esquisita y de una proporcion perfecta.

—Sí, esclamé yo, esta noche es espléndida. Ante este espectáculo, el poeta que en otro tiempo habitaba ese encantador rincon de tierra, habria dicho: «Gozad de la vida mientras haya juventud». Hoy el aspecto grandioso de la naturaleza y el sentimiento del tiempo que huye y nos lleva, nos inspiran ideas más altas y más melancólicas.

—Es verdad, repuso ella despues de un momento de silencio, y con ese énfasis que es un carácter tradicional de la raza romana; y sin embargo, ¿por qué? ¿La sabiduría de entonces no valia tanto como la nuestra? En lugar de exhalar mis quejas á esos astros insensibles que prosiguen su muda carrera sin oirme, ¿no haria mejor en unir mi voz á la de mis amigos? Pero no puedo. Su alegría me hace daño: si yo cantase con ellos, los sollozos me ahogarian.

—Pero entre todos, ¿no hay alguno al lado del cual deseeis sentaros, y él á su vez os pueda tender una mano amiga?

—No. Les conozco muy bien: sé todo el desinterés que encierran sus almas y lo que vale á sus ojos el destino de una mujer como yo. He visto á esos alegres amantes de la belleza y del placer jurar á sus amigas una ternura eterna, y olvidar un año despues hasta el nombre de aquellas á quienes habian prometido amar siempre. Yo les he visto cambiar de amor como en un festin se cambia de vino cuando se fatiga con un mismo sabor al paladar. Yo tambien habria podido obtener una de esas relaciones fáciles que el capricho de hoy lega al olvido de mañana; pero sé muy bien las humillaciones que traen y las amarguras que llevan consigo. Y además, ¿hay entre ellos uno que tenga confianza en mí? Walther me ama con vehemencia, con pasion, lo sé; pero ¿qué le puedo yo dar? Mi miseria y mi vergüenza. Y él, ¿qué me puede ofrecer? Su bondad, su debilidad y sus insultantes celos: celos del pasado, del presente y del porvenir. Sin recíproca confianza no puede haber ningun afecto durable; y ¿qué confianza puede inspirarle un modelo? Esto no tiene remedio. Yo debo continuar sola mi camino, y de esta manera lograré que no se aumente mi sufrimiento.

—No sé si alguna vez os habrán hecho colocar en la actitud que representa el personaje de Shakespeare, Ophelia, ni si conoceis la situacion; pero yo quisiera repetiros las palabras que Hamlet le dirigia: «¡Al convento, al convento!» Pues vos no sois digna de estar á la merced del primero que llegue. Hoy el orgullo y el amor propio os ayudan á soportar el poco respeto que os tienen los demás; pero temo que no resistais siempre, y entonces, si llegais á caer, sereis digna de lástima.

(Se continuará.)

PALACIO REAL DE WINDSOR.

Windsor Castle, como dicen los ingleses, una de las residencias ordinarias de la reina, se halla situado en Windsor, pequeño pueblo edificado á 30 kilómetros de Lóndres. Debe su orígen á un príncipe francés, á Guillermo el Conquistador, y más tarde rey de Inglaterra. Desde aquella época, todos los soberanos de la soberbia Albion se han hecho un sagrado deber de embellecer este hermoso palacio, sus Museos de pinturas y de curiosidades históricas, y finalmente sus magníficos parques y jardines, que le han conquistado el sobrenombre de Versalles de Lóndres. Entre las numerosas salas que forman las habitaciones reales, se cita con encomio la de San Jorge, larga de *sesenta* metros por *diez* de ancho, y el salon de bailes, menos grande, pero cuyas magnificencias no encuentran rival en ningun palacio de Europa. Los parques son tan inmensos, que miden 45 kilómetros de circunferencia.

ÚLTIMA SESION DEL PARLAMENTO ITALIANO
EN TURIN.

El interior de la sala de sesiones, que fué construido en 1860 en el patio del palacio de Carigñan en Turin, y donde hasta que la córte se ha trasladado á Florencia celebraba el Parlamento sus sesiones, se halla dispuesta en semi-círculo, y la altura de la bóveda se eleva á 90 metros próximamente. Una inmensa galería, compuesta de veinte arcos, forma las tribunas reservadas al Cuerpo diplomático, á los miembros del Senado, á los periodistas y al público; y en ellas pueden colocarse hasta mil personas.

La decoracion de la sala es de estilo lombardo. Un color gris y verde claro cubre sus paredes, y la luz penetra por el cielo abierto practicado en la cima de la bóveda.

Los sillones destinados á los miembros del Parlamento pasan de quinientos, y dispuestos de forma de que desde sus sitios puedan llamar á los ugieres y porteros por medio de botones eléctricos colocados en los brazos de cada sillon.

La bóveda se halla pintada al fresco por el célebre artista Moia.

Las cincuenta y nueve nuevas provincias del reino se hallan representadas por sus blasones.

Encima de la silla presidencial se halla colocado el retrato del rey.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

SS. MM. LA EMPERATRIZ Y EL EMPERADOR DE AUSTRIA.



VISTA DE VIENA.

